

**PETER  
BERLING**

**EL CÁLIZ NEGRO**

**LOS HIJOS DEL GRIMAL 4**



Lectulandia

Estamos en 1257. El círculo se cierra y Roç y Yeza no podrán cumplir con el papel que les había encomendado el destino. Ya no podrán reinar en el mundo, pero hasta que su futuro se decida continuarán corriendo innumerables aventuras y se enfrentarán a peligros sin par. Al no ver coronados sus esfuerzos, Yeza empieza a creer que el Grial es en realidad más un camino espiritual que un cáliz material, mientras que Roç lo sigue considerando un tesoro. Los intereses de ambos jóvenes se distancian temporalmente, lo que en un mundo hostil y violento complica aún más las cosas.

*El cáliz negro* es una nueva entrega de la portentosa saga épica iniciada con *Los Hijos del Grial* y que recrea el mundo medieval con todas las contradicciones, miserias y grandezas de una época inolvidable.

Lectulandia

Peter Berling

# El Cáliz Negro

Los hijos del Grial 4

ePub r1.0

Fauvar 13.12.13

Título original: *Der Schwarze Kelch*

Peter Berling, 1997

Traducción: Helga Pawlowsky

Editor digital: Fauvar

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

TANT MIEUX JE GRIFFE, TANT PIS!  
*Dedicado a mis hermanos y amigos*  
NEC SPE NEC METU

# DRAMATIS PERSONAE

## PAREJA REAL

*Roger-Ramon-Bertrand du Haut-Ségur*, llamado «Roç»

*Yezabel-Constance-Ramona Esclarmunda du Mont y Sion*, llamada «Yeza»

## SUS COMPAÑEROS, PROTECTORES Y AYUDANTES

*Willem van Roebruk*, llamado «William», monje franciscano

*Jordi Marvel*, juglar catalán.

*Filipo*, paje y escudero

*Sigbert von Öxfeld*, caballero teutónico, comendador de Starkenberg

*Constancio de Selinonte*, llamado el Halcón Rojo, caballero imperial

*Taxiarcos*, llamado el «el rey de los mendigos», navegante

*Gosset*, sacerdote, antiguo embajador del rey de Francia

*Potkaxl*, princesa tolteca

*Kefir Alhakim*, curandero y zapatero remendón

*Kadr ibn Kefir Benedictus*, llamado Beni el Gato, su hijo

*Sutor*, pastor de los Apeninos

*Dietrich von Röpkenstein*, caballero imperial

*Rinat le Pulcin*, pintor y espía

*Arslan*, chamán mongol de los montes de Altai

## DE OCCITANIA

*Jourdain de Levis*, conde de Mirepoix

*Pons de Levis*, su hijo

*Melisenda*, su hija mayor, esposa de Comminges

*Mafalda de Levis*, hija mayor del conde de Levis

*Gers d'Alion*, prometido de Mafalda

*Simón de Cadet*, sobrino del conde de Jourdain

*Burt de Comminges*, yerno del conde Jourdain

*Gaston de Lautrec*, cuñado de Jourdain

*Esterel de Levis*, esposa del conde Lautrec

*Mas de Morency*, caballero, hijo adoptivo del conde Lautrec

*Raúl de Belgrave*, caballero  
*Xacbert de Barberá*, llamado *lion de combat*, militar al servicio de Aragón  
*Lobo de Foix*, noble proscrito  
*Mauri en Raimon*, sacerdote cátaro  
*Na India*, curandera cátara  
*Geraude*, hija de Na India

## **MIEMBROS DE LA ORDEN DE LOS TEMPLARIOS O DE LA PRIEURÉ**

*Tomás Bérard*, gran maestro de la orden del Temple  
*Gavin Montbard de Béthune*, preceptor de Redae  
*Georges Morosin*, llamado el dogo, comendador de Ascalón  
*Marie de Saint-Clair*, llamada la *grande maîtresse*, gran maestre de la *Prieuré*  
*Guillem de Gisors*, caballero templario llamado «cara de ángel», su hijastro  
*Guy de la Roche*, caballero templario  
*Botho de Saint-Omer*, caballero templario  
*Lorenzo de Orta*, franciscano  
*Jacobo ben Mordejai*, sabio judío de Gerona  
*Ezer Merchsedek*, cabalista de Alejandría

## **PATRIMONIO DE SAN PEDRO**

*Alejandro IV*, papa  
*Octaviano degli Ubaldini*, llamado el Cardenal Gris, responsable de los servicios secretos de la curia  
*Arlotus*, notario papal  
*Rostand Masson*, nuncio papal  
*Brancaleone degli Andalò*, senador romano  
*Bezù de la Trinité*, llamado Trini el Gordo, inquisidor en el Languedoc  
*Bartolomeo de Cremona*, franciscano, agente al servicio de la curia

## **AL SERVICIO DE FRANCIA**

*Luis IX*, rey de Francia  
*Yves el Bretón*, su guardaespaldas  
*Gilles le Brun*, condestable de Francia  
*Oliver de Termes*, renegado occitano

*Pier de Voisins*, senescal de Carcasona  
*Fernand le Tris*, capitán del senescal  
*Carlos de Anjou*, hermano menor del rey  
*Roberto*, conde de Les Beaux, vasallo de Carlos de Anjou

## **ENTRE SICILIA Y GRECIA**

*Manfredo*, rey de Sicilia  
*Constancia*, su hija  
*Helena de Épiros*, novia del rey Manfredo  
*Galvano Lancia*, príncipe de Salerno  
*Juan de Procida*, médico, canciller del rey de Sicilia  
*Maletta*, secretario mayor del rey de Sicilia  
*Enzio*, rey, hijo bastardo del emperador Federico II  
*Oberto Pallavicini*, vicario imperial  
*Manfredi Lancia*, príncipe de Salerno  
*Hamo l'Estrange*, conde de Otranto  
*Shirat Bundukdari*, su esposa  
*Alena Elaia*, hija de Hamo y Shirat  
*Nicéforo Alyattes*, embajador del emperador de Nicea  
*Hugo d'Arcady*, señor del castillo Maugriffe  
*Zaprota*, podestà en Corfú  
*Demetrio*, monje griego

## **DEL MUNDO DEL ISLAM**

*An-Nasir*, soberano ayubí, sultán de Damasco  
*Clarion de Salento*, su amiga y confidente  
*El-Aziz*, hijo de An-Nasir  
*Atabegh Turanshah*, malik de Alepo  
*Rukn ed-Din Baibars Bundukdari*, llamado el Arquero, emir de los mamelucos  
*Mahmoud*, llamado Diablo del Fuego, su hijo  
*Fassr ed-Din Octay*, llamado el Halcón Rojo, emir de los mamelucos  
*Madulain*, esposa del anterior, princesa *saratz*  
*Nur ed-Din Alí*, hijo del asesinado sultán Aibek  
*Saif ed-Din Qutuz*, sucesor de Aibek en el Cairo  
*Naiman*, su agente  
*Abdal el Hafsida*, mercader de esclavos



*El-Ashraf*, emir de Homs  
*Abu Bassiht*, sufí

## **EN EL REINO DE JERUSALÉN**

*Rabí Jizchak*, presidente de la comunidad judía de Jerusalén

*Miriam*, su hija

*Jacobo Pantaleón*, patriarca de Jerusalén

*Plaisance*, reina de Chipre y de Jerusalén

*Godofredo de Sargines*, gobernador o *baile* del reino

*Felipe de Montfort*, señor de Tiro

*Julián de Sidón*, caballero de Beaufort, bandolero

*Hanno de Sangershausen*, gran maestro de la orden teutónica

*Jean de Ronay*, mariscal de los sanjuanistas

# EL SECRETO DE LOS TEMPLARIOS

# LUCIFER EN REDAE

## La rosaleda

La dura contraluz del sol poniente cegaba al pintor, desdibujaba los contornos, encendía con efecto deslumbrante los colores y hacía bailar las flores blancas de la rosaleda, mientras que aquello que en realidad deseaba ver, la escritura, los extraños signos y las líneas incomprensibles grabados en la piedra, quedaban sumidos en una sombra oscura. La lápida negra —¿era de mármol?— se ofrecía a la vista sin matices ni nervaduras, un objeto extraño que parecía de otro mundo. Dicha impresión no era amortiguada ni por el zócalo de granito del mismo color, ni por la protección superior, artísticamente tallada, cuyas nervaduras cristalinas formaban un dibujo blanco que se mezclaba con las manchas rojizas de cornalina, realizando así el valor atribuido al esbelto bloque negro que resguardaba.

El maestro que trabajaba en tan adversas condiciones vestía con suma elegancia, tal como le correspondía a todo un pintor de la corte. Rinat le Pulcin<sup>[1]</sup> en realidad no tenía necesidad de practicar su arte en medio de aquella naturaleza salvaje, entre espinas e insectos y bajo el ardiente sol. El era apreciado en palacio porque sus retratos mejoraban al retratado, y a cambio admitía que lo mimaran. El cuadro que estaba ejecutando merecería asimismo elogio y buena paga, y aunque el encargo le había sido transmitido de forma anónima, el mensaje sonaba agradable: junto a un castillo cuyo nombre no tenía por qué interesarle, encontraría a un joven caballero y a su dama, a los que debía retratar tal como los tuviera a la vista. Después de varias horas de cabalgar sin tregua se había encontrado, cuando le retiraron la venda de los ojos, con la pareja que debía retratar, dos jóvenes sorprendidos pero amablemente dispuestos.

El maestro Rinat había sido advertido de que no debía formular pregunta alguna, ni ante las personas ni en relación con el entorno en que se encontrara. El castillo, en realidad una poderosa torre aislada, daba impresión de deshabitado, aunque tampoco parecía ruinoso. El portal estaba abierto, y la rápida mirada que pudo lanzar a su interior le mostró un recinto vacío. Tampoco asomaba rostro alguno por la alta ventana superior, ni se veían brillar las picas de posibles guardianes tras las almenas de la torre.

Su acompañante, un magro sacerdote, según revelaba el hábito, no le dio tiempo de satisfacer su curiosidad, pues cogiéndolo del brazo le condujo pendiente abajo hacia una tupida rosaleda cuajada de flores blancas. El hombre, que se presentó secamente con el nombre de «Gosset»<sup>[2]</sup> y que, sin siquiera mover una de sus

pobladas cejas, añadió «*clericus maledictus*»<sup>[3]</sup>, le guió con mano enérgica por el camino y sólo aflojó la presión de su mano cuando ya habían rodeado los rosales.

El cuadro que se le ofreció a Rinat correspondía a lo que se le había pedido en forma de miniatura. Vio dispuesto un soporte bien armado en que apoyar el lienzo, de modo que tanto el encuadre como el tamaño del retrato le venían impuestos. Rinat jamás había visto un armatoste semejante, aunque comprendió lo útil que le sería, puesto que ambas manos le quedaban libres para trabajar. No le dejaron tiempo ni espacio para exteriorizar su sorpresa. A la derecha se abría la rosaleda, algunas de cuyas espinosas ramas habían sido brutalmente segadas, como demostraban las flores frescas esparcidas por tierra. En el hueco así abierto pudo avistar la lápida negra que antes habría estado oculta bajo aquel magnífico arbusto florido. El joven caballero que le serviría de modelo parecía sumido en hondas cavilaciones. No se había quitado la armadura; únicamente había depositado los guantes encima de la piedra recordatoria, mientras sostenía el casco bajo el brazo.

La mirada inquisitiva del pintor se dirigió a los colores del arnés, donde resaltaban bandas rojas y amarillas que en un primer momento le recordaron el escudo de los Trencavel<sup>[4]</sup>, la gloriosa estirpe de los vizcondes de Carcasona, aunque al fijar más la vista observó que había también unos guepardos entrelazados y otros animales de fábula, parecidos a dragones artísticamente confrontados. Sabía que en París gustaban de tales ornamentos frívolos desde que la severa escuela de Bizancio había asimilado, bajo el dominio y la influencia de los francos, ciertas influencias orientales. El joven caballero ni saludó al maestro ni levantó la vista, Rinat se sintió, no obstante, impresionado por la atrevida línea de su frente, que presidía unos rasgos delicados y suaves, rodeados de abundantes y oscuros rizos. Al pintor le habría gustado ver los ojos del joven, pero éste los mantenía bajos. Rinat le Pulcin se tragó con un carraspeo audible lo que consideraba una ofensa a su vanidad de artista, y sacó del hatillo un plato, tiza pulverizada y frascos de espesos colores. Empezó a mezclar las tonalidades que consideró adecuadas y dispuso el yeso blanco que añadiría en caso de tener que aclararlas, y el carbón vegetal desmenuzado si tuviera que oscurecerlas. Al principio la joven dama pareció mostrar cierto interés por esos preparativos, como si entendiese algo de pintura, pero después prefirió ir a pasear, dejando a cargo del escudero la tarea de sustituirla en la postura que probablemente pensaba ella ocupar después. El mozo se había acostado a los pies del caballero, es decir, descansaba en la hierba, apoyaba con donaire la cabeza en una mano y sostenía con desgana las riendas de los caballos de sus amos, sin que semejante postura le impidiera quedarse profundamente dormido. Cuando uno de los animales adelantó la cabeza y le mordisqueó la oreja, el escudero abrió los ojos y examinó brevemente a Rinat, pero no se le ocurrió saludarlo, y se limitó a apartar el hocico del caballo antes de volver a caer en un relajado sopor.

De modo que el caballo limitaría el cuadro por la izquierda y en la parte alta asomaría el castillo, pero lo que molestaba al artista era el emplazamiento del caballero. Le habría gustado situarlo detrás de la piedra negra y tener a ésta en el centro de la imagen. Ya que no le prestaban prácticamente ninguna atención, al menos podrían otorgarle un poco de libertad en cuanto a la disposición del cuadro. Decidió pedírselo a Gosset, que prefería hacer compañía a la dama, tras haberle advertido al pintor que si tenía alguna pregunta, debía dirigirse a él.

—*Cher clerc maudit*<sup>[5]</sup> —dijo Rinat, aunque el mote le causaba disgusto—, convendría desplazar la piedra o desplazar el castillo, si los señores no desean moverse.

El joven caballero le dirigió una mirada cordial y ordenó a su escudero:

—Filipo<sup>[6]</sup>, corta las ramas que hay a nuestra espalda. Quiero situarme detrás de esa piedra orientada al mediodía, pero de modo que pueda mirar a los ojos de mi dama sin que caiga sombra alguna sobre mi cabeza.

Rinat lo agradeció con una sonrisa que en este caso le fue correspondida. El mozo llamado Filipo tuvo a bien levantarse y sacar de una de las alforjas un sable curvo, una valiosa cimitarra<sup>[7]</sup>. El artista exclamó con acento elogioso:

—¡Una preciosa pieza damascena!

El caballero se apartó y el escudero la emprendió a golpes de sable contra los rosales.

Entretanto se había acercado Gosset, el sacerdote. Rinat prefirió adelantarse a cualquier posible reproche.

—Yo no lo he pedido —empezó a justificarse, haciendo acopio de valor al observar el entrecejo fruncido, pero el joven *chevalier* acudió en su ayuda.

—Fui yo quien dio la orden.

Gosset aceptó con un encogimiento de hombros aquel cambio de posición. De todos modos, no parecía demasiado contento. Desde el pie de la colina, se oían risas y canciones: al parecer se estaba celebrando allí una ronda alegre. Gosset alzó la cabeza y escuchó, a la vez que se le oscurecía el semblante.

*E cels de Carcassona se son aparelhetz.  
Lo jorn i ac mans colps e feritz e donetz  
e, d'una part e d'otra, mortz e essanglentetz.  
Motz crozatz I ac mortz e motz esglazietz.*<sup>[8]</sup>

La mirada del sacerdote buscaba la de su protegido, pero el joven caballero ya sólo se interesaba por el dorso de la lápida negra, que había quedado visible gracias a los cortes practicados por el escudero.

*Peireiras e calabres an contral mur dressetz,  
quel feron noit e jorn, e de lonc e de letz.  
Lo vescoms, cant lo vi, contra lui es corrut  
e tuit sei cavalier, que n'an gran gaug agut.*<sup>[9]</sup>

La parte posterior de la taberna era una cueva excavada en la colina, un sótano abovedado y carente de ventanas al que conducía una empinada escalera. La parte delantera, algo iluminada gracias a la luz del día que entraba por las pequeñas y bajas puertas, servía de cuadra para los animales. El ambiente reinante en el interior era denso, aunque la mayoría de los huéspedes se limitaba a cortar el aire con las jarras y de momento dejaban descansar las espadas.

*Barò de Quéribus,  
Xacbert de Barberá,  
lion de combat!*<sup>[10]</sup>

Repetían en voz alta y ronca el estribillo de la canción dedicada al defensor de la libertad de Occitania<sup>[11]</sup>, Xacbert de Barberá<sup>[12]</sup>, expulsado de sus tierras por los francos y que ahora estaba obligado a servir en el extranjero, luchando junto al rey Jaime de Aragón<sup>[13]</sup>. El entusiasmo que dedicaban al *lion de combat* era tan ruidoso que no se entendía más que alguna que otra palabra suelta. La canción trataba de Quéribus<sup>[14]</sup>, el castillo inexpugnable, que únicamente pudo caer en manos del senescal<sup>[15]</sup> de Carcasona por traición del renegado Oliver de Termes<sup>[16]</sup>, y que ahora pertenecía a la corona francesa. Ni siquiera el gran amigo, Jaime el Conquistador, podía remediarlo. Pero algún día este rey volvería a cruzar las montañas en compañía de Xacbert y derrotaría a los francos.

El juglar que tocaba el laúd y que, con sus versos arrogantes, había conseguido que la gente acompañara el ritmo golpeando las mesas con sus jarras, no tenía precisamente el aspecto ni la estatura de un rebelde. Jordi Marvel<sup>[17]</sup> era más bien un enano, una criatura endeble dotada de una barba rala de macho cabrío y piernas delgadas, pero de su pecho raquíutico surgía una voz poderosa de barítono capaz de entonar las más bellas melodías y de arrancar lágrimas a los ojos de aquellos hombres aguerridos. La voz del cantante azuzaba la ira y el despecho y alcanzó poco a poco un poderío atronador. Algunos de los comensales asaltaron las mesas y empezaron a celebrar con un loco zapateado el futuro triunfo, hasta que la sed de guerrear se vio vencida por la sed de más bebida. El tabernero se apresuró a llenar de nuevo las jarras.

En medio del silencio debido al agotamiento, una voz exclamó:

—¡Y ahora, Jordi, canta la canción de Roç y Yeza<sup>[18]</sup>, la pareja real!

Otros corearon:

—*E viven los infantes del Grial!*<sup>[19]</sup>

El trovador no pareció especialmente contento al oír la propuesta y en lugar de echar mano de las cuerdas, empujó la jarra vacía hacia el tabernero.

—Yo soy catalán —murmuró— y prefiero cantar a héroes de sangre y hueso. Esos reyes de la paz, como suelen llamarles, no son más que una leyenda, ¡una invención estúpida ideada por los *faidits* ¡Un sueño sin sentido, como el propio Grial!

El tabernero, que ya había llenado la jarra, la retiró bruscamente de su alcance.

—¡No lo repitas! —refunfuñó, y con su manaza agarró al enano por el cuello, como si pretendiera estrangularlo—. ¡El Grial es la esperanza de nuestra tierra!

—No lo toméis a mal —jadeó asustado el pobre juglar—, ¡pero a mí me resulta difícil creer en unos reyes que no tienen reino!

El tabernero aflojó la presión y Jordi alargó la mano para acercar de nuevo la jarra a sus labios.

—Bebe, catalán, y canta —tronó la voz del tabernero—, ¡canta la canción de Roç y Yeza, los reyes del Grial!

Y el pequeño trovador se apresuró a tocar el laúd.

*Grazal dos tengutz sel infants  
greu partenir si fa d'amor  
camjatz aquest nox Montsalvatz  
grass vida tarras cavalliers  
Coms Roç et belha Yezabel  
oltracudar infants  
Grazal rassa boratz bratz sporosonde  
Roç Trencavel et Esclarmonde.*<sup>[20]</sup>

El ambiente que reinaba en la cueva debajo del castillo se iba impregnando de un silencio respetuoso, de modo que el texto de la canción resonaba claramente, palabra por palabra.

*Papa di Roma fortz morants  
peiz vida los Sion pastor  
magieur vencutz mara sobratz  
Byzanz mas branca rocioniers  
coms Roç et belha Yezabel  
oltracudar infants Grazal  
rassa boratz ains sporosonde*

La joven dama, que había pasado a ocupar el puesto del escudero, oía divertida aquellas frases. Sostenía la bella cabeza apoyada en una mano, como le había rogado en tono adulator el maestro, representando así la perfecta imagen de *la belle dormeuse*. Pero a pesar de su postura no se adormiló, sino que sus ojos de un color gris verdoso vigilaban tras las oscuras pestañas cuanto sucedía a su alrededor, y mantenía el ceño fruncido. En la lejanía observaba una nube de polvo que se acercaba por la carretera, aunque nadie más parecía darse cuenta de que un grupo de jinetes acudía a todo galope. Su joven compañero seguía apostado detrás de la piedra y sumido en sus reflexiones, intentando descifrar un misterio del que ella no era consciente.

Rinat le Pulcin había fijado con trazos someros de carboncillo la disposición del grupo encima de la tela, y se veía enseguida que otorgaba gran importancia al centro ocupado por la piedra negra. La había dibujado algo más inclinada de lo que estaba en realidad y se afanaba, torciendo mucho el pescuezo, en descifrar los símbolos y las runas inscritos con nitidez en la oscura superficie. Las manos que grabaron aquellos jeroglíficos incomprensibles habrían utilizado o bien un instrumento diamantino o aplicarían un rayo de calor increíble, como únicamente es capaz de proporcionar la luz concentrada del sol. Parecían trazos cristalizados, aunque el pintor no se veía capaz de reconocerlos bien. La luz solar de la tarde caía desde un ángulo agudo sobre la lisa superficie, deslumbrando al curioso como si fuera a castigarle con la pérdida de la vista.

Gosset, el sacerdote proscrito, se había situado a sus espaldas para no obstaculizarle la vista, aunque en realidad lo hacía para controlar cada matiz de color compuesto por el artista, que tras aplicar la espátula difuminaba la pintura con ayuda de los pinceles hasta conseguir el efecto deseado. Filippo, el escudero, que tal vez fuese simplemente el paje de la dama, se había acostado de nuevo a los pies de los caballos y dormía. Una bandada de pinzones descendió sobre la rosaleta y armó un excitado alboroto; el zumbido furioso de las abejas manifestaba el disgusto de éstas por haber sido molestadas mientras cosechaban en el interior dorado de los capullos; una araña tejía tranquilamente su red, y desde la taberna situada al pie de la colina ascendía con distinción la voz del trovador:

*Grazal los venatz mui brocants  
desertas tataros furor  
vielhs montanhiers monstrar roncatz  
mons veneris corona sobenier  
coms Roç et belha Yezabel*



*oltracudar infants Grazal*  
*rassa boratz mons sporosonde*  
*Roç Trencavel et Esclarmonde.*<sup>[22]</sup>

El joven caballero permanecía tan absorto en la contemplación de la piedra, tan sujeto al poderoso encanto que emanaba de ésta, que él mismo parecía petrificado. El dorso presentaba, además de algunos signos mágicos, un hundimiento en el centro. Dicho hueco mostraba la forma de un cáliz, como si la mano de un mago lo hubiese extraído de la piedra negra, del mismo modo que un cirujano extrae el corazón de un pecho. El recipiente, si es que jamás había existido, debía de haber estado con más de la mitad de su cuerpo oculto en la piedra, ofreciendo tan sólo un ligero relieve hacia el exterior. Pero no eran el hueco ni la ausencia del cáliz lo que mantenía absorto al observador, sino el misterio de la fuente. De la parte alta de la cavidad salía de la piedra un chorro finísimo de agua que caía exactamente por su centro, sin temblar ni verse interrumpido por un goteo, en sentido vertical hacia abajo, y desaparecía en el pie del cáliz sin levantar ni una salpicadura. La columna cristalina de agua mostraba una forma tan regular que lo mismo podía uno imaginarse que fluyera desde abajo hacia arriba. El ojo humano no era capaz de distinguirlo, y sólo el triste poder de la costumbre hacía suponer al caballero que esa corriente plateada obedecía las leyes de la naturaleza. El joven quería asegurarse de que no estaba siendo engañado por los sentidos y sus ojos intentaron descifrar el misterio, pero de modo que nadie pudiese darse cuenta de lo que sucedía. Levantó con mucha precaución una mano para intentar interrumpir el chorro con la punta del dedo. Pero apenas lo acercó a la cavidad, una fuerza invisible le dobló el dedo hacia un lado. La mano le empezó a temblar cuando lo intentó de nuevo. Entonces su mirada cayó sobre el anillo de hierro que llevaba en un dedo. Él sabía que aquella prenda de amor contenía un imán y retiró la joya con decisión, para adelantar de nuevo el dedo. Pero esta vez fue como si le hubiesen dado un golpe doloroso que empujó violentamente su mano hacia atrás, sin que él tuviese conciencia de haber rozado algún obstáculo sólido visible. En el mismo instante empezaron a caer al suelo las hojas de las flores, algo que asustó todavía más al joven atrevido, que miró temeroso hacia su dama. Pero ésta mantenía la mirada fija en el valle, en lugar de buscar los ojos de su amado.

Tampoco el maestro parecía darse cuenta de nada. Con un gesto un tanto infantil, la joven y bella dama recogió un guijarro del suelo y lo lanzó bien orientado a la cabeza del escudero, que despertó asustado.

—¡Filipo! —La joven sacudió la rubia melena—. *Dormire in lucem!* —le reprochó—. ¡Llama al sacerdote!

El pintor se detuvo, irritado. Filipo se incorporó y buscó con mirada todavía dormida a Gosset, que por otra parte estaba a apenas dos pasos de su ama. El

sacerdote se había dado cuenta de todo y se dirigió con rapidez hacia la amazona, que permanecía recostada.

—No miréis —le susurró ésta—. Por el valle se acercan unos francos, hombres del senescal de Carcasona, y me imagino que eso no significa nada bueno para los que cantan allá abajo en la taberna. ¡Apresuraos y advertid a esa pobre gente!

Gosset hizo señas a Filipo de que se acercara con dos caballos y ambos se dirigieron al galope hacia la taberna, de donde les llegaba con más nitidez aún la canción de Roç y Yeza, que liberarían al país del yugo de los Capetos<sup>[23]</sup>.

*Ni sangre reis renbatz glorants  
ni dompna valor tratz honor  
amor regisme fortz portatz  
urna totz esperansa mier  
coms Roç et belha Yezabel  
oltracudar infants Grazal  
guit glavi ora ricrotonde  
Roç Trencavel et Esclarmonde.*<sup>[24]</sup>

El joven caballero situado detrás de la piedra negra no se daba cuenta de nada. Seguía mirando fijamente la cavidad del cáliz dentro de la cual aquella delicada columna de agua ascendía o descendía ante su vista, como si pretendiera burlarse de él.

### **La canso des faidits**

La cubierta de la taberna estaba formada con paja y ramajes y pasaba a ser parte de la pendiente, dejando justamente abierta una última entrada para permitir el acceso de los carros que aportaran el heno, sirviendo así de pajar en su parte alta. Al ver dicha entrada, Gosset imaginó que existiría la posibilidad de arrojar a través de una trampilla el forraje a los animales de los establos delanteros. Entregó las riendas de su montura a Filipo y siguió el camino a pie, pensando que, si bajaba hasta la carretera para acceder desde allí a la taberna, corría el peligro de ser visto por los soldados que se acercaban, y también de perder demasiado tiempo. Hasta ese momento no se veía ni un yelmo ni una pica brillando entre los árboles, pero se le hacía difícil imaginar que la princesa se hubiese equivocado. En todo lo referente a posibles acciones de combate, la joven dama respondía como un hombre. El sacerdote abandonó su escondrijo entre los árboles poco frondosos de la colina y se acercó sigilosamente a la entrada posterior, donde tan sólo una desvencijada puerta de madera aparecía medio

descolgada de las bisagras.

Aún oía claramente, aunque un tanto amortiguados, las risas y los aplausos con que los bebedores premiaban una y otra vez la repetición del refrán de la última canción.

*E tant cant lo mons dura, n'a cavalher milhor,  
ni pus pros, ni pus larg, pus cortes ni gensor...*<sup>[25]</sup>

«... aún luce el Grial en la negrura, aún sigue el peñón<sup>[26]</sup> bajo el cielo azul, aún corre sangre por nuestras venas, aún le veremos el culo al cura...»

Gosset sintió disgusto al oír aquel griterío despreocupado, y no se dio cuenta de que crujían las ramas a sus espaldas ni veía el movimiento que agitaba la maleza del bosque.

De repente aparecieron tres o cuatro soldados detrás de la puerta y unas picas amenazaron al sacerdote desde los lados. Un capitán bajito y gordo se liberaba ufano de las ramas verdes que adornaban su casco y le habían servido de útil camuflaje, para acabar cuadrándose delante de Gosset.

—¿Adónde os llevan vuestros pasos, sacerdote? —Intentaba mostrarse condescendiente—. ¿No os dais cuenta de la grosería de esas gentes?

Pero Gosset no se dejó impresionar.

—A un servidor de la Iglesia no le afectan las palabras necias.

Del fondo del pajar salió un dominico, no más alto que el capitán, pero sí más gordo.

—Soy Bezù de la Trinité<sup>[27]</sup> —se presentó con voz de falsete.

Gosset había oído hablar de aquel inquisidor fanático, aunque lo había imaginado más impresionante. Pero como nadie le había preguntado a él por su nombre y sus intenciones, tal vez por respeto al hábito clerical, decidió no mencionar su propio cargo, un tanto caduco ya, pues había sido, aunque de eso hacía bastante tiempo, embajador del rey.

El corpulento inquisidor sí se había disgustado al ver que no impresionaba a su interlocutor y empezó a enfadarse.

—Si pensáis reuniros con los de allí abajo, consideraré que formáis parte de esa pandilla de herejes.

—¡Forajidos y traidores! —intervino resoplando el capitán, pero Bezù de la Trinité le hizo callar con un codazo.

—Si buscáis la compañía de esos rebeldes cátaros —prosiguió el inquisidor echando espumarajos por la boca—, os entregaré, sin tener en cuenta vuestro hábito ni escuchar vuestros juramentos de inocencia, al brazo secular, representado aquí en la persona de mi valeroso hermano.

—¡Fernand le Tris!<sup>[28]</sup> —El capitán hinchó el pecho y a cambio recibió un puntapié en el tobillo, por lo que acertó el añadido «capitán del senescal de Car...» y Bezù tuvo ocasión de proseguir su discurso.

—¿Vos mismo habréis podido oír los versos odiosos que cantaban?

Le llamó la atención el hecho de que se hubiese restablecido la calma en la taberna; en cualquier caso, los cánticos se habían agotado y sólo se oían los ruidos habituales en una reunión tabernaria.

—¿Qué pretendéis que haya oído? —preguntó Gosset con aire simulado de inocencia—. ¿Alguien se ha permitido ofender a Dios? —Su voz adquirió un tono de indignación—. ¡Este fiel servidor lo habría advertido!

Por el rabillo del ojo observó que Filippo había comprendido la situación y se retiraba con los caballos hacia el interior del bosque.

—¡Esa puerta lleva directamente al infierno! ¡No gritéis tanto! —le regañó el inquisidor—. Esos condenados serían capaces de escapar de la hoguera que los espera.

—¿De verdad vais a quemarlos? —Gosset fingió sentirse fascinado mientras esperaba que allá abajo pudiesen oírle.

—El que escape del fuego purificador —le confirmó Fernand le Tris con aire de satisfacción será colgado de la horca.

—¡Maravilloso! —gritó Gosset en un esfuerzo desesperado por ser oído desde la taberna—. ¡Cada uno de esos *faidits*<sup>[29]</sup> podrá elegir entre arder como una antorcha por su verdadera fe, o balancearse al viento como una bandera de Francia!

Había levantado la voz todo lo que podía, de hecho estaba lanzando gritos desaforados, pero ninguno de los parroquianos de la taberna le oía. Aunque sí consiguió irritar los sensibles nervios del inquisidor.

—Largaos, por todos los santos —le bufó éste—, o se me olvidará que vuestra lengua sabe alabar a Dios... —Y de repente pasó a blandir un puñal—. Callad o...

Gosset enmudeció asustado, y para colmo se vio cogido por los brazos entre dos soldados, de modo que Bezù fácilmente podría haber cumplido su amenaza. El sacerdote prefirió caer de rodillas, con lo cual sus guardianes de momento aflojaron la presa.

—No cometáis semejante pecado —balbuceó, visiblemente aterrado—, ¡dejadme ir en paz!

Bezù se conformó con darle una patada en el trasero apenas se hubo incorporado. Gosset se alejó tambaleante, cuesta arriba, en dirección al bosque protector. Una mirada hacia atrás le demostró que el entorno bullía de gente armada, alrededor de la taberna se había formado un frente de arqueros que preparaban flechas incendiarias. Sólo la carretera delante de la taberna aparecía completamente vacía y desierta, como invitando a quien quisiera entregarse al deseo engañoso de escapar.

Y precisamente en ese instante empezaron aquellos locos a repetir la canción del Montségur<sup>[30]</sup>.

*Mas cò es a venir no pòt hòt trespasar...  
e morit en après la nuèit, a l'avesprar...*<sup>[31]</sup>

¡La llama de la libertad! ¡Estúpidos! ¡Ellos mismos arderían dentro de poco como teas, gracias a su insensatez!

La pintura sobre el trípode había progresado hasta el punto de que Rinat le Pulcin, el artista, iniciaba ya en torno a la piedra negra la aplicación de algunas pinceladas blancas que representaban pétalos de rosa. La joven dama se desesperó un tanto impaciente, porque tenía dormido el brazo acodado. Se le habían acabado las ganas de apartar con la mano los rizos rubios de su rostro, y su frente atrevida, sus ojos brillantes e incluso su nariz recta y prominente, propia de la raza normanda, se ocultaban a veces bajo los mechones. Toda su atención estaba puesta en el valle.

—Me gustaría tener aquí a ese juglar —se dirigió en tono de exigencia a su compañero, del que sólo veía la cabeza inclinada detrás de la lápida—. Su voz es tan potente como las campanas de una iglesia, y bastante armoniosa —sugirió, queriendo animarle, y como su deseo no obtuviera respuesta alguna, añadió en voz baja y con acento provocador—: ¡Debe de ser un hombre guapo!

El joven caballero no le hizo el menor caso, y no por razón de celos o de indiferencia, sino porque no había oído aquel deseo de su dama, pues seguía inmerso en sus reflexiones en torno a la pieza que faltaba en aquella piedra. Estaba soñando con el cáliz negro que había dejado allí su forma, y pensaba en la fuente, que podía ser de lágrimas derramadas por la ausencia del cáliz. Oía el zumbido de las abejas y veía tejer a la araña. Después se dio cuenta de que también éstas estaban talladas en la piedra, aunque parecían tan auténticas que le habían engañado. Furioso, quiso impedir que su mano fuera rechazada como hasta entonces, y se puso el guantelete de hierro que tenía cerca. Aquel ridículo chorro de agua de una fuente oculta no le impediría acercarse más. Cerró el puño y sin mover mucho el brazo, como si se tratara de engañar a la misteriosa piedra, dirigió un rápido puñetazo hacia el hueco, interrumpiendo con brutalidad el finísimo hilo de agua. Lo que le asustó entonces fue el silencio que de repente se instaló a su alrededor: los pájaros dejaron de cantar, las abejas interrumpieron su zumbido, la tela de araña apareció rota. Miró asombrado el guante férreo y vio sangre, una sangre roja que lo manchaba. Lentamente retiró la mano.

Su dama se había incorporado de un salto, pero no le miraba a él sino a Filippo,

que regresaba sin Gosset, y que desde lejos venía gesticulando como un loco.

Rinat le Pulcin no se había dado cuenta de nada. Arrojó un último y atento vistazo al cuadro y lo comparó con la realidad, sintiéndose satisfecho. En ese instante se dio cuenta de que la rosaleta había perdido todas sus flores, y de que una alfombra blanquísima cubría la tierra. También vio la sangre que goteaba sobre la capa nívea, aunque el caballero se esforzaba por ocultar una mano.

*Ladoncs viratz lo pòble en auta votz cridar...*<sup>[32]</sup>

Los atacantes se enfrentaron a unos aullidos salvajes, cargados de rabia y de rencor. La parte posterior de la taberna se había llenado de una humareda mordiente, y desde arriba caía paja inflamada hacia la parte delantera, en medio de los hombres y los animales. Los *faidits* se habían dado cuenta inmediatamente de que estaban cogidos en una trampa, y que ésta sería mortal si no actuaban con rapidez y todos en común. Agarraron cubos y bidones para protegerse de las llamas, utilizaron mesas y bancos como escudos, empujaron afuera a los caballos lastimados por el fuego y los siguieron formando un grupo apretujado. Esto y los chillidos que lanzaba su hermano clérigo, obligaron al capitán a hacer salir su gente de los escondites a ambos lados de la carretera, para que se arrojaran sobre los *faidits* antes de que éstos pudiesen salir del todo al aire libre. Pero la furia desesperada de los encerrados demostró ser más poderosa que los movimientos vacilantes de los soldados. Fernand le Tris no pudo aprovechar los disparos que tenían preparados sus arqueros, pues amigos y enemigos se encontraron pronto enfrascados en una lucha cuerpo a cuerpo, rodeados además de una densa humareda, de modo que corrían peligro de alcanzar con las flechas a sus propios compañeros.

—¡Disparad, disparad! —chillaba Bezù, el inquisidor—. ¡Tenemos hombres más que suficientes, en cambio ellos son pocos!

Pero a los arqueros no se les ocurría siquiera poner en peligro a los suyos sólo porque el gordo inquisidor quisiera vaciar la taberna masacrando a los *faidits*.

—¡Atácalos por la espalda! —gritó con voz autoritaria el señor de la Trinité a su hermano, exigiendo que los arqueros actuaran al menos de una forma útil desde un punto de vista estratégico.

Pero los hombres pensaban de otra manera. Arrojaron al suelo los arcos y las flechas, sacaron los puñales y se lanzaron a la lucha que rugía entre los establos incendiados y la salida llena de humo.

Los cantos habían enmudecido. La lucha cuerpo a cuerpo era cada vez más encarnizada. El tabernero arrastraba cubos de agua que arrojaba sobre sus amigos, y siempre que se le presentaba la ocasión estrellaba un cubo vacío de madera contra el casco de algún que otro soldado, puesto que tampoco él sería perdonado si los suyos

perdían la batalla.

—Si me cogen, me cuelgan a mí también —murmuraba con inquina y aún consiguió reír al ver al enano trovador<sup>[33]</sup> sentado debajo de uno de los toneles, donde intentaba proteger con ambos brazos el laúd de la paja incendiada que caía desde arriba—. ¡Abre la espita! —le gritó—. Que nadie pueda aprovechar ese vino...

Una viga se derrumbó sobre su cabeza y le cortó la voz.

Jordi Marvel saltó espantado de su escondite e intentó separar la viga del cuerpo del tabernero. Un soldado confundido tropezó con ellos y cuando ya levantaba el puñal, Jordi le arrojó el laúd al sorprendido rostro, por lo que el atacante cayó hacia atrás, contra la espita del tonel, del que empezó a manar de inmediato un grueso chorro rojo. Ahí el francés se echó a reír, animó al juglar a seguir su ejemplo y sostuvo el casco bajo el chorro de precioso líquido. El tabernero se enfadó tanto que tuvo fuerzas para librarse de la viga, agarró un madero y embistió al francés, aplastándole contra el tonel, aunque otros francos acudieron en ayuda de su compañero. Mataron al tabernero a puñaladas y se dirigieron a Jordi, que no poseía otra arma que su destrozado laúd.

—¡Ahora cantarás para nosotros! —exclamaron los francos y la emprendieron a empujones con el pequeño trovador, mientras se reían de él.

En aquel instante se abrió con gran estrépito la trampa que había en el techo y por la escalera de piedra bajó un caballero montado a caballo. Mantenía la visera cerrada y en su puño resplandecía una ancha espada. El caballo consiguió superar los empinados escalones sin arrojar al jinete a tierra.

Esta aparición asustó tanto a los francos que ya no recordaron que eran mayoría, y se apartaron sin más del indefenso juglar. El caballero, cuyo pecho y escudo ostentaban unas anchas bandas rojo y gualda, agarró al enano y de un movimiento lo subió a la silla, después le clavó las espuelas al animal y saltando por encima de bancos y mesas, de amigos y enemigos, llegó sin sufrir daño hasta la salida. Los que luchaban en la carretera se retiraron asustados, como si se les hubiese aparecido Satanás. El caballero tiró de las riendas del caballo al darse cuenta de que el capitán se le acercaba con ademán solícito, y le asestó un golpe con la parte plana de la espada sobre el casco. Fernand le Tris cayó de rodillas antes de derrumbarse como un saco. El caballero hizo girar a su animal y cabalgó a toda prisa pendiente arriba, haciendo saltar a un lado a cuantos se hallaran a su paso, entre ellos al inquisidor, que no se abstuvo de gritarle:

—¡Alto, te ordeno que te detengas!

Pero muy pronto el misterioso extranjero que llevaba al pequeño trovador delante, sobre la silla, acabó por desaparecer entre los árboles del bosque.

La aparición inesperada infundió nuevo valor a los *faidits*, que de nuevo echaron mano de las mesas y los bancos y salieron de la taberna formando una falange

cerrada, cruzaron la carretera y se dispersaron pendiente abajo hacia el valle. Los pocos francos que les siguieron no fueron vistos nunca más.

## **El espejismo de un estado templario**

La vieja capital gótica Redae había decaído hasta quedar en simple sede del tribunal condal de Razès, pero aún adquirió por última vez fama y renombre como refugio de los cátaros<sup>[34]</sup>. Incluso pudo permitirse el lujo de tener un obispo cátaro cuyos fieles resistieron con tenacidad y durante mucho tiempo a los conquistadores francos, hasta que éstos, finalmente, no sólo consiguieron arrasar las gigantescas murallas, sino que convirtieron en cenizas casa por casa de la ciudad. Sólo dejaron en pie la antigua ciudadela, que con el tiempo formaría el núcleo de un pequeño y soñoliento pueblo al que dieron el nombre de Rennes-le-Château<sup>[35]</sup>. La verdadera razón de la furia con que los francos destruyeron todos los edificios antiguos consistía, sin embargo, en que buscaban allí el tesoro de Salomón que los romanos habrían robado en Jerusalén y que los vándalos, a su vez, habrían trasladado desde el Capitolio a Redae, antes de proseguir su campaña más allá de los Pirineos. Después llegaron los conquistadores moros y cuando los reyes de Aragón<sup>[36]</sup> consiguieron finalmente expulsar a éstos, nadie recordaba ya dónde estaría enterrado aquel tesoro.

De modo que los muros arrasados quedaron envueltos en un halo de misterio y sus nichos y rincones albergaban oscuras leyendas. Existían rumores de que el diablo era el verdadero dueño de un lugar que en su mayor parte vivía sumergido en la memoria de un pasado irrecuperable. Era como un refugio clandestino. Tampoco el castillo de los templarios podía haber sido construido allí sólo por razones estratégicas, pues en las cercanías existían otras sedes de la orden.

La fortaleza estaba en manos de un solo hombre. El preceptor<sup>[37]</sup> de la orden militar, Gavin Montbard de Béthune<sup>[38]</sup>, era una personalidad fuera de lo común, enigmática, tan extraña que se sospechaba que pertenecía a la jerarquía suprema de los templarios<sup>[39]</sup>, sin que nadie pudiera afirmarlo con seguridad. Se tomaba libertades que no podían explicarse sólo con sus múltiples actividades. El castillo habilitado dentro de la antigua ciudadela, una fortaleza que Gavin fue ampliando febrilmente mientras vivió, hacía tiempo que mantenía su dominio sobre toda la población de Rennes-le-Château. Circulaba el rumor de que las fortificaciones se habían ido ampliando bajo tierra y ocupaban una superficie mayor que la de la ciudad antigua, y que aquella residencia estaba predestinada a convertirse en sede futura del gran maestro<sup>[40]</sup> de Occitania.

—Así pues, ¿Redae sería la célula original de un nuevo estado, gobernado por la orden militar del Temple?



Yeza planteó la pregunta en tono irónico. La muchacha cabalgaba al lado de Gosset y ambos encabezaban un pequeño grupo en el que figuraba tanto su «pintor de la corte», cargo para el que ella había nombrado a Rinat le Pulcin, como el pequeño trovador Jordi Marvel. El artista, una vez incorporado al séquito de la joven, disponía de un animal de carga propio, un jamelgo cansino que portaba sobre el lomo el armazón que servía de trípode a los lienzos, como si se tratara de una catapulta desmontada. El juglar, en cambio, pesaba tan poco que le habían sentado sobre otro de los animales al que Filippo había cargado con la tienda y otras pertenencias. Al final de la comitiva cabalgaban Roç y el escudero.

—Sin duda ésa es la pretensión descabellada que alimenta vuestro amigo, el preceptor.

—¿Un estado templario soberano, donde el señor Montbard de Béthune reinaría como *despotikos*? —A Yeza le entraban ganas de reír nada más pensarlo—. Ese Gavin malhumorado, reencarnando a un nuevo rey Arturo... ¿qué opinan al respecto los demás templarios?

—De momento se muestran inteligentes y no opinan —respondió Gosset—. Al fin y al cabo, el proyecto tendría que ser aprobado primero por la corona de Francia.

—Los templarios podrían comprar todas esas tierras. —Yeza sacudió pensativa su inteligente cabecita—. Hay que ver las deudas que el rey tiene con la orden...

—No obstante, París difícilmente cederá un país que acaba de conquistar con tanta sangre y tanto esfuerzo —la interrumpió el sacerdote.

—¡Con engaños y traiciones! —se indignó la amazona. Enderezó su esbelto cuerpo y arrojó hacia atrás la rubia melena—. ¡Y sin derecho alguno!

—Lo que cuenta es el éxito, mi pequeña reina. Ni siquiera Aragón pone en duda que Luis<sup>[41]</sup> sea ahora el propietario legítimo de estas tierras.

—¡Yo sí lo pongo en duda! —dijo Yeza.

—Muy bien —se apresuró a tranquilizarla Gosset con una sonrisa—, ya habéis empezado por disputarle Quéribus.

Iban ascendiendo por un camino serpenteante que conducía a la cima inhóspita, entre ruinas, muros derribados y arcadas hundidas, y se acercaban a la fortaleza que dominaba Redae desde su punto más elevado. Una iglesia fortificada sobresalía del conjunto, como un baluarte avanzado. El tejado de la misma mostraba almenas escalonadas y había sido incorporado al corredor defensivo que coronaba la muralla del castillo. Una escalera de piedra, sin barandilla y muy empinada, conducía hacia la única puerta, tan pequeña y tan baja que no habrían podido pasar por ella dos hombres a la vez, y mucho menos un jinete a caballo. Sin pensarlo dos veces, los recién llegados hicieron subir a sus animales hasta la plazoleta empedrada que había delante de la iglesia; allí dejaron a Filippo con las cabalgaduras y Roç se aprestó a subir sin más el resto de los escalones, mientras Gosset intentaba retenerlo.

—Ésa no puede ser la entrada principal —razonó el sacerdote, pero Roç creía que debía haber un acceso secreto que le llevaría desde el interior de la iglesia hasta el castillo.

—Siempre lo hay —afirmaba—, seguro que lo encontraré.

—Te acompaño —declaró Yeza.

—De modo que a mí me dejáis la tarea de preparar al señor preceptor —dijo Gosset—, para que no se extrañe si sus huéspedes llegan bajando por una chimenea o salen por la puerta de un armario a ofrecerle sus respetos.

Pero los dos jóvenes ya no le oían. Acordaron una carrera para ver quién subía antes la escalera de piedra, seguidos con mayor calma por Jordi y Rinat. La puerta no estaba cerrada, y una calavera empotrada en la obra les advertía burlona desde el tímpano<sup>[42]</sup>, presidiendo una inscripción que rezaba: *Terribilis est locus iste*<sup>[43]</sup>. Roç empujó la pesada puerta de tablones y un rayo de luz cayó sobre un rostro demoníaco. Roç se echó para atrás, pero Yeza no se arredraba con tanta facilidad.

—¡Se te parece un poco! —le espetó al trovador enano, que se había acercado también. En efecto, junto a la entrada se veía a un demonio sentado y con la mano extendida como pidiendo limosna. Rinat le quitó el laúd al catalán y se lo colocó con tanta habilidad a la figura, que ésta parecía estar tocando el instrumento.

—¡Ahora sólo faltaría que cantara como tú!

Roç apenas había pronunciado estas palabras cuando una voz estentórea retumbó en la nave: «El puso fin a las tinieblas y a la destrucción que emanaba de la piedra oscura, y a las sombras de la muerte.»<sup>[44]</sup>

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Roç asustado, apenas enmudeció la voz.

«*Hic domus Dei est.*»<sup>[45]</sup> Jordi les mostraba tembloroso otra inscripción grabada en el suelo, mientras leía las palabras en voz baja.

—¡La voz de Dios! —susurró—. No usarás su nombre en vano...

Rinat le retiró el laúd a la figura del demonio y se lo devolvió a su legítimo propietario.

«Él nos muestra la vía recta, pues todo el que se desvía hacia la siniestra, mancilla sus pasos y atrae a los espíritus impuros que sólo a él consiguen adherirse.»<sup>[46]</sup>

Por segunda vez oyeron la misma voz, pero por mucho que se esforzaran en taladrar con la mirada el claroscuro que reinaba a su alrededor en la iglesia, no pudieron descubrir a nadie ni determinar la dirección desde la cual les llegaban las advertencias. La que les había hablado era una profunda voz de bajo que llenaba la nave, aumentaba de tono y volvía a desvanecerse como el sonido de un órgano. Avanzaron atemorizados hacia el interior, donde la luz que caía a través de los altos ventanales iluminaba sólo determinados puntos, precisamente algunos nichos en cuyos huecos había unas figuras que parecían mirar todas al pequeño grupo. Por tercera vez escucharon la misma voz:

«Más vale un niño mendigo y sabio que un rey viejo y necio, incapaz ya de mostrarse prudente.»

El sonido reverberó en la nave y una vez más les fue imposible adivinar de dónde provenía.

«El sabio tiene ojos en la cara, pero el necio camina a oscuras.»

Los intrusos alcanzaron el altar. Detrás de éste se elevaba un enorme Calvario, un montículo que parecía de verdad, con las cruces de los ladrones a derecha e izquierda, y que llenaba todo el ábside. La cruz de Cristo aún no estaba plantada del todo, los ayudantes del verdugo se afanaban en levantarla con ayuda de unas cuerdas, mientras uno de ellos introducía el último clavo en el empeine del Crucificado. Un ruido que Roç, Jordi y Yeza oyeron a sus espaldas, les hizo volverse asustados: de uno de los nichos, el que llevaba la inscripción «San José», descendió una figura que, envuelta en un manto ondulante y con el rostro casi del todo cubierto por el capuchón, abandonó la iglesia con pasos comedidos, mientras una voz profunda y cálida pronunciaba:

—*Shalom*.<sup>[47]</sup>

El sacerdote Gosset se sentó en un taburete y aprovechó la ocasión que se le ofrecía para observar al personaje que, sentado en un sillón de alto respaldo al otro lado del escritorio de roble, dirigía una mirada reflexiva a través de la ventana abierta hacia el paisaje. Gavin Montbard de Béthune poseía un cráneo de cesar romano, de rasgos marcados y como esculpidos en piedra, llevaba el cabello canoso muy corto y ofrecía en conjunto un aspecto que imponía respeto. Su figura musculosa no aparecía vestida con la habitual túnica blanca de los templarios, sino que estaba envuelta en una extraña *clamys*<sup>[48]</sup> negra con la cruz escarlata de la orden en el lado derecho de la pechera.

Parece la estatua de un templario, se le ocurrió pensar a Gosset, pero ahí estaban esos colores llamativos y también esos ojos que emitían bajo los pesados párpados un fulgor extraño, los labios carnosos entre la barbilla dura y rasurada y la nariz fina, casi delicada.

Cuando Gosset había entrado en el gabinete del preceptor, encontró a éste ocupado en sermonear a tres jóvenes cuya vestimenta delataba que eran novicios de la orden. Los muchachos se mantenían cabizbajos y con la mirada fija en el suelo.

—¡Si no respetáis la regla que os impone actuar como soldados rasos de la orden, que deben servir en actitud de obediencia absoluta y sin plantear preguntas, no penséis siquiera en ser admitidos, por muy nobles que os consideréis! —les reprendía con frialdad—. Una cuna noble es condición indispensable, pero un comportamiento cortesano no casa con el estilo de vida propio de un templario.

La mirada del preceptor, llena de sarcasmo, descansaba sobre los muchachos.

—Vuestra misión en Quéribus os exigía no llamar la atención entre los soldados de la guarnición. Ahora el senescal os devuelve a esta sede con la observación irónica de que os habéis comportado como «perros mal educados que molestan ladrando demasiado y no vigilan bien». Lo cual significa que me habéis dejado en ridículo. De modo que: ¡fuera de aquí!

Los tres jóvenes abandonaron la sala con expresión de cachorros sobre los que se ha vaciado un cubo de agua.

—Son hijos segundones de los nobles conquistadores de estas tierras, que no heredarán ni tienen ganas de entrar en el sacerdocio. Y antes dengue acaben como bandoleros y salteadores de caminos...

—... ¡preferís que ingresen en vuestra orden! —acabó Gosset la frase—. Os interesa tener reclutas obedientes procedentes de familias que llevan una o dos generaciones en estas tierras, pero que no sean seguidores de la rebeldía occitana ni de la herejía cátara.

—Tenéis una visión muy clara para ser un sacerdote, que, por otra parte, tampoco sois —afirmó Gavin sin siquiera esbozar una sonrisa—. ¡Yo necesito a cada hombre!

Gosset entró enseguida en el tema.

—Os lo imagináis demasiado fácil. Es verdad que la orden teutónica ha conseguido crear un estado en Prusia oriental, adquiriendo por sus propios medios las tierras necesarias, y sojuzgando para este fin a unos paganos que carecían de todo derecho.

El preceptor dirigió una mirada inquieta y pensativa a Gosset.

—Aquí, estimado Gosset, sucede algo similar. Roma y París han perseguido y exterminado de común acuerdo a los herejes y han expulsado a la nobleza oriunda de Occitania.

—¡No puede considerarse que sea un fundamento jurídico muy sólido! —le interrumpió el sacerdote—. La realidad, sin embargo, es que *de facto* existe esa situación, aunque no se debe a vuestros méritos, cosa que deploro.

—Nosotros le protegemos aquí las espaldas a Francia, para que no tenga que preocuparse de los rebeldes de esta provincia, y también protegemos a la Iglesia de los disgustos que puedan darle los herejes. Considero que esto, además de una oferta de compra a un precio elevadísimo y un perdón generoso de ciertas deudas, es un trueque bastante aceptable, ¿no creéis?

—Los templarios pensáis como mercaderes. En cambio, descuidáis posibles consideraciones dinásticas. —Gosset se esforzaba por no dejar traslucir su disgusto. Olvidáis la *gesta Dei per francos*<sup>[50]</sup>, esa frase mística referida a la realeza ungida y establecida por la gracia de Dios, la gloria de Francia, las ideas de la sangre y la tierra que se mezclan y que, desde hace muchísimo tiempo, han adquirido la categoría de

sagradas. Olvidáis también que en nombre de la corona se le han concedido feudos considerables a la nobleza francesa, premiando así la participación de sus progenitores en aquella campaña de expolio. Olvidáis a los dignatarios de la Iglesia católica<sup>[51]</sup>, que en el Languedoc<sup>[52]</sup> y en el rosellón<sup>[53]</sup> han descubierto fuentes de abundantes ingresos. ¡Todos acabarán siendo enemigos vuestros! Ni siquiera el Papa puede sentirse feliz al contemplar vuestros proyectos, y aún seguís dependiendo de él.

Gavin miró medio condescendiente y medio divertido al sacerdote.

—¡Si se perdiera el Papado, sería hasta beneficioso para la cristiandad, y, en cualquier caso, un gran maestro del Temple sería un buen Papa!

—¡Eso es cierto! —dijo Gosset y sonrió—. Hasta del rey de Francia podría afirmarse algo parecido. ¡Su majestad debe de estar, a estas alturas, más que preocupada!

—¡Las soluciones novedosas exigen ideas atrevidas! —respondió Gavin en voz alta y se levantó del sillón. En cambio su puesta en práctica depende de las precauciones tomadas antes de dar los pasos necesarios, y exige también la más severa disciplina.

En ese momento se oyeron tres golpes en la puerta.

—El sabio —anunció el preceptor en voz baja—. Jacobo ben Mordejai Gerunde<sup>[54][55]</sup>, es decir, procedente de Gerona, es mi huésped. Sus propios compañeros judíos lo lapidarían si descubrieran que acude a verme.

Gosset quiso responder, pero Gavin había dado ya cuatro golpes audibles con el bastón en el tablero de la mesa, y el joven guardia templario dio paso al sabio.

Debajo del capuchón se veía asomar un curtido rostro de campesino, cuyos rasgos exhalaban buen humor. Jacobo se detuvo en la puerta.

—¿Qué fechoría habrán cometido los jóvenes señores Pons de Levis<sup>[56]</sup>, Mas de Morency<sup>[57]</sup> y Raúl de Belgrave<sup>[58]</sup> para acabar dándose latigazos uno a otro con el torso desnudo, hasta hacer brotar la sangre?

—¡Más les valdría golpearse mutuamente las cabezas hueras! —gruñó Gavin, disgustado—. Su comportamiento ha sido tan estúpido que hasta un Pier de Voisins<sup>[59]</sup> fue capaz de descubrir su verdadera misión. De momento queda descartado su ingreso en la orden.

—Podrías ofrecerles una segunda oportunidad. —El sabio inclinó la cabeza con humildad.

—El prestigio de los templarios exige deshacerse de los perdedores. Ya han hecho bastante daño al permitir que los descubrieran como espías al nivel más primario. El senescal ni siquiera los ha castigado, sino que me los ha devuelto sanos y salvos, un gesto amable que es pura ironía. Me queda la esperanza de que el resto de hombres que he infiltrado secretamente en Quéribus para la protección de Roç y Yeza, no sean descubiertos también y se vea arruinado mi propósito.

—Yo puedo ocuparme de esa protección —se ofreció Gosset. Pero Gavin no quiso aceptarlo.

—Nuestros enemigos os conocen como confesor de la pareja real. Ya hacéis suficiente conservando ese cargo.

El preceptor rodeó la mesa.

—¿Qué trae a los hijos del Grial a estas remotas tierras?

—Roç y Yeza hace tiempo que han dejado de ser niños. La pareja real lo ha demostrado ante los mongoles, a los que dio la espalda tras la brutal destrucción de Alamut.

—Así pues, los herederos de Gengis-khan<sup>[60]</sup> se han quedado sin la compañía de quienes encarnan toda nuestra esperanza. Y sigue sin haber acuerdo entre Oriente y Occidente.

—Los infantes han regresado a Occidente, han visitado al rey Luis en París y están a punto de presentarse en vuestra casa.

—Temo que mi presencia haya perturbado su ánimo explorador —intentó disculparse Jacobo—. ¡Por otra parte, yo tenía que rezar mi oración de nishman.

—Ya sé —gruñó el preceptor—. Vosotros, los judíos, seguiréis alabando a Jehová siempre que os lo prescribe el Talmud y aunque estuvierais ardiendo en la hoguera.

—Tengo que ocuparme de Roç y Yeza —insistió el sacerdote, queriendo despedirse.

—Podéis ver desde aquí qué hacen y cómo consiguen descubrir los secretos del *locus terribilis*. Yo también siento curiosidad.

Gavin se acercó a la pared, desplazó uno de los paneles y llamó a sus huéspedes a su lado. A través de unos huecos dispuestos al efecto, éstos pudieron observar la nave de la iglesia sin ser vistos.

## Magdalena en el zodiaco

—Te lo dije —le susurró Roç a Yeza, aunque con voz perfectamente audible—, ¡en algún lugar de esta iglesia debe de estar la clave que nos conducirá hacia el tesoro de Salomón, y hasta el propio tesoro!

Ella le miró de lado.

—¡Aquí todo es demasiado evidente! —murmuró la muchacha—. Mira esos dos ángeles, o lo que sea que representen esos adolescentes vestidos de blanco, los que vigilan la roca que hay delante. Claro que podríamos mover esa roca, pero no encontrarás nada detrás.

—Puede haber un cadáver. —Roç sintió un escalofrío—. Puede tratarse de una tumba.

—¡Ni siquiera un cadáver! —le corrigió Yeza, que seguía sin fijarse bien en la

gigantesca piedra. Ésta tenía aspecto de pesar varias toneladas.

—Iré a examinarla. —Roç quería insistir—. Si encuentro el más mínimo rastro...

Yeza ya no le prestaba atención, pues estaba inspeccionando los nichos en compañía de Jordi, después de haber visto alejarse sin más la figura de la que habían creído que representaba a san José. El juglar trepó hacia arriba y llegó hasta donde se veía una escalera de mano. Ocupó el lugar que antes le correspondiera al santo carpintero, aunque sin llenarlo del todo, pero en cambio descubrió otra cosa.

—¡Fíjate en esa santa que hay en el nicho de al lado! —exclamó el enano, de repente excitado—. Lleva algo oculto en la mano que mantiene atrás, ¡algo que brilla!

Roç y Rinat fueron los primeros en acercarse a la figura que mantenía con mucha coquetería una mano delante, como si el cabello rubio que le caía hasta las rodillas no fuese suficiente para cubrir sus vergüenzas. Aunque, mirándolo bien, se veía que formaba con la punta del pulgar y el dedo índice un anillo provocador, incluso obsceno. El otro brazo aparecía doblado hacia atrás, como si ocultara a sus espaldas un puñal dispuesto para castigar a quien se atreviera a acercársele demasiado. Pero lo que sostenía era un espejo. Roç puso la mano en la peana que sostenía la figura, palpando más que empujando, y muy pronto se dio cuenta de que podía ser girada, quedando así a la vista el trasero de la devota Germana. Estaba desnudo. Eso era de esperar, aunque no el hecho de que el disco plateado y pulido que llevaba en la mano ahuecada apareciera dirigido hacia su propio trasero.

—¡Señores! —les amonestó Yeza con sequedad, una vez hubo verificado de cerca la escena—. ¿Deseáis que os ilumine los detalles?

—Tal vez un rayo de luz... —Roç seguía reflexionando en voz alta en torno a su descubrimiento. Dirigió la mirada hacia la bóveda de arcos góticos que cubría la nave de la iglesia. Observó que a través de un orificio en el techo entraba un rayo de sol, y que éste caía precisamente sobre el nicho, aunque no llegaba hasta el espejo.

—¡Es la cara opuesta de la castidad! —resopló el juglar al ver que a nadie se le ocurría ayudarle a subir. Había bajado rápidamente del nicho de san José para no perderse el nuevo espectáculo.

Muy pronto desistieron de explorar la larga cabellera de la bella Germana y sintieron cierta desilusión.

—No deberíamos descuidar los artificios que puedan mostrar otras figuras —propuso Rinat, y el pequeño Jordi les precedió a toda prisa.

Trepó con agilidad hacia donde se encontraba la estatua de la madre de Dios, que sostenía al Niño en brazos, un niño cuyo tamaño se acercaba bastante al del enano, que se estaba estirando e intentaba separar a la criatura de su madre. Y, en efecto, ¡consiguió desdoblar la figura, abriéndola hacia un lado! En su dorso apareció un pequeño demonio, moldeado a espaldas del niño Jesús, sólo que la cabeza del diablillo colgaba hacia abajo como si fuese un murciélago y de su boca asomaba una

lengua larga y afilada, mientras que la parte posterior de la inocente cabeza del redentor conformaba el trasero desnudo del engendro, que quedaba a la altura del rostro de la cariñosa madre. Un detalle interesó sobremanera a los buscadores del tesoro: entre los senos apretados de María colgaba un medallón en forma de espejo, ¡y en ese instante cayó un rayo de luz directamente sobre el metal bruñido!

—Muy bien —dijo Roç, que veía confirmadas sus sospechas—, ahora sólo nos queda por descubrir qué nos señala esa especie de estrella de Belén.

El reflejo de la luz se dirigía, sin embargo, hacia el reluciente trasero del diablillo.

—No has incluido en tus elucubraciones el transcurso de las horas del sol —dijo Yeza, pensativa—, ¡ni el cambio de las estaciones!

Rinat se incorporó al grupo.

—¡El círculo zodiacal!<sup>[61]</sup> —exclamó, fijando su atención en la pared posterior del nicho, por detrás de la Madre y el Hijo, que aparecía pintada al fresco, reproduciendo diversas alegorías.

—¡Ved allí arriba a Acuario y a Sagitario! —El pintor señaló excitado la imagen—. ¡Y aquí abajo a Géminis y al León! ¡Son los vecinos celestes del solsticio!

—Perfecto —dijo Yeza y señaló hacia lo alto—. Pero no muestran el cambio estival de Géminis a Cáncer, y tampoco...

El índice de Rinat daba vueltas en el aire hasta fijarse en un punto:

—¡... el de Sagitario a Capricornio!

Pero Yeza demostró saber más que él:

—Ese cazador debe de ser Nexos<sup>[66]</sup>. La idea fundamental parece acertada, aunque nos faltan la primavera y el otoño.

—¡Ya los tengo! —estalló jubiloso Roç—. ¡Detrás de Germana!

Regresaron a toda prisa al nicho de la santa.

—¿Veis ahí el mar y veis a Zeus, aquel que secuestró a Europa, saltando por encima del agua?

Rinat, entusiasmado, se adelantó a Yeza.

—Esa ilustración pretende desviar nuestra atención de Piscis, y del equinoccio<sup>[67]</sup> de Aries a la izquierda, es decir, quieren ocultarnos algo. A la derecha tenemos a Virgo, ¡que incluso sostiene una balanza! Entre ambos se produce la equiparación de la noche y del día, aunque el águila<sup>[68]</sup> trace sus círculos allá arriba.

Yeza no quiso desdecir al pintor, que se mostraba orgulloso, y sólo añadió:

—Eso significa que ya los tenemos a todos, incluido a Escorpión...

—¿Cómo dices? —preguntó Roç, ahora intimidado, pues le sabía mal no haber podido lucir sus dotes.

—¡Ayudadme a subir! —les pidió Jordi estirando los brazos—. Tengo una idea.

—¡Lo único que quieres es tocarle el trasero a la rubia...!

—¡Chisst! —le advirtió Roç al pintor—. Hay damas presentes. —Y alzó al enano



hasta el nicho.

—¡Maldito vicioso! —le regañó Rinat al ver que el trovador metía sin más las narices entre las dos mitades del trasero de Germana, para volver a mostrarles muy pronto el rostro sonrojado mientras resoplaba complacido.

—Lo que había pensado.

Rodeó la figura con pasitos rápidos y sin mostrar vergüenza alguna metió la mano entre los muslos de la figura. De allí sacó un tubo que se adaptaba exactamente a la mano hueca de la santa. Después el enano movió el brazo trasero con el espejo y el mismo movimiento se transmitió al brazo delantero.

—¿En qué década de Virgo nos encontramos? —preguntó Rinat con voz ronca de emoción y se dio sin más la respuesta—: ¡En la segunda!

Jordi giró el brazo de Germana, como si quisiera descoyuntarlo, hasta que la mano de la dama se encontró a la misma altura de la reproducción zodiacal en el fresco. Un rayo de luz se reflejó deslumbrante en el espejo y desde allí atravesó el tubo, que había girado al mismo tiempo. La luz apareció en forma de mancha perfectamente visible en la pared opuesta, y encima de la mancha había clavado en la pared un candelabro con forma de pez.

Yeza estalló de júbilo:

—¡He ahí el secreto! ¡Es la maneta de una puerta!

Atravesaron con pasos temerosos la oscura nave de la iglesia.

—¡No podemos permitirnos ni un paso en falso! —susurró Roç.

Pasaron por delante del Calvario, que se erguía ante ellos.

—¿Es posible que todo esto únicamente sirva para distracción al señor Gavin? —murmuró Yeza, observando con más ansiedad que respeto las cruces levantadas, las escaleras de los verdugos apoyadas en aquéllas, las cuerdas y sujeciones, los peones afanosos y los legionarios romanos que jugaban a los dados. Todas las figuras mostraban un tamaño sobrenatural, aparecían moldeadas en arcilla y estaban profusamente pintadas con colores. Las cruces eran de madera auténtica.

—Nuestro viejo amigo, el preceptor, quiere ponernos a prueba. Me parece sentir sus ojos clavados en nosotros.

Roç no parecía demasiado impresionado.

—Es posible, aunque yo creo más bien que nos utiliza a nosotros y nuestra experiencia en la búsqueda de tesoros, para asegurarse de que las alarmas funcionan bien. Apuesto a que todavía no hemos llegado al final. De ser así, habría intervenido ya. ¡Dejad que me acerque yo solo al pez! —Se dirigió a sus acompañantes—. Y prestad mucha atención a lo que sucede.

Yeza, Rinat y el pequeño trovador se detuvieron en medio de la iglesia. Roç se acercó a la pared, la mancha de luz brillaba en lo alto como una estrella. Roç se irguió, cogió el pez-candelabro con ambas manos y tiró de él hacia abajo, con la

mirada fijamente puesta en el *menhir*, del que esperaba probablemente que se moviera y le diera paso. Pero lo que se oyó fue un crujido en otro lugar muy diferente de la iglesia, y Yeza vio que un temblor recorría la figura arrodillada de la Magdalena. La piedra, en cambio, no se había movido, aunque en realidad Roç ya la había excluido desde un principio como acceso a la cámara del tesoro. Hizo un gesto de satisfacción al ver confirmadas sus sospechas y todos se reunieron delante de la pecadora.

—En realidad, podía habérmelo imaginado —se indignó Yeza—. ¡María de Magdala, prostituta declarada, es la figura con la que más suele ensañarse la Iglesia! No me extrañaría nada que...

—De todos modos, el señor Gavin, como responsable de todo este montaje, le ha otorgado el honor de tener un altar propio. A mí me da la impresión de que Magdalena es aquí la figura más importante —defendió Roç más bien a la mujer que al templario—. ¡Esos monjes guerreros, por otra parte, no dejan de ser un tanto perversos!

Roç tenía la esperanza de ser oído por el preceptor, por lo que añadió:

—¡Veamos lo que oculta esta mujer bajo las faldas!

—¡No está mal! —se oyó entonces una voz que parecía llegar desde arriba, desde la bóveda. Roç y Yeza reconocieron tanto la voz de Gavin como el tono sarcástico que solía emplear. Os ruego que vuestros acompañantes abandonen el *locus terribilis* y esperen fuera. El último trecho del camino debe ser recorrido por la pareja real en solitario.

La situación no dejaba de tener un aire siniestro. No obstante, Roç enderezó el cuerpo y ordenó a Rinat, que parecía enfadado, que se alejara junto con Jordi Marvel, éste último más bien contento de poder abandonar aquel lugar. El nicho de la pecadora había sido practicado en la pared casi a nivel del suelo, y su trasfondo tampoco estaba adornado con frescos, sino que aparecía revestido de una preciosa cortina de terciopelo rojo. Delante de la santa arrodillada se veía un pedestal de mármol anclado en el pavimento, posiblemente para completar la imagen de la complaciente pecadora, y encima había un recipiente lleno de esencias perfumadas en el que la figura introducía una mano para proceder a la unción. A Roç le llamó la atención que dicho recipiente ofreciera el aspecto de un cáliz negro, pero no se le ocurrió pensar que pudiera tratarse del que buscaban.

—Yezabel Esclarmunda du Mont y Sion dará ahora media vuelta y no apartará la mirada del Calvario —oyó la voz del personaje invisible que, sin embargo, lo veía todo.

—¡Recuerda lo que le sucedió a la mujer de Lot! —le susurró Roç, orgulloso de formar pareja con Yeza, y no obstante consciente de cierta flojera que sentía en el estómago. De buena gana habría cambiado el sitio con la joven.

Ésta se apartó de él y se dirigió cabizbaja hacia el altar dispuesto delante del Calvario. Roç observó sus movimientos medio contento y medio preocupado, y después se dirigió de nuevo hacia la Magdalena. No tuvo que esperar mucho para recibir instrucciones.

—¡Pisa los dedos del pie, sujeta la cabeza de la figura con ambas manos y tira de ella hacia abajo, hasta quedarte arrodillado!

Roç hizo cuanto le habían mandado, y de nuevo cayó su mirada sobre el recipiente de piedra negra, aunque el muchacho estaba tan obsesionado con descubrir algún sistema mecánico que no sacó conclusiones. Tiró de la cabeza de la pecadora, la peana de mármol cedió y la imagen arrodillada acabó volcándose hacia adelante; mientras, el joven seguía firmemente abrazado a ella, hasta que él mismo tuvo que doblar la rodilla. La figura no pesaba mucho, pues la parte de atrás estaba hueca, como el tronco de un árbol vaciado por el rayo. Después vio lo que se ocultaba en el hueco: era un miembro viril gigantesco que salía de debajo de la cortina.

—Ahora tienes a mano la llave que te abrirá paso —le ordenó Gavin—, pero no te atrevas a mirar detrás de la cortina.

A Roç no se le habría ocurrido hacerlo. Muchas veces había oído hablar de la cabeza del Baffometi<sup>[70]</sup>, el monstruo que, supuestamente, era objeto de adoración blasfema por parte de los templarios. Detrás de la cortina roja seguramente se encontraría la figura completa de aquel ser demoníaco, de rasgos terroríficos. A él le bastaba con tener que tocar el falo gigantesco, y tuvo que hacer un esfuerzo mental para empujarlo hacia abajo. El resultado fue un crujido atronador, acompañado de un estallido, como si estuviese bajo el efecto de una tormenta. En el techo de la iglesia se abrió un orificio redondo, pero sin que a través del mismo apareciera la luz del sol. El Gólgota<sup>[71]</sup> se tiñó de un color rojo como el infierno, del suelo empezaron a salir vapores y Roç, que no había perdido de vista el *menhir*, la gigantesca roca, vio que ésta se abría por el centro. A pesar de aquel ruido tan espantoso, a Roç le disgustó no haber descubierto antes la grieta correspondiente a esa abertura, cuyos bordes transcurrían en zigzag para ayudar a que la unión fuera invisible. En cualquier caso las dos mitades giraron hacia atrás, dejando abierto el paso a un espacio oscuro.

En el umbral de esa entrada de granito apareció la figura alta de Gavin. El preceptor vestía la *clamys* negra y en su pecho destacaba la cruz escarlata con los extremos en forma de zarpa.

—¡Bienvenidos, pequeños reyes! —se dirigió con amabilidad a los jóvenes—. Entrad.

Hasta la aparición de Gavin, Yeza había observado la gran piedra rocosa por el rabillo del ojo, pero en realidad tenía la mirada puesta en el espejo de Germana para descubrir lo que sucedía a sus espaldas.

—¡Lo he visto todo! —le susurró en tono triunfal a Roç, que pasaba apresurado a

su lado—. Pero ahora tengo cierta urgencia —añadió, cuando él le dio a entender con una leve sonrisa que había advertido de la sustracción del espejito—. Adelántate, enseguida te sigo.

—¡Detrás de la madre de Dios encontrarás una puertecilla en la pared! —oyeron la voz de Gavin—. Te conducirá al excusado.

Yeza calló, impresionada al comprender que el preceptor oía todo, incluso el más leve susurro. Con pasos comedidos atravesó la iglesia vacía hasta el lugar señalado. Roç en cambio siguió la invitación del templario y cruzó la entrada de piedra.

## **Ladrones de cerezas**

Los tres jóvenes a los que Gavin había reñido y expulsado tan rudamente del salón, se acurrucaban sobre un muro, descontentos con su injusto destino. De ningún modo se culpaban a ellos mismos del fracaso de su misión secreta; mejor aún, casi se sentían orgullosos de no haberse comportado en Quéribus como si fuesen soldados ordinarios de la guarnición.

Yeza había abierto la puertecilla indicada y se encontró en un pasillo de techo bajo que posiblemente rodeara la iglesia entre los muros, pues de vez en cuando alguna luz se filtraba a través de unas estrechas aberturas, que, a distancias iguales, configuraban entre los contrafuertes exteriores unas bajadas que descendían en pendiente acusada, y que probablemente servían para arrojar pez o aceite hirviendo en caso de tener que defenderse de un asedio. Yeza sintió el impulso de librarse allí mismo de su orina, cuando se dio cuenta de que a través de una de aquellas aberturas veía un prado verde y la sombra de unas hojas. Semejante visión la indujo a retener sus necesidades, pues le pareció más apetecible buscar un entorno natural. De ahí que prefiriera deslizarse por la próxima abertura y, sin mirar hacia atrás, se pegó al muro y fue bajando. Una piedra se desprendió de la fachada, la muchacha perdió el equilibrio, cayó a cierta distancia y se vio en un pequeño cementerio, junto a la iglesia. A la sombra de los árboles, entre cruces medio caídas y viejas lápidas cubiertas de musgo, pastaban los caballos. Filippo dormía acostado en la hierba. De sus propias alforjas la joven veía asomar el arco mongol, junto al carcaj de las flechas, un regalo del il-khan<sup>[72]</sup>, perfectamente visibles y listas para ser utilizadas. Si sustraía el arma le daría un buen susto al escudero gandul, cuya negligencia estaba pidiendo a gritos que se le diera una buena lección. Yeza pasó con sigilo a su lado y recogió el arco.

A un lado del cementerio se veía un murete bajo, además de unos antiguos cimientos cubiertos de zarzamoras y restos de viejas edificaciones. Yeza descendió con precaución por una escalera medio caída cuyos escalones quebrados de mármol ofrecían poca seguridad. A sus pies crecía, saliendo de la piedra, una higuera que

extendía sus amplias ramas y cuya sombra le pareció muy adecuada para hacer allí sus necesidades. Yeza se bajó el calzón, levantó los faldones de la camisa y se agachó, contenta de poder ceder a presión tan molesta. Aún no había cesado el chapoteo liberador cuando vio caer delante de ella una piedra arrojada desde más allá del árbol, y oyó una risa reprimida. Yeza miró hacia arriba y a través de las hojas de la higuera vio en lo alto del muro la cabeza de un joven que volvió enseguida a retirarse. Estaba la muchacha a punto de incorporarse cuando apareció otro rostro, que desde arriba estuvo observándola sin molestarle la penosa situación de la joven. Aquel rostro tenía rasgos de lobo, y sus ojos fríos y crueles la miraban como el depredador observaría a una presa indefensa.

¡Tengo que subirme los calzones!, fue el pensamiento que cruzó por su cabeza cuando vio que un tercer mozo, alto como un árbol y de aspecto nada desagradable, se subía al muro. El joven soltó una risa sonora.

—¡Esperad, doncella, no ocultéis vuestro jardincito!

La risa se dobló. Entre las botas del mozo que la miraba desde lo alto, con las piernas separadas, apareció la cara de luna del primero, que le anunció:

—¡Ahora mismo acudiré Mas a labrártelo!

Yeza estaba tan furiosa que se incorporó como picada por un escorpión. Era consciente de que no podía evitar aparecer desnuda por un instante, por lo cual dio rápidamente media vuelta y mostró a los muchachos el trasero desnudo, queriendo darles a entender lo que pensaba de ellos. Tal vez no fuese demasiado prudente, pues un golpe seco a sus espaldas la avisó de que el primero había saltado a tierra.

Cuando la muchacha se volvió, ya tenía una flecha preparada en el arco. El mozo de la cara de lobo se encontraba a apenas diez pasos de ella, debajo de un viejo cerezo cuyas ramas probablemente le habían servido para descender con más seguridad y rapidez.

—¡Ya ha pasado la época de las cerezas! —exclamó Yeza en un intento de aliviar la tensión, pues lo importante ahora era no tener que vérselas con los tres a la vez, o con cuántos fueran en realidad.

—¡Yo sé dónde recoger los frutos que me apetecen, bella doncella! —Y el mozo dio un paso adelante—. ¡No creáis que ese chisme me lo va a impedir, si es que sabéis usarlo!

Y empezó a desabrocharse la bragueta.

—¡Muéstrame el lugar del tronco donde quieres que clave la flecha! —le ofreció Yeza haciéndose la ingenua, y Mas de Morency se sintió triunfador.

En cuanto haya disparado la primera flecha, me abalanzaré sobre ella, antes de que pueda preparar otra, pensó, y se volvió hacia el cerezo. Aplicó la mano plana al tronco, justo por encima de su cabeza. En el mismo instante, la flecha salió disparada y le atravesó la palma de la mano, clavándola en el árbol.

Mas soltó un grito furioso que pasó a un aullido prolongado mientras tiraba de la flecha, aumentando así el dolor, pues el hierro había atravesado limpiamente la carne. Yeza se había retirado caminando hacia atrás, y superó la escalera medio desplomada hasta alcanzar la plataforma superior. El mozo alto saltó sin agarrarse a las ramas del cerezo, y consiguió aterrizar hábilmente sobre sus pies. Había desenvainado la espada y pretendía liberar a su compañero de la flecha que clavaba el brazo alzado de Mas contra el tronco del árbol.

—¡No lo hagas —le gritó Yeza—, si no quieres hacerle compañía!

Raúl de Belgrave, de cuyas fauces de animal de presa había desaparecido la sonrisa, le aseguró:

—¡Jamás he dejado a un amigo en la estacada, y mucho menos porque me lo ordene una pequeña bruja como tú!

Yeza se acercó al borde de la plataforma y levantó el arco, dispuesta a impedir por todos los medios que el mozo cortara la primera flecha. En aquel instante oyó crujir las hojas de la higuera y el muchacho de la cara de luna saltó, pasando por delante de la joven, y le arrebató el arco antes de aterrizar sobre el vientre, más abajo de la plataforma.

Yeza no se puso nerviosa; metió con la rapidez de un rayo la mano por encima de su hombro en dirección a la nuca y en el mismo instante había sacado ya el puñal de su cabellera. Arrojó el arma con el mismo impulso del brazo que regresaba. Precisamente cuando Raúl acababa de levantar sin prisas la espada para cortar limpiamente la punta de la flecha, liberando la mano del amigo, llegó la hoja afilada y reluciente y le clavó el antebrazo en el mismo tronco, tal como había avisado Yeza, junto a la mano atravesada por la flecha. La espada cayó a tierra.

Pons, el muchacho de la cara de luna, se había incorporado y se quedó como petrificado al ver lo sucedido a sus amigos.

—¡Coge la espada! —le gritó Mas de Morency con voz chillona y empujó con el pie la espada caída en su dirección—. ¡Húndesela en el vientre a esa bruja, ábrele la tripa...! —Su voz se quebró, mientras Pons de Levis emitía un sonido ronco y corría escaleras arriba, con la cabeza agachada y a punto de embestir.

—¡Te estrangularé con estas manos! —rugió y se arrojó sobre Yeza, intentando cogerla por el cuello.

Por un instante, la joven pareció querer acercársele con unos pasitos de baile, después levantó con ademán juguetón una de sus manos, agarró desde arriba la muñeca del mozo, dobló la rodilla como en un baile cortesano y consiguió que el atacante volara por el aire. Ella lo mantenía sujeto por la muñeca hasta que ésta hizo un ruido feo al quebrarse el hueso, mientras él aterrizaba con la cara por delante sobre el suelo. Después Yeza saltó de la plataforma y recuperó el arco, con lo cual la mano de Raúl, que acababa de arrancar con un esfuerzo desesperado el puñal, volvió a caer

atemorizada.

—Suelta ese puñal —dijo Yeza con voz ronca— ¡o te disparo directamente al cuello!

En aquel instante entraban Filipino, Rinat y Jordi en el cementerio.

—Podéis apresarles —sugirió Yeza—. Y curad sus heridas hasta que os envíe auxilio.

## **La rotonda oculta**

Delante del portal de la iglesia se encontró con dos templarios enviados por Gavin en su busca.

—¡Acabo de detener a tres ladrones de cerezas en vuestro huerto! —anunció Yeza con tono despreocupado—. ¡Ponedlos a buen recaudo!

Uno de los templarios, moviendo la cabeza, se dirigió al huerto, mientras el otro escoltaba a Yeza por una escalera de caracol iluminada con antorchas y que probablemente conduciría a la cripta de la iglesia. Delante de una esclusa formada por dos rejas de hierro que, una vez abiertas, dejarían pasar justo a una persona, el templario la dejó sola. Yeza se encogió asustada, tensa, cuando sintió que descendían los hierros afilados detrás de ella, y casi rompió a llorar cuando la segunda compuerta tardó un poco en abrirse.

Entró después en una estancia que probablemente fuera una cisterna, apenas iluminada por la luz que caía desde arriba a través de un orificio redondo. Un chorro de agua clara surgía como una fuente de la pared rocosa y caía en un cuenco de piedra. Yeza aprovechó para lavarse la cara y los ojos; estaba disgustada consigo misma. Después subió unos escalones altos que vio en la pared opuesta.

Ante ella se abrió una escena que no había esperado y que, sin querer, le provocó un temblor de respeto. Yeza se dio cuenta de que cruzaba un umbral, y no sabía si al fin se vería frente al gran misterio, el deseado Grial. ¿O tal vez el sentimiento de duda que la asediaba tenía algo que ver con ella misma? Aún no se sentía mujer, ni mucho menos se veía como reina. Pero estaba segura de poder responder como un hombre ante cualquier situación, igual que su caballero Roç. No querría pasar vergüenza delante de él.

De modo que Yeza siguió adelante, sujetando bien las armas. Miró hacia abajo y vio una sala al parecer redonda, profundamente excavada en la tierra, rodeada de innumerables círculos de columnas y con una cúpula elevada en el centro. Aquella gruta artificial tenía una extensión cuya magnitud Yeza únicamente podía estimar por el número de antorchas y lamparillas de aceite fijadas a los pilares, cuyo resplandor se perdía en la mitad posterior del círculo, como una serie lejana de gusanillos de luz. Aquél era el lugar secreto, tenía que serlo, la estancia de consagración donde se

celebraban los ritos secretos de los templarios de los que tanto se murmuraba. En el centro de la rotonda<sup>[73]</sup> había en el suelo de piedra un hundimiento rectangular en el que se apreciaban una serie de cuerpos geométricos de brillo oscuro, en parte transparentes, en parte opacos. Algunos de esos cuerpos emitían un fulgor candente, como si estuviesen depositados en un brasero mágico. Alrededor bailaban unas llamas azules y sumergían todo el contorno ya en una luz mortecina, ya en un vivo resplandor. Pero más aún que los rodillos y las pirámides, los conos y cubos de cristal y de mármol, llamó la atención de Yeza un globo gigantesco que descansaba, mejor dicho flotaba encima de aquel lecho. El globo emitía un brillo metálico y aparecía rodeado de una retícula de alambres de oro y plata que lo cortaban en segmentos tanto de arriba abajo, como si fuese un fruto cítrico, como en rodajas o anillos cada vez más anchos en dirección al supuesto centro.

Vio también a Roç y a Gavin, que observaban el globo, y a Yeza este último le pareció cambiado, no solamente porque hubiese envejecido. La sorprendió que el preceptor, con su cabello canoso y la *clamys* oscura, se le apareciera más bien como un pájaro negro medio desplumado. A su lado había otro personaje cuyos rasgos de campesino le eran extraños a Yeza. Pero sí reconoció el manto de oraciones que llevaba puesto, y que le asemejaban a las figuras del Antiguo Testamento: ¡san José, el del nicho, el mismo que había cantado la oración de *nishmat*<sup>[74]</sup>!

Yeza observó que Roç, ensimismado, hacía girar el globo. En esa bola o globo aparecían ilustradas unas tierras de formas extrañas y mares lejanos que aparecían y volvían a desvanecerse en la oscuridad. Gavin se dio cuenta de que Yeza los miraba desde lo alto de la escalera y le hizo señas de que bajara.

—¡Bienvenida, Esclarmunda! —exclamó y su voz sonó como un graznido—. ¡Nadie mejor que vos para iluminar el mundo!

Yeza vaciló. Por un instante había albergado la sospecha de que el severo preceptor había enviado a aquellos jóvenes a fastidiarla, en castigo por no haber obedecido sus órdenes en la iglesia, cuando espío a través del espejo cómo la palanca fállica ensartaba por detrás a la pobre Magdalena. Ella, Yeza, no se había quedado ciega, ni mucho menos, ante semejante visión, pero tampoco sentía ambición alguna por iluminar un mundo que no pasaba de ser una bola dominada por los hombres.

De modo que Yeza se puso en movimiento con estudiada lentitud y se tomó el tiempo necesario para examinar la estancia. Vio unas mamparas de madera que alcanzaban apenas la altura de un hombre, dispuestas como un laberinto alrededor del duro lecho de Gea<sup>[75]</sup>. Sólo desde arriba podía apreciarse su distribución. Esas mamparas aparecían cubiertas de mapas que mostraban océanos, mares helados e islas de las que Yeza nunca había oído hablar. No podía ni imaginar dónde se hallaban, si es que existían. Había desiertos del color de la arena —*hic sunt leones*<sup>[76]</sup>— y otras manchas completamente blancas que podían significar montañas cubiertas



de nieve o *terra incognita*<sup>[77]</sup>. El verde auguraba amplios bosques y pantanos. Sin embargo, lo que atraía especialmente la atención de la observadora eran las líneas curvas que atravesaban esas extensiones como la huella que deja un gusano; eran los caminos abiertos por el ser humano a través de los desiertos infinitos y por encima de rocas y cimas altísimas. Otras rayas rectas trazadas sobre las aguas probablemente sirvieran para que los barcos cruzaran salvos a través de los temporales y evitaran las aguas peligrosas. Tan sorprendentes imágenes como las trazadas en las mamparas se debían probablemente a la fantasía incansable de Gavin, se le ocurrió pensar a Yeza, pues sabía que el mundo no era tan extenso. ¡Roç y ella conocían perfectamente sus confines, ya que habían estado en el país de los mongoles, hasta donde nunca había llegado el preceptor!

—¡Tengo entendido que la orden del Temple se considera a sí misma la luz del mundo! —saludó con desparpajo al anfitrión—. ¿De qué serviría el empeño de mi pobre persona, una mujer ignorante?

Se acercó a Roç y le miró, sus ojos despedían chispas. Su caballero y protector había estado ausente en el momento en que más habría necesitado la fuerza de su brazo. Pero su héroe estaba totalmente ocupado en examinar los instrumentos metálicos junto al globo giratorio.

—¡Mira esto! —exclamó con entusiasmo—, ¡un sextante, y esto es un astrolabio<sup>[78]</sup>! Hasta ahora sólo había visto un instrumental de tanta precisión en el observatorio de Alamut<sup>[79]</sup>, el de los «asesinos»<sup>[80]</sup>.

—Ya sé —le respondió Yeza con un mohín—, ¡donde habitaba tu amada celestial, Kasda<sup>[81]</sup>, la astróloga!

Roç calló. Lamentó haberle hablado a Yeza de Kasda.

Gavin levantó una ceja y dirigió su atención hacia el hombre con aspecto de campesino que vestía el manto de oraciones.

—Éste es Jacobo, mi consejero —dijo con gravedad—. El rabino Jacobo ben Mordejai tiene una respuesta para cualquier pregunta, menos una, la de por qué, exceptuando a mi persona, todo el mundo le odia, incluso sus alumnos judíos, estudiosos del Talmud<sup>[82]</sup>.

Yeza estudió abiertamente la cara de aquel hombre, que mostraba una mirada franca y reveladora de una bondad como le habría gustado a ella descubrir en el rostro del templario.

Se dirigió a él en voz baja, aunque perfectamente audible:

—Si por ventura vos, buen hombre, os habéis hartado del preceptor, tendré mucho gusto en tomaros a mi servicio.

El rabino sonrió.

—No sería más que una carga para vos, pues mis conocimientos no pueden ser una ayuda a vuestros planes, mi reina, y mis poderes no alcanzan para servir de

apoyo. Yo mismo soy un caminante entre los mundos, pero en cualquier momento en que se crucen nuestros caminos, me pondré a vuestras órdenes sin esperar nada a cambio.

—¡Toma nota de sus palabras! —dijo Yeza a Roç—. Me gustaría que todos los que nos rodean pensarán así.

—Ya habéis oído, noble señora, que sólo podría suceder muy rara vez. ¡Los sabios tienen otras cosas que hacer en este mundo! —Y Jacobo se concentró en hacer girar el globo, fijando la vista en los dibujos grabados en la superficie del mismo y comparándolos con los mapas fijados en las mamparas.

—De modo que afirmáis —dijo Roç a Gavin—, que más allá del Yabal Tarik<sup>[83]</sup> está no solamente el océano, el mar de Atlas<sup>[84]</sup>, sino que existen otras tierras y otros mares, muy lejos de allí, pero a los que se puede...

—¡Guarda esos conocimientos en tu valeroso corazón! —le replicó el templario con voz ceremoniosa—. No es un saber que convenga a todo el mundo, pues pertenece a un futuro que aún permanece entre tinieblas.

—¿Pero tenerlo otorga poder? —planteó Roç rápidamente sus dudas.

—¡Hay que conocerse a sí mismo! —respondió el rabino en lugar del preceptor—. Los demás conocimientos no son más que vanidad —añadió en un murmullo.

En aquel instante la voz de Gosset llenó la estancia: el sonido salía de un tubo de cobre suspendido del techo.

—Preceptor, llega el huésped esperado, acompañado de un gran séquito y muchas cajas. Incluso trae esclavos...

Gavin se había acercado al tubo, mejor dicho al extremo inferior curvado del mismo, que le permitía aplicar tanto el oído como la boca. Golpeó por tres veces el tubo con su bastón, interrumpiendo imperiosamente el relato.

—¡El único a quien deseo ver es al Taxiarcos<sup>[85]</sup>! —ordenó con disgusto y nerviosismo a través del tubo, en el que retumbaban las voces—. ¡A nadie más! ¿Me habéis entendido, sacerdote?

—*Beauséant alla riscossa!*<sup>[86][87]</sup> —le llegó, a modo de confirmación, la consigna de los templarios.

Después se produjo un silencio; todos quedaron a la espera. Roç miró alrededor para observar si aquella estancia circular pudiera tener otras entradas, aunque no descubrió ninguna. El mismo, guiado por el templario, había atravesado la esclusa, y el joven comprendió de inmediato que aquella rotonda, con la bola que Gavin denominaba «globo del Atlas», si jamás fuera inundada, quedaría fuera del alcance de quien no supiera nadar bajo el agua. Aunque tal vez no significaba forzosamente que quien intentara llegar a ella hubiese de morir asfixiado, pues en el techo había varios orificios por los que entraba una luz amortiguada. Roç calculó que esa luz podría proceder de los pilares de la iglesia que había encima, unos pilares que

probablemente eran huecos y dejaban entrar aire y luz desde el tejado de la iglesia. Lo más probable era también que en semejante conjunto de edificios superpuestos, cuya construcción se había realizado con tanto esmero, existiría como mínimo una salida de escape. Pero la visita anunciada se presentó, como le había sucedido a él y a Yeza, en lo alto del muro que cerraba la cisterna.

En compañía de Gosset vieron al hombre cuya comparecencia había sido avisada con el nombre de «el Taxiarcos», y Roç recordó los emocionantes relatos de William<sup>[88]</sup>, que solía hablar durante horas de un aventurero llamado también «rey de los mendigos». El tal rey de los bajos fondos de Constantinopla era un hombre de buen ver, de tez morena y aspecto intrépido. Sus ojos echaban chispas que revelaban valor, heroísmo y cierto espíritu salvaje. A Roç le gustó enseguida.

—¡Mi viejo amigo, el Taxiarcos! —proclamó Gosset con expresión de orgullo. Se veía a las claras que ambos estaban contentísimos con el reencuentro.

—¡Ya nos conocemos! —respondió Gavin con suave ironía—. Nosotros mismos pusimos en su día al rey de los mendigos al mando de una de nuestras mejores naves, para que se hiciera a la mar en dirección al oeste.

Entretanto, los amigos se habían aproximado.

—¿Qué nos traéis de este viaje?

Se notaba enseguida que la voz de Gavin vibraba de emoción y la mirada interrogadora del preceptor reposaba sobre el recién llegado. Pero el Taxiarcos no parecía tener prisa.

—En primer lugar, os devuelvo esta brújula. —Metió la mano en el bolsillo de su capa verde esmeralda y bordada en oro, y extrajo un pequeño estuche redondo, cubierto de piedras preciosas.

—Esta aguja excitada y temblorosa nos ha prestado servicios excelentes...

—¡Ya me lo contaréis después! —le cortó la palabra Gavin, que dominaba con dificultad su impaciencia.

Roç nunca le había visto así.

El Taxiarcos dio unas palmadas. Todas las miradas se dirigieron a la escalera, en la que apareció una niña con aspecto de hada de las mil y una noches, cubierta toda ella de un tejido dorado que realzaba sus hombros y con el que también estaba confeccionado el tocado que llevaba sobre su cabeza, obligándola a una postura erguida y casi rígida.

—¿Es una hija de los dioses? —Roç tiró de la manga del sacerdote, procurando pasar inadvertido.

—¡Más bien parece una virgen del templo! —respondió este último con sarcasmo ostensible a la pregunta planteada en voz baja, con lo que consiguió atraer la atención a Yeza—. Supongo que, al menos, ésa sería su condición antes de caer sobre las rodillas del Taxiarcos.

Mientras tanto, la niña avanzaba con paso comedido y seguro, sosteniendo en las esbeltas manos extendidas una cajita y, encima de ésta, una cuchara de oro y un tubito cincelado. Como Gavin no apartaba la vista de ella, Roç pudo hacerse con la brújula, que el preceptor, sin prestarle atención, había depositado junto al globo. No le fue posible abrirla, pero observó su interior a través del cristal de cuarzo pulido. Vio una aguja de hierro que tenía la forma de una punta de flecha y que, aunque no parecía gran cosa, se movía temblorosa siempre en la misma dirección. Roç observó que en la periferia había marcadas unas abreviaturas correspondientes a las cuatro direcciones de la rosa de los vientos. Tuvo una repentina idea y acercó el anillo con el imán al exterior del estuche, observando que la flecha giró de inmediato para señalarle a él. Rápidamente devolvió la brújula a su lugar.

La jovencísima muchacha, entre niña y mujer, poseía un encanto extraño, y lo único que molestó a Roç de su aspecto fue la enorme nariz aguileña. Mientras, la joven se había arrodillado delante de Gavin, que no prestaba atención ni a su aderezo de oro ni a su piel morena. El preceptor se limitó a retirarle la cajita de la mano y abrirla con gesto ansioso. Roç se irguió para ver lo que había dentro, y observó que Gavin se apresuraba a recoger una cucharadita de polvillo blanco, que dispersó sobre la tapa abierta. Después cogió el tubito, se lo metió en un orificio de la nariz, se inclinó sobre la tapa y aspiró el polvo blanco a través del mismo. Sus ojos adquirieron un brillo extraño. Batió palmas y exclamó con expresión de regocijo, totalmente desacostumbrada en él:

—¡Una fiesta, una fiesta! ¡Amigos, disfrutemos juntos de un banquete! —Se dirigió al Taxiarcos—. ¡Ya me informaréis de todo, me mostraréis lo que hayáis podido adquirir, requisar u obtener mediante halagos o engaños! ¡Mostradme el botín y os recompensaré generosamente!

Tomó de la mano a Yeza, para indicar que estaba dispuesto a salir de allí. Pero la joven se interesaba por la niña forastera.

—¿De dónde procede esa ave dorada del paraíso? —quiso saber.

—¡Potkaxl<sup>[89]</sup> es una princesa tolteca<sup>[90]</sup>! —respondió el Taxiarcos—. La pude rescatar de la plataforma del templo del dios del sol. La habían arrastrado allá arriba y el sumo sacerdote levantaba ya el puñal...

—¡... para sacarle el corazón palpitante en vivo! —Yeza le sonrió al Taxiarcos: el hombre le gustó. De repente se acordó de su propio estado—. ¿Por qué querían sacrificarla, si es una princesa?

—Potkaxl es una de las últimas descendientes de los toltecas. Ésa es razón suficiente para ser sacrificada como novia virginal al dios del sol. —El Taxiarcos miró a su interesada interlocutora—. La antigua estirpe soberana fue destituida del rango que ostentan los reyes sacerdotes, cuando se instaló en el poder la nueva dinastía de los maya.

Gavin no había soltado la mano de Yeza, pero en aquel instante tiró con energía de la muchacha, para alejarla del rey de los mendigos.

—No creáis, querida Yeza —dijo con un aire tan vivo como Yeza jamás había visto en el severo preceptor—, que nuestro Taxiarcos haya salvado a esa áurea doncella de su terrible destino por pura generosidad. Ese hombre es un aventurero, y de los peores.

Sus palabras parecían contener una advertencia. Gavin incluso había elevado un índice, aunque su sonrisa amortiguaba el efecto.

—Esa pequeña virgen del templo le promete una ganancia doble.

El hombre soltó una risita que a Yeza le pareció penosa.

—Por una parte, está esa ropa, que es de oro puro. Y lo que hay debajo también es precioso: ¡está desnuda!

Yeza buscó a Roç con la mirada, pues se sentía incómoda. Pero Roç dedicaba su atención a Jacobo, con quien sostenía al parecer una animada conversación. Precisamente estaba preguntando al rabino con aire de inocencia:

—Si la aguja siempre señala en la misma dirección, ¿cómo se sabe cuál es la que indica?

El sabio se echó a reír.

—La brújula siempre señala al norte. Al parecer, allí existe una gigantesca montaña magnética debajo del hielo. ¡La brújula lo sabe, nosotros no! Pero en cambio nos ayuda a saber, incluso de noche, dónde se encuentran el este y el oeste, el norte y el sur, incluso cuando navegas por el mar, y si uno conoce las estrellas...

A Roç le pareció una respuesta más que satisfactoria. Aunque, por otra parte, si había esperado que el preceptor tomara otro camino para salir de la estancia circular, sufrió una desilusión, pues se limitaron a atravesar la cisterna por la que habían llegado. Yeza caminaba al lado de la princesa tolteca e intentaba trabar una conversación con ella, pero aquella criatura procedente del maravilloso país de los templos de oro, de los que Yeza antes jamás había oído hablar, sólo conocía unas pocas palabras griegas que el Taxiarcos le había enseñado durante la travesía.

—Soy tu hetaira feliz —balbuceó y siempre estaré a tu servicio.

Estas palabras divertieron extraordinariamente a Yeza.

El final de la comitiva estaba formado por dos viejos compañeros: Gosset y el rey de los mendigos. Éste dijo:

—Potkaxl sigue convencida de que al final será sacrificada.

—¡Supongo que sigues celebrando tu ritual griego-ortodoxo dos veces por semana! —se mofó Gosset—. ¡Y supongo también que cada vez le parecerá a ella un prelude de los auténticos placeres con que los dioses la premiarán después de muerta!

## Una princesa tolteca

La sala capitular del castillo templario de Redae no llamaba la atención por su magnitud, sino por su exquisita decoración. Una noble madera oscura cubría todas las paredes, y del mismo material estaban hechas también la mesa y la sillería. Pero la estancia mostraba un aire sombrío, y el único adorno consistía en el *beauséant* colgado de una lanza. En la cara frontal del salón aparecía la cruz con extremos en forma de zarpa, de un color rojo como la sangre, que figuraba en el escudo de la orden. Sobre una tribuna, a la que se ascendía por tres escalones, estaba puesta la mesa con los manjares destinados a agasajar a los huéspedes de Gavin.

Cuando hizo su entrada el preceptor, los caballeros templarios asistentes le esperaban de pie y en silencio. Gavin Montbard de Béthune vestía esta vez la *clamy*s blanca habitual, aunque se concedía la pequeña extravagancia de que la cruz escarlata de la orden no ocupara todo el pecho, sino que aparecía, del tamaño de la palma de una mano, a la altura del corazón. Examinó con mirada severa a sus hombres, rogó a Roç y Yeza que se sentaran a su derecha, e indicó al Taxiarcos que lo hiciera a su izquierda, honrándole así de una manera ostensible. Después seguían el sacerdote Gosset y el rabino Jacobo, mientras que la princesa tolteca tuvo que sentarse entre él y el rey de los mendigos, para que ayudara a servirles la comida.

La esbelta muchacha había cambiado su ropaje dorado por otra vestimenta de color turquesa, cubierta de perlas. Encima del peinado llevaba un gorro puntiagudo de plata trenzada, con unas campanillas diminutas que tintineaban a cada movimiento. Gavin lo registró con cierto fastidio, pero el Taxiarcos le dedicó una sonrisa que desarmó su intención de soltar algún comentario sarcástico. No obstante, los que le conocían sabían perfectamente que el preceptor no soportaría durante mucho tiempo la para él molesta presencia de la niña.

En efecto, la aparición de Potkaxl desató un murmullo en la sala, algo inaudito en vista de la severa disciplina que regía entre los miembros de la orden. Y aunque todos los caballeros aparecían en posición de firmes detrás de sus asientos, como si cada uno de ellos se hubiese tragado una lanza como la que sostenía el *beauséant*, aún flotaba en el ambiente un notable desasosiego.

Junto a la pareja real, a la que asistía Filipino como criado, se sentaba Rinat le Pulcin, el pintor, mientras Jordi Marvel, el juglar, se acomodó algo apartado, a los pies de la escalera, y afinaba su instrumento. Roç y Yeza también se habían mudado de ropa para el banquete, aconsejados por Rinat, y habían elegido unas prendas mongoles sencillas, pero de cuidada elaboración, que además les sentaban muy bien. A Yeza le gustaba sobremanera llevar esa ropa con la que las mujeres mongoles no se distinguían mucho de sus hombres, pues llevaban también pantalones y hombreras

realzadas.

*Chanterai por mon corage  
que je vueil reconforter.*

El preceptor golpeó tres veces la mesa con el bastón, los caballeros tomaron asiento y Jordi seguía tocando y cantando mientras los criados y sargentos aportaban los primeros platos.

*Qu'avecques mon grant damage  
ne quier morir ne foler  
quant de la terre sauvage  
ne voi mes nul retourner  
ou cil est qui rassoage  
mes maus quant j'en oi parler.<sup>[91]</sup>*

Los caballeros se apresuraron a repetir el estribillo, y sus voces broncas sonaban con un deje de melancolía.

*Dex, quant crieront 'Outree'  
Sire, aidiés au pelerin  
par cui sui espaventee,  
car felon sont Sarazin.<sup>[92]</sup>*

Los entrantes se componían de una selección de embutido ahumado y conservado en aceite, acompañado de bayas de enebro y setas, además de jamón de jabalí y de oso secado al aire, y cebollas estofadas. En otro plato se ofrecían codornices asadas, envueltas en tiras de tocino, y becadas en jalea de manzana. Los huevos de estas aves habían sido hervidos en agua salada y aparecían amontonados en unos cuencos de barro, mezclados con olivas y hierbas aromáticas. Todo ello acompañado de tortas de pan tostado y de un vino blanco seco de Razès.

*Soufrerai en tel estage  
tant quel voie rapasser.  
Il est en pelerinage;  
molt atent son retourner,  
car outre de mon lignage  
ne quier achoison trover*

*d'autrui face mariage:*

*Folz est qui j'en oi parler.*<sup>[93]</sup>

Entretanto los hombres del rey de los mendigos que, al igual que su amo, vestían ropa de paño verde y traían el cabello recogido en la frente con una llamativa cinta roja, se afanaban en acarrear numerosas arcas y cestas. Las cajas que colocaban delante de la mesa del preceptor parecían estar llenas de anillos y pulseras de oro, a juzgar por el tintineo que producían.

*Dex, quant crieront 'Outree'...*

El preceptor no mandó abrir las cajas, contrariando así sensiblemente la curiosidad de los demás presentes en la sala, pero los caballeros templarios seguían erguidos, sin mover siquiera la cabeza en otra dirección. Sabían muy bien que Gavin estaba al acecho de que mostraran cualquier falta de disciplina. Aparecieron grandes bandejas llenas de figuras cinceladas, muy valiosas, objetos de culto tallados en piedras jamás vistas hasta entonces, taraceadas con hilo de oro y adornadas con joyas brillantes; cestas llenas de prendas de cuero teñidas de colores y gigantescas conchas de brillo nacarino; adornos de pluma para la cabeza, y extrañas y bizarras máscaras que parecían hacerles muecas, aunque casi todas mostraban un aspecto amenazador, destinado a despertar temor y asustar a quien las viera. Gran parte de los tesoros eran aportados por unos esclavos bronceados, casi niños todavía, como pudo observarse cuando se quitaron las gorras y se inclinaron con timidez ante Gavin.

—¡Xolua!<sup>[94]</sup> —El grito se le había escapado a la princesa tolteca, aunque enseguida volvió a agachar la cabeza y le llenó la copa al Taxiarcos. Yeza lo advirtió y preguntó con viveza:

—¿Potkaxl, que sucede? —Tras lo cual la tolteca se atrevió a decirle en voz muy baja:

—¡Es Xolua, mi hermanito! —Y Yeza contestó, después de intercambiar una rápida mirada de entendimiento con Roç:

—¡Que se acerque!

Pero antes de que el muchacho pudiese dar un paso se oyó un áspero «¡Alto!» pronunciado por uno de los sargentos que durante el banquete guardaban la espalda de su preceptor.

Yeza se dirigió entonces con aire retador a Gavin:

—¿Qué diríais si os rogara que me regaléis a los dos, a la muchacha y su hermano?

El interpelado mantenía la mirada encendida fija en la princesa tolteca, cuyo ruido de campanillas tanto le molestaba. Al poco su aire sombrío se transformó en una



expresión desacostumbrada de amable cordialidad.

—¡Con mucho gusto os regalaré al muchacho, mi señora! —dijo con voz dulce —, pero los labios de la muchacha podrían divulgar la existencia de su lejano país del oro si no acertamos a sellarlos. Sus ojos han visto el camino por el que se atraviesa el océano Atlántico, y dada su inteligencia desenvuelta, sería capaz de dar fe del mismo. No puedo regalarle ni la libertad ni la vida.

Esa dura sentencia provocó un silencio mortal, hasta que Roç se levantó de un salto, con tanta violencia que derramó el vino de la copa que tenía delante.

—¡La princesa Potkaxl queda bajo la protección de la pareja real, junto con su hermano Xolua —le gritó indignado al preceptor—, y nadie se atreverá a ponerle las manos encima!

Y Yeza rodeó con brazo protector los hombros de la pequeña mientras Roç daba un salto más allá de la mesa y cogía al niño de la mano.

La expresión de Gavin se oscureció de nuevo y en su frente se hinchó la vena de la ira. Pero después prefirió reír.

—¿Quién se atreve a hablar de protección y para quién? Acaso no mando ya en mi propia casa... —Entonces sintió una mano férrea que le apretaba el brazo y no solamente le sujetaba, sino que le provocaba tal dolor que tuvo que callar. Su huésped de honor, el Taxiarcos, le sonreía con su dentadura de depredador.

—Respetado señor —le dijo en voz baja y con acento exageradamente meloso—, Potkaxl sólo ha visto las olas del mar y nada sabe de la corriente oculta que fluye por debajo. Tampoco conoce la ruta secreta que, sin brújula, nadie sabría seguir.

—¡Pero su aspecto basta para despertar la curiosidad de los envidiosos! —protestó Gavin, lo que dio pie a Gosset para intervenir.

—Olvidáis quiénes son los que la toman a su servicio —exclamó, para susurrar después con voz cortante—: ¿Acaso pretendéis enemistaros vos, acaso desea la *Prieuré*<sup>[95]</sup> enemistarse con la pareja real a causa de una infiel, una niña que está sin bautizar?

El preceptor se dio por vencido, aunque no dejaba de fruncir el ceño. Desde la entrada a la sala se oyó una voz clara.

—Gavin Montbard de Béthune, habéis hecho mal en aceptar unos esclavos cuyo origen el Temple no podrá explicar.

El que entraba era Guillem de Gisors<sup>[96]</sup>, un hombre que de momento no ocupaba un rango elevado en la orden; no obstante, todos sabían que él sería el futuro gran maestro de la sociedad secreta que se ocultaba detrás de la orden de los templarios: la *Prieuré* de Sion. Y todos los que formaban aquel capítulo, en primer lugar los caballeros, que permanecían en silencio, estaban atentos a ver cómo el preceptor encajaba la advertencia.

Gavin se incorporó y con el bastón de mando golpeó la mesa por tres veces con

dureza.

—Bienvenido, Guillem de Gisors. Os impondré un castigo benevolente por la tardanza. Os haréis cargo del *beauséant*, es decir, os otorgo un honor que os obliga a estar de pie. —Su risa era provocadora—. De modo que no podréis sentaros a la mesa.

Esperó a que Guillem alcanzara el final de la larga mesa y se hiciera cargo de la bandera, tras lo cual el preceptor ocupó de nuevo su asiento. Pero apenas el de Gisors tuvo bien cogida la lanza, inició su respuesta:

—Sostener el *beauséant* es un honor para mí, pero no me exime de mi obligación de hablar con vos. —Con estas palabras cruzó la lanza sobre un hombro y atravesó la sala hasta situarse detrás de Gavin.

El preceptor no se volvió hacia él, pero se defendió:

—No se ha producido una entrega de esclavos a mi persona o a la orden. Esos niños son únicamente portadores de las mercancías que nuestro amigo el Taxiarcos, rey de los mendigos, nos aporta como testimonio visible de que ha cumplido con éxito la misión encomendada. De modo que estos niños infieles son propiedad suya y seguirán siéndolo, es decir, se los volverá a llevar.

Gavin echó mano de su copa. El rey de los mendigos se incorporó y les sonrió a Yeza y Roç.

—Me permito regalar a la pareja real estos niños, Potkaxl y Xolua, procedentes del pueblo de los toltecas. Son de estirpe principesca y espero que sirvan con toda la alegría de su alma a sus nuevos amos.

*Chevalier, mult estes guariz,  
quant Deu a vus fait sa clamur.*

Jordi Marvel aprovechó el momento para hacer sonar las cuerdas de su laúd.

*Des Turs e des Amoraviz,  
ki li unt fait tels deshenors.  
Cher a tort unt ses fieuz saisiz;  
bien en devums aveir dolur,  
cher la fud Deu primes servi  
e reconuu pur segnuur.<sup>[97]</sup>*

Los criados aportaron los platos principales, bandejas llenas de carne de caza mayor asada, y también patos salvajes fritos con salsa de castañas, naranjas amargas y dulces, tórtolas rebozadas en misa de pan y cubiertas de canela y almendra picada con melaza de miel, además de un puré de nabos y judías.

Estos manjares deliciosos no pudieron impedir, sin embargo, que más de una mirada furtiva rozara aquellos niños forasteros, el muchacho y la muchacha, acurrucados a los pies de la pareja red.

—¡Pintaré su retrato! —le reveló Rinat al sacerdote, aunque sin dar muestras de estar muy emocionado—, antes de que el Temple lo, convierta en angelitos.

—¡Lo que faltaba! —le respondió Gosset, consternado—. Así no conseguiréis más que incitar a su asesinato.

—¡Yo soy artista, monseñor! —pretendía defender el pintor sus propósitos—. ¡Imaginaos el mundo del que proceden esas criaturas, sus templos, sus ciudades! ¡Todo es oro puro! Esa Potkaxl me tiene que...

—¡Os prohíbo dirigirle siquiera la palabra! —le espetó Gosset—. De no obedecer, romperé vuestros pinceles y después os romperé los huesos.

*Alum conquer Moïssès,  
ki gist el munt de Sinai;  
a Saragins nel laisum mais,  
ne la verge dunt il partid  
la Roge mer tut ad un fais,  
quant le grant pople le seguit.*

Las jarras aparecían ahora llenas de un clarete procedente de más allá de los Pirineos, de al-Andalus gobernado por los moros, un detalle del visir de Murcia.

*E Pharaon revint après:  
el e li suon furent perit.*<sup>[98]</sup>

Apenas estuvieron los manjares servidos en los platos, todos se dedicaron a disfrutar de ellos, y las lenguas de los caballeros se soltaron comentando el lance de la princesa tolteca arrancada en el último instante a un ritual sangriento. ¿A qué dios dirigían aquellos infieles sus oraciones? ¿A quién le ofrecían sacrificios sus sacerdotes? ¿Tenían el mismo poder que tiene un rey? ¿Acaso sus conocimientos secretos eran tan superiores a los de Oriente y Occidente, que ni siquiera consideraban la necesidad de enviar embajadores? Todas esas preguntas excitaban visiblemente a los caballeros del templo de Salomón.

Después llegó el momento en que Guillem de Gisors, contraviniendo todo protocolo, golpeó por tres veces el suelo con la lanza que soportaba la bandera y exclamó:

—¡Que entren los señores Mas de Morency, Pons de Levis y Raúl de Belgrave!  
En esta ocasión Gavin se giró lentamente hacia el caballero situado a sus

espaldas.

—Demasiadas veces actuáis aquí como amo y juez —le susurró en voz baja, pero no recibió respuesta a su reproche.

Por un extremo de la sala entraron los tres cuyos nombres se habían mencionado, encadenados y conducidos por sargentos templarios, y los tres llevaban el brazo izquierdo atado con un paño. Roç arrojó una mirada interrogadora a Yeza. Esta sacudió con energía la cabeza, pero después no pudo apartar los ojos de aquellos desgraciados cuyo celo juvenil la pusiera en situación tan delicada. El pequeño y corpulento Pons parecía profundamente abatido. Morency mantenía su semblante lobuno agachado y miraba con odio el suelo a sus pies, y tan sólo Raúl de Belgrave, que superaba la estatura de sus compañeros en más de una cabeza, se atrevió a sonreír a Yeza, y ésta recordó a la condesa del mismo nombre, a la protección que dicha dama les había otorgado, y se arrepintió de haber entregado a los muchachos a la jurisdicción de la orden.

El de Gisors levantó la voz:

—Habéis perdido el derecho a la vida. No exigiré a vuestra víctima un relato de las fechorías que habéis cometido.

Se produjo una breve pausa, que no dio lugar a ningún intento de disculpa.

—¡Verdugo! —gritó Gisors al hombre que esperaba en el umbral de la puerta—. ¡Os podéis hacer cargo de ellos y ejercer vuestro oficio!

—¡Alto! —exclamó entonces Yeza, alzando la voz—. Yo no soy una víctima y ellos... —A la joven le temblaba todo el cuerpo. Roç la empujó con suavidad a un lado.

—Sus fechorías merecen la muerte —dijo con serenidad—. Pero no hemos respetado su joven vida para que vos se la quitéis ahora. Nosotros perdonamos a los culpables.

Gisors calló, pero Gavin elevó su voz.

—La orden que presido, aquí en Redae, acepta a los pecadores...

—¡De ninguna manera! —cortó Gisors la intervención—. La orden no es un asilo para malhechores.

—... que se sometan a la más severa penitencia y se presten a realizar los trabajos más desagradables —insistió Gavin, pero sin éxito—. La comunidad de los templarios no puede admitir a unos hombres débiles, incapaces de controlarse. Ser generoso es asunto de los samaritanos.

—¡Se trata de tener piedad! —exclamó Yeza, indignada.

Gisors la observaba sin inmutarse, como si estuviese interesado en estudiar el aspecto de una mujer excitada. Después se dirigió a los condenados.

—La pareja real ha hecho uso de su prerrogativa de ejercer la gracia, aunque no la merecéis —prosiguió con desgana—. ¡Seréis entregados al rey de los mendigos para

que os haga trabajar como esclavos en las galeras. Él mismo decidirá el alcance de vuestro castigo y el plazo que debe transcurrir para que merezcáis clemencia.

Antes de que se llevaran a los tres reos, éstos hicieron una reverencia y Raúl de Belgrave tomó la palabra:

—Agradecemos a la pareja real el indulto concedido... —Se arrodilló, y sus compañeros se apresuraron a imitarle. Después fue Pons quien tomó la palabra.

—Dios quiera —dijo con voz entrecortada— que algún día podamos agradeceróslo.

Después los sacaron de la sala y Jordi se apresuró a tocar unos acordes antes de hacer sonar su voz de nuevo.

*De ce sui molt deceûe  
quant ne fui au convoier,  
sa chemise qu'ot vestue  
m'envoia por enbracier.*

En esto trajeron los postres. Los criados ofrecieron queso y naranjas de Tarok cortadas, unos frutos cítricos de color sanguíneo que flotaban en aceite de oliva y estaban aderezados con sal y pimienta, todo ello acompañado de un vino dulce de Madeira.

*La nuit, quant s'amor m'argüe,  
la met avec moi couchier  
molt estroit a ma char nue,  
por mes maus assoagier.<sup>[99]</sup>*

Jordi sabía cómo animar a los caballeros, que con voz poderosa repitieron el refrán.

*Dex, quant crieront 'Outree'...*

# BAJO LA CRUZ ESCARLATA

## La cripta de Saint-Denis

La catedral emplazada al norte de París que, en su origen, había sido capilla del antiguo monasterio de Saint-Denis<sup>[100]</sup>, no había perdido ese aspecto sencillo de vieja iglesia monacal, incluso después de haberla dotado de una fachada ricamente adornada y haberla proclamado templo de coronación y enterramiento de los reyes de Francia.

*Concurrunt universi  
gaudentes populi  
divites et egeni  
grandes et parvuli.*<sup>[101]</sup>

Luis IX, de la casa de los Capetos, no habría obtenido ya en vida el apodo de el Santo, que llevaba como quien viste un tosco hábito de monje, si no hubiese acudido en penitencia a dicha iglesia tantas veces como se lo permitían sus asuntos de gobierno.

*Princepes et magnates  
ex stirpe regia  
saeculi potestates  
obtenta venia.*<sup>[102]</sup>

En el fondo de su manera de ser, que era más bien simple, a Luis le repelía tener que residir en su mundana capital, donde existía una universidad en la que se cultivaba el libre pensamiento y donde la corte mantenía unos hábitos más bien frívolos, volcados en la vanidad y las intrigas. El Louvre no era para él más que una Babel pecaminosa. Se consideraba a sí mismo un monarca devoto, pero nunca pasó de tener un espíritu beato y de poco horizonte, pese a lo cual solía complacerse en ejercer de juez supremo, un juez intolerante e injusto a veces hasta la crueldad.

*Peccaminium proclamant  
tudentes pectora  
poplite flexo clamant  
hic: Ave Maria.*<sup>[103]</sup>

Como siempre, el rey y su séquito eran también esta vez los últimos en salir de la casa de Dios, pues una vez acabada la misa celebrada por el nuncio papal<sup>[104]</sup>, el cardenal Rostand Masson<sup>[105]</sup>, el monarca solía orar todavía en solitario. Además, el purpurado le había pedido una conversación privada.

La reina Margarita<sup>[106]</sup> permaneció con sus damas esperándole delante de la catedral, en la misma amplia escalera. No estaba dispuesta a permitir que su esposo se enfrentara solo a las intrigas tramadas desde Roma, sobre todo porque sospechaba el motivo de aquel trámite eclesiástico. Por esa misma razón había rogado al condestable<sup>[107]</sup> que se preocupara de que la conversación con el cardenal tuviese lugar en la escalera. Gilles le Brun<sup>[108]</sup>, comandante supremo del ejército real, no era ciertamente un seguidor de la reina, pero siempre se sentía alarmado cuando veía que el legado del Papa intentaba inmiscuirse en la política de Francia. De modo que, apenas su señor se hubo levantado del reclinitorio, se ocupó de acompañarlo, mientras le iba informando de todo tipo de rumores y sucesos, guiándole a través de la nave de la iglesia en dirección a la puerta principal. El militar, habitualmente un hombre más bien callado, soltaba un torrente de palabras mientras conducía al soberano, sobre todo cuando vio que Rostand Masson seguía al lado del monarca, a la espera de que el condestable cerrara de una vez la boca.

—Quéribus es una fortaleza de suma importancia, casi diría que es la clave para nuestro acceso directo al rosellón, y es allí donde tenemos estacionados a nuestros mejores hombres... —retumbaba la voz sonora del guerrero. Y como no obtuviera respuesta, añadió con rapidez—: Nos ha costado un gran esfuerzo conquistar esa fortaleza...

El rey lo interrumpió con aspereza, deseoso de poner las cosas en su sitio.

—La hemos conseguido con trucos y engaños.

—... y vos, sire, queréis confiarla ahora a esos descendientes declarados del Trencavel —se indignaba el condestable, haciendo caso omiso de toda etiqueta—. Esos vagabundos sin reino enarbolarán en vuestra fortaleza la bandera de la rebeldía.

Con ello suministró al nuncio papal, sin que fuera ésa su intención, la ocasión de intervenir.

—¡Los *faidits* del Languedoc están aguardando la llegada del insolente Roç y de la arisca princesa Yeza! —Rostand Masson se sentía ofendido, pero no admitía verse desplazado—. El condestable tiene toda la razón, majestad, estáis promocionando a los enemigos de nuestra santa *ecclesia catolica*. Esas crías herejes son engendros diabólicos.

—Como acabáis de afirmar vos mismo, condestable, y según me confirma el senescal de Carcasona, tenemos en Quéribus una guarnición fuerte, que supongo será capaz de mantener esa propiedad nuestra, aunque yo me empeñe en brindar allí techo y refugio a dos jóvenes que carecen de hogar. ¡Les tengo mucho aprecio y deseo que

su futuro se enderece y se encamine por la vía correcta!

El cardenal no se creyó afectado por el reproche. Entretanto, el grupo había alcanzado el portal; una vez allí se les acercó la reina.

—Proteged vuestra alma de los enredos del diablo, pues el tal Roç y la tal Yezabel, que no tiene empacho en hacerse llamar también Esclarmunda<sup>[109]</sup>, son huérfanos precisamente porque sus padres, herejes cátaros, fueron entregados a la llama purificadora de la hoguera. Incluso es posible que por sus venas corra algo de la sangre infernal de los Hohenstaufen, y judía también, por lo que son...

—Cuidad esa lengua. El emperador Federico<sup>[110]</sup> era amigo mío y no admito...

Al rey se le hinchó una vena en la frente ante la intolerancia del nuncio papal, de modo que uno de sus consejeros, el conde Joinville<sup>[111]</sup>, se vio obligado a intervenir rápidamente, y con la frase *de mortibus nihil nisi bene*<sup>[112]</sup>, apartó al cardenal del alcance de un previsible estallido de ira del rey. Dirigiéndose después al condestable, añadió con suma amabilidad: '

—Ya podéis estar contento, señor Gilles, de que nuestro rey, en su sabiduría, sepa distinguir tan bien entre lo que le dicta su buen corazón y lo que le impone su inteligente razón de estadista, dado que no ha concedido a los peticionarios lo que ellos esperaban: ¡el Montségur!

—Roç y Yeza en el castillo de los herejes... ¡lo que faltaba! —prorrumpió el cardenal en una exclamación amarga, y tampoco el condestable quiso quedarse atrás.

—A pesar de ello y no obstante la insolencia de su petición, han obtenido un premio. ¡Se les otorga el feudo del castillo de Quéribus como si fuesen caballeros de mérito que han servido a la corona!

—¿No me estaréis regañando, Gilles le Brun? —preguntó el rey en voz baja y amenazadora.

La reina acudió en su ayuda.

—Fui yo quien tomó esa decisión. No porque sintiera un repentino cariño por esas extrañas criaturas —añadió con ironía mientras miraba de soslayo a su esposo, antes de dirigirse al cardenal—, sino porque pueden ser unos revoltosos útiles a la corona, para contrarrestar determinadas apetencias de esa orden cristiana del Temple, tan cara al Papa.

—Una orden que, por desgracia, no debe obediencia al soberano de Francia —añadió Joinville con amargura—, aunque se encuentra a sus anchas en nuestras tierras...

—Muy a sus anchas, ésa es la verdad —el índice puntiagudo de Margarita señaló el pecho del nuncio—, mientras que sólo vuestro señor Papa puede exigirles responsabilidades.

El conde de Joinville no pudo reprimir una sonrisa irónica mientras pensaba: La reina Margarita no dice que con esta jugada desea parar también los pies al hermano



menor del rey, el ambicioso Carlos de Anjou<sup>[113]</sup>, tan poco querido por ella. Carlos había desposado a la hermana de la reina, y Margarita no deseaba que su cuñada y hermana pudiese añadir a su diadema la preciosa joya de Occitania. De ahí que Roç y Yeza hubiesen adquirido importancia como figuras a favor de la corona y contra los enemigos del reino: la importancia que adquiere un guijarro arrojado al mecanismo de un molino. La buena señora, que en el fondo era una mala bruja, corría de todos modos el peligro de equivocarse. Por un lado porque Roç y Yeza, tal como el conde los conocía, difícilmente se dejarían manipular, un rasgo de su carácter que el de Joinville apreciaba mucho. En segundo lugar porque los jóvenes estaban respaldados por un poder que hasta la fecha había ido manteniendo su mano protectora sobre ellos, muchas veces en secreto y sin que otros se dieran cuenta. Y en tercer lugar, porque representaban una baza preciosa que tal vez resultara de naturaleza muy diferente a lo que todos los presentes imaginaban.

El cardenal no tenía ganas de insistir en la cuestión de los templarios, pero deseaba retirarse con la cabeza alta.

—Ya veo, majestad —y se esforzó por reprimir toda ironía—, que os preocupan el bienestar y el futuro de esas pobres criaturas, conforme a las normas del registro de pobres que con tanto mérito habéis instaurado. Pues bien, que residan y permanezcan en ese castillo, mientras se les impida que puedan difundir en esas tierras de nuestro señor Jesucristo, justamente purificadas por la santa Inquisición, su pensamiento hereje...

—No son prisioneros, ni mucho menos —le interrumpió con disgusto el conde de Joinville—. Son libres de ir y venir como les parezca conveniente. El Languedoc es su patria, y en lo que se refiere a la verdadera fe, nuestro sabio rey ha puesto su educación en manos del padre Gosset, un sacerdote de la *ecclesia catolica* dotado de profundos conocimientos.

También a Joinville le interesaba llegar a un término aceptable de la conversación, pues el rey, aburrido ante el intercambio de pullas, se estaba apartando del grupo.

—¿No sería bueno mantenerlos alejados de los templarios? —propuso la reina.

—Al contrario, señora —respondió el conde, seguro de gozar de la confianza del rey—. Si la orden se empeña en dotar a Roç y Yeza de poder y reconocerlos incluso como príncipes de aquellas tierras, llevamos todas las de ganar. ¡Roç y Yeza tendrían que jurar fidelidad y lealtad al rey, mientras que el gran maestre no podría hacerlo, aunque quisiera!

—Aprecio vuestro *spiritus rector*, querido conde —le elogió el prelado—. Mantengámonos a la espera de lo que sucede, dado que el rey, al parecer, se esfuerza por reparar en la persona de sus descendientes la injusticia cometida con los merovingios.

—Hasta los más santos tienen a veces, incluso sin necesidad, un ramalazo de mala conciencia —intentó el de Joinville con toda su buena voluntad romper la punta del renovado ataque del cardenal, aunque éste había preferido dirigirlo, por esta vez, contra la reina Margarita.

El prelado insistió:

—¿Seguramente habréis dado órdenes para que en Saint-Denis sean repuestas, sin reparar en gastos, las lápidas funerarias de vuestros antecesores, a los que tanto costó retirar del trono?

La reina le dirigió una mirada chispeante y le enseñó los dientes, a la vez que esbozaba una sonrisa.

—Así es, ilustrísima, y os debo mi agradecimiento personal por haberme recomendado a tan buenos escultores, los mismos que habéis traído de Roma para ejecutar los trabajos de cantería en Nôtre Dame. París puede esperar: al fin y al cabo, fue el rey Dagoberto quien hizo construir esta iglesia, y a él le debe Francia tan glorioso mausoleo.

Le besó el anillo y se alejó sin dedicarle ni una mirada más. El rey despidió a su séquito y sólo admitió la compañía de Joinville.

—Podéis encargar a Roberto Sorbon, mi antiguo capellán de la corte, un arbitraje que juzgue lo acertado de nuestro proceder, es decir, el intento de incorporar a los «hijos del Grial», como soléis llamarlos, a la historia futura de Francia. O bien los integramos, con provecho para nosotros, se entiende, o habría que extirparlos de ese futuro.

—Un abrazo o un puntapié —dijo Joinville con amargura.

El *maître* Roberto de Sorbon<sup>[114]</sup> había fundado, al lado mismo de la universidad, una escuela de teólogos que en apenas tres años registró un florecimiento tal que los estudiosos la llamaban, sin ningún tipo de respeto, «la Sorbona».

—Procurad que el nuncio se entere de este encargo. No quiero que se sienta derrotado, aunque haya tenido que abandonar el campo de batalla.

—Rostand tiene una piel de elefante —se le escapó a Jean de Joinville—, y nada le afecta demasiado. Aunque sigue su camino sin olvidar jamás.

Se le acababa de ocurrir esa variante del refrán árabe que dice: «Los perros ladran, la caravana sigue su camino», aunque comprendía perfectamente que no era el momento de explayarse en el tema, a pesar de la confianza que parecía dispensarle el rey. Por la misma razón suspiró aliviado cuando Luis le despidió sin más y llamó a su lado al guardaespaldas que siempre le seguía a dos pasos, como si fuese su sombra. Joinville insinuó una reverencia y quedó a la espera de que el rey se alejara.

Mientras, el cardenal había hecho señas al condestable.

—¿He entendido bien que no sois amigo de los templarios? —afirmó el prelado, más que preguntar—. ¿Os repele la idea de un estado religioso?

Gilles le Brun no solía ocultar sus opiniones.

—Me permito devolverle la misma pregunta a la santa madre Iglesia: ¿No se le ha ocurrido jamás al Papa pensar que un estado religioso de esa índole, instalado en suelo francés, podría dar lugar a que él mismo, y Roma con él, perdieran su razón de existir?

No hizo caso del gesto apresurado del nuncio que, asustado, trazó la señal de la cruz.

—A mí me repele la idea de un estado religioso cuyos amos adquieren un poder ilimitado mediante la usura, el comercio de esclavos y la imposición de monopolios, de modo que incluso los reyes están endeudados con ellos y tienen que pagarles intereses, para cuyo fin a su vez el pueblo tiene que sudar sangre, pues hasta el cobro de los impuestos ha sido encargado a esa orden cristiana de *militiae templi Salomonis*<sup>[115]</sup>. ¡Yo mismo preferiría arrojarme sobre mi propia espada antes que pedir ni un *sous* de crédito a esos arrogantes prestamistas!

La indignación de Gilles le Brun fue creciendo conforme hablaba.

El nuncio le tendió el anillo para que lo besara.

—Te perdono tan duras palabras, hijo mío, aunque no dejaré de sopesarlas en mi mente.

El rey vio que la reina permanecía junto a sus damas, y que le seguía esperando, por lo cual se detuvo y miró pensativo a su guardaespaldas.

—¿Tú crees que es acertado combatir al diablo con ayuda del demonio? —preguntó al hombre en cuyas manos había confiado su vida.

—No —dijo Yves el Bretón<sup>[116]</sup>, que no tenía por costumbre andarse por las ramas—. Pero Roç y Yeza no son demonios, al revés de lo que pasa con los templarios. Nunca serán aliados.

—¿Les pasa lo mismo que al agua y al fuego?

—A menos que encuentren la piedra filosofal.

—¿El santo Grial?

El Bretón prefirió callar y morderse los labios.

—¿El santo Grial? —preguntó una vez más el rey Luis—. ¡No existe! —añadió rápidamente, casi como un conjuro—. ¡No ha existido nunca!

Yves esbozó una sonrisa apenas perceptible.

—En ese caso, vuestra majestad nada tiene que temer.

## Una máquina diabólica

El Temple de París no era un edificio, sino todo un barrio rodeado de murallas, contiguo al Marais<sup>[117]</sup>. En su corazón se situaba una torre fatídica que era objeto de toda clase de rumores, pues se decía que en ella se guardaban los dineros de la orden,

incluso se murmuraba que albergaba un «tesoro secreto». El edificio se elevaba, ancho, poderoso y parecido a un *donjon*<sup>[118]</sup> normando, en medio de almacenes, talleres, dormitorios y refectorios. En la planta superior y cerca de su entrada principal se encontraban las salas de audiencias y también la administración. Arrojar una mirada desde sus altas ventanas ofrecía una vista que solía impresionar al visitante, aunque sin proporcionarle mayor información. Gilles le Brun, condestable de Francia, no se sintió muy contento al ver que pasaría la espera en la antesala acompañado de Oliver de Termes. Murmuró una justificación que en realidad no le debía al otro, y le habló de la necesidad de aclarar el número de hombres que formaban la guarnición fija de Quéribus y los gastos que originaban.

—¿No será —apuntó Oliver con ironía— que la orden os ha ofrecido hacerse cargo del gasto mientras Roç y Yeza permanezcan en el castillo?

—No sólo eso —le informó Gilles le Brun con orgullo—, incluso están dispuestos a costear los gastos de la escolta que el rey destina a la protección de sus pupilos más queridos.

Oliver intentaba calibrar si la ironía que le pareció entreoír era lo suficientemente reveladora como para permitirle hablar con franqueza al condestable.

—Lo que significaría, querido señor Gilles, que al haber expuesto, e incluso arruinado mi antigua amistad con Xacbert, consiguiendo que el viejo león saliera de su refugio para entrar derecho a la trampa tendida por el senescal de Carcasona, hice un gesto del todo inútil. ¡Lo hice por Francia! ¡Y a vos no se os ocurre nada mejor que entregar Quéribus a sus enemigos! ¿Lo sabe el rey? —terminó en tono enfático.

A Oliver, antiguo noble cátaro que había acabado por refugiarse en el seno de la Iglesia y bajo la *oriflama*<sup>[119]</sup>, la enseña de guerra francesa, se le hinchaba el pecho de puro patriotismo.

Como todos los renegados, pensó Gilles le Brun. Siempre serán traidores, a poco que gire el viento. Contra sus propias convicciones, el condestable se vio obligado a defender a la otra parte, sólo para no hacer causa común con alguien como Oliver. Así pues, adoptó el papel de *advocatus diaboli*.

—En su día ya os premiaron la feliz estratagema —empezó a decir con tono cargado de malicia. En efecto, el rey Luis había devuelto a Oliver el feudo paterno de Termes—. Ahora no debéis sobreestimar el poder de unos huérfanos, apenas adultos, sin seguidores, sin medios y sin ejército. Y en lo que se refiere a las razones que mueven a nuestros queridos amigos del Temple en esta causa, yo, en vuestro lugar, cuidaría mi lengua antes de suponer que los caballeros persiguen algún interés propio, contrario al del rey.

A Oliver se le encendió el rostro y en su interior rezó por que el estúpido condestable bajara al menos un poco su vozarrón de sargento. Por otra parte, se sintió empujado a intentar asestarle otro golpe.

—El hecho de que Xacbert de Barberá, en su día, sólo sufriera la pérdida de Quéribus, fue culpa del recién nombrado senescal de Carcasona, Pier de Voisins. Fue él quien dejó escapar hacia Aragón a Xacbert, enemigo declarado de todos los francos. ¡Yo procuré que el de Voisins fuese destituido de su cargo diez días después y sustituido por alguien de mayor confianza! —añadió con aire triunfal, pero el condestable soltó una risa sonora.

—¿No sabéis aún, señor Oliver, quién acaba de ser nombrado por el rey para el cargo de senescal de Carcasona? ¡Ese mismo Voisins que tanto os aprecia! —Parecía a punto de reventar de risa—. ¿Si no me equivoco, Termes queda dentro de su territorio administrativo?

Oliver acusó el golpe hasta el punto de olvidar toda precaución, tanto en lo que se refería a su interlocutor, comandante supremo del ejército de la corona, como en lo referente al suelo que pisaba, perteneciente a los templarios.

—Tenéis toda la razón, estimado señor Gilles. Cada uno de mis actos, tomado por separado, puede parecer inútil, pero... —bajó la voz hasta dejarla en un susurro— si pensamos en el Gran Proyecto... —No acabó la frase y prefirió disfrutar viendo la confusión que nacía en la mirada de su interlocutor, antes de proseguir con astucia—: En presencia de la piedra filosofal, el agua y el fuego son capaces de entrar en una poderosa unión. ¿Supongo que algo entenderéis de alquimia? ¿Qué sucederá si la pareja real celebra un matrimonio espiritual con la orden del Temple, si Roç y Yeza se funden con el santo Grial en una unión indivisible? —Permaneció en silencio, a la espera de una respuesta, y acercó sus manos al rostro del confundido condestable, para unirlos después dando una sola palmada que retumbó en la sala—. Quéribus es el matraz bajo el cual arde la llama azul, imaginad que el elixir bulle en el vidrio del que ascienden vapores tóxicos, el hervor aumenta... y vos, Gilles le Brun, ¿qué hacéis? ¡Si os pudierais mirar ahora mismo en un espejo!

El condestable no tuvo tiempo para decidir si debía propinarle simplemente una bofetada al insolente renegado o ponerle la punta fría de su puñal bajo la barbilla, porque desde fuera, por debajo de las ventanas que daban a la calle, les llegaba el ruido de un tumulto que hacía pensar en una revuelta. Su obligación era indagar lo que sucedía. No vio nada, excepto que mucha gente corría hacia el Marais, los comerciantes dejaban abandonados sus carros y los artesanos saltaban de sus banquetas. Un joven templario entró de pronto en la antesala.

—¿Está el rey con el gran maestro? —preguntó, señalando alterado la pesada puerta.

—No —respondió el condestable—. ¡Su majestad ha concedido a Tomás Bérard<sup>[121]</sup> audiencia en el Louvre!

El novicio quiso retirarse sin más, pero Gilles le retuvo sujetándole de la manga.

—¿Por qué alborota tanto el pueblo? —preguntó y señaló los tejados del Marais,

entre los que se veía ascender una columna de humo.

—Un sacerdote está incitando a la gente para que queme nuestro molino de papel y destruya el *librarius multiplex* que está construyendo el maestro Villard de Honnecourt<sup>[122]</sup>. Va copiando *eo ipso*<sup>[123]</sup> —informó con entusiasmo el joven templario—, ¡y la calidad siempre es la misma, por delicada y fina que sea la escritura!

—¿Y por qué tanta excitación? —preguntó Gilles le Brun con parsimonia mientras se ceñía la espada.

—Porque ese inquisidor, ese bruto provinciano, convence a la gente de que el *imprimendum mechanicum* es obra del diablo.

—¿Cómo se llama el hombre? —preguntó el condestable mientras se dirigía a la puerta, aunque albergaba ya cierta sospecha.

—¡Uno muy gordo, de la Santísima Trinidad!

¡Trini el Gordo! ¡Lo que le faltaba en París! El comandante supremo de los ejércitos bajó exasperado la escalera de piedra, agradeciendo a cada paso no haber vendido su alma. El Señor le había guardado de pedir dinero prestado a esa gentuza que muy probablemente estaría confabulada con el demonio. Sus deudas de juego seguirían siendo lo que fueron siempre: deudas de honor. Una vez delante del Temple, silbó para reunir a sus gentes y se dirigió al lugar de los hechos, seguido por los soldados.

Las callejuelas del Marais eran estrechas y angulosas. Un riachuelo sucio atravesaba el barrio y servía a matarifes y tintoreros para arrojar a su cauce los más apestosos líquidos, de modo que incluso las ratas se mantenían alejadas de sus turbias aguas. Antiguamente esas mismas aguas habían servido para mover varios molinos, pero después la gente empezó a quejarse de que el pan olía mal, y los molinos fueron inmovilizados. Una de las instalaciones, sin embargo, la mejor conservada de todas, había sido puesta de nuevo en funcionamiento por los templarios. Este hecho era causa de intranquilidad para los vecinos, sobre todo cuando empezó a circular el rumor de que allí estaban moliendo restos de tejidos, harina de huesos, fibras de cáñamo y toda clase de polvos raros. Algún listillo proclamó en voz baja que los señores estaban fabricando pergaminos artificiales, lo que bastó para soliviantar a los curtidores, temerosos de que pudieran perder valor las finas pieles de corderos nonatos empleadas hasta entonces.

De modo que hasta un agitador tan burdo como era el dominico Bezù de la Trinité lo tuvo muy fácil, aunque el molino de papel no acababa de arder bien, porque todo en su interior estaba mojado y pegajoso y se resistía a ser pasto de las llamas. De modo que la multitud, excitada y desilusionada, se contentó con sacar a la calle

montones de placas que tenían aspecto de mierda de vaca seca y blanquecina, y arrojarlas a las llamas, acompañando el espectáculo con gran vocerío. Después alguien afirmó que la verdadera obra del diablo era una máquina terrorífica, cuyo aspecto era medio de telar y medio de prensa de olivas. Esa máquina se tragaría el papel de los templarios y lo escupiría de nuevo, cubierto de escritura como si fuese una bonita página de la Biblia. Al inquisidor se le inflamó el ánimo al oírlo, por lo que acudió, encabezando una multitud cada vez más numerosa, a una calleja lateral, donde decían que se encontraba el *librarius* en un sótano. Para azuzar aun más los ánimos de sus seguidores, el dominico entonó el antiguo himno de los cruzados *Veni creator spiritus*<sup>[124]</sup>, la melodía que en tantas ocasiones acompañara los incendios que habían convertido en cenizas numerosas ciudades del Languedoc. El corpulento agitador de masas llegó al lugar al mismo tiempo que el condestable. Éste ordenó a sus hombres de inmediato que protegieran con las espadas desenvainadas la pesada puerta de roble, aunque esto no era necesario, pues la puerta estaba atrancada y las ventanas se situaban muy arriba, en lo alto, como las de una fortaleza. Además, allí había dos sargentos templarios que protegían la entrada con las lanzas cruzadas.

—¿Qué sucede aquí? —Gilles le Brun se daba importancia—. En el nombre del rey...

—En el nombre del rey —le interrumpió el sargento mayor—, ¡procurad que la multitud se disperse! Este edificio está bajo la protección de la corona.

El condestable aún lo estaba pensando cuando Bezù empezó a chillar:

—No son la corona ni la orden del Temple los encargados de difundir la palabra de Dios. —Tuvo que respirar hondo, pues el miedo de que alguien lo interrumpiera le impedía tomar aire entre frase y frase—. Tan solo la santa Iglesia católica, sus órdenes religiosas y los conventos, tienen derecho a copiar la Biblia... —de nuevo tuvo que respirar— y a nadie más le está permitido copiar ¡legalmente las Sagradas Escrituras, utilizando además un instrumento diabólico en lugar de la mano bendecida de un escribiente, ni siquiera a una orden militar que debería dedicarse más bien a proteger a la Iglesia en lugar de socavar sus sacrosantos privilegios.

Aquí tuvo que intercalar una pausa; además, temió haber ido demasiado lejos, porque el pueblo no parecía seguir sus argumentos y la gente empezaba a murmurar. Algunos arrojaron al suelo las antorchas y quedaron a la espera de cómo acabaría la discusión. El condestable se sentía secretamente de acuerdo con el gordo, pues también odiaba a los templarios, pero no había manera de pasar por alto las siglas del rey grabadas en la puerta y su deber era defender a la corona.

—Trini —dijo con aire de severidad—, por lo que sé, vuestra orden y la Iglesia os han encargado combatir a los herejes en Occitania. No tenéis ningún derecho de actuar públicamente en París, y mucho menos como inquisidor.

—¿Acaso queréis prohibir que defienda la voluntad de Dios? —No pudo seguir,

pues dos hombres del condestable lo sujetaron a derecha e izquierda por los brazos, y Gilles le Brun prosiguió en tono amenazador:

—Una palabra más, ya sea de Dios o de desobediencia al rey, y os hago arrojar al calabozo.

El corpulento fraile temblaba de rabia, pero se mordió los labios y juntó las manos en oración.

—«Mas líbranos del mal —murmuró, mientras lanzaba una mirada cargada de odio hacia su enemigo—. Señor, perdónales, pues no saben lo que hacen.»

Si su esperanza era que el pueblo se rebelara al ser testigo de su martirio, sufrió una amarga desilusión. La gente se dispersó con la misma rapidez con que se había reunido, sobre todo porque al final de la calle apareció una patrulla templaria montada a caballo. Semejante visión dio alas a los últimos que en su tozudez aún pretendían hacer de héroes y seguir gritando.

—Bezù de la Trinité —proclamó el condestable en voz alta—, de la orden de Santo Domingo: os imponemos que hasta nueva orden no piséis la zona de seguridad del Temple. —Hizo señas a sus hombres de soltar al dominico—. ¡Será mejor que volváis a vuestro Languedoc, a quemar herejes! —añadió condescendiente.

El monje se alejó sin concederle ni una mirada. El condestable saludó con la mayor brevedad posible a la guardia de los templarios y abandonó el escenario. Le habría gustado muchísimo ver esa máquina de la que tantos milagros se decían. Al parecer, ¡era capaz de sustituir la producción de una docena de conventos! Y escupía cada página bien ordenada y artísticamente impresa, todas iguales, ¡una tan exacta como la otra! Habría que hablarle claramente al señor Luis, que nada sospechaba, e informarle de que sus siglas protegían y ocultaban tan peligroso instrumental gobernado por los templarios.

## **Contra el decreto del rey**

El nuncio papal, cardenal Rostand de Masson, apartó su mirada de los tejados tortuosos del Marais, donde la columna de humo que antes ascendía al cielo se había diluido, o al menos era ya difícil de distinguir entre el vaho que salía de centenares de chimeneas y se desvanecía en la atmósfera. Su interlocutor le abrió la puerta de la sala de audiencias. El joven Guillem de Gisors no era, desde su punto de vista, un miembro de la alta jerarquía de la orden, y el cardenal lo consideró una falta de respeto, pero sabía también que la madrastra del joven era Marie de Saint-Clair<sup>[125]</sup>, a la que ciertas malas lenguas atribuían el equívoco apodo de la *grande maîtresse*, aunque todo ello no impedía que fuera ella quien presidía la orden secreta de la *Prieuré* de Sión, una orden que contaba con ramificaciones en todo el mundo y que era el enemigo más encarnizado de la Iglesia. El comendador Guillem de Gisors era



considerado su sucesor declarado.

—El Santo Padre está preocupado —dijo el cardenal en voz baja, pues estaba seguro que aquellas paredes tenían oídos.

De momento no añadió nada más a esas palabras, pues deseaba esperar la reacción de Guillem de Gisors, pero éste se limitó a levantar con expresión irónica una ceja, como si quisiera decir: «con razón», aunque prefería que su huésped lo admitiera abiertamente.

—Una vez destruido el poder imperial de los Hohenstaufen —prosiguió el cardenal, apenado—, el equilibrio habitual en el continente se ha derrumbado. Francia, que actuaba de árbitro neutral, es la única que ocupa ahora el campo de batalla.

—¿Y quién ha llamado a la cruzada contra Occitania? ¿Quién pretende instalar al de Anjou en Sicilia, como si no nos bastara con tener un emperador francés en Constantinopla, y en Tierra Santa un rey impuesto por el señor Luis?

El comendador no parecía indignado, más bien sarcástico. Y Rostand de Masson bajó la voz.

—Roma sufre, como cualquier imperio soberano, una larga serie de portadores de la tiara que lo son también de pasiones humanas, que tienen preferencias, padecen temores y ansiedades. Los papas se van sucediendo, y la suma de sus debilidades nos ha llevado a la situación que ahora se trata de remediar.

—Muy bien —dijo el comendador—. Así pues, resulta que la Santa Sede se ha complacido en gritar «¡fuego!» cada vez que alguien encendía una vela no bendecida por la Iglesia, para dedicarse a apagarla con un cubo de agua, mejor dicho de sangre, y ahora que se encuentra hundida hasta los tobillos...

—Dejad de imaginaros disparates —le reprendió el cardenal—. ¡Os hablaba de purificación!

—Y yo os hablaba de lo que se necesita realmente, que es un contrapoder, pues por sus propios medios Roma no conseguirá...

—Estoy hablando de Francia —dijo el cardenal con firmeza—. La Ecclesia romana no es el problema de Francia, pero la presencia omnímoda de Francia podría hacérselo insoportable a Roma. No hemos estado defendiéndonos durante siglos de la hegemonía germana para soportar ahora una contraiglesia en suelo occitano. —Levantó las manos con ademán de exorcista—. Y mucho menos si representa un estado dentro del estado. ¡Significaría también un enfrentamiento con la corona!

—¿Desde cuándo os preocupa esa idea? —le preguntó a su vez Guillem de Gisors—. La pareja real no solamente ha jurado lealtad al señor Luis, sino incluso a Alfonso de Poitiers<sup>[126]</sup>, el señor feudal de Tolosa.

El cardenal le miró sorprendido.

—No me refería a ese alfil llamado Roç, ni a Yeza, tan poco femenina, que son

como figuras de ajedrez en vuestras manos, sino a la orden de los templarios. ¡Ésta viene aplicando una política de progresivo acorralamiento, y no me sorprendería nada que la corona, al verse asediada, tuviese que cortar algún día a la fuerza ese nudo!

—*Gesta Dei per francos!* —El comendador esbozó una sonrisa maliciosa—. Podríamos conseguir que participaraís en la empresa —propuso—, sin necesidad de que se supiera quién es el nuevo aliado. El Papa es el jefe supremo de los templarios, ¿por qué no les ordena que guarden medida? ¿Por qué calláis?

—¡Dan ganas de reírse! —Pero el nuncio no parecía dispuesto a hacerlo—. ¿Por qué no hablamos claro? ¡La *Prieuré* fue quien puso en el nido de Roma ese huevo de cuco, y ahora pretendéis que el Papa demuestre su paternal autoridad!

El comendador sonrió abiertamente.

—El Santo Padre podría trasladar a los templarios a algún territorio menos peligroso. ¿Qué tal Sicilia?

—¡Es una propuesta diabólica! ¿Tener a la orden en la vecindad del Patrimonio de San Pedro<sup>[127]</sup>? ¡Roma prefiere tener a un emperador germano en la nuca que a un templario en el zapato!

—No se puede tener todo a la vez. —Guillem se echó a reír, pero el cardenal volvió a mostrarse serio.

—Roma está dispuesta a aceptar que vuestros protegidos residan en Occitania, mientras no se dediquen a reinstalar el culto del santo Grial en el Montségur, y mientras la orden del Temple no quiera aprovecharse de ellos para sus fines...

—Sabéis muy bien que tenemos otros proyectos para la pareja real.

—¿Y por qué no los ponéis en práctica?

—Ahora veo —se le escapó al comendador—, lo que deseáis es que Roç y Yeza le proporcionen un respiro al Papa, se dirijan *stante pede* a Jerusalén y se lleven a los caballeros templarios como protección.

—Así es —dijo el nuncio—, allí es donde les corresponde estar.

La hospedería De Leeve van Flanderen estaba situada delante de la Porte d'Aubrevilliers, o sea, en el norte de la ciudad. Siempre estaba llena a rebosar, pero los cuatro hombres que se reunían en un rincón, y que no tenían ni el aspecto de comerciantes viajeros ni de campesinos de los alrededores, teniendo en cuenta además lo difícil que era que se hospedaran allí unos nobles, llamaban mucho la atención. Nadie les conocía. Se trataba de un grupo que no era habitual y que se mantenía apartado de los demás huéspedes, pues el patrón se cuidaba de que ningún borracho o pedigüeño se acercara a su mesa. En aquel lugar neutral se habían reunido: Oliver de Termes, aristócrata de carácter inestable, gestos desabridos y rasgos blandos; el recién nombrado senescal de Carasona, Pier de Voisins, un

guerrero tranquilo de bigote melancólico y colgante; el inquisidor Bezù de la Trinité, que asistía de incógnito bajo la figura de un dominico ordinario, aunque bastante gordo; y un poco separado de estos tres Yves el Bretón, que vestía un chaleco azul bordado de lirios dorados. Este detalle había impresionado al patrón. No era frecuente que un hombre del rey honrara con su visita aquella leonera. Pero Yves seguía sumido en un silencio ceñudo, a pesar de las preguntas curiosas que le dirigieron.

El que más hablaba era Oliver.

—El informe jurídico del *maître* Sorbon dice exactamente lo que la corona deseaba oír, es un informe aguado y vago, con muchos «por otra parte también», como suelen opinar los profesores.

—De todos modos —gruñó el senescal—, es un veredicto claro: se opone a que la pareja real tome residencia en el Montségur, y declara que la guarnición de Quéribus queda sometida a mis órdenes.

—¡Ja! —El gordo soltó una risa como un bufido—. Apostaría a que vuestros hombres de allí hace tiempo que han sido sustituidos por sargentos templarios disfrazados.

—¡Eso jamás! —protestó el senescal—. Tienen órdenes estrictas de obedecer sólo...

—Conocéis muy poco a Gavin Montbard de Béthune —se mofó el dominico—. Ese preceptor tiene una alianza con el demonio y os sacará los calzones sin que os deis cuenta, y hasta os dejará marcado el trasero con la cruz de los templarios.

—¡No todos tienen el trasero tan gordo y atractivo como vos, Trini! —Oliver atrajo las risas a su comentario. Incluso el Bretón se permitió una mueca, y antes de que el inquisidor pudiese entrar en franca indignación, puesto que al fin y al cabo estaba acostumbrado a las burlas, Oliver le administró un poco de dulce—. Aunque vuestra fina sensibilidad os lleva con toda la razón a desconfiar de los templarios.

—Pues los volvemos a cambiar de sitio —decidió el senescal, que gustaba de imponer soluciones simples.

—Yo me ocuparé de eso —se ofreció Oliver—. Conozco el ambiente de Quéribus.

Esta vez las risas de los demás fueron a costa suya.

—Es mucho más importante —resopló el gordo— el peligro de que, favorecidos por la presencia de esas dos criaturas herejes, vuelva a extenderse por el país la herejía cátara, que regresen de nuevo los «buenos hombres» expulsados, con sus largas barbas blancas, y escalen los Pirineos, o salgan de los escondites donde se han refugiado ante nuestro acoso y vuelvan a predicar contra la Santa Madre Iglesia.

—Tampoco hay que perder de vista el hecho de que más allá de las montañas, Aragón está al acecho. El bueno de Xacbert de Barberá no hace otra cosa que esperar el momento adecuado. Si ve a Quéribus en manos de la parejita que nuestro inocente

señor Luis trata con tanta atención, hasta el punto de promocionarla, le servirá de acicate y el viejo león difícilmente podrá resistirse —el senescal, ahora excitado, aportó su opinión.

—¡Tanto mejor! —exclamó Oliver con evidente malicia—. Pero no debéis mostraros tan torpes como nuestro Trini, que se empeñó en atrapar a un don nadie cantante como ese Jordi Marvel y, en cambio, dejó escapar al espía más peligroso de Venecia.

—¡Pero si yo no tengo pleitos con la Serenísima! —protestó el dominico—. Además, no he visto a nadie que pareciera un espía.

—¡Ahí está la gracia! —Oliver se reía de él—. Rinat le Pulcin, disfrazado de pintor, presenció vuestra heroica actuación.

—Allí sólo había un sacerdote llamado Gosset.

—Ese sacerdote acompañaba a dos jóvenes nobles, un caballero que probablemente recordaréis, y su dama.

—Prefiero no acordarme —concedió Trini de mala gana—. Ese joven lo estropeó todo.

—¡El jinete atrevido! ¡Ése era precisamente Roç Trencavel du Haut-Ségur! —le recordó Oliver—. Por otra parte, ¡también podría haber sido la salvaje dama Yezabel Esclarmunda du Mont y Sion! ¡Nunca puede uno estar seguro!

—Los dos cabalgan como el mismísimo demonio y no temen nada en este mundo —intervino en ese instante Yves el Bretón. Todos le miraron sorprendidos.

—¿Y los habéis dejado escapar? —se indignó el senescal—. Habríamos solucionado todos los problemas con sólo...

El gordo inquisidor agachó la cabeza y murmuró con el cuello hundido entre los hombros:

—Aunque tengan un pacto con el diablo, conseguiré...

—Dejadlo en manos del brazo secular —le interrumpió el senescal y se dirigió a Oliver—. Vos conocéis los secretos de Quéribus.

No era una pregunta, sino una advertencia la que dirigía al renegado.

—Vuestra tarea consistirá en mostrar a nuestro hombre el camino que le conduzca, sin ser visto, hacia el interior...

—¿Y por qué yo? —se rebeló Oliver—. Preferiría no tener nada que ver con eso.

—Estáis metido en este asunto hasta el cuello —le advirtió Pier con aire paternal—. Por otra parte, aunque no le ayudéis, ese hombre hará su tarea y despachará el problema sin grandes miramientos.

Los ojos de los presentes siguieron el camino de los del senescal, que los tenía clavados en Yves el Bretón. Pero éste fijaba su mirada en el suelo.

—Nunca fui un asesino —respondió luego, sin levantar la vista—. He puesto fin a muchas vidas en nombre del rey y de la justicia. Ahora estoy en paz con mi alma, y

nada en este mundo me podría obligar a perderla de nuevo. —De repente, clavó una mirada punzante en el rostro de todos los presentes—. ¡Prefiero no haber oído nada de lo que aquí se ha hablado!

Acabaron sentados y bebiendo en silencio, hasta que uno tras otro se alejó de allí. Yves el Bretón fue el último.

## Miniaturas

El mercader respira aliviado cuando ve abrirse el valle en Grau de Maury<sup>[128]</sup> y sabe que el rosellón con sus lagunas saladas ya no dista de allí más de un día a lomo de caballo. Ha hecho buenas ventas y transacciones en los pueblos perdidos en los Pirineos y cree estar ahora fuera de peligro, sobre una carretera sin árboles y entre campos labrados y viñedos, a salvo de los bandoleros que acechan al viajero en los senderos de montaña. El castillo de Quéribus es como una roca rodeada de otras rocas, pero cuando el precavido mercader se encuentra justo debajo del castillo, ve elevarse de repente sobre su cabeza la torre más poderosa de la región, empujando con poder braquial las rocas hacia un lado y adentrándose en las nubes bajas, incluso sobrepasándolas, hasta provocar el vértigo. Se dice que no puede haber sido la mano del hombre, que debe haber sido la de un gigante quien edificó esa torre, colocando piedra sobre piedra, rompiendo los límites impuestos a las más atrevidas construcciones. El propietario de esa torre no tendrá necesidad de asaltar a un pobre transeúnte. Y el mercader, asustado, echa mano de la bolsa y paga voluntariosamente el peaje al guarda malhumorado que cuida del portal, contento de que todas esas piedras amontonadas no caigan sobre él para aplastarlo. Aunque después clava las espuelas a su montura y huye del lugar sin mirar ni una sola vez hacia atrás.

El caballero Roç Trencavel du Haut-Séгур miraba desde la muralla, firmemente apoyado sobre sus robustas piernas, e intentaba imaginar cómo podría procurarse alguna diversión sencilla y agradable a sí mismo y a los suyos. Organizar un torneo le gustaría también a Yeza, pues la joven había esperado encontrar en Quéribus una corte llena de trovadores que cantan y tocan el laúd, doncellas que bailan en corro y caballeros galantes dispuestos a dedicar sus atenciones a las damas. Había visto la corte de Poitiers cuando atravesaron Francia, aquella corte que seguía alimentándose de la fama de la extraordinaria Leonora de Aquitania<sup>[129][130]</sup>, mujer ya casi legendaria, que fue sucesivamente reina de Francia y de Inglaterra y había traído al mundo al mítico Ricardo Corazón de León<sup>[131]</sup>.

Las historias que allí le contaron habían impresionado profundamente a Yeza, que no le tuvo en cuenta a Ricardo el hecho de que no le gustaran las mujeres, ni que fuera un rey miserable y un héroe torpe y cruel. Los poetas y cantantes lo idolatraban tanto a él como a su bella madre, hasta conseguir finalmente que su recuerdo

apareciera rodeado de un halo resplandeciente y fuera convertido en ídolo de todo caballero. De ahí que Yeza estuviera deseosa de que también su Trencavel fuese como aquel ídolo, exceptuando por supuesto la debilidad que sentía Ricardo por los hombres, un rumor que la joven rechazaba de plano, por considerarlo falso y malévolo. Aunque Yeza misma era demasiado seria y la movían intereses espirituales más elevados como para querer emular a aquella alegre hembra de Aquitania, sí parecía exigirle al caballero que tenía a su lado y a los otros hombres que formaban su séquito, que les convenía tener una corte como Dios manda.

Para empezar, y aunque pareciera poca cosa, disponía de Potkaxl, una muchachita de nariz aguileña que, cuando Yeza le pedía algún servicio, sólo entendía el idioma tolteca. Pero la niña al menos mostraba buen humor y su inocencia ayudaba a refrescar el ambiente. Además, Yeza disponía de Jordi Marvel, el enano, que bebía más que cantaba, y contaba asimismo con la presencia de Rinat le Pulcin, que supuestamente tenía «modales cortesanos» de los que solía presumir, pero en cambio no admitía órdenes.

Roç suspiró. A él sólo le quedaba Filipino, su criado y escudero, que Yeza habría preferido tener como paje. Y, por supuesto, estaba el sacerdote. Roç se consoló pensando que Gosset al menos era un buen conversador. Pero tenía claro que había que hacer algo para reanimar la vida cortesana en Quéribus, pues de no hacerlo sería difícil que su estancia allí se prolongara durante mucho tiempo. Lo triste del asunto era que ningún alma solía aventurarse más allá del Grau en Maury para adentrarse en la montaña, y mucho menos alguien de peso e importancia. Abajo, en el valle, vigilaban las patrullas del senescal de Carasona, que se dedicaban al robo de una manera casi oficial. En cambio el castillo sólo disponía de una guarnición de malhumorados sargentos templarios que no parecían muy dispuestos a compadecerle. Roç se preguntaba si no habría sido más prudente renunciar a residir entre aquel montón de piedras. ¡El castillo más poderoso de toda Occitania! Tal vez hubiera sido preferible insistir en ocupar el Montségur, aunque ya no quedaban más que ruinas. Además, echaba en falta a William de roebrok, su divertido minorita<sup>[132]</sup>. Estaba seguro de que Yeza sentía lo mismo: el franciscano poseía un talento especial para alegrar la vida. No siempre de la manera más feliz, pues William no desperdiciaba ninguna ocasión para tropezar con cualquier obstáculo, pero su afán por remediar tales tropiezos, que le llevaba a cometer nuevos disparates, solía dar lugar a extraordinarias aventuras.

Fue así como aquel fraile se había encontrado con Roç y Yeza entre sus torpes manos en la última noche del asedio al Montségur. La Iglesia y Francia, amorosamente unidas, habían asaltado aquel refugio de herejes poco después de que sus moradores consiguieran salvar, en el último instante, a dos bultos que, atados con cuerdas, pudieron escamotear a la muerte: los hijos del Grial. En compañía de las dos

criaturas había huido el rechoncho franciscano más allá del mar, juntos habían escapado de los verdugos del Papa, hasta aterrizar finalmente en Otranto<sup>[133]</sup>. William desaparecía y volvía a aparecer cuando le complacía a ciertos poderes invisibles empeñados en llevar a buen fin el Gran Proyecto<sup>[134]</sup>, un propósito al que debían que su vida nunca fuese sencilla, aunque siempre excitante. Era cierto que ni William ni ellos habían conseguido finalmente verle jamás la cara al gran khan, pero sí habían regresado cubiertos de gloria de un viaje que los llevó al imperio de los mongoles<sup>[135]</sup>, y que sumió en una profunda confusión a todo Occidente cuando, de regreso en Constantinopla, afirmaron haber estado en la capital mongol. Semejante aventura sólo habían podido realizarla junto a William, el pícaro flamenco pelirrojo que desde el principio había insistido en convencer a todo el mundo de que Roç y Yeza, la pareja real, eran los soberanos de Occitania, cuando no de todo el Mediterráneo. En su imaginación, conseguiría entronizarlos triunfalmente en el Montségur, otorgándoles un imperio que alcanzaba desde Constantinopla hasta los reinos árabes situados más allá de los Pirineos. Habrían llegado embajadas desde las costas de los frisios y hasta del emir de Túnez, no para someterse a ellos, pero sí para ofrecerles preciosas dádivas y regalarles animales extraños. ¡Muchos incluso habrían enviado a sus hijos y a sus hijas al Montségur para rendir pleitesía a la pareja real, solucionando así el penoso problema de una corte tan poco numerosa!

El viento traía un soplo frío y unas nubes desgarradas se iban apoderando de las rocas. Roç decidió retirarse de nuevo al interior del castillo, donde dispondría al menos de una chimenea encendida y podría convencer a Gosset para jugar alguna partida. El joven señor del castillo descendía la escalera de caracol cuando de pronto descubrió en la pared una puerta de madera cuidadosamente adaptada a la redondez del hueco, en la que antes nunca había reparado. La puerta no estaba cerrada, y la curiosidad del joven siempre superaba su deseo de refugiarse junto al calor del hogar, pues además sentía un cariño irremediable por toda clase de escondrijos y pasadizos secretos.

Unos escalones estrechos le condujeron a una planta intermedia que antes nunca había pisado, y cuya existencia ni siquiera sospechaba. Unas estrechas aberturas permitían el paso de la luz, pero a él nunca se le había ocurrido observar desde el exterior cada una de las troneras de la gigantesca torre e imaginarse cuál sería el espacio que habría detrás. Se trataba de una planta secreta, y su intención tal vez fuese simplemente la de ofrecer una vía de escape a los defensores del castillo, aunque era difícilmente imaginable que Quéribus pudiese caer en manos de sus enemigos, ya fuese mediante un ataque en toda regla o después de un largo asedio. En eso radicaba la fama del castillo. El último señor del mismo, el famoso y temible

Xacbert de Barberá, había sido derrotado por engaño, por la cobarde traición de Oliver de Termes, que consiguió hacerle salir de la torre.

Roç prestó mucha atención a la posible existencia de trampas u otros obstáculos que él sabría identificar perfectamente, y de repente se encontró en un recinto cuyo olor delataba a las claras que estaba habitado, y a Roç no le cupo la menor duda de que no podía tratarse más que de Rinat le Pulcin, el pintor de la corte. Encima de la mesa de trabajo se veían cuencos y crisoles, y en varios morteros sucios quedaban abundantes restos pulverizados de cal, arcilla y pizarra machacada. Sin embargo, no había ni rastro de las obras del maestro. Pero Roç no tuvo que pasar mucho tiempo buscando. El marco de una puerta giró con un crujido y pronto se encontró en un recinto abovedado que en su día debía de haber sido una biblioteca, pues estaba rodeado de numerosas estanterías carcomidas, con cajones mal cerrados, en parte incluso sacados del todo. Nada más adecuado para sospechar la existencia de huecos secretos y fondos falsos. Roç empezó a buscar con instinto seguro algún escondite, sus dedos se deslizaron con avidez sobre los cantos y pronto descubrió una ranura. El resto fue fácil. Metió la mano por la estrecha abertura para palpar el interior del hueco secreto y tocó unas tablas de madera ovaladas y pulidas, del tamaño de la palma de una mano. Todas llevaban pintado el retrato de su amada.

Sintió una punzada en el corazón, como si el pintor hubiese secuestrado a su dama, aunque por otra parte se sintió invadido de cierta conmoción e incluso de orgullo al ver tan perfectamente reflejada la belleza de Yeza. Era Yeza cuando se reía, Yeza ensoñada, Yeza con la arruga vertical en su amplia frente, reflexiva y distante, Yeza atrevida, con los ojos brillantes, Yeza salvaje con la melena rubia tan difícil de dominar, Yeza con la mirada ensombrecida, llena de nostalgia, ansiedad y tristeza, Yeza tal como el la amaba. ¡Pues sí, la amaba como a nadie en el mundo!

Roç restituyó las miniaturas a su sitio, mientras nacía en él la desconfianza. Aquella galería de cuadros era demasiado fácil de descubrir. Debajo de tan excelente muestrario, el cajón disimulaba un doble fondo. Roç lo levantó un poco y sacó varios pergaminos aplastados. Debían de proceder de algún breviario valioso, pues en cada página aparecía la inicial miniada sobre un fondo de pan de oro. Sin embargo, lo que más le interesó a Roç fueron los dorsos de esas páginas, que habían sido aprovechados para trazar unos esbozos muy exactos, unos apuntes ejecutados en parte con tinta negra, esa tinta tan difícil de encontrar y que costaba bastante dinero, pues procedía del país del sol naciente, y en parte también había dibujos realizados con simple almagre. Roç reconoció de inmediato la arquitectura y los objetos dibujados. ¡Lo que reflejaban aquellos trazos era la rotonda subterránea de los templarios de Redae, el corazón de la fortaleza, el puesto de mando de Gavin! Roç no se había fijado demasiado en sus dimensiones ni en su forma, porque había allí otros detalles que atrajeron su interés. Pero Rinat era un observador más frío y al parecer



capaz de anotar con rapidez y precisión las líneas esenciales. Tan sólo entonces se dio cuenta Roç de la situación exacta de aquella rotonda situada debajo de la nave de la iglesia, y cómo se reproducía después a menor escala en el vaciado de la piedra que servía de soporte al globo cuyas extrañas grabaciones representaban la tierra y los mares, y que descansaba sobre un lecho de cuerpos geométricos. Precisamente estos últimos parecían haber despertado la especial curiosidad del dibujante, pues Roç observó en los pergaminos la repetición constante de unas pirámides en forma de esbozos en parte incompletos, con tachaduras y correcciones. Además de los cuerpos piramidales, a Rinat parecía atraerle una especie de anillo cuyo hueco configuraba un rectángulo.

Roç pensó primero en el lecho del globo, aunque después recordó la piedra negra de la rosaleda. ¡Eso era! ¡Allí fue donde él y Yeza habían conocido por primera vez a Rinat le Pulcin! La lápida cubierta de símbolos y signos de una escritura incomprensible formaba parte del enigma de la rotonda, simbolizaba algo que estaba depositado allí, o había estado. ¿Y quién estaba detrás, qué es lo que allí se ocultaba o pretendía ocultar? A Roç le bullía la cabeza cuando, de repente, encontró un cuadro que mostraba a Gavin. Sin duda alguna se trataba del preceptor. Roç se sintió afectado por la frialdad con que el dibujo reproducía la parte posterior del cráneo, más exactamente la nuca, del templario, en la que el pintor había dibujado la cruz escarlata con extremos en forma de zarpa de los templarios, como si fuese una herida mortal.

Un crujido del entarimado sobresaltó a Roç. A sus espaldas estaba Rinat le Pulcin, con un puñal en la mano, aunque el artista, al verle la cara, enseguida esbozó una sonrisa y guardó el arma.

—Sois el señor de este castillo, Roç —dijo con pleno dominio de sus reacciones—, sólo que no esperaba encontraros en este lugar.

—¿Queréis decir: aquí, donde guardáis vuestros secretos?

El pintor formuló con mucha precisión su respuesta:

—Nada tengo que esconder de vos. Elegí este refugio por la tranquilidad que me ofrece.

Roç se estaba abanicando con el extraño retrato del preceptor.

—Para que nadie os moleste mientras... —guardó el pergamino con los demás y recapacitó—. ¿Os costaría decirme a quién servís con tanto talento y tanta aplicación?

—Yo sirvo a quien me paga —dijo Rinat y pasó a poner orden en los pergaminos que Roç había extendido sobre el tablero de la mesa—. Lo único que os puedo asegurar, mi amo y señor, es que se trata de las mismas personas que se preocupan de vuestra suerte y vuestro bienestar.

Roç miró al pintor, un hombre que siempre vestía con elegancia unas ropas tan selectas como selectas eran sus palabras. No sería fácil saber si Rinat era un farsante;

las maneras cortesanas eran su segunda naturaleza y su talento para la pintura era innegable.

—¿No podéis sufrir a Gavin? —le preguntó sin rodeos.

Rinat sacudió la cabeza.

—Yo no sufro —respondió con voz serena—. Pero otros sí.

—¿Para quién es un obstáculo? —Roç señaló el cuadro del preceptor.

—Ha emprendido un camino que... —Rinat recogió el pergamino—. Es su camino —dijo, y después calló.

—Toda su vida ha estado y seguirá estando al servicio de la orden. —Roç había decidido defender al templario, pues todos sus recuerdos le demostraban que Gavin siempre estuvo donde él y Yeza lo necesitaron, para allanarles el camino, para protegerles cuando les acechaba algún peligro. Jamás habían sufrido algún mal por su culpa. Al ver que Rinat seguía mudo, Roç prosiguió:

—Seguramente ha intentado imponer sus ideas particulares a la orden — reflexionó en voz alta—, tal vez incluso haya utilizado a ésta para alcanzar sus objetivos.

—Estáis sobre la pista correcta —admitió Rinat con desgana—. Yo no soy su juez, pero creo que, para bien o para mal, la fuerte personalidad del preceptor, a quien admiro sin reparos, está conduciendo a la orden por un derrotero no previsto.

—¿Opináis que los templarios se están desviando del camino correcto? —se indignó Roç—. No hay otra comunidad de caballeros que pueda medirse con ellos en cuanto a la dificultad de la tarea asumida, al precio de sangre pagado en su lucha contra los infieles, al número de muertos y al alcance de sus sacrificios. Todos los mártires juntos no podrían equilibrar la balanza, ¡los templarios son los héroes!

—Habláis de los caballeros monjes del pasado, pero hoy la orden es un poder económico ante el cual tiemblan las repúblicas dedicadas al comercio marítimo, y con la que están endeudados sin remedio varios reyes. ¡Los templarios hacen y deshacen a su voluntad, y su orgullo y engreimiento no tienen límites!

—Es decir, la orden tiene enemigos —resumió Roç—. ¿Os tenéis por uno de ellos?

—Sería demasiado honor. —Rinat se echó a reír—. ¡Yo no soy el Papa! — Después adoptó un tono serio—. Os lo diré de otra manera: ¡el mayor y único enemigo de los templarios son los propios templarios! Por favor, no me preguntéis nada más.

Roç siguió pensativo al pintor, mientras descendían por los escalones de la torre hasta alcanzar de nuevo la escalera de piedra que los devolvió a la casa principal.

Yeza le esperaba.

—¿Sabéis, amado mío —le recibió sin más preámbulo—, que estoy decidida a reconquistar el Montségur? —Miró radiante a su caballero, que nunca había podido

resistir esa mirada. Casi siempre eran esos ojos lo último que veía Roç antes de que se abrazaran, algo que solían hacer con mucha vehemencia y en cualquier lugar donde se encontraran. En aquel mismo instante se dio cuenta de la presencia del sacerdote, que se estaba calentando frente al fuego de la chimenea.

—¡No me importan las objeciones que puedan plantear el rey Luis y sus consejeros! —terminó Yeza la exposición de su idea, en la que había puesto mucho énfasis.

—Y yo os seguiré, dama mía, y plantaré vuestros colores en la más alta torre.

—No queda mucho más allí —intervino Gosset—. Por mi parte, esperaré aquí, junto al fuego, a que el frío que reina de noche entre aquellas ruinas os haga regresar a esta casa.

—Quiero volver a ver el peñón —afirmó Yeza en tono rebelde, y Roç se apresuró a apoyarla.

—Se lo debemos a nuestra querida madre —dijo en voz baja—, y también a nosotros mismos. ¿Acaso no somos los hijos del Grial? —No era una pregunta, por lo cual añadió rápidamente—: Allí su espíritu debe de estar más presente que en la guarida de nuestros templarios de Rennes-le-Château. Me imagino que la orden difícilmente puede estar de acuerdo con los propósitos de Gavin, de modo que no le concederá financiación, y esto significa que si el preceptor paga los gastos considerables que tiene de su propio bolsillo, forzosamente tiene que disponer de alguna fuente abundante de dinero. ¡Gavin oculta algún tesoro!

—¿Y qué? —preguntó Yeza con ironía—. ¿A nosotros qué nos importa? ¿Y con qué derecho pretendéis vos, Roç Trencavel, disponer del oro que el preceptor pueda atesorar?

—Mi amo y señor no va mal encaminado —acudió Gosset en su ayuda—. Si el señor Gavin Montbard de Béthune quiere cumplir con su promesa de sentaros a vos, la pareja real, en el trono de Occitania, ya sea en forma de un estado templario o de un feudo francés, tendrá que ocuparse también de costearos una corte adecuada.

—Creo que no tiene sentido romperse la cabeza con esas ocurrencias de Gavin. Francia no consentirá jamás entregar ni un palmo de tierra occitana —repuso Yeza muy convencida—. Ni la orden consentirá jamás que una dinastía esté por encima de ella, ni que gobierne dentro de la orden, ni a su lado. Por otra parte, ¡nosotros tampoco nos contentaremos con ser un simple mascarón de proa!

Pero Roç no quiso renunciar tan pronto.

—Ese tesoro, si es que existe, le pertenecerá a quien lo encuentre.

En este punto hasta Gosset prefirió contradecirle.

—Tal como conozco al preceptor, jamás lo entregaría a nadie. Habría que pasar por encima de su cadáver. ¿Es eso lo que pretendéis?

—¡No! —exclamó Yeza antes de que Roç pudiese formular una protesta. Yeza le

cortó la palabra con una risa—. ¿Sabéis, amado mío —ronroneó fijando las estrellas de su mirada en Roç—, qué es lo que acaba de afirmar mi infantil doncella? Pues dijo lo siguiente: «Cuando Dios creó al hombre, cometió un error.»

—No está mal dicho desde el punto de vista de la sintaxis —comentó el sacerdote, satisfecho. Y Roç añadió:

—Potkaxl progresa mucho desde que el señor Gosset la educa y protege.

—¿Sabéis qué edad tiene en realidad esa criatura? —preguntó Yeza—. ¡Como máximo habrá cumplido trece años!

El sacerdote observó:

—En cambio la princesa tolteca muestra una madurez sorprendente, sobre todo en lo que se refiere a los hombres tal como fueron creados por Dios...

—No me digáis —le respondió Yeza con desparpajo—. ¿Opináis así porque la muchacha se empeña en bañar desnudo a su hermanito? ¡Me temo que hay hombres, precisamente entre los sacerdotes, que nunca se lavan ciertas partes del cuerpo!

Y con estas palabras abandonó, furiosa, la estancia.

## Entre Bagdad y el Cairo

—¡Carta de William! —Filipo agitó el sobre sellado que un mensajero de los templarios había traído a Quéribus. Yeza esperó primero a que Roç intentara abrir los nudos, después sacó con decisión el puñal y cortó las ataduras del envoltorio. Juntos se pusieron a leer.

William de roebruik, O.F.M.<sup>[136]</sup>

A la pareja real

Roç Trencavel du Haut-Ségur

y Yezabel Esclarmunda du Mont y Sion.

En el frente de Bagdad<sup>[137]</sup>, octubre de 1257 A.D.

¡Mis queridísimos y pequeños amigos! Así me sigo permitiendo llamaros, aunque hace tiempo que no sois aquellos niños que en su día pude rescatar y mecer en mis brazos. Vos sabéis que este gordo William, joya de su orden y favorito del gran khan, os quiere desde entonces de todo corazón, y que me faltáis tanto como me faltan las palabras para expresar cuánto os echo de menos cada día. Yo sigo cabalgando en el séquito del il-khan, no por afición, sino porque el ilustre *khagan* Mangu<sup>[138]</sup> me encargó esta misión. Ahora nos encontramos frente a Bagdad, un lugar de cuyo patriarcado me gustaría muchísimo poder hacerme cargo. La verdad es que preferiría ocupar ese trono maravilloso antes que seguir viajando en una silla plegable

emplazada sobre un carro que un tiro de bueyes arrastra sin cesar a través de la estepa<sup>[139]</sup>. Sobre todo después de haberme descrito vosotros el lujo y la buena vida de que se disfruta en esa capital situada entre el Éufrates y el Tigris, una ciudad que conseguiremos seguramente arrebatarse a los califas, pues difícilmente podrán retenerla en sus blandas manos. Llegado ese momento, vuestro William reinará sobre todos los cristianos nestorianos<sup>[140]</sup>, creyentes o no creyentes, que según el deseo de la *dokuz-khatun*<sup>[141]</sup> deberían sobrevivir a la masacre que se avecina y que probablemente sea inevitable. Las mujeres del séquito de tan devota soberana ya están cosiendo, a petición mía, los lujosos ropajes que sin duda necesitaré.

Su esposo, el il-khan Hulagu<sup>[142]</sup>, no se muestra tan confiado como ella, pues sus astrólogos no se atreven a augurarle una victoria triunfal. Él teme que se produzcan traiciones en sus propias filas, y en especial las intrigas de la Horda de Oro<sup>[143]</sup>, que podría sentir envidia si Hulagu conquista tan rica metrópolis. Tal vez recordéis que Sartaq<sup>[144]</sup>, hijo y sucesor de Batu<sup>[145]</sup>, murió, por lo que su hermano Berke<sup>[146]</sup> se ha hecho cargo del mando de la Horda. Su corte es cristiana, aunque él mismo muestra simpatías evidentes por el Islam. Además, a Hulagu, que de por sí no es el más valiente de los mortales, le abrumba la posibilidad de que Egipto y Siria puedan ayudar al califa, pero esa misma pesadilla no le empuja a apresurarse. Prefiere mantener en calma a los mamelucos<sup>[147]</sup> de El Cairo, enviándoles regalos y haciendo circular rumores tranquilizantes, a la vez que dirige amenazas nada veladas a An-Nasir<sup>[148]</sup>, último soberano ayubí<sup>[149]</sup> que gobierna en Damasco. Su oficial ayudante, Ata el-Mulk Dshuveni<sup>[150]</sup>, es el hombre más indicado para tales gestiones diplomáticas. Recordaréis que ese musulmán es un intrigante nato, y además un creyente de los más fanáticos: de estar al servicio de Roma, habría llegado a inquisidor. Lo más positivo de esas misiones secretas que le encargan es que así no le tengo que ver demasiado, respectivamente que él no tiene que soportar demasiadas veces mi presencia. La verdad es que no me quiere.

El viejo y bueno general Kitbogha<sup>[151]</sup> se encuentra por desgracia casi siempre en alguno de los campamentos militares donde se concentran las tropas. Este amigo tan paternal no ha podido superar la pérdida de su hijo Kito<sup>[152]</sup>, y se comprende. Cada vez que veo a ese anciano tan hundido, siento dolor. La pena ha marcado su rostro, aunque siempre me pregunta por vosotros, amigos y compañeros de su hijo durante todo el tiempo que duró vuestra estancia entre los mongoles, y os siente muy cercanos a su corazón. En realidad, nadie os ha olvidado. Incluso la *dokuz-khatun* pregunta una y otra vez por su rebelde hija adoptiva, la princesa Yeza, y creo que cada vez que asiste a misa os incluye en sus oraciones. Hasta el il-khan se lamenta frecuentemente, cuando Dshuveni no está presente para oírlo, de que el pequeño rey le haya abandonado, e insiste en que se sentiría mucho mejor si tuviese a la joven pareja soberana a su lado en la campaña que se avecina.

En el campamento militar mongol de Hamadan<sup>[153]</sup>, octubre de 1257 A.D.

Desde hace una semana me encuentro en el cuartel general de los ejércitos concentrados, porque la *dokuz-khatun* exigió mi presencia y yo no quiero disgustar a tan encumbrada dama. Todo lo que se relaciona con el cristianismo, es decir, la cuestión de la futura iglesia nestoriana de Bagdad y su jefatura, lo deja el il-khan en manos de su esposa. Al principio ella sólo quería que rezara con ella... ¡qué inocente! La verdad es que su mente es bastante simple y tal vez lo único que desea es comprobar el grado de mi devoción.

¿Queréis saber quién se presentó de repente ante mí en calidad de embajador de Manfredo de Sicilia<sup>[154]</sup>? ¡El Halcón Rojo! A mí me pareció muy atrevido por parte del emir mameluco que decidiera presentarse, con el nombre de Constancio de Selinonte<sup>[155]</sup>, caballero cristiano, directamente en la cueva del león, para cerciorarse con sus propios ojos de la fortaleza de éste, pues considero que hay demasiadas personas que le conocen como hijo del famoso gran visir de El Cairo. Sin embargo, ha asimilado tan perfectamente el papel de príncipe de Occidente que no se inmuta cuando alguien intenta dirigirse a él mencionando su verdadera identidad, es decir, llamándole Fassr ed-Din Octay. Pero, al fin y al cabo, debe tenerse en cuenta que fue el gran emperador Federico personalmente quien le elevó al rango de la nobleza. Cuando le pregunté por Madulain<sup>[156]</sup>, lo único que me dijo es que su matrimonio con la princesa de los *sartz* hasta el momento no ha tenido descendencia. Por lo demás guarda un tenaz silencio, como si nada tuviese que ver con los demás sucesos ocurridos en la corte de El Cairo, acerca de los cuales tantos rumores corren por aquí.

En cambio supo informarnos de que, en Palermo, su amo y señor Manfredo intenta ser coronado rey de Sicilia, pues el heredero legítimo, el nieto del emperador, el pequeño Conradino, habría muerto a la temprana edad de cinco años en Baviera, aunque él, Constancio de Selinonte, cree que no se trata más que de un rumor que al bastardo le conviene divulgar. Por otra parte, puede ser verdad, pues el rey inglés Enrique III<sup>[157]</sup>, de quien por lo demás se sospecha que vive ajeno a la realidad, ha suspendido de repente los pagos que estaba realizando a Roma para conseguir que Alejandro IV<sup>[158]</sup> concediera el feudo de Sicilia a su hijo Edmundo. Una propuesta que el Halcón Rojo considera del todo descabellada, aduciendo que Inglaterra no tendría suficiente oro y los barones difícilmente concederían más créditos para una nueva aventura lejos de la isla, en vista de que Ricardo de Cornualles<sup>[159]</sup> está fracasando en su disputa por la corona de Alemania, por la que compite con el rico Alfonso de Castilla, y porque también la guerra de Francia se está tragando cantidades ingentes y continuas de dinero. Además, sería una locura total pretender que el muchacho Edmundo tuviera que oponerse al taimado Carlos de Anjou, un

hombre sediento de poder que está muy lejos de enterrar su ambición de recoger la herencia de los Hohenstaufen en el sur de Italia. Si los servicios secretos mongoles nos han espiado entretenidos en esta conversación, estoy seguro de que a partir de ahora habrán quedado convencidos de los profundos conocimientos diplomáticos del señor embajador. Hemos acordado otro encuentro, en cuya ocasión le entregaré esta carta dirigida a vosotros.

Estamos a punto de partir, por lo cual me limitaré a informaros en breves palabras de la situación en Bagdad, donde en su día tuvisteis el placer de ser recibidos por el califa El-Mustasim<sup>[160]</sup>. Éste aún gobierna, aunque cada día con mayor cansancio. El poder está en manos del gran visir Muwayad ed-Din<sup>[161]</sup> y de Aybagh, el gordo *dawatdar*<sup>[162]</sup>, a quienes en su día fuisteis presentados. El primero es chiíta<sup>[163]</sup> y desea la paz, mientras que el segundo profesa la confesión sunnita<sup>[164]</sup>, de modo que es un enemigo encarnizado del visir y está deseoso de deshacerse de él como sea.

Bagdad está muy bien fortificada y dispone de un ejército numeroso. Sólo sus tropas a caballo suman 120.000 jinetes. Pero ¿qué significa ésto si lo comparamos con los mongoles? El califa no puede ejercer un poder ilimitado, como es el caso de cualquier jefe militar mongol. El califa depende de que sus vasallos estén dispuestos a apoyar sus decisiones, ¡algo impensable entre los mongoles! Además, la máquina militar de Bagdad no ha tenido ocasión de actuar desde el hundimiento del imperio jorezmo<sup>[165]</sup>, y se ha convertido en un cuerpo pesado que merece poca confianza. El visir es muy consciente de esto, por lo que aconseja al califa que reduzca el ejército y consiga que sus mandos adelgacen y el conjunto adquiera mayor agilidad. El dinero que así ahorra lo emplea El-Mustasim para los gastos de su dispendiosa corte, pues sostiene la opinión equivocada de que ese despliegue de lujo pueda impresionar a alguien; por supuesto, este no es el caso de los mongoles, peor aún: ¡se sienten más ávidos todavía, pensando en el botín que les espera! El resto del dinero que ahorra el califa, lo envía como tributo al il-khan, con la esperanza de que éste, teniéndolo en cuenta, renuncie a llevar a término su campaña. ¡Otra opinión equivocada! Hulagu le ha exigido que le reconozca como señor feudal supremo, es decir, espera que se le someta del todo, arruinando de un solo golpe la posición del visir, amante de la paz, y permitiendo que Aybagh, el gordo *dawatdar*, sea proclamado canciller del imperio y adopte el papel de guerrero salvador. El visir, contraviniendo la voluntad del belicoso *dawatdar*, ha pedido ayuda a Damasco y a El Cairo. Ahora es cuando la ágil política desplegada por Hulagu, siempre entre el adormilamiento y la amenaza, está dando sus frutos. Ni Egipto ni Siria acudirán a salvar Bagdad. El ejército del il-khan ha conseguido en los últimos días un refuerzo apreciable con tropas de la Horda de Oro, y ayer nos alcanzó incluso un regimiento de tropas montadas cristianas procedentes de Georgia, que hace ya bastante tiempo se ha sometido a los mongoles y les paga tributo. Así pues, los caballeros cristianos estarán presentes en el momento de asaltar

la venerable sede del soberano de todos los infieles. En realidad me sorprende ver con qué indiferencia se enfrenta el mundo del Islam a este golpe mortal contra la ciudad de los descendientes del Profeta. Incluso el famoso general Baitchu<sup>[166]</sup>, que hace diez años ya provocó el pánico en Europa y en todo Occidente, se ha puesto en camino y tiene su ejército dispuesto detrás de la frontera con Asia Menor, con la intención de golpear una vez más a las atemorizadas tribus fronterizas. Esta es la causa de que los griegos y los seleúcidas<sup>[167]</sup> hayan concertado desde hace tiempo la paz con el gran khan. Cualquier día puede desencadenarse un ataque a gran escala.

En una audiencia que solicitó para despedirse del il-khan, el Halcón Rojo le pidió que le concediera una escolta hasta el país amigo de Armenia<sup>[168]</sup>, donde pretende tomar un barco que lo lleve a Sicilia. Es una empresa poco arriesgada, de ahí que me atreva a confiarle esta carta al señor embajador. Ahora sabéis cuánto os echamos todos en falta, aunque nadie más puede sentir por vosotros lo que yo siento, pues soy vuestro protector y amigo más antiguo, que os ama más que a cualquier otra cosa en este mundo. Mis pequeños reyes, recibid un abrazo de vuestro

WILLIAM.

P.D. Seguramente querréis saber qué ha sido de mi «esposa» Xenia<sup>[169]</sup>. Pues bien, esta mujer intentó realmente —no sé si os lo podéis imaginar— convertirme en su esposo, de modo que tuve que despacharla para Antioquía<sup>[170]</sup>, aunque me resultó muy penoso separarme de mi hijita adoptiva Amal<sup>[171]</sup>, una niña que vuestro viejo pícaro flamenco ha aprendido a amar tiernamente. El pequeño Shams<sup>[172]</sup>, a Dios gracias, se parece cada día más a su madre Kasda, en lugar de al ternero de su padre. Supongo que los «asesinos» de Masyaf<sup>[173]</sup> lo recibirán un día, con alegría y con orgullo, como nuevo imam<sup>[174]</sup> suyo. Aunque, hasta que llegue ese momento, aún falta mucho. *Alahu akbar!*<sup>[175]</sup>

WvR.

En el *hamam*<sup>[176]</sup> de mármol del palacio del sultán de Damasco<sup>[177]</sup>, los encargados del baño sudaban casi más que el enorme trozo de carne al que dedicaban sus esfuerzos. Pero el sudor de An-Nasir nacía del más puro miedo, pues después de los chorros fríos y calientes llegaría el momento que le haría temblar, aunque lo que más deseaba en aquel momento era que le echaran una mano, una mano fuerte y tranquila. ¿Una mano? ¡Cuarenta manos! El sultán An-Nasir era un gigantón y pesaba lo que debe de pesar un buey adulto, mejor dicho un toro, por mencionar a una criatura con una carga de violencia similar.

Se acercaba el momento crítico de tener que incorporarse. En alguna ocasión



había sucedido que el soberano se escapó de las manos de los encargados del baño, que entonces sólo eran cinco, y resbaló dándose un golpe espectacular. No se hizo daño, y su guardia se había acercado de un salto, ayudándole a ponerse de pie y cogiéndole de las manos. En aquel momento los desgraciados encargados del baño ya se habían arrojado al suelo, boca abajo, y An-Nasir se dedicó a saltar con todo su peso encima de los cuerpos de aquellos desgraciados hasta que ya no daban más señales de vida. En vista de aquella experiencia, ahora había veinte hombres dispuestos a realizar el mismo procedimiento, guiados por la voz del encargado supremo del baño, que había sobrevivido a la masacre gracias a que se había alejado antes en dirección a la estancia de reposo para preparar los almohadones, y pudo ocultarse detrás de éstos hasta que la furia de su amo se hubo calmado. Obedeciendo el mando de dicho encargado supremo, cinco mozos se situaron a cada lado del sultán y pasaron unos enormes y resistentes paños de lino por debajo de las rodillas, los muslos y el trasero, y también por debajo de la espalda y los hombros, la nuca y la cabeza de su amo y señor. Una segunda voz de mando les hacía levantar aquel peso, que era como el de un búfalo vivo, al menos esto es lo que ellos pensaban, a la vez que se acercaban otros diez porteadores escogidos, formando dos grupos de cinco cada uno y llevando cada grupo un palo de barco sobre sus fuertes hombros. Los encargados del baño enrollaban los extremos de los paños en torno a los gruesos palos, que parecían troncos de árboles, y balanceaban su valiosa carga acompañándola de un canturreo rítmico, hasta que el señor adoptaba una postura que le fuese cómoda. Después anudaban la tela, formando así una hamaca gigantesca. Ahí acababa de momento su responsabilidad, por lo que se alejaban a toda prisa para colocarse, ya en la estancia de reposo, a derecha e izquierda de la cama tapizada, mientras los esclavos de carga se acercaban a pasos cortos y rítmicos, trasladando poco a poco el cuerpo de An-Nasir. Para que la comitiva pudiese atravesar las diferentes puertas existentes entre el *hamam* y la estancia de reposo, habían tenido que ser ensanchados todos los pasos.

A An-Nasir Yusuf le gustaba el acto final del baño. Sobre todo porque después de traspasar la primera puerta, se acercaban las mujeres de su harén, rodeándole con pasos de baile, deseosas de participar del honor de poder frotarle, una vez reposaba en la cama, y secarle con paños perfumados de seda. Si conseguían en alguna ocasión que su poderoso miembro viril se irguiera, se producía un estallido de alegría. Pero en esta ocasión todo quedó en un insensible colgajo, y la frente del soberano aparecía ceñuda. Apenas se hubo recostado entre los almohadones, ahuyentó a los encargados del baño y a los porteadores, además de a las mujeres, y le exigió al eunuco jefe que fuera a buscar a la hija del emperador. Este se mostró sorprendido, pues hacía mucho tiempo que An-Nasir no se acordaba de su antigua favorita Clarion<sup>[178]</sup>.

—¿Así como estáis, desnudo? —preguntó incrédulo, y obtuvo una patada por

respuesta.

—¡Tengo que hablar con ella! —regañó el sultán—. Es suficiente que cubras mi cuerpazo con una sábana. ¡Del ombligo para abajo!

Así pues, el eunuco jefe transmitió la orden al encargado supremo del baño y se apresuró a cumplir el deseo principal del soberano. Se trataba de una tarea no siempre fácil de realizar, puesto que Clarion de Salento, que era hija natural, pero admitida, del gran emperador de los Hohenstaufen, conservaba de la época en que había sido favorita, la mala costumbre de resistirse a veces a los deseos del sultán. Darle a An-Nasir semejante respuesta era un deber muy doloroso, pues el sultán, como todos los soberanos ayubíes, veneraba profundamente al emperador, y el mensajero fracasado pasaba a sufrir los consabidos latigazos en lugar de la esclava rebelde. Pero desde que Clarion había dado a luz a una hija, que era más hija de ella que de su señor, el sultán ya no sentía un deseo carnal tan acusado por aquella amante otrora tan excitante para él, y no solicitaba su compañía salvo cuando tenía que recibir a alguna embajada de Occidente, o cuando tenía algún disgusto con los barones del reino de Jerusalén<sup>[179]</sup>, como seguían llamándose con cierta grandilocuencia los señores feudales de los estados fundados por los cruzados, poseedores de algún trozo de tierra que tendría el tamaño de una toalla perdida en el desierto, y que además carecía de todo valor estratégico.

Clarion había demostrado tener dotes diplomáticas cuando había pedido, algún tiempo atrás, que la dejaran viajar a Acre<sup>[180]</sup> para visitar a unos viejos amigos. Él la dejó marchar, suponiendo que nunca más volvería a oír su voz chillona, puesto que además, aunque se lo tenía prohibido, se había llevado consigo a su hija. De ahí que se mostrara muy sorprendido y casi enternecido cuando Clarion, tras algunas semanas de ausencia, volvió a presentarse como la cosa más natural del mundo, portando además una oferta de armisticio que Damasco necesitaba urgentemente en aquel momento. Desde entonces, se le permitió llevar el título de embajadora y quedaba a su criterio lo que se propusiera hacer. Poseía la confianza plena del sultán, algo de lo que no podía presumir ninguna otra persona, y él se daba cuenta de que ella ya no era la mujer salvaje de antes, deseosa de someterse al toro, y la apreciaba como la amiga y consejera en que se había convertido. El no entendía que Clarion le amara, pero, al parecer, ésa era la realidad. Qué difíciles de comprender son las mujeres, estaba pensando el sultán en el preciso momento en que entró la dama.

El parto no había afectado en nada a su belleza meridional. An-Nasir recordó con cierto cariño que las suaves carnes de la mujer no se habían relajado, y sintió el deseo de abrazarla, de hundirse en el perfume de sus senos llenos. Pero pronto rechazó semejante ocurrencia.

—Os he rogado que acudiérais, estimada amiga, porque me he enterado...

Ella le interrumpió enseguida.

—Lo primero que os conviene hacer es preguntar por el bienestar de vuestra hija —le reprendió—. Aunque Salomé prospera, incluso sin vuestros cuidados paternos —le proporcionó ella misma la respuesta. Le besó en la frente y le arregló la sábana, que se estaba desplazando, antes de proseguir en tono despreocupado—: Baibars está en la ciudad. —Le tomó la mano—. Deberíais reflexionar bien si os conviene ignorarle o invitarle con todos los honores a que sea vuestro huésped en palacio.

—Ya lo había pensado —dijo An-Nasir y sonrió al ver que ella estaba tan perfectamente informada—. Al fin y al cabo, el emir Rukn ed-Din Baibars Bunduktari<sup>[181]</sup> es el más capacitado de todos los oficiales mamelucos de Egipto. Baibars el Arquero sigue siendo incluso en el exilio el hombre fuerte de El Cairo —prosiguió el sultán en tono respetuoso—. Yo veo en él al futuro soberano. Por lo tanto, es ahora, incluso en su situación de refugiado político, el más peligroso enemigo de mi sultanato, pues todos los mamelucos son enemigos declarados de la legítima estirpe de los ayubíes.

—Os expresáis con mucha benevolencia, mi amo y señor —le respondió Clarion—. ¡Baibars asesinó con sus propias manos al último sultán, vuestro sobrino Turanshah<sup>[182]</sup>!

An-Nasir cruzó los brazos bajo la nuca y miró al techo.

—También me mataría a mí, si...

—Si no fuera porque el ejército mongol se encuentra a las puertas de Bagdad...

—La ciudad está a punto de caer, a menos que suceda un milagro, y no es de esperar que el gran general, el *dawatdar* Aybagh, sea capaz de conjurar ese milagro.

A él no parecía afectarle mucho la situación, casi la encontraba divertida.

—Y después de Bagdad le tocará a Alepo. —Clarion sacó con voz seca sus conclusiones—. Y después ¿le tocará a Damasco?

La pregunta quedó suspendida en el aire, como si quienes estaban conversando albergaran la esperanza de que ella misma encontrara su respuesta. Pero An-Nasir pasó por alto semejante posibilidad, o resignó.

—No tiene por qué ser así, siempre que Siria y Egipto se pongan finalmente de acuerdo, olviden su tradicional enemistad y juntas...

Dejó también esta frase sin completar, tal vez porque la idea de un Islam unido le pareciera increíble, incluso frente al mayor de los peligros. Clarion pronunció las palabras que el califa estaba madurando:

—Si vencen los musulmanes, será una victoria de los mamelucos. Damasco será sacrificada o saldrá tan debilitada del combate...

—No obstante —dijo el sultán con terquedad—, quiero hablar con Baibars, quiero mirarle directamente a los ojos y saber qué puedo...

—Sabéis perfectamente qué podéis esperar de Baibars. —Clarion se incorporó y se plantó delante de la cama—. Hoy lo tenéis en vuestras manos, y el destino no suele

ofrecer dos veces la misma oportunidad. Debéis dar muerte al Arquero.

—¡Siempre habrá alguna manera de hacerlo!

—No después de haberle recibido como huésped. —Clarion empezaba a disgustarse, aunque esto no impresionó a An-Nasir.

—¡Quiero verle! —decidió él—. Mi palabra es la que vale.

—En este caso, nada más tengo que decir —le respondió ella con tranquilidad—. Permitid que me retire.

El hombre cerró los párpados y con la mano hizo un gesto de despedida en la dirección en que suponía a Clarion, pero ésta ya le había vuelto la espalda.

An-Nasir se sentía atraído por la personalidad de aquel enemigo desconocido. Aunque no sabía exactamente por qué, le impresionaba el atrevimiento de buscar refugio precisamente en Damasco, después de haberse peleado con el sultán Aibek<sup>[183]</sup>. Los espías del califa habían informado además a su soberano de que Baibars había venido acompañado de su hijo Mahmoud<sup>[184]</sup>. El corazón del sultán se conmovió paternalmente con la noticia, y recordó a la muchacha Shirat. Pero de estas cosas no podía hablar con Clarion. An-Nasir estiró los miembros, hizo rodar sus masas de carne hacia un lado y se entregó al placer de un sueño agradable.

Apenas llegado a Damasco, el Halcón Rojo acudió a ver a Sigbert von Öxfeld<sup>[185]</sup>, el comendador<sup>[186]</sup> de los caballeros teutónicos<sup>[187]</sup> de Starkenberg<sup>[188]</sup>, un hombre cuyas canas revelaban sus años. El lugar del encuentro no era cualquiera: se trataba de la oficina comercial de la Serenísimas<sup>[189]</sup>. Los venecianos<sup>[190]</sup> mantenían delegaciones en todas las ciudades y puertos importantes, a veces ocupaban incluso barrios enteros, sin importarles mucho que estuviesen en campo amigo o enemigo. Eran conocidas sus buenas relaciones con Egipto, que no habían padecido tampoco con la toma del poder por los mamelucos, pero seguían prestando una atención especial a mantener los antiguos lazos de amistad con los soberanos ayubíes. De ahí que los mercaderes de Damasco se sintieran honrados y pusieran a su disposición un edificio noble y fortificado, que llegó a constituir el punto de reunión de comerciantes de todo el mundo, pero sobre todo de los cristianos procedentes de los estados vecinos de los cruzados, desde Acre hasta Antioquía, que acudían a Damasco a comprar armas o a vender sus prisioneros en el mercado de esclavos.

El comendador, que lo era ya desde hacía muchos años y procuraba seguir apareciendo como una persona activa, pasaba bastante de los sesenta años, y al parecer le gustaba acudir a la ciudad aunque fuese sólo para escapar de la soledad de Starkenberg. Un viejo guerrero como él, aunque se encontrara en la cueva del león ayubí, podía permitirse el lujo de fumar con toda calma la narguila<sup>[191]</sup> y tomarse un té de la India perfumado con menta fresca y endulzado con miel.

El Halcón Rojo hacía bien en presentarse en Damasco bajo el nombre de príncipe Constancio de Selinonte, pues a los ayubíes les era más agradable tratar con un caballero cristiano que con un tal emir de los mamelucos llamado Fassr ed-Din Octay. La amistad entre los dos hombres se había iniciado muchos años atrás, cuando ambos se unieron en la tarea, tan honrosa como atrevida, de salvar a dos niños del castillo del santo Grial, el Montségur. El Halcón Rojo y Sigbert recogieron a Roç y Yeza, cruzaron con ellos la Francia enemiga y los llevaron a puerto seguro, más allá del mar. Juntos habían actuado, en aquella lejana hora, como buenos ángeles de guarda de la pareja real.

—¿Y William de Roebrok? —Sigbert despegó de sus labios la boquilla de la pipa—. ¿Cómo se encuentra el pícaro flamenco?

—¡Como un ratón en la despensa! —El Halcón Rojo se echó a reír—. Aunque la despensa de los mongoles es bastante pobre. Pero nuestro minorita se está preparando para asumir el cargo de patriarca de Bagdad.

—¡Pero si ya hay uno! —Sigbert se mostró asombrado—. Creo que se llama Makika<sup>[192]</sup>.

—¿Y Baibars, sigue todavía en Damasco? Sé que está aquí, disfrazado de mercader armenio que vende caballos, y que se aloja en alguna posada humilde.

—Se alojaba —le respondió Sigbert—. Estuvo aquí con su hijo Mahmoud, un mozuelo inteligentísimo de unos quince años, al que los venecianos habrían apadrinado con mucho gusto, pues es una especie de genio a la hora de mezclar polvos, aceites y toda clase de ingredientes para obtener preciosos explosivos líquidos o sólidos. Incluso consigue explotar unos petardos debajo del agua que estallan en todos los colores, con o sin desarrollar humo, a gusto del cliente. Es un especialista en explosivos, aliado de Lucifer. ¡Podrá hacerse rico con esas dotes!

—A mí también me habría gustado contratarle —suspiró el comendador—, pero como es un hijo obediente, ha regresado con su padre a Egipto. Ayer mismo partieron de Trípoli<sup>[193]</sup> en una galera de los templarios.

El palacio de verano del gran visir estaba situado bastante lejos de la atareada ciudad, junto al Nilo. Una carretera adoquinada conducía desde El Cairo hasta la localidad de Gizeh, donde se situaban, a la vista de los templos y las pirámides, las residencias de los ricos y los poderosos, en medio de un oasis de palmeras. El Halcón Rojo, que había heredado la propiedad de su padre, estaba ausente. Su relación con el sultán reinante Aibek, un antiguo general de los mamelucos, había mejorado considerablemente desde que Baibars, su viejo contrincante, dejara el campo libre tras sucesivas peleas con el nuevo sultán, pues el Arquero no desaprovechaba ninguna ocasión para descalificar a Fassr ed-Din Octay a causa de las excelentes

relaciones que éste mantenía con los Hohenstaufen, afirmando que era un defensor dudoso de la causa del Islam. A ello se añadía el hecho de que la esposa con la que finalmente contrajo matrimonio el Halcón Rojo, era ciertamente musulmana, pero procedía, por increíble que pareciera, del mismo corazón de Occidente, es decir, de los Alpes Réticos.

Madulain era una princesa de los *saratz*, una tribu de aventureros árabes desplazada de su lugar de origen, que cuatrocientos años atrás había penetrado, en una de sus incursiones de piratería, por el río Po hacia el interior de aquel mundo montañoso que les era totalmente ajeno. Al igual que sucediera en el sur de Italia, los sarracenos, una vez asentados, decidieron muy pronto constituirse en apoyo fiel de los emperadores germanos, y éstos pasaron a protegerlos.

Madulain era una mujer vistosa. Era ella la que mandaba en el palacio de verano, y sus tareas tenían más de administrador de fincas que de vida cortesana. Accedió al ruego del sultán de acoger en su familia a Alí<sup>[194]</sup>, hijo de un matrimonio anterior del soberano, aunque, si ella lo había consentido, era sobre todo porque deseaba que su esposo obtuviese finalmente el cargo de gran visir. Para fortalecer su poder, el sultán Aibek había desposado a la sultana viuda Sayarat al-Durr<sup>[195]</sup>, y ésta insistió en que uno de sus nietos, Musa el-Ashraf<sup>[196]</sup>, que todavía era una criatura pero llevaba sangre ayubí, fuese nombrado cosultán.

Aunque sólo fuese por esta última razón, Alí no podía estar cerca del trono sin que hubiese que temer por su seguridad. Nur, ed-Din Alí tenía apenas quince años, era un muchacho tímido y guapo que había perdido a su madre a muy temprana edad, y que sufría mucho al verse separado de su padre. En cuanto a la relación matrimonial del antiguo general mameluco con Sayarat, una armenia autoritaria y ya no muy joven, no había mejorado precisamente con aquel reparto forzado de la soberanía. A ello se añadía el hecho de que los gastos de la corte se duplicaron por esta misma causa, y esto afectaba a la tesorería del estado, pues Sayarat hinchaba los gastos de representación del pequeño Musa en su propio beneficio. A ella le agradaba la ostentación y sus favoritos competían entre ellos para cumplir todos sus deseos. Pero, sobre todo, aprovechó la situación para ir formando un contragobierno que algún día le permitiera hacerse con todo el poder del estado.

Aibek era un guerrero, y como tal estaba acostumbrado a una vida austera, por lo cual fueron aumentando sus encontronazos con la sultana, cuyo despliegue inútil de lujo le despojaba de los medios que él consideraba necesarios para sus propios fines. En palacio se empezaron a oír palabras duras. Sayarat al-Durr no estaba dispuesta a dejarse ofender por un advenedizo. Un día, cuando Aibek estaba tomando un baño, agotado por las disputas de la jornada, la sultana consiguió que los eunucos lo asesinaran.

La noticia de la muerte del sultán provocó aquella misma noche un levantamiento

popular en la capital. El ejército se encontraba dividido. Los partidarios de Baibars, al que todos conocían como enemigo de Aibek, se pusieron del lado de la sultana, algo que Baibars el Arquero jamás habría consentido. Pero este último estaba lejos, en el exilio. Los demás mamelucos en los que habría podido influir el Halcón Rojo, intentaron asaltar el palacio al mando de cierto emir llamado Saif ed-Din Qutuz<sup>[197]</sup>. De modo que estaba a punto de estallar una guerra civil cuando unas lluvias inesperadamente violentas alejaron de las calles a los belicosos militares y, sobre todo, también al rebelde populacho. Qutuz aprovechó la ocasión para dirigirse a marchas forzadas y acompañado de una numerosa escolta hacia Gizeh, pues le pareció que la única posibilidad de dominar aquella situación consistía en presentar a Alí, hijo del asesinado, a primera hora de la mañana ante el pueblo, como único sucesor legítimo. En la trastienda de su mente, sin embargo, también consideraba la ocasión que se le ofrecía de presentarse ante la mujer del Halcón Rojo, a la que había visto una sola vez, pero por la que sentía una pasión inmensa. Él sabía que Madulain estaba sola.

Sin embargo, las malas noticias de lo sucedido en la capital habían llegado también a Gizeh. Madulain, en extremo conmovida, sabía que ahora, y en ausencia de su esposo, debía mantener la cabeza fría. De modo que procedió a despertar aquella misma noche al muchacho Alí y le mandó vestirse, después ordenó a los criados que no hablaran con nadie y le condujeran a la sala de audiencias del palacio.

El adolescente, medio adormilado todavía, no sabía qué estaba sucediendo, pero como adoraba a su anfitriona, e incluso estaba algo enamorado de ella, actuó como ésta le pedía.

Para su alegría, Madulain lo recibió sola y estrechó al guapo muchacho entre sus firmes brazos. Después dijo:

—Alí, ahora sois un hombre. —Se dio cuenta de la chispa que iluminó su oscura mirada y le dolió tener que añadir precisamente en aquel momento—: Vuestro padre nos ha dejado esta noche.

Admitió que el muchacho llorara, de pie y apoyado contra su pecho, le acarició la cabeza y le contó poco a poco lo sucedido.

Cuando llegó Qutuz, exigente y enérgico, y solicitó ser llevado a presencia del ama de la casa, el eunuco jefe le retuvo primero en la antesala, espetándole el siguiente reproche:

—¡En esta casa estamos de luto!

Madulain hizo traer una fuente con agua de rosas y con sus propias manos le lavó el rostro al muchacho, que seguía sacudido por los sollozos. Pero muy pronto el joven la empujó casi con violencia a un lado, se enjuagó él mismo los ojos y no consintió que ella se los secara.

—Recibamos pues al emir Qutuz —declaró Alí con voz firme y añadió—: Un

hombre que desde hace tiempo alberga en secreto la esperanza de ocupar el trono de mi padre. ¡Y pretende que yo le sujete el estribo!

Madulain sonrió. En efecto, de un momento a otro, Alí se había convertido en un hombre. Rodeada de sus sirvientas y de los guardias que acudieron presurosos, recibió al emir Qutuz, que entretanto había tenido tiempo de ir acariciando su disgusto. La señora de la casa insistió en recibirle solo y no quería consentir que le acompañara su escolta, armada hasta los dientes. Para no perder más tiempo y suponiendo equivocadamente que también ella estaría sola, aceptó la propuesta. Madulain había rogado a Alí que esperara un instante en una estancia contigua, y cuando el emir acudió presuroso a su presencia, ella fue la primera en hablar.

—Supongo, emir Qutuz —lo recibió con frialdad—, que os habréis ocupado de castigar a la asesina, antes de pretender que vuestro nuevo amo os haga el honor de recibirlos, ¿verdad?

Qutuz se sintió confuso.

—El palacio sigue en manos de los seguidores de Baibars —quiso disculparse. En ese instante entró Alí y se detuvo frente a él en ademán de espera. Qutuz comprendió cuál era su situación: si no se aprestaba a prestar allí mismo juramento de lealtad, sería evidente que albergaba ambiciones propias. También se había dado cuenta de que los guardias de la casa, leales a su ama, le habían cortado toda posible retirada, ocupando la puerta de la sala a sus espaldas, por lo que no le quedaba otro remedio que doblar la rodilla y expresar con voz ahogada su voluntad de sumisión. Pronunció con reticencia el *halafan al yamin*<sup>[198]</sup>, besó la mano que le ofrecía Alí y exclamó en voz alta:

—*Fal yahya as-sultan Nur ed-Din Alí!*<sup>[199]</sup>

Tras esta promesa, el muchacho se inclinó, le hizo levantarse y dijo:

—Os doy las gracias, emir Qutuz. Debéis ser mi amigo, como lo fuisteis de mi querido padre. Necesitaré vuestro consejo y vuestra ayuda...

Se detuvo, para que el emir pudiese asegurarle también estas prestaciones.

—¡No tenéis más que mandar a vuestro seguro servidor! —fue la obligada respuesta, pronunciada con voz animosa, y el joven obró en consecuencia.

—Hoy mismo espero de vos una acción que demuestre vuestro buen gusto —le respondió Alí sin pensarlo más—. Honrad la memoria de mi padre y no pretendáis que vuestro nuevo sultán ocupe el trono mientras esa mujer, cuyo nombre quiero olvidar a partir de ahora mismo, esté entre los vivos. Entraré en El Cairo cuando el palacio esté limpio.

Antes de que Qutuz pudiese presentar alguna objeción, intervino Madulain.

—El pueblo, mi querido amo y señor —dijo con voz sumisa, doblando la rodilla y evitando mirar a Alí—, no sólo quiere oír hablar del nuevo sultán, sino que quiere verle, admirarle con sus propios ojos. Lo llevará sobre sus hombros a palacio. Esta



especie de asalto será necesario para que los seguidores confundidos de Baibars entren en razón. No debe haber lucha ni derramamiento de sangre, salvo la de esa persona condenada por Alá. ¡Entregadla a la ira del pueblo! —dijo a Qutuz, que escuchaba sorprendido su encendido llamamiento. Tampoco se le ocultaba el brillo en los ojos del muchacho que a partir de ahora sería su sultán.

—¡Así se hará! —declaró con aire de estratega—. Introduciré a mis fieles secretamente en palacio y ordenaré que los mamelucos de vuestro padre os recojan aquí con todos los honores y os conduzcan a la ciudad.

Un breve saludo, y el emir salió a toda prisa de la sala. Poco después le vieron galopar con su escolta por la ruta empedrada en dirección a El Cairo.

Alí se acercó a Madulain, la rodeó con sus brazos y la besó en la boca. Antes de que ella pudiera rechazarle, él ya se había apartado.

—¡Seguid siendo mi amiga! No es el sultán el que os lo pide, sino un hombre que se ve obligado a soportar una difícil carga.

Madulain ordenó a sus criados que vistieran al sultán con las ropas más preciosas que encontraran entre las pertenencias del visir.

Desde primera hora de la mañana se estaban reuniendo las masas en las plazas públicas de El Cairo. A cada minuto eran más los que, formando grupos de gente excitada, se dirigían al palacio del sultán. Muy pronto se vio un mar inabarcable de cabezas situado delante de la ancha escalera y de la guardia reforzada, y sus coros furiosos rompían como oleadas crecientes contra los altos muros. Después la muchedumbre se calmó y ya sólo se oían gritos aislados, cargados de odio y de rabia. Aunque había miles de personas delante del palacio, se impuso un silencio aplastante. La masa empezó a empujar la puerta hasta que ésta se abrió con estrépito y los eunucos sacaron, arrastrándolo, el cuerpo de una anciana, que arrojaron sobre los escalones de piedra. El pueblo lanzó un único grito que, conforme progresaba, se convirtió en un aullido discordante. Pero para entonces las oleadas de gente embravecida ya se habían cerrado sobre la desgraciada mujer.

Hacia el mediodía, el nuevo sultán hizo su entrada triunfal, y para entonces no quedaba ni rastro de lo sucedido.

Muy lejos de allí, en Mesopotamia, se puso en movimiento, como un rodillo gigantesco, el ejército mongol. Sólo quedaron atrás las mujeres de la corte. La esposa favorita del il-khan, la *dokuz-khatun*, ordenó expresamente que William de Roebruk no marchara con las tropas, sino permaneciera con ellas para prestar su apoyo espiritual a las damas cristianas y para celebrar cada día la santa misa, en la que debía incluir repetidos ruegos por el buen fin de la campaña.

El experto general Baitchu cruzó con sus tropas el río Tigris, cerca de Mosul<sup>[200]</sup>, y marchó río abajo por la orilla occidental. El viejo guerrero Kitbogha tenía a su mando el ala izquierda y, dejando a Bagdad de lado por el oeste, se introdujo en la llanura entre los dos ríos.

Hulagu mismo se hizo cargo del mando del cuerpo central y avanzó cruzando por Kermanshah.

Para contrarrestar este avance, el ejército principal del califa había salido de Bagdad con la intención de provocar el combate y buscar una decisión rápida en campo abierto. Aybagh estaba al mando de las tropas. Cuando el gordo *dawatdar* se enteró de que Baitchu había cruzado el río Tigris, temió ver cortada su comunicación con Bagdad y con la intendencia, de modo que se volvió rápidamente hacia atrás y cruzó de nuevo el río, justo en el momento en que el enemigo pretendía caer sobre él. Su encontronazo con los mongoles se produjo junto a Anbar, a unas treinta millas de Bagdad. La experiencia de Baitchu le llevó a simular una retirada, como atemorizado, y consiguió llevar a los árabes a un terreno pantanoso. En el transcurso de la noche, sus ingenieros rodearon el campamento de Aybagh, abrieron los diques del Eufrates y a la mañana siguiente se inició la batalla definitiva. Los famosos jinetes del califa se quedaron atascados en el barro y se convirtieron en blanco fácil para los arqueros mongoles. Los infantes no pudieron avanzar por los campos inundados. La mayor parte de los guerreros árabes murió en el campo de batalla, muchos se ahogaron, los supervivientes huyeron al desierto, para morir allí. El gordo *dawatdar*, sin embargo, consiguió regresar a Bagdad, atravesando los pantanos y las aguas con ayuda de su guardia personal.

## El Halcón Rojo

El puerto de Ascalón<sup>[201]</sup>, situado en el sur de Palestina, ya hacía mucho tiempo que no formaba parte del territorio del reino cristiano de Jerusalén. No obstante, los pisanos y genoveses se movían por sus calles como si aún fuesen los dueños de la ciudad. Incluso la Serenísimas poseía toda una vistosa manzana de casas, directamente en el puerto, y las órdenes militares mantenían delegaciones a las que las autoridades egipcias concedían casi categoría de embajadas. Ascalón estaba junto a la frontera con el reino de los mamelucos, una frontera muchas veces violada y que era utilizada por ambas partes para el intercambio de prisioneros, pero sobre todo para un intenso comercio con armas y toda clase de utensilios de guerra.

Junto a la sede de los venecianos residía Abdal el Hafsida<sup>[202]</sup>. El palacio del conocido mercader de esclavos era un edificio gigantesco que sobrepasaba los edificios bajos de la ciudad vieja como si fuese una ciudadela. Se trataba de una antigua comendaduría<sup>[203]</sup> de los templarios. La orden había renunciado, teniendo en

cuenta los vaivenes propios de la época, a que le fuese devuelta la propiedad, pues el Hafside era un buen socio, en el que se podía confiar, y únicamente mantenía allí como delegado a un caballero bastante anciano. En el fondo, lo que la orden pretendía era mantener a ese personaje alejado de los centros de poder, pero Abdal se mostró generoso y cedió al templario la poderosa torre, el *donjon* que dominaba las fortificaciones.

Georges Morosin<sup>[204]</sup> era un veneciano que había nacido en el Imperio Latino<sup>[205]</sup> y estaba emparentado con la familia de los de la Roche, déspotas de Atenas. Esta circunstancia le había permitido un rápido ascenso dentro de la orden de los templarios. Morosin era un hombre caprichoso, de ánimo fácilmente inflamable e incluso autoritario, por lo que no mejoraba precisamente la fama de su orden, pero también sabía ser útil, sobre todo en Ascalón. Sin dudarle un instante adoptó el título de comendador, pues allí quedaba lejos de cualquier vigilancia por parte de grandes maestros y mariscales y era, por tanto, su propio dueño y señor. Se entendió enseguida y perfectamente con Abdal, que había descubierto de inmediato las pequeñas debilidades del señor comendador y, con mucha habilidad, le nombró apoderado suyo para toda clase de negocios, un nombramiento que se convirtió en una institución permanente, dada la frecuente ausencia del dueño de la casa. El Hafside sabía perfectamente que, a sus espaldas, Morosin hablaba de él como de su empleado, algo que no le incomodaba en absoluto. Apenas hubo ocupado el *donjon* cuando el templario recordó su origen veneciano, y consiguió que la colonia de mercaderes de la Serenísima que residía en Ascalón, primero le hiciese caso, gracias al reparto de numerosas invitaciones, regalos y demás honores, para pasar después a considerarse súbditos suyos. Esto llegaba hasta el punto de que le llamaban «el dogo».

El Halcón Rojo fue recibido con todos los honores por el comandante egipcio del puerto cuando, nuevamente en su papel de Fassr ed-Din Octay, emir de los mamelucos, hijo del nunca olvidado gran visir Fakhr ed-Din, pisó la tierra patria, aunque sólo fuese en el puesto fronterizo avanzado al este del país, un puesto que, de hecho, quedaba separado del imperio de los mamelucos por las dunas de Gaza, detrás de las cuales empieza el desierto del Sinaí. Las noticias procedentes de El Cairo casi siempre pasaban desapercibidas en Ascalón, y solían llegar con más rapidez a Damasco y Acre, o como mínimo circulaban en estas ciudades bajo la forma de rumores.

El emir no vio razón para preocuparse ante los informes confusos del comandante del puerto. De todos modos, comprendió perfectamente por qué Baibars se había alejado tan de repente de su lugar de exilio: no porque estuviese preocupado ante una

posible enemistad de An-Nasir, sino porque veía a su alcance el trono de sultán. El muecín<sup>[206]</sup> llamó al *salat adh-dhuhur*<sup>[207]</sup>.

Fassr ed-Din Octay pensó que había llegado el momento de volver a sumergirse en el mundo de la fe islámica en la que había sido educado, aunque su madre fuera cristiana. A falta de una alfombra de oración se arrodilló encima de una estera que un anciano desplegó para él, cubriendo con ella el polvo de la calle.

*Assalamu aleikum ua rahmatulah,*  
*assalamu aleikum ua rahmatulah!*<sup>[208]</sup>

Más tarde, el Halcón Rojo cruzó pensativo el patio del albergue de caravanas para acercarse al *donjon*, y ordenó a dos guardias portadores de turbantes y armados con alfanjes que avisaran de su llegada al dogo. Ya puedo renunciar a mi aspiración de ser nombrado gran visir, reflexionó el emir, considerando la situación reinante en la capital. Al revés, si Baibars consigue afianzarse en el trono del sultán, debo mantenerme en guardia, aunque el Arquero es muy capaz, una vez alcanzados sus objetivos, de enterrar generosamente la antigua enemistad. Pero no, lo mejor será que ahora mismo empiece a buscar otro lugar de exilio más adecuado.

Se presentó un mayordomo ostentosamente trajeado, tal vez un eunuco, y le rogó con ademán ampuloso que le siguiera.

El dogo abrazó al emir con una amabilidad exagerada. Tomaron asiento en una estancia de la torre que ocupaba toda la anchura de la misma, y que al parecer servía al templario como lugar de trabajo, pues las paredes tapizadas con alfombras de seda mostraban también mapas de todos los países y mares de la Tierra.

En la parte alta, la estancia culminaba en una balaustrada, y en la parte baja sobresalía un pupitre alto. Los dos hombres se sentaron sobre suaves cojines de cuero y un muchacho negro, probablemente procedente del Sudán, les sirvió zumo fresco de naranjas, leche de coco y té caliente acompañado de dulces de almendra y dátiles confitados.

—¡Déjanos solos! —ordenó el dogo al criado y se dirigió al Halcón Rojo.

—¿Os habéis podido formar una idea de las intenciones que tienen las hordas mongólicas? —inició la conversación—. ¿Ha caído ya Bagdad?

—Sólo es cuestión de tiempo —respondió el emir—. En cambio, no hay duda de que los mongoles siguen persiguiendo los mismos objetivos de siempre.

—¿Existe alguna posibilidad de frenarlos?

—Por supuesto, pero para ello sería necesario proceder en común.

—Baibars está camino de El Cairo —hizo notar el dogo.

El Halcón Rojo prefirió desarrollar su propia idea:

—Habría que conseguir que los estados de los cruzados y los ayubíes procedieran

de común acuerdo, pues si ha de caer una decisión, será en su territorio. Los mamelucos tienen que sentirse seguros en ese mismo territorio donde han de formarse los ejércitos, visto que la mayor parte de las tropas deben aportarlas ellos mismos, y el emir Baibars es con toda seguridad el jefe más adecuado para esta empresa.

—Esta aventura —prefirió calificarla el dogo—. ¿Y vos creéis que a nosotros nos interesa apoyarla?

—¿A nosotros? —preguntó el Halcón Rojo con ironía—. A mí, como egipcio, por supuesto que me interesa. ¿Pero vos, representante de un reino cristiano? Tal vez, o tal vez no, a menos que queráis acabar como un estado vasallo de los mongoles, con un gobernador que es pariente del gran khan y un patriarca nestoriano.

—En cuyo caso se cumpliría el sueño de cierto gordo franciscano a quien vos conocéis también.

—William de Roebruk —confirmó el Halcón Rojo—. ¿Y a quién veis vos como virrey?

—La orden de los templarios probablemente defenderá la causa de los hijos del Grial: el poder que está detrás de ellos lo querrá así.

—¿No parece que sostengáis la misma opinión?

—¡Claro que no! —refunfuñó el dogo—. En muchos aspectos no comparto las opiniones de la respetable *Prieuré*, aunque sé que también vos, emir, formáis parte de esa asociación elitista. Una gente que se ha ido quedando del todo anticuada, y que incluso pretende restaurar la dinastía de los merovingios<sup>[212]</sup>. ¡Casi da risa!

Pero no se reía, sino golpeó con la mano abierta un taburete sobre el que había vasos y una jarra con crema de leche, y derribó todo con gran estrépito. El mayordomo se acercó apresurado.

—¿Señor Georges?

—Fuera. ¡No quiero que espíes detrás de la puerta!

El dogo le sonrió a su huésped.

—En serio —dijo y pareció tranquilizarse de inmediato—, tanto da que venzan los mongoles como los mamelucos. La orden de los templarios ya no podrá ocupar un lugar en la historia si mantiene la misma estructura que hasta ahora, sobre todo si pretende conservar un territorio propio, como imagina mi hermano el señor Gavin Montbard de Béthune, un loco del todo trastornado, pues cree poder convertir el refugio que ocupa en Redae en la capital de un estado soberano de la orden. ¡Yo sostengo que de ese agujero no saldrá una mariposa, sino un gusano, como es propio del agujero de un queso francés!

—¿Pero dicen que la pareja real, Roç y Yeza, se encuentran allí...?

—Olvidad a esos pobres huérfanos, la orden de los templarios no los necesita, no son más que una carga para ella. —A Morosin le costaba un esfuerzo ocultar su

disgusto, más aún al oír que el emir insistía:

—Siempre que la orden sea como vos pensáis...

El dogo se obligó a dominar su temperamento inflamable.

—La orden de los templarios ya no es tanto una máquina de guerra destinada a mantener la propiedad de los desiertos conquistados, como una sociedad mercantil de poder considerable, que mantiene incluso una flota propia. Por encima de todo y antes que nada, es un poder financiero gigantesco, posiblemente el mayor de los que existen en el mundo. —Esperó a que el emir asintiera—. Os pregunto ahora —aunque, naturalmente, no preguntaba— ¿para qué necesitan los templarios tierra propia? Esto no causa más que molestias, hay que defenderla, hay que preocuparse de sus habitantes, hay que mantener el orden, la paz y la justicia.

—Supongo que es un deber implícito a toda soberanía —objetó el Halcón Rojo. Tampoco había planteado una pregunta, pero su observación disgustó tanto al dogo que éste volvió a levantar la voz:

—¿Y para qué la necesitan los templarios? Su imperio...

—¿... no es de este mundo? —El Halcón Rojo se divertía tomándole el pelo a su interlocutor cristiano, pero éste no se daba cuenta.

—¡Así es! ¡Sois más listo de lo que pensé al principio! Lo que necesitan los templarios es una buena red de delegaciones, oficinas, representaciones en todo el mundo, y las mejores comunicaciones, las más rápidas y más seguras. ¡Y nada más!

—Todo eso ya lo tenéis —le respondió el emir.

—Desde luego, lo tenemos y lo ponemos constantemente en peligro porque nos dejamos enredar en disputas, como por ejemplo esas campañas inútiles llamadas cruzadas, y las peleas aun más irracionales en torno a un trono para Roç y Yeza, y como... pero bueno, ¡vos conocéis todas esas peleas sobre la verdadera fe, los infieles y las herejías! ¡Así no hay negocio posible! —concluyó furioso.

El emir le observaba con detenimiento. El dogo podía tener unos cincuenta años, era un hombre corpulento y probablemente expuesto a una hemiplejía. Si prescindiera de excitarse tanto, tal vez alcanzaría a ver cumplidos sus deseos.

—Sin embargo, ¿no fue fundada la orden del Templo de Jerusalén precisamente para proteger el Santo Sepulcro de vuestro Profeta, para proteger los caminos de los peregrinos y, finalmente, para luchar contra nosotros, los infieles?

El dogo no tuvo que reflexionar mucho para contestar.

—En cuanto a eso, sucede lo mismo que con los merovingios. En algún momento toda idea espiritual pasa a formar parte del pasado. O bien se momifica y representa una carga, acabando por no crear más que disgustos, o acaba con desventuras, asesinatos y muertes. Si preguntáis ahora mismo a un barón cristiano del reino de Jerusalén o a un emir musulmán vecino por qué se machacan unos a otros, obtendréis por respuesta que el uno ha exigido tributo al otro, ha atacado su caravana o ha

robado su ganado. ¡El dinero gobierna el mundo!

El Halcón Rojo se vio obligado a adoptar el papel de abogado del diablo.

—¿Y no sería precisamente la misión de una orden militar cristiana cuyos miembros, al ingresar, prestan juramento de renuncia a toda propiedad terrenal y enriquecimiento personal, la de combatir tanto materialismo?

—¿Y convertirnos en una secta fanática de asesinos que se dedique hasta toda la eternidad a matar, espada en mano, a todo musulmán que se niegue a adoptar la fe cristiana, por cierto solamente la de la *Ecclesia catolica*? ¡Hasta los «asesinos» han dejado hace tiempo de asesinar por la causa de la religión ismaelita<sup>[213]</sup>, y ahora lo hacen por encargo, son asesinos a sueldo! No señor, lo que nos corresponde hacer es aceptar el signo de los tiempos. Ni el Islam ni el cristianismo pueden vencer por la fuerza de las armas. De modo que las religiones tendrán que coexistir hasta que una u otra se imponga en las mentes de los hombres, por ser la mejor, y las otras mueran por falta de seguidores. Así van las cosas en el mundo. En cuanto al papel de la orden del Temple dentro de esta historia, sólo puede ser diferente del que ha tenido hasta ahora, de no ser así, pronto se habrá quedado anticuada y desaparecerá. Tal como se nos presenta ahora, con todas esas propiedades, inmuebles, castillos y territorios incluso, es muy vulnerable, pues nunca podrá tener suficientes caballeros para defender esas trampas de piedra, ni contra las hordas mongólicas ni contra vosotros, los mamelucos.

El Halcón Rojo sonrió y levantó una ceja.

—¿Nos acusáis de querer atacar a los templarios cuando estáis aquí aposentado, no como un ratón en una trampa, sino como un ratón en la mejor despensa de la ciudad egipcia de Ascalón?

—El hecho es que aquí, en tierra egipcia, no estoy gobernando un castillo amenazado, sino una oficina comercial que no pretende conquistar propiedades, y entiendo que, en realidad, la orden no necesita nada más. Sedes comerciales, almacenes de mercancías, medios de transporte, todo esto se puede comprar y no representa una amenaza para el soberano de ningún país. Por otra parte, para cualquier soberano esta situación es mucho más agradable que una relación feudal que, a la corta o a la larga, dará lugar a alguna divergencia. Nosotros, aquí, somos amigos de todo el mundo, y además ¡pagamos por serlo!

—¿Y para qué sirve todo eso? —El Halcón Rojo sintió cierta irritación al ver trastocada su imagen tradicional del universo.

—¿Por qué pretenden los mongoles extender su poderío? Pues porque no pueden evitarlo —contestó el dogo a su propia pregunta—. De no hacerlo, de quedarse quietos, su imperio primero se anquilosaría y después se descompondría, pasando a representar un botín apetecible para otro poder, que aplicaría toda su energía en someter a los mongoles.

—¿De modo que vos sí pretendéis dominar a otros?

—¡Dominaremos el mundo! —proclamó el dogo con orgullo—. Dominaremos el mundo con nuestro dinero.

Se había puesto de pie, y probablemente fuera la señal para que el huésped se despidiera. Al Halcón Rojo no le pareció mal, porque hacia el final había llegado a sospechar que aquel templario no estaba del todo bien de la cabeza. Arrojó una mirada a los mapas colgados de la pared. En su imaginación veía miles de arcones y cajas transportados a lomos de camello por el desierto, o sobre la cubierta balanceante de las galeras a través de los mares tormentosos. Ninguna tribu de beduinos asaltantes asomaba entre las dunas, ninguna vela pirata asomaba por el horizonte. Veía a los reyes mirar con ojos ávidos los arcones abiertos y llenos de tesoros, y ninguno de ellos extendía la mano, a pesar de que por ninguna parte asomaban los caballeros armados y tocados con la *clams* blanca adornada con la cruz escarlata de extremos en forma de zarpa... La orden de los templarios había desaparecido, pero su oro viajaba movido por manos fantasmales a través de océanos, cordilleras, desiertos y bosques, de delegación en delegación. Después, aquellas imágenes palidieron y finalmente tampoco veía ya cajas ni arcones, sólo dinero que bajaba de las montañas como un alud de piedras, que avanzaba como avanzan los bloques de hielo formando amplias corrientes, hasta llegar al mar y desaparecer en él.

El Halcón Rojo suspiró. El dogo le estaba dando unas palmaditas en la espalda, para arrancarle de sus visiones.

—Si vuestra palabra tiene algún peso ante la *Prieuré* —dijo Morosin sin asomo alguno de ofensa en su voz—, os conviene hacer valer vuestra influencia para que el príncipe Roç Trencavel du Haut-Ségur y la princesa Yezabel Esclarmunda du Mont y Sion se queden donde están y donde deben estar, como demuestran los nombres que ellos mismos eligieron.

Al Halcón Rojo le pareció que la voz del templario volvía a adquirir acento misionero.

—En cualquier caso, podrán cumplir su destino antes en el Montségur que en Jerusalén. Aquí sólo les espera la desgracia.

—Lo sé —contestó el Halcón Rojo con sequedad—. Vos, Georges Morosin, comendador de Ascalón al servicio de Venecia, no los queréis tener aquí: supongo que no os atreveríais a mirarles a los ojos. Ni siquiera los queréis conocer.

—Así es, señor mío. Saludad de mi parte al Arquero. Baibars será algún día un poderoso sultán, pero no es el momento. ¡Dios quiera que yo no tenga que vivir ese día! —Y con estas palabras empujó al emir hacia la puerta.

El mayordomo, atento, se presentó para acompañar al huésped hasta afuera.

—Vuestros amigos entre los mamelucos —susurró— han proclamado sultán a Alí, hijo de Aibek.



—¿Algo más? —exclamó el Halcón Rojo, irritado, por encima del hombro, en lugar de agradecer la información soltando un amable *bakshish*<sup>[214]</sup>.

—Sí —continuó el eunuco—. Vuestra mujer os engaña.

Tal vez el emir Fassr ed-Din Octay no llegara a oír las últimas palabras, pues se dirigía con paso enérgico hacia el puerto.

### En el *donjon* de Quéribus

En la gran sala de ceremonias del castillo de Quéribus estaban sentados Roç y el sacerdote Gosset ante un tablero de ajedrez. Los criados habían cubierto las paredes de piedra con gruesas alfombras y toda clase de colgaduras que fueran prescindibles, pues también en los lechos hacía frío. A pesar de ello, el frescor húmedo del otoño seguía afectando con intensidad desagradable al interior del castillo con sus muros de piedra, atravesando los suelos y las paredes, de modo que Yeza insistió en que el fuego mantenido a base de gruesos leños de viejos castaños ardiera día y noche.

La joven, envuelta en una capa de pieles de oso que le venía demasiado grande, estaba junto a una de las ventanas abiertas y consentía con paciencia que Rinat pintara su retrato. El artista, utilizando un instrumento de acero semejante a un puñal, grababa su perfil en una pieza de madera blanda de abedul cuyo tamaño era como la palma de una mano. Calentaba el hierro con frecuencia en una llama, de modo que las líneas finas y delicadas del rostro de la muchacha acabaron grabadas con trazos oscuros en la madera. Jordi Marvel, el pequeño trovador, se acurrucaba sobre un escabel a los pies de Yeza. Se había envuelto todo él en una manta de terciopelo, de modo que casi no se le veía. Y no obstante se aplicaba valientemente a tocar el laúd con sus dedos tiesos y cantaba con voz cascada:

*Amors me tienent jolis,  
car adés me font penser  
a la douce debonaire  
que je ne puis oblier:  
Le cors a gent et polis.  
Les euz vairs et le vis cler.*<sup>[215]</sup>

Gosset y Roç interrumpieron la partida y aprovecharon las figuras para aclarar las posiciones de amigos y enemigos, pero sobre todo la de quienes les ayudaban y la de quienes no se mostraban tan generosos.

—Prefiero a un enemigo declarado como el Papa —dijo el sacerdote señalando el montón de figuras que rodeaba a la reina negra—, a esos aliados con sus capas

blancas en los que no puedo confiar.

—¿Os referís a los templarios? —Roç lo había comprendido, pero quiso que fuera el otro quien desarrollara la idea.

—Hay ya tres tendencias diferentes dentro de la orden. Una de ellas es la que defiende nuestro amigo Gavin. —El sacerdote levantó el alfil blanco, pero lo volvió a dejar en su sitio—. El preceptor se dedica, por cuenta propia o no se sabe si animado por alguien, a proyectar la fundación de un estado de la orden en el corazón de Occidente, precisamente en Occitania.

—¿Y dónde si no? —preguntó Roç—. Sólo podría hacerlo en el lugar donde comenzó todo, en este país del que procedemos nosotros, donde el Grial...

—Esperad un poco —le interrumpió Gosset—. No hay que creer, ni mucho menos, que todos los que están a favor de esta empresa quieran incluíros a vos, la pareja real, en sus planes. En cuanto a Gavin mismo... ¿quién sabe?

—¡Nos lo prometió! —se indignó Roç.

—¿Puede prometerlo? —preguntó el sacerdote con acento de ironía, para proseguir después, en tono más objetivo—: En todo caso, éste sería el partido de los que quieren estar preparados para el día en que la orden ya no pueda permanecer en Tierra Santa, pero que no quieren vivir en un territorio que no pertenece a los templarios.

—¿Queréis decir que no tienen otras preocupaciones? —Roç se mostraba irónico.

—Esos caballeros no se plantean si se justifica su existencia una vez abandonado su objetivo principal —respondió Gosset con aspereza—. Si fuese por ellos, plantarían el *beauséant* en cualquier lugar en que la tierra admita la insignia de la Orden. El segundo grupo opina en forma parecida, en cuanto a la seguridad y la supervivencia de esta comunidad militar, pero su futuro se les presenta, por un lado, mucho más abstracto, y por otro lado mucho más prometedor. Para estos mercaderes y prestamistas, que en mi opinión ya no se merecen el nombre de caballeros, la figura principal es el dogo, ¡que por algo es veneciano!

—Yo creía que sólo los judíos practican la usura.

—Un solo individuo es considerado un usurero. —Gosset se echó a reír—. Pero cuando se juntan varios, ¡todo el mundo habla de los intereses justos que debe cobrar la banca! —El sacerdote prosiguió—: Llamadles como queráis: ¡hacedores de reyes, explotadores, fieles ayudantes o chinchas! En cualquier caso, el dogo lo que pretende es liberar a la orden de todo lastre territorial. Lo único que quiere conservar es la flota, que le permite estar presente, como hace la Serenísima que le protege, en todas partes donde pueda obtenerse un botín. Para eso le bastan una oficina, un escritorio, un ábaco y un libro en el que anota los deudores y los vencimientos.

—¿Y para qué necesitan entonces unos caballeros armados?

—¡Para proteger los transportes, los almacenes, y para cobrar las deudas!

—¡Noble tarea para unos hijos de la nobleza! —se mofó Roç—. ¡De ser templario, yo preferiría una muerte honrosa!

—Pasemos a considerar la tercera tendencia, que creo es la más importante, pues detrás de ella está el poder que en su día creó la orden, y que, en mi opinión, se podría atrever a poner fin a tanto sufrimiento, es decir, a esta agonía sin asomo de espiritualidad. Es muy probable que los templarios hayan cumplido hace tiempo la alta misión para la que fue creada su orden. La realidad es que Jerusalén está perdida para siempre. Lo que queda es una forma hueca, y todavía pretenden sobrevivir para proteger a ésta.

Gosset se interrumpió e hizo una pausa.

—¿Estáis hablando del santo Grial? —preguntó Roç, aunque se sentía bastante seguro—. ¿Creéis que está en poder de los templarios?

—Si jamás lo han tenido —respondió el sacerdote—, creo que lo han perdido, que se les ha volatilizado... ¡El Grial es puro espíritu!

—Es decir, como caballero, ¿hay que conquistar siempre de nuevo el santo Grial?

Roç se mostraba entusiasmado con el tema, su mirada se pegaba a los labios del hombre que lo veía todo tan claro y sabía expresarlo con tanta sencillez.

—El caballero, lo que debe hacer por encima de todo, es buscar el Grial, no como un tesoro enterrado o un cáliz valioso oculto en una cueva: debe buscarlo en su interior. El que crea haberlo encontrado, estar en su posesión, ya lo ha perdido.

—¿Por no ser digno de él?

—Por estar buscando en el vacío, por ser ciego y sordo, por ser un muerto en vida.

—O sea, que así definís a los templarios —concluyó Roç—. ¿Así son los que habrían de llevarnos a Yeza y a mí, a la pareja real, hasta el trono prometido?

A Gosset le dio pena ver que al joven se le derrumbaba todo un mundo.

—Ya he dicho que existe una tercera fuerza...

—¿La *Prieuré*? —Roç vislumbraba un rayo de esperanza y comprendió que Gosset no quería desilusionarle del todo.

—Ella procurará que su criatura se levante del lecho y camine; no consentirá que su propio brazo armado se pudra y se descomponga como si estuviese afectado por la lepra, insistirá en que vuelva a coger la espada.

—*Beauséant a la riscossa!* —exclamó Roç con entusiasmo—. ¿Y qué pasa con Jerusalén, la ciudad santa?

—Olvidad ese lugar —dijo Gosset—. ¡Estamos hablando del santo Grial! O bien los templarios vuelven a defenderlo como caballeros, o...

—¿O qué? —preguntó Roç, atemorizado.

Gosset seguía mostrándose duro.

—O esa madre apretará los dientes y se arrancará el brazo irremisiblemente

podrido, lo arrojará a un fuego purificador, se separará de él antes de que la podredumbre la ataque a ella misma.

—Comprendo —exclamó Roç con voz ronca—. Curiosa perspectiva. —Se levantó del asiento—. ¿De modo que así es como procede la *grande maîtresse*? — prosiguió en tono acusador—. ¿Y aquella anciana simpática que nos aseguró: «Estaré junto a vosotros hasta el fin de los días»? —Su voz daba fe de su desesperación.

—Su palabra sigue teniendo validez —declaró Gosset y sonrió a Roç, queriendo animarle.

*Je ne puis, ni si voeil,  
departir de ma tres doce amie;  
si m'en duel,  
quant amer ne me veult mie.*<sup>[216]</sup>

Roç miró por encima del hombro de Rinat le Pulcin y le envió una triste sonrisa a Yeza, cuya belleza rubia apenas asomaba de la piel de oso. Tiene los ojos más bellos del mundo, pensó, imaginándose a una Yeza cálida y desnuda debajo de las pieles. Le habría gustado estar solo y a su lado. Observó la miniatura que surgía bajo las manos del artista. Rinat había prescindido de la piel de oso, aplicaba pan de oro al cabello de la muchacha, dotándolo de diferentes matices y añadiendo un polvillo amarillo que recordaba un campo de cereal maduro, lleno de flores, amapolas rojas y violetas, diente de león, lirios de campo y candelarias. El rostro de Yeza seguía ligeramente tostado, como si el verano deseara perdurar más en ella, refrescarla por la mañana con el rocío, calentarla al mediodía con sus rayos de sol y acariciarla delicadamente de noche con la luz plateada de la luna. El artista aplicó un hábil sombreado en la enérgica barbilla y en los hoyuelos, para proseguir con la incomparable línea del nacimiento del cuello, y consiguió el tono preciso gracias a una mezcla de colores melocotón y canela.

*Ne mes maus guerredonner.  
Las! Si n'en puis sans lui durer;  
trop chier me fet comparer  
l'amour qu'ai en li.  
Hé, las! Bien me doit peser  
quant onques la vi,  
car ne puis endurer  
les maus que sent pour li.*<sup>[217]</sup>

Roç estaba a punto de apartar su mirada del cuadro cuando se abrieron aquellos

labios como rubíes y entre las perlas de sus dientes blancos asomó la lengua de Yeza. La joven dio nuevo brillo a sus labios y dijo:

—¿Os habéis enterado, mi amo y señor, de que vuestro criado Filipo ha asediado a mi doncella de un modo bastante atrevido?

Roç estalló en risas.

—Lo que ha sucedido es que tu doncella Potkaxl le metió la mano entre las piernas, de una manera desvergonzada pero ciertamente experta, y antes de que el pobre supiese lo que estaba pasando, ¡le tenía agarrado por sus partes!

—¡Que seguramente no estaban blandas! —rió Yeza—. ¡Hace ya días que se le veía andar por ahí como si tuviese el palo de una escoba metido en los calzones!

Roç intentó defender a su escudero.

—Al menos él sigue vistiendo unos calzones, ¡mientras que tu princesa tolteca no lleva nada bajo la falda!

—¿No habrá violado a la niña? —La voz de Yeza sonaba irritada.

—No pudo. Potkaxl no soltó la prenda ni pronunció una palabra de disculpa o de lamentación.

—¡Es decir, no hubo perdón! —Yeza se echó a reír y de nuevo movió con rapidez la punta de la lengua, como una serpiente.

—Potkaxl, a la que vos, mi querida dama, os empeñáis en considerar una niña, obligó a mi criado a una postura de lo más humillante.

—Ya basta —suspiró Yeza—. Haced el favor de iros a la cama y sentir vergüenza... ¡hasta que yo acuda!

Esta vez le sacó la lengua del todo. Rinat hizo acopio de valor y dijo:

—Aún necesitaré un cuarto de hora para acabar de dibujar el retrato, de no hacerlo, todo habría sido en vano. —Se dirigió sonriente a Roç—. Os suplico, señor, ¡haced este sacrificio por amor al arte, y la amada de vuestro corazón será inmortal!

Roç asintió, un tanto confuso.

—Lo mismo habéis dicho ya muchas veces. Aunque reconozco, maestro, que esta vez el retrato os está saliendo especialmente bien.

—Es el destino del artista —Rinat hizo una reverencia— el no estar jamás satisfecho con lo que hace. Pero tenéis razón, señor, pues ante este intento aquí presente, aún insatisfactorio, de reflejar el encanto de vuestra dama, todos los anteriores se quedan pálidos. —Rinat observó su obra no sin orgullo—. A pesar de todo, mi ambición todavía no se da por satisfecha.

Roç procuró mostrarse indulgente.

—¡Seguid con vuestra tarea! —Le arrojó a Yeza un beso con los dedos, que ella recogió con los labios como si fuese una cereza, y abandonó la estancia.

*Com'antt'as pedras bon rubi*

*sodes antre quantas eu vi;  
e Deus vus fez por ben de mi,  
que ten comigo gran amor!*

Roç no recordaba por dónde había salido. De repente se encontró en la torre, en la escalera de caracol y delante de aquella puerta. Recordó la conversación con Gosset. En realidad, sólo había dos clases de templarios: los que querían ver a la pareja real en el trono y estaban dispuestos a hacer un sacrificio para conseguirlo, incluyendo el de su propia vida, y aquellos a quienes él y Yeza les eran del todo indiferentes. También era posible que hubiese un tercer grupo, asimismo dispuesto a exigir sacrificios, por ejemplo el de la vida de Yeza y la suya. Es decir, los que no dudarían en cometer un asesinato.

¡Bien, mejor dicho, mal!, se dijo Roç. Después estaba la *Prieuré*, que ataba los cabos y hacía bailar las marionetas. El juego que se traía con la pareja real a la que pretendía proteger, empezaba a parecerle peligroso. La mano protectora mostraba tendencia a ver en él y en Yeza cada día menos unas personas vivas, de carne y hueso, para considerarlas únicamente marionetas con las que jugaba, ¡y no para conseguir un resultado concreto, por ejemplo el prometido trono, ni mucho menos! «¡El camino es la meta!» ¿Y si la mano secreta que se ocultaba detrás de toda la historia tenía razón, si sólo ella poseía el misterio del Gran Proyecto y conocía el camino que conducía al Grial?

«¡Ten confianza, Roç!», le había dicho el viejo Turnbull<sup>[218]</sup>. Fueron sus últimas palabras antes de buscar voluntariamente la muerte. «¡Confía en la fuerza del amor!» Turnbull había dado vida al Gran Proyecto, él tenía que saberlo. Roç recordó con nostalgia a su viejo mentor espiritual y recompuso el ánimo. ¿Y si el Grial no significaba más que amor?

Sin dudarlo más, Roç penetró en el gabinete del pintor y a través de la puerta del armario pasó a la estancia oculta que había detrás. Abrió la caja secreta en la estantería llena de polvo. El número de retratos de Yeza había aumentado considerablemente. ¿Acaso pretendía Rinat comerciar con ellos? Roç levantó el doble fondo y sacó los pergaminos, que también seguían allí. Los revisó apresuradamente dos o tres veces: el retrato del preceptor Gavin Montbard de Béthune, de tan desagradable recuerdo, ya no estaba entre ellos. Roç revisó el mueble a fondo, de arriba abajo, después toda la estancia y cada rincón de la cámara anexa. El cuadro no apareció.

# LA NOCHE DEL MONTSÉGUR

## *Rosamunda*

El invierno se había adueñado del Rosellón, los picos de los Pirineos hacía tiempo que lucían un manto blanco, y durante la noche había nevado en las montañas que rodeaban el Grau de Maury. Para cuando la nieve quiso llegar al castillo de Quéribus, se había transformado en una lluvia fría que dejó el patio, al menos allí donde no estaba empedrado, convertido en un charco fangoso. Los únicos que se alegraban de ello eran los cerdos, que se revolcaban con chillidos de contento entre el barro. Sólo una pequeña cerda se mantenía apartada de los demás. El animalito se llamaba *Rosamunda*, y estaba enamorado, aunque el objeto de su pasión irreprimible no era alguien de su propia especie, sino Potkaxl. La princesa tolteca se encargaba desde algún tiempo de dar de comer a los cerdos, y había escogido esa tarea porque le permitía escapar a ratos de la vida cortesana y citarse con su amado Filipo entre el heno sin que nadie les molestara. No era por falsa vergüenza, algo que la niña de la extraña nariz aguileña estaba muy lejos de sentir, sino porque en sus reuniones con el mozo, que celebraban del todo desnudos, acostumbraba a proferir unos chillidos tan agudos y emitía tales resoplidos de placer, que Yeza le había pedido que no copulara más dentro del recinto del castillo si no conseguía moderar los signos externos de su actividad.

Yeza solía expresarse con mucha claridad cuando quería, y la hija de los toltecas había aprendido a entender la mayoría de sus órdenes. De modo que empezó a mimar a los cerdos y *Rosamunda* desarrolló un afecto silencioso pero glotón hacia Potkaxl. En los primeros días se limitaba a correr al encuentro de su benefactora, después empezó a seguirla con un hambre nunca satisfecha. Sucedió lo inevitable. Al perseguir a Potkaxl cuando ésta se dedicaba a otros menesteres, *Rosamunda* se metió en medio del heno y allí oyó unos roncós sonidos de placer que al cerdo no le sonaban desacostumbrados. En vez de apartarse con discreción metió el morro rosado entre aquellos cuerpos, gruñendo a su vez de puro contento, empujó a Filipo a un lado y chillando de felicidad se arrojó sobre la princesa, la hizo rodar por el heno y no hubo amenaza que sirviera para hacerla retroceder. Con mucho esfuerzo y renunciando a su sesión amorosa, la doncella y el escudero pudieron escapar de aquella demostración de caluroso afecto por parte de *Rosamunda*. A partir de entonces se vieron obligados a cerrar la puerta del pajar para celebrar sus encuentros, mientras la cerdita se revolcaba delante, resoplando de celos y convirtiendo así a Potkaxl en el blanco preferido de la mofa de los demás criados. Si la doncella no bajaba al patio, *Rosamunda* se atrevía a subir por la escalera de la torre o por donde

fuera que su olfato percibiera la cercanía del objeto de su deseo. El animal acabó por convertirse en un motivo de diversión y espectáculo en aquel desierto invernal, y cuando Filipo, que tenía los nervios deshechos, propuso proceder a su matanza, su pretensión fue rechazada con indignación por todos los habitantes del castillo.

Roç y Yeza consideraron mucho menos divertida la visita no anunciada del fraile que veían ascender con aire de pocos amigos por la senda que subía al castillo. Considerando el hábito que llevaba, podía tratarse de un franciscano. Poco después se les acercó Gosset, bastante excitado, y les anunció que acababa de llegar Bartolomeo de Cremona<sup>[219]</sup>.

En el cerebro de Roç se encendió la alarma. ¿No les había hablado William de aquel pérfido minorita que perseguía a la pareja real por orden del Cardenal Gris<sup>[220]</sup>, es decir, por orden de Roma?

—¿Qué decís... ese bicho? —Yeza no parecía tomarse demasiado en serio el peligro.

—¿A quién vendrá a buscar aquí, si no a nosotros? —contestó Roç.

—Ya veremos... De todos modos, Barto nunca usaría un puñal —los consoló Gosset—. En cambio, entiende de venenos.

—Tal vez se haya perdido —quiso tranquilizar Yeza a su héroe—. A lo mejor no pretende otra cosa que un plato de sopa caliente en nuestra cocina.

—¡En ese caso, yo no volvería a comer aquí! —dijo Gosset, que a pesar de sus palabras seguía muy tranquilo—. La cocina es el último lugar donde deberíamos dejarle entrar. Por otra parte, no creo que acuda por casualidad. Le vi bajar del carruaje del inquisidor.

—¡Señor, apiádate de nosotros! ¡Trini el Gordo y Barto, el bicho! —exclamó Yeza—. ¡Vaya par!

Quien se mostró sumamente asustado y con ganas de meterse debajo de la mesa fue Jordi Marvel.

—¡Ese fraile me busca a mí! —se lamentó.

Rinat expuso su opinión:

—No lo creo. Bartolomeo de Cremona no es un verdugo, sino un funcionario de la curia. Ni siquiera es un espía, ¡aunque le gustaría serlo!

Roç hizo un esfuerzo.

—Tendremos que recibirle.

El juglar se escondió con su laúd en un nicho de la pared, detrás de un tapiz, y Rinat abandonó la estancia antes de que Filipo abriera la puerta al franciscano.

Con una mirada rápida, Barto pasó revista a las personas que encontró en la estancia, para enterarse de con quién se las tenía que ver, e inició después con voz melosa su discurso:

—Su santidad el papa Alejandro IV y el rey de Francia envían a la pareja real sus



más cordiales saludos y les desean una larga vida.

¡Era pura burla! Yeza tuvo que pellizcarse para no estallar en risas. Roç estaba indignado, pero esperó a que el otro prosiguiera.

—Me envían para que yo, humilde servidor del Señor, divulgue su palabra y rece con vos por la salvación de vuestras almas.

El fraile se arrodilló.

—Oremos —dijo con dulzura, pero Gosset abrevió el procedimiento y declaró con voz firme, en medio del penoso silencio que se había instalado:

—Amén.

Yeza hacía como que no había oído nada y miraba pensativa por la ventana.

Roç se sentó en un sillón que parecía un trono, algo que no tenía por costumbre hacer, y le susurró a Gosset:

—¿No sería bueno que este hombre tan devoto nos presentara primero sus credenciales?

El fraile seguía arrodillado, pero rebuscaba ya en su hábito.

—Soy Bartolomeo de Cremona —dijo después con voz entrecortada— y espero que nadie dude de mi palabra.

Sacó de sus ropas arrugadas dos pergaminos enrollados y sellados, que Gosset le quitó de la mano para, tras obtener el asentimiento tácito de Roç, romper el sello del rey y leer:

—«... se le conceden los derechos espirituales sobre el feudo de Quéribus, sus tierras, animales y habitantes, criados y amos, tal como se ha acordado con el obispado de Carcasona... Sólo él tendrá derecho a cobrar el diezmo en la partida eclesiástica de Grau de Maury y de ocuparse de la educación cristiana...»

—Ya tenemos sacerdote —interrumpió Roç disgustado el discurso y se dirigió a Barto, que había vuelto a ponerse de pie—. ¿Es posible que el rey haya olvidado que él mismo, su propia y altísima persona, nos dio por compañía al ilustre sacerdote Gosset?

El fraile sacudió la cabeza.

—Se me olvidó mencionarlo: el rey tiene necesidad urgente de monseñor para una misión delicada y secreta. Es la razón por la que me envía a mí, para que no os falte asistencia espiritual.

—¡Quiero verlo escrito! —se indignó Roç.

Bartolomeo le mostró con aire de triunfo el segundo pergamino.

—Ésta es una orden del nuncio papal, el cardenal Rostand Masson, dirigida al sacerdote Gosset, para que, tan pronto reciba este mensaje, se encamine a Carcasona, donde el obispo le dará instrucciones ulteriores. —El fraile se había inflado como una rana—. No creo que un fiel servidor de la Iglesia y embajador meritísimo del rey quiera negarse a esta orden.

Se había dirigido a Gosset, pero la que respondió fue Yeza.

—Agradecemos de todo corazón tanto al rey como al Santo Padre que se tomen tantas molestias por nuestro bienestar. —Le dedicó una sonrisa amable al fraile y le hizo señas al escudero.

—Filipo, muestra a nuestro querido huésped y asesor espiritual la estancia que hay junto a la cámara de *Rosamunda*, la misma que venía sirviendo de alcoba a monseñor Gosset. —Ensanchó su sonrisa—. Debéis saber que aquí, en Quéribus, tenemos pocas comodidades que ofrecer.

—No importa —respondió Barto con humildad, todo él hecho un auténtico hermano de san Francisco de Asís—, nosotros, los hermanitos pobres, nos conformamos con un establo y con las migas que caen de la mesa de los ricos...

—Tanta humildad os honra y nos avergüenza a nosotros.

—Igual que hacía yo —añadió Gosset con aire resignado—. Os enviarán cada día vuestro pan de la cocina y lo bendeciréis. ¡Oremos!

Y el sacerdote obligó al minorita a arrodillarse de nuevo, mientras Roç y Yeza sonreían con las manos devotamente unidas. Después Filipo se llevó al intruso. Apenas se hubo cerrado la puerta a sus espaldas, los que quedaban se echaron a reír. Jordi salió de su escondite, pero era el único que no parecía divertido.

—Ahora reís —se excitó el enano—, ¡pero ese hombre nos quiere matar a todos!

—Primero tendrá que defenderse de *Rosamunda* —declaró Yeza—, pues la alcoba que ocupará es el pajar que ha servido a Potkaxl como nido de amor, ¡y el olor de esa hembra en celo sigue en la paja!

—He comunicado a todos los que trabajan en la cocina un gran secreto que no deben divulgar —intervino Rinat, que regresaba de un recado sin que los demás hubiesen notado su ausencia—. Les he dicho que el fraile padece una enfermedad infecciosa, y que cuanto toca, queda marcado por el germen de una muerte horrible, lenta e inevitable. —Rinat hablaba con aire tan grave que Jordi empezó de inmediato a lamentarse, pero el pintor prosiguió—: He dado órdenes de que se le niegue al minorita con todo rigor el acceso a las estancias del servicio. Durante el día montarán una barricada en el interior de la cocina y de noche encerrarán a Barto en su alcoba.

—Pero entonces *Rosamunda* no podrá... —objetó Yeza.

La idea de ver a *Rosamunda* jugando con el fraile le alegraba el corazón.

—La cerda ya encontrará el camino que la conduzca a Barto. ¡Apenas pasen tres días, ese hombre olerá a mil demonios! —respondió Gosset—. Pero tened en cuenta que el espectáculo divertido que os prometéis no debe haceros bajar la guardia, pues el minorita puede parecer un hombre bobo e incluso loco, pero es tenaz y tiene inventiva en lo que se refiere a su misión. ¡Lo demuestran las credenciales conseguidas! ¡No eran falsificaciones!

—No le perderé de vista —dijo Rinat. Y dirigiéndose a Yeza y Roç, añadió—:

Podéis dormir tranquilos y confiar en mí.

Este último pensó que él no se sentía demasiado seguro, pero Yeza respondió:

—La pareja real siempre ha sabido defenderse.

—Yo también sirvo para algo —exclamó Jordi—. Os protegeré con mi propio cuerpo.

Todos volvieron a reír, aunque la risa del pintor parecía forzada. El trovador no pudo contener sus ganas de tocar el laúd.

*Dòmna, pòs vos ai chausida,  
fatz me bèl semblant,  
qu'ieu sui a tota ma vida  
a vòstre comand.*<sup>[221]</sup>

Poco después, la nieve llegó hasta Quéribus. El que no tuviera que bajar al patio para alguna necesidad urgente, prefería quedarse en la cama. Bartolomeo únicamente abandonaba su pocilga para tomar una frugal comida en la caseta de la guardia, donde solía quedarse solo, sentado a un extremo de la mesa. Los hombres evitaban su compañía porque, por decirlo con delicadeza, desprendía un olor muy fuerte. El minorita pronto tuvo que renunciar a su empeño de proporcionar a los jóvenes herejes una instrucción cristiana y enseñarles los fundamentos de la fe según manda la Iglesia, pues encontraba casi siempre cerrada la entrada a la torre y también a los demás recintos, incluso a la sala de audiencias. Cuando conseguía deslizarse por el portal, después de haber estado esperando medio muerto de frío en el patio, le atrapaban los guardias a lo más tardar en la escalera y le aseguraban que en cualquier lugar perdido de la montaña y hundido en la nieve, en una mísera y alejada choza, había un moribundo que necesitaba urgentemente su asistencia, o un recién nacido que debía cristianar. Después de superar el esfuerzo de la caminata solía encontrar muerto a quien tan necesitado estaba de los santos sacramentos, además de ser bastante evidente que le habían proporcionado a su debido tiempo el *consolamentum*<sup>[222]</sup> cátaro, y a las embarazadas les faltaba mucho para el parto o resultaban ser unas ancianas incapaces de parir. Muchas veces ni siquiera había viviendas en el lugar que le habían descrito. Si conseguía alguna vez deshacerse de los guardias con sus insistentes pretensiones y adelantarse hasta donde se encontraba la pareja real, el pérfido Rinat y Jordi Marvel, el enano berreador, le aplicaban el peor de los tormentos, pues cada vez le exigían poder confesarse con él. Y lo que confiaban a sus oídos hacía palidecer los pecados mortales más tradicionales, se le abrían abismos imaginarios en los que después andaba perdido, atormentado y acosado por los demonios y el fuego de los infiernos. Muy pronto también el frívolo escudero y la doncella, una infiel procedente de algún país dejado de la mano de

Dios, del que Bartolomeo ni siquiera podía creer que existiera realmente, donde había templos paganos y regían ritos horribles, participaron en el juego. Y junto con Filipo y Potkaxl entró en acción *Rosamunda* con sus increíbles indecencias. El fraile odiaba a la cerda y temía que las visitas nocturnas de ésta a su pocilga saliesen a la luz pública. Tuvo que soportar las insinuaciones más infames, sobre todo de la boca del pintor, mientras que la pareja real parecía divertirse de lo lindo con sus lamentos. No será necesario mencionar que ni Roç ni Yeza solicitaron jamás confesarse con él y no tenían al parecer necesidad de recibir la sagrada comunión. Cada vez lo despachaban con la afirmación blasfema de que la pareja real era asimilable en jerarquía a un sacerdocio de alto rango y no precisaba de su intervención mediadora, pues mantenía una relación directa y propia con Dios. Y si el minorita les insistía, no obstante, en que debían pensar en salvar su alma, ellos le respondían: «¡Oremos pues!», una invitación a la que el fraile no se podía sustraer. De modo que se apresuraba a rezar el padrenuestro en latín, mientras ellos lo repetían en lengua vulgar, tal como lo había traducido Petrus Waldesius<sup>[223]</sup>, aunque a él le pareciera una indecencia. Si Bartolomeo intentaba rebelarse, se repetía la oración hasta la fatiga, es decir, hasta que él renunciaba a todo y se retiraba. Apenas los guardias habían cerrado la puerta a sus espaldas, todos estallaban en risas.

—¡Hemos de agradecerle al señor Papa —dijo Yezael habernos proporcionado tanto motivo de distracción!

—Sería deseable que ese fraile no oliera tan horriblemente mal —opinó Roç—. Pero para remediarlo, ¿tendríamos que decirle dónde está el barreño!

—Ni el cocinero ni las mozas lo dejarán entrar en la cocina —les advirtió Rinat—. Hace tiempo que han olvidado lo de la enfermedad infecciosa, pero no quieren admitir al minorita por el olor que les llega de él, aunque esté a tres millas.

—No creéis —dijo Yezaque, ahora que hemos conseguido anular al fraile, ¿podríamos poner en práctica mi deseo más ferviente?

—¿Qué dices? —repuso Roç, espantado—. Mi dama pretende ahora, en pleno invierno...

—Vos, amado mío, y yo, vuestra amada, pasaremos la noche del solsticio en el Montségur —proclamó Yeza con tanta determinación que cualquier resistencia parecía inútil.

Roç acabó conformándose, pero Rinat protestó.

—Hasta ahora habéis podido evitar que os mordiera la serpiente venenosa, ¡pero no debéis creer que vuestro confesor impedido y guardián de vuestra virtud os permita alejaros ni un paso, sin que la guarnición más próxima del ejército franco salga en vuestra persecución! ¡Esa es la misión principal del espía! ¡Precisamente el Montségur! —suspiró el pintor con expresión hipócrita—. ¡Un trapo rojo para la Iglesia y el ejército ocupante!

—Será tarea vuestra, Rinat le Pulcin —declaró Roç y su voz, resignada a cumplir el deseo de su dama y encontrándole ahora incluso cierto atractivo, sonaba muy firme —: ocultar nuestra desaparición ante el fraile, durante el tiempo necesario y con la habilidad suficiente para permitirnos cruzar las montañas.

El pintor olvidó su sensibilidad de artista y demostró ser una vez más lo que probablemente era en realidad, es decir, un espía de mente retorcida. Reflexionó durante breves instantes.

—Necesitaré la ayuda de vuestro escudero Filipino y de vuestra doncella. —Rinat les explicó su plan, aprovechando que los mencionados no estaban presentes—. A vos, la pareja real, sólo os pido que pongáis a mi disposición vuestra alcoba.

—¿Para qué? —se indignó Roç—. ¿Acaso debemos ceder nuestro lecho?

—Así es —confirmó Rinat sin vacilar—. No solamente eso, sino que deben mostrar un comportamiento como se esperaría de vos, tras una noche entera bebiendo y rogando a vuestra dama, y después de que ésta se haya resistido, remilgada y zalamera a la vez, para que todo el mundo se dé por enterado.

—¿Y ese fraile va a creer que yo chillo, gruño, resoplo y grito como hace Potkaxl? —resumió Yeza.

—¡O como *Rosamunda*! —quiso mofarse Roç mientras soltaba una risotada, pero se reprimió rápidamente ante la mirada que le lanzó Yeza.

—Para sentir placer, querido mío, hacen falta dos personas, uno que te lo proporcione y otro que...

—Lo he entendido —respondió Roç—. Cuando todos crean que la pareja real se entrega a los placeres carnales, el escudero y la doncella ocuparán nuestro lugar. Mientras, nosotros nos escabulliremos del castillo sin que nadie se dé cuenta.

—Yo os esperaré con caballos, provisiones y pieles al borde del Grau de Maury...

—No —dijo Roç—. Vos quedaréis aquí. No quiero que el mando del castillo quede en manos del fraile. La única persona capaz de imponer respeto sois vos. A Jordi Marvel nos lo llevamos.

El semblante del enano no dejaba entrever si le complacía la perspectiva. Pero no parecía muy alegre cuando echó mano del laúd, con aire de resignación, para entonar una canción melancólica.

*A vòstre comand serai,  
a tots los jorns de ma via,  
e ja de vos no'm partrai  
per deguna altra que sia.*<sup>[224]</sup>

## El camino de los cátaros

El pequeño grupo cabalgaba hacia el Pirineo occidental por una estrecha senda que aún hoy la gente denomina «camino de los cátaros». Lejos de las grandes calzadas utilizadas por los ejércitos, esta vía cruza el espesor oscuro de los bosques, recorre las cimas difíciles de las montañas y deja muy abajo los abismos profundos con sus aguas turbulentas. Jordi, al que Roç y Yeza se habían llevado para tener alguien con quien comunicarse y como sustituto de Filipo, demostró ser un guía seguro, conocedor de aquellas tierras. El pequeño iba en cabeza del grupo, montado en una de las cabalgaduras destinadas a transportar la carga, y cuanto más se alejaban de Quéribus y de la presencia del fraile, más contento parecía.

De todos modos, avanzaban lentamente, pues la nieve era profunda. La blancura irreal del paisaje invitaba a la somnolencia, y Yeza empezó a soñar con los ojos abiertos. La noche del Montségur<sup>[225]</sup>, que en otras ocasiones solía condenar en su memoria, empezó a emerger de lo más hondo de su subconsciente, revelándose con imágenes cegadoras y dolorosas. Al recordar la luz azulada de la última hora pasada en lo alto del castillo, la palidez del rostro de su madre adquirió un perfil consolador. Yeza sintió de nuevo el abrazo de renuncia de aquella y habría deseado poder devolverle en algún momento su cariño, pero en aquel entonces era una criatura a la que habían envuelto en una frazada y la dejaron tan atada que no le fue posible rodear con sus bracitos el cuello de la bella Esclarmunda. Tanto ella como Roç habían sido evacuados como si fuesen unos fardos, atados a unas cuerdas para superar las rocas envueltas en la oscuridad nocturna. Recordó haber tenido miedo por lo que pudiera sucederle al hermanito. Unos puños férreos de hombre los habían recogido, recordó una choza llena de humo y cómo había visto, a la luz del fuego encendido, por primera vez el rostro sorprendido, rosado y sonriente de William, coronado de ricitos dorados. Desde aquel momento el franciscano había ocupado el lugar de su madre, les había dado de comer, les había bañado y les había limpiado el trasero, había dormido con ellos, había reído, bebido y meado con ellos.

Yeza se enderezó asustada, pues los recuerdos la habían hecho deslizarse casi del caballo. En realidad, ahora que estaban a punto de regresar al Montségur después de tantos años, William tendría que estar a su lado. A Yeza no le habría sorprendido que el franciscano hubiese salido detrás de un recodo. Le echaba de menos y sabía que a Roç le sucedía lo mismo.

Dieron un rodeo para no atravesar la ciudad de Quillan, en la que sabían acuartelada una fuerte guarnición, y cruzaron el río Aude junto a la garganta de Lys. Allí, y aunque Jordi no se lo había advertido en absoluto, les esperaba un anciano de cabello blanco y luenga barba, que llevaba un hábito claro de lino crudo.

—¿Es un druida<sup>[226]</sup>? —susurró Roç excitado cuando vio la magra figura del viejo saliendo entre los abetos nevados, en la otra orilla del río, sin que se pudiese distinguir apenas entre los árboles.

—Es Mauri en Raimon<sup>[227]</sup> —declaró el trovador con voz entrecortada—. Un *bonhomme*<sup>[228]</sup>, uno de los últimos sacerdotes cátaros que han podido escapar a la Inquisición. Se oculta entre los animales del bosque.

En sus palabras resonaba el orgullo de conocerlo.

—Están enterados de lo que sucede en el país, pues de noche se acercan a los pueblos donde los adeptos secretos de la religión pura los acogen con cariño.

La figura vestida de blanco les señaló en silencio unos escalones cortados en la roca y los condujo al lugar donde un tronco cruzaba la garganta en su punto más estrecho.

—Bienvenidos, mensajeros del Grial —les saludó con voz ronca apenas los caballos superaron aquel paso helado—. *Que Diaus vos benswürd!*<sup>[229]</sup>

Roç y Yeza estaban demasiado cansados para responder o entablar una conversación con el *parfait*, aunque ambos sentían curiosidad y deseaban oír de boca de un entendido alguna respuesta a las dudas que desde hacía tiempo les hacían desear un retorno al Montségur: su origen y su destino. Aquel hombre debía de saber todo lo relacionado con el Grial.

De momento sólo inclinaron la cabeza en muda reverencia, antes de volver a montar los caballos y adentrarse uno tras otro en el bosque oscuro. El cátaro iba en cabeza, a pie y con paso enérgico, pues de todos modos no se podía avanzar deprisa. La nieve cubría la maleza y las piedras, de modo que los animales sólo avanzaban paso a paso.

Yeza estaba a punto de dormirse en la silla, el rostro profundamente oculto en la capucha. Jordi con los animales de carga se había adelantado, estaba de buen humor y le habría gustado tocar el laúd, si Roç no se lo hubiese prohibido. Cuando llegaron a un sendero lateral que se cruzaba con el anterior, el anciano Mauri en Raimon se detuvo y esperó a Roç.

—No hace mucho han pasado unos jinetes por aquí —susurró—. ¡Iban con mucha prisa! —Y señaló unas huellas en la nieve—. ¡Gente armada! Hemos de tener cuidado.

Roç ordenó a Jordi que se pusiera en la cola. Yeza estaba ahora perfectamente despierta, y Roç pasó a ocupar la cabeza de la comitiva, junto al cátaro. Siguieron las huellas y después Roç fue el primero en ver algunos puntos rojos en la nieve: ¡sangre! Las manchas aparecían pisoteadas por las herraduras y observaron también la huella de un pie desnudo.

—Una mujer —dijo Mauri en Raimon—. Si no consigue sacudirse de encima a sus perseguidores aquí mismo, en esta zona de Camelier, estará perdida. Después del

bosque viene una meseta despejada, el *plateau* de Sault, ¡que no ofrece escondite posible y da toda la ventaja a quien monta a caballo!

Siguieron avanzando por la maleza, con la mirada puesta en la nieve, para no perder la pista. De repente cesaron las manchas sanguinolentas y tampoco se veía ya la huella de los pies.

—¡Se les ha escapado! —exclamó Roç y retuvo al caballo—. Ahí tenemos otra garganta, el lecho seco de un riachuelo. Supongo que la mujer conocería el paraje.

Descendió del caballo y se inclinó sobre un pasadizo de madera medio enterrado en la nieve. Volvió a encontrar la marca de los pies desnudos y nuevamente aparecieron las salpicaduras de sangre, incluso aumentaron en cantidad.

—¡La mujer corre peligro! —exclamó Roç—. Tenemos que salvarla.

—Creo —murmuró el anciano—, que sé... —Miró con recelo alrededor—. ¡Seguidme! —dijo y siguió adelante, antes de encaminarse de repente por un sendero medio oculto que llevaba en dirección contraria.

—¡Pero si huía hacia el otro lado! —protestó Roç.

El viejo le miró muy tranquilo con sus ojos claros como el agua de un lago de montaña.

—¿No has visto que desaparecían las huellas? —Soltó una risa—. ¡Es Na India<sup>[230]</sup>, la vieja bruja! —murmuró con aire respetuoso, casi con cariño—. ¡Ha vuelto sobre sus propios pasos y ha corrido a su casa!

El anciano caminaba con energía. Poco después vieron de nuevo las marcas de los pies y las gotas de sangre sobre el camino, y no tardó en aparecer entre los árboles una choza acurrucada contra la pendiente.

—¡Hace tiempo que deben de habernos visto! —El anciano observó su entorno. En aquel instante se abrió la puerta de la choza y una muchacha pálida y de largo cabello rubio que le cubría el pecho y los hombros, salió y les pidió, excitada, que se acercaran.

—En Raimon, de prisa, de prisa, ¡mi madre necesita vuestra ayuda!

Subieron a toda prisa la pendiente helada, el anciano en cabeza, y finalmente pisaron los escalones cortados en la roca.

—Es Geraude<sup>[231]</sup> —presentó el anciano a la joven, que apenas podía tener más años que Yeza.

A Roç le llamaron la atención los claros ojos de la muchacha, que se parecían a los de Mauri en Raimon. Pero ahuyentó la idea tras examinar con insistencia el rostro de Geraude, que se ruborizó y bajó los párpados. ¡Parece un poco tonta!, opinó Roç para sí, redondeando así la opinión que tenía de la muchacha, antes de pasar a su lado casi rozándola para cruzar el umbral de la choza.

La mujer herida descansaba sobre un lecho de paja. Un golpe furioso con la espada le había abierto el hombro, la sangre manchaba la sábana. Yeza se sentó junto



al lecho y propuso aplicarle un paño húmedo en la frente febril, para calmar el ardor. Encima del fuego hervían unas hierbas en una olla de barro, y el viejo Mauri examinó el cocimiento, lo probó y siguió removiéndolo.

Roç se encontraba sin saber qué hacer en medio de la oscura estancia de techo bajo, iluminada tan sólo por las llamas oscilantes del fuego del hogar. Descubrió la presencia de un asno junto al lecho, que se estaba comiendo muy tranquilamente la paja que sacaba con sus largos dientes y con indolencia de debajo del cuerpo de la mujer, cuyos rasgos fascinaron a Roç. El cabello gris se veía estropajoso y en parte pegoteado con sangre, aunque Yeza intentaba enjuagarlo. Dos verrugas peludas afeaban sus mejillas hundidas y en su boca casi vacía no asomaban más que dos colmillos, amarillos y puntiagudos. Era la mujer más fea que Roç había visto jamás, si no fuera por unos ojos claros y maravillosos que lucían como dos gotas de un lago subterráneo en la montaña que obtiene la luz a través de unas aberturas inaccesibles, como regalo de un dios lejano que jamás descenderá a la gruta. Roç se mostró confuso al observar la contradicción entre la horrible fealdad y la profunda belleza de aquel ser que padecía, gimiendo de rabia y de dolor.

—Ya está bien, Mauri —susurraban los labios resecos—. ¡Aplica de una vez el cocimiento a esa herida que me ha abierto el imbécil de Fernand le Tris, comandante de Carcasona!

Su boca reía, distorsionada por el sufrimiento, y Roç comprendió por qué el *bonhomme* de cabello blanco la había llamado bruja. Geraude, la hija pálida, sujetó la cabeza de su madre y la ayudó a sentarse, de modo que el anciano pudo extender la hierba hervida sobre un paño que Yeza tenía preparado, no antes de haber puesto un dedo sobre la masa verde oscuro para palpar su consistencia. A Roç el emplasto le recordó un excremento fresco de vaca. El viejo le hizo en silencio una seña a Geraude, indicándole que podía cubrir la carne herida.

—La hiedra calma el dolor, la corteza de roble extrae el veneno, la aquilea cierra y cicatriza las heridas —murmuró En Raimon. Na India se quejaba en voz baja, pero sus lamentos se transformaron pronto en una manifestación de alegría feroz.

—Hace años que ese gordo imbécil intenta atraparme... —rió con ganas— para entregarme a su hermano, el inquisidor. Trini es todavía más gordo que Fernand, aunque no tan tonto. Me tendió una trampa: me llamaron junto al lecho de una enferma que supuestamente me necesitaba. Si nos hubiese atrapado a las dos, habría encendido una hoguera en la plaza del mercado, pero yo fui más rápida, y pude curar a la enferma antes de que él llegara. Pero al regresar, mis huellas quedaron demasiado marcadas en la nieve, y por poco acaba conmigo.

—¡Descansad ahora, madre! —insistía la dulce Geraude—. En Raimon tendrá que dejarnos, después de haber rezado con nosotras.

—Sí, sigue adelante, Mauri —declaró la mujer con voz firme y sus ojos se

iluminaron—. Esta herida no merece todavía el *consolamentum*.

—Una mujer como vos, Na India, no entrará tan pronto ni con tanta facilidad en el paraíso —le respondió amable el anciano y cerró los ojos, aunque sin juntar las manos. Estaba rezando.

Todos callaron, sólo la resina de los maderos chisporroteaba entre las llamas del hogar.

Yeza besó a la mujer en la frente y ésta miró a la muchacha.

—*Diaus vos benswürd* —murmuró.

Roç fue el primero en salir al aire libre, donde ya les esperaba Jordi con los caballos. Era noche cerrada cuando salieron del bosque, y ante sus ojos se extendía la amplia planicie.

—Las estrellas nos iluminarán el camino —declaró el anciano, confiado.

Esta vez Roç exigió que el viejo se subiera a uno de los animales de carga.

—Quiero cruzar cuanto antes el *plateau* de Sault, pues incluso bajo la luz de las estrellas somos tan visibles como guisantes en un plato blanco. ¡Y tenemos luna llena!

Cabalgaron durante la noche y todo el día siguiente, hasta haber pasado el alargado macizo rocoso del Bac d'en Filia, que se extiende, desnudo de árboles, durante muchas millas como un gigantesco caracol privado de su concha, sin que su piedra lisa ofrezca ni una hendidura, ni una grieta. El camino de los cátaros ofrece allí muchas facilidades a los perseguidores, pero era inevitable pasar por ese trance, pues después se abre la vista entre el bosque de Corret a la derecha y el cono alto del Frau, permitiendo a los peregrinos una primera visión de su meta: frente a ellos se elevaba a la luz del sol poniente el castillo de Montségur. ¡Qué importaban los peligros del mundo terrenal, los servidores fanáticos del maligno vestidos con el hábito negro de los dominicos<sup>[232]</sup>, los peones brutos del poder secular con sus camisas bordadas de doradas flores de lis, los verdugos de la Inquisición, los espías y matones del rey! El castillo del Grial se eleva sobre el peñón hasta una altura solitaria que corta la respiración: forma más parte del cielo azul que de la roca sobre la que descansa. Los últimos rayos de un sol poniente que calientan por un igual a cristianos, herejes e infieles, iluminaban sus muros y hacían olvidar que no eran más que una ruina vacía, privada del tesoro que guardaba, antes de que unas manos manchadas de sangre y unos espíritus llenos de odio consiguieran apoderarse del mismo. Todo esto les pasaba por la cabeza a Roç y Yeza cuanto más se acercaban a la montaña salvadora. El anciano Mauri en Raimon se detuvo y dirigió su mirada hacia la luminosa altura.

—Ésa es vuestra corona, pareja real —dijo a Roç y Yeza, sin poder despegar la mirada de la visión que se les ofrecía—. Ése es el cáliz precioso de la divinidad. Sería

feliz si pudiera dejar este mundo guardando su imagen en mi corazón —murmuró casi para sí—. ¡A cambio sufriría gustoso la muerte entre las llamas! —Después dirigió sus ojos claros hacia los dos jóvenes y añadió con voz despreocupada—: La tierra es un lugar de condena, es el imperio deslumbrante del maligno, que sabe ocultar el infierno a nuestros ojos y nos hace creer que somos libres. Así sujeta nuestras almas y nos engaña con el espejismo terrenal de un reino de paz.

—¿Cómo dices? —le interrumpió Roç— ¿Acaso no puede existir esa paz, aunque la busquemos con empeño?

El anciano le miró largamente.

—No —respondió después en voz muy baja—. No en este mundo. Pero no debes sentirte triste —añadió cuando observó el desconcierto que había provocado su franca revelación—. En cambio se nos ha aparecido el Paracleto<sup>[233]</sup>, un don de Dios para que no cejemos en la búsqueda del santo Grial, lo reconozcamos y demostremos ser dignos de él.

—¿El Grial? —preguntó Roç—. Habladme de él. ¿Qué es, un tesoro?

El anciano sonrió.

—¡El vaso que recoge la luz, el cáliz de la vida eterna! Si bebes de él, experimentarás tu propia divinidad, todo lo que tiene de divino tu propio ser, y te desprenderás de la creación del demiurgo<sup>[234]</sup>, de este mundo del mal.

Calló y empezó a rezar.

—Ahora os abandonaré —dijo después—. Jordi Marvel os conducirá por una senda segura hasta el peñón. La montaña no os recibirá con recelo, pues sabe que nacisteis en este lugar y que vuestras almas siempre regresarán a él, hasta que puedan liberarse y entrar en el paraíso celestial. *Diaus vos benigna!*

Estuvieron mirando mucho tiempo su figura blanca, hasta verla desaparecer entre las rocas.

## **Almas como luminarias**

Yeza y Roç, su acompañante y sus animales, arrojaban sombras alargadas sobre el Camp des Crémats<sup>[235]</sup>, esa pendiente suave situada al pie del peñón donde ardió en su día la hoguera que su madre había elegido como senda hacia una vida mejor. Catorce años hacía de aquel suceso. El sol, un disco sangriento, se ponía detrás del horizonte cuando iniciaron el ascenso a través de la espesura. Jordi iba en cabeza. Antes de dejar la protección de los últimos árboles, ataron a ellos sus caballos y sólo llevaron consigo a la mula que mejor había sabido superar el pedregoso ascenso. Cargaron en su lomo las pieles protectoras y unas cuantas provisiones para pasar la noche y, lo más importante, la bota de cuero llena de agua potable. Siguieron a pie por la parte más escarpada del peñón, cuyas rocas enormes ya sólo aparecían

iluminadas por la luna.

Jordi pidió disculpas:

—No pensé que la oscuridad llegaría tan temprano.

—¡Hoy es precisamente el día más breve del año, señor mío! —le recordó Yeza con aire irónico—. Y esta noche es la más larga, una noche poblada de hadas y espíritus malignos, de magos y brujas que no buscan nada mejor que atrapar a un enano inocentón con no más de cinco pies de estatura. Miden a todos con su escoba, y si no alcanzas la medida, se quedan contigo.

—Arrastran su cuerpo a los aires —jadeó Roç, a quien el ascenso cortaba la respiración—, y una vez te han utilizado a su capricho, te dejan caer otra vez sobre la tierra y...

—Para esos casos sirve una canción placentera, y saber tocar bien un instrumento —respondió el pequeño juglar—. Eso los apacigua, los encanta y los hace bailar toda la noche. En cambio, si huelen a algún mortal que no sepa cantar ni entienda de música, y que huele a placer carnal por todos los poros, caen sobre él, le pellizcan y le torturan hasta que ya no siente ni celo ni amor.

—Lo que habla por tu boca es pura envidia, Jordi Marvel —le reprendió Yeza—. Recuerda que la pareja real no está aquí: se está despachando a gusto en su alcoba de Quéribus.

—Y ese fraile acecha delante de la puerta de la alcoba, apretando el oído contra la madera. ¡Tiene las orejas rojas y calientes! —A Jordi parecía agradarle la imagen, pues añadió aún con un susurro confidencial—: Después se aleja con sigilo, baja sin hacer ruido la escalera, se arrastra en secreto por las sombras de los muros hasta cruzar el patio y se mete en su cobertizo. Se arroja gimiendo al heno...

—¡Asqueroso! —exclamó Yeza, simulando indignación.

—¡Silencio! —murmuró el enano—. Oigo voces.

—Son los demonios que acuden a llevarse al calumniador —se mofó Yeza, pero después observaron luces en el bosque de abajo y creyeron ver algunas figuras vestidas de blanco que subían la pendiente rocosa.

—¿Quién puede ser? —preguntó Jordi, atemorizado.

Roç se echó a reír.

—¿Tú crees que sólo mi querida dama ha tenido la gloriosa idea de celebrar la noche del solsticio<sup>[236]</sup> en un lugar tan mágico? Serán los espíritus de los muertos.

—¡Volvamos atrás! —susurró Jordi, temblando de miedo—. Todavía estamos a tiempo para salvar nuestras almas...

—¡Demasiado tarde! —Roç formó bocina con sus manos delante de la boca, para conseguir un sonido lúgubre—: No nos ves, Jordi Marvel, estamos en el bosque... ¡Jordi Marvel! ¡Te encontraremos!

—¡Deja esas tonterías! —le reprendió Yeza—. Será mejor apresurarse, pues de no

hacerlo, no encontraremos ni un sitio libre.

Habían dejado atrás los últimos peñascos. La noche les ocultó generosamente la visión del profundo abismo que serpenteaba a su lado y que acababan de dejar. Dos hombres vestidos de blanco y con las capuchas ocultándoles el rostro salieron de entre las sombras y se les adelantaron en dirección a la entrada del castillo, cuya cavidad se abría ante los visitantes en un oscuro bostezo. Los hombres iluminaron amablemente con sus antorchas los últimos escalones practicados en la piedra. Roç y Yeza pisaron con timidez el patio vacío, sorprendiéndose al ver la altura de los bien conservados muros que les rodeaban. Nadie acudió a saludarles, ni como uno de los suyos, ni como pareja real, ni para pedirles que participaran en la fiesta. Las extrañas figuras desaparecieron en alguna parte de las murallas donde se veía un hueco cubierto, un lugar de recogimiento espiritual, pero también de resistencia contra los asaltantes.

—No saben quiénes somos —declaró Yeza.

Jordi se ofreció de inmediato para ir al lugar de las reuniones y proclamar la buena nueva.

—No —respondió Roç— prefiero que pasemos esta noche aquí sin ser reconocidos.

—Te propongo entonces ocupar el torreón oriental —dijo Jordi—. Desde allí se verá cuanto sucede aquí abajo y, además, tendremos una buena vista sobre el paisaje.

—¡Y veremos las estrellas! —exclamó Yeza ilusionada—. ¡Creo que allí estaremos en todo caso mejor que en una sala fría, repleta de cátaros fanáticos y *faidits* que escupen odio! ¡Los unos quieren hacer volar sus almas, mientras los otros quieren hacer volar a los francos y sacarlos fuera del país!

Era evidente que a Yeza no le hacía gracia ninguno de los dos bandos.

—¡Pero son nuestros seguidores! —le reprochó Roç—. Nuestros futuros súbditos.

—Pues ni ahora ni después siento necesidad de hacer causa común con ellos —repuso Yeza, mientras Jordi se alejaba para arreglarles en la plataforma un lecho con las pieles—. Si ésta fuese la condición para ocupar un trono, ¡prefiero ser jardinera en Otranto o en Antioquía, en el palacio de nuestro querido amigo el príncipe Bohemundo!<sup>[237]</sup>

—¿Y quién labrará tu huertecito? —le preguntó Roç, divertido.

—¡Tú vendrás conmigo! —decidió Yeza y puso una mano en los calzones del joven, allí donde los veía hinchados. Después volvió a hablar con seriedad—: Para que lo sepas: ¡ésta es una noche santa y tú no te atreverás a desvirtuarla! —Al ver la sonrisa incrédula de Roç, siguió dándole explicaciones—: Sólo podremos abrirnos al espíritu de este lugar si nos libramos de las tentaciones carnales del demiurgo. ¡No creerás, amado mío, que he emprendido el camino del Montségur para holgar aquí contigo!

A Roç se le había pasado la risa. Si su dama se empeñaba en que las cosas fueran así, de nada le servía hacer crecer la más bella lanza entre sus piernas. Absolutamente de nada.

Cuando Jordi regresó, ascendieron la alta escalera de piedra hasta alcanzar la plataforma que se elevaba por encima de las murallas. Roç recordó de repente el fuerte de Alamut, su altura vertiginosa, y la noche que había pasado con Kasda en el observatorio. También entonces tuvo las estrellas casi al alcance de la mano.

Jordi envolvió a sus amos en las pieles preparadas y los tapó con mantas.

—Buenas noches y que tengáis bellos sueños —murmuró y descendió con cuidado por la estrecha escalera.

El trovador se sentó sobre el primer escalón para impedir el paso a quien pudiera aventurarse por allí. La mula, obediente, se recostó a sus pies, sobre la paja que el juglar había acarreado, pensando en el animal. Jordi Marvel recordó la posible presencia de fantasmas y espíritus, echó mano del laúd y se esforzó por dar a su voz un sonido dulce.

*Nach den kom diu künegîn.  
Ir antlütze gap den schîn,  
si wänden all ez wolde tragen  
pfellel von Arâbi.  
Ûf einem grüenen achmardî  
truoc si den wunsch von pardîs,  
bêde wurzeln un de rîs.  
Daz was ein dinc, das hiez der grâl,  
erden wunsches überwal.*<sup>[238]</sup>

Cuando Jordi enmudeció, vencido por el sueño y el respeto que le inspiraban los versos de Wolfram von Eschenbach<sup>[239]</sup> y su contenido místico, Roç susurró, poco impresionado:

—Para mí, el Grial puede ser cualquier cosa menos un objeto, más bien...

—¿Un saber oculto? —aventuró Yeza con timidez, y su amado le dio la razón.

—Un saber muy, muy antiguo.

Tampoco supo decirle más.

Roç y Yeza descansaban muy juntos, para darse calor. Acostados de vientre y con las cabezas apoyadas en las manos, miraban por encima del antepecho del muro hacia la oscuridad del patio. Seguían viendo las figuras vestidas con largas capas que atravesaban el hueco abierto en la piedra, donde habría estado antes el portal del

castillo, y se apresuraban hacia la escalera que conducía al interior de la fortaleza. Antes de entrar, apagaban las antorchas y sus oscuras sombras se fundían con los muros, como si los atravesaran. Después ya nada se movió en el patio.

—¿Estarán rezando? —preguntó Roç en un susurro.

Yeza respondió en voz baja y sin apartar los ojos del corazón de la fortaleza.

—Lo están venerando...

—¿Al santo Grial?

Yeza se limitó a asentir con un gesto y obligó a su amado a observar en silencio la imagen que se les ofrecía. Una luz azulada parecía surgir del interior de la tierra por las pocas grietas que mostraban los muros, como un resplandor creciente, después creyeron percibir un delicado zumbido que no parecía de este mundo, similar al que emite un arpa, y este sonido aumentaba en intensidad y volvía a disminuir. Con su desaparición se apagó también el resplandor. Roç se dirigió desilusionado a su compañera.

—¿Se les habrá aparecido, o no?

Yeza reflexionó.

—Creo que dependerá de la persona —opinó al cabo—. El que sea digno de verlo, a ése se le aparecerá.

—Tú tampoco lo has visto nunca. —Roç quería evitar tanto misticismo.

—Es verdad —dijo Yeza—. Pero estoy segura de que existe. —Después le hizo el favor a Roç y se volvió hacia él, de modo que pudiera mirarla a los ojos, incluso se viera obligado a hacerlo—. ¿Por qué no has mostrado compasión con Na India? Estaba sufriendo de dolor y tú ni siquiera le has dirigido la palabra.

Roç se quedó sorprendido ante la acusación, y luego se disgustó. Pero intentó responder como si la duda le divirtiera.

—¿Acaso tú eres Herzeloida<sup>[240]</sup>, acaso yo soy Parsifal?

—Ciertamente —dijo Yeza—, tú mismo elegiste el nombre, mi querido Trencavel, es tu sangre y no puedes renegar de ella.

—No me recuerdes las gotas de sangre en la nieve —bromeó Roç en voz baja—. ¡Además, si quieres hablar de mitos, puedo decirte que la vieja era Kundry<sup>[241]</sup>! ¿No has visto el asno?

—¡Te equivocas y lo sabes! —dijo ella con firmeza, y añadió pensativa—: ¡Era Amfortas<sup>[242]</sup>!

Esta respuesta hizo enmudecer a Roç. Miró por encima del cuerpo de Yeza, que le daba la espalda y mantenía los ojos cerrados. Pero sabía que ella estaba atenta. Dirigiendo su mirada firmemente ora hacia el *donjon*, ora hacia la sala subterránea, Roç susurró:

—La luz parte de la piedra negra. Ahora vuelve a ser más intensa, el azul nace del verde claro que, como un lago subterráneo en la montaña, surge de una gruta. Su

intensidad alcanza la esplendidez de un aguamarina, la luminosidad aumenta, ahora parece más oscura, pasa del azul al terciopelo profundo del cielo. Es maravilloso verlo. —Roç suspiró y Yeza murmuró:

—¡Sigue contándome!

—El ojo quiere apartarse porque no soporta la fuerza de tanto resplandor, pero a la vez se siente atraído por la fuente de la luz y no parece que quiera contentarse con menos. Ahora veo a una doncella que lleva el cáliz en sus manos y da de beber a todos.

Roç no reveló que la figura de la doncella le recordaba a Geraude. Vio su largo cabello rubio como el oro y su sonrisa delicada mientras le ofrecía el cáliz.

—¿Qué pasa? —preguntó Yeza al darse cuenta de que se había interrumpido.

—Estoy bebiendo —dijo Roç. No pudo reprimirse y añadió—: Estoy bebiendo del recipiente de la compasión divina, del amor de todos por todos. —Recordó los pechos suaves de Geraude, su vientre blando, en el que habría deseado aplicar los labios para deslizados por la cálida piel hacia abajo, donde el vello rubio adquiriría un espesor dorado—. Así se abre el corazón a la última verdad —balbuceó, más confuso que excitado— y se siente el amor cósmico de la Creación hacia uno mismo. —Estaba demasiado cansado para proseguir, y también le daba un poco de vergüenza frente a Yeza, que le preguntó:

—¡Dime la verdad! ¿Has bebido del cáliz?

Tuvo que callar.

Yeza se volvió intranquila hacia él.

—¿Y si el pescador tuviese razón? —Su voz sonaba grave.

—¿Pescador? ¿Qué pescador? —Roç estaba confuso.

—No lo has comprendido: Mauri en Raimon es el pescador del lago. Dice que debemos beber del cáliz para hacer nuestro el sufrimiento del mundo.

—¿Hacerlo nuestro? —Roç se sintió empujado a protestar airado—. ¿No hizo eso Jesús el Nazareno? ¿Y qué consiguió? —Se respondió a sí mismo—: ¡El mundo está peor que nunca!

—El profeta Jesús nos trajo la esperanza —replicó ella sin inmutarse—. Nos aseguró que el amor por todos es capaz de vencer la desgracia, el temor y la muerte. ¡Ése es el cáliz!

—Hasta ahora ha sido apartado de nosotros —dijo él, sin que pareciera lamentarlo demasiado.

—¡Con toda la razón! No lo hemos buscado ni lo hemos deseado.

Roç comprendió que, como caballero del santo Grial, debía responder ante los ojos de su dama.

—Lo buscaré. Quiero participar en el misterio del Grial.

Intentó levantarse, pero un puño férreo parecía retenerlo contra el suelo, y sus



miembros pesaban como plomo.

Yeza no parecía darse cuenta, de modo que Roç se sintió dispensado de iniciar enseguida la búsqueda.

Por otra parte, sería difícil bajar al patio del castillo y, sin haber sido invitado, solicitar ser admitido en la misteriosa reunión de los allí congregados. Lo echarían de allí, y hasta se reirían de él.

—¿Quién sabe si ellos lo tienen? —murmuró con desconfianza.

—Sea cual sea la revelación en la que ellos creen —dijo Yeza y cerró los párpados— tenemos el cáliz al alcance de la mano, pero no podemos cogerlo porque no estamos dispuestos a renunciar al mundo.

—¿De verdad crees que debemos sacrificarnos por los demás? —Roç no estaba dispuesto.

Yeza, queriendo evitar un disgusto, se mostró conciliadora.

—Tampoco yo lo sé —concedió—, pero sí veo claramente que otras personas se han sacrificado por nosotros. Se van volando con la luz azul, han perdido todo peso y sus cuerpos son traslúcidos como las alas de las libélulas.

—¿Y a quién ves? —preguntó él con voz ronca y excitada, aunque procuró no tocar a la muchacha, para no molestarla en sus visiones.

—Al viejo Turnbull —dijo ella—. Está muy delgado, pero lo veo contento, como tú me lo describiste cuando hizo saltar, en Masyaf, a Vito<sup>[243]</sup> hacia el infierno merecido, mientras le prometía el paraíso.

—¡El vuelo del águila! —murmuró Roç, recordando al anciano—. ¿A quién más crees estar viendo?

—¡A Crean! Parece un san Sebastián y le veo atravesado por las flechas.

—¡Hay más! —la animó Roç.

—A los demás sólo los conozco por los relatos de William. Veo a la Loba<sup>[244]</sup>, que fue estrangulada por su propio hijo Vito, porque calló para salvarnos. Veo a nuestra nodriza, que arrastró al Inquisidor a la muerte que padeció ella misma. Y ahora veo también a todos aquellos cuyos espíritus viven aquí, porque en este lugar se despidieron de la vida. Son los defensores del Montségur, centenares de seres cuyo espíritu vuela como un enjambre de insectos que salen de la luz azul, una luz que se convierte en un sol blanco y cegador... ¡Ya no puedo mirar más! —gimió Yeza—. ¡Me deslumhra! —Apretó las manos contra sus párpados cerrados y sacudía la cabeza de un lado a otro.

Roç, asustado, la tomó entre sus brazos y cubrió su rostro de besos desesperados.

—¡Despierta, Yeza! —exclamó, presa del pánico, cuando vio que ella ni abría los ojos, ni parecía respirar.

De repente, los ojos de Yeza se abrieron como estrellas cansadas.

—¡Uf! —dijo la muchacha y respiró profundamente—. Me pareció estar volando

al paraíso, me sentía muy ligera.

—No lo pienses más —le advirtió él, todavía preocupado, y alisó la manta de pieles. Sintió no haber hablado con ella de Esclarmunda, que había bajado con los demás desde el castillo hacia la hoguera del Camp des Crémats. Le habría gustado saber si la madre de Yeza era también la suya.

Yeza se durmió enseguida. Roç se inclinó sobre ella para oír los latidos de su corazón. Miró hacia las estrellas y vio millares de lucecitas que le parecían enviar señales. En algún lugar de allá arriba, también Yeza y él, la pareja real, un astro doble luminoso cuyo recorrido sólo conocía Dios, seguían su camino. Yeza y él serían arrastrados irremediabilmente hacia el cumplimiento de su destino. Muy pronto también Roç se quedó dormido.

A medianoche, Yeza despertó. Prestó atención a la respiración reposada de su compañero. Abajo, en la sala del castillo, se habían apagado las luces y los primeros participantes en la reunión salían del *donjon*, bajaban la escalera. Les vio encender las antorchas.

Qué poco trecho hay de un misterio mágico a una aventura extraña, pensó, cuando de repente vio a Gavin. ¡En efecto, era el templario! Su *clamys* blanca relucía en la oscuridad y Yeza habría podido jurar que la cruz de extremos acabados en zarpas resaltaba con el color de la sangre. Quiso llamarlo, pero su voz no le obedeció. De modo que se quedó mirando fijamente la imagen del preceptor, que no se dirigía como los demás hacia la entrada, sino que pareció disolverse traspasando un grueso muro de piedra. Yeza despertó a Roç.

—¡He visto a Gavin!

—¿Y por qué no? —suspiró su compañero, medio dormido. Yeza decidió no insistir más y se arropó en la manta. El calor que le llegaba de Roç la envolvía en una nube agradable. La mano de la muchacha buscó con cariño el sexo del muchacho y la dejó encima. A Yeza le gustaba dormir así.

## Señales de fuego

*Der grâl was von sölher art:  
wol muose ir kiusche sîn bewart,  
diu sîn ze rehte solde pflegen:  
diu muose valsches sich bewegen.*

La mañana apuntaba pálida en el horizonte cuando los dos durmientes despertaron con la melodía del himno al castillo del santo Grial que cantaba Jordi.

*Mit zühten neic diu künegîn  
und al diu juncvröuwelîn  
die dâ truogen balsemvaz.  
Die künegîn valscheite laz  
sazte vür den wirt den grâl.  
Daz maere giht daz Parzivâl  
dick an si sach un dâhte,  
diu den grâl dâ brâhte:  
er hete ouch ir mantel an.*<sup>[246]</sup>

Cantaba para entrar en calor. La mula relinchó y se levantó del mísero lecho de paja; sus herraduras arrancaron chispas del adoquinado. Hacia el este salió el sol como una bola de fuego por encima de la línea negra del bosque. ¡En ese instante vieron unas luces en la muralla! Dos señales de color naranja se posaron en los huecos de las ventanas que tenían enfrente. Los rayos del sol caían a través de las aspilleras que había frente a esos huecos y recorrieron lentamente la piedra. ¡Auguraban disturbios o algo peor! Si alguien se sentía muy seguro de sí mismo o protegido por la mano de Dios, podía interpretarlo como señal evidente de un gran misterio, un signo que sólo se envía a los iniciados que asisten, en un momento y en un lugar determinado, al solsticio de invierno.

—¡Nos hablan a nosotros! —se le escapó a Yeza.

Pero a Roç le interesaba algo muy diferente.

—¡Fíjate en el ángulo! —exclamó y se incorporó, porque no deseaba perderse ni un detalle del sobrecogedor espectáculo—. ¡Es un mensaje geométrico! —exclamó con satisfacción, al ver que la luz tocaba los huecos vacíos de las ventanas y después se apagó de golpe. A Yeza jamás se le hubiera ocurrido pensar así, pero Roç podía tener razón. Se levantaron y llamaron a Jordi, que subió sin tardanza por la estrecha escalera.

—Ha sido una noche tranquila —comentó el juglar mientras batía palmas para calentarse las manos—. Aunque un poco fresca.

Mientras el enano recogía mantas y pieles, Roç ayudaba a su dama a descender los helados escalones, tendiéndole la mano como un perfecto caballero. De nuevo miraron a su alrededor cuando se vieron en medio del patio trapezoidal, entre los altos muros.

—¿No quieres ver la sala de abajo? —dijo Roç, que sentía renacer su afán explorador—. Tal vez encontremos...

—¡...el tesoro! —completó Yeza—. No —decidió después Dejemos el reino de la noche para los que suelen poblarla. Lo nuestro es el día. —Con estas palabras cruzó el umbral de la entrada al castillo y miró hacia el amplio paisaje que se extendía a sus

pies, hasta las lejanas cimas de los Pirineos.

Roç la seguía y pasó el brazo por sus hombros.

—Este mundo es demasiado bello para abandonarlo —musitó.

Yeza guardó silencio. Su sonrisa era sabia, como la de una esfinge.

Guiados por Jordi y la mula experta, Roç y Yeza descendieron por la pendiente pedregosa y cruzaron la maleza del bosque.

Encontraron sus caballos en perfecto estado entre los árboles, más arriba del Camp des Crémats. De día se veían en la suave pendiente las sombras negras donde en su día habían ardido las hogueras, como manchas de peste negra que traspasaran la capa de nieve. En la mente confusa de Roç se mezclaron la indignación y la rebeldía.

—Cuando la primavera haga brotar la hierba verde y las flores, los mismos que han tenido que acudir esta noche protegidos por la oscuridad, deberían poder acercarse con la cara a descubierto.

Yeza prestó atención.

—Sería bueno celebrar un torneo en el Montségur, y que acudieran...

Pero Yeza le interrumpió con brusquedad.

—¡No pretenderás celebrar una fiesta en este lugar abonado con la ceniza de los que prefirieron morir antes que renegar de su fe!

—Pues sí, precisamente en esta tierra de resistencia desarmada, de sufrimiento voluntariamente aceptado, me gustaría poner a cada uno en su sitio.

Yeza le miró preocupada.

—¿Es ése el espíritu del amor cósmico y general que os visitó esta última noche, señor mío?

Roç vaciló sólo un instante.

—Estoy pensando en un torneo de caballeros —defendió su idea—. ¿No se os habrá perdido en el transcurso de esta noche la afición por el amor y la vida cortesana, que empuja a los nobles a ensillar el caballo? ¿Habrán anulado los fantasmas ese arrojo del que otras veces hacéis gala?

—Yo hablaba en serio cuando proponía otra clase de amor —respondió Yeza, sin atreverse a mirar a su compañero a los ojos—. Deseo practicar la renuncia.

—¿No querréis empezar por renunciar a mí?

Ella lo miró de soslayo.

—Deberíamos tener un hijo... —Se interrumpió, pues por el camino que cruzaba por debajo del peñón vio avanzar a galope tendido un grupo de jinetes con los colores del senescal. En sus lanzas ondeaban los gallardetes de Francia.

—Conozco al gordo que va en cabeza —exclamó Roç, bajando el tono de su voz—. ¡Es el señor Fernand le Tris!

—¡El cazador de herejes! —asintió ella, rencorosa, cuando vio que los jinetes

sujetaban con correas unas jaurías de perros. A Yeza le gustaba la caza, pero odiaba que se soltaran perros para cazar a seres humanos—. ¿No fue él quien causó la herida a Na India?

—Es el hermano del inquisidor —apuntó él—. ¡Un héroe al que me gustaría enfrentarme con la lanza!

—No hará falta —dijo Yeza y señaló el extremo opuesto del camino. Al encuentro de los francos venían en galope ligero tres, cuatro, hasta seis caballeros que no llevaban las lanzas preparadas ni los escudos alzados—. Reconozco el escudo del conde de Mirepoix, ¡tres barras negras! —añadió con mirada expectante—. ¡No me da la impresión de que vayan a ceder el paso!

Roç le lanzó una rápida mirada: ésa era la Yeza que tan bien conocía y a la que amaba. ¡En cuanto oía ruido de armas, olvidaba toda idea de renuncia, de tener hijos y demás tonterías! El joven se echó a reír.

—¡Así me gusta!

Los francos habían comprendido que aquélla era una cuestión de honor, pues el camino era tan estrecho que permitía justo el paso de dos jinetes, uno al lado del otro. Pero los caballeros que venían de frente seguían adelante, como si no se hubiesen dado cuenta de su presencia. De modo que tampoco Fernand le Tris ordenó a su gente que formaran en fila india. De todos modos, el comandante no las tenía todas consigo, pues él y la jauría de perros iban a la cabeza de la tropa, y a los que acudían de frente se les veía preparar las lanzas sin modificar el ritmo de su avance. A su vez, los francos no podían frenar el galope sin perder la cara. De modo que se produciría un encuentro, un choque inevitable, y el rechoncho personaje que iba a la cabeza podía contar con ser atravesado por una de las primeras lanzas. Los perros aullaron. Hasta el último instante, el comandante mantuvo la esperanza de que, al ser su grupo superior en número, los presumidos caballeros acabarían por volverse razonables y se harían a un lado. Pero no sucedió nada de esto y las lanzas se acercaban cada vez más.

—¡En nombre del rey! —gritó Fernand le Tris, volviéndose hacia sus hombres—. ¡Ahí está el zorro!

Con estas palabras hizo girar su caballo y bajó del camino, arrojándose pendiente abajo, rodeado de los perros que caían dando volteretas, y los jinetes de su tropa en parte también caían, al no estar preparados para semejante giro. El resto bajó con ligereza, golpeando piedras y segando ramas y gritando, para darse ánimo:

—¡El zorro! ¡El zorro!

En la senda de arriba, los caballeros pasaron de largo sin desperdiciar ni una mirada en observar a los que se habían apartado.

Cuando Roç y Yeza acabaron de cruzar el Camp des Crémats, los caballeros les esperaban donde el camino de peregrinos desembocaba en la carretera. El de más

edad era un hombre no demasiado alto, pero sí dotado de un bigote enorme. Bajó del caballo y se acercó a donde Roç y Yeza se habían detenido, tirando con suavidad de las riendas de sus caballos.

—Soy Jourdain de Levis, conde de Mirepoix<sup>[247]</sup> y —señaló sonriente el peñón con la ruina encima— propietario del Montségur.

Al oírlo, también Roç desmontó.

—No era nuestra intención lesionar vuestros derechos, señor —dijo con mucha amabilidad—. Hemos subido sin pedir permiso...

—¡Ni una palabra más! —tronó el conde—. He venido para presentar mis respetos a la pareja real, y si alguien tiene que disculparse, ese soy yo, padre avergonzado de un hijo ruin.

En ese instante Yeza recordó el nombre de aquel mozo corpulento a quien pudo vencer en Quéribus, rompiéndole el brazo hasta dejarlo tumbado de espaldas: ¡Pons de Levis!

—Debéis perdonar que le tratara tan mal —dijo ella—. La verdad es que se merecía un castigo.

—Por favor, ¡le habéis perdonado la vida por dos veces! —respondió el conde, mirando con mucho respeto a la joven amazona—. Una vez, cuando le dejasteis escapar de vuestras manos, y la segunda vez cuando salvasteis su torpe cabeza ante el tribunal de los templarios. Os debo mi más profundo agradecimiento.

Mostraba intenciones de querer arrodillarse, pero Roç se acercó con presteza y pudo evitarlo.

—Señor mío, nada nos debéis —exclamó apenado—. Queríamos ver una vez más el Montségur...

El conde le interrumpió.

—¡Os lo regalo! ¡Mi corazón se alegrará sabiéndolo en vuestras manos!

—No podemos aceptarlo —dijo Yeza—. Al rey Luis podría caérsele la corona de la cabeza del susto, y al señor Papa podría darle un ataque.

Sus risas divirtieron también al conde.

—¡Habría que hacer la prueba!

—En cambio, sí podríais permitirme la celebración de un torneo festivo, una competición caballeresca con lanzas, precisamente aquí, aunque no en el mismo Camp des Crémats.

El conde paseó su mirada de Yeza a Roç.

—¡Qué idea tan magnífica! —exclamó—. ¡Es digna de vos, pareja real! ¡Acercaos, acercaos, caballeros! —gritó a sus jinetes—. Organizaremos un torneo bajo el patrocinio de esta... —lanzó una rápida mirada interrogadora a Yeza, que asintió graciosamente— ¡de esta joven y preciosa dama!

—¡Para el equinoccio de marzo! —decidió ella, mientras los caballeros

descabalgaban y se apresuraban a besarle la mano.

El conde presentó a sus hombres:

—Lobo de Foix<sup>[248]</sup>; mis sobrinos Gers d'Alion y Simón de Cadet<sup>[249]</sup>; mi yerno Burt de Comminges<sup>[250]</sup>; y Gaston de Lautrec<sup>[251]</sup>, mi cuñado.

Los hombres se inclinaron también ante Roç, que se sentía un tanto desconcertado ante tantos apellidos de alcurnia con los que de alguna manera estaría emparentado, si realmente era el último de los Trencavel. El conde se acercó, lo abrazó y lo besó.

—Aunque no queráis ser nuestro amo —exclamó con una franca sonrisa—, os doy la bienvenida en nombre de la misma sangre que corre por vuestras venas.

Los caballeros se apresuraron a besar a Roç en ambas mejillas, como a un hermano, y le llamaron *mon cher cousin*<sup>[252]</sup>. Él les respondió con la misma cordialidad.

—¡Nos volveremos a ver el día del equinoccio, cuando comience la primavera! —exclamó a modo de despedida, y subió al caballo.

—¡Vos sois nuestra primavera! —exclamó el conde y miró de soslayo a Yeza, como la mayoría de sus caballeros.

—Y yo espero veros rodeados de vuestras damas —respondió ella a su cortesía—. No quiero ser la única en presidir un torneo de tan nobles armas, de modo que deseo ver también a las bellas mujeres de este país, ¡para hacerlas mis amigas!

Al oírlo, todos elevaron las lanzas y exclamaron:

—¡Viva la pareja real!

## El fraile y el cerdo

Cuando Roç y Yeza se iban acercando a paso lento, junto con Jordi, que remoloneaba en la cola con los animales de carga, al castillo de Quéribus, les pareció adentrarse en un ambiente extraño. En parte era debido a los soldados de guardia que veían en el portal de entrada, y que ni siquiera consideraron necesario ponerse firmes y saludar. Hasta entonces siempre se habían cruzado unas cuantas palabras corteses entre los soldados del Temple y la pareja real, aunque manteniendo las distancias, y como mínimo tenían por costumbre preguntar si habían tenido buen viaje. Pero no sucedió así. Roç y Yeza entraron a caballo al patio empedrado, y las herraduras resonaron con fuerza desacostumbrada, después de que la nieve las hubiese amortiguado durante todo el trayecto.

—¿Has visto a esos bribones? —dijo Yeza—. ¡Parecen otros!

—Creo que tenéis razón, *ma damna* —contestó Roç, alarmado—. No conozco ninguna de esas caras.

¿No se le habría ocurrido al fraile despachar a los templarios y sustituirlos por unos sinvergüenzas francos? ¡Era capaz!

—¡Hay que pedirle cuentas a ese falso minorita, para eso sois el señor de la casa! —exigió ella con severidad, deslizándose del caballo—. *Principiis obsta!*<sup>[253]</sup>

—¿Qué significa eso? —gritó Roç furioso.

La mirada de Yeza cayó sobre el edificio de la cocina. Allí aparecía colgado delante de la fachada un cerdo muerto, cabeza abajo y ya partido en canal. El matarife se aprestaba precisamente a cortarle las patas delanteras con su largo cuchillo.

—¡Alto! —exclamó Roç—. ¿No se tratará de *Rosamunda*?

El carnicero asintió con una sonrisa equívoca, y en ese instante se acercó Filipino, que salía del pajar, y su cabellera revuelta mostraba abundantes hierbajos secos. Le seguía Potkaxl, con su habitual aire inocentón, aunque rompió a llorar en cuanto vio a sus amos.

—¡La han asesinado! —sollozó. Filipino la empujó a un lado—. *Rosamunda* ha sido cobardemente sacrificada —confirmó mientras se alisaba confuso el cabello.

—¿Quién ha sido? —preguntó Yeza.

—La verdad —contestó Filipino—, es que hicimos como nos ordenó el señor Rinat, nos metimos en vuestra cama y...

—Ya está bien —le interrumpió Roç con impaciencia—, no necesito saber los detalles.

—Hicimos lo de siempre —convino Filipino—, tal vez con un poco más de ruido, porque, si me permitís decirlo, se pasa mejor en vuestra cama que entre la paja.

—Era el efecto que se buscaba —dijo Yeza, comprensiva—. Pero ¿qué tiene eso que ver con *Rosamunda*? Dios mío, ¿no querrás decir que la cerda se metió en nuestra cama...?

—De repente se presentó allí. —El escudero se sentía visiblemente confundido—. No la oímos entrar, ni comprendo cómo pudo abrir la puerta.

—Lanzaba chillidos de alegría —intervino Potkaxl—, saltó a la cama y se metió como una loca debajo de la manta. Se movía y sacudía los colchones y hacía un ruido que me hizo temer que se reunieran allí todos los habitantes del castillo. Chillaba tanto, gruñía y gemía que hasta me dio miedo.

El relato de Potkaxl parecía inacabable, de modo que Filipino intervino nuevamente.

—No había quien lo aguantara, no nos dejaba en paz, y además una cerda tiene bastantes fuerzas, y allí donde pisa, deja cardenales.

—Además, cuando está contenta, muerde incluso —añadió la doncella y volvió a estallar en lágrimas—. Pobre *Rosamunda*...

—De modo que preferimos dejar el lecho, arrojamos todas las mantas sobre esa cerda loca y nos metimos debajo de la cama, esperando que no nos siguiera hasta allí. Pero el animal olería que estábamos cerca, pues empezó a dar brincos, revolvía las sábanas y mordía el colchón. De repente aparecieron unas botas ante vuestro lecho.



Los dos permanecemos encogidos allí en la oscuridad, apretándonos uno contra el otro, pero vimos que eran piernas de hombre, porque en la mesilla seguía ardiendo la luz de una vela. Después esa llama se apagó, y *Rosamunda* empezó a quejarse con un lamento horrible, chilló una vez más por lo bajito y se quedó callada. Yo le mantenía tapada la boca a Potkaxl, apreté mi mano contra sus labios, y nos mantuvimos quietos como dos ratoncitos, uno pegado al otro y muertos de miedo, hasta que las botas se alejaron con tanto sigilo como habían venido. ¡Y después empezaron a caer gotas pegajosas y rojas!

—Salí enseguida de debajo de la cama y aparté las mantas —le interrumpió su compañera, emocionada con el recuerdo—. ¡Y vimos a *Rosamunda* en un charco de sangre!

—He contado veintiocho puñaladas —suspiró Filipo—. Las sábanas y las mantas estaban agujereadas. Impedí a Potkaxl que empezara a gritar, y ella me impedía retorcerme, pues estuve a punto de vomitar.

—¡Todo eso en nuestro lecho! —comentó Roç con la garganta seca. Pero la doncella se apresuró a tranquilizarle:

—¡No encontraréis ni una gota de sangre, hemos puesto ropa nueva!

—Y después ¿qué sucedió? —Yeza seguía interrogando al escudero.

—Después despertamos al señor Rinat, y éste fue a buscar al monje...

—¡Que descansaba, vestido, debajo de sus sábanas! —exclamó Potkaxl.

—¡Me lo imaginaba! —dijo Roç.

—Rinat, puesto de acuerdo con el fraile, ordenó que todo se quedara tal como lo habíamos encontrado, hasta la mañana siguiente —finalizó el mozo su relato.

—¿Y qué sucedió después?

—El señor Bartolomeo se indignó mucho cuando comprobó que vos, señor mío, y vuestra dama habíais abandonado el castillo, de noche, y sin avisarle. Acusó al señor Rinat de estar confabulado con vos.

—Todos hemos tenido suerte —dijo Roç—, excepto *Rosamunda*. Nos ha salvado la vida.

—¿Acaso sus asesinos pretenden comérsela? —reflexionó Yeza—. ¡Alto! —le ordenó al matarife, que durante todo el tiempo no se había atrevido a continuar su tarea—. *Rosamunda* será enterrada con todos los honores. La depositaréis en una bonita caja ¡y que no falte nada!

—El señor Bartolomeo me había ordenado despiezarla —intentó disculparse el matarife mientras limpiaba el largo cuchillo en el delantal.

—¿Dónde está ese hombre? —estalló Roç.

El carnicero señaló las porqueras.

—El pobre ya no se atreve casi a salir de allí —respondió y su queja contradecía la sonrisa que asomaba a sus labios.

—¡Más le vale! —refunfuñó Roç y se dirigió hacia la escalera que conducía a las habitaciones.

—¿Dónde está Rinat? —preguntó Yeza a su doncella—. Le habíamos dejado al mando del castillo. Nos ha representado mal.

Potkaxl prefirió seguir muda y conducir a su ama hasta la puerta entreabierta de una alcoba. Rinat le Pulcin descansaba sobre un lecho de paja, envuelto en sábanas. Tenía el rostro tan blanco como el lienzo de las mismas. Cuando vio a Yeza, esbozó una débil sonrisa.

—¡Ese fraile ha intentado envenenarme! —murmuró con voz ronca—. ¡El mal bicho! —corrigió cuando se dio cuenta de que Yeza podría no entenderle bien—. Su intención era hacer descuartizar y asar el *corpus delicti*<sup>[254]</sup>, y que todos se lo comieran para borrar las huellas de su crimen. Hizo quemar vuestras sábanas y mantas, disculpándose con un supuesto peligro de epidemia.

—¡Lo pagará! —exclamó Roç, que había entrado en la alcoba detrás de las mujeres—. Dejemos a Rinat que descanse y se recupere —les propuso—. Cualquier emoción y esfuerzo le perjudicarán. Filippo me lo ha contado todo.

—Ya estoy mejor, no os preocupéis por mí —suspiró Rinat, que ofrecía un aspecto lamentable y cerraba, fatigado, los párpados.

Roç sacó a Yeza de la atmósfera estancada de la alcoba.

—El pintor tuvo la ligereza de acusar al fraile de querer asesinaros y usurpar la propiedad de Quéribus. Aquella misma noche, seguramente poco después de dejar nosotros el castillo, los templarios tuvieron que irse, por orden urgente del preceptor Gavin Montbard de Béthune. Rinat afirma que el pergamino era una falsificación, pero el fraile arrojó la carta, con una risa despectiva, a la misma hoguera en que estaba quemando las mantas sangrientas, prueba de lo sucedido. A la mañana siguiente, la guarnición había sido sustituida por mercenarios francos. ¡Yo creo que esa gentuza había sido introducida ya antes en el castillo, y que alguno de ellos fue el agresor! —finalizó Roç.

—Y qué agradable será, noble caballero y protector nuestro, dormir bajo el mismo techo con gente tan digna de confianza —apuntó Yeza.

—No lo intentarán por segunda vez —tranquilizó Roç a su amada—. A partir de ahora el fraile, ese mal bicho, dormirá en nuestra cercanía, en la misma torre, siempre a nuestro alcance.

—Aunque sea el rehén que asegura nuestras vidas, mi amo y señor, ¿cómo soportar su mal olor? ¡No! —dijo ella—. Lo único que tenemos que hacer es demostrar que no les tenemos miedo.

—Se cumplirá vuestro deseo, mi valiente dama. Yo siempre estoy dispuesto a morir por vos, pero antes me gustaría... una vez más...

—¡Ni pensarlo! —le reprochó Yeza—. Estamos de luto. Primero hay que enterrar

a *Rosamunda*, y estoy pensando en la rosaleda.

—¿No querréis organizar un enterramiento cristiano? —preguntó Roç, dispuesto a soltar la risa, pero ella seguía muy seria—. Eso dependerá de que nuestro querido hermano Bartolomeo quiera bendecirlo. No estoy dispuesta a ahorrarle la asistencia.

A la luz de los últimos rayos de un sol poniente que se despedía con un resplandor sangriento, el personal de la cocina trasladó con toda solemnidad sobre sus hombros la caja con los restos de *Rosamunda* al pequeño jardín donde, bajo un rosal, habían cavado una tumba reciente. Yeza envió a dos guardias a buscar al fraile a su porqueriza, aunque éste se resistía.

—¡Cómo queréis que salve el alma de esa pobre criatura de los infiernos, si no tiene alma! —gemía enfurecido y se resistía con pies y manos.

Yeza tuvo que amenazar con encadenarle para que se aviniera a seguir la comitiva con la caja. Junto a la tumba, Yeza le preguntó si no quería pronunciar unas palabras, puesto que:

—Aunque insistís en negarle el alma, *Rosamunda* sí nos ha demostrado que al menos poseía un gran corazón.

Yeza esperó la reacción del minorita, que se había retirado un poco hacia atrás. Después vio que las lágrimas corrían por sus mejillas: el fraile lloraba amargamente. Roç arrojó el primer puñado de tierra sobre la caja y Potkaxl se acercó al borde de la tumba y exclamó en voz alta:

—¡En tu próxima vida serás una princesa maravillosa y recibirás todo el amor que nos has dado, querida marrana!

El personal de la cocina y todos los criados aplaudieron.

Jordi Marvel echó mano del laúd y cantó:

*Fete fu pour a tous pleire;*  
*chascuns la devroit amer.*  
*Onques plus tost ne la vi,*  
*Que surpris me vi de li:*  
*Si n'em puis mon cuer oster.*<sup>[255]</sup>

## CARNAVAL<sup>[256]</sup> Y AUTODAFÉ<sup>[257]</sup>

### Juicio de herejes en Carcasona

La ciudad gótica de Carcasona, con su doble anillo de murallas y torres, era toda ella una fortaleza, por lo que la ciudadela quedaba integrada en el conjunto. De ahí que estuviera situada en el mismo centro de la villa, separada tan sólo por una muralla propia. En su día, los vizcondes de Carcasona gobernaban aquellas tierras desde este fuerte, pero ahora había allí un senescal que representaba a la corona de Francia.

A Pier de Voisins le habría gustado que su sede contara con el doble y hasta el triple de fuerzas. No se sentía demasiado seguro, más bien tenía la sensación de ser él mismo prisionero de la ciudad de Parsifal. El más famoso de la estirpe de los Trencavel seguía vivo en la memoria de los orgullosos habitantes de la ciudad, a los que seguía reconcomiendo la certeza de que tanto él como Carcasona, una fortaleza inexpugnable, habían caído en manos del odiado enemigo sólo a causa de una péfida traición.

Pier de Voisins era un hombre ya mayor, que ocupaba el cargo por segunda vez y en esta ocasión estaba en cierto modo a prueba. No obstante, si este hecho no le imbuía confianza en sí mismo, tampoco le insuflaba la agresividad que su corpulento interlocutor le exigía con insistencia, incluso con resentimiento. Bezù de la Trinité, inquisidor de Occitania, se mostraba muy disgustado por la falta de autoridad del senescal. El dominico hinchaba el pecho.

—Si no queréis apoyarme, Pier de Voisins, tendré que hacer todo yo solo. Pero, como es lógico, eso me dará que pensar. No olvidéis que hoy sois todavía senescal, ocupáis con orgullo un cargo que os da poder, ¡pero mañana mismo podríais ser sentenciado por la Inquisición!

—Podríais haber sido poeta, aunque nadie llorará vuestra renuncia —respondió el interpelado, mientras retorció apenado las puntas de su largo mostacho, que le proporcionaba un aspecto bastante melancólico—. ¿No se ocultará tras vuestra imponente pechera un trovador, uno de esos que en secreto llevan al pueblo a rebelarse contra el rey? Reflexionad bien acerca de vuestros pecados, ¡los que se suelen confesar en cuanto se le muestra al reo el instrumental dispuesto!

—¡Podéis intentar tranquilamente superar mi sarcasmo! —resopló el gordo—. Debéis pensar que, después de Bezù de la Trinité, el dominico, ¡no viene más que el mismísimo diablo! Si le hubierais vendido vuestra alma, seríais un caso para mí y arderíais incluso sin pasar por el tribunal, como sucederá con esa vieja bruja Na

India.

El senescal observó durante largo rato con su mirada acuosa al corpulento dominico. Ese fraile merecía ser ahorcado, pero el senescal únicamente le advirtió:

—¡No seréis capaz de encender una hoguera en esta ciudad sin convocar un tribunal!

El inquisidor, renqueando de furia, se levantó trabajosamente de la silla.

—¡Tendréis noticias mías, senescal!

—¡Prefiero no tenerlas! —murmuró éste y renunció a ponerse de pie, dado que el gordo ya había alcanzado la puerta y a punto estuvo de chocar allí con Oliver de Termes. Este último lanzó sonriente una última mirada a las espaldas del inquisidor.

—¿Qué preocupación afecta al corazón adiposo de esa tea de Dios?

—¡Lo de siempre! —Hasta el semblante del senescal parecía aliviado—. Si fuese delgado y ágil, como la mayoría de los *canes domini*<sup>[258]</sup>, podría calificársele de estúpido perro de caza que aporta a su amo cuanto consigue agarrar entre sus mandíbulas: viejas gallinas, víboras ciegas, topos muertos o una carnada de ratones recién nacidos. ¡Este jamás atrapará a un león, a un águila y mucho menos a un dragón!

—¡Es que pedís demasiado, viejo amigo! «Trini el Gordo» le llaman los que no le quieren bien —aclaró Oliver—, pero los que le conocen a fondo y no ignoran sus inclinaciones, ¡le dicen «Trini la Gorda»!

—¡No empecéis también vos a hablar en verso! —le interrumpió el senescal con desesperación simulada—. Ese dominico se empeña en traer a cualquier viejo de barba blanca, a toda anciana experta en hierbas, atados con cadenas, para que sean quemados como herejes en Carcasona, y todo eso *coram publico*<sup>[259]</sup>. ¡Y cada vez me enfrento casi a una rebelión popular!

—La ciudad ya hierve otra vez de indignación, como una olla llena de azufre y alquitrán —le confirmó el señor de Termes—. ¡Una chispa sería suficiente para hacer estallar el más bello fuego griego<sup>[260]</sup>!

—¡Al diablo! —repuso el senescal con resignación—. La pareja real, ese Roç Trencavel, como gusta de llamarse ahora, y su dama Yeza...

—Esclarmunda. ¡Ni más ni menos! Le Mont y Sion —añadió Oliver—. ¡Conozco a esas dos criaturas de la *Prieuré*!

—Pues se les ha ocurrido hacer circular el peligroso rumor de que se va a celebrar un torneo en el mes de marzo. ¿Y sabéis dónde? No lo creeréis: ¡al pie del Pog!

—¿Celebrar el equinoccio en el Montségur? —Oliver pensó en voz alta—. Han elegido un buen momento: ¡el de la *constellatio maxima*<sup>[261]</sup>! La hora santa de los cátaros, justo la hora anterior a la caída del castillo. ¡Es genial!

—Genial, ¡porque no lo puedo prohibir!

—¿Porque las tierras que rodean el peñón están bajo la jurisdicción del conde de

Levis? —concluyó Oliver acertadamente, aunque sin compartir la indignación del senescal.

—¿Queréis saber una cosa? —aclaró Pier de Voisins con un leve sentimiento de pena—. Mi antecesor, el buen senescal Hugues des Arcis<sup>[262]</sup>, que mandaba el ejército asediante, asegura que cuanto rodea al Montségur es espejismo puro: los de arriba son como los de abajo, los de abajo como los de arriba. Los atacantes estaban emparentados con los defensores, procedían de las mismas familias. El comandante de los defensores era Pierre Roger, vizconde de Mirepoix,<sup>[263]</sup> y en las filas de los atacantes luchaba aquel a quien le habían prometido el castillo: Guy de Levis, su sobrino carnal, y fue éste quien heredó el título del conde.

—Y ahora el heredero de Guy, Jourdain, reúne a su alrededor a los hijos de todos aquellos cuyos padres aún eran cátaros declarados, el primero de ellos Lobo de Foix, hijo del matrimonio morganático del último Trencavel.

—El joven Roç también afirma ser el último descendiente de los Trencavel —precisó Oliver con expresión agria las afirmaciones del primero—. Según parece, es fruto del hijo que en 1241 emprendió un último intento desesperado de arrancar Carcasona a vuestro antecesor, muriendo en el empeño.

—¡No seáis hipócrita! —le reprochó el senescal—. No digáis que no lo sabéis seguro, Oliver de Termes, pues al fin y al cabo estabais en aquel entonces al lado del Trencavel.

—¡Pero después me pasé a la insignia de la flor de lis francesa!

—¡Está bien! —quiso calmarle el senescal antes de seguir indagando—. ¿Y por parte de madre?

A Oliver le complacía hablar del misterioso origen, soltando una prenda tras otra.

—Lo más habitual es dudar de una paternidad, pero en el caso de Roç, la que está envuelta en el misterio es la madre. En el mismo año parece que se presentó una monja en el Montségur, donde fue recibida con todos los honores y debidamente cuidada. La hija del dueño del castillo, Esclarmunda de Perelha<sup>[265]</sup>, se puso al servicio de la forastera, pues la dama estaba encinta.

—¿Y quién era? —A Pier de Voisins le gustaban estas historias.

Oliver se tomó su tiempo.

—La llamaban Blanche. Y el monasterio del que venía cubrió con un manto de silencio impenetrable su procedencia.

—Lástima —se lamentó el senescal con cierta desilusión.

—A pesar de todo, se descubrió que aquel pobre convento de clarisas<sup>[266]</sup> había obtenido donativos considerables desde el ingreso de Blanche; la procedencia de dichos donativos era Sicilia, pasando por Aragón. El hombre encargado de efectuar los pagos realizó todos los esfuerzos posibles por borrar perfectamente las huellas.

—¡No me tengáis en vilo! —le rogó Pier de Voisins, que sentía curiosidad. Las

puntas de su barba temblaban de excitación.

—Francia debería recordar el nombre del apoderado. —Oliver alargó con una sonrisa la tensión reinante—. Juan de Procida<sup>[267]</sup> era médico personal del emperador Federico, y los pagos procedían de la bolsa particular del gran emperador.

—¡Ah! —se le escapó al senescal—. Ahora comprendo por qué se forma tanto revuelo en torno al origen de este Roç... ¡representa una mezcla de sangre de reyes!

—Ésa fue también la razón por la que los defensores del Montségur empezaron a creer, tres años después y hasta el último momento, que el emperador acudiría en su ayuda.

—¡Pero no lo hizo!

—Los guardianes del Grial habían olvidado que el emperador Federico, durante toda su vida, no mostró jamás simpatía alguna por los herejes y los perseguía con toda severidad en sus propias tierras. No le concedió al Montségur ni un centavo, y mucho menos envió a sus mercenarios alemanes a liberarlo. Al revés, ¡esos mercenarios lucharon en el bando francés! Inmediatamente después del parto, Blanche desapareció nuevamente del castillo. Su hijo fue criado por Esclarmunda como si fuese el suyo propio, pues ella misma estaba embarazada y poco después dio a luz a una niña, precisamente la que se llama Yeza Esclarmunda.

—¿Y de qué linaje es el padre de ésta?

—Es un secreto que su madre se llevó a la hoguera. Una vez caído el Montségur, ella subió, como todos los cátaros que no quisieron renunciar a su fe, a la pira.

—Aún quedan muchos que harían exactamente lo mismo.

—¡Si fuera posible atraparlos! —Oliver se echó a reír—. Los seguidores secretos de esa fe antigua sólo representan una amenaza porque odian a los ocupantes.

—Por ejemplo vos, Oliver de Termes —respondió el senescal con sequedad—. ¿Por qué ibais a amar a Francia? Os arrebató a vuestro padre, ¡y el feudo de Termes también!

—El viejo era un tozudo —respondió el renegado con frialdad—, pero he recuperado Termes. A mí me daba igual que me concedieran el feudo unas manos u otras.

—No todos piensan así. —Pier de Voisins no renunciaba a su desconfianza; además, Oliver se empeñaba en arrojar aceite al fuego.

—Desde que se habla de ese torneo, están empezando a presentarse aquí, en vuestra ciudad...

—¡En esta cárcel, deberíais decir mejor!

Pero Oliver no le hizo caso y prosiguió:

—Todos esos caballeros que hasta hace muy poco eran perseguidos por ser *faidits*, ahora alzan la cabeza con insolencia y se pasean con sus armas por las calles: ¡el Alion, el Cadet, el Comminges y el Lautrec! ¡Todos ellos fueron expatriados!

El senescal movió apenado la cabeza y sus ojos acuosos vagaron preocupados por los tejados de la ciudad.

—A mí no me preocupan los que dan la cara y llevan en su estandarte las bandas rojo y gualda como signo visible de su oposición, sino la falta de un contrapeso, el de mis propios caballeros, a los que Francia ha dotado generosamente de propiedades y feudos en esta tierra conquistada. Sus padres lucharon todavía y dieron su sangre, pero la generación siguiente, y sobre todo los nietos, ya hace tiempo que no se sienten franceses, sino que se comportan como si siempre hubiesen sido de este país. Peor aún, a falta de todo sentimiento de rivalidad, se rebelan por puro aburrimiento contra el orden y la ley, que yo represento aquí en nombre de la corona. ¡Incluso diría que se alían con los *faidits*, con los que hace tiempo están emparentados y conchabados, contra la superioridad!

—El ambiente está revuelto —confirmó Oliver, pero sus palabras no le servían de consuelo al senescal.

—Dicen que de noche se ha visto el palanquín de la *grande maîtresse* por las calles de la ciudad, que se celebran reuniones secretas, que hay distribución de armas, y vemos a caballeros extraños entrar en la ciudad y ser acogidos en los palacios de esas familias nobles.

—Aún tenéis controlado al ejército. Nadie podrá inducirle a daros la espalda; vuestros soldados son franceses y fieles súbditos del rey.

—No quiero luchas callejeras —gruñó el senescal—. Por eso evitaré todo lo que pueda provocar disturbios. Incluso me opongo a la exigencia estúpida del inquisidor, que quiere celebrar un *autodafé*, precisamente ahora y en pleno centro de la ciudad, ¡en la plaza de la catedral!

—¡Expulsad a Trini la Gorda! —le propuso Oliver—. Que se retire al interior, a desalojar algún nido de herejes. ¡No podrá sustraerse a la atracción de semejante perspectiva!

—Sólo el obispo puede expulsarlo, y no creo que le atraiga el cebo. Ese perro gordo ya ha aportado un número suficiente de herejes entre sus fauces, ¡ahora quiere verlos arder!

—Tampoco podéis eliminar de otro modo a un hombre de Roma, porque entonces se rebelarían los poderes eclesiásticos. ¡Las campanas de las iglesias no cesarían de llamar a la revuelta!

—¡Una revuelta de ciudadanos! —A Pier de Voisins le sacudió un temblor—. ¡Sería el infierno!

—Os dejo con esa premonición —se despidió el señor de Termes— Voy a vigilar lo que sucede en las calles. ¡Nos espera una cuaresma loca, estamos en Carnaval!

En las calles de Carcasona se acumulaban las máscaras. La gente se ocultaba



detrás de unas cabezas talladas en madera, moldeadas con corcho, trenzadas con paja, máscaras deformes que borraban toda diferencia entre los pastores y los carboneros que entraban en la ciudad, procedentes de la montaña, y los ciudadanos que preferían disfrazarse de campesinos. Nadie conocía la antigüedad de esa costumbre del Carnaval, que pretendía ahuyentar el invierno y conjurar la primavera. Posiblemente fuese de origen celta; como mínimo se sabía que esos días de desenfreno, en los que reina la provocación y a veces la violencia, ya se celebraban en época de los romanos. Primero aparecían, procedentes de los bosques, las máscaras de animales olisqueando por las calles, incluso algún que otro lobo solitario, después acudían manadas de jabalíes, y las ciervas en celo siguiendo la testa coronada del macho. Al caer la noche atravesaban los portales, se deslizaban por los callejones, asustando a los ciudadanos con sus platillos y sonajeros, con los sonidos agudos de flautas y gaitas. Después empezaban los tambores y de las casas salían zorros, osos, castores y hurones, y se incorporaban con sus gritos, gruñidos, ronroneos y silbidos a la multitud. Se juntaban la lechuza y el ratón, la garza y el pez, y todos se movían afanosos, agitaban el pico y las manos y nadie sabía si aquella figura era una mujer que se comportaba como un hombre, o un hombre el que aireaba aquellas faldas. El residente sentía placer en no ser reconocido por sus vecinos, y el forastero aprovechaba el relajamiento de las costumbres para atreverse a los gestos prohibidos en otros tiempos, ya sea ponerle a alguien la mano en la entrepierna o rozarle las tetas. No se oían gritos indignados ni había señas de disgusto o de placer humanos; todas las emociones se ceñían a las que son propias del reino animal, al juego instintivo de la criatura que cada uno había elegido como máscara. Era la única regla observada en aquel tumultuoso desenfreno, y todo el que la contravenía o mostraba un crucifijo o cualquier amuleto con la imagen de la Virgen sujeto al cuello, o con la efigie de cualquier otro santo de la iglesia, se exponía a la furia de la muchedumbre. Si llamaba demasiado la atención, acabarían arrancándole la máscara y muchas veces incluso la ropa. La persona convertida así en animal perseguido tendría que recorrer las calles, sufrir golpes hasta sangrar y en algunos casos acabaría pisoteado hasta la muerte si no conseguía alcanzar una iglesia abierta. Aunque la mayoría de las casas de Dios permanecían cerradas en las noches de Carnaval.

Sin embargo, las hojas de hierro del gran portal de la catedral permanecían abiertas durante aquella noche, como invitando a la gente a entrar. Era una situación acatada con disgusto, pues en el interior del templo había empezado a actuar el tribunal de la santa Inquisición, cuyas sesiones, en Carcasona, tenían que ser públicas.

En el coro se sentaban con rostros de piedra los miembros de la curia romana, encabezados por su obispo y reforzados por abades y priores de los monasterios y

conventos circundantes. Bezù de la Trinité actuaba como acusador. El gordo fraile sudaba bajo la luz oscilante de las enormes velas de cera, pero no por el calor que irradiaban, puesto que hacía bastante frío en la catedral, sino porque se sentía incómodo al ver que por la puerta ampliamente abierta de la catedral entraba el pueblo, amenazador, murmurador y curioso como los animales. Los acusados aún no habían entrado en escena; Bezù los mantenía ocultos y vigilados en la sacristía. Tenía muy claro que aquellos brutos jamás se pondrían del lado de la justicia eclesiástica que él representaba, y, por otra parte, que era inevitable iniciar el interrogatorio y pronunciar finalmente las sentencias del tribunal, hace tiempo decididas. Por esta razón el inquisidor se limitó a ordenar a un hermano que leyera las acusaciones *reus absente*, una lista que parecía interminable, pero sin que los horribles crímenes enumerados provocaran repulsa o al menos indignación entre el auditorio. Muy por el contrario, Trini se daba perfecta cuenta de que la muchedumbre emitía gruñidos y silbidos irrespetuosos cada vez que sonaban elogios acerca de la santidad de la Iglesia, de sus representantes y de los sacramentos, y que, apenas se enumeraban los execrables crímenes de los herejes, la gente protestaba, o incluso se reía. Gracias a María Santísima, su hermano, el capitán, había tenido la intuición de montar con los soldados del senescal una barrera armada de picas a través de toda la nave. Esos brutos no se atreverían a traspasarla. Pero sí era posible, en cambio, que aumentara la presión, pues cada vez entraba a través del portal más y más gente enmascarada, y el gordo inquisidor sospechaba que este hecho no contribuiría a mejorar la situación. Al tiempo que sudaba, un escalofrío le recorría la espalda.

¿Le convenía aplazar el juicio después de haber leído las acusaciones, posponerlo por un periodo indefinido, al menos hasta después de pasados aquellos festejos paganos?

Pero el inquisidor no tuvo tiempo de tomar una decisión. En el exterior, delante de la catedral, se había formado un tumulto. La muchedumbre abrió un callejón al ver que desde las puertas de la ciudad se acercaba una comitiva que atraía la atención de todos los que, hasta el momento, se mostraban indiferentes a lo que sucedía en el interior de la catedral. Los forasteros que se acercaban eran gente de categoría, a juzgar por cómo vestían debajo de las cabezas de animal que llevaban puestas: jubones finísimos, calzones de terciopelo, pieles y botas de cuero, mientras todos los demás se daban por contentos con llevar camisolas de tela basta o de arpillera. Un rumor circuló deprisa por las calles de la ciudad: «¡La pareja real ha llegado a Carcasona!», y todos los que hasta ese momento se dedicaban a emborracharse y revolcarse, a pegarse y sacudirse, acudieron presurosos desde las callejas adyacentes para incorporarse a la comitiva.

Roç y Yeza llevaban cada uno, sobre los hombros, la cabeza de un caballo purasangre, subrayando así aún más su noble procedencia. La doncella Potkaxl iba

vestida de pies a cabeza como una lagartija de color esmeralda, y brincaba junto con Filipo, disfrazado de salamandra de fuego, alrededor de sus amos. En cabeza de todos iba Jordi, el topo, que llevaba sujeto con una cadena de hierro a una figura que se retorció de vergüenza, disfrazada con una cabeza de cerdo. Era Bartolomeo, al que los soldados de la guarnición habían disfrazado de marrano, a la fuerza y en medio de grandes burlas, confiándolo después al pequeño trovador. En su recorrido hacia la ciudad se les habían añadido más y más enmascarados. Pero no se trataba de pobres campesinos, sino de jóvenes de ambos sexos procedentes de los castillos de los alrededores. Nadie pronunciaba su nombre, pero Roç y Yeza podían adivinar en muchos casos la procedencia y la categoría, según la cabeza del animal que habían elegido. El viejo besugo que circulaba con la boca abierta era, como es lógico, el conde Jourdain de Levis de Mirepoix, y al Lobo de Foix sería difícil confundirlo con otro. El que no tenía un animal en su escudo prefería ponerse el casco y adornar éste según le dictara su fantasía, y ahí se veían dragones y unicornios, pájaros grifo y fénix, pero también brujas y ahorcados, y abundaban los magos Merlín<sup>[268]</sup>, gnomos, hadas y jorobados, sirenas y dioses del mar. Todas las máscaras formaban una procesión que llamaba la atención conforme se acercaba, acompañada de aplausos, gritos y chillidos de aprobación, a la plaza de la catedral. Jordi sujetó la cadena de hierro y arrastró al cerdo al interior de la iglesia. Hasta entonces, Bartolomeo había seguido obediente y tambaleante a su pastor, pero a la vista del alto tribunal sentado en el coro, supo tirar de repente de la cadena, saltó hacia un lado para esconderse entre la multitud que reía con ganas al observar sus esfuerzos, y desapareció arrastrando detrás de sí la cadena, sin que nadie se apresurara a sujetarle. Jordi no tuvo ocasión de oponerse a esa pérdida, porque la gente que pujaba por atravesar la puerta, le trasladó en volandas al centro de la multitud que llenaba la nave.

El trovador recordó entonces sus obligaciones de criado y empezó, junto con Filipo la salamandra y con ayuda de Potkaxl la lagartija, a abrirle camino a sus señores, para que pudiesen acercarse al altar. La gente comprendió que algo inevitable iba a suceder, algo que les iba a complacer, y les dejaron paso de buena gana.

A un lado, un emporio elevado había servido en su día para que se sentaran allí los miembros de la casa reinante, si es que alguno de los Trencavel se acercaba por casualidad a la iglesia, puesto que se les consideraba cátaros. Los asientos habían quedado vacíos desde la muerte del último descendiente. El pueblo respetaba aquel emporio vacío porque mantenía despierto el recuerdo de su héroe, el gran Parsifal. E incluso el senescal francés, sucesor en la autoridad del vizconde, respetaba la tradición y se sentaba en la austera sillería destinada al pueblo común.

El corredor que se abrió con toda naturalidad entre las apretujadas máscaras animales, llevó a Roç y Yeza directamente a dicho emporio. Desde allí podía verse,

por encima de las cabezas de los soldados, el coro. Los ancianos del clero, inmóviles hasta entonces, levantaron confundidos la vista cuando vieron que allí arriba, en medio de la oscuridad, alguien se sentaba en la sillas destinadas a los señores del lugar. Sus ojos estaban cegados por la luz de las innumerables velas, y empezó a cundir entre ellos cierta intranquilidad. El obispo se sintió tan perplejo que interrumpió el discurso del inquisidor y le ordenó que presentara a los acusados. Así pues, Trini se vio imposibilitado de reservarse la decisión.

—Que sea lo que Dios quiera —murmuró resignado, aunque no por eso dejó de sudar.

Un grupo de monjes con hábitos negros empezó a entonar una coral fúnebre, que, a la vista del juicio final, exigía arrepentimiento.

*Vila cadaver eris  
cur non peccare vereris?  
Cur intumescere quaeris?  
Ut quid peccuniam quaeris?  
Quid vestes pomposas geris?  
Ut quid honores quaeris?  
Cur non paenitens confiteris?  
Contraproximum non laeteris?*<sup>[269]</sup>

Los acusados entraron encadenados y formando una larga fila, que pasó hacia el centro del coro: viejos y jóvenes, en su mayoría mujeres. Roç descubrió, asustado, la presencia de Na India, pues era con mucho la más fea. Sus ojos buscaron la presencia de la lechosa Geraude, pero la muchacha rubia no figuraba en el grupo. Recordó la advertencia de Yeza de que hasta la más fea criatura de Dios merecía, si no amor, al menos compasión, incluso caridad, y le hizo señas a Filipo de que se acercara.

—Si nos damos a conocer —le susurró Roç a su compañera—, no servirá para aliviar la situación de esa pobre gente. —Hizo un esfuerzo por reflexionar—. Será mejor ir en busca de ayuda.

—¡Tu verás! —le respondió Yeza con enfado. A ella no le sorprendió ver a la buscadora de hierbas entre los acusados, pero se sentía furiosa al comprender su impotencia.

—¿A quién queréis pedir ayuda, noble caballero? Tenéis aquí a todo el pueblo, una fuerza suficiente que podría romper las lanzas de los soldados como hierbas secas partidas por un vendaval.

—¡Es un buen consejo, señora mía, procedente de alguien que no se encuentra en primera fila, ni corre el peligro de ser lanceado como un escarabajo cogido con una aguja!

—Si alguien quiere desencadenar un incendio, no puede ahorrar yesca —le respondió Yeza con resignación—. Pero podéis ir en busca de ayuda mientras protejo a esa desgraciada hasta donde pueda. ¡No sé si conseguiré arrancarla de las garras de esos buitres que ya alargan los cuellos enrojecidos!

Roç, seguido de Filipo, se apresuró a atravesar la muchedumbre y se dirigió al exterior. Los monjes cantaban bajo las capuchas, que les cubrían casi todo el rostro:

*Quam felices fuerint  
qui cum Christo regnabant  
facie ad faciem  
sic eum spectabunt.  
Sanctus, sanctus Dominus  
Sabaoth conclamabut,  
Sabaoth conclamabunt.*<sup>[270]</sup>

## Unos niegan, otros confiesan

En la plaza anterior a la catedral, Roç tropezó con el hombre que llevaba la máscara de besugo.

—¡Mirepoix! —jadeó—. Allí adentro, los sacerdotes pretenden condenar a vuestros vasallos y vos no hacéis nada para impedirlo! —Roç dirigió sus advertencias furiosas al anciano, sin respetar la costumbre que sólo permitía un rebuzno y un resoplido a su máscara de caballo.

El besugo no se acobardó y acercó su boca de pescado al oído del joven alazán.

—Nos estamos concentrando —se disculpó en voz baja—, ¡pero os acompañaré con mucho gusto a ver al senescal, el único capaz de poner fin a esta diabólica escena!

—¿Y por qué no intervenís con la fuerza de la espada? El pueblo os respaldaría...

—Porque nadie lleva una espada, así lo quiere la costumbre —le respondió el de Levis con toda tranquilidad, pues no deseaba irritar más a Roç. No debéis confiar en la rebelión de las masas. Recordad el destino que corrió nuestro señor Jesucristo en Jerusalén: el pueblo no le rescató. —Su risa sonaba rencorosa—. Repito: ¿queréis aceptar mi propuesta?

Roç no pudo oír estas últimas palabras pues, amargamente desilusionado, se había introducido de nuevo entre la multitud. Una oca le asediaba con el pico y hacía bailar sus pequeños pechos firmes delante de su rostro.

—¡Acércate, brioso alazán! —Oyó un murmullo entre las plumas blancas—.

¡Estoy deseosa de veros pisotearme el nido! —Y le puso diligente la mano en los calzones.

Roç levantó ambos brazos con un relincho, como si deseara atraerla hacia sí, pero le dio la vuelta y la arrojó a los brazos de la próxima máscara. Siguió adelante, apresurándose sin saber muy bien hacia dónde se dirigía. Un oso gigantesco quiso abrazarlo por detrás con sus patas alzadas, y cuando aún estaba intentando adivinar si los gruñidos procedían de un hombre o de una mujer corpulenta, sintió que una mano se le metía entre las piernas. Roç dio una patada hacia atrás, entre los muslos peludos, donde incluso un oso debe de sentir dolor. El abrazo se abrió y Roç saltó, yendo a parar a una rondalla de conejos que bailaban, y se alejó a todo prisa del oso que intentaba echarle las garras a la vez que emitía un rugido furioso. Tropezó con un zorro que lamía a una oveja, y cuando pudo incorporarse, se topó de frente con el Lobo de Foix, que montaba furioso una burra.

—Maestro lobo —le gruñó Roç—, ¿dónde podría encontrar al senescal? —La burra agachada le sacó su roja lengua y le señaló la dirección.

*Et quam tristes fuerint  
qui eterne peribunt  
pene non deficient  
nec propter has obibunt.  
Heu heu miseri  
numquam inde exhibunt  
numquam inde exhibunt.*<sup>[271]</sup>

En la catedral proseguía el proceso contra los herejes, y la multitud no se veía capaz de indignarse demasiado en previsión del destino que esperaba a aquellos pobres desconocidos, arrancados de los bosques del interior. Los cátaros, que habían salido de sus escondrijos y se habían acercado a la ciudad bajo la protección de las máscaras, se mantenían quietos, en vista de tantos soldados y espías del inquisidor repartidos por la nave, prefiriendo no llamar la atención con sus protestas. La iglesia se fue vaciando de público. Todavía no le había tocado la vez a Na India, y Yeza atendía, sintiendo asco pero también curiosidad, al interrogatorio de un campesino a quien Trini el Gordo intentaba arrancar una confesión que fuese de utilidad.

—¿Creéis en Dios Padre, en el Hijo y el Espíritu Santo?

—¡Sí! —exclamó el campesino sin vacilar.

El inquisidor no había esperado otra respuesta e insistió.

—¿Creéis en Jesucristo, nacido de la Virgen María, que murió por nosotros en la Cruz, resucitó y subió al cielo?

El campesino respondió alegremente, para disgusto de Trini el Gordo:

—¡Claro que sí!

—¿Creéis que en una misa celebrada por un sacerdote, el pan y el vino se transforman, por la gracia divina, en el cuerpo y la sangre de Jesucristo?

La voz del inquisidor había bajado de tono, sonaba amenazante y el acusado se revolvía.

—¿Acaso no debo creerlo?

—No os he preguntado si debéis creerlo, ¡sino si lo creéis!

—Yo creo lo mismo que vos.

—¡De modo que queréis hacerme creer que sois un creyente! —Trini miró fijamente a su víctima con aire de superioridad—. ¡Lo que quiero es saberlo con certeza! De modo que debéis decir: «¡Así lo creo!»

El campesino parecía no haberle entendido, pero demostraba buena voluntad, y esto enfureció aún más al inquisidor. La respuesta fue:

—Acaso vos, señor, ¿no lo creéis así?

—¡Lo creo del todo y de todo corazón! —respondió el inquisidor, al verse acorralado, y el campesino le contestó, alborozado:

—¡Pues yo también lo creo!

A Trini se le hinchó una vena en el grueso cuello.

—Vos creéis que yo lo creo. Pero no os he preguntado eso. Lo que pregunto es si lo creéis vos.

El campesino parecía desesperado. ¿Tal vez lo simulara?

—Intentáis confundirme. Yo soy un hombre sencillo.

—Muy bien —dijo el torturador—. ¿Queréis jurarlo?

El campesino palideció.

—Si es necesario, lo haré.

—¡No! —gritó Trini—. Yo no os ordeno que juréis; ¡quiero saber si vos queréis jurar!

—Así pues, ¿debo jurar o no?

—No es mi intención obligaros. Vosotros, los herejes, creéis que el juramento es un pecado del que os absolvéis recíprocamente si os han obligado. Después me atribuís el pecado a mí, por haberos obligado. ¡Os conozco!

—¿Y por qué habría de jurar yo, si vos no lo queréis así?

—Para alejar la sospecha de que sois un hereje empedernido.

El campesino levantó una mano y exclamó:

—Dios me ayude, ¡declaro que no soy hereje!

—¡Dios no os ayudará, puesto que mentís!

El campesino sonrió.

—Yo no soy hereje, pues me acuesto con mi mujer, tengo hijos y como carne, y no miento cuando juro que soy un cristiano creyente, ¡con la ayuda de Dios!

A una señal del obispo, los monjes del hábito negro reiniciaron el canto:

*Ni conversus fueris  
et sicut puer factus  
et vitam mutaveris  
in meliores actus  
intrare non poteris  
regnum Dei beatus  
regnum Dei beatus.* <sup>[272]</sup>

El obispo hizo circular una tablilla de cera y los vocales sentados en el coro anotaron en la misma su veredicto.

—Cada uno deja escrita su sentencia —se esforzó Jordi por aclararle a Yeza el procedimiento—. Cada castigo tiene su jeroglífico —le susurró a su ama—. El lugar supremo de la lista, el que más se acerca al cielo o al infierno, es la muerte en la hoguera o, peor aún, verse emparedado vivo.

Yeza lanzó una mirada de reprobación al trovador charlatán, pero éste no se sintió intimidado.

—Después le sigue ser marcado al fuego con la cruz amarilla, para que el condenado pueda ser reconocido de lejos. Es bastante molesto: yo mismo la llevo en mis espaldas. —Se mantuvo a la espera de si Yeza se dignaba tomar nota, pero ella no hacía caso. De modo que prosiguió—: El próximo escalón hacia abajo es sufrir latigazos en público, algo que ya se soporta mejor, porque los sacerdotes encargados de aplicarlos no lo saben hacer bien.

—A ti habría que condenarte a latigazos —le susurró Potkaxl—, ¿porque no sabes sujetar esa lengua!

Jordi sonrió.

—El castigo más agradable es tener que ir de peregrinaje, pues las monjas suelen ser amables y miman a los peregrinos.

—¿Y nadie es condenado a que le corten la lengua? —le provocó la doncella, pero Jordi se hizo el sordo.

El trovador acabó su perorata explicando:

—Todas las sentencias llevan consigo una multa, pues hay que pagar el coste del procedimiento, por ejemplo la leña de la pira.

Yeza apenas le había hecho caso. Estaba observando la tablilla que circulaba entre los buitres que inclinaban sus cuellos desnudos y anotaban su veredicto en la cera. Finalmente, ésta fue devuelta al obispo. Un escribiente que sabía de álgebra calculó el resultado, y el sacristán de la iglesia declaró con voz indiferente:

—Latigazos diarios, hasta el día de la Asunción, y después peregrinaje a pie hasta



Santiago de Compostela.

El pícaro campesino cayó de rodillas y agradeció la bondad demostrada por el tribunal. Los soldados le arrastraron de nuevo a la sacristía.

Bezù de la Trinité estaba furioso. ¡No deseaba ver repetido semejante acto de caridad! La vieja iría a parar a la hoguera. Y gritó con todas sus fuerzas:

—Na India, a vos os conocen en todas partes por vuestra brujería, ¡de modo que no intentéis negarla!

En ese momento Yeza se levantó de la silla, retiró la molesta máscara de caballo y su rubia cabellera le cayó sobre los hombros.

—¿Las pruebas, Trini? —exclamó, y todo el público que quedaba en la iglesia se echó a reír.

Incluso se oían sospechosos bufidos desde la barrera de los soldados. Los buitres murmuraban, el inquisidor se había encogido como alcanzado por un latigazo, pero no miró hacia la muchacha que había gritado, porque comprendió que la voz llegaba desde el emporio. El sabía que no convenía interponerse en el camino de cualquiera que se atreviera a ocupar ese sitio, aunque fuese una muchacha joven la que se dirigía a él con tanta falta de respeto.

No obstante, el gordo se propuso cumplir con su obligación.

—Na India —intentó expresar una conmiseración audible—, cualquier confesión os aliviará el alma y proporcionará a este alto tribunal la posibilidad de ser compasivo, a la vez que me facilitará a mí tan penosa tarea.

Sonriendo con la boca muy abierta, como una calabaza hueca en la que se ha cortado un rostro, se había acercado a la anciana. Ésta reunió saliva, le miró con sus brillantes ojos de loba y le escupió en medio del rostro.

—¡Bruja! —chilló Trini—. ¡Te arrepentirás! ¡Mostradle los instrumentos! —gritó el inquisidor, y la voz se le quebraba.

—Podéis ahorraros la tortura, Bezù —exclamó Na India—. Vuestro hermano ya me ha martirizado bastante.

Los buitres movieron conmocionados los cuellos, pues no estaba previsto que alguien se adelantara a la tortura oficial.

—Estoy dispuesta a confesar —dijo la acusada, sorprendiendo a todos los presentes.

Yeza comprendió que no había nada que hacer. Con energía volvió a colocarse la cabeza de caballo, y estaba dispuesta a dejar la catedral cuando una gallina excitada, con los ojos llorosos, se le acercó cacareando.

—¡Ayudadme, noble princesa! —se lamentó Geraude.

—Lo que pretende el inquisidor es que su alma se purifique con las llamas y salga volando, para que el diablo finalmente pueda recogerla —comentó Jordi con aspereza.

—Es lo que el inquisidor busca desde hace tiempo —sollozó Geraude.

Yeza había observado con desgana a la muchacha, que clavaba en ella sus ojos de ternera.

—Deja de lloriquear —se le escapó. Pero después se dio cuenta de la desesperación de la joven y le dio vergüenza haber pronunciado palabras tan duras—. Na India está dispuesta a entrar en el Paraíso por la puerta del fuego —dijo Yeza con firmeza y acarició con cariño la mano extendida de Geraude—. Ni Bezù ni ningún otro demonio podrían apartarla de ese camino.

La muchacha huesuda del rostro lechoso rompió a llorar aún con más fuerza.

—¡No tengo a nadie más en el mundo! ¡No puede dejarme sola! —Las lágrimas anegaban sus ojos acuosos.

Yeza experimentó un sentimiento maternal.

—Mira, hija mía, tal como Na India se está comportando, creo que ha recibido el *consolamentum*. Está bien dispuesta y tú no debes interponerte en su camino, que ya de por sí es bastante áspero.

—¡No! ¡Ella no debe morir! —Geraude se lanzó de rodillas delante de Yeza. La gente que llenaba la iglesia hacía rato que había formado un corro alrededor.

—¡Debéis ayudarla, o me arrojaré con ella a las llamas!

A Yeza le resultaba penosa tanta inconsciencia.

—Te acojo a mi servicio —dijo para poner fin a la escena. Pero Geraude, como una ternera tozuda, insistía en sus lloros. Yeza se dirigió a Jordi y Potkaxl.

—Sacadla de aquí —les ordenó con sequedad—. Sois responsables de que no cometa ninguna locura. Hablaré con los templarios.

—Gracias, noble princesa —murmuró la muchacha, sacudida por los sollozos—. ¡La salvaréis, estoy segura! —Y cubrió la mano de Yeza con besos húmedos, hasta que ésta se la retiró para alejarse a toda prisa de la catedral.

El enorme atractivo de su figura esbelta con la cabeza de caballo llamaba la atención. De inmediato se acercó a Yeza toda una manada de ciervos. Pero como por arte de magia aparecieron el Lobo de Foix y el viejo besugo Jourdain de Levis, enfrentándose a los cornudos, que finalmente se retrajeron y se reunieron aparte, para murmurar. Flanqueada por los dos caballeros que imponían respeto, Yeza pudo proseguir sin obstáculos su camino.

## **En la cárcel de Parsifal**

En la ciudadela, Roç se había presentado ante el senescal Pier de Voisins. Antes de pisar el palacio del gobernador se quitó la cabeza de caballo y la dejó al cuidado de Filipo. A pesar de todo, el viejo guerrero se mostró extrañado al oír la solicitud de su joven interlocutor, cuya aparición sorprendentemente firme y segura le había

hecho levantarse del asiento, aunque Pier de Voisins era un hombre mayor y comodón, a quien no le gustaba en absoluto estar de pie. También se sentía furioso al comprobar que el inquisidor había desoído sus inequívocas sugerencias.

—Bezù de la Trinité ha obrado por cuenta propia —le aseguró a Roç, mientras retorció confundido las puntas de su mostacho—. Yo le había instruido expresamente... ¿Por qué no nos sentamos?

—Estoy muy bien de pie —le respondió Roç—, muy al contrario de la mujer que vuestro carcelero ha encadenado, aunque sea obrando en contra de vuestras instrucciones, como os empeñáis en asegurarme. Si hacéis la vista gorda, ¡os convertís en cómplice!

—Querido joven, ese fraile no es mi subordinado, ni está sometido a mi jurisdicción.

—No me refiero Trini el Gordo, ¡sino a su hermano Tris, que, si no me equivoco, es vuestro capitán!

—Le llamaré al orden enseguida —aseguró el senescal.

—Pero con eso no conseguimos nada. Entretanto, el dominico habrá conseguido lo que quería. Na India está ante el tribunal de la Inquisición, que la torturará y la condenará, una vez conseguida su confesión forzada. ¡Lo sabéis tan bien como yo! Después de condenada será entregada al brazo secular, porque la Iglesia no desea mancharse las manos. En este caso os veréis obligado a realizar la ejecución, pues éste es el pacto que rige entre la corona y Roma. ¡Os convierte en verdugo, senescal!

—Para vos, Roç Trencavel, es fácil razonar. Incluso puede que tengáis razón, pero ¡cómo queréis que un servidor de Francia se oponga a su rey, que me acusaría de desobediencia!

—¡Por eso debéis impedirlo desde el principio! —le contestó Roç con firmeza—. Todo eso sucede porque procedéis con excesiva laxitud. ¡Tenéis poder para disolver el tribunal!

—¿Y con qué argumento, señor abogado? —Pier de Voisins oscilaba entre el divertimento y el disgusto. Le habría gustado ignorar todo el proceso, enfrentarse más adelante al *fait accompli* y lavar sus manos como hizo en su día Poncio Pilato. Recordando el ejemplo histórico, incluso sintió lástima de sí mismo.

Roç reflexionó. No se trataba ahora de ofender a aquel funcionario resignado, sino de alcanzar el resultado deseado, y debía ser cuanto antes.

—¡El argumento podría ser el orden público! ¡Durante el carnaval, un *autodafé* podría dar lugar a una revuelta!

El senescal dejó de martirizar las puntas de su bigote y miró a su interlocutor con ojos entornados. A pesar de la juventud de éste, o precisamente por eso, sentía cierto respeto por el muchacho.

—Por favor, tomad asiento —gruñó con aire condescendiente—. Veré lo que

puedo hacer.

Roç comprendió que estar de pie no le aseguraba una posición mejor, y se dejó caer en el sillón ofrecido.

—He oído decir, muy señor mío —empezó Pier de Voisins a hablar con voz pausada—, ¿que la pareja real está dispuesta a patrocinar el torneo de primavera en tierras del Montségur?

—Habéis oído bien —respondió Roç con desagrado, porque sospechaba que aquello no conduciría a nada bueno—. Mi dama Yezabel Esclarmunda du Mont y Sion presidirá la corte y yo mismo, junto con otros caballeros, lucharé por obtener el premio de su gracioso aprecio.

—El propósito os honra mucho, pero un encuentro de ese tipo representa también un suceso que puede dar pie a perturbar la paz y llamar a la rebelión, del mismo modo que la quema de unos cuantos herejes y de nuestra vieja bruja.

—¡Qué asco! —Roç se levantó de un brinco—. ¡Vuestra propuesta es deshonrosa, y el trueque que me proponéis nace de una mente cobarde!

El senescal se vio tan sorprendido por este estallido de Roç que permaneció sentado y le miró sobrecogido.

—Ahorrad vuestras palabras, ¡que no son más que un intento infame de confundirme! ¡Cómo he podido equivocarme así, cuando pretendía hablar con un caballero! ¡La verdad es que no sois más que un francés!

El calificativo le pareció a Roç el colmo de la ignominia, el peor insulto que se le ocurrió a su ánimo excitado.

—¡Francés! —siguió resoplando con toda su rabia y desprecio, mientras saltaba hacia la puerta, la abría y salía corriendo de la sede del senescal.

Bajó a toda prisa las escaleras y torció por la esquina, hacia la garita donde le esperaba Filipo, cuando un golpe en la parte posterior de la cabeza le robó los sentidos.

—¡Bien dado! —siseó Bartolomeo al soldado que había empuñado el garrote, y le arrojó una moneda.

—¡A la mazmorra con él! —ordenó en voz baja el capitán que había conducido el asalto, dirigiéndose a sus hombres, que ahora salían a ambos lados de detrás de las columnas—. ¡Deprisa, cachorros del rey, antes de que el señor Pier de Voisins se dé cuenta de lo sucedido a su visitante!

El corpulento capitán echó una mirada más insolente que temerosa hacia la puerta abierta del castillo, mientras dos soldados fuertes cogían a Roç bajo las axilas y por los pies y lo bajaban por la escalera que conducía a las mazmorras.

Fernand le Tris indicó apresurado a Bartolomeo:

—¡Preocúpate de que lo metan en la última celda, donde está el otro prisionero aherrojado! Allí podrá gritar tanto como quiera, ¡nadie le oirá!

—Espero no haberle roto el cráneo —murmuró el fraile.

—¡Tú no querías hacerle daño! —le respondió el capitán—. A mí me daría igual. Allá abajo se pudrirá, ¡vivo o muerto!

—Gracias, Tris —murmuró el fraile—. *Electio supplicii comes*.

—Tu príncipe estará bien guardado hasta el día del juicio final, de modo que tienes tiempo para pensar si no prefieres envenenarlo. Ahora tengo que regresar a la catedral.

Fernand le Tris se dirigió con paso enérgico hacia el portal, mientras el fraile bajaba la escalera del sótano, siguiendo a los soldados. Arriba, la puerta del castillo se cerró con un golpe audible.

El castillo de los templarios de Carcasona era un edificio alargado, poco llamativo, pegado entre dos gruesas torres redondas a la parte posterior de la muralla que rodeaba la ciudad. Nadie sabía con seguridad hasta dónde alcanzaba exactamente la propiedad de la orden en el interior de la ciudad. Los rumores afirmaban que tenía unos pasadizos subterráneos que llegaban como brazos de pulpo casi hasta la ciudadela, y que abrazaban incluso los cimientos de varias iglesias. Nada de eso podía sospechar quien cruzara uno de sus austeros portales.

Yeza pisó esta ciudad dentro de la ciudad y despidió con toda tranquilidad a sus acompañantes, el besugo y el lobo, pues los guardias no permitían que el tumulto carnalero se introdujera en el interior del patio. Su máscara de caballo casi le llega a impedir también a ella el paso, pero uno de los guardias reconoció a la joven, que solicitó hablar nada menos que con el comendador. Tuvo que consentir que le cubrieran los ojos con una banda de terciopelo negro, algo que Yeza, sacudiendo sus rizos dorados, prefería hacer ella misma, para asegurarse de que los sargentos no descubrieran el puñal arrojadizo que guardaba bajo la melena.

—¿Acaso queréis ejecutarme —intentó ser irónica— y pretendéis que no le vea la cara a mi verdugo?

El soldado que la acompañaba se echó a reír.

—A las mujeres bonitas solemos estrangularlas con un cordón de seda, para evitar que se les manche el vestido.

Yeza se avino a proseguir con la macabra historia.

—¿Acaso el Temple comercia ahora con ropas de segunda mano?

Echó mano del bastón con el que el hombre debía guiarla, pues no le estaba permitido coger una mano de mujer con la suya.

También se puede exagerar eso de la castidad, pensaba Yeza mientras seguía, pasito a pasito, escaleras arriba y escaleras abajo, al guardián, prestando atención a sus advertencias cuando se acercaban a un umbral o cuando debía encoger la cabeza porque el marco de la puerta quedaba muy bajo. Después oyó que su guía llamaba

con los nudillos en alguna madera pesada que sonaba como si fuese de roble macizo, oyó que un pasador de hierro era empujado ruidosamente a un lado, la puerta soltó un quejido al moverse en los herrajes, Yeza oyó un murmullo, y el bastón probablemente había pasado a otra mano, pues alguien tiraba con energía de ella. Pero ya no estaban pisando un suelo de piedra sino alguna alfombra, y una voz conocida dijo de repente y con acento divertido:

—¡Ahora podéis retirar la venda, reina mía, pero dejad el puñal donde lo lleváis guardado!

Obedeció y vio que tenía delante a Guillem de Gisors, el lujo angelical de la *grande maîtresse*. Se encontraban en una estancia redonda cuyas ventanas estaban constituidas por estrechas saeteras. Detrás del templario se veía, arrimado a la pared, el negro palanquín de su madre, Marie de Saint-Clair. Tenía las cortinillas corridas; esto no aseguraba, sin embargo, que la anciana gran maestre de la *Prieuré* de Sión estuviera o no sentada en el interior. De todos modos, Yeza nunca la había tenido presente de otra manera, y hasta entonces le había visto una sola vez la cara a la *grande maîtresse*, diez años atrás, en Constantinopla.

—¿Puedo preguntar qué trae a la pareja real a esta ciudad?

De Gisors poseía una voz celestial y suave, como si fuese uno de los mismísimos ángeles. Pero Yeza no estaba dispuesta a dejarse subyugar por un exterior amable, ni a permitir que la atraparan como a una mosca en una tela de araña.

—¡Eso no tiene importancia, señor mío! —respondió con brusquedad, aunque después prefirió adoptar un tono de suave ironía—. ¿Habéis pasado jamás un invierno en Quéribus?

—Ni se me ocurriría. —La sonrisa del templario se heló—. Yo estoy donde me lo exige el cumplimiento de mi deber, ¡y lo mismo os pido a vos! —le cortó a Yeza toda respuesta—. Vuestra aparición ha provocado aquí un revuelo innecesario, aparte del hecho de que la pareja real se expone a peligros cuyo remedio nos impone...

—El peligro y la salvación son, desde siempre, vuestro juego preferido. —Por esta vez, Yeza no permitió que el comendador acabara su discurso—. Y en cuanto se refiere a nuestra seguridad, ¡en Quéribus tampoco puede decirse que fuera perfecta! Pero no he venido aquí para que me dictéis hacia dónde debemos o podemos dirigirnos, sino...

—Ya sé —la interrumpió el de Gisors sin conmovirse—. Queréis que el Temple tome partido en favor de una bruja asquerosa, a quien la Inquisición culpa de magia y herejía.

—Na India no es bruja, ni... —se indignó Yeza, pero prefirió no pronunciar «hereje», pues el templario sabía tan bien como ella que la anciana era cátara—. Precisamente porque es seguidora de nuestra fe tenéis que salvarla.

—¿Tenemos que salvarla? —se burló el comendador—. ¿No creeréis que la orden

cristiana de los caballeros del Temple de Jerusalén, que oficialmente está sometida al Papa, se opondrá, en la causa contra una criatura tan mísera, a una sentencia de la Inquisición, que es una institución oficiosa de la *ecclesia catolica*? ¡Desechad semejante idea y dedicad vuestra bella cabecita a otra cosa!

Yeza se imaginó que tenía enfrente al ángel con la espada flamígera, y que éste pretendía echarla del Paraíso, donde reinaban el amor hermoso y la compasión. Se sintió mal de pura e impotente rabia.

—¿Los templarios —pudo articular Yeza con dificultad— son demasiado cobardes como para transformar en hechos los mandamientos de Jesucristo?

—¿Y quién lo hace? —se mofó Gisors.

—¡Los cátaros! —le respondió la joven, temblando de indignación—. ¡Y por hacerlo van a parar al luego!

—¡Y pasando por el fuego entran derechos en el Paraíso! —dijo él en tono divertido—. Para los templarios, ese mandamiento no rige.

—¡Todavía no! —dijo Yeza y se dispuso a marchar, cuando se oyeron unos golpes en la pesada puerta de roble y alguien empujó a Filipo, que llevaba los ojos vendados, al interior de la estancia.

—¡Roç! —gritó el escudero, al que parecía querer cortársele la respiración, y se arrancó la venda de los ojos—. Tienen a Roç. ¡No, no! —se corrigió rápidamente cuando observó la palidez de Yeza, que le miraba consternada—. ¡Sólo le han dado con un garrote en la cabeza y le han arrastrado al sótano!

—¿Quién y dónde? —le preguntó con voz cortante el comendador.

—Los soldados, Barto y...

—¿Quién? —insistió Gisors, incrédulo.

—¡El fraile Bartolomeo de Cremona! —le aclaró Yeza, indignada—. ¡Ése a quien habéis permitido que atentara ya varias veces contra nuestras vidas!

—¡Él y el capitán Tris, Fernand le Tris! —añadió Filipo, con la respiración entrecortada—. Acecharon a mi amo cuando éste venía de hablar con el senescal. Le han arrojado a una mazmorra subterránea, ¡aunque el senescal no sabe nada! Lo he visto y oído todo, fue Barto quien indujo a Tris a hacerlo.

—¿Y qué quería Roç del senescal? —preguntó el de Gisors, y se respondió a sí mismo—: No me digáis que Roç se dirigió él solo a la ciudadela para intentar salvar a esa estúpida bruja...

—¿Estás seguro de que aún vive? —La voz de Yeza flaqueaba de miedo—. Dime, ¡júrame que Roç está vivo!

—Tiene el cráneo duro, y si hubiesen querido asesinarlo, habrían empleado un arma blanca —intervino el de Gisors con ánimo de apaciguar—. ¡Roç tendrá ahora un buen chichón y algún dolor de cabeza!

—Tenemos que liberarle enseguida y castigar a los malhechores —insistió Yeza.

—Una cosa después de la otra —decidió el comendador y llamó a los guardias que estaban delante de la puerta—. Si Pier de Voisins no sabe nada esto, difícilmente podrá oponerse a nuestra solicitud. Diez hombres a caballo, un estandarte —le ordenó al sargento de turno—, ¡y dos caballos para estos amigos!

A pesar de todo es un ángel, pensó Yeza y le concedió una sonrisa. ¡Pobre Na India! No me olvidaré de ella.

Yeza se juró que una vez salvado Roç, encontraría la forma de proteger a la anciana de la hoguera. ¡Pero primero estaba Roç, su amado, su caballero y rey! ¡No debía haberle dejado que fuera él solo en busca de ayuda!

Entretanto había oscurecido en las calles de Carcasona, y se iniciaba la última noche de Carnaval. El baile de máscaras no duraría hasta la madrugada como en los días anteriores, sino que terminaría, de sopetón, a media noche. Todo el que apareciera disfrazado después, podía pasarlo bastante mal. Las criaturas errantes que los soldados del senescal atraparán después y llevarán a las mazmorras de la ciudadela, para dormir allí la mona, aún podían considerarse afortunadas. En cambio saldrían al escenario otras figuras oscuras, envueltas en largas capas negras, con los rostros tapados con pañuelos del mismo color y que sólo dejaban libres dos estrechas aberturas para los ojos. Llevaban gorras altas y puntiagudas en las cabezas y cruces blancas en el pecho. Eran los esbirros de la *Ecclesia catolica*, que aparecían formando grupos y portando sobre sus hombros, con pasos comedidos y solemnes, unas pesadas estatuas de la Virgen María. Rodeados de fieles que sostenían velas encendidas, acudirían a la catedral, y los animales que se cruzaran en su camino podrían aparecer a la mañana siguiente estrangulados en un rincón. Así ejecutaban aquellos cristianos su piadosa obra, de modo que las gentes procedentes de las montañas y los bosques huía temerosa de Carcasona en cuanto se iniciaba el crepúsculo, y los que vivían en la ciudad y habían participado en los ritos antiguos del Carnaval, ocultaban sus máscaras de animales y se encerraban en las casas.

De todos modos, los espías del senescal informaron a éste de que, aquella noche, los hombres vestidos de negro no parecían poder ocupar las calles, porque las máscaras animales se reunían en manadas y se negaban a retirarse. En todas partes donde se presentaban los penitentes, éstos se veían obligados a recorrer los corredores que les abrían aquellas bestias rebeldes, y éstas les hacían notar su odio. Pier de Voisins envió órdenes a su capitán Fernand le Tris, a quien sabía en la catedral, para que no iniciara todavía la caza de los animales, pues quería evitar a toda costa cualquier alteración del orden público. Además, le insistió al mensajero, deseaba saber qué veredicto había pronunciado finalmente el tribunal de la Inquisición. ¡En ningún caso debía precederse a una ejecución pública, y mucho menos a encender una hoguera! ¡Nada más le faltaba eso!

Pier de Voisins miraba por el arco de la ventana que daba a la ciudad. No



observaba nada especial, excepto que los cuernos y las flautas de los percevalistas, como solía denominar a los enmascarados, emitían todavía sus sonidos roncros o agudos, y éstos ascendían hasta el fuerte, donde se encontraba él.

En las cárceles subterráneas de la ciudadela no se oían aquellos sonidos insolentes. Las mazmorras se situaban aún por debajo del sótano, e incluso había algunas celdas que quedaban por debajo del nivel del agua subterránea. Se murmuraba acerca de la existencia de una escalera que llegaba hasta allí, pero nadie lo sabía con certeza. Para introducir algo en aquellos agujeros oscuros se abría arriba una rejilla, a través de la cual eran arrojados también los condenados al fondo. En realidad, pocas veces se había planteado el problema de cómo volver a sacarlos. En cambio los ocupantes de dichas celdas podían moverse con bastante libertad.

Así sucedió que Roç, cuando despertó con un extraño y fuerte dolor de cabeza, lo primero que hizo fue dirigirse a un punto del muro por donde oía bajar un chorro de agua fresca, y apretó la cabeza con cuidado contra la fría piedra. Sus ojos se acostumbraron poco a poco a la oscuridad y pudo incorporarse del todo. Lentamente volvió a su ánimo el espíritu combativo, y también las ganas de investigar su entorno. Buscando una posibilidad para huir tropezó con algunos esqueletos colgados de las paredes y sujetos con cadenas. Las ratas los habían dejado perfectamente limpios. La presencia de éstas, en forma de manadas chillonas, y el aumento de un fuerte hedor, le evitaron tropezar con algún que otro bulto sin vida que yacía en el suelo y en el cual los animalitos todavía no habían completado su trabajo. Después llegó a una estancia débilmente iluminada por un agujero que había en el techo, y donde un bulto humano todavía intentaba defenderse de los roedores. Éstos se alejaron corriendo cuando apareció Roç.

El hombre que ocultaba su rostro entre los brazos y cubría sus manos con las mangas, estaba acurrucado sobre el suelo, pero levantó la cabeza. Era Gosset. Había adelgazado hasta los huesos, era un mero fantasma, con una crecida y descuidada barba. A pesar de su debilidad, sin embargo, el sacerdote no había perdido del todo su ironía mordaz.

—Mi rey —susurró con voz apenas audible—. Sabía que echaríais de menos mis servicios. —Después de esas pocas palabras insistió con voz debilitada y ronca—: ¡Tengo sed!

Y Roç regresó al lugar donde el agua manaba de la piedra. No pudo recoger más que lo que cabía en el cuenco formado por sus manos, y tuvo que recorrer el camino varias veces hasta haber satisfecho de momento las ansias de Gosset. Cada vez que Roç se alejaba, las ratas asediaban de nuevo al sacerdote, y cada vez parecían más furiosas de verse molestadas por Roç, y pretendían asaltar a éste. Pero Gosset disponía de un palo, aunque estaba demasiado débil para manejarlo. En manos de Roç, aquel garrote se convirtió en un arma fatal para los roedores más insolentes.

—¡Yo no sirvo para vivir en una cueva! —dijo Gosset—. ¡Alejémonos de aquí, mi rey!

Roç tuvo que hacer un gran esfuerzo para explicarle al sacerdote que no había venido a salvarle, y que, por desgracia, iba a compartir su destino. Pero ese pequeño y débil consuelo sirvió para animar a Gosset.

—Mientras yo no pierda la razón y vos no perdáis la agilidad de vuestro cuerpo, podremos recuperar la libertad.

—Querido monseñor, tengo un buen chichón en la cabeza, pero no creáis que mi cerebro ha quedado incapacitado por esa causa.

—Mientras me ayudéis para que no acaben conmigo, antes de hora, esos enterradores grises que pretenden comérseme en cuerpo vivo, yo procuraré que vuestra cabeza adquiriera su vieja forma, pues he visto crecer aquí abajo algunas hierbas que os podrán servir para una cura rápida: hierba de San Pedro, dulcamara y cola de caballo. Creo que por ahí empieza la salida a la cloaca romana y, por tanto, hacia el exterior. Pero hay una reja que impide el paso.

—¡Eso es lo de menos! Yo, desde luego, no estoy dispuesto a correr el mismo destino que mi probable abuelo, que murió envenenado en esta mazmorra infame.

—*Miserabiliter infectus*<sup>[273]</sup> —confirmó Gosset tan trágico suceso—. Así se expresó el Papa en su escrito de condolencia con ocasión de la muerte de Trencavel, llamado también Perceval o Parsifal<sup>[274]</sup>. Sólo que el escrito estaba fechado una semana antes de la muerte del prisionero.

## El inquisidor incendiario

En la plaza de la catedral se estaba montando la pira; debajo de todo algunos leños secos, mezclados con abundante paja, de modo que se produjera rápidamente la brasa necesaria para quemar los cuerpos. El capitán ordenó que amontonaran encima de todo musgo húmedo y arbustos recién cortados, para que el humo asfixiara a los condenados y al mismo tiempo ahogara sus gritos, antes de que las llamas les concedieran una muerte dolorosa. En realidad, el inquisidor consideraba que semejante actuación del brazo secular era contraria a sus intereses, pues en el fondo creía deseable que sus víctimas experimentaran un sufrimiento extremo. Pero el capitán no quería causar mucho revuelo, y sabía disculpar su proceder alegando el riesgo de un «ambiente rebelde» y la necesidad de «impedir desórdenes». Claro que lo más razonable habría sido aplazar el *autodafé* de aquellos cinco insignificantes herejes hasta otro día, pero el inquisidor se había puesto furioso y amenazaba con pronunciar un interdicto<sup>[275]</sup> sobre la ciudad, hasta que finalmente el obispo se mostró de acuerdo. En el fondo, Trini no quería otra cosa que ver arder a la bruja; los otros cuatro eran puro adorno, pero no habría valido la pena comprar madera para quemar

una sola hereje, sobre todo teniendo en cuenta que no habría posibilidad de recuperar ese gasto, ni siquiera acudiendo a las familias.

Fernand le Tris había hecho formar a sus soldados, es decir, a aquellos que pudo retirar de la ciudadela, en un cuadrado en torno a la pira, con las picas cruzadas hacia el exterior, pues cabía la posibilidad de que aquel pueblo animal, adepto casi en su totalidad de la herejía cátara que tan difícil resultaba erradicar, se sublevara para impedir la quema. A ello se añadía que los hombres vestidos de negro, que solían ejercer durante la noche su justicia particular, evitaban hoy los callejones oscuros y se habían reunido todos delante de la catedral. Así pues, la plaza con la pira en el centro quedó perfectamente preparada y dispuesta. Todos estaban atentos a oír las doce campanadas de la torre, pues antes de medianoche y después de sonar las seis de la mañana, estaba prohibido quemar a nadie en Carcasona. Pero el más impaciente no era el corpulento capitán Fernand le Tris, que se encontraba delante de la catedral, sino su hermano, aún más gordo, el inquisidor Bezù de la Trinité, que aguardaba delante de la sacristía, y levantaba ahora un pie, después el otro. Sabía que en el interior de esa estancia se encontraba la mujer cuyo cuerpo quería ver arder en las llamas, para que entregara su alma al diablo.

*Vita brevis breviter  
in brevi finietur  
mors venit velociter  
quae neminem veretur.  
Omnia mors perimit  
et nulli miseretur  
et nulli miseretur.*<sup>[276]</sup>

Al senescal Pier de Voisins no le cabía la menor duda de que sus órdenes habrían llegado hasta la catedral, y de que su capitán las cumpliría fielmente y sin titubear, del mismo modo que tampoco podía imaginarse ni de lejos que aquel mozuelo bastante insolente llamado Trencavel, al que había dejado marchar tranquilamente en lugar de arrojarle a la mazmorra como castigo por sus atrevidos insultos, había ido finalmente a parar a ese preciso lugar. Tampoco podía saber en absoluto que allí compartía su destino con Gosset, puesto que jamás había visto al sacerdote. Tan sólo cuando se acababa de presentar, aun siendo bastante tarde y cogiéndole en el momento de irse a dormir, además de entrar sin avisar, Bartolomeo de Cremona, un fraile de mala fama, tan sólo entonces empezó a comprender el senescal que su propia gente, alineada con la Iglesia, le estaba tomando el pelo. El hecho es que cuando preguntó al minorita, que olía a pocilga, cómo había podido entrar sin ser anunciado, éste contestó sorprendido:

—Porque no hay más guardias que los del portal, y éstos están dormidos. Los demás han sido trasladados todos a la catedral. ¿Acaso no lo sabéis?

—¿Cómo es posible? —se enfureció el senescal y las puntas de su mostacho se echaron a temblar—. ¿Quién ha dado esa orden?

—Probablemente vuestro capitán, que necesita allí a todos los hombres... —Se mordió la lengua, porque de repente se le ocurrió pensar que el *autodafé* tal vez no estuviese acordado con el senescal, o incluso no mereciera la aprobación de éste.

—¿Para qué? —quiso saber éste y lo preguntó con acento severo.

—¡Pues para mantener el orden! —respondió el minorita con rapidez—. La pareja real está provocando al pueblo; los malditos herejes se niegan a abandonar la ciudad, por todas partes pululan los *faidits* y los hombres negros se han refugiado en la catedral.

—¿Y por qué nadie me ha informado?

—El señor Fernand le Tris domina del todo la situación. Aunque os envía por mi mediación el ruego... —había que concederle al fraile que poseía el don de inventar y combinar con extremada rapidez— de que extendáis una orden de arresto para Roç Trencavel y su dama Yeza. ¡Ésta es, con mucho, la más peligrosa de los dos!

Desde el patio de la ciudadela resonaban cascos de caballo. Los dos hombres se dirigieron rápidamente hacia la ventana. ¡Ni rastro de los guardias que debían vigilar la puerta! A la luz de las antorchas vieron a un escuadrón de templarios, perfectamente armados y ataviados, que justamente estaban descabalgando con toda la calma. La luz iluminó la rubia melena de Yeza, que había sido la primera en bajar del caballo.

—Ahora mismo tenéis ocasión de arrestar a esa dama —se dirigió el senescal con aire burlón al franciscano. Pero éste había desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra.

Pier de Voisins se apresuró a saludar a aquella visita tardía, pues se daba perfecta cuenta de que quien venía acompañado por los caballeros de la orden militar era, ni más ni menos, que el comendador Guillem de Gisors en persona. El senescal se arrojó la capa encima de los hombros y se calzó las zapatillas, pues ya se había quitado las botas. Hizo un esfuerzo por bajar los escalones con dignidad, lo cual no era tan sencillo con aquel calzado tan suelto. Alcanzó la caja de la escalera al mismo tiempo que entraban todos aquellos caballeros, aunque encabezados por la joven dama que le gritó sin más:

—¿Por dónde se va al sótano, a vuestras mazmorras?

Pier de Voisins iba acostumbándose a ser tratado con descortesía por la pareja real. De modo que pasó por alto aquella pregunta tan intempestiva y se dirigió al comendador.

—Vuestra visita es un honor para este servidor del rey. ¿Qué deseáis de mí?  
Pero al de Gisors tampoco parecía preocuparle otra cosa que los subterráneos.

—No pongáis obstáculos, Pier de Voisins, ¡abrid la mazmorra!

El senescal estaba tan estupefacto que no se le ocurrió sentirse ofendido por aquella solicitud y por el tono en que fue expuesta, sino que tartamudeó:

—Pero si yo... ¡yo no tengo la llave!

Por suerte se presentaron en aquel instante los guardias medio adormilados y pudo encararse con ellos.

—¿Dónde están las llaves?

—Debajo de la tercera piedra de la izquierda.

Al ver el rostro congestionado de su jefe, los soldados corrieron hacia la escalera del sótano y levantaron la piedra del tercer escalón. A continuación uno agitó orgulloso el manajo de llaves en dirección al senescal, que se las arrancó de la mano.

—¿A quién buscáis allí?

—¡Tenéis allí a Roç! bramó Yeza y el comendador se avino al fin a dar una explicación.

—Vuestro capitán es un hombre que obedece al clero como cualquier campesino inocentón, y ha hecho caso a cierto minorita que le indujo a golpear a Roç Trencavel después de haberos visitado a vos, Pier de Voisins, arrojándole con alevosía a la mazmorra de esta ciudadela.

—¡Y ahora lo vamos a sacar de allí! —añadió Yeza sin más rodeos y fue la primera en dirigirse a la escalera.

El senescal se dio prisa por seguirla, aunque perdió una zapatilla en el camino, y abrió la reja. Después gritó al guardia que le trajera la zapatilla, pues los escalones estaban helados.

—¡Abre todas las puertas para estos señores! —ordenó malhumorado—. Muéstrales cada rincón, y avísame cuando encuentren lo que buscan.

Retuvo a uno de los soldados.

—¡Vete a buscar mis botas y el abrigo de pieles! ¡Después ya me contarás lo que se está tramando aquí!

El hombre subió corriendo la escalera mientras los caballeros se iban perdiendo con sus antorchas en lo hondo del subterráneo, hasta que no se vieron más que unos puntos oscilantes de luz.

Pier de Voisins se sentó refunfuñando en el mismo escalón bajo el cual se guardaban las llaves de la mazmorra, con tanta seguridad que, en aquel instante, le pareció un milagro no haberse tropezado todavía con sus prisioneros andando por la calle. ¡El dichoso capitán merecía como mínimo treinta latigazos! Pier de Voisins se frotó el pie desnudo. ¿Dónde estaría aquel minorita apestoso que, según todos los indicios, tenía la culpa de semejante embrollo? Bartolomeo de Cremona debía de

conocer muy bien la ciudadela, de otro modo no le habría sido posible escabullirse con tanta rapidez. ¿Tal vez estuviesen conviviendo desde hacía tiempo bajo el mismo techo, sin que él se hubiese enterado? Él, el senescal, ¡era al parecer el último en enterarse —si es que se enteraba— de quienes revoloteaban como murciélagos entre la torre y el sótano de su castillo!

El soldado se presentó con las botas y ayudó a su señor a calzarlas. Pier de Voisins se arrebujó en el abrigo de pieles.

—¿Quién está guardando en este momento el portal? —preguntó, sintiéndose de repente desprotegido.

—¡Yo! ...¿Yo? —balbuceó el soldado—. Nadie...

—¡El Señor esté con nosotros! —exclamó el senescal, resignado—. ¡Mejor dicho: *Gesta Dei per francos!*

—¿Cómo dice, señor? —preguntó el hombre con timidez—. ¿Que yo...?

—¡Que me acompañes al sótano! ¡Agarra esa antorcha e ilumina la escalera! Hace mucho tiempo que no visito el reino de los muertos.

Los templarios rodeaban a Roç y Gosset en una estancia más amplia y más aireada que los pasillos bajos y las celdas estrechas. A media altura de la bóveda se veía una barandilla de piedra que la recorría en todo su perímetro. Sin embargo, no se veía desde dónde podría accederse a ella. En el centro del techo se abría un hueco hacia arriba, cerrado en su extremo superior por una rejilla a través de la cual entraba una luz débil que iluminaba apenas el cuadrado hueco. En realidad, aquel hueco era una antigua cisterna a la que se le había quitado el fondo. En el suelo de piedra, cuidadosamente empedrado, se veía una canaleta llena de agua podrida en la que crecían algunas plantas extrañas, y dicha canaleta se acababa detrás de un agujero en el muro, también cerrado con una reja.

—Esa canaleta conduce a la Cloaca Maxima —le estaba explicando Roç a los caballeros cuando vieron que allá arriba, por detrás de los barrotes de la barandilla, intentaba escapar una sombra.

—¡Ese minorita! —exclamó Gosset, excitado—. ¡Él es el culpable! Él tiene la culpa. ¡Es Barto, Bartolomeo de Cremona, agente secreto de la curia! —añadió a modo de explicación.

—¡Está intentando huir! —gritó Roç, indignado.

En efecto, la figura agachada iba corriendo allá arriba de un lado para otro, como una rata que no encuentra escondrijo.

En ese instante se oyó la voz del senescal:

—¡No os apuréis, enseguida le atraparemos! —Se oyó un crujido y una trampilla se abrió chirriando. Barto intentó todavía sujetarse, pero después resbaló sin poder impedirlo y cayó abajo como un saco mojado. Gosset fue el primero en acercarse al

bulto humano que apenas se movía.

—Barto, ¡eres un cerdo! —le gritó el sacerdote, enfurecido—. Me gustaría...

—¡Mi pierna, mi pierna! —gemía el fraile. El comendador se acercó y le ayudó con la punta de la bota a acostarse de lado. La pierna derecha tenía mal aspecto.

—¡No os ensuciéis las manos! —dijo al ver que Gosset pretendía arrodillarse para ayudar.

—Las roturas no hay que tocarlas —proclamó el senescal sus conocimientos médicos—. O los huesos se vuelven a unir solos, o le da una gangrena y acaba con todo sufrimiento.

—Pero se le podría aplicar una guía a esa pierna —repuso Yeza con tranquilidad—. Lo mejor es colocar el hueso en su sitio, y después aplicarle dos tablillas y un vendaje.

El comendador miró sorprendido a Roç, que le había quitado el bastón a Gosset y lo partía por encima de la rodilla en dos mitades de longitud similar.

—¡Ese perro traidor no se lo merece! —refunfuñó el senescal—. ¡Que se cure aquí abajo!

Así pues, abandonaron a Barto, que seguía gimiendo, y subieron a la ciudadela. En el último escalón, Gosset sufrió un desvanecimiento. Roç apenas pudo sujetarlo.

—¡Es una crisis de debilidad! —murmuró el sacerdote—. No os preocupéis.

Pero el senescal insistió en que Gosset fuera llevado enseguida a la cama.

—Será mejor que nuestro médico le sangre —intervino el comendador—. Ha estudiado en Salerno. ¡La sangría y las sanguijuelas hacen milagros!

—Espero que Gosset no se haya enterado ni haya oído esas tonterías —le murmuró Roç a su compañera y le mostró el chichón, que ya había reducido bastante su tamaño.

—Lo que hay que conocer son las hierbas curativas adecuadas, como la caléndula o la maravilla, aplicada en forma de infusión o papilla —proclamó Roç con orgullo—. Nuestra vieja bruja habría sabido...

—Dios mío —exclamó Yeza, asustada—. ¡Na India!

*Tuba cum sonuerit*

*dies erit extrema.*

*Et iudex advenerit*

*vocabit semiterna*

*electos in patria*

*prescitos ad inferna*

*prescitos ad inferna.*<sup>[277]</sup>

Delante de la fachada principal de la catedral se elevaba la pira de madera hacia el

cielo nocturno. El reloj de la torre inició sus campanadas. El badajo metálico golpeaba la campana, y su largo recorrido antes del próximo golpe hacía concebir al gentío, que aguardaba expectante en la plaza, la esperanza de que ese próximo golpe no se produciría nunca. Pero el badajo no descansaba. Aún vibraba el aire del golpe anterior cuando ya se producía el próximo, se tragaba inexorable la resonancia y destrozaba la pequeña pausa que había parecido eterna. Las doce campanadas sonaron una tras otra, y cuando ya todos esperaban algo más, enmudeció el badajo. Pero los sentidos de la muchedumbre habían quedado destrozados, como machacados en un mortero, sus oídos estaban dispuestos a atender al canto fúnebre de los monjes, que surgía ya del fondo de la catedral.

Los hombres enmascarados de negro, con sus gorros puntiagudos, se acercaban portando con solemnidad unas gigantescas velas. Rodearon con pasos comedidos aquel altar de madera en el que pretendían sacrificar unos cuerpos atormentados, para purificar sus almas en honor del Ser Supremo. Los hombres se alinearon delante de la fachada y avanzaron hacia los lados, de modo que los soldados ya sólo tenían que proteger la plaza frente a la ciudad. Todo esto se realizó sin necesidad de voces de mando, en medio del silencio más absoluto. ¿Quién iba a dar órdenes a aquellos sumos sacerdotes y jueces severos? Cada uno de ellos se sentía tan infalible como pretendían que fueran sus actos, igual que la *Ecclesia catolica* que representaban.

Después se presentó el clero; el obispo bajo palio, rodeado de sus acólitos y priores, que acudían con la mirada puesta en sus breviarios; los monaguillos corrían a su alrededor, columpiando los incensarios. Detrás venían los soldados encabezados por el capitán, que hinchaba orgulloso el vientre. Fernand le Tris parecía haberse deshecho de todas las reservas que antes todavía atormentaban su mente. *Alea iacta est*<sup>[278]</sup>. Al cruzar el umbral de la catedral, había cruzado también su rubicón. Sostenía su espada reluciente como quien sostiene una vela, pues él era el brazo secular de la lejana Roma, el cesar temible de Occitania. No sería el inquisidor, sino él, Fernand le Tris, quien daría la señal tan largamente esperada por todos: al bajar la espada se encendería la llama. Durante un instante fugaz sería él, y sólo él, el amo y señor que decidía sobre la vida o la muerte.

Sus soldados trajeron a los cinco condenados, cuatro ancianos y una mujer, la bruja Na India. Todos ellos arrastraban unas cadenas tan pesadas que ya no parecían sentir la carga de sus propios cuerpos. Los hombres mantenían la cabeza agachada, posiblemente no por vergüenza, sino para recoger su ánimo y no ofrecer a la multitud expectante un espectáculo indigno. En cambio Na India avanzaba con la cabeza alta, y su mirada se deslizó por encima de la gente que había más allá de la barrera. Cuando encontró lo que buscaba, sus ojos color ámbar se iluminaron de alegría.

Mauri en Raimon se había subido a un murete y su cabello blanquísimo le hacía resaltar de un modo peligroso entre la muchedumbre. Pero, de momento, el monstruo



había elegido a sus víctimas y nadie pensaba en aquel momento en cazar a otros herejes, por mucho que se ofrecieran a la vista. Mauri en Raimon levantó las palmas de ambas manos hacia un sol invisible, y saludó así a Na India.

Después seguían los monjes cantando, mucho más jóvenes de lo que era de esperar por las voces profundas de su coro, pues se trataba en la mayoría de los casos de novicios imberbes, con rostros rosados y aniñados, que evidenciaban un asombro asustado al tener que asistir por primera vez en su vida a un *autodafé*. Cuando vieron la pira, hundieron la nariz y la vista en el texto de sus cánticos.

El último en llegar, a distancia conveniente, puesto que iba vestido también con humildad, como un monje más, fue Bezù de la Trinité, el inquisidor. Sus ojos inspeccionaron críticos la pira de madera, y observó con satisfacción que habían plantado cuatro postes en las esquinas de un cuadrado, y otro más alto en el centro. Éste último estaba destinado a la bruja. Los cuatro ancianos ya habían sido obligados a subir por unas escaleras de madera, y les estaban quitando las cadenas para atarles con sogas a los postes. Trini se quedó mirando hacia arriba, aunque le picaban los ojos, hasta que al fin vio que también la mujer ocupaba el lugar que le estaba destinado.

Su hermano pequeño Tris daba vueltas en torno a la pira, y advertía a los soldados que debían apretar bien las sogas. En algún caso había sucedido que las cuerdas se habían quemado mientras todavía había suficiente fuerza en el cuerpo del condenado como para arrojarlo fuera del alcance del fuego, difundiendo un calor tal que nadie se veía capaz de devolverlo a la hoguera. Entonces había que lanzar al reo una cuerda mojada que le atrapara por el cuello, e intentar así arrastrarle de nuevo a las llamas. En la mayoría de estos casos el desgraciado había perecido estrangulado antes de llegar de nuevo a la pira, estropeando así el procedimiento previsto por su inventor.

El inquisidor se acercó a su hermano, el capitán, cuando vio que a sus espaldas la gente se removía intranquila. Los dos habían contado con esta posibilidad, pero no con el hecho de que los soldados se apartaran a un lado y abrieran un paso a través del cual se acercaba ahora Pier de Voisins, el senescal, seguido de Roç y Yeza.

—Fernand le Tris —le gritó el senescal a su capitán—, ¿es así como cumplís mis órdenes?

—Pensé que sería mejor... —tartamudeó el capitán—, he creído obrar según vuestras intenciones... mantener el orden público...

—¡Y provocar un pequeño incendio público! —le interrumpió su superior y se dirigió al pirómano—: ¡Os dije que no quiero fuegos! —le rugió al inquisidor—. ¡Desatad a los condenados! ¡Hacedles bajar y disolved de inmediato esta reunión ilegal!

El capitán había recompuesto el ánimo, envalentonado por una mirada afirmativa, aunque furiosa, de su hermano, que se hacía el sordo. Después de que el inquisidor

les siseara a los peones que había arriba: «¡Deprisa, atadles bien!», el capitán empezó a protestar.

—¡Os arriesgáis a una revuelta ciudadana! —le advirtió al senescal, y señaló las figuras vestidas de negro que, sin embargo, permanecían rígidas y sin moverse, aunque incluso así su aspecto era amenazador.

En ese momento el senescal se adelantó un paso, y con la mano abierta le dio al capitán una sonora bofetada.

—¡Carecéis de disciplina, Fernand le Tris! Una palabra más y os consideraré un vulgar amotinado, ¡pues a partir de ahora ya habéis perdido vuestro título de capitán!

Un número suficiente de soldados rodeaba al senescal con las armas preparadas. Esta fue la razón por la que Fernand le Tris no levantó la espada.

—¡Soltad a los condenados! —ordenó con la voz quebrada a los soldados que todavía parecían querer obedecerle—. ¡Obedeced las órdenes del senescal! —Desesperado, su voz sonaba como el ladrido de un perro al que han pegado.

El inquisidor se plantó entonces entre los contendientes.

—¡Os excomulgaré, a cada uno de vosotros, si no se cumple aquí y ahora mismo la ley de Dios! —dio media vuelta y se dirigió a los soldados—: Todo el que impide un *autodafé* está condenado al infierno. En cambio, ¡el que me siga verá perdonados sus pecados!

—¿Por qué no habrían de arder esos herejes? —intentó rebelarse por última vez el capitán—. Aquí tendremos paz ¡y sus almas estarán en la gloria!

—¡No! —bramó el senescal—. ¡No habrá fuego!

Los soldados se encontraban tan confundidos que renunciaron a ocupar sus puestos y rodeaban a sus jefes formando un grupo desordenado. Los primeros ya empezaban a sacar los maderos de la pira, con el resultado de que los condenados quedaban más bien colgados de los postes que apoyados sobre sus pies. Esta visión provocó una furia aún mayor en el inquisidor, que intentó acercarse a los soldados desobedientes que impedían la culminación de su obra.

—¡No dejéis pasar a Trini la Gorda! —advirtió el senescal a sus subordinados, y el inquisidor se dirigió chillando a los hombres vestidos de negro, cuando vio que ya no podía contar con la ayuda de su hermano.

—¡Apoyadme, cristianos, contra Satanás y sus ayudantes!

Los hombres de luto estrecharon sus filas. Su presencia amenazadora asustó a los soldados que habían iniciado el desarme de la pira.

En aquel instante aparecieron los templarios, metiéndose a caballo entre los contendientes. Roç, que se había subido, inadvertido por los demás, a la madera amontonada, para cortar con ayuda de Yeza y el puñal que ésta le había entregado las ataduras de Na India, sintió que dos brazos fuertes lo cogían por detrás y lo volvían a bajar al suelo. Cuando se encontró encajonado entre los cuerpos de los caballos y a su

lado a Yeza, que intentaba defenderse, oyó la voz burlona del de Gisors:

—No estaba previsto que la pareja real acabara entre las llamas de la Inquisición.

La conclusión que Yeza sacó de inmediato de esas palabras, fue que los templarios no tenían en absoluto la intención de impedir que ardieran los condenados.

—¡No os comportéis como peones de una Iglesia vengativa! —le gritó a los caballeros, que le respondieron con una risa inclemente.

—¿Y qué otra cosa somos? —tronó un templario barbudo, que no perdía de vista a Roç, mientras éste intentaba escabullirse entre las patas de los caballos.

—Nos vemos obligados a deteneros por vuestro propio bien.

Era la voz fría del comendador. Los templarios reunieron a sus animales tan apretadamente que Roç y Yeza quedaron encajonados como en una celda estrecha, y así arrastraron a los dos jóvenes lejos de la hoguera.

Entretanto había llegado también el conde Jourdain de Levis con su séquito y procedió sorprendentemente a apoyar la postura del senescal, quien arremetió con violencia contra el comendador.

—¡Ésta todavía sigue siendo una ciudad del rey de Francia! Ese miserable montón de leña delante de la catedral es una vergüenza para Carcasona, y si ardiera sería aún...

La palabra se le quedó atascada en la boca, pues Trini, aprovechando atrevidamente la pelea, había arrancado una vela de las manos prestas de uno de los hombres negros, y procedió a encender la paja en varios lugares. En un santiamén empezaron a chisporrotear las llamas, haciendo retroceder a todo el mundo a causa del calor y el humo que desprendían. Las ropas y el cabello de los seres que se retorcían atados a los postes, fueron inmediata presa del fuego, y sólo las cuerdas mojadas retenían sus cuerpos desnudos. La piel reventó y después un humo denso ocultó caritativamente aquel espectáculo de destrucción. Aunque no amortiguó el hedor de la carne quemada, ni siquiera para los que se tapaban la nariz con un pañuelo.

Un templario barbudo ofreció a Roç subirlo a su caballo, para que pudiese observar el *autodafé*. Pero como el joven no le contestó, el templario agarró a Yeza y la subió a lomos de su caballo, algo que la muchacha le dejó hacer, manteniéndose rígida como una muñeca. Detrás del humo le pareció adivinar la figura encendida de Na India, y miró alrededor por si descubría a Mauri en Raimon. El anciano seguía en su puesto elevado y mantenía las palmas de las manos juntas encima de su cabeza, con la vista fija en la mujer que a estas alturas habría dejado de sufrir. Cuando el viento ahuyentó durante un instante la humareda, vieron que el poste estaba vacío. Na India había entrado en el Paraíso.

Yeza se deslizó de nuevo hacia el suelo, sin dar las gracias, e hizo una seña a Roç. Los templarios les abrieron paso y los dejaron marchar. Yeza había esperado poder

hablar con Mauri en Raimon, le habría gustado rogar a aquel hombre bondadoso de claros ojos que les acompañara, pero había desaparecido. Únicamente encontraron a Potkaxl, doncella de Yeza, y a Filipo, escudero de Roç, que intentaban consolar a Geraude, deshecha en lágrimas. Yeza no se sentía demasiado bien cuando se acercó a ellos. La muchacha había confiado plenamente en ella, y esa confianza había sido defraudada.

A Roç le pareció poder leer los pensamientos de Yeza, y rodeó con su brazo los hombros de su apenada dama.

—Aunque esa joven vaca de leche no responda a vuestro gusto, debéis cumplir vuestra palabra y aceptarla entre vuestras doncellas. Le hemos defraudado —dijo con voz apagada.

—Aquellos a quienes hasta ahora considerábamos nuestros amigos, nos han engañado —respondió Yeza—. Regresemos a Quéribus.

## Huéspedes extraños

Al día siguiente, el olor a ceniza fría y a huesos quemados seguía suspendido sobre la ciudad. La paz no había vuelto a instalarse todavía entre los ciudadanos. Aún seguían pululando por sus estrechas callejuelas el zorro, la liebre, el lobo y el erizo, y no eran ni la esperanza, ni el placer, ni el temor, lo que les retenía en Carcasona. Se quedaban porque no eran capaces de descubrir cómo y dónde podrían iniciar una nueva vida, ni siquiera regresando a sus bosques. Los hombres vestidos de negro seguían con sus procesiones en las calles, interrumpidas cada dos por tres para rezar una rogativa. En cada cruce de caminos, ante cada imagen se detenían largo tiempo, tanto que podría haberse sacado la conclusión que deseaban retrasar por todos los medios el regreso previsto a la catedral.

En el interior de la iglesia medio vacía, Bezù de la Trinité celebraba misa ante el obispo. El inquisidor daba las gracias a Dios y al capitán Fernand le Tris por el buen fin del proceso cristiano. Trini había perdonado a su hermano la falta de decisión demostrada la noche anterior. Incluyó en sus oraciones también a los templarios y a su honorable comendador, cosa que consideraba muy conveniente después de observar a un lado del coro un palanquín negro, rodeado de un grupo silencioso de miembros de la orden. Una vez acabada la misa, el palanquín fue levantado del suelo por los fuertes brazos de algunos sargentos, que se lo llevaron de allí.

El capitán esperó hasta que el último de los hombres hubo dejado la catedral. Después se acercó al confesionario al que se había retirado Trini, y se arrodilló.

—¿Dónde se encuentra nuestro hermano en Cristo, Bartolomeo de Cremona? —preguntó el confesor, intranquilo—. Esta noche no le he visto.

—Yo tampoco —murmuró Tris—, desde que lo dejé en la ciudadela, para

ayudarte con mi presencia.

—¿No habrá caído en manos de ese maldito senescal?

—Sería muy posible, puesto que Roç, a quien habíamos arrojado a la más profunda mazmorra, estuvo ayer merodeando en torno a la hoguera. ¡Fue él quien hizo venir a Pier de Voisins!

—¡Hay que liberar a Barto de las garras del anticristo! —gruñó el inquisidor—. Si pretendes que te sean perdonados tus pecados, Tris, aún debes hacer alguna penitencia. ¡De modo que tendrás que encontrar a Barto, liberarlo y traerlo a mi presencia! Nos volvemos a ver aquí mismo, esta medianoche.

Tris se incorporó, salió del confesionario, y poco después abandonó la iglesia.

Una extraña delegación había llegado a Carcasona. Se trataba de un grupo de hombres fornidos, pero de poca estatura, que montaban unos caballos también musculosos. Vestían chaquetas guateadas y coloridas, con aplicación de pieles de animales, pantalones anchos y botas primorosamente trabajadas. De sus prendas bordadas colgaban toda clase de objetos difíciles de identificar, y que lo mismo podían representar baratijas sin valor como joyas valiosas. Llevaban las cabezas cubiertas con gorras de cuero forrado y con orejeras, como si llegaran de unas tierras donde fuera fácil que se les helaran las orejas. Lo más extraño, sin embargo, eran sus rostros redondos, que asomaban entre los hombros guateados, los cuellos de pieles y las gorras. Su cutis mostraba un tono ligeramente amarillento, a los hombres les crecía poca barba y ésta, por su forma, recordaba más bien la de un macho cabrío, mientras que sus ojos, carentes de pestañas, parecían almendras alargadas. Miraban sorprendidos, pero sin conmoverse demasiado, como los niños del campo que nunca han visto una ciudad en la que circula la gente disfrazada con cabezas de burro y de buey, o de oso o ciervo. Observaban también, cuchicheando y riéndose por lo bajo, sin miedo alguno, a los hombres vestidos de negro con sus caras de ahorcados y sus sombreros puntiagudos, que pasaban por delante de ellos con pasos cortos y disciplinados, y a los templarios que cabalgaban por las calles con sus capas blancas, la cruz roja de extremos en forma de zarpa y con la cabeza muy alta, sin prestar atención alguna a los forasteros. Éstos hablaban un idioma que ninguno de los habitantes de la ciudad que se acercaron con curiosidad a ver los recién llegados, había oído jamás. Eran mongoles.

Aunque hubiesen querido decirlo, y aunque alguien les hubiese entendido si lo hicieran, ellos mismos no sabían de dónde venían y por qué habían llegado precisamente hasta Carcasona, ni hacia dónde se dirigían. No tenían la más mínima idea.

Todos sus conocimientos habían sido delegados en una sola persona, que se

distinguía entre todos ellos tanto por su aspecto como por su porte: era Arslan<sup>[279]</sup>, su chamán<sup>[280]</sup>. Ese hombre delgado y de cabello blanco hablaba en todos los idiomas, y vestido con un largo abrigo negro cubierto de infinidad de espejos metálicos plateados, y con las alas de pájaro montadas en los hombros, parecía una garza cenicienta.

Arslan precedía a los jinetes caminando a pie. Iba con la cabeza descubierta y levantaba la mano en un gesto apenas visible, para detener a una patrulla templaria que enseguida tiró respetuosamente de las riendas de sus cabalgaduras. Arslan les preguntó por Roç y Yeza, la pareja real.

Los caballeros sintieron desconfianza, por lo que ofrecieron al extraño forastero conducirlo a presencia de su comendador, y se dirigieron al castillo de los templarios.

Los acompañantes, es decir, el grupo de guerreros mongoles, fueron enviados por el chamán a la ciudadela, para presentar sus respetos al senescal. Para que no se perdieran, el chamán llamó al joven comandante de la tropa, y con el índice humedecido le dibujó en la frente el camino que debía recorrer.

Mientras, las gentes seguían comentando por las calles a que se debería la presencia de aquellos hombres, pues su visita difícilmente tendría algo que ver con el Carnaval, a menos que la fama de las máscaras de Carcasona hubiese llegado entretanto a países muy lejanos.

Una vez llegados al patio del castillo templario, se le exigió al chamán que se dejara vendar los ojos, una medida habitual de precaución. Éste consintió voluntariosamente, pero exigió después que le dejaran caminar al frente de los demás. Para gran sorpresa de los templarios, el hombre los llevó con paso seguro hasta el portal de roble. Una vez allí, Arslan dio con el bastón los golpes de rigor y la puerta se abrió con un crujido.

Los templarios, asustados, se deshacían en murmuraciones mientras el chamán cruzaba sin titubear la alfombra, hasta situarse ante Guillem de Gisors. Sin embargo, no tendió la mano al comendador más que tras haber insinuado una inclinación de su cabeza en dirección al palanquín. Sólo después el mongol se quitó la venda de los ojos.

—El excelso Mangu, gran khan de todos los mongoles, envía a la ilustre gran maestre de la *Prieuré* de Sión, y a su hijo y sucesor Guillem de Gisors, un saludo a través de mi persona. Me llamo Arslan.

Al comendador no le gustó la suficiencia del visitante y le respondió con sequedad, rayana en la altivez.

—Devolvemos el saludo y preguntamos por los deseos del gran khan.

—Tomamos tierra en la ciudad de Perpiñán, donde conocimos a un capitán griego, cuyo aura me hizo adivinar de inmediato que había estado en contacto con el tesoro que estoy buscando. El tal Taxiarcos me indicó que en esta ciudad encontraría

el precioso objetivo de mi viaje...

—Si pensáis en el tesoro de los templarios, buen hombre, imagino que sufriréis una desilusión —respondió Gisors con ironía al chamán, mientras le miraba como a un pobre loco.

Pero Arslan no se inmutó ante aquella mirada compasiva.

—Señor, me he dado cuenta enseguida, nada más pisar la ciudad de Carcasona, que ésta ya no contiene entre sus murallas lo que yo busco.

—¿De qué estáis hablando, señor Arslan? —El comendador se esforzaba por guardar las formas, aunque habría preferido exigirle a aquel anciano que no se andara con tantos rodeos. Pero tampoco quiso refrenar su impaciencia—. ¡Aquí no hay nada que os pudiese interesar a vos, ni al gran khan!

—Ya veo —dijo el chamán, pensativo—, que la pareja real os ha dejado, y ha marchado disgustada.

—¡Así es! —Gisors reaccionó con presteza—. Roç y Yeza tienen sus ocurrencias, a las que a veces se puede ceder, o también esperar a que se olviden de ellas. —Y sonrió, como pidiendo aprobación.

El anciano dirigió entonces al comendador una mirada de auténtica conmiseración.

—La pareja real ha demostrado hasta ahora tener muy buen juicio, y ambos, tanto Roç como Yeza, tienen también buen corazón.

Al comendador no le gustó el comentario.

—¿Acaso me queréis enseñar cómo...?

—Demasiado tarde —le interrumpió una voz severa de mujer—. Guillem, ¡deseo hablar a solas con Arslan, el famoso chamán!

La voz procedía del palanquín negro y no parecía dispuesta a consentir ninguna objeción. Con los dientes apretados, el comendador inclinó la cabeza en dirección al palanquín y salió de la estancia.

En la ciudadela estaban el senescal y su antiguo capitán mirando por la ventana hacia los tejados de la ciudad. Pero sus ojos se quedaron fijos en la muralla del castillo templario, una muralla al parecer inofensiva y corriente, pegada entre las dos torres de sus defensas dobles, pero de la cual se afirmaba que coronaba una zona subterránea muy superior a la de la propia ciudadela.

—Si vos hubieseis demostrado ayer, querido Tris, que tenéis cojones —refunfuñó Pier de Voisins—, la intervención vergonzosa de los templarios habría llegado demasiado tarde. Ya habría sido retirada la madera y no habría combustible que encender...

—Si vos hubieseis llegado más tarde, mi señor, yo podría...

—¡Sois un cagado! —gruñó el senescal—. Eso ha permitido a vuestro hermano...

—No debéis reprocharme constantemente mis lazos familiares —rechazó Fernand le Tris—. ¡Muchas veces os habéis podido aprovechar de que yo sea hermano del inquisidor!

—Si queréis seguir siendo mi capitán, Tris, Trini la Gorda tendrá que dirigirse a otros pastos. —El senescal no estaba dispuesto a ahorrar reproches—. ¡No toleraré más semejantes insubordinaciones! He solicitado al nuncio papal en París, Rostand Masson, que nombre a Bezù de la Trinité diácono general y lo traslade a Tierra Santa. Allí podrá ejercer a sus anchas ese loco impulso de persecución cristiana. ¡Le esperan millones de infieles obtusos!

—¡Infieles, pero no herejes renegados!

—Si no desaparece él de mi vista, mi querido Tris, os despediré a vos. —El senescal tenía el semblante serio—. En este caso no solamente os relevaré de vuestro cargo, sino que incluso os exponéis a un proceso judicial, pues vuestro comportamiento de ayer ha sido denunciado en París, aunque no por mí. No me sorprendería que el condestable de Francia, el riguroso señor Gilles le Brun, se presentara próximamente aquí para poner orden. En el caso de que Bezù fuera interrogado como testigo, os espera algún dolor de garganta. Os lo quería ahorrar.

Fernand le Tris se sintió desagradablemente sorprendido, y no sólo por las palabras que acababa de oír.

—Siempre habéis sido bueno conmigo —murmuró, y desvió su mirada hacia la catedral, que se alzaba en el otro extremo de la ciudad.

—Lo que sucede es que aprecio vuestra amabilidad y complacencia —dijo el senescal, rodeándole los hombros con el brazo—. Me gusta vuestro carácter sensible, y deseo conservar vuestro ánimo dubitativo, porque en vuestra presencia me siento hombre, me siento amo y señor, ¡fuerte y decidido!

Atrajo hacia sí la cabeza del capitán y le besó en los labios, pero al punto retiró su lengua de la boca del otro, que estaba confundido, y le susurró al oído:

—Hay otro testigo de vuestras andanzas. Ya sé que fue él quien os indujo a hacerlo, ¡pero deberíais aseguráros de que no pueda caer vivo en manos del condestable! El que se rompe la pierna, puede padecer una gangrena e incluso sucumbir a una muerte rápida.

Pier de Voisins empujó con cierta brutalidad al capitán, al oír que los guardias llamaban con los nudillos a la puerta de su despacho.

—¡El embajador del gran khan de los mongoles! —fue el aviso que le llegó y que hizo estallar en risas al senescal, aunque Fernand le Tris no se veía capaz de acompañarle en su alegría.

Apenas hubo pronunciado aquél un jocoso «¡Adelante!» cuando ya se abría la puerta y entró un grupo de hombres demasiado bajos, vestidos con disfraces extraños, apretujándose para entrar en la estancia. Todos llevaban grotescas chaquetas de fieltro



y gorras con adornos de piel y una borla en la punta.

El senescal se dejó caer en su sillón.

—¡Bienvenidos! —exclamó con afabilidad—. Sabía que mi amigo, el gran khan, se acordaría de mí. ¿Qué tal está?

El jefe de los mongoles, un tanto confuso al verse tan alegremente recibido, dio un paso adelante, como exigiendo respeto.

—¡Soy Niketa Burdu<sup>[281]</sup>, sobrino del gran general Kitbogha!

—¡A ése no le conozco! —El senescal se echó a reír—. ¡Pero tengo mucho gusto en tener noticia de él!

El joven guerrero, que se había propuesto exigir respeto e intimidar a su interlocutor, olvidó todo y se limitó a presentar una solicitud que sonaba más bien como un humilde ruego.

—¿Podríamos llevarnos con nosotros a los niños, me refiero a Roç y Yeza, la pareja real?

—Me gustaría mucho poder entregároslos —le contestó el senescal, visiblemente divertido. Sus palabras sonaban sinceras, puesto que respondían a la verdad. Si hubiese sido posible, el alejamiento de los jóvenes anularía sus preocupaciones en torno al torneo previsto en el Montségur—. Siento tener que comunicaros que sus señorías ya se han marchado...

—¿Qué decís? —exclamó el jefe de los mongoles, con aire pasmado—. ¿No están aquí? ¿Qué le diré a mi tío...?

—Os diré con mucho gusto dónde podéis encontrarles —le respondió el senescal muy amable—. ¡En el castillo de Quéribus! —Y le mostró la ventana que daba al sur.

—Pero ¿cómo vamos a encontrarlo? —preguntó Niketa Burdu con voz apocada—. Este es un país extraño, lleno de gentes que se comportan como animales.

—¡También a mí me parece extraño! —le consoló el senescal con una sonrisa—. Os aseguro que la gente de aquí son peores que animales.

—¿Y por qué vuestro rey de los francos no los somete y los pacifica? —Los mongoles esperaban muy atentos una respuesta que al senescal le costó formular.

—Porque somos débiles —dijo al fin, y parecía pensativo.

—En ese caso merecéis que os corten la cabeza —respondió Niketa Burdu con aspereza—. Si el rey quiere que el orden y la ley sean respetados, debe empezar por sus gobernadores.

Pier de Voisins miró durante largo rato y con tristes ojos de perro a su interlocutor, después se retorció el bigote y respondió:

—Diré a mi capitán que os acompañe y os muestre el camino hacia Quéribus. Mañana por la mañana podréis salir, junto con él.

Los mongoles entendieron que aquello ponía fin a la entrevista y se dirigieron hacia la puerta, parloteando animados. Pero su jefe aún se volvió una vez más atrás.

—Dormiremos en el hospicio<sup>[282]</sup> de los hermanos del pobre Lázaro —explicó—. Transmitiré vuestros saludos a mi tío.

—Y yo propondré a nuestro rey que os nombre gobernador de estas tierras —le contestó el senescal, y el mongol respondió a esta propuesta asintiendo amablemente con la cabeza, antes de abandonar la estancia caminando hacia atrás y con repetidas reverencias.

Pier de Voisins simuló un temblor.

—¡Un pueblo bárbaro!

—¿Por qué les habéis revelado el paradero de Roç y Yeza?

—Para deshacerme cuanto antes de semejante plaga, y me refiero tanto a esa horda como a la ilustre pareja real. Por esa misma razón os confío a vos esta misión tan importante. Así podré disculpar vuestra ausencia, y tendré una buena excusa para alejaros de esta maldita ciudad cuando Gilles le Brun llegue a ella. ¡De modo que no os durmáis mañana por la mañana, pues ya os habéis enterado de que los mongoles no se andan con chiquitas!

## **Ejecución secreta**

El atardecer inundaba plazas y callejuelas, en las que seguían flotando en el aire las divergencias entre los seguidores de la enseñanza «pura», según gustaban de decir los propios cátaros, y los representantes del dogma rígido de la Iglesia romana.

Gosset había recuperado sus fuerzas hasta el punto de poder sentarse en la cama, situada en una estancia superior de la ciudadela, y apoyaba la espalda en varios almohadones, para entregarse a la lectura de antiguos pergaminos. Algunos de aquellos documentos los había encontrado en su dormitorio, otros se los había aportado con diligencia su anfitrión.

Pier de Voisins se preocupaba con mucha ternura de su paciente, al menos, así le parecía a Gosset, casi como una madre o tal vez como una esposa fiel, algo que no era capaz de distinguir claramente, pues su vocación de servidor de Dios le había dispensado de tener esposa. El senescal asomaba varias veces al día para ver al sacerdote, y llegó a establecerse una amistad entre los dos hombres que hacía recordar a Gosset con cierta melancolía los días felices pasados con Taxiarcos, el rey de los mendigos, en el burdel de Constantinopla. Tampoco le habría disgustado tener ahora a su disposición una amable prostituta o una complaciente doncella, como por ejemplo la princesa de los toltecas, Potkaxl, que el amigo había traído consigo de su largo viaje a ultramar. Tal vez, sin embargo, aquella criatura apenas madura fuese un tanto estúpida, como quedaba demostrado por el hecho de haber escogido nada menos que al escudero Filipo como compañero de sus juegos en el granero. Gosset suspiró y pensó que a su edad era preferible dedicarse a la lectura. Se había propuesto

un tema que desde hacía tiempo le atraía: el santo Grial. Había profundizado en el poema de Chrétien de Troyes<sup>[283]</sup>, y deseaba que alguien pudiese procurarle la obra de cierto poeta alemán llamado Wolfram von Eschenbach, que le habría gustado poder estudiar en su versión original.

*Uf einem grüenen achmardi  
truoc si den wunsch von pardis:  
Daz was ein dinc, das hiez der gral.*

Unos estudiantes lorenos en París le habían declamado con entusiasmo estos versos, y él, Gosset, no solamente los había anotado, sino que se los había aprendido de memoria. Por otra parte, a Gosset le atraía también la historia del lugar donde se encontraba. En esa misma torre había languidecido el último vizconde de Carcasona de la estirpe de los Trencavel, y en las mazmorras de su propio castillo había perecido, asesinado, es decir, envenenado, el famoso Parsifal, allí abajo, donde aquel fraile asqueroso de la pata quebrada se encontraba ahora, haciendo penitencia, para arrepentirse de sus pecados.

*Dies war, du heizes Parzival,  
der name ist reht mitten durch.*<sup>[284]</sup>

Gosset recordó que Roç, si Gavin tenía razón, sería el nieto de Parsifal. El sacerdote buscaba pues cartas y documentos escritos de la mano del último guardián del santo Grial, el Trencavel.

Revolvía copias medio borradas y folios polvorientos del archivo que Pier de Voisins había puesto a su disposición. No había otra cosa que interesara más al senescal que la figura de su gran predecesor. Y también él, Gosset, era hijo de Francia y había servido al rey Luis como embajador... aunque muy a su manera.

Gosset sonrió. Desde que sus pasos se cruzaran en el camino de la pareja real, se sentía más interesado en el misterio del santo Grial que por servir a la causa de la flor de lis. Había hablado abiertamente de esto con Pier de Voisins, y éste le había pedido que, en cuanto se encontrara con fuerzas suficientes, intentara anotar desde su punto de vista cuál era la situación en Occitania con la que él, el senescal solitario y poco apreciado, se veía obligado a bregar cada día.

Pier de Voisins sufría en su cargo, y aunque lo llevaba con resignación, sentía una ansiedad casi morbosa por profundizar en los misterios de esa tierra. Gosset había pensado pasarle su opinión primero por escrito, pero cuando releyó una vez más el informe, el instinto le aconsejó no documentar de una forma tan fehaciente su propia opinión, al menos en relación con ciertas cuestiones delicadas. Confiaba en el

senescal, pero no en todos los que residían en la ciudadela. Era fácil que un documento así cayera en manos equivocadas, y fuese aprovechado para convertirlo en una soga que serviría para ahorcar a su autor, Gosset. Por esta razón el sacerdote anotó sus reflexiones en clave, y se propuso exponerlas a su amigo verbalmente, en cuanto hallara el momento adecuado.

Los criados le habían traído la cena muy temprano, un consomé con yema de huevo y un poco de fruta, acompañando una vela de sebo que estaba encendida y le permitió repasar lo escrito, aunque la oscuridad iba adueñándose rápidamente de la estancia. Gosset leyó a media voz su informe, para asegurarse de cómo sonaba:

«Hacía ya bastante tiempo que por ambas partes no existía tolerancia alguna.» El comienzo era fuerte. A Gosset le gustaba su propio estilo. «Por otra parte, también estaba fermentando la cuestión política de la autodeterminación nacional. Durante siglos, Occitania había sido una tierra relativamente libre, que de condado solamente tenía el nombre. Se trataba de una tradición que procedía de los godos; éstos no conocían otro título superior al de "conde", aunque *de facto* Tolosa<sup>[286]</sup> poseía el *status* de reino independiente, y los señores de Carcasona, Foix y Razès, se autodenominaban con orgullo "vizcondes". Las reclamaciones de soberanía que les llegaban, en parte de Aragón, y en parte desde París, afectaban poco a los habitantes del Languedoc. Aragón estaba detrás de los Pirineos y París quedaba lejos. Pero desde la cruzada nada santa, conducida contra los que adoraban el santo Grial, llamada también guerra de los albigenses<sup>[287]</sup>, que fue ganada gracias a una alianza entre el reino de Francia, que deseaba ampliar sus territorios, y la Iglesia de Roma, que temía ver tambalearse su reivindicación de ser la única representante cristiana en la Tierra, habían cambiado todos los factores. No había para los Papas fantasma más terrible que los heréticos, a los que no eran equiparables ni los infieles que, bajo el signo de la media luna, violaban monjas y asesinaban misioneros, ni siquiera el eterno judío, y esto significó que los cátaros, que gozaban de bastantes seguidores, fueran objeto de una persecución vengativa por herejes y acabaran encontrando la muerte en la hoguera, a manos de una Inquisición especialmente inventada al efecto. Aparte de no reconocer la supremacía del *pontifex maximus*<sup>[288]</sup>, su culpa consistía sobre todo en que se vanagloriaban de saber hallar por sí mismos el camino hacia Dios. De modo que sobre aquellas tierras felices del amor y de los trovadores, pesaba la doble carga de los ocupantes franceses del norte y de los hombres negros, representantes del clero romano.

»Ahora bien, había bastantes personas que deseaban que el diablo se llevara a los franceses, pero que no renegaban de la Iglesia. Y, por otra parte, existían adeptos secretos de la teoría cátara que no deseaban en absoluto la existencia de una Francia fuerte y poderosa. Entre estos últimos había bastantes representantes de los antiguos "conquistadores", que hacía unos cincuenta años se habían trasladado a estas

fructíferas tierras. Desde hace tiempo se sentían occitanos y odiaban verse tutelados desde París. Tenían que convivir con algunas familias antiguas que habían abjurado de la herejía, o no, pero que se consideraban buenos súbditos y pagaban gustosamente sus impuestos al rey Luis, a la vez que soportaban difícilmente verse espiados por la Iglesia y tratados como cristianos poco fiables, como parroquianos de segunda categoría. Y, junto a todos ellos, los fanáticos más indomables. De una parte los *faidits*, de otra parte los francos ejemplares, que incluso se negaban a hablar o al menos a entender el idioma del país, la *langue d'Oc*. A todo esto se añaden, como es lógico, los "negros". Con esta palabra me refiero a todos los que están convirtiendo nuestra vida en un infierno: el papa Alejandro de Roma, que, al igual que sus antecesores, está obsesionado por borrar de la faz de la tierra a los Hohenstaufen; los legados que llaman, igual que antes y siempre de nuevo, a emprender una cruzada que ya no iría dirigida contra los infieles, por poco cristiana que pueda considerarse esta actitud, sino contra todo el que no se someta a la Iglesia romana, única y verdadera, es decir, contra los seguidores tanto de la Iglesia griego-ortodoxa de Bizancio, como contra los mongoles adeptos de Néstor, y entre ellos también figuran los tipos asquerosos como Trini, dedicados a perseguir a los herejes. El escalón más bajo estaría ocupado por los espías vulgares, como cierto fraile ahora inválido, culpable de muy despreciables manipulaciones.

»Por encima de todo esto vemos la oscura sombra de un estado templario, una visión que tal vez guste a los caballeros mismos, pero que con toda seguridad no le alegra el ánimo a nadie más. Mucho menos a los ciudadanos de Carcasona, que ya han disfrutado más de una vez de alguna prueba del comportamiento orgulloso de tan selecta tropa. Queda la esperanza, aunque confesemos que es muy débil, de que pueda alcanzarse un reino de la paz encabezado por Roç y Yeza. Pero a ello se oponen los intereses concretos de todos los demás: de Francia, de la Iglesia, de los templarios e incluso de los lejanos mongoles. No hay sitio aquí para la pareja real, nadie los necesita, ni siquiera es aconsejable que se queden. Espero que Roç y Yeza lo hayan comprendido. En cualquier caso, los sucesos más recientes ocurridos en Carcasona lo demuestran con claridad.

»Tal como les conozco, ¡seguirán sosteniendo, durante algún tiempo y con tenacidad, la ilusión de que Occitania es la tierra bendita del santo Grial! Al igual que vos, mi senescal, aguardáis aquí con la inútil esperanza de que el Languedoc<sup>[289]</sup> se convierta en una parte de Francia que pueda alegrar el ánimo de la corona. Pero no viviréis para verlo.» Gosset puso fin a la lectura cuando se dio cuenta de que el senescal acababa de entrar sigiloso en la estancia.

El capitán Fernand le Tris bajó la escalera que conducía al sótano, con mucha

precaución y a oscuras. No encendió la antorcha más que después de haber cerrado a sus espaldas la reja protectora, y cuando estuvo seguro de que, dada la profundidad de las mazmorras, su resplandor ya no podría llegar hasta arriba. Sabía dónde encontrar al fraile, aunque ni siquiera ahora, cuando estaba a punto de llegar, sabía con certeza qué haría al verse frente a Bartolomeo de Cremona. ¿Le liberaría, tal como le exigía Trini? No sería fácil, en vista de que el prisionero padecía la rotura de una pierna, aunque tal vez fuese posible que Barto caminara cojeando. La llave de la mazmorra le ardía a Fernand en el bolsillo, lo mismo que su puñal. Levantó la antorcha y abrió la última puerta, construida con gruesos tableros. Detrás de ésta, una escalera de caracol conducía hacia un pasillo ancho que daba a las diferentes celdas, en realidad agujeros sin luz, cerrados con rejas. En una de las últimas celdas se encontraría el fraile con los huesos rotos, estaría allí muy quieto, tal como le había aconsejado el médico de los templarios. Antes de pisar el ancho pasillo, Fernand le Tris metió la antorcha en una de las anillas encajadas en la pared. No quería que el fraile le viese el rostro. El capitán sacó la llave del bolsillo que había encontrado encima del escritorio del senescal. En ese momento le pareció oír un ruido a sus espaldas y vio aterrorizado el brillo de una antorcha, cuya luz caía sobre la escalera, la iluminaba más y más y alcanzaba finalmente el extremo del pasillo. De los cinco hombres que se acercaban, uno sostenía la antorcha de modo que el capitán tuviese que verles enseguida. Iban vestidos con las capas largas y los sombreros puntiagudos de los hombres negros, y sus rostros aparecían enmascarados, excepto dos ranuras para los ojos. En el pecho lucían una cruz blanca en forma de cuatro flores de lis con el capullo cerrado.

El capitán quiso enfrentarse a ellos con un ronco «¿Qué queréis de mí?», pero la voz le falló. Uno de los hombres llevaba en la mano un hacha de verdugo, otro una soga con una lazada atada en el extremo. El tercero llevaba unas tenazas como para sacarles las uñas de las manos y los pies a los crucificados. El cuarto levantaba una cruz, como si se tratara de un exorcismo para ahuyentar al maligno, y el quinto no sostenía nada más que la antorcha. Formaron en silencio una fila cerca de la escalera, de modo que el capitán quedó privado de la única salida posible. No se movían, únicamente veía oscilar la llama de la antorcha. Uno exclamó:

—¡Fernand le Tris, acercaos!

El capitán obedeció con piernas temblorosas. Aún no estaba muy cerca de ellos, cuando la misma voz le ordenó:

—¡Arrodillaos, Fernand le Tris!

El interpelado temblaba como un mimbre expuesto al viento y se tambaleó antes de caer de rodillas. Los hombres de negro no dieron ni un paso para acercársele. El que llevaba la antorcha era el único que había hablado hasta entonces, y la misma voz indiferente dijo ahora:

—¡Oíd la acusación, Fernand le Tris!

El capitán rompió en sollozos. No pudo retener las lágrimas que le corrían por las mejillas, y el miedo le hizo ocultar el rostro entre las manos.

—Sois un soldado del ejército francés que ha desobedecido las órdenes.

—Mi señor, el senescal, ha sopesado las circunstancias —se defendió el capitán—. Me ha perdonado.

—¡Nosotros no! —le respondió con sequedad su acusador—. Habéis retirado las guardias de los muros de la ciudadela, un acto temerario que puede calificarse de alta traición. Habéis puesto en peligro el orden público, apoyando un *autodafé* prohibido, y ayudado por los soldados que estaban a vuestro mando. Esto representa de hecho un auxilio a la subversión. Habéis realizado maliciosamente y por motivos miserables una agresión contra la vida y la libertad de una persona a la que vuestro jefe había concedido la libre retirada de la ciudadela. ¡Esto debe calificarse como mínimo de intento de asesinato, secuestro con alevosía, y desprecio...

El de la antorcha dio un paso adelante y como si ésta fuese la señal, todos pronunciaron a modo de coro siniestro:

—... al honor de Francia!

El portavoz dejó caer la antorcha, como si deseara apagarla para obtener un efecto amenazador, aunque la llama siguió ardiendo después de despedir unas chispas.

—Fernand le Tris —prosiguió el hombre sin inmutarse—, sabéis cuál es la sentencia que os espera.

Comprendió que era el anuncio de su ejecución.

—Mi hermano, el inquisidor, me obligó a formar la hoguera —balbuceó el capitán—. ¡Pero fue él mismo quien la encendió! —añadió indignado—. Yo me limité a ejecutar sus órdenes.

—El brazo armado de la Iglesia es el Estado —le instruyó el portavoz—. ¡Vos, Fernand le Tris, no habéis obedecido a Francia!

El capitán aullaba de rabia y desesperación.

—No quise asesinar a nadie, únicamente le di un ligero golpe en la cabeza, y el que me empujó a hacerlo, está allá dentro. —Y señaló la puerta de la celda donde se hallaba el fraile.

—Ahora deberíais rezar, Fernand le Tris —le advirtió una voz más joven. Sonaba más amistosa y le infundió esperanzas al capitán—. Os queda el tiempo que nos haga falta para explorar ese hueso roto. No sería justo que se curara demasiado bien. Bartolomeo de Cremona es capaz de servir a la Iglesia incluso cojeando.

Los hombres que llevaban la antorcha y las tenazas, y también el exorcista<sup>[290]</sup>, se encaminaron hacia la celda, dejando de lado al capitán, que seguía arrodillado y lleno de pavor. Fernand le Tris fijó la mirada en el hombre del hacha y el de la soga, que se apostaron frente a él. Sus ojos le miraban, carentes de piedad, detrás de las ranuras.

Se sumió en una oración silenciosa mientras prestaba atención a los ruidos que provenían de la celda. Oyó un crujido como de una madera que se parte, seguido del grito sobrecogedor del fraile, y otro grito después, aún más terrible que el primero. El aullido pasó lentamente a convertirse en un gemido, pero Fernand le Tris ya no pudo registrarlo. Miraba con tanta fijeza a los verdugos que tenía enfrente, que no se dio cuenta de que uno de los enmascarados se había puesto a sus espaldas. Un golpe con la pesada cruz de madera sobre su nuca le llevó a derrumbarse como un saco de arena mojada.

El senescal recibió una visita, ya bastante entrada la noche. Cuando la guardia le avisó de que el noble señor Jourdain de Levis, conde de Mirepoix, deseaba hablarle, Pier de Voisins se sorprendió de que el viejo zorro fuera a verle precisamente a él, representante de Francia, y además a una hora tan intempestiva. Los de Levis habían ayudado, luchando lado a lado con su antecesor, Hugues des Arcis, primer senescal de la Carcasona conquistada, en el asedio del Montségur, pero probablemente sólo lo hicieran porque les habían prometido el castillo. Muy pronto olvidaron a quién debían el feudo y el título. Apenas nombrados condes de Mirepoix, recordaron de inmediato los lazos familiares que les unían al Languedoc y muy pronto se comportaron con más insolencia que los peores enemigos de Francia. El conde jamás había presentado sus respetos al senescal Pier de Voisins. Era de suponer que, también ahora, el viejo sólo acudía en busca de pelea.

No tardó en exponer sus pretensiones. En lugar de saludar y mucho menos de disculparse por molestar tan tarde, declaró con brusquedad que venía para hablar del torneo que se iba a celebrar en el mes de marzo en el Montségur.

—Sí, ya sé —le respondió Pier de Voisins con aire de suficiencia—. Queréis celebrarlo exactamente el día del equinoccio, la máxima festividad de los herejes. ¡La Iglesia estará encantada!

—¡Es un torneo y no una romería! —gruñó el conde por toda respuesta—. Pero afecta al honor de Francia. Espero que enviéis a vuestros mejores caballeros, ¡y que la corona no haga el ridículo!

—Para mi vergüenza y la de Francia, he de confesar que no dispongo de caballeros, únicamente de vulgares soldados. —Pier de Voisins disfrutaba con la situación—. ¿Insistiréis en que os envíe a algunos?

—Si no hay ningún caballero capaz de representar los colores de Francia, es mejor que no se presente nadie de aquí a ese concurso caballeresco.

—Yo mismo estoy demasiado viejo y poco ágil para montar a caballo —se disculpó el senescal.— Pero vos, Jourdain de Levis, sois famoso por vuestra habilidad con la lanza. ¡Y todavía sois vasallo de Francia!

Ahí terminó la conversación. El viejo se dedicó a mirar por la ventana y de



repente afirmó que debía acudir a una cita galante que casi se le había olvidado. Con esta disculpa poco creíble, que a duras penas disculpaba su repentina y descortés retirada, marchó de la ciudadela.

A Pier de Voisins le pareció que había llegado el momento de irse a dormir. Faltaba una hora para la medianoche.

Una pequeña comitiva de hombres con largas capas negras atravesaba con pasos comedidos la ciudad. Cuatro de estos hombres transportaban un cuerpo enrollado en sábanas, que podría representar una reliquia valiosa o un muerto querido. Otro hombre iba en cabeza con una vela encendida. En aquellos días no era inusual ver una procesión de este tipo, aunque por regla general había más participantes, y casi siempre también alguien del clero. Durante algún tiempo se adhirieron a ella algunos niños que jugueteaban por allí y demás gentuza desocupada. Pero como nadie cantaba y los cinco hombres causaban una impresión siniestra, pronto se vieron abandonados por sus acompañantes. La comitiva se dirigió a la catedral.

Jourdain de Levis, el viejo zorro, miró en todas direcciones para asegurarse de que nadie le seguía, antes de hacer sonar la campanilla junto al portal cerrado del hospicio de los hermanos misericordiosos del pobre Lázaro. El hermano portero reconoció al conde y le dejó entrar. Jourdain de Levis le siguió hasta el dormitorio de los mongoles, y esperó con paciencia a que despertaran al anciano que algo más tarde acudió a su presencia.

Arslan no daba la impresión de estar adormilado, y tampoco se sorprendió cuando Jourdain de Levis le comunicó que el capitán estaba impedido, por lo que él en persona los acompañaría a Quéribus a ver a sus jóvenes amigos, Yeza y Roç. El chamán se sintió extraordinariamente reconfortado con la noticia, y su alegría no disminuyó cuando el conde añadió que tendrían que partir de inmediato. Quería aprovechar lo que quedaba de la noche para iniciar el viaje. Arslan despertó a sus compañeros.

Poco antes de la medianoche, la guardia de la ciudadela arrancó al senescal del sueño de los justos que apenas había iniciado. Le comunicaron la llegada del condestable de Francia.

—¡Mostradle la mejor habitación! —refunfuñó Pier de Voisins malhumorado, pero Gilles le Brun no tardó nada en presentarse junto a su cama.

—Enseguida os dejaré, para que podáis seguir soñando, amigo mío —siseó con amabilidad desacostumbrada—, pero prefiero trasladaros sin tardanza una noticia

importante, para que no obréis en sentido contrario: París ha decidido permitir que se celebre el torneo en el Montségur, y es más, piensa propagarlo como un gran acontecimiento, aunque, como es lógico, viejo amigo, sin inmiscuirse. Incluso acudirán valientes caballeros de Francia a batirse en ese concurso. Pero también deseamos que la parte contraria, es decir, la resistencia occitana, asista al completo al lugar de su previsible derrota, aunque sin duda ellos esperan y desean tomarse la revancha contra nosotros. Estarán deseosos de pisar los colores de Francia y arrastrarlos por el polvo. Mientras los *faidits* y demás caballeros estén ocupados en esos menesteres, nosotros, es decir vos, mi querido senescal, y vuestro eficaz capitán, que recientemente ha demostrado ser un hombre hecho y derecho, como Dios manda, rodearemos el lugar del torneo junto al Pog, en un círculo muy amplio que nos permita detener después a aquellos que hayan mancillado el honor de Francia o hayan expresado de algún modo palabras despectivas sobre París, el rey, y sus representantes, o bien de los que sepamos que nunca han sido amigos nuestros. Algunos podrán librarse con el pago de una cuantiosa multa, otros perderán su feudo en favor de la corona, como es fácil de comprender; y si Dios quiere caerán también algunas cabezas.

El disgusto que se llevó dejó a Pier de Voisins completamente despierto y despejado.

—¿Y quién organizará esa red enorme de vigilancia y control? Yo sólo dispongo de un montón de soldados mal pagados e inútiles.

—Ya hemos pensado en todo. El señor nuncio dará instrucciones al inquisidor Bezù de la Trinité para que ponga todo su aparato a nuestra disposición. Sus agentes estarán presentes en todas partes, en calidad de peones y escuderos, aprovisionadores y músicos. ¡Mantendrán los ojos abiertos para descubrir la subversión, y las orejas tendidas para enterarse de cualquier falta de lealtad al soberano, cualquier desprecio a la corona! ¿Qué os parece?

—¡No podré dormir durante el resto de la noche! —le respondió el senescal con tanta inocencia que Gilles le Brun cayó en la trampa—. Me imagino a Trini la Gorda disfrazado de cortesana y cantante, sentándose en las rodillas de Xacbert de Barberá, arrancándole blasfemias e insultos al rey Luis.

—Mi mayor deseo es que ese hombre caiga finalmente en nuestras redes, ¡precisamente en la fiesta de primavera!

—Lo único que tenéis que procurar es que Oliver de Termes actúe como cebo, cabalgando para Francia, y podréis estar seguro de que el señor de Quéribus no errará el blanco.

—La causa exige sacrificios. —El condestable bostezó—. Seguid durmiendo; yo también estoy cansado.

El grupo de mongoles bajo el mando de Niketa Burdu abandonó el hospicio de los hermanos misericordiosos, guiados por el conde de Mirepoix , que iba a caballo. A su lado caminaba con paso vigoroso Arslan, el chamán. Cuando llegaron a las puertas de la ciudad, les esperaba el séquito del conde, compuesto de cinco caballeros que no mostraban signos de impaciencia. Se limitaron a enviarle al conde un gesto afirmativo, y el rostro del viejo guerrero les devolvió una sonrisa feroz de satisfacción. Se adhirieron en silencio al grupo y el ruido de los cascos resonó en el empedrado de la calle, tragándose incluso las doce campanadas que llegaban de la catedral. Más adelante la blanda nieve absorbió todos los sonidos. La pesada verja con la que se cerraba de noche la entrada a la ciudad, volvió a caer con un ruido estrepitoso.

Apenas se había desvanecido la última campanada, cuando la figura oscura del dominico se deslizó desde alguna de las callejuelas que desembocaba en la plaza delantera de la catedral. El inquisidor iba acompañado de algunos soldados frioleros, pues no le gustaba salir solo por la noche, y mucho menos pasar por delante del lugar en que una gran mancha negra en medio de la nieve sucia le recordaba su obra. Bezù trazó en secreto la señal de la cruz, pensando que las almas de los quemados podrían estar vagando aún por aquel lugar. Ordenó con severidad a su escolta de alabarderos que le esperaran delante de la iglesia, y entró en la misma por una portezuela lateral.

La gran nave central estaba a oscuras, y sólo desde los altares laterales llegaba el débil resplandor de las muchas lamparillas de aceite con que los creyentes acompañaban sus ruegos a los más diversos santos. Trini pasó sigilosamente de largo, y su propia sombra reflejada en las columnas le puso nervioso. Intentaba escudriñar con la mirada el oscuro espacio del coro donde sospechaba que se ocultaban el capitán y Bartolomeo. Tal vez pretendieran asustarle, lo que sería una inadecuada falta de respeto. Pero nada se movía entre los confesionarios, y Bezù de la Trinité se detuvo irritado. Tal vez sus dos compinches se hubiesen atrasado. Una única vela alta ardía sobre el altar, y el inquisidor se sintió molesto por aquella falta de simetría. Miró hacia la cruz que colgaba del techo, en el justo eje de la estancia, y se le detuvo el aliento. Después se le paró un instante el corazón, para iniciar a continuación un loco galopar en medio de su pecho. Por encima de él colgaba un cuerpo humano, suspendido de las piernas con una cadena que se perdía en la bóveda. El inquisidor vio sobre su cabeza el rostro de su hermano, y cayó de rodillas. No se atrevió a levantar otra vez los párpados, pero la imagen ya había dejado una huella indeleble en su mente y no le abandonaría jamás. Su respiración era un ronquido y el corazón le latía en el cuello. Ahí estaba Tris, colgado como un saco lleno, y sus ojos le miraban vidriosos y saltones, los brazos le colgaban inertes. El inquisidor, a pesar de su gordura, dio un salto y huyó de la oscura catedral como perseguido por las furias.

## Sigue nevando

La mañana tardaba en abrirse camino a través de la profunda capa de nieve que cubría los bosques. Los hombres habían cabalgado toda la noche en silencio, pues no había mucho que hablar. La comitiva se había alargado, los caminos eran estrechos, y el chamán caminaba ahora al final del grupo, por la nieve ya aplastada de la senda.

Niketa Burdu aprovechó la ocasión para adelantarse hasta donde cabalgaba el conde, pues al fin y al cabo le correspondía a él, que era sobrino carnal del famoso general Kitbogha, encabezar la delegación mongol. Intentó trabar con el anciano conde Jourdain de Levis una conversación que le permitiera subrayar la importancia de su persona.

—Mi excelso soberano, que domina todos los reinos del mundo, el todopoderoso Mangu —empezó Burdume ha escogido para que viaje a vuestro país del sol poniente en busca de dos infantes que, en su día, le habían causado una buena impresión a mi *khagan*<sup>[291]</sup>, pero que se alejaron del calor de su benevolencia. Vengo a convencerles de que, en su inocencia, se han mostrado más bien desconsiderados y poco agradecidos.

—Ah —dijo el conde, tirando de las riendas de su caballo, con lo que provocó el retardo de todo el grupo—. ¿Queréis convencer a la pareja real para que abandone Occitania y regrese a la estepa de los mongoles?

—Yo espero que el deseo de nuestro supremo soberano —dijo Niketa Burdu—, que yo les transmitiré, sea para ellos una orden que cumplirán con toda diligencia.

Enderezó el cuerpo, seguro del efecto de sus palabras sobre Jourdain de Levis. Pero éste se veía forzado a guiñar los ojos porque le deslumbraba el sol naciente, que arrancaba chispas cegadoras a la nieve, y no contestó nada, de modo que Niketa Burdu tuvo ocasión de seguir detallando la importancia de su misión, de los mongoles y de su propia y excelente persona.

—Tampoco es que les espere sólo la estepa de los mongoles, que vuestros ojos, estimado conde, no pueden haber visto jamás, sino que les espera el resto del mundo, todos los países al oeste de Persia, que estamos sometiendo a nuestro dominio. Allí los infantes serán nombrados reyes, según la decisión irrevocable del gran khan.

—Ese mismo nombramiento pueden conseguirlo Roç y Yeza sin moverse de aquí. —El conde había decidido no dejarse apabullar por el emisario—. El paisaje de Occitania es incomparablemente más amable, y no hace tanto calor, señor Niketa Burdu, además de que, aquí, no hay mongoles. Quiero decir que hasta el momento vuestro ejército no ha llegado a estas tierras, por lo que no podéis conocer los encantos que ofrece el Languedoc.

—Ni falta que me hace —le respondió el mongol con impaciencia—. ¡Me basta

con la primera impresión! Mi misión no dice que me quede aquí, sino que convenza a Roç y Yeza de que regresen con nosotros, y se cumpla así el deseo del gran khan.

—Es decir ¿os queréis llevar a la pareja real ahora mismo? —preguntó el viejo zorro una vez más, para estar seguro.

La mirada de Niketa Burdu revelaba un ligero asombro.

—Yo le ofrezco a la pareja real, olvidando generosamente disgustos pasados, un regreso inmediato a la corte de nuestro soberano, cuyo poder es tan inmenso que por encima de él sólo existe ya Tengri<sup>[292]</sup>, el cielo eternamente azul. Él está dispuesto, en su inmensa benevolencia, a acogerles de nuevo, borrando lo sucedido. Para el *khagan*, no hay distancia que supere la de un disparo del arco, ni lapso de tiempo que alcance más allá que un parpadeo de sus ojos.

—¡Qué maravilla! —exclamó Jourdain de Levis y detuvo su caballo del todo—. La pareja real puede considerarse dichosa —le confirmó al joven mongol—. Cuando salgáis de este bosque, os saludará desde la colina que hay enfrente el castillo de Quéribus, donde con toda seguridad os esperan ansiosamente los infantes. Mis saludos a Yeza y Roç. Aquí se separan nuestros caminos.

El joven príncipe mongol parecía ofendido, pero tampoco tenía ganas de rogar al conde que les siguiera acompañando. En aquel momento se acercó Arslan al grupo.

—Desde aquí encontraremos el castillo sin problema —aseguró Niketa Burdu con aire obstinado, aunque repitió una vez más la descripción del camino, para que el chamán se enterara bien—. Cuando salgamos de este bosque, ¿aparecerá Quéribus en la próxima colina?

—Así es —le confirmó el de Levis y se dirigió, como pidiendo disculpas, a Arslan—. Para mí y para mis hombres, que están cansados, no sería más que dar otro rodeo. Hemos tenido mucho gusto en haber sido útiles a unos amigos de nuestros amigos, venidos de tan lejos. *A Diaus!*<sup>[293]</sup>

Y el pequeño grupo de caballeros se alejó por el bosque nevado.

Pocos días después, Mauri en Raimon, que regresaba a su hogar por el camino de los cátaros, se encontró entre la nieve de los bosques oscuros a un grupo perdido de guerreros mongoles. Si no hubiese sido por Arslan, que conseguía descubrir de vez en cuando, debajo de la espesa capa de nieve, una fuente, unas hierbas, unas raíces y tubérculos, y que incluso sabía dónde encontrar rincones protegidos, o una cueva entre las rocas, y si alguno que otro de entre los mongoles no hubiese demostrado ser un buen cazador, habrían muerto de sed, de hambre y de frío. Pero el chamán los había conducido en círculo, hasta que se les pasaron las ganas de ir a buscar a Roç y Yeza en Quéribus. Cuando comprendió que estaba cerca de conseguirlo, se hizo el contradizo con el cátaros.

—En efecto, no estáis lejos de Quéribus —les comunicó el hombre de la barba blanca—. Os llevaré hasta allí. —Y señaló la dirección a seguir.

—¡No! —gritó Niketa Burdu, fuera de sí—. ¡Ahora mismo queremos regresar al mar, a ese puerto llamado Perpiñán! ¡Ya no le creeré ni una palabra más a nadie de este país!

—Lo único que os sucede es que no habéis preguntado cuánto tardaríais en salir del bosque, pues el rumbo es el correcto —reprendió Arslan al joven príncipe mongol—. El señor conde no os mintió en absoluto.

—¡Me da lo mismo, Arslan! —refunfuñó el interpelado, que no solamente había llegado al final de sus fuerzas, sino también al de su paciencia—. Entregad a ese buen hombre la carta, para que la entregue a su vez en el castillo, y llevadnos hasta el mar.

—Pero nuestro encargo no era el de entregar la carta de William de Roebruk, sino el de llevar con nosotros a la pareja real. Es nuestra obligación.

—Vos solo lo conseguiréis mejor —concedió Niketa Burdu, respondiendo así al deseo del chamán—. Os esperaremos en Perpiñán, a vos y a la pareja real. Me he cansado de este bosque nevado.

—En este caso, ¡aceptad el amable ofrecimiento de este buen hombre, que será tan amable de conducirnos hasta el puerto!

Niketa Burdu estaba impaciente.

—Sólo tiene que sacarnos de este bosque y llevarnos hasta la próxima gran ruta que conduzca al mar. ¡No quiero ver más sendas ni atajos!

Mauri le sonrió con gesto comprensivo a Arslan y todos se pusieron en movimiento. Pronto se aclaró el bosque y abajo, en el valle, vieron la ruta que llevaba a la costa. Niketa Burdu no se dio cuenta de que enfrente, entre las rocas, asomaba un castillo. Orgulloso, renunció a la compañía de Mauri, de modo que una vez se hubieron alejado a toda prisa los jinetes mongoles, los dos ancianos se volvieron a encontrar junto a las murallas de Quéribus. Los guardias de la puerta no querían dejarlos entrar, y fueron a buscar a Rinat, que admitió a los dos extraños mensajeros e insistió en que le entregaran el mensaje. Pero Arslan se entendía ya perfectamente con Mauri, sin necesidad de intercambiar palabras, y los dos ancianos empezaron a comportarse como si fuesen dos viejos desmemoriados; cada uno acusaba al otro de haber extraviado el escrito, removían sus bolsillos, se palpaban uno al otro las ropas, y se acusaban a viva voz de estar completamente atontados, hasta que se hubo reunido alrededor de ellos la mayoría de los habitantes del castillo y finalmente aparecieron también Roç y Yeza. Arslan había conseguido lo que quería, y el zorro de Rinat se retiró, derrotado, cuando vio que Roç y Yeza abrazaban con evidente respeto y cordial alegría al anciano chamán, con su abrigo abigarrado. También Mauri era bienvenido, y Yeza preguntó:

—Finalmente, ¿os habéis convencido de que estaréis mejor aquí, con nosotros?

Mauri sacudió la cabeza.

—Nuestros caminos aún no coinciden.

—¡Seréis nuestros huéspedes! —Roç ordenó a las doncellas Potkaxl y Geraude que prepararan alojamiento y pitanza para los invitados. Los ojos de ternera de Geraude se habían llenado de lágrimas al ver a su viejo y paternal amigo.

Una vez en el interior del castillo, el chamán se acercó a una ventana y miró fuera. De nuevo había empezado a nevar y los copos caían cada vez más densos. Arslan tiró a Mauri de la manga.

—¿Veis allá lejos, al otro lado del valle, una piedra negra en el bosque?

Roç y Yeza se habían acercado también y miraban la densa cortina de copos blancos que parecían realizar un baile alocado antes de caer agotados a tierra. No se veía nada en absoluto, y mucho menos el lejano valle.

—Sí —dijo Mauri—. Veo entre los abetos una piedra negra, en medio de la nieve, sin un copo encima. En su centro brota una fuente que no se congela, el agua fluye cristalina y deliciosa...

Roç se movía excitado, ahora levantaba un pie, después el otro, y estiraba el cuello, pero sus ojos no podían atravesar la nieve, y sólo veía los copos blancos. Quiso abrir la boca para preguntar, pero Yeza intentó impedirlo. Ella deseaba que el chamán siguiera hablando de su visión a En Raimon, ese *parfait* bendito, pero Roç no comprendía el aspecto místico de la situación y lo que deseaba era satisfacer su curiosidad y destapar el misterio.

—El hueco del que brota la fuente, ¿tiene la forma de un cáliz? —le insistió al cántaro de cabello blanco.

La mirada de Mauri perdió su brillo.

—No sé —murmuró, y su voz sonó insegura—. Ya no veo nada, todo está blanco, la piedra ha desaparecido.

—La piedra negra se os aparecerá cuando creáis haber llegado al final del camino —le dijo el chamán a Yeza—. No os dejéis confundir por su aparición, seguid adelante, pues lo importante es el camino, no la piedra negra, ni el cáliz que al parecer encaja en ella.

—Es el espejo de vuestras almas —añadió En Raimon, y dedicó una sonrisa a los dos jóvenes.

Arslan les habló también, y su rostro reflejaba una alegría íntima. —Ahora descansaremos. Somos dos viejos que necesitan dormir poco, pero aún estamos sometidos a las exigencias de la naturaleza. Mañana por la mañana nos tendremos que separar.

Abrazó a Roç y después a Yeza, y ambos sintieron la gran fuerza que irradiaba de él y les inundaba el alma. En Raimon se adelantó y abandonaron la estancia sin hacer ruido, como si su peso corporal no existiera. Afuera había cesado de nevar.

Yeza y Roç se miraron. La joven fue la primera en recuperarse del embrujo, y con un leve codazo arrancó a Roç de su ensimismamiento.

—¡Ahora leeremos la carta de William! —exclamó la muchacha.

Corrió, riéndose, hacia la torre, y Roç la siguió a toda prisa.

## Saludos desde la ciudad de los muertos

William de Roebruk, O.F.M.

A la pareja real

Roç Trencavel du Haut-Ségur

y Yezabel Esclarmunda du Mont y Sion

Ante Bagdad, finales de enero de 1258 A.D.

¡Insigne pareja real, como me ordena Bulgai<sup>[294]</sup>, el señor de los servicios secretos que os llame! ¡Mis queridos amigos, que lo habéis sido siempre y lo seguiréis siendo! Hace mucho tiempo que no tengo señales de vida de vosotros. Todavía no sé cómo os haré llegar esta carta. Seguramente tendrá que dar más de una vuelta, pero haremos lo posible para que no la lean aquellos fanáticos que, sin pasar antes por su censura, no quieren que salga al exterior noticia alguna de lo que está sucediendo aquí. ¡Ellos sabrán por qué!

Pero esto, de momento, no me preocupa, y más adelante ya veremos. No tengo miedo, pues sé que mi destino está en manos de Dios, y tan estrechamente unido al vuestro que no me puede suceder nada malo, pues está escrito que os volveré a abrazar.

Hace una semana que se ha plantado el il-khan Hulagu ante las puertas de la ciudad. Yo nunca había visto la ciudad de Bagdad, a diferencia de vosotros, viajeros universales, y me siento anonadado, no tanto por la magnitud ni el grosor de sus murallas y sus torres, ni por el número de campamentos a ambos lados del Tigris, sino por esa neblina azul que envuelve la ciudad, y que me hace recordar todos los relatos de las mil y una noches<sup>[295]</sup>. También me maravilla el resplandor rosado con que el sol poniente ilumina las cúpulas y los tejados, las almenas y los minaretes, haciendo brillar las aguas del río como joyas sobre el vientre de una bailarina. Y cuando cae la oscuridad y se encienden las cadenas de luces de centenares de mezquitas y palacios, podríamos oír las llamadas de los muecines, si nuestra máquina de guerra no armara un ruido tan increíble: miles y miles de caballos haciendo sonar los cascos, conformando un resuello y unas estampidas atroces, acompañados del tintineo de los arreos y las armas. Las catapultas que lanzan piedras crujen y gimen, las máquinas que arrojan ollas de fuego griego, los arietes y las torres de asedio



avanzan y retroceden. Se oyen las pisadas de los soldados y las órdenes que gritan los jefes de centuria. Hemos llegado para destrozar, violar y estrangular a Sheherezade<sup>[296]</sup>, y nada la podrá salvar.

En pocos días se formaron puentes de barcas que cruzan el río Tigris para llegar a la ciudad, y las alas del ejército comandadas por los generales Baitchú y Kitbogha se trasladaron a la otra orilla, cerrando así el círculo del asedio. El propio il-khan se ha detenido ante la parte oriental de la ciudad, donde están los palacios del gobierno y los cuarteles. Su esposa, la *dokuz-khatun*, ha insistido en mantenerme a mí en su campamento, pues me aprecia como gran predicador, por lo que he tenido que quedarme, aunque me habría gustado mucho más hacer la campaña con nuestro viejo amigo Kitbogha. Dios sabe que, en la tienda de éste, la mesa está mucho mejor puesta, mejor incluso que en la de Elulagu, que cada día se hace servir una especie de monótona dieta de cuaresma, porque padece del estómago. Pero no creáis, amigos míos, que vuestro William esté perdiendo las carnes, aunque precisamente carne es lo que no vemos nunca, pues sólo nos sirven verduras y arroz hervido sin sal. Para apagar la sed, ahí está el agua. He ahí una de las razones por las que las damas acuden con regularidad a la misa, en la que ofrezco vino de comunión en abundancia. De todos modos, sí he tenido que apretarme algo el cinturón, o sea, el cordón con que sujeto el hábito, y si me miro al espejo, veo allí el rostro decaído de un franciscano cuyo cabello rojizo también está quedando bastante más empobrecido. Se va extendiendo una calva en mi cráneo que me dispensa de tener que afeitarme la coronilla. Ya es triste, pero debo representar la imagen de un minorita ejemplar, pues la insigne señora, la *dokuz-khatun*, tiene ideas fijas en cuanto al aspecto que debo presentar. Por otra parte, estoy gustosamente dispuesto a cumplir con todo lo necesario para que, una vez conquistada la ciudad, me nombren al menos patriarca cristiano de Bagdad.

Pero volvamos a mi relato principal. Cuando se inició el bombardeo por parte de nuestras máquinas, los golpes retumbaban día y noche contra el anillo de las murallas exteriores, y los disparos volaban, más allá del segundo anillo, hasta el mismo centro de la ciudad. Supongo que esto recortaría las esperanzas del califa, aunque, de momento, no hemos conseguido abrir una brecha. El soberano envió a nuestro campamento a su visir Muyawad ed-Din, el chiíta, quien, como es sabido, habla desde hace mucho tiempo en favor de una paz con los mongoles, aunque no ha podido imponerse frente al *dawatdar*, secretario mayor y canciller sunnita ¡y un incorregible gallo de pelea! De todos modos, la misión del gran visir me significó un duro golpe, que me afectó, por decirlo así, como un puñetazo en el estómago. Resulta que, para causarle buena impresión a la *dokuz-khatun*, traje consigo a un hombrecillo magro llamado Makika, que para sobresalto mío ha resultado el patriarca nestoriano de Bagdad. ¡Yo ni siquiera sabía que en la ciudad del profeta existiera una comunidad

cristiana! La *dokuz-khatun* tampoco lo sabía, pero se mostró tan contenta por este hecho que derramó sobre Makika, cuya figura enclenque despierta su evidente benevolencia, toda clase de regalos. No obstante, cuando quiso convencer a su esposo de que debía recibir a la delegación, no obtuvo resultado alguno. Hulagu se negó a negociar con el embajador y ni siquiera quiso oírle. Su ayudante, Ata el-Mulk Dshuveni, que es él mismo un musulmán adepto de la sunna<sup>[297]</sup>, tuvo el gran placer de exponerle al visir chiíta<sup>[298]</sup> que hiciese el favor de regresar a su ciudad. Ahora bien, yo sé, no sólo por lo que he oído decir, sino por mi propia y penosa experiencia, qué trato suelen dar los mongoles a los vencidos. En el caso de Makika no me importa, muy al contrario: tengo la esperanza de que este hombre no sobreviva al primer baño de sangre que suele seguir a una conquista. En cambio, siempre he sentido simpatía por Muwayad ed-Din, a raíz de lo que vosotros me habéis contado, por lo que me acerqué a él y me presenté como confesor de la pareja real. Os recordó enseguida, incluso se sabe aún vuestros nombres de memoria. Le aconsejé apresuradamente que, en cuanto regresara, se acostara como si estuviese a punto de morir, pues ésa sería la suerte que de todos modos le esperaba. Que se procurara un veneno provocador de una muerte aparente, y se hiciese trasladar al panteón familiar. También le dije que pensara en las joyas que pudiese llevarse a la tumba, pues tendría que esperar allí hasta que hubiese pasado el temporal y yo tuviese la posibilidad de liberarle. En lo posible, debía hablarles de este asunto al menor número posible de personas, y en ningún caso a sus mujeres, pues no era seguro de que alguien de su familia le sobreviviera. También le dije que, en vista de la suerte que los amenaza, tanto los parientes como los esclavos suelen ser poco fiables. El gran visir no me preguntó el porqué de mi actitud tan favorable a él, sino únicamente, y esto me pareció razonable, acerca de la forma en que podía agradecerme. Le dije rápidamente que ya lo veríamos.

Muy pronto le obligaron a abandonar nuestro campamento.

Ahora me preguntaréis que qué demonio se me ha metido en el cuerpo. ¿Vuestro William convertido en pérfido ladrón de tumbas, o en mísero intrigante? ¡Ni hablar! Tan sólo quiero aprovechar el más mínimo resquicio, por si se presenta la ocasión de adquirir un cargo y una dignidad. Un hombre tan importante, enterrado en su tumba, representa una cierta garantía, aunque nunca del todo segura, puesto que Muwayad podría morir de hambre antes de que yo le encuentre. También podrían adelantarse otros saqueadores de tumbas, o suceder cualquiera de los innumerables contratiempos imaginables que podían desbaratar mis cálculos. Es como una apuesta, una apuesta de ciento contra uno, una aventura de resultado totalmente incierto, pero que si sale bien, me facilitará el sacudirme de encima la aburrida vida cotidiana en la corte de la *dokuz-khatun*, ¡sobre todo si Makika sigue con el cargo de patriarca! Si gano, tendré posibilidades de volver a sumergirme en el mundo de Occidente, y, por una vez, no

en calidad de monje mendicante totalmente empobrecido. ¡Sinceramente, vuestro William se aburre, y vosotros me faltáis! Si la montaña no se acerca al profeta, tendrá que acercarse William a la montaña, sobre todo si se trata del Montségur, de donde os saque cuando érais niños, para arrojaros a una vida turbulenta, que pude disfrutar a vuestro lado. ¡Estoy ansioso por volver a estar con vosotros!

Bagdad, principios de febrero de 1258 A.D.

Una semana más, y el terrible bombardeo arrojó sus primeros frutos: el muro oriental comenzó a derrumbarse, mientras las brechas eran defendidas aún por los defensores, aunque con mucho esfuerzo. El califa el-Mustasim se dirigió, con sus generales y los funcionarios más importantes del estado, al campamento del il-khan. Me sentí aliviado, y de algún modo extraño incluso feliz, cuando vi que entre ellos no estaba el gran visir. Les exigieron que depositaran las armas y entraran en una tienda. Ellos pensaban que era la de Hulagu, pero en el interior les esperaban los verdugos de Dshuveni, que acabaron con todos ellos. Algunos intentaron escapar a la matanza, pero afuera les esperaban las lanzas de los soldados que rodeaban la tienda de las ejecuciones. Sólo sacaron antes al califa. De todos modos, oí como Dshuveni, el ayudante del il-khan, se quejó amargamente ante éste porque en el séquito del califa no figuraban ni el canciller de la corte, Aybagh, ni el gran visir. Precisamente en ese instante, los guardias traían arrastrado al gordo *dawatdar*, que se había dejado caer, delante del campamento, en una hondanada entre las dunas, simulando estar ya muerto. Hasta yo pude oler que llevaba los bombachos llenos de mierda. Dshuveni se tapó la nariz y le ordenó regresar a la ciudad y procurar que los defensores abandonaran las armas.

Me dio la sensación de que Dshuveni tenía algún proyecto en relación con el canciller, pues todos conocíamos al *dawatdar* como un personaje corrupto, que había atesorado grandes riquezas. No habría tratado con tanta benignidad al gran visir, un asqueroso adepto chiíta, según él. Pero un aplazamiento no es lo mismo que un acto de gracia. Yo ya lo sospechaba cuando las tropas mongoles entraron en la ciudad. No estuve presente, porque Hulagu y su corte tardaron algo en seguirles. Pero los horribles rumores acerca de lo que estaba sucediendo entre las murallas sobrepasan, como es costumbre entre los mongoles, todo lo que se haya podido oír hasta ahora. Mataron sin excepción alguna a todos los habitantes de la ciudad, tanto si se enfrentaban a ellos con las armas en la mano como si se rendían, sin perdonar ni a las mujeres ni a los niños. La masacre duró muchos días. Durante este periodo, ochenta mil ciudadanos perdieron la vida. De todos modos, las tropas georgianas, que son cristianas, y que siguieron al *dawatdar* a su regreso, entraron por las brechas abiertas y fueron las más salvajes a la hora de desahogar su odio a los musulmanes. Cortaban la cabeza a cuantos encontraban en su camino, y montaron con ellas una gran

pirámide en la plaza delante de la nizamiya<sup>[299]</sup>, la madrasa<sup>[300]</sup> más antigua de Bagdad. Al cabo de un tiempo, esta pirámide llegó a tener veinte metros de altura.

Los únicos supervivientes se asegura que son algunos niños y niñas especialmente bonitos, que fueron reunidos en el patio de la venerable mustamsiriya<sup>[301]</sup>, la famosa escuela coránica, para ser distribuidos como esclavos entre los generales; además, casi todos los miembros de la comunidad cristiana que se habían refugiado en las iglesias. Ésta fue una condición impuesta por la *dokuz-khatun*.

De una de aquellas iglesias sacaron los georgianos al gordo *dawatdar*, que se había disfrazado de sacerdote. Dejaron a Dshuveni sin oportunidad de torturarlo a placer para descubrir dónde tenía enterrados sus tesoros, pues se apresuraron a cortarle a trozos, aún delante de la puerta. Me enteré de ello por boca de Makika, que había acudido a la tienda de la *dokuz-khatun* para darle las gracias por haber protegido a su comunidad. ¡Adiós, trono del patriarca! Sacudí la mano de aquel hombrecito enclenque y le felicité.

Bagdad, a mediados de febrero de 1258 A.D.

Después nos dispusimos también nosotros a entrar en la ciudad, junto con el il-khan. Tomamos residencia en el palacio del califa. Hulagu se lo trajo consigo y le ordenó enseñar, ya el primer día, todas las dependencias, sobre todo las cámaras del tesoro, aunque no le bastó con esto. Después fue entregado a Dshuveni, que le preguntó por los tesoros escondidos. El viejo el-Mustasim, que hacía el número treinta y siete en la secuencia venerable de califas abasíes, sacudió la anciana cabeza. Entonces le pasaron un cordón de seda en torno al magro cuello y estiraron de él hasta que la nuez amenazaba con reventar la piel. El hombre señaló entre estertores una pared, y los mongoles empezaron a derribarla, a la vez que le cortaron a él el índice. El califa gemía y sangraba. Detrás de las piedras se abrió un hueco que resultó ser una cámara donde se ocultaban veinte arcones, todos ellos llenos hasta los bordes de monedas de oro. El ayuda de cámara había olido sangre, y no le bastó la del califa, al que hizo estrangular de nuevo hasta que los ojos casi se le saltaron de las órbitas. Les señaló la escalera que conducía al sótano, extendiendo el dedo meñique. El-Mustasim fue conducido abajo, siempre tirando del cordón de seda. Después de bajar unos escalones, les mostró a los mongoles cómo se acciona un mecanismo que abre otro pasillo. Desde la oscuridad veíamos brillar fuentes y cálices, armaduras de adorno y ánforas, estuches y candelabros, arneses y hasta un trono entero, todo ello no sólo fabricado de oro y plata, sino ricamente adornado con piedras preciosas. Sus verdugos apretaron la mano del pobre califa contra uno de los escalones de piedra y le cortaron el dedo meñique. Ya no les seguí hacia lo más profundo del sótano, del cual me llegaban los estertores del califa. Más adelante oí decir que había muerto en su propia cama, después de haber revelado a sus verdugos que toda la estructura

inferior de su lecho, que era tan ancho como alto, inclusive las columnas que soportaban el dosel, eran de oro macizo. En aquel momento ya le quedaban pocos dedos en ambas manos, de modo que habría muerto con toda seguridad desangrado si Dshuveni no le hubiese mandado estrangular.

Salí con todo sigilo del palacio del desgraciado califa y pregunté por la residencia del gran visir. El palacio de éste había sido saqueado varias veces. Por todas partes se veían muebles destrozados, vajilla rota y tapicerías rasgadas, lo cual, con la suciedad y la sangre que no había tenido tiempo de secarse, resultaba un espectáculo tan repelente que los únicos que se atrevían a acercarse a los cadáveres mutilados eran ya las ratas y las moscas verdes.

Hice acopio de valor y bajé a las estancias de la servidumbre, y desde allí avancé hasta las despensas. En el sótano más oscuro encontré, detrás de un montón de cadáveres que ya empezaban a podrirse, a los hijos pequeños del mayordomo aterrorizados, así como a un cocinero y dos eunucos. Después de convencer al cocinero que dejara de amenazarme con el cuchillo, pues yo le tenía más miedo a él que él a mí, me enteré de que su señor, el gran visir, había decidido suicidarse poco antes de caer la ciudad. Se había retirado a la tumba de sus venerables antepasados y había mandado emparedarlo, llevándose consigo el mismo veneno con el que las mujeres de su harén, bajo la supervisión y con la ayuda de los eunucos, habían puesto fin a sus vidas.

Me hice describir el camino hacia el panteón, asegurando que deseaba sumirme en una oración junto a la tumba del viejo amigo, y les ordené que se quedaran escondidos hasta que hubiesen acabado las matanzas.

El panteón está situado en la parte posterior del parque. Claro que no me dirigí directamente a este *ma'abad al miyet*<sup>[302]</sup>, sino que decidí pasearme entre los estanques artificiales de peces de adorno, donde vi a estos animales flotando con el vientre hacia arriba, y entre las grandes pajareras cuyos habitantes estaban todos muertos en el fondo, hasta que finalmente me encontré ante las cúpulas del panteón. Antes de acercarme más, miré con precaución hacia todos los lados, y rodeé con mucho cuidado sus muros encalados. En ningún lugar pude descubrir una abertura recién cerrada. Llamé con los nudillos y agudicé el oído. Toqué tres veces, con una pausa larga y otras dos pausas breves, y apreté el oído contra la pared. La voz del visir me susurró con toda claridad, como si estuviese delante de mí:

—Bienvenido, amigo mío —me dijo, como si aquella cita fuese lo más natural del mundo—. ¿Ya ha pasado todo?

—Sí —le contesté—. El califa ha muerto y el *dawatdar* también.

—*Al hamdu ua shukru lillah!* Entonces puedo salir.

—Esperad un poco —le respondí rápidamente—. Primero quiero asegurarme de que no os alcance el mismo destino. Mañana a esta misma hora regresaré, y espero

poder deciros para entonces si los mongoles os buscan con malas intenciones.

—Me da igual —exclamó Muwayad ed-Din disgustado—. ¡No quiero pasar el resto de mis días emparedado!

—Os ruego que seáis razonable —rogué, siempre hablándole a las piedras—. ¡Todo podría haber sido inútil! Al menos esperad hasta mañana.

El gran visir no se dignó darme una respuesta y yo salí a toda prisa del parque. Camino de mi residencia, estuve rompiéndome la cabeza para encontrar una solución que permitiera la resurrección de un muerto sin que le volvieran a matar enseguida. Comprobé con alegría que el Bulgai había acudido a presencia del il-khan para valorar los tesoros hallados y fijar la parte que le correspondía al gran khan Mangu. El Bulgai es el juez supremo del imperio mongol y señor indiscutible de los servicios secretos, un hombre a quien teme todo el mundo. Posee una gran inteligencia y una honradez a prueba de todo intento de soborno. Esto significa que para mí es mucho menos peligroso que por ejemplo Dshuveni, quien obedece a sus afectos y sus odios. Con el Bulgai se puede hablar.

Le encontré en la primera cámara de tesoros abierta en la pared, inclinado sobre las listas confeccionadas, mientras sus gentes pesaban las cajas, porque contar las monedas habría requerido demasiado tiempo.

—Mi humilde saludo vale poca cosa, venerable Bulgai, en comparación con las grandes riquezas que esta ciudad ha puesto como tributo merecido en vuestras manos —le dije.

—Pues sí. —El hombre apenas levantó la vista—. Les habría resultado más barato rendirse a tiempo. Estos árabes no saben calcular, aunque les debemos la invención del álgebra.

Entonces se dignó mirarme. Sus ojos oscuros me atravesaron, y se clavaron en mí como se atrapa a una mosca con la que se quiere ir a pescar.

—¿Qué ventajas pensáis obtener con esta visita tan directa?

—Dejando aparte el alto tributo pagado —respondí—, Bagdad sigue siendo una gran ciudad, y como tal es un valor a tener en cuenta, incluso con una población que ha quedado más o menos reducida a la mitad, si mis cálculos no me engañan.

—No os equivocáis demasiado, William. —Su calva inclinada me invitaba a proseguir.

—Una ciudad así necesita de un administrador que cobre impuestos, y cée un gobernador que os represente lealmente.

—¡Ja! —Me lanzó a la cara una risa inesperada—. ¿Acaso buscáis ahora un cargo mundano? ¡No es mala idea, William de Roebruk! —Me miró con benevolencia y a Dios gracias no se me ocurrió contradecirle—. En realidad, yo tenía la intención de nombrar al gran visir Muwayad ed-Din, pero este señor no ha confiado lo suficiente en la generosidad de nuestro venerable il-khan y, según me dicen, ¡ha preferido

suicidarse antes que afrontar el futuro!

Fue un momento difícil para mí. ¿Sería preferible callar? Después confié en mi inventiva y mi espontaneidad.

—No me gusta, insigne Bulgai —le contesté atrevido—, hacer quedar mal a vuestro servicio secreto. Pero he de deciros que el guardián superior de su harén, que murió entre mis brazos, me ha informado de que el pérfido *dawatdar* hizo emparedar vivo en algún lugar a su competidor, el gran visir, antes de dirigirse con el califa a negociar al campamento del il-khan. Todo ello porque el canciller tenía esperanzas de ser nombrado gobernador a vuestro servicio.

—Según me han informado, hemos abierto cada sótano de esta ciudad y hemos revuelto cada pie de tierra. ¿Nos habrá pasado por alto alguna mazmorra secreta?

—Os ofrezco con mucho gusto la verificación de ese rumor —me ofrecí diligentemente.

—Haréis bien, William de Roebruk —dijo él, y su mirada cortó, como si fuese el filo agudo del hacha del verdugo, la línea de mi cuello, hasta cortarme casi la respiración—. Puesto que habéis sido vos quien puso en el mundo dicho rumor, después de que el único testigo, el eunuco, haya muerto en vuestros brazos misericordiosos. A los servicios secretos no les gusta que alguien sepa más que ellos, ¡y mucho menos que les engañen!

Inclinó la calva y me consideré despedido. Casi me pareció haber sido despedido incluso de esta vida, ser un emparedado vivo como mi prisionero voluntario, a quien debía soltar ahora. Salí de la cámara caminando hacia atrás.

—Haréis bien en encontrar a Muwayad ed-Din —me advirtió su voz por última vez—, ¡vivo o muerto!

No fui tan pueril como para regresar sin más a la residencia del gran visir, pues estaba claro que el Bulgai haría vigilar cada uno de mis pasos. Tampoco al día siguiente me atreví a dirigirme al parque. Por la tarde, el Bulgai me hizo llamar a la sala de audiencias del palacio del califa.

Allí vi a Muwayad ed-Din, un tanto desmejorado, con la barba sin afeitar y el cabello crecido y despeinado. Los servicios secretos le habían liberado de su cárcel. Hice un esfuerzo por aparentar seguridad y sonreí al Bulgai. Este movía la cabeza, lo que consideré era un signo de acuerdo, por haberse solucionado el asunto a su plena satisfacción. Sin dejar de mover la cabeza, desvió la mirada de mi persona y se dirigió al visir.

—¿Cómo es posible, Muwayad ed-Din, que el *dawatdar* Aybagh no os haya hecho matar directamente?

El gran visir le respondió sin vacilar:

—¡Porque ese monje me advirtió del peligro!

—¡Decid la verdad! —le insistió el Bulgai a su candidato preferido.

Sentí un escalofrío, creyendo que aquel hombre acabaría perdiéndose a sí mismo, y a mí de paso también. Pero el gran visir demostró ser apto para el cargo de gobernador.

—Cuando oí que corría peligro, tomé la precaución de despedirme de la vida e hice emparedar mi cuerpo mortal —nos informó con toda tranquilidad—. En el sentido más estricto de la palabra, entregué mi vida en manos de Alá.

—Y éste tuvo el buen tino de utilizar como mediador a William de Roebruk —puso el Bulgai fin al interrogatorio—. ¿Sabéis que este monje es conocido en el resto del mundo como «el pícaro de Flandes»?

—Yo sé que es capaz de oír la voz de Alá —respondió el futuro gobernador—, y eso debemos agradecerse.

El Bulgai sonrió, y me dejaron marchar.

Bagdad, marzo de 1258 A.D.

Aunque todas las calles y todos los patios estaban ya limpios de cadáveres, que han sido quemados a orillas del Tigris formando gigantescas piras, todavía quedan muchos muertos bajo las ruinas de las casas derrumbadas, y por esta causa flota una nube de olor dulzón a podrido encima de la ciudad. Hulagu, por un temor justificado de que estallen epidemias por culpa de los cuerpos hinchados que quedan en los pozos y las cisternas, ha trasladado su campamento del palacio del califa a un lugar llamado Hamadán, tierra adentro. A mí me han permitido quedarme en Bagdad, después de que el patriarca Makika y el nuevo gobernador Muwayad ed-Din hablaran en mi favor.

Yo me sentí contento de poder escapar al enjambre de mujeres que rodean a la *dokuz-khatun*, y acepté el amable ofrecimiento de mi amigo Muwayad de vivir en su propia residencia. Él mismo ha pasado a vivir en el palacio del califa, una vez limpio, que ha sido convertido en sede del gobernador. Sus poderes son limitados; primero ha sido instruido por Dshuveni, ayudante de Hulagu, para que aprenda a aplicar con severidad y rigor el sistema administrativo de los mongoles, y cuando Dshuveni tuvo que seguir a su señor al campo, el gobernador ya estaba rodeado por toda una corte de funcionarios e inspectores financieros mongoles, de modo que sólo le queda la tarea de sellar lo que los demás han firmado con sus redondillas.

—Tengo la sensación de ser un cinturón de cuero que se aprieta a sí mismo cada día más —me ha confiado el señor Muwayad hace unos días—. Y también los inspectores, a los que supuestamente debo dirigir, son como el cuero, y cada día me veo obligado a masticar ese cuero sin que llegue jamás a gustarme. Cualquier suela de zapatos me sabría mejor. No entiendo que hayáis aguantado tanto tiempo entre los mongoles.

—Hay que ponerlos a hervir o colocarlos debajo de la silla de montar para



ablandarlos —le aconsejé, pero él rechazó la propuesta.

—Seguirán siendo duros aunque se les corte en tiras pequeñas.

La inclinación que Muwayad sentía al principio por los hijos de la estepa, va disminuyendo a ojos vistas. Como si fuese mía la culpa de que sea ése su destino, en lugar de otro mucho peor, ya no parece estimar demasiado mi presencia. Por no hablar de gratitud eterna o de algún regalo de importancia.

Mientras, el il-khan ha empezado a retirar sus tropas de la ciudad. A muchos de sus generales les disgusta la orden, pues han estado trabajando hasta el último momento en las casas abandonadas, buscando tesoros escondidos. No olvidéis que Bagdad ha perdido de golpe a más de la mitad de sus habitantes, y que muchos de esos desgraciados habían enterrado o emparedado sus joyas, seguros de que se produciría un saqueo. Claro que se llevaron el conocimiento de tales escondites al más allá. Se dice también que Hulagu tiene dificultades para decidir cómo emplear los inmensos tesoros que los califas abasíes han acumulado a lo largo de cinco siglos, y que, en su mayor parte, según creo, han caído en sus manos. La parte que envió a su hermano Mangu, el gran khan, cumpliendo con su obligación y a la vez mostrándose inteligente, permite, según pude comprobar con mis propios ojos, calcular lo gigantesco que ha sido el botín. Veinte carros grandes, cargados hasta los topes, y tirados por bueyes que bufaban del esfuerzo, transportaron los arcones fuera de Bagdad, rodeados de una escolta formada por tropas del ejército. Para guardar el pobre rostro que le ha quedado, Hulagu ha mandado construir en Shaha, a orillas del lago Urniiah, un gigantesco castillo sin ventanas, en el que hay un horno para fundir el oro, y cámaras separadas para almacenar toda clase de piedras preciosas. En el centro dicen que hay una sala bajo cúpula, en la que expone para su propio placer todos los objetos y las joyas que considera demasiado valiosas, dada su categoría artística, para ser fundidas y aprovechadas por separado.

El il-khan tiene la intención de fijar su residencia muy cerca de allí, en el Aserbaidyán<sup>[303]</sup>. Su esposa se ha preocupado de que el patriarca Makika no se quede con las manos vacías. Le ha concedido abundantes regalos, ha equipado varias mezquitas, transformadas en iglesias cristianas, con objetos suntuosos, y le ha regalado el antiguo palacio de los califas situado en la orilla occidental del Tigris, para que lo use como residencia suya. Los mongoles que quedan se han retirado totalmente al lado oriental, y se han llevado consigo al gobernador. Allí tienen a su disposición unos edificios recién construidos y, sobre todo, numerosas caballerizas.

Yo paso mis días en la antigua residencia del gran visir, que prácticamente ha quedado a mi disposición, y suelo emprender largos paseos por la ciudad casi vacía. Hay que recorrer muchas calles hasta encontrar una tienda abierta, los talleres están destrozados o vacíos, y me tropiezo con pocas personas. Las que encuentro, se muestran desconfiadas, apesadumbradas y atemorizadas. Comparto mi residencia con

los dos eunucos, que se ocupan de los huérfanos del antiguo mayordomo, y con el cocinero, que se cuida sin muchas ganas de mi bienestar personal, siempre que le pague los precios absolutamente exagerados que supuestamente le exigen en el mercado, y siempre que esas criaturas maleducadas no me roben las monedas de los bolsillos. A veces incluso comen antes que yo, directamente de la mesa, lo que el cocinero ha dispuesto para mí.

Ha llegado a la ciudad un grupo de misioneros franciscanos, que se mostraron muy sorprendidos o, mejor dicho, extrañados de encontrar aquí al famoso William de Roebrok, además de verme en un estado saludable. A ellos les había llegado el rumor de que hacía tiempo que estaba muerto. No saben decirme casi nada de Occidente, pues vienen de Tierra Santa, y sólo me supieron explicar que la guerra civil iniciada en St. Sabas, en Acre, sigue vigente y da lugar a las alianzas más contradictorias, alianzas que, por otra parte, nunca duran mucho. Parece que al final incluso Genova y los sanjuanistas<sup>[304]</sup>, que en su día demostraron ser enemigos encarnizados del emperador, defienden ahora con mucho afán la causa de los Hohenstaufen. En cualquier caso, el Papa habría ordenado, justo en el momento en que se marchaban los franciscanos, que acudieran representantes de las tres repúblicas marítimas<sup>[305]</sup> a su corte de Viterbo<sup>[306]</sup>, porque el Brancaleone<sup>[307]</sup> le ha echado de Roma, y también habría dispuesto que dos embajadores venecianos y dos pisanos se dirijan en una nave genovesa, además de dos genoveses en una nave de la Serenísima, a Tierra Santa, para procurar que allí se acuerde un armisticio y se acaben las disputas entre cristianos. Una misión en cuyo éxito mis hermanos no parecen creer mucho.

Por mi parte, he intentado hacer comprender a estos hermanos que los nestorianos no solamente son cristianos, por lo cual se resisten a cualquier conversión, sino que también gozan de los favores de la autoridad mongol. Pero esto no cabe en sus rústicas cabezas. Me resultó penoso, aunque no lo pude evitar, acompañarles a ver al patriarca Makika, donde demostraron ser aún más torpes de lo que yo jamás hubiese podido imaginar. Conseguí escabullirme antes de que los echaran de allí.

Cuando comprendí que no obtendría del señor Muwayad un agradecimiento contante y sonante, empecé a fijarme, mientras exploraba la ciudad, en posibles escondites de dinero que fuesen más bien difíciles e improbables, pues los más simples hace tiempo que han sido vaciados por otros. Ahora suelo llevar conmigo un cuchillo partido, que he roto yo mismo en mi primer intento, y una pequeña pala. Me he convertido en un buscador de tesoros. Hasta ahora he tenido poca suerte. Mi único botín han sido un par de pendientes infantiles sin valor alguno, y un anillo de rubíes que resultaron ser falsos. De modo que acabé pensando que lo más lógico era buscar un resarcimiento, que considero justificado, en mi propio parque, es decir, en el del gran visir.

De modo que cierto día me encaminé de nuevo, observando de paso los pececillos

de colores que vuelven a nadar en los estanques y los pajarillos que revolotean en las pajareras, en dirección al panteón. Me dirigí con pasos decididos hacia la parte posterior, donde habíamos intercambiado en su día nuestros susurros, y vi que había algunas piedras arrancadas, formando un orificio con el tamaño suficiente para dejar paso a un hombre. Metí la cabeza por la abertura. En el suelo vi restos secos de comida y me llegó un olor áspero. Arrimado a la pared vi un sarcófago abierto y detrás algunos arcones cerrados. Pensé: ¿Será posible que el señor gran visir no haya tenido tiempo de recuperar sus tesoros? Ya tenía una pierna metida por el agujero, con la intención de hacer pasar el resto de mi cuerpo, que no es precisamente esbelto, cuando oí detrás de mí la risa reprimida de un niño. ¡Los críos del mayordomo! De modo que eché el torso de nuevo hacia atrás, tropecé con mi cabeza contra las piedras medio destrozadas y me quedé sentado de espaldas, como un ladrón atrapado, formando un grueso tapón en el agujero. Vi delante mío a un enjambre de niños flanqueado por los dos eunucos y el cocinero, éste último grotescamente armado con un gran cuchillo de cocina, detalle que me hizo reír. Pero no fui el único en tomarse aquella situación a broma: los niños me miraban divertidos, aunque los eunucos con tristeza, y el cocinero con reproche.

Aquella noche no me dieron nada de cenar. Por la mañana, el mensajero de la cancillería del gobernador me trajo un breve certificado, por el cual se me comunicaba que, habiéndose aceptado mi solicitud, podía retirarme de Bagdad con la delegación de mi orden O. F. M., Ordo Fratrum Minorum.

Me dirigí a la residencia de Makika, que fue tan cortés como para despedirse al menos personalmente de mí. Me sacudió las manos y me deseó mucha suerte. En esa ocasión me enteré de que mis queridos hermanos partirán hoy mismo. De modo que me veo obligado a poner fin a este escrito.

Lo único bueno del asunto es que estos sucesos me acercarán más a vosotros, pues nos dirigiremos a pie, y en línea recta, hacia oeste. A lo más tardar en Damasco me separaré de mis compañeros. Confío esta carta a Makika, que puede disponer de los servicios de mensajeros mongoles. Si no se le ocurre abrir el sello y escamotear la carta, ésta os llegará antes de que yo alcance la costa del Mediterráneo. Mi ansiedad por volver a abrazaros, mis queridos amigos, dará alas a mis pobres pies y transformará las ampollas y la arena que entra en mis sandalias en miles de caricias. Tengo por delante muchas millas a través del desierto, más de las que separan a los Alpes de Otranto. Sueño con un camello que me lleve volando de oasis en oasis, donde unas huríes<sup>[308]</sup> de ojos ardientes me refrescarían bajo las palmeras y me calentarían con su cariño durante la noche. Esta clase de ideas son las que se adelantarán a mi cuerpo y os alcanzarán a vosotros, mis pequeños reyes, sea donde sea donde os encontréis. No me olvidéis.

Con amor y prisas, vuestro

Yeza y Roç se miraron. Habían estado acostados en su cama con las cabezas muy juntas, para leer la carta de William de un tirón, como solía decir Yeza. Se incorporaron y Roç abrazó a la joven.

Si antes era ella la que nunca tenía bastante, y muchas veces se pegaba a él y le mordía, hasta causarle algún dolor, ahora sucedía cada vez con mayor frecuencia que Yeza renunciaba a un intercambio apenas iniciado de caricias, porque de repente se le ocurría que debía pensar en otras cosas supuestamente más importantes. Todavía disfrutaba de la pasión que unía sus cuerpos en un juego recuperado de tanto en tanto, pero, cada vez más, ella consideraba que perdía el tiempo con esas diversiones, y que éstas le impedían ocuparse de otros asuntos más espirituales. Roç se mostraba terriblemente sensible. ¿De quién era la culpa? ¿Habría perdido ella el sentimiento del placer?

—Nuestro amor es nuestro bien máspreciado, es nuestro reino más propio —dijo ella como para acallar cualquier duda, incluso las suyas propias—. ¡Jamás renunciaremos a nuestro amor!

—Se lo debemos a William —opinó él con timidez, y Yeza se echó a reír.

—¡Nos lo debemos a nosotros mismos! Pero gracias al informe de William, ¡ahora sabemos con toda certeza cómo son los mongoles!

—En efecto —declaró él y se levantó—. Comunicaremos a Arslan que en estos momentos no hay ni que pensar en un regreso de la pareja real a su país.

—Puede trasladar esta noticia a Kitbogha, o a quien sea que le haya enviado —dijo Yeza—. No me gustaría hacerle daño.

—¡Tampoco queremos hacernos daño a nosotros mismos! —Roç se echó a reír y su voz adquirió un acento rebelde—. Me he cansado de que nos manipule todo el mundo.

—¿Y quién nos queda todavía? —se burló ella—. Nadie nos impide pensar y actuar por nuestra cuenta.

—Tienes razón —respondió Roç, pensativo—. ¡En realidad ya no tenemos a nadie en este mundo!

—¡Alto! —le respondió Yeza, muy seria—. Nos tenemos a nosotros.

# UN ALEGRE TORNEO

## Bellas damas y guirnaldas

La primavera había llegado, las tierras del Languedoc y el Rosellón aparecían cubiertas de un verde delicado, los cerezos abrían sus flores hacia el cielo azul, limpio de nubes. Las cimas lejanas de los Pirineos aún aparecían coronadas de nieve, y los montes más cercanos mostraban sus duras pendientes grises de granito, rodeadas en la base de bosques oscuros. Aquellos que veían en el peñón más bello de todos, el Pog, un símbolo querido, un consuelo, podían pensar que era como la palma abierta de una mano de mujer, ofreciendo las ruinas del Montségur como se muestra una joya preciosa; los que se consideraban sus enemigos más encarnizados podían imaginar al peñón como un puño cerrado y amenazador.

Los tres caballeros que avanzaban despreocupados veían su meta desde lejos. Llevaban los escudos colgando de las sillas y las cimeras<sup>[309]</sup> de sus yelmos los delataban como hijos de una nobleza que no llevaba mucho tiempo asentada en Occitania, pues había llegado con el ejército conquistador del norte de Francia. Pero aquellos jóvenes se sentían de nuevo en casa, pues regresaban al país después de haber cumplido un año de castigo en las galeras de los templarios.

Encabezaba el grupo Raúl de Belgrave, un gigantón rubio, seguro de sí mismo y seguro también de la impresión que causaba en las mujeres. Procedía de una antigua estirpe normanda, y en la cimera de su yelmo figuraba un macho cabrío, un chevron, que se repetía, junto a tres losanges de plata sobre fondo rojo, en su escudo.

Mas de Morency, el segundo de los mozos, había quedado huérfano desde muy joven, una vivencia amarga que había grabado una expresión de desconfianza y de cerrazón en sus rasgos de animal de presa.

El tercero era Pons de Levis, hijo del conde de Mirepoix, muchacho fuerte y bruto, a medias torpe y cariñoso y a medias estúpido hasta la crueldad.

El año que habían pasado remando como esclavos bajo el mando severo del Taxiarcos no les había convertido en personas mejores, pero sí más precavidas. El pequeño Pons cabalgaba a la cola del grupo, sometiéndose a una cierta jerarquía que solía acatar sin protestas. Un suspiro de ansiedad salió de su pecho y exclamó:

—¡En el Montségur habrá al fin hembras de verdad a la vista! ¡Y tú, Raúl, conquistarás a más de una! —El primer y mejor bocado le correspondería, como siempre, al admirado Belgrave, el más fuerte y más apuesto de los tres, el que siempre salía ganador.

—¡Lo más seguro es que la dama patrocinadora del torneo no acabe contigo en la cama, Pons! Es una joven respetable que se limitará a entregarte la corona de

triunfador —puntualizó Mas de Morency—, siempre que no caigas de culo a la primera embestida.

—¡Lo importante es que no volverá a romperme el brazo! —refunfuñó el interpelado—. La dama Yeza, si nos reconoce, no nos permitirá luchar contra su caballero Roç. ¡Tendrá miedo de que podamos causarle algún daño en cierta parte del cuerpo o en la armadura!

—Ten en cuenta que, si esa mujer sólo nos desprecia, el dueño de su corazón sabe usar las armas. El rey de los mendigos asegura que Roç Trencavel hace maravillas: solía luchar él solo contra diez guerreros mongoles, por puras ganas de divertirse, y armado tan sólo con una caña de bambú.

—¿Y qué? —A Mas no le gustó el comentario.

—Saltaba por encima de sus cabezas y después les daba patadas en el culo.

—¿Y después, qué? —Pons se mostraba curioso.

—Cuando se volvían, él ya había trepado al próximo árbol. Le disparaban sus flechas, pero nunca acertaban.

—Probablemente no supieran disparar tan bien como esa pequeña bruja que te dejó clavado en el árbol —puntualizó Mas.

—¡Ah, sí! —Raúl reía al recordarlo—. Pero no te diré cómo conseguirá Roç romper tu espada como si fuese un juguete de madera. Te golpeará con la mano desnuda en el cráneo, aunque lo lleves protegido con el casco, hasta hacerte llorar.

—¿A mí? ¡Jamás!

—No sé si es mejor o peor que no sepas llorar, porque el dolor es más intenso entonces —le respondió Pons.

—Ya lo veremos —ladró Mas, sin ganas de seguir la discusión.

—En lugar de insultarnos unos a otros —exigió Raúl—, deberíamos reflexionar acerca de cómo proceder para que no nos hagan salir de allí como perros apaleados, con el rabo entre las piernas. ¡Lo que yo deseo es participar en el torneo!

—¡Noble caballero! —ironizó Mas—. Por cierto, recuerda que prometimos al Taxiarcos que después de esta escapada...

—Un torneo no es una escapada, es un lance de honor.

—... quiero decir que prometimos regresar a Redae, después de este paseo, obedientes y compungidos como auténticos novicios, y pedir al templario que nos perdone graciosamente nuestros pecados.

—Así es —dijo Raúl, muy tranquilo—. ¿No te parece bien?

—¡Ni pensarlo! —ladró éste—. Yo, arrodillarme ante el preceptor Gavin... ¡jamás!

No pudo proseguir, porque Raúl cogió a Mas por el cuello y por la ingle, le levantó de la silla y lo dejó caer al lado de su caballo.

—Yo di mi palabra —dijo—, y los tres la cumpliremos, ¿verdad que sí, Pons? ¿O

preferies que ya no seamos tres?

El interpelado asintió con vehemencia, mientras Mas se sacudía la tierra de los calzones.

—¡Ya está bien, Raúl! —dijo, y Pons le tendió las riendas de su animal para que pudiese volver a subirse al caballo.

—Quiero decir que no habremos pulido en vano nuestras armaduras —prosiguió Raúl—, limpiado los caballos y las gualdrupas<sup>[310]</sup> y emprendido esta larga cabalgata. Delante del tribunal de los templarios, la pareja real nos perdonó.

—Debemos a su benevolencia que nuestras cabezas sigan en su sitio —exclamó Pons y se dirigió a Mas—. ¡También la tuya!

—¡No peleéis ahora! —les advirtió Raúl—. Y tú, Pons, prometiste aquella vez que algún día te mostrarías servicial y les devolverías el favor. Nadie se opuso a esa promesa. De modo que ahora venimos a ofrecer nuestros servicios. ¿Qué opinas, Mas?

—¡Estupendo! —exclamó en lugar de éste el pequeño Pons—. ¡Raúl, eres el mejor!

—¡Y Pons es lo más parecido a un sabio! ¡Estoy rodeado de genios! De modo que me arrodillaré ante el caballero Roç y la dama Yeza y declararé: «¡Aceptadme a mí, el pobre huérfano Mas de Morency, hijo adoptivo del noble conde Lautrec y su delicada y sensible, amable y noble señora Esterel, a vuestro servicio, que cumpliré con toda humildad!

—¡Eso es! —respondió Raúl—. Aunque puedes prescindir de las alabanzas que te inspira el afecto de tu madre adoptiva.

—¿Afecto? —gimió Mas—. Me muero de adoración por ella, siempre tengo su imagen ante la vista, ¡me inspira una pasión ardiente!

—Está bien, pero si proclamas públicamente sus virtudes, la expones demasiado.

—Tienes razón, ¡siempre tienes razón, Raúl! —dijo Mas de Morency con voz ahogada— ¡Tendré que consolarme con cualquier ramera!

—Probablemente no encontremos ninguna en el Montségur —aventuró Pons con tristeza—. Preferiría tener un buen culo de mujer entre las piernas que galopar con este caballo a un torneo...

—¡Pues yo ya tengo ganas de estar allí! —exclamó Raúl—. ¡Apretemos a los caballos, no quiero llegar tarde! —Y salió a todo galope, de modo que sus compañeros tuvieron que hacer un esfuerzo para seguirle.

En el prado verde en que desemboca el Camp des Crémats, había una tribuna de madera dotada de un tejadillo, que daba la espalda al Montségur. Yeza habría preferido tener el castillo a la vista, pero fue lo bastante sensible para renunciar a ello,

teniendo en cuenta que algunas familias recordaban todavía la hoguera y ésta seguía clavada como una espina en su memoria cántara.

—Además, las damas no deben distraerse del torneo —le había explicado Rinat la situación—. Y cuando un caballero os salude, se le ofrecerá un espectáculo incomparable: ¡la noble cabeza de la dueña del peñón se le aparecerá coronada por el castillo del santo Grial!

—¡Así me pintaréis después! —exclamó Yeza—. En primer plano, dos caballeros a punto de embestirse con las lanzas en ristre, y el cuadro irá enmarcado con los escudos de todos los nobles participantes. Jordi con su laúd estará a mis pies y desde arriba descenderá una paloma con una rama de olivo en el pico.

—Prefiero pintar al señor Roç Trencavel arrodillado, en el momento en que recibe de vuestra mano la corona de flores del vencedor.

Rinat le hizo una reverencia. Le habían encargado la decoración del prado festivo y de la tribuna de las damas, de modo que estaba muy atareado.

A derecha e izquierda aparecían en orden escalonado los palos para las banderas, de modo que los caballeros que tuvieran estandarte propio pudieran sujetarlo en el lado de alguno de los dos bandos contendientes, según sus preferencias. Ya se veían a la derecha los colores rojo y gualda, a tres bandas para el condado de Foix y a cuatro bandas para el Rosellón, así como la cruz tricúspide de los tolosanos, amarilla sobre fondo rojo. También Roç había clavado su estandarte. La pareja real había tenido ciertas divergencias al discutir la configuración de su escudo; Roç había insistido en los de la familia Trencavel, pero Yeza le recordó que dichos colores habían sido adoptados hacía tiempo por el senescal francés de Carcasona. De modo que Yeza propuso la cruz tolosana unida a la flor de lis de la *Prieuré* de Sión, la que ambos llevaban también en sus anillos. Pero Roç, después de tan malas experiencias con instituciones tales como la Iglesia romana, la Inquisición y los templarios, no quería luchar de ningún modo bajo la señal de la cruz.

—¡Y además, cuando ven una flor de lis, la gente sólo piensa en Francia!

Entonces Yeza le recomendó que adoptara, en recuerdo de su madre, a la que no había conocido, los tres guepardos de los Hohenstaufen, y también le propuso el águila negra del Imperio germánico. Pero nada de esto acababa de agrandar al Trencavel.

Finalmente, Jordi propuso que Rinat resolviese también el problema de la heráldica<sup>[311]</sup>. Éste aplicó un orillo granate al escudo y una división en diagonal, que partía el campo justo en dos mitades, *bande de gueules* lo llamaba él, situando arriba, sobre un fondo de oro, el águila negra, y abajo los tres guepardos. Después añadió en *terrasse* las bandas rojas catalanas, llamadas también *pals*. El conjunto impresionaba y Roç se dio por satisfecho.

A la izquierda se presentarían los francos, aunque todavía no había acudido



ningún participante que deseara combatir por Francia. Y a nadie se le había ocurrido plantar al menos una oriflama en su honor. Los palos seguían vacíos, de modo que el conde de Mirepoix, no sin murmurar una blasfemia, mandó a su escudero que plantara en el palo su estandarte de trois chevrons, que presentaba un diseño casi oriental. Jourdain de Levis tenía a su familia casi al completo. El torneo ofrecía al viejo conde la posibilidad de volver a ver a su hermana Esterel, y a su hija mayor, Melisenda<sup>[312]</sup>. Su yerno, Burt de Comminges, era identificable desde lejos, pues ostentaba la cruz escarlata de extremos acabados en zarpa sobre fondo blanco. Este emblema robusto respondía al carácter de Burt, que nunca evitaba una pelea y prefería estar en un torneo como aquél, antes que ocuparse de su tímida mujer, a la que solía dejar encerrada en el castillo familiar. Melisenda iba consumiéndose allí, solitaria como un lirio blanco, mientras su padre, el conde de Mirepoix, creía al de Comminges un compañero fiable en todos los aspectos. La hermana menor del conde, Esterel de Levis<sup>[313]</sup>, estaba casada con Gaston de Lautrec, un hombre taciturno a quien no agradaban demasiado las diversiones caballerescas, los torneos, los combates ni las partidas de caza. Se murmuraba que prefería leer y que incluso sabía escribir. Aquel matrimonio tranquilo no había tenido hijos, de ahí que Gaston se hiciese cargo del huérfano Mas de Morency y se hubiese esmerado en dar educación al muchacho. El intento acabó en un fracaso rotundo, porque no se entendía en absoluto con el rebelde Mas. Pero su esposa Esterel, una mujer bella y ya madura, llena de vitalidad y de un buen humor chispeante, sabía fundir la reserva obstinada de Mas, que quedaba desarmado y se transformaba delante de ella en un cordero, algo que su madre adoptiva ni siquiera deseaba.

—Te admira tanto, querida mía —había comentado una vez Gaston—, que cuando está contigo no solamente olvida su perfidia, sino incluso su forma vulgar de expresarse.

—Lo más triste es que Mas es incapaz de reír —le confió su esposa—. ¡Aunque me empeñe en comentarle las situaciones más divertidas!

Su sobrina Mafalda<sup>[314]</sup>, hija menor y mimada de Jourdain, había asistido a aquella conversación entre los esposos.

—Lo mejor que podría hacer la tía Esterel es acostarse con el chico —le confió Mafalda a su hermana Melisenda, que al oírla se ruborizó, tal como había esperado Mafalda que hiciera.

Mafalda estaba prometida a Gers d'Alion<sup>[315]</sup>, un joven de rizos oscuros que de un modo sorprendente parecía satisfacer sus ansias desordenadas. No era poca cosa, pues Mafalda era tan bonita como sensual. Pero Gers conseguía tenerla loca por él, insaciable en su deseo de unir sus cuerpos, sólo con él, desde luego, pues aunque muchos otros hombres la deseaban, ella los rechazaba con orgullo. Por supuesto, la joven se imaginaba que lo que sentía por su prometido era amor.

Tal vez fuese la profunda indiferencia que sentía Gers d'Alion por el sexo femenino lo que le hacía tan atractivo. Su afecto se dirigía muy claramente hacia su primo Simón de Cadet. Gers era un caballero excelente, que manejaba las armas con soltura, pero sólo porque el juego de la guerra y el torneo eran los pasatiempos preferidos de Simón. Ambos eran sobrinos de Levis, a quien agradaba tenerlos a su lado. Como el conde no tenía otra hija que pudiese haber casado con Simón, y teniendo en cuenta sus inclinaciones, él le había aconsejado entrar en la orden de los templarios, pues Jourdain de Levis sospechaba que la profunda amistad que unía a sus dos sobrinos sería una amenaza constante para el futuro matrimonio de Mafalda. La muchacha era la niña de sus ojos, y él admitía que su gatita salvaje demostrara abierta y desenfadadamente su pasión por Gers d'Alion, incluso antes del matrimonio. Por otra parte, la joven nunca había pedido permiso a su padre. Pero Mafalda y Simón tenían algo en común: su amor por Gers. El de Cadet admiraba la feminidad de la joven, sin desear su cuerpo, y Mafalda le aceptaba como admirador agradable y callado, hacia el que Gers ni siquiera podría sentir celos. De modo que Simón, un hombre reflexivo, no veía de momento razón para abandonar aquella estimulante relación triangular e ingresar en la severa orden de los templarios.

Yeza recibió a las damas en la tribuna. Enseguida se sintió atraída por el buen carácter de Estrel, y la estrechó contra su seno. Melisenda se mostraba reservada. Tal vez envidiara el buen porte y la serenidad con que actuaba Yeza, más joven que ella, y hasta se sintiera intimidada por la espontaneidad y la naturaleza combativa de la princesa, cualidades que a ella le faltaban del todo. En cambio, ella se consideraba más femenina.

—Permitid que os presente a Melisenda, mi hermana mayor. ¡Es un dechado de virtudes! —Mafalda empujó a la hermana reticente a primer plano. Al mismo tiempo aprovechó la posibilidad de inspeccionar a conciencia a Yeza, que tenía prácticamente los mismos años que ella.

Era sabido que la dama Yeza vivía, desde hacía años, en matrimonio morganático con su amado Roç, aunque no solía pregonarlo ni coquetear con su galán, ni representar esas escenas violentas de celos y reconciliaciones sin las que Mafalda no se imaginaba un verdadero amor. Todo lo que hacía la princesa del santo Grial era sencillo y natural, y su relación con Roç aparecía marcada por una evidente confianza y un profundo entendimiento, además de un amor muy intenso, de modo que Mafalda sintió envidia. A ello se añadían los modales despreocupados con que Yeza trataba incluso a otros hombres, ya fueran mayores o más jóvenes. La joven princesa daba la impresión de pensar como un hombre, y Mafalda sintió que Yeza la consideraba a ella, a Mafalda, como una simple hembra. Mafalda, en cambio, envidiaba a Yeza por su inteligencia. No solamente poseía una cabellera rubia bellísima sino que debajo de

esa cabellera había un cerebro, y sabía utilizarlo con una dignidad tan eficaz que a ningún hombre le costaba demostrarle el respeto que el comportamiento de la joven demandaba.

Mafalda tenía el cabello rojizo, ojos oscuros y ardientes y, a diferencia de Yeza, ostentaba un busto voluminoso, mientras que la princesa apenas mostraba unos senos incipientes. Mafalda quiso consolarse con esta ventaja, pensando que a Gers d'Alion no le gustaría una pechera tan plana. Justamente en aquel instante vio que su amado, e incluso Simón, el traidor, reían y charlaban con evidente desenvoltura con Yeza, y que incluían en la conversación también a la doncella de ésta, una princesa tolteca de nombre impronunciable. La pequeña no parecía avergonzada de tener plantado en la cara un pico de águila, pues charlaba animadamente con los hombres, y su señora ni siquiera la mandaba callar.

Rinat había inspeccionado las vallas, una barrera doble de troncos desbastados, que llegaba hasta la altura de las grupas de los caballos, y que serviría a los jinetes como orientación y límite. Con cierta habilidad se podía empujar al oponente contra esa valla, limitándole así el espacio de maniobra y consiguiendo que no pudiese evitar una embestida. Esa valla mantenía una distancia de seguridad hacia la tribuna, de modo que ningún caballero pudiese caer con toda su armadura sobre las faldas de las mujeres, en caso de ser derribado. En el centro del prado, exactamente frente a la tribuna de honor, el maestro de ceremonias había instalado un pequeño estrado con unas sujeciones para las lanzas. Una vez determinados los componentes de ambos bandos, los contendientes cabalgarían, a derecha y a izquierda, a lo largo de las vallas y hacia donde se encontraban las lanzas, agarrarían una de éstas o se la harían alcanzar por su escudero, y se dirigirían hacia donde se encontraban sus estandartes, que sería el punto de partida del ataque.

Todo estaba listo y dispuesto, sólo faltaba el enemigo. Al fin y al cabo, era difícil de creer que Jourdain de Levis pudiese defender él solo los colores de Francia.

Lobo de Foix, viejo amigo de Mirepoix y el único cuya familia no había llegado al país con los conquistadores, había propuesto, por esta misma razón, que Gaston y Burt aceptaran luchar bajo la oriflama, asegurando a todo el mundo que él sólo se veía capaz de combatir «por una Occitania libre».

Lobo de Foix era un *faidit* que se encontraba permanentemente huido y tenía que esquivar día tras día a sus perseguidores. Su nombre era casi como una leyenda, y el hecho de presentarse en un torneo se lo debía no sólo a su espíritu de luchador impenitente y a la confianza que tenía en la rapidez de sus reflejos, sino también a su amigo Jourdain, que le protegía hasta donde podía. Los condes de Foix eran parientes de los de Tolosa, así como de los Trencavel de Carcasona, y los vizcondes de Mirepoix habían sido antes vasallos suyos, pero todo esto carecía ya de importancia.

Lobo de Foix hacía años que era huésped del castillo de Mirepoix, siempre que no estuviese recorriendo sin descanso las tierras que habían pertenecido a sus antepasados.

—No —decidió Jourdain—, no os daremos el gusto de que el lobo solitario pueda derribar a tres, cuatro y hasta cinco corderos franceses. ¡Os convertiría definitivamente en un mito semejante al de Parsifal!

—Lo de corderos es una exageración. —El de Foix se echó a reír—. Tampoco diría carneros, ¡pero algún que otro cabrón cornudo sí sería capaz de encontrar entre vosotros!

—Quiere provocarnos. —Burt sonreía—. ¡Prefiero que me venza como a cordero que como a cabrón cornudo!

—El que está casado con una dama honrada, puede aceptar sin más vivir bajo el signo de Aries, pues Marte le ayudará en el torneo —aseguró Gaston con tranquilidad—. ¡Yo ya soy carnero viejo, y un golpe de nuestro amigo podría acabar con mis costillas!

—Pues bien —gruñó Lobo, sin reprimir la risa—. Esperemos a que acudan los francos de verdad que quiera enviarnos el senescal.

Y regresaron junto a las damas.

Las guirnaldas que adornaban la tribuna, los pocos estandartes solitarios en sus soportes, las cintas de colores que ondeaban alegres en la valla, los pañuelos de seda de las damas nobles bajo el tejadillo y los vestidos alegres de las mujeres de los alrededores, sentadas en banquetas al aire libre, todo se agitaba con esperanzada alegría en la brisa primaveral que bajaba del peñón.

## **Elección de colores**

El sol seguía ascendiendo y con sus rayos cálidos jugaba el viento que aún bajaba fresco de las cimas nevadas de los Pirineos, despeinaba las flores y acariciaba los rostros de los hombres que esperaban desde primera hora de la mañana. Eran los soldados que Gilles le Brun, condestable de Francia, había hecho venir porque no se fiaba del viejo senescal de Carcasona y de sus hombres.

Pier de Voisins no sería capaz de transformar el torneo del Montségur en una trampa para los *faidits* que acudiesen desde toda la comarca. De modo que Gilles se propuso establecer un círculo férreo en torno al peñón, para que cualquier hombre con ganas de pelear pudiese entrar pero nadie pudiera salir sin pasar por la criba. No obstante, la idea del condestable se vio muy pronto abocada al mismo fracaso que en su día sufrieron quienes asediaban el Montségur, aún disponiendo de un ejército mucho más numeroso, pues era imposible cerrar del todo el círculo en torno al maldito Pog. El entorno de éste, cubierto de bosques impenetrables, presentaba

abismos rocosos y gargantas profundas, aparte de los arroyos salvajes que corrían por hondos barrancos. De modo que ambas y tan desiguales autoridades tuvieron que limitarse a establecer vigilancia en los accesos y caminos conocidos y reconocibles, todo en el mayor secreto, para que nadie que acudiera se diera cuenta y diese media vuelta o encontrara alguna senda por la que escapar.

Ambos se movían por estímulos bastante desiguales por el resultado positivo de la empresa. Gilles le Brun representaba a la corona de Francia en todos los frentes, tanto en la guerra permanente contra Inglaterra, que se desarrollaba desde Burdeos hasta Cherburgo, como en las revueltas de los bretones o flamencos y las molestas escaramuzas con el poderoso vecino del este y del sur, donde el Imperio germano hacía tiempo que se debatía en dudas, huérfano del puño fuerte y decidido de su emperador. De modo que, para él, las tierras del Languedoc carecían de toda importancia y representaban además un frente de guerra que, en realidad, no debería ni existir, puesto que Francia había entregado al hermano del rey, Alfonso de Poitou, ese país conquistado a los herejes. Este incluso había desposado a Juana, última heredera de Tolosa, aunque no consiguió pacificar la región y prefería residir en la lejana ciudad de Poitiers. Tampoco había conseguido engendrar un heredero.

Gilles le Brun no conocía aún a fondo la situación de Occitania, ni tenía intención de conocerla. Su subordinado, en cambio, el senescal de Carcasona, había sido nombrado delegado en la región por segunda vez, y durante su primer mandato ya se había adaptado con facilidad a las costumbres del país, lo que se traducía en un respeto y una indulgencia que el condestable, que prefería gobernar con mano dura, no aprobaba en absoluto. Gilles sostenía con firmeza sus razones, aunque todavía estaba por demostrar si sus métodos tendrían éxito. Sólo entonces podría insistir para que se produjese un cambio y algún otro sustituyera a Pier de Voisins, a quien consideraba demasiado contemporizador.

Junto a los demás caballeros descubrió a Oliver de Termes, a quien el condestable despreciaba desde el fondo de su recio corazón, porque Oliver había sido y seguiría siendo para él un traidor, en quien, por principio, no había que confiar. Por otra parte el señor de Termes, que había recuperado sus propiedades, seguía siendo de momento el único que acudía al torneo en defensa de los colores de Francia. Gilles le Brun veía con rabia cómo el caballero se apoderaba de la sagrada oriflama, su enseña de guerra, para plantarla en el campo de torneo. Casi habría preferido presentarse él mismo para defender el honor de la corona, pero ésa no era su misión.

—¿Dónde quedan vuestros caballeros? —increpó malhumorado al senescal—. ¿Acaso esos nobles señores prefieren esconderse cuando se trata de luchar en nombre del rey, de cuya mano reciben sus feudos?

—Esos señores sostienen una opinión de la que ya os he hablado —le contestó con resignación Pier de Voisins, mientras retorció su triste bigote de morsa—. Vos no

lo queréis creer, pero a ellos París les importa un bledo.

—¡Les sacaré esas ideas de la cabeza! —El condestable dio una patada en la tierra.

—Para poder hacerlo, tendrían que presentarse aquí —se burló Oliver, que tampoco soportaba bien al engréido franco del norte—. Si es que se presentan al torneo, no tomarán precisamente el camino donde os encuentren esperándoles. ¿Tal vez estén ya en el prado?

El condestable se puso aún más furioso.

—Al menos, uno habrá que venga de París —les espetó para impresionarles— y les demuestre a todos lo que hay que tener para llamarse hombre. —Después calló, pues comprendía que había hablado demasiado.

Pero Oliver era curioso y, sobre todo, incrédulo.

—¿Y quién sería ese hombre? —quiso provocar al comandante supremo de los ejércitos de Francia, y lo consiguió.

—¡El jinete negro! —El condestable prefirió no levantar demasiado el velo del misterio—. París ha anunciado que acudirá, aunque nosotros —y arrojó una mirada desconfiada al senescal— tampoco sabemos quién es.

A Pier de Voisins se le ocurrió que Gilles podría muy bien conocer la identidad de tan misterioso personaje, e incluso que el propio condestable podía haber organizado aquella extraña comparecencia.

—¿El jinete negro? —se burló Oliver, como si hubiese estado pensando lo mismo que el senescal—. No me suena a un héroe en busca de aventuras, sino más bien a conjura siniestra.

—Sea quien sea, mi querido Oliver —respondió Pier de Voisins, a la vez que el condestable se envolvía en el mutismo—, hemos recibido instrucciones de no preguntar por su intención, ni querer desvelar su identidad, ni poner obstáculos en su camino.

—Las órdenes dicen que hagamos cuanto esté en nuestras manos para facilitar la tarea del desconocido —intervino de nuevo Gilles le Brun y lanzó una mirada severa a Oliver—. Espero también de vos que respondáis a sus deseos, sean los que sean, sin poner objeciones.

—¿Acaso ese extraño caballero querrá hablar conmigo? —preguntó Oliver, asombrado—. ¡Pensad que podría reconocerlo por la voz!

—Será mejor que os preocupéis de que no os reconozca otra persona que yo me sé —le devolvió el condestable la insolencia—. Hemos oído decir que vuestro viejo amigo Xacbert de Barberá no dejará de asistir a este torneo, aún sabiendo que le estamos esperando, y ello con la única intención de que paguéis una vieja factura, señor Oliver.

Estas palabras hicieron callar al señor de Termes y todos advirtieron de que el

golpe le había alcanzado en pleno estómago.

—Tampoco es seguro —intentó Pier de Voisins, compadecido, amortiguar el susto, pero el condestable se apresuró a remover aún más el puñal en la herida.

—Yo sí deseo que aparezca el viejo señor de Quéribus, para verlo al fin colgado de una rama. Si lo consigo, consideraré que no he perdido el tiempo acudiendo a este encuentro.

Se interrumpió e hizo señas a los otros dos para que se ocultaran con él entre los arbustos, pues se oía ruido de cascos de caballo por el camino que serpenteaba a sus pies. Los soldados que había repartidos por el bosque también se agacharon. Sobre la estrecha senda aparecieron tres jinetes que no ocultaban sus rostros, y sus cascos, al igual que sus escudos, se bamboleaban atados a las sillas.

—Al primero no le conozco —le susurró Pier de Voisins a su superior—. El segundo parece un Lautrec, de la antigua familia tolosana, ¡y el último es hijo del conde de Mirepoix, el joven Levis!

Una vez hubo pasado este último, un silbido hizo saltar a los soldados hacia el camino y cortar el paso a los tres jinetes. El senescal se acercó con toda tranquilidad, mientras los jóvenes observaban el grupo de soldados armados hasta los dientes más bien con aire divertido, sin hacer ademán de echar mano de sus espadas, de modo que Pier de Voisins les habló en tono amable:

—¿Hacia dónde se dirigen los señores?

Los tres se echaron a reír.

—Es el senescal de Carcasona —les advirtió Oliver, que había acudido también, pero dio un tropiezo y cayó a tierra, lo que aumentó la hilaridad de los tres mozos.

—Raúl de Belgrave —se presentó el que parecía encabezar el grupo—. Mas de Morency y Pons de Levis, camino del Pog —añadió después—. ¿Acaso no tenemos derecho a participar en el torneo?

Raúl había aprendido durante el año pasado en la galera de los templarios que siempre es preferible evitar disgustos. Entretanto había acudido también Gilles le Brun, seguido de un escudero que llevaba el estandarte del condestable de Francia. Los tres jinetes adoptaron de inmediato una postura firme y una expresión seria.

—¡A vuestras órdenes! —exclamó Raúl con voz estentórea.

—Callad, amigo —le ordenó Gilles sin sonreír—. Estamos en misión secreta.

—¡Sólo queremos asistir al torneo! —se revolvió Mas.

—Lo haréis —le aclaró el condestable con tono solemne—. Defenderéis los colores de Francia. ¡Os nombro caballeros de la flor de lis dorada! ¡Llevaréis la sagrada oriflama al campo y pondréis todo vuestro empeño en devolverla triunfante!

Raúl de Belgrave pensaba rechazar con palabras corteses, pero decididas, la distinción otorgada, cuando vio que Pons agarraba el palo y levantaba orgulloso el estandarte. De modo que Raúl se limitó a decir:

—¡Haremos lo que esté en nuestras fuerzas para no desilusionaros! —Montó y clavó las espuelas a su caballo, seguido de sus dos compañeros. Apenas hubieron doblado un recodo cuando Mas tiró, furioso, de las riendas.

—Aunque te ofrecieran un trapo lleno de mierda —le espetó al infeliz abanderado—, ¡eres capaz de cogerlo! ¡Yo no pienso defender en el Montségur los colores de Francia! —añadió, dirigiendo su protesta a Raúl.

El de Belgrave no tenía intenciones de corregirle.

—También yo he nacido aquí y no me gusta defender una causa que no es la mía.

—Pero has prometido... —se rebeló Pons, amargamente desilusionado.

—¡Hacer lo que esté en nuestra mano! —le recordó Mas—. ¿Y qué significa eso? Si el condestable cree que somos...

Mas interrumpió el discurso, pues veía a Oliver, que se apresuraba hacia ellos con la evidente intención de alcanzarlos.

—¡Devuélvele esa estúpida bandera! —gruñó Mas al rechoncho Pons.

Y Raúl exclamó:

—Os estábamos esperando, Oliver de Termes, pues el honor de llevar el estandarte al campo os corresponde a vos. —Con estas palabras le retiró a Pons el palo de la mano.

Oliver acogió la oriflama con gran satisfacción. Su intención principal era no acercarse al lugar del torneo sin acompañamiento, por si el terrible Xacbert de Barberá le acechaba oculto entre la maleza. Pero apenas tuvo la bandera entre sus manos, cuando los otros tres se alejaron al galope, sin saludar y dejándole completamente solo.

—¡Decid que me amáis! —Mafalda no lo pidió en voz baja, porque deseaba que todos la oyeran.

«Todos» eran la pareja real con su séquito, es decir, dos doncellas y un muchacho que actuaba alternando sus tareas de escudero con las de paje de la dama Yeza, y que había ayudado incluso al maestro de ceremonias, Rinat le Pulcin, a preparar las guirnaldas y colocar los banderines. Filippo deseaba poder escapar al menos unos momentos, pues Potkaxl le había guiñado un ojo señalando hacia la escalera que conducía a la salida posterior. Pero Roç le ordenó que trajera un vino rosado del Rosellón, refrescado con nieve, para aliviarles a todos la espera del «enemigo».

Jordi cogió el laúd para alegrar el ánimo de las damas.

*Novel'amor que tant m'agreia*

*me fai lo cor de joi chantier.*

*Per que la moia penseia*



*Me fai mon chan renovelier.*<sup>[317]</sup>

Mafalda dio un pisotón a su amado debajo del banco.

—¡Confesad que sentís pasión por mí!

Gers d'Alion la miró con sorpresa, como si le arrancaran de un sueño.

—¿No lo sabéis aún?

—Me gusta oírlo de vuestros labios —ronroneó Mafalda—. ¡Quiero que hable vuestro corazón!

—Hace tiempo que me habéis robado ese corazón, desde la primera vez que os vi.

—La bella sonrió y él, que sostenía una de las manos de Mafalda, sonreía, más allá de ella, a Simón de Cadet.

—¡Sí señor, a eso se le llama amor! —retumbó la voz de Burt de Comminges, que no se sentaba junto a su esposa Melisenda, sino que prefería estar junto a los hombres, y que aprovechó el paso de Geraude para pellizcarle el trasero, un gesto que hizo ruborizarse a Melisenda, pues ésta no le quitaba el ojo de encima al marido.

*M'amor, ge no l'en quier ostier.*

*Ja non falsoia*

*M'amia moia*

*Si de bon cor me vol amier.*<sup>[318]</sup>

El único que prefería seguir sentado junto a su esposa era Gaston de Lautrec. Pero la señora Esterel nunca se quedaba más de un minuto quieta. Tan pronto dejaba el asiento para abrazar a Yeza como para animar a sus sobrinas, consolar a la solitaria Melisenda o calmar los ardores de Mafalda, para que a ésta no se le fueran las manos acariciando demasiado a Gers delante de la pareja real.

Jourdain de Levis se encontraba junto a su amigo Lobo de Foix, y todos observaban intranquilos el campo vacío. El sol seguía su ascenso en el cielo azul.

—Ni una nube en el cielo, ¡un día ideal para el torneo! —acababa de decir el conde sin poder evitar un aire de desilusión, cuando vio aparecer a tres jinetes. El último era su hijo. En realidad, eso no le hizo sentirse demasiado contento, pero pensó que no le vendría del todo mal la presencia del muchacho. Algo parecido debió de pensar Gaston de Lautrec cuando avistó a su hijo adoptivo Mas. Su esposa Esterel soltó un gritito de alegría.

—¡Ahí viene nuestro querido Mas! —exclamó, dejando el asiento—. Qué feliz debe de sentirse al regresar con nosotros, pobre muchacho, ¡después de todo lo que ha tenido que pasar! —Habría seguido charlando sin freno si su esposo no le hubiese dado un amable codazo, señalándole a Yeza, que había palidecido. Pero Roç la miraba fijamente y la joven recompuso el semblante.

Otra persona se había quedado blanca del susto, aunque después se ruborizó. Era Melisenda, que miró rápidamente a su marido antes de atreverse a levantar los ojos hacia el primero de los recién llegados. Cerró los ojos. Era demasiado.

Gers d'Alion y Simón de Cadet miraron a los tres jinetes, Raúl, Mas y Pons, sopesando su posible intervención como contrincantes en el torneo. Burt no pensó nada, porque a primera vista le pareció que serían fáciles de vencer, mientras Lobo de Foix les arrojaba una breve mirada para convencerse de que en ese torneo no habría un enemigo digno de él. Ya había vencido en otras ocasiones incluso al de Comminges, aunque éste se creía superior a todo el mundo.

Los tres caballeros se apearon delante de la tribuna. Mientras Pons sonreía con una mueca a su padre y Mas hacía señas saludando a su madre adoptiva, Raúl de Belgrave se acercó a la pareja real. Se arrodilló delante de Yeza, inclinó la cabeza y después se dirigió a Roç.

—Hemos venido a ofrecer nuestros servicios, pues nos habíais prometido el favor de admitirnos.

Roç no lo recordaba así, pero quedó impresionado por el desparpajo del joven.

—Nunca se habló de favores, pero os concederemos ocasión de rehabilitaros.

—Os lo agradecemos —replicó Raúl con voz seca. De momento, había superado el escollo y más adelante ya se vería. Se incorporó y saludó a Jourdain de Levis, y después a Lobo de Foix, a quien no había conocido antes, pero cuyas hazañas despertaban su admiración. Raúl estaba doblemente contento de poder participar en el torneo en presencia de semejante héroe. Permitted que la señora Esterel le abrazara también, como amigo que era de Mas, y se inclinó brevemente ante Melisenda, sin mirarla a los ojos, pero dirigiendo su mirada y su sonrisa insolente al escote de la dama.

Entretanto Pons se había acercado a su padre.

—¡Cabalgaremos por Occitania, padre! —declaró, sin que le hubiesen preguntado. El viejo conde le miró con desagrado.

—¡Esto no es un campo de batalla! —le reprendió—. Estamos a punto de iniciar un encuentro amistoso. Ya veremos quién defiende los colores de quién.

—Pero nosotros no deseamos tener la bandera de Francia encima o detrás de nosotros —repuso encolerizado Mas de Morency, de modo que Jourdain de Levis, al ver que su cuñado Gaston de Lautrec alzaba los hombros en un gesto de indecisión, se tragó la rabia que sentía y prefirió negociar con Raúl.

—Vuestros padres han jurado, al igual que yo, guardar lealtad a la corona de Francia. De modo que no podemos negarle el honor que se merece.

—¿Y por qué no participáis vos en favor de Francia? —volvió a intervenir el insolente Pons—. Los viejos...

No pudo proseguir, porque su padre le golpeó la boca con el guante. Raúl empujó a sus compañeros a un lado y se dirigió a Lobo de Foix.

—¡Decidid vos y los demás lo acatarán!

—De acuerdo —dijo éste.

—¡Silencio! —gritó Burt de Comminges, que empezaba a sentirse molesto, sin saber exactamente por qué.

—Yo decido —dijo el de Foix con calma—, que Jourdain de Levis, Burt de Comminges y Gaston de Lautrec luchan bajo la flor de lis. A ellos se añadirá Oliver de Termes, a quien veo acercarse allí. Trae la oriflama, es decir, ¡ese renegado sabe muy bien a qué bando pertenece!

Acabó las últimas palabras en un murmullo. Después siguió:

—Roç, Trencavel no puede luchar bajo esa enseña, ni tampoco yo, y como Mafalda no consentiría otra cosa, Gers d'Alion también cabalgará por Occitania, mientras Simón de Cadet tendrá que pasar al bando de los francos.

Los dos amigos se miraron y Simón se mostró de acuerdo. Mafalda le abrazó con entusiasmo antes de pasar a besuquear a Gers.

—¿Y nosotros? —indagó Mas de Morency.

—Los tres estaréis a las órdenes de Roç Trencavel.

—Os lo agradezco, Lobo de Foix —dijo Raúl, emocionado—. Sois el hombre que necesitan estas tierras.

El interpelado soltó una risa amarga.

—Yo no soy más que un despreciable *faidit*. El futuro es de alguien como Roç Trencavel, si es que hay un futuro para este país.

Pero nadie le hizo caso, porque el viejo conde de Mirepoix abrazó a su sorprendido hijo y le advirtió:

—¡Lucha con honor! —Y se dirigió al de Foix—: Sois mayoría, pero todavía puede presentarse un franco de verdad a luchar en nuestro bando. Mientras, empecemos el torneo. La primera justa les corresponde iniciarla a nuestros anfitriones.

## Caídos y cornudos

*E lo vescoms estec pels murs e pels ambans  
e esgarda la ost, don es meravilhans.*

*A cosselh apelec cavaliers e sirjans*

*Sels qui so bo per armas ni milhors combatans:*

*'Anatz, baro', ditz el, 'montatz els alferans'.<sup>[320]</sup>*

Oliver clavó el estandarte con la flor de lis a la izquierda, desde donde ondeaba alegre y provocador frente a los de bandas rojo y gualda que había a la derecha. Las damas ocuparon sus asientos en primera fila de la tribuna. A Yeza, como dama patrocinadora del torneo, le correspondía estar en el centro, pero no quiso dejar a Mafalda sola en la parte de Occitania, de modo que se movió ligera pero ostensiblemente con todo su séquito hacia la derecha. Le habría gustado mucho más tener a la alegre Esterel en su bando, pero ésta se sentaba, junto a la callada Melisenda, a su izquierda, el lado de los colores de Francia.

Rinat y Jordi ayudaron a Roç a colocarse la armadura que éste había encontrado en la sala de armas de la torre de Quéribus. La mayor parte de aquellos arneses le venían demasiado grandes, y pensó que Xacbert de Barberá debía de ser un hombre muy corpulento, pero después encontró otra coraza, aparentemente sin estrenar, que era más estrecha y le sentaba de maravilla.

Roç se quitó el yelmo y se presentó ante su dama, que se sentía orgullosa del caballero, aunque intentaba ocultarlo.

—¿Quién será vuestro contrincante? —preguntó Yeza—. Aparte del de Comminges, no creo que debáis temer a nadie, y tampoco éste me parece demasiado peligroso.

Roç la tranquilizó:

—Sólo hay uno que me haría sentir temor de no poder vencerle, pero, por suerte, el de Foix lucha en nuestras filas.

Besó a Yeza en la frente, en los ojos y la boca, y sus lenguas tuvieron un fugaz encuentro. Era como una promesa y un ritual. Ella le entregó un pañuelito de la más fina batista, que él conocía, pues lo había recibido ya en otra ocasión como prenda de amor, en Egipto, cuando se tuvieron que separar y Yeza fue retenida como rehén en la corte del temible Baibars. Cuando volvieron a encontrarse en la sede de los «asesinos», Roç le devolvió el pañuelo, que había guardado fielmente.

Rinat y Jordi lo ayudaron a subir al caballo. El juglar había cambiado su laúd por una trompeta. Acompañó a Roç y fue a situarse junto a las lanzas, enfrente de la tribuna, pues a él le correspondería dar la señal cuando viera a los señores dispuestos, e interrumpir el lance<sup>[321]</sup> cuando los árbitros lo consideraran conveniente.

Roç cabalgó a lo largo de las vallas hacia donde ondeaba su estandarte. Esto representaba ya una invitación al torneo. No miró hacia atrás, porque no era de buena educación. Cuando llegara al extremo de la valla y girara el caballo, su contrincante ya estaría cabalgando, pues hacer esperar demasiado al solicitante del combate se interpretaba como un signo de cobardía o incluso de malicia.

Fue Simón de Cadet quien aceptó el reto. Se había adelantado lo suficiente como para que ambos llegaran al mismo tiempo a sus estandartes, por lo que siguieron hacia el puesto de las lanzas. Cada uno de ellos eligió una de las largas lanzas que,

además de tener la punta recortada, llevaban una coronita sobrepuesta, de modo que el contendiente sentiría el golpe, si no conseguía pararlo con el escudo, pero éste nunca llegaría a ser mortal.

Roç veía a Simón elegir muy tranquilo el arma, y comprendió que aquella no sería su primera justa, mientras que él, Roç, sí participaba por primera vez en un torneo. Regresó lentamente hacia la bandera y se propuso derribar al otro a la primera pasada. Cuando estuvo dispuesto, vio que Simón bajaba la visera e hizo lo mismo, algo que a punto estuvo de olvidársele. Después oyó a Jordi tocar la trompeta y clavó las espuelas al caballo.

Simón de Cadet adoptó una postura perfecta. Su caballo inició un galope cada vez más acelerado y se dirigió en línea recta hacia Roç, que no daba señales de querer esquivarlo. Desde la tribuna y de los bancos del público les llegaban los gritos animosos de las mujeres, y cuando Simón estaba ya muy cerca, Roç se inclinó hábilmente hacia un lado y su lanza, que llevaba en ristre, quedó un tanto atravesada. El golpe de su contrincante se perdió en el vacío y el cuerpo de éste se desequilibró, de modo que a Roç le fue bastante fácil empujarle con la lanza y derribarle de la silla. Giró su caballo y se acercó a Simón, que seguía en tierra.

—¿Estáis herido? —preguntó con interés.

—¿Cómo iba a estarlo? —respondió Simón, furioso—. ¡Si no me habéis tocado! —Y se levantó para coger las riendas de su caballo—. Lo repetiremos...

—Hoy no —le respondió Roç—. Los demás también quieren medir sus fuerzas. Además, os volvería a pasar lo mismo.

Le estrechó la mano y regresó después a la tribuna para devolverle el pañuelito a su *damna*. Yeza se reía.

—¡Ha sido un golpe digno de un mongol!

Y Roç contestó:

—¡En cambio, no le he roto el brazo!

Mientras, el señor Jourdain había salido al campo. Mas de Morency decidió enfrentarse a él y cuando estaban delante de las lanzas, le dijo:

—Será un honor para mí, conde Jourdain, poder luchar contra vos.

El anciano le miró con aire amable.

—¡No tengáis prisa, Mas de Morency, recordad que para ganar una justa hay que tener el ánimo alegre y la cabeza fría!

El joven bufó disgustado y ambos ocuparon sus puestos. Sonó la trompeta. Mas salió a todo galope, la lanza avanzada y el escudo levantado hasta la barbilla, pero después temió que éste le golpeará la mandíbula y cuando lo quiso apartar, se mordió en la lengua, y el dolor le hizo sentirse furioso. El viejo Jourdain se había acercado con toda la calma, y cuando vio al joven un tanto descompuesto, paró la lanza de éste con el escudo y después levantó el cuerpo de Mas con la suya, metiéndosela debajo

del trasero, y lo dejó sentado en la hierba. Mas se puso a gritar.

Pidió revancha, y con ayuda de Jordi subió de nuevo al caballo.

Esta vez el conde Jourdain se acercó como un rayo, sostenía el escudo en alto, y cuando Mas se aprestaba a darle en el pecho, lo bajó de repente, con lo que la lanza de Mas se partió y el joven, arrastrado por la fuerza del encontronazo, cayó una vez más del caballo.

—Os lo advertí —dijo Jourdain de Levis y regresó, esta vez sin haber usado siquiera su lanza, con la cabeza alta a la tribuna.

—¡Victoria para Francia! —sentenció su amigo Lobo—. Ahora nos toca otra vez a nosotros.

Gaston de Lautrec se dispuso a combatir contra Lobo. No era un mal jinete, e intentó empujar a éste contra la valla, dirigiéndose en línea oblicua hacia su contrincante. Pero éste tiró en el último instante de la brida y el caballo se encabritó, con lo que Gaston se vio de repente frente a la valla y no le quedó más remedio que obligar a su caballo a saltar.

Los espectadores rieron el lance, contentos de que Lobo hubiese demostrado buen humor, y después, durante un segundo intento, ambos jinetes jugaron con los caballos y las lanzas hasta que el de Foix se cansó y agarró la de su contrincante, tirando de ella hasta hacerle caer, para arrojarle a continuación también él a tierra, haciendo reír de nuevo a las damas y el público.

Mientras tanto, en la tribuna, Mas de Morency se hacía consolar por su madre adoptiva, que le besó la frente, tierna y conmovida. Raúl se había arrodillado ante Melisenda, que le rogaba en voz baja y desesperada que no se atreviera a desafiar a su esposo. Este último, que parecía no querer enterarse, se dirigía al grupo del conde Jourdain.

Llegó a punto para oír decir a Oliver de Termes:

—Sólo sé que ese «jinete negro» acude con órdenes de París, y que tiene el encargo de matar a alguien...

—¿Cómo lo sabéis, Oliver, si es que sabéis algo?

—¡Pero si ni siquiera conozco a ese hombre! Sólo sospecho que no es de fiar.

—Puede que tengáis razón —opinó el conde—, si alguien viene desde París para participar en este espectáculo campestre, y además vestido de negro como un verdugo, lo más probable es que traiga malas intenciones...

Burt se apresuró a exponer su opinión:

—La cuestión es: ¿a quién busca ese jinete negro?

Y Roç repasó mentalmente a todos los siniestros personajes que a lo largo de los últimos años habían intentado quitarle la vida a él y a Yeza, pero no conseguía identificar a nadie con el jinete negro.

—Lo descubriremos, eso es ahora lo más importante —dijo el conde con voz firme—. Vos, Roç, procuraréis que el torneo siga adelante, mientras yo voy al encuentro de ese misterioso caballero. —Y ordenó a Filippo, que pasaba cerca de allí intentando encontrar a Potkaxl, que avisara a los señores de Foix y Lautrec para que acabaran de una vez de hacer el payaso en medio del campo.

El conde pidió licencia a Yeza y se alejó para reunir a su grupo. Exigió también a su sobrino Simón de Cadet, que seguía enfadado y ofendido, que se uniera a ellos, de modo que fueron cuatro los robustos caballeros que salieron al encuentro del misterioso jinete negro. Dejaron el prado del torneo sin llamar demasiado la atención, pues el público se centraba en la aparición de los dos caballeros que iban a enfrentarse en la próxima justa, y que eran Raúl de Belgrave y Burt de Comminges.

### **Viejos cuentos, caras duras**

Mientras tanto, en la tribuna, la señora Esterel tuvo que ocuparse de su sobrina Melisenda, que estaba pálida y a punto de sufrir un desmayo. La joven dama escondía el rostro detrás de las palmas de sus manos, aunque espiaba los acontecimientos a través del espacio entre sus finos dedos. A su vez, Oliver de Termes se había acercado a Roç, y como seguía temiendo más que nada la aparición de Xacbert de Barberá, no le costó nada componer un gesto preocupado cuando pasó a preguntar:

—¡Escuchad, Roç Trencavel! Ese jinete negro que el bueno de Jourdain piensa interceptar, ¿tenéis una idea de a quién podría querer matar?

—Ya lo veremos. —Roç se mostraba poco accesible—. Puesto que viene con órdenes de París, no será a vos a quien busca.

—Me preocupan los que defienden la libertad de Occitania.

—Tampoco estáis entre ellos.

En su apuro, Oliver se tragó también ese reproche, pues traía bien preparado el ofrecimiento que pensaba hacer.

—¡Vos sois el más expuesto, Roç Trencavel!

—¿Queréis ayudarme, acaso? ¡Explicad cómo el poderoso señor de Termes piensa salvar al pobre caballero Roç Trencavel! ¿No pretenderéis defenderme con vuestra espada?

—He pensado un truco. —Oliver sonreía—. Os ofrezco cambiar vuestra armadura por la mía, al menos hasta que sepamos quién es ese jinete negro y qué busca.

Roç lo pensó.

—¿No teméis que os meta la espada entre el yelmo y el arnés, antes de haberlo aclarado?

—Yo puedo darme a conocer. Por otra parte, difícilmente sabrá cuáles son

vuestras armas. Sólo se trata del primer momento, hasta que le hayamos desenmascarado. Yo me pasearé con la visera abierta mientras que vos, Roç, debéis mantener el rostro oculto.

—Solicitemos el parecer de la dama Yeza al respecto —dijo entonces Roç—. Aunque comprendo vuestra propuesta, no se me alcanza cuál podría ser el propósito final. —Encargó a Mas de Morency que se ocupara del arbitraje y se dirigió con Oliver hacia la tribuna.

Entretanto, el de Comminges se enfrentaba en el campo de torneo a Raúl de Belgrave, y por mucho que aportara al combate su veteranía en tales lides, el joven consiguió asestarle un golpe inesperado en sus partes, retorciendo con gusto la coronita de su lanza en tan sensible lugar, de modo que Jordi, en evitación de mayores males, prefirió tocar la trompeta e imponer una pausa, tras declarar los árbitros un empate. Yeza tuvo un respiro y atendió a Roç, que se acercaba con Oliver.

—El señor de Termes —dijo el joven en tono conciliador— quiere que cambie la armadura con él, porque teme por mi vida.

—¿Y eso? —respondió Yeza con frialdad—. ¿Te imaginas lo que dirá nuestro viejo amigo Xacbert, en cuanto se presente aquí?

Oliver tuvo que luchar con un ligero mareo. Pero se recompuso y dijo con voz humilde:

—Yo no soy tan malo como pensáis, apreciada dama Esclarmunda. Xacbert también fue mi amigo, el mejor que jamás he tenido. Cuando le convencí para que saliera de Quéribus, en realidad le salvé la vida. El senescal me quería bien y le dejó escapar, un gesto que le costó el cargo. De no hacerlo así, Xacbert habría muerto. ¡Eso fue lo que me hizo perder su amistad!

—Bonita historia —dijo Roç—. ¡La repetiréis cuando esté Xacbert aquí, delante de nosotros!

—Así lo haré, y en vuestra presencia —respondió Oliver—. Pero para eso es necesario que sigáis con vida. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Aceptad mi propuesta, os lo ruego!

En ese momento, Roç vio salir de nuevo al prado a Burt y Raúl, y decidió ir a recordarles que se trataba de una fiesta y no de un combate serio.

—¿Y si fuese una trampa? —preguntó Yeza al señor de Termes—. ¿Conocéis a Yves el Bretón?

—¿El guardaespaldas del rey? No me imagino...

—Yo sí —dijo ella, y sufrió un temblor—. Estoy de acuerdo con vos. ¡Pero os advierto que avisaré a todos mis amigos, y si alguno de nosotros sospecha que nos estáis engañando, sois hombre muerto, Oliver de Termes!

—Respetada dama Yeza Esclarmunda —admitió Oliver—, os conozco desde hace muchos años. Cuando supe por primera vez de vos, os acababan de salvar del



Montségur. Si fuese mi destino morir ahora a los pies del glorioso peñón, y si mi desgraciada vida fuese útil para salvar al caballero Trencavel, me consideraría feliz.

—Ah, señor Oliver —respondió Yeza—. No habléis así. La muerte casi siempre llega cuando uno menos piensa en ella.

## **Un gran combate**

Yeza casi siempre tenía razón, así también esta vez. Yves el Bretón era el jinete negro. Xacbert de Barberá no le conocía, y no tuvo ocasión de verle la cara, pues el hombre nunca levantaba la visera. Se encontraron en el vado solitario de un río, entre dos bosques. El viejo guerrero aún conocía bien el terreno, aunque hacía años que servía al rey Jaime de Aragón, al otro lado de los Pirineos.

Cuando quiso unirse al desconocido caballero, que había subido ya con su caballo a la balsa, el otro se alejó de la orilla, sin esperarle. Xacbert tuvo un mal presentimiento ante el siniestro aspecto del jinete, pero no podía hacer nada. Le vio cruzar el río con enérgicos golpes del palo contra el fondo, subirse al caballo en la otra orilla y desaparecer entre los árboles.

El jinete negro levantó la vista sin aflojar el trote de su caballo, vio más allá de los árboles las ruinas del Montségur y, como siempre que evocaba ese nombre, le pareció que tanta historia y tanta leyenda en torno a esas piedras eran una exageración. Tampoco había estado antes en el Languedoc, ni le interesaba el país. Constató que aquel debía de ser el famoso castillo del Grial, por el que tanto había guerreado su rey Luis. De allí procedían los infantes, convertidos ahora en pareja real, un gran peligro para Francia. Se lo habían repetido mil veces, le habían hablado tanto que, finalmente, aceptó cumplir aquel encargo que tan poco le agradaba. Demasiadas veces había sido utilizado su brazo para matar a alguien, como si fuese un asesino a sueldo. Pero él sólo pretendía proteger a su rey Luis, y este rey le había prometido que nunca más le pediría otro servicio semejante, y que, a partir de entonces, sólo protegería la vida de su rey.

Sin embargo, una noche le despertaron y le mostraron el escrito del rey, la carta que llevaba el sello real, y le condujeron a una torre donde los monjes se apoderaron de él, le hablaron, le vistieron de negro, le proporcionaron una enorme espada y le hicieron subir a un caballo negro. Después le condujeron de noche a las afueras de la ciudad.

El viaje había sido minuciosamente preparado. En todas partes le esperaban, le ayudaban en silencio. En Tolosa le recibió el condestable de Francia, el señor Gilles le Brun, que lo acompañó hasta Carcasona. Allí le mostró cuales serían los colores de

Roç Trencavel, el águila negra y el guepardo del escudo. No podía fallar el golpe, la espada que le habían proporcionado cortaba cualquier cuerpo como si fuese manteca, separaba el brazo del tronco, la cabeza del cuello. Él, Yves, tendría que ejecutar una vez más a un enemigo de su rey.

Sintió ganas de negarse, de jugarles una mala pasada a quienes disponían así de él, de su vida y su fuerza. Aquella mañana, muy temprano, le habían puesto en camino, solo y con instrucciones precisas. No le apetecía salvar al Trencavel, pero le daba rabia su propio destino. Ahora bien, ¿a quién dirigirse, dónde refugiarse? Se sentía como un perro que hasta entonces sólo había recibido pan y cariño de manos de una sola persona, de su rey Luis.

Yves cabalgaba por una senda de montaña, tal como le habían dicho, a la espera de encontrar al senescal Pier de Voisins, que le llevaría hasta el campo de torneo donde se enfrentaría al joven Trencavel. Pero oyó voces y, después de descabargar, se acercó al borde del camino, donde las rocas formaban una pendiente escarpada. Vio más abajo a cuatro hombres acurrucados entre los arbustos, vigilando un camino que transcurría al fondo del barranco.

¿A quién esperaban? ¿Acecharían al anciano que había visto en el vado del río, o a otro *faidit* huido? ¿O le esperaban a él? ¿Habría traicionado alguien la misión?

Yves se retiró en silencio, envolvió los cascos de su caballo con las tiras de una gualdrupa que recortó con la espada, y regresó por el mismo camino de antes.

Raúl sostenía en el puño izquierdo, protegido con un guantelete, la empuñadura de su espada normanda. Había heredado el arma de su abuelo Lionel<sup>[322]</sup>, un guerrero que en su día acudió a estas tierras, siguiendo al de Montfort, para someterlas al rey de Francia. Ahora el nieto la iba a usar en un torneo en el que lucharía por el honor de una dama a la que hacía tiempo quiso consolar, con bastante frivolidad por su parte, porque su esposo no le hacía caso. Este se lo había tomado a mal, como era de esperar. Raúl soltó su acostumbrada risa de animal de presa, bajó la visera y se protegió el pecho con el escudo.

Después de varias tentativas con las lanzas, acabadas siempre en empate, habían decidido pasar a otras armas. Burt de Comminges exhibió un instrumento temible, el mangual, una bola que llevaba clavos ensartados, y que el caballero volteaba en el aire atada a una breve cadena. Ésta a su vez iba fijada a una anilla de hierro que él sujetaba firmemente en el guantelete, para que la fuerza centrífuga de aquella bola de hierro dotada de puntas de acero no le arrancara el arma de la mano.

Volaron al encuentro, ansiosos cada uno de asestar el primer golpe, que sería decisivo, sin importarles que fuera mortal. Raúl llevaba la espada en alto, pero la bajó en el último instante y evitó así que el mortífero mangual le alcanzara, mientras su

espada resbalaba sobre el escudo del de Comminges y le daba a éste en el muslo desprotegido. Burt ni siquiera se había dado cuenta de la herida sufrida y sólo cuando obligó a su caballo a dar la vuelta, vio salir la sangre por debajo del protector. ¡Maldito perro!, pensó. Me quiere cojo, por si acabamos luchando a pie.

El segundo asalto se produjo con una rapidez inesperada para ambos, que apenas estaban preparados, tanta era su furia, por lo que la espada de Raúl chocó contra la cadena cuando la bola ya se había clavado en el cuero de su escudo, y la cortó con un chasquido metálico. Pero también la espada se partió y un trozo salió disparado, trazando una amplia trayectoria en el aire.

Los árbitros asistían boquiabiertos a un combate que nunca pensaron sería tan encarnizado. Jordi tocaba la trompeta como un poseso, sin que los contendientes le hicieran mucho caso. Burt de Comminges regresó al puesto de banderas y se hizo con una espada larga, y Mas de Morency, al verlo, le arrojó a Raúl la suya. Pero una vez más acabaron desarmados, al chocar la espada de Burt con el escudo de Raúl y perder éste su arma a causa del impacto, que hizo dar a su caballo un salto inesperado.

Xacbert de Barberá no quería esperar más. O bien su amigo Lobo de Foix no había recibido el aviso de que pensaba presentarse al torneo, o algo le había impedido acudir para recogerle en el lugar en que ya se habían citado otras veces. Xacbert tenía muy claro que también el senescal, Pier de Voisins, se imaginaba que el viejo *lion de combat* asistiría al encuentro, y le estaría esperando emboscado en algún lugar con sus guerreros francos. ¡Ojalá el amigo Lobo de Foix no hubiese caído en sus manos!

Xacbert condujo con mucha precaución su caballo hacia la balsa, que estaba resbalosa, y se alejó de la orilla, ayudándose con el palo. Cuando se encontraba en medio de la corriente, la balsa dejó de moverse. Xacbert apuntó el palo contra el fondo, pero no conseguía avanzar. En esto, su vista cayó sobre la orilla de enfrente, y allí vio al jinete negro, que había descabalgado y estaba con las piernas separadas metido en el agua, reteniendo con ambas manos la cadena que guiaba la balsa.

—¿Qué significa eso? —gritó el viejo, pues le pareció una mala broma.

La balsa se movía peligrosamente en medio de la corriente, y el agua la recorría en amenazadoras oleadas. Xacbert se tambaleaba y su caballo empezó a ponerse nervioso. Pero el caballero negro no decía nada, ni soltaba la cadena.

—¿Qué queréis? —le gritó Xacbert, perdida ya la compostura—. ¡No soy más que un pobre hombre, no soy comerciante, no llevo dinero encima!

—¡Quiero que os desnudéis! —le llegó la voz del otro—. ¡Necesito vuestra armadura!

—¡La necesito yo mismo! —gritó a su vez Xacbert—. ¡Es todo lo que poseo!

Pero no obtuvo respuesta, el de negro seguía sujetando la cadena, y el famoso *lion de combat* comprendió que, si no cedía, acabaría ahogado. Apretó los dientes y

empezó a desatar y soltar cierres y cordones, una tarea difícil sobre aquellas tablas sacudidas por la corriente. El diablo negro se mostró comprensivo y acercó la balsa más a su orilla.

—Arrojadme vuestra espada y haced bajar al caballo al agua —le aconsejó—. Y después, dejad vuestra armadura y el yelmo encima de la balsa.

¡Aquel hombre era el mismísimo demonio! Xacbert hizo lo que le había ordenado, tras considerar que no podía atreverse a una lucha desigual, cuerpo a cuerpo, con aquel gigante.

—¿Y vos? —preguntó—. ¿Cuándo me entregaréis lo vuestro a cambio?

—Encontraréis mis cosas, junto con el caballo, en el próximo recodo del camino.

¡Lo que quería evitar aquel jinete misterioso era que él, Xacbert, le viese el rostro! Sintió que la cadena iba cediendo y se vio de nuevo al otro lado de la orilla. ¡Maldita sea! Se había dejado engañar, y había perdido la espada y el caballo.

—¿Cuándo os volveré a ver? —gritó furioso, y el otro le respondió:

—¡Decidid vos el lugar, lo más cerca posible del prado del torneo!

Xacbert reflexionó y después dijo:

—Más arriba de ese prado hay un sitio llamado Camp des Crémats, de infausta memoria, y junto a la linde del bosque una cruz que recuerda a los muertos. ¡Allí os esperaré!

—¡Muy bien! —gritó el otro—. ¡Me gustan las cruces!

Fue lo último que Xacbert le oyó decir al jinete negro. Se quitó la armadura y la depositó junto al yelmo sobre los maderos de la balsa. Vio cómo ésta se alejaba, transportando sus pertenencias hasta la otra orilla, donde el hombre de negro recogió todo y se adentró, llevando a los caballos cogidos de las riendas, en la profundidad del bosque.

Mientras, en el prado, Raúl y Burt seguían asestándose golpes con las espadas recuperadas, de pie ahora, como dos herreros mudos y sordos que trabajan sus piezas a conciencia. Sólo que en lugar de un yunque tenían delante una delgada chapa de hierro y debajo carne viva. Burt manejaba su larga espada con maestría, Raúl se movía con más ligereza. Al principio se atenían aún a las reglas normandas que rigen el combate a espadas, pero Raúl reconoció pronto que tanto respeto le hacía estar en desventaja, y Burt, a su vez, iba notando el efecto de la herida que el otro le había abierto en el muslo. De modo que dejaron de lado todo miramiento y cuando sus golpes empezaron a ser más lentos, porque las armaduras pesaban demasiado y el esfuerzo los debilitaba, buscaron adrede cualquier oportunidad de alcanzar al enemigo y herirlo sin compasión. Pronto sangraban ambos de varios cortes, se movían dando tropiezos y las empuñaduras de sus espadas se les quedaban enganchadas, les era más y más difícil separarse, lo conseguían empujándose uno a otro con los escudos y se pisaban los pies. Se observaban con los ojos hinchados de

sangre y con ganas de atisbar un trozo de carne desnuda en el cuello del otro para hundir en ella el filo de la espada, muy lentamente, hasta atravesarle la garganta.

## **El viejo león quiere luchar**

El joven Pons había sido arrastrado por Potkaxl, a falta del escudero Filipino, que estaba entretenido con el torneo, hacia la parte inferior de la tribuna, donde ambos se aprestaban a sostener un combate más singular y, con toda seguridad, más placentero que el desarrollado en el prado. Cuando más enredados estaban, vieron a dos hombres bajando por la escalera de atrás y la muchacha, sorprendida, reconoció a su amo Roç. El otro era el señor de Termes.

Los recién llegados empezaron a desvestirse y Potkaxl, que iba de sorpresa en sorpresa, intentaba mantenerse quieta, pero Pons no pudo evitar un pedo que llamó la atención de Roç.

—¿Qué hacéis ahí? —El joven miró con enfado hacia la pareja y, comprendiendo la situación, ordenó a la doncella que se largara con su acompañante al bosque. Los dos obedecieron sin rechistar, y Roç y Oliver acabaron de intercambiar sus armaduras.

El conde Jourdain de Levis y sus tres caballeros seguían escondidos, a la espera del jinete negro. Poco a poco se iban cansando.

—¡Será un cuento de Oliver! —refunfuñó Gaston—. Siempre anda con mentiras.

—No deberíamos dejar a las damas tanto tiempo solas —opinó el conde—. Ese señor de París lo habrá pensado mejor y habrá renunciado al torneo.

Acababan de montar cuando Simón de Cadet avisó en voz baja:

—¡Allí arriba veo a un jinete! —Y, en efecto, un hombre a caballo avanzaba pausadamente por el camino de arriba y les saludaba con la mano.

—¡Es Xacbert de Barberá! —exclamó Lobo de Foix—. ¡Xacbert, mi viejo amigo! Habrá pedido licencia a don Jaime, para estar aquí con nosotros y...

—¡Nos hace señas de que sigamos adelante! —le interrumpió Simón.

—¡Nadie conoce como él estos caminos! Querrá encontrarse con nosotros en la garganta del Lasset —afirmó Lobo, con el rostro radiante de alegría por la presencia de su viejo compañero de armas. Admiró la cimera, que ostentaba una cabeza de león con las fauces abiertas, distintivo concedido por don Jaime el Conquistador a su fiel guerrero cuando la conquista de Menorca, de donde habían desalojado a los moros.

De modo que siguieron cabalgando y mirando de vez en cuando hacia la recia figura del jinete que avanzaba por la senda alta.

Burt y Raúl habían caído a tierra, incapaces ya de ponerse en pie, aunque seguían agarrados cada uno a su espada. Mas de Morency y Gers d'Alion se acercaron respetuosos, e incluso Jordi abandonó su puesto y acudió, seguido de Filippo, que le llevaba la trompeta.

—Habría que declarar el empate definitivo. No creo que sea una vergüenza insoportable para ninguno de los dos —aventuró Gers, queriendo dar ánimo a los agotados contendientes.

Como no hubo respuesta, Mas declaró:

—¡No hay más prórrogas! Os rogamos que abandonéis el prado.

Jordi tocó la señal de que el combate había acabado en empate. Había sido la justa más larga que había visto.

En la tribuna, Mafalda se dirigía a su hermana Melisenda:

—Mira por dónde, podrás conservar a los dos. Pero no creo que hoy mismo te sirvan de gran cosa...

—*Ta goule!* —le gritó su dulce hermana y Mafalda se llevó un sonoro bofetón.

El caballero negro se acercaba al cordón establecido por el condestable en torno al Pog. Recordando la orden de no plantear preguntas incómodas, el senescal y sus soldados le cedieron el paso y le vieron alejarse, sin haber saludado y sin que pareciera mirales siquiera.

—Me acaban de avisar —dijo Gilles le Brun al senescal, apenas el jinete extraño hubo desaparecido de nuevo— que esos tres mozos que debían defender el honor de Francia se han pasado al bando de Occitania. ¡Nos han traicionado!

—¡Quiero verlo con mis propios ojos! —dijo el senescal y se dirigió al caballo. Pier de Voisins no tenía ganas de alcanzar al jinete negro, pero sí sentía curiosidad por ver cómo actuaría en el torneo. En realidad, a él le parecía una indecencia. ¡Nadie acude a un torneo con la intención de asesinar!

Después de cabalgar un rato, se encontró con Rinat le Pulcin, a quien el senescal conocía sólo de oídas. Decían de él que estaba al servicio de Venecia, y que los personajes cuya imagen reproducía nunca vivían mucho tiempo después de que el artista hubiese acabado de pintar su retrato.

Pier de Voisins decidió que el hombre no le agradaba y se mantuvo en silencio, por muchos esfuerzos que hiciera Rinat para trabar conversación. Se separaron antes de llegar al prado del torneo.

Xacbert de Barberá, el jinete negro, estaba más que contento. Nunca habría pensado que le sería tan fácil llegar hasta el Pog. Cuando vistió la armadura negra, se

encasquetó el yelmo y subió al caballo negro, comprendió que había tenido suerte y le volvió el buen humor. La espada que halló junto a lo demás no era un arma como las habituales, y Xacbert pasó el dedo por el filo, abriéndose un corte que le hizo entender que aquella espada era lo más parecido a un instrumento para ajusticiar. ¡El hombre de negro era un verdugo! Ahora lo veía muy claro. ¿Un verdugo secreto al servicio de la corona de Francia? ¡A él qué le importaba! Al fin y al cabo, tampoco él acudía al torneo para felicitar a Oliver de Termes. Xacbert seguía reflexionando. El verdugo no le había reconocido, de modo que tampoco estaba seguro de quién sería su víctima. Su viejo amigo Lobo de Foix, por ejemplo, era también un personaje muy buscado, varias veces condenado a muerte *in absentia*, y él estaba decidido a convencerle para que se refugiara con él en tierras de Aragón, donde vivirían seguros. ¿A quién buscaría el jinete negro? ¿A la pareja real? Xacbert sólo había visto a Roç y Yeza cuando todavía eran niños, justo después de que fueran salvados del Montségur. Pero había oído hablar mucho de ellos, y sabía que incluso habían viajado en su nave, la *Nuestra Señora de Quéribus*<sup>[323]</sup>, un regalo de don Jaime. Todo lo que le habían contado de la pareja había entusiasmado siempre a Xacbert, de modo que había considerado un gran honor que Roç y Yeza residieran en su castillo de Quéribus, y estaba ansioso por verlos ahora, después de tantos años, y esas ganas eran en realidad el motivo fundamental por el cual había emprendido tan peligroso viaje. No era tanto el deseo de matar a Oliver, que bastante castigo tenía con ser considerado un traidor, un renegado. Le asustaría un poco, eso sí, se reiría de él, pero no quería ensuciarse las manos con su sangre. Xacbert sonreía y decidió ir directamente al encuentro del personaje negro para intercambiar de nuevo sus armaduras, de modo que pudiera enfrentarse al de Termes en combate abierto, sobre el campo de torneo. Una vez recuperada su propia armadura, tendría justo el tiempo de advertir a Roç y Yeza del posible peligro que les amenazaba. Dirigió el caballo negro hacia la garganta del Lasset, desde donde, sin ser visto, puede alcanzarse el Camp des Crémats.

El conde Jourdain y sus compañeros atravesaron la garganta justo debajo del Pog, cruzando paso a paso y con suma precaución las aguas salvajes del Lasset. Llevaban los caballos cogidos de las riendas y a veces echaban una mirada hacia atrás, para ver si Xacbert les seguía. Lobo de Foix quería esperarle, pero Jourdain le gritó:

—¡A la salida! ¡Aquí no se puede hablar!

Pero cuando alcanzaron el bosque y se detuvieron para esperar la llegada del amigo, éste no aparecía. Simón regresó entonces hasta la garganta para echar un vistazo.

—Habrás entrado en el bosque algo más arriba —consolaba Jourdain a Lobo de Foix—. Conoce muy bien estos caminos.

En ese momento regresaba Simón de Cadet.

—¡Ni rastro de Xacbert! —exclamó sin resuello—. ¡En cambio, he visto a un jinete negro alejarse hacia el bosque!

Los criados y escuderos se llevaron del prado a los dos heridos, trasladándolos a una tienda que el conde Jourdain había preparado para que los caballeros pudieran cambiarse de ropa y de armadura, y que quedó enseguida transformada en hospital de sangre. El de Comminges y el de Belgrave estaban ambos malheridos, hubo que abrir bisagras con ayuda de tenazas, cortar ataduras de cuero y sacar sus carnes maltrechas de las corazas como se saca la carne de un cangrejo de su concha.

Geraude actuaba de enfermera, y lo hacía a gusto. Lavaba y secaba las heridas, limpiaba la sangre y aplicaba ungüentos, contaba gotas de esencias, sobre todo mercurio<sup>[324]</sup>, y extendía pomada de cinc, como le había enseñado Na India.

Roç inspeccionó a los dos heridos, vendados ya de la cabeza a los pies. Hasta las narices, que apenas asomaban entre las telas, aparecían ensangrentadas y llenas de moraduras. Roç vestía la armadura y el casco del de Termes, y no se sentía en absoluto descontento, pues el cambio le proporcionaría la oportunidad de salir por segunda vez a combatir en el prado. Oliver, hasta el momento, no había tenido ocasión de hacerlo.

Mientras lo iba pensando, se presentó Yeza.

—¿Dónde está Potkaxl? —preguntó—. ¡Podría estar aquí, ayudando a Geraude!

Roç murmuró unas palabras incomprensibles, pues recordó que había mandado a la muchacha al bosque. Geraude miró hacia atrás, y vio a su ama conversando amigablemente con el señor de Termes.

—¡Ya me arreglo sola! —murmuró perpleja.

## **El jinete negro**

Roç estaba contento al verse rodeado de nuevo por el conde Jourdain y su grupo, e hizo comunicar a Jordi que a partir de ese momento todos podrían participar en el torneo, incluso occitanos contra occitanos, puesto que había pocos francos disponibles.

Después se acordó de que él, que llevaba la armadura del señor de Termes, representaba precisamente a un franco. En lugar de saludar a Yeza, envió un beso con la mano a la dama Mafalda, subió al caballo de Oliver y se dirigió al puesto de la oriflama. Esperaba ver salir a Gers d'Alion, pero éste no hacía ningún caso, y Roç recordó entonces que algunos caballeros no querían tener nada que ver con un traidor como Oliver.



Mientras esperaba que alguien saliera a competir con él, oyó los gritos y las exclamaciones jubilosas que desde la tribuna saludaban a un caballero que ahora entraba por el otro extremo del prado, y que él, hasta ese momento, no había visto. ¡Era Xacbert de Barberá! ¡El viejo *lion de combat*! Roç se emocionó, y consideró un honor poder medir sus fuerzas y habilidades con el famoso guerrero.

Tan sólo en el momento de retirar las lanzas se acordó de que él ahora representaba a Oliver de Termes, a quien el anciano odiaba visceralmente. Roç se sintió avergonzado de enfrentarse a aquel hombre bajo una apariencia tan poco honrosa y decidió caer del caballo al primer asalto, pues el honor de un Oliver de Termes no merecía otra cosa.

Cuando sonó la trompeta, los caballeros se lanzaron al encuentro, lanzas en ristre y los escudos en alto. Pero los dos desviaron sus armas en el último instante, aunque Xacbert oyó después como a sus espaldas, su contrincante caía a tierra. ¡Ni siquiera le había tocado! Asqueado de tanta cobardía, Xacbert hizo señas a Jordi de que anunciara el fin del combate, pues no deseaba seguir luchando contra un oponente tan despreciable.

Los criados trasladaron a Roç a la tienda, pues la caída le había dejado inconsciente. El pesado yelmo del de Termes había golpeado en tierra con tal fuerza que Roç perdió el sentido y, al despertar, lo primero que hizo fue vomitar. Yeza procuró que le quitaran la armadura y Geraude se apresuró a preparar una infusión caliente de saúco, después de superar el asombro que la invadió al ver el rostro de Roç saliendo de aquel yelmo. También Rinat, que había acudido a ver salir de la tienda al de Comminges, quien rechazaba la ayuda de su esposa Melisenda y se apoyaba en la señora Esterel, mientras Raúl salía de allí casi en brazos de Mas de Morency, se mostró tan aturdido cuando reconoció al falso Oliver que abandonó apresurado la tienda.

Mientras tanto, el de Termes quiso aprovechar el momento. En cuanto comprendió que Xacbert acababa de proclamarse vencedor sobre el falso Oliver, y que nada tenía que temer de su viejo enemigo, entró a combatir en honor de Occitania, y observó con envidia que tanto Gers d'Alion como Simón de Cadet y hasta Mas de Morency corrían hacia los caballos, deseosos de medir sus fuerzas con las de Roç Trencavel. Pero cuando giró el caballo en el punto de partida, vio que ninguno de ellos estaba allí para enfrentarse a él. Los tres se habían retirado al ver aparecer a un jinete que vestía de negro y se situaba bajo la oriflama. Oliver sintió que su corazón le golpeaba con fuerza contra la garganta: ¡el jinete negro! Se quedó paralizado de terror.

El recién llegado cabalgó sin prisa hacia el puesto de lanzas, escogió con calma, y todos le vieron examinar la punta cortada y la coronita fijada en el extremo. Pero lo

que nadie vio fue que, al regresar al punto de partida, cambió rápidamente la coronita por una punta afilada que llevaba preparada, una punta de acero con una coronita deslizable que era capaz de retirarse un palmo hacia atrás, de modo que el daño causado al contrincante fuese irreparable. La punta de acero estaba pintada de un color como si fuese de madera.

Yves el Bretón estaba decidido a cumplir con su tarea lo antes posible. ¡Sería la última vez! Se lo habían prometido, además de un título y el cargo de senescal de Carcasona. Era lógico que para conseguirlo tuviese que eliminar al último de los Trencavel. ¡A Dieu, pequeño Roç, un saludo del vizconde Yves!

Los caballos iniciaron la carrera, Yves se dio cuenta de que el otro tenía los miembros agarrotados y mantenía su lanza en posición fija, sin dar señales de querer maniobrar. Apuntó con la suya hacia la parte baja del escudo, donde acababa la coraza y empezaban las carnes blandas, sólo protegidas por el cuero. Empujó sin esfuerzo la lanza de su contrincante a un lado e introdujo la suya profundamente en la carne del otro. Por un instante lo sostuvo ensartado, levantado en el aire, porque el caballo de su enemigo seguía adelante en su carrera. Desde la tribuna y desde los bancos del público le llegaron los gritos de espanto de la gente, que después dieron paso a un murmullo consternado. Yves sacudió el cuerpo de su contrincante de la lanza, lo dejó caer a tierra y se alejó, pensando en que debía cambiar la punta de la lanza y restituir la coronita original. No le dio tiempo de ver a Rinat, que desde el principio del combate había salido al campo moviendo los brazos como si descara impedir aquel encuentro. Cuando observó que no podía hacer nada, desistió cabizbajo.

Yves retiró con toda rapidez la coronita deslizable de la punta de su lanza y manchó el palo serrado con un poco de sangre. Se quejaría al árbitro de la pérdida de la coronita original. «¿No habrá pasado nada malo?», preguntaría con aire de inocencia. En realidad no tenía ganas de hablar con nadie, pero pensó que no debía mostrarse intranquilo y mucho menos intentar alejarse de allí.

La tribuna había quedado vacía, el conde Jourdain se esforzaba por impedir a los curiosos que entraran en la tienda. Los pocos que lo consiguieron vieron a Roç con la cabeza vendada y se tranquilizaron. Cuando trajeron a Oliver, Xacbert examinó la herida y declaró que era mortal.

—No hay nada que hacer —murmuró—. La salida de los intestinos provocará una intoxicación. Lo mejor para este hombre es que muera desangrado.

Oliver abrió los ojos, su mano buscó temblorosa la de Xacbert.

—Yo te había perdonado —dijo el viejo león—. Pero eso ahora ya no tiene importancia.

Cuando casi todos hubieron abandonado la tienda, Xacbert llorando la muerte de

Oliver y Lobo de Foix abrazado a su viejo amigo para consolarle, Geraude se acercó a Yeza, la condujo al lecho del muerto y levantó la sábana. Le mostró el corte limpio a través del cuero y dijo:

—Esto no lo ha hecho la coronita. ¡Es un asesinato premeditado!

Yeza ordenó que le quitaran a Oliver la armadura de Roç.

—Él ya no la necesita, pero yo sí. ¡Alto, ¿adónde vais?! —le gritó a Rinat, que estaba a punto de escabullirse—. ¡Os quedaréis aquí, y tú, Filipo, irás a buscar a los árbitros, los señores Gers d'Alion y Mas de Morency!

Cuando éstos llegaron a su presencia, Yeza les ordenó que detuvieran al pintor.

—¡Encadenadle, pero no le matéis! Tendrá que responder a unas cuantas preguntas.

Una vez arreglada esta cuestión, Yeza se puso la armadura de Roç, ayudada por Geraude y Potkaxl, que había vuelto de su excursión. Enviaron a Jordi al prado, para que anunciara la continuación del torneo. Cuando Roç Trencavel volvió a presentarse, montado a caballo, en el punto de partida, el júbilo del pueblo y de los ocupantes de la tribuna no conocía límites. A Yeza no le importó, lo que ella deseaba era desenmascarar a Yves el Bretón, verificar su sospecha, no pretendía matarle, porque no se veía capaz de hacerlo, pero esperaba que alguien de los caballeros lo hiciera por ella y acabara de una vez con aquel siniestro personaje que nunca dejaría de ser un asesino. Pero cuando se dispuso a galopar al encuentro del hombre que seguía bajo la oriflama, tuvo que sortear a Lobo de Foix y a Xacbert, que se enfrentaron a ella para impedir que corriera tan terrible peligro.

Cuando consiguió librarse de ellos, vio que el jinete negro clavaba las espuelas a su montura y se alejaba hacia el bosque.

—¡Detente, cobarde! —gritó Yeza—. ¡Enseña la cara, Yves!

Pero éste ya había desaparecido del todo cuando Yeza llegó al palo donde ondeaba la bandera de Francia, y Lobo de Foix sujetó las riendas del caballo de Yeza.

—¡Dejadle marchar! Un hombre así no merece una muerte de caballero, ¡la cuerda del verdugo acabará algún día con él!

—¿Cuántas desgracias causará todavía hasta entonces? —se indignó Yeza.

—¡Las que Dios quiera! —murmuró el viejo luchador.

## **Un final triste y sobrecogedor**

La muerte miserable de su amigo Oliver a manos del jinete negro no dejaba descansar en paz al senescal. Ya había montado a caballo cuando «Roç Trencavel» volvía con el suyo a la parte posterior de la tribuna, donde se encontraba la tienda. Pier de Voisins ocupó rápidamente el puesto correspondiente a la bandera de Francia, y Simón de Caclet y Gers d'Alion empezaron a disputarse el honor de competir contra

el primer caballero que, sin que cupiera ninguna duda, acudía a defender la flor de lis. Fue Mafalda la que decidió que sería su amado Gers quien representara a Occitania, puesto que, además, éste no había tenido aún ocasión de lucirse en el torneo.

Yeza arrojó, una vez dentro de la tienda, una mirada hacia Roç, que seguía profundamente dormido gracias a la bebida que le había administrado Geraude. El Trencavel no se había enterado de nada, e incluso la muerte de Oliver de Termes, que en realidad tendría que haber sido la suya, había pasado por delante de su persona como un cáliz del que no tuvo que beber. Geraude y Potkaxl ayudaron a Yeza a despojarse de la armadura.

La trompeta dio la señal para iniciar la justa. Gers d'Alion tuvo dificultades para acercarse al puesto de las lanzas, porque Mafalda no cesaba de demostrarle su amor y su admiración, le metió su pañuelito debajo de la coraza y cada vez que él creía haberse despedido definitivamente, ella volvía a abrazarle y a besarle con pasión.

—Os ruego, señor —dijo Pier de Voisins con cortesía—, que examinéis vos mismo la posición correcta de la coronita en la punta de mi lanza.

Y tendió al joven el arma, de modo que también éste, sorprendido por el gesto, le tendió a su vez la suya y ambos comprobaron que las puntas de sus lanzas respondían perfectamente a las reglas de un torneo entre caballeros.

—¡Por un buen combate! —saludó el senescal a su joven oponente, mirándole a la cara.

—Que gane el mejor —respondió éste, queriendo ser, a su vez, cortés.

—¡Ganará el que más suerte tenga! —le advirtió Pier de Voisins, que cerró la visera y regresó al punto de partida.

—¡Por nuestra querida Occitania, amor mío! —gritó la dama Mafalda a través del campo, de modo que todos pudieran oírla.

Cuando sonrío Fortuna, Venus nunca está lejos, pensó el viejo senescal. A él no le esperaba ningún premio, ni siquiera el agradecimiento de Francia. Una vez llegado hasta la oriflama se inclinó, no obstante, ante su lejano rey, que apreciaba en tan poco sus servicios, y se persignó con la mano protegida con el guantelete. Sujetó la lanza debajo del brazo y quedó a la espera de la señal. El de Alion también estaba dispuesto, y Jordi tocó la trompeta, de modo que los dos caballeros iniciaron la carrera.

De joven, el senescal había participado en muchos torneos, y ahora decidió no descuidarse, pues aunque le daba igual quien saliera vencedor, no quería avergonzarse ante sí mismo. Su caballo obedeció a la presión de sus muslos y pasó a un galope tendido. ¡Qué suerte!, pensó el anciano, ¡poder participar una vez más en

un lance de honor! Su corazón saltaba de alegría. Mantuvo la lanza recta contra el escudo de su contrincante, pues la consideraba la única forma correcta de luchar en un torneo. Pero después observó preocupado que el otro sostenía el escudo demasiado adelantado y, sobre todo, inclinado con el borde superior hacia su cuerpo, como si tuviese que enfrentarse a un combate a espadas. ¡Era peligroso! Pier de Voisins intentó amortiguar el golpe de su lanza, pero ésta ya se había estrellado contra el escudo, la coronita se dobló hacia abajo y el palo se partió. El extremo de la lanza resbaló por la pendiente del escudo hacia arriba y se introdujo entre la barba y el yelmo del de Alion, se le metió por la garganta y más hacia adentro, hasta el cerebro. El senescal la había dejado caer aún antes de ver salir un chorro de sangre del cuello de Gers y éste cayó lentamente del caballo, con el palo de la lanza metido en la cabeza, mientras el animal frenaba sus pasos. El aullido estremecedor de Mafalda rompió el silencio paralizante que pesaba sobre el prado.

Pier de Voisins no esperó a que su caballo se detuviera del todo, se arrojó de la silla y se dirigió, tan rápidamente como lo permitía la pesada armadura, hacia donde se encontraba el desgraciado joven. Jordi ya se había acercado a éste e intentaba abrirle la visera con la fuerza de sus manos, pues nadie se atrevía a tirar del palo roto de la lanza. Mientras tanto habían llegado también Lobo de Foix, Xacbert y Simón de Cadet. Se arrodillaron todos en la hierba teñida de sangre, Simón intentó levantarle la cabeza al herido, pero la muerte ya se había producido y la sangre dejó de manar.

—¡No miréis! —ordenó Lobo a los demás, pero sólo Jordi obedeció.

De un tirón, el de Foix arrancó el palo sangriento de la horrible herida, de entre las telas salió aún un pequeño reguero de sangre, pero pronto cesó también esta última señal de vida. Simón sacó, conmovido, el pañuelito de Mafalda, empapado de sangre, de debajo de la coraza. Se lo llevó a los labios y se alejó de allí. El de Foix agarró al muerto debajo de las axilas, lo subió al caballo que Xacbert mantenía preparado, de modo que quedó colgado sobre la silla, las piernas a un lado, la cabeza y los brazos del otro lado. Así le devolvieron a paso lento a la tribuna. Pier de Voisins iba detrás, con la cabeza agachada. Se sentía culpable, aunque nadie hubiese pronunciado un reproche. ¿Cómo habría podido evitar esa desgracia? ¡Todo había sucedido con tanta rapidez!

En la tribuna y en los bancos ocupados por el público se oían los lamentos de las mujeres, y por encima de ellos los gritos penetrantes de Mafalda, que recibió a su prometido muerto en un estado cercano a la locura, y entre gemidos de dolor se arrojó a tierra y desgarró sus ropas. Le lanzó al senescal a la cara la acusación de «¡asesino!», balbuceó las palabras «conjura» y «tribunal de justicia», y ni siquiera la buena señora Esterel fue capaz de sujetarla entre sus brazos y estrecharla contra su pecho, como habría deseado hacer.

Yeza ordenó a Geraude que le administrara a la muchacha un trago de la misma

bebida que había llevado a Roç a sumergirse en un profundo sueño.

—¡Pero bastante más fuerte! —le recomendó.

Cuando Geraude llegó con la jarra, Simón y Mas quisieron sujetar a Mafalda, que seguía fuera de sí, para que bebiera, pero ésta no lo consintió. Sin prestar la más mínima atención al cuerpo del muerto, se deshizo de todos los que querían sujetarla y corrió en dirección a la escalera posterior. Desde allí, sin dejar de correr, se alejó hacia el bosque.

Melisenda, más pálida todavía que antes, se dirigió a Simón de Cadet.

—Deberíais seguir a mi hermana, podría atentar contra su vida.

Simón dudaba.

—¡Corred a consolarla! —le ordenó Melisenda—. ¡Se lo debéis a vuestro amigo!

Simón se inclinó en una muda reverencia y se alejó.

Cuando Roç despertó en la tienda, se encontró en compañía de dos muertos. Se frotó los ojos, pues creía que se trataba de una pesadilla, después vio que entraban en la tienda Lobo de Foix, Xacbert de Barberá y Pier de Voisins. No le dedicaron la menor atención, ni a él ni a los dos cadáveres.

—Es mi firme decisión, señores —dijo el senescal—, salir una vez más al campo del torneo, y os ruego, Lobo de Foix, que sois sin duda alguna el caballero más indicado, que os pongáis a mi disposición. ¡Será un combate a vida o muerte! Esto tiene que acabar.

—Os lo ruego, Pier de Voisins, ¡no os dejéis llevar por el desánimo, por el dolor que sentimos todos nosotros! —exclamó Xacbert, preocupado. También el de Foix se mostraba asustado.

—No tenéis la menor culpa, no me obliguéis a hacerlo. Haréis recaer sobre mí la maldición que pesa sobre todos nosotros desde la aparición de ese Bretón, y no tengo por qué...

—¡Pero yo quiero la muerte! —gritó el senescal, fuera de sí—. ¿Qué queréis, que me ahorque en medio de la tribuna? Concededme el honor de morir como un caballero, desde ahora os declaro libre de culpa. ¡Xacbert de Barberá es testigo! ¿O preferís que insulte a las damas o a la pareja real, hable mal de vos, Lobo de Foix, y de vuestra amada Occitania, para que os veáis obligado a sacar la espada?

—No —dijo el de Foix, inclinando la cabeza—. Un *faidit* no podría actuar así. —Dobló la rodilla ante el senescal y dijo—: ¡Os pido perdón!

Pier de Voisins le besó en la frente. Ambos se arrodillaron y Xacbert bendijo sus intenciones, poniendo las manos sobre sus cabezas. Después, los tres abandonaron la tienda.

Roç estaba seguro de estar soñando y se volvió a dormir.

Algún tiempo después, Roç despertó de nuevo, y a través de su estado brumoso, que aún le mantenía medio adormilado, oyó unas voces que hablaban del rápido y cruel fin del senescal de Carasona. Al parecer, Lobo de Foix le había cortado limpiamente la cabeza antes de que éste hubiese podido levantar la espada. Después oyó las voces furiosas de Yeza, que hablaba de la huida de Rinat le Pulcin, algo que Roç no acababa de entender en absoluto. ¿Por qué había sido apresado el pintor?

—¡Alguien ha cortado sus ataduras! —Su dama estaba muy enfadada.

Después entraron en la tienda unos hombres que traían consigo tres ataúdes recién fabricados. Cuando empezaron a dar martillazos, Roç se acordó de su cabeza, y comprobó que ya no le dolía. En cambio, sí seguía en su sitio el chichón. Abandonó rápidamente el lugar y llegó a tiempo para ver a Jordi tocando la trompeta en medio del prado, anunciando así el final del torneo.

## **Recuento de vivos y muertos**

El sol vespertino ya no calentaba a nadie, y la leve brisa que tan agradablemente había refrescado a los combatientes y aplacado las emociones de los asistentes, se transformó en un viento frío que bajaba de los Pirineos y batía los estandartes y las banderas. Había sido un día precioso, las pocas nubes que navegaban por el cielo azul se iban dispersando y los muros del Montségur se encendieron con el oro del sol poniente. Las damas rodeaban a Yeza, árbitro máximo del torneo, que acababa de decidir que Lobo de Foix era el vencedor absoluto.

—¡Dos combates, dos triunfos!

Melisenda se lo discutió, afirmando que era Roç quien había resultado vencedor, y Yeza tuvo que claudicar, pues el combate de Lobo contra Xacbert difícilmente podía calificarse de verdadero enfrentamiento. De modo que fue un sorprendido Roç, que no entendía qué estaba pasando, quien recibió de manos de Yeza una corona de rosas sujetas con cintas rojas y gualdas, y ella le besó la frente, proclamándole triunfador. Los caballeros saludaron levantando sus armas. El torneo había tocado a su fin.

Los primeros en marcharse fueron el señor de Comminges y su esposa Melisenda. No se dirigían la palabra, y todo hacía presagiar que seguirían así durante bastante tiempo. La única vez que el señor Burt separó las mandíbulas vendadas durante el camino de regreso, fue cuando llegaron a la barrera instalada por el condestable. De su boca se enteró el condestable Gilles le Brun de que los señores Pier de Voisins y Oliver de Termes no habían salido con vida del torneo.

—¿Quién les ha...? —quiso preguntar el condestable, pero a Burt le costaba hablar, y siguió adelante sin una palabra más. También su séquito se mantenía en

silencio.

Gilles le Brun estaba asombrado. Primero fue el jinete negro quien pasó de largo, sin saludar, lo mismo que en el camino de ida, de modo que podía suponer que había cumplido con su misión. Pero nadie hablaba de la muerte de Roç Trencavel. Tendría que buscar más información.

Raúl, Mas y Pons insistieron a Roç para que no echara en saco roto la sed de venganza del condestable, quien, después de saber que habían muerto tanto el senescal como Oliver de Termes, y en cuanto comprobara que el verdugo enviado desde París había sido engañado, estaría deseoso de cumplir él mismo la misión de acabar con el Trencavel. Roç no debía caer en sus manos.

Yeza consideró que sus argumentos eran justos.

—¡Haced caso de sus consejos, señor! —exclamó—. ¡Yo me veo capaz de regresar sola a Quéribus!

Entonces intervino Simón de Cadet.

—Os seguiré si me aceptáis en vuestra escolta —le dijo a Roç—. Y os dejaré la armadura de mi amigo Gers d'Alion. A él no le sirvió de nada, pero tal vez a vos pueda servir para ocultaros.

Yeza abrazó a Simón, agradeciéndole la propuesta, y Roç se alejó para cambiar una vez más de armadura. Juró que sería la última.

Ya fuese por seguir los pasos de Simón, o por el deseo de no pasarse el resto de su vida encerrada en el castillo de su padre, el caso es que también Mafalda dobló la rodilla ante Yeza y dijo:

—Puede que no me consideréis una dama de compañía útil, pero juro que os sería leal... —No pudo seguir, las lágrimas se lo impedían.

Yeza no dejaba de tener cierta reserva, pero ayudó a levantarse a la muchacha y dijo:

—Os quedaréis conmigo mientras nos convenga a las dos.

Se decidió que Yeza y su séquito no partieran hasta que Roç y sus acompañantes hubiesen pasado por la criba del condestable y estuviesen a salvo. Filipino sería el encargado de avisar.

El señor Gaston de Lautrec y su esposa Esterel se despidieron, no sin ofrecerse para sacar a Roç oculto entre sus seguidores. Pero su hijo adoptivo, Mas de Morency, insistió en que, entre todos, conseguirían sacar a su nuevo amo de todos los peligros.

Cuando el señor de Lautrec se acercó a la barrera instalada por el condestable,



éste le abordó:

—Decid, noble señor Gaston, ¿quién dio muerte a nuestro viejo y querido, aunque insensato senescal de Carcasona?

—El propio Pier de Voisins eligió a su contrincante, Lobo de Foix. ¡No pudo haber elegido otra espada más honrosa! —Gaston observó que el odio desfiguraba el rostro del condestable—. ¡Lobo de Foix es todo un caballero, como seguramente no habrá otro, y, por supuesto, no en París! ¡El asesino del señor de Termes, en cambio, fue vuestro jinete negro!

Y con estas palabras se alejó a todo galope.

Los tres viejos amigos, Lobo de Foix, Xacbert de Barberá y el conde Jourdain de Levis, se propusieron escapar por la garganta del Lasset, que permite ir y venir bajo las rocas del Montségur siempre que no haya traición por medio. Antes de dejar atrás el bosque y meterse espada en mano en las peligrosas aguas, el conde les advirtió que fueran con sumo cuidado, pues iban ellos tres solos. Había dejado su escolta a las órdenes de Yeza, para que acompañaran a ésta hasta Quéribus y se dirigieran después al castillo de Mirepoix, adonde había invitado también a sus amigos.

Cuando los jóvenes, es decir, Raúl de Belgrave, Mas de Morency, Pons de Levis, Simón de Cadet y Roç, este último disfrazado de Gers d'Alion, se acercaron con las viseras cerradas y las espadas desenvainadas al puesto de vigilancia instalado por el condestable, vieron sorprendidos que apenas quedaban allí soldados franceses. No frenaron el trote de sus caballos, porque no tenían ganas de hablar con Gilles le Brun, que sin embargo les salió al paso.

Éste se fijó en las armaduras, las cimeras de los yelmos y las armas de los jinetes, conforme iban pasando, y les gritó después:

—¿Dónde está el Trencavel?

Pons, que iba a la cola, se giró y exclamó:

—¡Cómo no lo habéis visto, si iba con el séquito del señor de Lautrec!

Y salieron a galope tendido. Pero poco después, cuando ya hubieron perdido de vista al condestable, Roç dio la señal para detenerse y se reunieron alrededor de él.

—¿Habéis visto que el condestable estaba prácticamente solo? Lo más probable es que haya apostado a su gente en otro lugar. ¿No os parece?

Raúl dijo sin vacilar:

—¡Estarán al acecho de Lobo de Foix y de Xacbert de Barberá! ¡También a ellos los querría muertos!

Y Mas de Morency añadió, no sin malicia:

—Como estabais dormido, no os pudisteis enterar de la traición cometida por

vuestro servidor Rinat. Él habrá revelado al condestable por dónde...

—¡La garganta del Lasset! —exclamó Roç.

Y decidieron cruzar el bosque y regresar lo antes posible al Pog.

Cuando Yeza se enteró por la boca jadeante de Filippo de que Roç había pasado sin dificultades la barrera, ordenó prepararlo todo para partir. El público ya se había dispersado, los carpinteros estaban desmontando la tribuna, y con ayuda de la escolta del conde Jourdain había que transportar los tres ataúdes. Todo quedó instalado sobre los carros que debían devolver a Mirepoix la tienda, las almohadas, las barras y las provisiones sobrantes. La caravana avanzó poco a poco hasta el puesto de guardia del señor Gilles, que seguía esperando la llegada del Trencavel, pues no se fiaba nada de la información que le había proporcionado Pons de Levis. El habría preferido ver a Roç muerto, la cabeza clavada en una estaca, aunque se indignara todo Occidente, pero así se acabaría de una vez la fantasmada esa de los hijos del Grial, de la pareja real... y pronto nadie hablaría más de ellos. Mientras siguiera con vida, ese falso Trencavel no les causaría más que disgustos. Gilles le Brun no quería regresar a París con las manos vacías, como haría el Bretón.

Cuando vio la comitiva, dio órdenes a su guardia personal de que abandonaran sus escondites.

—¿Qué queréis? —preguntó Yeza al condestable, y ordenó a su gente que descargaran los ataúdes de Oliver de Termes y del senescal. Gilles se acercó, desconfiado.

—¿Y el tercero, quién es? —preguntó.

—Gers d'Alion murió en buena lid, a manos del noble Pier de Voisins.

—¿Gers d'Alion? —El condestable repasó en su memoria los caballeros que acababan de pasar con el grupo anterior. No lo entendía.

—¿Y dónde está vuestro señor, Roç Trencavel?

—Debe de haber pasado ya —dijo Yeza, como si de repente también ella dudara—. ¿No os ha saludado? A él le habría gustado veros participar en el torneo. ¡Quién sabe cómo habrían ido las cosas! —Dirigió su mirada hacia los ataúdes—. Os haré llegar el dinero necesario para que, en nombre de la pareja real, hagáis leer una misa por el alma de cada uno de estos muertos.

—No es necesario —dijo Gilles le Brun, confundido, y la comitiva se puso de nuevo en marcha, dejando al condestable solo con las dos cajas y sus dos muertos. ¡También podría haber dejado la tercera, seguro que estaba vacía!, pensó furioso el pobre hombre. Y se propuso no cejar en su empeño de acabar con aquella pesadilla.

El conde Jourdain, Xacbert de Barberá y el de Foix llevaban a sus caballos

cogidos de las riendas, cuidando de no resbalar sobre las piedras mojadas. Un caballero a pie no vale más que la mitad, pensaba el conde, preocupado por sus amigos. En cuanto pudieron salir de las aguas tormentosas y dejaron atrás su ruido ensordecedor, viéndose frente al silencioso bosque sumido en el claroscuro del atardecer, respiraron hondo y se sintieron más tranquilos. Sus oídos, medio aturdidos todavía, no registraron el leve silbido y el golpe sordo con que la flecha se clavó en el cuello del de Foix. Después empezó a caer sobre ellos una lluvia de proyectiles y se arrojaron de inmediato a tierra, arrastrando a sus caballos para que les sirvieran de protección. Los pobres animales se quejaban y sus relinchos desesperados llenaban el aire, mientras el enemigo se mantenía en un silencio impenetrable.

—¡Cuando bajen nos haremos los muertos! —susurró el conde.

—A mí me falta muy poco para morir —jadeó el de Foix, a quien la flecha había alcanzado en el cuello.

Xacbert intentó parar la hemorragia con un trozo de tela que arrancó de su camisa, pero sabía que el amigo tendría que morir. En el bosque persistía el silencio. De repente vieron unas siluetas negras que se acercaban desde todos los lados, como perros salvajes que acuden al ciervo moribundo.

—¡Ha llegado la hora! —gimió Lobo e intentó agarrar la empuñadura de su espada, pero no lo consiguió.

En ese instante oyeron el ruido de unos cascos de caballo que se acercaban por el bosque y pronto les llegó el fragor de un combate, el choque de hierro contra hierro, los aullidos estremecedores y los gemidos lastimeros, las blasfemias masculladas. Roç, Raúl, Simón y Pons golpeaban sin piedad a los hombres del condestable. Descargaban sus espadas en las nuca, clavaban las lanzas en los corazones, hundían los cráneos que habían perdido el yelmo.

—¡Que ninguno escape! —les había advertido Roç.

Al verlo, Xacbert y Jourdain se recuperaron y se ocuparon de los que buscaban la salvación arrojándose a las aguas. Rinat le Pulcin fue uno de los que cayeron en sus manos cuando intentaba escapar hacia la garganta, bajando la pendiente acusada y resbalosa de la orilla. Xacbert lo reconoció y le pisó los talones, haciéndole caer de rodillas.

—¡A ése le quiero vivo! —gritó Roç, que se había dado cuenta. Xacbert se le adelantó. Con la espada en alto se arrojó sobre el miserable, dispuesto a cortar la cabeza y vengar así la muerte de su amigo Lobo de Foix. Pero Rinat consiguió arrojar a las embravecidas aguas mientras la espada le rozaba el hombro y le cortaba el antebrazo, antes de clavarse en la roca. El horrible grito que dio Rinat se mezcló con el sonido no menos terrible con que el filo de la espada rechinó en la piedra. Rinat desapareció, cayendo de cabeza en la profunda y oscura corriente del río Lasset, y sólo su brazo, con la mano que tan graciosamente sabía manejar los

pinceles, se quedó colgado de un arbusto. Roç y Xacbert se la quedaron mirando. Rinat no volvió a aparecer, y entonces Xacbert le dio una patada al brazo, mandándolo también al abismo, para que acompañara a su dueño.

Mas y Pons estaban contando ya los muertos. No había escapado ninguno.

—¡Cincuenta! —le gritó Pons a su padre, pero éste sólo murmuró:

—¡No compensan la muerte de un amigo!

Enterraron a Lobo de Foix a orillas del Lasset. Desviaron la corriente, cavaron una tumba, la cubrieron con pesadas piedras y guiaron de nuevo las aguas del río por su cauce anterior.

El viejo Jourdain carraspeó.

—Nuestro amigo Lobo era un *faidit*, ésta es su tierra.

—Seguirá vivo en el corazón de todos los que aman la libertad de Occitania. —  
Roç apenas reprimía las lágrimas.

—Recemos por su alma —propuso Simón, y se arrodillaron, envueltos en la oscuridad que se había adueñado ya del valle.

Después los jóvenes acompañaron al conde y a Xacbert hasta el castillo del próximo vasallo del de Levis, y se dispusieron a llevar a Roç hasta Quéribus.

—Nos quedaremos con él, ¿verdad? —preguntó Mas a Raúl.

—Desde luego —respondió éste—. Pero no habrás olvidado que dimos nuestra palabra de honor al Taxiarcos de que acudiríamos después del torneo a Redae, para que el templario nos dé su permiso y su bendición. ¡Yo pienso cumplir mi promesa!

Mas bajó la cabeza, Pons se mostró de acuerdo.

Entonces intervino Simón de Cadet.

—Llebadme con vosotros a presencia del preceptor. Quiero entrar en la orden.

Mas no cejaba.

—Ya estamos al servicio de Roç Trencavel. No me gusta servir a dos señores.

Roç sopesó el problema de sus acompañantes.

—Id a Redae y solicitud del señor Gavin que os devuelva la libertad. Después podréis decidir qué hacer. ¡Con mucho gusto acogeré a los cuatro!

Así lo decidieron. Siguieron adelante, recordaron a los muertos y pensaron en sus propias vidas, tan jóvenes, y en su futuro, tan incierto.

# QUE DIAUS VOS BENSIGNA!

## Intervención quirúrgica y advertencia

La basílica de Santa Magdalena<sup>[325]</sup> de Redae disponía de un único acceso, pero una vez dentro, al visitante le envolvía una sensación de sorpresa, aunque también de confusión. La estrecha puerta permanecía casi siempre cerrada. Desde el exterior, la extraña iglesia parecía formar parte de las fortificaciones, las almenas que coronaban la ciudadela incorporaban la cúpula como si fuese algo suyo. Pero Santa Magdalena era algo más que una de las bastiones exteriores de la fortaleza. En realidad, representaba el corazón del castillo templario regido por Gavin Montbard de Béthune. El reino del preceptor se extendía casi en su totalidad bajo tierra, de modo que aquella basílica misteriosa merecía entre el pueblo el sobrenombre de «puerta del infierno».

Tanto más sorprendente le resultó al embajador secreto, médico y conspirador Juan de Procida, que el señor Montbard de Béthune, últimamente tan reacio a mostrarse a la luz del día, le recibiera en el tejado de la iglesia.

La causa de que el pálido preceptor, vestido con su *clamys* negra, que solía usar poco, se expusiera a los rayos del sol, era el grupo de jinetes que formaba en la plaza delante de la iglesia. Era el día anterior al domingo de Ramos, y estaban ensayando la procesión anual. Aunque la luz reflejada en las blancas almenas recién encaladas le hacía daño en los ojos, Gavin miraba con orgullo a su tropa, tanto a los novicios templarios como a los sargentos que formaban bajo su estandarte de guerra. Elevó el bastón de mando y exclamó con voz conmovida:

—*Beauséant!*

Y sus hombres levantaron lanzas y espadas y gritaron al unísono:

—*Alla riscossa!*

Gavin se inclinó ante el estandarte y la tropa se retiró en perfecto orden de formación.

—Impresionante. —Juan de Procida se arrancó un elogio—. ¡Y muy bien escogidos! —Con estas palabras se agotaron sus concesiones—. Aunque me parecen pocos para lograr vuestros objetivos.

Gavin miró de soslayo a su huésped.

—No sería fácil exponer ante vuestros ojos la gran cantidad de armas recién fabricadas y las cajas llenas de oro para pagar al ejército de mercenarios catalanes que me habéis prometido, pero os aseguro que tengo todo a punto.

Juan de Procida poseía un carácter más bien camaleónico. Podía presentarse como un general del ejército, darse el aire de diplomático astuto o adoptar

rápidamente el papel de médico auxiliador, sensible y comprensivo ante los sufrimientos de cualquier ser humano.

—Sin embargo, os falta algo —dijo en voz baja, en un esfuerzo por no herir al colérico templario—. Un levantamiento como el que proyectáis tiene que ser apoyado por el pueblo. —Juan le dejó tiempo a su anfitrión para tragarse el sapo—. La gente no sale a la calle, y mucho menos monta y ocupa barricadas para defender a los templarios, mejor dicho, para defender un estado de la orden de caballeros proclamado en medio de Occitania. Una rebelión popular será indispensable para conseguir que Francia se arrodille, pues hay que conseguir también que Francia renuncie a ocupar una vez más el Languedoc con ayuda de su enorme ejército.

—Cuando tengamos todos los castillos en nuestro poder y hayamos puesto en fuga sus guarniciones —le respondió el preceptor, un tanto incomodado—, y si Aragón nos respalda...

—Veo que no me habéis entendido. A la población le da igual quién le cobra los impuestos, y en este sentido la fama de la orden...

—A cambio, les daremos una libertad que París ahora no les concede... ¡la de vivir su propia cultura!

—Es una promesa vaga, si es que alguien cree en ella. La gente quiere algo concreto cuando se le exige que exponga su vida, que se enfrente a las lanzas de los francos. ¡Os falta una figura carismática, a la que el pueblo siga a ciegas y con entusiasmo, por la que acepte cualquier sacrificio!

Gavin le dedicó una sonrisa amarga.

—¡Por qué no proclamáis directamente que sois un agente, a la vez, de Aragón y de los Hohenstaufen! ¿Me proponéis a Roç y Yeza, la pareja real?

—¿Acaso tenéis a mano algo mejor? —Juan de Procida quiso quitarle hierro al reproche—. Yo defiendo la causa de los hijos del Grial porque sirven a nuestra causa común, una causa que, entre todos, deseamos llevar a buen fin.

—¡Pero cuyo coste y riesgo recae sobre mí!

—¡No sólo sobre vos! Si vuestro proyecto fracasa, Aragón se habrá expuesto demasiado y tendrá disgustos con Francia, algo que nunca puede reportarle beneficios. No olvidéis que estamos negociando una paz en la que se trata de nuestros derechos formales sobre Carcasona, y de la indemnización correspondiente.

—Yo expongo la vida, vos solamente la fama —se indignó Gavin—. Pero estoy dispuesto a preguntar a Roç y Yeza si desean encabezar este levantamiento.

—Sería un gesto que pondría también a los cátaros a vuestro favor, que, por lo demás, no tienen demasiados motivos para confiar en los templarios, quiero decir, en cuanto a libertad religiosa se refiere. Los cátaros no tomarán las armas para ayudaros, pero podrían representar esa base de benevolencia por parte del pueblo que podría resultaros útil.

—¿Los templarios, amigos de los herejes? —ironizó el preceptor—. ¡Eso significaría que los Capetos podrían acusarnos no solamente de rebeldes, sino que el Papa levantaría a todo Occidente contra nosotros!

—Es vuestra apuesta, Gavin Montbard de Béthune —respondió el otro con frialdad—. Habréis de tomar una decisión. Lo único que os queda es jugarlo todo a una sola carta, y lo tendréis que hacer pronto. Ya os he dicho que el rey Luis ofrece a don Jaime un acuerdo amistoso. Una vez firmado, no podréis esperar ninguna ayuda de más allá de los Pirineos.

El preceptor vacilaba; no le gustaba la idea de sentirse apremiado.

—¿Y por qué vos, Juan de Procida, que pretendéis hablar en nombre de Aragón, nos animáis a dar un paso tan grave, cuando os resultaría tan fácil obtener la paz?

—Porque una república templaria, occitana e independiente, sería siempre una espina clavada en la carne de Francia, y dificultaría su expansión, sus ambiciones sobre el Mediterráneo. Así piensa también el rey Manfredo de Sicilia.

—Cuando habláis de Francia, sólo pensáis en una persona: ¡en Carlos de Anjou!

—Vos lo habéis dicho, Gavin. —Juan adoptó un tono confidencial—. Ahora me gustaría oíros decir a vos, preceptor Montbard de Béthune, qué propósitos os animan, pues creo no equivocarme si pienso que la orden observa con muchas prevenciones este proyecto vuestro.

—¡Precisamente! —Gavin soltó una risa furibunda—. Siempre hay gente mezquina y cobarde, conservadores que no acaban de pensar en otra cosa que en la liberación de los santos lugares y, por otra parte, existen los librepensadores, los mercaderes y banqueros, a los que únicamente interesa incrementar su patrimonio. A todos ellos quiero oponerles un ejemplo, un auténtico estado de Dios, ¡pero no en el cielo, sino aquí, en la Tierra! No en los desiertos rocosos y perdidos de Tierra Santa, sino aquí, en estas fructíferas tierras del santo Grial, en este paisaje amado por Dios. Aquí debe florecer la semilla de la casa de David<sup>[326]</sup>, tomar el poder y...

Un templario los interrumpió, acercándose a Juan.

—Perdonad la molestia, pero nos hace falta un cirujano. ¡Un caso muy urgente!

Les mostró un sello manchado de sangre que también el preceptor reconoció enseguida: era el símbolo secreto por el que se daba a conocer la *Prieuré* de Sión. El médico asintió.

—Pensadlo bien, Gavin —dijo como despedida y poniéndole una mano en el hombro al preceptor—. Si tomáis una decisión, que no sea a medias, y que no haya vacilaciones.

La última frase la había susurrado, a pesar de que el templario ya se había adelantado en dirección a la escalera y le esperaba allí, a distancia respetuosa.

Juan de Procida le siguió, dispuesto a prestar sus auxilios médicos.

Tras lanzar una última mirada casi melancólica sobre el paisaje, la máxima

autoridad templaría de Redae abandonó el tejado almenado. Durante mucho tiempo, la figura solitaria, vestida con una *clamys* negra y con la llamativa cruz escarlata en el pecho, había ocupado su puesto allá arriba sin demorar su mirada en las colinas y los valles. Sus ojos solían ir más allá, traspasar los bosques oscuros y cruzar por encima de los picos agudos de los Pirineos para vislumbrar el lejano océano, y seguir aún más lejos, hasta donde existían imperios que nunca había visto ni nunca llegaría a ver. ¡Sin embargo, soñaba con someterlos a su autoridad, a la orden de los caballeros del Temple! Una profunda tristeza oscureció la mirada de aquel hombre de cabello canoso, que ahora sentía aflorar una inmensa rabia.

¡Son todos unos desagradecidos!, pensó mientras bajaba la escalera de caracol. Nadie quería entenderle, y nunca podría contar con el reconocimiento de los demás. La oscuridad y el silencio de la iglesia, de su iglesia, símbolo del poder que él ejercía, le envolvió como un bálsamo benefactor. La restauración del grupo del Calvario estaba a punto de concluir, Cristo aparecía de nuevo clavado en la cruz, rodeado de las mujeres. Gavin había dispuesto que añadieran al grupo las tres Marías, la Madre dolorosa, la hermana de Lázaro, y María de Magdala, su preferida, además de las imágenes de José de Arimatea<sup>[327]</sup> y de algunos de los discípulos, y como contrapeso algunos legionarios romanos. Los dos ladrones estaban en el suelo, al lado de las cruces, pues aún se estaban restaurando sus cuerpos, como delataban las herramientas desperdigadas, mientras se veían ya colgando del techo las cuerdas que servirían para levantar las cruces. Gavin se dirigió, satisfecho, hacia la pequeña puerta, única entrada desde el exterior. Examinó el cierre y, de paso, acarició la cabeza del demonio que ocupaba el nicho contiguo, reprimiendo la tentación de darle un beso en la frente, entre sus breves cuernos. Se dirigió después con paso enérgico hacia el *menhir* que separaba su «santo sepulcro» de la basílica. Accionó el mecanismo y la pesada piedra se partió, abriéndose un hueco lo suficientemente ancho como para dar paso a una persona. Mientras las dos partes de la piedra volvían a unirse a sus espaldas, arrojó una breve mirada hacia el pozo en torno al cual se enroscaba la escalera de caracol, acabando abajo en una cisterna, ahora vacía. Oía el murmullo del arroyo desviado hacia el subterráneo, cuyas aguas le independizaban, a él y a su fortaleza, de la necesidad de tener que esperar las lluvias. Una sola maniobra y las aguas llenarían en pocos minutos la cisterna subterránea. Esta era una de las precauciones que habría que tomar en caso de asedio. Nadie podría privarle del líquido precioso, que le llegaba desde muy lejos, atravesando formaciones rocosas de las que nadie sospecharía que en su interior fluyera ese poderoso chorro de agua. Además, la cisterna, una vez llena, cerraría el acceso a su reino subterráneo, al recinto que representaba su último refugio. Desde allí podría gobernar aún, aunque el enemigo hubiese conquistado el castillo exterior, algo que de todos modos era difícil de suponer y de temer. Gavin había pensado en todo.



Una patrulla de templarios compuesta de dos hombres condujo al médico Juan de Procida, después de una hora de cabalgar, hacia la choza solitaria de un pobre carbonero, oculta en el bosque.

—¡Gracias por venir! —Mauri en Raimon, con su barba blanca, le recibió delante de la entrada protegida con una manta de pieles—. Le he dado de beber una infusión de llantén seco —dijo en voz baja—, y he curado la herida con una pasta de calamina molida y muérdago finamente picado.

El viejo Mauri comprobó con satisfacción que las medidas tomadas como primeros auxilios eran aprobadas por el famoso cirujano.

—Sin embargo, la situación no es buena —añadió después—. El hombre estuvo demasiado tiempo en el agua.

—Dejadme ver la herida —le interrumpió Juan, y el *perfectus* levantó la cortina.

Encima de un saco lleno de hojas secas descansaba Rinat le Pulcin y gemía intranquilo, agobiado por la fiebre. Juan se acercó, ordenó a Mauri que levantara el muñón y retiró con cuidado el vendaje empapado de sangre y pus. El antebrazo aparecía seccionado a cuatro dedos por debajo del codo.

—¡Buen corte! —murmuró el médico—. Gracias a vuestras atenciones no le ha llegado la gangrena hasta el hombro.

—Tengo preparado el aceite de oliva —le informó Mauri con cierto orgullo, señalando un caldero que había puesto al fuego.

—Lo necesitaremos —respondió el médico y aplicó unas ligeras palmadas en las mejillas del herido, para devolverlo a su estado consciente. Rinat abrió los ojos y miró temeroso al forastero, que extraía un escalpelo brillante envuelto en un paño.

—Os causaré un dolor, buen hombre —dijo el cirujano mientras sostenía el filo del instrumento sobre las ascuas—, que superará en mucho el del golpe de la espada. ¡Podéis gritar pero no os mováis!

Mauri introdujo un madero debajo de la parte superior del brazo, lo ató fuertemente y aplicó sus dos manos para que Rinat no se pudiese mover.

—Lo mejor será que os sentéis encima del otro brazo —le aconsejó Juan a Mauri cuando vio que Rinat agitaba el cuerpo al primer contacto. Obligado a permanecer inmóvil, Rinat empezó a gritar horriblemente cuando el metal empezó a quemar la carne.

—Tengo que cortar todo lo que ya está infectado —explicó Juan—. Además, separaré un poco los huesos para posibilitar la colocación de una mano artificial que al menos sea capaz de sostener una cuchara. —Sacó una aguja, en la que enhebró un fino hilo fabricado con intestino seco.

—¡Estáis loco! —gritó Rinat—. ¡Moriré!

Juan aplicó un corte rápido que casi llegó hasta el codo, después dobló la piel

sobrante y con unas rápidas puntadas cerró los dos extremos que conformaban el muñón sangriento.

—Acercad el caldero —ordenó a Mauri y se hizo cargo de sujetar el brazo. Pero Rinat ya no se movía: había caído en un desmayo benévolo.

—¡Ya despertará! —observó Juan con sarcasmo y metió el muñón brevemente en el aceite hirviente.

Rinat intentó moverse al tiempo que exhalaba un grito animal que se trocó en un lastimero gemido, pero Mauri lo tenía bien sujeto.

—¡Ya está! —quiso consolar el médico a su paciente, y aplicó pomada abundante a las heridas, mientras el *perfectus* iniciaba el vendaje.

—¿Podré volver a pintar? —susurró Rinat con el rostro cubierto de sudor.

—¡Con la mano derecha! —respondió Juan—. ¿Cómo os sucedió?

—Me atracaron unos bandoleros —murmuró el artista—. Me dieron por muerto y me arrojaron al río.

—Lo encontré en la orilla, entre los matorrales hacia los que le arrastró la corriente, aunque pienso que ya había pasado allí un día entero —añadió Mauri en Raimon.

—Podéis estar contento de que las aguas de la montaña estén tan frías y tan limpias —dijo Juan mientras guardaba su instrumental—. Supongo que tenéis un corazón de oso, pues habéis sobrevivido sin desangraros, ahogaros o morir de frío. ¡Cualquier otro habría muerto sólo de dolor!

—No sé cómo agradecer lo que habéis hecho por mí, noble señor. —Rinat forzó una sonrisa—. Después de haberos conocido, ¡ya no temo la peor de las torturas!

Juan soltó una risa y salió de la choza. Propuso a los dos templarios que le esperaban delante de choza que se quedaran allí hasta que el herido pudiese ser trasladado a Redae, donde acabarían de curarle.

—Transmitid mis saludos al preceptor —añadió aún—. El sabe dónde encontrarme.

Juan de Procida subió al caballo, pero Mauri en Raimon le detuvo.

—*Diaus vos bensa!* No quiero retener aquí a los templarios, a los que no puedo ofrecer ni techo, ni comida. Yo mismo cuidaré de ese pobre hombre, y si ellos vuelven dentro de una semana, podrán traer un caballo para el herido.

—Sois un verdadero *magus medicus*. —Juan de Procida soltó una risa—. Y de los buenos. ¡Hasta yo podría aprender de vos! ¡Adiós!

Y se alejó, seguido de los dos templarios que se sentían contentos de no tener que pasar los próximos días y sus noches en medio del bosque.

## Un navegante intrépido

El Taxiarcos, capitán de un velero templario, era un personaje extraño: un hombre de tierra adentro convertido en navegante y explorador apasionado. Ni el origen ni la formación de aquel hombre le habían preparado para el oficio. El comienzo de su segunda carrera profesional estuvo marcado por un barco pirata que cayó en sus manos más por casualidad que por haberlo buscado, determinando el futuro del rey de los mendigos de Constantinopla, como solían llamarlo en su patria bizantina. Y después, el ambicioso preceptor de Redae había planteado al Taxiarcos una tarea que era como un reto y que, además, le entusiasmaba, lo cual, sin embargo, no significaba que el bizantino hubiese perdido el marcado sentido mercantil que le era propio. Le gustaba oír tintinear las monedas, sobre todo las de su propio bolsillo, y amontonar tesoros no era para él sólo un estímulo, sino la condición previa para todo tipo de actividad.

Allí era donde empezaba su desacuerdo con su protector Gavin. Éste le había enviado ya por dos veces a cruzar el océano, y aún le debía la parte acordada del botín. El preceptor sostenía la opinión errónea de que quienes le rodeaban debían compartir su afán de poner su vida y sus fuerzas única y exclusivamente al servicio de Dios, al progreso de su orden, sin pensar en enriquecerse personalmente, lo mismo que hacía él. Aunque esta falta de ambiciones de Gavin sólo se refería a la propiedad personal de bienes terrenales: lo que le atraía poderosamente era la ganancia de poder. De ahí que el Taxiarcos se sintiera engañado cuando le exigían luchar por un objetivo elevado a cambio de una reducida paga y de su manutención. Él no era un templario, ni había jurado renunciar a los bienes terrenales, ni mantener la castidad, ni obedecer sin condiciones a los superiores de la orden. ¡Se sentía más bien pirata!

Estos pensamientos mortificaban al capitán cuando decidió dirigirse a su amo, no tanto para presentarle sus respetos como para expresarle sus reproches. Lo difícil de la situación consistía en que le unía al preceptor una cordial amistad entre hombres, del mismo modo que apreciaba al sacerdote Gosset, y en realidad a todos los que, como él mismo, se salían de las limitaciones del vulgo ordinario. En último término, también Abdal el Hafsida formaba parte del círculo de personalidades extrañas, poco habituales, que no aceptaban las trabas impuestas por un sistema feudal ni se sometían a las jerarquías enquistadas de la Iglesia, hombres con los que se podía cambiar el mundo o conquistar un imperio. Estos sentimientos de estima eran, por otra parte, recíprocos.

El preceptor le esperaba en su puesto de mando subterráneo, donde el Taxiarcos podía entrar, como otras pocas personas de confianza. El preceptor, por su parte, pensaba cortar las exigencias acostumbradas de su capitán dirigiéndole algún que otro reproche que tenía preparado.

—Yo, Taxiarcos, vuestro almirante de la flota transatlántica, represento para vos, Gavin Montbard de Béthune, un valor muy superior al de dos o tres mil arqueros

catalanes, cuyo sueldo saldrá de esas arcas de guerra que he contribuido a llenar. ¡Valgo más que el oro que peso!

El templario se dio cuenta de que el Taxiarcos había bebido para fortalecer su ánimo, y aunque no se lo pensaba echar en cara, le interrumpió.

—Y yo comprendo vuestra postura.

Gavin intentaba aliviar en algo la conversación y no quería que el Taxiarcos se pusiera tan pesado como pesada tenía la lengua.

—No necesito alabanzas —le respondió éste—, ¡sino ver que repartís bien ese dinero!

Gavin había obligado a su visitante a sentarse y ordenó que trajeran una copa llena.

—Bien —dijo el preceptor—. Pensáis que vuestro viaje al imperio de los toltecas ha sido un éxito completo porque me habéis traído toda clase de objetos artísticos de extrañas formas, ¡aunque no habéis podido aportar el cáliz negro que os había encomendado buscar!

—¡En cambio sí os he traído bastante polvo blanco del que soléis aspirar por la nariz! —El Taxiarcos se echó a reír—. Y las estatuas de oro que representan a los dioses de allí, los puñales de oro de los sacerdotes y las fuentes en las que recogen los corazones sangrantes, todo eso os ha servido para fundir monedas en abundancia, en cambio yo...

—He gastado mucho dinero en equiparos para el segundo viaje —le recordó Gavin con delicadeza—. Y ¿cuál ha sido el resultado? —Él mismo se dio la respuesta — Un cuento de cien noches polares pasadas en chozas construidas con bloques de hielo, con mujeres que os eran ofrecidas por sus maridos, gente que en vez de lavarse se unta con grasa de ballena, cuentos de vacas barbudas que viven en el agua pero no dan leche, de un tamaño superior al de la nave que os confié para que...

—No me hagáis responsable de los huracanes invernales —se defendió el capitán —, que en vez de llevarnos al reino de Thule<sup>[328]</sup> nos arrojaron al hielo eterno, haciéndonos dar tantas vueltas que no sabíamos distinguir entre la noche y el día. El imán se hacía el loco, me dejó sin orientación y aún hoy estoy más que contento de haber regresado con vida y con vuestra nave...

—¡Pero con las manos vacías! —le interrumpió el preceptor—. Y una vez más sin ese cáliz, que podría estar en Thule...

—No hubo nadie, ni los vikingos, ni los mongoles de Groenlandia, que fuera capaz de decirnos dónde está ese reino de Thule, ni si existe siquiera. ¿Y si no se trata más que de una *fata morgana* propia de aquel desierto blanco y helado, lo mismo que vuestro cáliz negro?

El Taxiarcos vació la copa de un trago y no se dio cuenta de que a su interlocutor se le estaba hinchando la vena de la ira.

—Muy bien —se le escapó al preceptor en voz baja y amenazadora—, ¿resulta que navegáis por los siete mares a costa mía, y ni siquiera creéis en lo justo de vuestra misión? ¿Sabéis cuánto dinero me debéis? ¡Y aún tenéis el descaro de pedir una indemnización, una parte del botín! ¡Primero tendréis que responder de vuestros gastos, señor almirante!

El Taxiarcos se incorporó, tambaleante.

—¿Es vuestra última palabra, señor preceptor? Si fuera así, podría pensar que estáis delirando, ¡como cuando habláis de esa copa negra que os habéis empeñado en encontrar! —Soltó una risa sonora—. Si fuese así, ¡ya sé a qué atenerme con vos!

—¡Y vos estáis borracho!

—En efecto, estoy borracho —le respondió el Taxiarcos—, pero eso se me pasa. En cambio vuestra mente está afectada de locura, y ¡eso es incurable!

Con estas palabras se apartó de Gavin y se encaminó con los pies pesados hacia fuera, mientras el preceptor permanecía hundido en el sillón. No supo pronunciar ni una palabra para retener al Taxiarcos, y su frente mostraba preocupación. Le dejó marchar, aunque le dolía en el alma la pérdida del amigo. Habría bastado entregar una o dos bolsas del maldito oro que estaba acumulando para poner en práctica sus proyectos, y habría dejado satisfecho a ese hombre. ¿Acaso él, Gavin, era realmente un enfermo mental? En tal caso necesitaría más que nunca de la ayuda de un hombre como era el Taxiarcos, de cada hombre que tuviese a mano. Gavin Montbard de Béthune estaba a punto de llamar al bizantino para que regresara, pero no consiguió separar las mandíbulas.

El Taxiarcos se detuvo en el tramo superior de la escalera de piedra y tendió el oído hacia la cisterna. Oyó a Jacobo contar:

—¿Qué te importan los caminos de tu Señor? Pregunta por lo que sepas entender; lo demás queda sujeto a la palabra: ¡No dejes que tu boca entregue tu carne al pecado! ¡Pues no te corresponde preguntar por los caminos del Santísimo, ni por los secretos supremos que Él guarda y oculta!

El Taxiarcos escuchaba con atención. ¿Había oído la voz de Gavin? Sabía que aquellas aguas rumorosas tenían algo que ver con unos pasadizos secretos que seguramente conducían hasta las cámaras subterráneas donde los templarios guardaban sus tesoros. No había podido descubrir ninguna entrada, que debía situarse en algún lugar entre el paso a través de la piedra en el ábside de Santa Magdalena y el círculo de columnas de la rotonda subterránea. Pero ¿dónde?

El preceptor no se metería en el interior de la cisterna, que desaguaba a través de unos agujeros del tamaño de un puño practicados en la pared que rodeaba la escalera, y él mismo jamás había podido inspeccionar la rotonda, pues últimamente Gavin parecía incluso dormir en ella. Por otra parte, tampoco había visto al preceptor

recorrer otro camino hacia el subterráneo que aquel ya conocido por él, y nunca había descubierto nada sospechoso en su curso, ni una señal en la obra corriente de albañilería, ni una grieta sin tapar, ni un hueco al golpear o pisar la piedra que lo cubriera. Es verdad que existía la posibilidad de salir de la iglesia sin utilizar la puerta, pero este conocimiento tampoco le servía de mucho, aunque en esta ocasión decidió tomar esa salida y dirigirse al jardín de los cerezos.

El Taxiarcos se deslizó —como un niño en busca de aventuras— por una abertura en el muro, y aterrizó delante de los cascotes de varios caballos atados en el jardín. Las gualdrapas le revelaron de inmediato que pertenecían a sus tres jóvenes caballeros, que acababan de llegar a Redae, y que en este lugar, que no les traía precisamente buenos recuerdos, estaban sacudiéndose de encima el polvo del viaje antes de presentarse ante el severo preceptor.

—¡Ah, capitán! —exclamó Raúl, que fue el primero en avistarle—. ¿De dónde habéis salido?

—*Par Diaus!* ¿Así es como saludáis a vuestro almirante? —El Taxiarcos se esforzaba por ocultar su estado de ánimo y se obligó a demostrar que estaba de buen humor.

Los tres mozos —no conocía al cuarto— exclamaron al unísono:

—¡Viva la suerte! ¡Viva la muerte! ¡Viva nuestro señor almirante!

Pons de Levis hizo la presentación:

—El noble Simón de Cadet, ¡un buen amigo y buena espada!

—Quiere ingresar en la orden de los templarios, igual que nosotros —añadió Mas de Morency—. ¿Está dispuesto el preceptor a recibirnos? ¡No pensamos pedirselo de rodillas!

El Taxiarcos aprovechó la ocasión que se le ofrecía.

—El señor no está precisamente de buen talante —respondió, y se echó a reír—. Hagámosle esperar mientras tomamos alguna bebida refrescante. ¡Invito yo!

Los jóvenes lo aceptaron de buen grado y siguieron al Taxiarcos en fila india. Éste atravesó la plaza y se dirigió hacia las callejuelas retorcidas de Redae. Los últimos eran Simón y Raúl.

—Se ve que a ese hombre le gusta el vino —comentó Simón en voz baja. Su imagen de los templarios se tambaleaba tanto como la figura del capitán que les precedía—. ¿Es miembro de la orden?

—¡El Taxiarcos, nuestro almirante, tiene su propia orden! —Raúl se divertía—. ¡También el rey de los mendigos exige obediencia absoluta, ya se trate de beber, ir de putas o de conseguir un buen botín! Su lema secreto es: «¡No te dejes atrapar!»

—¡Qué vergüenza! —se le escapó a Simón—. No acaba de gustarme.

—¡No tengáis reparos de vieja beata y no nos dejéis ahora! —Raúl seguía riéndose—. El Taxiarcos es un hombre cabal, y a su generosidad debemos el haber

podido estar presentes en el torneo del Montségur. No podemos negarle ahora nuestra compañía a la hora de tomar un trago. Por lo demás... ¡los templarios también saben beber!

—Está bien, Belgrave —dijo Simón, y su voz seguía mostrando firmeza—. No voy a ser un aguafiestas, pero de ahora en adelante pretendo vivir según las reglas más severas, es decir, ¡rezar y luchar!

Mientras tanto habían alcanzado una taberna y la muchacha que servía las bebicias se arrojó a los brazos del Taxiarcos, que se lo agradeció con una palmadita en el trasero.

—Sírvenos un vino que no esté aguado. ¡Estos señores son buenos bebedores y no quiero disgustarles!

Se sentaron en unos bancos alrededor de la mesa de madera y la muchacha trajo dos jarras y unos cuencos de barro.

—¡Por nuevas aventuras! —exclamó el Taxiarcos, aunque después simuló recordar con pesadumbre que no era el brindis adecuado para aquellos jóvenes—. Ya sé que en esta ocasión navegaré sin vuestra compañía, señores míos, hacia las islas soleadas del paraíso, donde me esperan desde hace más de un año unas mocitas de piel de terciopelo que desde la playa blanca, bajo las palmeras, saltan al agua para recibir mi nave con sus pechos firmes, cubiertos sólo con collares de flores y de conchas.

—Si hace más de nueve meses que os esperan —observó irónico Mas de Morency—, ¿es posible que os presenten a más de un niño llorón en sus brazos, papá Taxiarcos!

Todos rieron la gracia, excepto Simón. El Taxiarcos era el que más reía.

—¡Qué importa! —exclamó—. Esas tierras al otro lado del océano alimentan a todos. Hay nueces enormes que caen de los árboles llenas de leche, y los frutos cuelgan de las ramas casi hasta el agua clara de la laguna, donde las bellas muchachas atrapan peces de colores con las manos.

—Decid, almirante —interrumpió Mas tan sugestiva descripción—, ¿cuándo volveréis a cruzar el mar de Atlas?

El Taxiarcos sonrió. El primero había caído en la red.

—A más tardar en el solsticio de verano debería volver a salir con el velero y mis hombres...

—¿Ya tenéis contratada la tripulación? —Pons era incapaz de ocultar su ansiedad.

—¡Señores! —exclamó Raúl en tono de reproche—. ¿A quién pretendéis servir? ¿No habíamos decidido someternos a la palabra del preceptor?

—¿Y si éste nos manda de nuevo a navegar? —exclamó Pons, y Mas añadió en tono de picardía:

—¡Espero que esta vez la ruta transcurra mucho más al sur!

—Os advierto que esta vez pasaremos calor —dijo el Taxiarcos—, sudaréis de lo lindo, a menos que os despojéis de toda ropa y corráis desnudos por la playa...

—¡Habéis olvidado ya que hemos prometido servir a la pareja real? —increpó Raúl a sus compañeros. En realidad, él mismo estaba cayendo víctima de la curiosidad por ver aquellas islas, y sus palmeras, en el lejano mar azul.

—Podemos entrar al servicio del caballero Roç Trencavel y su dama Yeza más adelante —propuso Mas.

Y Pons preguntó, demostrando sentido práctico:

—¿Cuándo regresamos?

—Si queréis que os contrate —dijo el Taxiarcos con gesto pensativo—, tendréis que decidirlo pronto, pues el servicio se inicia con ciertos preparativos que hay que realizar en tierra. Al fin y al cabo, debemos prepararnos para recoger cantidades ingentes de oro y piedras preciosas que caerán en nuestras manos al otro lado del Atlántico. Sólo puedo llevar a unos pocos hombres, bien escogidos y de toda confianza.

—¡Es lo que somos! —exclamó Raúl y le tendió la mano.

—Yo no voy —dijo Simón, pero nadie le hizo caso.

—El viaje durará cuatro o cinco meses. —El Taxiarcos simuló estar dudando.

—¡No importa! —aseguró Raúl—. ¡Aceptadnos!

El capitán esbozó una sonrisa generosa y les tendió la mano.

—¡Eso hay que celebrarlo! —exclamó Pons—. Yo pago la primera ronda, ¡se lo debo a mi apellido, el de Levis!

La muchacha volvió a llenar las jarras.

—Pido a los señores que me disculpen —dijo Simón y se levantó del banco—. Yo acostumbro a cumplir con mi palabra.

—Eso vais a hacer —le concedió Mas con insolencia—. Transmitid nuestros saludos al preceptor.

—¡Por Navidades nos volverá a ver! —añadió Pons—. Mejor aún, por Epifanía<sup>[329]</sup>. ¡Llegaremos como los tres reyes magos desde tierras situadas más allá de Occidente, con las manos cargadas de oro!

Raúl fue el único en acompañar al de Cadet hasta la puerta de la taberna.

—Ya sé que debería darnos vergüenza —dijo en voz baja—. Lo mejor será que no reveléis habernos visto.

—Será lo mejor —asintió Simón—, aunque sigo creyendo, Raúl de Belgrave, que sois un caballero honrado. Os agradezco la compañía y la amistad.

—Creo que nuestros caminos volverán a cruzarse algún día, Simón de Cadet. *Beauséant alla riscossa!*

El joven sonrió, aunque seguía serio, y se dirigió al castillo.



## Último baño en Quéribus

—El hecho triunfal de que vos, mi estimado caballero —le reprochaba Yeza a Roç—, hayáis salido vencedor del torneo, ¡no significa que no debáis bañaros! Desde nuestro regreso no os habéis vuelto a lavar el trasero. En pocas palabras, vuestros calzones huelen mal, señor mío, y ofenden la nariz de mis damas.

Yeza estaba de buen humor, pues acababa de bañarse. Envuelta en un paño de hilo se dejaba secar y frotar por Potkaxl, que le aplicaba una esencia preparada con hojas de rosa, lavanda y toronjil. Roç se vio asaltado por el deseo de quitarse la ropa allí mismo, seducido por los atisbos de su desnudez, e incluso estaba dispuesto a sustituir a Potkaxl, cuya presencia no le habría molestado demasiado si no fuese porque la muchacha sonreía al oír los reproches ofensivos, aunque justificados, de su dama.

—¡Puedes dejarnos solos! —Roç intentó alejar a la princesa tolteca. Pero Yeza no lo consintió.

—Tienes el baño preparado. Filipino te espera con el agua caliente.

Roç habría preferido una despedida menos humillante, aparte de que no le gustaba demasiado bañarse y en aquel momento no tenía precisamente ganas de hacerlo. Observó el cuerpo de Yeza, sus senos, sus largas piernas de muslos perfectamente moldeados que desembocaban en un trasero pequeño y prieto, y pudo incluso vislumbrar por un instante fugaz la sombra que se cobijaba entre sus piernas. Le dieron ganas de indagar más, pero Yeza envolvió el paño en sus caderas con expresión severa.

—Al fin y al cabo, muy señor mío —dijo, sin sentirse afectada por la previsible hinchazón que se estaba produciendo en la entrepierna de Roç—, pronto será Pascua, y una vez al año...

—Exageráis —le respondió el joven, disgustado. ¡Cuán seductor estaba aquel cuerpo desnudo bajo el paño húmedo!—. Fue por Navidad, antes de nuestro primer viaje al Montségur, cuando los dos nos bañamos en Quéribus...

—¡Fue un lavado ritual, sin remojarnos bien, sin hierbas aromáticas! —Yeza se echó a reír—. Eso no cuenta. Además, será la última vez que podáis disfrutar aquí de un baño. Xacbert ha llegado a un acuerdo amistoso con el rey Luis, y es probable que le permitan disponer de nuevo de su castillo...

—¿Y por eso me tienes que castigar a mí...? —se indignó él, pero ella no le dejó proseguir.

—Yo me he cansado ya de estas piedras, y estoy contenta de poder dejarlas atrás. Pero ni vos ni yo... ¿acaso sabéis vos...?

Roç sacudió la cabeza, confuso.

—¿... hacia dónde nos conducirá ahora el Gran Proyecto?

—Lo primero que deberíamos hacer, es viajar a Redae y hablar con Gavin. Ahora mismo...

—¡No escaparéis del baño, querido mío! Qué pensaría el preceptor de nosotros, sabéis muy bien que le asaltarán mil dudas si olemos mal. De modo que ya podéis daros prisa, quién sabe cuándo volveréis a disponer de una ocasión como ésta.

Roç se sometió, y por el camino recogió a Jordi, lo cual le reforzó en sus propósitos. Se llevó al enano hacia la torre, al lugar donde había descubierto el estudio del pintor y la cámara secreta. Cada vez que recordaba a Rinat sentía un peso en el estómago, no tanto por el peligro que él y Yeza habían corrido, como porque seguía sin entender quién había movido los hilos de aquella traición.

—Rinat no era más que una pequeña rueda que fue aplastada dentro de un mecanismo mayor —murmuró el trovador cuando comprendió hacia dónde le arrastraba Roç—. Pero ¿quién hace girar ese mecanismo? ¿Quién arroja agua a las palas o qué viento mueve las alas del molino?

—Sea quien fuere —respondió Roç—, no se trata de un poeta como vos, Jordi Marvel, y ni siento respeto, ni admiración por esa persona. Ha cometido demasiados errores y no podrá disculparse simplemente con que ha tenido mala suerte.

—Y, como siempre, otros han tenido que morir por esa causa —se lamentó Jordi—. Así ha sido desde nuestro primer encuentro en aquella taberna. Mientras os golpeaban la cabeza en Carcasona, tuvo que morir *Rosamunda*. Al capitán Le Tris le colgaron de las piernas, y finalmente tuvo que acudir el jinete negro, ¡que acabó matando a la persona equivocada!

Entretanto habían alcanzado el habitáculo y Jordi no ocultó el hecho de que lo conocía perfectamente. Como si deseara borrar la desconfianza de Roç, prosiguió sus reflexiones:

—¿No os parece como si hubiese detrás algún sistema que genera peligros y, al mismo tiempo, extermina a quien los genera? ¿No os llama la atención?

—Claro que sí —dijo Roç, mientras observaba que encima de la mesa había extendidos algunos de los pergaminos secretos, en desorden, como si algo hubiese molestado a quien estuviera estudiándolos. Pero veía también unos extraños garabatos de colores pintados encima, cuyo sentido no acababa de entender. Se dirigió sin más hacia el escondrijo que había detrás de la estantería—. Incluso me recuerda bastante a cierto poder oculto, cuya consigna no declarada, pero conocida, es ésta: *Non meta, sed iter!*<sup>[330]</sup>

—Suenan a la *Prieuré* —le confirmó Jordi—. Las cabezas visibles para todo el mundo son como setas que pueden ser comestibles o venenosas, pero por debajo de la tierra, el hongo teje sus raíces finas y ocultas, y en realidad nadie sabe quién lo controla. Los tentáculos invisibles de la *Prieuré* hace tiempo que se han infiltrado en terreno enemigo, es decir, en la Iglesia católica y la dinastía de los Capetos, hasta el

punto de que ya resulta imposible distinguir entre amigos y enemigos, e incluso puede suceder que, a falta de auténticos contrincantes, acaben luchando entre ellos — acabó Jordi su perorata, que sorprendió a Roç, haciéndole pensar que había subestimado la sagacidad del enano.

—La meta es el propio camino —suspiró con el deseo de no parecer más ignorante que el trovador—. La verdad es que no hay más remedio que admitirlo. Es un oráculo muy cómodo, que lo justifica todo, cualquier contradicción y cualquier suceso imprevisto, ¡incluso cualquier fallo!

Jordi miró a Roç.

—Lo peor es que sigue funcionando —dijo casi con tristeza—, y vos mismo, o mejor dicho, la pareja real, sois el mejor ejemplo. Os habéis sometido a su regla del juego.

Roç había empezado a sacar los cajones secretos, cuando de repente oyó un suspiro detrás de la estantería. El enano saltó hacia atrás, buscando protección entre las piernas de Roç, que se quedó petrificado, considerando que no llevaba ninguna arma. ¿Qué animal podría haberse escondido allí? ¿Una marta? Aguzaron el oído. Oían claramente que alguien respiraba pesadamente, o bien porque sufría un fuerte resfriado, o por estar medio muerto de miedo. Roç agarró uno de los cajones que había sacado y lo mantuvo delante de su cuerpo, a modo de escudo, para evitar ser mordido, después se dirigió hacia la parte posterior del desvencijado mueble. Allí se enfrentó al rostro asustado del pequeño Xolua, el hermanito de Potkaxl. El niño, que apenas tendría más de seis años, estaba sentado sobre un montón de pergaminos, y Roç reconoció que se trataba de los planos y dibujos de Redae, precisamente lo que estaba buscando. Y enseguida sufrió otro susto: Xolua se había apoderado de las pinturas y los pinceles del pintor y estaba aplicando aquellos garabatos extraños a los valiosos documentos.

¡*A Diaus*, precioso tesoro!, pensó Roç, dispuesto a arrebatarle los pergaminos al niño. Jordi se atrevió a salir de detrás de las piernas de Roç y se acercó con una sonrisa amable al joven talento.

—¿De dónde has sacado esas pinturas tan bonitas, Xolua? —le preguntó, y el niño le mostró orgulloso la pared posterior de la estantería, donde había un escondite en el que Roç no había reparado.

Jordi extendió la mano y sacó a Xolua de la cueva, descubriendo que estaba llena de pergaminos pintados.

—Llevaré a este niño con su hermana —se ofreció—. Entretanto podréis estudiar si todavía puede salvarse algo. De todos modos, hay un consuelo: ¡tampoco Rinat consiguió descubrir dónde se oculta el tesoro de Redae, sólo ha encontrado pasillos subterráneos sin fin y toda clase de cámaras secretas, que forman un laberinto!

—¿Cómo lo sabéis? Rinat os podría haber engañado, ¿o tal vez vos, Jordi Marvcl,

intentáis engañarme a mí? Podríais ser incluso cómplice del pintor, sobre todo si recuerdo que os vimos por primera vez, a vos y a Rinat le Pulcin, al mismo tiempo y en el mismo lugar.

—Con todo respeto por la desconfianza, ésta llega un poco tarde, amo y señor mío —respondió Jordi—. Pero vuestra mente os tendría que haber advertido que Rinat, y yo también, por supuesto, nos habríamos apresurado de inmediato a hacernos con ese tesoro, si estos planos y dibujos nos hubiesen revelado dónde se encuentra. El no encontró nada, y por la misma razón yo sigo aquí y os sigo haciendo compañía y prestando mis servicios.

—Y yo seguiré confiando en vos, Jordi, aunque alguien podría opinar que es una ligereza irresponsable. De todos modos, he llegado a un punto en que lo menos razonable es lo que parece más lógico. Confieso que vos, Jordi, podríais ser una de las cabezas importantes de la *Prieuré*, o también una persona perseguida por ésta, pues pienso que esa asociación secreta, de reacciones imprevisibles, sólo podrá ser desenmascarada si la pareja real que ella se empeña en proteger, es decir, la dama Yeza y yo, nos comportamos como jamás nos aconsejarían ni la lógica de Aristóteles, ni el buen sentido.

—De todos modos, os quedáis a medias, pues la *Prieuré* también actúa de la misma manera. —El enano sonreía—. Se comporta como un jugador, y a partir de cierto momento la pasión del juego se convierte en una enfermedad mental.

—Así es. Ahora os dejaré solo con esos pergaminos, pues veo que no sois ajeno a la materia. Tal vez encontréis algo que os sirva, y tal vez decidáis hacernos partícipes a nosotros. En todo caso, yo voy a llevar a Xolua a la cocina.

—El agua de vuestro baño se habrá enfriado —dijo Jordi por todo comentario.

—¡Yo quiero un baño caliente! —Xolua, que hasta entonces les había escuchado mudo y abriendo mucho sus grandes ojos, esbozó una sonrisa que hacía aparecer aún más redonda su carita de pequeño tolteca—. ¡Después haré un pipí y después seguiré pintando!

Roç le cogió de la mano y salió con él de la torre. Estaba seguro de la desaparición, no solamente del sombrío retrato del preceptor Gavin, sino también de todas las miniaturas del rostro de Yeza, aunque no se lo había dicho a Jordi. Al menos él, Roç, no las había visto. ¿Y si le preguntara a Xolua? Decidió pasarle el encargo a Potkaxl.

El cuarto de los baños estaba junto a la cocina. Había allí una escalenta para subir hasta lo alto del gran barreño de madera, que disponía de una tapadera dividida en dos partes, de modo que sólo asomaran por unos orificios las cabezas de los dos bañistas, que podían sentarse uno frente al otro. Permitía así retener el calor que, por otra parte, llenaba el local con unos vahos tan ardientes que invitaban a despojarse de

toda ropa. Cuando Roç entró, descubrió que su criado Filipino estaba jugando a la gallinita ciega con las tres doncellas de Yeza. El agua del baño, en cambio, se había entibiado, según pudo comprobar Roç con el dedo, de modo que mandó a las muchachas a que trajeran más agua caliente de la cocina, y a Filipino que le ayudara a desvestirse. Geraude esparció hojas secas de toronjil por el barreño y añadió algunos aceites esenciales que olían a canela, a rosas y jazmín. La muchacha de dulces ojos de ternera sólo vestía una bata encima de su piel blanca.

—¿No querréis hacerme compañía, jovencita? —le susurró Roç antes de que llegara Potkaxl con los primeros cubos desde la cocina—. ¿Al menos me frotaréis la espalda?

Geraude se sonrojó hasta la raíz de su rubia cabellera y retrocedió cuando Roç se dirigió, completamente desnudo, hacia el barreño destapado, mientras Mafalda traía otro cubo de agua caliente. Esta última empujó a Potkaxl hacia un lado, se acercó al borde de la cuba y echó el agua con parsimonia sobre el vientre de Roç, a la vez que lo examinaba sin vergüenza alguna a través del agua.

—Yo os sabría alegrar el baño —murmuró coqueta, y metió la mano para repartir las hierbas aromáticas de Geraude. Su brazo empezó a bajar más y más, acercándose peligrosamente al sexo del joven. Pero Roç conocía muy bien a su dama Yeza y sabía que jamás le dejaría solo con las doncellas, y que muy pronto se daría cuenta de la ausencia de éstas.

—¡Cierra la tapa! —ordenó con voz seca, y Filipino se apresuró a tapar la mitad del lado de Roç, pero no había contado con el impetuoso carácter de Mafalda.

Ésta soltó un pequeño grito que simulaba haberse asustado, pero que traslucía su sensualidad, y la señorita de Levis, que seguía con la bata puesta, se dejó caer en el otro lado del barreño.

—¡He resbalado! —resopló mientras Roç veía entrar por la puerta a su dama y señora, algo que Mafalda no advirtió, por lo que, cuando Filipino cerró la tapa del otro lado, sacó la cabeza por el orificio. La expresión de Yeza no presagiaba nada bueno.

—¡Déjame salir! —le siseó Roç a Filipino y abrió su mitad de la tapadera.

El criado le arrojó una sábana para que cubriera su desnudez, mientras Yeza, sin pronunciar una palabra, pasaba un palo por las asas del barreño e impedía así que Mafalda pudiese escapar. Al mismo tiempo, sacó el tapón y el agua caliente empezó a salir en un grueso chorro, mientras entraba agua fría por una canaleta que Yeza desvió para este fin. Mafalda se puso a gritar con desespero.

Yeza no había pronunciado ni una palabra; empezó a frotar a Roç ante la vista de la primera dama de la corte, hasta que el mozo quedó con la piel roja como un cangrejo cocido. Después ordenó a Filipino que le vistiera y salió, acompañada de Geraude y Potkaxl, con la cabeza alta del cuarto. Mafalda dejó de chillar, y ya sólo titiritaba. En el umbral de la puerta, Yeza le dijo en voz alta a Filipino:

—Cuando la dama Mafalda acabe de bañarse, debe acudir a mis aposentos. Empezaremos a hacer el equipaje.

Roç escapó a través de la cocina y se dirigió a toda prisa hacia la torre, para visitar a Jordi.

## Conjuras varias

—Y dijo el rey Salomón: «Vendrán los días del Maligno, que son los que aprisionan al ser humano como consecuencia de sus pecados.»

Jacobo ben Mordejai, vestido con su ropaje de sumo sacerdote, ocupaba el nicho de san José<sup>[332]</sup>, y balanceando ligeramente la parte superior del cuerpo hacia adelante y hacia atrás, invocaba a su dios Jehová<sup>[333]</sup>.

—Y dijo el rey David: «¿Por qué he de temer los días del Maligno, si ya estoy inmerso en la culpa que pervive en mi rastro?»

Su voz de profundo bajo llenaba la bóveda de Santa Magdalena y él sentía placer al oírla. Si se cumpliera el sueño del reino de Dios según el Antiguo Testamento, y según aspiraban a instaurarlo los templarios, tal como había oído decir a su protector, Gavin Montbard de Béthune, se crearía por primera vez en el mismo corazón de Occidente un espacio de libertad religiosa, en el que los judíos tendrían garantizados los mismos derechos que los cristianos y los musulmanes. Aunque él consideraba dudoso que fuese necesario ampliar las mismas garantías a los seguidores del profeta Mahoma<sup>[334]</sup>, puesto que éstos, al fin y al cabo, disponían de tierra en abundancia donde gobernaban los suyos y, por otra parte, tampoco se mostraban demasiado generosos con las otras dos religiones que, al igual que ellos, adoraban a un único Dios. Pero Gavin insistía en un trato equitativo, posiblemente porque en secreto quería conceder refugio y protección auténtica a los «buenos hombres» cátaros, hasta el momento tan perseguidos. Por otra parte, el preceptor también mostraba cierta inclinación hacia determinados fanáticos ismaelitas, como por ejemplo los «asesinos». En realidad, los templarios imitaban en cierto modo a los adeptos chiítas, por ejemplo en el largo ropaje blanco y en algunas de sus rígidas normas. Los templarios ni siquiera admitían que fuera comprada su libertad si caían prisioneros, por lo que los musulmanes, sobre todo desde que eran gobernados por los mamelucos, habían adoptado la costumbre de cortarles enseguida la cabeza. Aunque Jacobo jamás había oído decir a los templarios que una vez muertos esperaban entrar en el Paraíso, por lo que sospechaba que sus ansias de morir obedecían a algún motivo oculto, algo que justificara el hecho de que buscaran en todo momento la muerte, a menos que el riesgo mortal y la muerte violenta fuesen precisamente el elixir de su vida.

*Si el ser humano no hubiese pecado, no tendría que padecer la muerte en esta vida. Por haber pecado tiene que padecer la muerte, antes de poder alcanzar el otro mundo.*

Como judío, Jacobo poseía una voluntad tenaz de sobrevivir a cualquier circunstancia, y en eso se distinguía de los templarios que, al fin y al cabo, no pertenecían al pueblo elegido de Dios.

*Ahí se separa el espíritu del cuerpo, y deja a éste en el mundo. El espíritu flota en una corriente de fuego donde recibe su castigo.*

El preceptor entró en la basílica a través de la grieta abierta en la piedra del ábside. Varios carpinteros estaban trabajando en las imágenes del Calvario, y habían arrastrado hacia la colina no solamente a san José, su santo patrón, cuyo nicho vacío ocupaba Jacobo, sino incluso a la Virgen María. Quitaron al Niño de las manos extendidas y colocaron a aquélla al pie de la Cruz, donde su gesto servía perfectamente de Madre Dolorosa.

Lo que no comprendía Jacobo era por qué el señor Gavin insistía en que la figura de María, al igual que las de los dos ladrones, fuera cortada por la mitad y vaciado su interior. ¿Tal vez resultaran demasiado pesadas, además de que la madera maciza suele agrietarse con más facilidad? Jacobo tampoco comprendía por qué habían instalado a José en un lugar donde se veía obligado a asistir a la crucifixión de su hijo adoptivo Jesús. Por lo que tenía entendido, en esa época el buen carpintero hacía tiempo que se había reunido con los ángeles en el cielo.

Gavin observó satisfecho el progreso de los trabajos de carpintería y exclamó:

—En nombre de la Santísima Trinidad, ¡acercaos, Jacobo!

El preceptor sabía muy bien que el seguidor de Maimónides<sup>[336]</sup> difícilmente se sentiría satisfecho con aquella representación de la familia cristiana. Y Jacobo se demoró un poco y aprovechó para cantar otra estrofa:

*El día en que se rompe el cuerpo y el alma puede separarse, el ser humano podrá ver aquello que no le estaba permitido comprender mientras su cuerpo tenía poder sobre su alma, y entonces entenderá con claridad.*

Gavin esperó con paciencia a que Jacobo terminara y se dignara descender del nicho de san José.

—No me extraña que el pueblo de Israel sufra continuas persecuciones —saludó el preceptor al devoto rabino—. No solamente sacrificáis algún que otro niño

cristiano para la Pascua, sino que además cantáis, ¡y lo hacéis con voz demasiado fuerte!

—Nosotros no matamos niños cristianos, sólo corderos —respondió Jacobo a la macabra ironía.

El preceptor no quiso renunciar al tono frívolo de la conversación.

—Yo preferiría una palomita del Espíritu Santo, siempre que estuviese asada con canela y almendras picadas. ¿Por cierto, hoy no es viernes?

Pero a Jacobo no le afectaban las blasfemias.

—Es viernes, el día en que habéis crucificado al Hijo de Dios entregándole a una muerte inhumana, porque no queríais perturbar la santidad del sábado.

—¿Cómo que nosotros? —repuso Gavin—. Sois vosotros, los judíos, los que debéis cargar con esa culpa...

—¿Acaso Poncio Pilato y sus legionarios romanos proceden de la estirpe de David? Jesús el Nazareno fue un rebelde, y fue sometido a la jurisdicción militar, de ahí que lo crucificaran. Nosotros le habríamos lapidado.

—Según el código militar romano, deberían haberlo colgado hasta que los buitres limpiasen sus huesos de toda carne pecaminosa. En cambio, nuestro Señor Jesucristo fue bajado de la cruz esa primera noche.

—¿Y no sabemos por qué? —A Jacobo le complacía mucho discutir con el preceptor—. ¿Porque se le consideraba ya muerto o porque aún estaba vivo?

—No cabe duda de que Poncio Pilato era accesible al soborno, siempre que la suma fuese lo bastante elevada.

—Como todo buen funcionario —reflexionó Jacobo—. Pero no penséis tanto en el receptor sino en el donante, el tío rico, José de Arimatea. ¿Quién pagaría tanto por un muerto, para poder disponer un entierro digno? ¿No sería más comprensible gastar una suma considerable para salvar una vida tan valiosa?

—Todo lo que sucedió después habla en favor de que sobrevivió. A los ladrones, crucificados a derecha e izquierda, les partieron las piernas para que murieran antes de comenzar la fiesta judía, en cambio a Nuestro Señor Jesús sólo le hirieron con una lanza y lo declararon muerto enseguida. Sus parientes pudieron retirarlo de la cruz, contrariando todas las normas, y trasladarlo a una cueva preparada para acogerle, una cueva que para mayor seguridad fue cerrada con una enorme piedra, y donde los esenios<sup>[340]</sup>, conocedores de la medicina, pudieron curarle. Los dos guardianes que vigilaban la cueva no eran ángeles, sino miembros de la secta fundada por el propio Jesús. Eran dos esenios, vestidos con largos ropajes blancos.

—¡Precursores de los templarios! —se burló Jacobo, aunque Gavin no se inmutó.

—Después de recibir los primeros auxilios, lo trasladaron aquella misma noche a otro lugar, y atrás quedó sólo la piedra partida.

—¿Para borrar las huellas, o para preparar la leyenda de la resurrección?



—¡No seas envidioso, judío! —le reprochó el templario—. El Señor fue cuidado en un lugar secreto y, una vez curado, transcurridos cuarenta días, pudo despedirse de sus discípulos.

—¡La fiesta de la Pascua Florida! Sólo unos cuantos de sus seguidores conocían la conjura. Entre ellos no figuraba Pedro, pero sí Juan, y también Judas, que incluso tuvo parte activa en todo el montaje. El resto de los discípulos debía creer en un milagro, que acabaría con la Ascensión a los cielos, pues una de las condiciones puestas por Poncio Pilato era la de una «desaparición total», es decir, el traslado de toda la familia al exilio, pues sólo así había podido ser convencido el gobernador para que aprobara el proyecto de los conjurados. No le interesaba que alguien pudiese acusarle en Roma, ante el emperador, de haber dejado escapar a un enemigo del estado.

—¡Jesús, el rebelde, debía ser considerado muerto en la cruz, de una vez por todas! —afirmó Gavin, triunfal—. La conjura funcionó de maravilla.

—Fue la hora en que nació la *Prieuré* de Sión —confirmó el cabalista—. Y todo lo que no pudiera explicarse según ese esquema, era declarado un milagro sobrenatural. Desde ese punto de vista, los conjurados engañaron a Poncio Pilato, pues Jesucristo, una vez resucitado, se convirtió en un personaje inmortal, iniciador de un movimiento que, a su vez, le causó considerables dificultades a Roma, hasta el punto de que los sucesores autodesignados del profeta Jesús se hicieron cargo del poder, y pasaron a llamarse Papas.

—Ya lo veis, querido Jacobo, esa vasta conjura judía os ha dado malos resultados. Si no hubieseis sobornado a Poncio Pilato, que se lavó las manos, os habríais ahorrado más de un disgusto. Poncio cobró, y ni siquiera tuvo que dar seguridades de que el delincuente no moriría en la misma cruz por haber perdido demasiada sangre o por infección. Todo lo dejó en manos del destino. Vosotros, judíos afanosos, en cambio, tuvisteis que poner vuestros conocimientos, desde el arte de la guerra hasta la medicina con sus venenos y contravenenos, al servicio de aquel hombre, primero para que pareciera muerto, y después para que volviese a la vida, hasta conseguir finalmente que llegara a ser inmortal. «Sentado a la diestra de Dios»... ¡en realidad os merecáis todos los laureles!

—No sólo no nos lo agradecieron —le confirmó Jacobo—, sino que volvieron los hechos contra nosotros. Por haber evitado su muerte, nos adjudicaron su asesinato, de modo que hasta el día de hoy los cristianos, que se han apoderado del cuerpo, la vida y la muerte del judío Jesús, se complacen en hacer de nuestra estancia en la Tierra un verdadero infierno. Tenéis razón, Gavin, si no hubiésemos intervenido en este proceso, desde la acusación hasta la sentencia y su ejecución, no existiría...

—...no existiría hoy una orden de los «pobres caballeros del templo de Salomón». ¡De modo que tenemos muchas razones para estaros agradecidos a

vosotros, los de la estirpe de David! —Gavin reía con ganas.

—¿No creáis, señor preceptor, que nuestra vida cambiaría mucho si no existieran los cristianos. Siempre hay algún Mesías ante puertas, y nosotros, el pueblo elegido de Dios, siempre seremos atacados por los seguidores de cualquier profeta, por pura envidia, ¡porque Dios nuestro Señor habla directamente con nosotros!

—¿No consideraréis una señal de soberbia o de ceguera que, después de más de mil años de difamación y pérdida de derechos, persecución y represión, os sigáis considerando un pueblo «elegido»? —Gavin planteó la pregunta sin asomo de su habitual sarcasmo, y Jacobo no tardó en responder.

—¿Acaso pretendéis ser nuestros herederos, señor preceptor? ¿No será que creéis que el Grial procede de Dios? ¿Queréis comparar esa piedra filosofal, que ni siquiera sois capaces de enseñar, con las tablas de la ley que Jehová entregó a Moisés?

—Esas tablas también se han perdido, muy señor mío, junto con el Arca de la Alianza. Vosotros los judíos vivís de quejaros, del recuerdo de un pasado en el que todavía existía el templo de Jerusalén...

—No iréis a negar que estuvo allí, puesto que habéis elegido el nombre de vuestra orden pensando en su existencia. Aunque no hayáis encontrado nada, tras haber revuelto a fondo las tierras de los establos de Salomón. Si no fuese así, no os agarraríais ahora a la búsqueda de ese objeto que llamáis el santo Grial.

—Y vos os agarráis a la vieja ley —dijo Gavin—. Pero los tiempos han progresado, y con Jesucristo, lo que adquiere validez es el Nuevo Testamento...

—¡Obra humana! —Por primera vez asomó en la voz de Jacobo cierta beligerancia—. ¿Acaso queréis comparar esos pobres escribientes, los Evangelistas, con nuestros profetas? Pero decid: ¿qué significa realmente el santo Grial para vos?

Gavin calló. Por un lado luchaba consigo mismo, por no poderse mostrar tan seguro como se mostraba el judío, firmemente apoyado en su tradición, por otro lado no deseaba revelar a un adepto de otra religión los detalles que conocía del Grial. No podía decir a Jacobo que los templarios habían sido elegidos por el Demiurgo para dominar el mundo, y que su dios Jehová no era otro que ese mismo Demiurgo, señor de este mundo.

—La nueva ley está encerrada en una piedra negra —le informó—, que encaja en otra pieza mayor que contiene el saber absoluto. Está en el cáliz negro, que vigila el efecto recíproco y la unión entre macrocosmos y microcosmos. Sin su ayuda, jamás entenderemos nuestro pasado dentro del universo, ni podremos conocer nuestro futuro en las estrellas...

—¿Ése es el significado del Grial?

—Lo es y no lo es —limitó Gavin el alcance de sus propias elucubraciones—. El cáliz negro es una forma de aparición del Grial, para ponernos a prueba. En el momento en que confundamos la apariencia con el ser, ya no seremos dignos de la

búsqueda del Grial.

Jacobo parecía poco convencido.

—No olvidéis que el dueño de la oscuridad es también el que aporta la luz, que la materia negra del ser es la que posibilita la luz reveladora de nuestro Grial...

—¡No intentéis enterrar el mensaje de luz y de amor en vuestra triste y oscura tumba terrenal, Jacobo! ¡Asfixiarlo con la ira de vuestros antepasados! El Grial es el triunfador deslumbrante y liberador, y bajo su signo nos aprestamos nosotros, los caballeros del Temple, a luchar por el poder, ¡un poder que no les corresponde a quienes pretenden servirle con el ánimo apocado!

—¿De modo que adoráis el cáliz negro? —Jacobo intentaba fijar la postura del preceptor, pero éste le esquivó.

—Su búsqueda nos ha sido impuesta, lo que significa condena y salvación al mismo tiempo.

—¿Y vos lo creéis así, Gavin Montbard de Béthune?

—Si yo fuese digno de hallarlo o de participar en su hallazgo, no lo dejaría pasar delante de mí, sino que lo vaciaría hasta su poso más amargo.

La silenciosa capilla del Louvre<sup>[341]</sup> mantenía un ambiente claroscuro, sus ventanas traslucían un azul nocturno que transmitía serenidad, una sensación solemne y suave, apenas perturbada por algunas lámparas de encendido color rubí.

Al rey Luis le gustaba el lugar. Era capaz de permanecer horas enteras tumbado boca abajo en el suelo, sumido en sus oraciones, entregado a su diálogo con Dios. Aún más apasionado se mostraba el devoto monarca cuando el *maître* Roberto de Sorbon se aprestaba a tomarle la confesión a él, el gran pecador. No deseaba tanto conocer las penitencias que le serían impuestas, y que siempre le parecían pocas, como le interesaba el mismo hecho de la confesión. Internarse a oscuras y sin llamar la atención en una caja negra, acercarse a la celosía detrás de la cual su maestro le planteaba a Luis, en un susurro, las más penosas preguntas, le provocaba a Luis una sensación parecida a la que le invadía de niño cuando se metía debajo de las faldas de su madre, donde sentía el placer como un castigo y recibía el consiguiente castigo con placer.

Hoy era el día en que le tocaba hablar con el señor de Sorbon. Luis sabía que aquél le esperaba dentro del estrecho confesionario, sudoroso y disgustado por la espera que le imponía el monarca, aún sabiendo que en la universidad le solían asaltar los estudiantes sedientos de saber. ¡Y él, el Trimegistos<sup>[343]</sup> de todos los doctores<sup>[344]</sup>, tenía que perder aquí su precioso tiempo!

No es que le disgustara poder conversar con el rey, pues los asuntos de estado exigían ciertas aclaraciones, pero sabía que Luis se haría el ciego y el sordo. Solía

cerrarse simplemente a todo lo demás, como era su costumbre. De modo que a él, el *maître*, no le quedaba más remedio que esperar, agobiado por una molesta impaciencia, a que el rey metiera su cabeza cana en aquella caja negra.

Finalmente, el rey santo había completado en su mente una lista de pecados que le parecía lo suficientemente extensa, sin dejar de añadir a la misma su soberbia, demostrada en hacer esperar tanto tiempo al ilustre señor de Sorbon. Se levantó del suelo y se acercó con paso vacilante al confesionario, echó con satisfacción la cortinilla a un lado y se arrodilló sobre el duro banco.

—*In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti* —murmuró el *maître* apresurado, para proseguir—: *Ego te absolvo a peccatis tuis.*<sup>[345]</sup> ¡El preceptor de los templarios de Redae se ha entregado al demonio y parece estar dispuesto a proclamar la guerra ahora mismo!

—Señor, concédeme tu paz —murmuró el rey—. Roguemos por ella: *Da servis tuis pacem.*<sup>[346]</sup>

—Tiene preparada una declaración de independencia —resoplaba el de Sorbon—. Quiere desarmar de un solo golpe a nuestras guarniciones, empezando por la de Carcasona.

—¡Paz en la Tierra! —murmuró Luis—. ¡Y paz de espíritu para los hombres!

—El cargo de senescal, en ese lugar tan expuesto, sigue vacante —prosiguió el consejero disfrazado de confesor—. No parece que Lobo de Foix, el *faidit*, haya muerto, y su ciudad le abrirá las puertas. Xacbert de Barberá agradece mal vuestro perdón, y está reuniendo a ambos lados de los Pirineos a grupos de gente descontenta, y tampoco hay que fiarse de Levis de Mirepoix. Dicen que los templarios han acumulado cantidades ingentes de armas, suficientes para ese ejército de mercenarios que los conjurados están a punto de contratar. Se dice que en Redae ha sido visto Juan de Procida, agente de Sicilia y de Aragón...

—¡La paz, Señor, os ruego, concédenos la paz! —gimió el rey, deseando no oír nada más sobre ese tema, pero el *maître* se mostraba inflexible.

—Francia corre el máximo peligro. Ese preceptor revoltoso ha mandado buscar a Roç y Yeza, animándoles a abandonar Quéribus, el castillo que vos, Majestad, les habíais señalado como residencia. Si la pareja real, esos herederos del Grial, encabezan la rebelión, las llamas de la revuelta prenderán en Occitania, en el Rosellón y el Languedoc. Aragón romperá el acuerdo de paz de Corbeil<sup>[347]</sup>.

—Callad, Sorbon, ¡estáis pecando contra el cargo que Dios os ha concedido! —La emoción entrecortaba la voz de Luis—. Las palabras que salen de vuestra boca han sido inducidas por el diablo. Aunque vos lleguéis a ser su instrumento, no dejaré que mi alma caiga entre sus garras: *Pater noster, qui es in coelis, ne nos inducas in tentationem. Sed libera nos a malo.*

—Lo peor, majestad, es que se extenderá en esas tierras vuestras la herejía, la

rebelión contra la única y verdadera Iglesia de Dios, la *Ecclesia catolica*, y en este caso cargaréis con una culpa de la que yo no os podría absolver.

—¡Falso sacerdote! —ladró el rey, aporreando con los puños la celosía que le separaba de su confesor—. ¡Yo quiero la paz y vos me empujáis a las llamas del infierno! ¡Vengo a confesar mis pecados y me obligáis a cometer otros nuevos! Marchad, ¡no quiero oír más vuestras palabras!

Y sin esperar a que el otro obedeciera su orden, Luis salió a toda prisa, como perseguido por las furias, de la capilla del palacio. Pero aún antes de alcanzar la puerta moderó sus pasos, y se obligó a una postura que demostrara la dignidad propia de una testa coronada.

Junto a la salida encontró un palanquín negro, muy sencillo y sin adornos, y vio que cuatro templarios inmóviles acompañaban a aquella caja misteriosa, dotada de cortinillas negras que impedían ver el interior. ¿Acaso Satanás había podido acercarse sin dificultades hasta este último refugio de su alma atormentada? El hecho de que los templarios escoltaran al Maligno, confirmaba la sospecha que Luis alimentaba desde hacía algún tiempo acerca de la orden. ¿Acaso el diablo se presentaba en persona para oír la lista de sus pecados? ¿Y si no fuera el *maître* Sorbon quien ocupaba el confesionario, sino el propio Satanás quien deseaba llevarle a la tentación? Luis trazó apresurado la señal de la cruz e intentó pasar de largo ante el palanquín. Pero una mano enguantada salió de entre las cortinillas y le agarró por el orillo de su manto.

El rey comprendió enseguida que se trataba de la huesuda mano de una vieja dama y también supo, sin más, a quién pertenecía. ¡Por nada del mundo quería tener algo que ver con ella! ¡Por Dios y todos los santos! Pero la voz de la mujer le cortó el paso, una voz quebrada, pero tan decidida que no admitía oposición.

—No os preocupéis por la paz de vuestra alma —pronunció con claridad—. No habrá revueltas en el sur. ¡Os doy mi palabra, majestad!

La mano soltó el manto y se retiró lentamente al interior, como se retira un pulpo a su escondrijo. El rey tropezó en el umbral de la puerta, porque se había apresurado a trazar una vez más la señal de la cruz en vez de fijarse dónde ponía los pies.

### ***Al consolamentum le sigue la endura***

*Altas undas que venez suz la mar,  
que fay lo vent çay e lay demenar,  
de mun amie sabez novas comtar,  
qui lay passet? No lo vei retornar!*<sup>[348]</sup>

—Huelo en el ambiente los preparativos del viaje —suspiró el pequeño Jordi apenas acabaron los últimos tonos de su laúd, que rodaron como perlas alejándose de sus diminutas manos y desaparecieron como un soplo—. Siento el dolor de la partida y la alegría de ver tierras lejanas.

El trovador dejó vagar su mirada reflexiva por la puerta abierta hacia el patio soleado.

—Precisamente ahora que el calor del verano empieza a caldear nuestros muros —se quejó Geraude—. Los prados florecen ¿y vos, maestro Jordi, deseáis ver tierras extrañas?

—Nadie nos pregunta —aleccionó Filipo a la tímida doncella—. Simplemente nos ordenan que hagamos el equipaje. Pero yo no estoy mal con estos señores que dotan de cierto espíritu aventurero nuestras vidas.

—A mí también me gusta —se entusiasmó Potkaxl—. En lugar de estar muerta, dado que el sacerdote quería sacarme el corazón en vivo, lo oigo latir cada mañana al despertar. Mi boca puede besar, mi vientre recibe el placer, la cabeza me zumba de alegría, mis ojos beben y mi nariz aguileña siempre está dispuesta a moverse por tierras nuevas, ¡por extrañas y lejanas que sean!

Filipo cortó las divagaciones.

—¡A empaquetar! Las mujeres se ocuparán de la ropa y de las camas, de todo lo que debe ir en los arcones. Nosotros —le dijo a Jordi— nos ocuparemos de los caballos, las alfombras y los carros.

—Yo me meteré en la cocina —dijo Mafalda, que había acudido también y recordó de repente su cargo de primera dama de la corte—. Hay que llevarse todas las provisiones, los calderos y las sartenes, los bidones y las jarras, ¡y toda la vajilla!

Roç y Yeza descansaban en la alcoba cuando Filipo llamó a la puerta.

—Un *perfecto*<sup>[349]</sup> pide entrada. Es el viejo Mauri en Raimon, que trae una carta urgente del señor preceptor.

—Llevalle primero a la cocina y dadle de beber y de comer. Enseguida estaremos dispuestos.

Roç recibió al visitante en el *donjon*. Quería esperar con la lectura de la carta hasta que llegara Yeza, por lo que se limitó a dirigir al anciano, que había acudido guiado por Xolua, una pregunta que hacía tiempo le rondaba la mente.

—Vos sois un *perfecto*, un cátaru que ha completado el recorrido de la máxima pureza —empezó, dando un rodeo—. ¿O sois acaso un druida, un sumo sacerdote de los poderes de la naturaleza y de la magia oculta?

El prólogo provocó una sonrisa de Mauri.

—Un poco de cada cosa, señor.

La respuesta confundió a Roç, aunque se resistía a confesarlo.

—Y Dios, ¿es bueno o es malo? —Yeza había entrado en la estancia.

—En realidad es todo —respondió Mauri—. Para comprender esa totalidad hay que saber cómo el bien pasa a formar parte del mal.

—¿No es al revés? —se sorprendió Yeza.

—El alma, al ser seducida por Lucifer, deja su cuerpo en el cielo; la carne terrenal sólo es su cárcel. Lo que une el alma con su cuerpo celestial es el espíritu, que flota entre tierra y cielo, buscando constantemente una salida. Es el espíritu quien trae luz a la cárcel, el que «ilumina» a la pobre alma prisionera. El ser humano se convierte así en «cátaro», que no piensa más que en despojarse de sus cadenas, de su envoltura terrenal, para que el alma liberada pueda regresar a su patria celestial.

—Suenan muy reconfortante —replicó Yeza—. Pero leamos la carta que traéis de Redae.

Mauri sacó el escrito de entre sus ropas y se lo tendió a Roç. El anciano quiso retirarse, pero Yeza le rogó que se quedara y le ofreció un asiento.

—Quiero hablar después un poco más con este hombre sabio —explicó a su compañero más que a Mauri.

Roç había roto el sello y leía a media voz, mientras Yeza miraba por encima de su hombro. La carta parecía escrita con muchas prisas.

—«A Yezabel Esclarmunda y Roger Trencavel, la pareja real, les envía Gavin Montbard de Béthune sus mejores deseos para una vida feliz en el santo lugar que les ha sido designado por el Gran Proyecto. Vos tenéis en mí a vuestro protector, y sólo en ese lugar hallaréis el Grial, que ha regresado a su origen. Debéis seguirle hasta allí. El santo Grial es el símbolo para la salvación de este mundo, gracias al espíritu y al poder del amor.»

—¿Habéis oído, Mauri en Raimon? —dijo Roç al mensajero—. El preceptor del Temple dice casi lo mismo que nos explicáis vos...

—Lo sé —respondió el interpelado—. Él me dictó la carta.

—¿No se habrá pasado Gavin en secreto a la fe cátara? —Roç no quería creerlo, pero Mauri le respondió en voz baja:

—Me pidió el *consolamentum* y yo se lo di.

Roç sacudió incrédulo la cabeza y siguió leyendo.

—«El que sea considerado digno del Grial, no tendrá que beber del cáliz negro, que exige la muerte física para entrar en el paraíso del que proceden nuestras almas puras. Esto os lo afirma, queridos míos, un ángel caído que debe recorrer el camino más difícil. Vosotros, Roç y Yeza, tenéis el amor y debéis buscar el recuerdo de nuestro origen perfecto, así alcanzaréis el Grial y ayudaréis a levantarse al que ha pecado, y no prestaréis atención al falso dios Baffometi, que os quiere atraer con su ofrecimiento de oro y de retorno al mundo. Recordad a este viejo amigo, liberad su

alma de la cárcel terrenal para llevarlo con vosotros a la Tierra Prometida. Este hombre indigno desea ver por última vez a la pareja real en Redae, y os ruega que acudáis a la casa de la Pecadora, antes de partir vosotros y antes de partir yo mismo. Cuando estéis bajo la Cruz, debéis saber que Gavin siempre os amó, aunque se mostrara severo con vosotros. Siempre os protegió ante los peligros, y siempre ha querido lo mejor para vosotros, aunque no lo hayáis comprendido a primera vista. Ésta es mi última voluntad. Os tendréis que apresurar, pues ya están clavando la caja.»

—¿Esto suena a *endura*<sup>[351]</sup>? —Roç se dirigió con timidez a Mauri en Raimon, que bajó su encanecida cabeza en señal de afirmación.

—A mí me parece que contiene más que eso —intervino Yeza en voz baja—. Es como si Gavin quisiera nombrarnos herederos suyos.

Intentando que el anciano no pudiera oírle, Roç le susurró:

—¿Te refieres al tesoro?

Yeza no contestó, y Roç, presa de una gran excitación, tomó una decisión.

—¡Debemos partir enseguida!

—En cualquier caso, se trata de un grito desesperado que demanda auxilio —opinó Yeza. Se sentía triste, y su mirada cayó sobre el pequeño Xolua, que durante todo el tiempo se había acurrucado a los pies del perfecto—. Os dejo a esta criatura, pues es demasiado pequeña para un viaje tan penoso. La educaréis según vuestros principios.

Como si Xolua lo hubiese comprendido, volvió a coger la mano del anciano y salió con él de la torre. Después acudió Potkaxl, y Roç y Yeza vieron que la princesa tolteca había llorado. Desde la ventana, los tres observaron cómo Mauri en Raimon se alejaba con el pequeño Xolua cogido de la mano. Este ni siquiera se volvió para echar una última mirada al *donjon* de Quéribus.

*Oy aura dulza, qui vens dever lai  
un mun amic dorm e sejorn'e jai  
del dolz aleyn un beure m'aporta'y!  
La Bocha obre, per gran desir qu'en ai.*

*Et oy Deu, a amor!  
ad hora m'dona joi et ad hora dolor!*

Roç y Yeza detuvieron la comitiva junto a la taberna incendiada, al pie del castillo. Habían conseguido cargar en tres carros todos los objetos que deseaban llevarse de Quéribus, y si no hubiese sido por la dama Mafalda, habrían tenido suficiente con dos. Pero la primera dama de la corte trasladaba al parecer la totalidad



de su dote, en cualquier caso, poseía más arcones, cajas, bultos y cestas que su ama y Roç juntos. Geraude y Potkaxl, Filipo y Jordi no poseían nada. El trovador iba junto al cochero y estaba a punto de iniciar una nueva canción cuando vio el techo hundido y las vigas carbonizadas. Un año atrás, Roç le había salvado con su atrevida intervención de las garras del capitán Fernand le Tris, y el inquisidor, Trini el Gordo, se había quedado con un palmo de narices. Esta vez nadie le atacaría, pues toda la guarnición, los bravos soldados de Mirepoix, les acompañaban a él y a la pareja real.

Roç ordenó a sus acompañantes que esperaran y se dirigió, acompañado de Yeza, hacia lo alto de la pendiente, a la gruta abierta en la roca, donde se refrescaron en su día con los vinos que en ella se guardaban. Desde allí veían la rosaleta, una vez más cuajada de flores blancas, pero ya no quedaba ni rastro de la piedra negra. El arbusto se había cerrado de nuevo sobre sí mismo, y los cortes que Roç abriera en su día para despejar el epitafio ya no se veían. Como si nunca hubiese estado allí. Si no fuese por la fuentecilla, ahora más bien un delgado chorro de agua que salía del centro de la rosaleta por la misma tierra, podría haber dudado incluso de su memoria. En su recuerdo, Roç volvió a ver la lápida de mármol con el hueco destinado al cáliz negro, y el fino chorro líquido generado por la fuente. Sintió un temblor pero comprendió, al mismo tiempo que Yeza, que aquella piedra sólo pudo estar allí en un momento determinado, justo cuando ellos también lo estaban.

—Y para eternizar ese instante único hubo incluso un pintor —dijo Yeza, pensativa—. La piedra negra ya sólo existe como retrato.

—O como idea —completó Roç sus palabras—. Contenía un mensaje dirigido a nosotros que no supimos entender.

—¿Una invitación a buscarlo?

—¿La piedra, o el cáliz que faltaba? —repuso Roç, exponiendo sus dudas—. Pero ya que nos hemos puesto en camino, no necesitamos más señales. Seguiremos el rastro de la piedra negra. De momento, nos lleva a Redae.

—¿Y si allí tampoco está? —dijo Yeza—. El viaje será largo, hasta el final...

—¡Yo estoy dispuesto! —la interrumpió Roç con tono seco, como si fuese supersticioso y deseara evitar que ella evocara una imagen concreta.

—¡Así sea! —dijo ella, comprendiendo lo que él pensaba—. Ya nos enteraremos de cuál es nuestro destino.

Le besó en los labios y ambos descendieron, animosos y contentos, hacia donde les esperaban los caballos y sus acompañantes.

# LA NOVIA DE PALERMO

# EL LEGADO DEL PRECEPTOR

## La silla del Pescador

—¡Apresuraos, Santità! —urgía el poderoso cardenal Octaviano. A su santidad Alejandro IV, mimado por las adulaciones de su corte, casi le pareció, por el tono que adoptó Octaviano degli Ubaldini<sup>[353]</sup>, que éste le había llamado con una abreviatura grosera, algo así como «Santi», al modo de los chiquillos del Trastevere<sup>[354]</sup>. ¿Se podía tratar así a quien, por la gracia de Dios, ocupaba la Santa Sede, representaba a Dios en la Tierra, era el sucesor de san Pedro y cabeza visible de la cristiandad?

El Papa bajó, más bien tropezando que caminando, por las empinadas escaleras del Castel Sant'Angelo<sup>[355]</sup>, rodeado del enjambre de su séquito, que revoloteaba a su alrededor como los zánganos siguen a la abeja reina dispuesta a alzar el vuelo. Hacía sólo pocas horas que le habían hecho correr, recogiendo los faldones, por los pasillos del castillo, asegurándole que él, el Santo Padre, no podía ser defendido allí si el populacho asaltaba la basílica de San Pedro Pescador<sup>[356]</sup>. Había esperado no tener que abandonar al menos la ciudad, su ciudad, pero tampoco esto le fue ahorrado. Tuvo que escapar por una estrecha puerta y después bajar por una escalera oscilante y suspendida, que lo depositó directamente a bordo de la galera papal, atracada en la orilla del Tíber. Como si se tratara de una lancha de carga, había sido cubierta con amplios toldos, pero éstos no servían para alejar las moscas de las mercancías transportadas, sino para protegerle a él, el Papa, de las piedras que los romanos enfurecidos serían capaces de tirarle desde la orilla del río, y sobre todo desde los puentes por debajo de los cuales tendría que pasar la galera. Apenas hubo subido Alejandro a bordo, apenas se hubo ocultado bajo cubierta, en el espacio mal ventilado que quedaba encima de la quilla, cuando la barca partió corriente arriba, hacia el norte.

El Papa cayó en un sueño que más bien parecía un desmayo, e incluso empezó a sufrir pesadillas. Veía su trono, la santa silla de Pedro, colocada delante de la puerta. Los hijos del Grial se acercaban y se sentaban con toda naturalidad en aquella silla. Roç y Yeza iban vestidos con delicadas ropas de muselina blanca, de las que partía un resplandor. Delante de ellos flotaba un cáliz y sobre sus cabezas aleteaba la paloma con la rama de olivo en el pico. Por encima de San Pedro se abrió el cielo y de entre las nubes caía un chorro de luz que iluminó a la pareja sentada en el trono y le otorgaba un resplandor especial: ¡el Papa y la Papisa!<sup>[357]</sup> Dos largas filas de hombres barbudos y mujeres, todos ellos vestidos de blanco, se iban acercando a la pareja real sentada en el trono, y el Papa sabía que eran los «buenos hombres» y las «buenas

mujeres», los «puros en la fe». El bastardo Manfredo había impuesto, como religión oficial, la herejía de los cátaros. Alejandro oía cantar el coro de los ángeles y se vio, en sueños, arrodillado delante de aquel trono. Despertó de la pesadilla con la frente bañada en sudor.

Por lo demás, las precauciones tomadas resultaron exageradas, pues Octaviano, tan prudente como siempre, había hecho ocupar ambas orillas por soldados a caballo que se mantenían al paso de la galera y expulsaban a todos los mirones de los puentes. Sólo unas cuantas vísceras y zanahorias podridas consiguieron llegar hasta los toldos tendidos, algunos huevos y excrementos que realmente olían muy mal. Roma no quería hacerle daño al Papa, pero sí deseaba librarse de su soberanía, y lo dejaba marchar. Mucho después de haber dejado atrás las murallas de la ciudad, ya cerca de la Prima Porta, el Papa pasó a ocupar un palanquín y la comitiva siguió sin obstáculos por la via Cassia<sup>[358]</sup>.

Alejandro estaba furioso y, además, se sentía mal. Por tres veces hubo que pedir la silla para que santidad pudiese vaciar los intestinos. Así llegaron a Viterbo, un lugar que él no apreciaba en absoluto.

Esa ciudad, situada en la frontera del Patrimonio de San Pedro con la Toscana, estaba destinada a proteger el estado de la Iglesia romana frente a las incursiones que pudiesen llegar desde el norte, por la via Cassia. Esta peculiaridad no significaba que los viterbenses sintieran una predilección especial por el Papa. Pero los demás refugios, como el de los Colli Albani<sup>[359]</sup>, en el sur, que habían sido utilizados en otras ocasiones, se consideraban aún más inseguros. De modo que Octaviano, regidor de los «servicios secretos» de la curia y que por razón de ese cargo merecía el sobrenombre de Cardenal Gris, había dispuesto que el Santo Padre fuera a buscar cobijo en Viterbo. Roma, la capital infiel y desagradecida, había vuelto a proclamar la República y había elegido gobernador, con poderes ilimitados, al senador Brancalone degli Andalò<sup>[360]</sup>. Lo peor era que, de este modo, un seguidor confeso y declarado de los Hohenstaufen germanos pasaba a ser *podestà*<sup>[361]</sup> en la Ciudad Eterna, ¡en su urbe!<sup>[362]</sup>

Alejandro sentía ganas de llorar de rabia, pues habiendo nacido él mismo en Roma, la humillación le pesaba doblemente. Pero después de aquel viaje tan horrible se sentía demasiado débil para entregarse a un sentimiento apasionado de dolor, y también le faltaba un público sensible o al menos medianamente interesado. El Papa se retiró a los camerinos que le habían señalado y pidió una infusión de malva y caléndula con unas gotas de valeriana.

Octaviano degli Ubaldini, en cambio, era florentino, y saber cerca su ciudad de origen le hacía sentirse mejor protegido en Viterbo. Cansado de las continuas discusiones con el indeciso portador de la tiara, decidió fijar por escrito el *status quo* de la situación, aquello que los ingleses, con todo derecho y bastante infamia, solían

llamar el «tejemanaje siciliano». Para ello era indispensable hacer un resumen nada compasivo de todos los errores anteriores, cometidos por el antecesor de su santidad. Con la malicia propia de un buen intrigante, Octaviano eligió para poner por escrito dicha memoria al notario papal Arlotus<sup>[363]</sup>, a sabiendas de que éste había servido ya a Inocencio IV para menesteres parecidos, y ya entonces había admitido ser sobornado por Carlos de Anjou.

El Cardenal Gris citó al notario en aquel ala del palacio papal que había elegido para su propio uso, porque disponía como mínimo de una vía subterránea de huida.

—Querido Arlotus —recibió con gesto amable al flaco hombrecillo—, me sabe mal exigiros, dada vuestra categoría, que acudáis vos mismo y tengáis que manchar vuestros dedos insignes de tinta. Los servicios secretos disponen de varios escribientes en la cancillería, y podría pedir a Bartolomeo de Cremona...

—Por Jesucristo y todos los santos, ¡no hagáis llamar a ese charlatán! Es como si expusiéramos el escrito a las puertas del palacio.

—Veo que conocéis el paño —dijo el cardenal con satisfacción.

El notario, reducido así a simple secretario, se dirigió al pupitre, y Octaviano pasó a ocupar un sillón.

—«*Commentatio Rerum Sicularum*<sup>[364]</sup>.

»"Hasta la muerte del Anticristo, es decir, del emperador germano Federico I, el rey Luis de Francia impidió que su hermano menor, Carlos de Anjou, pretendiera la corona de Sicilia. Incluso después respaldó el derecho hereditario, desde su punto de vista plenamente justificado, del hijo del emperador, Conrado, negando así la preferencia a su propia sangre y obligando a Carlos, que ya se había adelantado, a desistir oficialmente de sus pretensiones. Tan sólo cuando Conrado IV<sup>[365]</sup> bajó a los infiernos, en mayo de 1254, año del Señor, cambió el devoto Luis de parecer. Aunque seguía defendiendo el derecho hereditario del hijo de Conrado, llamado Conradino<sup>[366]</sup> y menor de edad, la insolencia del bastardo Manfredo al apoderarse del gobierno de Sicilia había irritado bastante al fiel amigo de los germanos. Entretanto, sin embargo, nuestro Santo Padre Inocencio había recordado que Sicilia siempre había sido un feudo papal, y que únicamente la Santa Sede está autorizada a otorgarlo a quien mejor le plazca. De modo que expresó públicamente que su favorito seguía siendo el conde de Anjou. Para salvar la cara como soberano de Francia, el rey obligó a su hermano a una nueva renuncia, que Carlos suscribió a regañadientes.

»"En su bondad, el desilusionado Santo Padre cedió, en un momento de debilidad, a las insinuaciones de sus falsos consejeros: intentó congraciarse con el bastardo. Manfredo, una criatura del diablo aunque de bella fachada y carácter amable, declaró someterse al confiado Papa. El diablo fue tan lejos como para llevar las riendas del pastor supremo y señor feudal Inocencio, y hacerle cruzar el río fronterizo Garagliano, pero no pasó ni una semana y Manfredo huyó del lugar de las

negociaciones para refugiarse entre sus sarracenos de Lucera<sup>[367]</sup>." ¿Se comprende, verdad, querido Arlotus?

El notario prefirió no responder.

—¿No había recibido Carlos de Anjou, mientras tanto, el consejo secreto de hacer tabula rasa<sup>[368]</sup> en el lugar de la discordia? ¿Es posible que el envejecido Inocencio ni siquiera conociera vuestros planes? ¿No habíais destacado ya a cierto sospechoso pintor de Venecia para que retratara al futuro joven rey de Sicilia?

—¿Y por qué sospecháis de mí, un simple abogado de la curia, insinuando que sé algo del asunto? Peor aún, ¡me acusáis al parecer de ser el instigador y partidario de semejante intriga!

—Vos mismo convertís mis vagas insinuaciones en una acusación, y os mostráis indignado por algo que supuestamente os sería muy ajeno. —El Cardenal Gris no reía, pero disfrutaba viendo retorcerse a su interlocutor—. Yo sería un mal regidor de los servicios secretos si no supiese que estabais presente en la tienda donde se desarrollaron las conversaciones.

—¡Os habrá informado Barto, esa sabandija! —Arlotus había descubierto al agente informador y el cardenal pudo limitarse a asentir.

—Así pues, tampoco negaréis que esa misma noche llegó Yves el Bretón...

—Lo admito con mucho gusto —respondió el notario—, si me aclaráis a cambio cuál era la verdadera misión de vuestro Barto.

—Puedo aseguraros que el de Cremona no estaba allí para asesinar a nadie, si es eso lo que pensáis. Aparte de que...

—Aparte de que en aquel entonces —le interrumpió Arlotus con presteza—, el actual Papa era el regidor de los servicios secretos, es decir, el Cardenal Gris.

—Sabéis demasiado —dijo Octaviano con una amabilidad que le heló al otro la poca sangre que corría por sus venas—. En cualquier caso, nuestro venerado papa Inocencio IV<sup>[369]</sup> murió aquel mismo año y, como habéis entendido perfectamente, mi antecesor pasó a ocupar la silla del Pescador<sup>[370]</sup>. ¿Hasta dónde habíamos llegado, querido Arlotus? ¡A Lucera!

—«Al suceder a Inocencio, Alejandro IV no pudo, de momento, hacer otra cosa que seguir la política de la curia en la misma línea, aunque no lo hizo, cosa que es de agradecer, con ese odio ciego y fanático que había puesto en ella su antecesor, sino que procedió con más reflexión... Nuestro actual Santo Padre podía permitirse quedar a la espera de cómo se desarrollarían los asuntos, pues el tiempo obraba a su favor. El rey Luis, con la edad, se había vuelto más flexible, y finalmente cedió a la persistente ambición de su hermano. Pero entretanto había aparecido un nuevo obstáculo. Debido a las constantes peleas con Manfredo, que había extendido su soberanía hasta los mismísimos Alpes, la Iglesia se encontró con dificultades financieras. El Papa se vio obligado a vender, a cambio de moneda contante y

sonante, sus derechos sobre el feudo de Sicilia. ¡El de Anjou podría haber pagado el precio exigido, pero no deseaba hacerlo!»

—Habría podido empeñar la Provenza, sin ninguna dificultad.

—Pero la política de vuestro favorito, el conde Carlos, es la de esperar hasta que Sicilia caiga en sus manos como una fruta madura, y hasta que un Papa del todo desesperado le ceda la corona gratis. ¡Os lo advierto a vos y a todos los que quieran o no quieran escucharlo! Por desgracia, existen círculos en la curia que se benefician de cualquier solución, cuanto más disparatada, mejor.

—¿Y cuál de esas soluciones defendéis vos?

—Lo comprenderéis al final de esta memoria, señor mío. Mientras tanto, sigamos la cronología de los sucesos.

—No quiero decir que me debáis esa información, excelencia —respondió Arlotus con dulzura—, aunque ya habéis insinuado que tenéis pensada otra solución diferente, y mejor.

—¿Queréis saber por qué soy contrario al de Anjou? Porque un eje francés que cruce el Mediterráneo, apoyado en Sicilia y llegando hasta Tierra Santa, incluso hasta Constantinopla, significa una hegemonía aún más extensa y un mayor poder terrenal que la *unio regni ad imperium*<sup>[373]</sup> de los germanos, los Hohenstaufen, teniendo en cuenta, además, que en Alemania reina ahora un inglés a quien Sicilia no le interesa en absoluto. Éstas son la razones por las que defiendiendo los derechos del pequeño Conradino. Es cierto que el niño no tiene más de seis años, pero ni siquiera Manfredo puede defender un mejor derecho hereditario, de modo que el bastardo pagaría gustosamente una buena suma con tal de que se le reconozca su aspiración a una regencia temporal, más de lo que podría pagar el de Anjou, si quisiera. Sabemos que Carlos paga a determinados personajes de la curia (el cardenal Octaviano lo declaraba con regodeo), ¡lo que dice mucho en su favor como inversor precavido, a la vez que avaro! En cualquier caso, tendríamos una paz inmediata, un dinero inmediato, y dentro de diez años a un joven rey que sería muy fácil de dominar.

—No me parece mal, ¡pero hacéis esa cuenta sin contar con las ambiciones del conde de Anjou y de su señora esposa! A la larga, pesarán más que todas esas elucubraciones en torno a un niño. El señor Carlos es un hombre hecho y derecho, y todos sabemos que un soberano no solamente debe contar con unos derechos hereditarios, sino con la voluntad de poder, la capacidad para conquistar ese poder y para retenerlo...

—¿Siempre queréis tener la última palabra, estimado Arlotus?

El hecho de que el parque del *Palazzo dei Papi* llegara hasta las murallas de la ciudad de Viterbo, le era tan poco agradable al papa Alejandro IV, como el hecho de

que el pequeño río que fluía pacíficamente debajo de sus ventanas, desapareciera después metiéndose debajo de esa misma muralla. Sabía que el palacio disponía de dos puertas secretas que facilitaban la huida, pero por las que asimismo podía entrar en cualquier momento un asesino a sueldo, enviado por el bastardo germano de Sicilia, o por alguno de sus descreídos gobernadores, ¡los mismos que sostenían en el norte el dominio de esa estirpe del demonio, condenada por el Papa y por el propio Dios! Aunque el representante de Cristo tampoco deseaba residir en el centro de la ciudad, pues allí se habría sentido como un rehén en manos de los viterbenses, en los que no confiaba en absoluto, y que muy probablemente estaban deseosos de traicionarle, ¡igual que los romanos! El deseo más ferviente de Alejandro era tener precisamente ahora la mente despejada, pues le urgía tomar algunas decisiones importantes. En cambio permanecía, como si le afectara una molesta migraña, sumido en una inactividad depresiva, y se mostraba altamente irritable. Lo único que sabía era que, a sus espaldas, e incluso a su lado, se estaban desarrollando negociaciones y tomando acuerdos. El cardenal Octaviano, su consejero y confidente, sujetaba las riendas del Estado en sus manos y él era quien movía todos los hilos.

Esto llegaba hasta el punto de que Alejandro tuvo la sensación de que Octaviano acudía a enterrarle cuando éste, sin llamar siquiera a la puerta, entró con paso rápido en la estancia y sin entretenerse en saludar, preguntó directamente si Su Santidad había leído la memoria que le había sido entregada unas horas antes. El Papa la había leído, pero se sentía inclinado a negarlo, por puro espíritu infantil de oposición. Aunque, por otra parte, en el *Commentatio Rerum Sicularum* figuraban algunas expresiones que el Papa no deseaba dejar tal como habían sido formuladas.

De modo que prefirió dar un rodeo y empezar por otro tema:

—Me tenéis aquí como a un prisionero, sólo porque os resulta más cómodo estar cerca de Florencia.

—La Santa Sede sigue en pie, santidad —dijo el cardenal, y esto era literalmente así, pues Octaviano se había sentado, mientras el Papa seguía de pie—. Pero si tanto preferís estar en Roma, podéis volver allá. Tal como conozco al Brancaleone, entraríais en la historia como el primer Papa sometido a un juicio por alta traición.

Alejandro palideció y en su frente asomaron gotas de sudor.

—¿Sabéis, Octaviano, lo que he soñado esta noche? Delante de San Pedro habían instalado un cadalso, y mis cardenales formaban una larga fila...

—No serían muchos. Sólo os quedan ocho —le interrumpió secamente su consejero—. ¡Incluyéndome a mí!

—No figurabais entre ellos —recordó pensativo el Papa—. Aunque yo iba en último lugar...

—Yo seguiré gustosamente a vuestro lado, haciéndoos compañía, mientras no nombréis a William de Roebruk para ocupar mi puesto.



—Aún seguís gastando bromas, cuando tenemos a la vista la muerte en el patíbulo. Arriba nos esperaba el verdugo con el hacha... —Alejandro volvía a sumirse en el recuerdo de su sueño.

—¿Visteis caer vuestra propia cabeza? —indagó el Cardenal Gris, sin mostrarse conmovido.

—No, cuando ya subía la escalera se me acercaron dos ángeles, a derecha e izquierda, que resultaron los hijos del Grial, y me acompañaron por unos escalones que conducían directamente al cielo.

—Es un sueño bellissimo: ¡os recomienda la reconciliación!

—Ya no sois mi amigo, Octaviano —se quejó Alejandro—. En vuestro escrito abundan las insinuaciones ofensivas. Afirmáis que me muestro inseguro, fanático, avaro y poseído por el mismo odio ciego que mi antecesor Inocencio.

—Si habéis obtenido esa impresión, querido Santo Padre, y os rebeláis contra ella, resultará que mi humilde memoria ha alcanzado su objetivo.

El Papa se obligó a mostrar una sonrisa de reconocimiento.

—Sólo espero, mi buen ángel de la guarda Octaviano, que el fraile que escribió esa memoria esté a buen recaudo: *saluti suae consulens?*<sup>[374]</sup>

—¿Opináis que nos conviene velar por su salud?

—¡Hay que obligarle a callar! —resopló Alejandro, disgustado porque su consejero mostrara una falsa inocencia, cuando en otras ocasiones había demostrado ser mucho más contundente—. ¡No quiero que nadie se entere del tono en que habláis conmigo! Precisamente los frailes de nuestra cancillería suelen mover la lengua con más agilidad que la pluma, por lo que...

—La escribió Arlotus, vuestro abogado...

—¿Le necesitamos todavía?

## La cabeza del Baffometi

*Philomele demus laudes in voce organica  
dulce melos decantantes, sicut docet musica,  
sine cuius arte vera rulla valent cantica.*<sup>[375]</sup>

El ascenso hacia la ciudadela de Redae, el resto amurallado que quedaba de la antigua capital del condado gótico de Razès, y que en su tiempo se extendía sobre toda la colina, seguía un camino serpenteante entre las ruinas.

*Cum telluns vere novo producuntur germina  
nemorosa circumcira frondescunt et brachia*

*flagrat odor quam suavis florida per gramania.*<sup>[376]</sup>

Hacía tiempo que volvían a crecer el laurel y la retama, pinos y acacias nacían entre las arcadas derruidas, las columnas reventadas de mármol y los restos de murallas. El sol en su ocaso teñía de una luz dorada el castillo templario, que se elevaba en lo alto. Las sombras violáceas de los jinetes y los carros de la comitiva que ascendía por aquel camino, se deslizaban como fantasmas sobre las piedras de las fortificaciones. Roç y Yeza cabalgaban en cabeza de su pequeña caravana, compuesta únicamente de tres carros tirados por bueyes, y de un puñado de soldados de su última escolta, la que el conde de Mirepoix les había cedido al marchar del Montségur, y que les acompañaría hasta el castillo, meta temporal de su viaje. Los hombres no guardaban demasiada disciplina. Casi todos ocupaban el último carro, en lugar de andar a pie, mientras en el carro del medio iban sentadas las tres «doncellas» de Yeza. En realidad, sólo dos de las muchachas respondían a esta titulación, pues Mafalda se consideraba a sí misma una «primera dama de la corte», y sólo aceptaba ocupar el mismo lugar que las demás por no subirse ella sola al último carro, en el que viajaban los soldados.

*Hilarescit philomela, dulcis vocix conscia,  
et extendens modulando ulturis spiramina,  
red dit voces ad estivi temporis indicia.*<sup>[377]</sup>

Entre las mujeres se acurrucaba también Jordi, el enano trovador, que las entretenía tocando el laúd.

*Istat nocti et diei voce sub dulcisona, sopratis  
dans quietem cantus per discrimina nec non  
pulchra viatori laboris solada.*<sup>[378]</sup>

Geraude acompañaba esta canción con su bellísima voz, de modo que Mafalda se vio empujada a cantar también.

*Voicis eius pulcritudo, clarior quam cithara,  
vincit omnes cantitando volucrum catervulas,  
implens silvas atque cuncta modulis arbustula.*<sup>[379]</sup>

Roç y Yeza cabalgaban tan adelantados que no oían las risas de su séquito. Callaban, sumidos en profundas reflexiones, pensando en el lugar hacia el que

viajaban, Redae, sede de su protector Gavin Montbard de Béthune, y sobre todo en este mismo personaje. El preceptor de los templarios de Redae les hacía venir, su llamada sonaba a desesperación, aunque moderada, y esto preocupaba a los dos jóvenes, que nunca habían visto inseguridad ni temor en Gavin, un hombre que solía mostrarse más bien prepotente y sarcástico. En muchas ocasiones se había presentado ante ellos cuando menos lo esperaban, y volvía a desaparecer una vez realizada su intervención, siempre ostentando el poder, cumpliendo las previsiones del Gran Proyecto. Hasta dónde podían recordar Roç y Yeza, él les había guiado por el camino emprendido, y no entendían el aire de resignación que creían haber adivinado en su escrito.

—Como si se tratara de su última voluntad. —Roç rompió el silencio sin mirar a Yeza—. Como si Gavin quisiera despedirse para siempre de nosotros.

—Y además se muestra profundamente entristecido. —Yeza compartía su preocupación—. ¿Tal vez esté afectado por una enfermedad incurable?

Dejando atrás la última curva llegaron a la placeta anterior a la iglesia de Santa Magdalena. No vieron a ningún templario acudir a saludarles, ni a ningún guardia sobre las almenas. La plaza estaba desierta bajo el sol poniente que se hundía con un destello rojo entre las montañas y que, junto a la oscuridad naciente, les enviaba un viento frío. Yeza sintió un temblor, aunque se obligó a permanecer junto a Roç, esperando la llegada de los carros. La dama Mafalda y el escudero Filipo quedaron encargados del cuidado del equipaje.

Los dos jóvenes descabalgaron y se dirigieron con el resto del séquito escaleras arriba, hacia el pequeño portal de la iglesia. El ambiente opresor se apoderó incluso de Potkaxl, que subía los escalones detrás de su señora, callada y temerosa. Tal vez la princesa tolteca recordara cómo en su lejana patria, las víctimas ascendían al templo, y en lo alto de las escaleras les esperaba un sacerdote con el cuchillo dispuesto para el sacrificio. La muchacha emitió un pequeño grito agudo al ver que en la puerta aparecía una figura envuelta en una largo ropaje. Pero ese hombre no llevaba un puñal en la mano, aunque exclamó en voz alta y quejumbrosa:

—*Olov ha shalom! Olov ha shalom!*

Era Jacobo, el cabalista. Se mostraba muy excitado, y repitió la misma exclamación varias veces antes de apresurarse escaleras abajo, al encuentro de los recién llegados.

Roç se atrevió a sujetarle por una manga.

—¡El Apocalipsis! —tartamudeó Jacobo—. Sonó el cuarto cuerno y el cuarto jinete...

—¿Quién era? —preguntó Yeza con voz cortante, y el cabalista pareció despertar por un instante de su arrebató, pues respondió con voz firme:

—El pintor le anuncia, el jinete negro es portador de la muerte, el tesoro está

hundido en el mar, el capitán ya no distingue la ruta, tres jinetes cabalgan perdidos. *Olov shalom!*

—¿Qué pasa con Gavin? —le espetó Roç con voz severa—. ¿Dónde está el preceptor?

Pero todo lo que Jacobo pudo articular fue «*Olov shalom, olov shalom!*»<sup>[380]</sup>, antes de separarse de ellos, seguir bajando los escalones y desaparecer en la oscuridad.

Roç miró a Yeza y sacudió la cabeza.

—Algo extraño debe...

—Me temo lo peor —le interrumpió ella, pero se acercó sin temor a la puerta abierta.

—¡No entréis! ¡Tengo mucho miedo! —Geraude lloraba a viva voz, abrazada a la princesa tolteca.

Roç había seguido a Yeza. En la iglesia vieron innumerables lamparillas de aceite ardiendo delante de cada nicho vacío. Las pequeñas llamas temblaban y proporcionaban una iluminación fantasmal al grupo del Calvario. Todos los santos habían bajado de los nichos y se aglomeraban en la Colina, debajo de las cruces. Magdalena se arrodillaba ante el Crucificado, como si deseara lavar los pies sangrientos con sus lágrimas. A Roç le llamó la atención el hecho de que faltara el cáliz negro, pues de repente comprendió con toda claridad que se trataba del mismo cáliz que Magdalena había usado para ungir los pies del Señor, y en el que recogía el goteo de su sangre. Sus manos se extendían impotentes y vacías hacia el Crucificado, pareciendo sostener un cáliz invisible. Roç sintió la pérdida como un golpe, al mismo tiempo que reconocía haber fracasado vergonzosamente cuando había visto por primera vez el cáliz. Apretó los dientes, procurando que al menos Yeza no se diera cuenta. María se encontraba al lado de Magdalena y miraba hacia su Hijo, como esperando alguna palabra de consuelo. Algunos legionarios romanos que no había visto allí en su primera visita, procuraban alejar al viejo José, mientras otros se jugaban a los dados los ropajes del ajusticiado, sentados sobre una manta extendida en el suelo. Roç recordaba haberlos visto antes empleando para sus fines una olla de barro, pero ahora ésta aparecía colgada de una gruesa cuerda, a unos tres pies por encima del grupo. La cuerda seguía hacia arriba, hasta perderse en la oscuridad de la bóveda, aunque en otro lugar volvía a bajar, para sujetar en una posición medio oblicua la cruz del segundo ladrón. El madero seguía inclinado porque el clavo que atravesaba la mano del condenado había salido por el dorso y había penetrado profundamente en el suelo, lo cual mantenía la cruz en un difícil equilibrio dependiente del peso de la olla.

—Ese cabalista no está en sus cabales —aseguró Roç medio en broma—. Aún sería posible, aunque también resultaría peligroso, que haya visto a Yves el Bretón,

pero ¿cómo puede haber visto al pintor?

—¿De verdad estabas presente cuando ese traidor fue muerto y desapareció en el río? —A Yeza empezaban a asaltarla ciertas dudas, mientras recordaba el prolijo relato que su caballero le había suministrado acerca de lo sucedido en el bosque del Montségur.

—¡Lo vi con mis propios ojos! —se justificó Roç—. El brazo...

—Tenemos que encontrar a Gavin —sentenció Yeza—. Él nos resolverá este enigma...

Roç se había apoderado de un candil y, dejando a un lado el Calvario, avanzó hacia la piedra que cerraba el acceso a la rotonda subterránea. El gigantesco *menhir* aparecía destrozado. Roç trepó por encima de los trozos de granito y quiso iluminar el oscuro espacio posterior, donde sabía que una escalera caracol conducía hacia la cisterna. Lo que vio fue el brillo de una oscura superficie líquida, de la que solamente sobresalía la última hilera de piedras por debajo de la cual empezaban los escalones. La cisterna se había llenado hasta su borde superior. «Ha sido inundada», pensó Roç. Así pues, era imposible seguir avanzando. Dejando atrás a sus doncellas, que se abrazaban temerosas ya dentro de la nave de la iglesia, Yeza había avanzado hasta la colina ligeramente elevada del Calvario. Jordi alumbraba su camino. Allí los encontró Roç al regresar.

—No podemos bajar hasta la rotonda —les informó—. Sólo el propio Gavin puede haberlo dispuesto así. Creo que habrá huido.

—O estará muerto —respondió Yeza con un temblor—. La rotonda puede haberse convertido en su sepultura.

—Y nosotros somos sus herederos —observó él con voz quebrada—. Lo único que nos queda por hacer es encontrar el tesoro.

—¡No tenéis vergüenza, Roç Trencavel! —le reprochó ella en voz baja—. Aún no sabéis qué le ha podido suceder y ya estáis pensando...

—¡Pienso en su legado! —se defendió Roç con la cabeza alta, mostrando su disgusto por el reproche—, y esto os incluye a vos, mi dama Esclarmunda. Lo queráis o no, sois su usufructuaria.

Yeza no añadió nada más, pues comprendía que él tenía razón. Había formulado su reproche por un sentimiento de piedad que al propio templario le habría arrancado una risa. En su disgusto se dedicó a mover el largo clavo de carpintero que sobresalía de la mano del ladrón.

—El ladrón y la cabeza del Baffometi puede que tengan algún significado —acababa de decir Roç—. ¡No! ¡No! —gritó cuando vio que Yeza, de un tirón furioso, había sacado el clavo de la mano, y que la cruz a la que estaba sujeto el cuerpo del ladrón se desplazó de repente hacia arriba.

Al mismo tiempo oyeron el golpe sonoro con que la olla de barro había caído al

suelo, reventando entre los que jugaban a los dados. Yeza, asustada, dio un salto hacia atrás al ver la cruz volando hacia lo alto, y ese movimiento le salvó la vida, pues al dar el madero contra la bóveda, reventó y empezaron a llover sobre ellos montones de joyas, rubíes, zafiros y diamantes, que cubrieron de destellos el suelo polvoriento. Entre las joyas había también pequeños lingotes de oro, cada uno con el peso suficiente para matar a una persona si caía sobre su cabeza. Uno de ellos le arrancó el brazo elevado a la figura de María, y por el agujero de la axila fulguró también un brillo dorado.

—¡La cabeza del diablo! —exclamó Jordi, más asustado que contento, mientras señalaba la olla destrozada, de la que había salido rodando una cabeza demoníaca que esbozaba una sonrisa satánica. ¡Era de oro puro!

—¡Baffometi! —murmuró Roç, conmocionado—. ¡El dios secreto de los templarios!

—Aquí todo parece de oro —observó Yeza con frialdad—. Cierra la puerta —le ordenó a Jordi.

Mientras Roç estaba todavía bajo el efecto de las revelaciones ocurridas, la joven demostraba estar a la altura de las circunstancias y dominaba sus sentimientos. El enano sonrió, pero no obedeció.

—Ya la he cerrado antes —declaró orgulloso—. Es como si hubiese olido el oro.

—¡Acercaos! —ordenó Yeza a las doncellas—. ¡Tenéis que ayudar!

—Tendremos que romper todas las figuras —dijo Roç, todavía conmocionado—. Me parece que cada una de ellas está llena...

—Al revés —le respondió Yeza—. Deberíamos sujetar enseguida el brazo de María y disimular la rotura, pues con toda seguridad no somos los únicos que estamos buscando el tesoro de los templarios en este lugar.

—¿Y qué haremos con el oro de la cruz y con la cabeza de oro? —Roç admiraba la serenidad de Yeza.

—Todo lo que no podamos ocultar, habrá que arrojarlo al agua, antes de que otros lo puedan descubrir.

—¿Todo ese oro? —replicó Roç, pero Yeza le hizo callar.

—Si no podéis renunciar a tan poca cosa, perderéis el tesoro completo, mi señor, ¡y os advierto que se trata de un tesoro importante!

—El cuerpo del ladrón flotará sobre el agua y nos delatará...

—¿Recordáis dónde está la salida de esta iglesia? —comentó Jordi, que ya suspiraba bajo la carga de unos pocos lingotes que había recogido del suelo—. Allí podremos encontrar un escondite adecuado. —Se dirigió a Yeza—. ¡También podemos quemarlo!

Yeza asintió.

—Lo más importante es borrar las huellas de este descubrimiento. Ahora tenemos

que pensar como si fuésemos reyes, y ocultar el tesoro es un acto estratégico.

—¡Soy vuestro general, majestad! —respondió Jordi—. ¡Ya se me ocurrirá algo para que la batalla acabe en victoria!

Yeza sonrió y tendió graciosamente la mano al enano. Roç y las doncellas se pusieron a amontonar las piezas rotas de la figura del ladrón. El joven le mostró a Yeza, que se había acercado, algunos detalles.

—Los huecos han sido exactamente adaptados para ocultar los lingotes de oro y las bolsitas llenas de joyas. La cabeza, los brazos y las piernas son desmontables, de modo que existe la posibilidad de sacar las piezas a través de las aberturas, una tras otra, sin tener que destruir la figura entera.

En un santiamén encendieron un fuego en medio de la iglesia y las llamas proporcionaron una iluminación algo más clara al lugar, aunque sin disminuir en nada su aspecto tenebroso.

—Si alguien mirara por la ventana —dijo Roç, soltando una risa— creería que el diablo está instalando su infierno en el mismísimo corazón de la iglesia de Santa Magdalena!

Pero la risa se le atascó en la garganta cuando oyó el ruido de unos cascos de caballo que se acercaban en el exterior. Poco después se oía la voz del Taxiarcos:

—¿Qué sucede ahí?

Y Mafalda, a la que por una vez no le faltó presencia de ánimo, respondía sin inmutarse:

—Mis señores, la pareja real, celebran la misa de medianoche.

—¿No le estarán rezando al diablo? —repuso con voz sonora el Taxiarcos, y sus botas empezaron a repicar en la escalera. Poco después llamaba a la puerta. Yeza había invitado a todos con un gesto a que se mantuvieran quietos.

—No consentiremos que nos moleste —susurró, y a Jordi se le ocurrió una buena idea.

*Sanctus, Sanctus, Sanctus,  
Dominus Deus Sabaoth.  
Pleni sunt caeli et terra gloria tua.  
Osanna in excelsis.*<sup>[381]</sup>

Las palabras de la santa misa surgieron del pecho del enano, enunciadas con su potente y bellísima voz de bajo.

—¡Hay que retirar esa cabeza! —siseó Yeza, pero por mucho que se esforzara Roç, apoyado por Potkaxl, le fue imposible levantar ni un poco la cabeza de oro de Baffometi.

—¡Tendremos que levantar y tirar toda la manta! ¡También las joyas! —Roç

admitía la pérdida.

De modo que recogieron la manta con la cabeza y los cascotes de la olla, y Geraude y Potkaxl añadieron todas las joyas que no pudieron esconder en sus bolsillos, tal como Yeza les aconsejaba, mientras Jordi no cesaba de loar a Dios, aunque también ocultó algún que otro lingotillo de oro entre sus ropas.

Todos juntos arrastraron la preciosa carga hacia la entrada al subterráneo, dejando atrás las piedras de granito, mientras el enano seguía cantando con fervor:

*Benedictus qui venit  
in nomine Domini.  
Osanna in excelsis.*<sup>[382]</sup>

Roç dio un salto hacia el borde de la piedra, sin dejar de tirar del bulto. Yeza y Geraude le ayudaban, pero de pronto la cabeza de oro resbaló fuera de la manta, se deslizó por encima del borde y desapareció con un gorgoteo satisfecho en las profundidades, seguida de las brillantes joyas. A este suceso le siguió un ruido opaco, como si se quebrara algún muro, y empezaron a subir a la superficie algunas burbujas gruesas, iniciándose después un chapoteo succionador. El lago que ocupaba todo el pozo empezó a formar un embudo en el centro, el agua iba desapareciendo y el nivel de la cisterna bajaba. Mientras regresaban a la nave, Jordi entonó la estrofa final:

*Kyrie eleison.  
Omnipotens stelligeris  
conditor caeli.  
Christe eleison.*<sup>[383]</sup>

El Taxiarcos estaba aporreando la puerta. Roç y Yeza se arrodillaron delante del fuego que consumía los últimos restos del ladrón. Al otro lado de la hoguera se situaba Jordi, acompañado de Potkaxl. Roç arrojó una mirada a su entorno y comprobó que no quedaba ni rastro del tesoro. A un gesto de Yeza, Geraude se dirigió con parsimonia hacia la puerta y dejó entrar al Taxiarcos.

*Qui mundum omnem tuo  
salvasti cruore.  
Kyrie eleison.  
Trinus et unus qui regnas in saecula.*<sup>[384]</sup>

El rey de los mendigos venía dispuesto a soltar una blasfemia, pero la imagen



devota que se le ofrecía le frenó. De modo que también juntó las manos, mientras sus ojos, muy despiertos, recorrían con avidez la nave de la iglesia, aunque no descubrió nada que pudiese despertar sus sospechas. Su mirada recayó sobre Potkaxl, pues al fin y al cabo había sido él quien había salvado a la jovencísima princesa tolteca del cuchillo de sacrificio del sacerdote, y recordó que jamás había recibido ni la más mínima muestra de agradecimiento por parte de la muchacha, aunque ésta había compartido su lecho durante la travesía de regreso. Siempre se había limitado, igual que hacía ahora, a sonreírle con insolencia. Roç se incorporó y tendió su mano a Yeza para ayudarla.

—Me preocupa el destino del preceptor —les comunicó el Taxiarcos, sin dejar de vigilar sus reacciones—. Gavin Montbard de Béthune mostraba ayer un comportamiento muy extraño cuando le dejé, dirigiéndome a inspeccionar el entorno en compañía de los tres jóvenes...

—Entiendo —dijo Yeza—. Raúl de Belgrave y sus compinches siguen fieles a su capitán. En realidad, querían pedirle a Gavin que les dispensara de su compromiso, porque deseaban entrar a nuestro servicio. ¿No habrán cambiado de parecer?

El Taxiarcos recibió esta muestra de curiosidad con visible desagrado.

—Son libres de tomar cualquier decisión —respondió de mala gana—. ¡Podéis preguntárselo a ellos mismos!

—Me gustaría saber si el preceptor ha dado por acabado su periodo de castigo.

—¡No ha habido ocasión de preguntárselo! —El Taxiarcos se mostraba dueño de la situación—. Mi misión terminó en el momento de pisar tierra firme, ¡de modo que no tengo por qué cuidar de ellos!

Mientras decía esto, había cogido una tea ardiente y utilizándola a modo de antorcha se acercó a la piedra reventada, sin dirigir ni una mirada al grupo del Calvario. El Taxiarcos iluminó el espacio oscuro y durante bastante tiempo permaneció mudo. El agua de la cisterna había descendido, y ya sólo tendría unos dos metros de altura. El ruido succionador debajo de la escalera de caracol era ahora más fuerte, y en el interior del pozo resonaban las aguas como en una garganta rocosa.

—¿Quién ha inundado la cisterna? —preguntó el Taxiarcos con voz inquisitorial a Roç, que se había acercado.

—¡Se lo podríais preguntar al preceptor! Puede haber sido él mismo. ¿Qué otra persona conocía el mecanismo? Yo ni siquiera sé dónde se pone en marcha. —Roç pronunció estas palabras con bastante desparpajo, y cuando se dio cuenta de que le daban buen resultado, pues el capitán seguía iluminando las paredes y el pozo de la escalera como si buscara algo, añadió con desenvoltura—: Mejor sería indagar quién ha puesto en marcha el desagüe, pues cuando nosotros entramos, la cisterna estaba llena hasta el borde y sus aguas quietas.

El Taxiarcos tampoco se lo explicaba.

—Ya falta poco para que podamos descender e intentar llegar hasta la rotonda, ¡siempre que nos dejen paso las rejas de hierro! ¿Querréis acompañarme, Roç Trencavel?

Yeza se apresuró a restablecer el orden.

—La pareja real admite vuestra compañía —dijo—. Procuradnos antorchas y candiles, pues no me apetece moverme allá abajo a oscuras. El Taxiarcos la miró con una sonrisa irónica.

—Si me lo permitís, iré a buscar a Raúl y a los demás. —Con estas palabras pretendía alejarse.

—No —le respondió Yeza con firmeza—. No quiero que entre nadie más, pues ya somos tres y no necesitamos más testigos.

El Taxiarcos se dio por vencido. Jordi aportó algunas teas y lámparas de aceite.

—He vuelto a cerrar el portal de la iglesia —les avisó—. Os esperaré aquí, haciendo compañía a las damas. Si no estáis de vuelta dentro de media hora —se dirigió a Yeza—, haré entrar a los que esperan afuera y nos dedicaremos a buscaros.

El enano lo dijo con tanta determinación que Roç y Yeza lo aceptaron sin rechistar, y tampoco el Taxiarcos quiso oponerse. Mientras tanto, el último resto de agua había desaparecido con un siniestro gorgoteo, de modo que pudieron empezar a bajar la escalera. Dejaron que el Taxiarcos fuera el primero y Yeza verificó si su puñal seguía oculto entre el cabello y la nuca. Después fue la última en pisar los mojados escalones.

## **El mausoleo de Montbard de Béthune**

El suelo de piedra de la antecámara mostraba todavía algunos charcos. Roç y el Taxiarcos inspeccionaron el zócalo macizo de la escalera, pero excepto algunas pequeñas arcadas dispuestas a su alrededor por las que apenas entraría un perro, no había nada que descubrir. Roç esperó a Yeza; ninguno de ellos dejaba traslucir en su rostro lo que estaba pensando. La pesada cabeza del Baffometi tenía que haber abierto un agujero en el interior del pozo, y el agua habría escapado por allí. Roç pensó que probablemente el agujero hubiese quedado abierto hacia el canal que en realidad servía para dejar entrar el agua. No lo veía muy claro.

En algún lugar tendría que haber allí abajo una entrada al subterráneo. Pero no podía tratarse sólo de eso, y a Roç le pareció que estaba cerca de olfatear un misterio, como mínimo un pasillo secreto cuyo acceso probablemente hubiese sido destruido. ¿Hacia dónde les llevaría, a menos que sirviera para ocultar otros tesoros?

—El castillo acuático del preceptor os ha dejado muy pensativo —se burló el Taxiarcos—. Tenemos delante la pieza central de su reino subterráneo, la rotonda.

Yeza tuvo que darle un codazo a Roç, que parecía sumido en hondas cavilaciones.

Los dos siguieron al rey de los mendigos, que se estaba adelantando camino de la esclusa de hierro. Esta aparecía abierta, y a Roç no le sorprendió. Allí habían sucedido cosas que no respondían en absoluto a la lógica, y tanto él como Yeza estaban preparados para enfrentarse a cualquier cosa. En aquel mismo instante, a Yeza, aunque sonreía animosa, se le ocurrió una visión fantasmal, pues le pareció ver a Rinat, el pintor, atrapado entre las rejas, clavado en sus puntas. Llevaba el brazo arrancado entre los dientes como un perro lleva un hueso, y parecía sorprendido de que el destino le hubiese atrapado ahogándole en las aguas. Pero Yeza se obligó a renunciar a aquella horrible imagen. No obstante, sintió un temor cuando, al levantar la antorcha, observó los dientes puntiagudos de las rejas de hierro, que podían descender en cualquier momento si alguien, en alguna parte, ponía en marcha el mecanismo. Se apresuraron a alejarse de aquella trampa mortal. Una vez hubieron entrado en la propia cisterna respiraron liberados, pues a través de la abertura redonda vieron un cielo estrellado y sintieron una leve pero agradable corriente de aire. Una fuente de agua limpia se precipitaba en una especie de concha, y Roç se apresuró a beber. El Taxiarcos esperó pacientemente y después subieron juntos las anchas escaleras que les conducían a la parte alta del poderoso dique de piedra que separaba la cisterna de la rotonda.

Una vez llegados arriba, los tres se detuvieron, fascinados por el cuadro que se ofrecía a sus pies. En aquella sala circular terminada en cúpula había centenares de lamparillas de aceite suspendidas de las columnas, que brillaban como ojos ardientes de animales dispuestos a iluminar la noche, y se perdían en la profundidad del gigantesco espacio. Todos ellos habían estado ya una vez allí, de modo que sus miradas convergieron en el recipiente de piedra moldeado en el suelo, donde en su día habían visto una gran esfera metálica. Pero ahora sólo veían un agujero negro. El globo terráqueo había desaparecido.

También habían desaparecido de las paredes los mapas que todos recordaban con tanto detalle, y más que nadie el Taxiarcos. Con su ayuda, el preceptor y él, que era su almirante, habían preparado aquel atrevido viaje a través del océano Atlántico, que les llevaría más allá de los límites, invisibles y evitados por todos los marinos, del mundo conocido e imaginable. Alguien había retirado incluso las reproducciones de países extraños, en cambio las mamparas de madera estaban dispuestas en forma de un rectángulo cerrado, como si detrás se ocultara algo. A Yeza la disposición le recordó la cámara mortuoria del faraón, más aún porque desde arriba no podía verse el interior, del que tampoco emanaba luz. El aspecto le provocó temor, y el recuerdo de la gran pirámide tampoco servía para mejorar su estado de ánimo.

—¡Enfrentémonos a la verdad! —rompió el silencio atemorizado de sus dos acompañantes.

Y se puso a la cabeza, mientras descendían los escalones hacia la rotonda. Sin

vacilar, Yeza se acercó al lecho de piedra, seguida por los otros dos. Una boca oscura se abría allí donde antes había unos cuerpos geométricos, desde el cono hasta el cilindro, desde el cubo hasta la pirámide, que sostenían con sus puntas y cantos el artístico globo de la Tierra, de modo que éste se pudiese girar con facilidad. ¡Ahora ya no quedaba nada! A través del agujero vieron una escalera que llegaba hasta más abajo, hasta el misterioso mundo subterráneo construido por el preceptor. ¡Era lo que habían estado buscando! Roç y Yeza evitaron lanzarse una mirada significativa, pero el Taxiarcos se vio incapaz de contener su curiosidad.

—¡Allí abajo encontraremos la solución a todos los enigmas! —dijo con tono aparentemente despreocupado, y se mostró dispuesto a bajar.

—¡Ya habrá tiempo de hacerlo! —replicó Yeza—. Tal vez sea mejor interesarnos primero por la suerte que haya corrido Gavin, o tal vez... —Y movió su lamparilla para iluminar de repente el rostro del Taxiarcos— ¿... tal vez vos sepáis más que nosotros?

Pero el Taxiarcos no se dejaba asustar tan fácilmente y se echó a reír.

—Si hubiese sabido algo más que vos, también hubiese sabido cómo evitar encontraros. No sé cuándo habéis llegado, ni de qué os habéis podido enterar antes de encerraros en la iglesia.

Roç no ocultaba su desconfianza.

—¿No será que queréis tener testigos de vuestro descubrimiento?

—¿Qué descubrimiento? —respondió el Taxiarcos con visible turbación—. ¿Qué estáis insinuando?

—¡Señores! —Yeza quiso impedir la inminente discusión—. Todavía no hemos encontrado a Gavin Montbard de Béthune.

Y se acercó con paso firme al rectángulo. Roç y el Taxiarcos se armaron de valor y empujaron una de las mamparas de madera hacia un lado, para encontrarse de inmediato con las espaldas del preceptor. Este estaba sentado delante de su escritorio, ligeramente inclinado hacia adelante, sobre su sillón parecido a un trono. En su nuca se veía una herida roja orillada de sangre cuajada, que tenía la forma de una cruz con los extremos acabados en zarpas. Roç recordó de pronto dónde había visto la misma imagen, exactamente la misma: en la torre de Quéribus, en el estudio oculto del pintor. Empujaron la mampara a un lado para rodear la mesa.

La cabeza del preceptor no había caído sobre el tablero porque alguien le había puesto debajo de la barbilla la esfera armilar<sup>[385]</sup>, lo que otorgaba al preceptor el aspecto de un sabio, un astrólogo que reflexiona con los ojos cerrados acerca de algo que acaba de descubrir. Gavin mostraba un aspecto pacífico y distendido, como si la muerte no le hubiese llegado de una manera violenta, sino le hubiese alcanzado en sueños.

—Si no fuese por la sangre cuajada en la nuca —observó el Taxiarcos con

serenidad—, a nadie se le ocurriría pensar que ha sido asesinado.

Sin embargo, también el capitán estaba conmocionado. No se atrevía a tocar al muerto, y se limitó a examinar la herida desde cierta distancia. Roç quiso saber más detalles, por lo que se acercó a la parte posterior de la silla e iluminó la nuca del preceptor.

—¡No es sangre cuajada! —exclamó asombrado—. Más bien parece laca de sellar. Alguien le ha marcado con la cruz de los templarios...

También el Taxiarcos se dignó entonces a explorar más detenidamente la mancha roja.

—¡Es el sello de la muerte! —se le escapó.

—¿Dónde estará el bastón? —preguntó Yeza. Aquí sólo veo el astrolabio y algunos otros instrumentos.

Roç se colocó a su lado y aprovechó que el cuerpo de la joven ocultaba sus manos, pues había visto la brújula y se apoderó de ella sin que el Taxiarcos se diera cuenta.

—Todo son instrumentos —exclamó con desdén mientras la redonda cajita desaparecía en su bolsillo—. ¡Ni siquiera veo sus notas! ¡Ni un mapa que señale el camino a través del mar! También podría tratarse de un asesinato para robar, ¿no os parece, señor almirante? Sin los mapas marítimos que señalan las islas y los remolinos, los hielos y las corrientes, ni siquiera vos podríais alcanzar de nuevo la costa de oro.

El Taxiarcos sonreía.

—Es difícil, pero por si se os ocurriera sospechar de mí, os llamo la atención sobre el hecho de que sigo aquí, en el lugar del supuesto crimen, aunque podría encontrarme hace tiempo en alta mar, allí donde según vuestra florida fantasía la arena de la playa está compuesta de pepitas de oro. Pero ¿dónde estará la brújula? —Recorrió con mirada intranquila los instrumentos distribuidos sobre la mesa del muerto, pero no encontró lo que buscaba—. Sin brújula es casi imposible mantener el rumbo en mar abierto.

—¡El preceptor no habrá querido que se repita un viaje tan irreverente! —opinó Yeza, atrevida—. Es muy probable que Gavin, en el momento de su muerte, hiciera las paces con la Iglesia católica y entregara ese instrumento diabólico al sacerdote.

El Taxiarcos soltó una risa divertida.

—Soy capaz de imaginarme muchas cosas, pero jamás a Gavin Montbard de Béthune en situación tan humillante.

—¡Porque carecéis de nuestra florida fantasía! —le respondió Roç—. Pero ahora en serio: según vuestro parecer, ¿quién podría ser el asesino?

—Aparte de mí y de vos —le respondió el Taxiarcos con aire reflexivo—, cualquier persona que se haya presentado en los últimos dos días en Redae, visible o

invisible para los demás. *Terribilis est locus iste!*<sup>[386]</sup> Las circunstancias específicas de este lugar no limitan, ni mucho menos, el círculo de posibles autores. A mí me parece que la muerte le alcanzó al preceptor hace uno, o posiblemente dos días. Por lo tanto, estoy a favor de que ahora nos vayamos a dormir, tomándonos un merecido descanso, y que mañana, a la luz del día, examinemos la situación con la mente fresca y sin prejuicios.

—¡Yo no duermo bajo este techo, con un muerto cerca! —exclamó Roç con decisión—. Vos, almirante Taxiarcos, podéis quedaros aquí a velar al preceptor, yo pasaré el resto de la noche al aire libre, y espero que el alma irredenta de Gavin no esté vagando por ahí y nos robe la paz.

Raúl de Belgrave, Mas de Morency y Pons de Levis saludaron cabizbajos a la pareja real y sus ojos se apartaron avergonzados, como si les remordiera la conciencia. Roç y Yeza simulaban no verles cuando salieron de la iglesia, delante de la cual los tres esperaban a su nuevo amo, el Taxiarcos. Jordi estaba convencido de que el almirante no dejaría transcurrir la noche sin intentar ser el primero en apurar la situación hasta el fondo.

—Déjalos —murmuró Roç en voz baja, para sorpresa del juglar—. ¡Así los perderemos de vista!

Y Yeza añadió con aire circunspecto:

—Tengo la esperanza de que ese pirata y los que le siguen, desaparezcan allá abajo, empujados por su avidez. Incluso deberíamos procurar que no vuelvan a salir hasta dentro de algún tiempo, para que, mientras tanto, podamos poner a salvo las figuras del Calvario.

La pareja real había dejado acampada su escolta, formada por los soldados de Mirepoix, junto a los carros y los bueyes, delante de la entrada al jardín de los cerezos. Los animales pastaban en el interior del recinto. Los hombres partirían a primera hora de la mañana para regresar junto a su amo, el conde Jourdain de Levis. Para entonces Roç y Yeza volverían a estar solos, y sólo les quedaría su séquito personal, el escudero Filipo, la primera dama Mafalda, las dos doncellas, Geraude y Potkaxl, tan diferentes una de la otra, y Jordi, el trovador. A ello se añadía una vieja cocinera y dos mozos medio simples que cuidaban de los caballos y les habían suplicado que no los dejaran en Quéribus, además de los arrieros que se cuidaban de los bueyes.

Roç y Yeza se acostaron algo apartados, encima de la plataforma desde la cual la joven, un año atrás, había defendido su cuerpo y su honor contra el asalto de los tres matones. No podían dormir. Jordi se había ofrecido para cumplir con la primera guardia, pues estaba deseoso de vigilar al Taxiarcos y a los tres mozos, que se fueron

a dormir en el interior de la iglesia.

El enano se acurrucó en el pasadizo secreto, oculto entre los paneles de la pared, donde pudo colarse porque Yeza le mostró la forma de introducirse en él por la parte del jardín de los cerezos. Desde el interior de esa especie de armario observaba los movimientos de los que se habían encerrado en la nave, y que, lo primero que hicieron, fue atrancar la puerta. No veía al Taxiarcos, pero los tres jóvenes se habían acostado sobre la manta extendida en el suelo, la misma manta por encima de la cual colgaba horas antes la olla de barro. Los mozos jugaban con los dados de los legionarios romanos.

Roç y Yeza descansaban muy juntos, boca abajo, para poder vigilar su entorno.

—¿Quién crees que habrá podido asesinar a Gavin? —Roç formuló la pregunta que atormentaba a ambos.

—Mientras no sepamos cómo ha sido asesinado —respondió Yeza— será difícil conocer el motivo del asesinato y sacar conclusiones respecto del o de los asesinos.

—¿Quién dice que debajo del sello de la muerte no se oculta una herida...?

—¿Estás pensando en la punta envenenada de una flecha? —Yeza recibió la pregunta con incredulidad—. Tendrá que ser un veneno muy fuerte, que provoque una parálisis inmediata, por ejemplo a base de matalobos<sup>[387]</sup> o acónito<sup>[388]</sup>. Partamos de momento del hecho de que la muerte fue violenta, alevosa, y le alcanzó por detrás. Para conseguirlo, la víctima debía conocer muy bien al asesino y no sospechar de él en absoluto. ¿Quién puede haber sido?

—¡El Taxiarcos! —propuso Yeza—. Podría haberse alejado después de abrir el paso del agua.

—¿Y crees que después esperó a que llegara alguien como nosotros, a descubrir paso a paso lo sucedido?

—Creo que su respuesta a nuestra pregunta ha sido convincente. Si una persona como él, a la que sólo le interesa el tesoro, hubiese tenido vía libre, no hubiese esperado a que acudiéramos nosotros para buscar entre todos el mismo tesoro.

—¿A quién más nombró el cabalista? ¿Rinat le Pulcin?

—Me sorprendió ese nombre —dijo Yeza—. Siempre he confiado en tu versión de la muerte de ese malhechor.

—Yo puedo jurar haber visto dos cosas: que le cortaron un brazo, y que se hundió en las aguas torrenciales.

—¡Pero aún no estaba muerto! ¿Pudo haber sido arrastrado por las aguas hasta alguna parte de la orilla?

—¡Lo mismo que su brazo! —La voz de Roç era pura ironía—. ¡Un zapatero los encontró y volvió a juntar el brazo con el cuerpo, aunque al revés!

—¿Y por qué le mencionaría Jacobo, en lugar de mostrarse sorprendido al ver que el pintor no acudía a Redae con nosotros?

—¡No podía saber nada de nuestra «separación»!

—Lo único que dijo Jacobo fue: «El pintor anuncia la muerte.» Esto también puede hacer referencia al retrato que Rinat pintó en su día de Gavin, aquel que muestra un sello sangriento en la parte baja del cráneo...

—Así exactamente es como hemos encontrado al preceptor. ¿No te da qué pensar el detalle?

—Me niego a imaginarme que Rinat le Pulcin sea un muerto viviente, preocupado porque sus profecías pintadas se manifiesten en la realidad. Todo eso te pasa por bloquearte frente a la única suposición lógica: ¡que Rinat no ha muerto!

—En este caso, ¡él sería el asesino! —admitió Roç, no sin cierto esfuerzo, que asumía aquella versión tan contraria a sus convicciones—. Satanás, con quien habrá concertado un trato, le protege para que pueda culminar su obra. ¿Tú crees en el demonio, Yeza?

—¡Me falta muy poco para creer en él! —La joven se echó a reír—. ¿O prefieres que hablemos más bien de ese otro personaje salido de los infiernos? ¿Yves el Bretón?

—¿Te hace gracia recordarle? «El jinete negro es portador de la muerte.» Eso también lo dijo Jacobo.

—Es una posibilidad —advirtió Yeza—. Aunque no significa que Yves mismo sea el asesino, sino únicamente que ha tenido algo que ver con esa muerte.

—¡El veneno! —exclamó Roç—. ¡Yves ha aportado el veneno mortal!

—Estoy segura de que el rey Luis no le dio ese encargo. Además, Gavin jamás habría consentido que el Bretón estuviese a sus espaldas, pues sabía perfectamente lo peligroso que es. De modo que no puede haber sido el asesino —opinó Yeza.

—Entonces ¿de quién procede el veneno, y quién...?

—Mañana por la mañana desprenderemos el sello de laca, y veremos si ha intervenido algún veneno, pues por otra parte me parece extraño que alguien quiera aplicar una marca tan llamativa para tapar una pequeña punzada, un leve rasguño. Apuesto...

—¡No apuestes! Será mejor que hagamos un resumen.

—Muy bien —dijo Yeza—. Tenemos a varios sospechosos que pueden tener algo que ver con el asesinato, aunque al parecer ninguno de ellos lo ha ejecutado. No me extrañaría nada de que hubiese todavía algunos más. En alguna parte, en el trasfondo, alguien acecha...

—O muy cerca de nosotros, tan cerca que no advertimos su presencia... y el gran desconocido no hace más que reírse.

—¡Gosset! —exclamó Roç, señalando al sacerdote que apareció frente a ellos,



saliendo como un fantasma de la oscuridad de la noche—. ¿De dónde venís?

—De Carcasona, señor mío, si os referís a mi procedencia —respondió Gosset con expresión divertida—. He venido en el carruaje del inquisidor. Bezù de la Trinité ha acampado al pie de este lugar, que ha preferido no pisar durante la noche, y que mañana por la mañana desea exorcizar<sup>[389]</sup> primero. En breves palabras, ahora mismo vengo de la iglesia de Santa Magdalena, donde mi viejo amigo el Taxiarcos se ha atrincherado y está entregado a una tarea tan misteriosa que no ha querido dejarme entrar, según me comunicaron sus guardaespaldas.

—¡Nosotros os damos la más cordial bienvenida! —dijo Yeza—. Tomad asiento, y contad ¿qué os trae hoy precisamente a este lugar? Aunque queráis convencernos de que se trata de una pura casualidad, os incluimos en el círculo de los sospechosos de asesinato.

Gosset se sentó frente a ellos, sobre sus piernas cruzadas.

—¿De qué me acusa la pareja real?

Roç observó con satisfacción que el sacerdote, después de haber pasado tantas penurias en las mazmorras de Carcasona, mostraba de nuevo un aspecto bien nutrido.

—¡Gavin ha muerto!

—Me lo han dicho —afirmó Gosset—. También me han asegurado que la orden ha disuelto la comendaduría de Redae, y distribuido a los caballeros entre otras sedes templarias de los alrededores. Ésta es también la razón por la que acude Trini. El inquisidor quiere afincarse aquí y convertir a Redae en punto de partida de sus actividades misioneras, dentro del espíritu cristiano de la Iglesia católica, pero sólo después de haber exterminado las herejías y los malos espíritus que las fomentan.

—¿Y vos le ayudaréis? —se mofó Yeza.

—¡Dios me libre! —exclamó Gosset—. Pero se me ocurrió que os encontraría aquí...

En aquel instante, del muro al interior del jardín de los cerezos cayó el cuerpo del enano. Jordi se incorporó de un brinco.

—¡Han desaparecido! —exclamó mientras se acercaba—. Apenas hubieron negado la entrada a monseñor, hablando a través de la puerta cerrada de la iglesia, desaparecieron los tres y se metieron en la cisterna. Esperé un poco, después me atreví a salir del escondrijo, me acerqué a la escalera de caracol y pude oír sus voces, allá abajo, en lo más hondo del pozo, unas voces que sonaban excitadas, pero que después se alejaron.

—¡Perfecto! —dijo Yeza—. Han mordido el anzuelo. Llévate a Filipo y reunid todos los trozos de piedra del *menhir* que podáis arrastrar, para que no puedan volver por el mismo camino. Dejad la puerta de la iglesia cerrada por dentro.

—Con mucho gusto —dijo el juglar—. Aunque pienso que también las damas podrían ayudar. Geraude y Potkaxl poseen unos brazos fuertes, y siendo cuatro

personas trabajaremos mejor.

—Vos sois el que manda —respondió Roç—. ¡La tropa queda bajo vuestro mando!

El enano se alejó con el pecho hinchido, dispuesto a despertar a sus ayudantes.

—Ahora deberíais dormir, majestades —dijo Gosset—. Yo vigilaré vuestro reposo.

—Confío en vos —dijo Yeza, y tapó con una manta el cuerpo de Roç y el suyo.

## El reparto de la herencia

El Taxiarcos y sus tres ayudantes se habían introducido, una vez todos en el interior de la rotonda, en el hueco rectangular donde en su día vieron el globo terráqueo, y desde el cual una escalera de piedra conducía hacia abajo. En el fondo de aquel pasillo subterráneo, cuya altura apenas alcanzaba la de un hombre, encontraron tirados los conos y los cubos, los cilindros y las pirámides, moldeados con piedras preciosas y perfectamente pulidos, de cornalina y jaspe, de cristal puro y calcedonia, ónix y amatista, todo ello agradable a la vista y al tacto. Pero no constituían el verdadero tesoro.

—No perdamos el tiempo con estas menudencias —les exigió el almirante con severidad cuando observó que Mas y Pons querían apoderarse de algunas piezas—. ¡No serán más que un peso inútil que, en el fondo, no valdrá la pena!

Se adentró, acompañado de Raúl, en el túnel, y muy pronto tuvieron que avanzar agachados, porque el techo era cada vez más bajo. Después alcanzaron un recinto en una de cuyas paredes había adheridas grandes ruedas de hierro.

—Desde aquí se accionan las esclusas, se hace entrar el agua o se abre el desagüe —observó el Taxiarcos, sin dudarle un instante—. Debemos estar exactamente debajo del dique que separa la rotonda de la cisterna. ¡No toquéis nada! —ordenó con enfado cuando vio que Mas se acercaba a las ruedas—. ¿No querrás morir ahogado?

Siguieron por el túnel hasta llegar al lugar en que el techo de éste mostraba un agujero como si un proyectil pesado lo hubiese atravesado, y Raúl quiso iluminar el suelo para buscarlo. En un charco de agua le pareció ver un rostro humano que brillaba como el oro. Sospechó que su imaginación lo engañaba, por lo que no dijo ni una palabra y siguió adelante.

—¡Un rubí! —exclamó Pons, mostrando un objeto hallado en el suelo del pasillo.

El Taxiarcos pidió la piedra y la sostuvo contra la llama de su candil.

—En efecto —murmuró—, un rubí perfectamente tallado. Alguien lo habrá perdido.

—¡Ahora es mío! —exclamó Pons sin poder dominar su excitación, pero en el mismo instante Mas se agachó y mostró un diamante deslumbrante.

—¡Estamos en la vía correcta! —dijo con aire triunfal—. ¡El tesoro es nuestro! — Y se metió el diamante en el bolsillo.

—Me veo obligado a explicaros que hay cierta diferencia entre quién encuentra una cosa y quién es su propietario —dijo el almirante—, de modo que todo lo que encontremos en el transcurso de nuestro viaje común y bajo mi mando, ya sea en el mar o en tierra, en el agua o bajo tierra, nos pertenece a todos. Habrá una prima para cualquiera que encuentre algo, pero el resto se repartirá. Al propietario de la nave, a quien yo represento aquí, le corresponde la mitad, y del resto, dos tercios son para el almirante y un tercio a repartir entre la tripulación. De ese tercio, al capitán le pertenece lo mismo que al que encontró el objeto o la pieza, es decir, una cuarta parte, además de la mitad de la prima. De modo que a cada uno de vosotros tres os tocará por un igual, y el resto nos lo beberemos. ¿Está claro?

—¡A la orden! —exclamó Mas—. Lo único que he entendido es que es más provechoso no encontrar nada.

—¿Y que podáis vivir a costa del propietario, el almirante, el capitán y mía, que soy vuestro amigo el Taxiarcos? ¡Ése no fue el trato! ¡Seguiremos buscando!

Esta vez él mismo tuvo que agacharse porque entre las piedras que tenía a sus pies brillaba una esmeralda del tamaño de un huevo de paloma, y pocos pasos más allá vio una segunda esmeralda del mismo grosor. Después Raúl encontró un topacio.

—A alguien le sobraban piedras preciosas. —El mozo se echó a reír—. O intentaba esconderlas y con las prisas se le caían.

La fiebre del buscador de tesoros había hecho presa en todos ellos, y empezaron a tropezar por el pasillo recogiendo cuanto pudieron encontrar. Pero poco después se encontraron con un obstáculo. Un conjunto de maderos partidos en varios puntos y atrancados entre las estrechas paredes del túnel, y cuya finalidad era imposible adivinar, les cerraba el paso.

—Es como si el agua hubiese arrastrado esta construcción y se hubiese quedado atrapada aquí, arrastrada por la fuerza.

El rey de los mendigos comprendió de repente que, por alguna causa imprevista, la cisterna debía de haberse vaciado de golpe. Recordó el agujero que habían visto en el techo del pasadizo, pero no se le ocurrió que aquello pudiese deberse a una mano humana, y ni siquiera entonces pensó que las joyas encontradas hubiesen podido ser arrastradas también por la fuerza de la corriente. Se apresuraron a pasar entre las vigas partidas y los travesaños astillados, y finalmente vieron, aunque todavía lejos, la salida del túnel. También se oía el gorgoteo de unas aguas, y cuando llegaron a la salida, se encontraron con una garganta por la que discurría una corriente salvaje, y vieron un viejo puente que colgaba destrozado entre las rocas.

—Esperemos a que se haga de día —propuso el Taxiarcos—. No sea que alguno de nosotros se rompa la crisma intentando restablecer el paso.

Se acostaron agotados sobre las piedras, dispuestos a esperar.

Roç y Yeza despertaron dos veces. En una ocasión fue el general Jordi con su tropa, que descendía contentísimo por la abertura en el muro, y les informó orgulloso de que habían conseguido obstruir el agujero tan eficazmente con las piedras que por allí ya no pasaría ni un ratón. La segunda vez fue Gosset quien los despertó: Guillem de Gisors acababa de llegar, acompañado de un numeroso destacamento de templarios, y exigía que le abrieran la puerta de Santa Magdalena, pues en caso contrario, la echarían abajo.

—Distraedle un poco —dijo Yeza—. ¡Justo el tiempo para que Jordi pueda desatrararla por dentro!

—Lleva consigo a un templario de alto rango, a quien llaman «el dogo» —informó Gosset a Roç, que seguía medio dormido—. Es el encargado de administrar el patrimonio y las fincas de la orden. ¡Quiere vender Redae!

—¿Incluida la iglesia? —preguntó Roç, asustado.

—La iglesia forma parte de la propiedad.

Yeza despertó del todo y se incorporó.

—Hemos de confiar en vos, Gosset —susurró, después de haber ordenado a Jordi que volviese a introducirse en la iglesia—. Os juro que no saldréis perdiendo. Tenemos que comprar Redae, ¡tal como está y con todo lo que contiene!

—¿Con qué dinero? —preguntó el sacerdote, incrédulo, aunque interesado. Estaba oliendo una pista.

—Redae vale mucho, mucho más que el precio que puedan pedir. Sólo tenemos que ver cómo superamos el plazo entre la firma del pacto y la entrega efectiva.

—¿Se trata del tesoro de los templarios? —preguntó Gosset, e hizo un esfuerzo por restarle importancia a su pregunta.

—Yo no diría eso —intervino Roç—. Se trata de los bienes del difunto preceptor, unos bienes que nos ha legado a nosotros.

Gosset adoptó un tono casi comercial:

—Se trata de una esperanza que está por ver si se cumple, ¿o habéis descubierto ya esos bienes?

—Los hemos encontrado, los hemos visto, y los tenemos a buen recaudo —dijo Yeza con firmeza—. ¿Cuánto nos costará la intervención de alguien que defienda nuestra causa?

—Una cuarta parte del beneficio resultante —respondió el sacerdote sin titubear.

—¡De acuerdo! —exclamó Roç, y le tendió la mano a Gosset.

Gosset la estrechó y Yeza fue la última en poner su mano encima de las otras dos.

—¡Dejadme hacer a mí! —propuso el sacerdote—. Os ruego que os comportéis como una pareja soberana, rica, que por motivos nostálgicos desea adquirir Redae,

pero sin poner un excesivo empeño en ello. El resto corre de mi cuenta.

Bajo la primera luz del día, el Taxiarcos y sus tres acólitos pudieron cruzar aquella garganta con ayuda de los restos del puente colgante destruido, expuestos a caerse al abismo, hasta que se encontraron al otro lado, delante de la entrada a una cueva que resultó ser la continuación del túnel a través de las rocas. Observaron sorprendidos que también allí seguía la extraña vía compuesta con troncos alisados de pino. Después el túnel se ensanchó hasta formar una cámara, y una vez dentro de ésta vieron que encima de sus cabezas había un gigantesco tambor de madera anclado y fijamente apalancado. Sobre ese tambor corría un grueso cable del que colgaba un extraño carruaje, plano y abierto, con unas toscas ruedas de madera que se adaptaban a la redondez de los troncos, por lo cual no podían desviarse de sus guías. Dos extremos del cable aparecían sujetos al carrito, para desaparecer después en la oscuridad del hueco.

El Taxiarcos y Raúl siguieron durante un trecho la pista del cable, pero no vieron ninguna luz que indicara el final del túnel. Los otros dos hombres se quedaron junto al carrito, hasta que Pons, indisciplinado como siempre, empezó a tirar del cable. Éste no cedió, pero de repente se tensó, y tras un pequeño crujido el vehículo se puso en movimiento. Mas saltó encima, mientras el rollizo Pons se apartaba asustado y miraba estupefacto cómo desaparecía su amigo.

—¡Subid, subid, señores! —gritaba Mas con entusiasmo—. ¡El infierno nos llama, el demonio nos quiere ver! ¡Sabe que a nuestro querido Pons le asusta marchar a pie! —gritó al Taxiarcos y a Raúl, al acercarse a ellos—. ¡Subid al carro! ¡Nos conducirá directamente hacia el tesoro ansiado!

A los dos hombres no les quedó más remedio que saltar al carro, porque no quedaba sitio para seguir caminando a su lado. Después el techo del túnel empezó a bajar más y más, de modo que tuvieron que encoger las cabezas, incluso estando sentados.

—¡Viajamos hacia el infierno! —chilló Mas, y Raúl le asestó un codazo.

—¡No grites tanto! —le regañó—. ¡En realidad, estás cagado de miedo!

Pons lo había pensado mejor y había echado a correr detrás del carro, agachado, hasta que pudo saltar y les cayó encima.

—¡Dios mío! —jadeó—. ¿Hacia dónde vamos?

—¡Al purgatorio! —gruñó Raúl—. Allí serás castigado por tu vida impura, y te meterán con las manos atadas en un caldero lleno de aceite hirviendo.

—Tengo miedo —murmuró Pons—. ¡Un miedo terrible! —Y se acurrucó junto a sus compañeros.

Sólo el Taxiarcos estaba quieto, mirando hacia la oscuridad, hacia las paredes rocosas que se deslizaban a su lado, y muy pronto callaron también los demás,

mientras rodaban hacia un destino desconocido.

—Apagad los candiles —les ordenó su cabecilla—. Durante el viaje no los necesitamos, y no sabemos lo que nos espera.

Hicieron como les ordenaba y todos se sintieron contentos de tener allí al Taxiarcos, quien al parecer no temía verse rodeado de la más profunda oscuridad.

Roç y Yeza se dirigieron a la plazuela delantera de la iglesia, seguidos de sus criados. Allí se encontraron con Guillem de Gisors, que acababa de ordenar a sus sargentos que se procuraran un tronco para emplearlo como espolón y hundir la puerta. El hijastro de la *grande maîtresse* iba acompañado de Simón de Cadet, que vestía la túnica negra propia de un novicio y, al parecer, servía de ayudante al de Gisors, pues seguía a su señor a dos pasos, como un perro obediente, y no abría la boca ni siquiera para saludar. Probablemente esta actitud formara parte de las pruebas que tendría que superar para ser admitido en la orden.

Yeza saludó con un movimiento gracioso de la cabeza al templario, y Roç exclamó amable, pero sin detenerse:

—¡Bienvenido, querido Guillem! ¿Queréis acompañarnos en nuestras oraciones matutinas?

Sin esperar respuesta, ascendieron la escalera de piedra.

—¡La puerta está cerrada! —exclamó el templario a sus espaldas, pero Jordi volvió la cabeza hacia él.

—¡A veces se atasca! —observó el enano con aire de suficiencia.

Roç había llegado arriba y simuló tener que empujar la puerta con el hombro. Esta, una vez desatracada, cedía con facilidad y Roç esperó hasta que el de Gisors, que se apresuraba en subir las escaleras, llegó a su lado.

Yeza no le dejó al templario tiempo para sorprenderse.

—La muerte repentina y violenta de vuestro hermano Gavin Montbard de Béthune no parece haberos conmocionado mucho —observó con aire desenvuelto—. Oigo decir que la orden quiere vender Redae, ¡aunque todavía no se han tomado las disposiciones necesarias para proporcionar al preceptor un entierro digno, ajustado a sus méritos!

—No tenéis razón en ninguna de vuestras suposiciones. La orden no venderá Redae, sino que se deshará de esta propiedad, y podéis sacar vuestras propias conclusiones respecto del entierro de la persona que ha obligado a la orden a proceder de este modo.

El de Gisors parecía disfrutar observando el creciente disgusto de la pareja real.

—El cuerpo de Gavin acabará bajo tierra, es decir, en el lugar que él siempre buscó. ¡No os preocupéis!

Roç estaba a punto de pedirle al templario que le siguiera a las profundidades de

la rotonda, para que pudiese ver por última vez a Gavin. Pero después prefirió tragarse la invitación. Su viejo amigo no merecía recibir en el lugar de su muerte a un visitante tan frío.

—¿De modo que tampoco tenéis mucho interés en aclarar el asesinato, en hallar al asesino y castigarlo?

—No todas las verdades facilitan la situación de los afectados, tanto de los vivos como de los muertos. Para aclarar las cosas hay que estar seguro de que merece la pena. Si no se está seguro, es mejor prescindir de aclararlas.

—¿A quién estáis protegiendo? —se indignó Roç, pero Yeza le puso una mano en el brazo para tranquilizarle.

—Tal vez queramos protegeros a vos, la pareja real, que no sabe todo lo que afecta a la vida de vuestro amigo el preceptor, y por lo tanto no tiene un motivo importante para inmiscuirse en este asunto. Tal vez queramos proteger también la muerte de ese hombre.

—Rezaremos por él —dijo Yeza, y arrastró a Roç consigo.

El templario se detuvo en el umbral y observó cómo la pareja se arrodillaba en medio de la nave. Arrojó una mirada desaprobadora al grupo del Calvario, y después tropezó con la mano del diablo que se acurrucaba inmediatamente detrás de la puerta, y que se le había pasado del todo por alto. Se encogió, trazó rápidamente la señal de la cruz y le escupió al demonio en la cara. Después salió a toda prisa de Santa Magdalena, donde Simón de Cadet le esperaba, mudo, y bajó furioso los escalones, seguido por el novicio, que avanzaba con la cabeza gacha.

Gosset había conseguido retener a los soldados de Mirepoix, dispuestos ya a marcharse, porque consideraba que, mientras el futuro de la pareja real no estuviese aclarado, no tenía sentido renunciar a la escolta. Fue entonces cuando vio a aquel templario que los demás llamaban «el dogo». Georges Morosin se mantenía apartado del grupo de jinetes que habían acompañado a Guillem de Gisors. Tenía un aspecto más refinado que los demás caballeros de la orden, y su sentido del aseo se reflejaba desde la barba, cuidadosamente recortada, hasta la impecable capa blanca de fina tela adamascada. En cierto modo hasta se parecía al señor de Redae, pensó Gosset, al muerto cuya vida daba lugar a tantas discusiones.

También el comendador de Ascalón se consideraba a sí mismo una figura especial dentro de la orden, y su comportamiento reflejaba esa convicción. George Morosin se paseaba, leyendo el breviario, por el jardín de los cerezos, aunque pronto reconoció al sacerdote y le saludó con un gesto amable, pero desinteresado. Gosset no se intimidó.

—¿Cómo es posible que alguien que vive junto a las cálidas playas de Egipto acuda a nuestra áspera tierra del Languedoc? —inició con desenvoltura la conversación—. ¿Acaso el estratega busca aquí la prueba fehaciente de que no es

posible fundar un estado independiente de templarios?

El interpelado se sintió halagado y le devolvió las alabanzas.

—Vos debéis ser el afamado monseñor Gosset, embajador del rey y dotado de plenos e ilimitados poderes. —Adoptó el tono de compañerismo desenfadado que suelen emplear los poderosos con sus consejeros—. Abdal el Hafsida se dirige, por asuntos de negocio, a Aragón, con escala en Perpiñán. He querido aprovechar la pausa para emprender una pequeña excursión a estas amables tierras del interior.

Gosset pensó que aquél era exactamente el tono con que alguien miente sin sentir vergüenza, y oculta que, en realidad, persigue un objetivo muy determinado. ¡No había otra manera de explicarse que el dogo estuviese precisamente hoy y precisamente allí en Redae! Pero respondió en tono comprensivo:

—¿No tendréis una cita, aquí en Redae, con el embajador del rey Manfredo, el famoso médico Juan de Procida?

No había esperado obtener respuesta y se dio por contento con una sonrisa que no contradecía sus suposiciones, de modo que pudo hacer como si su pregunta jamás se hubiese planteado.

—Qué lástima que la muerte lamentable de vuestro hermano en la orden arroje ciertas sombras sobre vuestro viaje. ¿He oído decir que, después del funeral, Redae será puesta a la venta?

El dogo miró sorprendido a su interlocutor.

—Los despojos mortales del preceptor ya han sido enterrados en la cámara mortuoria que él mismo preparó. Hemos respondido a sus deseos y le hemos enterrado debajo de la rotonda. Allí ha quedado emparedado, para que su espíritu cismático no caiga sobre nosotros. Una sencilla cruz marca la placa que cierra su tumba.

Gosset se mostró confuso y tuvo que obligarse a no revelar sus verdaderos sentimientos.

—¿Y quién le ha enterrado? —preguntó—. No he visto que entrara en la iglesia, aparte de Gisors, ninguna comitiva fúnebre.

—El de Gisors es el único que no ha participado en las exequias celebradas por su madrastra, la *grande maîtresse*, en el refectorio. Allí existe una puerta amplia que da a la escalera que conduce a la rotonda. El preceptor deseaba que la celebración se hiciese abajo, pero no pudimos cumplir esa última voluntad suya.

Todo sonaba como si la muerte del preceptor hubiese representado un suceso previsto tanto por éste mismo como por la orden, aunque el señor Morosin, dentro de sus ganas de seguir hablando, al parecer prefería no comentar demasiado ese tema.

Gosset repuso con verdadero sentimiento:

—La pareja real se disgustará al comprobar que la *Prieuré* no ha considerado necesaria su presencia, y Roç y Yeza estarán muy tristes por no haber podido



despedirse de su viejo amigo.

—¡Tuvieron ocasión suficiente de hacerlo, pues entraron en el interior del templo como si fuese su propia casa! —respondió el dogo—. Con su muerte, el preceptor ha regresado a las filas de la orden de los templarios y, con todos mis respetos, he de recordaros que la pareja real no forma parte de la orden. Últimamente es verdad que las fronteras quedaron algo desdibujadas, ¡pero eso ahora se ha acabado!

Se entreveía que Georges Morosin representaba la misma línea, y que no estaba de acuerdo ni con las manipulaciones de Gavin, ni con los privilegios reclamados para Roç y Yeza, y ni siquiera con los proyectos de la *Prieuré*. Ni la mística, ni tampoco las emociones, merecían ser tenidas en cuenta en su concepto de lo que deberían ser los templarios.

—La pareja real ama sus recuerdos, ama a sus amigos, ama estas tierras y su historia tan especial. ¡Roç y Yeza están dispuestos a comprar Redae!

El giro que dio la conversación sorprendió al dogo, y se podía observar claramente que le faltaba toda comprensión para una postura tan sentimental.

—¿Con qué dinero lo piensan pagar? —respondió después con cierta suficiencia—. ¡La orden no está en condiciones de regalar nada!

—Con un pagaré —contestó Gosset, adoptando un tono provocador, porque le daba rabia la actitud del otro.

—¡El señor inquisidor Bezù de la Trinité paga al contado! —El dogo intentaba estrangular aquella oferta tan incómoda, pero Gosset no renunciaba a su venganza.

—El pagaré irá avalado por el Hafsida.

El disparo dio en el blanco. El dogo se encogió como si hubiese recibido un golpe de látigo.

—¿Cómo no lo decíais enseguida? —suavizó su anterior actitud—. ¿A cuánto queréis que ascienda el precio?

—Nombrad la cantidad que ofrece Trini —dijo Gosset, sin pretender saborear a fondo su triunfo—. ¡Y añadid diez por cada cien más!

—¡Quince! —contestó el dogo de Ascalón, acostumbrado al regateo del bazar—. ¿Supongo que a tanto ascenderá también vuestra comisión? —preguntó con astucia—. ¿No erais también socio del rey de los mendigos de Constantinopla? ¿Adónde ha ido a parar ese buen hombre?

—Doce y medio —aclaró Gosset la cuestión principal, para añadir—: Nuestro hombre recorre caminos particulares... ¡bajo tierra! —Y se obligó a sonreír, aunque esta reacción puso furioso al dogo.

—¡Qué ridiculez! ¡Buscar a estas alturas todavía el tesoro de los templarios! El simple rumor es perjudicial para el buen nombre de la orden. ¡Esto tiene que acabar! Los negocios de los templarios tendrán que desarrollarse en el futuro como los de un banco gestionado ordenadamente, ¡a la luz del día! ¿Cómo me entregaréis ese

pagaré? ¿Y cuándo?

—Si os mostráis tan desconfiado, avisaré hoy mismo a Abdal. Esta noche tendréis el pagaré en vuestras manos.

—*Alá isamhak!*<sup>[390]</sup> —exclamó el dogo, reculando—. Me basta con vuestra palabra.

—Así pues, estamos de acuerdo —dijo el sacerdote—. En nombre de la pareja real.

El dogo no dudó en aceptar la mano ofrecida.

—*Pacta sunt servanda*<sup>[391]</sup> —murmuró Gosset, y el dogo repitió:

—*Mashiat Alá!*<sup>[392]</sup> Vuestros mandantes son garantía suficiente —añadió—, puesto que, además, la pareja real asumirá dentro de poco el reino de Jerusalén, ¡con todos los ingresos por peajes, comercio de objetos piadosos y fabricación de reliquias! Bajo su reinado, esa ciudad deprimida experimentará una nueva época de esplendor.

—Ahí viene Trini —dijo Gosset—. Permitid que me retire.

—¡No me dejéis solo con él! —le rogó el dogo, y Gosset se echó a reír.

—Una vez de regreso en Ascalón, ¡no os será difícil olvidar cualquier condena pronunciada en Redae, por terrible que sea! —Pero se quedó, no tanto para hacerle compañía al señor Morosin como para disfrutar viendo el arrebato de furia que sufriría Trini al verse confrontado con tan inesperadas realidades.

## **El diablo besa al inquisidor**

La oración que pronunciaron en la iglesia no había creado un ambiente muy devoto. Roç y Yeza estaban disgustados ante el comportamiento orgulloso y frío del de Gisors. Hubo un tiempo en que el joven templario, del que todo enterado sabía que algún día sucedería a Marie de Saint-Clair en el cargo de gran maestre de la *Prieuré*, era llamado «cara de ángel». Y, en efecto, Guillem era rubio y poseía un encanto físico hasta cierto punto sobrenatural, pues era bello e inaccesible como el ángel que sostiene la espada flamígera. Pero los años al servicio de las dos órdenes habían devastado aquellos rasgos antes tan atractivos, y ya no podían ocultar su verdadero carácter. Guillem se había vuelto arrogante, intrigante y canallesco, un hombre que aprovechaba su poder y lo descargaba sobre los miembros más jóvenes de la orden que no estuvieran dispuestos a obedecerle.

Simón de Cadet no tenía dificultades en cumplir todas las exigencias que le demandaba la orden, incluidas las amistades íntimas entre hombres. Lo que le molestaba eran las formas. Existía un rechazo de toda ternura, los sentimientos eran objeto de burla, y en lugar de demostrarse afecto y camaradería, muchos de los caballeros mayores se dedicaban a acosar, humillar y sodomizar a los jóvenes. Simón

había sufrido una amarga desilusión después de haber hecho suyas las reglas severas de la orden: obediencia, pobreza, castidad. Se había imaginado que tendría que pasar por una escuela dura y estaba dispuesto a resistir todo tipo de pruebas de valor. Pero no le exigieron nada semejante. Ardía en deseos de que lo enviaran a Tierra Santa, a un combate lleno de privaciones, en el que su vida estuviese en constante peligro. En lugar de eso lo habían dejado tirado en una ciudad mísera en que las diferentes fracciones de los templarios dirimían entre ellos feroces controversias. Gisors demostró ser un déspota, y le trataba como a un peón puesto a su servicio personal. Le dolió ver que Guillem no se había dignado saludar a Roç y Yeza, y le avergonzaba el comportamiento de su superior, de modo que, en cuanto pudo, regresó sigilosamente a la iglesia.

Roç y Yeza seguían arrodillados y su pequeño séquito hacía lo mismo, aunque en realidad estaban cavilando cómo podrían retirar de la iglesia, sin llamar la atención, todo el conjunto de figuras del Calvario.

—Supongamos —dijo Roç— que nuestro sacerdote consigue convencer a la orden de que nos ceda esta propiedad de Gavin, con todo su contenido...

—Un trato del que no conviene hablar demasiado, especialmente en lo que se refiere a la iglesia. Lo mejor será que la consideremos simplemente como un añadido que aceptamos voluntariosamente, aunque su mantenimiento nos exija sacrificios. Lo aceptamos, porque así honramos la memoria de Gavin Montbard de Béthune —observó Yeza.

—Mi querida dama, esto no significa que no tengamos que resolver todo lo demás, es decir, desmontar, embalar y conseguir un medio de transporte seguro, y decidir ¿hacia dónde ir?

—Ya lo veremos —respondió ella—. A Jordi se le ocurrirá algo, y ahora mismo, lo que nos corresponde hacer es despedirnos de ese hombre que ha dispuesto lo mejor para nosotros, hasta más allá de su muerte. ¡No podemos dejar a Gavin sin más sentado allá abajo!

Roç no se opuso y mientras seguían calibrando el peso de las figuras del Calvario y los problemas que les acarrearía su desmontaje y transporte, rodearon a una distancia respetuosa el pequeño montículo para dirigirse hacia el *menhir* destrozado, la entrada al subterráneo. Simón llegó en aquel mismo instante y les ayudó en silencio a apartar las piedras. Después bajaron todos la escalera de caracol. Cuando Roç y Yeza se detuvieron en la parte baja de la cisterna, esperando que acabaran de bajar las damas con Filipo y Jordi, Simón se acercó a la pareja real y dijo en voz baja:

—Os respeto de todo corazón y os ruego que perdonéis mi mal comportamiento y mi insolencia. Mi deseo es ser aceptado en la orden de los templarios.

Yeza le quería contestar, pero la dama Mafalda se le adelantó:

—¡Vuestro comportamiento es tan imperdonable como si ya hubieseis servido durante muchos años en la orden de los templarios, Simón de Cadet! —exclamó con la mirada chispeante—. ¡Me imagino que ya habréis escupido sobre el crucifijo y besado el culo al de Gisors! Es muy necio que insistáis en esa estúpida pretensión, ¡sólo por haber hecho una promesa de la que sabéis perfectamente que jamás os dará ocasión de servir a Dios con las armas en la mano! ¿Por qué no renunciáis a los templarios y os venís con nosotros? ¡Al servicio de la pareja real podréis realizar vuestro ideal de ser un hombre bueno y honrado! ¡Ésta sí es una causa que merece dedicarle toda la vida!

Simón la miró con detenimiento y tristeza.

—Entre nosotros siempre estará el recuerdo de Gers d'Alion —dijo, apenado—. Yo no os puedo dar el consuelo que yo mismo no encuentro. Pero os agradezco vuestra sinceridad, Mafalda, pues me demuestra que vale la pena recordaros siempre con afecto.

Una vez dicho esto dio media vuelta y volvió a subir las escaleras. También Yeza se mostraba sorprendida por el discurso de su dama, a la que siempre había creído una tonta vanidosa.

Pero Yeza no tenía nada que añadir y comprendió que Simón de Cadet debía recorrer su propio camino. Si algún día volviera a presentarse delante de ellos, lo recibirían con los brazos abiertos.

Ahora les esperaba la reja de hierro abierta, y la traspasaron rápidamente, en fila india, para iniciar después el ascenso hacia el dique de piedra que separaba la cisterna de la rotonda del preceptor, cuando les llegó el sonido profundo de un coro de voces masculinas.

*Alma Virgo virginum  
in coelis coronata  
apud tuum filium  
sis nobis advocata!*<sup>[393]</sup>

Subieron de puntillas los escalones hasta asomarse por encima del dique y mirar hacia la rotonda.

*Et post hoc exilium  
occurens mediata,  
occurens mediata.*<sup>[394]</sup>

Las mamparas de madera habían desaparecido, y también el sillón y la mesa escritorio y hasta el cadáver de Gavin.

*Iam est hora surgere  
a sompno mortis pravo,  
a sompno mortis pravo.*<sup>[395]</sup>

En el fondo de la rotonda, los templarios se estaban retirando entre las columnas, formando una larga procesión. Llevaban velas encendidas y cantaban con voces recias que se perdían lentamente, conforme iban desapareciendo.

*Ad mortem festinamus  
peccare desistamus,  
peccare desistamus.*<sup>[396]</sup>

Roç y Yeza se quedaron prendados de la imagen, hasta que la última de las túnicas blancas se diluyó en la lejanía de los límites de la rotonda. Entonces Roç murmuró, sin dirigir la mirada a su compañera:

—Parece que jamás nos enteraremos de quién mató a Gavin. Los templarios se limitan a misteriosas insinuaciones.

Y Yeza le respondió en un susurro:

—Aparte de nosotros, nadie quiere saberlo, amigo mío.

Ysu mirada cayó sobre la losa ajustada en el lugar donde en su día habían visto el lecho del globo terráqueo giratorio. Una piedra lisa cerraba la entrada hacia el reino de Gavin.

—El preceptor de Redae descansa en su territorio —dijo Roç en medio del silencio de los demás—. ¡Allí hace de cancerbero<sup>[397]</sup>, vigilando la entrada!

—*Zih'rono l'braja!*<sup>[398]</sup> —pronunció Yeza, y Roç contestó, tal como había aprendido de jacob ben Mordejai:

—*Oleh l'shalom!*<sup>[399]</sup>

A lo lejos iba desvaneciéndose el réquiem de los templarios.

—¡Veo luz! —gritó Pons jubiloso, mientras Mas refunfuñaba:

—¡Ya era hora!

El Taxiarcos no dijo nada. Dentro de un túnel es fácil padecer alucinaciones, y la carretilla había pasado por encima de tantas gargantas, rodado sobre tantos troncos pelados, que la confianza de los buscadores del tesoro se iba desvaneciendo. Aunque la vía parecía bien conservada, toda la instalación daba la impresión de haber sido definitivamente abandonada. Estaban atravesando un reino de los muertos, y el Taxiarcos empezó a pensar que, con la muerte de Gavin, todo lo que éste había creado allí abajo, había perdido su sentido. En el túnel reinaba el silencio de una

tumba, el aire parecía atascado, aunque el cable arrastrara incansable la carretilla hacia adelante, aunque las pesadas ruedas de madera crujieran y los troncos se lamentaran bajo el esfuerzo. Precisamente cuando empezó a asaltarle la duda, se ensanchó el túnel y desembocó en una gruta sumida en una luz mortecina, donde se movían unas siluetas. Al mismo tiempo les llegaban unos ruidos que no se debían a su propio desplazamiento. La gruta pasó a formar una amplia estancia donde vieron que el extremo del cable de tracción, exacta pieza gemela de aquella otra que habían visto al inicio de su viaje, pasaba por un rodete de madera. El lugar recordaba lejanamente el interior de un molino, aunque se hacía difícil pensar que allí estuvieran moliendo harina para el pan de cada día de los templarios. Una corriente de agua hacía girar con movimiento uniforme y ágil un mecanismo de cangilones, y también vieron toda clase de ruedas dentadas de madera y sistemas de barras dispuestos a ser empujados por el poder del agua. Pero las piedras de moler estaban llenas de polvo, y las telas de araña delataban que el molino hacía mucho tiempo que ya no servía para los fines previstos. Una barra horizontal trasladaba la fuerza de la rueda hacia el tambor que enrollaba o desenrollaba el cable sin fin.

Los molineros inmovilizaron el mecanismo sin pronunciar palabra, y la carretilla se detuvo.

—¿Este molino es de los templarios de Redae? —preguntó el Taxiarcos, aunque ya sospechaba que no obtendría respuesta.

Los molineros permanecían mudos. Miró alrededor y descubrió un conjunto de martillos que daban la impresión de haber sido utilizados hacía poco, pues el suelo a su alrededor estaba cubierto de un fino polvo metálico y las piezas de hierro no aparecían oxidadas. El Taxiarcos pudo imaginarse cómo actuaba el mecanismo para separar el oro de la plata, arrancar las piedras preciosas y formar lingotes de oro manejables.

Los molineros, obligados por su desgracia, no formularon ninguna pregunta, aunque mostraban un comportamiento reservado frente a los recién llegados. Algunos de aquellos hombres señalaron la pared rocosa, donde se abría otro paso, esta vez cerrado por un portón de madera. El Taxiarcos y su grupo iniciaron la marcha cruzando un puente resistente que les permitió superar la corriente de agua, y cuando se acercaron al portón, se abrieron las hojas del mismo como movidas por una mano fantasmal. Así pues, ni siquiera Pons, que iba a la cola, se asustó cuando volvieron a cerrarse con estrépito a sus espaldas. Estaban a oscuras y tuvieron que encender uno de los candiles, y cuando se hizo la luz, observaron que les esperaba una carretilla igual que la anterior. De modo que pasaron a ocuparla, Mas agarró la cuerda detenida y tiró de ella, poniendo en movimiento el vehículo.

Roç y Yeza habían vuelto a la iglesia de Santa Magdalena, cuando oyeron una

discusión violenta que se producía delante de la entrada. Ordenaron a Filippo que atrancara la puerta, pues no deseaban ver a otros visitantes merodeando por el interior, para evitar que dedicaran su atención, aunque fuese por pura curiosidad, al llamativo grupo del Calvario. Por otra parte, tampoco se podrían pasar el día entero rezando, arrodillados sobre la dura piedra, para justificar su presencia y no despertar sospechas. Filippo regresó.

—¡Allí afuera están peleando Trini y el dogo, porque este último le ha vendido la iglesia a Gosset!

—¡Estupendo! —exclamó Roç—. ¡Bien por el sacerdote!

—En cambio el inquisidor está dispuesto a excomulgar a Gosset y al dogo, a menos...

—¡Eso no me lo pierdo! —exclamó Jordi, reprimiendo una risa, y se acercó a la puerta atrancada. Después de apretar la oreja contra la madera hizo señas a Roç y Yeza para que se acercaran y permitieran también a las doncellas presenciar de oídas la escena.

—Si insistís en vender esta casa de Dios, con todos los santos que contiene, a un particular, sin tener en cuenta los intereses de la Iglesia —oyeron las palabras furiosas de Trini, al que les habría gustado ver en persona pronunciándolas—, os excomulgaré a todos, a los vendedores y a los compradores, ¡y lo haré ahora mismo!

—¡Eso a mí no me afecta! —El dogo se reía—. Yo soy templario, y mi pertenencia a la orden me protege contra los infiernos y también contra los sacerdotes de la *Ecclesia catolica*...

—¡Lo cual no os impide —le espetó el inquisidor a la cara— concertar sucios negocios con un falso sacerdote, que no es más que un judas!

—¡No le he besado! —se mofaba Gosset—. Pero ya podéis suponer que he tenido que pagar algo más de treinta dinares de plata, reverendísimo.

Se oía a las claras que Gosset disfrutaba haciendo rabiar a Trini el Gordo.

—¡Por otra parte, no he comprado para mí sino para la pareja real, que es la nueva propietaria!

El inquisidor soltó un chillido.

—¡Esto es el colmo! ¡No puede haber nada más infame! —Su voz se quebraba—. ¡Ese par de herejes, propietarios de los santos! ¡La estirpe blasfema de los Hohenstaufen celebrando misas negras en el altar de Nuestro Señor! ¡Tendrán que pasar por encima de mi cadáver!

—Ya tenemos un cadáver, estimado señor de la Trinité —le respondió el dogo con aspereza—. Y ésa es precisamente la razón por la cual la orden se desprende de estas ruinas. Por otra parte, ya están desacralizadas. ¡No querréis haceros cargo de este lugar, donde podríais caer también en las garras del auténtico propietario de Santa Magdalena! Guardaros del Príncipe de las Tinieblas.

—¡A mí no me meteréis el miedo en el cuerpo! —resopló Trini—. Os exijo por última vez que rompáis el pacto, que no os hagáis cargo de esta propiedad adquirida con malas artes, puesto que le pertenece a la Iglesia. —La voz le fallaba y Trini estaba a punto de llorar de rabia—. Y vos debéis devolverle el dinero —se le saltaron lágrimas de verdad— ¡os lo ruego en nombre de la Santísima Virgen y de todos los santos!

El dogo le respondió con voz clara y decisión inequívoca:

—La orden jamás devuelve un dinero que ya ha contabilizado como ingreso.

Y Gosset reforzó la negativa, exclamando:

—Dios es testigo de que yo represento en este caso a la pareja real, y declaro que Roç Trencavel y su dama Yeza son los legítimos propietarios de este suelo en el que vos ponéis ahora mismo los pies, poderoso inquisidor.

—¿Es vuestra última palabra? —sollozó Trini, que por primera vez en su vida experimentaba la sensación de haber derramado inútilmente sus lágrimas.

—¡Lo es! —le respondieron al unísono.

—¡Pues sabed que os maldigo, a vosotros, a vuestra orden y a la pareja real!

Cambió con la rapidez de un rayo de entonación y se convirtió en el Dios airado del Antiguo Testamento, que comenzó a rugir:

—¡Os condenaré con el libro y la vela, os expulsaré de la comunidad de la Iglesia cristiana! —Y pasó a golpear el portal con ambos puños—. ¡Abrid! ¡Abrid! ¡Os habla la Santa Inquisición!

Roç envió a Yeza una sonrisa maliciosa. A un gesto suyo, Jordi se ocultó detrás de la figura del diablo que se acurrucaba junto a la entrada, mientras las tres mujeres, a las que Yeza había instruido con un susurro, ocuparon los nichos de las tres santas que había en la pared opuesta.

De un tirón, Filippo desatrancó la puerta y la abrió del todo. Trini miró sorprendido el grupo que se arrodillaba humildemente frente a él, y Roç dijo:

—¡Vuestra entrada santifica esta casa y a sus humildes servidores!

El inquisidor no sabía qué decir. Había contado con toda clase de resistencias que estaba dispuesto a vencer, y se encontraba con una hereje declarada que murmuraba:

—¡Bendita sea la Virgen María!

Y su galán, el supuesto Trencavel, indicaba a sus criados: —El señor inquisidor necesitará una Biblia y algunas velas. Ayudadle a cumplir con su sagrada misión.

De modo que no le quedó otro remedio que murmurar:

—¡Gracias! ¡Dios os lo pagará!

Filippo aportó incluso un incensario y un cubito de plata para rociar agua bendita. Yeza se lo entregó con la cabeza baja, por lo cual el inquisidor no pudo advertir el odio que ardía en su mirada. Aquél era el hombre que había hecho quemar a Na



India, incluso había encendido él mismo la hoguera. Cuando Geraude vio al inquisidor, se le llenaron los ojos de lágrimas. Las otras dos gracias que permanecían en los nichos tenían más bien ganas de reír, aunque no sabían qué pretendían hacer Roç y Yeza con Trini el Gordo. Jamás lo sabrían, pues mientras todos estaban ocupados junto a la puerta para recibir debidamente al inquisidor y éste luchaba todavía consigo mismo, porque no sabía si aceptar los sagrados objetos de manos de unos herejes empedernidos, apareció, como surgiendo de la nada, el palanquín negro detrás del grupo del Calvario. Trasladado por los cuatro templarios habituales, sólo podía haber salido de la rotonda subterránea y llegar al ábside cruzando las piedras del *menhir* destruido. Pero ¿cómo había podido subir el palanquín por la escalera caracol? En cualquier caso, ahí estaba, aunque todavía nadie se había dado cuenta.

En cambio Trini sí acababa de darse cuenta de la figura del diablo que acechaba junto a la puerta de la iglesia, por lo que trazó, espantado, la señal de la cruz, y le pareció incluso haber sentido que el Maligno le había tocado el trasero. Dio un salto hacia atrás y lanzó unas gotas de agua bendita hacia la mano extendida. El demonio le respondió con una risa hueca y horripilante. Trini dio media vuelta, aterrorizado. No podía haber sido ninguno de sus anfitriones, que le miraban expectantes a él, el gran inquisidor. Después sintió una lengua áspera que lamía su mano y Trini se echó a temblar. Sería mejor excluir, al menos aquí y ahora, a la pareja real de la excomunión. Se estaban mostrando amables con él. Pero no se le escaparían los otros dos, ni el templario que creía encontrarse a salvo de las leyes canónicas, ni el sacerdote que pretendía oponerse abiertamente a la Iglesia redentora. Sobre ellos caería la excomunión, tanto si eran el rey de Francia como el Papa de Roma quienes les protegían. Encendería una vela dedicada a cada uno de los dos y las bajaría delante del altar hasta el suelo, para apagarla allí con un chasquido, del mismo modo que se apagaba su pertenencia a la comunidad de la Iglesia.

Trini apretó con el codo la Biblia que Filippo le había entregado, y pasó de largo ante los arrodillados hacia la nave central de Santa Magdalena. Su mirada recayó en los nichos, donde vio unas figuras femeninas inmóviles. La pecadora Magdalena estaba arrodillada, y a Trini le pareció entrever que tenía el trasero desnudo. Pero cuando se quiso acercar al nicho, pasando por delante de santa Germana, vio que también ésta llevaba sus vergüenzas al aire. Trini trazó por tres veces la señal de la cruz cuando vio que Geraude, la que él creyó que representaba a María, enseñaba sus suaves senos blancos mientras una voz atronaba la nave de la iglesia:

«¡Toda lujuria se oculta en la oscuridad, en la negrura de la sangre! ¡Todo el que traspa la prohibición de derramar sangre, el que sirve a dioses falsos o se entrega a la lujuria, tiene el alma al desnudo y será sentenciado al infierno!»<sup>[400]</sup>

La voz procedía de la figura inmóvil de san José. Esa figura no parecía estar viva, y el inquisidor, confundido, no se atrevió a verificarlo, pues además empezó a oír otra

voz, que le hablaba en tono cavernoso y terrorífico:

«Bienvenido, Bezù de la Trinité, que en tu orgullo has traspasado todas las prohibiciones. ¡Te amamos, pues eres de los nuestros!»

Eso sólo podía haberlo dicho Satanás en persona. Al inquisidor le temblaba todo el rechoncho cuerpo y su mirada recayó sobre el palanquín negro, detrás del cual parecían arder las llamas del infierno. Una luz rojiza y dorada rodeaba aquella imagen diabólica, mientras la voz proseguía:

*Tu alma siempre fue nuestra  
hoy es tu fiesta,  
¡hoy arderá tu cuerpo!*

En ese instante, Trini lanzó un grito, arrojó la Biblia al suelo y se abalanzó hacia la puerta. Sacudió la tranca que en su angustia no supo abrir, gritaba como si le estuviesen asesinando, gemía como un niño de pecho, y posiblemente se le vació la tripa, pues cuando Filipo acudió a desatracar la puerta percibió un olor muy desagradable.

### **La grande maîtresse**

Apenas se hubo cerrado la puerta detrás de Trini y Jordi salió a gatas detrás de la figura del diablo, estallaron todos en una risa estruendosa, y su alegría ni siquiera se interrumpió cuando Jacobo ben Mordejai bajó del nicho de san José, pronunció al pasar delante de ellos *shalom*, y se dirigió hacia el palanquín que esperaba en el ábside. La luz que había detrás se apagó. Los cuatro templarios se acercaron para inclinarse ante Roç y Yeza, y el mayor de ellos dijo:

—¡La pareja real debe acudir sola a esta entrevista!

Roç y Yeza se miraron y sus rasgos recuperaron la seriedad.

Sabían quién quería verles y comprendían la importancia que tendría ese encuentro personal con la anciana gran maestre de la orden templaria. Hacía ahora unos diez años que habían visto por primera vez a Marie de Saint-Clair, cuando tuvieron que abandonar Constantinopla después de ciertos acontecimientos turbulentos. La autoridad suprema de la *Prieuré* de Sión solamente intervenía cuando había cuestiones importantes que resolver. De modo que cruzaron la colina del Calvario procurando no arrojar ni una mirada innecesaria al grupo de figuras, pues sabían perfectamente que eran observados. Una vez delante del palanquín negro, el cabalista calvo apartó la cortina y les cedió el paso, aunque les siguió después con mucha naturalidad y ocupó un asiento frente a ellos, que lo miraban con sorpresa.

—Marie me ha rogado que dé respuesta a algunas dudas que os atormentan. Ella

misma se cansa demasiado —les comunicó con familiaridad—. Además, le pesan los años. Más adelante hablará con vosotros de lo verdaderamente importante, es decir, de vuestro futuro.

Roç no tardó en reaccionar.

—¿Por que no nos explicáis enseguida lo que sucedió con Gavin? ¿Quién le mató?

—¿Y por qué? —insistió Yeza. La joven observó con atención a Jacobo, en cuanto sus ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra que reinaba en el interior del palanquín. Hasta entonces le había considerado un anciano fantasioso y más bien inocentón, que creía ser una reencarnación de san José, acostumbraba a cantar en voz alta pasajes del Antiguo Testamento y aparecía cuando nadie lo esperaba. Sentado ahora frente a ellos, parecía evidente que Jacobo ben Mordejai representaba algo más que un religioso fanático, seguidor de Gavin, o un cabalista grillado, y que posiblemente mereciera bastante aprecio por parte de sus superiores.

—¿Quién fue? —repitió Roç.

—Nadie, todos, él mismo —respondió Jacobo.

Yeza volvió a dudar de sus apreciaciones.

—Hemos sido nosotros —dijo Jacobo finalmente—. Incluyendo al propio preceptor. Gavin Montbard de Béthune había perdido el norte, algo que puede suceder y que tiene arreglo. Pero sus proyectos habían trascendido y la corona de Francia consideraba con toda la razón que se trataba de un caso de alta traición, por lo cual exigía su cabeza. Nosotros no deseábamos humillar a la orden ni ceder ese triunfo a los Capetos. Por esa razón impusimos al preceptor un plazo para que procediera él mismo a ponerle remedio a la situación. Gavin había comprendido que su proyecto acabaría en un fracaso y que la *Prieuré* no podía consentirlo. De modo que me encargó a mí que le ayudara a dejar esta vida sin sufrir dolores ni pánico ante la muerte. Nos pusimos de acuerdo en preparar una mezcla de diferentes venenos, como la cicuta que adormece, el beleño que acalla los dolores, y otros que paralizan los sentidos. Encargamos a Yves el Bretón que buscara al *veneficus* más importante del país, el buen hombre Mauri en Raimon, que sabe dónde encontrar la mandrágora<sup>[402]</sup> y el tragacanto, y el perejil lobuno, y con ayuda de Yves los encontró. En un principio, Gavin deseaba no solamente recibir la muerte acostado en su sarcófago negro, sino también quedarse allí y que el agua le mantuviera a salvo de sus enemigos. Deseaba descansar como un faraón en su pirámide, hasta que un día, el del Juicio Final, todas las aguas se retirarían para reunirse en el mar Universal, arrastrando consigo lo que quedara de su cuerpo. No comprendíamos bien lo que quería decir, hasta observar después cómo el agua escapaba de la cisterna por una abertura desconocida, o porque Dios lo dispuso así, y estuvo a punto de arrastrar también el cuerpo de Gavin si se hubiese encontrado aún allí donde...

Yeza interrumpió el relato.

—Primero queremos saber cómo murió.

—El Bretón no solamente vino acompañado de Mauri en Raimon, sino también de un malhechor manco...

—¡Rinat! —A Roç se le escapó un grito de rabia—. ¿Rinat le Pulcin? ¡Es un espía disfrazado de pintor!

—¡Así es! —respondió Jacobo—, yo también creo que se trata de un sicario. Lo que sucede es que traía amplios poderes escritos...

—... ¿firmados por quién? —quiso enterarse Yeza, pero Jacobo no hizo caso de la pregunta.

—... e intervino en el ritual acordado con Gavin. Habíamos preparado una bebida de mandrágora y adormidera que Gavin debía tomar cuando él deseara, y después le sería aplicado un pequeño rasguño que casi no se siente, para que el *lolium temulentum* pudiera desplegar todo su efecto y yo acabara de aplicar una pequeña manipulación que impida el retorno a este mundo.

—Ya sé cómo lo hacéis —dijo Roç—. Se coloca un trozo de madera debajo de la nuca...

Pero Jacobo le interrumpió con un gesto. Era evidente que no deseaba describir los detalles, y Yeza preguntó:

—¿Y qué propuso Rinat?

—Cuando el muerto ya estaba rígido, exigió que el preceptor no siguiera acostado en su sarcófago, sino que lo sentáramos delante de su mesa de trabajo, precisamente tal como vosotros le encontrasteis. Y después Rinat le pintó con laca roja la señal en la nuca.

Roç vio confirmadas sus sospechas.

—¡Así fue! —reafirmó Jacobo—. Le aplicó el sello con el anillo de oro de los templarios.

—¿De quién era ese anillo? —quiso saber Yeza, pero una vez más se quedó sin respuesta.

—Así fue presentado Gavin Montbard de Béthune al delegado secreto de la corona, y, en lo que afecta a la orden, el asunto quedó liquidado.

—¿Yves el Bretón representando a la corona de Francia? Me resulta difícil creerlo —intervino Yeza.

—Sea como fuere —concedió Jacobo—, su testimonio le bastó a Guillem de Gisors, que representaba a la *Prieuré*, y a Georges Morosin, delegado del gran maestre de los templarios, pues éste se encuentra ahora mismo en Tierra Santa.

—Así pues, Oriente y Occidente han sabido unirse para cometer un pacífico asesinato —concluyó Yeza, sin poder ocultar el desprecio que sentía, y Jacobo la comprendió.

—Gavin superaba a la medianía de caballeros vanidosos y almas ambiciosas de mercaderes que abundan en la orden. El era un luchador en el mejor sentido de la palabra, y tenía el valor de soñar algo grande, algo que habría podido cambiar la faz de la tierra.

—Ese mismo destino creo que nos espera a nosotros —dijo Roç en voz baja—. También nosotros defendemos una idea de la que todos hablan con entusiasmo, pero cuya realización en el fondo nadie desea.

Desde afuera, alguien llamó por tres veces con los nudillos en el palanquín.

—Ahora ya lo sabéis todo —dijo Jacobo y levantó la cortina, con intención de abandonar el palanquín. Un templario le cortó el paso.

—La pareja real debe acompañar a Jacobo ben Mordejai hasta la puerta —dijo al cabalista sin mirar a Roç y Yeza.

La intuición hizo entender a ésta el significado de aquel gesto, mientras aquél aún protestaba.

—¿No íbamos a hablar con la *grande*...?

—¡Calla! —le indicó Yeza y se apresuró a salir del palanquín mientras Jacobo se inclinaba sobre Roç, que todavía dudaba.

—Acompañadme sólo unos pasos. —Y al obedecerle Roç, añadió en un susurro —: A la anciana no le gusta entrar en el palanquín en presencia de nadie; es demasiado orgullosa para exponer su decrepitud a la vista de otras personas.

Mientras se alejaban del palanquín, siguió explicándole a Roç el sentido de tan complicada maniobra.

—Cada persona tiene sus defectos y debilidades, ¡y los ancianos tienen unas cuantas más! —Hizo una pausa—. Roç Trencavel —dijo con expresión amable—, obtendréis las últimas respuestas de labios más autorizados.

Jacobo se inclinó ante Yeza.

—Ahora debéis volver, yo seguiré solo. No hagáis esperar a Marie.

Pero no se dirigió hacia la puerta de la iglesia, sino que volvió a ocupar el nicho de san José. Su voz de profeta del Antiguo Testamento volvió a atronar la nave:

*La noche se iluminará como si fuese el día,  
y la oscuridad se hará luz.*<sup>[403]</sup>

Yeza tomó a Roç de la mano y ambos regresaron obedientes al palanquín. El templario avisó ceremoniosamente la llegada de «la pareja real» y oyeron el báculo golpear por tres veces con un sonido autoritario contra la madera. La cortina fue apartada y cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad, se vieron frente a la anciana dama del rostro velado que esperaban encontrar.

—Me satisface mucho volver a veros —dijo la misma voz que Roç y Yeza

recordaban. Una voz algo más quebradiza, pero que no había perdido el tono de determinación de siempre.

—Nosotros también —respondió ella—. ¡Ahora estamos más necesitados que nunca de vuestro consejo!

—Yo desearía tener tus fuerzas, Yeza Esclarmunda —les llegó la respuesta, acompañada de un suspiro casi imperceptible. Después de una pequeña pausa, la anciana prosiguió—: Tus dudas, Roç Trencavel, sólo pueden ser superadas si sabes que la voluntad para imponerse no puede ser otra que la tuya.

Fue Yeza la que rompió el silencio que se instaló tras estas palabras.

—¿Desde cuándo el Gran Proyecto nos deja tanta libertad? —preguntó, permitiéndose un tonillo agresivo, y la *grande maîtresse* volvió a suspirar antes de otorgarles una respuesta.

—El Gran Proyecto ha servido para vuestro entrenamiento, para desarrollar las excelentes facultades que poseéis, ¡y más que nada la de manejar vuestra libertad! Ha llegado el momento en que debéis decidir por vosotros mismos el camino que vais a recorrer. El deseo de alcanzar un objetivo presupone la voluntad de buscar el camino para alcanzarlo. Vuestra intención será la que configure a su vez ese objetivo.

—¿La búsqueda del santo Grial? —preguntó Roç con timidez.

La anciana le respondió con apasionamiento repentino:

—Eso sólo tiene sentido si estás realmente dispuesto a dejarte guiar por esa imagen que no se encuentra en ninguna parte, y mucho menos aquí en Redae ni en ningún otro lugar de Occitania, y con toda seguridad ni en una cueva, ni bajo tierra.

Aunque sonaban sarcásticas, había en sus palabras la magia de una adivinanza.

—Siempre estará oculto y nunca se revelará a quien sea indigno.

Marie de Saint-Clair se mostraba de nuevo muy seria y Roç sentía que sus ojos le miraban fijamente a través del velo.

—¡El Grial está dentro de ti, dentro de vosotros, la pareja real!

—Así pues, ¿no se trata del cáliz negro? —Roç se mostraba un tanto desilusionado, y la *grande maîtresse* también, pues tal vez había esperado una reacción más digna a sus revelaciones.

Entonces intervino Yeza.

—Y el cáliz negro, ¿es también un símbolo?

Tampoco esta fórmula acabó de gustar a Marie de Saint-Clair.

—¡El santo Grial no es un símbolo ni es un objeto! —reprendió a Yeza—. Y el cáliz negro no es más que la clave para llegar a la piedra madre de todas las piedras. Puede representar el símbolo de las estaciones de búsqueda, pero esta última no puede agotarse en los símbolos, incluso sería un peligro que lo hiciera.

—Así pues, ¿debemos cuidarnos de nuestra propia vida? —preguntó Roç con ansiedad—, ¿o hemos de arriesgarla en la búsqueda del Grial?

—Tu cuerpo y tu vida, Roç Trencavel, te sirven a ti como tú sirves al Grial. —En la voz de la anciana había ironía—. Si los tiras, poco podrán servir. El Grial es de los vivos, ¡porque el Grial es vida!

—Y es amor —añadió Yeza con firmeza.

—La vida es amor, es vida, Yeza Esclarmunda; tú entiendes mejor que tu caballero la esencia del Grial.

—¿El amor será capaz de superar al cáliz negro? —preguntó ella, aunque se sentía segura de la respuesta.

—El amor es lo que hay de divino en ti —dijo la *grande maîtresse* con una voz que denotaba cansancio.

Roç y Yeza se dieron cuenta y permanecieron un rato en silencio. Al cabo, Marie de Saint-Clair carraspeó.

—Me parece que tiene poco sentido y no es muy útil que os quedéis en Occitania, sean cuales sean vuestros planes. Os propongo que os alejéis de aquí.

—¿Es ése nuestro destino? —preguntó Roç con rebeldía—. ¿O podemos decidir libremente?

—Ya lo hemos hablado. —La voz sonaba ahora un tanto enojada—. Os ofrezco Jerusalén, ¡no veo una propuesta mejor en este momento! Ya me enteraré de cuál ha sido vuestra decisión y del camino que emprenderéis.

De este modo Roç y Yeza se vieron despedidos con cierta brusquedad, pero cuando se pusieron de pie, la *grande maîtresse* aún quiso apaciguar sus ánimos y lanzó un suspiro.

—Mi misión es seguirus por todos los caminos y mantener mi mano protectora sobre vuestras cabezas. Estaré con vosotros hasta el fin de los días.

Roç y Yeza se alejaron del palanquín y se acercaron con paso lento a su séquito.

—¡Lo mismo nos dijo ya antes! —murmuró él.

—Y hasta ahora siempre ha cumplido con su palabra —respondió ella, pensativa.

# EN BUSCA DEL TESORO

## *Una fata morgana*

En su aspecto exterior y visto desde la ciudad, el palacio real de Palermo<sup>[404]</sup> seguía pareciendo una fortaleza normanda o una nave vikinga alargada. No obstante, en sus patios interiores florecía la cultura espiritual de Oriente. El sol jugueteaba entre fuentes ornamentales y arbustos artísticamente recortados, pajareras y frutales en espaldera. Los claustros con sus delicadas columnas de mármol y altas palmeras plantadas en el centro ofrecían sombra, y por ellos solía pasearse el rey Manfredo cuando sus quehaceres se lo permitían. Era un hombre de figura esbelta y arrogante, que embellecía los jardines. Los estanques llenos de peces de colores reflejaban su imagen de adolescente rubio, al que algunos daban ya el título de rey, aunque no había sido coronado todavía, mientras que otros le insultaban con el término «bastardo», algo que respondía ciertamente a la circunstancia de su nacimiento, pero de ningún modo a su carácter amable y atractivo, ni a sus rasgos bellos y soñadores. Manfredo era hijo natural del gran emperador Federico II, su madre había sido Bianca, de la casa ducal de Lancia<sup>[405]</sup>. El emperador la había apreciado tanto, a ella y a sus descendientes comunes, que se apresuró, estando ya en su lecho de muerte, a legitimarlos, mientras los que le acompañaban sentían que le asistía toda la razón para proceder así, pues ninguno de sus innumerables hijos se parecía tanto a su padre como Manfredo.

Pero detrás de la fachada amable del príncipe se ocultaba desde siempre una cierta falta de escrúpulos, que algunos calificaban de malicia y crueldad, mientras que otros consideraban que no se trataba más que de pereza e inseguridad.

Manfredo daba con frecuencia la impresión de estar enamorado de su propia importancia. Ostentaba una mezcla oriental de autoestima exagerada y debilidad, que lo diferenciaba de Federico, aunque todos apreciaban el hecho de que el hijo no parecía haber heredado de su padre la desconfianza patológica que distinguía a éste, pues en comparación con su progenitor, el hijo, que en aquel momento contaba veintiséis años, semejaba un chiquillo confiado, además de poseer una belleza deslumbrante y parecer un joven dios, algo que nunca hubiera podido afirmarse del emperador.

El acompañante y consejero de Manfredo, un personaje que éste de algún modo había heredado también de su padre y al que había nombrado canciller, era Juan de Procida. En realidad se trataba de un médico muy afamado, de origen napolitano, como revelaba su nombre. Casi parecía que al joven soberano le diera lástima de desaprovechar a aquel hombre dejándole ejercer la profesión que había estudiado,



prefiriendo aplicar los múltiples talentos del mismo para hacerle partícipe de sus decisiones políticas. Juan se lo agradecía demostrándole una lealtad de que la estirpe de los Hohenstaufen no había gozado en demasiadas ocasiones.

—El servicio secreto del reino de Aragón —dijo Juan como de paso, sin querer dar importancia a la bondad de sus fuentes de información— ha podido interceptar una carta dirigida a la pareja real.

—¡Bien! ¡Mi querido primo Roger Trencavel! —Manfredo sonrió—. ¿Me equivoco acaso, y no es pariente mío?

—Yeza, Yezabel Esclarmunda, sí lo es con toda seguridad, pero esto no interesa ahora. Lo que interesa es quién escribe la carta: William de Roebuk, un minorita que desde la infancia de la pareja en el Montségur, gira en torno a ellos como la luna en torno al sol, si se me permite expresarlo así.

—¿Un franciscano? —Manfredo tenía muy buena memoria—. ¿Pero ese minorita no fue enviado a Mongolia, a la corte del gran khan?

—Así es —respondió el polifacético médico—, y aunque no consiguió llevar a buen fin la misión que le fue confiada, William sí procuró que Roç y Yeza regresaran a Occidente.

—Y los «asesinos» lo tuvieron que pagar con la destrucción de Alamut —aportó Manfredo sus conocimientos del asunto. Juan lo registró complacido.

—William es un tipo peligroso —describió el canciller al franciscano—. Parece un ser humilde, un gordito muy tratable vestido con su sencillo hábito marrón, pero detrás de esa apariencia de pacífica olla de barro se oculta una bomba<sup>[406]</sup> peor que el fuego griego, y allí donde estalla...

—¿No me digáis —indagó Manfredo— que se ha presentado aquí?

—No, aún está lejos. ¡A Dios gracias se encuentra en Nicea<sup>[407]</sup>!

—¿No querrá destronar al emperador de Grecia? —Manfredo parecía encontrar divertida la idea, pero a Juan no acababa de gustarle el giro que tomaba la conversación.

—Dios ha protegido hasta ahora al emperador, ¡pero, en cambio, dispuso que el demonio se llevara al Vatatses<sup>[408]</sup>!

—¡Ah! —exclamó Manfredo—. Así pues, ¿mi hermana es ahora una viuda feliz?

—Es viuda, pero ¿quién sabe si es feliz? ¡Pero no nos desviemos de William! ese pícaro flamenco no solamente es una olla llena de fuego griego, sino que al mismo tiempo también hace de catapulta y arroja esas bombas. Permitid que os lea su escrito, unas líneas que os resultarán entretenidas, aunque no siempre regocijantes.

Se sentaron en un banco, a la sombra, después de que el médico comprobara con una rápida mirada que no pudiera esconderse nadie detrás ni acercarse sin ser visto. Siempre que él paseaba con Manfredo por el claustro, ordenaba que todas las puertas fuesen cerradas y vigiladas.

William de Roebruk, O.F.M.  
A la pareja real  
Roç Trencavel du Haut-Ségur  
y Yezabel Esclarmunda du Mont y Sion.

Damasco, junio de 1258 A.D.

Siempre me consuela pensar que cada uno de mis pasos me acerca a vos, de ahí que los fuera contando mientras ponía un pie delante del otro para cruzar las arenas del desierto, corriendo más de una vez el peligro de ser abandonado por mis hermanos cuando no podía seguir su ritmo, por lo que muchas veces acabé siguiéndoles tambaleante en la cola, cuando no me quedaba acostado en la arena de puro agotamiento.

En cierta ocasión, cuando tropezamos con una caravana de esclavos y pude adquirir un camello, mis acompañantes sintieron tanto desprecio por mi supuesta pereza, que me dejaron abandonado. El hecho de haber podido adquirir a un precio razonable un animal de carga, se debe a mi repentina intuición de convencer a los mercaderes de que soy amigo de Abdal el Hafsida. El nombre obró como un milagro, y reforzó en mis hermanos el prejuicio de que mi persona es absolutamente indigna de formar parte de la orden. Pero yo no sentí ninguna vergüenza cuando al fin me quedé completamente solo, acompañado únicamente de mi jamala<sup>[409]</sup>, una camella llamada *Delilah*, como el mercader me informó a la vez que me guiñaba un ojo. Lejos de mí querer hablaros ahora de esas historias que se refieren a los impulsos que puede sentir un hombre solitario cuando se encuentra en medio del desierto acompañado sólo por una hembra de camello.

Pero lo cierto es que, cada vez que nos echábamos a dormir en el cobijo de la arena, *Delilah* se transformaba en mis sueños en una bailarina de anchas caderas, peluda como un animal y no obstante tremendamente deseable. De día, cuando subía a su lomo mientras ella me lanzaba la dulce mirada de sus grandes ojos, mientras yo me acurrucaba sobre su joroba y ella me transportaba balanceándome a través del desierto, mientras mis carnes se frotaban contra su piel, me di cuenta de que estaba a punto de sucumbir a la locura, y dejaba vagar la mirada desesperada hacia el horizonte, ¡seguro de caer en algún momento víctima de una auténtica *fata morgana*!

El caso es que me encontré con una caravana que se nos acercaba, a mí y a *Delilah*, a través de las dunas. Vi un palanquín en el que era transportada una dama de sangre noble, puesto que al lado del mismo corrían los criados para abanicarla. Cuanto más se acercaba, mejor pude apreciar su belleza. Iba vestida con unas muselinas finísimas que permitían apreciar sus senos abundantes y las formas redondeadas de sus brazos. Cuando el palanquín llegó a mi lado, oí una voz seductora: «¿Qué puedo hacer por ti, William?» Y al mismo tiempo, la dama levantó

el velo<sup>[410]</sup>: ¡era Clarion!

Manfredo interrumpió al lector.

—¿No se trataría de Clarion de Salento, mi hermanastra?

—Pues sí, querido príncipe y pronto rey —respondió Juan—. William estaba muy cerca de Damasco, y la favorita del sultán An-Nasir regresaba precisamente de una excursión a alguno de los encantadores oasis de los alrededores.

A Juan de Procida no le disgustaba la interrupción de la lectura.

—Los dos personajes se conocen gracias a Roç y Yeza, que pasaron algunos años de su niñez en Otranto, donde se encontraba también Clarion.

—Ya sé —dijo Manfredo sin el menor asomo de sorpresa—. La madre de Clarion fue doncella de Yolanda, novia del emperador, y posiblemente hija del gran visir, amigo de mi padre.<sup>[411]</sup>

Juan de Procida esperó a que Manfredo terminara de hablar, y prosiguió después con la lectura de la carta.

Pasé algunos días divertidos en el palacio del sultán An-Nasir, un hombre incluso más corpulento que yo, aparte de más alto de estatura, que me llegó a apreciar mucho, no tanto por permitirle que me ganara jugando al ajedrez, sino porque tuve la paciencia de escuchar sus repetidos lamentos. Aquel coloso no sabe cómo comportarse frente a los mongoles. A veces se pone furioso cuando habla de «esos pueblos primitivos de la estepa», y aprovecha para derribar todas las figuras del tablero, como si pudiese hacer lo mismo con sus enemigos invisibles, un enemigo que está agotando su paciencia haciendo esperar al sultán ayubí. Otras veces se mostraba atemorizado, se hundía sobre sí mismo y se mostraba dispuesto a someterse sin condiciones, tal como los mongoles le están exigiendo.

No es que su situación sea difícil: es más bien desesperada, y eso es precisamente lo que él no quiere entender. Aunque parezca extraño, sabe muy bien que nada puede esperar de la benevolencia de los mamelucos de El Cairo, que le ajusticiarán sin miramientos, pues consideran que Alepo y Damasco, Homs<sup>[412]</sup> y Hama<sup>[413]</sup>, son su propia herencia, que les corresponde por parte de Saladino<sup>[414]</sup>, y que An-Nasir es un usurpador. Pero sin contar con algún aliado, el ejército de éste no basta para vencer a los mongoles. Hulagu exige, por cierto, las mismas plazas fuertes, incluyendo a Damasco, pero el il-khan ya le ha hecho saber a An-Nasir que contempla la opción de perdonarle la vida.

Por su parte, el soberano ayubí considera que esta propuesta es indignante. Mi consejo consiste en intentar, de momento, ganar tiempo, pues siempre existe la posibilidad de que los mongoles renuncien a ulteriores conquistas, o se vean de algún modo impedidos de conseguirlas. Como soy muy listo, no le he revelado al sultán de

dónde saco yo el valor para querer convencerle de que, aunque sea sólo uno de estos dos casos, tienen visos de transformarse en realidad.

El poderoso An-Nasir se agarra a tan débil asidero como si se tratara del tronco de una poderosa palmera que ofrece un apoyo a quien se encuentra en medio de una tormenta de arena. Incluso me ha comentado:

—Enviaré a mi hijo El-Aziz<sup>[415]</sup> como embajador personal a Hulagu, para demostrarle que estoy dispuesto a negociar. Esto impresionará a los tártaros<sup>[416]</sup>.

Me vi obligado a contradecir al déspota, lo cual presupone cierto atrevimiento, pues una vez irritado es capaz de romperle la nuca de un solo golpe a cualquier animal más estúpido que yo.

De modo que me apresuré a aclararle a aquella montaña de carne, de la que se dicen cosas terribles cuando le ataca la ira:

—El mongol, majestad, presupone que estáis dispuestos a negociar. Yo conozco a Hulagu, y creo que debéis presentarle hechos concretos y no enviar a vuestro vástago, a quien no recibirá en modo alguno como embajador, sino al que considerará un rehén.

Con toda intención construí una frase algo enrevesada, para impedir que tuviese un estallido de furia, pues necesitó algún tiempo para entender el sentido de mis palabras.

—Si El-Aziz lo consiente —resopló después, como dirigiéndose a su hijo, aunque no lo tenía a mano—, no se merece otra cosa. En este caso tampoco sería digno de hablar en mi nombre.

—En último término —pasé a exponerle, armándome nuevamente de valor—, el resultado será que habréis entregado a vuestro hijo y heredero, ¡pero sin dar ni un paso adelante en lo que es el meollo del asunto!

—¡Enviadme a mí como embajadora! —se oyó entonces la voz de Clarion, y ésta salió de detrás de un seto. El sultán no se mostró, ni mucho menos, sorprendido de su presencia, pues conoce la costumbre de su antigua favorita, que suele mezclarse en los asuntos de los hombres, y él se lo consiente.

A mí me alivió el giro que tomaba la conversación, pues ya temía haberme adelantado demasiado, y había comprendido, no sin la correspondiente sensación de terror por mi parte, que me estaba ofreciendo yo mismo como emisario del último soberano ayubí. Además, Clarion siempre ha demostrado tener bastante buen sentido. Muchas veces he conseguido, con su sola ayuda, hacer cambiar de opinión al tozudo An-Nasir.

—Esos tártaros no pueden hacer con una mujer lo mismo que suelen hacer con un hombre. —Cuando se pasea por el jardín anexo a las habitaciones privadas del soberano, Clarion no lleva la ropa ligera de muselina clara que transparenta su cuerpo, todavía de buen ver.

—Hulagu está casado —me vi obligado a intervenir—, y la *dokuz-khatun*, su esposa principal, que además es una cristiana nestoriana bastante beata, podría sentirse disgustada por vuestra presencia, honorable señora.

No puse esa objeción para disminuir la importancia de la propuesta de Clarion, ni para reducir su influencia sobre el soberano, sino porque siento una preocupación auténtica en cuanto a su destino. Pero, por desgracia, la favorita no lo entendió así.

—William, ¿siempre creéis que sólo vos tenéis la necesaria flexibilidad mental como para adaptaros a las circunstancias! También yo sé muy bien cómo presentarme ante el il-khan y su esposa: ¡debidamente resguardada tras el velo, y con la ropa cerrada hasta el cuello, como si fuese una monja!

El poderoso An-Nasir se divertía a ojos vistas con nuestro intercambio de alfilerazos, que por un instante le hicieron olvidar sus preocupaciones.

—Vuestra intervención, estimada Clarion —le respondí con dulzura—, sólo tendría sentido si os pudierais apoyar en una comunidad cristiana importante de Damasco, cuya conservación y buen trato la *dokuz-khatun* reclamaría al débil corazón del il-khan. Pero, por lo que estoy enterado —y me dirigí al sultán— no existe en esta ciudad ni una sola iglesia en la que los creyentes...

—Esos perros cristianos se reúnen en sus casas para rezar, aunque lo tienen prohibido —rechazó An-Nasir con rudeza mis objeciones—. Y nosotros lo permitimos, ¡mientras no se les ocurra plantar sus cruces en el tejado!

Él se considera muy tolerante en este aspecto, y esa tolerancia ni siquiera se debe a la influencia de Clarion, que hace ya muchos años se ha convertido al Islam, todo por amor a la montaña de carne.

—William tiene toda la razón, señor y soberano mío. ¡No podéis mostraros orgulloso de la importancia que tienen vuestros súbditos cristianos, y nadie creerá que os habéis transformado de Saulo en Paulo!

Me lanzó una mirada triunfal y prosiguió:

—¡Hablaré ante el il-khan de Roç y Yeza, porque sé que esto impresionará a los mongoles!

—Pero si no los tenemos aquí —la interrumpió el sultán con toda la razón, aunque comprendía que su amiga exhibía un argumento inteligente—, ¡y todo el mundo lo sabe!

Pero Clarion no se inmutó ante semejante menudencia.

—¡William irá a buscarlos!

—¡Parece el anuncio de un viaje al infierno! —intervino el señor Manfredo, aprovechando que su lector hacía una pausa para respirar. ¿Significa eso que William, esa *granata francescana*<sup>[417]</sup>, está a punto de llegar?

—¿Por qué había de buscar a la pareja real aquí, en Sicilia? —respondió Juan de

Procida.

Aunque sostenía en la mano aquel escrito procedente de Nicea, una ciudad que, como él sabía perfectamente, se encuentra en el mismo corazón de Asia Menor, se sorprendió a sí mismo paseando sus ojos desconfiadamente por el jardín, pues nunca se podía estar seguro de que aquel temible minorita no emergiera de repente entre los arbustos. Era capaz de todo.

—¡No! —dijo el médico en tono innecesariamente alto—. ¡William sigue en Nicea!

—¿Y cómo ha llegado hasta allí? —El señor Manfredo quería seguir enterándose del contenido de la carta escrita por el monje.

—¡*Immà!* —se oyó entonces el tono autoritario de una voz juvenil, a la vez que un guepardo se levantaba del suelo con una tranquilidad casi irritante entre los brotes de papiros junto a un estanque cercano. El animal estiró las patas delanteras, flexionó su ágil columna, golpeó el suelo con la cola, probablemente en señal de saludo, y después se acercó trotando a su ama adolescente. De entre los arbustos salió Constancia<sup>[418]</sup>, fruto del primer matrimonio de Manfredo. La muchacha portaba una gran bandeja de plata y encima una jarra valiosa llena de un delicioso refresco, además de unos platillos de dulces.

—¡Os traigo algo de beber! —quiso disculpar su aparición.

El padre se echó a reír. Constancia era la niña de sus ojos y él le consentía todo, o casi todo.

—¡En realidad sólo buscas la compañía de dos hombres muy ocupados para poder atiborrarte de dulces sin que se entere tu gobernanta! —Manfredo intentaba mostrarse severo.

Constancia se limitó a sonreír mientras depositaba la bandeja sobre un pedestal de mármol. Era una muchacha alta y un tanto corpulenta, una jamona, pensó el médico, que atribuía gran parte de la «robustez» de la niña, que tanto agradaba al padre, a ese deseo irrefrenable de comer dulces, aunque hacía tiempo que él había renunciado a desaconsejárselo.

—Yo misma he preparado esta bebida fresca de menta silvestre, escaramujos y miel, señor Juan —dijo la muchacha—, para que suavice vuestra pobre garganta, puesto que siempre tenéis cosas importantes que decir. ¡*Immà!* —dijo de repente a su guepardo y retiró la cabeza de éste de la bandeja, sujetándolo por el collar.

—Mi garganta os agradece el cuidado —respondió el canciller con cierta inquina—. Aunque apreciará también esos deliciosos dulces, las frutas confitadas, las galletas de almendra, las castañas tostadas y las nueces azucaradas dentro de higos secados al aire, los dátiles maduros de Tunicia bañados en canela con relleno de pistacho, y...

—¡Ya está bien! —murmuró Constancia, que hacía un esfuerzo por dominar su

gula—. Os oigo hablar, señor Juan, y comprendo muy bien que mi padre os confíe el bienestar de su reino, puesto que sabéis argumentar de una manera muy seductora.

—Lo único que intentaba era abrirle a vuestro padre el apetito, y que dé cuenta de la parte que le corresponde en el festín. —El médico acercó la bandeja de plata al soberano—. Muchas gracias, amable princesa —añadió, mientras observaba que la muchacha padecía como si la estuviesen torturando. Constanca tenía los ojos llenos de lágrimas.

Su padre era incapaz de soportarlo.

—Te cedo mi parte, hija mía —la quiso consolar mientras ponía una mano apaciguadora sobre el brazo del canciller—, ¡por favor, no llores ahora!

Lo mismo parecía pensar *Immà*, pues el animal se dedicó a lamerle compasivo la mano a Constanca, aunque sin perder de vista la bandeja de plata.

El canciller decidió de repente dar un giro sorprendente a la situación.

—¡Digamos simplemente que el reino de Sicilia no tiene hambre, sólo sed! —Y con una reverencia galante devolvió la bandeja a las manos de la joven y se quedó sólo con la jarra y las copas—. Os agradezco una vez más vuestras amables atenciones —terminó con una sonrisa.

Así consiguió que Constanca se alejara con la rapidez de un rayo. Nunca se sabrá si oyó las palabras que su preocupado padre lanzaba a sus espaldas:

—¡No te comas todo de una vez, hija mía! Pobre niña —murmuró Manfredo—. Su vida no ha sido fácil, faltándole la madre.

—Pronto se casará —le tranquilizó Juan mientras llenaba las copas—. Al fin y al cabo, yo mismo he dado los pasos necesarios para que contraiga matrimonio con el infante de Aragón<sup>[419]</sup>.

## Delicias orientales

—¡Proseguid, *doctore!* —invitó el joven soberano con impaciencia a su consejero, mientras éste refrescaba su garganta, ya un poco dolorida, con la dulce bebida de menta.

De modo que Juan volvió a la lectura del escrito de William a Roç y Yeza.

Me hice el sordo, para no mostrar mi alegría. ¡Imaginad que de repente, y cayendo de un cielo poco propicio, vuestro amigo William, que carece absolutamente de bienes, recibe la invitación de acudir a vuestro lado, por el camino más rápido y probablemente dotado de ciertas comodidades! Me enteré por boca de Clarion de que mis hermanos en la orden, que siguen todavía en la ciudad, han desplegado entretanto un afán misionero tal que las autoridades desean deshacerse de ellos con la máxima rapidez posible. Opinan que expulsarles hacia Acre o Tiro no tiene mucho sentido,

pues volverían a introducirse inmediatamente de nuevo en Siria para dar testimonio de su mesías crucificado. De allí que hayan preferido alquilar una nave que los traslade como mínimo hasta Chipre, y después me lleve a mí a Marsella, o al menos hasta Sicilia.

—Lo veis, Juan —interrumpió Manfredo de buen humor al que leía la carta—, el futuro se anuncia... ¿No oís un ruido entre los arbustos? ¡William ante portas!<sup>[420]</sup> — se mofó para confundir a Juan. En realidad no tenía nada que oponer a la presencia allí del monje, muy al contrario de lo que le sucedía a Juan, que ya había tenido el gusto de tratarlo, y que se limitó a proseguir:

Me trasladaron, cargado de regalos y de honores, hasta la costa, donde el velero esperaba cerca de la playa. Llegué en una barca de remos a bordo del mismo, donde mis hermanos me recibieron con cierta frialdad. Pero esto me dejaba indiferente, puesto que no tendría que soportarlos durante mucho tiempo, como máximo hasta Limasol<sup>[421]</sup>. Pero ¡cómo describir mi espanto, cuando me tropecé a bordo con Bartolomeo de Cremona, Barto, la sabandija! Es cierto que nos han educado para sentir compasión por cualquier inválido, dentro de nuestros sentimientos de piedad cristiana. Pero las piernas torcidas y deformadas de Barto no hacen más que subrayar su mísero carácter, de modo que me vi obligado a confesarme a mí mismo que me siento contento de ver a ese intrigante moviéndose con sus muletas como alguien que soporta un castigo merecido. ¡Dios me perdone! Pero no me perdonó.

La nave partió y yo me senté, apartado de los demás, para consumir con placer lo que me habían preparado en la cocina, sin prestarle mayor atención a la sabandija venenosa. Esto fue lo último que recuerdo. Desperté en la playa de una costa extraña, hacia la que me había arrastrado el mar, con una sensación horrible en el estómago y un dolor restallante en mi cerebro, de modo que no podía desear otra cosa que morirme allí mismo. Pero el agua fría del mar al que me arrojaron seguramente me resguardó de semejante final. Me alejé a gatas del lugar y del olor podrido, pues había vomitado en la playa. Después volví a caer en el desmayo. Cuando desperté de nuevo, me encontraba en una oscura mazmorra del Vatatses. Me acusaban de ser un espía al que decían haber atrapado en las fronteras del imperio griego de Nicea. Es decir, ¡unos guardianes griegos que vigilaban la costa, me tomaron por espía y me llevaron encadenado a la capital, Nicea, donde sería ajusticiado! Pero vuestro William habría dejado de ser él mismo si, antes de que acudiese el verdugo, no se hubiese presentado de improviso un sacerdote que me conoció en el país de los mongoles, donde nos habíamos visto en una época más propicia para ambos. Se llama Demetrio<sup>[422]</sup>. ¡Dios le bendiga! De modo que William de Roebruk se transformó de inmediato en un embajador del gran khan, expoliado por los piratas, y una vez



bañado y vestido con ropas preciosas pude presentarme ante el trono del soberano. Ya no se trata del temible Juan Vatatses, un personaje que acaba de ser admitido en el olimpo de los dioses o en el infierno griego, y cuya muerte habrá dejado satisfechos a los mongoles, puesto que el único hijo y heredero, Teodoro I<sup>[423]</sup>, se ha apresurado a confirmarle al gran khan su total sumisión, consiguiendo así que lo dejen tranquilo. Necesita esa tranquilidad para recuperar Constantinopla. Y para subrayar esta última reivindicación, permite que el patriarca ortodoxo resida en su corte. Este patriarca ostenta el magnífico nombre de Arsenio<sup>[424]</sup>, y me suele hacer confidencias, acosado por el temor de no haber tomado el partido más adecuado, puesto que hay varios soberanos que, cada uno por separado, sostiene a su propio aspirante al trono del patriarca. Yo siento compasión por él y él me lo agradece.

Arsenio me explicó así la situación:

—En realidad, el emperador Teodoro no tiene que temer a nadie, pero si Miguel de Épiros consigue establecer una alianza que incluya Acaya<sup>[425]</sup> y Sicilia, el futuro se le presenta amargo. El déspota de Épiros, aunque parezca injusto, tiene dos bellísimas hijas. La mayor, Ana<sup>[426]</sup>, se la tiene prometida al viejo soberano de Acaya, con la vaga esperanza de que éste se mantendrá a su lado. Elena<sup>[427]</sup>, más joven y más preciosa aún, se la ha ofrecido a Manfredo, el bastardo imperial.

Llegado a estas palabras, Juan de Procida se detuvo, pues aunque intentó carraspear, el término insultante enrareció la atmósfera reinante en el florido patio interior del palacio de Palermo. Manfredo soltó una risa atormentada.

—*Nomen est omen!*<sup>[428]</sup> ¿Cómo se llamaba ese hombre, Arsenio? Lo recordaremos —dijo en voz baja y amenazadora.

El médico quiso disculparse:

—Ha sido vuestro deseo, señor mío, que prosiguiera con la lectura.

—Así es, y así seguiremos —respondió Manfredo, esforzándose por parecer de nuevo alegre—. En cualquier caso, mi joven prometida merece encendidos elogios. Eso me reconforta.

—Vuestra benevolencia me confunde —murmuró Juan con humildad—. Deberíais llevar esa designación como un distintivo de honor, pues os une a vuestro progenitor imperial, que no solía tomarse en serio ni la etiqueta, ni la moral vulgar, ni las conveniencias.

—En muchas ocasiones se pasó de la raya —admitió Manfredo, mostrándose flexible— ¡Pero el Señor me guarde de hacer lo mismo! Os mostraré una cosa.

Manfredo se levantó de un brinco y, sin esperar al médico, se dirigió hacia una capilla medio oculta tras un rosal que crecía en un rincón del claustro. Cuando Juan llegó, Manfredo intentaba empujar con el hombro la puerta atascada, que acabó por abrirse hacia el interior. La estancia estaba casi a oscuras, pues la vegetación exterior

apenas dejaba paso a unos pocos rayos de luz que caían a través de las estrechas ventanas. Sólo la lamparilla eterna que ardía delante de una estatua de la Virgen María difundía un leve resplandor rojizo. Una vez los ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra, se observaba la existencia de un reclinatorio delante del altar. De las paredes colgaban exvotos, muchos de ellos de plata maciza. Manfredó inclinó levemente la rodilla ante la madre de Dios, y después encendió dos velas, entregó una a su acompañante y se acercó a la pared, donde se veía un cuadro con un marco precioso, que mostraba a san Sebastián con el cuerpo desnudo atravesado por las flechas. Aunque, al mirarlo más de cerca, el mártir romano no aparecía, como es habitual, atado a un árbol, sino que colgaba de una muralla cuyas almenas estaban ocupadas por arqueros tocados con turbantes, y que se apresuraban a disparar sus flechas para atravesar aquel martirizado cuerpo.

—¿Algún antecesor heroico? —preguntó Juan con ironía.

—Un miembro de mi familia normanda —le confirmó el nieto de Constanca de Hauteville<sup>[429]</sup>, precisamente la mujer que había conseguido que los Hohenstaufen reinaran en Sicilia—. Sus súbditos sarracenos lo utilizaron para presionar a los cruzados que les asediaban. Por lo demás, el hombre sobrevivió a la tortura, lo cual, desde el punto de vista médico, debe considerarse prácticamente un milagro.

Juan se esforzó por observar con más detalle el cuadro y estaba murmurando «No se ve ninguna flecha en la zona del corazón, de los pulmones o del bazo» cuando Manfredó le dio la vuelta al cuadro y al dorso del mismo apareció la miniatura de una jovencita dotada de un largo cabello oscuro y liso.

—Es mi pequeña prometida Elena —dijo el bastardo, conmovido—. ¡La futura reina de esta isla!

Era evidente que no sólo estaba orgulloso de los encantos que adornaban a la princesa griega de grandes ojos almendrados, sino que estaba auténticamente enamorado de su imagen.

—¿Quién pintó el cuadro? —preguntó Juan, queriendo mostrarse cortés, pero no tanto porque le interesara la novia, como porque observó que se trataba de una pintura realizada con un talento extraordinario.

—Me lo ha regalado la Serenísima, y me lo entregó su embajador.

—Entiendo: los venecianos temen que Nicea gane la guerra y, como consecuencia de ello, salgan beneficiados los genoveses. Así pues, desean forjar un eje que permita al de Épiros<sup>[430]</sup> adelantarse a los de Nicea.

—¿Es todo lo que os sugiere la observación de esta imagen? ¡Veo que no corre sangre por vuestras venas, y que las personas solamente os interesan cuando están muertas y descansan sobre vuestra mesa de autopsias!

Manfredó se mostraba auténticamente irritado. La falta de énfasis que su amigo demostraba ante la belleza de su prometida era para él como una ofensa, pero Juan de

Procida no era un hombre que se dejara intimidar.

—Os había preguntado por el artista, mi querido soberano, y no por quién le ha pagado a éste ni por quién os entregó el retrato.

—Perdonad, Juan —se calmó de inmediato Manfredo—. El nombre del pintor es Pulcin, Rinat le Pulcin. Su arte es divino, observad las finas pinceladas con que reproduce las largas pestañas oscuras...

—¿Rinat le Pulcin? —preguntó el médico, y de repente recordó la ayuda que tuvo que prestar en cierta ocasión en una pobre choza del Languedoc. Manfredo empezó a sentir desconfianza.

—¿No digáis ahora que le conocéis, y que es un adulator que mejora tanto a sus modelos que sus cuadros no responden ni de lejos a la realidad?

El joven Manfredo se mostraba furioso porque, en el fondo, le acosaba la incertidumbre.

—Nada de eso —pretendió Juan borrar sus eludas—. Sólo recordaba que entretanto, esa mano bendecida por los dioses se estará pudriendo en alguna parte. Unos bandoleros se la cortaron y yo mismo tuve que aplicarle al dueño una primera cura, para evitar que la herida se infectara. Jamás volverá... —El médico se detuvo al ver que Manfredo levantaba otro exvoto, un cuadro que mostraba una torre alcanzada por un rayo. Sin decir palabra, la giró para mostrar su cara oculta.

Se trataba de uno de los retratos de Yeza que el pintor había fabricado por docenas, en forma de miniatura pintada sobre madera. Juan jamás había visto la cara de Yeza, pero inmediatamente sospechó de quién se trataba.

—¡Yeza! —se le escapó, impresionado contra su voluntad por la personalidad de aquel rostro—. Yezabel Esclarmunda, probablemente una descendiente natural del emperador, igual que vos.

—¿Estáis seguro? —preguntó Manfredo mientras observaba con detenimiento la miniatura—. Su perfil es atrevido, como el mío, pero esta hermana, si realmente lo fuese —añadió con cierto escepticismo— tiene en la frente y la nariz más rasgos de la herencia normanda que yo. Incluso parece haber heredado el carácter atrevido de nuestros antepasados. ¿Habéis visto jamás a Roç y Yeza personalmente? ¿Qué tal es ese Roger Trencavel? ¿Por qué se dice de esa pareja que son los hijos del Grial?

El médico se echó a reír.

—Preguntáis muchas cosas a la vez. En primer lugar, jamás he visto a los dos jóvenes. Será difícil dilucidar ahora en qué circunstancias engendró el emperador Federico a uno u otro, lo único que se sabe con más o menos certeza es que Yeza es hija de una famosa hereje, y que ésta, a su vez, también amamantó a Roç, antes de ser devorada por las llamas.

—¡Qué cosas! —suspiró Manfredo—. La verdad es que prefiero a mi dulce prometida Elena. Si bien los padres de ésta son ortodoxos cismáticos<sup>[432]</sup>, como todos

los griegos, pero al menos no son herejes y tampoco tienen nada que ver con el Grial. Por cierto, ¿qué es ese Grial? ¿Un cáliz? ¿Una piedra, *lapis excellens*<sup>[433]</sup>?

—Nadie lo podría asegurar —le informó Juan—. Hay algo en mi interior que me impide considerarlo un objeto. El cáliz sólo podría ser un símbolo de su contenido...

—¿La sangre del Redentor?

—También me parecería demasiado concreto, demasiado espeso y pegajoso, ¡demasiado color! —replicó el médico—. Debe tratarse de algo trascendental, de una ciencia antiquísima y oculta, guardada por una casta de sacerdotes existente en tiempos muy lejanos, mucho antes del nacimiento y la muerte de Jesucristo.

Manfredo echó una mirada al pergamino que Juan seguía sosteniendo en las manos.

—¿No queríais leerme la carta de William? Proseguid ahora.

El canciller carraspeó.

Después de que el patriarca me hubo familiarizado con la complicada situación política reinante, me presentaron al emperador. Teodoro es un hombre magro y ascético, que no causa la impresión de mucha salud, y que por cierto tose mucho, aunque intenta ocultar su posible tuberculosis. Tanto más me llamó la atención la claridad de sus ideas. Lo primero que preguntó fue: «¿Qué haría el gran khan en mi lugar?» Y comprendí que se trataba de una pregunta capciosa. El soberano quería ponerme a prueba.

—El poderoso *khagan* jamás se encontrará en una situación así —le reprendí—. Pero si él os fuera a aconsejar, el único consejo podría rezar así: «Destrozad esa tela de araña antes de que se vuelva peligrosa para vos. Debéis tejer vuestra propia telaraña, ser vuestra propia araña.» Se me quedó mirando como si la metamorfosis estuviese ya produciéndose.

—Sois un hombre inteligente, que no se deja atrapar tan fácilmente. ¿Queréis decir que debo atacar Épiros antes de que el déspota adquiera demasiada fuerza?

—Enviad a vuestro mejor general para que ataque ese país. Al príncipe de Acaya lo podéis comprar, eso os resultará más barato que emprender una campaña contra él, y tenéis que evitar también que Manfredo os ataque. ¡En cambio, el Papa es vuestro aliado natural y, por tanto, debéis hacer las paces con él!

Una fina sonrisa suavizó la severidad de sus rasgos.

—William de Roebruk, vuestro consejo me saldría demasiado caro. Al final tendría que pagar también a Roma, que, como todos sabemos, es insaciable.

—Si recuperáis Constantinopla, os podríais resarcir...

Pero él me interrumpió.

—Las cajas de Constantinopla han quedado vacías, gracias al señor Balduino<sup>[434]</sup>, que se dedica ya a vender el resto del patrimonio que le queda al Estado. No, ésa no

es la solución. No todo se soluciona con dinero...

En ese instante nos interrumpieron, anunciando la presencia del patriarca. El hombre debía de haber estado escuchando, porque después de una breve reverencia dirigida a su emperador, me dijo con retintín:

—Me sorprende que precisamente William de Roebruk pretenda que hagamos las paces con Roma. ¿No será que lo único que desea, en el fondo, es proteger a la pareja real? —Me lanzó una mirada cargada de ironía triunfal—. Roç y Yeza, como reyes de Sicilia, serían bastante más aceptables para el papa Alejandro que ver a Manfredo coronándose a sí mismo. Y, además, ¡nos resultaría más barato!

—¿Cómo es eso, mi querido Arsenio? —preguntó el emperador Teodoro con amabilidad, pero aún incrédulo.

—¡Es muy sencillo! —El patriarca tenía la explicación a punto—. En el caso de que el señor Manfredo ya no estuviera entre los vivos, *miserabiliter infectus*, la corona le correspondería al auténtico heredero, el pequeño Conradino, un niño todavía, que no sabría imponer su reivindicación, con lo que tendríamos despejado el camino para imponer la solución que más nos conviniera. A Roç y Yeza no les interesa Grecia.

—¿Y cómo vamos a conseguir lo que la Santa Sede no ha conseguido desde que los Hohenstaufen reinan en Sicilia?

—Porque Grecia nunca ha intentado emplear ciertas mixturas orientales de las que los médicos en Salerno jamás han oído hablar, ¡y para las que, por tanto, tampoco tienen un antídoto a mano! Esa es nuestra baza.

—Probad esa mezcla en William de Roebruk —ironizó el soberano—. ¡Si no sobrevive, tendremos la prueba de que hay una pequeña esperanza de éxito!

—Si William muriese aquí en Nicea, el hecho nos proporcionaría mala fama —objetó el patriarca, por suerte, en favor mío—. Por otro lado, comprendo que no debería abandonar estos muros, pues al estar enterado de nuestras intenciones...

—¡Las vuestras! —le reprendió el emperador con firmeza—. Yo no quiero saber nada de todo eso, ni lo he oído, ¿verdad, William?

Asentí, mudo de asombro.

—El embajador del gran khan es intocable —prosiguió el emperador—. ¡Procurad que a nuestro querido huésped no le falte nada!

El patriarca se inclinó, me hizo una seña para que le siguiera, y abandonamos la estancia.

—Bonita perspectiva —dijo Manfredo, cuando se dio cuenta de que Juan deseaba intercalar una pausa.

—En el caso de que William nos honre con su visita, deberíamos agradecerle de todo corazón —dijo el médico— el habernos informado, aunque sea por esta vía, de

lo que nos espera.

—Tomad de inmediato las medidas necesarias, sobre todo contra los griegos.

—¿Queréis que siga leyendo? —preguntó Juan de Procida, bastante seguro de cuál sería la respuesta, que no se hizo esperar:

—¡No! ¡De momento ya basta!

—En este caso deberíamos comentar algunas cuestiones de nuestro propio gobierno, aunque sean bastante menos aventureras que esos proyectos disparatados que se incuban en la corte de Nicea en torno a la pareja real.

—¡Exponed vuestros planes, canciller! —Manfredo se arrodilló en el reclinatorio, y Juan se vio convertido de repente en una especie de sacerdote. Pero el médico no solía jugar con las cuestiones religiosas y tampoco le agradaba la blasfemia, aunque por su origen era, por supuesto, un enemigo natural del papado.

—Vuestro aliado, el senador Brancaleone, ha conseguido hacerse nuevamente con el poder en la urbe, y los romanos han tenido el valor de poner al señor Alejandro de patitas en la calle. El Papa ha huido a Viterbo.

—¿Otra vez? —preguntó Manfredo, visiblemente complacido.

—Podéis darles las gracias a los barones ingleses —prosiguió su canciller.

—Lo haré con mucho gusto, querido médico. Enviad una nave a Londres e invitadles a mi boda.

Pero al de Procida no le bastaba.

—También podéis darle las gracias al nuncio papal Arlotus, que se comportó con tanta insolencia en Londres que todo el mundo se puso contra él y contra sus planes para Sicilia.

—¡Carlos de Anjou! —se le escapó al joven soberano—. No le tengo miedo —añadió adoptando una expresión rebelde.

De todos modos, Manfredo no quiso seguir arrodillado, y se levantó de un salto.

—En realidad tenía la intención de hacerme coronar junto a mi joven esposa, pero ahora estoy decidido a no esperar ni su llegada, ni la boda. Prefiero coronarme cuanto antes, ¡y os ruego que procedáis a los preparativos necesarios, querido Juan!

El canciller reflexionó un instante.

—Ayer mismo llegó a Messina el señor Sigbert von Öxfeld, comendador de los caballeros teutónicos.

Pero Manfredo se enfadó.

—¡No necesito que me bendigan los germanos! En cambio, os debéis preocupar de las *iocalia*<sup>[435]</sup>: ésas sí las necesito.

—Las joyas de la corona las guarda el señor Bertoldo de Hohenburg<sup>[436]</sup> en Venecia...

El joven soberano se mostró disgustado.

—Ya sé que las guarda hasta que el legítimo...

—¡Nada de eso —le interrumpió el canciller, inmutable—, lo que sucede es que las ha empeñado!

—¡Perfecto! —Manfredo se echó a reír—. ¡Así las podréis desempeñar!

—Ya lo he hecho, mi señor y rey —dijo Juan y se inclinó.

## **Pasión, dolor y arrebató**

El Taxiarcos admiraba las construcciones perfectas del famoso ingeniero Villard de Honnecourt, de quien se creía que era un hombre muy cercano a la orden de los templarios. En Carcasona, Pier de Voisins le había mostrado orgulloso el trabuquete<sup>[437]</sup>, esa gigantesca catapulta desmontable con la que finalmente pudo ser vencida la resistencia del Montségur. Ahora se encontraba frente a la sierra mecánica de la que tanto había oído hablar. Ese mecanismo aprovechaba la fuerza del agua como cualquier rueda de molino; poseía un sistema complicado de rodetes que procuraba que la hoja de sierra tensada se moviera uniformemente en vaivén, convirtiendo los troncos de los árboles más retorcidos en vigas rectas, tablones delgados y toda clase de palos lisos, de medida igualada. Los peones que atendían esa máquina se limitaban a mirar como señores, pues no tenían otra cosa que hacer que preocuparse de que la sierra no se calentara demasiado, de que sus dientes no dejaran de estar afilados y de que su hambre fuese saciada constantemente con nuevos troncos. El Taxiarcos había viajado mucho, y observó a primera vista que la máquina escupía tablones y vigas que no podían servir más que para reforzar las paredes de los túneles subterráneos donde se guardaba el tesoro de los templarios. El ya sabía que los superiores de la orden no hacían extraer de las entrañas de la tierra algún metal precioso que hubiese que fundir y purificar, sino que todas las joyas que podían acaparar los monjes caballeros sobre la tierra, coronas y copas, cálices y estuches, estatuillas y crucifijos creados por los más selectos orfebres, diademas, cadenas y pulseras, eran devueltos en el interior de la tierra, a lo largo de un recorrido subterráneo, a su estado original, convertidos en monedas sencillas, pero de oro puro, con las que la orden podría, ya que no gobernar el mundo, pero sí comprarlo. Así pues, al Taxiarcos tampoco le sorprendió ver en los alrededores del aserradero cubierto varios montones humeantes donde unos carboneros transformaban los desperdicios de la madera, las raíces y ramas inservibles, en carbón vegetal.

Mas de Morency no había entendido o no quería comprender que no tenía sentido dirigir preguntas a los peones, pues se mostraban tan mudos como los carboneros.

—¿No gastarán todo ese carbón para calentar el castillo de Redae? —Inició sus indagaciones, y obtuvo como respuesta unas miradas poco amistosas o incluso despreciativas—. Lo más seguro es que sirva para mantener en marcha un fuego capaz de fundir el oro y la plata.

Pons quiso ayudar a su amigo, pero Raúl, que veía que los peones empezaban a armarse con palos, empujó a sus compañeros y les obligó a seguir su camino.

Cruzaron el puente por el que el Taxiarcos ya se había adelantado. Todavía no habían superado la garganta cuando ya les alcanzaban las primeras piedras, de modo que tuvieron que correr y ocultarse en una cueva que se abría en la pared rocosa que tenían enfrente. Al ver que algunos de los carpinteros y madereros les seguían, enarbolando sus palos y emitiendo unos sonidos desarticulados, aunque amenazadores, como suelen salir de la boca de los mudos, Raúl optó por cortar las cuerdas que sujetaban el puente colgante, y sus perseguidores cayeron a las profundidades de la garganta.

—¿Por dónde regresaremos? —se espantó Pons, pero Mas se limitó a darle un codazo.

—¡Esa palabra ya no existe para nosotros! ¡Cuando encontremos el tesoro, haremos construir aquí un puente de mármol sobre el abismo!

—Tened en cuenta siempre —les recordó de repente Raúl, que se mantenía más bien en silencio—, que el oro no se come.

—Monseñor Gosset está a punto de hacerse tan indispensable para la pareja real —dijo Yeza—, que la situación empieza a mosquearme.

—¿Por qué desconfiáis de él, querida? —repuso Roç—. Lo que pretende es coleccionar méritos, porque de ellos obtiene un beneficio. Esta forma de dependencia recíproca creo que es la más sana, si la comparamos con el sacrificio idealista o la esclavitud.

Roç y Yeza estaban vigilando, en el interior de la iglesia, el proceso de desmontaje del grupo del Calvario. Abdal el Hafsida había destacado, obedeciendo a la solicitud de Gosset, a una docena de sus marineros más capacitados. A primera vista podía parecer que una manada de piratas moros habían asaltado la iglesia de Santa Magdalena, pero seguramente habían recibido severas instrucciones de comportarse como si fuesen simples carpinteros franciscanos. Los soldados de Mirepoix también pusieron manos a la obra, de modo que no pasó mucho tiempo y todas las figuras del Calvario quedaron depositadas en el suelo. Bezù de la Trinité hizo una vez más acto de presencia. Llevado por la locura y el fanatismo propio de un mártir llegó montado en un carro, saltó a tierra y quiso plantar batalla a todos los poderes del infierno. Para este fin había traído consigo a dos monaguillos y dos niños del coro, que llevaban velas encendidas y movían los incensarios, cuando el demonio se les enfrentó en la persona del sacerdote Gosset.

—¿Seguramente venís a bendecir nuestro trabajo, que estoy seguro merece el visto bueno divino? —recibió el sacerdote al furioso inquisidor.

—¡No molestéis! —le gritó éste a Gosset, sin detener el paso—. ¡Os excomulgaré



de todos modos, indigno servidor de la Iglesia!

Pero el interpelado no se movía del sitio, por mucho que los niños intentasen ahuyentarlo con los incensarios.

—La pareja real ha decidido crear una fundación que aportará fama y gloria a toda la cristiandad. —Gosset ni se dejaba interrumpir ni cedía el paso—. Este valioso grupo del Calvario, una obra maestra del arte occidental de talla en madera, será trasladado por cuenta de la pareja real a Jerusalén, e instalado en un lugar donde pueda ser debidamente venerado, en tierra bendita, mientras que aquí, entre estos muros dejados de la mano de Dios y ya desacralizados, les espera una lenta y segura descomposición.

—¿Y quién lo garantiza, quiero decir, cómo puede admitir la Iglesia una fundación de las manos de...?

Trini se mostraba ya inseguro, de modo que Gosset no tuvo más que remachar el clavo.

—En el puerto de Perpiñán espera un velero procedente de Tierra Santa, y a bordo está su eminencia el primer metropolitano de Belén, personalmente, para conducir al Crucificado y a su familia, a los ladrones y a los verdugos, a los discípulos y a todos los santos, a su lugar de destino.

—La sagrada ciudad de Jerusalén espera con alegría la llegada de la pareja real, que establecerá allí su residencia —añadió el dogo, que se había acercado al grupo.

—Que tomen residencia donde quieran —resopló Trini—, pero la figura de Nuestro Señor Jesucristo debería ser instalada en la iglesia del Santo Sepulcro<sup>[438]</sup>, para que todos puedan tener presente su sufrimiento y su triunfo final.

—Buena idea —le elogió el dogo, y Gosset preguntó, sin querer darle demasiada importancia:

—¿Cuánto costaría una procesión sonada, desde aquí a la costa, hasta Perpiñán?

—¿Quién la pagará? —le devolvió Trini la pregunta.

Gosset vio ganada la partida.

—Nuestros benefactores, la pareja real, seguramente apreciarán que vos, Bezù de la Trinité, queráis bendecir este último viaje del Crucificado a través de Occitania.

—Costará bastante —suspiró el inquisidor—. Necesitaremos varios días y todos los sacerdotes de las iglesias por las que pasemos, querrán su parte...

—Calculadlo bien y hacedme saber el precio —dijo Gosset—. Hay que contar también con el gasto de transporte. Si estáis de acuerdo, yo creo que las imágenes deberían atravesar el país en diferentes carruajes descubiertos, perfectamente erguidas y de pie, y a paso muy lento, para que todos puedan verlas y despedirse de ellas antes de que crucen el mar para llegar a Tierra Santa y sean instaladas allí, atrayendo bendiciones sobre nosotros, pobres pecadores.

—¡Bellas palabras! —Trini estuvo a punto de abrazar al sacerdote, que aún

retenía en la manga una última propuesta.

—Precisamente porque somos pobres pecadores —su voz adquirió un tono de arrepentimiento— creo que la procesión ganaría mucho si algunos de nosotros, que se lo merecen, recibieran a lo largo del camino de vez en cuando unos latigazos sobre la espalda desnuda.

—¡Una idea genial! —Trini la Gorda se sentía más y más feliz—. Yo mismo aplicaré esos latigazos.

—He pensado —añadió Gosset— que el señor Georges Morosin y un seguro servidor mereceríamos ese castigo.

El dogo parecía asustado, pero Gosset le cogió de la mano y declaró en nombre de ambos:

—Nos sentiremos felices de poder pagar de este modo tanta ambición y tanta ruindad, tantos pensamientos egoístas y engañosos. —Le apretó la mano al dogo y añadió—: ¡Que Dios nos ayude y nos perdone!

Trini estaba tan conmocionado que los abrazó y depositó un beso fraterno en sus mejillas.

—¿No has entendido, Raúl, por qué todos esos gnomos se mantienen tan callados? —Mas de Morency miró una vez más hacia atrás, hacia el cono rocoso del que salía un humo negro, mezclado con chispas encendidas—. ¡Les han cortado la lengua!

Raúl de Belgrave sacudió el cuerpo, lleno de espanto, y se dirigió al Taxiarcos que, como siempre, encabezaba el grupo en silencio.

—No podemos estar lejos de nuestra meta. Esa montaña vaciada por dentro, que parece un volcán, es en realidad un gigantesco horno encendido. Desde arriba arrojan carbón vegetal en abundancia y piezas de oro y de plata, y por abajo sale el metal líquido, llena unos moldes de arcilla y se enfría en las aguas de la montaña.

—Aunque esos esclavos pérfidos no hayan querido enseñarnos nada —añadió Pons afanoso—, sí he visto restos de oro y plata en el suelo. He visto gotas solidificadas.

—Y toda esa montaña de moldes rotos, todos del mismo tamaño, como para fabricar unos lingotes manejables —agregó Mas sus explicaciones—, todo esto demuestra que los templarios tienen aquí el centro de su fundición, el asno de oro que caga pieza tras pieza de oro para ellos.

Sus ojos brillaban de codicia.

Raúl era el único de los tres que mantenía la compostura, y no sólo exteriormente. La idea del tesoro y de las riquezas ansiadas le impresionaba poco. De modo que se limitó a responder:

—Ahora ya sabemos adónde va a parar el oro, las metamorfosis que sufre. Sólo

nos queda por descubrir dónde y cómo lo guardan, aunque podemos estar seguros de que estará bien vigilado.

—¿Acaso lo vigilará un horrible dragón? —Mas soltó una risa—. ¡A mí no me da miedo!

Raúl seguía hilando su historia:

—¡Yo sí creo que habrá quien se asuste cuando vea por la noche que se abre la montaña, que sale humo de sus narices y que unos ojos encendidos te miran mientras le salen llamas por la boca y la cola del dragón desciende ardiente hasta el agua, para desaparecer allí en una nube chisporroteante de vapor!

Pons parecía impresionado.

—Pero ¿verdad que los dragones no existen? —preguntó atemorizado y Mas añadió al relato:

—Yo no estaría tan seguro, Pons. Aún estás a tiempo de volverte a casa.

—Hay algo que se os escapa —tomó la palabra el Taxiarcos, y todos callaron—. En ese lugar también estaban fundiendo mineral de hierro, y utilizaban otros moldes para colarlo. ¡Eran puntas de lanza! ¡Puntas de hierro, listas para aplicarles el vástago, centenares de puntas de lanza! ¿Recuerdas el aserradero? —Se dirigía casi exclusivamente a Raúl, cada vez que quería comunicar algo a los tres, y éste aceptó sin reservas su papel de portavoz.

—Recuerdo unas piedras negras y brillantes que vi junto al horno, y ahora sé que se trataba de carbón piedra. ¿Eso es lo que pensáis, Taxiarcos? Montones de palos de madera, todos de la misma longitud y del mismo grosor, con la punta afilada... ¡Bastarían para armar a todo un ejército!

El Taxiarcos asintió satisfecho.

—No me extrañaría que también fabricaran allí otras armas, todo lo que exige un trabajo minucioso por parte de centenares de herreros, puntas de flecha, herraduras, espuelas y piezas brutas que después se endurecen y se afilan al fuego, para fabricar espadas.

—¡Armas, armas, armas! —se mofó Mas—. ¡A nosotros no nos interesan! Nosotros no queremos conquistar el mundo, sino vivir felices con el oro, ¡sin mover un dedo!

—¡Bonita idea tienes de la vida de un caballero! —le riñó Raúl, y Pons, que se sentía contento cada vez que podía asestarle una puntilla a Mas, añadió:

—Además, ese oro que ya consideras tuyo hay que encontrarlo primero. —Pons seguía reflexionando—. Si están fabricando armas, será porque las quieren utilizar, en una guerra de la que no sabemos nada, aunque, por otra parte, tampoco nos importa.

—¡Muy bien, Pons! —le elogió el Taxiarcos—. Pero hemos de estar preparados para enfrentarnos a los que vigilan ese oro, que para ellos representa la caja de guerra con la que pagar a los soldados de su ejército. ¡De ahora en adelante habrá que evitar

toda palabra innecesaria, pues la lucha ya ha empezado! —Y miró a sus compañeros—. Yo me pongo a la cabeza, luego tú, Pons, después Mas, y Raúl a la cola.

Así entraron a pie en un pasillo que se abría frente a ellos entre las rocas. Tuvieron que agacharse, pues la altura no permitía el paso de un luchador orgulloso y erguido.

—¡Mierda! —murmuró Mas.

La procesión parecía a primera vista más bien una caravana. Unos carros planos, normalmente utilizados para transportar estiércol, ofrecían sus anchas plataformas, limpias y fregadas, en la plaza anterior a Santa Magdalena, dispuestos para que fuesen cargadas las figuras del Calvario. En el primero de ellos, rodeado de soldados vestidos de romanos que mantenían al público a raya, esperaba ya el ladrón de la derecha, pero el de la izquierda no aparecía, y Gosset pidió disculpas a la pareja real por lo que parecía un robo evidente. Los jóvenes no insistieron y la cruz del ladrón siguió vacía. Después aparecieron en el carro san José y santa Germana, aunque la presencia de ambos en el momento de la Crucifixión era más bien discutible. Los marineros del Hafsida se subieron también al mismo carro, pues no veían clara la razón de tener que seguirlo a pie.

A continuación venía lo más importante, que no era ni mucho menos Jesús con la corona de espinas, sino el inquisidor Bezù de la Trinité, en cuyo carruaje tomaron asiento también Gosset y el dogo. El castigo que debía ser aplicado a los pecadores estaba previsto para más adelante, cuando tuvieran a la vista alguna población que mereciera la pena, ya que, de otro modo, se perdería el efecto de los latigazos. El Crucificado, en cambio, tendría que seguir todo el viaje expuesto al sol, acompañado de la Madre Dolorosa que tiende las manos, abrumada por el sufrimiento, y de María de Magdala, llamada también «la Pecadora». Todos los carros habían sido adornados con flores y hojas verdes, incluso el de la pareja real, que era el siguiente. Al igual que el carruaje del inquisidor, también el suyo era tirado por caballos. Jordi ocupaba el asiento del conductor, y también les acompañaba la doncella Geraude. Filippo y las otras dos mujeres iban al final de la comitiva, encima de los tres carros llenos de enseres, que habían sido cubiertos con gruesas lonas para protegerlos de las posibles inclemencias del tiempo y de los ladrones. Los carros que trasladaban las figuras del Calvario y las imágenes de los santos iban tirados por bueyes, y el último de la procesión cargaba con las pertenencias de la primera clama de la corte, que las vigilaba personalmente.

A ella se acercó Simón, el futuro templario, para despedirse, pues hasta entonces habían compartido placeres y sinsabores. La dama Mafalda se indignaba siempre de nuevo cuando comprobaba que aquel hombre callado y fuerte prefería ponerse al servicio de la orden, en lugar de someterse a ella y a las leyes del amor.

Por última vez quiso advertirle:

—Quién sabe lo que habrá sido de mí si algún día lo pensáis mejor.

Pero el joven se limitó a besar la mano que ella le ofrecía, después dobló la rodilla ante Roç y Yeza y se apartó. Guillem de Gisors, que estaba despidiendo al dogo y a Gosset, le observaba con mirada de desconfianza, y la pareja real se despedía de Guillem con un gesto amistoso, aunque forzado, mientras el inquisidor se abstenía de todo saludo.

El templario estaba contento de perder de vista a toda a esa pandilla, incluido el grupo del Calvario. Así se borrarían las últimas huellas del fenecido preceptor y Redae, en lugar de ser un *locus maledictus*<sup>[439]</sup>, volvería a caer en la insignificancia de un montón de piedras ruinosas. Se le escapó que el demonio había quedado acurrucado detrás del portal de la iglesia.

Roç y Yeza habían querido llevarse aquella figura, porque le habían tomado cariño, pero Trini montó una escena tal que Gosset les aconsejó renunciar a llevárselo, para no poner en peligro toda la empresa.

El inquisidor, poco antes de partir, bajó de nuevo del carruaje y entró en la iglesia, sólo para cerciorarse de que el demonio seguía en su sitio. Después dio la señal de partir. Unos niños vestidos con camisitas blancas sostenían gigantescas velas encendidas y rompieron a cantar.

*O María, Deu maire,  
Deus t'es fils et paire.*

La gente agitaba las banderitas y el coro de hombres que Trini había reunido entonó el himno:

*Domna, preja per nos  
To fill Ion glorios.*<sup>[440]</sup>

Los monaguillos que acompañaban la procesión balanceaban los incensarios, y un grupo de músicos con tambores y flautas, trombones y cuernos, se situó a la cabeza.

*Eva creet serpen  
un angel resplanden  
per so nos en vain gen:  
Deus n'es om veramen.*<sup>[441]</sup>

Redae jamás había visto una procesión tan numerosa, uno después de otro

rodaron los carros por el camino serpenteante hacia el valle, las imágenes se mantenían erguidas gracias a las fuertes cuerdas que las sujetaban.

*Car de femma nasquet,  
Deus la femma salvet;  
e per quo nasquet hom  
que garit en fos hom.*<sup>[442]</sup>

—¡No me había imaginado así nuestra despedida de Occitania! —dijo Yeza. Roç mantenía la vista fija en las cúpulas de Santa Magdalena, que se iban alejando. A duras penas reprimía las lágrimas.

—¡A *Diaus*, Gavin Montbard de Béthune! —exclamó de repente y se incorporó de un salto—. *Que Diaus vos hensigna!*<sup>[443]</sup>

Yeza le tiró suavemente de la manga. Sin mirar hacia atrás, hacia la ciudadela del templario, susurró:

—¿Dónde está Jacobo ben Mordejai, la voz del profeta?

Roç ya se había repuesto.

—Yo creía que vendría con nosotros. ¿Qué iba a hacer en este lugar, una vez abandonado hasta por san José?

—*Terribilis iste locus est* —reafirmó Yeza.

La comitiva rodaba en ese instante con los frenos tensos por las calles en pendiente entre las ruinas de la antigua capital de los godos. La población había acudido en pleno, bordeaba el camino y saludaba. Algunos se arrodillaron cuando pasó por delante la cruz tambaleante con el Redentor, pero la mayoría gritaba: «¡Magdalena! ¡Magdalena! ¡No nos abandones!», y cuando pasó el carruaje con la pareja real, y aunque muchos los saludaban jubilosos, unos cuantos no dejaban de protestar.

—¿Por qué nos robáis a la santa? ¡Sois unos ladrones, la Magdalena debe quedarse en Redae!

Los soldados de Mirepoix, que rodeaban el carruaje, impidieron que Roç y Yeza sufrieran algún percance, aunque no pudieron evitar que el público les arrojara frutas podridas. Geraude dejó su asiento en la parte posterior y se dedicó a limpiar los restos de los proyectiles y a frotar las manchas. Al doblar una curva creyeron ver encima de una roca la cabeza canosa de Mauri en Raimon, que tenía al pequeño Xolua cogido de la mano, pero una vez superada la curva ya no le vieron más.

—¡Nos ha saludado! —observó Roç con satisfacción—. Le agradezco el gesto.

—Espero que Trini no pueda atraparle jamás —dijo ella—. Quiero recordarle como parte de nuestra patria, Occitania.

—Nuestra patria perdida —murmuró Roç y sintiendo una repentina emoción,

abrazó a Yeza, mientras hundía la cabeza entre los cabellos de la joven.

*Vida qui mort aucis  
nos donnet paradis.*

Detrás de ellos, los niños del coro del inquisidor entonaron la coral:

*Gloria aisamen  
Nos do Deus veramen.*<sup>[444]</sup>

## **Despedida de Occitania**

El almirante Taxiarcos y sus tres marineros habían recorrido durante bastante tiempo aquel pasillo bajo, tropezando con las guías de madera y siguiendo el cable de tracción que se veía entre las mismas y que provocaba en el Taxiarcos una rabia apenas reprimida, pues temía que cualquier movimiento del cable traicionase su presencia allí. Al fin vieron una luz lejana, y también les llegaba con creciente nitidez un ruido extraño y uniforme. A partir de ese momento avanzaron con mucha precaución. Pronto se dieron cuenta de que habían alcanzado el final del túnel, pero que éste no desembocaba al aire libre, como en otros casos, sino en una especie de chimenea, en la que una torre de madera perfectamente anclada ocupaba casi todo el espacio cuadrado. Dentro de esta torre se veía una cesta suspendida, en la que cabían como máximo dos hombres. El cable al que habían seguido como si fuese el hilo de Ariadna, terminaba en un huso de madera que en aquel momento estaba desacoplado; otro huso, también inmóvil, sostenía la cuerda de la que colgaba la cesta. Entre ambos husos giraba en vacío una rueda dentada de madera que provocaba aquel horrible ruido, como lo suele emitir un cojinete gastado y que desde hace mucho tiempo no ha sido engrasado.

—Si ponemos en movimiento ese ascensor —les susurró el Taxiarcos a sus compañeros—, nos descubrirán enseguida, y nos cazarán como a topos indefensos.

—Serían capaces de cortar la cuerda —observó Mas—, y dejarnos caer al fondo, para que nos matemos.

—Veamos —resumió el Taxiarcos—. ¡Hemos llegado a la meta y tenemos que subir! —Señaló hacia arriba, hacia los travesaños de la torre de madera—. Si no lo hacemos, tendremos que volver atrás.

—Escalaremos la torre —propuso Raúl—. Yo seré el primero. —Sacó un puñal de hoja ancha y lo sujetó entre los dientes.

—¡Al asalto! —exclamó Pons y quiso seguirle, pero Mas le tiró de los pantalones hacia abajo.

—¡Tú vas a la cola! —le espetó, y el Taxiarcos tuvo que separar a los dos gallos peleones.

De modo que Pons fue el tercero en trepar, mientras que él mismo se reservaba para intervenir en caso de urgencia. Pero la razón verdadera de querer ser el último se demostró cuando se retiró un paso, para que ya no le vieran los que trepaban por el interior de la torre hacia lo alto de la misma. Taxiarcos sacó del bolsillo un papel que contenía un esquema bastante exacto de un sistema de cuevas subterráneas, un esquema cuyos trazos revelaban la mano de Rinat le Pulcin. El Taxiarcos intentó memorizar no solamente la situación de los lugares dibujados, sino también sus nombres: había allí un «cuarto portal» llamado «el Apocalipsis, pasando por la gruta del Evangelio apócrifo<sup>[445]</sup>»; el segundo a la izquierda se denominaba «la Puta de Babilonia»; el primero a la derecha «la Catedral del Gran Animal». Después volvió a guardar el dibujo del pintor en el bolsillo de la pechera y se acercó de nuevo a la torre de madera, donde vio que Raúl había llegado ya hasta arriba y, al parecer, había inspeccionado el entorno de la salida sin que se viera amenazado por algún peligro reconocible, pues le hizo señas al Taxiarcos para que ascendiera también. De modo que trepó hacia arriba, pasó por delante de los otros dos y sacó con mucha precaución la cabeza del agujero.

Se encontraban en medio de un patio empedrado y rodeado de unos muros lisos de azulada piedra basáltica, cuyo aspecto les impresionó sobre todo porque no se veía ni un alma cerca. A sus espaldas tenían el tejadillo de una puerta, que aparecía cerrada hacia el exterior, y donde vieron detrás de la reja abatible una gigantesca rueda de cangilones impulsada probablemente por una corriente subterránea. Era evidente que estaba destinada a girar en continuo el eje ruidoso que debía mover la rueda dentada de la parte baja del ascensor. Ante los ojos de los intrusos, es decir, exactamente enfrente, se elevaba una montaña, cuya parte frontal también había sido revestida con basalto azul hasta una altura bastante superior a la de los muros, y en cuya superficie lisa sin ventanas solamente se veían algunas troneras. Las tres puertas de madera maciza de roble que aparecían a ras de tierra, las tres cerradas, debían conducir al interior de la montaña.

El Taxiarcos hizo una seña a sus hombres. Raúl y él fueron los primeros en salir del pozo, después subieron Pons y Mas, hasta reunirse los cuatro en medio del patio vacío. Guardaron los puñales y se encaminaron hacia la puerta central. Como si la mano de un fantasma las moviera, se abrieron las pesadas hojas hacia el interior, aunque con un considerable ruido quejumbroso, y se vieron en la oscuridad de una mina abierta en la roca. Durante unos instantes se detuvieron, intimidados, hasta que oyeron a sus espaldas una voz malhumorada:



—¿Quién viene a molestar?

Asustados, dieron media vuelta y vieron en lo alto de la muralla y de la rueda de cangilones, sobre el bastión entre las dos torres que enmarcaban la puerta que conducía al exterior, a dos sargentos templarios vestidos con túnicas oscuras, marcadas éstas con la cruz escarlata con los extremos en forma de zarpas. Eran dos ancianos encanecidos al servicio de la orden.

El Taxiarcos anunció con firmeza:

—Nos manda el preceptor.

—¿Sin avisar ni saber el santo y seña? —les llegó de nuevo la voz malhumorada y desconfiada.

El Taxiarcos pronunció, al ver que los templarios no daban señal de querer ayudarles, aunque tampoco parecían dispuestos a impedirles el paso, los nombres que se sabía de memoria:

—Después de «la cuarta puerta del Apocalipsis», atraviesa «la gruta del Evangelio apócrifo», hay que dirigirse hacia la izquierda, a «la segunda mina de la Puta de Babilonia», confiarse a la primera entrada a la derecha y llegar a «la Catedral del Gran Animal».

—¡Id con el Baffometi! —le respondió el primero de los templarios, sin modificar su tono malhumorado—. ¡Pero largaos de aquí!

—¡Vamos al infierno! —respondió el Taxiarcos y pasaron al interior de la montaña.

Tal como Bezù de la Trinité, llamado también gran inquisidor del Languedoc, del Rosellón y de Razès, o Trini la Gorda, como le apodaba el pueblo, había predicho, acudía cada vez más gente, incluso de los alrededores, para ver la mayor procesión que jamás se recordaba desde la cristianización de Occitania, ¡mejor aún, desde que existía la Iglesia! Trini había vestido vistosos ropajes para celebrar el evento, que pensaba alargar en varios días, convencido de que hasta el propio Papa de Roma le habría envidiado. Lo único que le faltaba era la tiara sobre su redondo cráneo.

Se detenían en cada iglesia, por pequeña y pobre que fuera, casi siempre con el resultado de que los campesinos y pastores sacaran a su propia Virgen o a su santo patrón del pedestal y se adhirieran a la comitiva triunfal. Bezù los acogía con satisfacción, pues cada santo participante significaba más dinero, sobre todo desde que los dos pecadores habían echado a correr delante de su carruaje, con el torso desnudo para que él les asestara los dolorosos latigazos necesarios para fortalecer su arrepentimiento.

No obstante, si alguien hubiese podido escuchar la conversación que sostenían los dos pecadores entre ellos, podría haber dudado de su contrición.

—De cada cien, cincuenta se los queda el Hafsida —se quejó el dogo, para quien

el hecho de tener que ir a pie era ya un inmerecido castigo. La culpa era del sacerdote, que además se atrevía a exigir una parte del dinero.

Gosset le respondió con un hilo de voz, pues aunque acostumbrado a sufrir penalidades físicas, no carecía de sensibilidad:

—¡Yo sólo cobro el pobre porcentaje que me corresponde como intermediario!

El dogo no se daba por vencido:

—¡Y la mitad del dinero que se obtiene con la venta de las figuras sagradas!

—¡Con todo derecho —resopló Gosset—, puesto que soy el representante oficial de la pareja real!

Miró hacia atrás para ver si el inquisidor estaba preparando el látigo, y para ver también si Roç y Yeza seguían en la comitiva. Todo se desarrollaba tal como estaba previsto, de modo que siguió prestando gustosamente su espalda.

—Vosotros tampoco saldréis con las manos vacías —quiso tranquilizar al ávido templario, aunque sólo fuera para que a Georges Morosin no se le ocurriera pensar que el valor de las sagradas imágenes de madera podría ser infinitamente superior al que se obtuviera por su presunta venta en un mercado de artículos religiosos de Tierra Santa, donde los príncipes que participaban en las cruzadas, y algunos peregrinos ricos pagaban sumas considerables por cualquier reliquia, pues sin traerse un recuerdo de los santos lugares el viaje no habría valido la pena. De ahí que las innumerables astillas de la Vera Cruz, arrancadas de una madera cualquiera y debidamente tratadas con cal viva, expuestas al rescoldo de un pequeño fuego y enterradas durante algún tiempo en la arena del desierto, amenazaran con no agotarse jamás.

—Como sólo me corresponde una cuarta parte de lo que va a parar al tesoro de la orden, e incluso eso solamente gracias a la intervención del Hafsida, dado que, como templario, me está prohibido todo enriquecimiento personal —jadeaba el dogo, al que le costaba cada vez más hablar, calcular y correr al mismo tiempo—, deberíais cederme tal vez las cruces de los ladrones, pues no hacen más que molestar en el conjunto de la Sagrada Familia y su dolor.

Gosset le respondió:

—Os regalo la cruz del ladrón de la izquierda. ¡Cualquier carpintero hábil os fabricará con ella un sinfín de reliquias!

—Podríais añadir a san José —y la voz del señor Morosin carecía ya casi de sonido—, que, de todos modos, ¡no tiene por qué estar en el grupo!

—¡Ni vos tampoco! —le respondió Gosset—. ¡Pero callad ahora! ¡Nos toca el látigo! Ese pueblo de ahí es Grau de Maury, y allá arriba, encima de la roca, podéis ver el castillo de Quéribus.

En aquel instante cayó sobre su espalda el primer latigazo, y el segundo sobre la del dogo. El carruaje se había detenido brevemente, para que Trini pudiese bajar del

mismo. El inquisidor aplicó de inmediato un segundo latigazo doble, al ver que se había reunido gente junto al camino. Algunos estallaron en júbilo, pero otros lanzaban piedras que hicieron volver a Trini la Gorda rápidamente hacia la protección que le brindaba el carruaje.

—Estamos representando una farsa inmunda —se lamentaba el dogo—. Si acude algún templario y observa que un clérigo ordinario me administra latigazos, el próximo capítulo de la orden acordará mi expulsión.

—A nadie se le ocurriría pensar que un templario hace de pobre pecador —le consoló Gosset—. Y de este modo podemos vigilar al inquisidor, que es lo importante, hasta que lleguemos a Perpiñán y tengamos la cubierta del velero bajo nuestros pies, junto con... —a punto estuvo de decir «nuestro botín», pero se refrenó — el Crucificado y las figuras que le rodean, además de los santos.

—Una vez allí, ¡podríamos echar a Trini de la nave, administrándole un par de latigazos! —gruñó el dogo, mientras se detenían delante de la capilla de Grau de Maury.

Roç y Yeza saltaron del carruaje, deseosos de estirar las piernas. Una vez sufrida la «pasión del pobre pecador» delante de la puerta de alguna iglesia, Gosset acostumbraba a retirarse al carruaje de la pareja real para refrescarse un poco. En ocasiones también se acercaban Jordi, Filipo o Potkaxl para informar de las incidencias del viaje, mientras que la dama Mafalda no solía abandonar el carro cargado con sus pertenencias, pues temía más a los ladrones de los pueblos que a los bandoleros de la montaña. Aunque ahora ya habían llegado a un amplio valle que desembocaría en la costa, y no existía tanto peligro. De repente se quedaron todos mirando la nube de polvo que levantaba un grupo de jinetes que se acercaba campo a través.

Roç fue el primero en reconocer los colores del señor de Quéribus.

—¡Xacbert de Barberá! —exclamó contento y avisó con un codazo a Yeza—. ¡Nuestro viejo *lion de combat*!

La joven tuvo que hacer un esfuerzo para no correr al encuentro del robusto guerrero, como había hecho cuando era niña. Pero ahora era una soberana, aunque careciera de reino, y se esperaba de ella una actitud más digna.

—¿Qué es esto, una caravana de esclavos? —rugió el anciano león a modo de saludo—. ¿Queréis que os libre de las garras de la Inquisición u os proteja de algún otro modo de los esbirros de la Iglesia católica?

—¡Nada de eso, Xacbert! —exclamó Yeza, mientras él descabalgaba y se apresuraba a abrazar a la pareja—. El mayor peligro que nos amenaza es el de que nos rompáis los huesos.

—¡No querían devolverme Quéribus! —se quejó el anciano—. Pretendían que me

escondiese en el último rincón del Rosellón, bajo arresto domiciliario, pero yo les puse de momento la excusa de vuestra partida y mis ansias por despediros, y de paso he recuperado Quéribus con un golpe de mano. ¡En cuanto me presenté delante de sus muros, la guarnición escapó a toda prisa! —Al principio estalló en una risa franca, pero después entristeció—. La excusa, sin embargo, no oculta más que una amarga verdad. Yo y todos nosotros, todo el país, sentimos vuestra partida y os echaremos muchísimo de menos.

—¿Por qué no venís con nosotros? —propuso Roç—. ¿Por qué exponeros a que los traicioneros francos os fastidien constantemente?

—Soy demasiado viejo y le tengo afecto a esta tierra —suspiró el anciano—. Pero no permitáis que mis lamentos ensombrezcan vuestra vida. Os acompañaré hasta la costa, y os diré ¡adiós! hasta que vuestra nave desaparezca en el horizonte.

## **Oro y joyas, hierro y piedras**

Si Raúl, Mas y Pons se habían quedado estupefactos ante la rapidez con que su capitán supo recitar la consigna, también se quedaron impresionados al ver la seguridad con que el Taxiarcos se desenvolvía en aquel laberinto de pasillos y minas, plataformas y rampas. Hasta entonces habían tenido más bien la impresión de que su cabecilla avanzaba sin saber muy bien por dónde, aunque después se fueron convenciendo de que él sabía perfectamente cómo encontrar el tesoro. Esta seguridad les dio alas, aunque la realidad era muy diferente. El Taxiarcos era capaz de leer en el documento que llevaba entre sus ropas el camino que debía tomar, pero no sabía lo que le esperaba al final. La primera sorpresa les esperaba ya en «el Evangelio apócrifo». Allí se encontraron, amontonadas entre pilas de madera, como si se tratara de leña para el fuego, con centenares de picas, lanzas separadas entre largas y cortas, y miles de flechas atadas en haces. Pero tampoco se sorprendieron demasiado, aunque jamás habrían pensado en la existencia de tan ingentes cantidades, pues allí debía de haber decenas de miles de armas amontonadas que formaban largas hileras y alcanzaban hasta el oscuro techo. Después se tropezaron en las minas abandonadas de la «Putá de Babilonia» con otros elementos más valiosos: arneses, cascos, escudos y espadas. Aparte de la cruz escarlata con extremos en forma de zarpa no mostraban ningún tipo de adornos o colores. Todo estaba debidamente almacenado en amplios estantes, sin que faltaran las botas y las espuelas, los protectores de piernas, las rodilleras y las coderas, estas últimas provistas de sus correspondientes espolones.

Raúl verificó la elasticidad de las espadas:

—Un trabajo de primera —se pronunció elogiosamente—. ¡Iguala en calidad a las damascenas!

—¡Son de Toledo! —observó el Taxiarcos después de arrojar una mirada a las

armas—. ¡Vive Dios! —Ahí tenía, transformados en hierro afilado, los tesoros que él había aportado, corriendo un peligro extremo, a través de los mares, el oro conquistado en el país de los crueles toltecas. ¿En qué había transformado el preceptor, ese hombre megalómano, todo aquel oro? ¡Hasta la parte del botín que le correspondía al Taxiarcos, estaba irrecuperablemente invertida en aquellas montañas de armamento!

—¡Transforma el oro en hierro! —El Taxiarcos soltó una risa amarga—. ¡He ahí la piedra filosofal de ese loco!

Y Pons exclamó entusiasmado:

—¡En todo el mundo no habrá otro almacén de armas igual a éste!

—¡Suficiente para conquistar el mundo! —añadió Mas—. Bastaría incluso para armar a un ejército entero de mongoles.

—Pero ¿dónde está ese ejército? —preguntó Raúl—. ¿Y para qué serviría?

Miró con expresión interrogadora al Taxiarcos, pero éste, aunque también parecía impresionado, daba señas de querer proseguir el camino.

—¡Es una locura! —murmuró Mas—. Estamos ante una conjura universal de los templarios.

—¡De un templario! —observó el Taxiarcos con aspereza—. ¡El preceptor no se limitó a pensar en un ejército mercenario alquilado en Cataluña!

—Pensara lo que pensara —dijo Raúl—, creo que había perdido el sentido de la realidad.

—Ahora entiendo por qué el señor Gavin tuvo que dejar este mundo —añadió Pons, hasta cierto punto conmovido—. ¡Es demasiado!

Y el Taxiarcos gruñó:

—No quiero ni imaginarme lo que puede haber costado todo esto en moneda contante y sonante.

—¡A *Diaus*, precioso tesoro! —refunfuñó Mas, pero las lamentaciones se le atragantaron, pues entretanto habían llegado a «la Catedral del Gran Animal», una gigantesca gruta de cuyo techo pendían largas estalactitas que se unían en la periferia con gruesas estalagmitas, formando poderosos pilares.

En el centro de la gruta espejeaba una laguna plana sobre el fondo blanquecino del recinto. En medio de aquel reflejo dorado vieron la piedra negra, justo al mismo nivel que el agua, y el globo que representaba el mundo descansaba encima, o flotaba sobre el líquido. Los hombres se detuvieron, impresionados por la imagen, pero muy pronto fijaron la vista en el fondo del agua transparente y se dieron cuenta de que ese fondo estaba empedrado con lingotes de oro. Pons y Mas lanzaron un grito de alegría y pretendieron arrojar a la laguna, pero el Taxiarcos los retuvo. A lo lejos se oía un ruido semejante a un trueno, y el suelo que pisaban empezó a temblar, mientras la superficie del agua empezaba a rizarse en círculos concéntricos.

—¡Fuera de aquí! —exclamó Raúl, y empujó a sus compañeros, que se habían metido ya hasta los tobillos en el agua y estaban deseosos de agacharse para hacerse al menos con alguna de aquellas piezas relucientes.

—¡Atrás! —gritó también el Taxiarcos cuando empezaron a caer los primeros trozos de piedra del techo, levantando salpicaduras en el agua.

Se volvieron atrás, corriendo pendiente arriba, y se vieron obligados a saltar por encima de las grietas que se abrían en la tierra. Cuando alcanzaron el final del pasillo desde el cual habían llegado a la Catedral, oyeron cómo primero reventaban las columnas, después caían las estalactitas y finalmente se derrumbó el techo entero. Encabezados una vez más por el Taxiarcos, recorrieron los estrechos pasillos y vieron que en la Puta de Babilonia, las armas antes cuidadosamente amontonadas, estaban dispersadas y tiradas por tierra, mezcladas con piedras caídas, y todo aparecía envuelto en una nube de polvo. Siguieron avanzando como podían, tropezando y dando tumbos, hacia la salida, pero vieron que el recorrido a través del Evangelio apócrifo ya estaba bloqueado, y que algunas piezas gigantescas de roca habían destrozado las lanzas y las flechas, por lo que recorrieron algunos túneles de los que esperaban que en algún momento se abrirían a la luz. La tierra seguía temblando y de repente una pared del recorrido empezó a inclinarse lentamente hacia un lado, y los hombres se encontraron, entre las piedras reventadas de basalto azul, expuestos a la débil radiación solar que reinaba en el patio interior. Saltando por encima de las columnas agrietadas intentaron alcanzar el pozo del ascensor, puesto que la muralla rectangular que rodeaba el patio no parecía haber sufrido daño alguno y seguía erguida y lisa, aunque no parecía posible trepar por encima de ella. Únicamente podrían huir por el mismo camino por el que habían llegado. Antes de llegar al pozo, vieron ya que el cable se había deslizado de la polea, y cuando pudieron mirar hacia abajo comprendieron que ni siquiera les quedaba ya esa posibilidad, porque un lodo gris mezclado con piedras llenaba el pozo, se movía y soltaba burbujas que reventaban, y, sobre todo, ¡iba subiendo como una masa de pan fermentando!

Los temblores cesaron. La gran rueda de cangilones ya no giraba, y los dos templarios tampoco se veían por ninguna parte. Así que los buscadores del tesoro se encontraron con las manos vacías y comprendieron que muy pronto tendrían así también el estómago, y que si no conseguían superar la muralla, pronto perderían las fuerzas para salir de allí.

Mas arrojó una mirada de odio al Taxiarcos:

—¡Seguramente existía desde un principio la intención de atraernos a este lugar de perdición!

Y Raúl añadió:

—¡Alguien pretende quitarnos de en medio!

—Pronto lo habrá conseguido —afirmó Pons—. Aquí moriremos todos de

hambre.

—Lo que no nos servirá de nada, es pelearnos —les advirtió el Taxiarcos mirando alrededor—. Lo único que podemos hacer es utilizar la rueda de cangilones y las lanzas partidas.

El sacerdote Gosset, precavido como siempre, había enviado un mensaje al Hafsida, indicándole lo que convenía hacer. De modo que Abdal había rebuscado entre sus arcones hasta encontrar las ropas más preciosas con que vestir a sus hombres, que de tal modo se mostrarían dignos de acompañar al «gran metropolitano». El mismo se había disfrazado con toda pompa, pues conocía muy bien las costumbres de los príncipes de las Iglesias cristianas, sobre todo la ortodoxa. Ordenó que adquiriesen en el puerto de Perpiñán, siempre bien abastecido de artículos orientales, toda clase de báculos, custodias y relicarios, y montó encima de la cubierta de su velero árabe un altar con cruces, velas y una valiosa Biblia, quedándose a la espera de que llegara la procesión con el temible inquisidor, cuya vanidad se trataba de halagar por todos los medios.

Su sorpresa fue mayúscula cuando vio que se acercaban los «penitentes» y que éstos eran su propio delegado en Ascalón, el dogo Georges Morosin, y su viejo amigo, el sacerdote Gosset. Los latigazos caían sobre las espaldas desnudas de ambos, aunque, como el Hafsida comprendió a primera vista, no iban destinados a causarles demasiado dolor. Reprimió la risa y no permitió que de su actitud trascendiera ningún indicio de que conocía a aquellos dos arrepentidos, sino que se dirigió a Trini, le abrazó y le besó, exclamando una y otra vez *Kyrie eleison* y *Cristós vaskriés*, unos términos que sabía significaban, más o menos, «¡Señor, apiádate de nosotros!» y «¡Cristo ha resucitado!». Por lo demás, pasó a mostrar enseguida los regalos que había preparado para Trini, que a su vez empujó a los dos pecadores hacia el altar, absolviéndoles allí de todos sus pecados pasados y futuros. Trini estaba de buen humor y dispuesto a recibir el premio que le correspondía.

Gosset se vistió con ropa limpia y fue en busca de la pareja real, mientras el dogo informaba a su socio, en un aparte, de los acuerdos y las eventuales discrepancias que pudieran surgir. Abdal se opuso en redondo a que el inquisidor saliera de allí avergonzado y derrotado.

—No estoy dispuesto a cargar con esas muñecas de madera —y señaló con mal talante las figuras del Calvario, que seguían balanceándose en los carros tirados por los bueyes—, pues podrían poner en peligro nuestras vidas y, sobre todo, ¡no admito que me metáis prisas!

—¡Pero si ése es el tesoro! —intentaba explicarle el dogo la situación—. ¡Se trata de unas esculturas especialmente valiosas, obras maestras de las artes plásticas de Occidente!

En ese momento acudía Gosset con Roç y Yeza, que habían oído las últimas palabras, por lo que empujaron a Gosset para que se acercara a Abdal, y separaron al dogo del Hafsida. El señor Georges Morosin no estaba muy de acuerdo con que se le excluyera de la conversación, cuando intervino Trini, preguntando quién pagaría el gasto de procesión.

—¡Lo pagaremos nosotros! —le tranquilizó Yeza, y los soldados de Mirepoix empezaron a creer equivocadamente que podrían marcharse a casa cuando el anciano Xacbert de Barberá les ordenó:

—¡A descargar!

Gosset había cerrado rápidamente un trato con el Hafsida, que pasó a considerar que el oro no pesa demasiado cuando la mitad de su valor va a parar al propio bolsillo, descontando siempre un quince por ciento de comisión para el intermediario. De modo que también Abdal ordenó a sus gentes que subieran cuidadosamente a bordo las estatuas de la sagrada familia del profeta Jesús, junto con sus seguidores y sus torturadores.

Estaba dando órdenes de sujetar y distribuir bien la carga sobre la nave, cuando se le acercó Trini la Gorda, seguido de Yeza.

Ésta le susurró al Hafsida al oído:

—Hay que pagar al señor inquisidor la suma acordada por su contribución a la causa. —Y le susurró todavía algunas palabras más, mientras Trini se movía intranquilo y finalmente decidió tener un gesto de generosidad.

—Reconociendo la finalidad devota de esta fundación cristianísima de la pareja real, la Iglesia renuncia a un tercio de la suma que le corresponde.

Y Trini siguió emocionándose con la idea.

—Este gesto servirá de contribución para el ennoblecimiento de los santos lugares, tan caros a todos nosotros. —Dicho esto, Trini se echó a llorar y abrazó primero al gran metropolitano, después a Roç y Yeza, antes de admitir que Gosset le pagara la suma restante de lo convenido.

—A cada uno de los soldados de Mirepoix deberíamos pagarles tres monedas de oro —propuso Roç y Yeza asintió—. ¡Nos han servido con fidelidad y paciencia!

Gosset miró con aire interrogador a Abdal y éste respondió en voz baja:

—Se lo descontaremos al dogo como gastos de transporte.

Yeza se echó a reír.

—¡Podemos pagarlo nosotros!

Pero Gosset le advirtió:

—¡Tened cuidado con vuestro oro! Aún tenemos por delante un largo camino.

Gracias a la capacidad del Taxiarcos de adaptarse a cualquier situación, por inesperada y adversa que fuese, los buscadores del tesoro consiguieron emplear la



reja de hierro situada delante de la rueda de cangilones como si fuese una escalera, utilizando como herramientas algunas de las lanzas que no habían sufrido demasiados daños. Lo más peligroso de la empresa fue tener que introducirse de nuevo en el túnel derrumbado, donde seguían cayendo piedras del techo. Mas y Pons se hicieron cargo de esta tarea, y Mas incluso insistió mucho, pues sospechaba, aunque no lo dijo en voz alta, que el temblor de tierra había sido provocado mediante algún dispositivo mecánico que serviría para rechazar a cualquier intruso desaprensivo, o que había sido desencadenado por los dos sargentos templarios, que habían desaparecido sin dejar rastro. Sin embargo, no encontró prueba alguna que reforzara sus sospechas, y el Taxiarcos no les permitió introducirse más en el interior de la fortaleza. Era una lástima, pues los dos jóvenes todavía habían tenido la esperanza de encontrar algún que otro pequeño tesoro, al menos algunas piedras preciosas que les habrían servido de consuelo, en vista de las penalidades sufridas.

Cuando los cuatro, agotados, se encontraron finalmente sentados encima de la muralla, tuvieron que pasar aún por el susto de mirar, hacia el precipicio. Aquellas murallas tan lisas eran, por el exterior, aún más altas de lo que ninguno de ellos se había podido imaginar, porque la roca natural había quedado incorporada en la construcción de basalto. Aunque muy pronto descubrieron cómo podrían haberse alejado los dos templarios, sin ser vistos: en una de las dos torres que guardaban el portal cegado, una puertecilla apenas visible conducía al exterior. Sólo tendrían que descender una estrecha escalera de caracol, y eso se dispusieron a hacer, uno detrás del otro.

Más o menos a la misma hora zarpaba del puerto de Perpiñán el velero de tres palos del Hafsida. Xacbert de Barberá y Bezù de la Trinité se quedaron en tierra, y les despidieron desde el muelle agitando las manos. En el mismo momento en que interrumpieron esta actividad para sonarse, los dos a la vez, se dieron cuenta de que, sin quererlo, los dos estaban haciendo lo mismo: el anciano y tozudo hereje y su perseguidor encarnizado se miraron un instante, con aire de reproche, antes de separarse bruscamente. Los soldados de Mirepoix, tras cobrar un espléndido sueldo, formaron en la punta extrema del muelle y gritaban:

—¡Ay, ay, ay! ¡Dios bendiga a la pareja real! ¡Ay, ay, ay!

Geraude y Potkaxl les devolvían el saludo, pero la dama Mafalda, que al fin y al cabo era hija del conde de Mirepoix y primera dama de la corte, no podía rebajarse a saludar a unos vulgares soldados. Filippo se fue enseguida a dormir, y solo Jordi, incansable, echó mano del laúd y se dispuso a cantar, a pesar del ruido que hacían las velas al desplegarse.

*Oy, aura dulza, qui vens dever lai  
un mun amic dorm e sejorn'e jai,  
del dolz aleyn un beure m'aportay!  
La bocha obre, per gran desir qu'en ai.*<sup>[447]</sup>

El Hafsida había cedido a Roç y Yeza su camarote en la popa, ricamente adornado, y había hecho instalar una tienda en el puente para él, para el dogo y para Gosset. En cuanto alcanzaron el mar abierto invitó a sus huéspedes a tomar un trago, y se demostró que nada les faltaría, pues aconsejado por Xacbert había hecho subir a bordo una reserva abundante de vino tinto del Rosellón.

Una vez pronunciados los brindis que intercambiaron el distinguido anfitrión y la ilustre pareja real, Gosset les comunicó:

—Las figuras que acostumbran a rodear las cruces del Calvario, de pie o de rodillas, viajan con algo menos de comodidad. Las hemos acostado en el espacio que queda encima de la quilla, muy juntas y amontonadas como las sardinas —prosiguió el sacerdote, demostrando buen humor—. Pero han sido debidamente sujetadas y encadenadas, a la manera en que el querido Abdal acostumbra a transportar su mercancía. ¡Por lo demás, soportan sin lamentarse la carga de su destino!

Todos se echaron a reír, y el Hafsida opinó con franqueza:

—Espero que la carga que soportan consista en algo más que eso. Recuerdo que mi parte asciende al cincuenta por ciento.

—¡Menos mi comisión de intermediario! —exclamó Gosset—. ¡Brindemos por el tesoro que hemos conseguido salvar!

Todos brindaron, y todos sonreían menos el dogo, que parecía un tanto irritado. Georges Morosin aún no había entendido en qué consistía ese tesoro, respectivamente, dónde se ocultaba su verdadero valor.

## DE ISLAS LEJANAS

### ¡Cuidado con los griegos!

La orgullosa catedral de Palermo muestra en su fachada principal dos torres que recuerdan la sencillez de sus primeros constructores normandos, mientras que a un lado destaca el precioso portal revelador de la influencia de los emperadores germanos. Estos habían traído a sus artesanos del norte para que hicieran realidad el viejo sueño nórdico de vivir fastuosamente en una amable isla del sur; allí querían disfrutar de la vida y allí descansarían un día sus restos. Ese amor les era devuelto en medida similar por los sarracenos<sup>[448]</sup> residentes en la isla, pero no tanto por los nobles emparentados con la última princesa normanda convertida en emperatriz germana, algo que nunca les acabó de gustar. Juan de Procida, que había sido médico personal del emperador Federico, único y amado hijo de aquella princesa, conocía mucho mejor los complejos problemas que planteaba el reino, que Manfredo, su joven amo, a quien el médico seguía cuidando y aconsejando por lealtad a la casa imperial.

El canciller prefirió introducirse en el interior oscuro de la catedral por una portezuela lateral, y lo mismo hizo el alto dignatario de la Iglesia con el que se había citado allí, el obispo de Grigenti<sup>[449]</sup>. Sólo que éste había utilizado una entrada aún más oculta, situada junto al ábside, y destinada exclusivamente al clero. La razón de tanto secreto era que el arzobispo de la ciudad, a quien en realidad habría correspondido celebrar la ceremonia de la coronación, había abandonado la residencia imperial con la excusa de una llamada del Papa para que acudiera a Roma.

Era comprensible que la Iglesia romana no viera con buenos ojos que un acontecimiento semejante fuera oficiado por un simple obispo de provincias. Pero el obispo de Grigenti se sentía más cercano a Palermo que a Roma, por lo que había respondido sin tardanza a la invitación urgente del canciller. Juan de Procida encontró al corpulento eclesiástico inspeccionando los sarcófagos de mármol instalados en las capillas laterales, unos sarcófagos que tenían todo el aspecto de extrañas naves de guerra dispuestas a presentar batalla, a pesar de los baldaquines, que parecían querer retenerles imponiendo su serenidad.

El obispo, que no llevaba ni sombrero ni báculo, para que no le reconocieran como tal, señaló el sarcófago de Constanza de Aragón<sup>[450]</sup>, primera esposa de Federico.

—Yo todavía la conocí. El emperador la amó tiernamente, y nunca más volvió a amar así a otra mujer. Ordenó que pusieran en su tumba la corona de hierro de los

normandos.

—Posiblemente el emperador ya supiera en aquel momento que jamás conseguiría llevar una vida tranquila como rey de las Dos Sicilias, mientras su lejano imperio era gobernado por hijos obedientes y fieles administradores. Roma se ocupó de que no fuera así —le respondió el canciller, pensativo.

El obispo pasó por alto la indirecta.

—Aquí reposa el *stupor mundi*, el estupor del mundo, encerrado en un sarcófago de porfirio rojo, sobre cuatro leones que en tiempos lejanos simbolizaban fuerzas ocultas...

—Ya lo dijo la Sibila: «Vive, y no vive» —le interrumpió Juan con impaciencia—. Pero ahora estamos aquí para ocuparnos de los vivos: vamos a tratar de la ceremonia de coronación de su hijo Manfredo, sin duda alguna el hijo más amado del emperador.

—Salvo el desgraciado Enzoio<sup>[451]</sup>, al que muy probablemente habría dado preferencia.

Aquel obispo procedente del sur de la isla, donde abundaban los templos griegos rodeados de rebaños de cabras, parecía tener sus propias opiniones. Antes de que siguiera intentando desenredar la madeja familiar de los Hohenstaufen, el canciller le cortó la palabra.

—Los boloñeses sé muestran inflexibles y le impiden, probablemente en beneficio del propio Enzoio, que acuda a reclamar su herencia. Por otra parte, el rey Manfredo, aún llevando la corona imperial, no creo que consiga disfrutar mucho de la belleza de esta isla.

—Ahí tenemos el ejemplo de los sarcófagos de sus antecesores —retomó el obispo con insistencia su tema preferido—. Esta es la tumba de Enrique el Cruel, y en esa otra reposa la dulce Constanza de Hauteville. Ambas deberían servir de advertencia tanto al Imperio como al Papa, animándoles a llegar a un acuerdo. De esto les hablaré al pueblo, a los invitados oficiales llegados de tierras germanas, y a los espías secretos del Castel Sant'Angelo, esos espías que Octaviano degli Ubaldini, con toda seguridad, habrá puesto ya en camino...

—¿El Cardenal Gris? —se le escapó a Juan, sin poder ocultar del todo el sobresalto que le provocaba el nombre—. ¿El florentino? Me daré por satisfecho si se limita a enviar a unos espías disfrazados, y no a alguien peor.

—El anillo del cardenal es tristemente famoso, y la especialidad de los *orefici fiorentini*<sup>[452]</sup> es mezclar y administrar venenos sin que pueda descubrirse su presencia —abundó el obispo en el mismo temor—. En eso sólo les igualan los bizantinos.

Tirándole suavemente de la manga, Juan de Procida consiguió finalmente separar al obispo de los sarcófagos, y se lo llevó al altar.

—Aquí es donde se arrodillará el señor Manfredo, ante Vuestra Ilustrísima, y vos le haréis levantar y le conduciréis a ese trono de mosaico dorado.

—Pero ¿no es éste el asiento tradicional de Su Eminencia, el arzobispo?

—Precisamente por eso. —Juan desechó la tímida objeción—. El señor Manfredo se sentará allí, y vos le ungiréis y le coronaréis. La corona os la entregaré yo, si no encuentro a alguien más digno.

—¿Y después empezarán las campanadas?

—De todo eso me preocupo yo —le instruyó el canciller—. Ahora podéis pensar en la ceremonia, para la cual dispondréis de todos los sacerdotes y priores de esta ciudad, además de coros, monaguillos y demás ayudantes necesarios.

—Primero me gustaría pensar en el sermón, pues quiero encontrar las palabras adecuadas...

—Que sea breve. Y, sobre todo, no se os ocurra tropezar durante la santa misa. Los habitantes de Palermo son supersticiosos, y si les estropeáis la fiesta, son capaces de mataros. —Con tan estimulantes palabras, el canciller dejó solo al obispo debajo de una cruz bizantina de madera que, suspendida del techo con una cadena, vigilaba la entrada al coro.

Juan de Procida salió de la catedral a través de la espléndida puerta principal, porque sabía que allí le esperaban. Llevaba el tiempo justo.

—Los caballeros se reunirán detrás del palacio para formar la comitiva —le explicó el chambelán encargado de ordenar la ceremonia y, sobre todo, el recorrido previsto—. Ésta se dirigirá desde la Porta di Castro a San Cataldo y Martorana, donde les esperará el clero, después entrará en Maqueda, cruzará el Cassaro<sup>[453]</sup>, y se desviará hacia la Bandiera que conduce al monasterio de Santo Domingo. Allí estarán las fuerzas vivas del municipio y los portavoces de los gremios. Junto a la Porta Carbone alcanzaremos la Cala, donde aguardarán los embajadores extranjeros en el muelle. Completada así la comitiva, volveremos a entrar en la ciudad por Cassaro, hasta llegar a la catedral.

Los dos hombres se encontraban, junto a los miembros de la comisión de fiestas, que se agitaban excitados para darse importancia, sobre la amplia escalera de la catedral de Palermo, que está dedicada a la Asunción. Miraban hacia el Cassaro, la ancha calle principal que conduce desde la Cala, o sea, desde el puerto, hasta el impresionante castillo llamado aún ahora Qasr o Palazzo dei Normanni<sup>[454]</sup>. Se trataba del tradicional camino real, que adopta la forma de una cruz y no evita las estrechas y angulosas callejuelas de la ciudad antigua, cruzando así los cuatro barrios, Capo, Loggia, Kalsa y Albergaría. Manfredo había insistido en recorrerlos, aunque su chambelán no estaba del todo convencido de la bondad de la idea.

—Es muy fácil que en los tejados se oculten arqueros o que salga un asesino de cualquier agujero.

El canciller tenía una buena propuesta.

—Imaginaos dónde se apostaría un asesino a sueldo. ¿Desde dónde atacaría? Recorred todo el camino, y allí donde veáis la posibilidad de que se oculte alguno, apostaréis a un vigilante. —Juan de Procida prosiguió—: Lo más seguro es que nadie pretenda atentar abiertamente contra la vida del rey, sino que lo intente de una forma más perversa y traicionera, mediante un veneno. Nuestra obligación será vigilar también cada bebida y cada bocado que durante el banquete pase de las ollas del cocinero o de la jarra del escanciador a la boca del soberano, todo ello sin perturbar el buen ambiente de la fiesta.

El funcionario encargado de la seguridad indagó:

—¿Y no es posible que la mordedura del reptil se produzca aún antes de la coronación?

—Yo lo espero en cualquier momento —gruñó el canciller—. Mucho más cuanto que en esta ocasión también intervendrán los griegos. ¡A ellos no les importa tanto nuestro soberano como el Cuerno de Oro! Prestad atención a todo el que acuda desde el Bósforo.

El canciller abandonó con su séquito la antepiazza de la catedral de Palermo y se dirigió hacia el vecino Palazzo Arcivescovile, donde tenía una cita con Tomás Bérard, gran maestro de los templarios. El canciller sabía que aquél no se quedaría para asistir a la coronación, pues el jerarca supremo de la orden militar estaba de incógnito en la ciudad, y se había negado incluso a pisar siquiera el palacio real, de modo que tuvo que ser alojado en el castillo arzobispal. A Juan le complacía aprovechar la residencia de su propietario ausente como lugar para sus citas secretas. El Palazzo Arcivescovile tenía más accesos secretos y túneles de fuga que el palacio del propio rey, y uno de ellos llegaba incluso hasta la Cala.

El pasadizo subterráneo desembocaba allí donde se sitúa, muy encajonada entre los tinglados del puerto, la pequeña iglesia de Santa Rosalía, patrona de la ciudad, justo al lado de un comercio de vinos al por mayor. Enfrente mismo había anclada una nave que llamaba la atención, un velero de dos palos y muy ventruado, que había traído al gran maestro en misión secreta, por lo que no llevaba izado su gallardete. Sólo alguien que tuviese conocimientos de las naves de guerra sabría apreciar lo que significaba una trirreme<sup>[455]</sup> entre todos los barcos de guerra que cruzaban el mar Mediterráneo. Vista desde el exterior, la nave presentaba un aspecto más bien tosco y pesado, pero su rapidez de maniobra era enorme, pues disponía de mucha superficie de vela y todos los remos eran manejados por tres esclavos en lugar de uno, según revelaba la disposición ascendente de los asientos. Esta impresión aún se veía reforzada por el gigantesco espolón que salía de la proa, como si fuese la boca de un

pez espada. Dicho espolón podía hacerse desaparecer bajo el agua.

Los capitanes y oficiales de las demás naves, cuando se reunían en el muelle, solían expresar su disgusto por el doble cinturón de sargentos templarios que impedían rigurosamente la inspección de cerca, y mucho menos que alguien pisara aquella máquina flotante de guerra. Comentaban entre ellos que la antecesora de la nave *Atalanta*<sup>[456]</sup>, como aseguraban que se llamaba aunque en ninguna parte constaba ese nombre, había sido la famosa trirreme de la condesa de Otranto<sup>[457]</sup> que había surcado el Mediterráneo como pirata, aunque la llamaban «la abadesa», hasta que se hizo el silencio sobre ella. Eran pocas las veces que se veía la *Atalanta* al este del Yabal Tarik. Los rumores decían que solía navegar más allá de las Columnas de Hércules<sup>[458]</sup>, desde Cádiz hacia el océano, para llegar a las «islas lejanas», aunque era sabido que allí se acababa el mundo. La realidad era que los templarios no querían enseñar su terrible nave. Se decía que casi siempre navegaba de noche y que muchas barcas de pescadores desaparecidas de un modo inexplicable, habían caído en realidad víctimas de la *Atalanta* que recorría los mares a oscuras arrollando a quien le saliera al paso. Por esta razón era más que sorprendente verla ahora tan pacíficamente atracada en la Cala, aunque casi tapada por las velas extendidas. Tal vez se tratara de que nadie contara las catapultas que traía, los veinte trabuquetes para disparar flechas incendiarias, diez a cada lado, y los poderosos lanzapiedras capaces de disparar pedruscos de cincuenta libras o gruesas ánforas redondas llenas de fuego griego. Un único disparo acertado podía causar la destrucción de cualquier enemigo, por ágil que fuese.

Como para desviar la atención de aquel monstruo marino, acababa de entrar otro imponente velero templario en el puerto, pero apenas divisó la presencia de la *Atalanta*, desvió su rumbo y atracó en el muelle exterior, a la altura de Santa María di Catena, la iglesia desde cuya muralla la cadena que cerraba el puerto transcurría hasta el barrio abandonado de los genoveses. Esta última nave estaba bajo el mando del Taxiarcos, que llegaba en compañía de tres jóvenes caballeros del Languedoc, llamados Raúl de Belgrave, Mas de Morency y Pons de Levis.

Aunque tampoco este suceso era digno de mención, pues en aquellos días y a veces distanciados sólo por algunas horas, entraban otros barcos importantes en el puerto, más de uno de dos palos, y también grandes galeras con una tripulación formada por centenares de hombres, de modo que el comandante del puerto fue el único en fijar su atención en el velero rápido de la orden que acababa de entrar.

El Taxiarcos, o rey de los mendigos, propuso a los tres mozos:

—Adelantaos y buscad la peor taberna de todo el puerto. Me apetece una copa de tinto siciliano...

—... y una *fica* negra —acabó Pons la frase habitual de su almirante.

—Aquí también las hay rubias —aseguró Mas mientras bajaban en fila india por

la escalera—, ¡gracias a los normandos!

Los tres mozos se alejaron por el muelle mientras el comandante del puerto subía a bordo.

En efecto, vieron que allí había barcos procedentes de todos los rincones del mundo, y gentes venidas de todas las orillas del Mediterráneo y hasta de las costas lejanas del mar Báltico.

—En realidad, ¿qué buscamos aquí? —refunfuñaba Pons—. ¿Me gustaría saber por qué hemos tenido que navegar sin parar siquiera de noche, y sin haber recogido suficientes provisiones?

—¡Pobre Levis, habrás perdido peso! —se mofó Raúl—. La razón es muy simple: el Taxiarcos está furioso porque el preceptor, primero, le ha birlado su parte del flete, y, segundo, la pareja real también le ha escamoteado el tesoro. Se ha apresurado en llegar hasta aquí porque espera atrapar en Palermo a Roç y a su magnífica compañera Yeza.

—¿Se sabe si han llegado ya? —preguntó Pons, desconfiado.

—¡Qué sé yo! —intervino Mas con la expresión de un perro al que le acaban de quitar un hueso—. En cualquier caso, no voy a buscar durante mucho tiempo la peor taberna de Palermo. ¡Entraremos en la primera que encontremos!

Rodearon la barrera de los templarios y entraron en el primer comercio de vinos que vieron cerca. La inscripción encima de la puerta abierta rezaba: «*Oleum atque vinum*»<sup>[459]</sup>, y enseguida apareció ante su vista el mostrador donde despachaban la bebida. Alekos<sup>[460]</sup>, el tabernero, era griego, y se interesó enseguida por los tres jóvenes que navegaban con el Taxiarcos, el rey de los mendigos de Constantinopla, pues estaba ansioso de ver a su famoso o más bien mal afamado compatriota pisar su humilde taberna.

Aunque lo que albergaban sus bodegas no era precisamente humilde. Hileras de ánforas llenas de valioso aceite de oliva prensado en frío y de la más diversa procedencia, descansaban medio enterradas en una cama de arena en las cuevas subterráneas, y allí se veían asimismo largas series de barriles de roble, de los cuales ascendía un aroma áspero o pesado y resinoso, cada vez que Alekos se agachaba para abrir alguna de las espitas. Esto era lo que estaba a punto de hacer, para servir a sus huéspedes alguno de los mejores vinos que guardaba entre sus tesoros.

Alekos era un hombre de paja de la orden de los templarios, la auténtica propietaria de la taberna *Oleum atque vinum*, junto a los almacenes y tinglados y cerca de la pequeña iglesia de Santa Rosalía. Los templarios de Palermo no poseían ninguna otra residencia, ni barrio, ni comandancia. Desde que se iniciara el dominio germano en Sicilia, la orden no lo consideraba deseable, pues al fin y al cabo la orden estaba sometida al Papa y cualquier propiedad la haría vulnerable. De modo que les bastaba con esa situación, que les permitía no sólo mantenerse muy cerca del mar,



sino también influir en Roma. Eran capaces de manipular al arzobispo a su antojo, y no al revés, como le habría gustado a éste. Además, Juan de Procida se ocupaba de que las relaciones que mantenían los templarios con el poder terrenal no saliesen a la luz del día.

Alekos había servido el vino, pero el Taxiarcos seguía sin aparecer. De modo que el hombre se entretuvo en hacer pasar el rato a los tres caballeros forasteros, explicándoles la procedencia de los barcos anclados en el puerto y en combinación con éstos la lista de los huéspedes reales.

—Esa galera azul —y les señaló una alargada nave de remos, con una proa muy altaes del emir de Túnez. Ha enviado a la coronación a su eunuco favorito, el que suele recorrer los mercados de esclavos para proveer a su amo. Al lado veis un elegante velero que le pertenece al duque de Gandía, que acude en representación del rey de Aragón.

—¡Ya sé! —se le escapó a Pons—. ¡Don Jaime el Conquistador!

—¡Nosotros hemos luchado contra Xacbert de Barberá! —añadió Mas con orgullo—. ¡El que conquistó Mallorca para el rey!

Alekos reía y les escanció más vino.

—Yo sólo conozco su nave, la *Nuestra Señora de Quéribus*, aunque al parecer Xacbert, que es un hombre de tierra adentro, jamás la pisa. Pons señaló una galera antigua que estaba maniobrando para atracar.

—¡Conozco esos colores! Debe de ser el conde de Malta<sup>[461]</sup>.

—No creo, aunque el escudo del almirante... ¿No se tratará de la abadesa? Pero no, ¡no puede ser!

Alekos no insistió, porque su atención era atraída por otros viajeros recién llegados.

—¿Veis esos camellos que están descargando, tan ricamente adornados? Los trae la guardia más fiel de Manfredo, sus sarracenos de Lucera. —El patrono tomó un buen trago y llenó las copas de los demás—. Muchos de los vasallos y parientes del rey están llegando desde Apulia, de la *Terra di Lavoro* e incluso de Calabria, en lugar de tomar el camino más penoso por tierra.

Alekos sentía gran regocijo e incluso orgullo de poder presentar ante aquellos jóvenes un cuadro tan multicolor y pintoresco del poderoso reino de Sicilia.

—El príncipe de Tarento, los duques de Amalfi, de Benavente y Capua, han llegado por mar, lo mismo que los condes de Sorrento y Aquino, y los de Lecce y Brindisi. Del norte han venido en barco el duque de Spoleto y el de Montferrat.

—¿Supongo que Foggia, Messina y Nápoles habrán enviado a una delegación de ciudadanos y universitarios? —intentó mofarse Mas.

—¡Así es! ¡No estaría la ciudad tan llena de gentuza ni tan llena de mierda si no fuese así!

Alekos no sentía ningún aprecio por quienes procedían de más allá del mar Tirreno, ni por los ruidosos hombres de la Campania ni por los de Apulia, siempre deseosos de discutirle a Palermo su categoría de capital del reino.

—¿Qué otros países han enviado a sus embajadores? —Raúl se había limitado hasta entonces a escuchar—. ¿Inglaterra, supongo, que siempre ha demostrado ser tan buena aliada?

Alekos estaba dispuesto a servirles novedades, además de llenar las copas, y tras refrescar su propia garganta indagó primero, un tanto preocupado:

—¿Dónde está el Taxiarcos? Ya tendría que haber llegado...

—Cuando dejamos la nave de los templarios, estaba subiendo a bordo el comandante del puerto —aclaró Mas, y el tabernero empezó a sentirse intranquilo.

—¿Conque una nave de los templarios? —recalcó.

—¡Claro! —presumió Pons—. La misma con la que viajaremos a las «islas...» —No pudo decir nada más, porque Raúl le asestó un golpe breve y doloroso en la boca.

—¿Queríais hablarnos de los invitados que acuden desde países lejanos? —se dirigió el de Belgrave sonriente a su anfitrión, y éste prefirió no preguntar demasiado y pasar el tiempo comentando novedades hasta que se produjera alguna aclaración.

—Pues bien —empezó y se limpió las gotas de vino que habían quedado colgando de las puntas de su bigote—, el déspota de Épiros ha enviado a uno de sus hijos bastardos. Creo que pronto acudirá su bella hija, Elena Angelina. —El nombre se le deshacía en la lengua—. Es la prometida de nuestro señor Manfredo. Aunque también la esposa de su hermanastro es una mujer digna de ver, una hembra de raza. Cuando esa princesa de Valaquia<sup>[462]</sup> bajó ayer a tierra, hasta los caballeros sanjuanistas estiraron el cuello para verla. ¡La mujer venía ataviada con la ropa y las joyas de sus tierras salvajes, donde sólo viven pastores y bandidos! Todos la miraban y los marineros le silbaban, mientras su marido se iba poniendo celoso a más no poder.

—¡Conseguiré verla! —auguró Mas de Morency.

—¡No tengas cuidado, te está esperando! —dijo Raúl y se dirigió al tabernero—. ¿No decíais que había venido la doncella de esa princesa a preguntar por un tal Mas de Morency? —Todos le rieron la gracia.

—¡Sigue contando! —exclamó Pons—. ¿No vendrá ningún rey o un emperador, o algún sultán...?

—En la corte temen que pueda acudir el emperador latino, Balduino de Constantinopla. Es famoso porque suele vender reliquias a precios completamente exagerados, para aliviar su mala situación económica. Aunque creo que el señor Balduino, a quien ya sólo le queda el título, no podrá reunir el dinero para el viaje.

Pons se mostró desilusionado, pero en aquel momento pasó delante de la taberna una muchacha jovencísima, rodeada de guardias sarracenos y un enjambre de

doncellas. La joven era bien parecida y miraba con sus ojos insolentes de niña a punto de ser mujer por encima de la muchedumbre, pues era más alta de lo habitual. Llevaba un animal, un guepardo, cogido de la cadena como si fuese un perro.

—Es Constancia, la hija más joven del rey Manfredo, su preferida —les explicó Alekos a los mozos—. Aún es una niña...

—¿Una niña? —se asombró Raúl.

—... y está prometida al infante de Aragón —acabó Alekos, cuando observaron de nuevo un revuelo delante de la taberna.

Un grupo de soldados encabezado por el comandante del puerto entró sin dudarle ni un instante por la puerta y, mientras rodeaban a los tres mozos, el comandante gritó:

—En nombre de la ley, ¡quedan todos arrestados!

Los soldados sujetaron a los jóvenes, les tiraron los brazos hacia atrás y les ataron las muñecas. En un primer instante quisieron hacer lo mismo con el tabernero, pero después desistieron. Al fin y al cabo, se conocían.

—¡De todos modos, tendréis que acompañarnos, Alekos! —exigió el comandante.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—¡Porque sois griego! —le respondió aquél—. Una conspiración bizantina —añadió, y parecía profundamente impresionado—. ¡Alta traición!

Los soldados empujaron a los tres mozos y todos echaron a andar, seguidos de Alekos, que sacudía incrédulo la cabeza.

## **El sastre remendón de Ustica**

El velero del Hafsida permanecía anclado en una bahía oculta de la isla Ustica<sup>[465]</sup>, al norte de Sicilia. El mercader de esclavos había elegido la ruta más breve, la que cruza en línea recta entre el sur de Córcega y la punta norte de Cerdeña, donde generalmente se agolpaban los corsarios y los bandidos sardos. Pero las naves piratas, después de acercarse a todo trapo, se limitaban a enviar un saludo respetuoso en cuanto reconocían la bandera de Abdal. Esa bandera que les exigía respeto, mostraba en la parte baja dos cimitarras cruzadas, bordadas con hilo de plata sobre fondo negro, y en la parte superior la cabeza de un moro en campo verde, con los ojos vendados como si la acabaran de cortar. Mientras esa bandera ondeaba alegremente al viento, el dueño de la nave mostraba asimismo un ostensible buen humor. El Hafsida seguía vestido con los ropajes cubiertos de fantásticas piedras preciosas que se suponía era la vestimenta del gran metropolitano de Belén. No solamente le gustaba el traje, sino que lo llevaba en cierto modo también para agradecerle a Alá el haber amontonado tanto oro en su nave sin que él tuviese que mover siquiera el dedo

meñique. Abdal miraba desde la cubierta hacia el fondo de la bodega de su barco, donde por esta vez no se amontonaban los cuerpos de unos esclavos negros, sino las figuras de madera de unos santos cristianos que llevaban el cuerpo repleto de oro. No había más que abrirles las carnes, como le había asegurado en secreto el señor Georges Morosin, de quien sus socios suponían que era algo bobo, por la impresión que transmitían sus rasgos blandos y desdibujados.

Abdal estaba pensando en que esa simbiosis perfecta entre el caballero de una orden cristiana y un musulmán y mercader de esclavos, respondía perfectamente a la imagen de los pocos hombres que, en este mundo de ideales caballerescos a punto de hundirse y el nacimiento de una época de comerciantes, estaban dispuestos y eran capaces de gobernar su propia vida, sintiéndose señores, y hasta conquistadores. Los subditos malvivían de un armisticio al otro, salvaguardaban como podían su magra existencia entre imposiciones feudales o se arrastraban como gusanos a través de sus oraciones cotidianas, sin rebelarse jamás. Aparte de él, Abdal, sólo podían considerarse señores y seres libres unos hombres como el Taxiarcos, llamado también rey de los mendigos de Constantinopla, o el amigo de éste, ese extraño sacerdote de nombre Gosset. También a Gavin le habría gustado figurar en esa lista, pero la *Prieuré*, una conjura de seres lejanos e inabordables, había conseguido finalmente eliminarlo de la escena. Ya quedaban pocos hombres de cuerpo entero en Oriente y Occidente. El Hafsida pensó que esos hombres debían llegar a un entendimiento para cambiar el mundo, no para mantener una paz engañosa, cosa que resultaba inútil pretender, ¡sino para imponer una nueva forma de vivir! Estaba deseoso de exponer sus ideas ante Roç y Yeza, esa supuesta pareja real que traería la paz. El mercader tenía la sensación de que esos jóvenes debían aspirar a algo más, liberarse de las cadenas invisibles que la *Prieuré*, ese grupo de muertos vivientes, les había impuesto a su joven vida. Así se lo diría, y se pondría a su servicio con todos los medios de que disponía. Ellos encabezarían la inauguración de una nueva época, ¡buscarían nuevas tierras, descubrirían las «islas lejanas»!

Los sueños de Abdal se vieron interrumpidos cuando observó que monseñor Gosset abría la reja de hierro que conducía a la bodega, y algunos de los moriscos<sup>[466]</sup> se deslizaban hacia donde descansaban los cuerpos de madera. El trovador de la pareja real, Jordi, acompañaba al sacerdote y observaba el espectáculo, que le recordó un asalto de piratas.

Georges Morosin acudió presuroso junto a su socio.

—¡Cuidado con que nadie se lleve a algún miembro de la Sagrada Familia! —murmuró el dogo, excitado—. Los he contado...

—Todo lo contrario —le corrigió el Hafsida, a quien le llegó una mirada del sacerdote, pidiéndole un permiso que él le señaló con un gesto casi imperceptible de la cabeza—. Vuestra curiosidad podría ser interpretada como desconfianza, y

revelaría también que conocemos el auténtico contenido de esos muñecos de madera.

—No habléis así de unas imágenes cuyo dolor nos afecta como cristianos...

Pero Abdal le interrumpió con una risa:

—¡Ya veremos lo que os afecta! Me habéis jurado que no me pesaría este transporte, de modo que ahora os retiraréis conmigo, a esperar la hora de la verdad.

—Lo único que estáis deseando es no tener que beber solo, porque es indigno de un buen musulmán —le respondió el dogo. Y añadió—: Aunque preferiría tomar una jarra de vino fresco en esa preciosa isla, bajo la sombra de un olivo.

Con estas palabras se dirigió hacia la escalerilla, deseoso de desembarcar. El mercader de esclavos no le retuvo.

—No veo ni un solo árbol entre esas rocas desérticas —gruñó mientras seguía a su amigo—. Pero intentaremos acompañar a la pareja real sin llamar la atención, y observaremos cómo descargan el Calvario de madera.

En Ustica no existía lo que se llama un poblado, sólo cierto número de habitáculos pegados a las rocas, sobre la playa, dominado todo ello por una poderosa torre normanda que, al parecer, no estaba ocupada, puesto que no se veía ni rastro de guardianes. Tal vez los habitantes del lugar se hubiesen escondido al ver acercarse la nave. La figura de Abdal y sus moriscos no servían para anular la desconfianza y el temor de aquellas gentes, pero acabaron viendo asomarse las cabezas de unos hombres que, armados con lanzas, hoces y látigos de trillar, se acurrucaban detrás de un muro de piedras, más bien temerosos que temibles, pero dispuestos a vender caras las vidas de sus mujeres y sus hijos.

A media altura entre la arena grisácea de la playa y ese mismo muro de defensa, Roç y Yeza habían ordenado que montaran la tienda en una de las terrazas que cortaban la pendiente, allí donde una enorme higuera extendía sus ramas. Los frutos estaban en plena madurez y empezaban ya a reventar, por lo que Yeza ordenó a sus mujeres que recogieran algunos para comérselos.

Roç quiso oponer alguna objeción, mencionando al propietario, pero después fue el primero en saborear uno de los oscuros y jugosos higos y, cuando todavía estaba disfrutando de su sabor, apareció el Hafsida, que a pesar de la robustez de su cuerpo subía con agilidad por los campos aterrazados, y el dogo, que le seguía jadeando y deteniéndose de tanto en tanto. El mercader de esclavos lanzó una mirada hacia el muro de defensa y se echó a reír.

—¡Temen a Georges Morosin, el terrible dogo de Ascalón! —dijo con picardía a Yeza—. Están a punto de sacar la bandera blanca de la rendición, a la espera de vuestra gracia y benevolencia... —Agradeció el ofrecimiento de higos frescos que Geraude portaba sobre una bandeja, tomó uno, lo mordió con visible regodeo y prosiguió—: Y antes de que nos comamos toda su cosecha.

—Según parece, a esta gente no le importan mucho los higos —opinó Roç, como disculpándose, cuando vieron que un hombrecito enclenque tocado con un turbante demasiado grande trepaba allá arriba sobre el muro, seguido de un negro gigantesco que movía un abanico del tamaño de una sombrilla, compuesto de plumas y mimbres.

Agitaba ese abanico sobre la cabeza de su amo, un esfuerzo que no debía resultarle demasiado pesado, pues el turbante del hombrecillo apenas le alcanzaba el pecho al criado. Delante de la pareja corría un muchachito de piel bastante más clara y de cabello rizado, que agitaba como poseído por los demonios una bandera blanca.

El dogo había alcanzado aún jadeante al grupo cuando el hombrecillo, seguido por su abanicador, descendía aparentando la máxima dignidad, por las terrazas hacia el mismo lugar.

—Su excelencia Kefir Alhakim<sup>[467]</sup>, gobernador de Ustica por la gracia de su emperador Federico —intentó el gigante negro presentar a su señor ante los intrusos, hablando un inconfundible dialecto suabo, que, procedente de sus labios abultados, no provocó ni la ira ni la hilaridad de sus oyentes, sino más bien una incompreensión total.

Sólo Roç y Yeza conocían un poco el alemán y pudieron traducir cuanto oían al árabe y al francés, para que todos los presentes supieran con quién estaban tratando. El hombrecillo, sin embargo, les interrumpió con un gesto impaciente de la mano.

—Soy el médico de esta isla —les ilustró—. Sé curar las enfermedades de estas gentes, desde la fiebre provocada por la picadura de las *trachinidae*<sup>[468]</sup> o de la *scorpaena scrofa*<sup>[469]</sup>, hasta las peores hemorragias del parto, desde las consecuencias por haber consumido demasiado marisco, hasta las penas de amor.

Kefir Alhakim miró alrededor buscando aprobación y Roç no dejó escapar la oportunidad.

—Es decir, habréis estudiado en Salerno y habéis aprobado los exámenes, como la ley exige...

El hombrecillo lo interrumpió de mal talante.

—Yo aplico los medios curativos que ofrece la naturaleza. Soy uno de los mejores conocedores de la micología<sup>[470]</sup>, de la *muscaria* oculta<sup>[471]</sup> y la *sporangia* vulgar<sup>[472]</sup>.

—Mi padre —intervino entonces el niño con desparpajo, y al pronunciar estas palabras no miraba al negro, sino que señalaba con la punta de la bandera el turbante de Kefir— es sastre de este pueblo desde que el delegado del emperador, el señor Berthold von Hohenburg, lo expulsó de Nápoles, obligándole a residir en esta isla.

—El médico personal del emperador, ese Juan de Procida. —El padre intentó mostrar su indignación, sin que sirviera de freno a su atrevido descendiente.

—... lo denunció por ejercicio no autorizado de la profesión médica. —Con estas palabras despiadadas, el hijo acabó la frase.

—¡Lo que me faltó era el dinero para sobornar al de Hohenburg!

—Mi insigne padre es, por otra parte, un sastre excelente, capaz de transformar en una prenda de lujo cualquier trapo comprado en el bazar —prosiguió el muchachito su hábil perorata—. ¡Os lo recomiendo, señoras y señores!

Tan sólo entonces se dieron cuenta del lujo extraordinario con que iba ataviada aquella delegación, empezando por el taparrabos del negro, que mostraba, ricamente bordado con hilo de oro, el escudo del emperador, aunque debajo no llevaba nada más que su negra piel. Incluso el despabilado muchachito vestía unos bombachos de tela adamascada y un bonito chaleco de terciopelo.

—Pero a ti sí te hará estudiar, ¿verdad? —preguntó Yeza, que junto a sus mujeres reprimía a duras penas la risa, aunque el señor Kefir Alhakim en realidad les daba pena, viéndole tan encogido bajo su enorme turbante del que apenas le asomaba la punta de la nariz.

—Así es —respondió el hijo—, yo visito el colegio de los benedictinos en Palermo. Algún día seré *professore* ¡y hasta cardenal! Estoy aquí de vacaciones, pero habré regresado a la ciudad para cuando se celebre la boda de nuestro señor Manfredo, el día dieciocho de agosto.

—Ya entiendo —dijo el dogo—. Pero ahora espero que serás capaz de procurarnos algo de pan, aceite y vino fresco de la isla, pues en realidad ése es el motivo de nuestro desembarco.

—Nosotros hacemos nuestro propio pan, de nuestro cereal, el vino procede de nuestras viñas, y también el aceite es de aquí...

—¿Quieres decir que tu madre hace el pan? —intervino el dogo.

—La madre ha muerto —dijo el negro, y Yeza tradujo.

—¿Quieres decir —se dirigió entonces el Hafsida al muchacho que en esta isla rocosa crece todo eso que acabas de mencionar?

—Al otro lado, detrás del volcán, en la Tramontana, la tierra es fértil y está protegida de los vientos. No pasamos penuria.

—¡Pues corre y trae lo que acaba de pedir el señor comendador!

El dogo arrojó al muchacho una moneda que éste recogió al vuelo antes de salir corriendo, sin dejar de enarbolar por ello la bandera blanca.

—¿Significa esto que nada hemos de temer de vos? —quiso puntualizar el gobernador.

—Significa que os pagaremos todo cuanto nos entreguéis —respondió Roç—, empezando por el agua...

—¡...vino! —exclamó el dogo—. Celebraremos una fiesta e invitaremos a todos los habitantes del lugar.

—¿También a nuestras mujeres? —se atrevió a formular una pregunta el gigantesco portador del abanico.

Ahí intervino Yeza.

—No os preocupéis de vuestras mujeres. Mis damas les harán compañía, tal como se merecen.

Esas palabras le gustaron al señor Kefir.

—Os lo agradezco —se inclinó ante Yeza, y después ante los demás—. Ahora regresaré para divulgar tan agradable noticia y dar las órdenes oportunas.

Le envió un gesto cargado de dignidad a su heraldo y abanicador e iniciaron el ascenso.

El dogo suspiró:

—Si yo fuese gobernador, y de peso tan ligero, ¡me haría trasladar a hombros!

—Por otra parte, tampoco es un auténtico gobernador, sólo es el médico de la isla —le consoló su amigo Abdal, pero tampoco a Roç parecía convencerle el argumento.

—¡Más bien es el sastre remendón!

—¡Es un buen sastre! —opinó Yeza, y entonces vieron que Gosset subía hacia donde estaban ellos.

—¡Tenemos a un polizón a bordo! —proclamó de viva voz—. Antes de empezar a descargar he contado las figuras, y cada vez me salía una más de las que llevaba anotadas desde Perpiñán. Después uno de los moros pisó a un santo que gritó «¡Ay!» y descubrimos a Jacobo, estrechamente abrazado a José, el santo carpintero.

—No me extraña —dijo Roç. Y Gosset prosiguió:

—Lo que me sorprende es que haya resistido el viaje en tan buen estado y sin perder fuerzas, pues en realidad tendría que estar muerto de hambre. —Su mirada pasó de Roç a Yeza, que se la devolvió sin pestañear.

—¡Será un milagro! —opinó la joven sin dar importancia a la novedad y le tendió al sacerdote la bandeja con los higos frescos recién cogidos del árbol que Potkaxl, subida a los hombros de Filipo, repasaba de rama en rama. Roç descubrió que el dogo seguía el procedimiento con la mirada fija en los muslos de Potkaxl, pues la princesa tolteca, como era su costumbre, no llevaba nada debajo de las faldas.

—De modo que he dejado a Jordi abajo, para que vigile, y he dado órdenes a Jacobo de que empiece a abrir las figuras en cuanto estén todas instaladas sobre arena seca.

—Muy razonable, querido Gosset —dijo Roç—. Pero creo que sería mejor que estuviéramos presentes cuando empiecen a aplicarles el hacha y la sierra, pues...

—... pues nada —le interrumpió Gosset—. El representante de san José en la Tierra es peor que el Papa, y no cesa de lamentarse, queriendo detener a los moros, que no entienden por qué el hombre les amenaza con la ira de Jehová si se atreven a destruir a esos testimonios únicos del arte cristiano occidental de la talla en madera.

—¡Jacobo tiene toda la razón! —intervino en tono autoritario el mercader de esclavos—. Si vosotros, que no creéis en el verdadero Dios, sois capaces de fabricar



imágenes y figuras y rodearle a El de una familia que es objeto de un culto sagrado, hay que decir...

—¡Mira quien habla! —se mofó el dogo, apartando la vista de las piernas robustas de Potkaxl—. ¡He aquí a un devoto de la estirpe de Israel y a un seguidor descreído del Profeta, estrechamente unidos para proteger un arte sagrado de gusto más bien dudoso!

—Tened en cuenta que, por un lado, los dos descendemos de la casa de Abraham, y, en segundo lugar, ¡el cristianismo y el arte viven más bien del dogma, y no de la verdadera fe!

Esta proclama saliendo de la boca del Hafsida era tan sorprendente para su amigo que éste se quedó con la boca abierta. Mafalda le tendió la bandeja de los higos.

—¡Coged estos frutos y dejad de mirar a los que todavía cuelgan del árbol! —La mirada de todos se dirigieron hacia Potkaxl, que acababa de caer de los hombros de Filipino como si ella misma fuese un higo maduro.

Arriba, detrás del muro de defensa, se observaba un movimiento, las cabezas de los hombres habían desaparecido y, en cambio, volvía a verse el gigantesco negro, que bajaba acompañando al despabilado hijo del polifacético gobernador de la isla y encabezaba a un grupo de muchachos de su misma edad o más jóvenes todavía, todos ellos cargados con cestas y ánforas ventrudas que llevaban sobre las cabezas.

—Qué bien —dijo el dogo con satisfacción—. ¡Ahí viene nuestro ágape!

—Espero que no vayamos a gastar las reservas de esa pobre gente —opuso Roç en voz baja—. Estoy seguro de que el gobernador, ese sastre remendón y curandero, les está obligando a sacar todo lo que tienen guardado para el invierno.

La abundancia de alimentos que empezaban a brotar de las cestas parecían darle la razón.

El muchacho del cabello rizado hizo extender unos paños blancos ante los huéspedes, colocó cuencos y platos de arcilla y se entretuvo en distribuir el contenido de las cestas a la vez que cantaba en voz alta sus excelencias, mientras el negro se limitaba a abanicar al señor estudiante.

—En Ustica ya se cultivaba el vino en la época de Tiberio<sup>[473]</sup>, un vino dulce que era servido en la corte del emperador —pasó éste a elogiar los productos, mientras las muchachos procedían a llenar los cuencos con tan poca habilidad que Potkaxl y Geraude acudieron en su ayuda.

—Nuestro pan tiene fama en todo el imperio. Mezclamos salvado y cebada molida con harina de castañas y pasas, y lo condimentamos con semillas de sésamo y coriandro. ¡Su calidad es incomparable! —Las cestas llenas de tortas de pan empezaron a circular, mientras el muchachito proseguía, orgulloso—: El queso se fabrica con la leche de nuestras cabras, las olivas están adobadas con hierbas de la isla, con sal marina y anchoas secadas al sol...

—Dime una cosa —lo interrumpió el dogo, que masticaba con placer—, ¿cuál es tu nombre completo?

—¡Kadr ibn Kefir ad-Din Malik Alhakim Benedictus!<sup>[474]</sup> Pero podéis llamarme sencillamente Beni. Mis compañeros de curso me llaman Beni el Gato —completó orgulloso su exposición—, ¡porque sé dónde los ratones tienen su agujerito! —Mientras hablaba, miraba con insolencia a Potkaxl, que le correspondía con visible comprensión. En esto llegó Jordi.

—Ya está todo dispuesto. He podido convencer al maestro Jacobo, y él personalmente va a realizar las intervenciones.

—Tardaremos demasiado —se rebeló Roç.

—¡No será tanto! —decidió el Hafsida—. De momento, le haremos esperar y nos dedicaremos a recuperar fuerzas. Sentaos con nosotros, señor estudiante Kadr ibn Kefir ad-Din Malik Alhakim Benedictus, y vos, querido Jordi, garganta de oro de Cataluña, tomad vuestro instrumento y entonad la balada de Roç y Yeza. —Insinuó una galante reverencia en dirección a la princesa y repitió—: *La canzo de los enfantes del Grial!*

Roç asintió, complacido.

—Por todo el Mediterráneo se habla de la pareja real —culminó el mercader de esclavos su perorata—. También dicen que nadie les canta con tanto sentimiento como vos, Jordi de Marvel y Gandía, conde de Urgel.

El enano se sonrojó, aunque era difícil adivinar si la causa era la vergüenza, el disgusto, o la satisfacción. Era la primera vez que Roç y Yeza se enteraban de su noble origen. Para cortar otras posibles revelaciones de la boca de Abdal, el trovador hizo sonar el laúd.

*Grazal dos tengutz sel infants  
greu partenir si Ja d'amor  
camjatz aquest nox Montsalvatz.  
Grass vida tarras cavalliers  
coms Roç et belha Yezabel,  
oltracudar infants Grazal,  
rassa boratz bratz sporosonde  
Roç Trencavel et Esclarmonde.*

*Papa di Roma jortz morants  
peiz vida los Sion pastor  
magieur vencutz mara sobratz.  
Byzanz mas branca rocioniers,  
coms Roç et belha Yezabel,*

*oltracudar infants Grazal,  
rassa boratz ams sporosonde  
Roç Trencavel et Esclarmonde.*

*Grazal vos venatz mui brocants  
desertas tataros furor  
vielhs montanhiers monstrar roncatz,  
mons veneris corona sobenier,  
coms Roç et belha Yezabel,  
oltracudar infants Grazal,  
rassa boratz mons sporosonde  
Roç Trencavel et Esclarmonde.*

*Ni sangre reis renhatz glorants  
ni dompna valor tratz honor;  
amor regisme fortz portatz  
uma totz esperanza mier,  
coms Roç et belha Yezabel,  
oltracudar infants Grazal,  
guit glavi ora ricrotonde  
Roç Trencavel et Esclarmonde.* <sup>[475]</sup>

## **El canciller**

El Palazzo Arcivescovile, situado entre la catedral y el castillo real, tenía el aspecto de un poderoso *donjon* o torre normanda, como si sus constructores hubiesen previsto ya el futuro desacuerdo entre el Papa, que siempre había afirmado ser el señor feudal supremo, y los conquistadores, que muy pronto pasaron a denominarse «reyes».

Juan de Procida comentó, pensativo:

—Nadie podía figurarse que Roma albergara un odio tan profundo hacia los Hohenstaufen. —Miraba por las estrechas ventanas encajonadas en los gruesos muros hacia la ciudad y veía el revuelo de estrechas callejuelas que bajaban hasta la Cala, de la que sólo asomaban las puntas de los mástiles de las naves.

—Y, no obstante, ésa es la única razón por la cual no puedo asistir a la celebración. —Tomás Bérard, gran maestro en funciones de la orden del Temple, evitaba incluso asomarse a la ventana—. Algunos de los hechos que provocan a la curia son tan importantes que no podemos evitar tenerlos en cuenta. La fiesta de

coronación no forma parte de ellos, pero sí el rumbo que están tomando las cosas en Grecia.

—Lo que os preocupa es que Nicea intente hacerse con el dominio sobre Constantinopla —observó el canciller—. El emperador de Nicea se ha aliado con los genoveses, y vos buscáis el medio para impedirlo, ¡o un aliado con cuya ayuda desbancar a vuestro viejo rival!

—Si queréis, podéis verlo así, Juan de Procida.

El canciller tenía presente el gran poder que emanaba del gran maestro del Temple, y que se reflejaba incluso en el gesto autoritario con el que éste invitaba a su anfitrión a tomar asiento.

—De lo que se trata es de tomar decisiones para el futuro: ¿debe limitarse la orden a actuar en el Mediterráneo occidental, a riesgo de perder su base en Palestina, tal como les sucede a nuestros hermanos de la orden hospitalaria<sup>[476]</sup>?

Al gran maestro le pasó por la cabeza la duda de si tenía sentido hablarle a un agente del emperador, que había ascendido de médico personal a hombre de Estado —pues desde su punto de vista Juan de Procida no era otra cosa— de algo más que no fuese la simple conservación del reino de Sicilia para el último Hohenstaufen, que además era un bastardo.

—Jerusalén es más que la sede del gran maestro —prosiguió en voz baja—, es la fuente espiritual de nuestra existencia. Si esa fuente se seca, la orden morirá. ¡Eso significa que debemos difundir la esencia del Temple por todo el mundo, sin limitación territorial alguna! Jamás debemos permitir que nadie instale barreras, ya sean monopolios mercantiles u otras limitaciones, ni en Oriente ni en Occidente.

A Juan le picaba el gusanillo de hacer descender a aquel pensador visionario de las nubes, para que pusiera los pies sobre la tierra.

—¿Pretendéis asentar a los templarios en todo el mundo, como intentó hacer Gavin Montbard de Béthune en el sur de Francia?

—Ésa fue una idea limitada y que no tenía en cuenta la realidad...

—Ojo —dijo el canciller—. Era una tierra buena en la que se había fijado el preceptor, lo suficientemente extensa y rica como para justificar las crueles guerras de conquista emprendidas por los Capetos. Aunque también una tierra impregnada de ansias de libertad y de herejía...

—¡Vos lo habéis dicho! Esa tierra ha sido abonada con la sangre y la ceniza de culpables e inocentes. ¡La idea de Gavin, centrada en la rica provincia francesa, fue un crimen! —criticó el gran maestro.

—Se lo habéis hecho pagar.

—¿Pagar? —El gran maestro soltó una carcajada—. Lo único que le dimos fue la ocasión de arrepentirse, pero el daño ya estaba hecho.

—También hubo falta de vigilancia —farfulló el canciller sin alzar la voz, pues

no deseaba disgustar al poderoso señor, de quien aún esperaba conseguir algo. Pero éste seguía con el pensamiento centrado en la figura autoritaria del preceptor de Redae.

—Nunca ha sido un principio del Temple querer intervenir en los sistemas feudales existentes, como el de Francia, y mucho menos tomar partido en favor de los cátaros. En cambio, a nuestros hermanos de la orden hospitalaria siempre les ha interesado ese aspecto.

—¿Qué saben los sanjuanistas del santo Grial? Para ellos no es más que un cáliz corriente.

—También nosotros veneramos el recipiente que recogió la sangre de Cristo...

—¿Acaso el de Montbard de Béthune albergaba otras pretensiones?

—Desde muy joven, apenas hubo ingresado en la orden, Gavin padecía un complejo de culpabilidad frente a los seguidores del Grial, pues fue él quien prometió en su día al último Trencavel, cuando estaba preso en Carcasona, que no sufriría daño.

—Para traicionar después su palabra, para gran deshonor del Temple y con la consecuencia de la muerte de Parsifal.

—Habríamos podido imponer nuestro parecer en aquel entonces, pero no vale la pena discutirlo ahora. Estábamos en guerra y del lado en que el Papa nos había ordenado estar.

—¿Y ahora nos queréis proponer que colaboremos con una orden que, como vos mismo confesáis, es más que nada oportunista?

El gran maestro no se enfadó, ni mucho menos.

—El viento sopla por donde le da la gana —murmuró—, borra las huellas de la injusticia e hincha las velas para emprender nuevas aventuras, pero es capaz de transformarse rápidamente y convertirse en temporal destructor. —Dicho esto con cierto aire de indiferencia, atacó después directamente a su interlocutor—. Como defensor de una estirpe condenada y excomulgada por la Iglesia, pronunciáis palabras bastante atrevidas. ¿Acaso no veis los peligros que amenazan a vuestro señor Manfredo?

—¿Qué proponéis? —le respondió Juan con frialdad.

—Una alianza para la conquista de Constantinopla, a la que se adheriría también Venecia, y el reparto de las tierras conquistadas entre dos...

—¿Cómo sería eso? ¿La mitad para Venecia y nosotros nos partiríamos el resto?

—¡Así no! La mayor parte sería para Sicilia. Nosotros nos daríamos por satisfechos con ciertas concesiones que nos permitan establecer nuestras sedes.

—¡Cuánta bondad! ¡Sería como conceder derecho de residencia a las pulgas en el manto del rey! —Juan hacía un esfuerzo por exteriorizar un sarcasmo divertido en su deseo de rebajar la tensión de una negativa apenas disfrazada. Pero en el ánimo de los

dos hombres se estaba instalando ya una enemistad aún no declarada, como se difunde el veneno después de la mordedura de una serpiente. Su sombra empezó a envolver los oscuros muebles de roble del refectorio, se depositó con pesadez sobre la larga mesa y las llamas ciclas velas encendidas en los soportes de hierro a lo largo de la pared empezaron a temblar. El canciller tenía que acabar de informarse.

—¿Qué más pediríais?

—El derecho del Temple a trasladar su sede principal a Sicilia y a estacionar su flota en dicha isla.

Ahí estaba el peligro, pero Juan no dejó traslucir el temor que le invadía.

—Hablaré con el rey de vuestra oferta —dijo con la boca seca. En ese instante oyeron llamar a la puerta.

—El señor Sigbert von Öxfeld —avisó el guardia—. ¡El comendador de la orden teutónica!

—No se os ocurra pensar que pudiera ser aliado vuestro —susurró el señor Tomás con aire despectivo—. ¡Esos brutos teutones ya están labrando otros campos en el lejano Báltico!

El comendador de Starkenberg, cuya cabeza encanecida aún no había adquirido el blanco níveo de la vejez, tuvo que agacharse para pasar por el hueco reducido de la puerta.

—¡Mi querido Öxfeld! —exclamó el templario y se levantó del asiento—. ¿Qué os trae por estas tierras?

Sigbert sabía muy bien quién era su anfitrión y se dirigió primero al canciller.

—Os traigo a vos y al joven rey los saludos de mi gran maestro. Hanno von Sangershausen<sup>[477]</sup> no puede acudir, ¡pero rogará al Señor para que colme de bendiciones al valiente señor Manfredo y a la prestigiosa corona que lucirá su digna cabeza a partir de ahora!

—Os lo agradezco a vos y a vuestro gran maestro —respondió el canciller conmovido y abrazó al anciano, haciéndole tomar asiento en su propio sillón.

—¡Traed vino! —ordenó a los guardias.

—Creo que puedo retirarme —dijo visiblemente ofendido Tomás Bérard y se dirigió a Sigbert—. ¿Siempre que no queráis hablar de algún otro motivo para tan largo viaje, que a vuestra edad debe de resultar más que pesado? —Y se levantó.

—La edad sólo es una cuestión de viveza mental, pero tal vez le interese a la autoridad suprema del Temple saber que también he venido para saludar a Roç y Yeza.

—¿Qué decís? —exclamó el canciller, sorprendido—. ¡La pareja real está aquí y yo no he sido informado!

—¡Sus idas y venidas ya no tienen nada que ver con la orden de los templarios! —gruñó el gran maestro y se dirigió hacia la puerta—. Reflexionad acerca de mi

oferta. ¡Debería interesaros! —Le arrojó sus últimas palabras al de Procida como se arroja un hueso.

—Tal vez para proceder a un nuevo reparto del poder en el mar Egeo —le respondió el canciller con frialdad—, pero no al precio de ir renunciando poco a poco a nuestra soberanía sobre esta isla.

—Vuestra confianza no tiene fundamento, canciller —dijo Tomás—. ¡Recordad al viento! —Y salió con paso decidido.

—¡Excusas! —gruñó el anciano caballero teutónico con aire divertido—. Venecia y sus aliados temen perder sus privilegios griegos.

Juan dijo, pensativo:

—El señor Tomás sabe muchas cosas que nosotros desconocemos. ¡Pero tampoco él es más que un ser humano, y no podrá evitar que la túnica blanca con la gloriosa cruz escarlata se desvanezca como una nubecilla en el cielo azul!

—¿Y qué hay de Roç y Yeza? —interrumpió el comendador el discurso melancólico del canciller—. ¿Es verdad que no están aquí, en Palermo?

—La última vez que oí hablar de ellos estaban todavía en Occitania, pero eso fue antes de que muriera su protector, el preceptor de Redae.

—¿Qué decís? ¿Gavin ha muerto? —Sigbert von Öxfeld se mostraba visiblemente conmovido—. ¿Cómo ha sido eso?

—La orden le apartó de un camino por el que se había aventurado sin contar con nadie.

—Montbard de Béthune pocas veces estaba conforme con los proyectos de los demás —reflexionó Sigbert—. Roç y Yeza han aprendido de él, y su espíritu rebelde es la herencia que les deja el templario. ¿No os agrada la idea de tenerlos aquí, Juan de Procida? —Su sonrisa era irónica—. ¡Estoy seguro de que acudirán!

—El rey Manfredo los recibirá con todos los honores. El destino de la pareja es muy parecido al suyo, aunque ellos todavía no hayan encontrado su reino.

Los rasgos del anciano se iluminaron.

—En cualquier caso, son parientes de sangre, si los rumores que circulan dicen la verdad. Yo lo creo así, y me satisface pensarlo, pues en muchos rasgos se parecen a mi emperador.

—Eso también puede ser una carga. —El canciller intentaba rebajar el entusiasmo de Sigbert—. La gloria indiscutible del gran emperador tenía también sus sombras, su carácter era difícil y muchas veces se mostró injusto, desconfiado y hasta cruel, sobre todo en los últimos años, cuando tuvo que luchar por su imperio.

—El reino de Roç y Yeza no es de este mundo, por lo que puede esperarse que sepan mantener sus virtudes y resistir las tentaciones del Maligno.

Juan reflexionó.

—Pero vuestros protegidos no pueden seguir recorriendo eternamente el mundo

como fantasmas y titulándose «pareja real».

El anciano comendador le miró expectante.

—El rey Manfredo jamás irá a Tierra Santa, y tampoco Conradino, si es que vive todavía. Jerusalén (quiero decir la auténtica *Hierosolyma*, no ese ridículo reino de Acre) podría ofrecerles un trono digno de ellos —prosiguió el médico—. Si todos apoyamos ese proyecto, ni los templarios ni los sanjuanistas, ni vos y vuestros caballeros teutónicos podrían negar su ayuda. Todos tendrían que ponerse al servicio de la ciudad santa de toda la cristiandad.

—Olvidáis a judíos y musulmanes —intervino Sigbert, pero Juan le cortó toda objeción.

—Para los primeros, creo que bastará con darles libertad de culto, y para los mamelucos no es más que una cuestión política. Podemos ofrecerles garantías suficientes a ambos...

—¿Y eso se conseguiría con una guarnición compuesta de caballeros de órdenes militares que rivalizan entre ellas?

—La pareja real tendrá que ejercer su soberanía de paz —se excitó el canciller—. ¿Qué otra justificación tiene su existencia? ¿De verdad queréis que su reinado «no sea de este mundo»? Esas son palabras huecas. Jerusalén no necesita un segundo mesías ni de alguien que, como el primero, provoca un revuelo y después se sustrae a su misión...

—Dios no lo envió a esta tierra para instigar una revuelta de judíos, sino para salvar al mundo.

—¿Lo ha salvado? ¡Mirad cómo está ese mundo! —Juan hizo una pausa, furioso, y luego añadió con amargura—: ¿Acaso Jesús se merece a esa pandilla romana como sucesora suya?

Sigbert no se mostró afectado por el repentino enfado del canciller, sino porque le acometieron dudas de si su interpretación del destino de Roç y Yeza no podía estar completamente equivocada. Suspiró.

—La pareja real decidirá por sí misma cuál es su voluntad. Yo estoy dispuesto a dedicar los últimos días de mi vida al cumplimiento de sus deseos. Con mucho gusto moriré por esta causa, ya que de todos modos no me queda otro remedio. —Se echó a reír.

—Tampoco es tan dramático —intentó calmarlo Juan—. Sólo se trataba de una reflexión mía y tal vez no valga la pena que vos deseéis sacrificar vuestra vida.

—La vida es muy frágil —aseguró el anciano—. Abajo, en el puerto, vuestro chambelán, tan vigilante como siempre, acaba de atrapar a un asesino griego, al que habrá enviado el emperador de Nicea para que por medio de un veneno impida de una vez por todas que el señor Manfredo ayude a su futuro suegro, el déspota de Épiros, a conquistar Constantinopla.



—¡Ah, el buen Maletta<sup>[478]</sup>! —fue la reacción del canciller—. ¡Ha tenido en cuenta mis advertencias!

—El griego jamás habría caído en sus manos —informó Sigbert—, si los templarios no hubiesen denunciado que ese hombre les había robado un barco.

—¿Y bien? ¿Ha confesado?

—No ha confesado su intención de asesinar a Manfredo, pero sí haber robado el velero. De todos modos el Taxiarcos, pues así dice llamarse, afirma haber realizado con ese mismo velero repetidos viajes en misión secreta por el océano de Atlas (¡imaginaos: atravesar el océano!), y que es un almirante nombrado por la orden. Ésta, sin embargo, no le habría pagado el premio concertado. Incluso presenta unos poderes escritos, pero que los templarios no han querido reconocer...

—¿El Taxiarcos, decís? Ese hombre dice la verdad, aunque tiene la mala suerte de que su poderdante ya no exista...

—¡Ah, se trata de Gavin, el muerto!

—¡Así es! ¿Qué más tenéis que contarme?

—Vuestro chambelán, siempre tan diligente, le ha hecho encadenar junto con tres de sus cómplices, que afirman ser caballeros de Occitania, uno de ellos incluso dice ser hijo del conde jourdain de Levis de Mirepoix. Fueron sorprendidos mientras tramaban una conspiración en la taberna de un tal Alekos, que también es griego. Al señor Maletta le bastó con eso y estuvo a punto de hacer ahorcar a los tres, cuando desembarcaron dos señores de rango, un tal Oberto Pallavicini<sup>[479]</sup>...

—¡El vicario imperial de la Lombardía y la Toscana! —aclaró el canciller.

—El otro decía ser un Lancia.

—Probablemente se trate de Galvano, príncipe de Salerno y uno de los tíos carnales de nuestro rey.

—¡Ya veis! Los dos prohibieron al enfurecido chambelán que actuara por su cuenta. Le dijeron que debía esperar hasta después de la coronación y no perturbar la solemnidad de estos fastos con el feo espectáculo de un cadalso en el que se bambolean los cuerpos de varios ajusticiados. Además, le señalaron que incluso un griego tiene derecho a un proceso regular, y que los jóvenes caballeros de noble cuna se merecen en cualquier caso un procedimiento legal. De modo que se limitó a encarcelarlos, aunque el tal Maletta quiso iniciar sin tardanza un interrogatorio...

—¡Qué estupidez! —se le escapó a Juan de Procida—. ¡Ese Taxiarcos, llamado también rey de los mendigos de Constantinopla, no es el hombre adecuado para que Maletta se desahogue a costa suya! ¡Guardias! —exclamó el canciller, y dos de sus hombres entraron en la sala. Juan, mientras cavilaba cierta idea que acababa de asaltarle, escribió unas líneas en un pergamino y lo selló rápidamente—. Cabalgad enseguida a capitanía y entregad este escrito al comandante. Es responsable ante mí de que a los prisioneros no les suceda ningún mal, y de que nadie pueda entrar en el

calabozo, ¡ni siquiera el chambelán! —Los guardias se alejaron.

—¿Por qué no los liberáis de una vez? —se mofó Sigbert.

—No importa que sigan encerrados hasta que yo tenga las ideas claras. Además, yo mismo quiero interrogarlos.

—¿Y si, en efecto, son asesinos peligrosos?

—En ese caso acabarán en la horca —aseguró el canciller a su huésped—. Pero no lo creo, pues un viejo zorro como el Taxiarcos no acudiría en un velero de los templarios cuya propiedad no está nada clara, y no atracaría en un puerto donde se encuentra la galera del gran maestro del Temple. Además, Alekos, el griego, es un palermitano que reside aquí desde hace muchos años, ¡y también es confidente del Temple!

—¿Y los tres caballeros de Occitania?

—Si son inocentes se les compensará por haber estado en el calabozo, invitándoles a la mesa del rey. Ahora me disculparéis, querido Sigbert, pues tengo una cita con el monarca. Bajad al puerto, e indagad si hay noticias de Roç y Yeza. El día de la coronación quisiera tenerlos sentados a nuestra mesa, ¡al igual que a vos, comendador, digno representante de la orden de caballeros teutónicos!

## **En las profundidades de la Kalsa**

La Kalsa<sup>[480]</sup> había sido en tiempos un bastión angular situado al sudeste de la antigua muralla de la ciudad, y procedía de los tiempos del dominio árabe. Sus mazmorras se adentraban profundamente en la tierra, y sus cimientos probablemente fuesen incluso fenicios. Después, los normandos habían adelantado la muralla hasta la orilla del mar, y sus jardineros sarracenos habían convertido el terreno intermedio en un parque. De modo que la Kalsa pronto se vio transformada en un castillo encantado en medio de un palmeral lleno de florecientes plantas trepadoras y fuentes de mármol. Ese jardín reservado para su disfrute a la familia real atraía mágicamente a los pájaros, tanto a las gaviotas como a las golondrinas y las palomas que anidaban en las viejas murallas. Allí mismo criaban los germanos a sus halcones y algunos de los recintos que en la antigua muralla habían servido para refugio de los guardias, estaban destinados ahora a dichas aves de presa y a sus cuidadores.

El edificio poseía varias plantas, pero a nadie le gustaba habitar en ellas, pues en sus húmedos sótanos, situados muy por debajo del nivel del mar, se hallaban las mazmorras destinadas a los prisioneros políticos, y los rumores decían que allí mismo eran interrogados y torturados, y que los gritos se oían hasta las estancias más alejadas. Incluso se decía que allá abajo solían ejecutarse en secreto ciertas sentencias, un rumor jamás confirmado, pero que no presagiaba precisamente un buen ambiente.

La vieja muralla ocultaba también un túnel que pasaba por debajo de la iglesia de Santa María de la Catena y de la capitanía vecina. Este túnel servía de acceso a las mazmorras subterráneas, y la expresión «se ha ido a la Kalsa» significaba en el habla popular que no había retorno o marcha atrás posible para una persona o un asunto. La única salida por debajo, envuelta en el mayor de los secretos, conducía directamente al mar y pasaba por una gruta donde abundaban los peces, aunque los pescadores evitaban adentrarse en las rocas que la albergaban.

La Kalsa se consideraba un lugar encantado, y si entre los jardines habitaban hadas y gnomos, en sus húmedas y oscuras profundidades se sospechaba que vivía una colonia de verdugos y torturadores pálidos a los que nadie veía jamás, porque ellos mismos eran presos que recibían los alimentos en unas cestas que descendían por las trampillas. Sin embargo, en épocas de mucha aglomeración de visitantes, como sucedía con ocasión de una boda real, un bautizo o una coronación, el chambelán de la corte se veía a veces obligado a echar mano de los alojamientos que ofrecía el castillo, aunque no siempre para plena satisfacción de los huéspedes.

—El propio Maletta debería intentar dormir alguna noche aquí —regañaba Oberto Pallavicini, poderoso príncipe imperial y vicario responsable de todos los feudos cisalpinos del Imperio germánico, incluyendo las ciudades rebeldes de la Liga lombarda y la traicionera Florencia.

—Tampoco hay por qué quejarse, las estancias son altas y luminosas, las camas están cubiertas de preciosas alfombras y almohadones de seda, hay agua fresca preparada en las jarras, en los armarios han puesto olorosas bolsas de lavanda y mirra, y los criados están dispuestos para cumplir cada uno de vuestros deseos. — Galvano de Lancia<sup>[481]</sup> miraba apenado al descontento vicario—. Yo creía que os agradaría estar alejado del trájín de palacio, pues todavía no se ha iniciado siquiera el verdadero tumulto, en cambio aquí habrá tranquilidad en las pocas horas libres que el servicio del imperio y la especial circunstancia que nos reúne aquí, nos permitan disfrutar.

—Entre pájaros, lagartijas y grillos...

—¿Veo que os asusta la soledad? —El príncipe de Salerno parecía divertido—. ¿Acaso teméis que la sombra de alguna salamandra inocente sea la de un asesino invisible y se os paralice el corazón de miedo? Por cierto, ¿qué ha sido de vuestro enemigo Ezzelino<sup>[482]</sup>?

—Ya sé —gruñó Oberto—. ¡Tendré que desembarazarme del tirano de Verona antes de que me haga asesinar a mí!

—Por ahora simplemente os roba el sueño. Pero aquí estáis seguro, pues mis habitaciones están junto a las vuestras y mis guardias dispuestos para atrapar a cualquier lagartija o grillo que se atreva a perturbar vuestro descanso. —El príncipe se estaba mofando y el vicario se apresuró a cambiar de tema.

—He conseguido atraer a Siena a nuestro lado —informó con orgullo—. Me ha costado, pero...

—Fuimos nosotros quienes adelantamos el dinero al Brancaleone. —El poderoso Lancia no estaba dispuesto a conceder ventajas al otro—. El senador ha recuperado el poder en Roma y os envía cordiales saludos. El Papa ha huido a Viterbo.

—Pero su cardenal Octaviano degli Ubaldini está levantando a Florencia contra nosotros.

—Al norte del Patrimonio de San Pedro empieza vuestro territorio —le despachó el príncipe de Salerno—. ¡Ya os arreglaréis!

A Galvano de Lancia le era fácil hablar así. Su territorio estaba en el sur, es decir, en un terreno de soberanía indiscutida de los germanos, y no tenía que habérselas con dos docenas de repúblicas marítimas sometidas al Imperio, pero que, apenas tranquilizadas, en cuanto el vicario les volvía la espalda, se apresuraban a pasarse al partido del Papa.

—Es fácil decirlo... —Oberto Pallavicini quería proseguir con sus lamentaciones cuando les avisaron la llegada del chambelán.

—¡Mi querido Maletta! —le saludó el de Lancia con cordialidad, poniéndole ambas manos en los hombros con una fuerza tal que al otro le temblaron las rodillas—. Nuestro amigo Oberto está encantado con el noble alojamiento que le habéis reservado aquí, junto al parque.

El chambelán aceptó el halago con una sonrisa torcida.

—Acabo de conseguir la prueba de que el asesino griego atrapado quería envenenar al rey.

La voz del chambelán sonaba entrecortada, pues acababa de subir a paso acelerado los infinitos escalones desde las mazmorras de la Kalsa, para presentar su triunfo ante aquellos señores.

—Imaginad que hemos encontrado entre sus ropas una cajita que contiene una pasta extraña, compuesta de fina arena y esencias inodoras.

El príncipe Lancia estuvo a punto de reír:

—¿Y qué os hace pensar que se trate de un veneno destinado a un asesinato? ¿A quién le gustaría masticar arena?

—El perro del verdugo —contó triunfante Malettano hizo más que oler el contenido y cayó inconsciente. Poco después se le paró el corazón.

—Habría sido un perro viejo, hasta el fiel corazón de un sabueso deja algún día de latir. ¿Cómo se lo ha tomado el verdugo? También los verdugos tienen su corazoncito, ¡y les gustan los perros grandes y salvajes!

Maletta se mordió la lengua. El sólo quería explicar el peligro mortal que había corrido el rey a tan pocas fechas de la coronación, pero nadie le hacía caso.

Tampoco le elogiaría Juan de Procida, de eso estaba seguro, sobre todo desde que

la guardia de palacio le había interrumpido en medio del interrogatorio, ordenándole que se alejara de la mazmorra. «¡Órdenes del canciller!» Incluso le habían quitado la carta encontrada entre las ropas del detenido, aunque no la cajita, que era su prueba. ¡Pero él conseguiría que el griego y sus compinches fueran ahorcados inmediatamente después de la coronación! Si por él hubiese sido, los habría hecho estrangular a todos en la misma mazmorra. El verdugo pensaba lo mismo, y ya tenía preparadas las cuerdas. Pero en vista de la prohibición, tuvieron que cambiar de propósito. Ahora habría que esperar a que se celebrara el juicio, y mientras, él tenía que encontrar a alguien que supiera analizar aquel misterioso veneno. Se acordó de un tal Kefir Alhakim, a quien el canciller había expatriado a una isla por ejercer la medicina sin estar cualificado para ello, un hombre que conocía muy bien los venenos contenidos en ciertas setas, unas sustancias carentes de olor, de sabor y hasta de color. Aunque el chambelán no recordaba el nombre de la isla.

—Os presento a un amigo que es para mí como un hermano —con estas palabras recibió Manfredo a su canciller en la capilla palatina<sup>[483]</sup>, situada en la primera planta del palacio normando—. Aunque soy bastante más joven que él, nos une un extraño parentesco —prosiguió, haciendo gala de su buen humor—. La situación resulta atractiva sobre todo por el hecho de que el emir Fassr ed-Din Octay es un fiel creyente del Profeta.

Soltó una risa despreocupada.

—Si lo supiera el Papa...

—Supongo que lo sabe —acertó a decir Juan de Procida con el mismo tono desenfadado, y observó con simpatía inmediata al príncipe musulmán que, según su estimación, tendría unos cuarenta años, lo que coincidía por otra parte con su historial, tal como el canciller lo conocía. El hijo del desierto, cuyos ojos oscuros y despiertos llamaban de inmediato la atención, se inclinó sonriente ante el canciller.

—Por desgracia, mi relación de parentesco con los Hohenstaufen no se basa en un lazo de sangre, pero debo a mi admirado emperador Federico el haberme nombrado caballero. Lo hizo para dar fe de la profunda amistad que le unía a mi venerado padre —añadió con humildad, pero también con orgullo.

—¿Vuestra madre, sin embargo, era cristiana? —repuso Manfredo y el emir asintió—. ¿Cómo fue a parar al harén de vuestro padre, el gran visir Fakr ed-Din?

—La adquirió en el mercado de esclavos, después de la «cruzada infantil»<sup>[484]</sup> que se formó cuando ya no quedaban en Occidente caballeros dispuestos a luchar por la Cruz —les recordó el emir, un tanto irritado por el cariz que tomaba la conversación.

—Un harén —intentó el rey suavizar el visible disgusto de su invitado— tiene al

menos la ventaja de que todos los niños que nacen en esa institución son legítimos. A ello debemos el honor de poder saludar hoy aquí al Halcón Rojo, como embajador del sultán.

—Siento desilusionaros, querido amigo —respondió el emir en tono formal—. Mi posición en El Cairo no es la de mi venerado padre. El sultán Alí es un muchacho rodeado de generales mamelucos que ansían el poder. He podido ausentarme de allí, pero no me podré quedar ni un día más allá de vuestra coronación. En cualquier momento puede estallar una revuelta palaciega en El Cairo, y quiero regresar con un velero rápido de los templarios, que tienen permiso de entrar en los puertos egipcios. Manfredo se sentó en el trono real de mármol de los normandos, adornado con mosaicos bizantinos. De repente, le había invadido uno de sus frecuentes ataques de mal humor y se sumió en el silencio.

—Si insistís en permanecer de incógnito, habrá problemas de protocolo —carraspeó el canciller—. El embajador del sultán tiene un sitio de honor reservado en la mesa del rey, pero ¿dónde situar a un caballero desconocido, llamado Constancio de Selinonte?

La pregunta quedó planteada de una manera penosa entre el artesanado de madera oscura labrada por artistas árabes, y el frío suelo, compuesto de mármoles de diferentes colores, entre las columnas corintias y el fondo dorado de los mosaicos que cubrían las paredes, representando a todos los santos cristianos, cuya confección los normandos, sabiendo muy bien lo que hacían, habían encargado a los artesanos musulmanes. ¡No los hay mejores en todo el mundo! Es lo que pensaba también Juan de Procida, pero no lo dijo en voz alta. El Halcón Rojo puso fin a la farsa.

—Si no apreciáis mi presencia como simple amigo —se dirigió a Manfredo, que se había encogido sobre el trono—, tengo mejores ocasiones para aprovechar mi tiempo y mi energía. Tomás Bérard me ha ofrecido regresar hoy mismo a Alejandría<sup>[486]</sup> en su nave *Atalanta*. En un primer momento rechacé la propuesta, para no desairaros. Tal vez no hice bien.

El emir echó una última mirada a aquel lugar que poseía un gran valor en sus recuerdos, pues allí mismo se había arrodillado ante el emperador Federico cuando éste le había armado caballero. Ahora veía sentado en el mismo trono a aquel hijo «natural» y heredero autoproclamado, que ni siquiera era capaz de responder con dignidad en una situación tan absurda.

—Me permitiréis retirarme —dijo el emir a Juan de Procida—. Quiero llegar al barco antes de que parta.

El canciller acompañó a Constancio hasta la gran puerta de bronce. Lo único que se le ocurrió decir fue «Lo siento», pero al menos sentía vergüenza.

—¡Esos mamelucos no se andan con chiquitas! —gruñó el rey al ver que su canciller regresaba con expresión pensativa—. Y eso que su padre, el visir, también

era oriundo del Kurdistán.

Juan de Procida no sabía qué decir y Manfredo volvió a la carga.

—Antes de que el Halcón Rojo decidiera acudir a esta corte, trasladó a su esposa a Damasco, dejándola al cuidado de Clarion de Salento, mi hermanastra y antigua favorita del sultán ayubí. Clarion es precisamente la hija de la hermanastra del emir con la que mi padre...

—¡Tiene su gracia! —se atrevió a opinar el canciller.

—La mujer del emir es una princesa *saratz*, una tribu sarracena que fue a parar a los Alpes y vigila allí los puertos de montaña por orden de su emperador. Lo más probable es que no se hayan enterado de que ese emperador ya no vive.

—¡Vive y no vive! —citó el canciller con aspereza la conocida sentencia de la Sibila.

—¡Muy gracioso! —Manfredo se irguió en su trono de mármol—. He oído decir que ese griego al que habéis detenido, llevaba consigo otra carta de William de Roebruk, y que vos tenéis ese escrito.

—Así es —le confirmó el canciller.

—¿No me la vais a leer?

—¡Yo mismo no la he leído todavía!

—Pues no esperemos más y oigamos las palabras de ese alegre hermanito pobre de san Francisco. Pero os propongo que nos retiremos a otro lugar, a una de esas estancias claras y luminosas de este palacio, que ayudan a alejar los pensamientos tristes.

Con estas palabras se puso de pie y echó a andar, seguido por el canciller.

Manfredo nunca había visto las mazmorras en las que se pudrían sus enemigos, donde las paredes rezumaban agua, pero esa agua sólo se oía, pues allá abajo reinaba una eterna noche oscura. Sin embargo, algunas plantas musgosas habían conseguido nacer entre las toscas piedras de granito, y colgaban de éstas como barbas húmedas. ¡Parecía obra del demonio!

En aquel agujero oscuro languidecían los tres desgraciados jóvenes oriundos del soleado Languedoc, y allí esperaban junto a su cabecilla, el Taxiarcos, el merecido castigo. No veían nada, sólo oían el ruido de las cadenas que sujetaban sus manos y sus pies.

A la luz de las antorchas de sus guardianes habían visto, sin embargo, que la bóveda central, que cubría una antigua cisterna de la época romana, estaba rodeada de celdas distribuidas en forma de estrella, cada una cerrada con una reja.

—Nos han encadenado a los tres en la primera celda —dijo Mas, sacando sus conclusiones—. Esto sólo puede significar un fin rápido: ¡la libertad o la horca!

La dureza de estas palabras tuvo su efecto. En la oscuridad se oían los sollozos de

Pons.

—En cambio el Taxiarcos, ese griego criminal y peligroso que en opinión del señor Maletta quería asesinar al rey con un veneno, está encerrado solo —prosiguió Mas hilvanando sus temores.

—Lo cual puede significar que su tortura será más larga. —Raúl recogió la idea, aunque sólo para dar rienda suelta a su ira, dirigida contra el rey de los mendigos, al que debían su triste situación—. ¡No creo que él pueda jamás abandonar este lugar más que con los pies por delante, o ser arrastrado por los subterráneos y arrojado como alimento a los peces!

Los tres callaron, a la espera de que su jefe respondiera algo, pero éste se refugiaba en el silencio, de modo que aquellas terribles previsiones se volvían contra ellos mismos, y Pons rompió a llorar abiertamente.

—¡A ver si os comportáis! —se oyó finalmente la voz esperada—. Hay alguien que sostiene su mano protectora sobre nosotros, pues de no ser así, ya nos habrían estrangulado y arrojado al mar.

Pons seguía gimoteando:

—Los esbirros dicen que ése será nuestro final.

—¡Los esbirros! —se mofó Mas—. Nosotros somos nobles, y seremos juzgados por un tribunal de nobles.

—¡Silencio! —rugió el Taxiarcos—. Os ordeno que os calléis, a los tres. Y tú, Pons, ¡deja de llorar!

Su autoridad hizo efecto y volvió a instalarse el silencio, por lo que todos pudieron oír cómo se acercaban unos pasos por la escalera de piedra, e incluso se hacía un poco de claridad. A Pons se le heló la mirada, después se frotó los ojos para secarse las lágrimas y ver cómo, a la luz de las antorchas que los guardias sostenían para iluminar respetuosos las resbaladizas piedras, aparecía husmeando el guepardo, tirando de una cadena sostenida por su joven ama. Esta caminaba detrás, haciendo un esfuerzo por no caerse.

—*Dir balak ya Immà!*<sup>[487]</sup> —ordenó una voz infantil—. ¡No quiero caerme en la mierda!

Uno de los carceleros alzó la antorcha para iluminar a través de la reja los rostros de los prisioneros.

—¿Son los que buscáis?

La mirada de Constancia se parecía a la de su fiera.

—Ése es —señaló a Raúl— el que me miró con tanta insolencia.

A Pons casi se le detuvo el corazón del susto, Mas sintió celos, y sólo Raúl sonreía con desparpajo bajo la oscilante llama.

—¡Soltadle las cadenas! —ordenó la muchacha a los confundidos vigilantes—. ¡Quiero besarle!



Los carceleros se quedaron atónitos, hasta que uno de ellos consiguió reponerse.

—¡Alteza, no podemos! ¡Nos costará la cabeza!

El látigo con el que la joven solía procurarse la obediencia de *Immà*, pasó con un trallazo por el rostro del hombre, castigando su protesta.

Raúl dijo entonces:

—Os propongo que me hagáis cortar la cabeza, ¡así podréis besarla, a la vez que se cumple la ley!

—¡No! —gimió el principal de los vigilantes—. ¡No pidáis eso!

Constancia se quedó mirando a través de las rejas sin que se le moviera un músculo del rostro.

—¡Vuestra propuesta no es apetitosa, ni original, señor mío! —Después apartó la cabeza—. Se me ha pasado el deseo de besar vuestros labios. Menos mal que aquí existen rejas.

Dirigió una señal a los guardias, que respiraron aliviados, arrastró a *Immà* consigo y se alejó bajo el resplandor de las antorchas.

—¡Eres un idiota! —resopló Mas en dirección a Raúl, cuando ya había vuelto a instalarse la oscuridad.

## **Desmontaje y vaciado del Calvario**

En la playa de Ustica se habían reunido los señores y la tripulación del velero alrededor de Jacobo, el carpintero. En la arena de la orilla, que formaba una suave pendiente, descansaban, correctamente ordenadas, las figuras del grupo del Calvario: las cruces de Jesús el Nazareno y de uno de los ladrones, sin que nadie echara en falta al segundo de ellos ni a su cruz, María, y la Magdalena, junto con las demás mujeres a derecha y a izquierda, y finalmente san José y ayudantes de los verdugos.

El final lo formaban a ambos lados los legionarios romanos.

El Hafsida, acompañado del dogo y de Gosset, paseaba a lo largo de los cuerpos como los cazadores inspeccionan las piezas cobradas, antes de dar a Jacobo la señal para que iniciara su tarea. Este empezó por su amigo y patrono san José, separando con el mismo cuidado que pondría un cirujano los brazos y las piernas, y finalmente le serró la cabeza. Con ayuda de algunas picas largas, dotadas de un gancho en la punta, el carpintero sacó bolsa tras bolsa llenas de monedas contantes y sonantes del tronco del santo, pero no llegó hasta las profundidades del vientre hueco. De modo que cuatro moriscos levantaron el torso, lo pusieron de cabeza y lo sacudieron hasta que el último lingote de oro había caído sobre la oscura arena. Después Jacobo abrió las extremidades del santo y las vació, obteniendo también en este caso varias bolsitas de cuero llenas de joyas.

Roç y Yeza, pero también Gosset, observaron durante todo el procedimiento el

comportamiento del dogo. El señor George habría comprendido finalmente que había vendido a muy bajo precio la propiedad de los templarios de Redae, y el dogo les hizo el favor de adoptar el aire de un mecenas preocupado únicamente por el arte sacro, asqueado por el mal uso que se había hecho de las sagradas figuras, y cuyo interés se dirigía exclusivamente a su conservación. Exclamaba: «¡Cuidado!» y «¡Atención!», y a veces decía «¡Qué blasfemia!» y «¡Qué vergüenza para la cristiandad!».

Al mismo tiempo, sin embargo, torcía la vista queriendo abarcar el contenido de cada una de las bolsas, hasta el punto de que era de temer que sus ojos saltones quedaran bizcos para siempre. A la vez hacía como si cada lingote de oro que salía a la luz le provocara un profundo dolor en el alma, o como si ese mismo lingote le hubiese caído en el dedo gordo del pie. Gosset se daba perfecta cuenta y observó también la sonrisa con la que el Hafsida valoraba las dotes de actor de su compinche. Comprendió que aquellos dos se habían puesto de acuerdo, como no podía ser de otra manera. Esto significaba para él que debía tener mucho ojo, para no quedarse al final con las manos vacías.

Roç y Yeza consideraron que el dogo exageraba mucho sus lamentaciones, y seguramente también ellos habrían comprendido a la corta o a la larga cual era su juego, cuando el Hafsida dio por finalizada la función, prometiendo al doliente dogo en voz alta un «premio», de modo que Georges Morosin pudo finalmente mostrar, como los demás, su alegría al ver que se iba acumulando el botín.

El mercader de esclavos ordenó a sus moriscos que vaciaran una zanja en la parte alta de la orilla, hasta donde no llegarían nunca las olas aunque hubiese marea alta, y amontonaran de momento allí todo aquel tesoro. El procedimiento aplicado por Jacobo, que trataba las esculturas de madera con tanta precaución como para poder devolverlas después a su estado anterior, acabó por agotarles la paciencia. Pero Jacobo irradiaba tal autoridad que nadie intentó oponerse seriamente a la complicada forma en que se desenvolvía.

—Podemos pasar días así —objetó en algún momento el Hafsida—. Yo pensaba...

—¡Dios dirá! —le respondió el dogo y después opinó, dirigiéndose a Gosset—: Beni el Gato os informó de que la coronación de Manfredo está a punto de celebrarse. ¿No querréis que la pareja real llegue a Palermo con las manos vacías?

Gosset quedó pensativo, pero Roç se le adelantó.

—¿Acaso no hay aquí oro y joyas en abundancia?

Pero Yeza contestó:

—Regalar joyas sería demasiado vulgar.

El dogo lo oyó con placer.

—Aparte del mérito indiscutible de haber salvado estas piezas de arte sacro,

tienen para la pareja real el valor de un recuerdo sentimental de su amistad con el señor de Redae. En otras palabras: la pareja real podrá ir a Sicilia y llevar como regalo digno para Manfredo este maravilloso grupo del Calvario, algo que el rey jamás puede rechazar si no quiere enfrentarse una vez más con la Iglesia romana. Se trata de una obra maestra del arte occidental, mejor aún, del arte gótico del Languedoc. El creador de estas preciosas figuras, que denotan una profunda devoción y una fe innegable, se considera que fue Xavier de Urgel el Joven<sup>[488]</sup>.

En ese momento intervino Kefir Alhakim, el gobernador, al que nadie había prestado atención, por lo que ninguno de los moriscos le había impedido acercarse junto con su abanicador.

—Esas figuras, ahora desnudas, necesitan unas vestiduras que provoquen asimismo la admiración del rey Manfredo. —Luego de una pausa, prosiguió entusiasmado—: Si me proporcionáis las telas, les haré...

El Hafsida declaró entonces:

—Tengo a bordo cajas llenas de terciopelo y brocado, seda y tela adamascada. —Se dirigió con aspereza al sastre—: De momento, aquí no os necesita nadie.

Los moriscos se habían dado cuenta del disgusto con que Abdal miraba al gobernador y se llevaron a éste, antes de que pudiese darse por enterado de lo que realmente estaba sucediendo.

—¡Esperad a que os llamen!

Kefir Alhakim se retiró, ofendido.

Roç opinó:

—Eso aumentará el valor de nuestros santos, ¡y ahora estoy seguro de que le gustarán al pueblo de Sicilia!

—¡Las telas son mi contribución para el regalo al rey! —proclamó el mercader de esclavos—. Nunca se sabe...

—¡Eso está bien! —decidió el dogo—. La población celebrará cada año con una procesión el día de la llegada de los santos a su isla, y Manfredo gozará de la fama de haber donado ese tesoro a la Iglesia. ¡Os lo agradecerá eternamente!

Durante toda esta discusión el maestro Jacobo había seguido trabajando sin detenerse, pero estaba claro que no podría descomponer, vaciar y volver a unir más de dos o tres figuras al día.

Los moriscos se limitaban a transportar los tesoros hacia la zanja abierta más arriba. El Hafsida observaba, sacudiendo la cabeza, la forma de trabajar de aquel carpintero que se identificaba con san José y que trataba la cabeza de madera del santo como una reliquia, como si se tratara, en efecto, de la cabeza cortada de un mártir. La colocó dentro de un saco, añadió hierbas que desde el punto de vista del

Hafsida representaban unas plantas vulgares, como suelen crecer en la arena, pero que el extraño carpintero arrancaba junto con las raíces. Por lo demás, Jacobo llevaba consigo, a todas partes, el saco con la cabeza de madera del santo, como una madre a su hijo de pecho, y no lo perdía de vista. Para no herir sus sentimientos, nadie más se atrevía a tocar el saco o arrojar una mirada al interior del mismo, y todos estuvieron de acuerdo en respetar su capricho.

—Ya está decidido —dijo Gosset, después de susurrar un rato con Roç y Yeza—. El grupo del Calvario, una vez restaurado, será el regalo que la pareja real donará al rey Manfredo.

—Así pues, ¿podemos pasar a hablar de la parte comercial de esta operación? —empezó el dogo.

—El reparto ya está decidido, mi querido amigo y templario —le respondió el Hafsida—. Lo que no quiero es perder días contando monedas y pesando lingotes, discutiendo el contenido de oro y el valor de cada joya.

Semejantes palabras procedentes de la boca del mercader de esclavos sorprendieron mucho a todos, menos al dogo.

—¿Qué proponéis? —dijo Gosset, tras lo cual el dogo respondió:

—¡El reparto se hará por peso y por volumen!

—¡Así sea! —intervino de nuevo el Hafsida—. El carpintero de a bordo preparará las cajas que le corresponden a cada uno, según el tamaño de cada parte.

—La pareja real necesitará dos cajas —declaró Yeza entonces, sorprendiendo a los demás, incluido Roç—. No solamente porque nos corresponde una parte mayor, sino porque el señor Roç Trencavel y yo llevamos cuentas separadas.

Roç miró asombrado a la joven que, sin embargo, había hablado con tanta decisión que él pasó a pensar que Yeza, como siempre, sabía muy bien lo que hacía.

—Yo también quiero dos —exclamó el dogo—. Una caja pequeña como humilde premio para mí, y una grande que irá marcada con la cruz de los templarios, ¡para que todos sepan a quién va destinada!

—Está bien —decidió Gosset—. Yo pido una caja con doble fondo, pues vamos a desembarcar en Sicilia, y no quiero que mis pocas propiedades despierten una envidia innecesaria.

El único que no necesitaba un arcón, porque ya tenía uno, era Abdal el Hafsida.

—Menos mal que habéis aceptado mi propuesta —gruñó de mal humor—. Para que no haya malentendidos, repartiremos las monedas por bolsas, contaremos los lingotes, y las joyas se quedarán dentro de las bolsitas de cuero y las rifaremos a peso.

—¡Las subastaremos! —propuso Yeza—. Y el precio obtenido se distribuirá entre los moriscos.

Como lo había dicho en voz alta y los hombres rompieron a aplaudir, nadie quiso

oponerse.

Pero el dogo empezó otra vez:

—Aunque todo esté ya acordado...

Su amigo le cortó la palabra:

—... lo primero será apartar el precio de compra acordado para la orden. ¡De ahí cobraréis vuestro premio!

—¡Y yo cobraré la comisión que me corresponde! —tranquilizó Gosset al templario, al parecer de pleno acuerdo con Abdal, pero en realidad sólo deseaba hacer constar una vez más sus derechos.

El Hafsida sacudía disgustado la cabeza.

—Ahora subiré a bordo para escoger las telas, de modo que cada figura que el señor Jacobo acabe de recomponer pueda ser trasladada al lugar que su excelencia el señor Kefir Alhakim disponga, para que con ayuda de las mujeres pueda iniciar el trabajo de vestir a los santos. No quiero estar después esperando más tiempo del indispensable.

A casi nadie le había llamado la atención de que Jacobo, el carpintero por vocación, se echaba al hombro el saco con la cabeza de san José y subía al poblado. Los que se dieron cuenta pensaban que su intención era ir a ver a Kefir Alhakim, gobernador y sastre, para hablar con él de la ropa que prepararía para vestir a las figuras. Además, todos estaban demasiado ocupados, cada uno consigo mismo.

Jacobo estaba triste. Durante mucho tiempo había estado buscando un escondite adecuado y digno para el cáliz que Gavin le había confiado. Ahora tendría que separarse rápidamente del mismo porque unos señores, a los que faltaba toda sensibilidad ante el misterio que tan cerca tenían, habían decidido, en su egoísmo y despreocupación, regalar aquellas figuras al rey de Sicilia. ¡Pero el destino del cáliz sólo podía ser la divina *Hyerosolyma*, su amada Jerusalén!

Georges Morosin observó con aire satisfecho:

—Dado que somos los únicos que se han quedado sin trabajo, podríamos regresar a nuestro banquete y emborracharnos hasta que todo haya quedado resuelto tal como se lo imagina nuestro señor Abdal.

—Invitaremos a los hombres del lugar, para que no molesten a sus mujeres mientras cosen —le apoyó Gosset.

—La pareja real —declaró Roç— no desea participar, y se retirará a la montaña hasta que nos llaméis.

Roç había dirigido sus palabras a Gosset, sin mirar a Yeza, con la que no se había puesto previamente de acuerdo, y la joven se vengó.

—Potkaxl y Filipino nos acompañarán. —Yeza aniquiló de este modo su deseo de buscar una intimidad conciliadora entre ambos, aunque también ella sentía la misma necesidad—. ¡Preparad todo lo necesario! —ordenó a su doncella y al criado—.

Necesitaremos provisiones para varios días. —Era perfectamente capaz de desempeñar el papel de ama y señora.

Después encargó a Mafalda y a Geraude que fueran preparando las ropas de fiesta para la estancia en Palermo.

—Podéis utilizar los servicios de ese sastre —le ordenó a su primera dama—. Lo mismo os digo a vos, Jordi. Pensad en lo que necesitaréis vos y vuestros hombres, banderas, chalecos y camisolas. El Hafsida os dará lo que necesitéis. Pasaremos por Palermo como si estuviésemos de viaje, presentaremos nuestros respetos al rey, le dejaremos un espléndido regalo y seguiremos nuestro camino.

Precisamente mientras volvían a subir, en compañía de Filipo y Potkaxl, por las terrazas a la plataforma donde se encontraba su tienda, acudió a su encuentro Beni el Gato.

—¡Mi señor padre está llorando! —exclamó en son de reproche—. Le habéis pagado su hospitalidad con desconfianza y, sobre todo, habéis despreciado sus servicios. ¡A partir de ahora habrá guerra entre nosotros! —exclamó y quiso retirarse—. ¡Los hombres se están armando, y lucharán hasta la última gota de sangre, que empapará la tierra de esta isla! —No cabía duda de que él mismo se consideraba un guerrero valiente hasta la muerte.

Pero Yeza le hizo volver, y a Beni el Gato no le supo mal, puesto que allí estaba también Potkaxl.

—Vuestro señor padre, el ilustre Kefir Alhakim, tiene toda nuestra confianza, por lo que le rogamos que proceda a confeccionar las ropas de los santos, según su buen saber y entender y su gusto exquisito.

—Estará muy contento, pero eso no borra la humillación de que le hayáis ordenado retirarse de la playa, ¡una playa que es suya! Esa humillación sólo se lava con sangre.

Yeza reprimió una sonrisa y dejó en manos de Roç el arreglo definitivo. A pesar de sus frecuentes divergencias, estaban muy bien entrenados a la hora de solventar situaciones difíciles.

De modo que Roç proclamó con serenidad altiva:

—Sentimos mucho haber ofendido el honor de su excelencia el gobernador imperial de Ustica, y os rogamos que nos mostréis el camino para poder rendirle visita y borrar esa ofensa.

—¡Se sentirá feliz! —exclamó Beni jubiloso—. ¡Corro a llevarle esta buena nueva! ¿Veis aquella torre en lo alto de la montaña? —El polifacético estudiante señaló unos muros que se elevaban más allá del poblado—. Allí os espera mi padre. Y yo estaré siempre a vuestro servicio, ¡mandéis lo que mandéis!

—¡Eso está bien! —dijo Yeza y se echó a reír mientras el Gato se alejaba con paso flexible y ceremonioso, seguro de que Potkaxl le estaba observando.

## Un patriarca entrometido

La mirada del futuro rey caía a través de las altas ventanas sobre los tejados de su ciudad, donde se elevaba el campanario de Martorana, que el pueblo solía llamar la Madonna dell'Ammiraglio, y a su lado, a la derecha, se veían las cúpulas rosadas de San Cataldo entre las altas palmeras. Detrás reverberaba el mar que se extendía hasta fundirse con el amplio y blanco horizonte. A Manfredo le sabía mal no poder incluir en esa imagen la pequeña iglesia de San Giovanni degli Eremiti, pues la antigua mezquita con su encantador jardín, rodeada de un claustro maravilloso, aún le entusiasmaba más que el arte de la jardinería árabe de su propio palacio. Pero para poder ver aquella joya habría tenido que levantarse.

El hecho es que el joven soberano descansaba sobre una fresca tumbona de mármol, la bella cabeza de rubios rizos apoyada en una mano, y prestaba atención a su canciller, que se paseaba a granelos pasos por la estancia, mientras le leía la carta de William de Roebrok. Esa carta, en realidad, iba dirigida una vez más «A la pareja real, Roç y Yeza», pero como el sello había sido violado en el transcurso de las investigaciones dirigidas contra el mensajero, el rey y el canciller no tuvieron reparo moral en enterarse del contenido. A decir verdad, ellos nunca tenían reparos morales. Ese término les resultaba muy ajeno, incluso les habría parecido mucho más raro renunciar a una información que, según el último escrito del franciscano, en el que se hablaba de alta traición y regicidio, tanta importancia podía tener para el Estado.

Así pues, paso mis días en la bella Antioquía, y casi siempre asisto como convidado a la mesa del príncipe. Estoy acreditado ante el buenazo de Bo como enviado especial del gran khan y al mismo tiempo embajador del rey de Francia. Aunque siempre sospecho que Bohemundo sabe muy bien cuál es mi verdadera situación, y sólo me acoge tan generosamente por su antigua amistad con hacia vos, mi querido caballero Roç, y con vos, mi inteligente dama Yeza. Le he dicho que, en realidad, me encuentro de camino para reunirme con mis reales señores, y él me exige que le cuente cosas de vosotros, lo cual constituye un problema. Mientras, se ha acostumbrado tanto a mi compañía que cada día le veo menos dispuesto a financiarme el viaje, y no me gusta la idea de pedírselo con insistencia. Pero lo que de verdad me preocupa es que el capítulo de mi orden se ha reunido precisamente ahora en Trípoli, y podrían acordarse del hermano William, que desde hace tanto tiempo ha dejado de comunicarse con la Ordo Fratrum Minorum. Por eso he rogado al príncipe que guarde mi incógnito y no me obligue a mostrarme en público. Con este truco evito también que pueda descubrirme Xenia, pues mi esposa tiene probablemente bastantes dificultades para criar ella sola a la pequeña Amal y a

Shams. Ahora bien, estos niños no son fruto de mi sangre, ni del vientre de Xenia, por mucho que ella lo hubiese deseado...

—Podemos pasar por alto la vida amorosa de ese monje, querido Juan — interrumpió el joven soberano a su canciller que, mientras leía, seguía paseándose por la estancia.

—También puedo dejar de leer del todo —le respondió el canciller, irritado. No parecía disgustarle la idea, pero Manfredo no lo consintió.

—He dicho «pasar por alto», lo que significa que debéis leer lo esencial, todas las insinuaciones que puedan hacer referencia a nosotros, incluso debéis leer entre líneas y valorar la idea que hay detrás. Es lo que distingue al diplomático de los demás mortales.

Al fin y al cabo, fui yo quien, ante las ruinas humeantes de Alamut, puse en los brazos de Xenia al recién nacido *imam* de los ismaelitas, lo confié a su pecho maternal para que ella lo criara y me lo guardara para el futuro. Yo fui quien le salvó y yo soy quien tendrá que decidir su destino. Pero si levanto el velo que cubre su existencia, los «asesinos» me perseguirán hasta que les entregue a su superior, que es como un dios para ellos. Bohemundo me pagaría el peso de la criatura en oro si pudiese disponer de ella como rehén frente a los «asesinos». A veces me quiere parecer que lo mejor sería que el pequeño jamás se enterara de un pasado que tanto lastra su vida. También pienso algo parecido en relación con vosotros: vuestra vida transcurriría de otro modo si alguien no hubiese ideado el Gran Proyecto... ¡y la mía también! Pero posiblemente nadie pueda escapar a su destino.

—¡Eso es bastante interesante! —ironizó Manfredo al ver que su canciller estaba agotado y su voz se iba debilitando—. Al menos William ha encontrado un camino que al parecer le gusta: juega con el destino, ya sea el de los hijos del Grial, o el del jefe espiritual de los temibles «asesinos». ¡William se ocupa de todos!

Juan carraspeó, su voz empezaba a sonar ronca.

—Falta saber si es en bien de los afectados. Por mi parte, no tengo ningunas ganas de encontrarme con él, ni aquí en Palermo ni en ninguna otra parte de vuestro reino.

—¿Acaso queréis avisar a los franciscanos, para que puedan atraparle, o queréis avisar a su «esposa»? —preguntó Manfredo con picardía, pues conocía a su canciller—. Sólo así podréis estar seguro de que mañana no aparezca al lado de mi cama, afirmando que es mi «protector».

—Vos sois una persona adulta, pero, por ejemplo, ¡William podría adoptar el papel de ángel protector de vuestra hijita Constancia!



—¡Ni siquiera William de Roebrok sería capaz de eso! Seguid con la lectura.

Seguramente querréis saber por qué abandoné Nicea tan precipitadamente. El emperador Teodoro II, siguiendo mi consejo, envió a su general más capacitado, Miguel Paleólogo<sup>[489]</sup>, contra Épiros, y éste conquistó la capital y el país del déspota, llegó hasta el mar y se apoderó incluso del puerto de Durazzo. Pero en lugar de agradecer esa victoria en la lucha por reconquistar Constantinopla, Teodoro, un hombre malhumorado, obtuso y desconfiado, hizo regresar enseguida al general y le retiró su benevolencia. El Paleólogo no perdonó la ofensa, y no se sabe cómo, el emperador moría tres días después, dejando el trono a su hijo y único heredero, Juan IV<sup>[490]</sup>. El nombre completo de este niño de seis años de edad es Laskaris Vatatses, pero no hace falta acordarse de los apellidos, pues apenas le hubo cerrado los ojos al fallecido, el patriarca encargó a Miguel Paleólogo la regencia. Pocos días después le otorgó el título de duque, y acabó nombrándole déspota, de modo que no es de sorprender que, cuando llegó el día de la coronación, el antiguo general había convencido ya al patriarca de que le coronara a él también, en calidad de coemperador, y que fuese su cabeza la primera en ser coronada. Un día después había desaparecido ya la corona del niño, y creo que su infantil portador no tardará en sufrir un destino parecido.

Poco después de todas estas ceremonias, el patriarca Arsenio, muy probablemente a sabiendas del nuevo soberano, me informó de que en el puerto había una nave dispuesta a llevarme hasta Sicilia, en misión oficial, por encargo del Paleólogo y de la Iglesia griega que el patriarca preside. Todo el mundo conoce aquí la disputa que sostiene la casa imperial germana con la Iglesia romana. Lo que me ha movido a aceptar este ofrecimiento con tanta satisfacción, es la información cierta, que entretanto ha llegado en secreto a mis manos, de que vos, queridos míos, la pareja real, estaréis también en Palermo. Fue el monje Demetrio, aquel sacerdote que ya al iniciarse de una manera tan desgraciada mi estancia en Nicea, me trajo tanta suerte, pues me conoce y me aprecia desde nuestros días pasados en común en Karakorum<sup>[491]</sup>...

El canciller interrumpió su lectura.

—Alguna importancia debe de tener esa visita tan esperada de Roç y Yeza a nuestra isla.

—Pocas veces se ve humo antes de encender el fuego —suspiró Manfredo—. Aunque, cuando interviene William, todo es posible.

—¿Significa eso que los tres caballeros de Occitania no habrían mentido cuando afirman que venían a encontrarse aquí con la pareja real?

—¿Y por qué no habrían de acudir mis queridos parientes a mi coronación? —

respondió Manfredo con un bostezo placentero—. Por parte de mi padre no quedan tantos... —Se detuvo, y Juan quiso pensar que el rey estaría recordando a su hermanito Conradino, pero se esforzó por no dejar traslucir sus pensamientos. Y Manfredo acabó la frase—: quedan tan pocos parientes que incluso los más lejanos y más empobrecidos serán bien recibidos. ¡Pero seguid leyendo, señor canciller!

De modo que subí a bordo, con todos los honores y bien equipado como mensajero y portador de los mejores y más cristianos saludos. Me acompañaban cajas llenas de regalos, preciosas ropas que, al parecer, habían sido expresamente confeccionadas para mí. Cuando me las probé, me vi tan impresionante que me quedé aquellas vistosas prendas puestas y me paseé como un pavo por la cubierta de la nave.

En el último momento se presentó el patriarca a despedirme. Me llevó a un rincón apartado, y sacó algo de una cesta que traía consigo. Se trataba de una preciosa caja de marfil ricamente tallado; la abrió con mucho cuidado y me dejó mirar el contenido. Vi un crucifijo de plata depositado sobre terciopelo, el cuerpo del Redentor era de alabastro, aunque despedía un extraño fulgor rojizo, pues llevaba una carga líquida que se transparentaba a través del material exterior. La cruz estaba rodeada de perlas y zafiros y el patriarca la sacó con mucha delicadeza de su receptáculo, y dejándome boquiabierto, abrió el cuerpo como si fuese un frasco, desenroscando la cabeza con la dorada corona de espinas y haciéndome admirar el interior de la pieza.

—Ved, William, éste es nuestro regalo máspreciado para el señor Manfredo, y vos mismo debéis entregárselo personalmente. Mostradle las heridas, aquí en las palmas de la mano, en los pies y la delicada marca que dejó la lanza en un costado. El artista ha trabajado el alabastro de modo que el líquido, que representa la sangre, es capaz de traspasar esas aberturas. ¡Fijaos bien! —Y, en efecto, según como él sostenía el cuerpo y posiblemente debido a una ligera presión, salieron unas diminutas gotas de los puntos señalados—. ¡Ahora sellaré bien el regalo, para que no le suceda nada durante el largo viaje!

Y sacó de la cesta una vela, la encendió y en primer lugar rodeó el cuello de la figura con cera líquida, para sujetar de nuevo la cabeza. Después hizo gotear un poco de cera sobre cada una de las heridas y devolvió el crucifijo a su lecho de terciopelo.

—Con el más mínimo calor, el que le transmite una mano, volverá a fundirse la cera —me comunicó para tranquilizarme—. Después, el creyente devoto volverá a participar del milagro. ¡Pero el más simple contacto de la piel humana con ese horrible veneno significa la muerte irremediable, una muerte dolorosa como la que causan las llamas del infierno!

Sólo en ese momento me llamó la atención el hecho de que Arsenio llevaba todo

el tiempo los guantes puestos, unos guantes de fina piel blanca, y me imaginé lo que podía suceder si alguien se llevaba aquella diabólica obra de arte a los labios.

—¡Yo no la toco! —se me escapó—. ¡No soy un asesino!

El patriarca se disgustó.

—Tú solamente entregas el estuche, de modo que quedas libre de toda sospecha. Claro que no deberías quedarte demasiado tiempo en la isla.

—Pero tengo miedo —me opuse todavía, aunque ya tenía decidido arrojar el estuche al mar a la primera ocasión que se me presentara. Tengo miedo de que se escape algo del veneno durante el viaje.

—Bien, William —dijo el patriarca con frialdad—. Meteré el estuche en una caja de madera fina, perfectamente hermética, cuyas paredes estarán revestidas además con chapa de oro. Así nada te puede suceder. Además, te entregaré un par de estos guantes de piel, para que tu vida, que tanto aprecias con toda la razón, no corra ningún peligro. Espera aquí —me ordenó, metió el estuche de nuevo en la cesta y se alejó. Estuve esperándole, mientras me paseaba intranquilo por la cubierta de la nave, y de repente se me ocurrió pensar que Arsenio podría haber renunciado mientras tanto a utilizarme a mí como mensajero. ¿Qué le podía suceder a quien conociera su secreto, pero ya no le sirviera para ejecutar sus planes, es decir, a una persona que debía parecerle peligrosa? Jamás podría salir viva de Nicea.

Arsenio se había alejado en busca de los verdugos que me... Todo el cuerpo me temblaba. A nuestro lado había atracado una nave mercante a punto de navegar hacia Antioquía. Ya había levado anclas y soltado las amarras, y se deslizaba a nuestro lado, los cabos se arrastraban en el agua y los marineros tiraban de ellos, y salté, poniendo todo mi empeño en agarrar alguno de esos cabos. Lo conseguí, la corriente de popa del barco me arrastró, tragué agua como una ballena, pero no solté el cabo. Los marineros me subieron a bordo justo cuando pasábamos por delante de la torre del puerto. Mi precioso ropaje estaba chorreando y su peso casi me arrastra hacia las profundidades del mar, pero ya sabéis que vuestro William dispone de un ángel de la guarda muy especial.

—¡Alto! —exclamó el señor Manfredo—. ¡Prestad atención por si menciona a alguien que pueda convertirse en su sucesor como asesino! ¿No creo que ese amable patriarca haya renunciado a sus planes sólo porque William se dejó caer al agua?

—Supongo que no —murmuró el canciller mientras repasaba con la vista el resto del escrito—. Pero nuestro franciscano sólo menciona que, en el momento de enviar esta carta, todavía no sabe cómo abandonar Antioquía, por lo que propone a Roç y Yeza que acudan allá, pues su amigo Bo, seguramente el joven príncipe, los recibiría con gran alegría.

—¡Ya basta! —dijo Manfredo, que tenía la boca seca—. ¡No hay calificativos

para lo que pretende ese griego! ¡Ese veneno es satánico! Tendríamos que invitar a Arsenio para que acudiera a algún lugar santo, donde no sospechara nada...

—Un personaje como Arsenio siempre sospecha.

Oyeron llamar a la puerta y ésta se abrió, dando paso a *Immà*, que arrastraba tras de sí a Constanca tirando de la cadena.

—Ese gatito se está convirtiendo en una bestia, hija mía —saludó Manfredo a su caprichosa hijita.

—Aún puedo sujetarla —se defendió la muchacha—. ¡Los tres caballeros de Occitania son inocentes! —dijo al canciller.

—Lo sé —respondió éste, divertido—. ¿Queréis que les libere?

Constancia sacudió enérgica la cabecita.

—¡No!

Su padre intervino:

—Si están presos sin tener culpa, se les ha tratado injustamente y todos debemos colaborar para remediarlo. Se sentarán a nuestra mesa.

—¡No a mi lado! —exclamó la jovencita con terquedad y tiró del guepardo para separarlo del señor Manfredo, que estaba jugueteando con el animal.

—¡Es hora de casarla! —dijo el padre después de que se cerrara la puerta detrás de su hija y el acompañante de ésta.

—Sólo que el infante don Pedro parecerá un pobre gatito flaco al lado de esa bestia.

—¡No habléis así de mi hija! —le advirtió el señor Manfredo a su canciller, no tanto en son de reproche como profundamente apenado.

—Me refería a *Immà* —respondió Juan de Procida con aspereza.

—Por lo que sabemos —dijo el futuro rey ante el silencio que amenazaba instalarse—, es posible que el Taxiarcos tampoco sea más que una víctima de tan extrañas circunstancias...

—...circunstancias que llevan el nombre de Maletta —añadió el canciller.

—En cualquier caso, preferiría ver al famoso hombre en libertad, puesto que también la nave ha sido devuelta a los templarios.

—Yo preferiría que siga algún tiempo más en la mazmorra, hasta estar seguro de que ya no dispone de ningún barco.

—Vos no conocéis lo que representa esa horrible Kalsa, querido mío. Después de pasar algún tiempo allí la gente se vuelve loca, tienen alucinaciones como una *fata morgana* negra, se imaginan ver el sol y que éste los quema, ¡que están inmersos en las llamas del infierno!

El canciller no se inmutó.

—Tampoco yo quiero que ese experto navegante pierda la razón, y se me ocurre una idea. Le daremos el mejor barco de la flota real...

—Por favor, querido canciller, ¿queréis revelarme por qué le tenéis de repente tanto aprecio a ese hombre?

—El Taxiarcos es el único que conoce el camino que conduce al oro de las «islas lejanas»...

—¡Eso me gusta! —exclamó Manfredo—. Le dejaremos en la mazmorra hasta que se ablande y esté de acuerdo en mostrarnos ese camino. Pero, en cambio, ¡liberaremos a los tres mozos! Eso le afectará mucho y, por otra parte, siempre le podemos amenazar con ponerle de nuevo en manos de Maletta.

—Espero que no tengamos necesidad de tanta tortura, y espero convencer al Taxiarcos antes de vuestra coronación. Después le nombraremos *capitano in missione speciale*, y ante de partir para enriquecer a Sicilia y a su rey, ¡lo sentaremos a nuestra mesa!

## El encanto de la gruta azul

Beni el Gato había rodeado con su barca de remos media isla, por lo menos eso le pareció a Yeza, y la había introducido con algunos golpes hábiles de remo entre las cortantes rocas, hasta penetrar en unas grutas oscuras que tenían nombres horribles, como *homo mortuus* o *caput stragis*<sup>[493]</sup>, aunque se tratara de simples necrópolis<sup>[494]</sup> de épocas fenicias o más antiguas todavía. Pero al joven Benito le gustaba exagerar.

Roç recordaba con cierta desazón la escena que se había desarrollado en la torre del gobernador, un imperio de setas venenosas y hierbas euforizantes, donde reinaba Kefir Alhakim. Roç había tranquilizado a aquel sastre remendón dándole buenas palabras, entregándole las preciosas telas que habían llevado consigo, y adelantándole una bolsa llena de joyas como pago por su esfuerzo, para pasar después a comunicarle en un susurro su deseo más importante.

El especialista autodidacta en drogas le informó:

—Si queréis fumar, os recomiendo la semilla de estramonio, belladona seca y cáñamo. —Al ver que Roç iniciaba un gesto de rechazo, pasó a otra fórmula—. Si preferís masticar algo, podéis hacerlo con las raíces de *orchis maculata* o *latifolia*, remojada en una infusión de semillas de hinojo y cocidas después al horno hasta que se vuelven transparentes. Es un afrodisíaco excelente si se toman con el zumo de dátiles fermentados y miel.

—¡Lo que busco es que mi dama me desee como me deseaba antes!...

Roç suspiró, se despidió de sus sueños y observó a Yeza, que estaba sentada frente a él con los ojos fijos en la superficie del mar, como si deseara sumergirse en ese mundo brillante de algas fosforescentes, esponjas y anémonas acuáticas que se mecían dulcemente. Beni les informaba con aire de misterio:

—En la gruta que os mostraré ahora, vi ayer a uno de los vuestros que llevaba un

saco pesado a sus espaldas.

—¡Jacobó, el carpintero! —exclamó Roç y Beni asintió.

—Se agachó al borde del lago que hay en la caverna y abrió el saco con precaución. ¿Os imagináis lo que salió del saco?

—¡Una cabeza de madera!

Beni, al ver que le había fallado la sorpresa, renunció a explicarles que había visto la cabeza abierta como si fuese un estuche, y dentro un cáliz de piedra negra.

—Jacobó intentó excavar un agujero con las manos, pero los sedimentos calcáreos son demasiado duros. —Beni tampoco reveló que había visto al carpintero empujar el recipiente al agua, hasta que quedó cubierto por ésta.

—No tengo más que contar —terminó Beni su relato con cierta frialdad—. Tuve que darme prisa para abandonar la cueva sin que me viera.

—Tal vez Jacobó quisiera lavarle la cabeza a José —dijo Roç divertido—, ¿o quería darle de beber? En cualquier caso, nadie la ha echado de menos.

Ante ellos se abrió un milagro luminoso, una cueva azul que causó la admiración de todos. La gruta estaba situada tan adentro de las rocas de basalto que ni el oleaje ni corriente alguna perturbaba el vidrio líquido de sus aguas. Pudieron oír caer gotas, ver temblar el espejo entre las estalactitas marmóreas que colgaban del techo y la construcción maravillosa que iba creciendo en el agua como un castillo encantado, dotado de murallas y torres, todo ello en medio de un lago deslumbrante de plata y azul.

Mientras Roç y Yeza permanecían inmóviles, admirando el milagro, Beni sacó dos bolsas de yute absolutamente iguales.

—¡Es un regalo de mi señor padre para la pareja real! —proclamó con orgullo y repitió lo que el padre le había hecho memorizar—: La bolsa derecha es para la dama, para que su subconsciente no se duerma. —Y entregó la bolsa que sostenía en su mano derecha a Yeza, que la recibió sorprendida, mientras Beni proseguía:

—Marte seduce a Venus, la belleza seduce al guerrero. La red atrapa a ambos. La inteligencia triunfará.

Y entregó con expresión grave la segunda bolsa a Roç.

A Roç le disgustó tanto misterio y le pasó su bolsa a Filipo.

Yeza ni siquiera había prestado atención. No pudo resistir el encanto del lugar, se quitó la ropa, se irguió en su espléndida y esbelta desnudez y se arrojó al agua, levantando apenas alguna salpicadura. Roç la vio deslizarse como una trucha por el fondo, y mientras luchaba consigo mismo, pues no sabía si imitarla o no, aunque ella no se lo había pedido, Potkaxl también se quitó la única prenda que solía llevar y saltó al agua. Pero la princesa tolteca no sabía nadar, y cuando volvió a emerger tenía los ojos desorbitados de espanto y escupía agua. Sus brazos se movían con pánico enloquecido y ni siquiera era capaz de gritar. Así pues, Filipo se arrojó también al

agua, tal como estaba, y a punto estuvo de hacer zozobrar la barca.

El valiente Beni balbuceó: «¡No domino el arte de los delfines!» para disculparse, y Roç tuvo que hacer un gran esfuerzo para conseguir que su escudero pudiese sujetarse al menos al borde de la embarcación. Entretanto Yeza había salvado a Potkaxl, atrapándola con ambos brazos que le introdujo por debajo de las axilas, y cruzando después las manos detrás de la nuca de la muchacha. Así arrastró a su doncella hacia el primer montículo de estalagmitas, donde Potkaxl se recuperó con una rapidez sorprendente del pánico sufrido.

Yeza, cansada, reposó flotando de espaldas. En cierto momento vio flotar encima del agua una de las dos bolsas que Kefir había preparado para ellos, la sacó y se la arrojó a Potkaxl, sin saber bien si se trataba de la suya o de la destinada a Roç, aunque en último término le daba igual, pues no tenía la intención de exponerse a las consecuencias, desconocidas para ella, del consumo de aquellas drogas supuestamente maravillosas. Eso a pesar de haber preguntado, cuando salían de la torre de Kefir Alhakim, al pizpireto hijo del mismo qué alucinógenos crecían en la isla, aparte del mortal cornezuelo.

Beni presumió de sus conocimientos, e informó a Yeza de que cerca de las grutas azules, en los lugares en que las ovejas solían descansar de noche, crecían *subalteus* y *cyaescens*.

—Emborrachan a las ovejas y excitan a los pastores, o al revés —había añadido Beni.

Yeza se había reído, pero después le insinuó que le habría gustado ver esas setas. ¿Estarían en la bolsa? ¿Acaso sentía la íntima necesidad de experimentar, junto con Roç, nuevas vivencias espirituales? ¿O de descubrir a su lado los secretos de la naturaleza, la belleza de los cuerpos y nuevas formas de amor? ¡Pero Roç ya no la comprendía! Yeza descubrió en el fondo de la laguna un ejemplar especialmente bello de serpula y volvió a sumergirse.

Cuando Roç observó cómo le brillaban los ojos a Beni, se fijó en la belleza inmaculada del cuerpo de Yeza, desde su cabello rubio, pasando por sus senos y hasta el oscuro triángulo entre los muslos, y observó admirado el movimiento de sus largas piernas.

—Divina nereida, hija de... —jadeó Benito, el futuro seminarista, sin ocultar su admiración.

—¡Vale más que ayudes a Filipo a salir del agua! —le espetó Roç, preocupado no tanto por el bienestar de su escudero como para impedir que el Gato siguiera echando miradas desvergonzadas a la sirena. La ropa empapada de Filipo pesaba tanto que éste no se veía capaz de izarse por sus propios medios a la barca. Al final Roç tuvo que ayudar también y entre los dos consiguieron subirle a bordo, donde se quedó acostado, cara abajo, entre los bancos.

—Señor estudiante, llevad la barca hacia la orilla, donde podamos dejarla sobre los guijarros —ordenó Roç a Beni, y éste obedeció, aunque seguía con un ojo puesto en el agua, donde chapoteaba la sirena.

—¡Esperad aquí y no os alejéis! —les gritó Roç a los otros dos antes de sumergirse para alcanzar, sin ser visto, la isla formada por el palacio que crecía en el fondo de la laguna, y donde suponía estaban sus sirenas.

Le falló la sorpresa, pues cuando emergió, resoplando, entre las torres formadas por estalagmitas, y arrojó una mirada atenta por encima de una especie de antepecho, vio que la princesa tolteca sostenía a Yeza entre sus muslos encogidos, y ambas permanecían recostadas en una especie de bañera, en la cual nacía una pequeña fuente que precisamente brotaba entre las piernas de Yeza, unas piernas que ésta mantenía desvergonzadamente separadas. Roç comprendió enseguida que debía de tratarse de un agua sulfurosa, posiblemente templada, porque el fondo de la bañera presentaba un aspecto turbio y lechoso. La doncella iba cogiendo aquel líquido templado con el hueco de la mano y lo vertía encima de los senos de su ama. Entonces Roç, intentando sorprender a las ninfas en el baño, soltó una risa de fauno y con el miembro viril peligrosamente erguido se metió en la bañera, frente a Yeza, que le acarició sonriente los flancos con los pies.

## **Las bodas de sangre del dios del sol**

Aquel baño sulfuroso presentaba, en efecto, una temperatura agradable, sobre todo después de haber salido de la fría agua salada. Yeza le arrojó una mirada que animaba a Roç, pero no pronunció ni una palabra, y el joven, que no deseaba ser considerado un intruso, se dirigió a la princesa tolteca.

—Nunca nos has contado qué sucedió en realidad en aquellas «islas lejanas», cuando el Taxiarcos te salvó de ser sacrificada.

Yeza resopló indignada:

—¿Por qué preguntas? ¿No comprendes que no le gusta hablar de eso, porque el recuerdo le abre una herida apenas cicatrizada?

Pero Potkaxl sonrió a Roç por encima de la cabeza de Yeza.

—Si me lo permitís, señora, estoy dispuesta a contarlo.

Yeza quiso ayudarla.

—Así podré compartir tu pena...

Pero Potkaxl interrumpió a su ama.

—¡No fueron solamente penas, también hubo alegría, alegría y placer, y quiero que compartáis todo eso conmigo, Esclarmunda!

La tolteca cerró los ojos, levantó ambos brazos y abrió las palmas de la mano hacia un sol invisible.



—El hecho de que en nuestro pueblo me eligieran a mí para ser sacrificada representaba un gran honor para nuestra familia, ¡un homenaje que se ofrece al templo del dios del sol! —La princesa tolteca hablaba como si hubiese entrado en trance, y su voz, otras veces tan irónica, sonaba como si procediese de otro mundo—. Yo sabía que nunca volvería a ver a mis padres y a mis hermanos ni amigos, pero como todos estaban contentos, yo también lo estaba...

Yeza se había sentado frente a Roç, aproximadamente en la misma postura, sólo que ella apoyaba los antebrazos sobre las rodillas encogidas de Potkaxl y tenía los pies de Roç entre sus piernas, lo que el malvado aprovechó muy pronto para intentar colocar sus pies encima de la fuente de agua templada.

—En la noche de mi consagración me vistieron con ropas festivas y mi padre me condujo a la pirámide del dios del sol, una zona del templo que habitualmente sólo pueden pisar los hombres. Debajo de la tierra hay allí una sala rodeada de columnas, y profusamente adornada con imágenes que reproducen los actos heroicos de nuestros reyes, a los que el dios del sol siempre ayuda, menos cuando está enfadado con ellos.

Potkaxl cerró los ojos para hacer surgir de su pasado el recuerdo de aquellas horas.

—Allí había un banquete preparado para las novias y sus padres, donde nos sirvieron manjares exquisitos y bebidas euforizantes, que ni mi padre ni yo habíamos probado antes jamás. Lo mismo le sucedía a la otra muchacha, que procedía de una provincia lejana y a la que le había tocado la misma buena suerte. Ella era mucho más bella que yo, de buena estatura y con un cuello largo y fino. También llevaba más joyas de oro de las que en mi pueblo habían podido reunir. El ambiente se caldeó muy pronto, aunque los jóvenes sacerdotes del dios del sol, que se sentaban con nosotros a la mesa, no coqueteaban ni mucho menos con nosotras, las dos novias, sino únicamente alababan a nuestros padres, felicitándoles porque el dios del sol les tuviese en tanto aprecio como para haberles elegido precisamente a ellos y a sus familias entre todas las del país. Yo estoy segura de que también la otra muchacha, la altiva Kaolin, estaba contenta cuando, más o menos a medianoche, nuestros padres abandonaron los bajos de la pirámide, completamente embriagados y después de haber entregado los valiosos objetos que no habían podido colgarles a sus hijas. Nos quedamos solas con los jóvenes. Pero en lugar de abrazarnos al fin, pues éramos unas novias voluntariosas, los servidores del templo nos ofrecieron aún otra bebida diferente...

—Ah —exclamó Roç—, ¡lo imagino!

La princesa tolteca prosiguió:

—Finalmente, los jóvenes sacerdotes nos condujeron a una habitación contigua donde vimos una gran piedra, la piedra de la fortuna, semejante a un altar, pero algo más plana y un poco ahuecada, de modo que el cuerpo, una vez puesto encima, no

pueda desplazarse hacia los lados.

—¿Cómo era esa piedra? ¿Era negra? —preguntó Yeza.

—Sí, describe la piedra de la fortuna —insistió Roç.

—Se trata de una imitación del auténtico lecho del dios solar, que se encuentra en la parte alta de la pirámide, un lecho duplicado, como la misma figura del dios del sol.

»Los jóvenes sacerdotes se entregaron aquella noche a nosotras, tuvimos que probarlos a todos, para escoger al que más nos gustara. Al final nos dormimos todos juntos, estrechamente abrazados, y por la mañana nos condujeron a un lugar donde una cesta nos trasladó hacia la plataforma superior de la pirámide. Aparte de este mecanismo, sólo se puede alcanzar la plataforma ascendiendo por la amplia escalera exterior. Apenas nos habíamos introducido en la cesta, ésta se deslizó en silencio hasta arriba y nos encontramos en un recinto de base cuadrada, pues la punta de la pirámide estaba dividida en tres partes. La estancia del centro disponía de una grandiosa puerta al exterior, que casi llegaba hasta el techo y estaba abierta. Me introdujeron en uno de los espacios laterales y Kaolin fue trasladada al otro extremo. A partir de ahí ya sólo pude oír una música excitante de tambores y flautas, que ascendía desde el subterráneo, una música en la que se entremezclaban los gritos de Kaolin, unos gritos cada vez más salvajes. Yo estaba muy asustada y me acerqué a una de las separaciones de madera, donde se abría una rendija a través de la cual pude ver al sumo sacerdote del dios del sol. Se trataba de un anciano de aspecto digno, que llevaba un gigantesco tocado de plumas coronado por la brillante esfera solar. Pero no fue eso lo que me asustó, sino observar que sostenía a sus espaldas un cuchillo extraño, pequeño y curvo, parecido a una hoz diminuta, cuyo mango era de oro.

»Los gritos de Kaolin se habían ido transformando en aullidos y gemidos, y pude ver que el anciano se acercó a una especie de ventanilla que daba hacia la estancia contigua. Esa ventanilla se abrió con tanta violencia que Kaolin, atada con las manos a sus hojas, salió del hueco con los brazos abiertos como si fuera a volar al encuentro del sol naciente. El sumo sacerdote la cogió por el cabello, le levantó la cabeza, la hoz brilló y un chorro de sangre le salió del cuello abierto. Pero la atención del sumo sacerdote se vio desviada por unos hombres extraños que subían la escalera de la pirámide, sin prisas, pero también sin temor. Esos hombres llevaban unos yelmos extraños y encima de la armadura unas largas capas blancas con una cruz escarlata. El sumo sacerdote, y posiblemente también el dios del sol, no parecían aprobar la llegada de aquellos hombres, que aceleraron el paso, blandían las espadas y se cubrían el rostro bajando la visera. En el mismo instante oí un ruido a mis espaldas, me di media vuelta y observé que la cesta estaba a punto de descender hacia abajo. De un salto corrí hacia la cuerda que ya se movía, pude agarrarme a ella, me deslicé hacia abajo, la cuerda me rozaba las palmas de las manos haciéndolas sangrar, y caí

en la cesta...

—¡Pobre Potkaxl! —se lamentó Roç—. No sé si ha sido bueno escuchar tu historia.

Yeza le dio un beso a su doncella y abandonó la bañera. Buscó la bolsa de Kefir Alhakim, que había ido a parar a un rincón, la apretó como una esponja mojada a sus labios y aspiró el líquido amargo, después se enjuagó la boca con agua. Echó una mirada hacia atrás y vio que Roç intentaba consolar a la princesa tolteca. Entonces le arrojó a ésta la bolsa, que le dio en la cara, aunque la muchacha no pareció disgustada y se limitó a limpiarse los chorretes de color marrón que la habían marcado.

Yeza se lanzó, desde las almenas de aquel palacio plantado en medio del agua clara, hacia el fondo de la laguna y se entregó al frío placentero que la envolvía cuanto más bajaba. ¡No regresaré jamás a la superficie!, pensó, pero las leyes de la naturaleza volvieron a elevarla, y acompañada de las burbujas ascendentes se dejó llevar por el agua azul de la gruta.

## **A este lado de las columnas de Hércules**

—¡Menudo banquete! —resopló Georges Morosin, y se limpió el sudor de la frente, pues el sol ardía inclemente, desde la mañana, sobre las rocas de Ustica.

Eran tres las personas que ocupaban las sillas que el Hafsida había aportado desde la nave, y vigilaban la distribución de los lingotes de oro y de las monedas sueltas, una tarea en la que se afanaban los moriscos acurrucados sobre los guijarros de la orilla.

—Sin embargo, y según pude observar, apenas habéis probado la comida —respondió Gosset, sin apartar la vista de los moriscos dedicados a contar y pesar el noble metal.

—Nuestro dogo sabe comportarse como el más fino de los venecianos. —Abdal el Hafsida no era la primera vez que hacía comentarios de este tipo, pues sabía que su amigo poseía un instrumento que denominaba «tenedor», y que al parecer era un invento de los bizantinos, siempre tan refinados. El mismo, Abdal, comía con los dedos y se ayudaba con el puñal.

El Hafsida soltó una sonora risa y los otros dos se creyeron obligados a seguir su ejemplo. Gosset, no obstante, seguía prestando atención al llenado de las tres cajas, una para Roç, una para Yeza, y la tercera para él mismo. Mientras el enano Jordi y la dulce Geraude se preocupaban de una distribución justa de las partes correspondientes a la pareja real, él había conseguido encargar a la altiva «primera dama de la corte», Mafalda, a cambio de unas cuantas baratijas, que se ocupara con atención y ojo de lince de cobrar la comisión que a él le correspondía, tanto de la parte asignada a Abdal como de la parte del tesoro de Roç y Yeza.

Los tres señores descansaban bajo un toldo, en un ambiente cargado de bochorno, y tenían la sangre espesa a causa del vino de la isla. El dogo se entretenía en pensar que había entregado el tesoro de Redae demasiado barato. El sacerdote y Abdal le habían engañado, no personalmente, pero sí como a representante de la orden. Pensar en eso le daba mucha rabia, y el único consuelo era la seguridad de que, entre los caballeros templarios, ninguno se lo agradecería jamás, por mucho que se preocupara de aumentar su riqueza.

—Confío en vos —dijo, sin motivo aparente—, ¡y así será también en el futuro, estimado Abdal!

—¡Más os vale! —respondió éste—. Hasta ahora os ha ido bien así.

El dogo prefirió cambiar de tema.

—Eso no puede ser todo el tesoro que el preceptor Gavin le escamoteó a la orden. —Y señaló las cajas que se iban llenando poco a poco, pero sin cesar—. El Taxiarcos me habló de naves enteras, procedentes de las «islas lejanas», que transportaban unas cargas tan enormes que la tripulación dormía sobre oro y que incluso tuvieron que echar por la borda las reservas de agua potable para que los barcos, tan cargados como iban, no fueran víctima de las olas del mar Atlántico.

El Hafsida se mantuvo en silencio, no por precaución, sino por no tener idea de aquellas legendarias costas de oro. Para él, aquel tema era tan novedoso como el del Grial. Según su saber y entender, hasta entonces el oro siempre procedía de África, o bien en forma de gruesos collares, o «oro negro», es decir, esclavos. Ese Grial difícilmente podía suministrar muchas riquezas, pues de otro modo la pareja real no estaría comerciando con reliquias de santos que, tras muchos esfuerzos, no les proporcionaban más que dos ridículas cajas llenas de monedas. La verdad era que él apreciaba a los dos jóvenes, que solían llevar su pobreza con mucha dignidad. Abdal jugueteaba con la idea de devolverles en secreto su participación en el negocio.

—El crimen del preceptor se basaba en que nuestra orden, que lucha en Tierra Santa, estaba necesitada de ayuda urgente —seguía el dogo reflexionando en voz alta—. Necesitábamos armas y dinero para pagar a los mercenarios y también para fortificar los castillos. Gavin tenía carta blanca.

Gosset quiso defender al preceptor.

—No se ha demostrado que la mayor parte del oro procedente de las «islas lejanas» no se haya empleado en la compra de armas. Nadie lo sabe, porque el preceptor se llevó ese saber a la tumba.

—¡Una tumba que le preparó su propia orden! —comentó el Hafsida—. Ella misma se ha perjudicado. Ahora, ningún templario sabe cómo llegar a esas «islas lejanas». ¡Lo más probable es que ni siquiera existan!

—Tenemos la declaración del Taxiarcos, a quien vos mismo, respetable Abdal, conocéis y apreciáis.

—Si fuese tan sencillo navegar hacia allá y volver con la nave cargada de oro, se produciría junto al Yabal Tarik una aglomeración de embarcaciones como la que existe en el Cuerno de Oro<sup>[496]</sup>. Yo sé de varios marinos expertos que emprendieron ese viaje, sin que ninguno de ellos haya regresado jamás.

—El océano del Atlas es un gigantesco remolino, según afirma el Taxiarcos, y el que se aventura a cruzarlo es arrastrado hacia el fondo del mar y no tiene escape. Pero el que conoce la periferia de ese remolino y sabe aprovechar sus corrientes, puede cruzar en pocos días la *ruta septentrionalis* y, atravesando las aguas heladas, llegará a unas playas eternamente soleadas donde existen, en sus oasis infinitamente verdes con palmeras llenas de cocos, unos templos de oro que superan en tamaño a las pirámides.

—El Taxiarcos siempre ha sido el rey reconocido del hampa de Constantinopla, y es muy capaz de inventarse esas historias que no creería ningún marino honrado. ¡Tampoco vos, Gosset, debéis creerle!

El Hafsida se echó a reír a voz en cuello, pero fue el único en hacerlo. El dogo permanecía en silencio, porque no le gustaba que los asuntos internos de la orden fuesen discutidos en público. Los hombres que le rodeaban, y que ni siquiera pertenecían a la orden, intentaban ventilar unas informaciones que, en realidad, sólo le correspondía conocer al círculo más estrecho de la jerarquía, al capítulo secreto. Pero las preocupaciones del comendador de Ascalón no afectaban al sacerdote Gosset, que no deseaba verse acusado de difundir mentiras.

—El trópico de Cáncer sirve de ayuda para navegar de regreso a la costa africana...

—¡Y ahí es donde recogen el oro! —exclamó triunfante Abdal el Hafsida, pero Gosset no se dio por vencido.

—¿Y la princesa tolteca? —repuso, también con aire triunfal—. ¿Acaso vos, Abdal, por cuyas manos deben de haber pasado mujeres de todas las razas y colores, habéis visto jamás una criatura como esa Potkaxl, la doncella de Yeza?

—¡El diablo sabe de dónde la habrá sacado! —intervino el dogo, que deseaba borrar cuanto antes las huellas que conducían a las «islas lejanas»<sup>[497]</sup>. En su opinión habría que cortarle la lengua al Taxiarcos, aunque probablemente fuera ya demasiado tarde.

—Os lo puedo explicar con detalle —prosiguió Gosset—, tal como me lo contó el Taxiarcos.

—Escuchemos pues —decidió el Hafsida con gesto condescendiente—. ¡Aunque no estamos obligados a creerlo!

—Los indígenas habían indicado a los marinos por dónde se va a la pirámide del templo del dios del sol, una pirámide que, según ellos, está construida en su totalidad de oro, y que por esta misma razón se hunde cada año más profundamente en la

tierra. Allí se iba a celebrar a la mañana siguiente la boda de dos vírgenes con el dios. De modo que el Taxiarcos estuvo toda la noche caminando con sus hombres por una selva densa y húmeda, acompañado de unos cuantos caballeros escogidos. Alcanzaron la pirámide escalonada justo al salir el sol. En la plataforma superior se estaba procediendo al sacrificio de un ser humano, lo que indignó a los templarios, que subieron a toda prisa la gran escalera, construida de una piedra verde con vetas negras, mientras que los bloques de la pirámide son, en efecto, de oro puro. Pero subir les costó un esfuerzo mayor de lo que los señores habían pensado, de modo que el Taxiarcos ordenó a dos de los caballeros que volviesen atrás e intentaran entrar en la pirámide por la parte de abajo. Aún antes de llegar hasta arriba, el sacerdote había consumado el sacrificio y todo estaba lleno de sangre. Dentro de la punta accesible de la pirámide aparecieron dos altares de piedra y un pozo, y aunque el sumo sacerdote ordenó a sus hombres que atacaran a los caballeros, los templarios consiguieron arrojarle vivo al pozo y mataron a los demás.

»Una vez hubieron regresado a la llanura, el Taxiarcos llamó a los dos caballeros que había hecho regresar, pero no obtuvo respuesta. Una rampa alargada conducía al interior de la tierra, debajo de la pirámide. Encabezados por el rey de los mendigos penetraron todos con las espadas desenvainadas, llegando a una estancia donde al parecer se había celebrado un banquete, pues la mesa seguía llena de jarras con bebidas y quedaban alimentos en los platos. El Taxiarcos prohibió a sus hombres que tocaran aquellos manjares, y al derribar una pared de madera encontraron a un grupo de músicos acurrucados y aterrados, a los que el Taxiarcos perdonó la vida. Uno de los músicos les condujo a otro recinto cuya puerta era difícil de descubrir, y allí era donde acababa el pozo a través del cual hacían subir a las víctimas hasta la plataforma superior. Vieron que había caído una de las rejas y que sus puntas habían atravesado a los dos templarios. Dentro del pozo había una cesta suspendida, y en el interior encontraron a una niña medio desnuda, con el rostro desfigurado por el pánico y llena de salpicaduras de sangre: ¡nuestra Potkaxl!

—Es una historia conmovedora —concedió el Hafsida—, aunque no sea verdad, pues en África no existen tales templos y allí adoran a otros dioses. Pero, para ser un cuento, es estupendo. ¿No habréis inventado vos mismo, Gosset, esa tragedia: «Las bodas de sangre del dios del sol»?

—¡O «La maldición de la pirámide de oro»! —quiso contribuir el dogo.

—La tragedia tuvo un epílogo —prosiguió Gosset—, pues cuando el Taxiarcos y sus hombres sacaron de allí los cadáveres de sus compañeros y Potkaxl seguía a la comitiva, un hombre se abalanzó sobre la pobre criatura con el hacha alzada y gritó: «¡Tu sangre borraré tanta vergüenza!»... Pero no pudo seguir, porque los templarios le abrieron el cráneo. Era el padre de Potkaxl...

—Entonces el bueno del Taxiarcos se apiadó de aquellos pobres huérfanos y se

los llevó a la nave y a su cama —se mofó el Hafsida—, antes de entregarlos a la pareja real como criados.

—Por cierto —bostezó el dogo—, ¿dónde están ahora los señores? ¡Ya deberían haber regresado!

Entretanto, las cajas habían quedado llenas y las barcas estaban dispuestas para trasladarlas, a ellas y a sus propietarios, al velero del Hafsida, que seguía anclado en la bahía. Lo único que quedaba por repartir era una bolsa de cuero llena de joyas. El dogo, Gosset y Abdal se sentaron a su alrededor, formando medio círculo, y detrás de ellos se apostaron Jordi, Mafalda y Geraude. Dos sillas esperaban el retorno de la pareja real.

Pero en lugar de ésta se acercó desde arriba, desde el poblado, una solemne procesión encabezada por el gobernador Kefir Alhakim, que, seguido de su heraldo negro y abanicador oficial, guiaba a los habitantes de su pueblo, que a su vez trasladaban a hombros las figuras del Calvario por las terrazas hacia la playa. Cada una de estas figuras apareció montada sobre una peana que, a su vez, descansaba sobre los hombros de cuatro mozos. Los santos, sujetos por varias cuerdas, avanzaban erguidos, aunque un tanto tambaleantes, y todos ostentaban vestiduras preciosas.

—El estilo de la ropa me recuerda más o menos los relatos de las mil y una noches —murmuró Gosset con ironía— y esos rostros de madera oscura refuerzan todavía la imagen.

—No estáis tan equivocado —le respondió el Hafsida—. Al fin y al cabo, la vida y la muerte de vuestro Mesías se desarrolló en Oriente y no en unas catedrales nórdicas ni bajo un cielo gris. ¡El ambiente no era de ascetismo monacal, sino de mucho colorido y vitalidad meridional!

*Crux fidelis inter omnes  
arbor una nobilis:  
Nulla silva talem profert,  
fronde, flore, germine.*<sup>[498]</sup>

También las mujeres del lugar acompañaban a la santa procesión y cantaban en voz alta, aunque se detuvieron a una distancia prudente.

*Dulce lignum,  
dulces clavos,  
dulce pondus sustinet.*<sup>[499]</sup>

El dogo batió palmas cuando el maestro Kefir llegó a su lado, y los demás le imitaron.

—¡Los llevaremos enseguida a las barcas! —propuso Georges Morosin—, así no perderemos más tiempo.

El Hafsida ordenó a sus moriscos que ayudaran en el transporte y se dirigió después al gobernador.

—¿Dónde está la pareja real? —preguntó con tanta severidad que el otro cayó de rodillas.

—Los estamos buscando... y los encontraremos —añadió—. Parece que se han escondido.

—¡Espero que sea verdad, maldito brujo! —gruñó Abdal y se apartó.

*Pange lingua gloriosi  
proelium certaminis,  
et super crucis tropeo  
dic triumphum nobilem:  
Qualiter redemptor orbis  
immolatus vicerit.* <sup>[500]</sup>

En aquel momento pasaba por delante de ellos la Sagrada Familia, camino de la barca. Gosset y el dogo trazaron la señal de la cruz, Mafalda dobló la rodilla y Geraude se reía. Desde la orilla acudió Jacobo para hacerse cargo de san José.

Cuando salieron las primeras barcas, el espectáculo que ofrecían el Crucificado, el ladrón restante, María, madre de Dios, y María de Magdala, así como los legionarios romanos, era el de un Calvario caminando sobre las aguas.

—¡Una visión reconfortante! —elogió el dogo—. Aunque no puedan verla en Jerusalén, el rey Manfredo, Palermo y toda Sicilia estarán encantados con tan magnífico regalo de coronación.

—Me parece —dijo Gosset— que la coronación acaba de celebrarse.

En aquel momento, la barca con la pareja real asomó por la Punta del Falconieri, donde antiguamente estuvo instalada la estación de halcones de caza del emperador.

Jordi y Geraude se abalanzaron hacia la orilla, seguidos de Mafalda, que avanzaba a paso comedido. Jacobo fue el primero en tender la mano a las damas para ayudarles a bajar de la barca, un ofrecimiento sólo aprovechado por Potkaxl, que aún se sentía ligeramente mareada. Yeza se disculpó por haber pasado la noche en la cueva.

—¿La noche? —preguntó Gosset, incrédulo.

—¡Habéis estado ausentes tres días! —estalló el dogo.

—¿Tres días? ¡No puede ser! —se asombró Roç.



El Hafsida se apresuró a borrar tocia incertidumbre:

—¡Han sido dos noches, y hoy es el tercer día!

—¡En ese caso, ayer fue la coronación! —se lamentó Beni—. ¡Ya tendría que haber regresado a la escuela! Los padres me expulsarán por no haber acudido a tiempo.

—Te llevaremos con nosotros —quiso consolarle Potkaxl.

Filipo necesita un ayudante. El Hafsida insistía en que se dieran prisa y el dogo les recordó que antes había que sortear las joyas.

—Yo le regalo mi parte a las mujeres del pueblo —decidió Yeza y Kefir Alhakim se lo premió con una reverencia. Después se arrojó a sus pies.

—Os suplico que me llevéis con vos, os serviré como médico, como cocinero —y cuando vio a Roç sacudir la cabeza— ¡o como mayordomo!

Esto le gustó a Roç, que se apresuró a nombrarle visir.

El abanicador acompañó al gobernador a la orilla.

—Os seguiría con mucho gusto, señor —sollozaba el gigante negro mientras trasladaba al enclenque Kefir en brazos hasta la barca—. Pero ¿qué sería de mis mujeres?

—Repartid estas joyas entre todas las de la isla. —El visir se adaptó a su nuevo papel con una rapidez inesperada—. Siempre pensaré en vos con gran benevolencia.

Ésa fue la señal para la despedida definitiva. Los moriscos decidieron sortear el resto de las joyas durante el viaje, y todos saludaron a los que se alejaban en la barca y a la Sagrada Familia, cuyas cabezas y la parte superior de las dos cruces asomaban de la nave.

*Sit patri natoque, summo  
graetiae cum spiritu,  
sempiternae trinitati  
laus, salus, et gloria.*<sup>[501]</sup>

Abdal ordenó que izaran las velas, el viento las hinchó y el velero se deslizó majestuoso hacia el mar abierto.

*Quae creavit, quae redemit,  
quaeque nos illuminat.*<sup>[502]</sup>

# UN REGALO PARA EL REY MANFREDO

## La coronación, una pesadilla para el Papa

El otoño del año 1258 era suave, ya empezaba a oscurecer más temprano, pero el frescor nocturno aún era agradable, de modo que el Santo Padre ordenó que sirvieran la cena bajo el gran nogal del parque. El papa Alejandro IV y su cardenal de confianza, Octaviano, esperaban al patriarca de Jerusalen, a quien habían invitado a cenar.

A diferencia de sus anfitriones, Jacobo Pantaleón<sup>[503]</sup> era de procedencia humilde. Se decía que su padre había sido zapatero en la ciudad francesa de Troyes, y Jacobo había hecho carrera en la Curia gracias a su aplicación y sus dotes personales.

Alejandro, en cambio, pertenecía a la noble familia de los condes de Segni, que ya había dado varios papas, y su único contacto con la pobreza se produjo cuando su tío, el papa Gregorio IX, le llevó consigo a Asís para presentarle a san Francisco. Entonces era todavía un niño.

Octaviano degli Ubaldini era descendiente de una rica familia aristocrática de Florencia.

Para no abrumar al sencillo patriarca con un exceso de lujo, pidieron que la cocina les preparara una cena rústica. Había melones con higos frescos, acompañados de jamón ahumado de la Maremma<sup>[504]</sup>, con el que bebieron un vino blanco seco procedente de las fincas del cardenal en San Bruzio, uno de los más apreciados vinos de la Toscana. Alejandro habría preferido más un *frascati* de sus tierras de origen, pero renunció cuando vio el mohín despectivo de su amigo y confidente.

El Cardenal Gris esperó a que el patriarca se sirviera en abundancia para preguntarle con delicadeza por la situación en Tierra Santa, pues sabía que el pobre Pantaleón, desde que tres años atrás había sido nombrado para el cargo, no había podido ocupar aún su sede, porque la Curia le encargaba sin cesar otras tareas especiales. Cuando vio que su huésped masticaba ya con mayor lentitud y hubo bebido lo suficiente, el cardenal dijo:

—Sabemos que vos, querido Jacobo, sois un excelente conocedor de la situación de ultramar<sup>[505]</sup>, aunque, al igual que nosotros, sólo habéis seguido el curso de los acontecimientos desde lejos.

El patriarca depositó con alguna irritación la copa encima de la mesa.

—Si Su Santidad no amenaza a las repúblicas marítimas de Génova y Venecia, además de Pisa, con un interdicto, y si no pronuncia la excomunión que desde hace años merecen los dogos, nada impedirá que todos ellos sigan empleando

considerables contingentes de tropas e ingentes cantidades de material de guerra, máquinas y naves, para combatirse unos a otros, en lugar de luchar contra nuestros enemigos musulmanes. ¡Es una vergüenza!

—Eso es verdad —murmuró el Papa—. La fe les importa menos que el comercio.

—No existe una prohibición seria, ni por parte del reino de Jerusalén ni por parte vuestra, Santo Padre, que impida a la Serenísima aliarse con El Cairo, mientras los genoveses comercian con cualquier infiel que les ofrezca género. ¡En sus libros de contabilidad sólo aparece el término «cristiano» cuando se trata de un cargamento de esclavos cristianos, de cruzados prisioneros, que trasladan de un mercado oriental a otro para revenderlos! Incluso venden armas a los infieles, siempre que paguen lo que se les exige.

Alejandro se esforzaba por mostrarse indignado, pero Octaviano conservaba la calma. Jacobo, en cambio, parecía dispuesto a jugarse el trono de Jerusalén.

—Desde comienzos de este siglo, cada vez acuden menos caballeros cruzados que quieran luchar por Tierra Santa, y más empresas militares dirigidas contra cristianos que habitan en Occidente. ¡Sólo mencionaré la cuestión de Constantinopla, la guerra contra los albigenses y ahora la cruzada contra los Hohenstaufen germanos! Me responderéis que se trata de cismáticos, herejes, hijos bastardos del Anticristo, pero nadie me convencerá de que todo eso sirve para recuperar los Santos Lugares!

—Espero convencersos de la bondad de lo que nos servirán ahora. —El cardenal señaló a los criados, que traían un jabalí entero desde la cercana hoguera—. Habrá también manzanas y castañas asadas, y pasaremos a un buen vino tinto.

Pero el patriarca le dio la vuelta a su copa en señal de que no quería seguir bebiendo. Estaba furioso.

—Os dotaremos de plenos poderes para que podáis reconciliar a esos gallos peleones —declaró el Papa, queriendo aplacarle.

—¿Reconciliar? —exclamó Jacobo, soliviantado—. ¡Si han olvidado su fe cristiana! Adoran al becerro de oro.

—Será para vos un consuelo —dijo el cardenal y le sirvió al invitado un sabroso trozo de carne—, saber que frente a la capital, Acre, ha tenido lugar una batalla naval decisiva, que la Serenísima ha salido victoriosa, y que los genoveses se han retirado con los restos de su flota a Tiro.

El Santo Padre exhaló un suspiro.

—*Suum cuique!*<sup>[506]</sup> Espero que puedan mantener la paz a partir de ahora. —Tal vez debería hacer algo parecido en la cuestión siciliana, pensó Alejandro. A Conradino le doy Sicilia, a Edmundo tal vez Apulia y al de Anjou el resto, desde Nápoles hasta la punta de Calabria.

—¡Vuestro hombre de Palermo! —le susurró un guardia que se había acercado al cardenal.

Alejandro vio cómo se acercaba, saliendo de la oscuridad y rodeado del reflejo de las llamas del cercano fuego, una figura que al parecer cojeaba de ambos pies y se movía con ayuda de muletas.

—¡Bartolomeo de Cremona! —siseó Octaviano al oído del Papa. Y en voz alta exclamó—: ¡Ah, nuestro embajador no acreditado! Nuestro testigo anónimo de la coronación en Palermo, ¡al menos eso espero!

Un criado caritativo le acercó un asiento al cojo.

—Si vos, poderoso señor, me concedéis un bocado de vuestra mesa y un trago de vino —graznó el interpelado sin atisbo de timidez—, os ofreceré un relato que incluso puede resultar divertido, ¡pues en una coronación también suceden incidentes cómicos!

El cardenal hizo una señal y le entregaron al monje una bandeja, pero no le permitieron sentarse a la mesa.

—Puesto que Dios es justo —empezó el fraile, sin dejar de masticar—, y me privó de mis extremidades inferiores a causa de mis pecados, debía presentarme allí como un pobre mendigo. Creí haber conquistado un sitio muy adecuado, inmediatamente detrás del portal de la catedral, desde donde podía observar perfectamente tanto el trono como el altar, y también la comitiva pasaría muy cerca, casi al alcance de mi mano, pero en la misma mañana en que iba a celebrarse la coronación, los esbirros<sup>[507]</sup> del de Procida me echaron de allí. En el exterior de la catedral, los colegas del país me arrojaron piedras, de modo que me vi obligado a alejarme a toda prisa sobre mis muletas.

—Así pues, ¿no habéis visto la coronación con vuestros propios ojos? —aprovechó para indagar el Cardenal Gris, aunque esta circunstancia, aparentemente, no interesaba demasiado al Papa, que preguntó:

—¿Quién impuso la corona al bastardo?

—De momento, ¡la corona no había llegado! —Al monje se le escapó un eructo de satisfacción—. Por dos veces fue aplazado el acontecimiento porque no estaban disponibles las joyas, que habían de llegar de Venecia. A la altura de Otranto, una flota genovesa atacó al velero de la Serenísima, pero una nave de guerra del de Anjou acudió en su ayuda y lo condujo protegido hasta el puerto de Hamo l'Estrange<sup>[508]</sup>, aunque el conde no había sido invitado por Manfredo a la fiesta de la coronación, pues desde hace años se niega a entregar a Sicilia la trirreme que perteneció a su padre, el conde de Malta, y que él pretende conservar.

—Más bien la ha heredado de su madre, ¡la abadesa maldita! —gruñó Alejandro, desdeñoso—. Pero no me habléis de esa familia de herejes, a la que debemos además haber criado a los hijos del Grial.

—En cualquier caso, Hamo hizo transportar las joyas de la corona por tierra hasta Palermo —cerró Barto el primer capítulo de su informe, y se enjuagó la boca con un

generoso trago.

—Decid de una vez, ¿quién coronó al rey? —insistió el Papa.

—El obispo de Grigenti.

—¡Un estúpido!

—Así es —confirmó el monje—. Le temblaban tanto las manos, que casi se le escapa la corona.

—Pero todo eso no lo habéis visto —concretó el cardenal con voz firme—. ¿Qué nos podéis decir de lo que hayan visto vuestros propios ojos?

—Como no se ofrecía una perspectiva lucrativa si me quedaba delante de la catedral, me arrastré hacia la Cala, el puerto interior. Allí es donde los huéspedes ilustres, los poderosos señores feudales y embajadores extranjeros, esperaban a la comitiva de la coronación, y donde podía contar con recoger limosnas abundantes.

—¡No os envié a Palermo para que os llenarais la faltriquera! —le regañó el Cardenal Gris, pero a Barto le faltó tiempo para contestar:

—¡Un mendigo que no pide limosna sería más que sospechoso! Yo no tenía ganas de que, por cumplir vuestro encargo, me retorcieran el cuello, de modo que recogí con todo afán las monedas que me arrojaban los asistentes. En el puerto se reunía además la mayor parte de la población, a la que habían expulsado de las estrechas callejuelas por las que pasaría la comitiva, aduciendo motivos de seguridad. Muy pronto pudimos oír a lo lejos los gritos de júbilo que acompañaban a la columna que se movía a través de la ciudad antigua, de iglesia en iglesia, para avanzar después, ancha como la corriente de un río, por la preciosa y recta avenida de Cassaro, con la intención de regresar a la catedral y después seguir hacia el palacio real. Toda la tropa, los caballeros tanto como los soldados de a pie, formaba un cordón a lo largo del recorrido. En el puerto había una gran aglomeración de gente que esperaba ver al joven rey...

—¡Al usurpador! —le corrigió Octaviano.

—*Impostatur miserabilis!* —silabeó Alejandro.

—... y la presión de las masas se hizo irresistible, hasta el punto de que algunos cayeron del muelle a las aguas del puerto. Pero de repente se oyó, procedente del monte Pellegrino, una música muy diferente. En lugar de las trompetas, los tambores y los bombos de los sarracenos que encabezaban la comitiva real, empezó a oírse, primero muy bajito, pero después cada vez con más claridad, el *Ave Maris Stella*<sup>[509]</sup>, cantado por miles de fieles emocionados y devotos de nuestra *Ecclesia catolica*...

—¿Cómo es eso? —dijo el Papa, incrédulo—. ¿Una manifestación en favor nuestro? ¿Para afirmar nuestros sagrados privilegios? —Alejandro, puesto en pie, mostraba una expresión triunfante—. ¡El que hiciera eso por nosotros merece ser beatificado! —exclamó con énfasis, mientras Barto intentaba apaciguarle moviendo mucho los brazos.

—¡Dejadme tiempo, Santo Padre, y escuchad! —Aprovechando que el Papa estaba pendiente de sus labios, pidió que le llenaran la copa hasta arriba—. El pueblo, reunido en el puerto, empezó a correr hacia el barrio de los genoveses, a esa fuente junto al mar que allí llaman *Acqua Santa*...

—¿A quién pretendían ver? —preguntó entonces el cardenal, y Alejandro añadió:

—Haced el favor de hablar más deprisa y no retrotraer vuestra información hasta tres o cuatro generaciones atrás y, sobre todo, ¡no empecéis a hablar de Roç y Yeza, la pareja real de los herejes!

Barto sonrió.

—Tengamos en cuenta que el puerto ya estaba repleto, lleno de naves de los invitados, cuando se oyeron tres cañonazos procedentes del Palazzo dei Normanni, señalando el comienzo de la ceremonia. En eso apareció un magnífico barco de tres palos y velas extranjeras frente a la torre que vigila la entrada a la Cala. El comandante del puerto había ordenado ya que subieran la cadena, y envió recado a la nave extranjera de que anclara fuera del puerto, porque no era posible entrar en la bahía. Pero el gran metropolitano de Belén insistió en amarrar en el muelle.

—¡Ese título no existe! —Por primera vez tomó la palabra el patriarca, que hasta entonces se había mantenido, malhumorado, en un segundo plano.

El Papa se sintió incómodo e inseguro.

—¿Existe ese título o no? —preguntó a su consejero.

—Tal vez sea un cargo inventado por los griegos —propuso éste.

—*Apostata cismaticus!* —decidió Alejandro—. ¡Un embaucador cismático! —le dijo a Barto, a quien el calificativo no inmutó en absoluto.

—Ese dignatario cristiano viajaba en compañía de un comendador de los templarios y de un sacerdote francés, monseñor Gosset, a quien su rey...

—¿Ésa es la sorpresa? —preguntó el cardenal con voz severa.

—¡De ningún modo! —le respondió el monje, imperturbable—. Sólo es el prelude. El hombre insistió en que llevaba a bordo un regalo para el rey Manfredo, y que necesitaba sin falta amarrar la nave en un muelle para poder descargar. El gran metropolitano lo exigía así, pero el comandante del puerto no quería estar ausente de la comitiva, dada la importancia de su cargo, pensando que tal vez merecería ser presentado al rey, y le mandó atracar en un pequeño puerto de pescadores dedicado a la Virgen María, al pie del monte Pellegrino. Así pues, el velero se dirigió hacia allá con su misteriosa carga, y atracó junto a la muralla...

—¡Decid de una vez qué llevaba consigo ese gran metropolitano impostor! —insistió el Papa—. No puede tratarse más que de un regalo blasfemo...

—¡Estáis muy equivocado, Santo Padre! —frenó Barto la curiosidad de éste—. En presencia del sacerdote local y de una muchedumbre que se agolpó de inmediato en la orilla, descendieron un grupo de figuras que representan el Calvario, todas ellas

de tamaño sobrenatural. Se trata de unas esculturas maravillosas, talladas en maderas nobles y adornadas con gran riqueza de joyas, vestidas con telas valiosas, como no se habían visto nunca allí, ni siquiera en la Roma eterna...

—¿No habréis podido verlas con vuestros propios ojos...?

—Pues sí, mi señor —declaró Barto con orgullo—. Iniciaron enseguida una procesión hacia Palermo, para unirse a las solemnidades de la coronación...

—¡Así me gusta! —exclamó el Papa—. ¡Eso me complace mucho!

—La gente cargó con los santos y con el ladrón, con nuestro redentor y las mujeres, y transportaron entre todos las figuras sobre sus hombros mientras cantaban con devoción el Ave Maris Stella, puesto que la Madre de Dios, y su Hijo, habían tenido que atravesar el mar para llegar hasta allí. Primero iban las cruces, luego las Marías, los soldados romanos y muchos, muchos santos...

—¡Santos que nunca participaron en la Crucifixión! —ironizó Octaviano, pero el Papa le reprendió.

—¿Y quién está detrás de todo eso? ¿A quién debe la Iglesia su triunfo sobre las festividades organizadas por esas víboras germanas?

Barto aprovechó complacido la expectación que despertaba su relato.

—Los causantes de todo ello marchaban humildes al final de la procesión, eran los últimos de todos: ¡Roç y Yeza!

El silencio en el parque se hizo tan profundo que se oía el murmullo de las hojas en los árboles y el chapoteo del agua en el pequeño río cercano. Resonó el canto de un grillo y el grito de un pájaro nocturno.

Alejandro fue el primero en lanzar un suspiro. Después dijo:

—¡Dios los bendiga! ¡Tal vez siempre hayamos sido injustos con esas criaturas!

—La pareja real —le recordó con dulzura su amigo Octaviano—, hace tiempo que ha salido de la niñez y jamás le ha causado ningún mal a la Iglesia. Su único defecto es su origen...

—¿Son herejes?

—Peor aún: ¡descienden de la estirpe germana de los Hohenstaufen!

—¿Podemos perdonárselo?

—La Santa Inquisición no puede, pero Dios Nuestro Señor sí puede.

—Me gustaría verles la cara...

—Difícilmente aceptarían una invitación, después de todo el mal que les ha hecho la Curia.

—Podríamos pedirles perdón. ¡Pero no! —exclamó después el representante de Cristo en la tierra, en tono de fastidio—. ¡No, si son familiares del fallecido emperador!

—Estudiaremos el caso, Santo Padre, si conseguimos que se presenten ante vuestro trono.

—¡Muchas gracias, Octaviano! Vuestro consejo siempre avergüenza a este pobre pecador.

—Pecadores somos todos —sentenció el patriarca desde el fondo—. Será mejor que oremos, pues olvidamos hacerlo al principio.

Otra vez se hizo el silencio en el parque mientras el murmullo de los hombres ascendía al cielo. Cuando el cardenal consideró que había rezado bastante, se dirigió al fraile.

—Acabad vuestro relato —le exigió malhumorado, como si Barto hubiese inventado todos aquellos sucesos imprevistos—. ¿Qué hizo Manfredo?

—La procesión se convirtió en un río al alcanzar la Cala, justo cuando por el otro lado entraba también la comitiva de la coronación. La muchedumbre que seguía a las figuras tambaleantes del Calvario, encabezado por el Crucificado, arrastró a la gente en dirección a la Kalsa, desviándose del camino inicialmente previsto. La avenida de Cassaro, adornada con flores, guirnaldas y arcos de honor, permaneció vacía, la gente se arrojó a las estrechas callejuelas hasta topar con la muralla. Junto a la pequeña iglesia San Giovanni degli Eremiti, Manfredo consiguió con un puñado de caballeros ponerse a la cabeza de la procesión y detenerla. Pero la gente insistía en trasladar a sus nuevos santos a la catedral, donde todo estaba preparado para el solemne acto de la coronación.

»Roç y Yeza se adelantaron entonces y declararon con decisión que el lugar alcanzado era el emplazamiento adecuado para la Sagrada Familia, pues allí aparecen la mezquita y la iglesia cristiana tan íntimamente unidas como en Tierra Santa, de donde proceden las figuras y que es su último destino. La gente estalló en júbilo, Manfredo abrazó a la pareja real y se la llevó con todos los honores a la catedral, para que así asistieran en primera fila a su coronación. El obispo de Grigenti habló en su sermón de los ángeles que habían descendido del cielo para honrar a la corona, y que debía hacerse la paz entre todos los seres humanos, no solamente entre cristianos y musulmanes, sino también entre el Santo Padre y el joven rey ungido por Dios.

—¡Bonita historia! —dijo el Papa, que no podía reprimir la risa—. ¡William de Roebruk no habría podido organizarlo mejor! ¿No estaría presente el minorita?

—No —dijo Barto—. Yo le conozco y no le vi allí.

—No nos habéis ahorrado nada, Bartolomeo de Cremona —dijo el Cardenal Gris—. ¿Supongo que conocéis el destino que solía alcanzar a los mensajeros que traían malas noticias?

—Mi cabeza siempre perteneció a los servicios secretos de la Curia.

—De momento podéis conservarla, hasta que le convenga al Altísimo taparos la boca. ¡Marchad ahora!

El patriarca también se despidió. Una brisa nocturna hacía bailar las llamas de las velas.



El papa Alejandro IV se paseaba intranquilo por su despacho. A través de las altas ventanas, su mirada dubitativa cruzó el parque y alcanzó el corredor de defensa detrás de las almenas de la muralla. Recorrió después las colinas con los cipreses que, como dedos oscuros que señalan al cielo, sobresalían del verdor plateado de los olivares y de los viñedos con sus vistosos colores. Desde la iglesia anexa al palacio se oyeron las campanadas del mediodía. Los guardias avisaron la llegada del cardenal Octaviano, que tenía siempre acceso libre, y dejaron abiertas las puertas, de modo que Alejandro pudo oír los pasos del cardenal que subía los gastados escalones de mármol travertino. Dio dos rápidos pasos para acercarse a la ventana y se quedó así, mirando al exterior.

—¡Mirad, Santo Padre, a quién os traigo! —oyó a sus espaldas la voz animada de su consejero y hombre de confianza—. Su excelencia, sir Darius Turnbull<sup>[510]</sup>, embajador del rey inglés, no quiere entender que no se le permita ofrecer sus respetos mientras el rey Enrique no cumpla los acuerdos tomados.

El Papa dio lentamente media vuelta, compuso una expresión de pena y examinó al embajador sin hacer ni un gesto de saludo. Este último, que había entrado siguiendo al cardenal, no se quedó, como éste, en la puerta, sino que pasó al centro de la estancia, donde se detuvo dando vueltas al sombrero que sostenía en las manos, visiblemente confundido. Octaviano ahondó en el aspecto embarazoso de la situación, añadiendo con desparpajo:

—¡Y tampoco trae dinero!

El Papa miró al embajador como se mira a alguien que presenta un ruego molesto. No le gustó, y no sólo porque presentaba la complexión de un robusto perro pastor, sino porque su cabello rojizo y sus ojillos carentes de cejas y dotados de unas pestañas claras, también le hacían parecerse a un cerdito. En las manos que sostenían el sombrero se veían unas uñas mordisqueadas.

—Bien —dijo al fin Alejandro, deseoso de que el otro cesara de dar nerviosas vueltas a su sombrero—. ¿Qué nos queréis decir, sir Darius? —No se le ocurrió ofrecer siquiera una silla al embajador.

—Ese malpensado cobrador de Vuestra Santidad, con sus ávidas exigencias y sus desvergonzadas amenazas, ha causado un daño irreparable a la casa real inglesa.

—¡Ja! —exclamó a sus espaldas el cardenal—. Le habéis dado la vuelta a la lanza: la Santa Sede no solamente tiene la culpa de que no paguéis, sino que, además, os molesta cuando insiste en el cobro al que le da derecho un acuerdo firmado. ¿No pretenderéis pasarnos encima una factura?

—Guardad vuestra ironía barata, cardenal Octaviano. Si deseabais renunciar al trapicheo siciliano, podíais haberlo hecho de otro modo, en lugar de enviarnos a ese horrible sapo Arlotus. Nuestro rey se vio obligado a exponer ante los altos dignatarios

de la Iglesia vuestras *conditio sine qua non*<sup>[511]</sup>...

—*Sine qua excommunicatio!*<sup>[512]</sup> —le corrigió el Papa, irritado, pero Turnbull lo pasó por alto.

—... y comunicarles vuestras exigencias, pues los terratenientes eclesiásticos son los más ricos del país. ¡Mi educación no me permite reproducir las palabras con las que se negaron y calificaron al Papa de Roma y su interdicto! Por desgracia, algunos días después se reunieron los barones más importantes del reino, azuzados por los dignatarios de la Iglesia, juraron actuar todos unidos y se dirigieron sin más al palacio real de Westminster, donde penetraron en el dormitorio del rey, aunque después de haber dejado sus espadas en la antesala.

—¡Siempre tan educados, esos ingleses! —exclamó burlón el cardenal.

—¡A punto estuvieron de darle una paliza con sus puños! —El señor Darius se mostraba indignado. Después añadió en voz baja—: Casi me da vergüenza decirlo, pero el rey Enrique tuvo que reconocer que estaba en sus manos, y junto al príncipe heredero Eduardo, al que mandaron ir a buscar, juró sobre la Biblia que en aquel penoso asunto, que no es un negocio, sino que causará la ruina de Inglaterra, no haría nada que no fuese aprobado por los terratenientes seculares y los dignatarios de la Iglesia.

—¡Yo puedo invalidar ese juramento! —interrumpió el Papa, airado—. ¡Juró forzado! ¡Es nulo!

—Ya es tarde —se lamentó sir Darius—, pues esos belicosos matones, a su cabeza el de Montfort, arrancaron al rey otra promesa más, y ésta tiene peores consecuencias: ¡ha tenido que convocar al Parlamento en Oxford! —Sir Darius temblaba de indignación—. ¿Comprende Su Santidad lo que eso significa? Ya no es el Papa, sino un sínodo de obispos, reunido en sesión permanente, el que determinará la política de la Iglesia católica, y vos os tendréis que limitar a firmar las bulas que otros habrán redactado.

—No sería la primera vez —dijo Alejandro y sonrió al cardenal, que seguía apoyado en el quicio de la puerta.

—¡Es el fin de la monarquía! —chilló Turnbull y su sonrosado rostro adquirió un color púrpura—. Es el ocaso de Occidente, una peste de la que no se podrá librar nadie, el diluvio que anegará la ley y el orden, los valores eternos... —No pudo seguir, porque le faltaba el aliento.

Por Dios, que no le falle el corazón, pensó Octaviano. Siempre habría quien afirmaría que fue por culpa de alguno de mis venenos. Tapó con una mano el anillo que llevaba en la otra y dijo, simulando un bondadoso interés:

—¿Qué podemos hacer por vos?

El embajador le miró sin comprender.

—Ya no habrá más dinero, ¡Inglaterra no admite efectuar más pagos a Roma! Y si

vos, Santo Padre, nos amenazáis con la excomunión, ¡os podría suceder lo mismo que a nuestro pobre rey Enrique!

Un silencio helado invadió la estancia.

El Papa pensó: Un perro pastor no debería estar tan gordo.

—Creo que habéis aprovechado vuestra inmunidad como embajador real hasta el límite más extremo de lo soportable. ¡Guardias! —gritó el cardenal con voz seca—. Procurad que este señor sea puesto en la próxima frontera del Patrimonio de San Pedro.

—Mi barco me aguarda en Civitavecchia<sup>[513]</sup>.

—Procurad alcanzarlo en el plazo de cincuenta horas. ¡Fuera de aquí!

Los guardias agarraron al embajador y se lo llevaron. El calor del verano se había convertido en bochorno.

—¡Qué groseros esos ingleses! —suspiró el Papa—. ¡Mira que amenazarme a mí, su Papa, con llegar a los puños!

—Os amenazan con un cisma, mi querido Alejandro. —Las palabras de Octaviano no servían para mejorar el mal humor de su amigo, por lo cual añadió—: De todos modos, disponéis de sesenta mil marcos de oro en moneda alemana que les habéis sacado hasta ahora a los ingleses. Una bonita suma, por la que no habéis tenido que dar nada a cambio.

—Pero me encuentro en el mismo punto de partida en que estaba al principio de mi reinado.

—Con la diferencia de que entonces nos encontrábamos en Roma.

## **En la taberna del griego**

En la Cala, el antiguo muelle interior de Palermo, permanecía anclado el velero del Hafsida. Después de haberse presentado como el gran metropolitano de Belén y haber tenido éxito con semejante pantomima, Abdal prefirió escabullirse. Su viejo amigo, el comandante del puerto, le mantenía oculto ante los esbirros de Maletta. Le había proporcionado un escondrijo en uno de los rincones más agradables de la Kalsa, entre los halconeros reales, que ocupaban la parte alta de la muralla. Todos eran conscientes de que el hecho de haber inventado una dignidad eclesiástica precisamente en el día de la coronación, no haría más que avivar el odio. El Papa de Roma estaba deseoso de calificar aquella coronación de farsa y carente de toda bendición, y la salvaje procesión que el Hafsida había organizado y que acabó pareciéndose a un Carnaval, le reforzaría en su opinión. ¡Incluso era posible que el Papa descalificara la actuación del obispo de Grigenti, condenándola como una insolente rebeldía! En el fondo, esa comedia que se le había ocurrido a la pareja real podría dar lugar a más de un disgusto, y aunque el rey, con su carácter

despreocupado, había salvado en el último minuto la situación, le significó compartir con Roç y Yeza la atención del público que él pensaba concentrar del todo en su persona.

En el fondo, Maletta estaba contento de la desaparición del gran metropolitano, porque así se evitaba tener que arrestarlo. El chambelán prefería que lo sucedido terminara siendo olvidado, pues no dejaba de representar un incidente molesto en el transcurso de una ceremonia tan cuidadosamente preparada. Por esa misma razón quiso sustraer rápidamente también a la pareja real de cualquier posibilidad de ser vista y entrar en contacto con el pueblo, para cuyo fin les hizo señalar una residencia, junto con su séquito, en la misma Kalsa.

En este instante, sin embargo, sus esbirros le avisaban de que Roç y Yeza, con toda su corte, se habían dirigido al puerto para despedir a la nave que los había traído a Palermo. Le comunicaron también que el gran metropolitano había vuelto a aparecer, aunque algunos se empeñaban en decir que se trataba de Abdal, el temible mercader de esclavos del sultán. Malettá no sabía si intervenir o no, pero como no quería llamar más la atención, decidió hacer la vista gorda y esperar a que muchos de los huéspedes que habían acudido, invitados o no, acabaran por marcharse.

Roç y Yeza, seguidos de sus criados, escuderos y doncellas, incluida la primera dama Mafalda, su confesor Gosset y el mayordomo Jordi, se acercaron al lugar donde estaba amarrado el barco. Los pasajeros, el dogo, Sigbert y Jacobo, estaban dispuestos a partir, aunque sin llevarse al recién nombrado visir, Kefir Alhakim, a quien el canciller había expulsado de la ciudad por ejercer de curandero. Abdal pronunció un breve discurso de despedida, pues el comandante del puerto le había recomendado no aparecer demasiado en público y soltar las amarras cuanto antes. El Hafsida deseaba lo mismo, y se dirigió a Roç y Yeza:

—Vosotros, tanto si seguís juntos como cada uno por su lado, siempre tendréis en mí a un amigo que acudirá cuando le llaméis, que hará todo por vosotros, sin dudar ni preguntar mucho. ¡Soy vuestro servidor, y podéis disponer de mí siempre que queráis!

Emocionado, Abdal estuvo a punto de abrazar a Roç, pero recordó su dignidad como metropolitano y se limitó a abrazar a Gosset. Todos comprendieron que ese gesto iba dedicado a cada uno de ellos, y después el Hafsida se retiró a sus aposentos. Roç y Yeza sintieron mucho que Sigbert, al que apenas habían visto y con el que casi no habían podido hablar, insistiera en marcharse de nuevo. Siempre habían apreciado al caballero teutón que, en su día, les salvó del Montségur. Roç intentaba reprimir su tristeza, pues veía al comendador envejecido. Pero Yeza, en vez de limitarse a una despedida formal, cogió a Sigbert de la manga y le llevó a un lado.

—No podéis regresar ahora con ese barco —le susurró, e hizo bajar la cabeza encanecida al gigante para comunicarle un secreto al oído—: Querido Sigbert, os

necesito para que me acompañéis en un viaje muy importante, antes de que regreséis a Starkenberg.

El anciano se detuvo y puso una de sus manazas en el hombro de la joven.

—Yeza, para mí sería como un sueño. Siempre tuve el deseo de poder prestaros un último servicio. —Le faltaban las palabras, y con una leve presión en el hombro de la muchacha regresaron al grupo de los demás.

—Me quedo todavía —le comunicó sin más al dogo.

Roç no entendía nada y se disgustó. Sin mirar a Yeza, le dijo en voz alta a Gosset:

—Ya nos hemos despedido de todos, por lo que prefiero marcharme. ¡Os ruego que me acompañéis! —Con estas palabras se adelantó y ni siquiera volvió la cabeza atrás para observar si Gosset le seguía, cosa que éste hizo, aunque con gesto dubitativo y moviendo la cabeza.

—Me encontraréis en el palacio arzobispal —le susurró Sigbert a Yeza—. Juan de Procida no me negará unos días más de hospitalidad.

Pidió a Jacobo que le bajara el equipaje que ya había subido a bordo y se alejó con paso enérgico.

Yeza hizo una señal al sabio judío.

—Hemos hablado de todo, querido maestro Jacobo ben Mordejai, de todo lo que nos preocupa —declaró con voz firme. No le importó que el dogo, que seguía allí, pudiera oírla—. Estamos de acuerdo en que los valores espirituales deben prevalecer sobre los bienes materiales, y también sobre los negocios y el comercio. —Le hizo una señal a Jordi y éste sacó una bolsa llena de monedas—. Os entrego este dinero para que fundéis en Jerusalén esa escuela que queréis dedicar a los conocimientos ocultos y a la ciencia que investiga el destino del ser humano. Yo también acudiré, en cuanto me haya deshecho de ciertas obligaciones terrenales.

El enano le tendía la bolsa, pero Jacobo no la cogió. Se limitó a estirar su delgado cuello de pájaro hacia ella y graznó con voz cascada:

—¡Renunciad a este mundo, aquí y ahora! Nada hay tan valioso que debáis respetar. Tomad el camino de la espiritualidad, sin aplazamientos ni pérdida de un valioso tiempo. Venid conmigo...

—No —le respondió Yeza con decisión—. Quiero ser libre. No me siento libre si dejo atrás algún problema sin aclarar. Quiero dejarlo todo arreglado, y para eso necesito el tiempo que haga falta. De modo que aceptad ese dinero y no perdáis vos un precioso tiempo.

Jacobo cogió la bolsa.

—¿Me prometéis...?

—Maestro, podéis confiar en que Jerusalén me verá entre sus murallas antes de que acabe el año.

El dogo la interrumpió con una sonrisa amable:

—Pensad, joven soberana, que para los místicos ¡un año es como un parpadeo! Pronto estaremos en septiembre.

Pero Yeza le contestó, muy segura de sí:

—Mi voluntad no es perecedera, de modo que no tengo que tener los miramientos que exige cualquier negocio con mercancías que se estropean.

—¡Vos no os estropearéis, Yeza! —le respondió el dogo, divertido—. No me cabe ninguna duda.

Fue el último en subir a bordo y llegó a punto para oír cómo Jacobo le insistía al Hafsida:

—Tenéis que atracar una vez más en Ustica. He guardado algo en esa isla que nos será muy necesario a todos, si no queremos ser víctimas de la perdición. ¡Podríamos sufrir una terrible desgracia si no lo recupero!

El Hafsida se encogió de hombros.

—Yo no soy supersticioso, pero no quiero ser el culpable de que el dogo padezca una desgracia.

Este último lanzó a Jacobo una mirada bastante malhumorada.

—Os aseguro que si se trata de una parte del tesoro que habéis enterrado allí y que pretendéis recuperar ahora, un tercio es para el Hafsida y otro para mí, ¡por las molestias que nos estáis causando!

Jacobo asintió resignado y no opuso reparos.

Soltaron las amarras, los moriscos empuñaron los remos, y el velero se deslizó a través del puerto en dirección al mar abierto. Yeza formaba un grupo apartado sobre el muelle, con Jordi y sus damas, incluida Mafalda, además de Filipo y Beni. Todos ellos agitaban las manos en señal de despedida.

Los tres caballeros occitanos, Raúl de Belgrave, Mas de Morency y Pons de Levis, se encontraban en la cercana taberna *Oleum atque vinum*, propiedad de Alekos, el griego. Nada más acabar la ceremonia de la coronación habían acudido de nuevo a ella, y como no daban visos de querer marcharse, Alekos les llenaba una jarra tras otra, aunque los huéspedes ya habían llegado borrachos. Pero esta vez tenían algo que contar. No siempre había ocasión de escuchar a unos bebedores que primero habían escapado vivos de la Kalsa para después sentarse a la mesa del rey. Aunque hacían mucho ruido y rompían bastante vajilla, no parecía que les faltaran monedas. Mas explicaba:

—Raúl tuvo que sentarse en el último extremo de la mesa, adonde fueron a parar todos aquellos que no habían sido invitados personalmente.

Raúl no se inmutó y encargó otra jarra.

—En cambio nuestro Pons, que en realidad es todo un señor conde de Levis y Mirepoix, pudo sentarse frente a la princesa. Yo no estaba mal entre los soldados de

Manfredo, que no eran tan aburridos como los que tenías a tu lado.

—Me habría gustado frotar mis pies en las pantorrillas de Constanca —relató Pons—, y ella, con sus miradas, parecía invitarme a hacerlo. Pero cuando me quité las botas, una lengua áspera me recorrió la planta de los pies... y, al agacharme, vi a *Immà* acostada delante de las rodillas abiertas de la princesa.

Mas se reía y se dirigió a Raúl:

—Belgrave, ¿quién es en realidad ese conde Hamo l'Estrange, que estaba sentado frente a mí?

—Debe de tratarse de algún pariente lejano del rey, pues su madre era la famosa abadesa, la condesa de Otranto.

—¿Y por qué le dan ese nombre?

—Por ser como es, es decir, un tanto extraño.

—A mí me pareció un hombre soso —dijo Mas, que había vaciado jarra y se apresuró a estrellarla contra la pared.

En aquel instante entró Roç, seguido de Gosset.

—Me lo imaginaba —dijo visiblemente malhumorado a su acompañante—. ¡Sabía que esos bribones acabarían aquí!

Mas quiso incorporarse de un brinco y echar mano de la espada, pero recordó a quién se enfrentaba.

—Vos, Roç Trencavel, gozáis de la protección del rey, ¡en cambio aquí sólo estamos borrachos! No es muy cortés reírse de nosotros.

—¿Me queréis enseñar lo que es cortesía? —Roç parecía buscar pelea—. ¿Vosotros, que habéis roto vuestras promesas de lealtad? A mí no me hace ninguna gracia ver cómo un muchacho de familia noble se entrega a lo que será su perdición.

Pons exclamó:

—Pagaré una ronda, Roç Trencavel, si volvéis a admitirnos a vuestro servicio. De verdad, agradeceríamos vuestro perdón. El Taxiarcos nos engañó.

—Cuando volvéis a estar serenos, os podéis presentar en la Kalsa —dijo Gosset—. ¡Ya hablaremos entonces!

—¡Nada tengo que hablar con ellos! —Roç dirigió sus pasos hacia la puerta—. ¡Vayámonos de aquí!

El sacerdote lanzó una mirada destinada a dar ánimos al arrepentido Pons y se alejó también.

Mientras tanto, Alekos se había apartado con un desconocido cuyo hábito revelaba que se trataba de un monje ortodoxo.

Éste le informó en voz baja:

—Estoy buscando a la pareja real, a Roç y Yeza.

Alekos quiso indagar:

—¿Y cuál es vuestro nombre, paisano? ¿De dónde venís?

—Soy de Macedonia —le informó el fraile—, y mi nombre no hace al caso. Será mejor que me digáis hacia dónde debo dirigirme para comunicarles el mensaje que me han encomendado.

Pons, que había oído la conversación, exclamó:

—¡Allí fuera tenéis a la dama que estáis buscando! —Y señaló hacia el muelle, donde Yeza pasaba, rodeada de sus damas y de Jordi, en dirección a la Kalsa.

—¡Mafalda! —gritó Pons de repente, y la primera dama miró hacia atrás al oír la voz de su hermano. Le pidió licencia a Yeza, que también había reconocido esa voz y, al darse cuenta de la presencia de los tres mozos, quiso evitar un encuentro ante la taberna.

Beni se ofreció para acompañar a la dama Mafalda, y los dos entraron en el establecimiento, arrugando la nariz en señal de desprecio.

Pons corrió al encuentro de Mafalda y la abrazó. Incluso Raúl se levantó del asiento y se inclinó con galantería, mientras Mas seguía sentado y sin enterarse de lo que sucedía a su alrededor.

—¡Pons! —exclamó la dama con expresión severa—. ¡Hueles mal! —Y separó los brazos del hermano de su cuello. Miró con altivez a los compinches de éste y prosiguió—: ¡En Redae os metisteis bajo tierra como unos topos, y aquí en Palermo volvéis a salir, sucios y malolientes!

—Tuvimos que atravesar un túnel muy largo, Mafalda —respondió Raúl—. Pero ahora que vos estáis aquí, vemos la luz.

—Hermana, habla en nuestro favor —rogó Pons—, para que Roç y Yeza nos vuelvan a admitir a su servicio.

—¡No quiero perdones! —gritó entonces Mas, dándose finalmente por enterado de lo que se estaba ventilando allí.

En aquel momento se acercó el fraile forastero.

—Traigo una noticia para vuestros señores, y os agradecería que me llevarais junto a ellos.

Beni había estado mirando a todos con admiración y sorpresa, y en ese instante decidió presentarse.

—Me llamo Kadr ibn Kefir ad-Din Mali Alhakim Benedictus, y soy el primer secretario de la pareja real. ¿Quién sois vos?

—Demetrio —respondió el fraile con aire de pasmado.

—Seguidnos —declaró Beni—, y os procuraré una audiencia. Estimada señora —se dirigió a Mafalda, que le aventajaba en una cabeza de estatura—, si no queréis desperdiciar vuestro precioso tiempo y vuestra bondad en este lugar, propongo que nos marchemos de aquí.

Mafalda sonrió.

—Tenéis razón, Benito, estos señores, y en semejante estado, no son buena



compañía para nosotros. Os aconsejo, querido Belgrave, que si no queréis ser rechazado, primero procuréis mostraros digno del perdón que pretendéis obtener.

Y arrojando con orgullo su bella cabecita hacia atrás, salió a paso tan acelerado de la taberna que Beni y el fraile tuvieron que apresurarse para poder seguirla.

—¿Os parece que vayamos a un baño público? —preguntó Pons a sus compañeros.

Y Raúl contestó, a la vez que pedía a Alekos una jarra del mejor vino:

—¡Celebremos primero el comienzo de una nueva vida!

El tabernero observaba por el rabillo del ojo a Juan de Procida, quien, rodeado de sus guardias, acababa de salir de la vecina iglesia de Santa Rosalía y se dirigía a Capitanía. Sabía que el canciller había utilizado el pasadizo secreto que desde el palacio arzobispal conducía a la cripta de la iglesia. Alekos se propuso hablarle al canciller en cuanto regresara.

—¡*Vinum, Alekos! In vinum ridet fortuna!*<sup>[514]</sup>

—¡Si Fortuna te sonrío, Venus no está lejos! —gritó Mas de Morency—. ¡Mujeres, Alekos! ¡Tráenos mujeres!

## Promesas y abusos

En las mazmorras de la Kalsa, donde la noche eterna y el silencio mortal debilitan el ánimo de los prisioneros, que reaccionan con temor a cada luz y cada ruido, indicadores de que lo vienen a buscar, el Taxiarcos oyó unos pasos que se acercaban desde lejos.

¿Habría llegado su última hora? Procuró no hacer ruido con las cadenas y apretó los dientes. Desde una lejanía que parecía infinita se iba acercando la luz de una antorcha y oyó murmurar a sus verdugos:

—... dejarle los hierros puestos... tirarán de él hacia abajo y le alargarán el cuello...

No podía ver sus caras, porque las capuchas las tapaban, dejando sólo unas estrechas ranuras para los ojos. Le liberaron los pies y le ataron una venda en torno a la cabeza, después le empujaron, mientras sus burlas groseras acompañaban su paso por el reino de los muertos. De repente le quitaron la venda de los ojos.

Se encontró en un recinto subterráneo en el que caía un rayo de sol a través de una rejilla insertada en la bóveda, aunque de la misma colgaba también una cuerda que se balanceaba delante de las narices del Taxiarcos, que seguía con las manos atadas a la espalda. Los fantasmas se alejaron sin hacer ruido y se vio frente a Juan de Procida.

—¿Seguramente sabéis, señor Taxiarcos —inició el canciller la conversación—, que sólo vuestra ambición de encontrar el tesoro de los templarios os ha salvado hasta

ahora la vida?

Esperó para ver el efecto de sus palabras. Pero no hubo reacción, y el Taxiarcos permaneció mudo.

—Si el de Gisors os hubiese podido poner la mano encima, no estaríais ahora aquí.

El canciller arrojó una mirada a la cuerda que colgaba de la reja soleada, pero el otro seguía mudo.

—De modo que habéis tenido suerte, y ahora os sonrío Fortuna una vez más, en la figura de nuestro querido Maletta. Os metió en el calabozo antes de que los templarios os pudiesen echar el guante, y rechazó la solicitud de extradición que le formularon.

El Taxiarcos escuchaba con atención, pero no abría la boca.

—No tendréis tanta suerte por tercera vez. —La voz del canciller adquirió un tono más duro—. O bien aceptáis nuestra oferta, o tendréis que morir, pues no es costumbre nuestra perdonar la vida a alguien que sabe demasiado.

El Taxiarcos miró con franqueza a su interlocutor.

—Ya sé que no tengo derecho a seguir viviendo. Yo sabía muy bien por qué intenté buscar el tesoro en Redae, aunque os parezca un gesto infantil. —Soltó una risa forzada—. ¡Incluso encontré el tesoro, pero he vuelto a perderlo!

El Taxiarcos se sentía más tranquilo al ver que Juan de Procida sabía escuchar.

—Secuestrar una nave de los templarios era la única forma de abandonar las tierras que ellos dominan. No contaban con esa posibilidad.

—Cuando llegasteis a Palermo, ese mismo hecho casi os pierde.

—Yo no podía sospechar que Tomás Bérard acudiría con su *Atalanta*, y los sargentos templarios del puerto estaban demasiado contentos al ver que podían recuperar la nave sustraída. Cuando su gran maestro se enteró, yo volvía a estar de nuevo bajo tierra. —La risa del Taxiarcos sonaba aliviada—. En realidad, ahora tendríais que entender, Juan de Procida, por qué no puedo aceptar vuestra oferta de entrar a vuestro servicio. La rota fortunae<sup>[515]</sup>, esa estrecha franja marina que conduce a las «islas lejanas», es la misma para cada velero, pero la orden la domina sin dejar cabos sueltos, incluso tiene cabezas de puente firmemente establecidas en la otra orilla. ¿Creéis acaso que permitirían a cualquier otro barco de bandera ajena que aproveche los vientos para llegar al otro lado? Incluso en el caso de que pudiera escabullirse alguien que conoce la ruta, os advierto que los crueles reyes sacerdotes de aquellas islas sólo obedecen a los templarios, que han conseguido domarlos, y cualquier otro caería de inmediato víctima de sus sanguinarios dioses. Y aunque aquel que en vuestra opinión pueda estar aliado con la diosa fortuna, consiga emprender el viaje de regreso cargado con un precioso botín, la rota fortunae tiene una única corriente giratoria capaz de devolver a su hogar al navegante y hacerle

tomar tierra a este lado de las columnas de Hércules, exactamente en esos puertos donde la orden, por esas mismas excelentes razones, tiene instaladas sus fortalezas. O sea que yo caería con toda seguridad en sus manos, y me considerarían traidor por haber revelado uno de sus mayores secretos. Me desollarían vivo.

—¡Eso mismo podría sucederos aquí, en Sicilia!

—Lo sé —dijo el Taxiarcos—. Por eso me veis tan tranquilo. ¡Me necesitáis vivo!

—Os dejaremos vivir si nos sois útil. ¡No lo penséis demasiado tiempo! Nadie es insustituible.

Juan de Procida agachó pensativo la cabeza y se alejó sin saludar. El Taxiarcos vio que se le acercaban sus guardias, que le habían estado esperando en el túnel. Éstos le rodearon y le volvieron a vendar los ojos, empujándole de nuevo hacia la oscuridad.

En las plantas superiores de la Kalsa reinaba un vivo ajeteo desde la llegada de la pareja real. Roç y Yeza ocuparon las estancias situadas en la parte más alta del edificio. Sin que hubiese necesidad de comentarlo, cada uno de ellos se reservó habitaciones en sendos bastiones angulares de la torre. Roç se instaló en compañía de su fiel escudero Filipo. Había procurado que Kefir Alhakim tuviese un lecho cerca, aunque el «visir» habría preferido alojarse junto a Yeza y sus damas.

A su hijito Beni le venía bien verse separado de su extravagante padre, y así podía escapar además de la tutela de Filipo, que le trataba como si fuese un chico de recados puesto a su servicio personal, y no le consideraba un «primer secretario». El enano Jordi se encontraba, de todos modos, contento de estar adscrito a Yeza, pues ésta prestaba mayor atención a sus canciones que Roç, quien a su vez prefería jugar al ajedrez con Kefir o escuchar a éste cuando hablaba de sus hongos. A Potkaxl y Geraude les habría gustado que Mafalda, primera dama de la corte, se hubiese trasladado a otro extremo del edificio, pero ésta insistió en alojarse junto a las doncellas. Gosset, a su vez, había ocupado las habitaciones situadas en el centro del largo pasillo que unía ambos bastiones. En la planta inferior se alojaba el vicario imperial, el tuerto Oberto Pallavicini, rodeado de su guardia personal, que vigilaba también la planta baja y la escalera. El príncipe Lancia de Salerno se había marchado a la mañana siguiente a la coronación, y Maletta cedió la habitación que aquél había ocupado, a Hamo l'Estrange, que, como siempre sin la mínima compañía de algún criado, había cubierto él solo a caballo el largo recorrido a través de Calabria, para entregar la valiosa corona en Palermo.

Hamo debe de tener ahora sus treinta años, pensó Roç cuando visitó junto a Gosset al conde de Otranto, que seguía causando la impresión de no querer convertirse ni en un hombre adulto ni en un caballero hecho y derecho, y mucho menos en un conde. Para Hamo, su origen aristocrático no era más que una carga, la

herencia de su autoritaria madre. El título significaba muy poco para él, y tampoco entendía muy bien por qué tenía que considerarse vasallo del rey y depender de los caprichos de éste. Era como un niño reflexivo que se iba haciendo mayor muy poco a poco; por otra parte, él jamás había conocido a su padre. El hecho de estar casado con Shirat<sup>[516]</sup>, la hermana menor del poderoso emir Baibars, le otorgaba además un aire de forastero que se reflejaba incluso en el apodo, aunque éste se lo debía a su madre. Pero Roç siempre se había entendido bastante bien con el joven.

Así pues, le saludó con estas palabras:

—¿Cómo está la pequeña Alena Elaia<sup>[517]</sup>? —Y quiso presentarle a Gosset, olvidando que ambos se conocían desde Constantinopla.

—¡Es la edad, querido Roç! —Hamo sonrió con indulgencia—. Tú hace tiempo que eres un hombre, y mi hija acaba de cumplir los siete años. Unos pocos más, y será más alta que su madre.

Roç recordaba a la menuda esposa de Hamo como una princesa muy inteligente que había conseguido pasar, de jovencita destinada al harén de An-Nasir y después esclava de Ariqboga, khan de los mongoles, a su actual estado de condesa de Otranto. Por su carácter se parecía a Yeza, aunque era bastante mayor, seguramente tendría los mismos años que Hamo. Roç la recordaba como una mujer eternamente joven, cuyo cuerpo era depositario de todos los misterios de Oriente. ¿Cuántos aventureros que, si hubiese sido otra, la habrían dejado marcada, endurecida, amargada o envejecida, habían pasado por ella sin dejar huella?

Hamo, a su vez, preguntó a Roç:

—¿Cómo está Yeza?

—Está tan bien que se considera a sí misma un ser superior a todos —respondió Roç con una risa un tanto forzada— Ha descubierto el reino del espíritu y quiere convertirse en su sacerdotisa.

—En otras palabras: la pareja real no disfruta ahora mismo de su mejor momento —informó Gosset—. Por otra parte, tampoco han contraído aún matrimonio en el sentido de la Iglesia, ni han solicitado nunca la bendición de ésta.

—¡Nunca lo hará! —respondió Roç en tono de rebeldía—. Sería lo último que deseamos. Yeza tiene necesidad de hacer experiencias espirituales y yo deseo vivir como un caballero. —Tras reflexionar un poco, añadió—: ¡Aunque en último término nadie ni nada en este mundo podrá separarnos!

—Te felicito, amigo —dijo Hamo y suspiró—. Eres un Trencavel hasta la médula: te atraen la lucha y la aventura.

—¡Son mi vida! —dijo Roç—. Igual que mi amor por Yeza.

—Yo, en cambio —reconoció Hamo—, me siento feliz viviendo la armonía de mi matrimonio en un castillo junto al mar, y de repente me encuentro con un rey que no solamente quiere despojarme de mi barco, nuestra vieja trirreme, sino que además

pretende que me aliste en su ejército. ¡Sólo porque desea enviar a su futuro suegro, a Grecia, cuatrocientos hombres que le ayuden a luchar contra otros griegos!

—¡Pero es un reto maravilloso, Hamo! —se entusiasmó Roç—. Además, Manfredo está en su derecho, pues eres su vasallo.

Intentó suavizar su ímpetu cuando observó la falta absoluta de comprensión que se reflejaba en el semblante de Hamo.

—Si eres conde, no puedes limitarte a pescar y a cumplir con tus obligaciones como buen esposo. ¿Por cierto, no me has dicho si tienes ya un heredero?

—No, ni lo queremos tener. ¡Nos basta con Alena Elaia! ¡Esa niña se está pareciendo tanto a su abuela, la abadesa, como a Baibars el Arquero!

—Así pues —quiso saber Gosset—, ¿la trirreme es una herencia de vuestro padre, que fue almirante de la flota siciliana bajo el emperador Federico?

—El conde de Malta murió cuando yo era todavía un niño de pecho —respondió Hamo—. Jamás se atrevió nadie a exigirle a mi madre que devolviera la nave.

—Lo imagino. —Roç sonrió—. ¡Tía Laurence habría declarado la guerra a Sicilia y bombardeado Palermo con disparos de fuego griego!

—Yo no tengo su carácter combativo —admitió Hamo, sin que pareciera pesarle—. El nombre de mi madre, la condesa de Otranto, difundía terror, y yo soy diferente. Pero eso no significa que me doblegue a cualquier demanda.

—¿Y por qué sigues aquí? —preguntó Roç.

—Estoy bajo arresto domiciliario, y los guardias de mi vecino de habitación, Oberto Pallavicini, tienen órdenes de acompañarme a cada paso, para que no pueda escapar antes de haberme comprometido. —Hamo parecía preocupado.

—¿Quieres que inventemos algo para liberarte? —le propuso Roç con ánimo de consolarlo.

—¡No te metas en líos, querido Roç! —dijo Hamo—. Tú mismo tendrás bastante con los tuyos, cuando averigües el verdadero carácter de Manfredo. También tú estás atrapado aquí, aunque no lo sientas todavía con tanta crudeza.

—Ya veremos —dijo Gosset—. Hemos superado otras dificultades.

—No subestiméis a Juan de Procida, que es el espíritu rector de esta corte, y que parece muy amable, pero en cambio es...

—Empiezo a arrepentirme —murmuró Roç, dirigiéndose a Gosset— de haber dejado marchar al Hafsida.

Pero Gosset replicó:

—Me consuela pensar que el Taxiarcos debe estar todavía metido en algún agujero de por aquí.

—¿Eso os parece un consuelo?

—¡Pues claro! —respondió el sacerdote—. Le conozco más tiempo y mejor que vos, y sé que siempre encuentra una salida.

Roç estaba de acuerdo.

—¿Dónde podrá estar escondido ese buen amigo?

—¡Le encontraremos! —dijo Gosset, dirigiéndose más bien a Hamo, antes de salir de la habitación de éste.

En el pasillo, los guardias del Pallavicini se pusieron prestamente de pie para presentar las picas.

Alekos, el tabernero, seguía con un ojo puesto en el muelle situado delante de su taberna *Oleum atque vinum*, a la espera del retorno de Juan de Procida, y con el otro estaba atento al comportamiento de sus huéspedes. Vio que una mujer pelirroja, que tenía un culo como un caballo y unos senos flotantes como las ubres de una vaca, había acogido al enclenque Mas en sus faldas y lo apretujaba contra su pecho. Los brazos carnosos de la mujer rodeaban al mozo como si fuesen los de un pulpo.

Pons, que había estado pendiente de los labios de la ramera, acabó deslizándose del asiento y rodando hasta quedar tumbado en el suelo de piedra de la taberna. Se acurrucó junto a los pies hinchados de la prostituta, y se alejó felizmente dormido en los brazos de Morfeo, siguiendo así el ejemplo del tercer compinche, que hacía tiempo estaba roncando. La prostituta miró a Alekos con creciente impaciencia, pues consideraba que había cumplido desde que también Mas se hubo dormido en sus brazos. Intentó deshacerse de él.

Alekos buscó en su faltriquera una moneda adecuada, cuando se dio cuenta de que en la iglesia de al lado entraba un grupo de guardias. Para no perder tiempo arrojó a la mujer una moneda demasiado grande y se apresuró disgustado hacia la escalera del fondo, que conducía a la bodega subterránea. Con una agilidad que nadie le habría atribuido, el corpulento Alekos corrió hacia la última de las grandes cubas, dio una patada a la espita y se arrojó contra la madera de roble. La parte delantera de la cuba giró en torno a su eje y acogió al tabernero, pero cuando éste quiso salir por el otro lado, vio las espadas de los guardias dirigidas contra su vientre y se quedó asustado dentro de la cuba.

—¿Qué urgencia tenéis? —Desde el claroscuro de la cripta le llegó la voz desconfiada de Juan de Procida.

—Ha llegado un fraile griego —jadeó Alekos con la respiración entrecortada—. Se llama Demetrio y buscaba a la pareja real...

—¿Buscaba?

—La primera dama de la princesa Yeza se lo llevó a la Kalsa.

—¡Eso está bien! —La voz del canciller se volvió más amable—. No se lo digáis a nadie.

Procida decidió poner a prueba a Roç, a Yeza, y a todo su servicio, pues nunca se podía saber.

—Esos borrachos que tenéis allí arriba, ¿verdad que los tres son acompañantes del Taxiarcos?

Alekos se sentía confundido. ¿Habría hecho algo mal?

—Jamás he visto a ese hombre —respondió, y decía la verdad—, y los mozos tampoco han hablado de él desde que los sacaron de la Kalsa y los llevaron al banquete de coronación...

Ahora los devolveremos al lugar de donde han salido, para que le hagan compañía al Taxiarcos; eso le despertará las ganas de volver a viajar, pensó el canciller, todavía sin propósito fijo. Estaba acostumbrado a actuar con previsión.

—¡Tendrán un despertar desagradable! —observó Alekos y se dispuso a mostrar al guardia el camino a través de la cuba y la bodega. Juan de Procida le arrojó al tabernero una moneda.

Yeza había enviado a Geraude para que preguntara al temido Oberto Pallavicini, en la planta inferior, si podría tener con él una conversación privada acerca de determinado asunto. Geraude volvió con la respuesta de que el vicario del imperio estaba en cualquier momento a su disposición, incluso ahora mismo.

—Tiene un aspecto horrible —informó Geraude, intimidada—. Cuando no se tapa el ojo destrozado, se le ve el blanco, y da miedo.

—Lo superaré —murmuró Yeza.

Se preparó e hizo una seña a Potkaxl para después salir, seguida de ésta, con paso enérgico de su habitación. Al final de la escalera la esperaban los guardias del Pallavicini con las picas cruzadas, que se apresuraron a presentarle a modo de saludo. En aquel largo pasillo habían encendido pequeños fuegos sobre el suelo de piedra, porque el palacio se enfriaba con rapidez en las noches de otoño, más de lo que podía calentarlo el sol durante el día. Las dos jóvenes pasaron por delante de las habitaciones de Hamo y oyeron nítidamente las voces de Roç y Gosset. Yeza, sin detener el paso, daba instrucciones a su doncella.

—¡Tú te quedas delante de la puerta y te ocupas de que nadie nos espíe!

Potkaxl avisó la llegada de su señora y después le cedió el paso.

El propio Pallavicini se acercó a la puerta a recibirla. La joven observaba divertida el único ojo de su interlocutor. Se presentó con ademanes seguros, como una reina, lo que gustó al viejo guerrero.

—Estoy a vuestras órdenes.

Ofreció a Yeza con galantería el único asiento que se veía en la amplia estancia, situado en el extremo de una larga mesa de refectorio, de roble macizo, que aparecía cubierta de documentos, mapas y pergaminos enrollados. La impresión que daba era de que ese material estaba allí amontonado sin ser objeto de revisión ni estudio.

—La administración no es mi fuerte —dijo el vicario, y pretendiendo disculparse

esbozó un movimiento con la mano, como si le hubiera gustado barrer todos aquellos papeles de la mesa.

—¿Verdad que sois el administrador del imperio en todos los países al norte del Patrimonio de San Pedro? —empezó Yeza, para añadir la pregunta que más la atormentaba—: ¿También de Bolonia?

Pallavicini sacudió la encanecida cabeza.

—Es una buena pregunta, aunque difícil de contestar. —Se colocó a su lado y se apoyó con ambas manos en el tablero de la mesa, para no perder de vista a su visitante—. Por un lado, Bolonia forma parte de las marcas, pero por otro lado se ha adherido a la Liga lombarda<sup>[518]</sup> de ciudades imperiales. De este modo se sustrae hábilmente a la jurisdicción papal, sin someterse del todo al poder imperial.

—De eso se trata —dijo Yeza, y al ver que el único ojo de su interlocutor la miraba con expresión interrogadora, continuó—: ¡Allí mantienen preso al rey Enzo!

Yeza se había esforzado por quitarle importancia a la frase, pero la pena que la abrumaba y cierta sensación hasta entonces desconocida de solidaridad con una persona que le era del todo ajena, la traicionaron.

Pallavicini, que se dio cuenta de su situación emocional, puso una de sus manos sobre la de la joven y dijo:

—Esa es también la razón por la cual no toco a Bolonia, pues tuve que prometérselo a mi emperador.

—Lo que yo quiero saber es si el rey Enzo es mi padre —le espetó Yeza.

La pregunta sorprendió al vicario.

—¿Cómo podría ser eso? —preguntó con curiosidad un tanto inconveniente, casi con rechazo. Él tenía una imagen de Enzo como el hijo de Federico que estaba preso desde hacía tiempo; un hijo que había sido deseado con vehemencia por su padre, y le resultaba difícil asimilar la imagen de Enzo como padre al que buscaba una hija.

—Mi madre era hija del dueño del castillo de Montségur, y fue quemada en la hoguera cuando yo apenas tenía tres años. Todo lo que sé son historias que cuenta la gente. Por eso quiero saber de su boca si responden a la verdad. Quiero saber si él la amó, por qué la abandonó, o por qué le abandonó ella a él.

El vicario se retiró un poco de la mesa.

—¡Para qué queréis un padre, cuando ya sois una persona adulta!

Yeza observó con frío interés el ojo de su anfitrión, en el que le pareció atisbar una expresión de temor. La ira empezó a crecer en su ánimo y el hombre lo observó por la arruga vertical que se formó en la frente de la joven. ¡La arruga de la ira de los Hohenstaufen!, se le ocurrió pensar, y vio también el fuego verde en sus ojos. Posiblemente fueran los ojos de su madre, la que fue quemada por hereje.

—¿Podéis conseguirme un salvoconducto para Bolonia?

El vicario se retorció.



—Si pido ese permiso, lo más probable es que me lo nieguen, y no haría más que empeorar vuestras perspectivas.

El ojo solitario la miraba fijamente, como el de una serpiente mirando a un pajarito.

—Creo que deberíais visitar al Papa en Roma, quiero decir, en Viterbo —propuso entonces el vicario.

Yeza se levantó del asiento.

—En eso no podréis ayudarme.

—¡Sí puedo! ¡Y lo haré con mucho gusto! —declaró para su sorpresa el vicario—. Os puedo dar una carta de recomendación para el cardenal Octaviano degli Ubaldini.

Apartó con gesto cortés el pesado sillón.

—En cualquier caso, os abrirá la puerta que conduce al Santo Padre.

Yeza le regaló una última mirada.

—Se abrirá esa puerta... ¿sin cerrarse después para siempre detrás de mí? Yo no deseo compartir, como hija del Grial, el mismo destino en el Castel Sant'Angelo que el rey Enzo padece en Bolonia.

—No os preocupéis. Os puedo garantizar un viaje sin dificultades entre Túnez y los Alpes, incluida la Roma eterna. Pero comprenderéis que en las murallas de Bolonia es donde mi poder encuentra sus límites.

Como su ojo pedía esa comprensión y había demostrado ser más tratable de lo que Yeza en realidad había esperado, la joven aceptó.

—Haré redactar enseguida esa carta, pues, por desgracia, yo mismo no sé escribir —declaró el de Pallavicini—. Podéis enviar a vuestra doncella a recogerla.

—Os doy la gracias, Oberto —dijo Yeza y salió por la puerta, después de que el viejo guerrero se hubo adelantado para abrirla.

—Y yo os agradezco este encuentro con una mujer encantadora que habla como una soberana.

## **El escorpión**

La pareja real supo dar a la Kalsa, un edificio que gozaba de mala fama, un aire completamente diferente. Entre sus almenas, las doncellas habían tendido cuerdas, y aparecieron como banderas ondeantes los trajes, los calzones y las camisolas de la pequeña corte, pues todo ello estaba necesitado de un lavado urgente después de tan largo viaje. Potkaxl y Geraude encontraron una vieja tinaja para el baño que sacaron de algún trastero, la instalaron en el patio y la llenaron de agua caliente. Los soldados del vicario colgaban de las ventanas al ver que las dos mujeres se dedicaban a frotar y enjuagar aquellas prendas, y pronto quedaron tan mojadas que empezaron a quitarse

las suyas, pues además tampoco les iba a venir mal un baño a ellas mismas.

Poco después llegó la dama Mafalda, que frunció el entrecejo al darse cuenta del espectáculo. Beni simuló quejarse del comportamiento de las doncellas, sobre todo porque el fraile Demetrio estaba presente y ponía los ojos en blanco. Mafalda acudía precisamente para conducirle a presencia de la pareja real, y acordándose de sus tareas como primera dama de la corte, exigió a las doncellas que no exageraran con la limpieza tanto de la ropa como de sus propios cuerpos, hizo una seña a Demetrio para que la siguiera y empezó a subir la escalera. Detrás iba Beni, que dio un tropezón, porque torcía la cabeza hacia atrás para ver a las doncellas saliendo del barreño.

Maletta, el chambelán del rey, se paseaba de arriba abajo y con los brazos cruzados a la espalda por la habitación que Roç ocupaba en la torre. Filippo le observaba desde la puerta. El chambelán había acudido a presentar sus respetos a la pareja real, pero había elegido una hora en la que estaba bastante seguro de no encontrarles, lo que le ofrecía una buena excusa para poder recomendarles, en cuanto volvieran, que no se entretuvieran demasiado tiempo en el puerto.

En realidad, la misión de Maletta era muy otra. El rey Manfredo deseaba invitar a la pareja real a que comieran con él al día siguiente. El chambelán intentaba componer una expresión ofendida por tenerle tanto tiempo esperando en compañía de un criado, cuando oyó los silbidos y chillidos que ascendían desde el patio. Al asomarse por la ventana vio a las dos muchachas desnudas, pero mientras reflexionaba cuál de las dos era más apetecible, ya se habían refugiado en el interior de la torre.

—¡Os traigo saludos de William, señora! —dijo el monje con voz sonora de bajo y entonando las palabras como si fuese a cantar una liturgia gregoriana<sup>[519]</sup>.

A primera vista, a Yeza no le gustó ese fraile de largas barbas negras, pero sí se sintió contenta de recibir al fin noticias de William. Quiso que también Roç participara de esa alegría y a pesar de las desavenencias habidas últimamente, decidió ir a buscarle a sus habitaciones, y quiso hacerlo acompañada del fraile griego llamado Demetrio, y de Mafalda. Yeza indicó a su inesperado huésped que dejara su cesta de viaje en manos de Jordi, que cuidaría de ella, pero Demetrio se negó a separarse de su valija.

—¡Llevo una reliquia! —exclamó con su potente voz, dándose importancia—. No puedo dejarla a nadie. —Y mantenía la cesta firmemente apretada contra su pecho.

Yeza le respondió con severidad:

—Por mí podéis llevar esa carga siempre encima, pero antes será necesario que mis guardias revisen su contenido.

Demetrio comprendió que si seguía negándose, se haría sospechoso o incluso

arriesgaba que lo echaran de allí, si no algo peor todavía. De modo que entregó la cesta al enano, como si se tratara de un huevo crudo.

—La pieza sagrada que contiene es muy frágil —añadió el fraile a modo de explicación—. ¡No abráis esa cesta sin que yo esté presente! —le insistió a Jordi.

Yeza le urgió a partir y Demetrio se aprestó a seguirla, mientras elevaba los ojos al cielo. Mafalda también les acompañó.

Roç y Gosset estuvieron largas horas paseando por el parque y llegaron hasta las bizarras rocas de la orilla, mientras hablaban de Hamo, Manfredo y Yeza. Durante ese mismo paseo se encontraron con la gruta profunda que el mar había abierto entre las rocas, y Roç insistió en adentrarse en ella, aunque no llegó muy lejos. Aquel pasadizo abierto por la mano humana olía a excrementos y acababa en una pesada reja que cerraba el paso. No obstante, Roç se dio cuenta de que no podía conducir a ningún otro lugar que a los subterráneos de la Kalsa, y el mal olor le dio a entender que se trataba de una cloaca. Satisfecho de haberla descubierto, Roç volvió a trepar hasta donde le esperaba Gosset, que al parecer no se interesaba por la existencia de posibles pasadizos secretos. Estaba sentado encima de una piedra y miraba pensativo hacia el mar.

—Creo que deberíamos insistirle a Hamo —dijo— para que traiga la trirreme desde Otranto a este puerto...

—Sería un gesto de sumisión que alegraría mucho al rey Manfredo. ¿Aunque no veo por qué ha de interesarnos tanto a nosotros?

—Es la primera condición para un plan que deberíamos pensar muy a fondo antes de ponerlo en práctica.

—¿Queréis decir que con ayuda de la trirreme...?

—¿Sabéis de otra nave, señor mío?

—Hay que pensar en la situación en que dejaríamos a Hamo —repuso Roç—, y ¿quiénes somos «nosotros»?

—Creo que Yeza, sean cuales sean sus propósitos, también estaría contenta de poder salir de esta isla. Después podrá escoger su propio camino.

—Lo decís con tanta seguridad como si nuestra separación fuese asunto decidido.

—Yo creo que es inevitable, aunque sus consecuencias sean en este momento imprevisibles.

—Y ¿cuánto tiempo debo esperar?

—Hasta que vuelva a vuestro lado.

Roç quiso rebelarse, pero Gosset no lo consintió.

—Un hombre que intenta pegarse como una lapa a una mujer que desea marcharse, ya la ha perdido, Roç. Sólo el que permanece sereno y casi indiferente seguirá siendo objeto del deseo, jamás el mendigo, ni el celoso que reivindica una

propiedad.

—¿Y qué hay de nuestro amor?

—Está sometido no sólo a las leyes que acabo de mencionar, sino también al desgaste, a la costumbre que deja romo el filo, y a las pequeñas rencillas cotidianas.

—Mucha experiencia tenéis en asuntos de amor, Gosset.

—Hay una parte de mi voto como sacerdote que he sabido apreciar, y es el celibato. Me ha permitido disponer de una vida amorosa muy rica, he tenido algunas relaciones libres que han durado mucho y, sobre todo, un concepto de la felicidad muy poco expuesto a echarse a perder.

—Ya entiendo —dijo Roç—. No hay obligaciones, no hay disgustos, hay alternancia y...

—¡Entiendes mal, querido mío! Hay obligaciones que se basan en el afecto. El matrimonio limita el amor *eo ipso* a dos únicas personas. ¡Es muy poco, teniendo en cuenta los muchos encuentros que la vida nos depara! Pero hablar de alternancia es referirse a un mal uso del mayor regalo que la vida nos concede.

—¿Y si Yeza ya no me amara?

—¡Entonces no habría nada que hacer! ¿Cómo podéis imaginar un amor a la fuerza?

—¡Pero yo siempre amaré a Yeza! —exclamó Roç.

—Podéis hacerlo, pero no podréis obligarla a ella.

—¡Nos hemos querido desde que somos niños! Nunca perderemos ese sentimiento.

—Sería equivocado pensar que el amor nada tiene que ver con la inteligencia. Si bien esta idea puede ser válida en un primer momento, no lo es cuando se trata de mantenerlo. Para esto último se necesita mucha sabiduría.

—En ese sentido, con Yeza no hay por qué preocuparse —quiso consolarse Roç. Pero Gosset movía la cabeza.

—Lo que os conviene ahora, querido Roç, es presentar vuestros respetos a la dama, para que se acuerde de vuestra existencia. Hace días que no le decís ni una palabra amable.

—¡Es ella quien tiene que dar ese primer paso! —se rebeló de nuevo el joven—. Vos mismo acabáis de decir que hay que mostrarse inteligente para recuperar una vida amorosa y feliz.

—Bien —dijo Gosset—, entonces regresemos a la Kalsa y esperemos a que la dama dé el primer paso.

—Ni se le pasará por la cabeza —convino Roç—. ¡En este momento sólo está pensando en conseguir un beneficio espiritual!

—¿Y en qué estáis pensando vos? —Gosset hizo un esfuerzo por no mostrarse irónico, aunque sabía que Roç empezaría a hablar sin más de una vida caballeresca,

del servicio de armas y de acciones heroicas, y de Hamo, tan poco dispuesto a cumplir con sus deberes de vasallo.

—¡No podemos quitarle simplemente el barco a Hamo! ¿Qué sería de él si queda a merced del rey Manfredo, que con toda seguridad estaría furioso?

Regresaban, paseando por el parque, en dirección a la torre.

—Ni la trirreme ni Hamo deben quedar en manos del rey —declaró Roç finalmente.

—Además, también está Otranto —le recordó Gosset cuando alcanzaban ya la puerta trasera—. Un feudo no puede moverse del sitio, de modo que el soberano siempre podrá ocuparlo y mantener a la esposa y a la hija como rehenes.

—Así pues, habría que causar la impresión de que todo sucede tal como el rey Manfredo desea, aunque en realidad...

—Primero lo pensaremos, después hablaremos. No ahora.

Habían subido la escalera de caracol y al entrar en el último camerino, encontraron allí a un asustado «visir» Kefir Alhakim.

—El señor Maletta os espera en vuestro despacho —informó a Roç—. Filippo me ha ocultado aquí.

—¿Y por qué tembláis?

—Porque oía vuestros pasos y no sabía...

—Aquí no os encontrará nadie —dijo Roç y salieron del camerino por la puerta delantera.

Roç cedió el paso a Gosset y éste aprovechó no para saludar al chambelán, sino para detenerse junto a la puerta y exclamar en voz baja, pero exigiendo atención:

—¡El Trencavel! —Y unió las manos en ademán de oración, con la cabeza gacha, como si el que iba a entrar en la estancia fuese un santo.

Maletta se sintió tan confundido que siguió su ejemplo. Se le olvidaron los reproches que había querido formular y cuando Roç exclamó con expresión benevolente: «Y bien, querido Maletta, ¿qué buenas nuevas traéis?», el chambelán sólo supo exponer la invitación del rey.

Roç se dirigió a Gosset:

—Siempre que la dama Yeza esté de acuerdo, no tenemos nada en contra de aceptar la amable invitación a la mesa real.

Se había dirigido al sacerdote en tono ligeramente interrogador, y aquél comprendió y recogió la pelota.

—Deberíamos ofrecer al distinguido señor Maletta un refresco, mientras voy en busca de la aprobación de la dama Yeza Esclarmunda. ¡Filippo! —ordenó al criado—. Pregunta por las preferencias de nuestro huésped y esfuérzate por satisfacerle.

El criado siguió a Gosset y ambos salieron en actitud digna de la estancia.

Yeza había cruzado en compañía de Mafalda y del fraile Demetrio el corredor que unía los dos bastiones de la torre. La puerta que conducía al camerino posterior sólo estaba apoyada, por lo que vieron la espalda curva de Kefir Alhakim, que apretaba la cara contra el ojo de la cerradura. En lugar de regañarle, Yeza puso un dedo en los labios y ordenó a su primera dama que aguzara el oído. De modo que todos pudieron oír cómo Maletta presentaba la invitación del rey, que deseaba ver a la pareja real al día siguiente asistiendo a una cena que ofrecería en el Palazzo dei Normanni, y cómo Gosset salía del despacho para ir en busca de Yeza. Esta regresó rápidamente al corredor y allí se encontró con el sacerdote. Mientras, el fraile Demetrio tiraba a la primera dama de la manga.

—¡Procurad que yo también pueda ir mañana a esa comida! —pidió en un susurro.

Mafalda le miró como si le hubiese dirigido alguna propuesta inmoral.

—¿En qué estáis pensando? —le reprochó con severidad—. A la mesa del rey Manfredo sólo se sientan los que son de sangre noble y ostentan un cargo. A menos que quiera honrar muy especialmente a alguien.

Dejó al apenado fraile en compañía del asustado visir, recomendando a ambos que no se movieran del sitio, y volvió a salir al corredor. Yeza decidió no presentarse ante el chambelán, sino enviar a Mafalda junto con Gosset para informarle de que aceptaba con mucho gusto la invitación.

—En realidad, ¿qué relación os une a esos tres muchachos de Occitania? —estaba preguntando Maletta a Roç cuando entraron Gosset y Mafalda.

—Tendrían la obligación de serle leales como a su amo y señor —respondió el sacerdote en lugar de Roç—. ¡En cambio le traicionan vergonzosamente!

—Un cierto Taxiarcos —intervino Roç— les ha convencido de que incumplan su palabra de caballeros, pues los tres son hijos de familia noble y saben responder tanto en un torneo como en una batalla.

—Ah —respondió el chambelán—, es bueno saberlo.

En ese instante Mafalda intervino con desparpajo:

—¿Queríais saber qué piensa mi señora de la cena de mañana?

Le dejó unos momentos en suspenso.

—Pues bien, si le complace al señor Trencavel, podríamos asistir; yo la acompañaría...

—Vos me acompañaréis a mí —dijo Roç a Gosset, y éste comunicó al chambelán:

—La pareja real espera que vos, Maletta, os presentéis aquí en persona para llevarla bajo vuestra protección al palacio del rey.

—Será un honor —dijo el chambelán y les hizo una reverencia. Filippo le acompañó hasta la puerta. Apenas dejaron de oírse sus pasos cuando Yeza abrió la puerta del camerino trasero y llamó al monje griego.

—Demetrio nos trae saludos de William.

En el mismo instante también el visir asomaba la cabeza por la puerta.

—¡El chambelán viene de vuelta! —graznó.

Filipo consiguió empujar al fraile para hacerle volver al camerino cuando ya oían llamar con los nudillos en la puerta delantera. Gosset abrió, pero Maletta no quiso entrar.

—Si la pareja real lo desea, puedo presentarle al Taxiarcos. La divina Providencia ha permitido que pudiéramos atrapar a tiempo a tan peligroso criminal. Mañana se le someterá a juicio y será ahorcado.

—¿De qué se le acusa? —preguntó Yeza, sin perder la compostura.

—¡De intentar envenenar a nuestro rey! El emperador y el patriarca de Nicea le encargaron esa misión, y tenemos pruebas para demostrarlo. De modo que si queréis seguirme...

Roç lanzó una mirada dubitativa a Yeza, que asintió.

—¿Está encerrado aquí mismo, bajo nuestros pies? —preguntó Roç, intentando verificar una sospecha que, como tantas veces, resultó acertada. No mencionó que había descubierto la salida secreta hacia el mar.

El chambelán intentó tomárselo a broma.

—La Kalsa tiene diferentes niveles para alcanzar la bienaventuranza. ¡En el nivel más bajo es donde el inquilino está más cerca del cielo!

—¿Queréis decir que a nosotros, que habitamos en la planta superior, nos espera el infierno? —le respondió Gosset.

—¡Ésa es una cuestión que vos, Gosset, debéis consultar con vuestra conciencia! —le contestó Maletta con sorprendente presencia de ánimo—. Por lo demás, no podéis acompañarnos. La entrada en la mazmorra no está sometida a la etiqueta que rige en los casos de invitación a la corte, sino al severo reglamento de la administración de justicia. Por esta vez, la pareja real debe acompañarme sola. — Diciendo esto, miró a Mafalda.

Se adelantó y la pareja real le siguió en silencio. Maletta sonrió satisfecho. Los guardias puestos por Juan de Procida no negarían a la pareja real el acceso al prisionero, y él sólo iba de acompañante.

Mientras Roç y Yeza descendían un tanto cohibidos detrás del chambelán y sus esbirros las escaleras que conducían hacia las mazmorras subterráneas de la Kalsa, sus criados, mejor dicho, su séquito, excepto Filipo, había regresado a las estancias de la torre, distribuyéndose entre las diferentes habitaciones. Poco después Demetrio se presentó ante Mafalda. El fraile llevaba su cesta de viaje como si fuese una hostia sobre un cojín invisible y la depositó con mucho cuidado ante la primera dama.

—Puesto que, al parecer, es imposible que un humilde fraile sea invitado a la

mesa del rey, yo, como buen cristiano, no quiero mostrarme rencoroso y deseo hacer llegar al señor Manfredo esta valiosa reliquia a la que mis hermanos en el monasterio han renunciado con todo el dolor de su corazón.

Mafalda sintió curiosidad, pero Demetrio mantenía su mano protectora encima de la cesta.

—Como el famoso franciscano me insinuó que debíamos hacer un regalo digno al rey, os mego que lo llevéis mañana y lo entreguéis personalmente al señor Manfredo...

—¿No me dejaréis ver tan valiosa pieza? —insistió Mafalda.

Demetrio levantó el paño que cubría la cesta. Debajo apareció un estuche de fina madera oscura, ricamente taraceado con marfil. Abrió un poco la tapa para que Mafalda pudiese arrojar una mirada al interior. Encima de un cojín de terciopelo descansaba un crucifijo y, adherido a éste, el cuerpo del Redentor, delicadamente moldeado en fino alabastro.

—Sólo el rey puede tocar este bendito cuerpo, cogerlo con sus manos y llevárselo con devoción a los labios —le recomendó Demetrio con aire severo a la primera dama—. De modo que debéis prescindir de cualquier curiosidad pecaminosa y dejar el estuche cerrado hasta que lo abran las manos de aquel a quien va dedicado con tanto amor.

Intentó hacerse de nuevo con la cesta.

—Os la entregaré mañana por la tarde, antes de que os vengán a buscar para ir a palacio...

Pero Mafalda ya tenía la mano puesta en el asa.

—Si queréis que yo, una mujer indigna a la que ni siquiera se le permite tocar tan santa reliquia —le replicó enfadada—, haga de mensajera, ¡exijo al menos la confianza de que me la dejéis ahora mismo aquí! ¡De no consentirlo, os la podéis quedar del todo o escoger como recadero al señor Maletta!

El fraile se encogió, Mafalda se dio cuenta de que su resistencia cedía, y tiró de la cesta hasta tenerla firmemente sujeta.

—Os insisto —la regañó Demetrio—, ¡no contravengáis la ley divina! —Después se moderó y pasó a rar—: ¡Por favor, os pido que no entreguéis la cesta a nadie ni la dejéis caer!

Mafalda se cansó de tanto remilgo, pues ya estaba decidida a no hacer caso en absoluto de la prohibición, y empujó al fraile fuera de su habitación.

—¡Marchad a la taberna del griego que está en el puerto, y calmad vuestro ánimo con un poco de vino y una rebanada de pan con aceite! ¡Es bueno para tranquilizar la sangre acalorada!

Demetrio marchó arrastrando los pies, y parecía más un hombre desesperado a quien han sustraído lo que más quiere que un ser feliz por haber descargado en otro



su pesada carga. La dama Mafalda llamó a las doncellas.

Potkaxl y Geraude acudieron desde la terraza donde habían estado tendiendo la ropa con ayuda de Beni, que se acercó también sin que le hubiesen llamado.

—¡Saca lo que hay aquí dentro! —indicó la primera dama a Geraude, que retiró el paño de la cesta y extrajo el estuche taraceado.

—¡Atención! Es muy delicado —dijo Mafalda—: ¡Ten mucho cuidado al abrirlo!

Geraude así lo hizo. Vieron encima del terciopelo un crucifijo de plata, adornado con perlas y zafiros. El cuerpo del Crucificado era de alabastro, pero la sangre del sagrado corazón se movía dentro de ese cuerpo; era un líquido espeso que trascendía apenas visible allí donde estaban marcadas las heridas. Geraude estuvo a punto de tocar la figura doliente que no se parecía en nada a su Paracleto cátaru, cuando oyeron que desde la planta baja les llegaban los gritos histéricos del Pallavicini.

—¡Asesinos asquerosos! —gritó el vicario imperial—. ¡María y José! ¡Escorpiones! ¡Auxilio!

Mafalda volvió a cerrar la tapa del estuche, Beni salió corriendo, bajó la escalera de mármol y recorrió el pasillo hasta encontrar al temible Oberto Pallavicini descalzo encima de su cama, inmóvil como una columna, mirando a un pequeño escorpión que probablemente había caído del dosel y que tenía ahora entre sus pies. Le rodeaban sus escuderos con las espadas desenvainadas y las picas dirigidas contra el animal. Pero Oberto les prohibía con sus chillidos cualquier ataque, con el temor justificado de que el insecto, al sentirse acorralado, pudiera picarle a él con mayor rapidez de la que necesitarían los guardias para matarlo.

—¡No os mováis! —les ordenó Beni a los soldados, y cogió de la cómoda la copa de vidrio del señor vicario, vació el resto de agua y se acercó gateando como un auténtico gato al venenoso animal. Cuando llegó a las piernas desnudas del Pallavicini, volcó la copa encima del insecto y lo arrastró sobre las mantas y las sábanas hasta llegar al borde de la cama, donde un movimiento ágil le permitió girar la copa, tras lo cual el maligno bicho acabó intentando subir las paredes lisas de vidrio sin conseguirlo.

—¡Me has salvado! —El de Pallavicini estaba radiante, y ordenó a los esbirros que salieran de la habitación—. ¿Tú eres el paje de la dama Esclarmunda? —preguntó el vicario para asegurarse—. ¿Qué pides para premiar tu audacia?

—Que me llaméis Benito, primer secretario de la pareja real, como me corresponde, y que me dejéis conservar el escorpión.

Oberto Pallavicini soltó una sonora risa y arrojó un besantino de oro<sup>[520]</sup> al muchacho, que recogió la moneda al vuelo y se alejó a paso rápido con la copa en la que seguía bailando el insecto.

En las habitaciones de Yeza, las mujeres habían pedido consejo a Kefir Alhakim, porque Geraude, que volvió a abrir el estuche, acabó arrugando la nariz y murmurando que el señor Jesús despedía un olor sospechoso, un olor a muerte, pestilencia y podredumbre...

El visir acercó la nariz a la figura y palideció.

—¿Huele a cadáver? —preguntó Geraude, temerosa.

Kefir sacudió un poco el estuche y vieron que de la herida del costado salía el líquido rojo. En ese instante entraba Beni en la habitación con el escorpión en la copa, y Potkaxl, sabiendo que el muchacho nunca le negaría nada, exclamó:

—¡Dámelo!

Le quitó la copa de la mano y la volcó exactamente sobre la gota rosada que asomaba de la herida, aunque para mayor seguridad colocó la cúpula de vidrio encima. El escorpión tembló, empezó a dar vueltas como picado por una tarántula, su aguijón intentaba clavarse en el alabastro y el oscuro veneno que contenía salpicó el cuerpo blanco. Sus tentáculos no encontraban donde agarrarse, aún intentó matarse a sí mismo clavándose el aguijón en el cuello, como suelen hacer los escorpiones para suicidarse cuando les amenaza el fuego y no ven escape posible. El pobre insecto empezó a retorcerse y la impresión era tan lamentable que casi les pareció oírle gritar, hasta que finalmente quedó tumbado de espaldas y murió.

Sin que nadie se diera cuenta, Gosset se había acercado, miró por encima de los hombros de las mujeres y asistió al final del drama.

—¡Es una mixtura infernal! —suspiró Kefir y con ayuda de un trozo de mimbres sacó el escorpión muerto del estuche—. Al menor contacto, el veneno atraviesa la piel e introduce sus ardores en la sangre.

—¡Cierra esa caja! —ordenó Gosset—. ¡Y anótame los ingredientes de la mixtura!

—Yo no la toco más —exclamó Mafalda—. Ni diez caballos...

Y todos se mostraron aliviados cuando Potkaxl, con gesto enérgico, devolvió el estuche a la cesta.

## **El precio de la libertad**

Abajo, en la Kalsa, nadie había oído los gritos de terror de Oberto Pallavicini, como tampoco los gemidos de los torturados pasaban de las mazmorras hacia las estancias superiores. Por otra parte, el Taxiarcos no había sido sometido a tortura alguna, aparte de la conjunción infame de una oscuridad total y un silencio absoluto. Así pues, y pasado el susto inicial, la visita de Roç y Yeza le significó una

interrupción agradable de aquel tedio infinito.

A Maletta le habían prohibido la entrada en la mazmorra y tuvo que esperar en el pasillo oscuro del que partían las celdas. Los guardias acompañaron a la pareja real, por lo que él se quedó solo en medio de la oscuridad, y lo único que oía eran las gotas que caían del techo, además del bisbiseo y las correrías de las ratas. En una mano sostenía el frasco de arenilla que representaba su prueba infalible contra el Taxiarcos.

—Fue muy poco inteligente por vuestra parte, señor Taxiarcos —dijo Roç en idioma griego al prisionero encadenado—, llevar encima semejante objeto. El caso Gavin está enterrado, y no le interesa a nadie.

—Sólo quería conservar una prueba —se lamentó el prisionero.

—Y ahora esa misma prueba se vuelve contra vos —le regañó Yeza—. ¿A quién queréis explicar aquí la historia del sueño megalómano del preceptor?

—Tenemos que intentar sustraerle ese frasco al chambelán, o al menos invalidarlo —dijo Roç—. En cualquier caso, os podremos sacar de aquí. Sé de un pasadizo que desemboca en una gruta abierta al mar.

—¡Los murciélagos me lo insinúan cada día! —se mofó el Taxiarcos—. Supongo que es la única vía por la que pueden hacerse desaparecer tanto la mierda como los cadáveres que, de otro modo, se acumularían aquí abajo.

—Hablaré con el rey Manfredo —aseguró Yeza, que sentía lástima del antiguo rey de los mendigos.

—¡Podéis confiar en nosotros! —exclamó Roç cuando los guardias empezaron a carraspear y mover las antorchas para señalar que había que poner fin a la visita.

Se respiraba cierto ambiente intranquilo en la Kalsa, y Roç y Yeza no comprendían muy bien el motivo.

El sacerdote Gosset había bajado a las habitaciones del vicario imperial e informó con breves palabras a éste de que, gracias a la vigilancia de la pareja real, habían conseguido identificar a un asesino que, al parecer, intentaba envenenar al rey Manfredo. Ese mismo individuo había pretendido acompañar a la pareja a la cena con el rey, y cuando se lo negaron, había querido convencer a la primera dama para que le llevara al rey su regalo.

—Se trata de un veneno horrible, ¡que además viene diabólicamente oculto en una santa imagen! Con sólo tocarla el rey habría muerto sin remedio —se excitó Gosset, aunque intentaba mostrarse calmado—. El veneno destinado al rey es una mezcla de los siguientes componentes: beleño negro y nuez de areca a partes iguales, todo ello mezclado con el jugo de belladona, el acónito o matalobos, y la dedalera —siguió comentando irradiando autoridad—, a esto se añade una infusión de amanita

muscaria, el diente de una cobra, los agujones de dos tarántulas a punto de copular y la cabeza de un sapo cuyo nombre no recuerdo en este momento —acabó el sacerdote su informe, citando a la buena de Dios lo que recordaba de las explicaciones dadas por Kefir.

—Ese sujeto, un simple fraile griego, no puede haberse imaginado todo esto él solo, es un plan demasiado perfecto —le interrumpió secamente el vicario.

—Detrás sólo puede haber un cerebro enfermo —opinó Gosset.

Oberto Pallavicini intentaba permanecer tranquilo.

—Todo indica que se trata de un regalo procedente de Nicea —aventuró después.

—¡Así es! —exclamó Gosset—. ¡El tal Demetrio consiguió acercarse a la pareja real porque traía saludos de William de Roebruk!

—Ese detalle os debería haber llamado la atención. El franciscano es un sujeto altamente peligroso.

—¡William es un buen amigo de la pareja real! Jamás habría ideado semejante crimen.

Oberto reflexionó.

—Propongo que le concedamos a Demetrio el permiso para llevar su «regalo» al Palazzo dei Normanni, y que se presente ante el rey. Yo me hago responsable —declaró el vicario y se frotó las manos—. Será tarea vuestra convencer al fraile, sin que éste sospeche nada, de que los esfuerzos por conseguirle una audiencia han tenido éxito.

—¿Lo creerá?

—Podéis decirle que fue la pareja real quien lo consiguió, aunque los jóvenes no saben nada, porque están con Maletta en el subterráneo.

Roç y Yeza cruzaron junto al chambelán el pasillo destinado a la guardia, que tenía a un lado la barandilla por donde cabía asomarse al corredor principal, situado más abajo. Se dirigieron hacia la salida.

—¿Ha confesado el reo su intención criminal? —preguntó Maletta, curioso.

—No le hemos preguntado —respondió Yeza con brevedad, pero Roç añadió:

—La verdad es que nosotros creemos en la inocencia del Taxiarcos.

—¡Pero yo tengo aquí una prueba contra él! —El chambelán extrajo con cierta dificultad el frasquito de entre su ropa.

—¡Dejadme ver! —ordenó Yeza en ese tono suyo que no admitía oposición, y Maletta le cedió la valiosa pieza.

—¡Déjame oler! —dijo Roç con la misma energía, y ambos hundieron las cabezas encima del *corpus delicti*.

Mientras lo hacían, Yeza retiró la tapa y vació el resto de la arenilla sobre el suelo húmedo de la Kalsa.

—Huele a restos de tinta y a una mezcla de flor de tilo, malva y tomillo. Un somnífero inocente para quienes padecen del estómago —aventuró Roç. Y Yeza, haciendo acopio de valor, le tendió al secretario el frasco vacío y dijo:

—¡Vos mismo lo podéis oler!

Maletta inclinó la nariz sin ver a la débil luz de las antorchas que ya no quedaba nada en el frasco.

Sacudió la cabeza, Yeza cerró la tapa y se lo devolvió.

—¡Maletta! —dijo con entonación severa—. Vais a condenar a un inocente.

En aquel instante devolvían a la Kalsa a Raúl, Mas y Pons, a los que vieron caminar cabizbajos y arrastrando sus pesadas cadenas al otro lado del pasillo. El chambelán guardó rápidamente el frasco. No podía ni imaginarse por qué volvían a estar prisioneros aquellos tres individuos. Tampoco Roç y Yeza lo entendían, pero prefirieron retirarse un poco para que la luz de las antorchas no delatara su presencia.

Cuando Roç y Yeza subieron desde el subterráneo de la Kalsa a sus habitaciones, ya se estaba haciendo de noche. Roç esperaba que al final de la escalera Yeza se despediera de él y se dirigiera a su propia alcoba, pero en lugar de eso, la joven le siguió. Por supuesto, no había otra cosa que Roç deseara más que encontrarse a solas con ella, pero cuando entraron por la puerta, se enfrentaron a una escena que tenía un gran parecido con un corral lleno de gallinas excitadas. Gosset había sido enviado por Oberto Pallavicini al puerto para buscar al fraile Demetrio, y Beni había ido tras él. Jordi se había hecho cargo de Kefir Alhakim, para que no se le escapara nada, dada la común imprudencia de su lengua, y Mafalda fue la que tomó a su cargo informar a la pareja real de lo sucedido. Yeza no se mostró sorprendida, pero sí lamentó, disgustada, no haber sido ella la primera en desenmascarar a Demetrio, pues desde un principio había sentido aversión por el fraile.

Roç se quedó sin habla y no tenía ganas de preguntar, y mucho menos a las mujeres. Habría consultado a Filipino, su fiel escudero, pero éste no había estado presente cuando se descubrió el horrible secreto de la «reliquia». Yeza pasó con Roç a una alcoba dotada de ventanas que daban al parque y al mar que asomaba detrás.

—Tal como te conozco —dijo con amabilidad—, estarás decidido a liberar esta misma noche al Taxiarcos de su encierro.

Roç no se interesaba por la maravilla de colores que el sol en su ocaso extendía sobre un fondo del que se destacaban las negras siluetas de las palmeras. Miró con reticencia a Yeza.

—¿No querrás ayudarme a hacerlo, *ma damna*?

Yeza le dirigió una mirada chispeante.

—Mis doncellas podrían despistar a los carceleros, pues será fácil entrar en la mazmorra, pero difícil librar al Taxiarcos de sus cadenas. Y además: ¿qué hacer con

esos tres pájaros de mal agüero?

—En realidad los necesito, pues espero que todavía no les hayan encadenado y me ayuden a sujetar a los carceleros para conseguir las llaves.

—Os reconocerán, mi querido Trencavel. Por otra parte, ¿qué hace el Taxiarcos en la cárcel cuando ya se ha descubierto al verdadero asesino enviado por Nicea?

—¿Creéis que deberíamos esperar a que transcurra la cena con el rey?

En ese instante entró Hamo en la estancia, venía apresurado, la mirada errante, el cabello desgredado, pero por lo demás indemne.

—Imaginad, ¡el de Procida me puso la espada en el pecho y me hizo firmar unos poderes para que al portador de los mismos le sea entregada la trirreme con su tripulación al completo! De no hacerlo, daría órdenes de retener a mi esposa Shirat y mi hija Alena Elaia como rehenes, y yo no las volvería a ver durante mucho tiempo...

—¿Eso es todo lo que exigen de un vasallo rebelde?

—Tendré que esperar aquí como un vulgar prisionero hasta que llegue mi barco, y después me despacharán a la guerra griega, como simple caballero, ¡sin mando sobre nave ni tropa!

—Ya tenemos otro problema —dijo Yeza a Roç. Aunque sonreía, se sentía desanimada; cada día tenía menos ganas de estar ocupándose sin cesar de los asuntos de los demás y dejar sus propios anhelos en un segundo plano.

—Creo que me conviene retirarme a pensar —le dijo a Roç—. Me voy a mis habitaciones.

Y salió, seguida de sus doncellas.

Pasaba de medianoche cuando unos hombres armados, enviados por el canciller Juan de Procida, solicitaron entrada en la Kalsa. Ordenaron a los carceleros que abrieran la celda del Taxiarcos y cuando éste hubo sido liberado de sus cadenas, le cubrieron la cabeza con una capucha negra y se lo llevaron a Capitanía. En un primer momento, el prisionero creyó que le iban a ejecutar en secreto, pero al darse cuenta de que lo llevaban a un edificio en las cercanías del puerto, después de haber atravesado una especie de mina con olor a pescado y alquitrán donde tuvo que arrastrar los pies por un lodo maloliente, pasando a continuación por un recinto que olía a cera e incienso, le retiraron la capucha y se vio en medio de una estancia alta y austera. Detrás de una mesa de escritorio le esperaba Juan de Procida.

—No tengo ganas de hablar mucho —dijo el canciller, que parecía disgustado—. O nos ponemos de acuerdo, ¡o se acabó todo!

Un gesto de la mano del canciller hizo al Taxiarcos mirar hacia atrás, y a través de la puerta abierta vio al verdugo que, con el torso desnudo y la cara cubierta, se preparaba para actuar. El prisionero se volvió lentamente de nuevo hacia el canciller.

—No hay necesidad de hablar mucho, Juan de Procida —le dijo—. Estoy

dispuesto a navegar para vos hacia las «islas lejanas», pero con una condición: ¡lo haré al mando de la *Atalanta*!

El efecto de sus palabras fue como un golpe seco, como si el verdugo hubiese dejado caer el hacha. Después el canciller sonrió, y finalmente se echó a reír a voz en cuello.

—¡Así me gusta, capitán! ¡Me parece estupendo! ¡Incluso se me ocurre cómo podríamos robarles esa nave maravillosa a los templarios!

Le entregó al Taxiarcos un rollo de pergamino que ya tenía preparado y sellado.

—De momento, aquí tenéis los poderes necesarios para que os sea entregada la trirreme de Otranto, con su famosa tripulación de *lancelotti*<sup>[521]</sup>. La llevaréis a un lugar que está aún por determinar, y allí encontraréis nuevas instrucciones que os permitirán recoger la *Atalanta*.

—¿Podré disponer de los tres jóvenes que me han venido acompañando hasta ahora, sea cual sea la acusación que pesa sobre ellos?

—No de momento. Los mantendremos aquí hasta que hayáis entregado puntualmente la trirreme. Mañana por la mañana parte un barco que os llevará a Otranto.

Llevaron al Taxiarcos a una alcoba, donde encontró una cama preparada, sobre la que se derrumbó para dormirse enseguida.

# UN CORTE DOLOROSO

## El espejo lo revela

El castillo de Hamo descansaba bajo el suave sol otoñal y una brisa fresca llegaba desde la bahía de Otranto. La vieja trirreme se balanceaba en el puerto como una gallina clueca que se acomoda en el nido. Tenía las velas recogidas, a la espera de los temporales de invierno, y los temibles remos dotados de hoces en sus extremos descansaban ya en el almacén. Los *lancelotti*, que eran casi todos hijos de la aristocracia local cíe Apulia, en mezcla salvaje con normandos, suabos y habitantes de la cercana Grecia, se habían despedido ya de la condesa y se habían retirado a sus torres y castillos en la bien vigilada costa de Salento. Sólo quedaba una pequeña guarnición para guardar las murallas del fuerte, junto a algunos moriscos que se ocupaban durante el invierno de mantener en buen estado las instalaciones del «palacio», como les gustaba llamarlo. De modo que en Otranto reinaba la paz; las divergencias entre Sicilia y Roma no parecían afectar a sus habitantes, y únicamente algún que otro velero veneciano buscaba refugio en su bahía cuando amenazaba un temporal en el cabo Leuca.

La condesa Shirat, una princesa mameluca, era hermana menor del poderoso emir y temible guerrero de El Cairo, Rukn ed-Din Baibars Bunduktari, llamado también el Arquero. Conservaba su figura juvenil de antaño, y los ojos claros en medio de la tez oscura revelaban su origen curdo. Se sentaba, muy erguida, en un sillón de mimbre situado en una de las terrazas más altas del castillo, donde la condesa había creado con ayuda de grandes y panzudos maceteros llenos de rosas y espliego, jazmín y acanto, una especie de jardín árabe en el que sólo faltaban las palmeras y el tranquilo chapoteo de alguna fuente.

Había otros jardines en la fortaleza, pero a Shirat le gustaba aquella terraza, pues le daba la impresión de que, a la vez que descansaba, mantenía la vigilancia sobre el entorno. Sabía por experiencia propia que la paz de Otranto era sumamente engañosa, más aún ahora cuando su esposo, el conde Hamo, había marchado a la lejana capital. Además, desde allí arriba vigilaba también a su hijita Alena Elaia, que cogía flores en uno de los sombreados patios interiores, acompañada de alguna doncella. A quien menos atención prestaba la condesa era al artista que ocupaba un rincón sombreado de la terraza y se empeñaba en pintar su retrato sobre una tablilla fina de madera, mezclando yema de huevo con polvillos de diferentes colores. El pintor veneciano se desenvolvía con ciertas dificultades, pues le faltaba un brazo y tenía que hacer todo con la única mano que le quedaba. Rinat le Pulcin había llegado con una galera veneciana, que le dejó en Otranto cargado de regalos y con el sorprendente



argumento de que la Serenísimá había aprovechado tantas veces la hospitalidad de la condesa, que había decidido agradecerse encargando al maestro que retratara a ésta, de modo que sus rasgos se conservaran para la posteridad. A Shirat le pareció bien, aunque le habría gustado que también pintaran a su niña. Pero el veneciano se había negado en redondo.

—Veo en vos a una mujer oriental liberada, que sin renunciar a su feminidad sería capaz de inyectar nueva savia en la vida cortesana de Occidente.

Shirat escuchaba sorprendida aquellas palabras que salían de la boca del artista con una fluidez asombrosa. El tal Rinat daba la impresión de querer aprovechar su talento de pintor para conseguir algo más... ¿pero qué? A Shirat no le parecía razonable creer que aquel hombre se limitaba a ganarse el pan de cada día.

—¡Sois como un ruiñeñor en el desierto! —proseguía el maestro, sin dejar de aplicar afanoso la pintura con una espátula—. Sois una obra de arte valiosa, llena de la fantasía y la sabiduría propias de Oriente, pero a la vez receptáculo del asombroso progreso que ofrece Occidente. Sois madre, esposa y amante dentro del marco de una nueva forma de vida, que supera todas las contradicciones y sabe unir la paz con la felicidad.

A Shirat no le acababa de gustar la voz melosa de aquel hombre, sentía hacia él un rechazo como el que se siente al tocar la piel de un melocotón. Ese artista no había venido a pintarla. Aunque su intención algo tenía que ver con ella, y con Otranto, era evidente que ocultaba la verdadera razón de su presencia allí. De modo que simuló sentirse soñadora, halagada y relajada, cuando en realidad estaba muy despierta y al acecho de lo que pudiera suceder. ¿Qué hacía ese Rinat le Pulcin cuando no le dirigía sus alabanzas mientras manejaba el pincel? Merodeaba entre los muros de la fortaleza, visitaba las catapultas de los bastiones y se acercaba a la trirreme en el puerto, asegurando que las vistas que se gozaban desde allí revelaban «paisajes de belleza inmortal, una verdadera creación de los dioses», o bien «impresiones de la armonía entre la naturaleza divina y las obras creadas por la mano del hombre». Por donde iba el maestro, iban también sus enseres de dibujo, y cuanto veía quedaba reflejado con carboncillo o tiza sobre papel o pergamino.

Uno de los moriscos se acercó a Shirat para comunicarle que había llegado una visita, por lo que la condesa despidió al pintor, que se alejó tras insinuar una leve reverencia en dirección al sillón de mimbre mientras Shirat se dirigía ya hacia la escalera. El criado informó a su ama:

—Es Lorenzo de Orta<sup>[522]</sup>, el franciscano...

Lorenzo de Orta era el fraile que en su día había acompañado a Shirat camino de Constantinopla, cuando su barco fue atacado por los piratas, que le arrebataron a su niña y la vendieron en el mercado de esclavos. Aquel monje enjuto, inteligente y previsor, había sobrevivido a todas las desgracias, y fue él quien procuró que después

de cuatro horribles años tanto ella como su hijita fueran rescatadas. Lo último que había sabido de él era que había sido nombrado patriarca de Karakorum, en lugar de William.

Recogió a su hija en el patio, una criatura que a los siete años montaba a caballo como un jinete asiático, intrépida y valiente. No era de extrañar, puesto que Hamo, el padre de la niña, era hijo ilegítimo de un príncipe mongol, es decir, un kungdaitchi<sup>[523]</sup>. Shirat conocía la historia de la abadesa, la legendaria madre de Hamo, que había conseguido quedarse embarazada del joven condenado a muerte.

Lorenzo de Orta se acercó, saliendo de detrás de los rosales, y exclamó entusiasmado:

—¡Es un milagro de la naturaleza! ¡La hija crece y se convierte en una joven dama, mientras la madre parece cada día más joven!

—¡Ah, Lorenzo! —saludó Shirat al minorita, al que encontró bastante más calvo de lo que recordaba—. ¡Tal vez podáis aconsejar a esta madre que puede hacerse con una niña a la que le viene estrecho el humilde castillo de sus padres!

Antes de que se le ocurriera a Lorenzo una respuesta, Alena Elaia le había saltado a la espalda.

—Espero que podáis convencer a mi madre de que no me meta en un convento para que me eduquen las monjas. ¡Lo que quiero es irme con Roç y Yeza, la pareja real, a conquistar el mundo!

—¡La seducen los cuentos de William! —dijo el minorita sonriente. Después se dirigió a la condesa—: Os será difícil evitarlo. ¿Por qué habéis renunciado al palacio de Calixto en Constantinopla, que podría ser un hogar agradable para vos y vuestra hija?

—También yo podría preguntar: ¿por qué habéis regresado del país de los mongoles? Pero primero os contestaré: porque la ciudad del Cuerno de Oro quedará, a la corta o a la larga, de nuevo a merced de los griegos, y algún patriarca ortodoxo querrá ocupar la antigua sede del obispo latino. De todos modos acabarían echándonos de allí, ¡si no algo peor!

—Eso es verdad —dijo Lorenzo—, yo mismo he sufrido amargas experiencias. ¡No debe uno buscar los más altos cargos, pues la caída después es más dura!

—¡Pero si yo no quiero ser obispo! —exclamó Alena Elaia—. Quiero ser escudero de Roç Trencavel y Yeza Esclarmunda, cuando entren en combate.

—Sentémonos a tomar un refresco —propuso Shirat y le ordenó a su hija—: ¡De momento, trae algo para beber, escudero!

—¿Queréis vino? ¿A esta hora? —preguntó la niña y salió corriendo a través de los bancales de flores.

—¿Dónde está vuestro esposo? —Lorenzo miró alrededor.

—Hamo ha viajado a Palermo, para asistir a la coronación de nuestro nuevo

soberano, el rey Manfredo.

—¿No habrá ido a pie? He visto la trirreme...

—Salió a caballo, y solo. Estoy preocupada —reconoció Shirat—. Sabemos que llegó bien, y que Manfredo ha sido solemnemente coronado en la catedral. O sea, que ya debería estar de vuelta... —La condesa suspiró—. Alena Elaia quiere muchísimo a su padre, aunque éste no responde al ideal caballeresco hacia el que ella desea orientar su propia vida.

—¡Habría preferido ser hombre a ser mujer! —Lorenzo se echó a reír—. La deberíais haber dejado cabalgar con Hamo.

—¡Me habría muerto de miedo! —Shirat cambió rápidamente de tema, mientras Alena Elaia regresaba, balanceando una jarra sobre la cabeza.

—¿Cómo están las cosas más allá del mar Negro? —preguntó la condesa— Supongo que venís de allí...

—En cierto modo —respondió el interpelado—. Pero he evitado pasar por las cortes rivales y he preferido viajar de monasterio en monasterio. Así también se entera uno de todo, sin tener que exponerse por haber tomado el partido equivocado.

—Deberíais aprender a montar a caballo, hermano Lorenzo —le increpó Alena Elaia—. Si me enseñáis geometría y álgebra, yo os enseñaré...

—Vuestra hija me sorprende —sonrió el fraile.

—A mí me asusta —dijo Shirat—. Pero proseguid vuestro relato.

—En la información que traigo, lo que resulta difícil es no confundir los nombres. El antiguo Miguel Paleólogo es ahora emperador único de Nicea, y ha nombrado a su hermano Juan, el Sebastocrátor<sup>[524]</sup> (un título cuyo significado desconozco), jefe supremo del ejército. Su enemigo principal también se llama Miguel, el déspota de Épiros, cuyo aliado más importante es su hijo bastardo Juan, a su vez casado con la hija de un príncipe de Valaquia, una hembra de raza. Como todos le temen al de Nicea, los últimos príncipes francos, como el duque Guillermo de Acaya<sup>[525]</sup>, el duque Guido Laroche<sup>[526]</sup> de Atenas, y finalmente incluso el emperador Balduino de Constantinopla, que ni siquiera tiene dinero para mantener a un buen ejército de caballeros, se han unido al déspota.

—¿Habría guerra? —quiso saber Alena Elaia.

—¡Eso es inevitable! —dijo Lorenzo—. Y el que gane esa guerra entrará como triunfador en Constantinopla.

Shirat estaba pensativa.

—¿Qué significará para nosotros?

—La cuestión es saber si Manfredo podrá mantenerse al margen de esa disputa bizantina. Si no lo hace, un tal Carlos de Anjou le echará de una patada, de acuerdo con el Papa.

—Lo veis todo muy dramático... aún existe Venecia.

—A Venecia le interesa que todo siga como hasta ahora, pues mantiene en tierras de todos los afectados unas sedes comerciales muy beneficiosas que le permiten mantener una actividad mercantil lucrativa, excepto tal vez en Nicea. En cambio, Génova puede salir favorecida si hay cambios, y sobre todo si es Nicea la que sale triunfante.

—Tengo que hablar con vos a solas —dijo Shirat—. Venid conmigo, os presentaré a un extraño huésped...

Alena Elaia se alejó, ofendida, antes de que su niñera y las doncellas pudieran hacerse cargo de ella. Su madre la trataba como si fuese una criatura y solía avergonzarla sobre todo ante los visitantes forasteros. En cambio, Rinat, el pintor, era muy diferente. Le había prometido descomponer junto con ella un trabuquete y volver a montarlo, permitiéndole que soltara después el primer disparo.

Shirat informó a Lorenzo de su vaga sospecha acerca del maestro, del que pensaba que estaba en Otranto con otro objetivo del que había declarado.

—¿Rinat le Pulcin? —preguntó Lorenzo, esforzándose por mostrarse tranquilo—. ¡Es un espía veneciano, aunque las malas lenguas aseguran que se vende a quien mejor le paga!

—Me temía algo así —dijo Shirat—. ¡Y Hamo sigue sin aparecer!

—¿Existe todavía el espejo en la parte superior del *donjon* de Otranto?

—¿Quién iba a llevárselo? Aunque yo nunca he estado en la cúpula, y tampoco sé cómo utilizarlo.

—Dejadlo en mis manos —dijo Lorenzo—. Nosotros, antiguos miembros de la orden secreta, nunca olvidamos cómo emitir y recibir señales. Esta misma noche prepararemos todo lo necesario, cuando los demás estén durmiendo, y podremos emitir una demanda de información en cuanto salga el sol. Antes de que llamen a maitines sabremos quién es el actual mandante del espía.

—¿Tal vez podamos enterarnos también de qué es lo que busca?

—Algo pretende de Otranto —aseguró el franciscano.

Una lagartija se deslizó sobre el antepecho de la ventana que daba al despacho del conde, esa misma estancia en la que Shirat estaba hablando con el franciscano. Con una agilidad similar había trepado hacia arriba Alena Elaia, con el cuerpo pegado a la pared, para oír lo que allí se estaba hablando, aunque sólo se pudo enterar de las últimas frases. Pero con éstas le bastaba.

A primera hora de la mañana, aún a oscuras, Shirat despertó a su huésped. Cruzaron el patio interior del castillo y con gran esfuerzo abrieron la pesada puerta a la que no se llegaba más que con ayuda de una escalera de mano. Hacía años que nadie la utilizaba, por lo que todo estaba cubierto de polvo. Finalmente llegaron a una plataforma abierta, asegurada por una doble corona de almenas. En el centro de la

misma vieron una poderosa cúpula de piedra con una portezuela o trampilla que, sin embargo, no podía abrirse desde el exterior. Lorenzo empujó entonces una de las almenas del círculo interior hacia un lado, y allí apareció la entrada. Se arrastraron hacia el interior de la bóveda, en la que reinaba la más completa oscuridad, excepto unos delgadísimos hilos de luz que penetraban por las finas ranuras de la madera de la portezuela. El fraile buscó a tientas la cadena de hierro y consiguió abrir la trampilla. Bajo la clara luz de la luna vieron a Alena Elaia, que permanecía acurrucada debajo y soltó una risa franca cuando vio la sorpresa reflejada en los rostros de los recién llegados.

—¿Cómo has podido llegar hasta aquí? —indagó la condesa con aire severo.

—¡Mucho más deprisa que vosotros con la escalera de mano! —presumió la chiquilla, muy segura de sí misma—. Hay dos escaleras de caracol, y una de ellas parte desde el sótano.

—Muy bien —dijo la condesa, sin prestar mayor atención a la descripción que le proporcionaba su hija del acceso secreto—. ¡De modo que podrás regresar sola, por el mismo camino que has venido!

Pero la niña sabía cómo pedirle un favor a su madre y a ésta le costaba negarle nada. Lorenzo se mostró de acuerdo, pues entendía que la criatura no se enteraría de las señales que iba a emitir. No había ningún extraño que supiera descifrar los mensajes de la *Prieuré*, por mucha experiencia que tuviera con las señalizaciones.

Alena Elaia se mostraba exultante.

—¡Toda la vida he estado deseando ver cómo funcionan las señales luminosas que se transmiten de noche!

—Apártate —dijo Shirat—, ¡y no te muevas!

El fraile parecía conocer muy bien el sistema. Con mano segura retiró una cubierta de cuero fino de la pared curva de madera que tenían a sus espaldas, y allí apareció el espejo. Estaba compuesto de muchas placas de plata ennegrecida, que configuraban una curva suave, adaptada a la concavidad del marco de madera.

—Ya no nos queda mucho tiempo —se dirigió el fraile a Shirat, mientras ésta se esforzaba por ayudarlo—. Hay que aprovechar los primeros rayos de sol, y nos queda apenas un cuarto de hora.

Shirat arrojó a su hija un trapo y dijo:

—¡Ahora puedes ayudarnos! ¡Cuanto más brille el espejo, más lejos llegarán las señales!

La condesa enseñó a su hija cómo había que escupir en el paño y frotar para devolver el brillo a la plata.

El fraile se introdujo detrás del espejo, donde había un asiento de madera firmemente unido al marco, limpió el polvo del asiento y de las marcas grabadas en el suelo, se sentó y verificó el funcionamiento de las dos cadenas que tenía a derecha e

izquierda. Si tiraba de una, se cerraba la portezuela, si tiraba de la otra, se volvía a abrir.

La condesa ordenó a la niña que se retirara junto a ella detrás del espejo, y se tapara los ojos para que los rayos reflejados del sol no le dañaran la vista. Pero la niña no dejaba de espiar entre los dedos.

Lorenzo abrió la portezuela de golpe, la dejó abierta durante tres palpitaciones de su corazón y la volvió a cerrar, contó en voz baja hasta diez, la abrió durante tres palpitaciones más y la volvió a cerrar durante otras tres, antes de abrirla del todo y esperar.

—¡Es el código de una de las islas situadas delante de Kerkira<sup>[528]</sup>, que está en manos de la Serenísima y de nuestra gente! —explicó.

Los tres miraban, mudos, hacia el mar, cuyo horizonte se fundía en medio de la bruma con el cielo azul. Lorenzo repitió la operación: ¡tres —pausa larga— tres —pausa corta —diez!

Los ojos les ardían.

—¡Allí! —gritó Alena Elaia—. ¡He visto una señal!

En efecto, más allá del mar Adriático se veía una luz, no muy clara, pero perfectamente identificable. Lorenzo verificó la señal y la confirmó con tres destellos cortos y uno largo.

—¡Empezad! —le susurró la condesa.

Alena Elaia se sintió muy pronto fascinada no tanto por la rapidez con que se abría y cerraba la portezuela, como por la actitud del monje, que parecía un artista furioso que maneja las marionetas, sentado y tirando de las cadenas sin dejar de mirar con frecuencia las marcas, y el rayo de luna que parecía trasladarse de punto en punto sobre las mismas. Alena Elaia intentaba descubrir el agujero en la cúpula por el que caía ese rayo de luna, pero no podía verlo, pues para conseguirlo tendría que haberse metido debajo del asiento ocupado por el fraile.

El delgado minorita empezó a sudar. Primero contaba en un susurro los tiempos de su pulso, después pasó a contar en voz alta y finalmente acabó gritando. Las cadenas se movían ruidosas, la trampilla daba golpes, y Lorenzo aplicaba correcciones que llevaban a su asiento y a todo el espejo a cambiar continuamente de posición. Al hacerlo levantaba nubes de polvo, Lorenzo tosía, arrojaba miradas apresuradas sobre las marcas que había en el suelo, contaba, paraba, contaba...

Un último destello y de nuevo quedó todo a oscuras.

Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad, Shirat vio que el fraile descansaba, hundido sobre el taburete. Tenía la respiración pesada. El polvo se iba asentando, en cambio ¡no veía a la niña!

Le habrá entrado miedo, pensó la madre.

—¡Rinat le Pulcin es un espía! —resumió Lorenzo de Orta el resultado de las

noticias que había recibido del otro lado del mar—. Un agente al servicio de Carlos de Anjou. Eso significa peligro para Otranto —añadió pensativo—. Ya veremos si se trata de un peligro inminente o a más largo plazo. ¡En cualquier caso, conviene inutilizar a ese hombre!

Shirat llamó a sus guardias, pero se enteró de que el señor Rinat había abandonado a primera hora de la mañana el castillo, llevándose consigo todo su equipo. Les había explicado a los vigilantes de la puerta que deseaba pintar el perfil de Otranto visto desde lejos, a la luz de la aurora, y les había pedido un caballo. También dijeron que la niña le había acompañado hasta la puerta y le había despedido saludándole con la mano.

—¿Hay que perseguirle?

—No —decidió Shirat, fatigada—. Podría tratarse de una trampa.

—En algún momento os volveréis a encontrar con él —la avisó el fraile con expresión de rabia—. ¡Estáis advertida!

## **Comida deliciosa, veneno mortal**

El palacio real de Palermo resplandecía bajo una iluminación festiva. La guardia de sarracenos había formado a ambos lados del recorrido que llegaba hasta la puerta, y todas las antorchas sujetas en aros de hierro a lo largo del muro, así como en los pilones a derecha e izquierda, estaban encendidas. La cadena de luces proseguía hasta el patio interior y arrojaba sombras excitantes y amenazadoras sobre las paredes del Palazzo del Normanni. La pareja real llegó a caballo. Yeza había rechazado el palanquín que la escolta le ofrecía, de modo que Maletta tuvo que dejarle su montura y ocupar a su vez el palanquín junto a Gosset, Mafalda, y el fraile Demetrio. Poco antes se había quejado ante Gosset de que el Taxiarcos había sido secuestrado de la mazmorra de la Kalsa, y de que el frasquito que contenía la prueba para acusar al rey de los mendigos estaba vacío, algo que le parecía del todo inexplicable.

—¡Ese brujo griego debe de estar conjurado con el demonio! —gruñó el chambelán.

—Es muy posible. —El sacerdote intentaba tranquilizarle—. ¡Pero ahora no digáis ni una palabra más acerca de todo esto, no habléis ni de griegos ni de venenos!

Lo dijo con mucha decisión, por lo que el chambelán se limitó a mover la cabeza mientras subía al palanquín. Frente a él se sentaba el fraile Demetrio, tieso como un palo, y sostenía encima de la rodillas un cojín de terciopelo púrpura, rodeado de una cenefa dorada. Encima descansaba el estuche de marfil que el fraile sujetaba con ambas manos, para evitar que se le escapara con los vaivenes del viaje. Mafalda le había insistido en que no se presentara ante el rey con una cesta como las que se usan para guardar fruta, y Geraude le había procurado aquella almohadilla tan vistosa.

Demetrio no estaba del todo contento, pero desde que Gosset le trajo la buena nueva de que, gracias a la benévola intervención de Roç y Yeza, podría acudir también a la recepción que el rey Manfredo ofrecía aquella noche a la pareja real, aceptaba cuanto le decían. El fraile había palidecido cuando le dieron la noticia, en lugar de sentirse feliz y dar las gracias, y Gosset y Mafalda conocían la razón; sólo Maletta seguía sin sospechar el verdadero significado de lo que Demetrio iba a introducir en el palacio real, delante de sus propias narices. Los que lo sabían tampoco se encontraban muy tranquilos, pero el de Pallavicini les había tomado la promesa de callar, y les miró tan insistentemente con su único ojo que ya ni siquiera hablaban entre ellos del asunto, aunque Gosset sospechaba que el vicario imperial había informado de la historia al canciller Juan de Procida. Sin el consentimiento de éste habría sido demasiado peligroso, fuera cual fuera el transcurso de las próximas horas, en las que todos ellos, tanto los que sabían como los que no sabían nada, corrían un gran peligro.

El sacerdote comprendió de repente que también podría tratarse de una trampa mortal para Roç y Yeza. Si el de Pallavicini era un traidor, podría acabar, por ejemplo por encargo de Roma, o bien con Manfredo, o con la pareja real, y aún más, ¡con ambos a la vez! A Gosset le brotaba el sudor mientras intentaba compensar el balanceo del palanquín.

Cuanto más se acercaban al Palazzo dei Normanni, a lo largo de la avenida Cassaro, más se acentuaba la palidez de Demetrio, y sólo la primera dama Mafalda estaba radiante de orgullo al verse invitada a la mesa del rey. Roç y Yeza cabalgaban y devolvían los saludos del público que se detenía a lo largo de la preciosa avenida. Apenas habían intercambiado unas palabras.

Cuando vieron el palacio iluminado, Roç rompió el silencio:

—¡Así me imagino nuestra entrada en Jerusalén!

—Si los aplausos son tan encendidos como aquí —Yeza señaló sonriente a las pocas personas que casi por casualidad bordeaban el recorrido, pues el chambelán no había querido anunciar la recepción en palacio, para que la pareja real no fuese objeto de un recibimiento excesivo—, y si nuestro séquito sigue tan reducido que cabe en un solo palanquín, es posible que acabemos como en su día acabó Nuestro Señor Jesús, de la estirpe de David.

—¿Quieres decir que la *Prieuré* nos hará crucificar? —Roç no deseaba perder el buen humor e intentó adoptar un tono irónico, pero apenas hubo pronunciado esas palabras cuando sintió un temblor. Habría preferido seguir en silencio, pero Yeza no tenía piedad.

—¡También el Paracleto entró en Jerusalén engañado por su gente, le convencieron de que estaba próximo un levantamiento del pueblo, que éste se rebelaría contra Roma y le proclamaría y ungiría rey! Sus seguidores le recibieron con palmones, pero hubo necesidad de un Judas para convencer al gobernador de que



se trataba de un enemigo peligroso. De no ser por Judas, todo aquel asunto no habría llamado la atención a nadie.

Roç parecía sorprendido.

—¿Y quién sería nuestro Judas?

Yeza le miró con tristeza. Hacía tiempo que no podía compartir con Roç ciertos arranques de espiritualidad, e incluso le parecía que algunos de sus pensamientos le resultaban a él incomprensibles.

—Judas es parte de nosotros mismos —respondió en voz baja—. Está dentro de nosotros.

—¿He de pensar en Judas cuando me beséis la próxima vez?

—¡Si os parece demasiado peligroso y teméis por la salvación de vuestra alma, no habrá un próximo beso! —exclamó Yeza y clavó las espuelas a su animal. Roç se apresuró a seguirla.

Cuando llegaron al palacio iluminado que surgía ante ellos de la oscuridad, arreciaron los aplausos, pero los dos jóvenes no prestaron atención a los sarracenos que formaban a ambos lados.

¡Es como la entrada al infierno!, pensó Roç.

Los caballos subieron la rampa y cuando llegaron al patio interior, se presentó Juan de Procida para recibir a la pareja real. El palanquín también acababa de llegar, y Maletta fue el primero en bajar del mismo, seguido de Gosset, empeñado en hablar cuanto antes con el canciller para aclararle la situación. El sacerdote se apresuró a seguir a la pareja, acompañado de Mafalda y del fraile, que llevaba con suma precaución el cojín con el estuche y procuraba mantener una postura digna.

Los huéspedes subieron las anchas escaleras que conducían a la segunda planta, a los salones que el gran rey normando Roger<sup>[529]</sup> había hecho construir en su día. Las paredes adornadas con alegres escenas de caza parecían despertar a la vida a la luz oscilante de innumerables velas que inundaban con su luz la gran mesa puesta para el banquete, junto a la cual los invitados esperaban de pie. Habían llegado algunos parientes de Manfredo, de la Casa de los Lancia, y los ojos de Gosset buscaban preocupados a Oberto Pallavicini. Pero éste no aparecía. El sacerdote intentó dirigirse al canciller, pues deseaba aclararlo todo, para que no sucediera una desgracia, pero Juan de Procida estaba ocupadísimo. En un rincón, Gosset veía al fraile, vigilado solamente por las pocas personas que sabían qué era lo que sostenía con tanto cuidado entre las manos. Mientras el sacerdote intentaba acercarse a ellos, el heraldo anunció:

—¡Su majestad el rey!

Todos se inclinaron en dirección a la puerta por la que entraba Manfredo con paso ágil, seguido del guepardo, que estiraba detrás a Constanca. El soberano se sentó en el centro de un lado de la mesa, rogó a Yeza que se sentara a su derecha, y pidió a

Roç que tomara asiento a continuación de su hija, que ocupó el asiento a la izquierda del rey. La joven miró al caballero con interés nada disimulado; le gustó que él no tuviera reparos en acariciar al animal y tocarle las fauces sin mostrar temor.

Gosset se quedó casi paralizado cuando vio que Demetrio se dirigía al canciller.

—¡Traigo aquí un regalo valioso para el rey Manfredo!

—¡Ahora no! —El de Procida despachó al fraile sin contemplaciones—. Se lo podéis entregar después de la cena.

No parecía que Juan de Procida tuviese la más mínima idea de lo que estaba sucediendo.

A continuación de Yeza se sentaron el canciller y Mafalda. El fraile quedó situado entre dos damas ancianas de la familia Lancia. A continuación de Roç le tocó tomar asiento a Gosset, a quien no le importaba la cercanía del guepardo, aunque éste sí disgustaba a Maletta, que por lo tanto permaneció de pie, simulando ocuparse del servicio, cosa que no era en absoluto su cometido.

—De entrantes habrá lenguas de faisán, huevos de codorniz y corazón de pavo finamente trinchado y en jalea, sin pimienta, monseñor —le explicaba Constanca al sacerdote, para demostrarle a Roç que no estaba falta de conversación. No obstante, empujó su robusta pierna en dirección al joven—. ¡He pedido esos entrantes porque a *Immà* le gustan mucho!

—En ese caso, renunciaré con mucho gusto a mi ración —respondió Gosset con galantería. Pero los platos estaban tan llenos que hubo bastante para todos—. ¡Ya me gustaría cambiar con *Immà* —dijo Roç y le escanciò a Constanca un poco de vino en la copa, derramando con toda intención unas gotas y proporcionándole así la posibilidad de tocar su piel para limpiarla con la servilleta.

—¿Tanta hambre tenéis, señor Trencavel? —preguntó ella con una mirada a *Immà*, que se lamía las fauces con la lengua.

—No es por eso —dijo Roç y dio con la pierna de ella—. ¡Sino porque podría estar tumbado a vuestros pies!

La jovencita se dirigió a Gosset.

—¡Ahora viene mi plato preferido! Muslos de pava fritos y servidos con miel, hígado asado de codorniz, con manzanas y uvas, y pechuga de paloma torcaz, rebozada con almendras y canela. ¡Podría comer hasta reventar! —Y se dedicó a ello con tanta devoción que Roç la miraba desconcertado, mientras su padre lo hacía frunciendo el entrecejo—. ¡Piensa en los demás huéspedes, hija mía! —murmuró el padre, mostrándose preocupado—. ¡Deja algo para el señor Trencavel, para que llegue a ser tan alto y fuerte como tú! —Manfredo reía y después se dirigió a Yeza. Roç no reía, ni siquiera cuando Constanca le tendió un muslo de pava para que le hincara el diente.

Manfredo indagó:

—El caballero Roç parece que responde muy bien en los torneos, según me han dicho, pero ¿me gustaría saber cómo se desenvuelve en una guerra, cuando no se trata tanto de ser cortés y caballeresco, sino de luchar hasta la victoria o la derrota? —Yeza, divertida, le miró por el rabillo del ojo.

—¿Le queréis mandar en ayuda de vuestro suegro?

Manfredo se sintió confuso al ver que la muchacha adivinaba sus pensamientos y ni siquiera lo ocultaba.

—¿Me refiero a si el atrevido Trencavel ha conducido alguna vez un ejército a la batalla?

—Arde en deseos de hacerlo —le confió Yeza en voz baja—. Si vos, rey Manfredo, se lo proponéis, habréis encendido un fuego que yo no me vería capaz de apagar.

—Estáis esquivando mi pregunta, Yeza —le respondió Manfredo—. Quiero saber si puedo confiarle a cuatrocientos de mis mejores hombres.

—La pareja real no esquivo nunca nada, querido primo. Os he expuesto mi opinión. Lo demás tendréis que preguntárselo al propio Trencavel. —Estas últimas palabras las oyó el canciller.

—Si he entendido bien, mi rey, esta inteligente dama opina que seguimos sin resolver nuestro problema, pues una respuesta segura a una pregunta sin fundamento no puede dar seguridad.

Manfredo no acababa de entender lo que su canciller quería decir.

—Después de la cena celebraremos consejo con nuestros queridos huéspedes.

Los cocineros ejercieron su privilegio de aportar ellos mismos los frutos de mar, grandes pescados empanados o asados bajo una gruesa costra de sal gorda, cocidos en su propio jugo, algunos con olivas, otros con hinojo. También sirvieron carne de atún crudo, cortada en lonchas finísimas, condimentada con ralladura de raíz de jengibre, langostas asadas con azafrán y acompañadas de crujientes aros de cebolla, anguilas ensartadas en vivo y asadas sobre un fuego abierto, y bogavantes que intentaban agredir a los cocineros con sus pinzas antes de ser empujados al agua hirviente. Los huéspedes disponían de tenazas para poder abrir las conchas de los animales como si se tratara de caballeros caídos del caballo con su armadura intacta. Para condimentar había sal gorda, pimienta de la India, aceite de oliva virgen y el zumo de limones verdes. Pronto los comensales estuvieron dedicados a comer, chupar, arrancar con los dientes la carne blanca de la concha dura, aspirar las partes más delicadas, escupir espinas y tirar los restos hacia atrás. Se manchaban y se relamían los dedos antes de mojarlos en el agua tibia de los aguamaniles en los que flotaban hojas y capullos de rosa. Después de un eructo tomaban un trago del áspero vino blanco de la isla, el Regaleali<sup>[530]</sup> de los viñedos reales, y volvían a eructar para confirmar la exquisitez de aquellos alimentos. Había juglares que tocaban el laúd y la flauta, la carraca y la

trompa marina. Roç mostraba un comportamiento cortés a su vecina de mesa, como si le gustaran aquellas melodías melancólicas que en realidad le irritaban casi tanto como el canto de los grillos. Constancia, en cambio, se balanceaba al ritmo de la música y aprovechaba para que, debajo del mantel de lino, sus rodillas se encontraran con las de Roç. A éste le faltaban el laúd y el cante de Jordi, a quien Yeza no había querido llevar al banquete.

Cuando recogieron la mesa y acabaron de beber, Roç observó con mirada cada vez más preocupada que sólo el fraile Demetrio quedaba sentado a un extremo, tieso e inmóvil, pues las damas de la Casa de los Lancia habían renunciado desde hacía tiempo al intento de implicarle en una conversación.

Gosset no sabía qué hacer.

Para divertir a Roç, pero también por pura malicia, pues había bebido bastante, Constancia volcó su copa. Ella sólo bebía vino tinto, que el rey Manfredo procuraba rebajar con ayuda de una jarra llena de agua que él añadía de su propia mano, mientras la muchacha intentaba impedirlo. En el lino blanco del mantel se formó un charco rosado, en el que Roç metió rápidamente un dedo.

—¡Para que no nos traiga desgracia! —susurró con voz ronca y frotó el dedo en la cabeza de Constancia, detrás de la oreja. La jovencita se reía con gusto, pero el señor Manfredo frunció el entrecejo.

—¡Mi hija está prometida! —se le escapó en un tono que dejaba traslucir enojo, de modo que Juan de Procida consideró conveniente intervenir.

—¡También el señor Trencavel tiene novia! —advirtió a la hijita del rey, y Manfredo tuvo que reír, aunque de mala gana, tanto más cuanto que Yeza añadió:

—¡Yo aún lo tengo que pensar!

Juan de Procida se levantó de la mesa para estirar un poco las piernas. Gosset aprovechó la ocasión para acercársele sin llamar la atención, sobre todo cuando vio que el canciller se dirigía al patio y buscaba un rincón oscuro para orinar, la misma necesidad que sentía también Gosset. Pero antes de poder remediar esa urgencia, el de Procida le habló.

—Monseñor, ¿sois consejero y confidente de la pareja real?

Su pregunta era más bien retórica, mientras separaba las piernas y soltaba el chorro. Gosset hizo lo mismo, y dijo, ya aliviado:

—De eso mismo os quería hablar.

—¿Hablar? —le espetó el canciller—. ¡Ya tendremos ocasión!

—¡Pero está lo del regalo del monje! —suspiró Gosset.

—Guardemos ese tema para los postres, monseñor. ¡Ya veremos cómo nos sienta! Y se alejó a grandes zancadas, tras haberse cerrado la bragueta.

En la sala del banquete habían ido entrando los platos principales, precedidos de

un poco de caldo para tranquilizar los estómagos. Constancia vaciaba de vez en cuando un plato debajo de la mesa para nutrir al guepardo, al que Roç acariciaba la nuca. Durante un instante sus manos se tocaron, y la muchacha se sonrojó. Roç se dirigió a Gosset, que retiró una pequeña pierna de jabalí de la bandeja y la puso en el plato de Roç.

—Debéis coger el hueso con ambas manos, para que ninguna de ellas se os escape de la mesa —le susurró, lanzándole una mirada penetrante—. Y cuando hayáis acabado, ¡arrojad el hueso hacia atrás y no se lo entreguéis a *Immà*, ni a su ama, como prenda de una promesa que no podréis cumplir!

Sirvieron caza, lomo de ciervo, jabalí asado y ragú de conejo de monte, patos rellenos y becadas, todo ello acompañado de diversas guarniciones, calabaza y pera, higos y ciruelas, bayas del bosque, puré de castañas y nueces confitadas. Era la hora que esperaba la golosa Constancia, que le pasaba a Roç la carne de su plato y amontonaba en el suyo las guarniciones más dulces. El rey era un cazador consumado, que siempre llevaba a punto en el cinturón un cuchillo de monte, por lo que Roç decidió no irritarle más. La preciosa niña-mujer que tenía a su lado no era consciente de lo que hacía. Todos comían y masticaban, arrancaban la carne y chupaban los huesos, y no se limpiaron las bocas hasta que ya no fueron capaces de comer más. Después se enjuagaron los labios con vino. Las barbas de los hombres goteaban, las pecheras de las mujeres estaban manchadas de vino y aceite, y del jugo de las frutas y los caldos.

—¡Ahora vienen los postres! ¡Delicados pastelillos de queso fresco, rellenos de manzana y miel, rosquillas fritas envueltas en azúcar y canela, dátiles rellenos de mazapán, bolas de pistacho con mantequilla y clara de huevo en salsa de crema de leche! —Roç sonreía al ver cómo a la gatita golosa se le hacía la boca agua, cómo humedecía con su rosada lengua los exuberantes labios, y pensó...

En aquel momento, el canciller se puso de pie y dijo:

—Uno de nuestros huéspedes, el monje Demetrio, venido de la lejana Grecia, cuna de esa gran cultura que abonó también el suelo de Sicilia en el que ha florecido el actual esplendor de la isla, bajo el glorioso cetro de la estirpe de los normandos y de los Hohenstaufen, trae para el rey Manfredo un regalo, una valiosa reliquia... — Juan de Procida interrumpió brevemente su parlamento para hacerle una señal a Demetrio, que se acercó desde el extremo de la mesa— y desea entregarla personalmente a nuestro amado rey Manfredo. —Los aplausos y los vítores acompañaron el recorrido del monje, que, pálido como un muerto, trasladaba el cojín con el estuche hacia el lado de la mesa donde el rey Manfredo le esperaba con sonrisa amable. Los demás comensales también se pusieron de pie, y todos los que se habían sentado en torno al rey formaron un semicírculo al que se incorporó el monje. Este se inclinó ante el monarca y le tendió el cojín.

—¡La bendición de Dios acompañe esta dádiva! —murmuró Demetrio, aunque sólo los más cercanos pudieron oírle. Sus oscuros ojos parecían carbones encendidos y evitaban mirar el rostro de Manfredo, manteniendo la mirada fija en el estuche que el rey levantaba con ambas manos del cojín y mostraba a los que le rodeaban, antes de invitar al monje a abrirlo.

Todos estiraron los cuellos cuando Demetrio levantó la tapa ricamente taraceada. Pero no apareció el Cristo de alabastro sobre una cruz de plata, sino que encima del terciopelo violeta vieron un sencillo cáliz negro. Roç y Yeza contuvieron la respiración y apenas se atrevieron a cruzar una rápida mirada. ¿El cáliz negro? Roç sacudió la cabeza, sin comprender, mientras todos miraban el recipiente. Como la mano del rey no parecía atreverse a tocar la reliquia, Demetrio tomó la palabra.

—¡Para venerar la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, debéis llevar este cáliz a vuestros labios siempre que os apetezca beber, y de este modo estaréis siempre bajo su bendición!

Manfredo adoptó una expresión feliz, juntó las manos y dirigió una mirada luminosa al fraile. Después le dio una seña a su escanciador, que tomó el cáliz de la mano de Demetrio, lo llenó y, tras mirar brevemente al rey, se lo entregó al aturdido Demetrio.

—Os ruego, sacerdote, que bendigáis este vino —dijo Manfredo con voz untuosa. El monje trazó la señal de la cruz sobre la copa, mientras la mirada del rey se iba cargando de rencor. Demetrio no sabía qué hacer y le tendió, casi con desesperación, el cáliz a Manfredo.

—Debéis beber antes que el rey —le susurró el de Procida. El fraile se echó a temblar.

—¿Cómo podría hacerlo? ¡No soy digno!

—Nadie es más digno que vos —le insistió el rey—. ¡Bebed por mí! —volvió a conminarle cuando vio que las manos de Demetrio temblaban y sus labios estaban blancos como la cal. Entonces, el monje dejó caer la copa como si se le hubiese resbalado, en un descuido, de las manos. La piedra negra se rompió y el vino formó un charco rojo sobre el suelo de mármol. Durante unos segundos se instaló un silencio aterrorizado, Demetrio hizo un gesto como si pretendiera recoger los restos del cáliz, *Immà* tiraba de la cadena, olfateando con curiosidad.

—¡Atrás! —gritó Roç y se arrojó sobre el guepardo, que estaba a punto de dar un salto, y el animal se lo agradeció mordiendo el brazo del joven. Al mismo tiempo arrastró a su ama, por lo que se acercaron unos sarracenos para separar los cuerpos que se revolcaban en el suelo. De la manga de Roç chorreaba la sangre y Yeza, ayudada por Mafalda, le llevó a un lado y le hizo sentar en una silla. Estaba pálido como un muerto.

El rey miró el charco rojo que tenía a sus pies, recogió la mirada de su canciller,

forzó una sonrisa y se dirigió a Demetrio.

—¡Lame el vino con la lengua! —dijo con dulzura—. Es la sangre de tu Señor.

El fraile cayó de rodillas, levantó las manos queriendo abrazar las piernas del rey, pero éste dio un paso hacia atrás.

—¡Con la lengua, he dicho! —gritó Manfredo.

Los sarracenos empujaron la cabeza del fraile hacia el suelo y le propinaron patadas hasta que metió el rostro en el charco rojo. Demetrio golpeaba los puños contra el suelo, después sus dedos intentaron agarrarse a la piedra y un temblor convulsivo recorrió todo su cuerpo. Levantó el rostro, exhaló un grito espantoso, intentó enderezarse, golpeó varias veces el charco con la frente, después estiró brazos y piernas y se quedó tumbado boca abajo, inmóvil.

—¡Fuera con él! —ordenó el canciller—. Pero no le toquéis con las manos. —De modo que los sarracenos sacaron a Demetrio de la sala clavándole los ganchos de sus picas en la carne y arrastrándole como se saca a un toro muerto del coso.

—¡Alejémonos de aquí! —dijo el rey a sus huéspedes—. ¡Ese regalo de Nicea me ha estropeado el apetito! —Rodeado de su guardia, el rey abandonó con paso rápido la sala, evitando pisar las manchas que había en el suelo.

Su hija le siguió, acompañada del animal, después de susurrarle a Roç unas palabras de avergonzado agradecimiento y dedicarle también a Yeza una sonrisa.

Esta le había arrancado una manga a Roç y cortado con el puñal un trozo de mantel que parecía más o menos limpio; lo mojó en vino y lo empleó para vendar la herida. Pero Maletta, a quien todo aquel suceso había dejado sorprendido y apabullado, y que se reprochaba a sí mismo no haber sabido evitarlo, hizo llamar al médico de la corte, un árabe que volvió a lavar la herida con vino, la vendó y le ató a Roç un paño al cuello para sujetar el brazo. Juan de Procida se acercó al grupo.

—El rey Manfredo os da las gracias, pareja real. Está demasiado disgustado para hablar ahora con vos, pero había previsto una conversación que tratara de vuestro próximo futuro, Trencavel. Esperaremos a que os hayáis curado. —Como Roç no daba muestras de estar del todo satisfecho, el canciller se irritó y añadió, ya con tono más frío—: Si la pareja real lo desea, puede trasladar su residencia a este palacio, donde disfrutaría de los cuidados del médico.

—Muchas gracias —dijo entonces Yeza—, preferimos regresar a la Kalsa, pues también allí tenemos un médico árabe propio.

—¿Un médico árabe? —preguntó el canciller, sorprendido—. ¿Cómo se llama?

—¡Poco importa eso ahora! —respondió Yeza con decisión—. El hecho es que forma parte de nuestro séquito y tiene toda nuestra confianza. La conversación con el rey también podremos tenerla en la Kalsa, si el rey Manfredo lo desea y sigue queriendo darnos las gracias. Os haremos saber, canciller, cuál sería el momento adecuado. Y ahora ruego al señor chambelán que ordene preparar un palanquín.

—¡Ya os espera! —exclamó Maletta con diligencia—. Os acompañaré durante el regreso.

Mafalda y Gosset ayudaron a Roç, que se sentía un poco débil, a subir al palanquín. Yeza cabalgaba a su lado y Maletta en cabeza del grupo, y así atravesaron las calles de Palermo, de donde la oscuridad de la noche había ahuyentado al público, y regresaron a la Kalsa.

## El embajador imperial

Durante los próximos días, Roç tuvo que guardar cama.

—Los dientes del guepardo no estaban tan limpios como sería de esperar en un gatito faldero —sonreía débilmente mientras le cambiaban el vendaje bajo la atenta vigilancia de Gosset y Yeza.

—¡Parecía que ibais a matar a un dragón ante la mirada de esa niña! —se mofaba Yeza con entonación dulce, aunque ella habría preferido ver muerto a *Immà* antes de dejar a su caballero tan malherido.

Fue Geraude, completamente absorbida por su nuevo papel de buena samaritana, la que se hizo cargo de limpiar la herida, aplicarle cocimientos de hierbas y venderla. Kefir Alhakim picaba y prensaba, rallaba y hervía hisopo y cola de caballo, que Beni y Potkaxl buscaban, por indicación suya, en los bosques que rodeaban a la ciudad, y que a veces había que cortar de noche, a la luz de la luna, a veces bajo los primeros rayos de sol, o desenterrar junto con sus raíces y envolver en paños húmedos antes de trasladarlos con toda rapidez a la Kalsa, sin que les tocara la luz del día. El visir vigilaba con severidad que sus órdenes fuesen estrictamente cumplidas. Le habría gustado salir él mismo en busca de las hierbas, pero Yeza temía con toda la razón que Juan de Procida, que también era médico, no permitiría que un cualquiera ejerciera, sin tener la *approbatio universitatis*<sup>[533]</sup> otorgada a los *doctores medicinae* que pasaban el examen en la facultad de Salerno, el ejercicio de su profesión. Y puesto que Kefir Alkahim ya había tenido algún encontronazo por haber contravenido esa prohibición, no era de esperar que el canciller se mostrara indulgente. De modo que el visir no podía salir de la planta superior de la Kalsa, y todos estaban siempre a punto para esconderle si aparecieran por allí el chambelán o el Pallavicini.

Incluso Constancia mandó preguntar al día siguiente del suceso si podía visitar, junto con *Immà*, al héroe herido, pero Gosset le pasó recado de que esperara otro momento menos crítico, pues al principio el pobre Roç padecía fiebre, y sólo los cocimientos de *arcticum lappa* y siempreviva ayudaron a Roç a superar aquella fase entre la vida y la muerte.

Yeza habría querido trasladar a Roç primero a sus propias habitaciones, porque las mujeres podrían cuidar mejor de él, pero la escalera secreta que partía de la alcoba



de Roç fue un argumento decisivo en contra, de modo que dispuso que dos de las doncellas durmieran siempre en el camerino trasero, al alcance de la voz del enfermo. Durante las primeras noches, la propia Yeza había vigilado el sueño de su caballero, pero después, cuando éste inició una mejora y recibía un tratamiento de opio y valeriana que Filippo y Mafalda iban a buscar a los monasterios u hospitales, dejó de hacerlo. Jordi siguió todo el tiempo en las habitaciones de Yeza, vigilando el cofre del tesoro. Nadie le había pedido que tocara el laúd o cantara sus versos junto al lecho de Roç.

En el Palazzo dei Normanni, la vida cortesana y los asuntos de gobierno se desarrollaban como siempre, aunque el señor Manfredó recordaba con benevolencia la actuación heroica de Roç. El propio rey había ordenado que se le enviaran al convaleciente cada día algunos platos selectos de la cocina de palacio, unos alimentos que los médicos supervisaban a pesar de su disgusto por no haber sido consultados acerca del tratamiento que convenía al herido. Constanca se preocupaba de que a su valiente caballero no le faltaran algunas golosinas.

El rey descubrió que le tenía simpatía a Roç. Cada mañana preguntaba al de Pallavicini por el estado del enfermo, y quiso visitarle en la Kalsa, pero su canciller se lo desaconsejó. Juan de Procida había comprendido desde aquel memorable banquete que convenía tratar del futuro de la pareja real, en cualquier caso de la forma más elegante de alejarla de Palermo, no por el Trencavel, sino por la dama Yeza. El canciller no había olvidado el entusiasmo con que el pueblo vitoreó a los dos jóvenes el día de la coronación. Si se quedaban mucho tiempo en la isla, y sin que Roç y Yeza lo fomentaran, podrían despertar los más estúpidos anhelos. Estaba visto que no era tan difícil asesinar a un rey siempre que se desplegase cierta habilidad, y los enemigos no faltaban. El mejor seguro contra tales intentos seguía siendo no tener una alternativa convincente a mano. ¡Y la pareja real se ofrecía como alternativa perfecta!

Mientras el canciller maduraba estas reflexiones, un guardia enviado de Capitanía le avisó que había llegado a la Cala un embajador griego. Juan de Procida pensó en un primer momento en un mensaje del déspota de Épiros, el futuro suegro del rey, y preguntó por dos veces si no se habrían equivocado cuando le avisaron la presencia de un tal Nicéforo Alyattes<sup>[534]</sup>, ¡enviado por el emperador de Nicea! El canciller quiso recibirle primero en el palacio arzobispal, donde residía él mismo, puesto que el Papa aún no había ordenado al arzobispo que regresara a su diócesis. Después se dirigió a informar al rey.

—¡Lo que me faltaba! —estalló Manfredó después de un instante de incrédula sorpresa—. ¡Supongo que Miguel Paleólogo quiere darle el pésame a mi hija por la

repentina y horrible pérdida de su amado padre, tan venerado y querido también en Nicea! —El rey se había levantado del asiento—. Recibiremos esa visita de condolencia y la haremos durar lo que nos convenga. —Se echó a reír—. ¿Cuánto tiempo guardaríais luto por mí, Juan de Procida?

—¡Ni una hora! Me suicidaría junto a vuestro lecho de muerte, pues no soportaría el dolor.

—Os lo prohibiré en mi testamento. ¡Un reino que se queda sin rey, y unos niños que se quedan sin padre, necesitarán de vuestra ayuda!

—¿De modo que queréis recibir en audiencia al señor Nicéforo?

—Le concederemos la oportunidad de asustarse cuando me vea con vida. Después tendrá mucho tiempo para lamentarlo.

El canciller envió a unos guardias a caballo para que acompañaran al embajador directamente al palacio, donde el rey Manfredo seguía cavilando sobre cómo recibir al representante de Nicea.

—Lástima que hayamos incinerado ya el cadáver del monje.

—Era necesario, para que los peces del mar no murieran a causa del veneno.

—Me habría gustado hacer salir el muerto de esta sala justo en el momento en que el embajador entrara en ella.

El canciller intentó rebajar la crueldad que veía asomar en los ojos de su amo.

—Tengo buenas noticias de la Kalsa: el Trencavel sigue mejorando. Deberíamos pensar en la conversación que teníamos proyectada.

—Hace tiempo que deseaba visitar a Roç y Yeza.

—¡Es más conveniente que ellos acudan a palacio! —opuso el canciller—. Además, allí podríais tropezar con el rebelde conde de Otranto, que desde hace días está pidiendo audiencia para solicitaros una dispensa. Hamo l'Estrange quiere volver a casa para esconderse detrás de las faldas de su mujer.

—No quiero verle. ¡Que se largue de una vez!

—Aún esperamos noticias del Taxiarcos confirmando que le han entregado la trirreme.

Manfredo le respondió, disgustado:

—He prometido a mi suegro enviarle a esos caballeros sin tardanza. ¡No quiero que su partida se haga esperar mucho, sólo porque algunos de ellos, como por ejemplo Hamo l'Estrange, se esconden aduciendo cobardes excusas!

Manfredo estaba ahora furioso y Juan de Procida aprovechó para introducir de nuevo al Trencavel en la conversación, como quien añade un leño al fuego de la chimenea.

—También Roç estará pronto en condiciones de adherirse al grupo de los cuatrocientos caballeros, ¡y no podrá negarse sin perder la cara!

—¡Sí puede! —rezongó el señor Manfredo—. Es muy sencillo: ¡no es mi vasallo!

Además, tendréis que hablarlo con la dama Yeza, pues será ella la que disponga lo que hay que hacer.

—¡Nos conviene perder cuanto antes de vista a esa dama! —exclamó el canciller—. Oberto Pallavicini ha insinuado que Yeza desea ir a Italia para conseguir en Roma que los boloñeses suelten a vuestro hermanastro Enzo, de quien Yeza cree que podría ser su padre.

—Fascinante —murmuró el rey.

—¡Eso abre nuevas perspectivas! —le corrigió el canciller—. Unas perspectivas que no carecen de peligro.

—¿Creéis que Yeza corre peligro...?

—Eso no me preocuparía —dijo Juan de Procida con frialdad—. ¡Pero si Yeza obtiene una respuesta positiva, será un peligro para vos!

—¿Hace un instante queríais alejarla de aquí, y ahora os parece mejor que se quede?

—Conviene que se aleje, ¡y que no llegue nunca a ninguna parte! —La frase se detuvo en el aire de la estancia hasta que los guardias avisaron la llegada del embajador.

El rey se sentó en el trono y exigió al canciller que se pusiera a su lado, antes de ordenar a la guardia:

—¡Haced entrar a ese hombre y quedad aquí a nuestra disposición!

De modo que el embajador fue introducido en la estancia, y entró protestando por el trato poco respetuoso que se le dispensaba.

—¡Soy Nicéforo Alyattes, embajador extraordinario de su majestad el emperador de Bizancio! —exclamó indignado desde la misma puerta—. ¿Queréis ver mis credenciales?

—Las hemos visto hace unos días —le respondió Juan de Procida—. ¡Ahora os debéis arrodillar, pues estáis ante el rey de las Dos Sicilias!

—Lo sé —respondió el embajador con orgullo—. Y no veo motivo para arrodillarme.

—¡Guardias! —gritó el rey—. ¡Ayudad a este señor a cumplir mis órdenes!

Dos gigantescos sarracenos agarraron a Nicéforo cada uno de un brazo, mientras otros dos le pisaban las corvas para conseguir que adoptara la postura adecuada.

—Así está mejor —dijo el rey, satisfecho—. ¿Qué habéis venido a comunicarnos con toda humildad? ¿Acaso queréis expresar vuestro sentimiento porque el embajador extraordinario de vuestro general golpista Miguel Paleólogo dejó caer al suelo el regalo que con tanto cariño nos hizo llegar?

—No sé de qué me estáis hablando. Suena extraño, pero no es cosa mía dudar de vuestro buen sentido. —Después renunció a seguir irritando al rey—. Es un trato vergonzoso el que dispensáis al embajador de un antiguo aliado de vuestro padre.

¿No habréis perdido de vista cuál es el reparto del poder más allá del estrecho de Messina?

Aunque pareciera extraño, el señor Manfredo cada vez se mostraba más tranquilo, y hasta amable:

—Yo casi pierdo la vida por culpa de Nicea y vos habláis de alianzas, ¿os atrevéis a mencionar el nombre del gran emperador Federico? ¡Vuestro Paleólogo debe de estar afectado de *delirium tremens*!

—Sigo sin entender a qué os estáis refiriendo.

—Ah —exclamó el rey—, ¿no lo entendéis? ¡No comprendo cómo el usurpador os ha podido encargar que nos preguntéis si seguimos apreciando al emperador de Nicea! ¡Al parecer, ese insensato Paleólogo ha perdido incluso la memoria! ¿No conoceréis por casualidad a un fraile llamado Demetrio?

—Jamás he oído ese nombre —respondió Nicéforo Alyattes—. O veis fantasmas, o habéis sido engañado por un impostor. La corte de Nicea no emplea a ningún fraile como embajador.

—¡Pero sí vuestro patriarca Arsenio! —intervino el canciller, aburrido ya de aquel juego del ratón y el gato—. En su extrema bondad, el rey renuncia a vuestra cabeza, Nicéforo Alyattes, que habéis perdido en derecho por ser cómplice de un intento de asesinato. Pero os daremos tiempo para pensarlo, y al general Paleólogo la posibilidad de echaros en falta. ¡Guardias! ¡Llevad a este señor a la Kalsa!

Los sarracenos le aplicaron a Nicéforo una patada para que se levantara más deprisa, volvieron a cogerle por las axilas y lo arrastraron hacia afuera.

—¡Una última palabra! —pidió, cuando ya habían alcanzado el umbral de la puerta.

El rey se la concedió con un movimiento de la mano.

—Mi poderoso monarca conseguirá mi libertad mediante intercambio...

—¿No querrá devolverme a su madre? —le interrumpió el rey con entonación sarcástica—. ¿A mi pobre hermana Ana, que ha tenido una vida llena de humillaciones?

—No, pienso en un intercambio contra los supervivientes de cuatrocientos orgullosos caballeros que quedarán atrapados en las mazmorras de Nicea —respondió Nicéforo Alyattes.

—¡Fuera con él! —les gritó Manfredo a sus guardias.

En las estancias de Roç en la torre se presentó Hamo. Traía una expresión apenada.

—Debo deciros *A Diaus*, mi querido Trencavel. Acabo de recibir la orden de dirigirme al puerto y embarcar para Grecia. Como consuelo me acompañan una docena de caballeros alemanes sometidos a mi mando, cuyo idioma no entiendo y

cuya forma de ser supongo que me agradará poco.

—¡Y al revés, Hamo l'Estrange! —le respondió Roç con débil ironía, pues aún no estaba del todo repuesto—. Al menos puedes confiar en que te protegerán durante la batalla y lucharán contra tus enemigos. ¿Qué más quieres?

—¡Quiero estar cómodo en mi tienda de campaña! No soporto a esos bárbaros y me bastaría con tenerlos alrededor de mí durante el combate.

—¿Y cómo quieres que te ayude, pobre Hamo?

—Hace cinco años cedí a William de Roebrok mi mejor criado para su viaje a la corte del gran khan, y al regresar a Constantinopla, ese mismo criado pasó a vuestros servicios.

—¿Filipo?

—¡Sí, Filipo! Si me lo devolvéis, o al menos me lo prestáis durante ese horrible viaje a Grecia, tendría un criado que habla el idioma de los helenos para el caso de que tuviera que entenderme con ellos. ¡Nunca se sabe!

—No puedo negarte ese deseo —dijo Roç, haciendo acopio de valor—, pero quiero que sea el propio Filipo quien tome la decisión. Hace tiempo que ha dejado de ser sólo un criado, es ya como un amigo.

—¡Con mucho gusto le trataré como tal!

Gosset entró en la torre.

—Filipo está recogiendo sus cosas, os abandonará durante algún tiempo...

Roç miró a Hamo con bastante indignación y vio que éste se sonrojaba.

—Le he ofrecido un sueldo magnífico.

—¿Ah, sí? —respondió Roç, sumamente molesto—. Querido Gosset, decidle a Filipo que puede coger de mi caja de tesoros tanto oro como le plazca. ¡Pero no quiero volver a verle ni despedirme de él!

—Otra cosa —dijo Gosset—. El rey Manfredo ha sabido que os encontráis mejor, y pregunta si la pareja real podría visitarle en su palacio...

—No creo que el señor Manfredo haya pronunciado las palabras «pareja real» —le interrumpió Roç.

—¡Claro que no! —confesó Gosset—. Pero me he permitido negárselo en vuestro nombre. Y como el canciller se opone a que su señor acuda a la Kalsa, hemos llegado a un compromiso. La conversación de despedida tendrá lugar en la iglesia San Giovanni degli Eremiti; así honraremos al patrono de nuestro buen amigo Juan de Procida, y el rey tendrá que combinar sus palabras de despedida con otras de agradecimiento renovado, a la vista del generoso regalo que le habéis hecho, pues como habíais propuesto vos mismo, el grupo del Calvario de Redae ha sido instalado, de momento, allí.

Roç no había prestado demasiada atención, pero ahora preguntó con desconfianza:

—¿Por qué habláis de despedida y adiós? ¿Acaso nos quiere expulsar de la isla?

—No —dijo Gosset—, pero Yeza marcha mañana por la mañana de Palermo.

El silencio cayó como el hacha del verdugo, un silencio plomizo que afectó a todos. Roç se acercó a la ventana. Siempre se había imaginado que los ojos se le llenarían de lágrimas cuando sucediera lo que acababa de oír, unas palabras cargadas de tanta frialdad y tanto ardor como la muerte, y a la vez tan simples: «¡Te dejará!» Pero Roç no se vio capaz de llorar. Sus lágrimas se habían secado, evaporado, helado en un frío aterrador. Se sentía muy mal. Se agarró a la reja de la ventana con tanta fuerza que los huesos resaltaron blanquecinos debajo de la carne. Le habría gustado caer inconsciente.

Hamo carraspeó y Roç se volvió lentamente.

—¿Deseas algo más, Hamo? —preguntó en voz baja y con amargura—. Después te diré lo que puedes hacer por mí.

Hamo se sintió conmovido.

—Si puedes, Roç, te ruego que saludes a mi mujer y sobre todo a mi hija, Alena Elaia. Consuélales y diles que pronto regresaré.

—Así lo haré, Hamo —le aseguró Roç.

—¿Y qué deseo tuyo puedo cumplir?

—¡Que te largues de una vez! —dijo Roç y se volvió de nuevo hacia la ventana.

## **Hipocresía y falsedad**

La iglesia de San Giovanni degli Eremiti había sido edificada por el soberano normando Roger II. La mezquita que existía en su lugar no fue arrasada, sino sencillamente incorporada al nuevo templo, que era de estructura sencilla. La compenetración con el arte de los árabes y la tolerancia religiosa eran tan amplios que incluso la parte cristiana, la nave de la iglesia y el campanario cuadrado, terminaban en cúpulas rosadas de aspecto oriental. No era extraño que el rey Manfredo, pareciéndose en esto a su padre, tuviese una estrecha relación con la herencia helena y también con la islámica de su tierra, y amara esta joya de la arquitectura más que al poderoso palacio que se hallaba al lado, aunque la pequeña iglesia era también capilla mortuoria de la corte. No obstante, el jardincito rodeado de un claustro bajo no servía de cementerio, y Manfredo tampoco era supersticioso. Le gustaba pasear por allí mientras conversaba con su consejero Juan de Procida, aunque esta vez esperaron dentro de la iglesia la llegada de Roç y Yeza, que se estaban retrasando.

—Me gustaría saber si es la dama Yeza la culpable de esta falta de puntualidad —murmuró el canciller, un tanto irritado.

—¡Soportaremos esta horrible tortura, querido Juan! —El rey sonreía, pues no estaba dispuesto a permitir que le estropearan su buen humor, aunque sufría bajo la

continua duda de si hacía bien en enviarle al déspota de Épiros más de trescientos de sus mejores caballeros, que se habían hecho aquel mismo día a la mar con sus escuderos, peones y soldados de a pie, en total más de mil hombres. Su canciller consideraba que se trataba de una sangría absolutamente inútil, y que era un riesgo debilitar tan gravemente al ejército, pero Manfredo lo veía como una prueba de su poder, una señal dirigida a todos aquellos a los que el Papa quería animar para que le combatieran. ¡Él, el rey Manfredo, podía permitirselo! Y cuando tuviera en el bolsillo las conquistas griegas, además de la rica dote de su novia, saldría incluso reforzado de aquella «aventura ingenua», como el temeroso Juan había denominado la empresa destinada a establecer y manifestar el poder del rey al otro lado del mar Adriático.

—El Taxiarcos ha llegado con la trirreme y toda su tripulación a Messina. Ochenta de los *lancelotti* aceptan vuestro llamamiento —informó el canciller de repente a su señor.

—¿Y por qué no se acerca hasta Palermo? Dicen que esos *lancelotti* son luchadores extraordinarios, que me irían muy bien para rellenar los contingentes que falta completar, pues no quisiera dar motivo a mi futuro suegro para reprocharme un descuido o una falta de precisión. ¡Quiero completar los cuatrocientos caballeros que le prometí!

—El Taxiarcos exige la liberación de los tres caballeros de Occitania.

—¿Qué significa eso? ¿Los han vuelto a encerrar?

—Le habíais prometido que en cuanto atracara la trirreme en la Cala, soltaríamos las cadenas de esos jóvenes que están en la mazmorra de la Kalsa.

—¡Y los despacharemos con la próxima nave a Épiros! —Nada ponía más contento al señor Manfredo que ver cómo el destino de otros tomaba de repente un giro hacia peor—. ¡Los liberaremos para obligarles a marchar a Grecia!

Soltó una risa maliciosa y no se fijó en que esa actitud no era en absoluto del agrado del canciller. Aparte de que éste albergaba otras intenciones respecto del Taxiarcos y sus tres caballeros. Al final, el rey se dio cuenta de que el canciller no compartía su alegría.

—Juan —dijo—, creo que será mejor que me dejéis hablar yo solo con Roç y Yeza.

—Como queráis, majestad. —Juan prescindió de la reverencia habitual y salió con paso rápido de la iglesia.

Roç y Yeza, seguidos de una escolta que les había puesto Maletta, el chambelán, pasaron a caballo por delante de la puerta de San Antonio y se dirigieron por el camino más corto a la cita con el señor Manfredo. Sabían que era tarde y tenían que darse prisa, por lo que apenas tuvieron ocasión de mantener una conversación, ni lo deseaban. Roç se sentía irritado y Yeza aparecía cansada. Y, sin embargo, él no pudo

reprimir cierto reproche.

—Llegaremos tarde. ¿Supongo que estáis muy ocupada en empaquetar todas vuestras cosas?

—Os equivocáis, Roç Trencavel, hasta mi primera dama tiene ya sus baúles preparados.

Roç buscaba pelea. Quería herirla, le dolía que ella marchara como un caballero que va a la guerra y le dejara atrás como se deja a una doncella abandonada, a la que no le queda más remedio que saludar al que parte con un pañuelito en la mano y lágrimas en los ojos.

—¡Yo me quedo con Beni! —exclamó Roç con tono provocador—. Tiene que sustituir a Filipo. ¡A cambio, os dejo al visir!

Yeza no parecía afectada.

—La única que lo lamentará será Potkaxl —respondió con soltura—. ¿A qué se debe que acudiera la hijita del rey a vuestras habitaciones? ¿Está impaciente de que me vaya?

—¡Constancia acudió con sus damas y su guardia personal para ver cómo me encuentro! —respondió Roç con desparpajo—. Al menos se ha interesado por mi salud.

—Comprendo. Otras mujeres, en cambio, aprovechan y se van. Me alegra saber que esa criatura se preocupará de vos, y que os dejo en buenas manos.

Conforme la discusión adquiría tintes de mayor violencia, también aumentaba la rapidez de su galope y pronto llegaron a San Giovanni. La escolta se había quedado bastante atrás.

Roç y Yeza saltaron a la vez de los caballos, y la coincidencia les hizo sonreír, porque revelaba el tácito acuerdo de figurar ante el rey como la pareja real unida que habían representado siempre. Roç tendió galante el brazo a su dama y juntos pisaron el interior de la iglesia, ya sumido en un claroscuro.

Encontraron al rey Manfredo en la sala anexa al presbiterio, que ya formaba parte de la antigua mezquita. El grupo del Calvario había sido instalado como si el artista encargado de su colocación lo recordara de la iglesia de Santa Magdalena en Redae. No faltaban ni el montículo ni la tercera cruz.

—Os sorprende, verdad, pero la realidad es que vuestro estupendo enano, el señor Jordi, ha ayudado mucho con sus conocimientos a nuestros carpinteros. Por lo demás, hay que decir que es un trovador de gran talento, y hemos cantado juntos en muchas ocasiones.

Tan sólo entonces vieron el laúd que el rey había dejado encima de un banco.

—Me gustaría que se quedara con nosotros, en esta corte.

Yeza se asustó, pero Manfredo sonreía.

—Sin embargo, os quiere tanto, *damna*, que no hubo promesa ni premio que



podiera convencerle para que abandonara vuestros servicios.

—Me complace su lealtad —respondió Yeza, aliviada—. Tengo un camino difícil por delante.

—Nos queréis dejar mañana por la mañana y viajaréis por tierra —dijo Manfredo—. He encargado a Maletta que os acompañe hasta Messina. Una vez en tierra firme, en Reggio, os espera mi tío Lancia, príncipe de Salerno. Su influencia alcanza hasta las fronteras del Patrimonio de San Pedro, y puede que más allá. No olvidemos que en Roma el poder está en manos de nuestro aliado, el Brancalcone.

—Parece que vuestros dominios no tienen límite —intervino Roç—. ¿Cómo es posible entonces que los boloñeses se opongan a la libertad de vuestro hermano?

—Su vida está en sus manos —dijo Manfredo, esforzándose por parecer compasivo—. Nuestro padre nos prohibió a todos que pusiéramos en peligro esa vida haciendo intentos de liberarlo, asediando o asaltando la ciudad.

Roç le dirigió una mirada a Yeza que podía significar: «¿Lo entiendes?», pero Yeza la pasó por alto.

—¿Conoceréis seguramente las canciones que Enzo compone en su triste encierro? —dijo, guiando la mirada del rey hacia el instrumento.

—Más tarde —se disculpó éste, por cortesía—. Antes me gustaría saber qué proyectos tiene la pareja real. —Le costó pronunciar esas palabras, que tiñó de un tono festivo. Después añadió rápidamente—: Ni en Roma ni en ningún otro punto de Italia o del mar Mediterráneo hay algún reino por conquistar que pudiese satisfacer vuestras aspiraciones.

—En cambio, en Constantinopla pronto estará por asignar un trono imperial —formuló Roç con atrevimiento—, si es que me han informado bien.

—Debo advertiros del peligro que representa. —Manfredo soltó una risita impertinente—. Cualquier silla del infierno en la que el asiento esté dotado de clavos puntiagudos y cuchillos afilados en el respaldo, sería preferible al trono de Bizancio.

—Y, no obstante, ¿hay quien desea ocuparlo, y lucha por él? —Roç se veía con ánimos de llegar al fondo del tema, pero Yeza le estropeó la jugada.

—La pareja real no tiene intenciones de molestaros en vuestros intereses, querido primo. Ni en el mar Mediterráneo, ni más allá de los Alpes, ni en el Bósforo.

—¡Nuestro reino no es de este mundo! —Roç escupió la frase con insolencia. ¿Qué otra cosa podía oponer a Manfredo? Y éste le respondió con un leve son de burla:

—Creo haber oído esas palabras en alguna otra ocasión. ¿Qué le sucedió a quien las pronunció?

—No nos asustaréis —respondió Yeza con firmeza—. Las palabras del Nazareno han sido mal entendidas con toda intención, y sobre ese malentendido se fundamenta ahora la Iglesia romana del apóstol Pablo.

—¡Probablemente sea más bien obra de éste y no tanto del humilde pescador Pedro! —El rey parecía pensativo—. ¿Cómo queréis evitar que os suceda algo parecido? —Sin desearlo, Manfredo parecía experimentar cierta sensación de solidaridad con los dos jóvenes. ¿Acaso no tenían los mismos enemigos?

—¡Nosotros aspiramos a Jerusalén! —exclamó Roç y esto sorprendió a Yeza, no tanto por el hecho en sí, que era un antiguo sueño de ambos, sino por el hecho de expresarlo tan sinceramente, ahora y aquí y diciendo: «nosotros». La joven se sintió emocionada, pero Manfredo les respondió con acento de pura ironía.

—¡Precisamente! —exclamó el rey con una expresión de terror, ya fuese hipócrita, ya fuese sincero, en el semblante—. ¿Queréis provocar a que se repita la historia? Sólo faltaría que adoptárais el título de «reyes de los judíos» y os habréis asegurado la muerte por lapidación. Aunque las tres religiones existentes no sepan ponerse de acuerdo en otra cosa, ¡en este caso sí lo harían!

—Si nuestra muerte pudiese conseguir una unión duradera, es decir, la paz, no carecería de sentido —intervino Yeza—. ¡Me gusta imaginarme que nuestras vidas, sin ambiciones de poder, sin avidez de tierras o de dominio feudal sobre el cuerpo y el alma de otras personas, puedan servir para fundamentar la paz entre todos!

—Ése es un sueño maravilloso, querida mía. ¡Aunque el lugar más apropiado para soñarlo probablemente sea la luna, y no esta tierra, y mucho menos Jerusalén!

—Tal vez nuestro Jerusalén se encuentre en un astro lejano —dijo Roç, pensativo, y Yeza escuchó sus palabras con un temblor de felicidad—. De nosotros depende que los seres humanos vean a la ciudad santa como una estrella deslumbrante y no como la manzana de la discordia, por la que pelean diferentes religiones.

Manfredo le miró de soslayo.

—Yo creía, Roç Trencavel, que erais un hombre que toca firmemente con los dos pies en tierra.

—Y tenéis toda la razón, pues aún no he sabido apartarme de este mundo. Aún tendré que luchar con ambas piernas, ambos brazos y con mi cabeza, mi modesta cabeza; tendré que recorrer el mundo y aprender, soportar combates, carencias, sufrir derrotas y cosechar triunfos, hasta poder acercarme a nuestra Jerusalén. Lo mismo cabe decir de mi *damna*. Yeza también tiene que encontrar su propio camino.

—Dejad que yo, querido Roç, hable por mí misma. Cada vez estoy más convencida de que el camino es la meta. No se trata de poseer esa ciudad tan ambicionada por todos, sino de alcanzar una Hierosolyma celestial, una Jerusalén espiritual, ¡la residencia del alma!

—Qué lástima —dijo Manfredo—, a mí me habría gustado contribuir a que vosotros, como pareja real, entrarais triunfantes en esa ciudad y pudierais ganaros los corazones de todos los humanos que tienen la buena voluntad de mantener la paz.

—No querréis atropellar los derechos de Conradino, favoreciéndonos a nosotros

—le advirtió Roç con una sonrisa. Le costó un esfuerzo reprimir las palabras «una vez más»—. Nosotros no estamos necesitados de insignias terrenales, aunque suponemos que vuestro sobrino jamás alcanzará el poder en esa ciudad.

—El tiempo lo dirá, para bien o para mal —convino Manfredo—. Yo mismo le cederé con mucho gusto este trono, si demuestra ser lo bastante fuerte como para retenerlo. Y si vosotros llegáis a Jerusalén, quiero decir, a la ciudad terrenal, y os asalta el deseo de un reconocimiento dinástico, debéis saber que no os faltará mi apoyo. El mundo necesita soberanos de aspiraciones nobles.

—Os agradecemos vuestra amistad —le respondió Roç con el mismo tono de falsedad—, ¡y os deseamos un reinado largo y beneficioso!

—Sí —dijo Yeza—. ¡Tenéis un bello país y os deseo que seáis feliz, Manfredo! —Y antes de que tanta emoción se volviese insoportable, añadió rápidamente—: Queríais cantarnos una canción del rey Enzo.

Manfredo cogió el laúd y su bella y sonora voz resonó en la nave:

*Va, cansonetta mia,  
e saluta messere,  
dilli lo mal ch'i'aggio:  
Quelli che m'a'n bailia  
si distretto mi teñe.* <sup>[535]</sup>

*Salutami toscana,  
quella ched è sourana,  
in cui regna tutta cortezia,  
e uanne in pugla piaña,  
Lamagna, capitana,  
là doue lo mio core è nott'e dia.* <sup>[536]</sup>

Una vez apagado el último sonido, los hombres observaron que Yeza tenía lágrimas en los ojos. Manfredo carraspeó. Se había hecho de noche.

—Tengo que ir a dormir, pues quiero salir temprano. ¡Nunca me siento más feliz como cuando puedo ir de caza a primera hora de una mañana de otoño, cuando el rocío reposa sobre la hierba fresca, a la espera del primer rayo de sol!

—Llevad con vos al Trencavel —propuso Yeza, sorprendiendo a ambos—. Le sentará bien cabalgar de buena mañana por los prados y los bosques.

—Si os sentís lo suficientemente fuerte —se dirigió el rey amablemente a Roç—, os veré con mucho gusto a mi lado. ¡Mis hombres os irán a buscar!

A Roç sólo le quedaba asentir. Yeza había conseguido que él estuviese ausente por la mañana, cuando ella abandonaría la Kalsa para iniciar su viaje.

Manfredo acompañó a los dos jóvenes al exterior. Los hombres de Maletta acercaron los caballos. Manfredo se detuvo en el portal de la iglesia y miró cómo se los tragaba la oscuridad de la noche.

## Adiós de madrugada

Delante del gran portal de la Kalsa, Gosset y Jordi esperaban el regreso de sus amos. Yeza tiró de las riendas de su caballo y sacó un pañuelito de su corpiño. Roç lo reconoció enseguida, por la cruz tolosana que llevaba bordada.

—Me lo disteis hace años, cuando el destino nos impuso la primera separación — Yeza se lo llevó a los labios—. Ahora: ¡*que Diaus vos bensa*, querido Trencavel! —Con estas palabras se lo tendió a Roç y le dedicó una última y profunda mirada.

Sus ojos son como estrellas, pensó Roç mientras contestaba:

—*Que Diaus vos bensa*, Esclarmunda —y apretó el pañuelito en el puño.

Yeza saltó del caballo y atravesó el portal sin mirar ni una vez más hacia atrás. Jordi la siguió. Roç también descabalgó.

—Así pues, ¿os habéis despedido ya de vuestra *damna*? —preguntó Gosset, preocupado por el estado de ánimo de su señor.

—Yeza y yo estamos de acuerdo, no en lo que se refiere al camino, pero sí en lo que afecta al objetivo. Lo hemos comprobado a través de la conversación con Manfredo, y nos sentimos felices. ¡A mí me basta! Y estoy contento.

—¿Qué tal habéis encontrado al rey? —quiso saber Gosset, curioso por enterarse de todo.

—Se mostró extraordinariamente amable cuando se enteró de que nuestra meta es Jerusalén. ¡Nos la quería regalar allí mismo!

—¡Es muy generoso regalando una ciudad que no le pertenece, y cuya corona retiene de momento el regente Enrique de Chipre<sup>[537]</sup>!

—Manfredo nos ha ofrecido su amistad y su apoyo.

—Un gesto que os debería hacer sospechar, pues el señor Manfredo sólo piensa en los demás cuando eso le trae algún provecho. De no ser así, procurará que nadie le pueda hacer sombra.

—Cualquiera tiene sus pequeñas debilidades, Gosset. No seáis tan rencoroso. ¡Manfredo me quiere bien! Mañana, muy temprano, saldré con él de caza y aprovecharé la ocasión para hablarle en favor de los tres mozos occitanos, ¡de modo que no me podáis reprochar también a mí que nunca pienso en los demás!

—Dudo mucho, querido Trencavel, de que esos tres os traigan jamás algún provecho. Desperdiciáis vuestra bondad en unos hombres que son indignos de ella. Yo estoy muy contento de haberlos perdido de vista.

Gosset se había cansado de insistir en algo que el otro no deseaba oír.

—Intentad aprovechar las pocas horas que os quedan para dormir. ¡Buenas noches!

En las mazmorras de la Kalsa, el recién llegado demostró enseguida que sabía cómo tratar a los guardias, y aquellos carceleros, acostumbrados a no hacer caso a nadie, no abrir la boca y moverse arrastrando los pies, pasaron a esforzarse desde el primer instante para que la vida de Nicéforo Alyattes fuese lo más agradable posible en aquel lugar. Incluso corrieron a la taberna *Oleum atque vinum* de Alekos, no solamente por vino y aceite, sino también por pescado fresco, además de velas en abundancia y manteles limpios para poner la mesa, servilletas y cubiertos, pues el señor no acostumbraba a comer de otra manera.

Los tres jóvenes del Languedoc estaban asombrados. La boca se les hacía agua cuando vieron que los pescados grandes eran asados sobre el fuego y los pequeños fritos en la sartén.

—¡A la mesa, señores! —ordenó el embajador de Grecia, y los soldados se apresuraron a abrir las celdas y conducir a los prisioneros hacia la sala principal, perfectamente iluminada, desde la cual partían los pasillos hacia las mazmorras—. Permitan ustedes que me presente: Nicéforo Alyattes, embajador de su majestad el emperador de Nicea. —Y con un movimiento de la mano los invitó a sentarse sobre las cajas cubiertas de pieles que había preparadas. Los carceleros les servían.

Raúl quiso presentarse a sí mismo y a sus compañeros:

—¡Éste es Pons de Levis, conde de Mirepoix!

Pons, que había adelgazado visiblemente, sonreía con expresión boba, porque ya no entendía al mundo. Creía que su anfitrión era un inquisidor disfrazado.

—¡Soy inocente! —proclamó con voz lastimera.

Mas soltó una risa sonora.

—¡Eso es algo que yo nunca podría afirmar! Aunque seáis el mismo demonio, yo soy Mas de Morency, para serviros. —Lo dijo y echó mano de la comida, pues estaba muy hambriento, pero cuando empezaba ya a masticar el pescado, Raúl le sujetó el brazo.

—¡Yo soy Raúl de Belgrave y me permito, excelencia, beber a vuestra salud!

También Mas levantó su copa y Nicéforo les respondió:

—¿Qué hacen unos jóvenes tan educados en este lugar tan poco hospitalario?

—Fue el rey de los mendigos de Constantinopla quien nos llevó a esta situación —le informó Mas.

—¿Quién? —dijo Nicéforo, por lo que Pons añadió con voz quejumbrosa:

—¡El Taxiarcos tiene la culpa!

Raúl se vio obligado a hablar con claridad.

—Viajábamos con él en una misión especial, y ahora nos acusan de ser unos

asesinos griegos enviados por vuestro emperador.

—Parece ser que mi emperador representa la máxima preocupación en esta corte —les respondió Nicéforo—. ¡Como si mi señor no tuviese otra cosa que hacer que envenenar a ese bastardo insignificante de Sicilia!

Los carceleros llenaron las copas vacías.

—Ahora entiendo...

—¡Vos tal vez, pero nosotros no! —dijo Mas con aspereza—. Acudió un monje llamado Demetrio...

—¡No le conozco! —declaró al punto Nicéforo con mucha decisión, pues se le ocurrió que aquellos tres podían ser unos espías que el canciller había preparado para sonsacarle—. ¡Jamás he oído ese nombre!

—Al parecer traía una carta para la pareja real, la carta de un franciscano...

—¿No sería de William de Roebrok? —El embajador perdió la serenidad—. Si ese minorista interviene en el asunto, a Satanás sólo le queda retirarse con el rabo entre las piernas, o suicidarse, si puede hacerlo. ¡Sería lo mejor para él!

Vació la copa como si fuese la última. Los otros tres no entendían sus terribles imprecaciones, pero le acompañaron bebiendo en silencio.

—¡Señores míos! —Nicéforo intentaba recomponer el ánimo—. Tenemos que prepararnos para una estancia prolongada. ¡De momento no nos queda otra cosa que hacer que emborracharnos!

—A mí me parece bien —dijo Mas, y los carceleros volvieron a llenar las copas.

—¡Espero que Roç y Yeza no nos olviden! —Ésta fue la contribución llorosa de Pons.

Y el embajador le dijo a Raúl, a quien consideraba el más razonable de los tres, que probablemente, según comprendía ahora, no eran espías:

—Si saliéramos vivos de aquí, os invito a Constantinopla, ¡y mi emperador os compensará por todas las incomodidades que habéis padecido por su causa!

—¡Así me gusta! —respondió Raúl y brindó con él.

—¡Podéis confiar en la palabra de Nicéforo Alyattes!

La aurora empezaba a iluminar la mar tranquila y las siluetas esbeltas de las palmeras destacaban muy negras sobre el fondo plateado que pasaba a fundirse con el horizonte aún oscuro.

Delante de la Kalsa estaba Beni, sujetando el caballo de su amo por el bridón. A la espalda llevaba un haz de picas de lanzamiento. Los cazadores de Manfredo se estaban reuniendo, y Roç, con jubón de cuero, bajaba la escalera y se acercaba a través de la neblina matinal. Beni le tendió el arco y un carcaj lleno de flechas. Roç subió al caballo, y en aquel momento vio que se le acercaba Sigbert von Öxfeld, el caballero teutón. Una punzada en el corazón le recordó que no volvería a ver a Yeza cuando regresara de la caza. El viejo comendador había llevado a Roç en brazos

cuando salvaron a los niños del Montségur. Siempre vestido con la túnica blanca marcada con una cruz negra, su lealtad había demostrado ser inquebrantable, y durante toda su vida había seguido protegiendo a los hijos del Grial. Sigbert llevaba consigo su bolsa de viaje. Acompañaría a Yeza.

Roç volvió a bajar del caballo y corrió hacia el caballero. Le abrazó igual que había hecho cuando era todavía niño, pero le faltaban las palabras.

—¡Cuida de ella! —fue lo único que acertó a murmurar.

El comendador le sujetó con ambas manazas.

—¡Te quiero volver a ver sano y salvo, y quiero volver a verlos a los dos juntos! —gruñó el anciano con voz conmovida, y después pasó a la ironía—: ¡Antes no me entregaré a la muerte! —Le dio a Roç una palmada en el hombro que tiempo atrás le habría hecho caer de rodillas, pero que ahora Roç resistió.

—¡Gracias, mi viejo Sigbert! —exclamó y se apartó.

—¡No quiero oír esa palabra! —murmuró el gigante y se alejó hacia el portal.

Roç subió al caballo y salieron al trote. Beni corría a pie a su lado. El horizonte se teñía de un rosa violáceo en el este, después ascendió el globo ardiente desde el mar, encendió las aguas y las convirtió en oro líquido.

La escolta de Maletta había llegado hasta delante de la Kalsa, junto con el palanquín y los carros para el equipaje. Pronto se amontonaron las cajas y los arcones, los bultos y las cestas. Mafalda, sentada encima como una clueca, vigilaba el amontonamiento de los bártulos y achuchaba a Geraude. Faltaba Potkaxl. ¿Quién había visto a la princesa tolteca?

—¡Esta mañana todavía no se la ha visto! —se quejaba Jordi, que junto con Kefir bajaba por la escalera, escalón tras escalón, el pesado arcón del tesoro.

—Nuestra Potkaxl se habrá dormido —intentaba Geraude disculpar con buenas palabras a la perezosa doncella.

—¡Falta saber en qué cama! —regañó Mafalda, que se veía obligada a poner sus propias manos a la obra.

Jordi y Kefir dejaron el pesado arcón delante del palanquín y ayudaron a las mujeres.

—¿Si os parece, voy a buscarla? —se ofreció Geraude.

—¡Eso faltaba! —resopló la primera dama de la corte, que estaba disgustada porque a esa hora tan temprana de la mañana, en lugar de poder sentarse cómodamente en el palanquín y partir para un viaje agradable, se encontraba con que había que trabajar duramente y además padecer disgustos.

—¡Kefir Alhakim! —ordenó—. ¡Id a buscarla, y sacadla de donde sea!

El visir no se enfadó por tener que hacer de mensajero. No quería disgustos con Mafalda y volvió a subir, suspirando, las escaleras. No tenía ni idea dónde buscar a

Potkaxl. Beni podría haberle ayudado, pero éste se había despedido, aún a oscuras, de su padre, y se había ido de caza con el señor Roç y el rey. Se encontró con Yeza, que estaba en compañía del anciano comendador de la orden teutónica.

—¡No encontramos a Potkaxl! —se quejó el visir, apenado—. ¡La doncella ha desaparecido!

En la frente de Yeza se formó una pequeña arruga vertical.

—¡No podemos retrasar la partida por culpa de esa muchacha tan dispersa! —ordenó con voz severa.

Sigbert la quiso tranquilizar.

—Cuanta menos servidumbre tengas a tu alrededor —se dirigió a Yeza—, tanto más libre te sentirás. Lo que pretendes realizar es una pequeña campaña que, en último término, tendrás que realizar tú sola, acompañada como máximo de algunas personas en las que puedas confiar plenamente. No parece que la tolteca responda a tales condiciones.

—Podría haberme avisado si no quiere seguir a mi servicio. Me molesta que sea tan desagradecida.

—¡Así es el mundo! —se permitió Kefir contribuir a la conversación, y Yeza tuvo que reírse.

—¿Os queréis hacer cargo vos, querido visir, de servirme en mi camerino?

Sigbert también tuvo que reír.

—¿Creéis que la dama Mafalda estará contenta con esa solución?

—¡Yo haré todo lo posible para permanecer cerca de vos y teneros contenta, noble señora! —exclamó Kefir Alhakim—. Os agradeceré eternamente haber dado de nuevo sentido a mi vida.

—Así me gusta —dijo Yeza—, ¡aunque tendréis que seguir siendo también mi visir!

Habían alcanzado el final de la escalera y salieron del portal, donde Maletta la esperaba con el caballo a punto.

Finalmente, todas las cajas y bultos quedaron instalados en los carros tirados por parejas de animales. Sigbert solo consiguió introducir el arcón del tesoro en el palanquín; después subieron las dos mujeres y Kefir. Jordi escaló el pescante del cochero, que era su sitio preferido.

Gosset apareció en la puerta, ligeramente adormilado todavía.

—Ésta no es una despedida —le dijo a Yeza—. Hace tiempo que he comprendido cuál es mi destino. Sé que nos volveremos a ver.

—Gosset, os agradezco cuanto habéis hecho por nosotros. Pero esta deuda que tenemos con vos aún crecerá: ¡Os pido que cuidéis del Trencavel!

Gosset se inclinó.

—Ésa es precisamente la razón, estimada dama, de que no os acompañe. Intentaré



devolveros a nuestro noble caballero no solamente sano y salvo, sino más rico en experiencia.

Yeza le tendió la mano y Maletta dio la señal de partida. Yeza y el comendador pasaron revista a los dos carros, que se pusieron en marcha con un crujido; les seguía el palanquín. La escolta cabalgaba en cabeza. El recorrido a través de Sicilia no ofrecía peligro para los hombres del rey, y su acompañamiento era más bien un gesto de honor hacia Yeza.

—*Adieu, Monsignore!* —le gritó a Gosset cuando pasó, ya a caballo, delante de él —. *Et au revoir!*<sup>[538]</sup> —Después la joven y esbelta amazona acompañada del gigantesco comendador, siguieron al grupo.

Gosset estuvo algún tiempo mirando cómo se alejaban, después subió pensativo a la torre vacía. Entró en el camerino situado detrás de la habitación de Roç, donde se ocultaba la entrada secreta. Allí había dormido siempre Filippo, cuyo lugar ocuparía ahora Beni. En la cama de este último vio a Potkaxl, enrollada y profundamente dormida. Gosset sonrió, pero no la despertó.

Roç cabalgaba al lado de Manfredo. Se habían alejado de las sendas habituales que atravesaban un tranquilo bosque. En un claro habían podido cazar unos cuantos conejos, perdices y faisanes, que colgaban de las sillas del séquito, a uno de cuyos caballos había podido subirse Beni, que seguía con las picas de lanzamiento a cuestas. Hasta ese momento no habían avistado ningún jabalí, sólo una manada de ciervas que se alejó a tiempo, antes de que los cazadores hubiesen podido acercarse lo suficiente. Roç no se sentía disgustado por el incidente; no era un cazador tan apasionado como Manfredo, que le estaba hablando con entusiasmo de la caza con halcón que pensaba organizar en días próximos. Roç disfrutaba de la tranquilidad que emanaba de aquel bosque, de los rayos de sol que como dedos dorados intentaban introducirse entre los árboles para tocar el suelo, los arroyos que se apresuraban murmurando entre las piedras pulidas y la llamada lejana del cuco. Pensaba en Yeza, y aunque le dolía el corazón ante su alejamiento, también la amaba por el hecho de ser capaz de emprender sola, valiente y decidida, el camino que consideraba correcto. Eso era lo que esperaba también de él. Y sólo así podrían volver a estar unidos.

—Tenéis derecho a esperar una respuesta mía, noble Manfredo —se dirigió Roç de repente al rey.

—Acepto vuestra oferta. —Roç dirigió la mirada hacia el frente—. ¡Conduciré a Grecia a vuestros últimos caballeros!

El rey miró de soslayo a Roç, y una sonrisa casi imperceptible otorgaba a sus rasgos una expresión de triunfo.

—¡Sabía que no me había equivocado con vos, Trencavel —Después le clavó las

espuelas a su caballo y los dos jinetes salieron a toda prisa, y los cascos de sus caballos levantaron pelotones de tierra suelta.

—¡El jabalí! —gritaron los batidores—. ¡Ahí corre el jabalí!

# LA HUELLA DEL CÁLIZ

# HACIA NUEVOS HORIZONTES

## Un baño frío en el Estrecho

Durante días cabalgaron a lo largo de la desierta costa rocosa que rodea el norte de la isla, avanzando de una torre de vigilancia a la otra. Los emperadores germanos habían conservado la mayoría de las cuadradas y austeras fortificaciones de sus antecesores normandos prácticamente sin modificar. A Yeza le habría gustado más internarse en el país, donde se veían algunas fincas bien conservadas de los romanos instaladas en sombreados valles, dando la impresión de que sus habitantes se habían ausentado sólo unos instantes, o se deleitaban en los baños de fuentes termales cuyos suelos solían estar adornados con artísticos mosaicos. Desde las colinas verdes saludaban al visitante los templos griegos que con sus columnatas de mármol, de dimensiones perfectas, invitaban a los dioses a demorarse. En honor de esos dioses se celebraban aún en los teatros y las arenas instalados en las verdes pendientes, durante todo el año, torneos y misterios *circenses* que proporcionaban distracción y alegría al pueblo.

El chambelán Maletta resultó un experto entusiasta del movido pasado de Sicilia, pero se hacía el sordo cada vez que Yeza le comunicaba su deseo de realizar una pequeña excursión al interior. De modo que la joven tuvo que darse por contenta cuando alcanzaron finalmente la ciudad de Messina, situada en la punta nororiental de la isla. Detrás de ésta se veía, ya al alcance de la mano, la tierra firme del continente.

Sin detenerse en ningún momento, bajaron al puerto para abordar una nave. Yeza reconoció la trirreme, que descansaba como un insecto extraño, parecida a una enorme libélula, entre las muchas barcas de pescadores y las achatadas cargueras.

—Enfrente, en Reggio, os espera una escolta del duque de Lancia —le comunicó Maletta en tono respetuoso, mientras Yeza ya exclamaba—: ¡Ahí veo al Taxiarcos! — Y clavaba las espuelas al caballo.

Cuando la comitiva con los carros y el palanquín alcanzó el muelle, ella ya había subido a bordo. Atrás quedaban los disgustos de Redae, cuando el rey de los mendigos quiso rivalizar con ella en la búsqueda del tesoro del templario. Además, él había llevado las de perder: la vieja trirreme no parecía contener muchas riquezas. En cambio, sí estaban allí los valientes *lancelotti* de Otranto, que saludaron a Yeza golpeando las hoces de sus remos.

—¿A quién buscáis, mi reina? —El Taxiarcos no parecía guardarle ningún rencor, al menos a ella, y se acercó con paso elástico desde la popa alta. Parecía el mismo aventurero de siempre. Sin pensarlo mucho, Yeza abrió los brazos para saludarle,

pero el Taxiarcos vio detrás de la muchacha a Maletta y se detuvo con un gesto de frialdad al pie de la escalera, renunciando a abrazarla.

De modo que Yeza exclamó desilusionada y casi con enfado:

—¡Nos vamos al continente!

Los *lancelotti* entrechocaron las hoces afiladas de sus remos, y el chambelán renunció a oponerse.

—Os acompañaré durante el transbordo, querida dama. No tanto porque tema por vuestra seguridad, pues confío en el señor Taxiarcos, sino porque quiero asegurarme de que esta trirreme seguirá después, ya bajo mi mando —y enfatizó las dos últimas palabras— en dirección a Palermo. —El comentario iba dirigido al rey de los mendigos, que durante todo ese tiempo se comportaba como si no hubiese visto al chambelán.

En cambio sí saludó a Sigbert, que llevaba a su caballo cogido de las riendas y lo condujo así a cubierta, donde lo ató y bajó después al interior de la trirreme, como si deseara evitar que lo implicaran en la riña que flotaba en el ambiente. Antes de desaparecer le dedicó a Yeza una sonrisa.

Todo esto disgustó a Maletta, que procuró imponer sus exigencias y daba prisa al traslado del equipaje. El Taxiarcos le dejaba hacer, pero apenas hubieron trasladado a bordo las últimas cajas y con ellas a Jordi, que a su vez se cuidaba de que nada quedara en tierra, ni los carros, ni el palanquín con el arcón del tesoro, ni las mujeres ni el visir, cuando el Taxiarcos daba ya órdenes a los *lancelotti* de apartarse de la orilla.

Los remos empezaron a levantar con fuerza el agua por el lado del mar, por lo que, en el malecón, los esbirros de Maletta y todos los curiosos dieron asustados un salto hacia atrás. El chambelán reprimió su protesta. Después consideró que no había razones para que sus hombres cruzaran el Estrecho. Él, Maletta, se bastaba y se sobraba para imponer su autoridad a bordo.

La trirreme salió del puerto y el Taxiarcos enfocó la proa hacia Reggio. A ambos costados aparecieron jugueteando los esbeltos cuerpos de los primeros delfines. Bajo el golpe regular de los remos, la nave alcanzó rápidamente el centro del paso de mar entre Escila y Caribdis<sup>[539]</sup>, ese estrecho que en los tiempos de Homero tanto temor infundiera a los navegantes.

El, Maletta, no creía en las leyendas, pero de repente los *lancelotti* sacaron todos a la vez los remos del agua y la trirreme se detuvo, balanceándose.

—¿Vais camino de Roma? —oyó al Taxiarcos preguntar a Yeza—. ¡Os llevaré hasta allá!

—¡Qué tontería! —gruñó el chambelán—. ¡Jamás se ha dicho eso!

Lo que consiguió fue que el Taxiarcos le preguntara:

—¿Habéis traído a los tres mozos de Occitania, como os había exigido?

—¡Yo no tengo por qué cumplir órdenes! —le espetó el chambelán.

—¿Sabéis nadar, Maletta? —le preguntó entonces el Taxiarcos, sin conmoverse, y se respondió a sí mismo—: No sabéis, ¡de modo que necesitaréis unas vejigas de cerdo que os devuelvan a la orilla de vuestra isla!

El chambelán palideció de rabia, pero no quería mostrarse miedoso. Aparte de una débil protesta: «¡Lo lamentaréis!» no se le ocurrió nada que decir. En aquel instante ya le estaban atando debajo de los sobacos unas vejigas hinchadas, sujetas delante de su pecho y en la nuca. Dos musculosos *lancelotti* le agarraron por los brazos y los tobillos, columpiaron su cuerpo dos o tres veces y después lo lanzaron al agua, por lo que trazó un amplio recorrido por el aire antes de caer. Los delfines acompañaron con sus alegres saltos al nadador que, pataleando como un perro, tragando y escupiendo agua mientras formulaba en su mente horribles blasfemias, se dirigió hacia la orilla, empujado por los peces en la dirección correcta. La trirreme se desvió hacia el norte y una barca de pescadores recogió finalmente al desesperado náufrago.

—En lugar de vejigas de cerdo tendríais que haberle atado plomo a los pies. ¡Habéis perdonado la vida a quien, a partir de ahora, será vuestro enemigo más irreconciliable! —observó Yeza, muy tranquila, mientras los demás no dejaban de reír—. Algún día, ese chambelán os hará ahorcar.

El Taxiarcos mostraba una expresión divertida.

—Siempre lo ha deseado hacer. Pero yo viviré gustosamente con esa amenaza, mientras me sea posible no solamente servirlos sino estar en vuestra compañía, aunque se trate de un breve trecho de camino.

Yeza le miró sorprendida.

—Habéis tenido más de una ocasión para servirme en Redae, y por lo que sé, siempre habéis buscado vuestro propio provecho. ¿A qué se debe este cambio en el ánimo de nuestro Saulo?

El Taxiarcos esbozó una sonrisa insolente, que le permitía esconder su embarazo.

—Venus ordenó a Amor que me disparara una de sus flechas.

La frente de Yeza se arrugó, avisando su disgusto.

—No os rebajéis con una imagen tan vulgar —dijo en voz alta—. Podéis estar seguro de que no rezo a Afrodita<sup>[540]</sup>, y que mis diosas son Diana<sup>[541]</sup> y, sobre todo, Palas Atenea<sup>[542]</sup>. ¡De modo que no quiero oír vuestras estúpidas insinuaciones! —Y llamó al enano trovador—. ¡Jordi, procurad que no se me acerque demasiado este hombre tan ambicioso!

El Taxiarcos se sintió acorralado y, obedeciendo a una repentina intuición, se arrodilló ante Yeza.

—Señora —exclamó— ¡si no me perdonáis ahora mismo el haber confesado tan abiertamente lo que siente mi torpe corazón, seguiré al Maletta y saltaré al mar!

Yeza sintió compasión del hombre que había sido rey de los mendigos y ladrones en la ciudad del Cuerno de Oro, que había vencido el océano navegando hasta las «islas lejanas» y que ahora no parecía saber decir más que bobadas.

—No arrojéis vuestro corazón al mar ni lo pongáis a mis pies —le conminó con una sonrisa—. De ahora en adelante, si creéis tener que hablar, consultad antes con vuestro cerebro o callad. ¡Eso siempre será correcto!

El Taxiarcos se volvió a poner rápidamente de pie. Yeza no estaba enfadada con él, pero tampoco le perdonaría ningún desliz.

—Habéis anunciado ante todo el mundo que estáis deseoso de compartir mi lecho. Y yo os respondo delante de todos: ¡No, gracias, señor Taxiarcos!

Mafalda parecía contenta al oír esas palabras, pues ella misma consideraba al Taxiarcos un hombre atractivo. Pero le dolía servir de sustituta y, de momento, decidió aplazar esa cuestión.

La trirreme llevaba todas las velas desplegadas y navegaba en dirección al noroeste, avanzando con rapidez hacia su meta. Al segundo día tuvieron que utilizar de nuevo los remos, porque el poniente<sup>[543]</sup>, aún antes de haber alcanzado el cabo de Sorrento, empujaba la nave contra las rocas de la orilla.

De repente salió de la bahía de Salerno una flotilla de rápidas embarcaciones de guerra que, bajo la bandera ducal de los Lancia, cortaron el paso a la trirreme. Al verse rodeado, el Taxiarcos comprendió que no tenía escape, y decidió entrar en el puerto. El comandante de éste demostró estar perfectamente informado. Yeza recibió órdenes, amables pero determinantes, de bajar con su séquito de la nave, pues el duque de Lancia la acompañaría personalmente a Roma.

Al Taxiarcos le impusieron una tropa de sarracenos fieles al emperador, que se distribuyeron enseguida por la cubierta y mantuvieron a raya a los *lancelotti*, apuntándoles con sus flechas. El rey de los mendigos fue trasladado inmediatamente a Palermo en su propio barco, como él mismo consideraba a la trirreme. No obstante, le dieron permiso para despedirse antes de Yeza. Lo hizo con mucha formalidad y la joven se mostró sensible, exteriorizando incluso cierta tristeza. Al darse cuenta, el Taxiarcos extrajo de su jubón un amuleto que llevaba atado a una cinta de cuero. La joven reconoció enseguida la cruz dorada de los templarios, pero ésta llevaba en el centro una diminuta pirámide elevada de ónix negro. Parecía muy antigua.

—Os la cedo con todo cariño —murmuró el hombre—. Pero sólo revelará su secreto a quien posee una inteligencia despierta y aguda.

Yeza no quiso rechazar el talismán, del que sospechaba que habría pertenecido a Gavin.

—De mi corazón espero que no me traicione, y de mi cerebro que nunca me deje en la estacada. —Y sonrió mientras se pasaba la cinta por encima de la cabeza y acogía la cruz entre su ropa.

Se llevaron al Taxiarcos, al que Yeza envió un saludo formal, porque no quería permitirse dejar traslucir sus emociones. Estaba segura de que volvería a encontrarse con aquel aventurero, y le envió una de sus miradas más luminosas. Yeza conocía el efecto de sus ojos verdes.

## El Cardenal Gris

En el enorme Palazzo dei Normanni, Beni el Gato ayudaba a Potkaxl a tender la ropa. Habían atado una cuerda de ventana a ventana, a través del patio interior, que corría sobre una polea y les permitía colgar las prendas y desplazarlas sobre el hueco. La doncella no conocía este sistema y Beni tampoco estaba muy familiarizado, por lo que de vez en cuando se les caía alguna prenda mojada hacia abajo, entre los desperdicios de la cocina de palacio. Beni tuvo que bajar repetidamente la escalera y recorrer pasillos interminables para poder recoger las piezas caídas, que Potkaxl tenía que volver a lavar.

—¡Aquí es muy fácil perderse! —resoplaba el Gato—. Cada escalera te lleva a otra parte, y de repente te encuentras en una sala de audiencias o en un sótano entre piezas colgadas de carne, bolsas de leche cuajada que gotean o cestas de nabos podridos.

Potkaxl se reía al oír sus quejas y lamentos.

—La princesa Constancia, en cambio, habrá entrenado a su guepardo para que encuentre a nuestro señor Roç siguiendo su olfato. Aunque monseñor Gosset haga dormir al Trencavel cada noche en otra habitación, se encuentra cada mañana, como por casualidad, a la princesa delante del dormitorio.

Beni ayudaba a su compañera a retorcer las piezas mayores de ropa.

—El rey, de momento, se limita a observar la situación con cierta desconfianza —prosiguió Potkaxl con un suspiro, como si el asunto la afectara mucho—. Pero si nuestro pobre señor acabara por no poder defenderse de la princesa, sobre todo ahora que la dama Yeza lo ha abandonado, no quiero ni pensar cómo reaccionaría el rey si viese deshonrada a la niña de sus ojos. El señor Manfredo le echaría toda la culpa al Trencavel. Le haría castrar, sacarle los ojos...

—¡No sigas! —exclamó Beni, horrorizado—. ¡A partir de ahora dormiré todas las noches delante de su cama y no le perderé de vista ni de día ni de noche!

—¿Acaso sabes dónde se encuentra ahora mismo? —A Potkaxl la divertía el repentino afán de su amante—. ¡Por todos los santos! —se le escapó a Beni—. ¿No habrá ido...?

—Ha salido con el señor Manfredo a la caza con halcón —le tranquilizó la doncella—. Esto forma parte de las atenciones que le dispensa el rey, quien por otra parte también le tiene cariño a Roç y no quiere que pasen ciertas cosas feas...



—Además, Manfredo le debe alguna precaución al rey de Aragón. ¡Después de todo, Constanza, esa gata en celo, está prometida al infante! —Beni se sentía como un san Jorge.

Potkaxl le reafirmó en sus convicciones:

—Los dos debemos mantener los ojos y oídos bien abiertos.

Eso mismo hacía el sacerdote Gosset, de modo que fue testigo cuando Maletta entró, en condiciones bastante lamentables, en el despacho del canciller.

—¡Me habéis engañado vilmente, Juan de Procida! —le soltó a éste, sin dar explicaciones ni saludar—. ¡Ese hombre merece ser ahorcado! Me ha tratado de una manera abominable.

El canciller le interrumpió con tono tranquilizador.

—¡Querido Maletta, él nunca me comunicó sus intenciones!

—Y los mensajeros que envié a todas partes para atrapar a semejante criminal, ¿no os han informado de cómo me humilló?

—La verdad es que me hablaron de que el duque de Lancia habría deseado cortarle la cabeza porque le hizo esperar a él, el duque, en Reggio. ¡Si os sirve de consuelo, os diré que cada día que el Taxiarcos tardó en llegar, le ha costado una docena de latigazos!

—Y vos recibís a ese amotinado con todos los honores, le confirmáis como capitán de esa trirreme de los demonios, ¿y le habéis dejado el mando sobre las hoces de esos remeros insolentes, los *lancelotti*? ¡Todos ellos merecen ser colgados! ¡Todos!

—Lo haremos la próxima vez —intentó calmarle el canciller—. En este momento, la trirreme ya se ha hecho de nuevo a la mar, a cumplir con una misión que es exclusiva responsabilidad mía.

—Casi desearía que vuestro capitán preferido se insubordinara, tal como pretendió hacer frente a mí. ¡Entonces hablaríais de otro modo! —refunfuñó el chambelán.

—Cada capitán es dueño de sus actos cuando se encuentra en alta mar, pues de lo contrario no sería capitán. La única posibilidad de exigirle responsabilidades, es cuando está en tierra. Ese momento llega forzosamente para cada marino, Maletta, y espero que sepáis esperar.

Juan de Procida miró con toda tranquilidad al chambelán, que se alejaba furioso y salió de la estancia dando un portazo.

El buen duque de Lancia, en efecto, quiso acompañar a Yeza personalmente hasta el puerto romano de Ostia. Al mismo acudieron para recibir a la joven, en una

conjunción sorprendente y posiblemente poco duradera, el temible Oberto Pallavicini y el igualmente temible cardenal Octaviano degli Ubaldini. Aunque no esperaban en el muelle, sino en el Castel d'Ostia<sup>[544]</sup>, situado algo hacia el interior. La bahía que conforma el puerto romano, y que en su día gozaba de justa fama, estaba siendo inundada por la arena a causa de la desidia de los papas. En realidad el duque de Salerno ni siquiera deseaba bajar a tierra, pero la noticia de que los dos señores deseaban saludarle a él y a la dama Yeza, le hizo superar su rechazo a Roma y a todo el clero, incluidos los seguidores de los güelfos. Por otra parte, hacía tiempo que deseaba verse cara a cara con el temible Cardenal Gris.

Yeza ordenó a Jordi que procurara vehículos nuevos, pues las naves ligeras del duque de Lancia no habían podido cargar los carros, únicamente los caballos y el palanquín, en el que descansaba, con su peso real e imperial, el arcón del tesoro. Incluso renunció a que la acompañara su primera dama de la corte, algo que le sentó bastante mal a Mafalda, pues a la hija del conde de Levis le habría gustado ser presentada al Papa en lugar de tener que ocuparse de las cajas y los bultos llenos de enseres domésticos. Aunque se consoló un poco cuando se enteró de que el papa Alejandro IV no se encontraba en Roma, y mucho menos en Ostia. Yeza sólo llevó como compañía a Sigbert, el enérgico comendador de la orden teutónica, que había soportado todo el viaje con una serenidad estoica, incluido el cambio de nave. Aquel gigante de cabello blanco llevaba su propia bolsa de viaje colgada del hombro, y cuanto sucedía a su alrededor parecía afectarle muy poco. Aunque no le quitaba el ojo de encima a Yeza, lo hacía de una forma respetuosa, pues sabía que a la joven no le gustaba saberse vigilada. Él confiaba en ella y ella se lo agradecía, arrojándole de vez en cuando una breve mirada de agradecimiento por saberlo tan cerca.

Una de las paredes de la enorme sala de audiencias del castillo papal estaba ocupada, del suelo al techo, por el famoso *mappa terrae mongalorum*<sup>[545]</sup>, aquel mapamundi que muestra por primera vez el imperio del gran khan de los mongoles, con la silueta de las cúpulas doradas, los esbeltos minaretes y los campanarios cristianos de Karakorum.

Yeza tuvo que sonreír. William le había relatado varias veces de qué forma tan extraña había sido confeccionado aquel mural, en el que él había colaborado gastando mucho material a falta de conocimientos basados en sus supuestos viajes por aquellas lejanas tierras. Sus ojos buscaron y encontraron la puertecilla secreta que se ocultaba allá arriba, entre el desierto de Gobi<sup>[546]</sup> y la cordillera de Altai<sup>[547]</sup>. Yeza sabía por boca de William que aquella trampilla podía abrirse desde el tejado, y apreció estar bien enterada. Recordó a Roç, y el afán que solía mostrar éste de comprobar inmediatamente la veracidad de tales informaciones.

—Bienvenida, joven dama —exclamó el cardenal con cordialidad cuando vio a Yeza, y por simple costumbre le tendió la mano, adornada con numerosos anillos

encima del guante.

Yeza tomó esa mano, miró con interés los anillos y dijo:

—Yo no juntaría rubíes con esmeraldas. Se anulan recíprocamente. —Y soltó la mano mientras dedicaba al cardenal su sonrisa más deslumbrante.

Sigbert, aunque tampoco había visto nunca antes al cardenal, se hizo cargo de las presentaciones:

—El príncipe Galvano Lancia, duque de Salerno —todos conocían el título, pero a él le pareció adecuado mencionarlo, para realzar la presencia de Yeza—, ha tenido la amabilidad de acompañar a su alteza real, la princesa Yeza Esclarmunda du Mont y Sion, para entregarla a la protección de vuestra excelencia. Creo que responde al deseo de muchos pueblos y soberanos cristianos, desde los Pirineos y hasta los montes de Altai en el lejano oriente de los mongoles, y desde las islas del helado mar del Norte hasta las pirámides del desierto, que no sean otros que la pareja real los que ocupen el trono de Jerusalén e impongan de una vez por todas la paz en ese territorio. Para conseguirlo, tendrán que frenar tanto el ataque de los ejércitos del gran khan y de los salvajes mamelucos del sultán de El Cairo, como también las ambiciones de los venecianos y genoveses, entregados a peleas poco razonables en Tierra Santa. Al mismo tiempo, ya casi no llegan auténticos cruzados a los santos lugares.

El comendador, que ya tenía sus años, tuvo que hacer una pausa para respirar.

—La situación en Tierra Santa ha sido siempre como un espejo, por no decir como una imagen desfigurada, que refleja la descomposición de las relaciones que rigen tanto en Oriente como en Occidente. Es responsabilidad de Roma procurar que se instauren el orden y la tolerancia, pues de no hacerlo, nuestra amada Jerusalén será la víctima definitiva de tan vergonzosas controversias. En lugar de salvar la simiente del amor entre los humanos para que pueda arraigar la fe cristiana, lo que hacemos es machacarla entre las piedras de molino de la ambición terrenal y el odio fanático de las religiones. ¿Acaso es ése el deseo de Roma?

Sigbert von Öxfeld calló, agotado, pues no traía preparado el discurso. Pero la ocasión única de encontrarse frente a un personaje importante del imperio y un alto representante de la sede de San Pedro, aunque enemistados entre ellos, hizo brotar el enfado que había ido acumulando después de pasar toda la vida como caballero cruzado al servicio de la cristiandad, una vida llena de renunciaciones que, en último término, no habían servido para conseguir lo que se pretendía.

Sin embargo, las palabras del comendador no parecieron afectar demasiado a los presentes. Los señores consideraron más bien que la perorata del caballero tenía un punto de insolencia. Sólo Yeza se puso del lado del anciano y le apretó con firmeza el brazo, en agradecido reconocimiento de sus palabras y al mismo tiempo como gesto apaciguador. Ella no había esperado otra reacción, pero quería evitar que Sigbert se entregara del todo a su justificada ira.

—Pues bien —se dirigió el vicario del imperio al Cardenal Gris, guiñándole su único ojo en señal de basta familiaridad—. Ahora ya conocéis los anhelos de la pareja real, y aunque aquí solamente veáis a la mitad de ella, podéis confiar en que la dama Yeza defenderá este deseo suyo con firmeza ante el Santo Padre.

—¡El señor Alejandro queda advertido! —ironizó el duque de Lancia, y el cardenal recogió el guante.

—El Papa sabe por qué se encuentra en Viterbo, protegido por las murallas de esa ciudad. Aunque, en realidad, yo esperaba que la dama Yeza me solicitara un salvoconducto para visitar la ciudad de Bolonia.

Yeza comprendió que se dirigía a ella y le respondió con cierta impertinencia.

—La forma en que se acoge aquí nuestra reivindicación del trono de Jerusalén me quita las ganas de pedir cualquier otro favor a la Iglesia o al imperio.

—Os ruego, honorable dama —susurró el cardenal con voz melosa—, que aceptéis desde ahora nuestro permiso para circular libremente dentro de nuestras fronteras, sin que exista para vos obstáculo alguno. —Se retorció un poco antes de proseguir—: No me cuesta más que un plumazo, que se reconoce como rúbrica mía. —Y rió de sus propias palabras.

Y el de Pallavicini aportó su opinión:

—No obstante, la cuestión del reino de Jerusalén es diferente.

—No quiero que me entiendan mal, ni siquiera mis amigos —intentó aclarar Yeza—. La pareja real no exige la entrega de un territorio que según el derecho feudal lleva el nombre de «reino de Jerusalén», aunque la santa ciudad hace más de setenta años que *de facto* ya no forma parte de los dominios cristianos. Tampoco tenemos la mente puesta en una nueva cruzada para recuperar ese territorio con violencia o por cualquier otro medio truculento, sino que reivindicamos el nombre de una Hierosolyma espiritual, un centro del que emane el espíritu cristiano.

—¡Es como si cantara un ángel! —estalló de júbilo el cardenal y extendió sus brazos—. ¡El Santo Padre estará contentísimo! De las ruinas del desierto nace una nueva flor cristiana y el Santo Sepulcro se iluminará con un nuevo resplandor!

Yeza retrocedió un poco para escapar al abrazo, aunque no pudo evadirse del torrente de palabras que rezumaban una falsedad apenas disimulada. En su disgusto decidió pagarle con la misma moneda.

—Sería maravilloso —suspiró y volvió su mirada luminosa hacia el techo de la sala, como si allí estuviese sentado el mismísimo Papa— que pudiésemos recibir la ciudad celestial de Jerusalén como feudo espiritual de las manos del representante de Cristo en la tierra. ¡La pareja real recibiendo con humildad la corona dorada de espinas del Espíritu Santo, y el Papa bendiciendo nuestra obra y nuestro quehacer!

El cardenal miró a Yeza, primero sorprendido, después afectado, y finalmente divertido.

—Expondré al Santo Padre vuestro deseo. Estoy convencido de que esta recuperación pacífica, con la que asestaremos un pequeño golpe a todos los enemigos de la *Ecclesia catolica*, responde en todo a su manera de sentir. De momento os pido que seáis mi huésped...

—Os agradezco, excelencia, la rapidez con que habéis acogido mi solicitud, pero yo no he tomado tierra aquí para admirar un puerto invadido por la arena, sino para ver la Roma Eterna, *urbis et orbis*. Allí me encontraréis en todo momento, ¡y allí seguiré a la espera de ese escrito identificado por un plumazo inconfundible!

Yeza hizo a Sigbert una seña para retirarse, pero el de Pallavicini le dirigió una mirada de advertencia y el cardenal se sintió obligado a retenerla.

—Os puedo extender un salvoconducto para viajar a Bolonia, pero no para la ciudad de Roma. Se trata de un territorio peligroso para una dama joven, ¡y os advierto que los romanos son muy revoltosos!

Yeza miró retadora al vicario imperial.

—¿Supongo que vos, Oberto Pallavicini, sois buen amigo del *podestà* de una ciudad que ha sido capaz de expulsar al Papa?

Yeza creía que esta mención sincera le sería muy penosa al vicario imperial, adicto a los Hohenstaufen, pero a éste ni siquiera le temblaron los párpados, y su único ojo miraba en otra dirección.

—Os puedo entregar una recomendación dirigida al Brancalcone, pero por lo demás ¡me adhiero a la advertencia del cardenal!

—¿Quién ostenta ahora, en realidad, el poder en Roma? —quiso saber Sigbert.

—¡El populacho! —respondió el cardenal—. El Brancaleone ha proclamado la república, y ahora esa chusma cree poder gobernarse a sí misma. Ese Brancaleone, un soñador desleal, hace tiempo que no es más que una pelota en manos de las masas desenfrenadas. *Senatus populusque Romanus!* ¡Una asamblea de insensatos!

—¡Una asamblea de mierda! —asintió el vicario.

—A mí no me dan miedo —declaró Yeza—. No creo que Roma sea peor que otras capitales de esta tierra. ¡Acompañadme a la puerta! —le exigió al vicario. Dobló con expresión irónica la rodilla ante Galvano Lancia y el cardenal, y seguida de Sigbert y el de Pallavicini se dirigió al exterior.

—Ya veis, honorable dama —le susurró el vicario—, que nada impide vuestra visita al rey Enzo en Bolonia. Habéis conquistado el corazón del cardenal. Yo jamás habría conseguido que os extendiera ese salvoconducto. Transmitid mis saludos al rey Enzo y decidle que todo va por buen camino, y que no pierda la esperanza. Pronto Bolonia se verá aislada y no podrá resistir la presión de un bloqueo. ¡Su fiel Oberto se ocupa de ello! —Con estas palabras apaciguadoras se despidió el vicario imperial, enviando a Yeza una última mirada que pretendía expresar sus mejores deseos, pero que no ocultaba la perfidia de sus intenciones.

—Ese saludo dirigido a Enzo —murmuró Sigbert mientras descendía junto a Yeza por la escalera exterior— significa: «¡Quédate donde estás! Yo soy tu representante y capaz de arreglarlo todo mucho mejor que tú. En realidad, nadie te necesita.»

—Son unos miserables... —exclamó Yeza—. ¡Todos tienen las mismas ambiciones!

—Esa ambición es el poder —le confirmó el comendador, pero ella ya tenía la atención puesta en otra cosa—. ¡He creído ver un fantasma! —musitó—. Me parece haber visto ocultarse detrás de una columna a ese fraile conocido como «la sabandija».

Sigbert sonrió.

—Bartolomeo de Cremona forma parte del servicio de espionaje del Cardenal Gris.

—¡Su aparición no es un buen presagio! —se preocupó Yeza.

—Es cojo —fue la única respuesta del comendador, en un intento por tranquilizarla.

Habían llegado al castillo y allí se encontraron con Jordi, se había preocupado de conseguir unos carros que ya tenía cargados.

—En Roma nos alojaremos en la Casa de la Orden de los Teutónicos —propuso Sigbert.

Yeza no le respondió, pues estaba ocupada en llevar aparte al trovador e informarle rápidamente de todo lo que sabía por mediación de William acerca de la trampilla secreta en el castillo papal, a la que podía accederse desde el tejado, a través de una chimenea inutilizada.

—No desearía que os expongáis a ningún peligro, Jordi —dijo la joven—, pero me gustaría saber lo que traman esos señores.

Para su gran alivio, el enano se mostró bien dispuesto, y Yeza regresó con él hacia donde estaban los guardias del portal y preguntó por ese lugar secreto que sirve para las grandes necesidades. Mientras los guardias le señalaban el camino, Jordi lograba escabullirse hacia el interior. Yeza subió la escalera, entró en el pequeño recinto que aparecía pegado al exterior del muro como un nido de golondrinas, miró hacia el lejano mar y después regresó.

El viaje a lo largo del Tíber la llevó a una ciudad que le resultaría muy diferente de todas las que había conocido hasta entonces.

En la sala papal de audiencias, el cardenal Octaviano parecía excitado al ver que el de Pallavicini se mostraba satisfecho con el resultado de la conversación.

—No creo que llegue a perjudicar nuestros intereses en Roma, y por otra parte estoy convencido de que se dirigirá muy pronto a Bolonia. Allí hace tiempo que están preparándole una estancia prolongada a la princesa.

—¿Y si consigue lo que busca? —insistió el cardenal—. ¿Y si tiene éxito con sus pretensiones?

—En ese caso habrá que concederle la corona de Jerusalén —se burló el de Pallavicini.

—¡Ah! —se le escapó al cardenal—. ¿Lo que la Roma cristiana no ha conseguido en mil años de su historia, queréis conseguirlo aquí con un golpe de mano? ¿Queréis establecer la paz entre los pueblos, la reconciliación de las religiones, incluyendo a los herejes y los idólatras?

—No se trata de querer o no. La pareja real lo intentará, y finalmente fracasará.

—Es la única manera de deshacerse de ellos —añadió el cardenal con sorna— sin que pervivan como mártires heroicos, víctimas del Gran Proyecto, sacrificados por la *Prieuré* o asesinados por sus malévolos enemigos, incluyendo a la Iglesia, en cuyo caso alcanzarían una gloria eterna y seguirían viviendo en las mentes de la humanidad.

—¡Esa es la intención! —proclamó Oberto Pallavicini con expresión solemne, pero el de Lancia se mostró escéptico.

—Todavía no estáis seguro de conseguir el éxito en Bolonia, y además éste sólo afectaría a la dama Yeza, no a Roç Trencavel. ¿Cómo pretendéis mantener una ficción del reino de Jerusalén?

—Sin la dama Yeza, la pareja real no existe.

—Yeza aún vive, y Roç no descansará hasta recuperarla...

—Del Trencavel se ocupará el rey Manfredo —aseguró con gesto apaciguador al cardenal, aunque no sirvió de mucho.

—¡Lo de Bolonia no debe fracasar! —le insistió éste al vicario—. Lo de Jerusalén me da miedo. Allí existen fuerzas que, una vez liberadas, no podremos dominar desde aquí con nuestros medios.

Octaviano, que solía mostrarse comedido, empezaba a enfadarse.

—No se le puede pedir al Santo Padre un nombramiento en favor de la pareja. ¡Si ni siquiera están bautizados!

—¡Ni casados por la Iglesia! —Al duque de Lancia ya sólo le quedaba la ironía, al ver por dónde transcurría la disputa—. ¡Serían capaces de admitir el catarismo como confesión válida! —El cardenal, ya definitivamente escandalizado, parecía no querer enterarse de la burla, por lo que el de Lancia añadió aún:

—¡Lo proclamarían religión oficial! Es lo que faltaba en ese desgraciado lugar donde los judíos campan a sus anchas.

El cardenal añadió:

—Para los musulmanes, fue allí donde su profeta Mahoma ascendió al cielo, montado en su caballo, e incluso tienen una piedra con la marca de la herradura.

—Bueno —dijo el duque de Lancia—, no vayamos a enumerar ahora los santos

lugares que nosotros, los cristianos, tenemos ocupados en la ciudad y sus alrededores. Superan con mucho la importancia de Roma, por mucha iglesia de San Pedro y unas cuantas catacumbas de que pueda presumir ésta.

—Vos no sois amigo de la Iglesia —le reprochó el cardenal—, aunque tampoco os conviene adoptar el papel de Anticristo sólo por ser el tío de Manfredo.

—Me alegra saber, Octaviano degli Ubaldini, que a pesar de todo seguís considerando que los seguidores de los Hohenstaufen son cristianos.

El cardenal no quería dejarse provocar.

—Todos estamos en la mano de Dios —respondió, enfático—. A unos les muestra el camino hacia la verdadera fe, mientras otros serán sometidos a su juicio final. ¿Qué hay de ese rumor de que alguien quiso envenenar al rey Manfredo?

—El veneno no procedía de vuestras reservas, excelencia —respondió el vicario—. Los griegos...

—¡Malditos cismáticos! —exclamó el cardenal—. ¡Sólo a ellos se les podía ocurrir presentar un cáliz envenenado!

—¿Cómo sabéis que fue un cáliz? —quiso saber, desconfiado, el Pallavicini. Pero el cardenal no se dio por enterado.

—Era un cáliz de pesado mármol negro —siguió informando el vicario—. Hemos hecho recomponer los trozos por dos prisioneros condenados a muerte.

—¡Habéis necesitado seis condenados hasta conseguirlo! —contribuyó al coloquio el duque de Lancia con expresión fiera.

—En cualquier caso, en la base del recipiente había un espacio hueco para el veneno que, a través de un finísimo canal del grosor de una aguja, ascendía con ayuda de un hilo por el tallo hasta la copa, una vez que los escanciadores la hubieron llenado con el vino anteriormente probado por ellos.

—No está mal —observó el cardenal—. Hay que ver de lo que son capaces esos griegos. La idea es genial, pero su puesta en práctica fue deficiente. ¡Esos cismáticos son terribles!

—¿Y cómo consiguió el señor Manfredo escapar del atentado?

—Un franciscano nos advirtió del peligro.

—¡Nunca está uno seguro de no tropezar con un minorita! Son casi tan omnipresentes como los herejes, ¡yo diría que aún son peores!

—Se trataba de William de Roebruk.

—¡Un engendro del demonio! ¡Por ahí tenía que fallar el plan! —exclamó el cardenal—. ¡Señores, a la mesa! ¡*Mi venenarius venerabilis*, mi envenenador particular, tiene hoy su día libre!

Y juntos, y de muy buen humor, abandonaron la sala.

## Un Brancaleone en el Capitolio



La pequeña comitiva formada por dos carros y un palanquín alcanzó las murallas de la Ciudad Eterna por la Porta Portuensis. El vicario imperial había enviado un destacamento de jinetes que parlamentaron con los guardias de la entrada. El camino quedó expedito para la dama Yeza, que entró a caballo en la ciudad, al lado del comendador Sigbert, y dirigía su mirada entusiasta al revuelo de barcas y barquitas que poblaban el puerto fluvial, frente a la isla de los leprosos emplazada en medio del Tíber, mientras a la derecha se elevaba poderoso el Aventino<sup>[548]</sup> con sus palacios y jardines.

—Deberíamos evitar el Trastèvere, un barrio de mala fama donde habitan los ladrones —recomendó el caballero—. Estaba destinado a proteger este puerto interior, pero, en realidad, todo el que se aventura por allí acaba siendo expoliado.

A Yeza no le habría disgustado verse atacada por unos bandidos, pero recordó a tiempo que en el arcón depositado en el palanquín estaban todos los medios de que disponía para costear su viaje. De modo que siguió obediente al gigantesco comendador y tomaron la ancha calle empedrada que pasa por el precioso puente de los romanos, para entrar en la ciudad por el lado en que el pobre viajero sufre otra clase de expolio, pues tiene que pagar peaje. Hasta el empedrado ofrece un aspecto lujoso, por no hablar de las esculturas de mármol que lo flanquean a ambos lados. Ese camino desemboca directamente frente a un edificio circular imponente, rodeado de templetes.

—¡El Coliseo! —exclamó Yeza, orgullosa de conocer el nombre, pero Sigbert la desilusionó.

—No es más que el teatro de Marcelo<sup>[549]</sup>. ¡El Coliseo es diez veces más grande y majestuoso!

Yeza no acababa de sorprenderse cuando se sumergieron en las callejuelas. Había visto testimonios del arte romano en muchos sitios, desde el Líbano hasta el Languedoc, pero ahora se veía confrontada a un número increíble de columnas y arcadas de belleza sobrecogedora.

—¡Ahí tenemos el castillo de los teutones! —le señaló Sigbert un edificio cuadrado de piedra travertina, al parecer sin ventanas, pero que mostraba, en las proporciones y en su austera decoración, la mano de sus constructores romanos—. Nos instalaremos allí.

Yeza miró a su alrededor y se frotó los ojos, que la ardían a causa del rápido cambio entre la luminosidad de las fachadas de mármol blanquecino y la sombra de los muros de ladrillo del color de la tierra.

—Preferiría alojarme en un sencillo mesón del centro de la ciudad —dijo Yeza, señalando una oscura entrada en el muro, donde un cartel de madera indicaba con una flecha la entrada al Albergo del Paradiso<sup>[550]</sup>. Se trataba de una especie de torre hacia la cual en su tiempo conducía una escalera, derribada a media altura y en la que ahora

crecía una higuera. Yeza se dio cuenta de que su protector le lanzaba una mirada de desaprobación.

—La protección de la orden teutónica seguramente abarca también este pequeño Paradiso —suplicó al gigante—. Desde allí arriba veréis esta humilde posada como la debe de ver Dios Padre. Así protegeréis mis sueños.

Mafalda, que había asistido a la conversación, presentó sus reivindicaciones como primera dama de la corte.

—El visir, y yo misma, aceptamos gustosamente la hospitalidad de nuestro admirado señor de Öxfeld, pues nos preocupa la seguridad de nuestras pertenencias, lo que en este Paradiso me parece más que dudoso. —Y arrugó la nariz.

—¡Perfecto! —exclamó Yeza—. Podéis alojaros en el castillo con los carros y el equipaje, y yo me quedo aquí con Geraude y el maestro Jordi, del que supongo que preferirá quedarse cerca de mí.

Bajó del caballo y accionó con energía una aldaba, a cuya llamada respondió el mesonero, que se personó de inmediato junto a su mujer.

—¡Vendré a veros cada día! —exclamó el comendador, no tanto para Yeza como para el mesonero, que al ver el hábito de la orden, la túnica blanca con la cruz, se deshizo en reverencias.

—¡A la dama no le faltará de nada! —exclamó el mesonero mientras miraba a Mafalda.

Yeza aprovechó la ocasión para ahondar en la farsa.

—A cualquier hora en que me hagáis llamar acudiré para serviros. —Y dobló respetuosa la rodilla delante de su primera dama—. Lo mismo cabe decir del mozo Jordi, en cuanto vuelva a encontrarse entre nosotros.

—¡Ordenaré a ese perezoso que acuda ahora mismo! —prometió con dignidad la dama Mafalda, y sólo Geraude se mostró preocupada.

—¡Espero que nos encuentre!

—¿Queréis que le busque? —se ofreció el visir.

—¡Ni hablar, Kefir Alhakim! —decidió Mafalda—. ¿Quién descargará los carros? —Y volvió a dirigirse con dignidad a Yeza—. ¡Os enviaré lo más necesario!

Sigbert enarcó una ceja, expresando así que se sentía incómodo.

—¡Para mayor seguridad, el palanquín se guardará en mis habitaciones! —le aseguró a Yeza, aunque sin mirarla a la cara.

—Ruego a las damas que me sigan —dijo el mesonero, ya sin tanto respeto, mientras su mujer miraba incluso con abierto desprecio a Yeza y Geraude.

Unas mujeres que accedían a quedarse en un albergue sin acompañamiento masculino, no podían tener más que una reputación dudosa. Aunque, por otra parte, aquellas dos tampoco tenían el aspecto de las habituales cortesanas de San Juan de Letrán, las conocidas del palacio de la Curia del que salían los cardenales como

viejos cabrones en celo.

El mesonero condujo a sus dos huéspedes hacia dos camerinos situados uno al lado del otro. El de atrás ofrecía una vista sobre un patio emparrado, el de delante sobre una plaza de mercado con una fuente. Los muebles eran pobres y no demasiado limpios, las paredes mostraban signos de la muerte violenta de toda clase de insectos. Los mosquitos habían dejado en todas partes pequeñas manchas de sangre, y debajo de la cama se veían algunas cucarachas muertas.

—¡Podéis ir a distraeros entre el pueblo! —le propuso Geraude a su ama—. Entretanto, yo arreglaré la habitación y prepararé las camas con nuestras propias sábanas.

—¡No estaría mal exponer los colchones al humo! Estoy segura de que habrá nidos de chinches y como mínimo una legión de pulgas a la espera de nuestra delicada carne —asintió Yeza y bajó las escaleras, que emitían un ruidoso crujido, para encontrarse con Jordi, que la esperaba con una sonrisa divertida.

—¿Cómo habéis podido salir de la cueva de ese horrible cardenal? Venid, querido trovador, ¡vayamos a confundirnos con la plebe romana!

*De don plus m'es bon e bel  
non vei mesager ni sagel,  
per que mos cors non dormi ni ri,  
ni no m'aus traire adenan,  
tro que eu sacha ben de fi  
s'el'es aissi com eu deman.*<sup>[552]</sup>

El enano se mostraba reticente y miraba con desconfianza hacia lo alto de la escalera.

—¿Supongo que Geraude habrá traído mi laúd? —preguntó, mostrándose preocupado, cuando empezaron a oír unos ligeros acordes y la bella voz de la doncella, que entonaba una canción de amor de su patria occitana.

*La nostr'amor vai enaissi  
com la branca de l'albespi  
qu'esta sobre l'arbre tremblan,  
la nuoit, a la ploia ez al gel,  
tro l'endeman, que-l sois s'esperan  
per la fueilla vert e'l ramel.*<sup>[553]</sup>

Los dos la escucharon silenciosos, al pie de la escalera, y después Jordi ofreció su informe.

—He oído todo lo que el cardenal y el vicario imperial se reprocharon mutuamente, como si estuviese a su lado —susurró el enano mientras paseaban por las oscuras callejas—. Después se fueron a comer y mi estómago empezó a gruñir, hasta el punto de que temí que pudieran oírlo.

—¡Os compraré algo de comer! —prometió Yeza mientras pasaban por delante de los puestos de gallinas muertas y desplumadas y cestas llenas de pollitos que piaban.

—No habría podido escapar de los guardias del portal, por lo que me acurruqué debajo de la escalera y me hice el dormido.

Cuando uno de los guardias pasó cerca, me puse a roncar con fuerza, ellos me despertaron y yo pregunté, mostrándome confundido, que dónde estaba mi señora, que no había pretendido otra cosa que realizar una breve visita al lugar secreto de las grandes necesidades. Los guardias se rieron de mí, asegurándome que mi señora hacía tiempo que había marchado, tras lo cual me eché a llorar y ellos sintieron pena. Me metieron en la próxima barca de transporte que remontaba el río con una carga de verduras, zanahorias y nabos.

—Decidme de una vez ¿qué es lo que esos señores, otras veces tan enemistados, traman ahora de común acuerdo?

—El cardenal Octaviano y el tuerto Oberto de Pallavicini no son tan enemigos como podríamos pensar. —Jordi se había puesto serio y miraba constantemente a su alrededor—. Debemos tener precaución. No creo que éste sea el lugar adecuado para confiaros esas intrigas.

Pero Yeza no parecía muy preocupada.

—Si no hay un peligro inmediato, ¡vayamos a comprar huevos, pan y jamón!

Y se acercó decidida a un puesto donde se amontonaban las tortas de pan, además de aceitunas en recipientes de barro, sacos llenos de sal y cestas de huevos. Yeza examinaba con ojo avizor los jamones colgados, mientras el enano se metía bajo el mostrador y aprovechó que el dueño discutía con Yeza la calidad de los jamones, para robar dos o tres huevos, que agujereó con su colmillo puntiagudo y sorbió en crudo. Cuando Yeza se apartó del puesto, el vendedor estalló en improperios:

—*Mortacci tui!*<sup>[554]</sup> ¡Esos extranjeros pretenden saber más que nosotros de nuestra propia comida!

Jordi escapó en dirección opuesta.

Sigbert le trajo a Yeza una invitación para el Capitolio<sup>[555]</sup>. El comendador acudió acompañado de su escolta, y no le dijo si la invitación había sido solicitada por él, o si el Brancaleone conocía ya la llegada de Yeza por boca de sus espías. En cualquier caso, de todas las órdenes militares, los teutónicos fieles al imperio eran en aquella época de animosidad contra el Papa los únicos que seguían bien vistos por el Senado. Los romanos jamás habían aceptado de buen talante el poder secular de los papas sobre el gobierno de su ciudad. Ese pueblo habría aceptado a Yeza, recibéndola

jubiloso como a una reina, si hubiese sabido de quién se trataba, pero Sigbert no consideraba aconsejable llamar mucho la atención, pues dentro de las murallas de la ciudad existían también los partidarios del Papa, entre los que se contaba una aristocracia influyente que debía sus títulos, sus privilegios y sus palacios también a la Iglesia, al Patrimonio de San Pedro, y que por otra parte estaba estrechamente emparentada con los *camerlinghi*, los funcionarios del Papa, y con los propios papas. El pueblo los llamaba *cammellieri leccazampe*, algo así como «camelleros aduladores», pero la verdad es que poseían poder suficiente y medios para anular a cualquiera que se mostrara demasiado subversivo, mandarle apuñalar en plena calle o hacerle desaparecer para siempre en las cloacas.

Yeza eligió como compañía a Kefir Alhakim. Le compró un chaquetón negro, bastante costoso y adornado con pieles, y un sombrero como solían llevar los profesores, además de colgarle del cuello una gruesa cadena de oro de la que pendía, en lugar de la cruz, una *khamsa*<sup>[556]</sup>, la mano de la suerte de los árabes. Su aspecto era muy digno.

El caballero teutónico había traído el palanquín y esperaba a Yeza delante del mesón. La joven tuvo que subirse a él, junto con el visir.

Su recorrido hacia el Capitolio pasaba por delante del mayor conjunto teatral que posee Roma, el de Pompeio.

—Aquí asesinaron a César —le explicaba Yeza a Kefir, pues la joven había estudiado a fondo la estructura y la historia de las amplias hileras de bancos, las grandiosas entradas y antesalas rodeadas de columnas y los corredores bajo arcadas, con sus ascensores subterráneos para hacer aparecer el *Deus ex machina*<sup>[557]</sup> y el artístico mecanismo de los escenarios móviles. Kefir miraba apenado desde detrás de la cortinilla hacia las columnas derribadas y las vigas reventadas.

—Debe de haberse tratado de un poderoso príncipe, cuando tuvieron que destruir todo eso sólo para matarle.

Yeza no quiso entrar en detalles.

—César tenía poder sobre un imperio gigantesco, pero cuando quiso hacerse con el mando sobre Roma, fracasó.

Para entonces ya habían llegado a la colina del Capitolio. Los teutones descabalaron y trasladaron el palanquín al palacio del *podestà*, situado junto al Senado.

Sólo Sigbert von Öxfeld seguía a Yeza, que se había imaginado al famoso senador Brancaleone como a un romano de porte noble y alta estatura y se sintió desilusionada cuando la saludó un calvo corpulento y bajito, que le dedicó palabras amables pero distraídas mientras ella descendía del palanquín. Sin embargo, el *podestà* tenía una mirada cálida que le infundía confianza, así como el hecho de que estuviese ocupado en regar cuidadosamente algunos cactus plantados en macetas de

barro que ocupaban el alféizar de la ventana y daban una dimensión humana a la impresionante vista sobre el foro y el Palatino.

El Brancaleone miró con aire divertido a la joven.

—¿Queríais ir a Bolonia a saludar al rey Enzo?

—Sí —dijo Yeza—, no voy a negarlo, puesto que al parecer todo el mundo lo sabe ya. ¡Yo pretendía que el Papa me allanara el camino hacia esa ciudad!

Sigbert asistía a la conversación en silencio, con un aire casi ausente, pero en este momento intervino con una pregunta:

—En realidad, ¿responde a vuestro propio impulso el deseo de visitar al rey prisionero? ¿O hay alguien que os lo haya insinuado hábilmente para convenceros?

—El comendador parecía sinceramente preocupado y Yeza se sintió de repente insegura. Se le ocurrió que podría haber sido Rinat le Pulcin quien le había metido esa idea en la cabeza, con lo que las reservas de Sigbert estarían plenamente justificadas. Prefirió cambiar de tema.

—Me gustaría saber qué encontraron los romanos en Jerusalén y se llevaron a Roma, después de destruir el templo de los judíos tras la revuelta de éstos.

El Brancaleone la miró con sorpresa, pero el caballero teutónico se mostró todavía más asombrado, pues el hecho de que ella cambiara tan ostentadamente de tema parecía confirmar sus temores.

El Brancaleone, en cambio, entró gustoso en el terreno de Tierra Santa, pues le habría sido bastante más desagradable ahondar en la cuestión anterior. El viejo comendador había dado con sus temores en el clavo, pero no era asunto suyo convencer a Yeza de que desistiera de visitar a Enzo. Él, Brancaleone degli Andalo, cuyos antepasados habían venido del sur de España y algunos habían luchado en las filas de los templarios, sabía por qué determinados círculos de personas querían mantener alejada a la pareja real de Jerusalén: precisamente por esa cuestión que Yeza acababa de mencionar, con tan fina percepción. Se hizo el ignorante.

—¿El tesoro del Templo? —preguntó con ironía incrédula—. No tengo idea de si existió jamás, mi bella reina de la cabellera rubia. Además, se asegura que los godos<sup>[558]</sup> lo robaron a su vez en Roma y se lo llevaron al sur de Francia. Dicen que estaba escondido en su antigua capital gótica, en Redae.

Yeza le respondió con firmeza:

—Allí ya no está. Nadie sabe adónde ha ido a parar.

—No hay ningún pueblo que se haya llevado tantos secretos a la tumba como los godos —le confirmó el *podestà*.

Y Yeza añadió, muy excitada pero esforzándose por mostrar una fría superioridad:

—Y ninguno está tan rodeado de misterio como ese pueblo, ¡en cuyas creencias se basan todos los movimientos ocultos de Occidente! ¿No sabéis tampoco dónde se guardaba aquí en Roma ese tesoro de los templarios, quiero decir, del Templo?

¡Probablemente en este mismo Capitolio!

El *podestà* se echó a reír.

—¡No encontraréis ni una copa de oro! No porque los conquistadores hayan trabajado muy a fondo, sino porque los propios romanos no han dejado sin remover ni una piedra que oliera a tesoro escondido. Los romanos son el pueblo más aplicado de la tierra cuando se trata de buscar y encontrar tesoros.

Yeza miró alrededor. Si Roç hubiese estado allí, habría buscado en el mismo Capitolio la entrada al subterráneo, pues creía que toda la colina estaba atravesada por pasadizos secretos y cámaras ocultas, igual que el Castel Sant'Angelo<sup>[560][561]</sup>. No obstante, también ella estaba bastante convencida de que ya no quedaba nada que descubrir en Roma. Ni la piedra negra, ni el cáliz, escogerían aquel lugar que ya no olía a misterio auténtico, sino que, según afirmaba también el Brancalone, había devenido un poblado de pastores y ovejas que se paseaban entre ruinas románticas cubiertas de hiedra. Probablemente sólo existían dos o tres lugares en el mundo que aún guardaran algún misterio. Por orden de su antigüedad serían: las pirámides, el templo de Jerusalén ¡y probablemente el Montségur!

—¡Os creo, Brancalone! —dijo Yeza, mientras sus pensamientos volaban ya a otra parte—. Pero Bolonia nada tiene que ver con el secreto del Templo. Se trata únicamente de un reto que me he impuesto yo misma.

¡Es más bien una trampa, hija mía!, pensó el *podestà*, pero no lo dijo. Tal vez la joven reina estuviera predestinada a pasar por toda clase de pruebas. Probablemente la pareja real tuviera que exponerse a los muchos peligros que los amenazaban en un mundo de ataduras feudales. ¿Se trataría de un proceso de purificación? Él, el *podestà*, no tenía la misión de adelantarse al Gran Proyecto, cuando no era más que un delegado de la *Prieuré*: las decisiones se tomaban en un nivel superior. Si le habían dicho a Yeza que se dirigiera al Papa para hablar de ese asunto, lo natural era favorecer esa conversación.

Sintió cierto resquemor cuando se dio cuenta de que Yeza sostenía la firme opinión de que el lugar adecuado para dicho encuentro era Roma, y no Viterbo. Eso significaba que Alejandro regresaría a la urbe. Pero esta idea no concordaba con su propia presencia allí, revestida del cargo y de la dignidad de *podestà* republicano. O bien Yeza se había equivocado o él, el Brancalone, debía darse por advertido. El pequeño y corpulento hombrecillo calvo no sentía ganas de comentar el tema.

—Os quiero mostrar un retrato mío que recientemente pintó un artista veneciano —dijo de repente—. Me ha retratado mucho más favorecido de lo que soy en realidad.

Removió los cajones de su mesa de trabajo y finalmente sacó una tablilla de madera del tamaño de la palma de una mano.

—Ni siquiera me ha querido cobrar.

Yeza reconoció la pincelada: ¡Rinat! Y miró el retrato del senador Brancaleone. En efecto, el artista le había pintado mucho más joven, un tanto etéreo, ¡como un ángel sin cabello! Yeza se asustó. ¡Era claramente el retrato de un muerto! Quiso decir algo, estaba reflexionando aún en cómo formular su advertencia, cuando los guardias de la puerta avisaron que un tal señor Kefir Alhakim deseaba hablar urgentemente con la dama Esclarmunda o con el caballero Sigbert. Este último le hizo una seña al *podestà* y el Brancaleone mandó que dejaran entrar al hombre.

Kefir entró muy excitado y no perdió tiempo en saludar al Brancaleone, sino que dijo, apresurado:

—¡Jordi os ruega que regreséis cuanto antes a vuestra residencia!

—Qué lástima —dijo el *podestà*—. No tengo demasiadas ocasiones de tratar a una persona tan agradable e inteligente como vos. —Devolvió la tablilla con gesto de indiferencia al cajón—. Ele tenido mucho gusto en conoceros, joven reina. ¡Y os deseo de todo corazón que tengáis suerte en vuestro propósito de hablar con Enzo, y en todas vuestras empresas!

Y besó con galantería la mano de Yeza. Kefir se había detenido en la puerta, y su insistencia casi parecía descortés. El Brancaleone acompañó a sus huéspedes al exterior, y el visir aprovechó para dirigirle la palabra.

—Hay amigos falsos que os traerán mala suerte —inició su discurso un tanto balbuceante, pero Sigbert le impidió seguir hablando.

El comendador sacudía la blanca cabeza y señalaba con una sonrisa maliciosa a Kefir, como queriendo insinuar que el hombre padecía de cierta confusión mental. El *podestà* se mantenía callado, pero había palidecido un poco. Dejó a sus visitantes en la misma escalera, regresó a su habitación y cerró la puerta con llave.

Cuando se encontraron en el amplio patio del Capitolio, se dieron cuenta de que ya había caído la tarde. Estaban a finales de otoño y las noches empezaban temprano, dándoles no obstante la ocasión de ver el glorioso final teñido de naranja, ciclamen y violeta con que el sol suele despedirse de Roma.

Cuando acabaron de bajar la larguísima escalera, se vieron rodeados de la oscuridad romana. En las callejuelas empezaban a iluminarse los primeros fuegos de los pobres, mientras los ricos hacían encender las antorchas sujetas a los soportes de hierro que adornaban las fachadas de los palacios. Yeza insistió en querer regresar a pie por las enrevesadas callejuelas del centro, puesto que el visir no podía darle explicación del deseo tan urgente de Jordi, ni decirle por qué debía regresar cuanto antes al mesón. El caballero teutónico ordenó a su escolta que les siguiera muy de cerca, pues temía por su seguridad.

Aún no habían recorrido más de un cuarto de hora las estrechas callejuelas, manteniéndose siempre en el centro, no tanto por temor a que alguien los atacara desde una entrada oscura como para evitar que desde las ventanas cayeran



desperdicios o excrementos sobre sus cabezas, cuando se dieron cuenta de que se estaba gestando un ambiente de intranquilidad. En alguna parte se oía correr a la gente, había antorchas que se movían de un lado para otro, y les pareció oír ruido de armas. Sigbert empezó a ponerse nervioso, insistiendo en que se dieran prisa y en que su escolta armada se les acercara todavía más. Cuando tuvieron a la vista el castillo de la orden teutónica y llegaron al mísero Albergo del Paradiso vieron, sin embargo, que reinaba la más absoluta paz vespertina en la plaza. Los niños jugaban entre los puestos del mercado y los viejos estaban sentados delante de las entradas de sus casas.

De repente, la tranquilidad de la noche se vio desgarrada por el toque a rebato de las campanas. A la primera campanada todos estiraron el cuello, dándose cuenta de que algo sucedía, y cuando empezaron a sonar todas las demás, su clamor parecía llamar a la revuelta.

—No se trata de un *memento mori*<sup>[562]</sup> —proclamó el comendador— como suele oírse cuando muere un Papa.

Jordi se acercaba a la carrera.

—¡El Brancaloneo! —exclamó, respirando con dificultad—. ¡Han asesinado al Brancaloneo!

—¡Será una noche de venganzas! —dijo Sigbert, hablando por experiencia—. Los güelfos<sup>[563]</sup> aguardan puñal en mano, y tú, Yeza, ¡según su punto de vista eres partidaria de los gibelinos<sup>[564]</sup>!

Y los arrastró a todos hacia el pesado portal de la casa de los teutones, que se cerró detrás de ellos y fue asegurada con una tranca. Las guardias ya habían sido dobladas y los caballeros preparaban las armaduras.

—Kefir lo sospechaba —dijo Yeza a su trovador enano—. Y tú, ¿cómo te enteraste, por las campanadas?

—No —respondió éste, para sorpresa de la joven—. ¡Yo creí que se estaba preparando un golpe contra vos, *ma damna*!

## La benevolencia del Papa

Roma se entregó a la mañana siguiente a sus quehaceres habituales y no parecía deseosa de llorar a su *podestà* asesinado. Olía algo a chamusquina de los dos o tres incendios que habían iluminado la noche anterior, pero el mercado estaba abierto. Los precios subieron un poco, según revelaban los gritos de los mercaderes. Pero al mediodía se inició de nuevo una llamada primero tímida y después cada vez más imperiosa de las campanas, una llamada que se extendió como un incendio de superficie que el viento convierte en un desastre, y que inundó toda la ciudad. Jordi, atento a lo que decía el pueblo, llegó corriendo tan deprisa como le permitían sus

piececillos.

—¡El Papa ha regresado!

Yeza recibió la noticia con desdén, pues nunca había sentido simpatía por el portador de la tiara.

—¡El clero estará contento y tira de las cuerdas para saludar al Santo Padre!

—¡Al revés! —le aclaró el trovador—. ¡Esas campanadas anuncian una protesta indignada! El pueblo de Roma odia la idea de someterse nuevamente a la Curia, y preferiría expulsar a todo ese montón de purpurados y funcionarios de la corte papal; hasta desearía poder ponerle al Papa la Santa Sede delante de la puerta. Si fuera por los romanos, ¡el Papa puede volverse a Viterbo o irse al infierno!

Yeza lo comprendió enseguida; incluso consideró que para aquel engreído representante de Cristo sería un castigo moderado, pues seguramente alguna culpa le alcanzaba en el asesinato del pequeño y gordito senador que tan amable había sido con ella. Por la misma razón se mostró un tanto reservada cuando a última hora de la tarde se presentaron unos mensajeros del cardenal Octaviano degli Ubaldini ante el comendador de la Orden de los Caballeros Teutónicos, portadores de una invitación al Castel Sant'Angelo. Sigbert ni siquiera tomó nota de la postura reticente de Yeza y aceptó la invitación sin consultar a la joven. En un primer momento Yeza estuvo a punto de enfadarse, pero después recordó que había llegado a Roma para hablar con el Papa, y se avergonzó de albergar sentimientos tan infantiles. El Brancaloneo había sido una figura en el juego de poderes y, al parecer, había acabado de representar su papel, o había tenido mala suerte. Ella, Yeza, era algo parecido, pero con la diferencia de que aún estaba viva y quería ir a Bolonia, a ver al rey Enzo. Era lo único que importaba.

Un día después acudieron al Castel Sant'Angelo, la tumba monumental del emperador Adriano<sup>[565]</sup>, convertida en fortaleza papal.

Alejandro IV no se fiaba nada de los romanos después del recibimiento que le habían dispensado, por lo que prefería residir en el castillo, que le permitía llegar a pie, por un recorrido seguro en lo alto de la muralla, hasta la Basílica, y en caso de emergencia podía regresar a toda prisa al edificio redondo que se levanta directamente junto a la orilla del Tíber. El Cardenal Gris, que residía allí permanentemente, se ocupaba de que tanto la entrada como el interior de la fortaleza siguieran siendo un secreto para los visitantes, por lo que éstos tenían que consentir en dejarse vendar los ojos incluso antes de cruzar el río. Yeza iba sólo en compañía de Sigbert, pues la invitación a una audiencia privada con el Papa no incluía a otras personas. Los llevaron escaleras arriba y escaleras abajo y a lo largo de innumerables pasillos, y Yeza recordó los relatos de William acerca de las mazmorras subterráneas

que en realidad estaban por debajo del nivel del agua. Tanto más sorprendida se vio cuando, al retirarle la venda de los ojos, se encontró en una estancia cálida y luminosa, cuyas ventanas ofrecían una vista increíble sobre la ciudad situada en la otra orilla.

A primera vista, tampoco el Papa parecía un personaje monstruoso o intrigante, ni estaba sentado en un trono, sino en el borde de un camastro. Le hizo señas a Yeza para que se acercara. Apenas se hubo sentado junto al Santo Padre, cuando éste le dijo, guiñando ambos ojos:

—Dime, ¿pretendes casarte con Manfredo?

—¡Dios me libre! —exclamó Yeza—. Ya estoy prometida a otro, con el que vivo desde mi infancia, y que, como yo, no mereció el bautizo. Hemos vivido una unión incestuosa, sin haber solicitado la bendición de la Iglesia.

—Tanto pecado junto sólo puede ser perdonado por Dios —dijo el cardenal, a quien gustaba el valor de la joven, pues a su entender ostentaba un halo soberano que no era fácil de encontrar, ni siquiera en una hereje.

El Papa pasó a hablar del tema que interesaba a Yeza.

—Queréis ver al rey Enzo, pero no es fácil llegar a Bolonia. ¡Los boloñeses serían capaces de pedir por su liberación una suma mayor a la que en su día, para liberar a Ricardo Corazón de León, le arrancó el emperador Enrique a Inglaterra!

—¿Por qué no sometéis a Bolonia a un interdicto? —propuso Yeza.

Al Papa pareció divertirse la propuesta.

—Os daremos un salvoconducto, como nos habéis pedido, pero no podemos garantizaros el éxito de vuestra empresa. Mientras, podéis disfrutar de los placeres que ofrece Roma, ¡aunque debéis mostrar un comportamiento virtuoso!

Yeza se levantó y besó la mano del Papa. Cuando el cardenal le tendió también la suya, ella miró el anillo y frunció el ceño.

—Ya os dije en Ostia, excelencia, que deberíais cambiar esa piedra. Sigue siendo la misma que, en mi opinión, no es de muy buen gusto.

Sigbert, que durante todo el tiempo había estado dormitando en el sillón que le habían ofrecido, oyó las últimas palabras y se levantó de un salto.

—También necesito un salvoconducto para nuestra orden. Han llegado a Rimini los toneles de cerveza bávara que los devotos hermanos del monasterio de Andechs nos regalan cada año por Navidad. Únicamente nos falta ir a trasvasarla. ¡Con mucho gusto os cederé algo de esa cerveza para las fiestas, pues es muy sabrosa!

—Tendréis el salvoconducto, querido Öxfeld —dijo el cardenal—. ¡Aunque a mí no me gusta la cerveza y el Santo Padre prefiere la de Bohemia<sup>[566]</sup>!

—Muchas gracias, excelencia —respondió el comendador—. Y perdonad las palabras rebeldes de esta joven. Ha crecido sin demasiados cuidados.

—¡Eso se puede remediar! —ofreció el Papa con una sonrisa bondadosa—. ¡En

las próximas semanas espero tener ocasiones para intentarlo! —le aseguró a Yeza.

El cardenal los acompañó hasta la puerta.

—Hoy mismo os enviaré el salvoconducto para recoger la cerveza. Podéis confiar en mí.

Sigbert asintió. Yeza le seguía obediente y, al abandonar la habitación, de nuevo les fueron vendados los ojos.

—Esos quieren verme sin falta en Bolonia —dijo Yeza cuando hubieron abandonado de nuevo la embarcación al otro lado del río y nadie podía ya escucharles.

—No te has comportado con mucha humildad que digamos —le reprochó el anciano con expresión apenada.

—Me daba la impresión de que querían jugar conmigo al ratón y al gato.

—Más bien creo que no desean que te vayas, sino que te quedes aquí, por lo que yo pienso que es mejor que abandones esta ciudad sin tardanza.

A primera hora de la mañana, aún antes de salir el sol y mientras una ligera niebla llegaba del río, envolvía el campo de Marte y se quedaba estancada en la Porta Flaminia<sup>[567]</sup>, empezaron a salir de la ciudad tres carros, uno detrás de otro, tirados por cuatro caballos cada uno. Los cocheros eran sargentos de la orden teutónica, como podía observarse por las blancas túnicas marcadas con la cruz. Un comendador de cabello blanco acompañaba la comitiva, que enseñó en la puerta de la ciudad, en su salida hacia el norte, un salvoconducto papal permitiendo el transporte de toneles hacia el puerto de Rimini y su retorno desde allí. A los guardias de la puerta les llamaron la atención no tanto las cajas y los arcones que cargaban los carros, además de los toneles vacíos, sino el palanquín que también les acompañaba y la presencia de dos damas jóvenes en el mismo.

El oficial que estaba de guardia pensó, un tanto escandalizado, que hasta los severos alemanes mantenían ahora sus concubinas, y aunque las dejó pasar, el hecho le impresionó lo suficiente como para tomar nota de semejante circunstancia. Cuando recordó que en realidad tendría que haber anotado también el nombre del comendador, el grupo ya se había alejado.

Jordi, que durante todo el tiempo había ido sentado sobre el arcón que contenía el tesoro de Yeza, salió de entre la paja y se sentó junto al cochero. Kefir dormía en el último carro, entre los toneles vacíos. Sigbert había sacado a todo el cortejo aquella misma noche de sus camas, mejor dicho, de sus sacos llenos de paja, y Yeza ordenó a todos que se sometieran a las órdenes de Jordi, que buscaría en Ravenna un albergue seguro, donde esperarían a su ama. Ella misma no viajaría con el grupo, aunque sí prefería que circulara el rumor de que se había ido con ellos. Esto les dijo al

despedirse, pero con Sigbert alcanzó otros acuerdos.

Cuando los carros hubieron cruzado el Ponte Milvio, después del cual se separa muy pronto la vía Cassia de la via Flaminia<sup>[568]</sup>, el comendador se quedó atrás y entregó el mando a Rodrigo, un joven caballero de la orden que le había causado una impresión excelente a Mafalda, a la que empezó a no gustar aquel viaje tan incómodo por el traqueteo de los carros y el frío otoñal que reinaba incluso durante el día. En los puertos de los Apeninos decían que habían caído ya las primeras nieves. Apenas el comendador hubo desaparecido, tragado por la niebla, el pequeño trovador sacó el laúd.

*Ar em al freg temps vengut  
quel gels el neus e la faingna.  
El aucellet estan mut,  
c'us de chantar non s'anfraingna;  
e son sec li ram pels plais-  
que flors ni foilla noi nais,  
ni rossignols no i crida,  
que l'am e mai me reissida.*<sup>[569]</sup>

Con mucho esfuerzo, el sol matutino atravesaba en algunos puntos la niebla de la madrugada, tiñendo de un color rosa esperanzador el frontispicio de la Porta Flaminia. Un grupo de caballeros teutónicos cruzaba al galope el campo de Marte<sup>[571]</sup>. El que encabezaba el grupo conocía al oficial de guardia, por lo que éste se permitió preguntarle por el nombre del comendador de cabello blanco que a primera hora de la madrugada había pasado acompañando a un transporte al parecer extraordinariamente importante de toneles con destino a Rimini.

—Era Sigbert von Öxfeld —le contestó el otro con amabilidad—. El comendador de Starkenberg, en escolta especial para la dama Yeza Esclarmunda, ya sabéis, ¡de la pareja real! ¡En misión secreta! —añadió el caballero en tono de confianza. Por algo eran buenos conocidos.

—¡La he visto! —se entusiasmó el guardia—. Una mujer bellísima, ¡y tan rubia! Y vos, ¿hacia dónde vais?

—¡A Viterbo! —fue la respuesta, y los caballeros atravesaron en disciplinada doble fila la Porta Flaminia, y sus cascos resonaron sobre el adoquinado de basalto.

—Pero el Santo Padre se trasladó ayer mismo...

—¡Lo sabemos! —le confirmó el germano—. ¡Por esa misma razón es por lo que diferentes personajes de alcurnia necesitan que los acompañemos rápidamente a Roma!

—Entiendo —exclamó el oficial de guardia, que se imaginaba haber entendido

realmente todo, y acabó de completar su informe. En cualquier momento podía llegar el relevo.

A distancia segura, Yeza levantó brevemente la visera del casco para respirar el aire fresco.

—¡Estupendo! —dijo—. Ahora los papales conocen la pista.

—Os ruego que cerréis la visera. Los guardias del puente no os deben reconocer.

Yeza obedeció la invitación, aunque debajo del pesado casco, que únicamente presentaba dos pequeñas aberturas para los ojos y unos agujeros delante de los labios y las orejas, se hacía difícil respirar. Pero una vez cruzado el Ponte Milvio<sup>[572]</sup>, lo primero que vio fue al comendador, que les esperaba en un cruce de caminos. Se apartó del grupo de sus acompañantes, que tenían instrucciones de volver a entrar en la ciudad en parte a través de la Porta Salaria<sup>[573]</sup>, en parte a través de la Porta Aurelia<sup>[574]</sup>, por encima del Trastevere.

Con Sigbert a su lado, emprendieron muy satisfechos el viaje por la via Cassia hacia el norte, que les llevaba en primer lugar, en efecto, a Viterbo.

El comendador esbozó una sonrisa feroz.

—No deberíais quedaros más tiempo del necesario en la ciudad. —Hablaban en tono muy serio. Después tendréis que seguir viaje sola, pues yo me quedaré en Viterbo para distraer a vuestros perseguidores.

—Lástima —dijo Yeza con voz apocada—. ¡Me habría gustado viajar en vuestra compañía!

—La próxima vez, mi reina. Una vez amainada la tormenta, acudiré a vuestro lado.

## **Forzado al servicio de la corona**

En las profundidades de la Kalsa se movían los carceleros. En la hora del cierre nocturno, los prisioneros a los que concedían el favor de poder consumir su cena frugal sin las cadenas, volvían a sus celdas y se transformaban de nuevo en prisioneros normales. Pronto después acostumbraba a cesar el tintineo metálico y los carceleros también podían retirarse a dormir.

Pero desde que el embajador griego Nicéforos Alyattes, de Nicea, se había hecho el amo de la situación, la vida cotidiana nocturna había cambiado. Su excelencia acostumbraba a cenar bien, pidiendo platos extraños y vinos resinosos<sup>[575]</sup> de su patria griega. Alekos, el patrono de la taberna *Oleum atque vinum*, hacía de proveedor, y los carceleros lo pasaban tan bien que no dudaban en cumplir cualquier deseo del señor Nicéforo, por pequeño que fuese. En esta ocasión había organizado

para él y sus tres invitados, los pobres caballeros del Languedoc, una cena de ostras y langostas. El vino blanco corría a raudales y los besantinos de oro volaban por encima del hombro del noble anfitrión, de modo que los carceleros no tenían otra cosa que hacer que atraparlos o agacharse. La mesa estaba puesta con mantelería de hilo blanco, y la luz de las velas procedente de varios candelabros de plata iluminaba las cáscaras y conchas de los mariscos consumidos. Al final ya sólo se quedaron bebiendo.

—¡Así me gusta estar prisionero! —bufaba Raúl, sentado frente al embajador.

—Si supiéramos cuánto tiempo vamos a estar así —suspiró Mas, mirando con inquina la montaña de cáscaras con la que intentaba construir un castillo, con sus murallas y sus torres, aunque ¿para qué fin? —Destruyó su obra con un gesto violento de la mano, de modo que las conchas de las ostras y las cáscaras de las langostas salieron disparadas por los aires.

—¿Qué quieres decir? —empezó a lamentarse Pons, mortalmente asustado.

—¿Qué pueden hacer con nosotros?

—A los hombres hechos y derechos les cortan la cabeza, y a los quejicas como tú los ahorcan —le explicó Mas—. Y siempre de madrugada.

—¿Hoy? —La voz de Pons sonaba ahogada de terror y empezó a tragar saliva.

—¡Señores! —les reconvino el anfitrión—. En esta casa no se hacen bromas con determinados e insignificantes temas y, por otra parte, deseo brindar por el viaje que espera a mis tres compañeros de mesa: ¡les deseo a los señores que nunca lleguen a su meta!

—¿Qué clase de destino sería ése? —Raúl fue el primero en reaccionar—. Por favor, explicad vuestras palabras ¡o me veré obligado a levantarme enseguida de esta mesa! —Pero no lo hizo, y fue Mas quien preguntó:

—Un viaje... ¿hacia dónde?

Nicéforo Alyattes vació primero su copa hasta el fondo.

—Me he enterado de que formaréis parte de un contingente de cuatrocientos caballeros que serán embarcados a Grecia para luchar al lado del déspota de Épiros contra mi emperador.

—¡Ay, Grecia! —exclamó Pons jubiloso, aunque había estado a punto de vomitar—. Eso me gusta, pues las mujeres de allí...

—No les veréis a las doncellas griegas ni siquiera las espaldas, pues después de un viaje por mar, durante el cual pasaréis por toda clase de penurias, tomaréis tierra en cualquier bahía deshabitada, y acosados por el hambre y medio muertos de sed llegaréis después de varios días de marcha por las rocas de aquel desierto a enfrentaros con el ejército perfectamente equipado de Miguel Paleólogo. Éste os matará u os cogerá prisioneros, y en este último caso desearéis haber permanecido aquí en la Kalsa, o lamentaréis no haber muerto en la batalla.

—¿Y si nuestras enseñanzas ganan esa guerra? —preguntó Raúl, ya del todo despierto. La embriaguez había desaparecido.

—Seguiréis siendo extranjeros en aquel país, incluso entre aquellos que os han pedido ayuda. En caso de que esa coalición apresurada entre un suegro y unos yernos tan desiguales obtuviese la victoria, no os lo agradecerán, sino que os expulsarán del ejército. ¡Podéis olvidar esa posibilidad! Por otra parte, el déspota acaba de perder un combate, ¡y vuestro contingente representa la última de las fuerzas que tendrá el dudoso honor de acudir a la batalla decisiva!

—¿Queréis decir que somos la última mierda? —se revolvió Mas.

—El ejército imperial de Nicea sigue siendo una máquina de guerra a la que nadie en torno al Cuerno de Oro desea enfrentarse. Por otra parte, sólo se trata de reconquistar la ciudad de Constantinopla. ¿Por qué habrías de arriesgar la vida? Es un asunto netamente bizantino. Yo os aconsejo que procuréis no ver jamás el Peloponeso, Épiros o Tesalia. ¡Es preferible saltar del barco que os vaya a trasladar allá, directamente al agua!

En ese instante se acercaron, muy excitados, los carceleros.

—¡Viene Maletta! —jadeaban—. ¡Volved a las celdas, deprisa!

Algunos de los guardianes sujetaron el mantel y lo recogieron con todos los desperdicios, las jarras de vino y las copas, arrancándolo de la mesa y arrojando el bulto a un rincón oscuro. Otros separaron los maderos y se alejaron con los bancos, empujaron a los prisioneros con malos modos hacia sus celdas y les cerraron las cadenas. A los pocos instantes se oyeron pasos que se acercaban, y unas antorchas procedentes del pasillo subterráneo que conducía, desde el puerto, directamente a las mazmorras de la Kalsa, arrojaron su turbia luz sobre ellos.

El chambelán venía acompañado de un gran número de esbirros armados. Se mostró malhumorado y parco en palabras, y lo primero que ordenó fue que sacaran a Raúl de Belgrave de su celda y se lo llevaran. La frialdad de sus órdenes daba pie a los peores presagios. Trasladaron a Raúl a otra celda apartada, le retiraron las cadenas, mientras dos de los esbirros le sujetaban, puñal en mano, y otros vigilaban la puerta. El chambelán se sentó en el único asiento que contenía la celda y empezó a jugar con el látigo.

—El precio de vuestra libertad, Raúl de Belgrave, es el silencio y la obediencia. Si descuidáis tan sólo uno de estos mandatos, sois hombre muerto. Mañana por la mañana os llevarán a vos y a vuestros compañeros a un barco. Después de dos días de viaje veréis una isla que al parecer no dispone de puerto. Frente a esa roca deshabitada, la nave empezará a hundirse. Con el arma en la mano debéis procurar de que ni el capitán, ni vuestros compañeros, ni otra persona de las que viajan a bordo, impidan el hundimiento. En este caso os podréis salvar.

—¿Y mis compañeros?



—¡Su vida depende de vuestro buen comportamiento, al igual que la vuestra!

Raúl se permitió una última pregunta:

—Y si, en efecto, nos salvan del naufragio, ¿qué sucederá después con nosotros?

En lugar de una respuesta, Maletta le restregó el látigo por la cara.

—No iréis a demostrar ya ahora que sois incapaces de seguir mis órdenes: ¡obediencia y silencio!

Raúl asintió y lamió la sangre que goteaba de sus labios. A una señal del chambelán fue conducido hacia otra estancia, en otro extremo de la Kalsa que aún no conocía, y donde le esperaba una cama de verdad.

El capitán griego del velero Nike<sup>[576]</sup>, con el que el embajador del emperador de Nicea había llegado a Palermo, seguía a última hora de la noche en la *Oleum atque vinum* de Alekos, para poder beber a gusto. En realidad ya había entrado en la taberna perfectamente borracho. Era el último de los huéspedes, pero seguía bebiendo. ¿Qué otro remedio le quedaba? Su amo, el embajador, había acabado en la mazmorra, y su barco estaba apresado. Todo esto le causaba una gran pena, bastante difícil de soportar. Cuando empezó a llorar, Alekos le quitó el vaso y retiró también la jarra todavía llena.

—¡Eh! —protestó el capitán—. ¿Qué ocurre?

Alekos se sentó frente a él y apuntaló sus codos robustos sobre la mesa, la cabeza hundida entre sus manazas.

—Escucha —dijo en voz baja—, mañana podrás salir con tu barco en dirección a tu país. ¡A casa! ¿Lo has entendido?

—¡Qué va! —dijo el hombre—. ¡No sé por qué te burlas de mí!

—¡Pero si es así! —murmuró Alekos—. Lo único que tendrás que hacer será llevar a unos cuantos caballeros con sus caballos y sus escuderos, y dejarlos por el camino en una isla.

—¡No se hable más! —El capitán había despertado del todo—. ¿Dónde están esos señores? —e intentaba ponerse de pie.

—¡Te he dicho que mañana! —Alekos volvió a empujarle hacia el asiento—. Pero es un secreto del que nadie sabe nada, y no tienes que hablar con nadie de esto, porque de otro modo no volverías a ver jamás Grecia y se te comerán los peces. ¡Te lo puedo asegurar!

—¡Guardaré silencio, como si ya estuviese en la tumba!

El capitán dudaba que Alekos estuviese hablando en serio e intentó tomárselo con calma.

—Es decir, que los caballeros tampoco saben nada, ¡que todo es una sorpresa! ¿Y cómo se llama esa isla?

—Habr  un caballero a bordo que te lo comunicar  a su debido tiempo ;y otro que te matar  si no sigues la orden al pie de la letra!

—;Brindemos porque todo salga bien, Alekos! —exclamó el capitán, pero el patrono le cogió por los hombros y lo levantó del asiento—. ;Te dar  una patada en el trasero si no te largas ahora mismo de aquí! —Y le señaló la salida.

El capitán obedeció y salió tambaleándose por la puerta de la taberna, que Alekos cerró detrás de él.

La noche en las mazmorras de la Kalsa se llenaba de ruidos aislados, igual que un bosque oscuro en el que apenas sopla el viento. Cada gota que ca a de las paredes parecía tamborilear dentro de la cabeza del prisionero. Las ratas rascaban la tierra y rozaban sus manos y sus pies, y si alguna silbaba, ese silbido le atravesaba al prisionero el corazón, atento al tintineo de las cadenas de otros prisioneros invisibles para él y al paso de los carceleros que pudieran acercarse. ;Te vienen a buscar! Mas de Morency sabía que será el próximo. Rechin  los dientes y hacía tiempo que deseaba ver cómo se acercaban las antorchas y las llaves golpeaban contra las barras de hierro, cómo se resistía la cerradura con un quejido. Cuando llegaron finalmente, casi se sintió liberado. ;Alguna vez tenía que ser!

Le empujaron a una estancia donde le esperaba Maletta. El chambelán se había propuesto mirarle en silencio antes de pronunciar sus amenazas, para doblegar el ánimo del mozo. Pero cuando lo tuvo enfrente, fue como si mirara un espejo antiguo: aquel joven era como él, Maletta, cuando tenía sus años y pasaba más hambre que un lobo. Mas haría todo lo que él le exigiera, sin rechistar, sin vacilar, con una lealtad perversa.

Maletta le ofreció la única silla que había en la estancia, pero Mas rehus .

—;Qué quer is de mí?

—Bien —dijo el chambelán—. Te llevarán a un barco. Después de un día y una noche navegando, el capitán se dirigirá a una isla que no tiene puerto. Esperas exactamente hasta que veas aparecer al primer ser humano en la isla, después bajar s a la bodega y contarás, partiendo del palo, cuatro cuadernas en dirección a popa. All  encontrarás a ambos lados, a la altura de la rodilla, un tapón en los maderos laterales, no más gordo que un dedo. Con la empuñadura de la espada empujar s ese tapón hacia afuera, y cuando estás seguro de que entra agua por ambos agujeros, vuelves a cubierta y esperas la llegada de la barca que os salvar  antes de que empiece a hundirse la nave.

—;Tengo que esperar a que se salven todos los demás, o la barca viene a buscarme sólo a mí?

—;Eso lo decidirá el que acude con la barca! No est  previsto que alguien deba ahogarse.

—Pues casi parece como si estuviera previsto que no sobreviva nadie.

—¡No te preocupes por lo que no es de tu incumbencia!

Maletta, casi contra su propia voluntad, pronunció estas últimas palabras en un tono casi paternal, y Mas le devolvió el golpe:

—¡Yo no seré de aquellos que se hundan!

—Si no haces exactamente lo que te he dicho, es decir, si la nave no empieza a hundirse en el momento adecuado, te cogerán y serás uno de los que serán ahorcados.

—Me gustan las cosas claras —dijo Mas y le sonrió al chambelán—. Procurad que me devuelvan mi espada.

El chambelán se sintió orgulloso: aquel mozo podría haber sido su hijo.

—Descansad ahora. Mañana por la mañana os darán lo necesario y emprenderéis ese viaje que os ayudará a recordar mi benevolencia. —Con estas palabras, el chambelán abandonó la estancia.

## **Nuevas aventuras**

En las ventanas altas del Palazzo Arcivescovile se veía todavía luz. Las sombras que se deslizaban por paredes y escaleras daban fe de que tanto en la planta baja, donde estaban las habitaciones de servicio, como arriba en los despachos y las grandes salas de audiencia, reinaba un animado ajeteo.

Juan de Procida había reunido en el edificio a todos los que tomarían parte en la expedición a Épiros, y que sería la última en salir por la mañana, bajo el mando de Roç, y ordenado que los equiparan para el viaje como si fuesen mercaderes árabes.

Roç mismo no estaba presente. El rey Manfredo le había invitado a la cena de despedida en el Palazzo dei Normanni, posiblemente por consejo del canciller, pues la relación entre el joven Trencavel y el rey había llegado a ser bastante tensa. El motivo del disgusto era que Roç aplazaba continuamente ese viaje, no porque no le gustara la idea de vivir una aventura en Grecia, sino porque esperaba de Manfredo una promesa inequívoca en relación con su deseo de instalarse en Jerusalén, y eso antes de embarcarse, y deseaba también que después de luchar contra Nicea se cumpliera sin dilaciones esa promesa del rey.

Pero este último no quería comprometerse y se escudaba en los derechos de su sobrino Conradino, unos derechos que en otras ocasiones no le habían importado en absoluto. De ahí que Roç sintiera cada vez más desconfianza y vacilara en cuanto a emprender ese viaje.

El canciller había aconsejado finalmente a Manfredo, con bastante insistencia, que prometiese cuanto fuese necesario a la pareja real. ¿Desde cuándo a su majestad le preocupaba cumplir una promesa verbal?

Aquella cena de reconciliación era para Juan de Procida una ocasión que quería

aprovechar para hablar, a su vez, con el consejero de la pareja real, monseñor Gosset, por lo que el canciller había organizado su propia cena. Se trataba de una comida ligera, compuesta de ostras y mariscos, mejillones cocidos en vino blanco y lenguados frescos con acompañamiento de pequeñas sepias. Ya habían terminado de comer.

—Confío en vos, Gosset —le dijo el canciller a su invitado— puesto que sois amigo del Taxiarcos, un hombre a quien yo también aprecio y al que muy pronto podréis abrazar de nuevo.

—¿Cómo es posible? —Gosset sintió desconfianza—. ¿No le habréis mandado también a Grecia?

Juan de Procida se hizo el misterioso.

—Le encontraréis dentro de dos días y dos noches, pues el *mare Nostrum*<sup>[577]</sup> no es un mar tan amplio como para que os podáis perder.

—Es decir, el Taxiarcos está en algún lugar al acecho de que llegemos nosotros.

—Así es —reconoció el canciller—. ¡Y en ese momento os tendréis que decidir! Aunque prefiero formularlo de otro modo: si tuvierais que elegir entre la trirreme de Otranto y la *Atalanta*, ¿qué barco sería preferible, en vuestra opinión?

La pregunta, planteada así, alarmó a Gosset.

—¿Creía que navegaríamos con la *Nike*?

Juan movió la cabeza en señal de negativa.

—¿Para que nuestro precioso *Trencavel* caiga en manos de los niceos y lo acusen de piratería? ¡Ni hablar! Podéis olvidar la *Nike*, pues lo único que hará será trasladaros hasta el lugar donde os espera nuestro amigo el Taxiarcos.

—¿Y entonces es cuando habrá que elegir entre la *Contessa di Otranto* y la nave capitana de los templarios? Dudo mucho que podáis disponer de ésta. El gran maestre no se la prestaría a nadie.

—De eso me encargo yo —le contestó el canciller—. Preguntaba simplemente por vuestras preferencias.

—En este caso prefiero la vieja trirreme, pues no me gustaría que los templarios me atraparan en su *Atalanta*.

El canciller se levantó de un brinco y cruzó a grandes zancadas la estancia, abrió la puerta y miró hacia las escaleras, donde los criados arrastraban cajas y bultos y se veía a algunos caballeros vestidos de ricos mercaderes musulmanes a punto de bajar uno tras otro por el pasillo subterráneo y ser conducidos por los guardias hasta el puerto, donde aguardaba la *Nike*.

Gosset se le acercó.

—No le habéis dejado muchos caballeros al *Trencavel* para que pueda conducirlos bajo su mando contra el Paleólogo.

—La mayoría de ellos ya se han adelantado, pues yo tengo mejores planes para

vuestro joven señor. —El canciller se retiró de nuevo con Gosset hacia el fondo de la habitación.

—Ese viaje a Grecia no tiene sentido para Roç, y además es peligroso —le confió al sacerdote—. Aunque la empresa terminara con un éxito, cosa de la que dudo, nadie se lo agradecerá, y mucho menos el señor Manfredo. En cambio si fracasa, puede morir en el campo de batalla o fenecer en las mazmorras de Nicea.

—¡Ya veo! —dijo Gosset—. ¿Y qué nos espera en el caso de decidirnos por la *Atalanta*?

El canciller se lo reveló.

—¡Exactamente lo que se merece ese barco! ¡Un viaje en busca de los tesoros de las «islas lejanas»!

—¿Y los templarios?

—Antes de que comprendan quién se dirige a toda vela hacia el oeste, en misión secreta, esa nave maravillosa ya estará más allá de las columnas de Hércules y se habrá adentrado en el océano Atlántico. El Taxiarcos conoce el camino, y yo le cedo el barco.

—¡Lo que os falta es una buena tripulación! —ironizó Gosset—. Queréis que Roç os traiga el oro de las «islas lejanas» metiéndose en alguno de los volcanes que escupen fuego o en los bosques empapados de humedad, o se exponga a los peligros del hielo eterno. Para saludarle, le esperan allí muchos individuos amables que le dispararán miles de flechas envenenadas, y los sacerdotes de aquellas islas intentarán extraerle el corazón en carne viva.

—Vos, Gosset, conocéis los informes del Taxiarcos tanto como los conozco yo —dijo el canciller—. Sopesemos las posibilidades que existen. ¿Qué puede ganar en Épiros, aparte de la gloria? Para ocupar Jerusalén necesitará dinero. Y para mantenerse en esa ciudad necesitará más dinero todavía... ¡sumas ingentes!

—¡Así es! —respondió Gosset—. Pero no hay ninguna vía que lleve por mar a Jerusalén. El Trencavel, caso de conquistar algún tesoro, tendría que pasar primero por el control de los templarios, que no se sorprenderán con su regreso sino le esperarán, muy despiertos y bastante malhumorados. Si Roç consiguiera esquivarlos, le espera Sicilia, donde el rey Manfredo necesita dinero para financiar sus proyectos cada vez más ambiciosos. El monarca pretende seguir conquistando tierras en el espacio mediterráneo, como las de Grecia, por ejemplo, y tendrá que costear guerras de defensa contra sus competidores, como el de Anjou.

—Le confirmaré por escrito al Trencavel que podrá quedarse con la mitad de lo conseguido, y que nosotros no pretendemos nada de Jerusalén.

—Tendría que dar la vuelta a África en su viaje de regreso —reflexionó Gosset—. Tiene que haber una manera de entrar, por el sur, en el mar Rojo, con una flota gigantesca y algunos miles de hombres. De esta manera se podría conquistar

Jerusalén sin pagar peaje ni a vos ni a los templarios. O bien podríais acudir vos mismo a Jerusalén a recoger vuestra parte. ¿Qué os parece mi plan?

—No es tan loco como pensáis, Gosset —le aseguró Juan de Procida ¿Puedo sacar la conclusión de que os he convencido? Con mucho gusto pagaré el precio de acudir a Jerusalén.

Pero Gosset no se dejaba atrapar tan fácilmente.

—Intentaré convencer a Roç Trencavel de la bondad de vuestro proyecto. ¡Pero no os lo puedo garantizar!

—¡Os tomo la palabra! —le respondió el canciller, satisfecho—. Ahora podéis retiraros a descansar.

Y se dirigió a su escritorio.

Al observar que primero fue Raúl, después Mas el que no regresaba, el joven y corpulento Pons pensó que había llegado su última hora. Cuando vio los rostros embrutecidos de los carceleros que soltaban sus cadenas de la pared, la única idea del prisionero era no ensuciarse los calzones. Pons se lo propuso firmemente. No le quitaron las cadenas de los pies, de modo que sólo podía avanzar pasito a pasito, y caminar así le causaba dolor en los tobillos. De repente se abrió una puerta, y a la luz clara de varias antorchas colgadas de las paredes vio al chambelán Maletta, que le sonreía para animarle.

—¡Retíradle las cadenas al conde de Levis! —riñó a los carceleros y después añadió, como para disculparles—: Estos guardianes de la Kalsa no saben distinguir entre un señor de buena cuna y un ladrón cualquiera.

—Estoy dispuesto —dijo Pons apenas le hubieron retirado los hierros.

—Os podéis sentar —dijo Maletta y señaló la única silla.

—Los de Levis preferimos morir de pie —respondió Pons y se alegró de su propia compostura.

El chambelán sonrió y sacó un pergamino.

—No perderéis la vida si entregáis mañana, cuando estéis en alta mar, esta carta al capitán del barco que os trasladará a vos y a vuestros amigos hasta Grecia.

—¡Con mucho gusto! —exclamó Pons y tendió la mano para coger el pergamino, pero el chambelán aún no quiso entregárselo.

—Para que podáis sobrevivir, es de la máxima importancia que nadie observe esta entrega, pues por desgracia hay algunos «asesinos» a bordo que no hemos podido descubrir, pero que intentarán apuñalaros a vos y al capitán para hacerse con el pergamino. De modo que se lo debéis haber entregado al capitán antes del mediodía y sin que os vea nadie.

—¿Por qué los «asesinos» habrían de matarme? —preguntó Pons.

El chambelán le contestó con una evasiva:

—Tiene algo que ver con el juramento que habéis prestado a la pareja real.

Pons se rebeló.

—¡Yo no soy vasallo del Trencavel y jamás lo seré...!

—Lo sois, Pons de Levis, si queréis salir vivo de aquí. Vuestro amo ha hablado en favor vuestro, y ha insistido en que se os conceda una oportunidad. En esto consiste la entrega de la carta. Si le habláis a alguien de esto, e incluyo a vuestros amigos y al Trencavel, perderéis vuestra joven vida, ¡y no conseguiréis ni gloria ni riquezas en Grecia!

¡Ni ganas que tengo!, pensó Pons, pero dijo:

—Dadme ese escrito. ¡Obedeceré!

—Os lo entregarán a primera hora de la mañana, cuando os lleven a bordo. ¡A partir de ese momento tendréis cuidado con el puñal que os amenaza por la espalda!

—Pasaré las horas que me quedan comiendo y durmiendo, como suelen hacer los condenados.

El chambelán sonrió.

La mañana se presentaba poco agradable cuando Gosset se acercó al lecho de Roç para despertarle. El joven le daba pena, pues ni sus enemigos ni sus protectores le habían dado tiempo ni ocasión de vivir una juventud despreocupada, antes de tener que comportarse como un hombre. El rostro tostado por el sol y rodeado de breves rizos oscuros mostraba una expresión de ternura, aunque todos los que le conocían sabían también de su capacidad y su firmeza a la hora de tomar decisiones. ¡La cabeza de un Trencavel!, reflexionó el sacerdote, que ya no podía imaginarse siquiera vivir alejado de la pareja real, desde los comienzos de la infeliz cruzada emprendida por Luis el Santo. Gosset había sufrido desde un principio todas las desventuras de la misma, primero como confesor del rey de Francia, después como su embajador, en cuyo ejercicio se había desviado del camino previsto, y desde entonces había puesto sus múltiples talentos al servicio de Roç y Yeza. Gosset tenía una manera pragmática de solucionar los problemas con la mayor sencillez posible, y no comprendía la tendencia de aquellos dos jóvenes, que siempre buscaban un reto con el único objetivo de superarlo. Pero él admiraba a la pareja real y, sobre todo, admiraba la fe con que creían en su misión especial.

Afuera empezaba a lloviznar, mientras unas ráfagas de viento frío dispersaban la humedad.

Gosset observó con cariño al joven dormido.

—Roç, es hora...

De un brinco, como si hubiese estado simulando que dormía, Roç se levantó de la cama. Gosset le señaló las vistosas y lujosas ropas que el mayordomo le había preparado, y llamó a Beni y Potkaxl, que desde la pérdida de Filipo ayudaban a Roç a

vestirse, una solución de emergencia que nadie deseaba ver durar. Potkaxl era una persona muy práctica, siempre de buen humor y enérgica, pero Beni la consideraba su esposa y no permitía que entrara sola en el dormitorio de Roç. Y el señor secretario siempre llegaba tarde, de modo que Roç se lavó solo, sin que nadie le tendiera las toallas, y examinó con bastante mal humor las prendas de vestir preparadas para él.

—¿Por qué no me explicáis, querido sacerdote, el motivo de tener que viajar a Grecia disfrazado de musulmán?

Gosset, que había cambiado su hábito por una chilaba<sup>[578]</sup> negra, le sonrió.

—Es deseo del canciller que en nuestro viaje por el mar no nos moleste nadie, pues en esa ruta abundan los piratas sarracenos pagados por El Cairo, que cortan todo suministro a los estados de los cruzados en Ultramar. En este momento sólo consiguen pasar las naves de guerra de la orden, pues los venecianos y los genoveses están luchando unos contra otros frente a la costa de Palestina.

—Comprendo —dijo Roç—. Pero en cuanto pasemos del cabo de Otranto, volveré a transformarme en un caballero de Occidente. ¡No quiero hacer el ridículo de llegar disfrazado a Grecia!



# EL ESCONDITE DE LA ATALANTA

## Los pastores

El joven caballero de la orden de los hermanos teutónicos cabalgaba solo por las cimas nevadas de los montes Apeninos. A veces, cuando su caballo bayo descendía de una colina hacia el próximo valle, la blancura invernal se tragaba aquella figura esbelta vestida con una *clamys*, en la que sólo resaltaban ya la cruz negra en el pecho y la espalda como símbolos místicos en medio de la nieve que cubría rápidamente las huellas de las herraduras. A pesar de la dificultad del camino, el caballero animaba a su montura a avanzar con rapidez, lo que subrayaba aún la fugacidad de la imagen, vista desde lejos. De cerca, el jinete no podía evitar la lucha contra las dificultades naturales. Los cascos del caballo resbalaban con frecuencia, y también el caballero parecía respirar pesadamente bajo el yelmo. A Yeza le habría gustado quitarse ese yelmo y refrescar el rostro sudoroso en el aire frío, pero no se atrevía. Aquella región, aparentemente deshabitada, no lo era en absoluto. De los bosques surgían columnas de humo azul procedentes de las carboneras, y en las mesetas se encontraba con chozas de pastores. Le llegaba el sonido de las esquilas de algún que otro rebaño invisible, a veces un ladrido de perro, entreveía las imágenes de leñadores o cazadores y de mujeres que llevaban haces de leña y la saludaban a lo largo del camino. De no llevar el yelmo, la cabellera rubia habría delatado a Yeza, y el rumor de que una mujer cabalgaba disfrazada de caballero teutónico habría corrido por el país, dejándola desprotegida. Hasta la última cueva de bandoleros y la taberna más perdida donde se reunieran los ladrones habría llegado la noticia de que se ofrecía una presa fácil que, como mínimo, proporcionaría un buen caballo. De modo que Yeza se limitó, con los dientes apretados, a levantar ligeramente la visera cuando se encontraba en lo alto de una colina o en una cima barrida por el viento, para tomar un trago de vino de la bota. Su alimentación se limitaba a algunas nueces y frutos secos.

Tenía que agradecerle al viejo Sigbert que no la hubiese dejado marchar de Viterbo sin aquella ropa que le permitía cabalgar sola, evitando no obstante las carreteras principales y sin preguntar jamás a nadie por la meta de su solitaria aventura. Por la misma razón dormía siempre en algún pajar apartado del camino, envuelta en la manta que llevaba consigo, junto a su espada y procurando siempre que nadie viese su melena rubia. Solía ponerse en marcha antes de que clareara el día, hambrienta como un lobo, escondía su cabello bajo una gorra de lana, se pasaba la capucha encima y buscaba alguna choza donde viera el reflejo de un fuego. Casi siempre le daban algo de comer, pues los más pobres que viven en la montaña respetan el sagrado principio de la hospitalidad, y cualquier intento de pagarles con

oro habría ofendido a aquella buena gente. De modo que Yeza partía el pan, lo bendecía en silencio como había aprendido de su madre hereje, y comía lo que le concedían en abundancia. Muchas veces le devolvían el saludo de los cátaros, pues en aquellos valles inaccesibles y en las mesetas altas de los Apeninos, muchos conservaban todavía la tradición de la «enseñanza pura». Por otra parte los inquisidores no se atrevían a apartarse de los caminos más transitados, sobre todo cuando viajaban sin séquito armado. De modo que nadie dirigía preguntas a aquel huésped taciturno que llevaba una cruz negra sobre el manto blanco, y su espada reluciente, además del yelmo cerrado, que imponían respeto.

Para Yeza, aquel viaje a lomos de caballo era una purificación, una ocasión de barrer de su mente pensamientos inútiles, reflexiones vanidosas y toda clase de enredos. Se sentía unida a su madre muerta, que había podido entrar en otro mundo mejor gracias a la purificación de las llamas. El hambre, la sed y el cansancio provocaban también en Yeza un efecto de segregación entre cuerpo y espíritu, una levedad extraña. Yeza soñaba mientras su caballo la transportaba por senderos difíciles, cruzaba estrechos puentes y atravesaba pendientes expuestas a un alud de piedras, y muchas veces se le aparecía la imagen de Arslan, el sabio de los montes de Altai, del que tanto había aprendido. En realidad, todo lo que se necesita para vivir en armonía con la naturaleza.

Después de haber experimentado que el chamán era capaz de trasladar su imagen física a grandes distancias, no dudaba que también esta vez aparecería en cuanto ella necesitara su apoyo. Veía los ojos claros de Arslan clavados en los suyos, y esta visión le daba valor y fuerza. Yeza confiaba ciegamente en que su destino estaba en manos de una divinidad todopoderosa que la quería bien, aunque a veces se preguntaba por qué esa divinidad le dedicaba precisamente a ella tanto amor y tanta atención.

En su estado entre trance y sueño, entre ensoñación y embriaguez provocada por la altura, Yeza se dio cuenta demasiado tarde de que la estaban persiguiendo. A veces había visto algún que otro grupo de pastores a caballo que intentaban separar los sementales de las yeguas y éstas de los potros, con ayuda de largos palos y lazos arrojados a los cuellos de los caballos salvajes. En esta ocasión se fueron acercando más y más a Yeza, y cuando ella quiso darse cuenta del peligro, ya se había cerrado el círculo.

De todos modos, pronto comprendió que los pastores no parecían amenazarla sino que la conducían, como en una especie de juego, hacia un poblado de chozas y tiendas, rodeado de empalizadas para acoger a los caballos. Cuando Yeza quiso aprovechar un hueco, clavando las espuelas a su animal y saltando por encima de una cerca, fue a parar en medio de un grupo de mujeres y ancianos que rodeaban una hoguera. Un hombre joven sujetó las riendas de su caballo como si hubiese estado

esperándola. Dijo con voz sonora «¡Bienvenida, reina!» y le sonrió, ofreciéndole una mirada brillante de entusiasmo.

Yeza comprendió que era inútil seguir ocultándose, y además tenía ganas de quitarse aquel horrible yelmo. De modo que se lo levantó con ambas manos, y se arrancó también la capucha y la gorra de lana que había protegido su cráneo de la presión del hierro. Después sacudió la melena rubia hasta que volvió a derramársele por la espalda.

—Yo soy Sutor<sup>[580]</sup> —dijo el hombre, al parecer el jefe de aquel pueblo de pastores—. ¡Estáis bajo nuestra protección!

Cuando Yeza quiso deslizarse del caballo, sus fuerzas la abandonaron, y tuvo que soportar agradecida que unos fuertes brazos masculinos la depositaran en el suelo. Aunque le temblaban las rodillas, rechazó cualquier ayuda ulterior.

—Aceptad la casa de mis padres. Estáis agotada —le ofreció el joven y señaló la puerta de una choza de madera que tenía a sus espaldas—. Será un honor para la familia.

Yeza cruzó tambaleándose aquel umbral, pero sin pisarlo, pues recordaba esa regla del país de los mongoles. Había muchos detalles que le recordaban una yurta, empezando por la salida de humos en el centro del techo, sobre el hogar encendido en medio de la estancia, y acabando por las pieles de animales colgadas de las paredes y depositadas encima de los bancos. Se dejó caer en uno de aquellos lechos, apoyó la cabeza y estiró las piernas.

—¿Vais camino de Bolonia? —preguntó Sutor en un tono que no deseaba revelar que ya lo sabía. Pero no obtuvo respuesta. Yeza se había dormido de puro agotamiento.

El joven cogió una piel para cubrir a la muchacha, cuya figura esbelta envuelta en el manto blanco de los caballeros teutónicos, con aquella melena rubia que cubría sus hombros y la cruz negra que le llegaba desde el pecho hasta los pies, ofrecía la viva imagen de un ángel armado. Al joven y musculoso pastor le impresionó su aspecto de castidad perfecta, a la vez que le asaltaban los pensamientos más apasionados y carnales, aunque finalmente venció el respeto ante la huésped dormida y la cubrió con la manta, en un gesto de tosca delicadeza.

Yeza despertó cuando el sol estaba en lo alto del cielo. A través de la puerta abierta veía que los pastores marcaban a los potros. Aquellos salvajes levantaban simplemente a los animales y los trasladaban hacia el fuego, donde otros tenían preparados los hierros candentes, y Yeza veía que los potros sacudían las patas de miedo y de dolor, gritaban y después de haber sido marcados buscaban trastornados a sus madres que les lamían las heridas. Ya sólo quedaban unos pocos a la espera de

aquella intervención brutal. Encima del fuego hervía un caldo sustancioso en un caldero de hierro, y el aire olía a frutos secos, raíces y setas. Yeza sintió hambre y se incorporó.

Vio que le habían preparado una fuente y una jarra de agua fresca, por lo que cerró la cortina y se lavó. Oía las voces de los hombres que hablaban en un dialecto áspero. Cuando Yeza salió de la choza, Sutor se acercó y la condujo hacia un asiento algo elevado y revestido de pieles.

—¡Es nuestra reina Yezabel! —proclamó ante sus compañeros, que, sentados en torno al fuego, se limitaron a golpear los cuencos con las cucharas para ofrecerle un saludo audible.

Yeza sonrió a todos, aunque no comprendía por qué se había convertido de repente en monarca de un pueblo de pastores, pero antes de hablar quería enterarse de algo más. Mientras tomaba la sopa, Sutor empezó a hablar del rey Enzio, algo que la sorprendió todavía más.

—Nosotros somos sardos —dijo el joven—, expulsados de nuestra isla porque nos mantenemos fieles a nuestro señor, el germano Enzio, que siempre será el rey de Torre et Galura<sup>[581]</sup>. Vos, Yezabel, sois su reina y vais camino de Bolonia para unirlos en matrimonio. —Se arrodilló ante Yeza y todos siguieron su ejemplo.

Yeza estaba asustada, pero no se sentía dispuesta a dejar aquel error sin corregir. Al fin y al cabo, ella se dirigía a Bolonia porque quería asegurarse de si Enzio era su verdadero padre, y no quería unirse en ningún caso en matrimonio a él, que ya se había casado dos veces y tenía numerosos hijos. De modo que se levantó del asiento.

—Todavía vive el rey Enzio, legítimo soberano de un pueblo fiel y de vuestra isla. En este momento, más que pensar en el futuro, hemos de poner toda nuestra inteligencia y nuestras fuerzas en liberarle de la infamante cárcel en la que le mantienen en Bolonia. ¡Yo he jurado liberarle y vosotros tendréis que ayudarme!

Mientras Yeza esperaba que le testimoniaran su acuerdo, observó que otros pastores recién llegados le hablaban excitados a Sutor, que se acercó a Yeza.

—Las tropas de Oberto de Pallavicini están intentando rodear nuestro poblado. ¡Os propongo cambiar de ropa! ¡Vos podéis vestir las que cuadran a un pastor, y yo me transformaré en caballero de la orden teutónica!

Yeza comprendió el peligro, y cuando poco después los jinetes del vicario se acercaron al asentamiento de los pastores, un rebaño de yeguas salvajes y potros recién marcados cabalgaron a su encuentro. Los pastores llevaban botas llenas de barro y las caras sucias, y les gritaban voces de mando a los perros que ladraban para impedir que se dispersaran los animales. También vieron que desde el poblado que quedaba detrás, un grupo de pastores se dirigía al norte, rodeando a un caballero cuya túnica blanca marcada con una cruz negra lo distinguía claramente entre los demás.

El jefe de la tropa ordenó a sus hombres que siguieran a aquel grupo, cuando de

repente cayeron las empalizadas y los caballos salvajes envolvieron a los jinetes en un remolino ensordecedor que se lanzaba de regreso a la meseta cubierta de nieve. Cuando el grupo de hombres armados volvió a reunirse, el caballero blanco y quienes le rodeaban habían desaparecido, de modo que los hombres del de Pallavicini intentaron seguir las huellas marcadas en la nieve, sin muchas esperanzas de poder alcanzar a los huidos.

El pequeño grupo de pastores se dividió cuando los jinetes del vicario emprendieron la persecución del falso caballero teutónico. Una parte de ellos se quedó con el rebaño para evitar que los potros, todavía presas del pánico, fueran devorados por los lobos, mientras una docena de mozos que Sutor había escogido especialmente acompañaba a la joven por senderos secundarios en dirección a Bolonia.

En esta etapa de su viaje, el paisaje montañoso apenas cambiante empezó a causarle a Yeza un dolor físico; cada paso de su caballo le provocaba una punzada, sus ojos lagrimeaban a causa del resplandor blanco de la nieve y la nariz le goteaba. Estaba a punto de llorar cuando se dio cuenta de su debilidad, de que tenía fiebre y de que se acordaba de Roç. Le faltaba su presencia. Probablemente el Trencavel ya estuviera navegando, y a menos que estuviese padeciendo un temporal, seguramente se encontraba en mejor situación que ella.

Sus compañeros sardos intentaban aliviarle las penurias del viaje, y Yeza no pasaba hambre ni sed. En sus frecuentes descansos le ofrecían leche caliente con miel y menta, y todos se preocupaban de ella. Cuando aumentó el peligro de ser descubiertos, ya cerca de la ciudad de Bolonia, donde unos pastores de alta montaña podían llamar la atención, se dirigieron a un pueblo en que los sardos fueron saludados como viejos amigos, y donde le proporcionaron a Yeza un baño caliente y una cama de verdad. Se durmió enseguida, al mismo tiempo que empezaba a sudar.

En sus sueños se veía tan pronto desnuda y acostada en la nieve, como expuesta a la pesadez de un cuerpo salvaje que intentaba cubrirla, por lo que arrojaba su cabeza de un lado para otro, sin atreverse a gritar, e intentaba descubrir el rostro de aquel personaje, que tan pronto le parecía ser Roç como el Taxiarcos, hasta adoptar los rasgos del pastor Sutor y en último término el rostro imaginado del rey Enzio. Cuando lo comprendió, no le quedó tiempo para la vergüenza, pues el susto la hizo despertar empapada en sudor. Pero su frente estaba fría: la fiebre la había abandonado.

Unas mujeres entraron en la habitación, la sacaron de entre las mantas mojadas, la secaron y la vistieron como si fuese una de las suyas. Yeza comprendió a retazos, por lo que hablaban aquellas mujeres, que dentro de poco sería día de mercado en Bolonia, y que todas acudirían con los sobrantes de la cosecha y los objetos de sus

actividades artesanas, además de cestas y capazos llenos de carbón vegetal y jamones ahumados o secados al aire. Las mujeres mostraron a Yeza también algunas cestillas artísticas en las que descansaba, envuelto en un paño, lo que parecía un pegote de tierra poco agradable a la vista, y que despedía un olor extraño, a la vez atractivo y mohoso, un olor que Yeza no había olido nunca.

—*Tartuffi!*<sup>[582]</sup> —le susurró al oído una campesina—. ¡Convierten al hombre en cerdo!

Las mujeres reían y volvieron a cubrir aquella especie de patata arrugada cuyo olor le pareció a Yeza extraordinariamente sugestivo. Pensó que reían porque se trataba de una especie de afrodisíaco.

Llegó el día en que los campesinos de los alrededores de la Romaña<sup>[583]</sup> tomaron el camino hacia la ciudad para ofrecer sus mercancías en el gran mercado al aire libre. Tenían derecho a hacerlo, pues cada mes se establecía un día en que ni sus amos, ya fueran eclesiásticos o seculares, podían cobrarles el diezmo, ni tenían que pagar peaje a la entrada de la ciudad, ni podía serles exigido impuesto de ningún tipo. De modo que se producía un gran tumulto y habría sido más fácil encontrar una aguja en un pajar que descubrir a Yeza entre los numerosos grupos de mujeres de todas las edades que se movían por los caminos.

De todos modos, cubrió su cabello rubio con un pañuelo como el que llevaban las campesinas, y le pusieron a la espalda un capazo lleno de carbón vegetal. Así consiguieron traspasar una de las puertas de la ciudad, y el próximo paso consistiría en alcanzar, sin llamar la atención, el palacio donde residía el rey Enzio, al que el magistrado de la ciudad de Bolonia mantenía prisionero, aunque rodeado de una corte que le rendía todos los honores. Yeza comprendió que no podría vender carbón vegetal en el palacio, pero sí alguna de aquellas valiosas trufas, y se dirigió rodeada de mujeres a la puerta del palacio, donde solicitaron ser recibidas por el rey Enzio para entregarle como regalo una cestilla de «oro blanco». Las mujeres empujaron a Yeza hacia adelante, dotada de una de aquellas cestillas, y se quedaron, respetuosas, atrás.

Los guardias parecían seguir comentando cómo habría que proceder en un caso así, mientras Yeza se encontraba, sola y con el corazón palpitándole con fuerza, delante de una puerta detrás de la cual sabía que estaba el objetivo de tan largo y penoso viaje. El agotamiento apenas le permitía mantenerse en pie.

¡De repente se abrió una hoja de aquella puerta y de ella salió Oberto Pallavicini! Su único ojo examinó a Yeza, vestida de campesina, y un brillo comprensivo y triunfal iluminó su mirada. Dio media vuelta y llamó con voz segura y escueta a los guardias.

Pero Yeza, furiosa, le arrojó la cestilla al vicario y con la otra mano sacó el puñal que escondía en la nuca. Oberto recogió con un gesto hábil el proyectil y olió el contenido.

—¡No está mal! —sonrió, complacido consigo mismo—. ¡Detened a esta buscadora de trufas!

Yeza estaba dispuesta a enfrentarse a quien fuera cuando vio que un brazo empujaba al vicario por la espalda, y se encontró frente a Enzo.

—¡Ayudadme, padre! —exclamó con voz desfallecida.

—¡Guardias! —volvió a gritar el vicario, mientras Yeza le arrojaba el puñal, que se clavó en la madera de la puerta, junto al cuello del de Pallavicini. Para esquivarlo, este tuvo que saltar a un lado, y Yeza aprovechó esa última ocasión y se arrojó a los pies de Enzo, que la recogió, extendió sus brazos protectores sobre ella y se sacudió al vicario de encima como a un perro molesto. A Oberto no le quedó otro remedio que sacar el puñal de la madera y tendérselo a Yeza, que seguía abrazada por el rey.

Yeza volvió a esconder el arma bajo su melena, mientras Enzo rodeaba con el brazo los hombros de Yeza y de paso le quitaba al vicario la cestilla de la mano.

—Comprad todas las trufas a esas buenas mujeres —le ordenó con gesto amable a Oberto— y entregad una moneda de oro de más a cada una de ellas. ¡Se lo merecen! —Sonrió a Yeza y la condujo al interior del palacio.

## **Motín en la trirreme**

La isla de rocas blancas surgía en medio del *mare Nostrum*, y no era más que un montón de piedra calcárea lavada por el viento y el agua. Ni un árbol ni un arbusto había podido arraigar allí, sólo algunas pitas mantenían sus anchas y carnosas hojas expuestas al calor sofocante. Y, no obstante, alguna vida existía en Linosa<sup>[584]</sup>. Las cuevas abiertas en las rocas revelaban una presencia humana, y por encima de todas ellas se veía un castillo de piedra con los muros intactos, reveladores de una ocupación permanente. A primera vista, Linosa no parecía ofrecer un muelle donde atracar las naves, pero si alguna barca se deslizaba entre aquellas rocas que se erguían como torres bizarras, descubriría pronto una gruta gigantesca, como un puerto cubierto que era invisible desde el mar. Ese puerto era vigilado desde algunos poblados enclavados en la roca, así como desde el castillo alto, que comunicaba con los contrafuertes naturales mediante sendas y pasillos abiertos en la piedra.

Linosa había estado en tiempos destinada a ser prisión y pertenecía a Sicilia. Los piratas sarracenos tenían allí un punto de apoyo y un escondrijo. Después fue la orden de los templarios la que arrendó la isla y la convirtió en una fortaleza invencible. Desde entonces, ninguna nave ajena entraba en su puerto, ni siquiera en caso de emergencia. Los templarios cubrieron aquella isla solitaria con un manto gigantesco

de misterio, con la consecuencia de que aquel montón de piedras, antes del todo carente de importancia, llegó a ser una fuente de inacabables rumores acerca de sus instalaciones subterráneas, de los ritos herejes que allí se practicaban, la «cabeza del Baffometi» o «piedra filosofal» que en la profundidad de la montaña convertía determinados minerales en oro. La orden había implantado reglas rigurosas en Linosa, los esclavos disponían de un número determinado de mujeres que eran consideradas un bien común, y que podían casarse, pero en cuanto quedaban embarazadas, la orden las alejaba de allí. Los esclavos tenían prohibido llevar y poseer armas y sólo los guardias, que se relevaban en turnos de cuatro horas, recibían ligeras picas y circulaban con mantos negros que los señalaban como turcopoles<sup>[585]</sup>, vigilando en sus recorridos no solamente el puerto oculto, sino toda la isla, para que no la pisara ningún desconocido. Los templarios disponían de un medio de presión muy simple pero de eficacia absoluta en todas las situaciones, y éste era el acceso a la única fuente abundante de agua dulce en todo el territorio, que manaba detrás de la muralla del castillo.

Incluso los piratas evitaban acercarse a la isla, pues más de una nave que se había atrevido a indagar en el misterio de Linosa había desaparecido con toda su tripulación, sin que ésta volviese a aparecer en ninguno de los mercados de esclavos de la cercana costa berberisca.

Para los guardias, la aparición de una nave en el horizonte representaba un suceso extraordinario, mucho más cuando vieron que se acercaba a la isla. Pronto comprendieron que no se trataba de un velero de la orden, sino de una trirreme maltesa, de construcción antigua. Hacía ya por lo menos medio siglo que no se empleaba ese tipo de velamen, y la vistosa bandera que apareció en el palo también mostraba todavía el águila imperial negra sobre fondo de oro, como en tiempos del emperador llamado Barbarroja<sup>[586]</sup>.

La guarnición del castillo se dio cuenta de que aquella nave dotada de tres hileras de remos, que resplandecían de forma extraña bajo el sol, se acercaba demasiado, y decidió izar la bandera con la cruz roja de San Andrés<sup>[587]</sup> cuatriplicada, un signo de advertencia que señalizaba que aquel lugar estaba infectado por la peste, pero que al mismo tiempo era la señal para los defensores de la isla de prepararse para el combate.

En la trirreme, que por orden del Taxiarcos iba reduciendo el ritmo de los remos y se acercaba muy lentamente a la isla, también se estaban tomando los últimos preparativos. Apenas la cubierta fue visible desde el castillo, se inició en la nave un motín perfectamente orquestado, en cuyo transcurso los amotinados resultaron pronto vencedores. Algunos marineros arrojados al agua eran izados a bordo por la popa, donde no podían ser vistos desde la isla. Otros se quedaban tirados sobre cubierta como si estuviesen muertos o heridos, y la trirreme, al parecer ya sin mando, se



acercaba cada vez más a las rocas de Linosa, mientras los amotinados victoriosos arrastraban a su capitán, el Taxiarcos, hacia el palo y le colocaban una cuerda alrededor del cuello. Un monje le ofreció brevemente la cruz para que la besara. Pero cuando se disponían a ahorcarle, el capitán rompió la cuerda y se arrojó al mar. Un grito de disgusto acompañó aquel fracaso, pues el Taxiarcos volvió a emerger rápidamente entre las aguas. Aún llevaba la cuerda rota atada al cuello, pero como sólo llevaba atadas las manos a la espalda y no los pies, pudo alejarse de la trirreme dando fuertes golpes con las piernas, en dirección a la orilla. Los remeros de la nave intentaron al principio darle alcance, pero después renunciaron a acercarse a la orilla y a capturar a su víctima, y la trirreme reemprendió el viaje, pasando de largo ante Linosa y desapareciendo de la vista de cuantos habían asistido a tan dramático espectáculo. Algunos de los guardias saltaron al agua para salvar al hombre que nadaba tan penosamente, corriendo el peligro de destrozarse la cabeza contra las rocas. Lo sacaron del agua y soltaron las ataduras que llevaba en las manos. El Taxiarcos se quitó la cuerda que le colgaba del cuello y descansó un rato, tendido encima de las rocas. Después los guardias lo llevaron al castillo.

El castillo de Linosa es de origen fenicio, con cuatro poderosas torres que señalan las cuatro direcciones principales, unidas entre ellas por gruesas murallas. El *donjon* central se comunicaba con los muros a través de puentes levadizos. Todo el conjunto iba cayendo poco a poco en un estado ruinoso, los puentes no se utilizaban, las cadenas se habían oxidado, y los templarios confiaban ya sólo en las rondas de vigilancia de los hermanos y en el sistema ideado para mantener a raya a los esclavos.

El Taxiarcos, mientras ascendía al castillo, no veía ni una señal de lo que tanto buscaba. Estaba siendo escoltado con toda intención dando rodeos, casi siempre por sendas vaciadas en la roca, que no permitían ver el puerto cubierto, aunque el rey de los mendigos tenía todo el tiempo la sensación de que ese puerto se encontraba bajo sus pies. En bastantes ocasiones vio unas escaleras excavadas en la piedra que conducían hacia abajo, pero sus acompañantes le hacían pasar de largo.

El interior del castillo era pobre y el equipamiento muy austero. Ni siquiera las estancias del superior de la orden formaban una excepción. El Taxiarcos reconoció de inmediato al joven oficial Simón de Cadet, a quien había visto por última vez en Redae. Y éste recordó también al aventurero a quien Gavin Montbard de Béthune había enviado a las «islas lejanas», y que se había atrevido a traer de allí a unos niños bien extraños. Simón se esforzaba por aparentar severidad.

—He visto, Taxiarcos, que la tripulación de vuestro barco intentaba infligiros el castigo que la orden dejó en suspenso.

Simón empleó un tono más bien interrogativo, de modo que el Taxiarcos se vio animado a responder.

—Puede que vos, Simón de Cadet, no encontréis reprochable que vuestra orden escamotee a su capitán la parte convenida del botín, y por otra parte creáis condenable que el capitán se haya apoderado de un barco de la orden como prenda. La factura sigue sin pagar, aunque nada tiene que ver con la desgracia que me acaba de suceder. Yo soy el capitán legalmente nombrado de esa trirreme, que navega bajo la bandera de Sicilia.

—¿Y por qué se amotinó la tripulación?

—También yo podría preguntar: ¿por qué os han condenado a vos, Simón de Cadet, a vivir en esta isla rocosa? ¿Éste es el castigo que os ha impuesto Guillem de Gisors?

El joven templario se ruborizó.

—¡No me hagáis perder la paciencia con unas insinuaciones que afectan a mi honor, Taxiarcos!

—¡Lejos de mí esa pretensión! —respondió éste rápidamente—. Sucede que la tripulación se ha enterado de que en los próximos días pasará por aquí cerca una nave de mercaderes árabes, cargada hasta el borde con oro y joyas, y me insistieron en que echara el ancla aquí, a la espera de una ocasión favorable para atacar a esa nave. En cambio yo he dado mi palabra al rey Manfredo de trasladar a una centuria de caballeros cristianos a Épiros, para ayudar al suegro del rey. Ahora bien, he sufrido una terrible desilusión, ¡mucho peor que la muerte que me tenían destinada! Gran parte de los caballeros se puso del lado de los amotinados, y cuando intenté acercarme a la isla quisieron ejecutarme, como habréis podido apreciar con vuestros propios ojos.

—¡Y, como siempre, la Santísima Virgen os ha salvado! —se mofó Simón.

—En sus prisas por trasladarme al otro mundo, esa gente echó mano de una cuerda podrida. ¡Así he podido conservar la vida!

Simón de Cadet miró pensativo al Taxiarcos.

—No es mi misión corregir las decisiones divinas y haceros ahorcar ahora por haber robado una nave de la orden, cuando nuestro gran maestre podría haber hecho esto mismo en Palermo. De modo que seréis mi huésped hasta que el próximo barco que ataque aquí os lleve de este lugar.

—Os agradezco la hospitalidad —respondió el Taxiarcos con educación—. Y os ruego no toméis a mal mi deseo de alejarme cuanto antes de aquí, para recuperar mi nave y llevar a buen fin la misión que prometí cumplir fielmente ante el rey.

Simón sonrió.

—No podréis contar con nuestra ayuda en este caso. En esta isla ni siquiera hay una barca de pescadores.

—¿Cómo? ¿No tenéis ningún barco aquí? —preguntó el Taxiarcos, mostrándose sorprendido.

—¡Pues no! —remarcó el templario—. Y aunque lo tuviéramos...

—La trirreme estará al acecho muy cerca de aquí, si quiere atrapar a esa presa<sup>[588]</sup> de la que os he hablado.

—Ésa es una cuestión que dilucidarán los mercaderes sarracenos y vuestros hombres, y tal vez vos, siempre que sepáis nadar, pero en ningún caso es asunto de la orden.

—Yo no busco el dinero, creedme, Simón. Quiero que imperen la justicia y el orden. Los caballeros deben obedecer a su juramento de vasallos y llegar a Épiros, y los amotinados merecen...

—Pues yo tengo las manos atadas —le respondió Simón de Cadet—. Mi hospitalidad se limita a estos muros. No podéis abandonar el castillo sin mi permiso.

Los guardias que esperaban junto a la puerta se hicieron cargo del Taxiarcos. Mientras se lo llevaban, Simón contemplaba el azul del mar, tan vacío como el cielo batido por el viento.

## Las lamentaciones de Enzo

*Tempo uene ki sale e ki discende,  
tempo è da parlare e da taciere,  
tempo è d'ascoltare e da imprende,  
tempo da minaccie non temere.*<sup>[589]</sup>

La voz del rey prisionero salía, clara y sonora, por las tres altas ventanas. Ninguno de los habitantes de Bolonia podía oírle, pues su *re Enzo*<sup>[590]</sup> se alojaba en la última planta del palacio que el magistrado de la ciudad le había señalado como residencia.

*Tempo d'ubbidir ki ti riprende,  
tempo di molte cose pruoedere,  
tempo di uegghiare ki t'offende,  
tempo d'infignere di non nedere.*<sup>[591]</sup>

Sin embargo, sus sonetos<sup>[592]</sup> circulaban por la ciudad, y los poetas de Bolonia solían reunirse con su real colega. El destino melodramático del joven germano conmovía a todos, daba alas a su fantasía y los elevaba por encima de sus buenos conciudadanos, a los que, desde su victoria en la batalla de Fossalto<sup>[593]</sup>, no se les había ocurrido nada mejor que mantener a su egregio prisionero con vida. De eso hacía ya casi diez años, y la ciudadanía se había acostumbrado a ese papel, situado en

un intermedio entre anfitrión y carcelero. El rey, en cambio, no.

*Però lo tegno saggio e canosciente  
que'ke i facti con ragione  
e col tempo si sa comportare.*<sup>[594]</sup>

Yeza se sentaba a los pies de Enzo, rodeada de trovadores y poetas, cantantes y curiosos que no tenían otra cosa que hacer.

*E mettesi in piacere de la gente  
ke non si troui nessuna cagione  
ke lo su'facto possa biasimare.*<sup>[595]</sup>

De tanto en tanto, el rey se sentía abrumado por lo absurdo de su situación y tenía que hacer un esfuerzo por no echarlos a todos. Solía caer entonces en un silencio apesadumbrado, en cuyo caso los criados se esforzaban por despedir cortésmente a los visitantes. Así sucedió también en esta ocasión, de modo que Yeza finalmente se encontró sola con Enzo en aquella sala de techos altos.

—¿Querríais hablarme de vuestro amor por mi madre? —empezó ella a interrogarle, sin excesivos miramientos. Atendiendo a su propio deseo se le pasó por alto que aquellos sentimientos, si es que habían existido, podían haberse hundido hace tiempo en la niebla del olvido.

En cualquier caso, Enzo no respondió, y Yeza, acostumbrada a ser tenaz, insistió:

—¿Recordáis a Esclarmunda, la que después fue mi madre?

Tampoco aquella referencia tan directa obtuvo respuesta.

Finalmente el rey, cuyos pensamientos parecían estar muy lejos de allí, respondió como lo haría un vidente nada implicado en la cuestión:

—Esclarmunda, la que ilumina el mundo.

—¡Eso es! —exclamó Yeza, feliz de haberle podido atraer al fin a la senda deseada—. Esclarmunda cuidaba del santo Grial, ¡y toda ella era como una luz!

Enzo miró, abstraído, a la joven que se sentaba a sus pies.

—Os puede haber parecido así, pues muchos confunden el resplandor con la luz. En su origen está la piedra, lapis ex coelis, la piedra negra enviada por el cielo para iluminar a la humanidad, siempre que esté dispuesta a...

Yeza no le dejó acabar, arrebatada por la visión que compartía con aquel hombre, un hombre al que ella creía su padre.

—¡Es un saber precioso el que tenemos en común! —le confió con orgullo—. También yo he podido verlo. ¡Estos ojos han visto la piedra negra!

Hasta entonces, Enzo parecía responder a la muchacha con cierta reserva, pero

ahora estalló en una franca risa.

—La piedra negra que habéis visto sólo puede proceder de aquel sarcófago de mármol que los templarios, tras pasar muchos años socavando los cimientos de la colina del Templo de los judíos, arrastraron con el mayor sigilo hacia los subterráneos herejes de Redae, haciendo nacer así el más oscuro de los misterios. Os aseguro, querida dama, que no es más que una lápida lo que los templarios se llevaron a Francia, para que adornara allí su tumba.

—¿Cómo sabéis todo eso, Enzio? —preguntó Yeza, apocada al ver que el tono empleado por el rey minaba sus convicciones.

—Porque en los últimos diez años he tenido tiempo de pensar en todas las cosas de este mundo. —El rey Enzio volvía a quedarse pensativo—. Intento bucear en el pasado de la humanidad, e intento descubrir el porqué de la Creación. Es decir, estoy buscando el santo Grial.

Los ojos de Yeza se iluminaron con una chispa de esperanza.

—¿Creéis pues que el Grial existe?

Enzio la miró con aire de benevolencia.

—Todo el que posea la voluntad, la fuerza y el talento de escuchar los latidos del corazón cósmico, comprenderá que el santo Grial no es un objeto físico, ni una piedra, ni un cáliz. Esas dos palabras no son más que el símbolo de una idea, de un misterio. La humanidad siempre corre el peligro de confundir el símbolo con su contenido espiritual, porque es más fácil adornar aquel con un culto, que después resulta tener vida propia y nos hace olvidar el origen del misterio y su verdadero sentido.

—¿Y cómo unos hombres tan inteligentes como los caballeros templarios han podido cometer tan grave error? —intentó rebelarse Yeza, y Enzio le contestó con una sonrisa indulgente.

—Porque no les interesa el origen de la piedra negra, ¡sino el cáliz negro que les falta!

—Supongo que es así —dijo Yeza, pensativa, sin querer revelar sus conocimientos en torno a aquella cuestión—. Supongo que ese cáliz se les habrá perdido. ¿Recuperarlo significa tener poder? —añadió como de pasada.

—Tal vez proporcione un poder temporal, pero tampoco representa más que el símbolo de la muerte, una puerta que hay que traspasar antes de que el perseguidor del Grial pueda beber de la fuente del conocimiento puro.

—¿Es el destino de la pareja real encontrar y cuidar del Grial?

—Os puedo dar una respuesta resumida: muchos han creído estar destinados a buscarlo, pero pocos serán los elegidos que lo encuentren de verdad.

Yeza sintió la amargura de aquel hombre capaz de un pensamiento tan profundo, pero que carecía de la libertad necesaria para ponerlo en práctica. Debía sentirse

disgustado porque otros más jóvenes tuvieran la oportunidad de buscar en vida el santo Grial, aunque muchos dejaban pasar esa ocasión o no le prestaban atención. Yeza comprendía que Enzo no podría ayudarla ni a ella ni a Roç. ¿Tal vez estuviese en sus manos modificar el destino de aquel hombre? Yeza, que hasta entonces se había sentado, tranquila y humilde, a los pies de su adorado rey Enzo, estiró sus largas piernas y se incorporó. Pero no se quedó de pie delante de él, sino que empezó a pasear por la sala.

Deseaba ordenar sus pensamientos antes de tomar una decisión. ¿Sería uno de sus retos liberar al rey Enzo del encierro humillante que padecía en Bolonia? Eso sólo tenía sentido si realmente existían lazos de sangre entre ella y el germano, si se confirmaba que aquel presentimiento era algo más que una ilusión juvenil. Tenía que saber la verdad. De modo que Yeza se detuvo y preguntó, aunque sin mirar al rey:

—¿Sois mi padre, Enzo?

El rey miró hacia las ventanas, como si temiera que alguien pudiese haber oído la pregunta. Después bajó de su asiento parecido a un trono y se acercó a la joven, que le daba la espalda y esperaba inmóvil, como petrificada. Con delicadeza le puso una mano en el hombro.

—Caminemos un poco por las calles, parece que el techo se me quiera caer encima.

Yeza había temido una reacción brusca, que el rey rechazara una posible paternidad o negara simplemente cualquier relación con su madre. Por otra parte, también cabía la posibilidad de que le hablara de él y de Esclarmunda pero, intentando convencerla de que aquella relación no tuvo consecuencias. Se arrepintió de la pregunta al pensar en su madre, que había demostrado ser más valiente, tanto al encarar la vida como al enfrentarse con la muerte.

Intentó dar otro giro a la conversación.

—Cuando me arrojé a vuestros pies, ¿sabíais en realidad a quién ibais a proteger frente al de Pallavicini?

—Tratándose de Oberto, protegería al mismísimo diablo. Pero enseguida supe quién erais. —Enzo sonrió, se acercó a un armario y le hizo un gesto de que también se acercara.

Detrás de la puerta del armario colgaba un cuadro, una de las miniaturas que Rinat le Pulcin había pintado de ella en Quéribus.

—Este retrato os representa a vos, ¿verdad?

Yeza asintió. No tenía escape. Enzo estaba pensando ya en otra cosa.

En efecto, estaba pensando si debía mostrar a Yeza un cuadro que el pintor veneciano había pintado de él. Le mostraba dentro de un tonel, pues Rinat le quería convencer, medio en broma, que aquella era la manera de huir algún día de la ciudad. A ningún guardia se le ocurriría mirar el interior de un tonel que algún campesino se

llevara al finalizar el día de mercado. Enzo pensaba mucho en aquel cuadro, pero decidió no mencionárselo de momento a Yeza.

Seguidos por los guardias, descendieron por la ancha escalera que desembocaba en la plaza mayor. El magistrado de la ciudad había construido aquel lujoso palacio que albergaría a su prisionero en la misma plaza central, entre el ayuntamiento, el mercado de cereales y la armería, de modo que el rey Enzo quedaba perfectamente vigilado, y podía ser mostrado a los visitantes extranjeros como si fuese un animal exótico.

También esta vez les espiaban centenares de ojos ocultos detrás de las cortinas, y había gente que retiraba la gorra de la cabeza para saludar a su rubio rey, aunque otros se limitaban a mirarlos. Enzo devolvía distraído los saludos y conducía a Yeza del brazo, encaminándose rápidamente hacia el paso cubierto entre San Petronio y el Gimnasio, el más antiguo edificio de la ciudad. Debajo de sus arcadas, en medio de una multitud que les cedía cortés el paso, Enzo recuperó la alegría.

—Esa idea fija que tienes de ver en mí a tu padre, sólo puede ser obra de la *Prieuré*, que te la ha metido en la cabeza aún sabiendo que no es verdad. —Intentaba contagiarle su alegría, sin entender que ella interpretaría aquellas palabras de modo muy diferente.

Yeza le respondió con sequedad:

—Si es todo lo que me tenéis que decir, ¡prefiero no saber nada más!

Enzo reflexionó.

—Pues bien —continuó, sintiéndose generoso—. Dejemos a esa secta fuera del asunto, aunque algo tuvo que ver y es realmente la causa de que no pueda abrazaros hoy como si fueseis hija mía, lo que de todo corazón me gustaría hacer.

—Deberíais sentir vergüenza de seguir jugando así conmigo. —Yeza retiró su brazo y fue a dar media vuelta para alejarse de allí.

—Esperad —le susurró Enzo—. Os diré la verdad. Vuestra madre acompañó a su padre, el digno Ramón de Perelha<sup>[597]</sup>, en una misión absolutamente secreta hasta Apulia. Allí estaba también el emperador para inaugurar un nuevo pabellón de caza que había hecho construir en medio del bosque, cerca de su residencia en Foggia, el Castel del Monte<sup>[598]</sup>. También yo me encontraba allí, para ver y saludar a mi padre y señor, el emperador Federico. Esclarmunda no sólo era una muchacha encantadora, sino que los participantes en aquella partida de caza la consideraban una pieza a cobrar. Estimada Yeza, si no podéis soportar la verdad de la historia, tal como sucedió en realidad, podéis hacerme callar ahora.

Los ojos de Yeza echaban chispas.

—Es muy probable que yo conozca mejor a los hombres que mi madre, que se crió muy protegida, allá en el Montségur. Nada me asusta ya, pero no me gusta sentir asco.

—¡No todos los hombres son asquerosos!

—No lo son, tenéis razón. Aunque supongo que me vais a hablar de unos machos a cuyo asedio estuvo expuesta Esclarmunda, sin protección alguna, porque profesaba la misma fe cátara que su padre y ambos habían emprendido aquella misión secreta para pedir ayuda en favor de sus compatriotas apurados del Languedoc. ¿Fue así?

—Así fue —dijo Enzo, pero antes de que pudiese seguir hablando Yeza continuó.

—Sabéis muy bien, y lo sabíais ya entonces, que aquella corte no tenía ni la más mínima intención de ayudar a los cátaros, pero sí la de cazar cualquier presa...

—¡El emperador odiaba a los herejes! Era una idea disparatada pedirle ayuda precisamente a él. De modo que había que mantener el secreto de la misión que traían los Perelha incluso ante Federico, pues de no hacerlo correrían el máximo peligro. Los herejes eran entregados sin excepción a la hoguera. No sé quién pudo haberles aconsejado ese viaje.

—¡Unos ilusos! —dijo Yeza—. Pero vos, Enzo, que en aquel entonces ya erais rey de Cerdeña, ¿vos también lo ignorabais todo?

—Me da vergüenza informaros de la maldad de lo sucedido. —Enzo se detuvo y miró alrededor, procurando que nadie le oyera—. A mis espaldas, alguien convenció a Esclarmunda de que tuviera una cita conmigo, no sé de quién partió la idea ni si ejercieron alguna presión sobre ella, o le prometieron algo para que me recibiera de noche en su alcoba, en el mayor de los secretos...

—¿No estaría sencillamente enamorada de vos? —preguntó Yeza—. Se dice que erais un joven muy apuesto, a quien no se resistía ninguna mujer.

—Os podéis burlar de mí, ¡pero lo sucedido fue mucho peor! Es verdad que yo había mirado a Esclarmunda desde el primer día con ojos amorosos, pero no sabía nada más ¡y, sobre todo, no sabía nada de una cita! Aquella noche, Esclarmunda me esperaba cuando, protegido por la oscuridad, quien entró en su alcoba fue mi señor padre. Era habitual que le prepararan tales encuentros amorosos, a los que él no daba mucha importancia. Después de una buena borrachera se dirigió a la torre que le señalaron, e imagino el resto, pues sé que Federico se portaba con frecuencia como un verdadero animal. ¡Siempre le he odiado por esa razón!

—Seguid —dijo Yeza con voz apagada—. Decidlo todo.

—A la mañana siguiente aconsejaron al señor de Perelha que sería mejor para él alejarse de allí junto con su hija. Se fueron sin que yo hubiese podido ver otra vez a Esclarmunda. Más adelante me enteré de que había sido el viejo John Turnbull, un individuo de fama más bien dudosa, aunque procedente del Languedoc, a quien Federico utilizaba a veces como embajador ante el sultán, quien había procurado que el emperador ocupara mi lugar. Como comprenderéis, me dio vergüenza hablar de lo sucedido. Después me enteré de que ese individuo era uno de los jefes de la *Prieuré*.

—Y así es —confirmó Yeza—. ¡Lo fue hasta su muerte!



—Ahora sabéis quién fue vuestro padre —suspiró Enzo, y parecía aliviado—. Comprenderéis por qué no siento ninguna simpatía por esa secta secreta denominada la *Prieuré* de Sión, aunque Turnbull intentó repetidamente incorporarme al círculo de sus adeptos.

—Posiblemente, querido hermano —dijo ella, y le sonrió— seáis miembro de esa secta desde hace tiempo, aunque sin saberlo.

Enzio la miró sorprendido.

—¿Por qué había de serlo, querida hermana? ¿Qué provecho les podría traer aquí en Bolonia? No creerán que sus intereses pueden ser defendidos por alguien que en cierto modo está enterrado vivo.

—La *Prieuré* no piensa como los demás. Y es ella la que dispone cuándo alguien ha de morir.

En su deambular habían llegado hasta San Dominico, el grandioso mausoleo del santo inventor de la Inquisición.

—Sea como sea —aclaró él y puso un brazo sobre los hombros de la joven—, cuando me permitan dejar este valle de lágrimas seré enterrado aquí. ¿Queréis ver mi sarcófago?

Yeza sacudió la cabeza y se acordó de Roç mientras iniciaban el retorno hacia el palacio del rey. Roç pensaría lo mismo que ella, si estuviese en su lugar. Enzo era su hermano, y dejarle morir aquí en Bolonia, sin intentar su liberación, era impensable. De modo que ella, que representaba a la pareja real, no podía limitarse simplemente a emprender la retirada. Era hija del santo Grial, y tenía que intentarlo. Que Enzo pensara de la *Prieuré* lo que quisiera; el éxito o el fracaso de su intento daría fe de las decisiones que habría tomado la poderosa secta. De todos modos, no habló de lo que le estaba pasando por la cabeza.

—Y vos, hermano, ¿nunca habéis sentido el deseo de encontrar el cáliz negro y vaciarlo hasta el fondo?

Enzio la miró, sorprendido.

—¡No bebería ni una gota de él, y lo mismo os aconsejo, Yeza!

En ese instante la joven supo lo que debía hacer, y también supo el resultado que obtendría. El que siente temor ante la vida, lleva ya la muerte en sí, sin esperanza alguna de una resurrección en el más allá.

A Yeza le habría gustado tener a su lado al Trencavel, pero éste estaría navegando para enfrentarse a cualquier aventura sin sentido, probablemente en compañía de aquellos tres mozos irresponsables de Occitania. Menos mal que Gosset estaba con él. De repente, Yeza descubrió que sus pensamientos seguían adelante, deteniéndose en el Taxiarcos. Se lo reprochó a sí misma, pero le resultaba difícil apartar la imagen de su mente. Se obligó a pensar en el viejo y fiel Sigbert, en realidad el único de quien ella esperaba que acudiera a Bolonia; aunque por mucho que estuviera

necesitada de apoyo, no pensaba confiarse al viejo comendador. No le servía para poner en práctica un propósito que en su mente adquiriría forma cada vez más nítida. Mil veces mejor le habría servido Jordi, pero éste la esperaba en Ravenna. Yeza no cesaba de pensar cómo podría hacer realidad la atrevida ocurrencia que había tenido, y tuvo que hacer un esfuerzo para convencerse a sí misma de que podía realizar algo importante sin la ayuda de Roç. Le demostraría al Trencavel de lo que era capaz.

—Estáis soñando, hermana —exclamó Enzo—. Me pregunto qué pensamientos mantienen ocupada esa bella cabecita. ¿Cómo se siente la hija del emperador en una ciudad que puede convertirse en trampa para cualquier descendiente de los Hohenstaufen?

Yeza le riñó porque hablaba demasiado alto.

—¿Qué sacáis en limpio si denunciáis mi origen?

—¡Que no tendría que prescindir nunca más de vuestra agradable compañía!

—Os equivocáis, Enzo. Yo no tengo la intención de quedarme mucho tiempo en Bolonia.

Yeza se echó a reír, le cogió del brazo y juntos entraron de nuevo en el palacio del rey Enzo.

## **Se cierra el lazo**

La nave *Nike*, el velero del embajador griego que los sicilianos habían recomendado al Trencavel, avanzaba lentamente. Las velas parecían acoger de mala gana al viento, y los remos empleados para contrarrestar la calma apenas conseguían hacer adelantar la nave. No se trataba de un capricho del tiempo, sino de la circunstancia de que el capitán y la tripulación eran griegos, de Nicea, y se veían obligados a transportar a Roç y a sus hombres para apoyar al déspota de Épiros. Por mucho que el joven caballero se quejara ante el capitán, éste no hacía más que lamentarse de la falta de viento, y la situación no mejoraba.

Roç tenía también otros problemas para imponer su voluntad en aquella expedición. Como era de esperar, los tres mozos del Languedoc demostraron desde el comienzo del viaje su casi nula disposición a colaborar. Raúl, el cabecilla, el taimado Mas y el tonto Pons, al que arrastraban detrás, se separaban de los demás y tramaban sus propios proyectos, que no armonizaban en modo alguno con el objetivo de la empresa. Les decían a todos que consideraban una tontería intervenir en las peleas de los griegos, y mucho menos luchando del lado de los perdedores, pues el emperador de Nicea sería quien se llevaría finalmente la victoria en la lucha por Constantinopla. A ellos les habría gustado mucho más navegar con el *Taxiarcos* hacia las «islas lejanas», en cuyas alegres playas se encontraba el paraíso sobre la tierra, entre mujeres dóciles y pacientes, frutos sabrosos que no había más que coger del árbol, y

oro que abundaba como la arena del mar. Sus habladurías podían calificarse fácilmente como una invitación al motín.

La mayoría de los caballeros germanos, que se tomaban en serio su obligación y ardían de ganas de luchar en la soleada Grecia con la perspectiva de conseguir como premio una isla de su propiedad, no le hacían mucho caso. Muchos ni siquiera entendían la *langue d'Oc*, pero en unos cuantos empezaron a arraigar las palabras de los seductores. Roç observaba impotente aquellos manejos, y le insistió a Gosset para que se mantuviera en contacto con el único caballero que al parecer dominaba varios idiomas, aunque era un hombre taciturno. Él mismo sentía cierto respeto por aquel gigante de cabello tan rubio que era casi blanco.

Dietrich von Röpkenstein<sup>[599]</sup> se ocupaba todo el día en reforzar los músculos de su cuerpo, y era capaz de romper con el puño cerrado cualquier objeto que le pareciera inútil, sin mostrarse demasiado selectivo; rompía a veces con las manos y a veces con los dientes cabos y cuerdas y lonas, levantaba bidones enteros con una solo mano, o trepaba hacia lo alto del palo para dejarse caer sobre cubierta. Los germanos obedecían a cualquiera de sus escasos gestos.

Roç suponía que en algún momento tendría que enfrentarse a aquella máquina de guerra, si quería mantener el mando sobre un grupo tan dispar. La situación a bordo estaba además bajo los efectos de un problema que afectaba a todos de manera decisiva. Se trataba de Potkaxl, la única mujer a bordo, alrededor de la cual se desataron sin remedio celos y habladurías, hasta que un día Dietrich, en una de las pocas ocasiones en que abrió la boca, propuso en voz alta a Roç:

—Trencavel, ¿por qué no tiráis a esa mujer por la borda?

Entonces intervino Gosset, que sin pensarlo mucho tomó a Potkaxl bajo su protección y la alojó en su propio camarote. A Roç le pareció bien, aunque también le disgustaba que Gosset no lo hubiese acordado antes con él. Cuando todavía estaba cavilando sobre si aquel suceso le hará perder autoridad, apareció en el horizonte una flota.

—¡Roç! —advirtió el sacerdote a su protegido cuando vio que un único barco se apartaba de los demás y se dirigía a la *Nike*—. Es mejor que no os vean, hasta saber si nos miran con ojos amistosos o vienen en son de pelea.

—Por las velas y la popa alta —intervino Dietrich—, se trata de un barco marsellés. —Los ojos azules del alemán intentaban atravesar la neblilla que cubría el mar—. Aunque acaban de izar la enseña del Imperio Latino.

—¡Será el señor Balduino, que regresa de alguno de sus viajes pidiendo limosna por las cortes europeas! —se mofó Roç, a quien le sabía mal esconderse mientras Dietrich se arrogaba el papel de comandante experto.

El sacerdote buscó la mirada de aquellos ojos azules y se propuso imponer su voluntad:

—También vos, Dietrich von Röpkenstein, haréis el favor de ocultaros bajo cubierta. No veo la manera de afirmar que sois un mercader musulmán. Por lo demás ¡también nosotros deberíamos izar la bandera griega!

El germano parecía dispuesto a obedecer, de modo que Roç consideró que la petición de su mentor era razonable. Todavía pudo oír cómo Gosset les insistía a los demás caballeros, todos vestidos de mercaderes árabes, para que se mantuvieran a partir de ese momento en el más absoluto silencio.

—Somos una delegación comercial de bereberes<sup>[600]</sup> magrebíes<sup>[601]</sup>, a los que ha invitado el emperador de Nicea —les recordaba Gosset—. Así se explica la claridad de vuestra piel. ¡No lo olvidéis! —advertía el sacerdote a los guerreros.

Al oírle, Dietrich ofreció mantenerse al menos cerca, pues afirmaba hablar fluidamente el idioma de los tuari<sup>[602]</sup>. Y Roç, deseoso de no ser el único en esconderse, se quedó a su lado, afirmando que también él conocía el árabe. Gosset, resignado, se encogió de hombros.

Entretanto se había acercado el velero. Sus ocupantes bajaron una barca al agua, en la que un único caballero fue acercado a golpe de remo hasta la *Nike*.

Su aspecto era el de un noble provenzal, y ése fue el origen que proclamó.

—Soy Roberto les Beaux<sup>[603]</sup> —se presentó una vez hubo subido a cubierta—. Voy camino de Constantinopla, en compañía de algunos amigos griegos. —Su aspecto era el de un joven ingenuo.

Gosset le respondió:

—Nosotros procedemos del imperio del venerable *Amir al Mumin*<sup>[604]</sup>, que domina todas las tierras al oeste del Nilo, los desiertos y las montañas del Atlas hasta el océano que lleva ese mismo nombre. El emperador griego de Constantinopla nos ha enviado esta nave, para que tengamos un buen viaje.

La información pareció satisfacer al señor Les Beaux, a quien la presencia de un sacerdote católico romano no parecía extrañarle.

—A los únicos a quienes debéis temer en estas aguas, monseñor, es a los traicioneros sicilianos del bastardo Manfredo, enemistado con todo el mundo, tanto con la Iglesia como con Miguel Paleólogo de Nicea.

En aquel momento se vio interrumpido por el capitán griego, quien, remando desesperado con los brazos en el aire, pujaba por adelantarse:

—¡Todo es mentira! —jadeó—. Yo soy el capitán de la nave y esta gente me ha obligado...

No pudo seguir porque el codo de Dietrich le alcanzó debajo de la nariz, y por el crujido que el golpe originó pudo deducirse que le había roto los dientes antes de que el capitán cayera, con el labio superior partido, como un saco mojado.

—¿Qué ha sido eso? —se le escapó al señor Roberto, que parecía muy afectado—. ¿Qué comedia se está representando aquí? —Y se retiró hasta donde le esperaban

sus remeros.

—Ese buen hombre no entiende nada —respondió Gosset, muy tranquilo, y sacó de entre sus ropas un pergamino que le tendió al preocupado caballero, de modo que éste viera la palabra subrayada *ambassadeur*, y la firma y el sello del rey Luis—. La corona de Francia está muy interesada en nuestra misión. Su majestad el sultán de Marrakech<sup>[605]</sup>, soberano de todos los creyentes, envía incluso a sus sobrinos... —Y señaló, atrevido, a Roç y Dietrich, que desde la intervención del capitán representaban el papel de unos árabes indignados que discutían en voz alta.

Raúl de Belgrave se apresuró a acudir en auxilio de monseñor.

—Ese miserable griego ha ofendido a nuestros huéspedes musulmanes.

El señor Roberto, forzando una sonrisa, pareció darse por satisfecho.

—¡No puede uno fiarse de los griegos! También nosotros somos franceses —concedió—. Provenzales, seguidores del conde Carlos de Anjou. El hermano del rey nos envía en misión secreta. —Al parecer, no deseaba revelar nada más. Saludó con un gesto benevolente a todos los que veía a bordo y se inclinó ligeramente ante Gosset—. ¡Mucha suerte en vuestro viaje!

Después trepó por la escalera de cuerda, de regreso a la barca, y los remeros le devolvieron al velero. En cuanto hubo subido a bordo, desde ese velero enviaron señales al resto de la flota, que pronto desapareció con las velas hinchadas en dirección al noreste.

—¡Potkaxl! —exclamó Roç con un suspiro de alivio—. ¡Trae un poco de ese buen vino de Manfredo y enfríale la boca a nuestro insensato capitán! Aún le necesitaremos. —Dirigiéndose a Dietrich, añadió—: ¿Quién si no iba a gobernar este barco?

El germano quería responder algo, probablemente que también él habría sabido hacerlo, y además de una manera magistral, pero una mirada de Gosset le obligó a mantener la boca cerrada.

—Es decir, el de Anjou busca guerra —comentó Gosset, y Roç murmuró:

—Me gustaría saber qué pretende.

—¡Asestar un golpe a nuestra Sicilia germana! —gruñó Dietrich—. Tengo ganas de estropearle la función.

Potkaxl les trajo vino y el capitán, una vez vendada la mandíbula, regresó al timón.

Dietrich no dejaba de vigilarlo y pudo observar cómo Pons se le acercaba simulando compasión. En realidad lo que hizo fue entregarle un escrito sellado, que aquel guardó con gesto de desagrado, mientras Pons regresaba apresuradamente junto a los demás.

Gosset levantó la copa.

—¡Estoy orgulloso de todos vosotros! —exclamó—. Es una lástima que no

podamos dirigirnos directamente a ultramar. Con una tripulación como ésta podríamos conquistar Jerusalén para el Trencavel, ¡para la pareja real!

Los germanos lanzaron vivas a Roç. Los tres mozos del Languedoc murmuraban entre ellos, mostrando a las claras que la oferta no les interesaba.

Roç se mordió el labio y, en cuanto pudo, se acercó a su mentor.

—¿Cómo se os ha ocurrido decir eso? —le siseó furioso.

Pero Gosset no se dejó intimidar.

—No fue una simple ocurrencia. Estoy convencido de que sería lo justo.

—¡Ni hablar! —resopló Roç—. No navegamos hacia Tierra Santa, ¡sino hacia Épiros! Quiero cumplir con la palabra dada a Manfredo, ¡y nadie de los que navegan conmigo debe ponerlo en duda!

La *Nike* avanzaba con tenaz lentitud hacia un atardecer gris. Sea porque el maltratado capitán no tuviera ganas de sacarle mayor rendimiento, una vez corregido el rumbo según las nuevas instrucciones, sea porque el velero presentía su próximo destino, las cuadernas del velero crujían, las velas daban golpes en el aire, al estar mal aseguradas, y por el oeste un sol sangriento se hundía en el mar.

La flota de Carlos de Anjou pasó la noche anclada en la bahía de una isla al parecer apenas habitada.

—Se llama Linosa —explicó Roberto les Beaux a su extraño pasajero, un hombre que no le infundía temor, pero sí le resultaba muy antipático. No obstante, hacía un esfuerzo por mostrarse cortés, pues al fin y al cabo un inválido merece cierto respeto.

El hombre era manco, y supuestamente actuaba de guía de la pequeña flota. Rinat le Pulcin parecía el único que, aparte del comandante, sabía muy bien hacia dónde y contra quién iba dirigido aquel viaje, aunque mantenía un silencio impenetrable. Como el hombre era al parecer un protegido del de Anjou, Roberto procuraba no insistir. Señalando la isla, que apenas se perfilaba frente al cielo nocturno, añadió todavía:

—Les pertenece a los templarios, y no les gusta que nadie se acerque demasiado. De modo que partiremos mañana por la mañana sin haber cogido agua potable.

Rinat contempló la noche oscura. Después dijo, uniendo lentamente una palabra a otra:

—Nuestra empresa no será fácil de llevar a buen fin. ¿Podéis decirme quién iba a bordo de ese barco griego?

El joven señor Roberto sacudió la cabeza.

—Estaban el joven Roç Trencavel y su consejero Gosset, que sigue viajando con unas credenciales del rey Luis, aunque hace años que vive traicionando a su monarca.

—Muy bien, o mejor dicho, muy mal —le interrumpió el pintor—, aunque debía haber alguien más, pues regresasteis muy impresionado.

—Estaba Dietrich von Röpkenstein, el matón del imperio, ¡un hombre fiel a Oberto Pallavicini, el vicario! El que cae entre sus manos, oirá cómo le parte cada uno de los huesos, hasta llegar a la vértebra del cuello: después ya no oirá nada más. Es una máquina de matar. La última vez le vi actuar en Roma: su víctima fue el Brancaleone.

Rinat suspiró.

—De modo que ahora sé que Roç Trencavel anda por aquí, y donde él se presenta, las cosas suelen torcerse de rumbo. ¡Es como una maldición!

Cuando la madrugada clareó sobre Linosa, no se veía ningún barco extraño. El Taxiarcos miraba por la ventana de la estancia que le habían señalado en la torre, hacia el mar, hacia el oeste, por donde esperaba la llegada de la *Nike*.

Al mismo tiempo, centenares de ojos escudriñaban también el horizonte, pues la guarnición de aquella isla de los templarios se componía en su mayor parte de sarracenos, conocedores todos de la historia del capitán cuya tripulación se había amotinado, porque no quería permitirle que abordaran y saquearan el barco de los ricos mercaderes musulmanes que iba a aparecer por allí. Los marineros intentaron ahorcar al Taxiarcos, todos lo habían visto, y el hombre debía la vida tan sólo al hecho de que la cuerda se hubiera roto. Aunque también sabían que su propio superior no les permitiría salir del puerto para hacerse con aquella presa, por mucho que la nave del tesoro pasara cerca de Linosa. Habría resultado fácil, pero Simón de Cadet, el joven comandante de la isla, dueño del castillo y de su puerto oculto, se habría cortado antes la lengua que permitirles mejorar su mísero sueldo con un acto de piratería. Y sólo él poseía la llave que cerraba la cadena del único barco que se ocultaba en el puerto cubierto, siempre a punto de salir y asestar un golpe.

Para el señor Simón, la disciplina y la obediencia estaban por encima de todo. Incluso los esclavos remeros que se ocultaban en las cuevas, entre las rocas y por encima de la gruta artificial, sabían ya la historia de aquel barco lleno de oro y de joyas del que hablaba el capitán forastero al que habían salvado. El Taxiarcos se había preocupado de que todos lo supieran, y Simón ni siquiera podía impedirlo, pues el hombre azuzaba a los turcopoles y a los esclavos de una manera encubierta, maldiciendo a su ávida tripulación, que había querido matarlo por unas cuantas arcas de oro que no se puede comer, por unos sacos de joyas, piedras preciosas y diademas llenas de perlas. ¡Pura avidez! Así se expresaba cada vez que tenía algún oído a mano. Para el buen Taxiarcos se trataba de un intento de seducción por parte del Maligno, y Simón difícilmente podía hacerle encarcelar por esa causa.

## **El unicornio va de caza**

Desde hacía días, la trirreme, el barco del que había sido expulsado el Taxiarcos, trazaba sus círculos en torno a Linosa, como un lobo a la espera de que una oveja se separe del rebaño para atacarla. Desde el castillo se veían brillar las puntas de los remos, dispuestas a cazar a su víctima. Pero ¿qué podría hacer ese lobo de mar contra el propio monstruo que los templarios guardaban en el puerto oculto de Linosa?

—¡No hay ni un barco en todo el Mediterráneo capaz de vencer a nuestra *Atalanta*! —se le escapó a uno de los guardianes más jóvenes del Taxiarcos. Se dio un golpe en la boca, pues les estaba prohibido, bajo la amenaza de severos castigos, hablar ante un huésped extraño o un prisionero de la existencia de la nave capitana de la orden.

Había allí otro guardia que tampoco pudo contenerse.

—No sueltan sus cadenas sin una orden escrita del gran maestro, una orden que traen encima los caballeros que tengan la misión de navegar con ella a alguna parte —le confió al Taxiarcos, quien no parecía mostrar gran interés. El turcopolo prosiguió—: Nosotros, los que vivimos en esta isla, sólo podemos formar parte de la tripulación, de los esclavos remeros y de los artilleros de las catapultas. —Luego reflexionó—: No le diréis nada al señor Simón, ¿verdad? —le rogó al huésped prisionero—, pues nos daría de latigazos por haber hablado.

—¡No temáis! —los tranquilizó el Taxiarcos—. Conozco muy bien a la *Atalanta*. La tuvimos anclada a nuestro lado, en Palermo, cuando el gran maestro Tomás Bérard estuvo allí de visita. —Era mentira pero sólo en parte, pues los templarios habían ocultado su valiosa nave bajo grandes toldos y un doble cordón de seguridad procuró que nadie se acercara demasiado a la *Atalanta*. No obstante, el Taxiarcos había reconocido perfectamente las mejoras náuticas en la construcción y, sobre todo, la refinada técnica de guerra de aquel velero veloz. La *Atalanta* era una máquina de guerra altamente perfeccionada y superior a todos los otros barcos que él conocía.

—Es una lástima —murmuró como de pasada— que el señor Simón no me la confíe para una breve expedición de castigo. Con una tripulación bien entrenada de hábiles remeros, sería un juego de niños dar una lección a esos sinvergüenzas de la trirreme ¡y al mismo tiempo llenaros a todos los bolsillos!

El guardián joven suspiró:

—¡Pocas veces en la vida se presenta una ocasión tan buena! Pero a nuestro comandante no le importa nuestra suerte.

—Podrías intentar convencerlo —insinuó el Taxiarcos.

El mayor de los guardias reflexionó:

—El señor Simón es un jefe intachable, y me dolería tener que hacerle comprender a la fuerza...

—No hay por qué aplicar mucha fuerza si todos están de acuerdo —suavizó el Taxiarcos aquellos escrúpulos—. Debería ser fácil convencer al señor Simón de que



entregue las llaves. Nadie le quiere mal...

—¡Qué no se interponga en nuestro camino! —exclamó el joven, ya furioso—. ¡No le pedimos nada más!

Su compañero intentaba tranquilizarlo.

—No le quedará más remedio —aseguró—. Los guardias del castillo están de acuerdo, y entre los remeros ya empieza a arraigar la idea. El señor Simón tendrá que ceder, si quiere evitar males mayores.

—¡Mirad allí! —gritó el joven turcopolo y señaló excitado hacia el mar—. ¡Un solo barco!

El Taxiarcos examinó el punto negro que aparecía en el horizonte, y la excitación también hizo presa en él, pues podría tratarse de la *Nike*.

—¿Es ése el barco? —insistió el joven, y sin esperar la respuesta del Taxiarcos exclamó—: ¡Voy a avisar a los demás! —Y salió corriendo de la estancia.

—¡Creo que es el velero que esperamos! —dijo el Taxiarcos, convencido ya de lo que decía.

Se asomó por la ventana y sus ojos, protegidos por la mano, escudriñaron el horizonte en dirección este. Contra el sol naciente creyó reconocer de pronto la silueta familiar de la trirreme. Sus *lancelotti*, sus fieles remeros, parecían haber visto también a la *Nike*, pues la trirreme se acercaba cruzando el mar inflamado por el sol naciente, como un insecto peligroso y brillante.

El Taxiarcos hizo un gesto de afirmación y después se dirigió al guardia que quedaba a su lado.

—Procurad que todo se desarrolle sin verter ni una gota de sangre. Yo no me moveré de aquí.

El hombre aceptó gustoso el ofrecimiento y siguió rápidamente a su compañero. El Taxiarcos se acostó encima de la cama y se hizo el dormido. Lo mejor que podía hacer era, para el caso de que Simón fuera a buscarle, simular que no estaba enterado de nada.

Cuando la noche cedió paso al día, lo primero que vieron Roç y sus caballeros fueron las rocas de Linosa surgiendo de la niebla matutina. El capitán griego indicó a su tripulación mediante gestos que volviesen a izar las velas. Llevaba la parte inferior de la cabeza fuertemente vendada, y no podía hablar, pero estaba convencido de que sería más conveniente para él obedecer sin rechistar las órdenes recibidas. Había visto perfectamente que el rubio matón alemán se había dado cuenta cómo aquel tonto de Pons le entregaba un escrito, en el que se le ordenaba dirigirse a Linosa. Por esta razón mantenía rumbo a la isla, que ahora se perfilaba claramente contra el sol. Para la mayoría de los que iban a bordo se trataba de un espectáculo maravilloso, aunque a Roç aquella isla, con su castillo alzado sobre unas rocas salvajes, le pareció un lugar

encantado donde un viejo dragón mantiene presa a una bellísima princesa, y ahora él, el temerario caballero Trencavel, cruzaba el mar para luchar contra aquel monstruo y liberar a su amada. Había dormido mal y soñado con Yeza, y cuando Beni le trajo un cubo de agua fría se la echó a la cara, para librarse de aquel ensueño.

Una vez en cubierta, Gosset se acercó a Roç, sin pronunciar ni una palabra, y juntos observaron primero la isla, y después a los caballeros que se afanaban en alimentar a los caballos encerrados en la parte inferior de la nave, arrojándoles el forraje a través de las trampillas.

En medio de aquel revuelo, a nadie le llamó la atención que Mas de Morency bajara hacia donde estaban los animales, y únicamente Dietrich, que vigilaba sin cesar, se dio cuenta de ello. Pero no dijo nada, y se limitó a pedirle también a Beni un cubo de agua fría, que se arrojó sobre la cabeza y el torso desnudo.

Mas se deslizó entre los cálidos cuerpos de los caballos hasta encontrar el lugar señalado en las cuernas. Tal y como le habían descrito, vio dos tapones del grosor de un dedo, que sobresalían de los toscos tableros que componían el casco del barco. El occitano cogió la empuñadura de su espada, golpeó con ella un tapón y lo expulsó hacia el exterior. Por el agujero empezó a entrar un fuerte chorro de agua en el recinto. Los primeros caballos empezaron a ponerse nerviosos, alertados del peligro, y Mas golpeó rápidamente el segundo tapón de enfrente, de modo que el agua entraba ahora por ambos lados. Regresó corriendo hacia la escalera mientras los animales relinchaban ya de miedo, aunque los peones y caballeros pensaban que era hambre y seguían arrojándoles forraje por las trampillas.

Mas volvió lentamente hacia donde estaban sus compañeros, que se habían reunido con Dietrich, arriba en la popa, en torno a Roç y Gosset.

—¿Acaso nuestro capitán pretende embestir la isla? —acababa de comentar Roç con alegre ironía, y señalaba al griego, que mantenía imperturbable el timón rumbo a las rocas.

—No veo ninguna entrada a un puerto —observó Gosset con creciente preocupación—. En cambio sí veo muchas rocas. Ese hombre debería empezar a virar...

—Iré a hablarle —dijo Raúl, pero no pudo seguir adelante con su propósito porque de cubierta les llegaron unos gritos confusos—. ¡Una vía de agua! ¡Está entrando agua en las bodegas! ¡Tenemos una vía de agua, el barco se hundirá!

Los gritos iban en aumento y la tripulación empezó a bajar por las cuerdas hacia donde estaban los caballos, que tiraban de sus ataduras y repartían coces.

—¡Hay que salvar los caballos! —suplicó Beni, y nadie dijo una palabra en contra. Los animales habían sido llevados bajo cubierta por unas aberturas laterales que, antes de hacerse a la mar, habían sido bien cerradas y calafateadas<sup>[606]</sup> de nuevo.

—Tal vez consigamos alcanzar tierra firme —quiso animar Roç a los demás, y le

gritó a Raúl—: ¡Dile al capitán que siga manteniendo el rumbo y que busque una bahía, si no puede descubrir un puerto!

Raúl saltó espada en mano hacia el timón, mientras el barco empezaba a hundirse.

—¡La llave! ¡Entregad la llave! —gritaban en el patio los esclavos que acudían en masa, saliendo de sus agujeros y golpeándose en los pasillos. Los guardias no se habían opuesto. Los turcoples ocupaban ya la escalera que conducía al *donjon*, a las celdas de los templarios y de su joven comandante, Simón de Cadet.

Éste se acercó a la ventana y observó a la multitud excitada. Sus turcoples le habían traicionado. Faltaba poco y los amotinados acabarían por entrar. La mirada de Simón se deslizó por las murallas y hacia las rocas. Una de ellas formaba una cúpula, y debajo se ocultaba la valiosa nave que le había sido confiada. Fuera, en el mar, ya al alcance de las flechas, el maldito velero forastero luchaba por mantenerse a flote. Sólo unos pocos pies separaban la cubierta de las olas que estaban a punto de tragarse aquel botín que se hundía solo. Los primeros hombres saltaban al agua, para ganar la costa a nado. Los rumores decían que se trataba de mercaderes musulmanes que llevaban consigo cantidades importantes de oro y joyas. Eso era lo que afirmaba el Taxiarcos, y todos estaban enterados del «tesoro del califa», un nombre que nació aupado por unos rumores en los que se daba por seguro que ese tesoro era enorme y muy pesado. ¡Ese barco tenía que hundirse a la fuerza! Simón soltó una risa amarga. ¿Por qué tenía que hundirse precisamente delante de sus ojos? Delante de los ojos de unos hombres que no pensaban en otra cosa desde hacía días, y eso por culpa del Taxiarcos. Si el barco del tesoro hubiese pasado de largo, lo máximo que podría hacer su guarnición era lanzarle detrás algunas maldiciones y amenazarlo con los puños, y después habría quedado todo olvidado, en cuanto hubiese desaparecido del horizonte. Pero esa agonía prolongada era una provocación para los que estaban deseosos de hacerse con los tesoros antes de que el mar se los tragara. Simón apretó los puños y ordenó a sus guardias:

—¡Traedme al Taxiarcos!

El joven comandante sabía que en cuanto abandonara su puesto junto a la ventana, la masa iniciaría el asalto. Sus caballeros se habían reunido en la escalera de piedra, armas en mano, dispuestos a entregar su vida por la orden, a obedecer a su gran maestro, que les tenía prohibido entregar la llave de la cadena que sujetaba a la *Atalanta* a quien no pudiese presentar plenos poderes de la superioridad. Sus hermanos lucharían hasta la muerte, y los sublevados pasarían por encima de sus cadáveres hasta llegar hasta él, que correría el mismo destino.

El Taxiarcos entró en la instancia y se dirigió en voz baja a Simón:

—¿Queréis un derramamiento de sangre?

Si le hubiese gritado, el joven comandante se habría encastillado en su deber de

contumaz obediencia, pero el tono adoptado por el Taxiarcos le hirió en lo más profundo.

—Mi honor, como caballero de la orden del Temple...

—¡Lo que tenéis que demostrar ahora es que sois un comandante capaz de razonar! —le cortó el Taxiarcos, aunque todavía se mostraba comprensivo—. No favoreceréis el asesinato y la muerte sólo porque vuestra gente quiera salvar un barco que se está hundiendo. Vuestro sentido común os debe decir que la única posibilidad de evitar una tragedia es ceder, pues lo arriesgáis todo, incluso vuestra querida *Atalanta*, que de todos modos perderéis si no la cedéis buenamente.

Simón, que había seguido mirando todo el tiempo por la ventana, apartó la mirada y la dirigió al Taxiarcos.

—Vos sois capitán. Ahora os pregunto: ¿podéis sacar *Atalanta*, rescatar el barco que hay allá fuera y regresar a nuestro puerto sin que nuestra nave sufra daño alguno?

El Taxiarcos lo afirmó.

—¡Os serviré con mucho gusto!

Simón le indicó que se acercara y le entregó la gran llave que llevaba debajo del arnés. El Taxiarcos fue hacia la ventana y la mostró a la multitud, levantándola con la mano. Ésta estalló en salvajes gritos de alegría, pero el Taxiarcos pidió silencio y le obedecieron de inmediato. Aquellos esclavos estaban acostumbrados a recibir órdenes.

—¡Cada hombre debe ocupar su puesto! —gritó el Taxiarcos hacia el patio del castillo—. Todos quedan bajo mi mando.

Roç se encontraba en lo más alto de la popa, rodeado de sus caballeros disfrazados de mercaderes árabes. A los caballos les llegaba el agua hasta el cuello. Dietrich había procurado que los desataran, y que fueran arrancados los tablones de cubierta que tenían sobre las cabezas, de modo que tuvieran una oportunidad de salvarse a nado cuando se hundiera el barco. Los animales permanecían quietos, como si hubiesen comprendido instintivamente que cualquier movimiento no haría más que reducir sus perspectivas de supervivencia. En sus grandes ojos asomaba el pánico.

De la tripulación griega sólo quedaban a bordo el capitán y los que no sabían nadar. Miraban hacia la isla y esperaban el milagro que les salvara en el último momento, pues de no ser así sólo les quedaba morir como hombres o intentar llegar a aquella tierra rocosa agarrándose a cualquier pieza que flotara. El agua seguía subiendo en las bodegas del barco.

—Os podéis colgar de los caballos o de las cajas vacías y los tablones —instruía Roç a sus hombres, intentando mantener la compostura más que imbuirles esperanza—. Debéis quitaros todo lo que pueda significar un peso cuando estéis en el agua.

Potkaxl fue la primera en obedecer, y se estaba desnudando del todo cuando de repente vieron salir de enfrente, del vientre rocoso de la isla, la proa de una nave que adelantaba un espolón brillante, seguido de un blindaje en forma de escamas y movida por unos remos largos sobrepuestos en varias hileras, pero que coincidían todos tan perfectamente en sus golpes que los caballeros de la *Nike* olvidaron durante un instante su propia situación y miraron sorprendidos aquella aparición irreal.

—¡La *Atalanta*! —se le escapó a Roç, y Pons soltó un sollozo—. ¡Los templarios acuden a salvarnos!

Su compañero Mas, arrepentido de haber cumplido tan fielmente la orden recibida, figuraba entre los que no sabían nadar. La esbelta proa de la *Atalanta* adelantaba su espolón como un pez espada saldría de su cueva, y desde el instante en que los remos empezaron a batir el agua con un ritmo acompasado y veloz, el monstruo levantó la proa y se acercó acelerado, con el espolón alzado, a su víctima.

—¡Nos van a matar! —aulló Pons, y Raúl le abrazó—. No pueden hacer otra cosa que ensartarnos, si quieren evitar que nos hundamos del todo.

—¡Atención al golpe! —gritó Roç—. ¡Que nadie caiga al agua!

En efecto, el espolón se acercaba a la pared lateral de la *Nike*, pero los remeros supieron frenar el choque de modo que entrara justo por debajo de los tablones de cubierta, produciendo un crujido que provocó un temblor en todos, al tiempo que infligía una tremenda sacudida a la nave. A pesar de la advertencia de Roç, algunos cayeron al agua. El espolón se introdujo en el interior y los caballos supieron esquivarlo, de modo que la *Atalanta* acabó con la *Nike* ensartada como si fuese un pez de plata o, mejor dicho, de oro. Mientras los que se habían salvado soltaron un suspiro de alivio, en la *Atalanta* se produjo un griterío salvaje e incontrolado, los esclavos soltaron los remos, los turcopolos abandonaron sus puestos junto a las catapultas y los trabuquetes, saltaron por encima de los bancos y todos corrieron para alcanzar el espolón y cruzar hacia la *Nike*. En el tumulto que se produjo, muchos cayeron al agua.

—¿Dónde está el tesoro del califa? —gritaron excitados, aunque las cajas estaban perfectamente a la vista.

Los primeros se arrojaron sobre los arcones cerrados.

Roç miró hacia el puente de mando de la *Atalanta*: allí vio al Taxiarcos, que le saludaba y se reía. Eso era lo que pensaba Roç, pero en realidad las señales iban dirigidas hacia otro barco. La trirreme se estaba acercando, y nadie más se daba cuenta.

Los *lancelotti* no necesitaban que nadie les mandara para maniobrar con habilidad. Recogieron rápidamente por el lado de babor los remos armados de hoces y la trirreme se deslizó sin apenas movimiento brusco a lo largo de la *Atalanta*, ahora

abandonada. Abordaron la nave casi sin un ruido, pues no encontraron resistencia. De este modo pasó la nave capitana de los templarios, sin lucha, a manos de los hombres del Taxiarcos, mientras en la *Nike* las primeras cajas saltaban hechas astillas. Esas cajas no estaban vacías, pues contenían las armaduras de hierro de los falsos árabes. Los esclavos, indignados, se entregaron a destrozar con furia aquellas piezas, mientras los caballeros bajaban ya, espada en mano, desde la popa elevada, encabezados por el rubio Dietrich, cuyo torso desnudo infundía más temor y pánico que las espadas de sus hombres. Dietrich cogió al primero que pudo sujetar, lo levantó por encima de su cabeza y lo arrojó contra la muralla de sus propios compañeros, que se habían detenido, vacilantes. Quisieron retroceder, asustados, pero desde donde procedían les amenazaban ahora las hoces montadas en los remos, formando una única barrera afilada. Algunos hombres se arrojaron al suelo en señal de rendición, otros saltaron al agua.

Entre los *lancelotti* se destacó el Taxiarcos.

—¡Alto! —les gritó a los confusos y desesperados esclavos sarracenos de la *Atalanta*—. ¡No temáis por vuestra vida! La *Atalanta* sigue bajo mi mando y necesita la fuerza de vuestros brazos y vuestra experiencia. ¡Conmigo viajaréis hacia la libertad, que vale más que el oro!

Sólo entonces comprendió Roç que tanto él como la *Nike* habían sido utilizados. Representaban el cebo que había servido para sacar a la *Atalanta* de su escondite. El Taxiarcos se había vengado de los templarios, pero también de él. No pudo por menos que sentir respeto.

Mientras los *lancelotti* elegían a los más fuertes y más hábiles entre los esclavos sarracenos y los demás acababan en el agua, Raúl y Dietrich coincidían junto al timón de la *Nike*. El capitán griego lo mantenía sujeto con ambas manos, como si no quisiera separarse jamás de su nave destrozada.

Dietrich lo comprendió.

—El capitán se hunde con su barco —declaró con voz seca y un golpe de su puño le destrozó al griego el cráneo, que se partió, entre el timón y el puño del germano, como si fuese una nuez. Raúl intentó reprimir las náuseas y apartó la vista.

## **Orgullo y vergüenza de la orden**

El espolón de la *Atalanta* había impedido que la *Nike* se hundiera, pero no era posible salvarla. Gosset hizo trasladar las cajas inmediatamente a la trirreme, pues desde un principio quedaba claro cómo se haría el reparto. El Taxiarcos escogería a su gusto a los hombres que necesitaba para la *Atalanta*, y entre ellos habría algunos *lancelotti* que preferirían el viaje de aventuras en el mejor barco del mundo, con la perspectiva de alcanzar las legendarias «islas lejanas», a seguir sirviendo en la

trirreme de Otranto. Ésta quedaría al mando de Roç, quien podría escoger entre los hombres que quedarán; los restantes debían regresar a la isla.

En primer lugar había que hundir en su fría tumba a la *Nike*. El Taxiarcos la acercó con precaución lo más posible a la tierra, para que los caballos y también algunos hombres pudiesen salvarse nadando hasta las rocas, si no acababan destrozados contra las mismas. La potente *Atalanta* se balanceaba en el rompiente de las olas mientras retiraba lentamente el espolón. Se produjo un ruido como quien saca el corcho de un ánfora de vino. Un extenso agujero apareció en un flanco de la *Nike*, y el agua entró con un salvaje gorgoteo en la desgraciada nave, que empezó a hundirse con rapidez mientras los caballos perdían el suelo bajo las herraduras y echaban a nadar. Dietrich había elegido algunos hombres para que se ocuparan de los animales, y él fue el primero en saltar al agua y abrazar a su alazán. Lo tranquilizó con unas caricias y lo llevó nadando hacia un banco de arena que asomaba entre las rocas. Los demás le siguieron.

Roç se dirigió al Taxiarcos.

—¿Supongo que querréis llevaros de nuevo a esos tres mozos de Occitania?

Pero el hombre se echó a reír.

—¡Al contrario, querido Trencavel, prefiero que seáis vos quien tropiece a cada momento con ellos!

Roç se mordió los labios.

—¿Y Potkaxl? —Habría preferido deshacerse al menos de aquella locuela que no haría más que provocar disgustos y nerviosismo entre sus hombres.

—No creo que la tolteca quiera volver a ver las «islas lejanas» —opinó el Taxiarcos y le advirtió a Roç—: Tratad bien a esa criatura. ¡Potkaxl tiene un buen corazón!

Roç tragó saliva, pero después reflexionó y sacó un pequeño estuche redondo, que estrechó en el puño.

—¡Necesitaréis la brújula para el difícil viaje por el océano! —Y se la tendió al Taxiarcos.

El experto navegante supo enseguida que se trataba de su propia brújula. Aunque Roç se había apoderado de ella de una manera un tanto furtiva, le agradeció el gesto amistoso al Trencavel. Sintió el deseo de abrazarle, pero Roç dio un paso atrás y dijo con formalidad:

—¡Ojalá os conduzca a puerto seguro, Taxiarcos!

Y el rey de los mendigos le respondió:

—Esta vez nuestros caminos se separan por mucho tiempo, tal vez para siempre. Nos desearemos suerte el uno al otro. Tenéis en Gosset a un consejero al que debéis hacer caso, y a un amigo también, y eso vale más que todo el oro del mundo. Mis saludos a Yeza, que representa el mayor tesoro que un hombre puede desear... —Se

interrumpió, conmovido, y abrazó a Roç, a quien semejante explosión de emociones se le antojó extraña.

La mayoría de los caballos habían conseguido llegar a tierra y esperaban, temblorosos, en la orilla. El Taxiarcos quiso prestar a Roç un último servicio y dirigió la trirreme a través del intrincado canal que representaba la entrada al puerto oculto de la isla. Los *lancelotti* que le quedaban al Trencavel colocaron unos tablones y condujeron a los animales uno tras otro a bordo. En cuanto a sus caballeros, Roç hizo el recuento y vio que había perdido a más de la mitad. Gosset insistió en que partieran de inmediato.

—En cualquier momento puede aparecer por aquí una flota templaría. No quiero que me acusen de colaborar en el robo de la *Atalanta*.

Roç vio que Raúl y sus compañeros estaban de pie entre las rocas, junto a Dietrich, donde el agua les llegaba hasta los tobillos.

—¡Si no queréis quedaros en esta isla, volved a mi servicio!

—¡Nos vamos con el Taxiarcos! —le respondió Mas en tono insolente, pero entonces se les acercó Gosset.

—Temo desilusionaros, pero en la *Atalanta* no os quieren —les aclaró sin rodeos—. Y nosotros sólo os admitimos si juráis aquí mismo que, a partir de ahora, seréis leales a un solo amo: ¡a Roç Trencavel!

Los tres se miraron, y Raúl fue el primero en contestar.

—¡Lo juramos!

—¡De rodillas! —Gosset se mostraba inflexible—. Levantad la mano y jurad: ¡fieles hasta la muerte!

Siguiendo a su cabecilla, todos doblaron la rodilla.

—¡Y lealtad absoluta! —exigió Gosset, impasible, y lo juraron.

—Si me admitís también a mí —exclamó Dietrich—, juraré lo mismo que estos hombres y más aún. ¡Juro dar mi vida por la vuestra y no sobrevivir a vuestra muerte!

Se arrodilló en el agua y miró a Roç, que se sintió extrañamente afectado por la temeridad de aquella promesa, pero respondió:

—Así sea. ¡Estaréis cerca de mí cuando tenga suerte o sufra una desgracia, y yo me ocuparé de todos como lo haría un buen pastor!

Gosset los hizo subir a bordo y Roç encargó al germano un último recuento. El único que faltaba era Beni, criado de Roç y amante de Potkaxl.

—Se habrá caído al agua —apuntó Dietrich con frialdad, aunque Roç tenía sus dudas.

—No deberíamos perder más tiempo —dijo Gosset en voz baja—. Todavía hay que nombrar al capitán.

Roç tenía la respuesta a punto:

—¡Seréis vos, querido Gosset! Aquí gozáis de la autoridad necesaria.



—Pero no de los necesarios conocimientos náuticos, y yo debo estar a vuestro lado y no agarrado al timón. Propongo a Dietrich von Röpkenstein.

Roç miró hacia el hombre rubio, que se limitó a asentir con la cabeza y se dirigió a su puesto. Enseguida demostró saber lo que hacía, pues sin rozar ni una roca acabó de sacar a la trirreme de la estrecha entrada y dirigirla hacia mar abierto.

Encima de la *Atalanta* quedaban los que se atreverían a acompañar al Taxiarcos en su largo viaje. La mayoría de los *lancelotti* que habían aceptado entrar a su servicio se apartaron de mala gana de los remos dotados de hoces, pero el Taxiarcos insistió en que fuera así, y Roç se lo agradeció. Se trataba de unas armas temibles, indispensables para defender a la trirreme, una embarcación considerablemente más pequeña que la enorme *Atalanta*. Todos agitaron las manos en señal de despedida cuando pasaron por delante del velero. Sólo Potkaxl tenía lágrimas en los ojos.

En el *Atalanta* preparaban todo para el largo viaje hacia las «islas lejanas», lo que podía significar pasar meses enteros en el mar. Los esclavos remeros estacionados en Linosa se apresuraron a reanudar la tarea habitual, pues ninguno deseaba quedarse en la isla y someterse al castigo que los templarios impondrían con toda seguridad. Incluso querían llevarse a sus mujeres, pero el Taxiarcos lo impidió. Estaba a punto de dar las órdenes para levar el ancla cuando vio que, en la isla, bajaba una extraña comitiva en dirección a la orilla rocosa. Eran los caballeros templarios del castillo, que avanzaban con la cabeza gacha, uno detrás del otro, todos unidos por una larga cadena. El primero había alcanzado ya el mar entre las rocas y se introducía en el oleaje, seguido por los demás.

—¡Se quieren suicidar! —exclamó un *lancelotti*—. ¡Prefieren la muerte a la deshonra!

A menos que los subamos a bordo, pensó el Taxiarcos, y ordenó:

—¡Bajad una barca al agua! Pero debemos asegurarnos de que no se trate de una trampa, un último intento desesperado para recuperar la *Atalanta*.

Los *lancelotti* acercaron el velero a los templarios, que no pronunciaban palabra alguna, no pedían auxilio, no les concedían ni una mirada. Agarraron al primero por los hombros y lo arrastraron hacia la barca, y así fueron salvando a uno tras otro, pues sus ataduras no eran un engaño: los hombres se habían encadenando para ir al encuentro de la muerte. Sin inmutarse, con un profundo estoicismo, admitieron ser subidos a la nave. El Taxiarcos ordenó que los trasladaran a la bodega y verificaran una vez más sus ataduras. No confiaba en ellos, puesto que nadie le había contestado cuando preguntó por su comandante Simón de Cadet. Indudablemente, se trataba de unos hombres obtusos y altivos, y decidió deshacerse de ellos a la primera ocasión. ¿Qué sería de Simón? Se suicidaría, abrumado por la vergüenza. El Taxiarcos consideró que era una lástima.

De repente vieron que Beni acudía corriendo desde el castillo. Sostenía en sus manos una enorme espada y se detuvo en la orilla, moviendo mucho los brazos. El Taxiarcos no tenía intención de retrasar la salida por culpa del muchacho, aunque ordenó que acercaran la *Atalanta* de nuevo a la orilla, para poder oír lo que quería decirles.

—¡El espejo! En la torre —jadeaba Beni—. ¡Yeza está en peligro!

—¿Qué pasa? —gritó el Taxiarcos.

Beni seguía excitadísimo y contestó:

—¡La amenaza el verdugo!

—¿Dónde? —preguntó el rey de los mendigos.

—¡En Bolonia!

El Taxiarcos comprendió que no podía marcharse.

—Tengo que bajar a tierra —dijo a los *lancelotti*—. Preparad una barca; me acompañaréis. Podría tratarse de una trampa: ¡mi vida a cambio de la *Atalanta*!

Según sus cálculos, a Simón difícilmente le quedaba algún caballero, y mucho menos un turcopolo, pero el Taxiarcos era un viejo zorro precavido. Dejó guardias suficientes para no perder el velero, y armado hasta los dientes se acercó con un grupo de voluntarios a la orilla.

—El comendador está en el *donjon*. Es probable que pretendiera arrojarse al vacío cuando llegó por el espejo la noticia emitida por un tal William... —acertó a balbucear Beni, apenas el Taxiarcos hubo saltado a tierra.

—¡William de Roebruk! —Por un instante la tensión cedió en el rostro del Taxiarcos y tuvo que sonreír—. ¿Y tú qué haces quedándote aquí en Linosa? —dijo al inteligente muchacho—. ¡Potkaxl te echará de menos!

—No lo creo —respondió Beni, esforzándose por dominar sus nervios—. Esa dama no necesita que la proteja un caballero. Por eso me separo de ella.

Subieron a toda prisa la escalera, seguidos de una escolta jadeante. Arriba se encontraron con Simón, que manejaba el espejo.

El Taxiarcos le agarró furioso por el pecho y le espetó:

—¡Os debería matar aquí mismo! ¡Supongo que habréis dado parte de quién ha secuestrado la *Atalanta*!

—¿No queréis saber antes lo que un franciscano llamado William de Roebruk intenta comunicar urgentemente a Roç Trencavel?

—Ya lo sé: se trata de Yeza. ¿Dónde se encuentra?

—¡Preso en la ciudad de Bolonia!

La información hizo su efecto en el Taxiarcos, cuyo aire de superioridad se trocó en nerviosismo.

—Si no aceptáis voluntariamente venir conmigo, Simón, tendré que destruir este maravilloso espejo, por mucho que me duela.

—Podéis elegir —respondió Simón con frialdad—. ¡O yo o el espejo!

En ese instante volvieron a verse unos destellos que cruzaban el mar desde la lejanía. Simón se concentró sin más en descifrar el aviso.

—¿Me permitís? —dijo y empujó al Taxiarcos a un lado.

—¿De dónde viene la noticia? —susurró éste, impresionado.

—De Otranto, pasando por Malta. ¡No me molestéis ahora! —murmuró el templario—. William O.F.M. para Roç Trencavel. Gran peligro... quieren procesar a Yeza... no sabemos si podrá salvarse... ¡Fin!

—Ese aviso nunca alcanzará a Roç, y si le llega será demasiado tarde —gimió el Taxiarcos.

—¡Tenemos que salvarla! —declaró Simón—. ¡Voy con vosotros!

Los dos se miraron un instante, el templario sorprendido por la repentina debilidad que tan abiertamente mostraba el Taxiarcos, y éste al comprender el cambio operado en Simón de Cadet. Después empezaron a bajar la escalera de caracol, seguidos por el orgulloso Beni. También él estaría entre los que salvarían a Yeza.

# EL REY PRISIONERO

## Un rizo rubio

En Bolonia, la orden teutónica no tenía casa. La ciudad, riquísima y muy orgullosa de su libertad, interpretaba el término «ciudad imperial libre»<sup>[608]</sup> de una manera muy especial, y se consideraba absolutamente independiente del Imperio Romano de la Nación Germánica. Como rehén de su intangibilidad mantenía preso al rey Enzo, amadísimo hijo bastardo del emperador Federico. En realidad, representaba una república gobernada por sus cónsules, emplazada en el territorio del Patrimonio de San Pedro, y la Iglesia se daba por satisfecha con que esa república no firmara un pacto con sus enemigos gibelinos, como había hecho Ezzelino Romano, el tirano de Verona, casado con otra de las incontables hijas naturales de Federico. A los boloñeses no les interesaban los Hohenstaufen. ¿Por qué iban a permitir que la orden teutónica tuviera una delegación propia entre sus murallas? De modo que Sigbert von Öxfeld tuvo que alojarse en la casa de los templarios, lo que no impedía al anciano caballero moverse sin temor bajo los porches de la ciudad vieja y beber una copa de vino en alguna de las numerosas osterías. La gente le trataba con franqueza y amabilidad, pues los habitantes de Bolonia se precian de ser tolerantes. El encanecido comendador de Starkenberg era un personaje conocido y apreciado, aunque había quien afirmaba que ese mismo anciano era un sujeto de cuidado y sabía cómo mover los hilos ocultos de cualquier trama. A los cónsules no parecía importarles.

De modo que Jordi, que acudió a la ciudad en cuanto se enteró de la amenaza que pesaba sobre Yeza, lo tuvo fácil para encontrar a Sigbert. El anciano irradiaba una serenidad que primero indignó al trovador, excitado y todavía falto de respiración, pero que después lo tranquilizó rápidamente.

—¿Por qué no me contáis lo sucedido? —insistió el enano trovador, probando apenas el vino de la copa que le acercó Sigbert.

—Era día de mercado, como cada mes. Los campesinos de los alrededores llegaron a la ciudad, como siempre, con sus mujeres, sus mercancías y sus animales. Al parecer, Yeza tiene bastantes amigos entre ellos que hacen, sin preguntar, cuanto ella les exige. Hay un tal Sutor, cabecilla de una tribu de pastores de los Apeninos, que le dedica una especial veneración. Sus mujeres acudieron ya por la mañana al palacio de nuestro pobre rey con una carretada de vino que, según creo, contenía unos diez toneles grandes...

—¿Acaso el rey Enzo se baña en vino? —Jordi había recuperado su humor.

—Nuestro rey suele recibir a muchos invitados —lo aleccionó el comendador—. Pero Yeza sí se estaba bañando en ese momento, de modo que los guardias que en

realidad deben vigilar a Enzo día y noche, habían ido a espiarla mientras en el sótano estaban trasmudando el vino nuevo al gigantesco tonel de roble donde habrá de madurar.

El rey Enzo se había quejado poco antes de cierto malestar y se retiró, lamentándose, a su camerino, con el expreso deseo de que nadie le molestara. La dama Yeza debía disculparle y acudir sin él a misa en la iglesia de Santo Domingo, de modo que los guardias seguían entregados a sus pasatiempos.

—Lo comprendo —carraspeó Jordi.

—Es decir que nadie, aparte de sus propios criados, de los que le son absolutamente fieles prestó atención ni se enteró de que Enzo, vestido sólo con una camisa de cuero, se introdujo en el sótano del vino, y uno de sus fieles lo metió en un tonel que fue cerrado con una tapa preparada. Lo habían dejado vacío e incluso habían tapizado el interior. Después los toneles fueron cargados de nuevo en el carro, vigilados por los guardias, y también Yeza había salido entretanto del baño, sus criados la habían secado y empezado a vestir. El carro con los diez toneles salió rodando del patio.

—Pero ¿qué pasa con Yeza? —preguntó Jordi—. ¿No podrán acusarla por haber estado bañándose?

A Sigbert no parecía preocuparle la pregunta.

—Pocos minutos después, nuestra princesa Yeza Esclarmunda sale a montar a caballo en compañía de ese atractivo pastor, que se había vestido como un noble y ofrecía una bella estampa, algo que nadie podría negar...

Jordi tomó un trago, sin que fuera necesario insistirle.

—Sigo sin ver qué culpa puede tener Yeza.

—Ya nos acercamos al momento fatal. —Sigbert no se entretuvo en consolarle—. De modo que Yeza se dirigió a Santo Domingo para asistir a misa. Se despide de Sutor, que permanece con los caballos delante de la puerta principal, entra en la iglesia a la vista de todos, se acerca al altar, se sumerge en la oración y después se dirige a una capilla lateral, donde se encuentra el futuro sarcófago del rey Enzo. Poco después un franciscano sale de la iglesia por la puerta trasera, la capucha le cubre casi todo el rostro...

—¡Genial! —Jordi se empeñaba en expresar su admiración.

—¡Una estupidez! —corrigió el comendador—. Mientras, me he enterado de que un minorita le prestó el hábito, aunque sin sospechar dónde iba a producirse el cambio de ropa. ¡Precisamente en Santo Domingo! ¡Es difícil de creer!

—¿Por qué? —Jordi quiso defender las intenciones de su ama—. El momento de la misa, el lugar, y la tumba, ¿por qué consideráis que fue una estupidez?

Sigbert le miró sorprendido.

—¿No lo entendéis? Precisamente esa iglesia de Domingo Guzmán, el santo

fundador de la orden de los *canes Domini*, ¡los inventores de la Inquisición! ¡Ningún franciscano pondría jamás el pie en ese lugar!

—¡En eso tenéis razón! —concedió Jordi, acobardado—. Aunque no creo que se la pueda juzgar por ello.

El comendador resopló.

—Hasta ese momento nadie se había fijado en nada, pero el minorita que salía de Santo Domingo llamó de inmediato la atención de todos los espías del lugar. Le siguieron sin pensarlo dos veces.

—¡Dios mío! ¿Y Yeza no consiguió esquivar a sus perseguidores? —susurró el pequeño trovador, atemorizado.

Sigbert gruñía.

—Mientras tanto, el carro con los toneles bajaba, sin llamar la atención y sin apresurarse, por la vía San Stefano en dirección a la puerta del mismo nombre. Yeza sí se había dado cuenta de que la estaban siguiendo, aunque no sabía por qué. Podía haber regresado al palacio de Enzo, pero habría puesto en peligro la huida del rey. Sólo tenía a otra persona de confianza en la ciudad, al minorita Lorenzo de Orta, precisamente el que le había prestado el hábito. Sabía dónde encontrarlo, pero antes tenía que deshacerse de sus perseguidores, que se mantenían a distancia, pero ya no se esforzaban en ocultar sus intenciones. Como Yeza iba camino de la muralla, se acordó de una pequeña puerta que había descubierto no lejos de la Porta Castiglione<sup>[609]</sup>. Aunque después lo pensó mejor. De la cripta de Santo Domingo parte un pasadizo subterráneo que conduce a un monasterio en ruinas, donde desemboca en las bodegas. No era de suponer que mucha gente conociera esa entrada, y esperaba escapar antes de que sus perseguidores la descubrieran.

—¡Dios santo! —gimió Jordi—. ¡Qué ocurrencia!

Sigbert mantenía la tensión.

—Yeza entró, sorprendiendo a los esbirros, en el jardín completamente asilvestrado del antiguo monasterio, y los perseguidores primero se alegraron, pues creían tener ya atrapado al minorita que pretendían cazar. Decidieron poner fin a la persecución, se repartieron en dos grupos y avanzaron por la derecha y por la izquierda hacia su presa. Pero Yeza había encontrado, detrás de unos arbustos exuberantes que la ocultaban, la vieja puerta de la escalera hacia el sótano. Ella la abrió sigilosamente e inició el descenso. Algunos murciélagos salieron por la abertura, pero Yeza ya había alcanzado la bodega cuando los espías llegaron a la puerta, que al abrirla del todo dio paso a un enjambre de sombras oscuras. Los perseguidores se asustaron, se echaron atrás y decidieron olvidar todo aquel asunto fantasmal y no pasar tampoco ningún informe, pues les daba vergüenza haber tenido miedo. Regresaron a Santo Domingo para tranquilizar su mala conciencia. Allí encontraron, para gran disgusto suyo, detrás del último sarcófago vacío de mármol

destinado al rey Enzo, el hábito marrón del franciscano. Sólo entonces decidieron dar la alarma, porque pensaron que había sido el propio rey Enzo el que los había engañado.

—¿Y éste, hasta dónde había llegado? —Jordi olvidó por un instante las preocupaciones que le causaba su ama, tan valiente como insensata.

Sigbert no parecía perder la calma.

—El carro con los toneles había pasado entretanto por la puerta de San Stefano, rodeado de campesinas y pastores que regresaban del mercado, una imagen perfectamente habitual para los guardias. Después atravesó el bosque por la carretera transitada que conduce a Florencia. Si la ciudad había estado cubierta de barro y suciedad, en el bosque dominaba la nieve.

—¿Y Yeza? —insistió Jordi.

—Nuestra pequeña reina tuvo suerte una vez más —concedió el comendador de mala gana, pues en realidad había querido seguir la historia por otro extremo—. Cuando volvió a salir de la iglesia, vestida de dama, acababa de llegar un noble que quería confesarse, ató su caballo a la puerta y pasó a su lado hacia el interior. Yeza no lo pensó más, subió al animal y se alejó. Poco después se cruzó con los espías, que la saludaron con toda cortesía. Abandonó la ciudad por la puerta más próxima, que abre el camino hacia Castiglione, y poco después de alcanzar el bosque avanzó al galope, porque sabía que los guardias de la puerta informarían enseguida de que había salido sin acompañantes. Muy pronto Yeza se desvió del camino y se dirigió a un lago donde se había citado con el pastor enamorado, Sutor, que le llevaría el hábito blanco que yo le había entregado ya a Yeza en Viterbo, para que pudiese huir de los esbirros del Pallavicini. No obstante, más de uno conocía ese disfraz, de modo que cambió la ropa con Sutor, y ese pastor maloliente, que despide un fuerte hedor a cabra, quedó vestido de caballero teutónico.

Sigbert parecía indignado, pero después se echó a reír.

—Con tal de hacerle un favor a Yeza, los teutones somos capaces de soportar una humillación como ésta.

»En cualquier caso, los dos fugitivos no lo pensaron mucho, y se apresuraron a alcanzar el carro con los toneles. Cuando se encontraron en el claro del bosque donde se habían citado, todos respiraron aliviados. A Enzo le permitieron sacar la cabeza del tonel, y Sutor propuso que se disfrazara con la ropa de Yeza, pero el rey Enzo creía que semejante gesto atentaba a su dignidad. Mientras estaban discutiéndolo llegó un aviso urgente de la avanzadilla, señalando que a la salida del bosque les esperaba una larga fila de jinetes armados, por lo que devolvieron a Enzo al tonel y taparon la abertura, aunque con las prisas se les pasó por alto que un rizo de su larga cabellera rubia quedó atrapado y asomaba debajo de la tapa.

»Sutor pidió a Yeza que se alejara cuanto antes, pues su presencia llamaría la

atención. De modo que Yeza volvió a toda prisa hacia la ciudad.

»Sutor fue el primero en salir del bosque, confiando en su hábito blanco, pero los jinetes le detuvieron enseguida.

—¿Y Yeza? —Jordi se incorporó de un salto—. ¿Por qué permitieron...?

—¿Por qué? —se burló Sigbert, que conforme hablaba se iba poniendo más furioso—. ¡Si hubiese cabalgado en dirección a Módena habría desviado a los perseguidores de la pista del rey! Fueron ella y Sutor los que habían llamado la atención de los jinetes. Estos buscaron refuerzos, y Yeza, de regreso en la ciudad, fue detenida enseguida por los hombres de Oberto Pallavicini, que en este momento está pactando con los boloñeses y no desea otra cosa que devolverles a Enzo en bandeja...

—¡En un tonel! —observó Jordi, amargamente desilusionado al enterarse del final de aquella aventura en la que tantas esperanzas habían puesto—. ¡El rizo rubio le traicionó!

—Le habrían encontrado de todos modos. El rey Enzo será devuelto sin más a su palacio, como si nada hubiera sucedido. En cambio Yeza y Sutor...

El comendador enmudeció, pues un viejo franciscano se había acercado sigilosamente a su mesa, un hombre de aspecto delicado pero que, a pesar de su edad, aún se mostraba ágil. Jordi no conocía a Lorenzo de Orta.

—¡Ahí tenemos al delincuente! —Sigbert se echó a reír y empujó una copa llena en dirección al fraile.

—Me he permitido avisar a William —susurró Lorenzo—. El nos podrá decir dónde se encuentra Roç en este momento.

—Poco puede hacer Roç aquí —gruñó el comendador.

—¿Qué han hecho con Yeza? —insistió Jordi, ahora ya francamente asustado, pues todo lo demás para él carecía de importancia.

—Nuestra dama está encerrada en la prisión de mujeres de la ciudad, entre brujas, herejes y jovencitas de mala vida. La Inquisición de Santo Domingo está deseando poder interrogar a la «hija del Grial»...

—¡El vicario imperial no lo permitirá! —le interrumpió Jordi, muy convencido—. Tal vez sepáis que Oberto, cuando se encuentra en esta parte del imperio, suele tomar residencia en la antigua ciudad imperial de Ravenna<sup>[610]</sup>, donde la condesa de Levis, nuestra primera dama de la corte, ha encontrado al fin un campo adecuado para sus actividades. En la cama de Mafalda se comentan los mayores secretos de Estado, por lo que el de Pallavicini conocía desde hace tiempo el proyecto de huida del rey Enzo. Mafalda incluso tenía la impresión de que todo este plan había sido instigado por alguien cercano a Oberto, a quien no parece sorprenderle ni asustarle que Yeza se viera envuelta en el asunto. Yo intentaba advertirla, pero mis avisos nunca llegaron a sus manos, y finalmente me puse yo mismo en camino, aunque,



como veis, he llegado tarde.

—Probablemente tampoco habríais podido evitarlo. Vos mismo lo decís, hay poderes oscuros que mueven este asunto, y por otra parte Yeza parecía obsesionada con la idea, que ella consideraba «su misión», de liberar a Enzo.

Lorenzo, que hasta entonces había escuchado en silencio, sentenció:

—Pienso que Yeza y Enzo han sido reunidos con toda intención para caer juntos en la desgracia, aparentemente por propia voluntad, pero en último término obedeciendo a propósitos ajenos.

## El lobo de mar y la flota ovejuna

El Taxiarcos hacía avanzar a la *Atalanta* sin importarle el mal tiempo ni la lluvia, de día y de noche, en dirección al noreste. Aunque no conocía aquellas aguas, Corrado di Salento<sup>[611]</sup>, uno de los *lancelotti* más antiguos, que había cambiado la trirreme por el velero, le aseguró que hasta el cabo de Leuca no tendrían que esquivar ninguna barrera de rocas que pudiera representar para ellos un peligro. Pero a primera hora de la madrugada, bajo la luz grisácea del amanecer, vieron de repente frente a ellos a la trirreme, y por poco la habrían arrollado. Los *lancelotti* saludaron con los remos a sus antiguos compañeros, muchos de ellos todavía dormidos. Roç, en cambio, ya estaba despierto, y le sorprendió encontrarse con el Taxiarcos.

Éste reflexionó brevemente acerca de si debía comunicar a Roç el peligro que amenazaba a Yeza. No lo hizo. De modo que al amanecer del tercer día pasaron por delante de la península de Apulia y torcieron el rumbo hacia el norte. Desde la costa de Libia les llegaba un viento cálido que les hinchaba las velas y llenaba el aire de arena rojiza del desierto. La *Atalanta* parecía volar, y los templarios tuvieron que abandonar la esperanza de que aquel loco del Taxiarcos los dejaría en tierra en algún lugar cercano. Los *lancelotti* les habían confesado que también ellos regresarían con mucho gusto a Otranto, pero cuando hubieron rodeado el último saliente rocoso y se vieron enfrente de la bahía, con el poderoso castillo en lo alto, se desvaneció incluso la ilusión de su capitán de poder alcanzar a tiempo la costa y torcer el rumbo de los sucesos que se estaban desarrollando en Bolonia. Estaban dispuestos a acudir para salvar a su admirada y joven reina Yeza, cuando de repente se vieron enfrentados a una situación del todo diferente. La flota de Carlos de Anjou se había desplegado en la bahía, formando un amplio abanico. Los pesados barcos de guerra rodeaban el castillo en un semicírculo amenazador, y las naves más adelantadas habían entablado ya un duelo violento con las catapultas poderosas de la fortaleza. En medio de aquel despliegue guerrero se metió la *Atalanta* con las velas desplegadas.

Dada la velocidad que llevaba, nadie habría podido atraparla, pero el Taxiarcos ordenó:

—¡Preparad las catapultas! ¡Preparad el espolón! ¡Listos para el combate!

Esta llamada respondía al deseo de los *lancelotti*, pues cada uno de ellos tenía un amigo o un pariente en el castillo de la condesa, y muchos de ellos incluso tenían allí casa y familia. También el Taxiarcos mantenía una buena relación con el conde Hamo y su esposa Shirat. Por otra parte, ardía en deseos de probar la capacidad de la *Atalanta* para sostener un combate victorioso, y tras simular que buscaba una vía de escape, dio un repentino giro al timón y se acercó con la rapidez de una flecha al primer obstáculo.

La voz casi se le quebraba cuando, en el último instante, gritó:

—¡Fuera el espolón!

Y la temible arma se elevó en el último segundo mientras la afilada quilla cortaba el barco enemigo por en medio. La *Atalanta* siguió su paso como un dragón gigantesco, en dirección al conjunto de las pesadas plataformas flotantes, dotadas de ballestas<sup>[614]</sup> y trabuquetes, y los hombres que pretendían utilizar tan temibles armas saltaron al agua, porque no les daba tiempo de apuntar justo antes de que se produjera el horrendo encontronazo. La *Atalanta* avanzó dejando una herida sangrienta y un surco de destrucción en aquella flota que constituía el orgullo de Carlos de Anjou, y cuando salió por el otro lado de lo que ya era un montón confuso de muertes y desastres, los veleros más ligeros se dieron a la fuga.

La *Atalanta*, a su vez, prosiguió viaje hacia el norte.

La flota del de Anjou se reunió en torno a la nave capitana de su almirante, que no había sufrido daños.

—Sólo puede tratarse de ese monstruo marino que los templarios, según se rumorea, mantienen escondido en una isla, cerca de la costa africana —dijo Roberto les Beaux, cuya nave también había conseguido escapar sin daños.

—¿Me pregunto qué les pasa a los templarios? —gruñó el almirante, y Rinat le Pulcin, que fue quien había convencido al de Anjou de que sería muy fácil conquistar Otranto, murmuró, deseoso de disculparse:

—¡El capitán debe de haberse vuelto loco! En realidad, sólo conozco a uno que sería capaz de proceder de este modo, alguien que en alguna ocasión se ha puesto al servicio de los templarios...

El almirante, un individuo gordo e inepto, tenía la cara roja y miraba tan fijamente hacia la bahía, que Rinat empezó a sentir miedo y añadió rápidamente:

—¡Pienso en el Taxiarcos, el temible rey de los mendigos de Constantinopla!

## La trirreme de Otranto

También Roberto les Beaux contemplaba el puerto, donde acababa de entrar tranquilamente la trirreme, sin sospechar lo sucedido, pues la totalidad de la flota o de lo que quedaba de ella se había retirado de las cercanías del castillo y del alcance de sus catapultas. Roç y sus hombres vieron ciertamente una flota agolpada a un lado de la bahía, pero no se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo hasta que hubieron traspasado la estrecha bocana, que inmediatamente fue cerrada de nuevo con una pesada cadena de hierro.

El famoso Trencavel y Gosset subieron de inmediato al castillo, donde les esperaba la condesa de Otranto.

Para Roç no sólo se trataba de pisar de nuevo un lugar que había marcado su niñez, pues en ningún otro sitio había podido estar durante más tiempo que allí, en aquel tranquilo bastión fronterizo de Occidente, sino que además se cumplía para él un sueño juvenil. Cuántas veces había trepado en compañía de Yeza por aquellos muros, de niños, imaginándose que un enemigo atacaba el castillo y ellos lo defendían. Los niños conocían perfectamente todas las catapultas, el vientre poderoso y armado de Otranto con sus reservas de alimentos y cisternas de agua potable, sus depósitos de municiones y almacenes llenos de gruesas ollas de barro, dispuestas para ser lanzadas, cargadas con fuego griego y pez caliente. ¡Había llegado la hora de la verdad!

De modo que Roç se sentía muy animado mientras subía a toda prisa los escalones abiertos en la roca, arrojando de vez en cuando una mirada al mar para ver si la flota enemiga se disponía a atacar de nuevo. El sacerdote le seguía respirando con dificultad, y sacudía la cabeza.

—¿Cómo ha podido ocurrírsele al de Anjou atacar este oasis de paz?

—Habrá confundido la paz con la ensoñación.

La condesa Shirat había intentado encerrar a su hija Alena Elaia en el interior de la torre, junto a las demás mujeres, pero la salvaje criatura se negó en redondo. Cuando Roç hubo saludado a la madre y ésta insistió en que la niña se fuese a dormir, la pequeña estalló en llanto. En ese mismo instante se presentaron dos jóvenes, un adolescente de unos diecisiete años y una muchacha cuya edad era difícil apreciar. Lo que resultaba evidente era su origen árabe. La muchacha, de rasgos delicados y oscuros ojos serenos, abrazó a la niña y se retiró con ella.

El joven, en cambio, se apresuró a informar en voz baja a la condesa:

—He dado órdenes de extender las redes, pues sería una lástima que vuestro barco, ahora que finalmente ha regresado sano y salvo, sufriera algún daño.

—¡Te lo agradezco, Mahmoud! —le elogió la condesa—. Contigo dirigiendo la defensa de Otranto, todos dormiremos tranquilos.

El rostro del joven, que parecía más el de un estudiante que el de un héroe

guerrero, se iluminó al oír el elogio, hizo un gesto de asentimiento y se retiró.

—¿Ese joven es Mahmoud? ¿El Diablo del Fuego? —exclamó Roç para que el otro aún pudiera oírle.

—Así es —confirmó Shirat—. Mi sobrino representa una gran ayuda para mí, sobre todo ahora que Hamo ha tenido que marchar a Épiros...

—¡También yo me dirijo hacia allá! —declaró Roç con orgullo—. Nos batiremos por el honor del rey Manfredo.

La condesa le miró, sorprendida:

—¡No emplearéis mi trirreme para luchar contra Nicea!

—La trirreme le pertenece al rey, y nadie va a disputársela.

Gosset intervino para pacificar los ánimos.

—En este instante sobra toda discusión sobre la trirreme, pues no podrá salir del puerto mientras la espera allí afuera el de Anjou.

Roç lo comprendió, y tampoco deseaba disgustar a Shirat. Ésta les informó:

—Otranto domina el mar Adriático y con ello la ruta que conduce a Grecia. Si pasara a manos del de Anjou, tendría para él un valor incalculable, pues es difícil conquistar la fortaleza desde tierra, una vez fracasado el primer ataque por sorpresa. Desde que el rey nos quitó la trirreme y se llevó a los *lancelotti* y los moriscos, he tenido dificultades para cubrir la defensa de las murallas. Pero a veces sucede un milagro, y en este caso, consistió en haber descubierto a un agente secreto del de Anjou. Se nos escapó, pero nos dejó advertidos. Es un pintor...

—¿Un manco? —Roç no parecía sorprendido—. ¡Rinat le Pulcin!

Shirat se echó a reír.

—Seguramente el almirante ha reunido la flota siguiendo sus informaciones, aunque no se atreve a asaltar el puerto. De hacerlo, podría tener éxito. Pero he aquí que hemos podido asistir a otro milagro: de repente apareció, enviado por Alá, un ángel exterminador en forma de una nave de guerra, como nunca he visto otra...

—¡La *Atalanta*! —exclamó Roç, entusiasmado.

Shirat reía abiertamente.

—El capitán de esa nave debe de odiar mucho al de Anjou, o quererme mucho a mí...

—¡Es mi amigo, el loco Taxiarcos! —afirmó Gosset—. El mismo hombre que, por encargo del rey, se llevó la trirreme...

Más adelantada la tarde, cuando Gosset ya se hubo retirado, Roç preguntó a Shirat por los estudios de Mahmoud, y ella le informó de que el joven seguía ampliando sus conocimientos en el uso y el abuso de la pirotecnia, y le habló también de los problemas que tenía con su padre Baibars, el Arquero, que no creía en el talento de su hijo.

—Mahmoud<sup>[615]</sup> quiere ir a la corte del rey Alfonso el Sabio de Castilla<sup>[616]</sup>. Pero, más que nada, quiere conocer a Villard de Honnecourt.

—¿Y quién es esa joven a la que llamáis Salomé<sup>[617]</sup>? —preguntó Roç, a quien el cansancio hacía sentir un lánguido interés por permanecer junto a la condesa Shirat y atender a su reposada charla.

—Es la hija del sultán de Damasco, la que engendró con Clarion de Salento. Fue ella la que consiguió reunir a Mahmoud con su hija Salomé, a los que considera una buena pareja, y embarcarlos en una nave que los trajo a Otranto, a cambio de mucho dinero. También el Halcón Rojo ha contribuido a que el proyecto saliera adelante, procurándole a Clarion el contacto con un velero de la Serenísima. An-Nasir, el sultán de Damasco, se enteró cuando ya era demasiado tarde.

—Ya entiendo —dijo Roç—. El Halcón Rojo siempre fue un fiel enlace entre Oriente y Occidente.

Shirat prosiguió:

—Me agrada tener aquí a Salomé, que sabrá domesticar a mi revoltosa hija, y también Mahmoud considera que se trata de una buena solución. De momento, él quiere dirigirse a Bolonia, para estudiar en aquella universidad álgebra y física, y no sé cuántas cosas más...

—No regresará al lado de su novia hasta que sea un sabio anciano —afirmó Roç con ironía.

Shirat se encogió de hombros.

—Clarion ha sido perdonada por An-Nasir, y también mi hermano Baibars está de acuerdo con que Mahmoud, de momento, no regrese a El Cairo.

En aquel instante oyeron pasos y en la torre se presentaron dos de los jóvenes occitanos, encabezados por Pons, que miraba con curiosidad a su alrededor.

—Deseamos presentar nuestros respetos a la dama de la casa y pasarle un aviso a Roç Trencavel —empezó a parlotear, pero Mas de Morency le empujó a un lado y pasó a presentarse a sí mismo y a su compañero. Mientras, Pons se acercó a las almenas y miró hacia el mar, donde la flota del enemigo se reunía a la luz del crepúsculo.

Shirat dio unas palmadas y ordenó a los criados que sirvieran bebidas.

Roç se impacientó:

—¿Qué aviso es ese tan importante que os empujó a abandonar vuestro puesto junto a la trirreme?

—Pretendemos comunicar al señor Trencavel que no estamos dispuestos a viajar a Grecia.

Roç se enfureció.

—Podría haceros encarcelar por desertores...

Shirat intervino:

—En Otranto, la justicia es privilegio del conde. Trencavel, veo confirmada vuestra intención de ir a Grecia. Si me juráis devolver sano y salvo al conde Hamo, os presto la trirreme.

Mas la interrumpió, señalando hacia el mar:

—¡El de Anjou ataca!

En efecto, el grupo de naves se estaba alargando, y observaron que por ambos extremos se dirigían barcos a la costa.

Gosset se presentó de nuevo, perfectamente informado, y dijo:

—Están llevando tropas y armas a tierra, para atacarnos por detrás.

—Ya, *Alá!*<sup>[624]</sup> —exclamó Shirat, desesperada—. No tendré suficientes hombres para defender las murallas.

En aquel instante se presentó también Mahmoud.

—Retirad a todos los hombres de la trirreme, excepto unos cuantos moriscos que puedan apagar las llamas en el caso de que la alcance el fuego griego. Necesitamos a todos los hombres aquí arriba, para accionar las catapultas.

Mas exclamó:

—¡Vamos, Pons! ¡Defendamos a nuestra bella anfitriona!

Y salieron corriendo, sin mirar ni una vez a Roç.

Éste se levantó de un salto, cayó de rodillas ante Shirat y le besó la mano:

—Quiero ayudar a Mahmoud. Permitidme, señora, defenderos contra vuestros enemigos.

No esperó su respuesta, sino que salió corriendo para alcanzar al adolescente.

—¿Me permites hacerte una propuesta que creo te gustará?

—Adelante, Roç Trencavel —exclamó Mahmoud—, aunque antes me gustaría saber cómo está Yeza.

—Yo también estaría más tranquilo si lo supiera —respondió el joven mientras bajaban a toda prisa por la escalera de caracol—. Tal como es, mi dama estará metida en dificultades hasta el cuello. Sabemos que le gusta aceptar toda clase de retos y superarlos.

Mahmoud fue al grano.

—¿Y qué propones para nuestra defensa?

—Durante las primeras horas de la noche, las mujeres y los niños deberían moverse con antorchas encendidas por toda la muralla, llegando hasta el puerto, para simular que estamos dispuestos a luchar y tenemos defensores suficientes, de modo que el enemigo sienta temor a atacarnos por sorpresa en las primeras horas de la madrugada.

—En cualquier caso, hay que evitar que se entere de que somos tan pocos —dijo Mahmoud, una vez alcanzado el patio del castillo—. Pero tu propuesta sólo será útil si consigues impresionar al enemigo con ese juego de luces.

Se acercaron a las murallas que protegían el castillo de Otranto frente a un ataque desde tierra firme, y que comprendían también algunas torres de considerable altura.

Roç opinó:

—Esto nos compensa un poco de la falta de defensores, pues el enemigo necesitaría escaleras muy largas para trepar hasta arriba.

Por otra parte, nadie sabía cómo procedería ese enemigo, que de momento había formado un amplio círculo en torno al castillo, según pudieron comprobar por el gran número de fuegos encendidos.

—¿Y si quieren engañarnos para que retiremos el grueso de hombres del lado del mar, con la intención de debilitarnos por ahí?

—¡El que ataca siempre lleva ventaja! —dijo Mahmoud—. A nosotros nos corresponde sorprenderles con nuestra reacción.

Y de repente, pensativo, se quedó mirando a Roç.

—Decidme, Roç, ¿no habéis recibido un aviso relacionado con Yeza? Hace días nos llegó uno a través del espejo; procedía de William, que la está buscando. Según parece, Yeza se encuentra en peligro.

—¡No sería una novedad!

—Parece que está presa en la cárcel de Bolonia y la quieren someter a juicio.

—¿Cómo no me lo habéis dicho antes?

—No me lo reprochéis. Os vi hablando con la tía Shirat y pensé...

—¿Cómo lo sabe William? ¿Acaso él también está en Bolonia?

—Yeza está allí acompañada de Sigbert, comendador de la Orden de Caballeros Teutónicos.

Roç estaba furioso.

—¡Supongo que mi *damna* encontrará la manera de salvarse sin ayuda de otros!

Sus palabras no sonaban muy convencidas y, en realidad, Roç se sentía disgustado porque Yeza le hacía sentirse culpable.

Los dos jóvenes abandonaron la muralla del lado de tierra y descendieron por unos escalones resbaladizos que conducían serpenteantes hacia abajo. Después de las primeras vueltas vieron que el puerto resplandecía de luces, oyeron música procedente de lo que parecía ser una celebración festiva y vieron ascender las bengalas hacia el cielo nocturno. Antes de apagarse con un chasquido, iluminaban claramente el mar. Roç vio desde arriba las hogueras y a los *lancelotti* y los moriscos sentados en torno al fuego, y vio también a Potkaxl que bailaba para ellos, estimulada por los aplausos entusiastas de los hombres.

—Así los vigías verán si se acerca un barco —le aclaró Mahmoud.

Cuando llegaron al puerto, los moriscos les saludaron y antes de que Roç pudiese formular una orden, Dietrich von Röpkenstein se cuadró frente a ellos y exclamó:

—*Agli ordini, commandante!*<sup>[625]</sup> —Pero sus palabras iban claramente dirigidas a

Mahmoud. El germano estaba borracho.

El Diablo del Fuego dio al rubio gigantón, que le sobrepasaba en más de una cabeza de altura, una palmada amistosa en el hombro desnudo.

—¡Enviad a los *lancelotti* hacia el lado de tierra! ¡Hay que reforzar urgentemente la vigilancia, *capitano*!

Y Roç gritó, ya sin poder dominar su ira, en dirección a Potkaxl, que pasaba trazando remolinos en medio del infernal ruido de tambores, tubas y estridentes flautas:

—¡Se acabó la fiesta!

—¡Apagad las hogueras! —ordenó Mahmoud a los moriscos—. ¡Hay que trasladar las catapultas a las murallas, a oscuras, para que no os vean!

Los hombres obedecieron al instante.

Roç se sentía inútil y a punto estuvo de escabullirse, cuando se le acercó Gosset.

—Yo me ocuparé de vigilar vuestro arcón del tesoro —le dijo en voz baja—, ¡y también el mío! Si nos retiramos del puerto, el vientre de la trirreme tal vez no sea el lugar más seguro.

—¡No hagáis nada! —le susurró Roç—. Dejad todo como está. ¡Encontraré la manera de alejarme de aquí, y no me iré a pie!

—¿Yeza? —preguntó el sacerdote con expresión comprensiva, pero Roç no respondió a la pregunta.

—Lo único que debéis procurar es proteger esas valiosas cajas con unos sacos de arena, para que no padezcan si se declara un incendio.

Gosset comprendió.

—¡La condesa Shirat os espera! —dijo.

—¡Que espere! —murmuró Roç. Pero se dirigió al castillo.

## Ejecución y asedio

En el estrecho patio de la cárcel de Bolonia, la noche tardaba en ceder paso a la madrugada. Los muros seguían oscuros y la poca luz que a través de las rejas llegaba a las celdas, parecía turbia. Yeza había dormido mal en su lecho de piedra, no sólo porque tenía un tobillo dolorido a causa de la cadena, sino porque estaba bajo el efecto de una extraña sensación de amenaza. Siempre se había propuesto no temer a la muerte y aún ahora le parecía bastante más difícil soportar las incertidumbres de la vida. Cuando oyó ruidos y pasos que se acercaban no se asustó, sino que se apoderó de ella más bien una sensación de alivio y euforia.

La llave crujió en el cerrojo y Yeza decidió no abrir los ojos. Unos hombres, a los que reconocía por el olor a ajo, orina y sudor, rodeaban su lecho, al parecer indecisos acerca de si la muchacha estaba dormida, desmayada o muerta. Finalmente soltaron



la cadena de la pared y tiraron de la misma. Yeza se levantó, furiosa. Pero aquellos hombres de cabeza cubierta que la miraban por las estrechas aberturas de sus capuchas, se limitaron a conducirla con gesto protector hacia la ventana enrejada que daba al patio, le levantaron los brazos y la encadenaron a la reja, obligándola así a quedarse erguida y asomada por encima del antepecho. En medio de la difusa niebla matutina, Yeza distinguió un taco de madera. Los hombres se alejaron tan mudos como habían venido, aunque no cerraron con llave la celda, lo que a ella le pareció una infamia, pues así el verdugo podría acercarse por detrás y ella ni siquiera se enteraría hasta recibir el golpe o la puñalada. De repente, las ideas que la acosaban en relación con su propia muerte, se le congelaron en la mente, ahora del todo despierta.

A un lado del patio se había abierto una puerta tosca de tablones, y los esbirros empujaban a un hombre que llevaba las manos atadas a la espalda. ¡Sutor! El grito de Yeza se le quedó atascado en la garganta. Condujeron al hombre hacia el taco de madera. Yeza esperaba poder mirarle a los ojos y que él pudiera verla, pero el joven pastor se arrodilló dándole la espalda. Por otra puerta salió el verdugo con dos ayudantes que portaban una gigantesca espada, oculta bajo un paño negro. Le vendaron los ojos a Sutor; el verdugo puso en un gesto casi paternal una mano grande y carnosa sobre la parte posterior de la cabeza del joven y la apretó con suavidad contra el madero, palpando ligeramente la nuca. Mientras, los ayudantes habían retirado el paño y Yeza vio brillar la afilada hoja, en el mismo instante en que el verdugo agarraba con ambas manos la empuñadura. La joven se obligó a seguir mirando el cuello de Sutor, la cabeza que éste mantenía ladeada sobre la madera, pero de repente esa cabeza desapareció, el filo de acero había caído de golpe y sólo quedaba el torso que, sin un espasmo, cayó blandamente hacia un lado. Cerró los ojos y ya no vio la sangre que manaba entre los hombros ni a los ayudantes cogiendo por el cabello la cabeza del ajusticiado para levantarla brevemente, antes de arrojarla a la cesta.

Yeza se había hundido sobre sí misma y tenía la frente apoyada en la fría reja. Más tarde fue incapaz de calcular cuánto tiempo había estado así, colgada de las muñecas, hasta que los carceleros regresaron para soltarla y cayó en brazos de Sigbert, que la sujetó con firmeza hasta que sus temblores y sollozos pasaron a formar un llanto amansado. El anciano la condujo al lecho, se sentó a su lado y le sostuvo la mano.

—Oberto Pallavicini ha marchado a Ravenna, no sin asegurarse antes de que nada malo os va a suceder —dijo para tranquilizarla, pero sus palabras no hicieron más que encender la rebeldía de la joven.

—¿Nada malo? —gritó indignada—. ¿Qué cosa peor podría sucederme en Bolonia de lo que me han hecho ya?

—De momento os retendrán en palacio —le aseguró el germano—. Lo que

pretenden es ocultar el intento de huida o liberación del rey Enzo, por lo que os tratarán oficialmente como a un huésped a quien nada se le puede reprochar. Cuando todo haya caído en el olvido, podréis abandonar la ciudad con entera libertad.

—¡Pues ni quiero volver a ver al rey Enzo, ni quedarme un instante más entre estos muros! —se rebeló Yeza—. ¡Sería mejor morir de una vez!

—Precisamente eso quieren evitar. El magistrado de la ciudad no desea que alguien pueda decir que la hija del Grial murió en la ciudad de Bolonia. De modo que lo más razonable será que os portéis bien durante el tiempo que ellos crean prudencial.

—¡Así pues, no nos harán nada, ni a mí como cómplice, ni al buen rey Enzo que quería huir, para que la «buena fama» de la ciudad no se resienta! Pero al pobre Sutor, que no les importa nada, que no es más que un pastor, ¡a él sí le han matado! —Yeza se revolvía y el comendador tuvo que sujetarla por los hombros para impedir que saltara del lecho.

—¡Una reina nunca pensaría así! —le insistió—. ¿De qué le serviría un Enzo muerto a esta ciudad? Mientras está vivo, es un rehén valioso y les sirve de protección. Tampoco tendría sentido que un tribunal os condenara y fuerais ejecutada. En el peor de los casos se produciría una revuelta y hasta podrían acudir otras potencias para vengaros. Es decir, los ciudadanos tendrían dificultades.

—Al infierno con ellos —jadeó ella, aunque se dejó caer hacia atrás, sobre la paja, temblando—. ¡Sacadme de aquí! —sollozó finalmente, y el viejo comendador le acarició la frente y el cabello hasta que la joven cerró los ojos y su respiración se hizo más pausada.

—No os abandonaré —murmuró el anciano y esperó a que se hubiese dormido.

En cuanto volvió a salir el sol, se reinició el bombardeo, aunque esta vez por el lado de tierra, como si el almirante de Carlos de Anjou quisiera hacer creer a los defensores de Otranto que sería allí donde se produciría el ataque decisivo. Los proyectiles enemigos llegaban hasta las murallas, pero causaban poco daño, porque las catapultas de las naves eran demasiado ligeras como para arrojar piezas realmente pesadas. Pasaría algún tiempo antes de que los agresores consiguieran construir una catapulta mayor, y era difícil suponer que tuvieran allí mismo a un constructor capacitado. La condesa Shirat había enviado aquella misma noche unos mensajeros a la ciudad cercana, para aconsejar a los ciudadanos que cerraran las puertas y no prestaran al enemigo ninguna clase de ayuda, aunque la solicitara. El magistrado envió respuesta a Shirat en el sentido de que sus murallas estaban bien vigiladas y que, si fuese necesario, sus hombres estaban dispuestos a caer sobre el flanco de los atacantes. La noticia tranquilizó a la condesa.

Shirat se dirigió con los señores que la rodeaban hacia el lado de mar, donde las

rocas altas sobre las que se erguía el castillo hacían imposible cualquier bombardeo, a la vez que las propias catapultas se veían favorecidas por su posición más elevada y eran capaces de mantener a distancia al enemigo. Únicamente había que prestar atención a las flechas disparadas por las ballestas. El enemigo había cambiado de táctica y sus naves más poderosas ya no se agolpaban juntas, sino que atravesaban la bahía moviéndose de un lado a otro, de modo que fuera difícil acertar con un disparo. En cambio sus veleros rápidos participaban ahora en la batalla, cruzando por debajo de las murallas y disparando un aluvión de flechas. Cuando Shirat quiso inspeccionar la situación, dos de los *lancelotti* la protegieron con sus escudos.

Roç propuso a Mahmoud aprovechar la noche para llevar, bajo la protección de la trirreme, una barca cargada de explosivos y dejarla atada a la nave capitana del enemigo, retirándose amparados en la oscuridad, de modo que la barca hiciera explosión cuando ellos ya estuvieran a salvo. Entre Shirat y quienes la rodeaban se desató una agria discusión acerca de lo acertado de la propuesta, y Shirat expresó abiertamente su sospecha de que Roç, en el fondo, lo que quería era alejarse con la trirreme para ir en busca de Yeza. Gosset puso fin a la divergencia y desechó la idea, pero se quedó después en el patio interior del castillo a discutirla con el rubio Dietrich. Ya era mediodía. Al poco tiempo vieron que acudía Raúl.

—Un parlamentario se acerca con bandera blanca a la puerta principal —les gritó de lejos—. Creo que no deberíamos dejarlo entrar: es posible que venga a espiar.

—Eso es cierto —respondió Gosset—, pero también sería una señal de mala educación.

—Además, podrían interpretarlo como un signo de debilidad —añadió Dietrich—. Lo mejor será vendarle los ojos y traerle a este patio, donde sólo vería unas cuantas criadas y podríamos transmitirle la impresión de que estamos muy tranquilos.

—Yo me encargo de eso —dijo el sacerdote—. Traed le tal como habéis propuesto ¡y sin asustarlo!

Dietrich y Raúl se dirigieron hacia la puerta principal.

Gosset mandó que le trajeran de la cocina una mesa y unas cuantas sillas y que le sirvieran vino, diferentes clases de queso, pan y nueces. Después se sentó a leer el breviario, y cuando oyó unas voces que se acercaban, ni siquiera levantó la vista.

Oyó decir a Dietrich:

—Bien, estimado señor Les Beaux, ya conocéis a monseñor Gosset.

El parlamentario estaba frente al sacerdote. En cuanto le quitaron la venda de los ojos, dijo a éste:

—En su día erais un fiel servidor de Francia. De modo que os supongo rezando por la victoria de nuestro señor Luis y la nuestra.

No disfrazó la ironía que traslucía su voz, de modo que Gosset le hizo esperar un poco antes de responder en un tono que intentaba quitar importancia a sus palabras:

—He servido durante suficiente tiempo al rey para saber distinguir entre los intereses de la corona y los del conde Carlos de Anjou. Incluso me atrevería a apostar que el señor Luis nada sabe de las pretensiones que vos, Roberto les Beaux, querréis exponerme ahora.

El parlamentario no pudo reprimir una sonrisa aprobatoria.

—Bien, dejemos de lado a nuestro devoto soberano. No obstante, debéis tomar en serio mi ofrecimiento, al menos eso os aconsejo. Pero ¿dónde está la señora condesa, dueña...?

—La dueña está durmiendo la siesta —le interrumpió Dietrich—. No podemos molestarla con cualquier minucia.

Gosset cerró con calma el breviario y después miró de arriba abajo al señor Les Beaux.

—¿Acaso venís a ofrecer otra cosa que una rendición sin condiciones y un salvoconducto para que podamos retirarnos?

—¡Podrías llevaros todas vuestras pertenencias! —redondeó el parlamentario la oferta—. ¡Incluso os dejaríamos la trirreme!

Gosset le miró con gesto apenado.

—Supongo que esperáis refuerzos considerables por tierra y por mar, mientras que nosotros tenemos cortada la comunicación con el rey Manfredo. Sucede, sin embargo, que este castillo y sus habitantes, así como todos sus bienes muebles e inmuebles, son propiedad del rey.

—Eso no os debería preocupar —propuso el señor Roberto, que creía estar avanzando en la negociación—. Incluso estaríamos dispuestos a indemnizar generosamente a la condesa. ¡Nuestra situación nos permite pagar una suma importante por Otranto, no tenéis más que ponerle precio!

—Parece una propuesta razonable. —Dietrich abundó en el aspecto positivo del caso, sin que nadie le hubiese pedido su opinión.

—Por qué no os sentáis a tomar un trago de vino fresco —invitó Gosset al parlamentario—. Y vos, señor Dietrich, podríais dejarnos solos.

El germano parecía ofendido, pero se alejó, pues creía adivinar la intención de Gosset. Roberto les Beaux tomó asiento, complacido, y echó mano de una copa.

—Necesito algún tiempo —murmuró Gosset entre dos tragos con los que pretendía enjuagarse la boca, llena de nueces masticadas—. Tendré que convencer a la condesa y al Trencavel, cuyos caballeros también nos defienden.

La información puso nervioso al señor Roberto, pues el Trencavel gozaba de cierta fama, sobre todo la de ser capaz de provocar sorpresas desagradables. Aún recordaba las advertencias de Rinat le Pulcin.

—Os propongo un período de reflexión de doce horas —dijo Gosset, confiado.

—¡Pero entonces será de noche! —repuso Roberto.

—No importa —le tranquilizó el sacerdote—. ¿Supongo que vuestro almirante tiene a bordo un espejo señalizador?

—¡Pues claro! —confirmó satisfecho el señor Les Beaux—. ¡Claro que sí! Si nos pasáis la señal de que aceptáis nuestra oferta, os dejaremos tiempo hasta mañana al mediodía para entregar el castillo...

—Os comunicaremos nuestras condiciones —amortiguó el entusiasmo del otro—, y a vuestro señor almirante le convendrá sopesar muy bien cada una de ellas y responder con todo detalle. Si nos ponemos de acuerdo en el transcurso de esta noche, nada impide que nos encontremos mañana al mediodía para fijar por escrito todos los puntos, proceder al intercambio de rehenes y, sobre todo, al pago de las sumas acordadas.

A Roberto le costó reprimir su alegría. Pensó que el viejo zorro Gosset sería capaz de vender lo que no era suyo por un puñado de monedas y exclamó:

—¡Así se hará! Daré órdenes inmediatas de que se limpie bien el espejo del almirante.

Gosset asintió con aire de aburrimiento.

—Las noches de invierno son largas —dijo con parsimonia, y su interlocutor dejó el asiento.

Dietrich, que estaba al tanto, se acercó desde la cocina con la venda negra y volvió a taponarle los ojos al señor Les Beaux.

—¡Quedo a la espera de vuestras noticias! —dijo éste en dirección a Gosset, que había vuelto a hundir la mirada en el libro.

—Las tendréis —murmuró el sacerdote y le hizo una señal a Dietrich para que se llevara al parlamentario.

## **El vicario en el vientre del dragón**

El puerto de Ravenna hacía muchos años que se iba inundando de arena y hundiéndose en el barro, mientras el mar se alejaba cada vez más de las murallas de la ciudad. Desde la época gloriosa de la emperatriz Gala Placidia<sup>[627]</sup>, que residió en esa «segunda Bizancio» y gobernó el imperio visigodo, la poderosa y antigua ciudad iba deslizándose sin remedio hacia la insignificancia. Venecia la aventajaba como plaza comercial, y Roma se había constituido en capital. Detrás de sus gruesas murallas, erigidas en épocas muy lejanas, no se desarrollaba una vida animada. No se mezclaban allí los longobardos con los sirios, los eslavos con los egipcios o los griegos; sus calles aparecían dormidas. En su entorno, aparte de rosales asilvestrados, ya sólo quedaba tierra baldía, pantanos, arena y lagunas, y detrás se veía el mar, que la había abandonado a traición. Tanto más sorprendidos se mostraron los guardias que vigilaban las murallas cuando vieron un enorme barco avanzar por el canal medio

obstruido, que desde hacía mucho tiempo no había visto pasar a ningún velero o galera que se hubiese atrevido a remover aquel agua fangosa y cubierta de algas. Lo que parecía un mitológico pájaro gigantesco era la *Atalanta*, que avanzaba a contrasol y con todas las velas puestas al viento. Los remos restallaban como latigazos sobre las negras aguas y cuando la enorme nave llegó cerca de la muralla y enfiló la bocana del puerto, el Taxiarcos hizo recoger velas y clavar los remos en las turbias aguas. Así quedó plantada la *Atalanta* delante de la ciudad y, observándola, los guardias recordaron que desde hacía algún tiempo el albergue del muelle estaba ocupado por unos extraños huéspedes que permanecían a la espera de algo o de alguien.

De modo que el oficial de guardia mandó aviso a Jordi, el trovador, que acudía cada día a las fortificaciones dejando vagar su mirada en la lejanía y endulzando las tristes horas de la guardia con sus melancólicas canciones. Jordi había enviado señales en petición de ayuda y había nombrado el puerto de Ravenna como el más cercano, con la esperanza de poder mover algo en Bolonia, si es que alguien recogía el mensaje transmitido por medio del espejo y acudía a rescatar a su ama y señora.

También las dos bellas mujeres que al parecer representaban el harén de un anciano vestido de modo extraño, que se hacía llamar «señor visir» y se pasaba el día buscando hierbajos en el monte, es decir, la dulce Geraude y la ardiente Mafalda, representaban un pasatiempo agradable para la guarnición. El mensajero los encontró a todos, ansiosos y esperanzados, sentados encima de sus equipajes, en medio del patio de la taberna. Jordi respondió de inmediato a la llamada y los demás le siguieron con ciertas dificultades.

Pero había otro personaje ansioso de echarle un ojo a aquella máquina flotante, y ese ojo era único. Oberto Pallavicini, vicario del imperio romano para «Italia», o sea para toda la tierra al sur de los Alpes, excepto algunos territorios cuya soberanía podría discutirse con el Papa, había ocupado como residencia la impresionante torre redonda situada en la esquina nororiental de las murallas de Ravenna. No porque le gustara residir en una de las ciudades de provincia más aburridas de la Romaña, sino por la razón de que esta ciudad, en realidad, formaba parte del Patrimonio de San Pedro. Aunque había otro motivo aún y era el que Ravenna, en su época gloriosa, poseía más de un famoso privilegio, entre ellos también el de ser un exarcado<sup>[630]</sup><sup>[631]</sup>, dignidad muy superior a la de un simple vicario<sup>[632]</sup>, pues representaba casi un título de rey. De modo que el representante tuerto de un emperador que ya no existía, podía verse a sí mismo más o menos como a un rey. Aunque para conseguirlo plenamente, Oberto habría tenido que anular primero a Ezzelino, el tirano de Verona, que representaba un obstáculo importante a la hora de ampliar sus poderes.

Oberto se encontraba en Ravenna precisamente para preparar ese golpe, y el barco fantasma que había visto acercarse le venía muy bien a sus propósitos. Esa nave podría representar el dragón con el que ascendería por el río Po para sacar al

rival de su nido. De modo que Oberto decidió inspeccionar el puente de mando flotante que tan útil le sería, para ver quien mandaba en la *Atalanta*, y conseguir que le obedeciera o que al menos quedara a su merced. Sus hombres ya le habían comunicado que el gran maestro del Temple no iba a bordo, aunque sí algunos caballeros templarios que evitaban asomarse y salir del barco, amén de otros personajes bastante estafalarios. Oberto Pallavicini se dispuso a salir.

—¡No podéis sacar a Yeza de Bolonia mediante un golpe de mano! —le insistía Jordi al Taxiarcos—. ¡Pondríais en peligro la vida de la joven, mejor dicho, acabaríais con ella en lugar de salvarla!

El trovador atravesó la puerta abierta de la ciudad con tanta prisa que los guardias no pudieron retenerle. El Taxiarcos había bajado a tierra en compañía de un grupo de los temibles *lancelotti* y de algunos caballeros germanos. Había propuesto a los templarios bajo el mando de Simón de Cadet que abandonaran el barco, pero a Simón aquella plaza no le parecía segura, por lo que se había retirado con sus hombres bajo cubierta. De ningún modo quería respaldar con su presencia los más que probables actos de piratería del Taxiarcos.

Aunque a este último, si algo le era del todo indiferente en ese momento, era precisamente su buena fama.

—¿No podrían exigir los templarios que la dama Yeza Esclarmunda fuese puesta bajo su jurisdicción? —propuso como una posible salida a la desesperada. Pero Jordi sacudió la cabeza.

—Los boloñeses son gente muy tozuda y no creo que admitan ser presionados.

—Entonces ¿quién podría ayudarnos? ¡Otras veces se os han ocurrido buenas propuestas, maestro Jordi!

El pequeño trovador no parecía querer hacerle caso.

—Hay un hombre cuya palabra pesa mucho en Bolonia —susurró sin apartar su mirada de la puerta de la ciudad, donde acababa de hacer acto de presencia Oberto Pallavicini con una escolta poco numerosa.

El enano le susurró al Taxiarcos:

—Os ruego que os mantengáis apartado, y yo intentaré hacer subir al señor vicario a bordo. Le tomaremos como rehén. ¡Podéis volver cuando me veáis levantar el sombrero!

A una señal del Taxiarcos, éste y sus hombres se apartaron a un lado. La propia *Atalanta* los ocultaba ante la mirada del vicario, que salía con paso casi solemne de la ciudad en compañía de su séquito, apenas armado, puesto que se trataba de una visita de cortesía. Mientras Jordi aún estaba sopesando si debía presentarse él mismo ante aquel alto funcionario del Estado para rogarle que subiera a bordo, o delegar la tarea en el visir Kefir Alhakim, que representaba el papel de un embajador al que la

*Atalanta* debía recoger en ese puerto, se le acercó Simón de Cadet. Ambos vieron cómo Oberto Pallavicini señalaba el barco, entusiasmado y curioso, y enviaba a un paje que muy poco después se presentó a bordo y rogó, en nombre de su señor, que le fuera permitido saludar a la dignísima persona que viajaba en tan bella nave.

Simón no ocultó su extrañeza cuando vio que Jordi accedía a la petición, y el paje volvió corriendo para informar a Oberto, que ya se estaba acercando.

El enano le cuchicheó al oído al templario:

—¡Ni una palabra de Yeza!

Precisamente acababa de presentarse también el visir, acompañado de Geraude y Mafalda, todos muy acicalados. Kefir llevaba su turbante más grande y llegó sentado en un palanquín abierto, de modo que llegaron a la rampa casi al mismo tiempo con el vicario, por lo que Jordi le gritó con mucha presencia de ánimo:

—¡Ilustre señor embajador Kefir Alhakim, me he permitido invitar al señor vicario imperial para que visite el barco!

El visir adoptó su papel de dignatario excéntrico.

—Es un honor para mí saludar en nombre del sultán a Oberto Pallavicini, cuyo nombre goza de fama y respeto en todo el mundo. Aceptad la invitación que os dirige mi gigante, para que la vista de águila de vuestro temible ojo y la pisada de vuestro poderoso pie transforme las míseras tablas de mi humilde embarcación en una tarima con olor a palosanto y mirra. ¡Estáis en vuestra casa, aunque os ruego que os quitéis las botas!

—¡Ese visir es el demonio! —Simón palideció, pero sin agregar más se agachó para quitarse los zapatos.

Jordi siguió su ejemplo y todos los que estaban a bordo hicieron lo mismo antes de que asomara la cabeza del vicario.

Oberto miraba asombrado el palanquín que se alejaba, y después se acordó de los rumores que afirmaban que había barcos cuya cubierta estaba fabricada de maderas nobles tan delicadas que sólo se podían pisar con los pies descalzos. También era posible que el señor embajador acostumbrara a desenrollar allí su alfombra de oraciones, y considerara la cubierta como algo asimilable a una mezquita. En cualquier caso, Oberto tendió a su paje una pierna después de la otra, y blasfemando en voz baja admitió que le quitaran las botas. Su séquito hizo lo mismo y así subieron a bordo de la nave, cuya cubierta, en efecto, estaba hecha de las mejores maderas nobles y, además, estaba limpiísima. Oberto saludó a Simón de Cadet.

—Tomás Bérard, vuestro gran maestro, os debe tener en gran estima, puesto que os confía la niña de sus ojos.

—Un caballero de la orden debe obediencia ciega a su superior —respondió Simón, haciendo un esfuerzo—. Mi misión es recoger en este puerto a su excelencia el embajador del sultán, y conducirlo hacia donde él me indique. Puede que vos lo



consideréis una señal de estima; para mí es un simple acto de servicio.

Oberto se mostró comprensivo.

—Veo, caballero, que el gran maestro sabía por qué os encargó esta misión precisamente a vos, a pesar de vuestra juventud. ¡Os diré que me gustaría mucho inspeccionar vuestra magnífica nave! —añadió con entonación jovial.

Simón aprovechó para disculparse.

—Nadie os la enseñará con mayor conocimiento de causa y de forma más entretenida que nuestro señor Jordi. ¡Podéis confiar en él!

El templario desapareció bajo cubierta, uniéndose a sus hombres antes de que el vicario pudiese oponerse. El pequeño trovador respiró hondo.

—¡Si tenéis la bondad de seguirme! —Y se adelantó a subir por la escalera de madera que conducía a la estrecha cubierta superior, que transcurría por encima de las cabezas de la última hilera de remeros y por el centro del barco, de palo a palo. Allí se amontonaban las velas, ocultando los trabuquetes.

Para sorpresa de los huéspedes, Jordi ordenó a los moriscos que liberaran una de las catapultas.

—Lo que veis aquí —explicó el enano con orgullo— no lo ha visto el resto del mundo: trípodes que giran en un círculo completo, permitiendo disparar hacia todos los lados, y que además pueden hundirse, para no dificultar las maniobras de navegación.

Oberto observaba con mucho interés los orificios redondos de los que solamente sobresalían las cabezas de las catapultas. En efecto, aparecían montadas sobre una especie de enormes ruedas de carro.

—¡Me gustaría verlas por abajo! —exclamó Oberto, aparentando curiosidad. Jordi se apresuró a llevarlo hacia lo más profundo de la bodega.

—¡Habéis acertado! —alabó al gran guerrero—. Las ballestas tensadas mediante rueda están emplazadas bajo cubierta, detrás de unas trampillas de madera. Su repentina aparición provoca el pánico aún antes de que su poderosa fuerza actúe con toda crueldad.

—¿Fuego griego? —Oberto creyó saber de qué se trataba y Jordi le dedicó una sonrisa prometedora, cediendo el paso a su visitante hacia la escalera.

Pero antes de seguirle se quitó el sombrero de terciopelo y lo agitó en el aire como si deseara refrescarse. Cuando vio que Beni había captado la señal acordada, se apresuró a seguir al vicario, que ya estaba explicando a su séquito, lleno de admiración y presumiendo de sus conocimientos, el mecanismo de los trabuquetes giratorios. También las ballestas montadas sobre ruedas le habían impresionado, y las consideraba una maravilla. ¡Tenía que hacerse sin falta con esas máquinas de guerra!

—Si me lo permitís, maestro armero —dijo con gesto generoso al enano, mientras le apretaba la mano para deslizarle con sigilo unas monedas de oro—, ¡enviaré a mis

mejores hombres para que puedan instruirse aquí! —El vicario calculó rápidamente cuántos hombres necesitaría para apoderarse de la *Atalanta*— ¡Yo mismo tendría mucho que aprender de vos!

—No tendréis tiempo de hacerlo, Oberto Pallavicini —resonó desde arriba la voz del Taxiarcos.

Una mirada rápida en todas direcciones demostró al vicario que había caído en una trampa. Los *lancelotti* formaban a ambos lados y dirigían sus remos con las hoces afiladas hacia el interior del recinto. El enano se escabullía entre las piernas de los remeros.

—¿Qué mala broma es ésta? —resopló Oberto Pallavicini, temblando de ira, aunque se obligó a aparentar que no lo tomaba en serio—. ¡Dejadme salir y olvidaré esta impertinencia!

—No se trata una broma —exclamó el Taxiarcos y bajó las escaleras—. Seréis mi prisionero hasta que consigáis que los boloñeses dejen en libertad a Yeza, nuestra ama.

—¡No está en mis manos conseguirlo! —El vicario intentó escurrir el bulto, pero el Taxiarcos le replicó:

—En cambio sí está en mis manos entregaros a Ezzelino de Verana, y es lo que haré si no conseguís de inmediato que Yeza sea trasladada aquí, sin sufrir daño alguno.

—Dejadme en libertad y os juro que...

—¡Escribiréis una carta y esperaréis aquí con nosotros la llegada de la dama!

—¡Enviad a por mi sello y traedme pergamino y pluma! —gruñó el vicario—. ¡Y que haga de mensajero ese templario que al parecer mantenéis también como rehén en esta nave!

El Taxiarcos procuró que le trajeran cuanto antes lo que había solicitado, y llamó también a Simón de Cadet.

—Estáis aquí conmigo porque deseáis contribuir a que la princesa Yeza Esclarmunda escape del peligro que la amenaza. Ha llegado el momento de cumplir vuestra promesa. ¡Llevaréis la carta del vicario a Bolonia y regresaréis con nuestra reina!

—¡Esclarmunda o muerte! —exclamó Simón.

—¡Podéis llevar a vuestros caballeros, pues confío en vos!

—Y yo confío en mí —le respondió Simón—. Iré solo. Pero necesitaré un segundo caballo ensillado.

## **El monstruo ataca**

La bahía de Otranto estaba tranquila. El sol poniente daba a la flota allí anclada

de Carlos de Anjou un aspecto idílico y pintoresco. Los mástiles parecían pintados a pluma. Las velas estaban recogidas, pero eso podía cambiar rápidamente en cuanto cayera la oscuridad.

—No creo que podamos pasar otra noche tranquilos —confió Roç al sacerdote Gosset—. He comunicado a la nave capitana de que tal vez podríamos estar de acuerdo en ceder Otranto sin combate, pero que hay toda una serie de preguntas a las que deben responder en relación con nuestra retirada y, sobre todo, con la promesa de poder llevarnos nuestras pertenencias, incluso las catapultas y demás armas de guerra —explicó Gosset la situación—. De ahí que les haya pedido otro plazo de veinticuatro horas.

—¿Y con qué resultado? —intervino sarcástico Dietrich von Röpkenstein—. Los provenzales del señor Carlos, esos corsarios marseleses, han querido atacarnos durante la noche desde el mar, aunque los hemos descubierto gracias a la iluminación procurada por el Diablo del Fuego. De modo que pudimos rechazarlos antes de que consiguieran incendiar la trirreme...

—¿Y por qué no nos atrevemos a poner en práctica nuestro proyecto? —se enfadó Roç—. ¿Acaso tenéis miedo?

Gosset separó a los dos gallos peleones.

—Bien, capitán —refunfuñó Roç—, en cuanto caiga la oscuridad Gosset iniciará por medio del espejo un diálogo con la nave capitana del almirante. Así conoceremos su posición exacta y podremos entrar en acción.

Pero Gosset parecía absorto ante el precioso espectáculo que el sol en su ocaso escenificaba sobre el mar. Lo que veía delante de la bola ardiente era un punto negro que iba aumentando rápidamente de tamaño y adoptaba el perfil de la *Atalanta*, que con las velas desplegadas y los remos levantando agua se dirigía en línea recta hacia donde estaban concentrados los barcos de la flota.

—¡La *Atalanta*! —gritó Roç, y parecía fuera de sí—. ¡Ha vuelto!

—¡La dueña de los mares! —estalló también Dietrich, lleno de júbilo, y todos se protegieron los ojos con la mano para no perder detalle del espectáculo que se avecinaba.

Roberto les Beaux fue el primero en darse cuenta de la desgracia que se abatía sobre ellos. El joven comandante había puesto su nave al lado de la capitana, para comentar con el almirante el ataque nocturno con el que pensaba coger por sorpresa a los de Otranto. Pero el almirante no quiso hacerle caso y cuando Roberto estaba a punto de regresar a su propio barco, vio acercarse la *Atalanta*.

—¡Alejémonos! —les gritó a sus hombres, que inmediatamente empujaron sus remos contra la pared lateral de la nave capitana.

Roberto agarró un cabo colgante y se lanzó sobre la cubierta de su barco, como si

fuese un pirata a punto de asaltarlo. Los brazos de sus hombres le recogieron.

—¡A los remos! —gritó, y no hubo necesidad de otras voces de mando, pues la nave del almirante sufrió una sacudida que causó un estrépito ensordecedor.

El Taxiarcos había ordenado sacar el espolón, pero no para ensartar al enemigo, que parecía adormilado, sino que inició una maniobra atrevida y le abrió el flanco, ayudado por los *lancelotti* que, mientras algunos cortaban con sus hoces los remos de la nave enemiga a la vez que el espolón le abría el costado, otros colocaron las hoces en sentido horizontal para barrer la cubierta. Empezaron a verse miembros cortados, chorros de sangre y a oírse gritos de espanto cuando la *Atalanta* ya había dado media vuelta, pero no se alejaba hacia mar abierto, sino que se metió de lleno en el enjambre, lo que le costó a otras dos embarcaciones perder la punta de la proa, abriéndoles un boquete por el que iba entrando el agua. Roberto les Beaux podía darse por satisfecho de que todo ello no sucediera en el lado al que se había dirigido. De las dos embarcaciones afectadas ya sólo se veía el palo inclinado, la proa que empezaba a levantarse y finalmente una mancha espumosa y burbujeante.

La *Atalanta* se preparaba para un nuevo ataque y muchos marineros saltaron por la borda, mientras el almirante seguía sentado, incrédulo, en un sillón situado en la popa, no tanto por cumplir fielmente con su deber sino porque le parecía del todo inútil levantarse del asiento. Entretanto el Taxiarcos había ordenado que retiraran el espolón, y con su proa de ébano pulido embistió a la nave capitana por detrás, destrozó el timón e hizo volar por los aires al almirante, junto con su sillón. Desde arriba, el hombre vio todavía cómo su orgullosa nave se inclinaba hacia un lado, antes de unirse a ella en el remolino del naufragio. Ni la nave ni el almirante volvieron a ser vistos. La *Atalanta* se conformó con esta victoria y pasando entre los restos de la flota, que huía en desbandada, prosiguió su audaz viaje en dirección al sur.

El señor Les Beaux se recompuso hasta el punto de considerar que su empresa, dada la pérdida de la nave capitana, había fracasado. Dio órdenes de suspender el asedio, pero antes decidió darle un repaso al hombre que los había metido en aquel embrollo.

—Rinat le Pulcin —le dijo al artista que, como siempre, se presentó vestido con elegancia—, el señor almirante desea vuestra presencia, para que no le falte vuestro buen consejo. Tiene ganas de enterarse de cómo conquistar la fortaleza indefensa de Otranto con un simple y fácil golpe de mano. ¡Le debéis esa información!

A una señal de Roberto, unos marineros cogieron por debajo de las axilas y por los tobillos al artista manco, lo columpiaron un poco y lo arrojaron por la borda.

Entretanto había caído la noche. Yeza había observado el ataque atrevido del Taxiarcos desde la popa, junto al templario a quien consideraba su salvador, pues al fin y al cabo Simón la había librado de las garras de Bolonia. El rey Enzo ni siquiera tuvo palabras de consuelo cuando, días después de fracasado el intento de liberación, la visitó finalmente en el sótano. Al revés, el bastardo parecía considerar de justicia que ella pagara con su joven vida aquel fracaso.

—Os habéis sacrificado por mí, dama Yezabel Esclarmunda, y eso os hará más fácil soportar la muerte. ¡Siempre os recordaré!

Ella le respondió con una maldición, olvidando que era una dama.

Sus palabras, pronunciadas en napolitano vulgar, no fueron comprendidas del todo por el rey, que se alejó murmurando algo ininteligible acerca de la «juventud actual».

Yeza puso su mano en el brazo de Simón de Cadet, cuyo comportamiento tranquilo siempre le había gustado, ya desde los tiempos del torneo de Montségur, y más adelante, cuando volvió a verlo en Redae, vestido ya con la túnica de los templarios. Pero Simón se encogió al sentir el contacto como si fuese culpable de algo, y hubo alguien más a quien ese gesto le produjo una punzada en el corazón: el Taxiarcos ardía de celos desde que vio a Yeza hacer su entrada en Ravenna cabalgando al lado de Simón, aunque era de suponer que habrían hecho el recorrido sin bajar del caballo, pues en cuanto Yeza había visto el animal ensillado, no tuvo otra idea que alejarse cuanto antes de Bolonia. Incluso aborrecía la idea de tener ahora al Pallavicini, ese tuerto impredecible, bajo los tablones de la cubierta. El Taxiarcos no se había atrevido a liberar al poderoso vicario imperial en la misma Ravenna, donde al parecer poseía tanta influencia como en Bolonia, de modo que Oberto y su séquito seguían apretados como las sardinas en la bodega de la nave. La intención era dejarlos cuanto antes en cualquier lugar de la costa, y lo mismo harían con el templario.

Mientras tanto, el Taxiarcos advertía con envidia la confianza que parecía reinar entre Yeza y Simón. Él no podía abandonar su puesto junto al timón, y la oscuridad le exigía un máximo de atención, ya que antes de alcanzar el cabo junto a Santa Maria di Leuca tenía que encontrar algún sitio donde poder anclar cerca de la costa, evitando las rocas.

Aún había otros dos ojos ardientes que parecían querer comerse al templario, aunque en este caso también deseaban perder de vista a Yeza. Mafalda sufría a la vista de la pareja y a Yeza le dolía ver padecer a su dama. Le insinuó a Simón que fuera amable con Mafalda, pero éste hacía oídos sordos, pues le repelía la fama de lujuriosa de la primera dama. Por otra parte, a Yeza también la complacía verse preferida por los dos hombres, el Taxiarcos y Simón.

Se le ocurrió ofrecerle a Simón que la siguiera y fuera su protector, siempre que el templario admitiera renunciar a sus votos.

Pero Simón contestó a su propuesta:

—No puedo desechar mi promesa como si fuese una camisa vieja, y vos lo debéis comprender.

Yeza no lo comprendía, pero no expresó sus sentimientos, y cuando apareció Beni, seguido de Geraude, y avisó que tenía el baño preparado, prescindió de seguir pensando en los hombres y llamó a Jordi, para que acompañara con sus canciones la sesión de lavado. Jordi era su hombre de confianza y admirador en una sola persona, y a ella no le molestaba que la viera desnuda, aunque sospechaba que también él sentía como un hombre. El trovador cogió el laúd y siguió a las damas hacia la popa.

Kefir Alhakim, el visir, recibió órdenes de sentarse en la entrada para impedir el acceso a cualquier visita inoportuna, y su enorme turbante pronto empezó a balancearse al ritmo de la dulce melodía que poco después inundaba la noche.

*Por coi me bait mes maris?*

*Lassette!*

*Je ne li ai rienz meffait?*

*Ne riens ne li ai mesdit*

*Fors c'acolleir mon amin Soulete.*

*Por coi me bait mes maris?*

*Lassette!*<sup>[633]</sup>

Desde la tienda de las mujeres, situada en la popa, se oían risas y poco después salió Beni, mojado de arriba abajo y con la cabeza encendida. Yeza le había atrapado espiando y Geraude, para castigarlo, lo metió de cabeza en el barreño. Pero lo que más le enfureció fue que su padre, sentado a la entrada, fuese testigo de aquella infamia. Los éxitos que el Gato obtenía entre las mujeres eran más bien lamentables. Yeza, su reina, le trataba como a un paje inmaduro, y en cuanto a Mafalda, le consideraba su esclavo particular, únicamente útil como mediador para acostarse ella con otros hombres. ¡Incluso Geraude, que le trataba como una madre a su niño, le había traicionado! Beni el Gato ansiaba volver junto a Potkaxl.

Mientras, en Otranto, el diablo andaba desatado. ¡El Diablo del Fuego! Los cohetes ascendían al cielo antes de reventar en un chasquido seguido de un traqueteo y acompañado del estruendo de los cañones que arrojaban ollas de fuego griego hacia el mar. La flota terriblemente diezmada de Carlos de Anjou recogió a toda prisa las tropas que había dejado en tierra y desapareció en dirección al mar abierto.

—Celebremos la victoria —opinó Mahmoud, el joven maestro armero—, ¡aunque (*Alá ta'allam!*)<sup>[638]</sup> no la hayamos conseguido solos!

La condesa permitió a Alena Eleia y Salomé que bajaran junto a las demás mujeres y doncellas hacia el puerto, para participar de la alegría de los moriscos y los *lancelotti*, los caballeros extranjeros y las tropas auxiliares del interior. De todos modos, encargó a sus damas que vigilaran a su rebelde hija para que no sobrepasara los límites de una celebración que con toda seguridad acabaría en una orgía desenfrenada. Ella misma se presentó brevemente en la trirreme para recibir la ovación que le tributaron sus hombres, y acordó con Dietrich que coordinara el servicio de guardia y las fiestas de modo que todo el mundo pudiese participar, sin que por ello sufriese menoscabo la seguridad de Otranto.

Roç había bebido bastante y, desatendiendo el fruncimiento de cejas de Gosset, parecía encontrarse bien en compañía de los tres mozos occitanos. Cada día que pasaba se entendía mejor con Raúl, y los otros dos empezaban a sentir también admiración por el Trencavel. Potkaxl, en cambio, aunque seguía siendo objeto de la admiración de Pons, dirigía su atención preferente a Dietrich, quien a su vez no le prestaba ninguna atención. De modo que la pequeña doncella estaba dispuesta a desahogarse bebiendo y bailando y despojándose poco a poco de sus prendas de vestir. Los moriscos y los *lancelotti*, sin sospechar que la joven expresaba así sus penas de amor, la aplaudían y la animaban, mientras Dietrich von Röpkenstein se sentía más y más nervioso, temiendo que se perdiera todo sentido de la disciplina. Gosset se esforzaba por mantener las pasiones a raya y acordó con Roç, antes de que éste fuera presa de la borrachera, que a la mañana siguiente saldrían en la trirreme en busca de Hamo, como habían prometido a Shirat.

# LAS DEL AMOR Y OTRAS FLECHAS

## Algunos acaban heridos

Yeza suspiró:

—Decidme, Jordi, ¿qué le pasa al Taxiarcos?

El enano se mostró cauteloso.

—Creo que tiene celos, y eso le avergüenza.

—¿Está celoso de Simón? —Yeza se echó a reír—. No tiene ni el más mínimo motivo. Simón se toma muy en serio las reglas de su orden.

Jordi alzó la cabeza para que el airecillo nocturno le refrescara la mente.

—Los celos no necesitan motivo —murmuró—. El Taxiarcos tiene la intención de dejar en tierra a Simón de Cadet y sus caballeros, supongo que esta misma noche...

—¡Eso es ridículo! —se indignó Yeza—. ¡Hablaré con el capitán!

Quiso hacerlo sin pérdida de tiempo, pero el trovador la retuvo.

—Será mejor que Simón no se encuentre en la *Atalanta* cuando los templarios consigan atraparla. Podrían interpretar su presencia como colaboración en el robo de la nave.

Yeza le miró.

—Las mujeres siempre tenemos que ceder en algo. ¡Jordi, por favor, canta algo sobre las alegrías y las penas del amor!

Jordi sonrió y dijo:

—Por esta vez os tendréis que conformar con una *canzo*<sup>[639]</sup> de Gaucelm Faidit:

*Del gran golfe de mar  
e dels enois dels portz  
e dels perillos far  
soi, merce Dieu, estortz,  
don pose dir e comdar  
que mainta malananza  
i hai suffert'e maint turmen.*<sup>[640]</sup>

La canción de Jordi no llegaba hasta la bodega de la *Atalanta*. Allí se notaba cierto movimiento, lo que hacía concebir a los rehenes alguna esperanza. Sin embargo, muy pronto resultó que sólo los templarios serían llevados a tierra. Éstos no eran prisioneros, por mucho que los mantuvieran apartados, y por mucho que Simón



se mostrase sorprendido ante la rudeza con que los *lancelotti* le comunicaron a él y a sus caballeros que se prepararan para ser desembarcados. El séquito del vicario imperial se quedó blasfemando y sumido en la más profunda desilusión; Oberto Pallavicini era el único que renunciaba a toda protesta inútil. Hacía tiempo que había acordado con uno de los templarios que, a la primera ocasión, intercambiarían sus ropas, de modo que se ocultó con el caballero Guy de la Roche en un rincón oscuro, donde no podían ser vistos por los demás. El caballero accedió a la petición porque le habían prometido un buen feudo, a escoger en el lugar que más le conviniera. Oberto no solía mostrarse mezquino en sus promesas, e incluso estaba dispuesto a cumplirlas, dado que disponía de prebendas suficientes con las que premiar a los caballeros que lo merecieran. Pocos minutos después, Guy se reunió con los rehenes que quedarían atrás, mientras el de Pallavicini vestía la túnica blanca de los templarios y se puso a la cola que avanzaba hacia la escalera. Les estaban devolviendo sus espadas, que no les habían permitido llevarse a la bodega. Corrado di Salento, el decano de los *lancelotti*, había amontonado las armas en la cubierta, y cada uno de los señores tenía que agacharse para sacar su arma del montón. A la mayoría de ellos les pareció una miserable afrenta el procedimiento elegido, en cambio Oberto consideró que era una ventaja, porque le permitía ocultar el rostro cuando se agachó para coger la última de las espadas. Al recorrer junto a los demás templarios la formación de *lancelotti*, vio que la *Atalanta* estaba tan cerca de la playa que podían saltar al agua, ya que ésta sólo les llegaba hasta la cadera. Oberto Pallavicini saltó a la libertad, y como no tenía intención de darse a conocer a Simón, intentó alcanzar la roca más cercana. Lo primero que hizo allí fue ocultarse a la vista de los que quedaban en la *Atalanta*, y para conseguirlo se agachó en el agua fría, de modo que sólo le asomara la cabeza. Muy pronto oyó gritos excitados y lamentos que echaban en falta al hermano Guy, algunas de las túnicas blancas se movieron en busca del templario desaparecido cerca de donde él se ocultaba, y al final oyó decir que muy posiblemente el hermano Guy se habría ahogado.

El cuerpo negro de la *Atalanta* seguía destacándose ante el cielo nocturno. Oberto tenía mucho frío, pero no se atrevía a salir del escondite. Finalmente oyó que en la nave recogían la cadena del ancla y cuando iba desvaneciéndose ya la amenazadora silueta, creyó ver en el último instante una figura blanca que se arrojaba por la borda. ¿Habría escapado Guy, contrariando su acuerdo, puesto que así saldría a la luz la huida del Pallavicini? Muy pronto la *Atalanta* desapareció del todo. Oberto se incorporó y se dirigió, tambaleándose, hacia tierra firme.

Mafalda había conseguido que Geraude, aunque temblando de miedo y tan excitada que ni siquiera conseguía llorar, le arrojara detrás dos cestas, de las que una contenía sus joyas y se hundió inmediatamente como una piedra, y otra cesta mayor

con sus mejores ropas. Arrastró a esta última a través del agua hasta llegar a la orilla, mientras lloraba de rabia. En medio de la oscuridad vio que se retiraban las túnicas blancas de los templarios, y quiso gritar cuando, desde atrás, una mano férrea le tapó la boca y redujo su grito a un gemido. Mafalda no sintió miedo, pues reconoció la túnica blanca. Se sintió feliz y segura de que era Simón, que la había esperado. Tanta mayor fue su sorpresa y su desesperación cuando su mirada se detuvo en el único ojo de Oberto Pallavicini. El segundo intento de romper a gritar terminó gracias a una sonora bofetada que le asestó el vicario, de modo que la primera dama se echó a llorar, y lloró más aún cuando recordó la pérdida de sus joyas. Al observar que no parecía despertar conmiseración alguna en el vicario, dejó de derramar lágrimas y recuperó la dignidad propia de una primera dama de la corte y, por añadidura, descendiente de los condes de Mirepoix.

—Distinguido señor —dijo entonces—, ¡espero que no pretendáis aprovechar mi desgraciada situación!

El hombre se echó a reír.

—Intentaré alcanzar esta misma noche el castillo de Otranto. Si sois capaz de caminar y no os convertís en una carga para mí, podéis seguirme.

Cuando Oberto vio que los ojos de la muchacha volvían a llenarse de lágrimas, esta vez de pura desesperación, prosiguió en tono más amable:

—Allí os darán ropa seca. Espero que la condesa Shirat tenga los arcones bien surtidos, para compensaros de vuestra pérdida.

Mafalda le sorprendió con un beso en la mejilla.

—¡Lo conseguiremos! —dijo esperanzada y le reveló abiertamente el motivo—. ¡Espero que los templarios también se dirijan al castillo!

Oberto Pallavicini no quiso responder, y se pusieron en marcha.

La *Atalanta* cruzaba con ritmo pesado la noche. El Taxiarcos había instalado su tienda en la popa alta, cediendo a Yeza y su séquito los camarotes que le correspondían a él bajo cubierta. El primero de éstos era compartido por Jordi y el visir, y el último, detrás del vestidor donde también se encontraba la bañera para Yeza, había sido ocupado por las damas Mafalda y Geraude. El magnífico pabellón del señor almirante aparecía iluminado por dentro, y delante mismo había sido instalada una especie de cocina, que consistía en una plancha de cobre colocada encima de una alfombra mojada. Algunos de los moriscos, versados en toda clase de quehaceres, ejercían de maestros cocineros, el fuego ardía alegre y protegido entre gruesas piedras y el olor que salía de ollas y sartenes le llegó a Yeza, que inspiró hambrienta mientras se dirigía hacia la entrada a la tienda. Dos gigantescos *lancelotti* le sonrieron, pues conocían a Yeza desde que era niña y la consideraban la auténtica heredera de la legendaria abadesa, la famosa condesa Laurence de Belgrave, mientras

despreciaban a la hija adoptiva de ésta, Clarion, a Hamo, su hijo, e incluso a Shirat, la esposa de éste. ¡Su verdadera heroína era Yeza Esclarmunda, la hija del Grial!

En el interior de la tienda, el Taxiarcos se había esmerado en recibir a Yeza con una mesa lujosamente dispuesta. Descubrió en un arcón la vajilla de plata del gran maestro y pensó que, habiéndole escamoteado a Tomás Bérard su nave capitana, ya no importaba que usara sus cucharas y tenedores. En los candelabros de plata chisporroteaban numerosas velas encendidas.

El Taxiarcos condujo con mucha formalidad a Yeza hacia el asiento previsto para ella. Se trataba de un gigantesco cojín de seda, pero Yeza rechazó dejarse caer en él.

—¡Podemos sentarnos los dos en la banqueta! —Y se sentó a su lado—. ¡Por cierto, tengo un hambre terrible!

El Taxiarcos dio unas palmadas y los moriscos trajeron bandejas de plata llenas de toda clase de frutos de mar, cangrejos, almejas y ostras, entre las que habían repartido unas rodajas de limones.

Cuando Yeza llevaba consumida una docena de ostras y había vaciado tres copas del resinoso vino blanco, y justo empezaba a encontrarse algo mejor, los *lancelotti* abrieron la cortina de la entrada y dieron paso a Geraude, que venía sollozando.

—Mafalda —se quejó la muchacha—. ¡Mafalda se ha tirado al mar!

—¡Mira que es tonta! —se le escapó a Yeza—. ¡No tenía por qué suicidarse!

—¡Nos ha dejado para siempre! —seguía lloriqueando Geraude.

—¡Tal vez no se haya ahogado! —dijo el Taxiarcos, intentando consolarla.

—¿Ahogado? —Geraude dejó de llorar—. Se ha llevado sus joyas y su ropa, pero el agua de mar habrá arruinado todos sus vestidos. ¡Pobre Mafalda!

—¡Vete a dormir, Geraude! —ordenó Yeza, disgustada—. ¡No nos molestes más! —La doncella se retiró.

Los moriscos aportaron el plato principal, compuesto de langostas cortadas por la mitad, asadas a la brasa y condimentadas previamente con hinojo y ajo, además de acompañarlas de cebollas y pimientos. El Taxiarcos mandó que se retiraran los hombres y decidió servir él mismo a Yeza. Hacía rato que se sentía víctima de aquellos ojos verdes que no dejaban de vigilarle, aunque no revelaban qué esperaban de él ni cuánto atrevimiento le permitirían. En el instante en que estaba casi decidido a atraerla hacia su pecho, oyeron un tumulto delante de la entrada.

Esta vez eran los *lancelotti* los que echaban la cortina a un lado. El Taxiarcos ya había oído el grito de «¡Oberto ha huido!» y se había levantado de un salto, para acercarse a la entrada. Corrado di Salento, visiblemente avergonzado, le informó:

—¡Se habrá escapado con los templarios!

—Alguien le tiene que haber ayudado a huir —opinó Yeza desde su asiento—. ¿Habéis descubierto quién?

El viejo Corrado se sintió aún más avergonzado ante el reproche de la princesa.

Cuando los *lancelotti* habían bajado, espada en mano, a la bodega, el caballero Guy de la Roche se les presentó voluntariamente.

El Taxiarcos estaba furioso.

—¡Atadle con cadenas! ¡No quiero ver más a ese traidor!

Yeza decidió que ya no valía la pena esperar que sucediera algo bueno aquella noche. Se levantó, salió sin saludar de la tienda y se dirigió a su camarote.

## Encuentros y desencuentros

En la proa de la trirreme, unas letras blancas anunciaban *Condesa de Otranto*. Alguien había repasado cuidadosamente la escritura ya casi desvanecida. Roç observó con enfado que su nave, atracada en el puerto, estaba siendo cargada por los hombres con cajas y bultos de provisiones, llenándola también con bidones de agua potable y forraje para los caballos. A pesar de su antigüedad, la trirreme era de construcción tan sensata que permitía trasladar a los animales directamente bajo cubierta, a través de una trampilla situada en la popa, y sin que fuese necesario abrir las paredes laterales y volver a hermetizarlas de nuevo para que no se filtrara el agua del mar, como sucedía con la mayor parte de los barcos de guerra. Los moriscos habían limpiando la cubierta de la arena esparcida para proteger la nave contra el fuego y los disparos, y las catapultas estaban de nuevo montadas en el lugar que les correspondía. Roç observaba con interés cómo engrasaban las cadenas que eran capaces de hacer subir y bajar, en plena navegación, el temible espolón, el arma secreta de la trirreme. Los *lancelotti* que no habían marchado con la *Atalanta*, ocuparon sus puestos; llevaban consigo las hoces, que habían afilado cuidadosamente, y las montaron en los remos, donde brillaban bajo el sol matutino.

Roç no tenía precisamente buen humor. Le embargaba un único deseo: abandonar Otranto cuanto antes y dejarlo atrás. Esperaba que su capitán, el germano Dietrich, acudiera en el momento previsto para dirigir la nave. Pero antes llegó Potkaxl, seguida de Beni, ambos muertos de risa y sumamente contentos. A Roç le pareció recordar que Beni se había perdido en Linosa, que había caído por la borda y se había ahogado, y al verlo temió que se produjeran otras sorpresas desagradables que retrasaran la partida.

—¿De dónde has salido? —preguntó en tono áspero a su criado.

—¡De la torre!

—¿De qué torre?

Beni no parecía compungido y contestó:

—Del *donjon*, ¡donde está el espejo!

—¿Y qué hacías allí?

—He aprendido a interpretar y enviar seriales: toc-toc-pausa-toc-toc-toc...

—¿Cómo es eso? —exclamó Roç—. ¿Acaso has avisado a alguien del camino que tomará la *Atalanta*?

—El señor Simón de Cadet dijo a la señora condesa que, como caballero, debía cumplir con sus obligaciones ante la orden, ¡por muchos méritos que el Taxiarcos hubiese adquirido en la defensa de Otranto!

—¿Cómo ha conseguido el templario llegar a Otranto?

—Llegó a pie, y yo le enseñé el camino porque me dio lástima verlo abandonado de noche por el Taxiarcos en la costa, sólo porque éste parece estar enamorado de la dama Yeza...

—¿Qué dices? ¿Yeza a bordo de la *Atalanta*? ¿Y ha pasado de largo, sin avisarme?

—¿Cómo iba ella a saber que estabais aquí, en lugar de haber desembarcado en Épiros? También yo he tenido una agradable sorpresa...

En esto intervino Gosset, que se había acercado.

—Simón de Cadet y sus caballeros partirán con nosotros, una vez hayan jurado solemnemente buscar a Hamo l'Estrange. Shirat no quiere abrir la cadena del puerto antes de haber oído ese juramento ante Dios y ante el pueblo.

—Habrà que hacerle ese favor —intervino Raúl, que se había presentado acompañado de Mas y Pons, los tres listos para viajar. Roç le hizo caso a su nuevo amigo. Había comprendido que los tres mozos occitanos le seguirían a él, y no se quedarían en Otranto.

En aquel instante bajaba la condesa por la escalera, cogida del brazo de Dietrich y seguida de Simón y sus templarios. Mientras Gosset se apresuró a saludar a Shirat, Dietrich se separó de ella y se acercó a Roç.

—¡Vuestro capitán está dispuesto, Roç Trencavel!

—Os lo agradezco, Dietrich, contaba con vos.

De modo que todo estaba aclarado y Roç, seguido de sus hombres, se dirigió hacia donde estaba la condesa, saludó a Simón de Cadet y prestó sin tardanza el juramento prometido.

Oberto Pallavicini tiraba de Mafalda mientras caminaban a lo largo de la orilla. Se acercaba la madrugada y él le había permitido sacar de su cesta unas cuantas prendas que la muchacha apreciaba muy especialmente, y que ahora ella llevaba en forma de un bulto mojado sobre la cabeza. Consiguieron encontrar la senda que conducía hacia el norte, de modo que el vicario avanzaba con pasos enérgicos, mientras Mafalda sufría.

—¡No puedo más! —jadeó con la respiración entrecortada, y aceptó con paciencia que la mano de Oberto volviese a taparle la boca, mientras señalaba con un movimiento de cabeza hacia la playa.

Entre las rocas negras vieron una figura humana que salía gateando del mar y se quedó acostada en medio de la espuma blanca que formaban las olas al diluirse sobre la arena, intentando mantener la cara fuera del agua. Oberto se acercó de un salto al naufrago y, aplicando la punta de su bota, lo volvió de espaldas, de modo que pudiese verle la cara.

—¡Rinat le Pulcin! —se le escapó al vicario, y su voz no sonaba furiosa, sino casi desilusionada por haber ayudado a semejante criatura—. ¿Qué hacéis aquí, a esta hora?

El interpelado tendió al vicario el brazo sano y consiguió que éste tirara de él, dejándole primero arrodillado y poniéndolo finalmente de pie.

—Estaba tomando un baño en el mar, y me sorprendió la oscuridad.

—¿Al servicio de quién? —preguntó Oberto con sarcasmo, pero la dama los interrumpió.

—¿No estaría este hombre en el barco que hemos mandado al infierno? ¡No creo que nos convenga presentarlo a la condesa de Otranto!

—¿Otranto? ¿Estáis locos? ¿Qué buscáis allí?

La violenta reacción de Rinat hizo sospechar al vicario, que se dirigió a su compañera para comunicarle su sospecha:

—¡Conoce Otranto! ¡Para él es tierra quemada!

—¡Tampoco a vos os espera nada bueno en Otranto, Oberto Pallavicini! —Rinat decidió pasar al contraataque—. ¿Qué pensáis, señor vicario, por qué quiero evitar el castillo de Otranto?

—¿No queríais conquistar ese castillo para Carlos de Anjou?

Mafalda tenía frío y se sentía incómoda allí, en medio de la playa.

—Haced el favor de explicaros. Y será mejor que digáis la verdad.

Rinat aceptó agradecido el ofrecimiento.

—El señor Manfredo hizo mal en alejar al conde de Otranto de su castillo sin procurar que otro defensor mantuviese esa fortaleza, tan importante desde un punto de vista estratégico.

—¡No conocéis a la condesa Shirat!

—¡Sí la conozco! —gruñó Rinat—. Pero el hecho es que Miguel Paleólogo, el emperador de Nicea, ha querido escamotearle la fortaleza al rey de Sicilia. De modo que un día se presentaron en Otranto algunos mercaderes griegos que le llevaron a la condesa saludos de su esposo y fueron atendidos por ésta con toda cortesía. Se sentían tan contentos que no tenían ganas de marcharse. Al fin y al cabo, Otranto es una ciudad más bizantina que cualquier otra de los alrededores, y pronto llegaron más y más griegos, hasta que por casualidad arribó una galera de genoveses, que siempre hacen buenas migas con los griegos, y entre todos parecían haberse hecho amos del castillo. Esa situación era insostenible para la condesa, y era la que me encontré

cuando acudí para pintarla...

—¡Ja, ja, ja! —Oberto se echó a reír, pero Rinat sacó de su mojado chaleco de cuero una miniatura, y se la enseñó al vicario.

—Shirat Bunduktari —le informó con sencillez no exenta de orgullo— había enviado ya, al sentirse asediada, aviso a su hermano, el más poderoso emir mameluco de Egipto. ¡Y éste le mandó enseguida a su hijo Mahmoud, que a pesar de su juventud es un pirotécnico de gran talento! La condesa pidió también ayuda a Lucera, la ciudad de los sarracenos fundada por el emperador Federico. Cuando los genoveses se enteraron, se alejaron de noche y dejaron a los griegos a merced de los moriscos, que se hicieron con el poder en el castillo. Éstos sacrificaron y torturaron a todos los hombres que no se sabían de memoria las surahs<sup>[641]</sup> más importantes del Corán. Yo pude huir a tiempo, después de haber avisado antes, en secreto y con ayuda del espejo, a la flota del de Anjou. El resto ya lo conocéis. Si no hubiese sido por ese maldito agente de Nicea, el Taxiarcos...

—¡... Otranto sería ahora la primera cabeza de puente de Carlos de Anjou en el anhelado reino de Sicilia! Y vos esperabais obtener el título de conde y el castillo.

—¡Mejor que saber Otranto en manos de los infieles! —Rinat no parecía arrepentido.

—Me interesa ese espejo de Otranto —gruñó Oberto mientras sujetaba a Mafalda, que parecía dispuesta a emprenderla a golpes con Rinat.

—¡Os lo ruego, poderoso Pallavicini, no vayáis a Otranto! —El pintor se dirigió al vicario—. Conozco una torre mucho mejor, no lejos de aquí y que está abandonada: el faro del cabo Leuca, en la punta meridional de esta península de Salento.

—Muy bien —dijo el vicario con entonación seca—. ¡Nos enseñaréis el camino, pero os aconsejo que no hagáis ni un paso en falso!

De modo que dieron media vuelta y se dirigieron hacia donde Rinat esperaba encontrar el faro. En primer lugar marchaba el pintor, seguido de Oberto y de Mafalda que, temerosa, se acercó al poderoso Pallavicini y le cogió la mano. Oberto lo admitió, sin dejar de mirar al frente, como le gustaba hacer, cuando vio muy lejos una diminuta luz que se encendió dos veces...

La trirreme mantenía rumbo al sur, levantando una marejada de espuma. Una suave brisa que llegaba desde el Adriático hinchaba sus velas, de modo que los remeros podían descansar. Roç se encontraba en la popa e intentaba pensar. Imposible alcanzar al Taxiarcos: la *Atalanta* era demasiado rápida. ¡Ese pirata llevaba secuestrada a Yeza delante de sus narices! Sin embargo, estaba seguro de que su dama sabría defenderse.

—¿Qué os ha empujado a venir conmigo? —se dirigió a Simón de Cadet—. ¿No esperaréis que os reconquiste la *Atalanta*?

—Mi cuerpo pertenece a la orden. Quiero llegar a Acre y presentarme ante mis superiores.

—¿Y qué os hace pensar que modificaré el rumbo para complaceros?

—¡No creo que renunciéis a seguir a vuestra reina!

Roç calló: le molestaba la seguridad del templario. Para cambiar de tema, preguntó:

—¿Qué fue en realidad de Oberto? ¿No bajó a tierra con vos?

—El Taxiarcos le había prometido llevarlo a la costa, pero supongo que quiso alejarlo más todavía. Lo dejará en alguna de las islas próximas.

En ese instante intervino Beni.

—Os equivocáis, pues el señor vicario saltó a tierra envuelto en una túnica de templario. Yo le vi dirigirse a la orilla.

Simón se encogió de hombros.

—Oberto Pallavicini es capaz de eso y de mucho más.

En esto se acercó Raúl de Belgrave.

—¿Si os parece bien, podríamos dejar salir a nuestro invitado involuntario para que respire un poco de aire fresco?

Roç asintió, sin pensarlo mucho, y el de Belgrave hizo una señal a sus compañeros, que abrieron la enorme caja dotada de sólidos herrajes sobre la que habían estado sentados. En cuanto levantaron la tapa, saltó de su interior el Diablo del Fuego que, sin pensarlo mucho, le asestó una bofetada primero a Mas, después otra a Pons, para dirigirse acto seguido hacia la escalera y plantarse indignado ante Roç.

—¡No tenéis derecho a privarme de mi libertad, Trencavel! —dijo al joven, y cuando vio los rostros sorprendidos de los demás, añadió con rabia—: Exijo ser devuelto ahora mismo a Otranto.

Raúl se echó a reír y Roç, en lugar de tranquilizar a Mahmoud, se dirigió a los demás con la siguiente advertencia:

—Tenemos por delante un largo y pesado viaje. El Diablo del Fuego reforzará considerablemente el poder de combate de nuestro pequeño grupo.

—¡No estoy a vuestro servicio! Tampoco quiero malgastar mis conocimientos para fines bélicos, pues pretendo dedicarme a la ciencia pacífica.

Mahmoud lo había dicho con mucha decisión, pero al ver que sus ideas no parecían interesar a nadie, y que ninguno de los presentes mostraba indignación por la injusticia cometida con él, prefirió callar.

Gosset llevó a Roç a un lado.

—Podríais haberlo comentado conmigo y os lo habría desaconsejado —dijo el sacerdote en voz baja, pero Roç lo malinterpretó.



—Exactamente por esa razón no os he consultado, Gosset —exclamó en voz alta—. Os creéis mi tutor, os imagináis que sois el verdadero jefe, que puede aprobar o rechazar mis decisiones.

—Soy vuestro consejero —le insistió el sacerdote en voz baja, procurando que la pelea no llegara a oídos de toda la tripulación, pero precisamente eso era lo que buscaba Roç.

—¡Oíd todos! —exclamó, y empujó al sacerdote a un lado—. Os voy a dar otra sorpresa. —Todos callaron, sólo el viento cantaba en el velamen de la trirreme—. No vamos a Épiros, ni a ningún otro lugar de Grecia. En lugar de eso, pondremos rumbo a Tierra Santa. ¡Reconquistaremos la ciudad sagrada de Jerusalén! Pero no para la cristiandad, sino como reino nuestro, como tierra prometida a nosotros, la pareja real, los hijos del Grial.

Los *lancelotti* golpearon unas con otras las hoces de sus remos y lanzaron vivas al Trencavel.

Sólo Gosset permanecía serio y envarado.

—Lo habéis jurado —dijo en tono bronco—. Y yo soy el garante de vuestra promesa. —Su voz sonaba cada vez más fría, conforme aumentaba la gravedad de su acusación—. No sólo vais a engañar a la condesa de Otranto, a la que debéis este barco, sino que también traicionaréis al rey Manfredo, que confía en vos. No es un buen presagio para la campaña.

Pero nadie aplaudió a Gosset, ni siquiera los *lancelotti*. En cambio aumentaba la protesta contra el sacerdote, que prosiguió:

—Es asunto vuestro soportar durante el resto de vuestras vidas haber cometido perjurio. Aquí se separan nuestros caminos.

Roç había frenado con gesto enérgico cualquier intento de los demás de hacer callar a Gosset.

—Había esperado de vos que me dispensarais de una obligación que me ha sido arrancada a la fuerza. ¡Dios es mi testigo! —exclamó con énfasis y la tripulación estalló en júbilo—. Pero se hará según vuestra voluntad. En la próxima isla que avistemos os dejaré en tierra, y podrán desembarcar cuantos sientan los mismos escrúpulos que vos.

—¡Que sea en Corfú! —le respondió Gosset con frialdad y puso una mano en el hombro del Trencavel—. Me había imaginado muy diferente este viaje. Incluso estaría dispuesto a seguiros a la desgracia, pero no con esta *constellatio malae fortunae*<sup>[643]</sup> que habéis provocado vos mismo y que no puede acabar bien.

—Y vos os habéis vuelto olvidadizo, porque sois viejo y ya no recordáis nuestra meta principal: la búsqueda del santo Grial.

—¡Al final del camino que vais a emprender sólo encontraréis el cáliz negro!

—No me importa —respondió Roç, aunque con la boca seca.

Gosset se apartó de él y desde ese momento evitaron encontrarse.

## Las marcas del combate

El sol primaveral ardía sobre el mar Jónico. La *Atalanta* avanzaba poco a poco, pues el viento arrojaba su aliento caluroso contra la nave. El aire procedente de Libia dejaba sin respiración a los tripulantes y les arrancaba perlas de sudor. Yeza se acercó al timón que el Taxiarcos mantenía rumbo al sureste, para pasar de largo ante Creta y, si el tiempo lo permitía, dirigirse a Alejandría. Habían dejado atrás la isla de Corfú, en cuya costa escarpada se habían aprovisionado de agua potable por última vez. Allí mismo se habían desembarazado del séquito del vicario imperial. Los hombres bajaron a tierra blasfemando, pues se sentían abandonados por Oberto Pallavicini. Guy de la Roche tuvo que correr detrás de ellos como un viejo perro abandonado, y no faltó mucho para que le arrojaran piedras.

De modo que los mismos que se habían comprometido a liberar a Yeza desaparecieron entre las colinas de Corfú, escapando del calor que pesaba sobre la cubierta de la *Atalanta*. El Taxiarcos tenía la camisa pegada al pecho y a la espalda, y sólo le arrojó una breve mirada a Yeza, para seguir después con la vista fija en el mar resplandeciente, sin dirigirle ni una palabra.

Cuando vieron la isla de Corfú, Roç puso en práctica lo que había anunciado. Ordenó a Dietrich que se dirigiera a la primera bahía practicable y consintió en silencio que Gosset abandonara la nave. Desde que éste le había rechazado, ya no habían intercambiado ni una palabra. Los moriscos sintieron lástima del expulsado y le regalaron uno de los asnos utilizados para transportar provisiones. Incluso le ayudaron a subir el arcón con su tesoro a lomos del animal, y pronto las colinas se habían tragado al sacerdote.

Los demás buscaron una torre de la que sabían que protegía una fuente de agua potable, y Roç no se opuso a que completaran sus existencias antes de iniciar tan largo viaje. El mismo también bajó a tierra, seguido de Simón y de los tres mozos de Occitania. En la ladera que tenían enfrente vieron un pequeño poblado, pero la línea de casitas exteriores no mostraba en dirección al valle más que unas aberturas semejantes a troneras en unos muros que ascendían hasta formar en el punto más alto una ciudadela. De lejos, el pueblo parecía muerto, aunque de una manera extraña, pues no se veían ruinas. Al parecer, el pozo existente en la torre era la única fuente de agua potable disponible incluso para los habitantes de aquel asentamiento. Una senda perfectamente transitable atravesaba el valle y terminaba en el otro lado, junto a una entrada practicada en los muros grises de las casas, justo debajo de la ciudadela.

Desde donde ellos se encontraban, no se veía ninguna otra puerta de entrada.

Roç entró en la torre y arrojó una breve mirada al pozo en cuyo fondo relucía, en efecto, un espejo de agua clara. En cambio no se veía la manera de ascender a lo alto de la torre, por lo que Roç pidió a Raúl y Simón que le ayudaran a introducirse en la cuba de madera que servía para sacar agua. Con mucho cuidado bajaron la cuba con Roç en su interior, haciendo descender la cadena, y cuando Roç casi había llegado a la superficie líquida, se dio cuenta de que la pared del pozo presentaba un hueco que no era visible desde arriba. Estaba retranqueado y Roç vio que a un lado empezaba una escalera de piedra, y enfrente de ésta una pesada puerta de reja. Una de aquellas vías conduciría probablemente hacia lo alto de la torre, en forma de escalera de caracol. Pero ¿hacia dónde conducía la otra?

Roç sacudió la verja, que estaba cerrada y parecía acabar dentro del agua, y el joven comprendió que el poblado situado en la ladera disponía de una buena infraestructura, incluso de una vía de huida. Pidió a sus compañeros que le subieran a la superficie.

Arriba les propuso que dividieran sus fuerzas.

—Tú, Raúl, inspeccionarás con Mas y Pons lo alto de la torre...

—¡Probablemente haya arriba un espejo para enviar señales! —opinó Simón—. Por eso está oculta la escalera.

Roç estuvo de acuerdo.

—Siento curiosidad por visitar ese poblado. ¿Querréis acompañarme, Simón?

Cuando salieron al exterior de la torre, vieron que también el capitán germano y los caballeros teutónicos subían a la colina, formando una larga fila y con sus armaduras al completo.

—Buscan su primer combate —quiso justificar Roç a aquellos señores que habían partido con él para luchar en Grecia por la causa del rey Manfredo. Ahora estaban en tierra griega. Mientras Roç se alejaba rápidamente con Simón de aquellas rocas recordó, sin embargo, que Corfú formaba parte de la dote que Helena de Épiros, la joven novia, aportaría al dueño de Sicilia, y que era la primera piedra de un gran imperio que abarcaría todo el Mediterráneo. De repente vio que los germanos, apenas hubieron alcanzado los muros exteriores del poblado, retrocedían y se detenían, como si se enfrentaran a una lluvia de flechas. Roç y Simón recorrieron la senda, dispuestos a ayudarles.

Al doblar una esquina vieron unas picas plantadas en torno a una brecha abierta detrás en la muralla. En la punta de cada pica había clavada una cabeza. La sangre que salía del cuello y de las cavidades oculares apenas se había coagulado, y un enjambre de pájaros negros levantó el vuelo protestando con sus graznidos. Roç se asustó, pues creyó haber reconocido los rasgos de Hamo entre aquellos rostros torturados, pero Simón le liberó de semejante pesadilla.

—¡Es mi hermano en la orden, Guy de la Roche! —murmuró con voz desfallecida—. ¡De modo que no se ahogó en el mar!

Roç verificó con su mirada que no conocía a ninguno de aquellos muertos, pero Simón seguía haciendo descubrimientos.

—Aquí está reunida toda la escolta de Oberto Pallavicini...

—Aunque falta el propio señor vicario —comprobó Dietrich—. Beni tenía toda la razón. El Taxiarcos los ha desembarcado aquí y ésa fue su perdición.

Dietrich le señaló algunos cráneos que ya no eran más que hueso seco.

—Trencavel, ¿dais vuestro permiso para entrar en el poblado?

Roç, hundido en sus reflexiones, dio su aprobación, pues también deseaba saber qué sucedía en aquel lugar. De modo que todos se apretaron las correas, alzaron los escudos y se adentraron en las calles vacías. Llevaban las espadas desenvainadas, pero no vieron a ningún ser vivo en aquellas estrechas callejuelas. Los caballeros permanecieron muy unidos mientras ascendían a la ciudadela.

—Debe de haberse producido un combate —reflexionó Roç en voz alta—. Los conquistadores abrieron la brecha y procedieron a una matanza.

—Lo mismo podría afirmarse de los defensores, si hubieran querido asustar a otros atacantes —opinó Simón—. ¿Tal vez esos hombres murieran en combate y les cortaron las cabezas después?

—Desde mi punto de vista, se trata de un saludo griego dirigido a todos los que vienen de Roma con la pretensión de conquistar Constantinopla —dijo Dietrich—. No me extrañaría que bastantes de los cuatrocientos caballeros enviados por Manfredo acabaran así.

¡Pobre Hamo!, pensó Roç. Pero tal vez el conde de Otranto, que nunca quiso ir a ninguna guerra, estuviera vivo, tal vez preso en alguna mazmorra, o hubiese ido a parar a otra parte.

El portal que daba entrada a la ciudadela estaba ampliamente abierto y dejaba la vista libre sobre un patio interior cuadrado, cuidadosamente adoquinado y limitado por un muro de piedra. Exactamente enfrente del portal estaba la torre, un bloque monumental hacia cuya puerta alta conducía una escalera exterior.

—Aunque no veamos a nadie —dijo Roç en voz baja a sus compañeros—, tengo la sensación de que nos están observando.

—Yo entraré —se ofreció Dietrich.

El gigante rubio subió los escalones, empujó la puerta, se detuvo un instante y entró después. Tan pronto como crujió la madera oyó un grito asustado y reprimido, procedente de numerosas gargantas. Aunque el espacio detrás de la puerta estaba vacío, vio una barandilla de piedra y detrás, aunque más abajo, a un montón de ancianos, mujeres y niños, que le miraban asustados. El germano les hizo un gesto tranquilizador y les indicó que salieran. En un rincón del patio, alguien empujó una

gran piedra y los asustados habitantes abandonaron por allí el refugio.

Roç llamó al más anciano, que se llamaba Zaprota<sup>[644]</sup>, y se enteró de que aquel lugar se denominaba Pantocratos<sup>[645]</sup>. Ordenó a la gente que volvieran a sus casas y a los germanos que subieran a las colinas cercanas para observar el entorno. Quería ser precavido y por otra parte el anciano, cuando vio que los extranjeros no mostraban prisas por abandonar la ciudadela, también le hizo saber que aquél no era un lugar seguro.

—Lo suponíamos, por los espantapájaros que habéis puesto a la entrada... — exclamó Dietrich.

—¡No fuimos nosotros! —se indignó Zaprota. Era un hombre bastante viejo, a deducir por sus arrugas y el cabello blanquísimo, pero se mantenía muy erguido.

—¿Quién ha sido entonces? —insistió Roç al ver que el anciano caía de nuevo en el silencio.

—¡Hugo, el *despotikos*!<sup>[646]</sup> —Zaprota intentaba dirigirse a Simón, probablemente porque la túnica de los templarios le inspiraba confianza. Pero Simón no entendía la lengua griega—. ¡Hugo d'Arcady! —explicó—. El dueño del castillo de Maugriffe, situado en el otro extremo de la bahía, a pocas horas de aquí. ¡Odia a todos los extranjeros!

—Lo imagino —dijo Dietrich—. Pero ¿por qué le teméis vosotros?

—Hugo castiga cada vez a la localidad de Pantocratos cuando ésta alberga a algún extranjero que llega por mar. No solamente obliga a nuestros jóvenes a entrar a su servicio, sino que también decapita a algún que otro anciano, si encuentra aquí a alguien a quien considera «basura de Sicilia». ¡Ese hombre se las da de gran patriota, aunque por su nombre no creo que sea siquiera griego! Hugo es un bastardo del duque de Acaya, de la familia de los Villehardouin, y afirma que Corfú le ha sido prometida...

—Ahora entiendo —dijo Roç—. De todos modos, debe de tratarse de un pariente lejano. Las familias griegas tienen ramificaciones complicadas, y, en cualquier caso, el señor Miguel de Épiros ha prometido la isla de Corfú a su yerno Manfredo. Aunque tampoco le pertenece a Miguel.

—¡Nos pertenece a nosotros! —se indignó Zaprota, a la vez que orgulloso.

—Ya está bien —intervino Dietrich—. Pero no entiendo por qué admitís a los extranjeros, si sabéis lo que os espera.

—Los que vienen de Sicilia no preguntan, entran en Pantocratos y se instalan a la fuerza.

—Y si esos extranjeros son tan numerosos y se sienten tan fuertes, ¿por qué no se defienden contra un matón como Hugo?

El anciano no quiso responder.

—¿Queréis que os ayudemos a liberaros del *despotikos*? —propuso Roç. Pero

Zaprota no parecía muy sentirse muy feliz ante semejante ofrecimiento.

—¡Haríais mejor en regresar a vuestra nave y alejaros enseguida de aquí!

Pero Dietrich sentenció:

—Si no tenéis interés en añadir vuestras cabezas a las que hay allí afuera, nos tendréis que ayudar a derrotar a Hugo d'Arcady.

Zaprota reflexionó.

—Como queráis, señor —gruñó—. ¡Pero estáis advertidos!

Roç ordenó a los germanos que se reunieran y dejaran en las murallas de la ciudadela únicamente a los arqueros, que debían vigilar también al anciano.

—No lo perdáis de vista —ordenó.

Lo había dicho en griego, de modo que los germanos no le entendieron, aunque sí el anciano. Después Roç se retiró con Dietrich, Simón y la mayoría de los caballeros. Salieron por la brecha y se dirigieron hacia la torre que guardaba el pozo.

—Si queréis entrar en combate, Trencavel —dijo Simón—, no contéis con nosotros, los templarios. No tenemos motivo para pelearnos con un bastardo, ni a su favor ni en contra. ¡Sus hombres son cristianos, aunque sean griegos!

Roç se tragó el disgusto.

—Os quería pedir una ayuda que no implica mancharse las manos de sangre.

—¡Sólo vuestras almas puras sufrirán un poco! —se burló Dietrich.

Roç se limitó a sonreír.

## Victorias y derrotas

El calor del mediodía en el cabo de Leuca sobrepasa cualquier medida imaginable en Occidente. La torre parecía un altar de sacrificio. Aunque no podría compararse con el famoso faro de Alejandría, era capaz de avisar de noche a los barcos que navegaban por el mar Jónico de que aquella es la única entrada al Adriático. Dos ancianos estaban encargados de cuidar del espejo de la torre, que servía para recibir y enviar señales y formaba parte de las defensas militares de la costa, sobre todo contra posibles incursiones de piratas sarracenos o también griegos. Los dos hombres estaban sentados en las rocas, dedicados a pescar, por lo que se sintieron molestados cuando vieron que se acercaban tres figuras harapientas, exigiendo con lo que parecían sus últimas fuerzas que les dieran de beber y les abrieran el acceso al espejo. El que parecía personaje principal, un templario andrajoso con una venda negra que le tapaba un ojo, quiso hacerles creer que era el vicario imperial Oberto Pallavicini. Aunque los ancianos nunca habían oído hablar de aquel alto funcionario del imperio, no quisieron creer que un señor así hubiese naufragado justamente allí y acudiese acompañado de una mujerzuela apenas vestida y de un inválido manco.

Los nervios de Oberto estaban al rojo vivo. Cuando alcanzaron la torre le puso a

uno de los ancianos la espada en el hombro, obligándole a arrodillarse, y ordenó al otro:

—¡Tráeme agua, enseguida, o tu amigo jamás volverá a tener sed!

El interpelado salió corriendo en busca de agua.

—Y vos, señora mía, tendréis que seguirme hasta arriba —dijo Oberto a Mafalda, sin perder de vista al vigilante de la torre.

Entretanto, el pintor se había refugiado al pie de la muralla, aunque tampoco allí encontró sombra.

El segundo vigilante regresó con una jarra y un vaso, y Oberto bebió largamente antes de guardar la espada y tenderle el vaso a Mafalda.

—Rinat, vuestras manos probablemente sepan más de señales que las mías —gruñó Oberto—, ¡de modo que tendréis que seguirme también! Pero pobre de vos si llamáis a un barco veneciano. ¡Prefiero recibir ayuda de Tarento o de Lecce, pues los gobernadores de esas dos localidades son amigos míos y están cerca de aquí!

Oberto ordenó al pintor que subiera primero, y lo siguió espada en mano.

Mafalda se acomodó en la escalera de piedra, previendo una larga espera. Los ancianos se habían escabullido.

Yeza se acostó en la cama. Por las ventanas de su camarote veía el mar resplandeciente que ardía bajo el calor, hasta la última línea del lejano horizonte. Se sentía muy sola, tenía ganas de estar con Roç. Eso le pareció extraño, pues sabía muy bien que no negaría su cuerpo al hombre que allá arriba, junto al timón, conducía con sus fuertes manos la nave. No sintió vergüenza por este hecho, aunque sí le pesaba la mala conciencia. Sabía que, con cada día que pasaba, con cada milla marina que cubrían, aquel hombre navegaba en la dirección equivocada, y crecía el peligro mortal para él. Un aventurero como el Taxiarcos tal vez fuese capaz de sacudirse de encima esa obsesión, pero Yeza no podía. El rey de los mendigos tenía que huir con la *Atalanta* robada, pasar como pudiera el estrecho del Yebel al-Tarik y desaparecer en el lejano océano, tanto si volvía a encontrar las «islas lejanas» como si no las alcanzaba nunca más. Haberla sacado de Bolonia había sido una apuesta atrevida, pero no había sido ella quien se lo había pedido. Yeza se lo agradeció, voluntariosa y sin pensar que aquella entrega también pudiera llegar a significar algo para ella. Mas a partir de entonces; cada hora que pasaban juntos, y en la que él arriesgaba su vida por proporcionarle placer, era puro egoísmo. Yeza sabía que si exponía sus temores al Taxiarcos, éste no haría más que soltar una risotada salvaje, en lugar de dirigirse a la próxima isla y desembarcarla allí.

La joven reflexionó un poco y después llamó a Jordi, que dormía delante de su puerta. El enano acudió enseguida.

—Por favor, mi buen amigo —le dijo Yeza—, llama a Geraude. Y a vos os ruego

que toquéis alguna canción, ¡pues me siento triste!

El trovador apenas había iniciado los primeros acordes, cuando llegó Geraude y entró en el camarote de su ama.

*E pos a Dieu platz q'eu torn m'en  
en Lemozi ab cor jauzen,  
don parti ab pesanza,  
lo tornar e l'onoranza  
li grazisc, pos el m 'o cossen.* [647]

Kefir Alhakim se acurrucó junto a Jordi.

—El capitán asegura que pronto llegaremos a la isla del Minotauro y podremos rellenar nuestros bidones de agua.

Jordi asintió, sin interrumpir el cante.

*Ar hai dreg de chantar,  
pos vei joi e deportz,  
solatz e domnejar,  
qar zo vostr'acortz.* [648]

Geraude cerró a sus espaldas la puerta que conducía al camarote de Yeza.

—Quiere hablar con el Taxiarcos —susurró con voz desfallecida, como si estuviese a punto de llorar.

Pero no tuvo que ir a avisar al capitán, pues el Taxiarcos se presentó por sí mismo, sudoroso, pero de buen humor. Sacudió la cabeza cuando vio que los allí reunidos parecían tristes, tocó brevemente con los nudillos en la puerta y entró.

*E las fontz e l'riu ciar  
fan m'al cor alegranza,  
prat e vergier, qar tot m'es gen.* [649]

—Señor almirante —comunicó Yeza su decisión al sorprendido Taxiarcos—, tenemos enfrente la isla de Creta. Pienso desembarcar allí.

El interpelado no lo quería creer.

—No tengo la intención de abandonaros en una de las islas griegas, princesa.

—No es eso lo que os hago saber —respondió Yeza con firmeza—. Soy yo la que prescindo de vuestros servicios. Me haréis el favor de dar media vuelta con la *Atalanta*, ¡y después os alejaréis a todo trapo, si queréis dar una alegría a mi corazón!



—¿Se puede saber cómo pensáis llegar a Alejandría, y después a Palestina<sup>[652]</sup>?

—Yo me ocuparé de ello, ¡del mismo modo que vos debéis preocuparos de alcanzar el océano!

El almirante sonrió y se inclinó cariñoso sobre aquel cuerpo que tanto atractivo tenía para él.

—¡Os propongo que me acompañéis a las «islas lejanas»!

Yeza intentó en vano rechazarle con palabras, mientras sus brazos ya se tendían hacia él.

—Jamás os he ocultado, Taxiarcos, que mi meta es Jerusalén —pudo pronunciar con un gemido, pero no sentía ganas de seguir peleando con él, que pasó los brazos por debajo de su cuerpo y la atrajo hacia sí.

—¡En este momento me niego a obedeceros! —resopló el hombre, sonriente, y Yeza cerró los ojos.

El hombre la tomó como si nunca más quisiera separarse de ella.

*Q'era non dopti mar ni ven  
arbi, maistre ni ponen,  
ni ma naus no'm balanza,  
ni no'm fai mais doptansa  
galea ni eorsier corren.*<sup>[653]</sup>

El Trencavel se preparaba para el próximo combate, un combate que deseaba. Después de tantas intrigas y conjuras, hipocresías y ocasiones desperdiciadas, escenas todas ellas humillantes, estaba deseando poder demostrar sus capacidades y su valor. Se acordó a tiempo de que no debía descuidar por ello de demostrar también la habilidad de un guerrero previsor. Incluso se dio cuenta de que echaba en falta a Gosset.

Habían llegado a la torre del pozo, desde donde tenían una buena vista sobre el terreno. Raúl y sus dos compañeros no habían podido sacar muchas conclusiones de sus descubrimientos, excepto que la escalera caracol no sólo conducía hacia arriba, donde en efecto había instalado un espejo, sino también hacia abajo, atravesando la roca y llegando hasta el mar, donde desembocaba en una gruta medio sumergida en el agua. El espejo parecía haber sido utilizado hacía poco, pues estaba brillante y, además, habían encontrado arriba restos de comida que no tendrían más allá de unas horas.

Esta información excitó a Roç, que ordenó a Simón y sus templarios que fueran a la ciudadela, quedándose en la parte de arriba, en las murallas y en la torre. Los

templarios marcharon a cumplir con esta tarea, y Roç dispuso que se llevaran a Mahmoud, deseoso de demostrar sus artes en el próximo combate. Para este fin llevaba un cesto lleno de ánforas panzudas, huesos vacíos y conchas gigantes que había recogido en la playa. Como Beni insistió en realizar también alguna tarea, le mandó a lo alto de la torre del pozo, en compañía de Potkaxl. Ordenó a los *lancelotti* y a todo el personal de a pie que se sometieran a las órdenes de Dietrich, y éste marchó a ocultarse detrás de las murallas del poblado hasta que el ataque del enemigo fracasara y acabara en huida.

Entretanto habían llegado los caballos, y Roç se puso a la cabeza de sus guerreros. Se ocultó con Raúl, Mas y Pons entre las rocas, a la espera de que acudiera el enemigo. Aunque desde la torre se veía hasta muy lejos, Roç quería impedir que algo llamara la atención, por lo que hizo ocultarse a sus hombres con los caballos detrás de la torre, y ordenó a Beni y Potkaxl que no hicieran señas si observaban algo sospechoso, sino que tiraran pequeñas piedras hacia donde estaba Roç. Acordaron con la ciudadela que no izaran la bandera hasta que vieran acercarse al enemigo, mostrando sólo entonces la insignia del reino de Sicilia. Roç se acostó de vientre, de modo que la ciudadela quedara a su vista. Todo parecía tranquilo.

Mientras descansaba entre las rocas, viendo allá abajo el mar y repasando en la mente si había descuidado algún detalle, oyó que algunas piedrecitas caían sobre los cascos de los tres occitanos. ¿Estarían dormidos los ocupantes de la ciudadela? No se veía ninguna bandera avisando la cercanía del enemigo. Después Roç oyó que abajo en la playa sonaban ruidos de armaduras y armas, y vio a sus pies un pequeño grupo de doce o quince hombres que estaban descabalgando. En ese instante Roç comprendió por qué los ocupantes de la ciudadela sucumbían a los ataques por sorpresa. Los guerreros entraban por la torre y salían enfrente, en medio de los sorprendidos defensores, como irrumpe un zorro en medio del gallinero.

Roç se retiró gateando hacia atrás, y comprendió que no podía atacar con sus caballeros al enemigo, al que debía permitir que se acercara hasta la torre. Avisó a todos que se prepararan para un combate cuerpo a cuerpo. Roç les advirtió que no admitieran ser arrastrados hacia las rocas, pues se había dado cuenta que los enemigos, para tener mayor agilidad, dejaban sus escudos y sus arneses junto a los caballos, y subían protegidos por pecheras de cuero y armados sólo con espadas y breves puñales.

De repente, Roç advirtió que la roca detrás de la que se escondía estaba suelta, y se asustó al pensar que un movimiento descuidado podía haberlos traicionado. Retuvo el aliento mientras veía que la piedra se iba soltando más y más, y que el enemigo, hombre tras hombre, iba subiendo la senda que conducía hacia la torre. Cuando vio que el primero había llegado arriba y se detuvo, él mismo gritó «¡Traición!» y se inició el ruido de las armas.

Roç dio un empujón a la roca y se tiró hacia atrás, para que ésta no le arrastrara. Cuando vio que había conseguido cerrarles el regreso a los enemigos, se levantó de un salto, le gritó a Raúl «¡Bajad a la playa! ¡Atrapad a los caballos!», y se arrojó, espada en mano, al combate.

Los enemigos, sorprendidos por la repentina caída de la roca, cometieron el error de reunirse arriba en la plataforma delante de la torre, donde no tenían protección alguna frente a las pesadas espadas germanas. Roç buscó al cabecilla, que por entonces había conseguido rechazar todos los golpes y abatir a dos de los germanos, tras destrozarles los escudos. Roç suponía que aquel hombre era el propio señor Hugo d'Arcady, pero cuando éste comprendió, tras los primeros golpes de espada de Roç, que no podría ganarle, saltó hacia atrás, entre las rocas, se dejó caer por la pendiente y siguió rodando, hasta quedar fuera del alcance de Roç. Aún consiguió llegar hasta uno de los caballos y alejarse, justo antes de que los tres mozos occitanos alcanzaran a los animales y se los llevaran a la trirreme.

Roç se sintió satisfecho. Mientras tanto, los germanos habían vencido a los demás enemigos. Roç miró hacia la ciudadela, donde acababan de izar la bandera.

—¡A los caballos! —ordenó a los germanos, que ya creían terminado el combate y montaron de mala gana.

Los hizo esperar cuando vio al otro lado del valle un grupo de jinetes que se reunían bajo las murallas de la ciudadela, y a un parlamentario que salía de entre sus filas y se acercaba a la brecha donde se agolpaban los habitantes de Pantocratos, temblando de miedo.

—Hugo d'Arcady, vuestro señor, que dispone de vuestra vida y vuestra muerte —exclamó el mensajero, que no había considerado necesario llevar una bandera blanca—, ¡exige la entrega inmediata de los forasteros!

La multitud, reunida detrás de las cabezas ensartadas, permanecía en silencio.

—¿Dónde está Zaprota? —exclamó el mensajero y las miradas de todos se dirigieron hacia la ciudadela, donde dos templarios sujetaban al anciano encima del muro.

—¡Ja! —gritó el parlamentario con desprecio—. ¡Esta vez os habéis disfrazado de templarios! Os tendréis que rendir al *despotikos*, ¡o bien os vendremos a buscar!

Simón se acercó a lo alto del muro.

—¡Ningún templario acepta órdenes de nadie en este mundo, y mucho menos de un perro rabioso como es vuestro bastardo Hugo!

El parlamentario se quedó sin habla, e hizo una señal a los jinetes que tenía detrás. La muchedumbre, que se había agolpado detrás de la brecha, corrió a esconderse en sus casas. Los agresores tuvieron que cruzar con precauciones entre las picas con las cabezas ensartadas, y dispararon flechas sobre los que huían, pues en lo alto de la ciudadela ya no se veía a nadie. Únicamente la bandera de Manfredo

ondeaba provocadora en la torre más alta. Apenas hubieron pasado la brecha en la muralla cuando los primeros ya subían a toda prisa por la senda adoquinada que conducía hacia la entrada a la fortaleza. Saltaron de los caballos, emplearon un tronco para romper la puerta y los primeros hombres intentaron ascender a la torre principal. Mientras algunos habían descabalgado, otros cruzaron la entrada a caballo. Parecía reinar entre ellos cierta confusión, como si les faltara quien los mandara. De repente la puerta volvió a cerrarse, y al mismo tiempo cayó sobre ellos desde la torre una lluvia de huesos, ollas de barro e incluso conchas extrañas, que antes de alcanzar el suelo reventaron en el aire, y cuyos restos hirieron a la multitud. Los caballos heridos gritaban dando coces, casi todos los atacantes cayeron sangrando al suelo, algunos murieron bajo los cascos. De nuevo volvió a abrirse la puerta, y en medio de la corriente de guerreros que huían volvieron a reventar nuevas ánforas, cuyo contenido ardiente salpicaba a todos. A continuación entraron en acción los arqueros, que se concentraron en disparar a los jinetes que quedaban sobre sus caballos, y los animales pisotearon en su pánico ante el fuego a cuantos se oponían a su huía a través de la senda adoquinada. Al final de la calle apareció entonces Dietrich con sus *lancelotti*, y las hoces de éstos iniciaron una horrible siega. Fueron muy pocos los hombres del *despotikos* que aquel día escaparon del infierno de Pantocratos, y ninguno de ellos carecía de heridas.

Ante los muros apareció un jinete que había perdido sus armas, y cuya ropa estaba destrozada. Fuera de sí de rabia, el señor Hugo reunió a sus últimos combatientes y les ordenó que sujetaran a los pocos caballos que pudieron alcanzar, dispuesto a intentar un último ataque y destruir el poblado. Sin embargo, cuando vio detrás de la brecha un bosque de hoces brillantes, sus hombres y los mismos caballos se echaron atrás.

Hugo miró alrededor y comprobó que se había quedado solo. Desde la altura de la torre que guardaba el pozo, bajaban ya en formación cerrada los caballeros germanos, a su cabeza el joven guerrero que había luchado con él a pie y le había puesto en fuga. Entonces Hugo, por segunda vez en aquel día, prefirió huir.

## **A la espera de la novia**

El pequeño puerto de Trani<sup>[654]</sup>, en la costa meridional adriática, estaba a la espera del gran suceso cuando, para sorpresa de todos, desembarcó allí Oberto Pallavicini, el temido vicario del imperio. Trani había sido elegido por el rey Manfredo para recibir a la novia, que llegaría procedente de Épiros, y en su catedral se celebraría también la ceremonia de la boda. De modo que la pequeña e insignificante población de pescadores había adornado sus calles con arcos triunfales y guirnaldas, y el recorrido festivo que tomaría la insigne pareja hasta llegar a la

puerta de bronce de la catedral, mostraba ya las enseñas de todos los príncipes y vasallos, de todas las ciudades y comunas del reino. En todas partes habían sido instalados mástiles para las banderas de los poderosos, mientras los ciudadanos adornaban los balcones de sus casas y tendían cuerdas con banderines a través de las calles. Las mujeres preparaban ramos de flores y Mafalda, al ver las alfombras floridas que pisarían los novios, estalló en júbilo mientras caminaba al lado del vicario, y registraba con satisfacción los respetuosos saludos dedicados al importante dignatario.

—¡Así me gustaría también a mí casarme! —dijo.

Oberto Pallavicini la miró de soslayo.

—¡Si os decidís por aceptar mi oferta, vuestros pies pisarían oro puro!

La dama Mafalda se encogió como si le hubiesen asestado un golpe de látigo, y evitó en lo sucesivo acoger la mirada de aquel ojo único. Sabía que el vicario imperial estaba casado desde hacía tiempo, y aunque no hablaba más que en son de burla de su mujer, que en algún lugar del norte se iba marchitando encerrada en un castillo, Mafalda sabía que la Iglesia jamás disolvería aquel vínculo. Miró hacia atrás, para asegurarse de que Rinat le Pulcin los seguía, cuando vio a Sigbert von Öxfeld, el anciano comendador de los caballeros teutónicos. Le entraron ganas de fastidiar a Oberto, por lo que se detuvo y exclamó en voz alta:

—¡Qué alegría!

Conocía al teutón desde Palermo, y sabía que al vicario no le gustaba, por ser tan amigo de la pareja real y porque sospechaba que habría participado en el intento de liberación de Bolonia. Pero Sigbert ya se había acercado y Oberto decidió mostrarse cortés.

—Señor vicario imperial, veo que estáis bien acompañado. —Se inclinó ante Mafalda y preguntó—: ¿Supongo que vuestra ama, la dama Yeza Esclarmunda, tampoco estará lejos? Yo la creía en Tierra Santa, hacia donde pienso acudir también yo, después de tantas desilusiones como he sufrido en Occidente, un Occidente que hace tiempo tiene olvidada la existencia de Jerusalén.

Oberto le respondió:

—La dama Yeza está a bordo de la nave capitana que fue robada a los templarios, y se dirige hacia Jerusalén para salvar esa santa ciudad.

—La noticia me alegra y me preocupa al mismo tiempo —dijo Sigbert, dirigiéndose hacia la salida—. No me quedaré aquí solo para rendir honores en la ceremonia de boda del rey Manfredo. ¡Qué lo paséis bien! —Y el comendador se alejó con paso enérgico.

Oberto Pallavicini condujo a la dama Mafalda a un palacio apartado, un edificio sencillo, pero que disponía de un jardín precioso detrás de un pasadizo, un jardín al

que daban las habitaciones de la planta baja.

—¡Esto parece el paraíso! —El señor vicario imperial intentó alegrar los ánimos de su compañera, que miró con desagrado el amplio lecho dispuesto bajo un dosel.

Al lado de esa habitación había una pequeña alcoba sin ventanas, que probablemente hacía las veces de vestidor.

—¡Aquí podrá dormir Rinat! —decidió el señor, y parecía divertido. Empujó al pintor hacia el interior de la alcoba, cerró detrás de él y le guiñó un ojo a Mafalda.

¿Acaso creía ese hombre que una condesa Levis de Mirepoix se rebajaría a ser su amante?

—Aquí estaremos divinamente, querida —dijo aquel advenedizo, que había llegado desde el puesto de jefe de un cuerpo de mercenarios al cargo de máximo dignatario del Estado. El hombre no poseía educación de ninguna clase, pero siempre se sentía seguro de sí mismo.

—Voy a dar una vuelta, pues necesitaremos ropas apropiadas para las festividades que nos esperan. Inmediatamente después de la ceremonia, todos acudirán al cercano Castel del Monte, donde habrá torneos y baile, batidas de caza y banquetes sin fin, y durante tres días correrá el mejor vino.

Le arrojó a Mafalda la llave de la alcoba en la que había encerrado a Rinat.

—Os lo confío —le advirtió—. No debéis matar ni dejar huir a ese granuja. ¡Tengo algún proyecto para él!

Y salió a toda prisa.

Mafalda no lo pensó mucho. Cogió un vaso, fue al jardín y levantó con cuidado algunas piedras, hasta encontrar lo que buscaba. Volcó el vaso encima del escorpión, antes de que pudiese huir, lo hizo caer con mucha tranquilidad en el recipiente y se lo llevó a la habitación. Allí retiró la manta y las sábanas y dejó el insecto a la altura de los pies. Después abrió la alcoba y exclamó:

—¡Podéis salir, *pulcino mio*! ¡No os haré daño!

Rinat sacó primero la cabeza para espiar con desconfianza el entorno. En la manga mantenía oculto un fino estilete. Mafalda le daba la espalda.

—¡Deprisa, maestro! —parloteaba con su voz ligeramente chillona—. Me despediré a la francesa del poderoso vicario imperial. —Se echó a reír—. ¡Os aconsejo que hagáis lo mismo, antes de que os ahorquen como espía de Carlos de Anjou!

Rinat sonrió e insinuó una reverencia.

—Si queréis llevarme con vos, dama Mafalda, ¿podría seros útil!

Entre los dos retiraron de la bolsa de viaje del Pallavicini todas las monedas de oro que encontraron en el doble fondo. Eran un regalo del gobernador de Lecce a su amo y amigo. Mafalda las repartió, y poco después dos mujeres muy desiguales salían de la casa. La más fea llevaba una capa elegante, de modo que a nadie le llamó

la atención el hecho de que le faltara un brazo.

Delante de la catedral, adornada con flores, Oberto Pallavicini se encontró con el templario Guillem de Gisors, un hombre a quien en realidad no apreciaba en absoluto. La cara lisa y la suavidad poco viril de aquel templario le provocaba rechazo, sin que pudiese definir exactamente el motivo. El vicario sabía también que algunos se referían al templario con el mote de «cara de ángel», un elogio que él, Oberto, despreciaba desde el fondo de su corazón, pues a la fuerza tenía que sentirse del todo opuesto a semejante calificación. No obstante, sabía muy bien que Guillem era el sucesor elegido por su madre para cargo de gran maestro de la misteriosa *Prieuré* de Sión. No era aconsejable enemistarse con aquella institución secreta.

—Distinguido caballero —le saludó con amabilidad hipócrita—, ¿acaso seguís buscando la *Atalanta*? Hace poco la vi en manos de un hombre de quien no me fiaría jamás, ¡y a quien no daría la mano por miedo a que después me faltara un dedo!

—El Taxiarcos es un pirata que realiza determinados viajes a cambio de un determinado pago —le contestó el templario con frialdad—. ¡La orden sabe su nave en manos expertas!

El vicario soltó una risa maliciosa.

—¡Porque no habéis visto como vuestro señor almirante utiliza la *Atalanta* para cortar en trozos la flota del de Anjou! He visto con mis propios ojos el combate que sostuvo en el golfo de Otranto.

Oberto Pallavicini era un viejo zorro, y notó enseguida el nerviosismo que provocaba en el otro.

—Pero allí ya no encontraréis a la *Atalanta*. El Taxiarcos ha recogido a bordo a la princesa Yeza y pretende llevarla a Alejandría, aparte de que también pretende sus favores.

—¡La orden siempre ha considerado un honor ser útil a la pareja real! —El templario decidió poner fin a la conversación. Le bastaba con lo que había oído y despidió a Oberto—: ¡Nos veremos en la boda!

También Oberto estaba contento del resultado. Se frotó las manos, pensó que el Taxiarcos acabaría por encontrar su justo castigo, y decidió pasar a domar a cierta rebelde joven, hija de un conde del Languedoc.

## **Despedida dolorosa**

—¿Por qué no me dejasteis marchar? —Yeza miró furiosa al Taxiarcos, apenas éste entró en su camarote. Se había levantado de un salto, como una tigresa, cuando el capitán pidió entrada, en lugar de recibirle, como otras veces, seductoramente

acostada en su camastro.

—¡Hemos pasado de largo ante la tercera isla! Os hubiera sido fácil acercar la *Atalanta* a tierra.

El Taxiarcos miró a su interlocutora desde su altura superior, con la misma sonrisa con la que acostumbraba a imponer su voluntad.

—¡Dejad aparte esa maldita sonrisa! —le espetó Yeza y dio muestras de querer agredirle—. ¿No creéis que merezco al menos una explicación?

Pero dejó caer los puños, que ya tenía levantados, por miedo a que él aprovechara su acercamiento para atraerla, como otras veces en que ella, vencida por la pasión, se había hundido en sus brazos. De modo que quedó a la espera, hirviendo de indignación.

—Estábamos a punto de hacer bajar la barca al agua —se defendió el Taxiarcos sin mucho entusiasmo—. Pero el oleaje era demasiado fuerte. —Una vez más esbozó su insolente sonrisa.

—Sabéis perfectamente que sé nadar. De modo que confesad la verdad: no queríais dejarme marchar.

Como única respuesta, el Taxiarcos intentó atraerla hacia sí. Puso sus manos como garras en torno a su cadera, y Yeza le dejó hacer. A pesar de su situación, se sentía victoriosa, pues como hombre, el Taxiarcos era una criatura hermosa. Se oponía a la orden más poderosa del mundo, era capaz de enfrentarse a cualquier rey, y estaba dispuesto a poseerla a ella una vez más. ¿Estaría enamorado?

El misterio que rodeaba a ese hombre empezó a atemorizar a Yeza. ¡Cuántas trampas puestas por los templarios habría cruzado ya, sin darse cuenta, inmerso en la borrachera de sus sentidos! Ni Oberto Pallavicini, ni Manfredo, y mucho menos el frío Gisors, perdonarían al rey de los mendigos el atrevimiento de seguir a su princesa. Ese hombre había perdido la cabeza.

De repente, Yeza lo vio todo muy claro, y se asustó. En su muda desesperación, acarició el cabello y el cuello del Taxiarcos, besó su rostro y luchó contra el llanto que la embargaba. Admitió que cayera sobre ella y prestó atención, con el oído pegado a su pecho, a los latidos de su corazón.

—¡No deberíais estar aquí! —murmuró con voz ahogada.

—¡Nunca os abandonaré! —le contestó el Taxiarcos, conmovido.

Después de la gloriosa batalla de Pantocratos, el Trencavel pasó revista a su ejército victorioso. Las pérdidas propias eran reducidas. Algunos de los caballeros germanos habían perdido la vida en el combate delante de la torre que guardaba el pozo, otro se rompió la crisma al caer del caballo, y dos de los arcabuceros que guardaban las murallas de la ciudadela habían muerto en combate. Roç estaba eufórico y pensaba realizar en secreto una visita al señor Hugo en el propio castillo de



Maugriffé, aunque sin poner en peligro a los prisioneros que según los rumores languidecían en sus mazmorras. Lo que le dolía y también llamó su atención, era que los habitantes del lugar liberado no mostraban alegría alguna, y mucho menos agradecimiento. Se mantenían en actitud de rechazo y parecían apesadumbrados.

Roç hizo llamar a Zaprota para conversar con él.

Los tres occitanos y Dietrich también estaban presentes, y pidieron a Roç llevar el interrogatorio.

—Menos mal —empezó Mas de Morency— que vuestras señales alcanzaron al destinatario, y que éste llegó puntualmente.

—Sólo es una lástima —le interrumpió el gordo Pons— que por pura casualidad mantuviéramos cerrada la entrada subterránea, pues de no hacerlo los templarios que ocupaban la ciudadela habrían corrido la misma suerte que sus inocentes antecesores, que se creían seguros cuando en realidad habían caído en la trampa.

—No sé de qué me estáis hablando, joven —le respondió Zaprota, al que se veía nervioso—. Sólo espero que comprendáis que no sois bienvenidos aquí, y que debéis abordar cuanto antes vuestro barco y alejaros a toda vela.

Dietrich exclamó:

—¿Así agradeceréis nuestros esfuerzos?

El viejo no contestó y Roç decidió dejarle regresar, aunque encomendando a la guarnición que lo tuviera vigilado.

—Señor Dietrich, seréis responsable de que este buen amigo —y le dedicó a Zaprota una sonrisa amable que no presagiaba nada bueno— no tenga más ocasión de conspirar contra nosotros.

Se llevaron al anciano.

—Yo mismo emprenderé una pequeña expedición —explicó Roç a sus compañeros—. Sólo deben acompañarme mis buenos occitanos y el Diablo del Fuego. ¿Dónde está, por cierto?

Sólo entonces repararon todos en que no habían visto a Mahmoud desde el espectáculo pirotécnico que había puesto en escena desde la ciudadela.

—Habrá regresado a la nave.

—No —declaró Beni—, allí no está.

—Tal vez esté intentando descubrir lo que hay bajo tierra, entre Pantocratos y el pozo —expuso Pons sus sospechas—. Es posible que allí exista, desde tiempos prehistóricos, algún templo olvidado.

—¡Donde también es posible que se rinda culto a una diosa sanguinaria y Zaprota sea su sumo sacerdote! —concluyó Dietrich—. Debíamos haberle preguntado por Mahmoud.

—Yo creo que el viejo quiere alejarnos de aquí porque existen peligros de los que no nos quiere hablar. Hugo podría regresar en secreto y buscar venganza.

—Es lo que quiero impedir —les confirmó Roç sus intenciones—. Llegaré hasta su cueva y lo sacaré de allí.

—Como siempre, cuando se os mete una locura en la cabeza, ¿no hay quien os haga desistir de ella, Trencavel!

Roç quería negarlo, pero el templario prosiguió:

—Puesto que la trirreme no emprenderá en un tiempo previsible el viaje prometido a Jerusalén, ¡a mis hermanos y a mí sólo nos queda rezar para que se acerque una nave que nos lleve a Tierra Santa!

—Muy conmovedor —le respondió Roç—. Seguramente habéis olvidado lo que os espera allí: el tribunal de vuestra orden, que os castigará por seguir vivo en lugar de haberle disputado la *Atalanta* al Taxiarcos.

—De todos modos, vigilaré junto a mis hermanos, aquí en la torre, hasta encontrar un barco que quiera acogernos.

—Antes de que eso suceda yo habré vuelto —le consoló Roç—. ¡Pero ahora ya no quiero perder más tiempo!

Le llamó la atención que los tres mozos occitanos se habían apartado y no parecían demasiado contentos. Raúl se adelantó un paso.

—Cuando dejamos atrás Otranto, vos, Roç Trencavel, prometisteis renunciar a la aventura griega. ¿Y dónde estamos ahora? ¡En tierras de los griegos! Por lo menos, ya hemos empezado a dejarnos enredar en sus peleas. ¿Por qué meterse aún más en esta peligrosa tela de araña?

—Tenéis mucha razón, amigos míos —respondió Roç, dirigiéndose a todos los presentes—. No hay un motivo importante para actuar así. Sólo es mi idea de lo que debe hacer un caballero: de ahí nace mi deseo de aceptar el reto del peligro y superarlo. Todo el que quiera seguirme debe sentir igual que yo.

Entonces Raúl adelantó un paso más y ocupó, mudo, su puesto junto a Roç.

—Tampoco tenemos otra cosa que hacer —refunfuñó Mas y siguió a Raúl, y Pons renunció a quedarse solo.

—¡Tengo muchas ganas de hacer lo mismo! —Dietrich sonrió, pero Roç rechazó el ofrecimiento implícito.

—Sabéis muy bien cuánto aprecio vuestro fuerte puño, vuestro valiente corazón y vuestra mente despierta, y cuánto me gustaría teneros a mi lado. Pero uno de nosotros se tiene que quedar al mando de esta fortaleza. No conozco a otro más capaz que vos, Dietrich von Röpkenstein.

Abrazó al germano y su separación se retrasó más de lo que es habitual entre amigos.

—Me tranquiliza saberos aquí, guardándome la espalda —dijo en voz baja—. Es casi lo mismo que teneros a mi lado.

—¿Y qué haré yo? —terció Beni, y se plantó con aire de exigencia delante del

Trencavel.

—A ti te confío la vigilancia de la torre y el espejo —le encargó Roç a su joven secretario—. Tu misión es mantener contacto entre la trirreme y la ciudadela del poblado. ¡Es una tarea muy importante!

Beni parecía satisfecho. Arrojó una mirada radiante de orgullo hacia Potkaxl y después apartó al Trencavel.

—Dado que el señor Gosset, vuestro consejero, os ha abandonado, me permito mencionar el arcón que contiene vuestro tesoro —murmuró afanoso al oído de Roç—. Me habéis encargado la vigilancia del espejo y me trasladaré con Potkaxl a la torre, por lo que me parece conveniente llevarme también el arcón, para que pueda protegerlo.

Roç sonrió.

—Es una idea muy acertada —le respondió a Beni, también en un susurro—. Ordenad a los moriscos que lo trasladen. Asimismo, debéis imaginar el modo de cerrar el paso hacia la plataforma de arriba, ¡para el caso de que alguien quiera atacaros o arrebatáros el arcón!

Beni asintió entusiasmado y se alejó corriendo. Roç dio una señal a sus tres compañeros y subieron a los caballos.

—Nos faltará el pequeño Diablo del Fuego. —Pons intentaba atrasar el momento de la partida, pero Roç no le hizo caso.

—Si no hemos regresado en dos veces tres días —se dirigió al templario— debéis abandonar enseguida la ciudadela e intentar contactar con el Hafsida o con Gosset, enviándoles señales por medio del espejo. Por lo demás, daréis recuerdos a mi viuda Yeza. ¡Mis últimos pensamientos estarán dedicados a ella!

—Esperaremos al menos dos veces tres meses para cumplir con este último encargo, querido Trencavel. ¡Es el tiempo que nos tomaremos el señor Dietrich y yo para buscaros!

Simón enderezó el cuerpo y besó al caballero como despedida. Roç le saludó con un gesto de la mano, y la pequeña tropa se puso en marcha.

## **Pruebas de amor y poder**

Después de muchos días calurosos y muchas noches frías, cuyas horas eran cada vez más breves, vieron extenderse finalmente ante sus ojos el delta del Nilo como una mano abierta que lleva en el dedo anular una única y preciosa perla: Alejandría.

Yeza encontró al Taxiarcos en su tienda. El capitán escondía la cabeza entre las manos, y la joven le puso una mano en la nuca.

—Debemos impedir que la tristeza borre el recuerdo del placer que pudimos darnos uno a otro, querido amigo.

Le acarició el abundante cabello en que unos cuantos rizos ya mostraban las primeras canas.

—Ayúdame a desembarcar rápidamente y ordenad a los moriscos que lleven a tierra mis pocas pertenencias. —Yeza señaló hacia la costa—. Dejadme allí donde aquel montón de piedras cuadradas recuerda la más útil de las siete maravillas del mundo, el faro de Alejandría, ¡que tenía más de cien metros de altura!

El Taxiarcos se incorporó con una sonrisa.

—Ya veo, princesa, que vuestra mente está lista para acometer nuevas pruebas. Os envidio, Yeza.

La abrazó, la sostuvo durante mucho tiempo entre sus brazos y después la besó en la frente.

—¡Cuánto me gustaría mostraros la ciudad del gran Ptolomeo<sup>[657]</sup>!

—Taxiarcos, ¡el descubridor de un nuevo mundo! —Yeza le sonrió—. ¡Sois un hijo digno de vuestra tierra y debéis sentir orgullo de ser griego!

Mientras, la *Atalanta* se había acercado a la playa desierta junto a la Nueva Alejandría, hasta el punto de que el Taxiarcos pudo ordenar que echaran el ancla y la barca al agua. Una vez trasladados todos los bultos, cajas y arcones, bajaron también Kefir y Jordi. Yeza fue la última en abandonar la nave. Ni siquiera miró hacia atrás. Los *lancelotti* acercaron la pequeña barca a la playa moviendo con habilidad los remos, y entonces Yeza miró una vez más hacia donde el Taxiarcos permanecía, erguido, en la popa de la *Atalanta* y miraba hacia ella. ¡Quiera Dios que alcance las «islas lejanas» y sea feliz!, pensó.

Tuvo que contenerse para no enviarle un saludo con la mano: se sentía miserable y le entraban ganas de llorar. Pero en cuanto la barca tocó la arena, se acabaron las dudas y la tristeza. Yeza fue la primera en saltar al agua y subir a la orilla, mientras Jordi se ocupaba de descargar los bultos. Unos muchachos de tez oscura se ofrecieron con mucho griterío para llevar el equipaje y Kefir les ordenó que amontonaran todo al pie de una muralla que, en su día, constituyó el zócalo del gigantesco faro. Cuando Yeza volvió a mirar la *Atalanta*, ésta tenía todas las velas desplegadas y se había alejado ya un trecho considerable.

Entonces comprendió que el Taxiarcos le había querido demostrar su cariño con un último gesto: renunciaba a los expertos y hábiles *lancelotti* y se los dejaba para su protección. Las velas hinchadas de la orgullosa nave se fueron reduciendo de tamaño, y cuando el velero había desaparecido ya detrás del horizonte, sólo se veían las puntas de los palos hasta que también desaparecieron ante la mirada de Yeza.

El Halcón Rojo, como llamaban al emir Fassr ed-Din Octay, hijo del llorado gran visir Fakr ed-Din, se conocía todos los rincones del palacio del sultán en El Cairo,

pero sobre todo el amplísimo y largo corredor que atravesaba todas las estancias y llegaba hasta el trono del soberano. El visitante tenía que cruzar, soportando cambios constantes de acompañantes, por diferentes zonas de poder, empezando por los servicios de guardia y mensajería, los del mayordomo jefe y los diferentes secretariados, hasta el recinto del maestro de ceremonias y la guardia personal, vigilante de que no entraran armas en el círculo interior que protegía al sultán. El Halcón Rojo era una personalidad conocida, amigo y consejero del joven Nur ed-Din Alí, aunque no había seguido la carrera de su padre ni aceptado el título de gran visir.

De ahí que estuviera acostumbrado a atravesar las grandes salas prácticamente sin ser molestado, cruzando las puertas de grandes hojas que se abrían y cerraban a su paso, aunque esta vez le llamó la atención que las estancias en las que solían esperar cortesanos y peticionarios y los embajadores que solicitaban audiencia, además de numerosos militares, estuvieran casi vacías, mientras los controles se realizaban con cierta displicencia. Fassr ed-Din Octay habría podido introducir sin mayores dificultades un puñal oculto entre sus ropas y llegar a presencia del muchacho Alí, que parecía solitario y perdido dentro de aquel mueble imponente que representaba el valioso trono del sultán.

El cuerpo del hijo de Aibek no llenaba el trono. Fue la primera vez que el emir se encontró pensándolo, y se atrapó también a sí mismo realizando una reverencia un tanto distraída. Le indicó con un gesto al soberano que se acercara con él a una ventana, como si fuese su alumno. No lo hacía por menosprecio, sino porque el Halcón Rojo sabía que aquel costoso trono de mármol, ébano, oro y marfil, trasmitía hacia otros oídos cualquier palabra, aunque fuese susurrada, que se pronunciara cerca del mismo.

A Alí no le importó obedecer al emir, cuya visita recibía con agrado. El Halcón Rojo le informó con brevedad.

—Tengo que cumplir una obligación en Alejandría que nada tiene que ver con mi servicio a vuestra persona, majestad.

—Ah —dijo Alí y sus ojos se iluminaron—, supongo que se trata de los hijos del Grial.

—Hace mucho tiempo que ya no son niños —le respondió el Halcón Rojo, divertido—, pero tenéis razón: ¡Yeza Esclarmunda ha llegado de repente a esa ciudad, y está completamente sola!

—¡Desde luego, es vuestra obligación acudir a su lado! No solamente os doy dispensa, sino que deseo que transmitáis a la princesa mis respetos y mi admiración. Mirad... —El joven sultán, transformado de repente de nuevo en niño, regresó al trono, revolvió los cojines de terciopelo y sacó de entre ellos una tablilla de madera que mostró al emir. Era un miniatura con la imagen pintada de Yeza. El Halcón Rojo apartó la mirada.

—¿Quién os la ha dado? —preguntó con aire severo.

—Es un regalo no oficial, entregado por una delegación comercial veneciana que recientemente... ¿Qué os preocupa? ¿No se parece a la princesa? ¿Vos la habéis visto recientemente en Palermo?

Alí parecía más enamorado que preocupado, y el emir intentó tranquilizar a su soberano.

—¡La hija del Grial aún es más bella de lo que insinúa este retrato!

—¡Os ruego que la traigáis a esta corte, y pondré El Cairo y todo Egipto a sus pies!

El emir puso una mano sobre el hombro de Alí y acercó la cabeza, para no tener que hablar en voz alta.

—Os he venido a ver también para hablar precisamente de Egipto y de El Cairo. Desde que ocupáis este trono, Alí, los amigos de vuestro padre han alejado de vos todas las incomodidades, de modo que nunca habéis tenido que experimentar la dureza y el cálculo frío y despiadado que domina las actuaciones de los mamelucos. Pero los tiempos están cambiando. Desde Oriente os amenaza el peligro de los mongoles, y muchos de vuestros emires desearían oponerse a ellos con mayor energía. Qutuz podría parecerles un soberano más apto para semejante circunstancia...

Alí se sintió afectado por las palabras de su amigo.

—¿Y vos, también lo pensáis? —preguntó, entre desconfiado y ofendido.

—Si lo hiciera no estaría aquí. También ha regresado Baibars, que se había refugiado en Damasco, perseguido por vuestro padre. ¡No nos engañemos! En esta ciudad es él quien ejerce el mando...

—¿Y qué debo hacer? —Alí se mostraba apocado.

—Demostrad al Arquero que sabéis manejar vuestros poderes: ¡debéis deshaceros del ambicioso Qutuz, sin esperar el día de mañana!

—¿Debo hacer rodar su cabeza?

—¡Será la suya o la vuestra, Alí! —susurró el Halcón Rojo con la voz quebrada—. Disponed de los beduinos de mi padre, antes de que vuestro enemigo llame a los soldados acuartelados junto al Nilo. Obligad a Baibars a ponerse de vuestro lado. Hacedle saber que su hijo Mahmoud se encuentra bien, que está en Otranto, al lado de la condesa Shirat y bajo la protección de mis amigos de la *Prieuré*.

—¿Qué es la *Prieuré*?

—¡La guardiana y protectora del santo Grial! —El Halcón Rojo intentó animar al joven soberano con una sonrisa—. Se trata de la más poderosa sociedad secreta de Occidente, cuyas órdenes son obedecidas por templarios y «asesinos». También yo le debo obediencia.

Abrazó al joven sultán y le besó en ambas mejillas y en la boca.

—Ahora os tengo que abandonar. ¡Espero volveros a ver en este mismo sitio!  
Y el emir salió con paso enérgico de la sala del trono.

## EL MAL EN MAUGRIFFE

### Hubo suerte

La pequeña tropa formada por Roç y los tres mozos occitanos cabalgaba en la dirección que les había indicado el viejo Zaprota para llegar al castillo de Maugriffe. Llevaban consigo un único animal de carga, de modo que adelantaban con rapidez, aunque Roç no esperaba alcanzar el castillo antes de irrumpir la oscuridad. En cualquier caso no quería llegar a última hora de la noche, pues una visita tan tardía habría llamado mucho la atención, ni tampoco de madrugada, donde un huésped inesperado sería durante todo un largo día objeto de curiosidad y de más de una duda acerca de cómo debía recibírsele. Tal vez lo mejor fuese presentarse una vez retirada la cena, y cuando el señor del castillo ya se hubiese acostado. Así Roç no tendría que presentarle de inmediato sus respetos pues, al fin y al cabo, se habían visto durante un breve instante las caras durante el combate, y no era de esperar que el señor Hugo hubiese olvidado la humillación.

Roç no disponía de un plan definitivo para entrar en Maugriffe. ¿Debía hacerlo en secreto o exigir ser recibido en el castillo? Lo único que le parecía importante era no caer en manos de los guardias, sino presentarse ante el propio bastardo y obligarle a hacerse responsable de sus actos. Para sorpresa de sus compañeros, Roç se desvió del camino y se dirigió a un pequeño bosque.

—Cambiaremos de ropa —les explicó brevemente—. Nos presentaremos como emires moros, para evitar la sospecha de que formamos parte de los cuatrocientos caballeros indeseables de Manfredo.

—¿Y cómo queréis que os llamen? —preguntó Mas cuando se detuvieron bajo los árboles.

Roç había descabalgado y estaba soltando los bultos del lomo del animal de carga.

—¡Fassr ed-Din Octay! —respondió tras reflexionar unos instantes—. El Halcón Rojo.

—¿Y nosotros? —preguntó Pons, poco convencido.

—Piénsalo tú mismo —respondió Raúl—. Simbad<sup>[662]</sup> no estaría mal, o Aladino<sup>[663]</sup>.

—¡Mejor un nombre muy largo! —exclamó Mas y se echó a reír—. ¡Recuerda a Beni, el hijo de nuestro visir, que se llama Kadr ibn Kefir ad-Din Malik Alhakim!

—¡Demasiado! —se quejó Pons.

—Tapad vuestras caras con un paño, como hago yo, ¡y que sólo asomen los ojos! —pidió Roç.



El castillo de Maugriffe se situaba sobre una roca puntiaguda, muy por encima del mar, lo que explicaba por qué Hugo d'Arcady había acudido cabalgando con sus jinetes a lo largo de la playa. Roç y sus compañeros reconocieron las torres, las murallas y las almenas gracias a las innumerables antorchas que iluminaban la fortaleza, donde se estaba celebrando una fiesta y las puertas abiertas acogían a un sinnúmero de invitados.

—¡Nos presentaremos como embajadores del sultán! —propuso Raúl, mientras cabalgaban hacia donde les esperaban unos guardias ataviados con vistosas galas.

—¡Sean bienvenidos los señores! —los recibió un mayordomo—. ¡El conde Hugo, el poderoso *despotikos*, os espera!

Varios criados les ayudaron a descabalgarse y los condujeron por la amplia escalera hacia la enorme sala de fiestas. Allí había largas mesas ocupadas por los invitados y en el centro, a un lado y algo elevado, se sentaba el señor Hugo; a sus espaldas una ampliación gigantesca de su escudo, una garra de pájaro grifo. También adornaba la pared su lema: *Tant mieux je griffe, tant pis*<sup>[664]</sup>.

Roç esperaba poder sentarse al final de la mesa, pero junto al *despotikos* quedaban sillas libres y le condujeron hacia ellas. Cuando Hugo se levantó del asiento para saludarle, se instaló el silencio en la sala y Roç pudo oír algún que otro murmullo respetuoso:

«¡El Halcón Rojo!» por lo que Raúl se animó y proclamó:

—El emir Fassr ed-Din Octay...

No pudo proseguir porque el *despotikos* soltó una risotada.

—Vuestra presencia ensalza mi fiesta. ¡Os estaba esperando, Roç Trencavel du Haut-Ségur, hijo y rey del Grial!

Después bajó la voz mientras retiraba lentamente ambas manos de los hombros de Roç y le obligaba a sentarse.

—¡De modo que tampoco siento vergüenza de haber escapado felizmente de vuestra espada! —Se dirigió a Raúl y los demás, y declaró con orgullo—: ¡Como hijos auténticos de Occitania sabréis cómo se celebra una fiesta! Bienvenidos a Maugriffe: Raúl de Belgrave, Mas de Morency, Pons de Levis, conde de Mirepoix!

Los tres ocuparon sus asientos, pero Roç se quedó de pie y rechazó la copa que le ofrecían.

—Hemos venido, Hugo d'Arcady, a solicitar la liberación...

El *despotikos* le interrumpió de nuevo: seguía de buen humor.

—¡No hay prisioneros en Maugriffe, sólo huéspedes! —Y señaló a los que se sentaban en la sala y le aclamaban, jubilosos.

—¿No los habréis hecho matar a todos? —preguntó Roç con un fuerte sentimiento de repulsa.

—¡Los envié a luchar contra Nicea, tal como era su destino!

Roç, sorprendido, acertó a balbucear:

—¿Cómo crearlo?

—¡Bebed primero! —Hugo le tendió la copa y no permitió que la rechazara. El *despotikos* demostraba ser capaz de combinar de manera inimitable la crueldad y el buen humor.

—Mañana os enseñaré personalmente cada mazmorra que deseéis inspeccionar. —Hugo prosiguió con visible satisfacción—: Mañana es cuando en realidad empieza la gran fiesta, con la llegada de la novia. La bella Helena, la rosa de Épiros, será recogida aquí por el duque de Lancia, príncipe de Salerno, que la protegerá en su viaje hacia Sicilia.

—¿Cómo es eso? —preguntó Roç—. ¿Habéis puesto fin a vuestras divergencias con el rey Manfredo?

—¡Ahora somos aliados! —afirmó el *despotikos* con una sonrisa—. ¡Mi señor padre, el príncipe de Acaya, se ha adherido a la alianza contra Nicea!

—¡Brindemos por esa alianza! —exclamó Pons, aliviado, pues no había podido impedir que le brotara un sudor de pánico mientras asistía a la conversación. El *despotikos* ordenó que llenaran una vez más las copas y después puso fin al banquete.

—¡El día ha sido duro para vos, Trencavel, y yo también tengo que levantarme temprano!

Con estas palabras se despidió, y el mayordomo condujo al Trencavel y a sus compañeros a una amplia estancia, en cuyo centro vieron un gran lecho con dosel, rodeado de tres camastros.

—¡Mi señor os desea que paséis una noche agradable y descansada! —El criado se retiró con una reverencia.

Los cuatro invitados decidieron inspeccionar primero la estancia, y Roç, que se había arrodillado, sacó el puñal y descubrió una fina ranura, hábilmente oculta por la marquetería, que atravesaba en diagonal el suelo de la habitación, partiendo de cada una de las cuatro esquinas.

—¡Todo este suelo es una trampa gigantesca!

Roç dispuso que cada uno recogiera mantas y almohadas y se retirara, uno al umbral de la puerta y los otros dos a los antepechos de las ventanas.

—Yo dormiré en este armario. —Y empujó una mampara de madera hacia un lado—. Este es también el camino que tomaremos mañana por la mañana, si es que seguimos vivos, pues la puerta por la que hemos entrado supongo que estará cerrada.

—¡Está cerrada desde ahora! —le aseguró Raúl, mientras preparaba su lecho.

Roç fue el último en apagar la vela.

La preciosa finca del antiguo gran visir estaba emplazada cerca de la población de Gizeh, a la vista de la gran pirámide. La esposa del actual dueño de la casa se había

acostumbrado a doblar las guardias cada vez que su atareado esposo tenía que alejarse de la cercana capital. Ordenó a los beduinos, que vivían repartidos en tiendas por todo el terreno, que formaran un doble cordón de seguridad en torno al edificio principal.

De todos modos, Madulain solía permanecer mucho tiempo despierta, pues por deseo del Halcón Rojo había destinado también a muchos hombres a la protección del sultán en el palacio de El Cairo. La princesa de los *saratz* no tenía miedo, pero conocía bien los peligros que surgen de repente cuando se producen revueltas y rebeliones, amenazando arrasar todo, como cuando se forma una tromba de agua y viento<sup>[665]</sup> sobre el mar tranquilo. Aunque, desde que los mamelucos ejercían el gobierno bajo el mando de Baibars, el Halcón Rojo nunca se había puesto del lado del poder del Estado, era evidente que su deseo de mantener al joven Alí en el trono era un gesto que llegaba demasiado tarde. El Halcón Rojo debía haber aceptado hacía tiempo el título de visir, ocupándose de que reinaran la tranquilidad y el orden entre los emires mamelucos, aunque hubiese tenido que hacer cortar algunas cabezas. Pero el señor rehuía decisiones tan incómodas y prefería cumplir con alguna que otra misión pintoresca en países lejanos, cumpliendo con el papel de príncipe Constancio de Selinonte, un emir que el mismísimo emperador Federico había armado caballero. ¡Con ese hombre se había casado! A Madulain no le quedaba más remedio que sacudir la cabeza cuando lo pensaba.

En cierto momento oyó llamar con los nudillos a la puerta de su dormitorio. Le avisaron que deseaba hablar con ella uno de los más ancianos beduinos, que acababa de llegar procedente de El Cairo. Madulain recibió enseguida al fiel Al-Khaf<sup>[667]</sup>.

—Hemos llegado demasiado tarde para salvar el trono, pero hemos podido proteger la vida del sultán Alí. Llegará a vuestra casa dando algunos rodeos, pues hay quien quiere darle caza y su familia no podrá protegerle.

—Habéis hecho bien, Al-Khaf —dijo Madulain, haciendo un esfuerzo por permanecer tranquila—. La casa del hijo del gran visir está abierta para acogerlo, aunque supongo que el nuevo sultán no tardará en saberlo y nos obligará a su entrega.

—¡Podríamos cabalgar con él hacia el desierto, donde el sultán de El Cairo no sabría buscarlo ni tiene poder para hacerlo! —le respondió el beduino con orgullo.

—Lo pensaré —le aseguró Madulain—. Mientras tanto, te doy las gracias, mi querido Al-Khaf. ¡Plasta que lleguen vuestros hombres con Alí, habré tomado una decisión! —Se retiró y ordenó a sus criados y doncellas que hicieran enseguida el equipaje.

La decisión de Madulain fue inmediata. ¡Con Qutuz ocupando el trono, ella misma no estaba segura en su hogar, y mucho menos ahora, que el Halcón Rojo estaba ausente! Saif ed-Din Qutuz siempre había intentado abordarla con insolencia, ¡una vez nombrado sultán, su poder sería ilimitado! De modo que tendría que huir, al

mismo tiempo que Alí.

Una vez lo hubo decidido, Madulain se dirigió al exterior y explicó sus intenciones a los jefes de tribu, que ya se habían reunido delante de la casa.

—Quiero mantener alejada la guerra y la destrucción de esta tierra y no poner en peligro vuestras vidas —les comunicó, muy decidida—. Por esta razón me encaminaré con algunos de vosotros y con el hijo de Aibek a través del desierto hacia el mar Rojo, donde tomaremos una nave o atravesaremos el Sinaí... *hadha bi mashiya* Alá<sup>[668]</sup>.

Al-Khaf tomó la palabra para agradecerle su previsión, y le aseguró que protegerían su retaguardia hasta que ella y el joven Alí estuviesen a salvo. Madulain se lo agradeció a su vez, y dejó a su criterio escoger quien la acompañaría.

Cuando ya estaba a punto de alejarse, se le ocurrió un último ruego.

—Os pido que paséis aviso a *an-nisr al ahmar*<sup>[669]</sup>, en Alejandría, comunicándole lo sucedido.

Sabría encontrarme, pensó, sin poder evitar un cierto sentimiento de rencor. Él siempre estaba embarcado en toda clase de aventuras, y Roç y Yeza habían sido más determinantes para su vida que ella, su esposa. En realidad, más que esposa era compañera de lucha. Pero tampoco habría deseado llevar eternamente una vida tranquila en el campo. No habían tenido hijos. Madulain oyó el ruido de los cascos de caballo que se acercaban, y dio órdenes de ofrecer a Alí y sus acompañantes algún refresco antes de proseguir la huida. No deseaba saludar al joven sultán depuesto delante de todos aquellos hombres, pues conocía la ardiente admiración que el muchacho le profesaba y no quería dar lugar a maledicencias y rumores. Lo importante era prepararse para la huida al desierto.

Roç y sus tres compañeros no despertaron, como en realidad habían esperado, a causa del estruendo que causaría el suelo de su dormitorio al abrirse como tina gigantesca trampa hacia abajo, arrastrando consigo todos los muebles. En lugar de ello observaron, casi con rabia, que sus lechos seguían allí donde habían estado antes, y que unos nudillos tocaban en la puerta mientras la voz del mayordomo exclamaba:

—El señor Hugo os envía sus saludos. Ha salido a primera hora de la mañana para recibir a la novia... ¡Tenéis el desayuno preparado en la cocina!

Sus pasos se alejaron y Raúl comprobó que la puerta podía abrirse. Roç salió del armario.

—He inspeccionado nuestro dormitorio desde abajo —les informó en voz baja—. En efecto, se trata de una trampa. Así pues, os ruego que os quedéis donde estáis, y yo inspeccionaré rápidamente el resto del castillo.

Mientras sus tres compañeros se conformaban de mala gana soñando con un

sustancioso desayuno, Roç atravesó la parte posterior del armario y consiguió llegar hasta el sótano, y después, guiado por su olfato, alcanzó la cocina en la que algunos señores bien vestidos se sentaban a una mesa donde les servían pan, queso y jamón e incluso jarras de vino. Roç se sentó junto a ellos, y mientras comían y charlaban pudo enterarse de que representaban una especie de avanzadilla del duque de Lancia. Como dominaba el idioma de los señores, le resultó fácil enterarse de algún detalle más.

—¿El propio duque Galvano espera aquí a la novia? —preguntó con desparpajo mientras participaba en la colación.

—No es exactamente así —le informaron—. Recogerá a nuestra reina Helena en la playa y subirá con ella al castillo.

—¿Y no será el señor Hugo, dueño de este castillo, quien recibirá a la reina Helena y al duque en la playa?

—¡En absoluto! —le informaron a Roç—. ¡Ese pastor griego nos ha dejado solos! ¡Esta mañana nos hemos enterado de que d'Arcady, ese chivo apestoso, se ha ido de caza!

—¡Con todos sus hombres! —completó otro el relato del primero—. ¡Hay que ver los aliados que tenemos!

A Roç le bastaron esas palabras y se retiró, atravesando la cocina en dirección a la escalera normal. Estuvo vagando, ya furioso, por un laberinto de corredores y puertas falsas hasta llegar a una puerta detrás de la cual sospechaba que se encontraban los suyos. Al entrar tropezó con Raúl, que seguía acostado en el umbral.

—¡Déjame pasar, gandul! —le ordenó, excitado, y cerró la puerta a sus espaldas. Puso un dedo en los labios y ordenó a sus compañeros que se dirigieran hacia la salida oculta en el armario.

—Tenemos que regresar enseguida —les comunicó sin detenerse—. ¡La situación me huele mal! Tomaréis el camino que os diré y me esperaréis a la orilla del mar, lo suficientemente alejados como para que el castillo de Maugriffe quede fuera de vuestra vista.

Le explicó a Raúl cómo llegar al lugar previsto y cuando supuso que sus tres hombres lo habían alcanzado, también él se retiró por la salida secreta.

Atravesó la cocina y llegó al patio, preguntó por las cuadras y encontró allí a sus animales. Roç montó su caballo y se llevó los demás cogidos de las riendas.

—¡Se necesitan más caballos para las doncellas de la novia! —les gritó a los guardias, que se encogieron de hombros y le dejaron pasar.

Roç estaba furioso consigo mismo por haberse dejado engañar y supuso que todavía les esperaba lo peor. Cuando llegó al lugar donde había citado a sus compañeros, éstos ya le esperaban impacientes.

—Justo cuando nos alejábamos sigilosamente —le informó Pons, excitado—

¡llegaban siete templarios al portal!

—¿Prisioneros? —preguntó Roç, que no podía imaginarse otra cosa.

—Al revés: ¡llevaban consigo a otros prisioneros!

—¡No lo entiendo! —murmuró Roç, y obligó a sus compañeros a recorrer en un galope acelerado todo el largo de la playa, camino de Pantocratos.

## Palacios en el fondo del mar

En la playa de Alejandría, Yeza seguía sentada sobre su equipaje compuesto de cajas, fardos de ropa y bultos con enseres domésticos, entre ellos el arcón del tesoro que contenía su dinero y sus joyas. Jordi no le quitaba el ojo de encima. Yeza ordenó que montaran las tiendas y se retiró hacia las ruinas de la gigantesca obra que ocupaba la orilla. Eran los restos del faro más importante que conoció el mundo antes de que un temblor de tierra lo arrojara al mar. La ruinas de su planta baja parecían las de un castillo destruido, y allí solían reunirse los individuos marginales de la rica ciudad comercial, ladronzuelos y pequeños estafadores, asaltadores de caminos y falsos inválidos, pero también otros auténticos, a quienes los jueces habían hecho cortar la mano o romper una pierna. Los habituales recibieron de mala gana y con animadversión a los recién llegados, y al ver el equipaje abultado que traían consigo, se reflejó en sus rostros la envidia más primaria. De modo que Yeza se limitó a hacer limpiar por los *lancelotti* aquella parte de las ruinas que limitaban directamente con su campamento, donde deseaba guardar las piezas más valiosas y las armas, pues las tiendas de campaña ofrecían poca protección ante un eventual ataque por parte de un grupo de jinetes rápidos, mientras que las piedras podían ser defendidas con mayor facilidad. De todos modos, también había que estar pendientes del peligro que podía acecharles desde el interior de las ruinas. Los *lancelotti* con sus hoces conseguían mantener a raya a aquella gentuza, pero de noche siempre se acercaba alguien con la intención de husmear entre los tesoros de Yeza. A la joven no la asustaba tan emocionante situación, pero no dejaba de pensar que el Taxiarcos habría sabido cómo pararles los pies a aquellos insolentes.

De todos modos, ella misma consiguió tumbar a uno de los más atrevidos y romperle tres costillas arrojándolo contra las piedras, mientras le arrancaba a otro el arma de la mano y le propinaba un certero puntapié. Su decidida actitud causó algún respeto entre los salvajes, que a partir de entonces se mostraron más comedidos.

En realidad, Yeza no podía decidirse entre marcharse más lejos o visitar antes una vez más la gran pirámide, que ya había visto en otros tiempos, cuando aún era una niña. Muchas veces había revivido en sueños aquella excursión al interior de la tumba real, pero quedaban algunas extrañas manchas oscuras en su recuerdo. A veces se sentaba sobre las piedras junto a la orilla y le parecía ver en el agua clara, iluminada

por un sol vertical, palacios y templos, bellos acueductos y los asientos de mármol de un estadio.

Se decía que en algún lugar del mar dormía bajo las olas el magnífico palacio de Cleopatra. Haber vivido una intensa aventura con el Taxiarcos no hacía sentir a Yeza una mayor afinidad con la faraona, que probablemente poseía más encantos y conocimientos del amor que ella y, por otra parte, Yeza se consideraba poseedora de una mayor capacidad para pensar con frialdad y dominarse. Pero sí le parecía intuir lo que había llevado a la bella soberana a conquistar a los hombres más poderosos de su época, en su afán de preservar la soberanía egipcia frente a los conquistadores romanos, y también apreció que aceptara morir antes de ser arrastrada como botín por las calles de la odiada Roma. Ese episodio impresionaba mucho a Yeza, y lo que más sentía era que, en el curso de aquellas guerras, la biblioteca más importante y más rica del mundo<sup>[673]</sup> hubiese sido pasto de las llamas y nadie hubiese movido un dedo para salvarla. Este último pensamiento le hizo recordar a Yeza el final de la fortaleza de los «asesinos» en Alamut, donde tuvo que asistir, sin poder remediarlo, a la quema de la «torre de los libros».

Yeza no era de esas soñadoras que van de flor en flor, acariciando bellas ideas. Le gustaba hacer proyectos, pero siempre se atenía a las posibilidades reales para ponerlos en práctica. No tendría tiempo de crear un museo de las religiones en Jerusalén, ni los medios necesarios, pero sí podría fundar una pequeña universidad, un centro de estudios donde algunos hombres sabios desarrollaran sus ideas filosóficas. En la cabeza de Yeza empezó a formarse de inmediato una lista de nombres. Se acordó de Arslan, y de Mauri en Raimon, y se preguntó si estarían vivos. ¿Tal vez le conviniese empezar por Kefir Alhakim? ¿O por Jordi? Habría que encontrar a Rumi<sup>[674]</sup>, el famoso sufí<sup>[675]</sup>, cuyos versos maravillosos, inteligentes y poéticos recordaba muy bien.

*Cuando actué como me decían, estaba ciego.*

*Cuando fui donde me llamaban, iba perdido.*

*De modo que renuncié a todos y a mí mismo.*

*Así encontré todo y me encontré a mí.*

Mientras recitaba esos versos y miraba hacia el mar, vio salir de entre las olas a un joven moreno, o más bien a un hombre hecho y derecho, que llevaba una pieza ancha de cuero alrededor de una de las pantorrillas y sujetaba así un puñal. Antes de que el submarinista se quitara la cinta de la frente y sacudiera el cabello, Yeza ya había reconocido a Hamo, el conde de Otranto. Observó que, desde que le viera la última vez, había engordado; por otra parte, hacía años que no se encontraba con él.

—¡Hamo! —exclamó Yeza, y su voz denotaba asombro y alegría—. ¿De dónde

sales? —No era una pregunta muy inteligente, pero tuvo su respuesta.

—De la antigua Alejandría, la ciudad hundida, la que pertenece a un mundo de belleza superior —le reveló Hamo con entusiasmo, y miró a Yeza como si ella misma formase parte de ese mundo—. Sabía que te encontraría aquí —dijo—. He saltado al agua por ese otro lado, donde está anclada mi barca, y siempre me pierdo en este reino fantástico que me pertenece sólo a mí y a algunos peces. Es como una borrachera.

—De modo que conocías mi presencia aquí y no has querido acercarte más que saliendo de las aguas como un hombre-sirena... —El reproche de la joven no parecía demasiado serio.

—¡No podíais escapar, princesa! —Y señaló el campamento de beduinos a espaldas de la joven—. Pero ahora os invitaré a mi palacio. ¡Allí estaréis algo más confortable!

—No sabía que disponías incluso aquí de una residencia adecuada, Hamo l'Estrange.

—¡A mí también me sorprende! —El conde sonrió—. Pero finalmente mi cuñado se apiadó de mí, no tanto por la causa de Shirat como porque su hijo goza de nuestra hospitalidad en Otranto...

—¿Queréis decir que Baibars, el terrible Arquero, pone su casa a disposición de un cristiano?

—Así es. ¡Y me gusta!

Hamo señaló hacia donde una colina cubierta de vegetación separa la nueva Alejandría de la antigua. Entre el verdor de algunos cipreses y palmeras se entreveían elegantes palacios.

—¡Os espero allí! —Y Hamo cruzó de nuevo la arena en dirección al agua.

Yeza se quedó mirándolo, y cuando hubo desaparecido hasta su cabeza, se dio cuenta de que no le había preguntado por qué estaba allí y no en Grecia, como le correspondía siendo vasallo del rey. ¿No habría visto a Roç? ¿O por qué estaba allí, nadando en el mar, en lugar de haber regresado a su castillo, con su esposa? Se acordó que siendo muy niña, en Otranto, la había sorprendido el hecho de que él fuese capaz de estar tanto tiempo debajo del agua. ¡Siempre había deseado poder hacer lo mismo! Yeza llamó a Jordi y le encargó que se ocupara del traslado.

—Yo misma no tengo demasiados deseos de irme de aquí —le aseguró—. Aunque supongo que vosotros estaréis contentos.

Jordi le dijo con toda franqueza:

—¡Es mucho más seguro! La casa de Baibars...

—Puede convertirse en una trampa mortal si el Arquero se entera de quién la habita.

—Tampoco os salvaríais de su ira en la playa.



## El tormento de un sultán

El palacio del sultán causaba la impresión de un hormiguero revuelto. El sultán Saif ed-Din Qutuz estaba furioso tras haberse enterado de que su antecesor había escapado en el transcurso de la noche.

—¡Se habrá refugiado en Gizeh! —le gritó a Naiman<sup>[676]</sup>, un esbirro bizco que se acercó cojeando al trono.

—Lo sospeché así e hice vigilar la carretera hacia Gizeh, ¡pero al parecer huyeron por otra vía!

—¿Cómo no habéis ocupado ya el palacio de la *sartz* y lo habéis atrapado allí?

—¡Porque esos malditos beduinos nos cierran el paso a la finca del gran visir!

—Nada os impide acercaros a ese lugar con dos, cinco o diez regimientos y convertirlo en cenizas...

—Será mejor que mantengáis la mente fría —se oyó tronar una voz que no demostraba demasiado respeto por el trono del sultán. Era la voz de Baibars, pero éste no se había acercado, sino que se quedó en el centro de la estancia, lo que le permitía levantar la voz tanto como gritaba Qutuz—. Además, nuestros jinetes no están para jugar a una guerra entre hermanos. Y en tercer lugar, ilustre sultán, podéis contar con que aquellos a los que buscáis ya habrán abandonado el país.

—¿Cómo? ¿También la *sartz*? ¿Ha aprovechado para huir también?

—Según mis informaciones —mintió Baibars con desparpajohan subido a una galera veneciana rápida que los llevará a Damietta, donde está el esposo de la dama, ¡nuestro amigo y emir Fassr ed-Din Octay! Podéis estar contento, pues así los perdéis a todos de vista.

El sultán Qutuz tragó saliva.

—Habéis acudido para estropearme el día de mi ascenso al trono, Baibars, ¿o venís a presentarme vuestros respetos?

—Si os gusta, majestad, doblaré la rodilla y os prometeré lo que queráis. —El robusto cuerpo del Arquero, sin embargo, no mostraba signos de querer hacer lo que ofrecía—. En realidad, he venido para hablar con vos de asuntos más importantes, pero que no admiten testigos. ¡Demostrad vuestra autoridad y haced despejar la sala!

Y se quedó esperando con las piernas separadas, mientras Qutuz le hablaba a Naiman y éste pasaba la orden a los guardias. En efecto, consiguieron vaciar la enorme sala en un plazo brevísimo. Entre los cortesanos que se retiraban murmurando y los oficiales que se despedían obedientes, Baibars parecía una roca en medio del oleaje.

—Os ruego que os sentéis cerca de mí —ofreció Qutuz.

Baibars subió los escalones, se acercó a Qutuz y cayó de rodillas, tan de repente

que el sultán se asustó. Se sintió agredido y no había nadie cerca que pudiese protegerle. Pero cuando vio que el Arquero no pretendía atacarlo, procedió a su vez a abrazarlo con una sonrisa hipócrita y quiso ayudarlo a incorporarse de nuevo. Baibars se levantó con agilidad sorprendente, dio un salto como un animal salvaje y se sentó junto al trono.

—El hecho de haber admitido que ocupéis el trono de El Cairo en lugar de seguir sosteniendo allí a ese niño —dijo Baibars como para sí mismo, de modo que Qutuz, acobardado, se veía obligado a torcer la cabeza hacia abajo y hacia un lado, para entenderle— no tiene mucho que ver con vos, sino con el hecho de que no me gustaría ver sentado ahí al gran khan.

—¡Muy bondadoso por vuestra parte! —dijo furioso el sultán.

—No se trata de bondad, sino de que vos sois el elegido para salvar a Egipto y al Islam de semejante amenaza.

—¿Y por qué no vos mismo? —preguntó Qutuz con justificada desconfianza.

—Porque yo me pondré a la cabeza del ejército que libre la batalla decisiva contra los mongoles.

—*Alá iyasihum!*<sup>[677]</sup>

—*Alá ikun be'ouna!*<sup>[678]</sup> Nosotros mismos tendremos que derrotar a nuestros enemigos.

—¿Se sabe algo de la dirección que toman las hordas de Hulagu?

—No habléis con tanto desprecio de un enemigo que hasta ahora ha vencido a cuantos se interponen en su camino. También nosotros, una vez caída Bagdad, tendremos que cederle más de una plaza hasta conseguir una posición desde la cual podamos atacarle con la esperanza de destruirlo.

—¿Y qué sacrificios pretendéis pedir, oh gran Arquero, a nuestro pueblo de creyentes que profesan la verdadera fe?

—Tenemos que esperar. Es muy probable que los mongoles se dirijan primero a Jerusalén...

—¿La ciudad donde se guarda la huella del casco del caballo de Mahoma? ¡Una ciudad santa para todo buen musulmán! ¿Y por qué habría de dirigirse a Jerusalén?

—¿Habréis oído hablar de la pareja real?

—¿A los que llaman también «hijos del Grial»? *Tasouir mafduh*<sup>[679]</sup>, gente sin un origen dinástico claro, ¡impostores!

—¡Decís bien, precisamente vos! A mí me basta con que podrían representar la excusa más conveniente para que el ejército de los mongoles se dirija a un terreno que no favorece su forma de luchar, pero que nosotros sí conocemos, y que nos trae buena suerte. ¡Recordad a Saladino!

—Es una comparación atrevida —se mofó el sultán. Baibars no le hizo caso.

—Yeza ya está en Alejandría, de modo que Roç Trencavel no tardará. Tenemos

noticias de Palermo que nos indican su intención de dirigirse a Jerusalén.

—O sea que si impedimos a esa pareja de impostores que entre en la ciudad santa, ésta tampoco será atacada por los mongoles. Daré órdenes...

—¡Qutuz! —Baibars le había gritado al oído y el sultán se encogió del susto—. No os metáis en la estrategia que he ideado para la campaña. Los mongoles deben llegar hasta Hierosolyma, aunque no necesariamente les dejaremos entrar en la ciudad. En cualquier caso, allí los derrotaremos con ayuda de los francos.

—¿Queréis luchar junto a esos perros cristianos...?

—Nadie ha dicho lo que sucederá después con esos perros y, en todo caso, nadie os pide que os comáis su carne. Pero sí os exijo una cosa: ¡jurad que no meteréis los dedos en el plato que estoy cocinando!

Baibars se había incorporado de nuevo, dando un salto, pero esta vez se irguió detrás del trono y siseó:

—¡Jurad!

—Lo juro —susurró el sultán con la voz quebrada.

—¡Más alto! Debéis decir: ¡juro por Alá todopoderoso que no intervendré en los asuntos de los que nada entiendo!

Qutuz comprendió que tales palabras habían de servir sobre todo para ponerle a él, el sultán, en ridículo ante los que escuchaban atentamente aquella conversación, apretando sus orejas ardientes contra las puertas. Pero ninguno de aquellos míseros aduladores entraba para apoyarle. Estaba en manos de Baibars, las sentía entre sus cabellos, unos cabellos por los que aquel hombre horrible le sujetaría cuando le cortara la cabeza. De modo que el sultán pronunció el juramento propuesto. Cuando Baibars se hubo marchado, tuvo que vomitar.

Se abrieron las puertas y ahí estaban todos, mirándole. Naiman fue por una palangana.

Después de los sucesos de la noche, las casas de té junto al Bab an Nasr<sup>[680]</sup> estaban llenas de gente que comentaban la caída del joven califa y su espectacular huida. Algunos no se lo creían, otros aseguraban que el pobre Alí, cegado y castrado, había sido encerrado en la mazmorra más profunda del palacio, donde esperaba su fin, y que su favorita secreta, la bella esposa del Halcón Rojo, ya había sido trasladada a la fuerza al harén de Qutuz. Todos esperaban que el hijo del gran visir, al que el pueblo adoraba, regresara cuanto antes para vengarse de una forma contundente en la persona de aquel advenedizo que había pisoteado su honor. Entre todas aquellas gentes había dos ancianos refugiados en un nicho y que parecían merecer una atención especial, de modo que debía de tratarse de unos sabios famosos, pues ni por su ropa ni por sus joyas revelaban ser personajes sobresalientes. No

participaban en los comentarios generales, sino bebían con mucha calma su *shai bi na'na*<sup>[681]</sup>.

—¿Hasta qué punto los templarios tienen realmente algo que ver con el santo Grial? —preguntaba el famoso sufí Abu Bassiht<sup>[682]</sup> a su invitado del Extremo Oriente, que le había sido recomendado por unos amigos persas. Arslan, el chamán, vestía como un sencillito monje peregrino.

—Para dar una respuesta satisfactoria a vuestra pregunta, uno de nosotros dos tendría que ser capaz de explicar qué representa, en su verdadera esencia, el Grial. ¡Yo no lo sé! —admitió Arslan con humilde franqueza—. No obstante, sí puedo hablar con alguien como vos acerca del significado que se le atribuye.

—No quiero insistir, querido Arslan, pero me acuerdo de un viejísimo caballero templario que, según creo, es prisionero nuestro desde la batalla de La Forbie, y al que su orden hace tiempo tiene olvidado. En cualquier caso, nadie ha hablado jamás de liberarlo, y cuando se produce un intercambio de prisioneros, él se niega a que le suelten porque, según dice, le han profetizado que vería el Grial en Jerusalén, y que moriría después.

—¿Por qué no le enviáis a esa ciudad, y entonces veríamos si consigue que allí se le revele el Grial?

—Jerusalén es, después de La Meca, la ciudad más santa del Islam. Nadie quiere arriesgarse a que allí, además del griterío que arman los judíos en torno a su templo y los lloros de los cristianos en torno al sepulcro de su mesías, se establezcan ahora los adeptos de un Grial manifiesto o imaginario, puesto que además parecen ser muy fanáticos y no temen siquiera la muerte en la hoguera.

—Estimado Abu Bassiht, los «puros», como les gusta llamarse, carecen de un vicio que por desgracia afecta a todas las demás religiones monoteístas: ¡la intolerancia! No pelean por su fe y nunca cogen un arma, ¡mueren por ella, porque les promete el paraíso!

—¡Nosotros también lo prometemos! —El sufí sonreía—. Aunque, por supuesto, hay que adquirir méritos, *khilal rida Alá an amalih!*<sup>[684]</sup>.

—Los adeptos del Grial están seguros de entrar en el paraíso, tan seguros como que este paraíso no existe en la tierra. El mundo es para ellos cosa del demonio. De modo que tampoco vale la pena realizar buenas obras.

Abu Bassiht opuso:

—¿De modo que opináis que deberíamos cumplir el deseo del caballero de las luengas barbas?

—¡No habléis en voz tan alta! —susurró Arslan—. Nos están espiando. He visto detrás de la columna a Naiman, el ojo del Maligno, un hombre que incluso cojea.

—Es uno de los esbirros de Qutuz, aunque es demasiado tonto para entender de qué estamos hablando.

—Le conozco de la época en que actuaba en Bagdad, donde intentó hacer fracasar a los hijos del Grial en Samarcanda<sup>[685]</sup> e impedir que fueran a ver al gran khan...

—Hablad en voz más baja, querido Arslan, ¡hay palabras que pueden costarle a uno la cabeza!

—Lo mismo le dije al embajador de los mongoles, pero no quiso creerme. ¡Es hermanastro del chambelán mayor, Ata el-Mulk Dshuveni! —reveló el chamán—. Los hijos del Grial se han convertido ahora en la pareja real, y ésta ascenderá al trono de Jerusalén cuando el Grial lo disponga, con la poderosa protección del ejército del gran khan. Es asunto decidido. Vuestro viejísimo templario sería una prueba más, pues entonces los creyentes de Egipto conocerían las intenciones de Alá para con su pueblo. Si el Grial se revela en la ciudad santa de Jerusalén, los mongoles entrarán en ella. Si esto no sucede, o si el Grial se oculta a los ojos de aquellos que esperan su revelación, todo volverá a estar en duda. Pero la pareja real no renunciará a la búsqueda, y sólo Alá sabe a dónde les llevará. ¿Tal vez les guíe un ángel, o estén siguiendo la huella de una estrella que les conduce hacia las pirámides?

—*Al hami Alá!*<sup>[686]</sup> —exclamó el sufí.

—No os asustéis —dijo Arslan y volvió a bajar la voz hasta el punto de que apenas podía oírse entre la cháchara general—. Naiman, la gran oreja, se ha enterado de lo más importante, pero no sabemos si lo habrá entendido. ¡Lo que sí sé es que ha marchado cojeando, para informar de ello en palacio!

El nuevo sultán Qutuz seguía sentado en el trono, pálido y desmejorado. Había dado órdenes para que sus guardias formaran una doble hilera alrededor de él, por los lados y por detrás. La sala de audiencias se había llenado nuevamente de peticionarios, cortesanos y militares, aunque los guardias no dejaban que nadie se acercara más que hasta el primer escalón. Naiman tuvo dificultades para hacerse entender por su soberano.

—¡Ponlo por escrito! —le gritó el sultán, que tenía los nervios a flor.

Un heraldo proclamó en voz alta:

—¡Okr' el-Mulk Dshuveni, embajador extraordinario del il-khan Hulagu de Persia, soberano del mundo occidental! —Los demás le hicieron sitio por pura curiosidad, de modo que el embajador pudo acercarse.

El hombre parecía una rata vieja y tenía los dientes amarillos, la cabeza calva y un bigote cuyas puntas tiesas parecían querer clavarse en el aire.

—En nombre del todopoderoso gran khan de los mongoles... —empezó a graznar sin mucho empeño, hasta el punto de que el sultán Qutuz le interrumpió con brusquedad:

—¿Has venido para presentarme tus respetos? —le espetó.

El embajador le miró con ojos acuosos y cargados de reproche.

—Mi soberano solicita del sultán de El Cairo que se someta, acepte pagar unos tributos que aún están por determinar, le entregue determinadas fortalezas en la frontera y le ayude con algunos cuerpos de ejército cuando se lo exija.

Okr' el-Mulk Dshuveni no se esforzaba por disfrazar las exigencias de su soberano, y enumerarlas era para él cuestión de pura rutina.

—El sultán tiene medio año de plazo para presentarse en Karakorum y formalizar su vasallaje...

Mientras el embajador iba acabando su perorata, el sultán se había quedado sin habla. Después se sonrojó, aspiró profundamente y consiguió graznar:

—¡Que le corten la cabeza!

En la sala de audiencias se hizo el silencio, y los oficiales desenvainaron las cimitarras. Pero mientras decidían cuál de ellos tendría el honor de ejecutar la primera sentencia de la era del nuevo sultán, el embajador, ya de rodillas y con los brazos sujetos por varios hombres, declaró sin inmutarse:

—Os perseguirá la fama de un cobarde sin honor por el hecho de no haber respetado la inmunidad de un embajador. —Lo dijo con voz lenta, y las puntas de su bigote temblaban de desprecio.

Entretanto los guardias, preocupados por sus prerrogativas, se habían puesto de acuerdo y un gigantesco nubio<sup>[687]</sup> se acercaba a través de la multitud, a espaldas del sentenciado.

—Mi sangre manchará vuestras manos hasta el día en que sufriréis la misma muerte... —Dshuveni no pudo proseguir porque la cimitarra procedió a separarle la cabeza del cuerpo, la sangre salió a borbotones del cuello y el tronco cayó hacia adelante.

—¡Fuera con él! —ordenó Naiman. Era el único que había mantenido la cabeza fría.

No sucedía lo mismo con Baibars, que acudía a toda prisa.

—Puedes decirle al sultán —le espetó el temible emir al cojo—, ¡que éste ha sido el primero y el último mongol al que ha ajusticiado sin mi permiso! —El Arquero lo dijo en voz suficientemente alta para que la prohibición llegara a oídos de su destinatario último.

Deseoso de no crear más divergencias, Naiman se animó a dar una respuesta:

—No era un mongol, ¡sino un traidor al Islam al servicio de los mongoles! —Al tiempo que se esforzaba en alejarse de Baibars, que decidió finalmente abandonar la sala con pasos enérgicos y furiosos y sin mirar hacia atrás.

Unos criados sacaron a toda prisa el cuerpo de Dshuveni, arrastrándolo por las piernas. La cabeza había ido a parar a una cesta llena de virutas, de las que esparcieron también algunas por el suelo de mármol.

—¿Qué querías explicarme, Naiman? —preguntó el sultán, haciéndole señas a su espía.

—En parte ya no tiene importancia, señor. Ha llegado a Alejandría una princesa procedente de Grial...

—¡Eso ya lo sé! —le respondió Qutuz, quitándole importancia a la información.

—Va camino de Jerusalén...

—Aún no —le replicó el sultán—. ¡Pero no la pierdas de vista! ¿Algo más?

—En nuestra cárcel destinada a los perros cristianos, tenemos a un tal Botho de Saint-Omer<sup>[688]</sup>, un hombre de noventa y tres años de edad, de los que lleva veintiocho en prisión, un templario...

—¿Acaso pretendes que lo indulte para celebrar este día? —se burló Qutuz, y Naiman prefirió cambiar de táctica.

—Circula la leyenda de que ese anciano sólo podrá morir en Jerusalén...

—¡Hazlo matar y así pondrás fin a ese piadoso cuento cristiano! —Qutuz no quería seguir pensando en aquel viejo, pues se le había ocurrido otra idea—. Envía un mensaje a Acre, pero no en mi nombre —le hizo señas a Naiman para que se acercara más—, y ocúpate de que este escrito no caiga en manos de Baibars.

Le susurraba al oído de su espía y, al mismo tiempo, estaba furioso de tener que susurrar.

—Haremos saber al gobierno de ese supuesto reino que estamos muy disgustados por el proyecto secreto de entronizar a la pareja real...

—Se trata de Yeza Esclarmunda y Roç Trencavel —añadió Naiman—, ¡conozco a esos impostores!

—¡Lo sé! —Qutuz se impacientaba—. La realidad es que no carecen de peligro, pues incluso Baibars quedó en su día preso de sus encantos. Acoger a esos aventureros en Jerusalén será considerado por nosotros como una ruptura flagrante del armisticio. Esperamos del gobierno de la ciudad que disponga las medidas necesarias para impedir semejante proyecto. ¡Ese escrito debe ir sellado por la cancillería!

—¡Será enviado con urgencia y en secreto! ¡Podéis confiar en mí!

Aunque me preocupan esos altivos barones de Acre, a quienes convendría asustar un poco...

—¡La cabeza! —se le escapó a Naiman, y Qutuz comprendió la idea.

—¿Quieres decir que debemos enviarles la cabeza? ¿Para que vean cómo procede el sultán con sus enemigos...?

—Un regalo para Yeza, cuando llegue a Jerusalén, entregado por un templario de barba blanca, en una ceremonia solemne de recepción, encerrada en una preciosa caja...

—¿Qué pretendes? —respondió el sultán, ya de mal talante—. Te he dicho

claramente que no quiero tener a esa princesa en Jerusalén.

Pero Naiman no se inmutó.

—Será difícil evitarlo. El emir Fassr ed-Din Octay está camino de Alejandría...

—¡De Damietta<sup>[689]</sup>! —se indignó el sultán.

—Como queráis, señor —cedió el espía—. En cualquier caso, hay muchas y poderosas fuerzas que procurarán llevar a Yeza hasta su meta. Pero no os preocupéis. Le prepararemos a esa dama una recepción espléndida.

—Deberían estar presentes un mongol y una delegación de Acre. —De repente el sultán parecía tener las ideas muy claras—. El templario Botho de Saint-Omer entrega a la princesa del Grial un estuche de regalo, ella lo abre...

—¡La cabeza!

Qutuz se echó a reír.

—¡Eres impagable, Naiman! Pero debes preocuparte de que el templario que hace esa entrega pierda, a su vez, inmediatamente después ¡su propia cabeza! Así, todo sucederá dentro de un orden, y eso reforzará el efecto.

Naiman se sentía orgulloso. A pesar del poco entendimiento de su amo, había conseguido imponer el plan secreto de aquel mongol disfrazado, pues él había reconocido perfectamente al viejo Arslan. Aunque Naiman había introducido alguna modificación.

Se frotó las manos, y con su ojo sano le envió un guiño a Qutuz. Lo único que le quedaba por hacer era atrapar a ese espía mongol y ocuparse de que fuese testigo de la solemne recepción en Jerusalén. Se dirigió sin perder tiempo con algunos de sus hombres a la casa de té en Bab an-Nasr, pero el sufí y su acompañante ya no estaban.

## **Engañado y traicionado**

Cuando vieron alzarse en la lejanía, entre las rocas, la conocida torre que guardaba el pozo, muy por encima de la playa, el corazón galopante de Roç se tranquilizó un poco, pues no se observaba nada sospechoso. Ordenó a su pequeña tropa que dejara la playa y se adentrara en el terreno, pues lo primero que deseaba hacer era inspeccionar la ciudadela, para estar seguro de que nadie los atacaría por la espalda. Una vez arriba, vieron que el poblado de Pantocratos descansaba pacíficamente frente a ellos, se veía gente en las murallas de la ciudadela, probablemente los germanos, y la bandera de Sicilia ondeaba en lo alto de la torre.

Roç se dirigió hacia la brecha en la muralla. En las picas ya no quedaba nada de aquel adorno horrible con que los habían recibido la primera vez. Pons hizo un gesto de saludo hacia lo alto y los hombres armados se lo devolvieron desde las almenas. Pero justo cuando Roç quiso saltar del caballo para entrar a pie en el poblado, el animal reculó para no tropezar con un cuerpo que, medio oculto en la arena, se movía



delante de sus patas. Era el germano Dietrich, cubierto de sangre y costras, que jadeaba:

—Aléjate, Trencavel, no son germanos. ¡Todos están muertos!

Roç saltó del caballo y se inclinó sobre el herido.

—¿Quién ha sido? —preguntó, aunque comprendió que solamente podía haber sido Hugo.

—¡Debéis salvaros! —Dietrich se irguió con esfuerzo, su torso musculoso mostraba varias flechas clavadas y partidas.

—Dejadme morir —se lamentó, intentando sacar su espada de entre la arena sobre la que estaba recostado.

Roç llamó a sus compañeros y entre todos subieron al herido a lomos del animal de carga. Como no podía mantenerse ni sujetar las riendas, le acostaron encima y le ataron como a un saco.

—¡Tenéis que salvaros! —insistía el gigantón rubio al que le volvía a manar sangre de varias heridas.

Se pusieron en marcha en dirección a la torre, el Trencavel en cabeza. De vez en cuando miraba hacia atrás, para asegurarse de que le seguían los mozos occitanos con el germano. Después vio que salían jinetes de Pantocratos y al mirar hacia la duna de la que acababan de salir ellos mismos, vio también allí grupos de jinetes que parecían gatos dispuestos a jugar un poco más con unos pobres ratoncillos. Roç se obligó a permanecer tranquilo, y aunque el corazón volvía a golpearle hasta el cuello, no dijo una palabra, ni aceleró el trote. ¡El menor signo de pánico o de huida habría desencadenado la caza!

La única esperanza de salvación era la torre, si es que Beni y Potkaxl habían conseguido mantenerse allí. Con la cabeza gacha, Roç intentó arrojar una lenta mirada hacia atrás. Vio que las filas de jinetes se ponían en movimiento, y una vez más pensó que, en aquel silencio plomizo, ellos representaban el papel de una camada de ratoncitos ciegos que se movían en el fondo del valle.

La senda ascendía de nuevo y arriba, en la última plataforma de la torre, Roç creía reconocer las cabezas de Beni y Potkaxl. ¡A Dios gracias! Le enviaban señas, de modo que estaban vivos.

—¡Beni! —gritó Roç apenas se hubieron acercado lo suficiente.

—¡No subáis por la escalera! —exclamó la tolteca—. ¡Hemos formado una barricada!

—¡Coged la cuerda! —volvió a hablar Beni—. ¡Os subiremos!

Roç vio entonces la cuerda que colgaba, pero comprendió que jamás podrían salvarse los cinco de aquella manera, y mucho menos uno que apenas tenía fuerzas. No les daría tiempo. Se dirigió a los occitanos.

—Raúl, debemos separarnos. Buscad la manera de huir a lo largo de la orilla. ¡Yo

intentaré salvar a Dietrich! —Mientras tanto, todos habían alcanzado la torre, pero los tres mozos no se decidían.

—¡Conseguiremos subir antes de que llegue el enemigo! —declaró Raúl con voz firme.

Habían bajado a Dietrich del caballo y lo dejaron en tierra.

El germano le gruñó a Roç:

—¡No pretendáis hacer el héroe! Mi misión era protegeros a vos. Me he pasado un poco. —Forzó una sonrisa y añadió—: Os ataré la cuerda al pecho.

Dietrich apretó los dientes, cogió el extremo de la cuerda y lo ató en torno a Roç, que quiso sujetarle con la vaga esperanza de que Beni y Potkaxl fueran lo suficientemente fuertes como para tirar de ambos a la vez, pero en ese instante la cuerda tiró de él, Roç perdió el contacto con el suelo y Dietrich se apartó, dándole la espalda. El germano se dirigió, espada en mano y 'tambaleándose, hacia los jinetes que acababan de llegar al pie de las rocas. Roç iba subiendo y subiendo y vio a los tres occitanos cabalgando hacia la playa para huir a lo largo de la orilla. Dietrich se encontró con los primeros jinetes, a los que quiso cerrar el paso dando hábiles golpes con la espada, hasta que una lanza le atravesó el pecho. El arma cayó de sus manos y el cuerpo del germano acabó bajo los cascos de los caballos.

El enemigo se acercaba a la torre, aunque no llevaba arqueros, por lo que sus picas se estrellaban contra el muro a los pies de Roç, que consiguió enderezar las piernas y apoyarlas en el muro. Era como si quisiera asaltar la torre caminando sobre ella, pero así conseguía aminorar su peso. Cuando consiguió agarrarse con una mano a la almena, vio que Beni sujetaba la cuerda con sus últimas fuerzas y Potkaxl tiró del brazo de Roç hasta que éste, respirando pesadamente, quedó acostado de vientre sobre las piedras que coronaban el muro. Arrojó una última mirada hacia el mar y vio que los tres mozos habían sido apresados. Sus enemigos, demasiado numerosos, los habían atrapado y les estaban atando las manos a la espalda. Al ver que se los llevaban, Roç juró que los volvería a rescatar. Pero no era el momento de perderse en ilusiones. Comprendió lo vergonzoso de su situación, rescatado por un paje y una doncella, y habiendo tenido que aceptar el sacrificio de Dietrich para salvarse él.

Los jinetes no parecían querer asaltar la torre; se detuvieron allí donde Dietrich se les había enfrentado. No maltrataron el cadáver del germano, sino que lo sentaron, casi con respeto, entre las rocas. Los jinetes parecían esperar la llegada de su jefe, o de una orden. Roç vio que la cabeza de Dietrich caía lentamente hacia un lado, seguida por el tronco, del que sobresalían las flechas partidas, y pensó que jamás se le habría ocurrido que sentiría tanto la pérdida de aquel germano rubio. Incluso llegó a envidiarle la manera de morir. Hizo un esfuerzo, se irguió y se dirigió a sus salvadores:

—¡Contadme lo sucedido!

—Primero llegó Mahmoud corriendo por el pasillo subterráneo que desemboca abajo, en el pozo, como ya sabéis —empezó Potkaxl a informarle con lengua rápida—. Gritaba «¡Traición! ¡Traición!» y siguió corriendo hacia la playa, donde estaba la trirreme. —Sólo entonces se fijó Roç en que no había visto la nave. Pero estaba demasiado agotado para que la noticia le conmocionara.

—Poco después pudimos ver desde aquí —dijo Beni—, que preparaban la trirreme para alejarse. ¡Izaban las velas!

—Los templarios, acampados allí abajo, decidieron marcharse también. Simón nos encargó saludos para vos.

—Gracias —dijo Roç.

—Pero perdieron demasiado tiempo —prosiguió Potkaxl—. Entretanto se había presentado un grupo de jinetes delante de la ciudadela. Portaban una bandera blanca y les contestaron con el mismo saludo. Una parte de los jinetes se dirigió a pie a la ciudad, siempre con la bandera blanca... —Potkaxl parecía fascinada por esta visión.

—¿Quiénes eran? —indagó Roç.

—No lo sabemos —intentó explicarse Beni—. En cualquier caso, los templarios decidieron bajar a la playa, pero cuando estaban a medio camino, la trirreme levó anclas.

—¡Y se alejó con las velas hinchadas, delante de sus narices! —añadió Potkaxl—. Los templarios corrían en vano, y algunos se tiraron al agua.

—Precisamente en ese instante salieron unos hombres armados del pozo, encabezados por el de la barba negra.

—¡Hugo! —exclamó Roç—. ¡Lo echaba en falta!

—¡El caso es que huía! ¡Por todas partes le aguardaban sus enemigos! —exclamó Beni y abarcó con un brazo todo el terreno, hasta Pantocratos—. ¡Casi como ahora!

—¿Qué dices? —se excitó Roç ¿Qué enemigo? —Pero Potkaxl pasó a otro tema.

—Nosotros estuvimos gritándole desde la torre a Simón y a sus siete caballeros, que regresaban tristes y desilusionados de la playa, que aquí les esperaba el cobarde *despotikos* con el doble de hombres...

Beni consideró que era el más adecuado para seguir dando el parte de guerra.

—Los templarios no querían creer que les esperaba un peligro. Cuando empezaron a darse por enterados, de sus siete caballeros ya habían muerto tres...

—¿Y Simón?

—Simón todavía vivía cuando los hombres de Hugo arrastraron a los supervivientes y a los muertos hacia los bajos de la torre.

—Y poco después vimos a unos templarios saliendo a toda prisa de allí abajo, ¡y yo juraría que uno de ellos era el *despotikos* con su barba negra!

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó Roç, confundido—. ¿Y Simón?

—Simón no iba con ellos —explicó Potkaxl—, su túnica la llevaba el señor Hugo

y suponemos que allí abajo, en la torre, quedan Simón y sus últimos templarios, aunque sin túnicas.

—¡Espero que hayan podido salvar la vida! Por cierto... —dijo Roç, embargado ya por un malestar profundo— ¿dónde está mi arcón?

Sus compañeros de infortunio no contestaron a la pregunta.

—¡Se acercan!

En efecto, al pie de las rocas se movía la tropa. Algunos hombres subieron hacia arriba, aunque sin prestar la menor atención a los ocupantes de la torre. Saltaron de los caballos, formaron un círculo en torno al edificio y quedaron a la espera. Roç y sus jóvenes acompañantes centraron su atención en lo que sucedería allá abajo.

El primero en salir de la puerta fue Zaprota. Era de suponer que habría guiado por el pasillo subterráneo a los hombres armados que se agolpaban detrás de él. Después vieron que el anciano llevaba las manos atadas a la espalda. El cabecilla del grupo tiraba de la cuerda y le escupía al viejo en la cara.

—¡Tu amigo Hugo ha escapado porque nos has guiado mal! —Dicho esto, y sin añadir más, le clavó a Zaprota un breve puñal en la nuca. A continuación salieron de la puerta Simón y los tres templarios que habían sobrevivido; estaban desnudos, salvo un taparrabos, y llevaban a hombros el arcón del tesoro de Roç. De la pesada caja de madera goteaba agua.

Roç arrojó una mirada acusadora a Beni, y éste se quiso excusar, susurrándole:

—No podíamos subir el arcón por la escalera, y cuando el Diablo del Fuego llegó corriendo y gritaba «¡Traición!», los moriscos lo arrojaron al pozo y corrieron detrás de Mahmoud hacia la nave...

—Muy bien —dijo Roç, y torció el gesto—. Ahora resulta que me he quedado sin fondos para guerrear y que mi ejército se compone de dos héroes: ¡vosotros!

Desde arriba fueron observando cómo se vaciaba el campo de guerreros, y que éstos se llevaban incluso a los prisioneros y a los muertos. También el cuerpo de Dietrich fue cargado sobre un caballo y Roç vio cómo la rubia cabellera se bamboleaba entre los dos brazos que colgaban inertes. Pensativo, resumió:

—Hugo d'Arcady es capaz de haber lanzado a una parte de su ejército contra la otra parte, para quitarse de encima a unos aliados que ya no necesita. En cualquier caso, la clave de lo sucedido sigue estando en el castillo de Maugriffe.

—Hemos perdido a Dietrich y a los caballeros teutónicos —hizo Beni el recuento—, también a Simón y a sus templarios, y los tres mozos occitanos han sido hechos prisioneros. ¡Y la trirreme también ha desaparecido!

—¡Y ni siquiera tenemos caballos! —Roç suspiró, pero entonces intervino Potkaxl.

—Allá abajo deben correr algunos animales sueltos, no tenemos más que atraparlos y salir a liberar a los encerrados.

—¡Eso haremos! —Roç volvió a sonreír—. ¡Y después partiremos a la conquista de Jerusalén!

## **La desgracia es la favorita del destino**

El castillo de Maugriffe aparecía iluminado como un cometa caído del cielo que sigue arrojando chispas hacia todos los lados.

El Trencavel recordó que Hugo había anunciado una gran fiesta para cuando la gentil Helena, la novia de Palermo, fuera recogida allí por el tío del novio, el duque de Lancia. Roç seguía vestido como un noble oriental, pues no llevaba ropas para cambiarse, y sus vestiduras habían padecido bastante en el transcurso de aquella jornada tan poco gloriosa. De modo que se dirigió a sus acompañantes, que compartían un solo caballo. No habían podido atrapar más que a dos animales.

—No me acompañaréis —les comunicó, muy decidido—. Conozco las interioridades del castillo, y solo me moveré mejor.

Beni estuvo de acuerdo, pero Potkaxl no cedía con facilidad.

—Habría que avisar al duque de Lancia y abrirle los ojos, para lo cual tal vez no os iría mal poder contar con la asistencia de una encantadora princesa...

—Me parece preferible que sigáis juntos. Si no regreso, os prohíbo ir a buscarme, pero sí os ruego que saludéis en ese caso a mi amada Yeza... —no siguió hablando, porque la emoción le cortaba el aliento.

Abrazó a Beni y besó a Potkaxl en los labios que ésta le ofrecía tan predispuesta, dejó el caballo al cuidado de sus dos fieles servidores y se encaminó hacia la fortaleza iluminada.

Los invitados llegaban de todas las direcciones, las damas en palanquín y con vistoso séquito, los caballeros con sus escuderos, sus portaestandartes y sus músicos. Roç oía las melodías que invitaban al baile y supuso que habría mesas y bancos dispuestos hasta en los patios interiores del castillo. Encontró una reja metálica que cedió a la presión de sus puños y se introdujo en un canal que parecía el de salida de las aguas sucias de la cocina. Después vio una escalera y empezó a subir y subir, hasta que llegó a un pasillo y a lo largo de éste a una puerta, que abrió con mucha precaución. Se trataba de la pared posterior de un armario, y cuando lo abrió, su mirada cayó directamente en un par de ojos oscuros que le observaban con curiosidad. La encantadora criatura a la que pertenecían esos ojos permanecía arrodillada encima de la cama y dijo con un suspiro de alivio:

—¡Pensaba que erais una rata!

—¡Sólo lo parezco! —respondió Roç—. Soy el Trencavel y me he perdido.

¿Quién sois vos?

Entonces la joven le miró más sorprendida todavía y dijo con aire de picardía:

—Si no lo sabéis, tendré que llamar a los guardias, ¡pues en este caso sois un intruso que amenaza mi virtud!

—¡Pero si apenas he tenido tiempo de decir ni hacer nada! Ahora sé que sois Helena de Épiros. —Hizo ademán de acercarse a ella para besarle la mano, olvidando el aspecto que ofrecía.

Pero la bella dio un brinco y bajó del lecho por el otro lado.

—¡Qué olor! ¡Un paso más y me desmayo!

—Os lo ruego, mi reina, ¿decid dónde puedo encontrar a Hugo, el señor del castillo?

La joven parecía dudar aún más.

—¿Qué Hugo? —exclamó con desconfianza, incluso rechazo—. Aquí sólo hay un amo y señor, y es el duque de Lancia, príncipe de Salerno, al que haré llamar ahora mismo para que juzgue si un apestoso pastor disfrazado puede afirmar que es el famoso Trencavel...

—Os puedo demostrar... —empezó Roç, cuando oyó unos pasos firmes que se acercaban por el pasillo.

—¡Ahí viene a buscarme!

Roç oyó todavía cómo alguien llamaba con los nudillos a la puerta cuando ya se cerraba el armario a sus espaldas. Con las prisas, no acertó a bajar por la escalera, y cuando pisó el suelo de otro nicho la piedra cedió bajo sus pies y acabó resbalando por una canaleta hasta caer en una poza de agua pestilente. Cuando se tranquilizó y salió del agua, se encontró en una mazmorra en la que caía la débil luz de unas antorchas lejanas. Sólo las túnicas blancas de los muertos le revelaban que los templarios prisioneros habían encontrado allí un triste final. Por todas partes corrían las ratas chillando alborotadas mientras Roç pasaba por encima de los cuerpos y recordaba con cierto alivio que habían pasado muy pocas horas desde que había visto vivos a Simón y sus tres compañeros.

Después reconoció por la gran barba negra al hombre que permanecía encadenado a una columna, aunque allí donde antes arrojaban una mirada penetrante dos ojos ardientes, sólo se veían ahora dos huecos vacíos y sangrientos. Era una visión tan horrible que tuvo que apartar la mirada.

—¿Sois vos, Trencavel? —preguntó Hugo con la voz tranquila de quien está muy convencido de lo que dice—. Veis aquí a un hombre a quien no le quedan muchas horas de vida. ¿Supongo que lleváis un arma?

El silencio de Roç era afirmación suficiente.

—Antes de que me descuarticen o acabe mi vida empalado, prefiero morir de vuestra mano.

—Nunca he matado a nadie, a no ser en combate. No soy verdugo ni asesino —respondió el joven, incapaz de sentir odio ni rencor ante la visión que se le ofrecía.

—Basta con que me dejéis el arma cuando os alejéis de aquí.

—De acuerdo —dijo Roç—. Pero a cambio quiero saber toda la verdad. No creáis que me resulta fácil desprenderme del puñal. Por cierto ¿dónde está mi arcón, dónde mi tesoro?

—¿Qué arcón, y qué tesoro? —repuso Hugo—. ¡Dejadme hablar primero a mí, después preguntaréis! —El *despotikos* se permitió una risa cargada de sarcasmo—. Entre otras cosas, os quería dar una lección, Trencavel. Salimos por la noche y llegamos a Pantocratos de madrugada. Desde la ciudadela me saludaba la bandera de Manfredo, y yo me acerqué con la bandera blanca del parlamentario y un grupo de hombres escogidos. Cuando los defensores se dieron cuenta del engaño, se produjo una lucha cuerpo a cuerpo. A duras penas pudimos salvarnos a través del paso subterráneo, que Zaprota, por cierto, había utilizado para guardar allí los cuerpos de vuestros caballeros teutónicos, todos ellos con la garganta seccionada. Los deben haber matado mientras dormían.

—Vos no les habríais dado mejor trato.

—Es posible. En todo caso, cuando conseguí regresar al castillo, el duque de Lancia, que ya había llegado, me recibió como si fuera un asesino. «¿Cómo os atrevéis?», me gritó, y sus guardias me apresaron sin hacer caso de mi asombro. «¡Sois vos el que os queríais apoderar de Corfú, una tierra que ha sido prometida al señor Manfredo como dote de la novia! ¡Sois vos el que hizo asesinar a los cuatrocientos caballeros que el señor Manfredo envió a luchar a Tierra Santa!» Ya lo veis: ¡me hizo cegar por un crimen que no he cometido!

—No creo que seáis tan inocente —observó Roç.

—¡Sí lo soy! —se enfadó el *despotikos*—. Esos caballeros habrán naufragado en otras costas, pues dicen que tan sólo la mitad pudo llegar a Grecia. Los pocos que murieron aquí...

—¿Y no llegó a vuestros oídos el nombre de un tal Hamo l'Estrange? ¡Decid la verdad!

—Sí —respondió Hugo—. Lo he vendido.

—¿A quién?

—A un mercader de esclavos que navega en estas aguas en nombre del Hafsida. —Hugo tragó saliva—. ¿Era vuestro amigo? En ese caso, lo siento.

—¡No hay motivo! —le corrigió Roç—. Así existe al menos la posibilidad de que esté vivo. El Hafsida es un buen amigo.

—¿Qué más queréis saber? —preguntó Hugo, y empezaba a mostrarse impaciente—. Ahora os toca a vos cumplir vuestra promesa.

—Me habéis facilitado la decisión, Hugo d'Arcady... Decid, ¿acaso pensabais

también secuestrar a la novia?

—¿La habéis visto?

—Sí la he visto, parece hecha de leche y miel...

—Lo sé —le interrumpió Hugo con voz ahogada—. Durante muchos años fue el sueño de mi juventud. Me llevaré su imagen a la muerte... ¡Buscad entre mis ropas!

Roç sintió alguna repulsa cuando tocó la tela sudada que cubría el pecho del condenado y le pareció sentir los latidos del corazón debajo. Encontró una tablilla de madera con el retrato de Helena, y Roç reconoció sin más la pincelada de Rinat le Pulcin. Había visto ya una tablilla similar en manos del rey Manfredo, pero no dijo nada.

—Os devuelvo el retrato —dijo Roç, y procedió sin más a hacerlo—. Y como no podéis usar las manos, sujetaré mi puñal a vuestras espaldas. El resto es asunto vuestro.

Hugo se inclinó hacia adelante hasta donde se lo permitían las cadenas, y Roç pudo fijar el arma de modo que la punta del puñal quedara a la altura del corazón del prisionero.

—¡Esperad a que me haya marchado! —dijo, y se alejó hacia las profundidades de aquella mazmorra, esperando encontrar en algún lugar una salida. Aún pudo oír un golpe opaco a sus espaldas, un ligero tintineo de las cadenas, después un suspiro prolongado, hasta que se hizo el silencio.

Tras empujar lo que parecía una puerta, encontró un largo pasillo del que partían otras celdas, todas ellas vacías y abiertas. Al final entró en un sótano en el que caía desde arriba alguna luz a través de una abertura redonda. Roç se movió con precaución por el borde sombreado del suelo, pero de repente sintió que unos brazos fuertes le sujetaban, le ataban las manos a la espalda y le arrastraban hacia el redondel iluminado, donde alguien le atizó una patada en las corvas para hacerle caer de rodillas. Otro tiró de su cabello, haciéndole mirar hacia arriba. Los rasgos toscos de sus agresores se desvanecieron cuando vio en lo alto, asomados al borde, dos rostros muy desiguales: el cráneo huesudo del duque de Lancia y a su lado los rasgos gentiles de la joven novia. No mostraban ni emoción, ni lástima, parecían el sol y la luna en el firmamento de aquella bóveda, dos astros a los que no les afecta el calor ni el frío.

—¿Es él? —oyó preguntar al duque, y la muchacha respondió:

—¡Sí, es él!

—¡Castigadle con latigazos! ¡Y echadle al foso! —les gritó el de Lancia a los carceleros.

Los dos rostros desaparecieron del firmamento y Roç fue arrojado sobre un potro, le arrancaron la ropa, le ataron los pies y sujetaron sus manos en unas anillas de hierro. Roç veía los pantalones y el calzado de sus torturadores, que tras escupir en



las manos empezaron a asestarle latigazos cada vez más dolorosos, hasta que las oleadas de dolor rebasaron la barrera que su mente oponía al castigo exigiéndole resistencia, prohibiéndole gritar. Cuando sus carnes reventaron y todo empezó a convertirse en una masa sanguinolenta empezó a gritar, con aullidos pavorosos, que después pasaron a ser un gemido prolongado, hasta que se desmayó. En ese mismo instante sus torturadores dejaron de pegarle. Se les habían pasado las ganas...

# EL SELLO DEL REY SALOMÓN

# EL TAROT ALEJANDRINO

## La alfombra del cabalista

Yeza, cansada de hacer paquetes sin la asistencia de sus doncellas, se dirigió al bazar de Alejandría, acompañada de Kefir. Aparte de éste, el único que le quedaba era Jordi, el fiel trovador. El visir, muy excitado, explicaba a la joven que había descubierto en el mercado de los traperos a un viejo judío que le ofrecía, bajo mano, algunos rollos de papiros y pergaminos procedentes de la famosa biblioteca de Alejandría, claro que todo ello un tanto chamuscado.

Yeza se sentía atraída por la idea de examinarlos. Amaba los bazares de Oriente con sus covachas oscuras, sus aromas misteriosos y seductores y la cantilena de los vendedores, que anuncian sus mercancías superando con su vocerío el martilleo agudo de los artesanos que trabajan el cobre y los golpes opacos de los que ablandan el cuero. Kefir la arrastró, afanoso, a lo largo de las arcadas cuyas paredes estaban cubiertas de puñales manchados —¿sería sangre seca?— y alfanjes cincelados y brillantes, una visión que a Yeza le resultaba muy atractiva. Pero el visir la dirigió hacia el patio interior de un vendedor de alfombras, bajo un techado de mimbres, con cuyo propietario intercambió algunas palabras susurradas, tras lo cual éste le señaló la dirección.

—Mi cabalista cambia cada día de emplazamiento —le reveló el visir con aire conspirativo a la joven—, ¡seguramente practica el oficio de forma ilegal!

En una esquina muy animada, donde se cruzaban dos calles cubiertas del bazar y los que conducían asnos cargados peleaban blasfemando en voz alta con los que portaban palanquines, vieron colgada de la pared una tabla pintada a mano que anunciaba «Horóscopos personales. Números de la suerte. Quiromancia»<sup>[699]</sup>, en todos los idiomas habituales en aquel puerto del Nilo. Debajo estaba sentado un viejo que dormía con la barbilla apoyada en el pecho. Yeza retuvo al visir y se ocultó tras la esquina más próxima.

—¿Podréis echarme el tarot<sup>[700]</sup> alejandrino del octavo Sefirot<sup>[701]</sup>, Ezer Melchsedek<sup>[702]</sup>? —El anciano despertó sobresaltado, y tras intentar cubrir sus tesoros con un paño negro, se detuvo. Una sonrisa cruzó su rostro, como un rayo de sol perdido. Rebuscó entre los objetos que tenía sobre la mesita plegable, debajo del paño negro, hasta encontrar lo que buscaba, una tablilla suelta, y sin decir una palabra ni darse la vuelta, la mostró en dirección a la esquina detrás de la cual se ocultaba Yeza. Ésta vio su propio retrato, pues se trataba de una de las miniaturas pintadas por Rinat.

—¿Os conocéis? —preguntó Kefir, un tanto ofendido. Yeza se adelantó, pero recordando el fuerte olor que en su día emanaba del personaje, no abrazó a Ezer. Le tendió con mucha educación una mano mientras cogía con la otra su retrato.

—Maestro, os compraré todos esos pergaminos, y además os acepto de nuevo a mi servicio. Me causa una gran alegría volveros a ver.

El anciano se levantó de un salto, la emoción le llevó a volcar la mesita y con sus amplias mangas envolvió a Yeza antes de que ésta pudiera evitarlo. Le llegaron unos efluvios a sudor y ajo, a orines y aliento fétido, que cortaban la respiración. Se preguntó, un tanto apurada, si no habría formulado una oferta demasiado apresurada, ¡pues sabía también que Ezer roncaba al menos con tanta fuerza como William! Por otra parte, Melchsedek poseía una gran riqueza mental, conocía todas las culturas del Mediterráneo y había demostrado su inventiva en cualquier situación, por apurada que fuese. En cualquier caso, le convenía llevarse al cabalista a Jerusalén. En ese instante recordó también a Jacobo, y decidió buscarle con ayuda del dogo o del Hafsida.

—¿Cómo se encuentra vuestro franciscano particular, el devoto hermano William de Roebuk? —parloteaba Ezer mientras recogía sus trastos del suelo, feliz de poder cambiar la mísera existencia de vendedor ambulante por un empleo al servicio de la princesa.

—También a mí me gustaría saber dónde está —suspiró Yeza—. La última noticia que tuve de él me llegó de Antioquía. —Ezer Melchsedek la miró pensativo y metió la mano en su bolsa. La primera carta que sacó era la de «los amantes».

—¡Roç volverá a estar pronto con vos! —Sacó la carta siguiente, que era la del «ahorcado»—. Alguien, supongo que William, se toma un tiempo de reflexión. ¡El tarot no miente!

—Querido maestro —propuso Kefir—, acudamos al lugar de las palabras ocultas, para que podáis entregárselas a mi ama, y después visitaremos nuestro nuevo palacio.

Ezer encabezó la marcha, y con paso enérgico regresaron al patio del vendedor de alfombras. Ezer le susurró algo al oído y el hombre le señaló una vieja alfombra enrollada, al tiempo que mencionaba en voz alta una suma astronómica. El anciano se mostró desesperado, pues al parecer, todos sus bienes estaban enrollados en aquel mísero tapiz.

—¡Esta alfombra ha sido anudada en el Paraíso, y cada uno de sus flecos vale una moneda de oro! El Profeta la utilizaba para sus plegarias...

—¡Dale dinero y que se calle! —dijo Yeza a su visir y éste arrojó una moneda a los pies del vendedor—. ¡Que lleve ese trapo sucio y comido por la polilla a casa de Baibars!

Al oír estas últimas palabras, al vendedor de alfombras, del susto, parecían saltársele los ojos de la cara. Se agachó, recogió la moneda del polvo y se la devolvió

con gesto de humildad a Kefir.

—Permitid al menos, digno señor, que envuelva este harapo inmundo, pisado por cerdos e infieles, en una de mis mejores piezas, sólo para que el gran arquero no piense mal de mí y de mis descendientes. ¡Alá le conceda larga vida!

El resto no pudo ser oído por Yeza y su séquito, pues ésta ya se alejaba, mientras el comerciante enrollaba la vieja alfombra, ayudado por toda su familia y en medio de un enorme griterío, en otra alfombra negra, anudada a mano, y formaba así un bulto alargado que cuatro de los hijos se apresuraron a transportar.

—¡Con mi más humilde respeto! —gritó el comerciante a sus espaldas.

## El templario

Yeza contaba con encontrar en la playa, frente a las ruinas, a Hamo l'Estrange, pero no esperaba encontrar también a Simón allí. No estaba enterada del comportamiento poco encomiable de Simón en Corfú, ni sospechaba que hubiese caído prisionero. El Hafsida le había liberado de la esclavitud y facilitado el viaje a Tierra Santa. De momento, había ido a parar a Alejandría.

El templario saludó a Yeza con un gesto amable, como si aquel reencuentro en el delta del Nilo fuese lo más natural del mundo. Yeza miró intranquila a los dos hombres.

—¿Dónde habéis dejado a Filipo, nuestro criado, que os habíamos prestado para esa campaña heroica en Grecia?

Hamo se sintió dolido por aquellas palabras y respondió, apenado:

—Filipo me acompañó en esa horrible batalla. Pero mientras que a nosotros, los occidentales, nos tomaban prisioneros para conseguir después un buen rescate, los griegos que lucharon a nuestro lado fueron apartados.

Hamo cayó en un triste silencio, y Yeza insistió.

—¿Qué sucedió con ellos? —preguntó, temiendo una mala noticia.

—¡Nos enteramos después que los mataron a todos! Si hubiese sabido lo que les esperaba, habría pagado un rescate por él. ¡Nadie me preguntó! —Intentó defenderse, aunque avergonzado—. ¡Lo siento por Filipo!

Yeza estaba indignada con Hamo.

—De modo que a los señores de cuna noble los dejan vivir —le espetó con ironía, y en ese mismo instante se acordó del Trencavel—. ¿No habréis visto por casualidad a Roç? —dijo de nuevo al hijo de la condesa, aunque se esforzó por mostrar una actitud más amable y no desvelar el temor que sentía.

Hamo sacudió la cabeza en señal de negativa, pero Simón dijo:

—Cuando caímos, en Corfú, en manos de los de Nicea, el Trencavel se defendía aún con su séquito, refugiado en una torre. Aunque no sé por cuánto tiempo pudo

hacerlo, pues a nosotros se nos llevaron prisioneros.

—Así nos encontramos —añadió Hamo con una sonrisa—. El Hafsida pagó nuestro rescate, aunque no lo hizo por piedad. Tuvimos que firmar un pagaré en el que figura el triple de la suma...

—¡Pero estáis vivo! —le interrumpió Yeza, indignada, y recordó una vez más al fiel criado que no había tenido la misma suerte...

## **El cordero. La faraona**

La casa de Baibars aparecía en el exterior como un palacio, aunque su interior reflejaba la austeridad de su dueño, militar y cazador. El único adorno eran cornamentas variadas y pieles de león.

En el porche, cubierto de toldos, se estaba celebrando un banquete. La viejísima madre del Arquero tomó a Yeza de la mano y la condujo hacia la hoguera, donde estaban asando un cordero. Cortó con sus propias manos un trozo de carne para Yeza y se la tendió, clavada en la punta de un enorme cuchillo.

—Debes comer, hija mía, para recuperar fuerzas —dijo la anciana con entonación grave—. Estás demasiado delgada para encontrar a un buen hombre, y te espera un largo viaje a través del desierto.

Mientras lo decía, señaló a uno de los huéspedes que, al echar la cabeza hacia atrás, le descubrió a Yeza quién era: ¡El Halcón Rojo!

—Mi hijo nos lo envía, para que partáis mañana con él —prosiguió la anciana—. Me habría gustado mimarte un poco y trasformarte en una mujer que sirviera de adorno a cualquier harén. —Acarició con cariño el brazo de Yeza.

Ésta procuró tragarse la carne, agradeció la atención, rechazó un segundo trozo y se separó de la madre de Baibars. El Halcón Rojo observaba la escena con expresión divertida.

—Os esperaba, Fassr ed-Din Octay —se dirigió Yeza a él, aún con la boca llena—. ¿Cómo está mi amiga Madulain?

El emir respondió:

—Cuando salí de El Cairo, la dueña de mi casa se encontraba bien. Por cierto, ¿qué os dijo la anciana? Sé que dispone de vías extrañas para comunicarse con su hijo. En su tiempo llegué a pensar que lo hacían por medio de palomas mensajeras, pero...

—Pero... ¿qué?

—¡Creo que adivina los acontecimientos! —susurró el Halcón Rojo—. Baibars no me dio ningún encargo, pero puede haber sucedido algo que...

Se levantó con presteza y se dirigió hacia la anciana, que seguía cortando con su enorme cuchillo las mejores piezas del cordero para que los criados las repartieran

entre sus huéspedes. La llevó a un lado y le habló en voz baja. Finalmente, la madre de Baibars sacó un pergamino enrollado de algún bolsillo de su chilaba<sup>[703]</sup> y se lo entregó al emir. Éste lo leyó, apresurado, y regresó junto a Yeza.

—El sultán Alí ha sido derrocado por el emir Qutuz. Madulain se ha refugiado entre los beduinos de mi padre. ¡Estáis en peligro! Hasta ahora, Baibars ha podido evitar que el nuevo sultán movilice al ejército contra vos, ¡pero el Arquero me exige que os saque de Egipto y os lleve a tierras de los francos, donde estaréis segura!

Al parecer, también Hamo se había enterado de lo sucedido, pues se levantó de un salto y hablaba con Simón. Jordi se presentó en el umbral de una puerta y le hizo señas a Yeza, pero ésta no quiso atenderle.

—¿Por qué esa vieja no ha dicho nada hasta ahora? —se indignó Yeza.

El Halcón Rojo se encogió de hombros.

—Lo sabe desde primera hora de la mañana, pero se empeñó en asar primero el cordero en vuestro honor, pues es su especialidad. ¡Asegura amaros como si fuerais su propia hija!

El Halcón Rojo se empeñaba en tranquilizarla:

—No sirve de nada excitarse. Mañana saldremos de madrugada. ¡Hay que decir que no han cambiado demasiado las cosas desde que escapamos del Montségur!

—¿Por qué no cogemos un barco? ¡Hamo tiene uno!

—El comandante del puerto acaba de atarlo con una cadena —aseguró Jordi, que mientras tanto se les había acercado.

—No llegaremos lejos a lomo de camello —dijo Yeza, resignada—. Además, es casi imposible atravesar el delta del Nilo de oeste a este, por falta de puentes.

Ezer Melchsedek se acercó al grupo que rodeaba a Yeza.

—La madre de Baibars quiere hablar con vos. No podéis negarle ese favor.

La anciana se había retirado a sus habitaciones. A Yeza la sorprendió el despliegue de lujo que se manifestó ante sus ojos en cuanto traspasó el umbral. Las paredes estaban cubiertas de valiosos tapices de seda, y en las altas estancias abundaban los recipientes de vidrio llenos de peces de colores y las grandes pajareras, en las que crecían palmeras altísimas. Por todas partes corrían numerosos gatos.

—¡No me gustaría ser aquí ni pez ni pájaro! —murmuró Ezer, que acompañaba a Yeza, y se detuvo al ver la colección de animales de la vieja dama.

—Dejadnos solas a las mujeres, estimado maestro conocedor del pasado y del futuro —propuso la madre de Baibars—. ¡El presente nos pertenece a nosotras!

La esperaba recostada en un diván, envuelta en un valioso manto de terciopelo bordado con perlas, y acariciaba a dos gatos persas de ojos ambarinos.

—¡Acércate, hija mía! —le señaló a Yeza un almohadón, en el que ésta casi se hundió al sentarse.

La señora de la casa inició la conversación.

—¿Qué hace una mujer inteligente que se sabe perseguida, aunque no vea a sus enemigos, es decir, que éstos tampoco la han visto todavía a ella?

Yeza sacudió la cabeza y la anciana sonrió condescendiente:

—¡Va a su encuentro!

De repente, Yeza se mostró muy interesada.

—Sólo te dejan una vía de escape, porque a nadie se le ha ocurrido la idea de que subas a una barca, una *dau*<sup>[704]</sup>, ¡y navegues Nilo arriba, en dirección a El Cairo!

—¡Buena idea! —dijo Yeza, y su admiración era sincera.

—Yo poseo una *dau*. Es muy confortable y ofrece suficiente sitio para ti y para tu séquito. Nadie se atreverá a inspeccionarla. Tomaréis tierra mucho más allá de la ciudad del sultán, a la altura de Menfis<sup>[705]</sup>, es decir, cerca de Halwan<sup>[706]</sup>, desde donde un camino de caravanas conduce al mar Rojo. El hijo del gran visir os conseguirá la protección de los beduinos. En tu lugar, yo no atravesaría después el Sinaí sino que bordearía su costa en barco, y me acercaría a Jerusalén por el sur, por donde nadie te espera.

—No me queda nada que añadir —dijo Yeza, aunque prosiguió—: Lo único sería rogar a un viejo amigo que me envíe una galera hasta el final del camino de caravanas, para poder seguir viajando con seguridad, pues aquellas aguas están infestadas de piratas.

La anciana sonrió.

—Tienes razón. En realidad, el recorrido a través del desierto ya sólo es utilizado por las caravanas de esclavos. Por eso mismo he avisado al Hafsida, que suele tener varias naves preparadas. Una de ellas os esperará y llevará a Acaba<sup>[707]</sup>.

—¡Estupendo! —exclamó Yeza y abrazó a la anciana con tanto ardor que los dos gatos recularon asustados—. ¿Cómo os lo podré agradecer? —La delicada anciana recogió su amplio manto azul oscuro, después tranquilizó primero a los gatos, para cuyo fin introdujo con mucha calma la mano en una de las peceras redondas de vidrio y sacó con un gesto rapidísimo, y sin mirarlos, dos peces que atrapó por la vistosa cola y arrojó a los gatos persas—. El hijo de mi hijo...

—¡Ah! —dijo Yeza—. ¡Mahmoud, el Diablo del Fuego! —Era la primera vez que Yeza conseguía sorprender a la anciana.

—¿Cómo le llamas? ¿El Diablo del Fuego? Me gusta muchísimo ese nombre: ¡Mahmoud, el Diablo del Fuego! ¡Regresa ahora con tus amigos y acabad de disfrutar de la carne de ese sabroso cordero! En tu viaje por el desierto la echarás en falta.

Y despidió a Yeza con un gesto casi autoritario.

—¡Yo me ocuparé de todo lo necesario! —exclamó la sorprendente dama a sus espaldas.



## **El perro. El oso**

Roç no sabía cuánto tiempo había estado tirado en la cuneta. Cuando Beni y Potkaxl lo encontraron al fin, no recordaba absolutamente nada. Ni siquiera se atrevieron a sacar aquel cuerpo sangriento del lodo y alejarlo de allí, de modo que estuvieron día y noche acurrucados a su lado, refrescando la enorme herida y aplicándole toda clase de hierbas de las que se prometían un alivio. En vista de los horribles cortes se sentían bastante desconsolados, pero instintivamente hicieron cuanto estaba en su poder para no permitir que el alma atormentada de Roç se separara de su cuerpo enfebrecido. Sin prestar atención a su propio agotamiento le hablaban, le acariciaban, le cantaban canciones, le acunaban en sus brazos y le obligaron a quedarse con ellos, sin que pareciera preocuparles la cercanía del castillo de Maugriffe. Resistieron la visión de la fortaleza y nadie bajó de ésta para impedirles que hicieran compañía al moribundo.

La misma noche en que el Trencavel quiso volver, ya solo, al castillo, se habían apagado en éste todas las luces. Hubo un gran revuelo, los huéspedes se marcharon y muy pronto partió también el séquito que el duque llevaba consigo; lo mismo hicieron los criados que quedaban del servicio anterior, el del señor Hugo. El de Lancia, bajo la protección de una escolta fuertemente armada, hizo trasladar a la novia en palanquín hasta el mar, donde subieron a los barcos preparados y se alejaron a toda vela.

Días después se acercó un anciano de cabello blanco y miró con detenimiento la espalda de Roç, que entretanto se había convertido en un campo de heridas infectadas. Regresó acompañado de un carrito tirado por un perro que tenía aspecto de oso, pero que era manso como un cordero. El anciano aportó diferentes pomadas y ungüentos, y además hizo beber a Roç un brebaje del que les dejó algunos recipientes llenos. Ni dijo su nombre, ni pidió remuneración alguna. El enorme perro le lamió la mano a Potkaxl. Al verlo, el anciano sonrió complacido y desapareció. Poco después Roç dio por primera vez señales de estar recuperándose: volvía a respirar con regularidad.

# TRAIDORAS SON LAS OLAS DEL MAR

## Se cierra la trampa

La *Atalanta* volaba hacia el oeste con las velas hinchadas por el *sirocco*<sup>[708]</sup>. El viento soplaba con tanta fuerza que las olas llevaban pequeñas coronas blancas de espuma y hacían innecesario que las tres filas de remeros se esforzaran por adelantar más. El Taxiarcos no había conseguido completar la tripulación, y como consecuencia de las escalas realizadas y los cambios ocurridos, únicamente quedaban los esclavos remeros, que desde Linosa seguían en la *Atalanta* simplemente porque no tenían otro sitio al que ir. La gran nave capitana de los templarios era su único hogar.

Al Taxiarcos le parecía bien avanzar con tanta rapidez, pues le alejaba de la costa donde había tenido que dejar al ser más querido, y le trasladaba hacia nuevas aventuras, hacia las «islas lejanas» del olvido. Se encontraba solo, manejando el timón, soñando con bahías luminosas en las que se mecían las palmeras y de las que salían embarcaciones ricamente adornadas con tallas y pinturas para recibir al navegante.

El cielo estaba azul y carecía de toda nube cuando vio en el horizonte las velas blancas marcadas con la cruz escarlata de extremos acabados en garras. Le cerraban el camino formando varias hileras, escalonando los huecos entre las embarcaciones, y el Taxiarcos pensó, con cierto alivio, que semejante disposición le permitiría atravesar la barrera con la *Atalanta*, sin rozar siquiera uno de los barcos que se le enfrentaban.

Poco después observó que se alineaban en dirección a la costa, como perlas ensartadas en un solo hilo invisible. ¡Le dejaban el paso libre! El Taxiarcos primero no lo quiso creer; después vio que por el norte aparecían las puntas de unos mástiles, que llegaron a formar una densa valla, como si fueran las lanzas de un ejército de jinetes. Cuando consiguió ver las primeras banderas con las águilas negras sobre fondo dorado, las cruces blancas sobre paño rojo y muchos otros colores, supo que sicilianos y genoveses, pisanos y amalfitanos<sup>[709]</sup> participaban de la cacería.

Todo el imperio parecía haber acudido a la llamada de los templarios, e incluso el león de San Marco

<sup>[710]</sup>*Amalfi*: ciudad en el golfo de Salerno. <<

parecía querer ayudarlos en la caza del secuestrador de la *Atalanta*. Aunque en Tierra Santa, entre Acre y Tiro, estuviesen rompiéndose las cabezas, quemando y hundiendo los unos la flota de los otros, en ese momento sólo se trataba de imponer la

ley y el orden, de encadenar al insolente pirata.

Era como si se hubiese abierto ante su vista un gigantesco saco en el que la orgullosa *Atalanta* entraba a todo trapo, pues tampoco tenía sentido dar media vuelta. Sólo hay una salida del Mediterráneo, y él la tenía enfrente. Pero estaba todavía muy lejos del Yebel al-Tarik, el estrecho flanqueado por las columnas de Hércules. A sus espaldas, en el caso de que pudiese escapar, sólo tenía el Bósforo, muy fácil de bloquear.

Se le planteaba la disyuntiva de luchar hasta el final, pero no veía sentido a que sus turcopoles, los esclavos remeros, los pocos moriscos procedentes de Otranto y un puñado de *lancelotti* que le quedaban, se dejaran masacrar. ¡Los perseguidores sólo le buscaban a él! Sus enemigos le rodearían por todos los lados y dispararían sus flechas hasta que nada se moviese ya encima de la cubierta de la *Atalanta*. No dispararían sus catapultas sobre la nave del gran maestro, que deseaba recuperarla sin que sufriera daños, y a él lo preferían vivo.

Entretanto, todos sus hombres habían acudido a sus puestos y miraban hacia la popa, a la espera de sus órdenes.

—¡Recoged las velas! —les ordenó—. ¡Dejad las armas! No nos defenderemos —les gritó desde su puesto—. Os agradezco los muchos servicios que me habéis prestado. Nuestro viaje hacia el gran océano ha terminado.

El Taxiarcos tuvo que tragar saliva, y los *lancelotti* golpearon los remos acabados en hoces, para señalarle que lucharían con él hasta la última gota de sangre. Pero precisamente eso era lo que quería evitar.

—Me entregaré a la justicia de la orden —acabó, ya con la garganta seca.

El Taxiarcos se mantuvo en su puesto, junto al timón. La *Atalanta* desaceleró la marcha y finalmente consiguió detenerse. La dueña de los mares se balanceaba en el oleaje, mientras los veleros más cercanos se acercaban respetuosos. Cedieron el paso a los templarios, y las naves de éstos pronto rodearon a la orgullosa nave capitana de su flota. ¡La orden había recuperado a su *Atalanta*!

El Taxiarcos emitió una última orden:

—¡Izad la bandera de la cruz templaria!

Es cierto que también guardaba la bandera real de Sicilia, pero no le veía sentido a involucrar al rey Manfredo. Si hubiese seguido el plan secreto de Juan de Procida, se encontraría ahora al otro lado del gran océano y nadie le habría podido atrapar.

Los caballeros vestidos con las túnicas blancas marcadas con cruces escarlatas subieron a bordo y se acercaron con paso ceremonioso al rey de los mendigos.

El Taxiarcos los esperaba, erguido y con el pensamiento puesto en Yeza. Yeza era su isla lejana y él la había alcanzado. Había valido la pena: para él representaba mucho más que todos los tesoros de otros mundos. Recordó sus cabellos de oro, el cuerpo esbelto que le había ofrecido, sus ojos verdes. El brillo de esas estrellas le

acompañaría mientras latiera su corazón.

## Un suave balanceo

—¡Tiene la frente fresca! —se oyó una voz que parecía satisfecha.

Roç sintió que se retiraba de su rostro una mano cálida y carnosa. Cuando abrió los ojos se encontró envuelto en un lino blanco, acostado en un suelo bastante duro, en una tienda cuya lona filtraba la luz del sol. El airoso pabellón de tela, equipado con todo lujo, se encontraba a bordo de un gran velero que Roç reconoció enseguida como perteneciente al Hafsida, y estaba pacíficamente anclado en un puerto. ¿Habría soñado lo sucedido? Con mucho cuidado intentó tocarse la espalda, después se dio cuenta de que tenía el pecho vendado. El más leve movimiento le provocaba dolorosas punzadas en todo el cuerpo.

—Deberíais moveros lo menos posible, querido amo —dijo una voz de mujer, a la que no podía ver, aunque se dio cuenta de que se trataba de Geraude, que acabó inclinándose sobre él para limpiarle el rostro sudado con un paño húmedo.

—Os hemos tenido que atar a la cama —prosiguió la joven, un tanto cohibida— para que no pudierais caer, pues hemos padecido un fuerte temporal...

En ese momento Roç se dio cuenta de que su cama estaba atada con cuerdas por todos los lados. Al parecer, el mástil de la nave estaba partido, las velas destrozadas.

—¿Dónde estoy? —gimió Roç, pues incluso hablar le provocaba un dolor terrible.

—San Simeón es el nombre de este puerto de Antioquía donde nos encontramos —oyó decir al Hafsida, que se acercó en cuanto supo que su famoso huésped había recuperado la conciencia.

—El príncipe Bohemuncio está impaciente por saludaros, noble Trencavel.

Cuando Geraude se alejó en busca de agua fresca, Roç le hizo con gran esfuerzo una seña a Abdal.

—¿Cómo ha subido esa muchacha a bordo? —murmuró, y el vendedor de esclavos se echó a reír.

—Vuestro secretario Benito fue lo bastante inteligente como para hacer regresar a la princesa tolteca a la torre, puesto que ella tiene mejores conocimientos de cómo enviar noticias por medio del espejo, y el se quedó para cuidar vuestras heridas. *Qadda oua qaddr*<sup>[711]</sup> estaba cruzando yo justamente por delante de la costa griega, donde los de Nicea se disponían a vender a todos esos prisioneros cristianos que el déspota de Épiros les ha entregado, ¡por docenas y con descuento!

Se dio cuenta de que Roç se cansaba. Todavía estaba muy débil, por lo que suprimió una parte de las informaciones que llevaba preparadas y acabó:

—Inmediatamente cambié de rumbo y me acerqué a Corfú para rescataros.

—No me habéis explicado cómo ha venido a parar a vuestro barco la doncella de mi dama, Abdal. —Roç suspiraba de impaciencia y de dolor.

—A la altura de Creta nos encontramos con ese amigo loco, el Taxiarcos, que lejos de conformarse con robar a los templarios su vaca sagrada, se dedica a pasear sus amores por el Mediterráneo...

—¿Con Yeza? —Los celos hicieron olvidar a Roç por un instante el dolor de la espalda, pero Abdal no se dio por enterado.

—... ¡cómo si no hubiesen puesto precio a su cabeza! ¡En lugar de alejarse cuanto antes más allá de las columnas de Hércules! —El Hafsida estaba furioso—. Lo más sano para él sería desaparecer para siempre, o como mínimo durante largo tiempo, en el océano Atlántico.

—¡Pero sin llevarse a mi dama! —Roç no pudo reprimir un gemido—. ¡Ese miserable bandido! —se quejó, sin hacer caso del dolor punzante que martirizaba sus carnes.

El Hafsida se esforzó por regresar con su discurso a Creta.

—Ese horrible rey de los mendigos, y yo, un mercader de esclavos de mala fama, decidimos en común no intranquilizar a vuestra dama, pues las noticias que había de vuestro estado sonaban poco esperanzadoras. De modo que acordamos trasladar a Geraude, profundamente dormida, a mi barco, para que cuidase de vos. —Abdal reprimía a duras penas la risa.

—¿Y cómo sabíais que yo...? —Roç parecía confundido, pero lo que más le preocupaba era saber qué había llevado a Yeza a confiar en la *Atalanta* y en aquel pirata—. ¿Hacia dónde se dirigía ese maldito Taxiarcos? —insistió.

—Vuestra dama deseaba que la llevaran a Alejandría, donde pretende profundizar en sus conocimientos y realizar investigaciones, antes de viajar hasta Jerusalén con los hombres sabios que piensa tomar a su servicio. Tal era su firme propósito —añadió el Hafsida, que parecía impresionado—. ¡Y no creo que Yeza Esclarmunda piense renunciar, una vez ha tomado una decisión!

—Eso suena tranquilizador —repuso Roç, ya resignado—. Es decir, a estas alturas mi dama estará en la parte occidental del delta del Nilo...

—A menos que haya seguido viaje hacia Jerusalén, pues ya ha pasado algún tiempo, estimado Trencavel, cuya extensión, dadas vuestras heridas, no podéis apreciar. Además, su escolta templaría insiste en llegar cuanto antes a Tierra Santa...

—¿Qué templarios? —se extrañó Roç—. ¿Yo creía que el Taxiarcos evitaría un encuentro con la orden como el diablo evita el agua bendita?

La ética profesional del mercader de esclavos exigía una explicación:

—Yo mismo adquiriré para él, de las existencias que tenía el Sebastocrator Juan, el comandante en jefe de los ejércitos de Nicea, algunos templarios, entre ellos a Simón de Cadet...

—¿Y mi arcón de los tesoros? —le interrumpió Roç, de repente muy despierto.

—Vuestro tesoro fue confiscado, por tratarse de bienes enemigos, ya que os pusisteis al servicio del rey Manfredo...

—¡Jamás lo estuve! —se indignó Roç, pero Abdal no se inmutó—. Podéis ir a buscarlo, aunque no os lo aconsejo... Es decir, habéis cambiado cuatro templarios por mi tesoro —concluyó—. ¿A quién habéis vendido esos caballeros?

—Les concedí la libertad, pues prefiero estar en buenas relaciones con la orden a conservar el dinero que me costaron, eso sin tomar nada de vuestra caja de guerra, por cierto poco abastecida. Entregué a los caballeros a mi amigo, para que los llevara a Alejandría.

A Roç le entraron ganas de reír:

—¡Estupendo! El Taxiarcos se había deshecho de los templarios aún antes de llegar al mar Jónico. Yo los arrastré hasta Corfú, allí los tomaron prisioneros, ¡y vos habéis pagado por liberarlos! —La risa de Roç, acosado por el dolor, se transformó en un aullido semejante al de un lobo—. ¡Y después volvéis a entregárselos al mismo que se deshizo de ellos!

El mercader de esclavos también parecía divertido aunque, teniendo en cuenta el estado de Roç, intentaba poner fin a la discusión.

—Lo más importante es que vos, Roç Trencavel, estáis camino de una mejoría, pues las perspectivas no eran buenas. De no ser por Beni y Potkaxl...

—¿Dónde están mis pequeños ángeles de la guarda? —se dirigió Roç con amabilidad exquisita a Geraude, que había regresado—. ¡Lo digo sin menoscabo del mérito de vuestras buenas manos, querida Geraude! —Con estas palabras acarició el brazo de la joven, que se ruborizó, sofocada.

—Vuestro secretario se ha marchado, furioso como un toro, a Jerusalén, ¡a pie y completamente solo!

—¿Cómo es eso?

—Porque vuestra doncella tolteca ha preferido aceptar la oferta de Gosset e ingresar en su nuevo burdel, en calidad de *prima peregrina meretrix*.

—¡Maldita puta! —se enfadó Roç.

—¡No seáis injusto! Os ha sacado del agujero donde os tenía atrapada la muerte. Merece vuestro agradecimiento hasta el fin de sus días.

—¡Perdonad! —se disculpó Roç, ya arrepentido, al ver que los ojos claros de Geraude también se llenaban de lágrimas—. Ahora me entero de que monseñor Gosset, mi meritorio consejero, se ha convertido de nuevo en patrón de una casa de placeres veniales. ¡Sorprendente carrera!

—Si os incorporáis un poco, querido Trencavel —recomendó Abdal—, podréis ver el establecimiento que hay al final del muelle. Lleva el nombre de La Mesa Redonda del Rey Arturo. —Pero Roç no se movía, por lo que Abdal prosiguió—:

Vuestra Potkaxl escancia allí, a los huéspedes que pagan, el vino que contiene un cáliz negro.

—¡Una copia barata! —intervino en ese instante el cabalista Jacobo, que se había acercado desde el lugar donde intentaba reparar, entre el velamen destrozado, el mástil averiado—. Por cierto, los tres caballeros que monseñor ha conseguido reunir a su alrededor, se reparten amistosamente los placeres que la muchacha les otorga generosamente. ¡Ahí los tenéis!

Roç abrió los ojos, que inicialmente mantenía cerrados, abrumado por el disgusto. Así pudo ver que sus tres mozos occitanos subían ligeramente achispados por la escalera de cuerdas y se acercaban tropezando a la popa.

—*Ave Caesar*<sup>[712]</sup>, ¡los que no piensan morir te saludan! —se lamentaba Mas mientras Raúl se arrojó hacia adelante para abrazar los pies del Trencavel.

—Estamos tan contentos de saberos... —exclamó Pons, que había engordado aún más, mientras Raúl callaba y sus mejillas se humedecían con lágrimas de alegría al ver que el Trencavel se había salvado.

Para acabar con aquella situación un tanto penosa, Roç dijo:

—¡Nadie más feliz que yo de saberos liberados de una horrible prisión! ¿Cómo lo habéis pasado en las mazmorras de Nicea?

—¿Mazmorras? —gruñó Pons—. ¿De qué mazmorras habláis, buen Trencavel?

Pero Raúl iniciaba ya su explicación:

—Dijimos ser unos caballeros de Occitania, que veníamos en busca de aventuras y nada teníamos que ver con Manfredo. Entonces el Sebastocrator nos ofreció adquirir fama y honor incorporándonos a su ejército, además de participar en el botín que conseguiría.

—Mi querido Raúl, ardo en deseos de saber cómo acaba esa historia —incitó Roç al de Belgrave—, para darme cuenta de lo que me he perdido.

—Si hubierais luchado del lado de Épiros, no habría necesidad de tanta explicación. La realidad es que participamos en la campaña en calidad de privilegiados, cenábamos en la mesa del Sebastocrator Juan, y dirigíamos una parte del ejército que el emperador de Nicea había confiado a su hermano. En una proporción muy reducida, nuestras tropas eran griegas, pues la mayoría se componía de mercenarios eslavos y tribus turcas. El déspota de Épiros ha recibido una buena ayuda, pues su yerno, Guillermo de Acaya, también ha conseguido poner en pie una numerosa tropa, para cuyo fin ha procedido a un reclutamiento forzoso en su principado. El ejército marchó hacia Tesalia<sup>[720]</sup>, donde se les unió el hijo bastardo del déspota, el que está casado con la hija del príncipe de Valaquia, y también el duque de Atenas, Otto la Roche, que es vasallo del de Villehardouin. Avanzaron por la via Egnatia<sup>[721]</sup>, la antigua calzada romana, que transcurre desde Constantinopla a través de todo el país, hasta la costa Adriática. Cerca de Pelagonia<sup>[722]</sup> estábamos

esperando con cierto temor el gran combate, pues los aliados a los que nos enfrentamos contaban con un número superior de fuerzas. El emperador Miguel nos enviaba un mensajero después de otro, advirtiendo que evitáramos la lucha abierta, y que debíamos procurar más bien que los enemigos se pelearan entre ellos.

En ese momento intervino Pons:

—Estos dos héroes que veis aquí, noble Trencavel, arriesgaron sus jóvenes vidas y se dirigieron, dando un rodeo, al campamento enemigo, como si fuesen los últimos rezagados de la tropa enviada por Manfredo. Y puesto que sus nombres eran conocidos como tales, no despertaron ninguna sospecha.

—En resumidas cuentas —volvió a interrumpir Raúl—, conseguí asegurarme los favores de la indómita esposa del bastardo, y a partir de ahí se produjeron tantas discusiones, con las consiguientes deserciones, entre aquellos supuestos aliados, que el Sebastocrator lo tuvo fácil. Aniquiló a gran parte del ejército enemigo, aunque también hizo muchos prisioneros...

—¡Entre ellos Hamo l'Estrange! —retomó Pons la palabra—. El conde de Otranto ni siquiera llegó a luchar, porque en el momento crítico no encontraba su espada. Me permití darle recuerdos de su fiel esposa y también vuestros.

—¡Eso es típico de Hamo! —exclamó Roç, sonriendo a pesar de los dolores—. ¿Qué más pudisteis hacer por él? ¿Espero que lo habréis devuelto a su esposa Shirat?

—Pagamos enseguida su rescate y le dotamos de un caballo y de medios suficientes, por lo que espero que haya llegado ya a Otranto.

Entonces Mas tomó la palabra para contribuir a su vez al relato:

—Conseguimos atrapar a Guillermo de Villehardouin, el príncipe de Acaya, que pretendía escaparse disfrazado de mujer, y conseguimos cobrar por él un estupendo rescate. ¡De modo que ahora somos ricos!

—Ya veo que los tres estáis perfectamente —concluyó Roç—. Habéis combatido un poco, habéis descansado y tenéis dinero, de modo que podríais volver tranquilamente a mi servicio.

Pero el de Belgrave tomó de nuevo la palabra:

—Tendríamos que llegar a un nuevo acuerdo, pues hemos tenido que actuar sin vuestra presencia, y hemos luchado y decidido sin poder contar con vos. La verdad es que hemos tenido suerte, y ahora queremos disfrutar de la vida. De modo que no podéis reprocharnos que por esta vez no queramos seguirlos.

A Raúl no le resultó fácil el discurso. Tal vez sintiera vergüenza de rechazar la propuesta del Trencavel, sobre todo en vista del miserable estado en que éste se encontraba. Pero Roç estaba demasiado débil como para reprocharle nada a nadie, y mucho menos para dirigir un llamamiento encendido a los caballeros y recordarles su honor y la palabra dada, además de pintarles un futuro prometedor, repleto de aventuras. El camino que esperaba recorrer la pareja real aparecía más incierto que



nunca, y era de suponer que los peligros aumentarían, los obstáculos se amontonarían y las tentaciones del demiurgo serían aún más pérfidas cuanto más se acercaran a su meta, Jerusalén.

—La pareja real —dijo Roç, y parecía cansado— no puede obligar a nadie a confiar en un destino que es como un astro lejano. —Hizo una pausa y sonrió a Raúl—. Lo único que me gustaría saber todavía, estimado Belgrave, es dónde se encuentra monseñor Gosset y por qué no se ha presentado aquí.

Era evidente que la pregunta le resultaba desagradable al interpelado, que tardó algo en responder. Finalmente se decidió a hablar:

—Cuando entramos al servicio del Sebastocrator, nos encontramos allí a Gosset. Se había presentado como embajador del rey de Francia. Le proporcionaron pasaje en un barco, y apalabró con nosotros una cita aquí en Antioquía, donde deseaba hacer un alto en su camino hacia Jerusalén.

—¿Eso ha dicho? —A Roç le parecía increíble, pero estaba dispuesto a seguir enterándose—. ¿Por qué precisamente Antioquía?

—Eso tiene que ver con el hombre al que espera encontrar aquí... —Raúl se interrumpió, como si ya hubiese hablado demasiado.

Pero Mas no podía callarse.

—El fraile que pretendía llegar a vuestro lado se ha incorporado al equipo de La Mesa Redonda del Rey Arturo.

—¿William? —se le escapó a Roç.

—¡El mismo! —prosiguió Mas—. William de Roebuk, un simple minorita degenerado, ¡que asegura ser vuestro mejor amigo!

—¡Lo es! —se indignó Roç—. ¡Y no permitiré que nadie hable mal de él!

Mas se había dado cuenta de su imprudencia y aseguró:

—Perdonad mis palabras, noble Trencavel, pero la verdad es que ese franciscano, apenas pisó el establecimiento, le echó un ojo a Potkaxl.

A Raúl parecía divertirse el relato, pues añadió:

—Sinceramente, no entiendo qué le encuentra nuestra princesa tolteca a ese gordo y desharrapado franciscano, que encima está casado y vive con su mujer arriba en la ciudad, en el palacio del príncipe, ¡y tiene dos niños!

—¿William no sabe que estoy aquí, malherido? —le interrumpió Roç.

—¡Lo sabe muy bien! —contestó Raúl—. Pero quería que no os dijéramos dónde encontrarle a él, pues teme enfrentarse a vos, ya que esto probablemente significará tener que abandonar a Potkaxl. La muchacha ya le ha avisado de que no le seguiría.

—En este caso la situación está muy clara —dijo Roç—. Puesto que ni vos —se dirigió a los tres mozos— ni Gosset querrán venir conmigo, necesito a William. De modo que acordaré con el Hafsida que, en cuanto tenga a William aquí a bordo, ordene levar anclas y navegaremos, tal y como habíamos acordado, por la costa hacia

Ascalón<sup>[723]</sup>.

—Podéis confiar por esta vez en nosotros, Trencavel —dijo Raúl, y junto con sus dos compinches se acercó al lecho del herido—. Os devolveremos a vuestro minorita y os aseguro que si no os negáis a volver a vernos, es posible que todos nosotros, incluido monseñor y Potkaxl, nos veamos de nuevo en Jerusalén.

## Gritos en la reunión capitular

Acre, sede del gobierno del reino de Jerusalén, se sitúa en la punta norte de la bahía de Haifa. Ricardo Corazón de León había conquistado la fortaleza para los cruzados, junto con el puerto, mediante un audaz golpe de mano. Pero el lugar ya no podía reclamar siquiera el título de «ciudad real», pues los míseros restos del imperio de Ultramar eran gobernados por la casa real de Chipre, que había nombrado a un gobernador encargado de defender los últimos bastiones que quedaban en Tierra Santa. De los demás puertos sólo valía la pena mencionar a Tiro, que a su vez se mantenía en una feroz competencia con Acre desde que Venecia había batido a los genoveses en varios combates navales, que les ocasionaron a éstos numerosas pérdidas, y como consecuencia de ello, se refugiaron en la ciudad. El resto consistía en algunos castillos situados cerca de la costa, casi todos en manos de las órdenes militares, nominalmente sometidas al Papa, no al rey. De modo que había mucho que gobernar.

Sin embargo, el consejo capitular actuaba como si fuese el de un imperio mundial, acordaba alianzas, firmaba acuerdos y pretendía ser el árbitro de la situación. Había nombrado un senescal y un condestable, así como a un gran número de mariscales, aunque no disponía de un ejército en toda regla, pues dependía de un lejano poder real y de la benevolencia de las tres grandes órdenes militares.

Éstas, a su vez, obedecían a intereses muy variados: los sanjuanistas conspiraban con Damasco, los templarios con El Cairo y los germanos recibían sus directrices desde el lejano mar Báltico. En aquel momento, la mayor amenaza la constituía además la avalancha mongol, por lo que la reina viuda Plaisance de Chipre había acudido en persona para presidir la reunión del máximo consejo de su reino. La sesión se celebraba en el palacio real, equidistante de los castillos de los templarios, los sanjuanistas y los teutónicos, y a distancia suficiente de las delegaciones de las dos repúblicas marítimas, tan ferozmente rivalizantes y enemistadas entre ellas.

En el precioso salón de actos estaba la reina con su *baile*<sup>[724]</sup> al lado, y a falta del patriarca había acudido el delegado papal, Tomás Agni de Lentino. Frente a ellos se sentaban los representantes de las tres órdenes militares. El superior de los caballeros teutónicos se encontraba en Alemania, porque a su orden le interesaba más acabar de conquistar la posesiones bálticas que mantener las pocas propiedades que le quedaban

en Ultramar, de modo que había cedido voz y voto a Sigbert von Öxfeld, el anciano comendador de Starckenberg. Cuando el gran maestro del Temple se enteró, nombró también él a un representante, y se excusó con un malestar. Para sustituirle envió al comendador de Ascalón, el señor Georges Morosin. Este no era menos egoísta o engreído que la mayoría de sus superiores templarios, pero mientras los castillos de éstos se encontraban todos en suelo inseguro, en Ascalón reinaba una situación ordenada, dado que se encontraba firmemente en manos de los egipcios. El único gran maestro que se había presentado personalmente era Hugo von Revel, de la orden hospitalaria, pues no hacía mucho que ocupaba este cargo y quería enterarse de cómo iban las cosas.

De los barones importantes solamente habían acudido dos: Felipe de Montfort<sup>[725]</sup>, señor indiscutido de Tiro, y Julián de Sidón y Beaufort<sup>[726]</sup>, su enemigo declarado, un hombre vanidoso, autoritario y de reacciones imprevisibles.

La reina Plaisance<sup>[727]</sup> saludó amablemente a los presentes y cedió la palabra a su regidor.

El señor Godofredo no se anduvo con rodeos.

—El soberano de Alepo, Atabegh Turanshah<sup>[728]</sup>, digno y sabio tío del sultán de Damasco, nos envía a un embajador de alto rango que desea hablar con nosotros del peligro mongol, pues desde la caída de Bagdad, Alepo se siente amenazada por Hulagu. ¿Hago entrar al emir?

—¡No! —exclamó Felipe de Montfort con decisión—. Primero deberíamos aclarar entre nosotros qué postura adoptaremos frente a los mongoles.

El legado intervino:

—No hay nada que discutir. Nosotros los hemos llamado, hemos enviado a un embajador tras otro a la lejana Karakorum rogándoles que acudieran en nuestra ayuda, y ahora están aquí, y son cristianos como nosotros. ¿Por qué preguntáis...?

—Alepo siempre ha sido una buena vecina, es de toda confianza. No somos amigos, como sucede con los de Damasco, pero Alepo ha cumplido siempre los acuerdos...

—Aunque sigue siendo enemiga de la fe cristiana —le interrumpió el legado, mostrando una ligera sorpresa—, y nosotros tomamos la cruz para derrotar a esos enemigos.

—Olvidáis —murmuró el dogo, obligado a hablar en nombre de los templarios— que desde entonces han pasado ciento cincuenta años. —Dicho esto, se sintió más valiente y decidido—. Nadie de los que estamos reunidos aquí podemos calificarnos todavía de «cruzados». La mayoría de familias hace generaciones que residen en estas tierras, muchos han nacido en el país, ¡y la verdad es que unas relaciones de buena vecindad tienen bastante importancia!

—¡Traidor! —Julián de Sidón se levantó de un brinco—. Un musulmán siempre

será, para un buen cristiano, un enemigo contra el que debe luchar hasta las últimas consecuencias...

—¡Ja, ja! —interrumpió Felipe el discurso de odio que el otro acababa de iniciar—. ¡Escuchad quien habla! ¿Un buen cristiano?

—Señores —tronó Sigbert von Öxfeld, interrumpiéndoles—, ¡no ofrezcáis una imagen tan miserable a la señora reina! —Y dirigiéndose a Julián, añadió—: ¡Sentaos y callad, si no sabéis hablar de otra manera que como hablaría un adolescente inmaduro!

Julián se sentó, aunque furioso, murmurando algo así como «cobarde y traidor», y el dogo proclamó:

—Podéis contar con nosotros. Este reino sólo podrá ser preservado si lleva una política inteligente y tolerante. ¡El odio queda para los imbéciles!

Felipe de Montfort veía una posibilidad de intervenir como abogado de la razón.

—La forma en que trataremos la solicitud de Alepo sigue dependiendo de la postura que adoptemos frente a los mongoles.

—La verdad es que no hemos sido nosotros, los que queremos y tenemos que vivir aquí —intervino Julián de Sidón, demostrando una repentina coincidencia con su vecino poco apreciado de Tiro—, sino que el llamamiento procedió de otras personas, ajenas a nosotros, o de algunos huéspedes nuestros que por encima de nuestras cabezas han invitado a los mongoles, para volver a marcharse después.

—¡Podéis expresar con claridad a quién acusáis con vuestras palabras! —resopló el legado—. ¡Nada menos que al Santo Padre y al devoto rey Luis! ¡Se necesita bastante impertinencia para calificar al Papa como «persona ajena a nosotros»!

—Sin embargo, esas palabras son muy acertadas —respondió Felipe—. Nuestras familias son dueñas de estas tierras, aunque se peleen entre ellas, y nos conviene mantener el *status quo*. Si nos hacemos demasiado amigos de los mongoles, nuestros vecinos musulmanes nos lo reprocharán, y hemos de contar con ellos también en el futuro.

—A menos que los mongoles los maten a todos, como hicieron en Bagdad, donde únicamente han sobrevivido los cristianos.

El legado no reveló si consideraba deseable esa solución, pero el simple hecho de haberla expresado con palabras lo hacía suponer, y eso le daba muchísima rabia a Sigbert.

—Sabemos que la Iglesia es capaz no sólo de pensar así, sino incluso de actuar del mismo modo, ¡como ha demostrado en el Languedoc!

—¡Hereje! —resopló el legado, pero Sigbert no le hizo caso.

—*Shoukr Alá*<sup>[729]</sup>, matar a todos los pueblos y tribus que profesan el Islam es algo que ni siquiera les pasaría por la cabeza a los mongoles —repuso con una calma provocadora—. Ellos se limitarán a ejercer la soberanía...

—Tampoco vos, Sigbert —le interrumpió el dogo—, podéis asegurarnos que los mongoles consigan la victoria o que los mamelucos sean capaces de rechazar el ataque. En este segundo caso lo pasaremos mal, pues se vengarán terriblemente. Nosotros, los cristianos de Tierra Santa, no somos más que un puñado de gentes a las que sería muy fácil y casi cómodo cortarles la cabeza.

—Sobre todo a los miembros de las órdenes militares —intentó consolarle el señor de Tiro—. ¿Acaso no reza vuestra consigna: «muerte a los enemigos de la fe»? Es decir, vuestra misión sólo acaba con la muerte.

—¡Eso es agua pasada! —El dogo sonrió con malicia—. También nosotros nos hemos convertido entretanto en una gran familia poseedora de tierras, y sobre todo de influencia comercial.

—Sin embargo, no puede ser de nuestro interés que fracasen los mongoles —dijo Hugo von Revel—. Ellos no sólo nos dejarían nuestras propiedades, sino que incluso querrían hacer de nosotros el instrumento de su dominio sobre los pueblos del Islam.

—¡Fantástico! —gruñó Julián—. ¡Actuaremos a las órdenes del gran khan!

El *baile* de la reina, que había estado hablando largamente y en un susurro con ésta, se puso de pie.

—¿Por qué no votamos si debemos ayudar a Alepo o no? ¿Quién está a favor?

Los señores Felipe, Sigbert y el dogo levantaron la mano, con lo que la propuesta quedaba rechazada.

—Haré que el emir se presente ahora ante este consejo, y le comunicaré nuestra decisión —declaró Godofredo de Sargines, el baile, y dio una señal a los guardias de la puerta.

Entró El-Ashraf, el emir de Homs, un hombre bizco cuyo ojo se desviaba grotescamente hacia un lado. Se inclinó ante los reunidos y saludó a la reina.

—No podemos ayudar a Alepo —le comunicó el *baile* con expresión de pesadumbre, cuando vio que el ojo divergente se iluminaba de alegría.

—¡Una decisión muy inteligente, poderosa reina! No hay manera de defender Alepo, pues An-Nasir, el sultán de Siria, ni siquiera dispone de suficientes tropas en Damasco para ayudar de una manera efectiva a su tío. De modo que yo defiendo un buen entendimiento con los mongoles, es decir, someterse y pagar tributos, en lugar de derramar inútilmente mucha sangre.

—¿Habéis conseguido ya lo mismo en Homs? —preguntó Hugo von Revel, el sanjuanista, como para cerciorarse de algo que ya sabía de antemano—. ¿Es verdad que el príncipe Bohemundo de Antioquía y Trípoli tiene en mente dar el mismo paso?

—¡Ese cobarde! —empezó Julián a despotricar de nuevo, pero el comendador germano le cogió la mano y se la apretó tanto que a éste se le pasaron las ganas de seguir alborotando.

A El-Ashraf le asombró el comportamiento de los caballeros del consejo, por lo

que contestó a la pregunta con otra.

—¿Vos sabéis quién es el suegro del joven príncipe?

Hugo asintió.

—El rey de Armenia ha sido el primero en reconocer la realidad de la situación, por lo que, llegado el momento, se encaminó a Karakorum para someterse al gran khan. Desde entonces el rey Hetum<sup>[730]</sup> sigue siendo soberano indiscutido en su reino, y no hay nada más comprensible que aconsejar ese mismo paso a sus yernos.

—¡Yo no lo haré! —estalló Julián, sintiéndose aludido—. ¡Antes le devuelvo su hija a Hetum!

—Es una buena excusa —se mofó Felipe.

—Nosotros creemos que someterse desde ahora a la soberanía de los mongoles es un paso demasiado apresurado, pero, en cualquier caso, significa obedecer al dictado de la razón... ¡y de la verdadera fe! —expresó el legado con expresión agria su opinión, y el *baile* despidió rápidamente al emir, antes de que se encendiera de nuevo la discusión.

Apenas se hubo alejado El-Ashraf, sorprendentemente feliz con el resultado, el señor Godofredo sacó a colación otro tema.

—Tenemos aquí un escrito de El Cairo, en el que nos advierten con insistencia del peligro de que la llamada «pareja real» se dirija a Jerusalén. Creo que el sultán lo consideraría un acto de enemistad y nos haría responsables de ello.

En un primer momento los reunidos enmudecieron, puesto que, además, no todos estaban familiarizados con la materia. Después el dogo intentó esbozar una respuesta.

—El sultán Qutuz también está disgustado con la presencia de Trencavel en Antioquía. Sospecha una conjura con el príncipe Bohemundo y de acuerdo con los mongoles. Además, esto le sirve para encubrir su incapacidad de retener a la dama Yeza Esclarmunda en Alejandría. Ahora quiere que nosotros consigamos lo que él no ha podido hacer.

—Estáis sorprendentemente bien informados acerca de esa parejita estafadora que siembra la intranquilidad en todas partes —intervino en tono venenoso el legado.

—Es mi misión —siseó el dogo.

—¿Por qué hemos de ocuparnos nosotros de este tema? —gruñó Felipe de Montfort—. ¡El gobierno de la ciudad de Jerusalén está en manos de los mamelucos!

—¿Y por qué hemos de ser nosotros sus carceleros —refunfuñó Sigbeit, visible y audiblemente disgustado—, teniendo en cuenta que Roç y Yeza desean instaurar un reino de la paz?

—¡Herejía pura! —gimió el legado—. Ahora comprendo por qué el recién nombrado patriarca, el devoto Jacobo Pantaleón, no acude primero a Acre, sino se dirige directamente a Jerusalén: ¡quiere salvar a la ciudad santa de esos emisarios del infierno!

—¡El diablo habla a través de vuestra boca! —se le escapó a Sigbert.

Pero el dogo puso su carnosa mano sobre el brazo del anciano, en un intento de apaciguarle.

—¿Por qué pensáis siempre como pensaría un inquisidor, eminencia? ¡Jacobo Pantaleón, ese zapatero de Troyes, sabe cuál es su sitio desde que le han nombrado patriarca de Jerusalén!

—¡Os entregaré a todos a la Santa Inquisición! —Al legado casi le fallaba la respiración al darse cuenta de cómo era tratada la verdadera fe por aquellos caballeros, pero el teutónico se echó a reír.

—¡Ya me gustaría! —resopló Sigbert, divertido—. ¡Jerusalén se ha convertido en una plaza altamente sospechosa para la Iglesia! Cuando mi emperador Federico la recuperó del Islam, Roma no quiso saber nada de lo que en su día fue la Ciudad Santa. Al mismo tiempo, mancháis el recuerdo de miles de cruzados cristianos que dieron su vida por Jerusalén.

—Señores —exclamó el *baile*—, ¡medid vuestras palabras! —Se había levantado del asiento al ver que la reina Plaisance movía asustada la cabeza—. No podemos dejar sin respuesta la advertencia que nos llega desde El Cairo. ¿Falta saber si prometemos hacer algo, o la rechazamos? ¿Quién está a favor de hacerle caso?

Sólo se levantó la mano del legado, y después, con reticencias, la del gran maestre de la Orden del Hospital.

—¡Queda rechazada la advertencia! —proclamó el *baile*.

—Yo estoy a favor de conquistar Jerusalén —declaró Julián de Sidón—, ¡puesto que el sultán Qutuz parece invitarnos a hacerlo!

—Sólo una mente enferma puede pensar en imponer allí el orden por la fuerza de las armas —quiso el de Montfort taparle la boca.

El señor de Sidón pretendió devolver el golpe:

—¡Exijo una votación inmediata!

—¡Queda rechazada la propuesta! —Fue una de las pocas intervenciones de la reina en el acalorado debate—. ¡Ni pensarlo!

Y el *baile* apoyó sus palabras:

—Nos mantendremos al margen —dijo con malicia, dirigiéndose al legado—. Creo que esto responde también al interés de la Iglesia.

—*Hierosolyma non est locus!*<sup>[731]</sup> —Monseñor Tomás Agni di Lentino<sup>[732]</sup> no tuvo que reflexionar mucho para pronunciar su grave sentencia—: Si nosotros los cristianos necesitamos ayuda, deberíamos dirigirnos al único que puede ofrecerla: al poderoso señor Carlos de Anjou, ¡fiel servidor de la Iglesia!

—El precio sería la corona de este reino. —El gran maestre de los sanjuanistas parecía aprobarlo—. Lo mejor que podemos hacer es ofrecérsela. ¿Alguien vota en contra?

Los dos barones levantaron la mano al mismo tiempo, como picados por un alacrán, pero también los representantes de las órdenes mostraron su rechazo y su disgusto al legado. Y la reina declaró, muy convencida:

—Esa propuesta no cuenta con nuestra aprobación.

—En este caso, no puedo permanecer por más tiempo en un lugar sobre el que Satanás ha puesto ya sus garras. ¡Su pérdida servirá de castigo purificador por los pecados cometidos contra nuestra santa Iglesia!

El legado recogió sus faldones y se alejó de la sala con la cabeza alta.

—No son las alianzas falsas con nuestros enemigos, ya sean mongoles o mamelucos, lo que nos hará perder este reino —le gritó Julián a sus espaldas—, ¡sino nuestra cobardía, que nos impide emprender nuevas conquistas! ¡Los hombres de Sidón que sean capaces de manejar las armas, no permanecerán quietos! ¡Nuestra consigna es salvar Jerusalén!

—Os lo prohibimos... —El *baile* estaba tan asustado que le faltó el aliento para proseguir.

—Tiro no dejará pasar a esos insensatos —declaró el señor Felipe con fruición.

Pero fue el representante del Temple quien asestó el último y decisivo golpe a Julián.

—A mí me parece que en vuestra cabeza hay algo que no funciona —dijo el dogo con la amabilidad que mostraría un médico—. Padecéis una fuerte pérdida de memoria. ¡No hace más de tres semanas que habéis cedido Sidón a mi orden mediante una garantía escrita, para asegurar la devolución de los dineros que os hemos prestado y que habéis dilapidado jugando inútilmente a la guerra! ¡En los próximos cinco días vence esa prenda!

—¡No os atreveréis! —aulló Julián—. ¡Malditas órdenes! ¡Malditos usureros!

—Si os negáis a pagar y nos obligáis... —respondió el dogo con frialdad, dejando sin concretar la amenaza, porque Julián ya se alejaba a toda prisa de la sala, aunque gritó desde la puerta—: ¡Malditos cuervos de la cruz, si os atrevéis, saldréis perdiendo!

—Se suspende la sesión —proclamó el *baile* tras obtener el asentimiento de la reina. Plaisance parecía extremadamente apenada, y al mismo tiempo contenta de ver terminada la reunión.

El dogo se dirigió presuroso a través del barrio abandonado por los genoveses, pasó por delante de la disputada iglesia de San Sabbas y llegó al castillo del Temple, situado en la punta extrema del istmo que penetra como una espina en el mar. El gran maestre le recibió enseguida. Pero antes de que el dogo hubiese podido informar acerca del transcurso y el resultado de la reunión del consejo, Tomás Bérard pasó a comunicarle, radiante de felicidad:



—¡Hemos recuperado la *Atalanta*! ¡Está entera y casi no ha sufrido daños!

—Me alegra muchísimo —aseguró el comendador Georges Morosin—. También me alegra que el Taxiarcos, un hombre a quien aprecio, haya dado finalmente su brazo a torcer, aunque tarde.

—¡Demasiado tarde, Georges! —El gran maestro esbozó una sonrisa torcida—. ¡Además, nunca dio su brazo a torcer! Tuvimos que atrapar a ese pirata huido en mar abierto, reuniendo para este fin la mayor flota que jamás se ha visto. ¡Será inevitable citarlo ante un tribunal!

—¡El rey de los mendigos no es un pirata común! —defendió el dogo al Taxiarcos—. La orden le debe el viaje secreto a las «islas lejanas», un viaje que realizó con el mejor resultado imaginable...

—Para pasarle después sus informaciones al rey Manfredo —lo interrumpió el gran maestro con aspereza—, ¡y hacerse a traición y con alevosía con nuestra *Atalanta* para realizar un segundo viaje!

—¡Sin duda es así, pero yo no creo que tuviese la intención de engañar a la orden y, sobre todo, no la de revelar el secreto de la ruta que cruza el océano Atlántico!

—El pirata ya se cuidará de exponer sus justificaciones cuando le interroguen. —Tomás Bérard empezaba a estar cansado de la discusión—. Pero tened en cuenta, estimado Georges Morosin, que el proceso, a menos que suceda un milagro, acabará con la pena capital. Ni siquiera sería necesario formar un tribunal, pues el simple hecho de haber cometido un robo basta para condenarle, eso es algo que nadie podría negar. Lo que yo quiero saber, y espero que vos me lo digáis, es hasta qué punto Sicilia o algún otro ha colaborado, tanto en la planificación como en la realización del secuestro de la nave.

El gran maestro se daba cuenta de que el dogo empezaba a oponerse a sus argumentos, y añadió algo más de dureza a su tono.

—He oído decir que Roç Trencavel contribuyó a ello de un modo importante, lo mismo que la trirreme del conde de Otranto. Si fuese verdad, habrá que encausarles también a ellos y, como es lógico, asimismo a nuestros propios caballeros, sobre todo al comandante responsable, Simón de Cadet...

—¿Pretendéis arrastrar a todos ante un tribunal?

—¡Así es! —cortó Tomás Bérard la exclamación—. Y como es posible que la ampliación resulte desagradable para la orden, el proceso se llevará en secreto. No es que temamos exponernos ante la opinión pública, sino porque es de prever que se hablará de las «islas lejanas» y queremos evitar toda pregunta estúpida y toda curiosidad. Ascalón es el lugar adecuado, pues allí nos encontramos en suelo egipcio, aunque tenemos permiso para formar un tribunal e incluso para hacer ejecutar la sentencia.

—¡Una sentencia que ya habéis decidido! —se indignó el dogo.

—¡No os hagáis el tonto! —El gran maestro rechinaba con los dientes al intentar reprimir su enfado—. Y con esa misma intención os nombramos comendador, Georges Morosin. Es un título que ya ostentáis hace bastante tiempo, aunque hasta ahora sin tener derecho a hacerlo. Esperamos de vos la preparación y realización del proceso, con esa habilidad en la que tantas veces habéis demostrado ser un maestro, ¡de modo que no caiga ni una sombra sobre la orden! Si padece nuestro buen nombre o no defendéis bien nuestros intereses, ¡os haré personalmente responsable de ello!

—Yo no sirvo ni para acusador ni para inquisidor. —El dogo hizo un último intento por evadirse de una tarea tan desagradable.

—¡No os preocupéis tanto de vuestras debilidades! —le espetó el gran maestro—. Habrá otros que actúen como tales y, por lo demás, tampoco os he nombrado juez...

—¡Pero sí alguacil! —se excitó el dogo, sorprendido de su propio atrevimiento.

El gran maestro lo pasó por alto.

—¡Más bien espero de vos que actuéis como un anfitrión que facilita a sus hermanos en la orden el ejercicio de su difícil tarea! ¡Os ruego que me dejéis antes de que empiece a dudar de que he elegido bien!

El dogo hizo una reverencia y abandonó la sala capitular. Decidió visitar a Sigbert von Öxfeld en la casa de los teutónicos, situada en el otro extremo de la ciudad vieja, directamente junto al muro interior, un edificio poderoso cuyas torres angulares formaban ya parte de las fortificaciones. Esperaba un buen consejo del anciano, pues el comendador de Starkenberg no pensaría tanto en salvar la cabeza del Taxiarcos, como en evitar el peligro que amenazaba a todos los demás, especialmente a Roç Trencavel. Por algo se le consideraba protector de la pareja real.

## **Donde comienza el desierto**

El viaje por el Nilo, en aquella embarcación tan anticuada que la madre del Arquero había puesto amablemente a su disposición, le habría gustado mucho a Yeza si hubiese podido aprovechar las comodidades de aquella barca que se deslizaba con tanta suavidad. Su carpintería era de madera fina y estaba recubierta con varias capas de alfombras valiosas. Había divanes tapizados de seda, y las velas de color marfil los protegían del sol radiante, mientras una gasa azulada mantenía alejados los insectos voladores. Un nubio alto y fuerte la abanicaba con un plumero de pavo real, un sudanés bien parecido arreglaba los almohadones y un pigmeo negrísimo, portador de un gigantesco turbante, ofrecía en una bandeja de plata delicados dulces acompañados de *shai bi na'na* o refrescante *'assir limoun*, además de dátiles e higos secos. Pero Yeza no descansaba sobre un diván para ver pasar el paisaje junto al río, sino que se acurrucaba en una tienda donde reinaba el bochorno y desde la cual miraba ansiosa, a través de una estrecha rendija, hacia los esbeltos minaretes y las

resplandecientes cúpulas de El Cairo, que veía a su izquierda, en la lejanía. Después aparecieron a la derecha, envueltos en una neblina, las pirámides en su majestuosa irrealidad. Por unos instantes Yeza se vio impulsada a abandonar su escondite y ordenar a los esclavos remeros que se dirigieran hacia la orilla, porque aquellas construcciones mágicas la atraían con fuerza. Pero acabó por cerrar con gesto enérgico la tela y permaneció en el claroscuro de la tienda hasta que la última punta de las pirámides desapareció del horizonte. Lo consideró una prueba, un espejismo del demiurgo, que quería hacerla desviarse de su camino a Jerusalén.

El Halcón Rojo había advertido que convenía tener precaución a la altura de la capital, pues en El Cairo era conocida la meta de su viaje, que difícilmente podía contar con la aprobación de la corte.

Yeza sentía envidia de sus hombres, los pocos que le quedaban. Vestidos todos ellos como musulmanes, se sentaban sobre almohadones en la cubierta, chupaban con placer la narguila y no habían desperdiciado ni una mirada en el admirar aquellos monumentos.

Simón de Cadet y sus tres templarios dejaron la nave antes de llegar a El Cairo, para tomar junto a Heliópolis<sup>[733]</sup> la vieja carretera de caravanas que, pasando por El-Suwais, conduce directamente hacia el este, con el fin de alcanzar cuanto antes territorio cristiano. Sin duda alguna era el camino más corto para llegar a Jerusalén, pero también el más dificultoso, pues exigía cruzar primero el desierto del Sinaí, después el de Neguev<sup>[734]</sup>.

El Halcón Rojo le había insistido a Yeza que intentara llegar más al sur, que alcanzara el mar Rojo, tomara un barco y rodeara la península, bajando a tierra en Acaba, para subir después por el valle del Jordán. Una vez dicho esto, el Halcón Rojo la dejó, muy intranquilo por la situación en que encontraría su casa y sus propiedades. Se había alejado aún antes de llegar a Gizeh, pero prometió volver a reunirse con el pequeño grupo que, a lo más tardar a la altura de Menfis, iniciaría su travesía del desierto, aportando además caballos descansados y agua potable. De modo que los hombres de los que disponía Yeza eran el magnífico guerrero Kefir Alhakim, después Jordi Marvel y, el mejor de todos, el anciano Ezer Melchsedek. *Bis mashiat ar-rabb*<sup>[735]</sup> podía disponer además, gracias al gesto generoso del Taxiarcos, de los *lancelotti*, que ayudaban a los esclavos remeros, aunque sólo fuera para no perder la costumbre. Así pues, la barca se deslizaba con toda tranquilidad río arriba, cuando Ezer se incorporó de un salto.

—¡Hemos pasado por delante de Heluan! —exclamó, excitado—. ¡Tenemos que acercarnos a la orilla izquierda!

Yeza salió de la tienda.

—Aquí termina nuestro viaje por el Nilo —le dijo Jordi a su ama—. ¡Por desgracia!

El pequeño trovador no tenía muchas ganas de cambiar la cubierta del barco por el lomo de un camello.

Yeza asintió sin decir palabra. En aquel momento nada le importaba mucho, y nada le parecía deseable.

El Halcón Rojo cabalgó desde la orilla del río hasta Gizeh, donde la finca heredada de su padre descansaba frente a la gran pirámide<sup>[736]</sup>. De lejos ya pudo darse cuenta de que la propiedad estaba abandonada, hasta que finalmente tropezó con algunos de sus beduinos que apacentaban sus rebaños. Parecían deprimidos.

—Nos pesa la mala conciencia —exclamaron al verse frente al emir, y se arrojaron a tierra—. ¡Aunque no tenemos la culpa, pues el ama nos lo ordenó así!

—¿Dónde está mi esposa? —El Halcón Rojo se esforzaba por no mostrar una emoción excesiva.

—Se ha refugiado en el campamento de nuestra tribu, en el Sinaí —le informaron—. Un gran número de los nuestros la ha querido acompañar, de modo que ya debe haber llegado a lugar seguro. Los que quedamos aquí no pudimos resistir demasiado tiempo a los soldados de Qutuz, que estaban muy furiosos cuando comprobaron que ni el ama ni el joven sultán Alí quedaban en la casa. ¡La han destrozado!

El Halcón Rojo reflexionó rápidamente.

—¡Ahora no quiero ver esos destrozos! —declaró—. Dejad todo tal como está. Cuando regrese, los culpables serán castigados.

Después se quedó mirando al pequeño grupo y preguntó:

—¿De cuántos jinetes y camellos podéis prescindir?

—Los hijos que me quedan os acompañarán —dijo un anciano, contento de que el emir se mostrara tan sereno.

El emir estuvo conforme con que pusieran a su disposición seis hombres y diez camellos, así como provisiones y agua potable para una semana. De momento, su tarea era proteger a Yeza, que iba camino de Jerusalén.

Simón cabalgaba con sus tres compañeros por el desierto, y aunque padecían hambre y sed, lo consideraban una expiación de sus culpas por haberse dejado engañar en Linosa y no haber impedido, aunque fuese al precio de su vida, el robo de la *Atalanta*, como su orden podía esperar de ellos. Posiblemente el tribunal de la misma ya habría pronunciado *in absentia* su veredicto, y Simón estaba dispuesto a pagar con su vida ese deshonor, aunque le dolía ver en la misma situación a sus compañeros. ¡Tal vez la Virgen Santísima le concediera aún la gracia de poder defender la fama y el honor del Temple!

De repente, como si la Virgen María hubiese atendido su ruego, vio una caravana

de guerreros musulmanes que parecían llevar prisionero a un único caballero templario. Cuanto más se acercaban, menos duda les cabía, y Simón se frotaba los ojos para asegurarse de que no era víctima de una alucinación. También sus compañeros detuvieron los caballos y se quedaron mirando fijamente aquella tropa que se desplazaba lentamente.

Veían a un anciano con una larga barba plateada, cuya túnica blanca con la cruz escarlata proclamaba su pertenencia a la orden. Los enemigos sumarían cuatro veces los hombres de Simón, y los acompañaba el que parecía un emir noble, sentado en un palanquín abierto. Por otra parte, los musulmanes no arrastraban al prisionero atado y caminando, sino que lo llevaban montado en un camello, pero Simón no se dejó engañar por semejante argucia.

—¡Tenemos que liberar a ese hermano anciano! —les susurró a sus compañeros—. ¡Desenvainad las espadas!

Los tres templarios obedecieron con la mirada iluminada al ver que la santa Madre de Dios había tenido tanto miramiento con ellos y les permitía mostrarse por última vez dignos de pertenecer a una orden que, de no mostrar ahora su valentía, los arrojaría con toda la razón de su seno.

—*Beauséant alla riscossa!* —gritó Simón, como si portara un estandarte invisible hacia la batalla.

Los cuatro cabalgaron en fila hacia la caravana, cuyos componentes miraron confusos cuando vieron a los templarios bajando al galope por la ladera de una duna. No tuvieron mucho tiempo de mostrar su asombro, pues muy pronto los primeros cayeron del camello, despedazados por los templarios, que los atacaban como locos. Pronto la mitad de los musulmanes había caído, el emir en el palanquín se cubrió el rostro y los que quedaban huyeron hacia el desierto. Los templarios no intentaron perseguirlos, sino que rodearon a su anciano hermano, respirando con pesadez, pero felices de haber vencido.

El anciano miraba con desaprobación a aquellos jóvenes que pretendían salvarle.

—Hermanos, yo he de morir en Jerusalén, por cuya razón el nuevo sultán, para mostrar su buena voluntad, me cedió esta tropa como acompañamiento. —El anciano miraba, enfadado, las espadas sangrientas de los templarios, y se dirigió con su lamento al emir, que seguía en el palanquín—. ¡Estos señores se han portado mal con vuestros hombres, los han masacrado como vulgares asaltadores de caminos, y han estropeado mi último viaje!

El emir se encogió de hombros y les dirigió una mirada cargada de rencor. Los templarios bajaron la vista, avergonzados, pero Simón se dirigió una vez más a su hermano en la orden, cuya mente le parecía estar un tanto confusa.

—¡No os preocupéis por eso, nosotros mismos os acompañaremos hasta la santa ciudad de Jerusalén!

El viejo le miró con más extrañeza todavía.

—¡Ni siquiera conocéis los caminos! —gruñó—. ¡Cómo vais a acompañarme a la ciudad santa, si ahora soy yo quien os tendrá que conducir a Ascalón!

—¡No queremos ir a Ascalón! —intentó rebelarse Simón, pero el anciano no cedió:

—¡Os presentaréis al capítulo de la orden en Ascalón! —decidió con aspereza.

—¿Y qué será de mí, distinguido Botho de Saint-Omer? —preguntó Naiman, más asustado que enfadado—. ¿Quién enterrará a los muertos?

—¡Eso no nos afecta, Naiman, son infieles como vos y serán devorados por los pájaros! —decidió el de la barba blanca—. ¡Vos debéis seguir camino a Jerusalén y cumplir con la misión que os encargó vuestro amo y señor! —Y señaló con un dedo magro el precioso estuche que el bizco llevaba en el palanquín. Le envió un gesto amable de despedida y añadió—: ¡Después os podéis ir al infierno!

# LOS VERDUGOS DE ASCALÓN

## Reparto de papeles

Cuando los barcos de la flota templaria se acercaron al puerto de Ascalón sin reducir la velocidad, unos disparos bien medidos que les pasaron por delante de la proa les sirvieron de advertencia. A Guillem de Gisors le dio rabia que los representantes de su orden no parecieran dispuestos a recibirle como era debido, puesto que llevaba a bordo a un prisionero importante, que había que someter a juicio. El representante de la orden, Georges Morosin, llamado el dogo, que a él siempre le había parecido sospechoso, ni siquiera hizo acto de presencia para saludarle. De mala gana consintió el gran maestro designado por la poderosa *Prieuré* la humillación de que sólo dejaran entrar en el puerto a su propio barco, mientras los demás debían anclar fuera de los muelles. Cuando bajó a tierra, le ordenaron que fuera a ver al comandante del puerto, lo cual Guillem consideró el colmo de la insolencia, aunque decidió, al darse cuenta del ambiente poco amistoso que reinaba allí, ponerse a bien con los mamelucos. Entregó al comandante supremo de las autoridades del puerto una valiosa cimitarra, y le aseguró ser muy consciente de que la orden estaba allí en calidad de invitada, además de que apreciaba muchísimo encontrarse bajo la protección oficial del sultán de El Cairo.

El pobre hombre se mostró abrumado ante tanta humildad por parte de un templario de elevado rango, y prometió dar su vida por el bienestar de su huésped. De este modo Guillem de Gisors se había procurado una escapatoria, aunque comprendió que tantas atenciones, en realidad, no estaban destinadas a él, sino al Taxiarcos, que al parecer contaba allí con buenos amigos. El de Gisors maldijo la ocurrencia de Tomás Bérard de proceder a la condena del pirata precisamente en Ascalón, ¡aunque, por supuesto, él estaba decidido a llevar ese procesamiento hasta ver al pirata colgado de una cuerda!

Estaba todavía tomando el té que le ofrecieron cuando se presentó un sargento dispuesto a hacerse cargo del prisionero.

Le comunicó al mensajero que prefería inspeccionar primero los edificios de la orden, antes de hacer trasladar al acusado directamente desde la nave a la celda. El mameluco le ofreció una escolta para acudir a la residencia del Hafsida.

—¿El Hafsida? —preguntó extrañado el de Gisors—. ¿No se tratará del famoso mercader de esclavos?

—¡El mismo! —declaró el sargento—. El Hafsida es el actual propietario del edificio donde antes residía el comendador de los templarios. La orden, representada aquí por el dogo, sólo tiene alquiladas esas dependencias.

—¡Qué vergüenza! —refunfuñó el de Gisors—. ¿Por qué nadie me lo advirtió?

—¡Hace ya años que viven en perfecta simbiosis! —le aclaró el sargento sin inmutarse—. ¡Una convivencia que ha resultado extraordinariamente provechosa desde el punto de vista comercial!

El templario siguió en silencio al sargento. Una vez alcanzada la puerta del enorme palacio, atravesó el patio, donde tampoco salió nadie a recibirle. El sargento le informó de que allí había celdas en número suficiente y que el señor de la casa, Abdal el Hafsida, no estaba presente, en cambio sí le esperaba el dogo.

Éste le dedicó una sonrisa afable.

—Guillem de Gisors, supongo. Os veis frente a quien ostenta ahora la dignidad de comendador. Os ruego que os sentéis y me informéis.

Durante mucho tiempo, Guillem de Gisors fue incapaz de articular palabra. Después dijo en voz baja y con entonación amenazadora:

—He venido a cumplir una misión, no a rendiros visita.

—Bien —le respondió el dogo—, también a mí me gustan las cosas claras. Espero que sepáis apreciar mi objetividad, pues hemos de celebrar un proceso y no aceptamos un veredicto decidido de antemano.

—¿Acaso dudáis de la culpabilidad de...?

—¡Gracias! —le interrumpió el dogo con frialdad—. Veo que no estáis cualificado como juez. ¡De modo que sólo podréis actuar como acusador!

—¿Lo decidís vos? —El de Gisors temblaba de disgusto.

Entonces el dogo le mostró una orden del gran maestro por la que se le nombraba a él único responsable de que el procesamiento se desarrollara correctamente.

—En realidad, yo no tengo ganas de actuar de juez —añadió el dogo, sin ocultar su aversión.

—¿No será, señor comendador Georges Morosin, que habríais preferido haceros cargo de la defensa del pirata? —le preguntó el gran maestro capciosamente.

—No me disgustaría —afirmó el dogo, pesaroso—, pues siento pena por todo el que tiene dificultades para desarrollar sus instintos.

Entonces el de Gisors preguntó, con entonación severa:

—¿Supongo que contaréis aquí con un espejo de señalización?

El dogo ya no sonreía.

—Está a vuestra disposición; por lo demás, podéis regresar al barco con el que habéis llegado en cuanto tengamos al prisionero a buen recaudo.

—¿Os atrevéis a amenazarme?

—El prisionero no es vuestra propiedad particular, ni podéis disponer de su destino. Le pertenece a la orden. ¡Firmad aquí! Mi sargento subirá a bordo para que le sea entregado el Taxiarcos. Vos podéis esperar aquí y, si lo deseáis, os podemos demostrar que nuestras mazmorras son seguras. ¿Queréis comprobarlo?



El dogo volvía a mostrarse amable y el de Gisors prefirió firmar. El sargento se hizo cargo del escrito y se alejó, tras lo cual los dos señores ya no tuvieron más temas que comentar.

Cuando Yeza hubo abandonado la lujosa barca que la madre del Arquero le había prestado para navegar por el Nilo y observaba pensativa la orilla del ancho río cuyas aguas fangosas se deslizaban lentamente, vio que se acercaba a todo galope un grupo de jinetes a camello. Primero se asustó, pues recordó las amenazas que el nuevo sultán, según decían, había proferido contra ella. Pero fue Baibars, el Arquero, quien saltó de su cabalgadura cuando estuvo frente a la joven.

—¡Mis saludos, princesa! —le espetó con la brusquedad acostumbrada—. ¡Cuando me dijeron que la barca de mi madre había pasado por delante de El Cairo, sin detenerse ni dar señales, podía haberme imaginado que no era ella quien viajaba a bordo!

—Alá os debe amar más que a cualquier otro, noble Bunduktari —respondió Yeza a su saludo—, para haberos concedido una madre como la vuestra. Me ha complacido sobremanera conocerla.

—Os acompañaré hasta el mar Rojo, princesa, ¡pues tengo mucho empeño en que lleguéis bien a Jerusalén!

Yeza miró con atención los rasgos campesinos del Arquero, pero no pudo adivinar sus pensamientos.

—¿Sabéis seguramente que, en realidad, estoy citada con el Halcón Rojo, quien me acompañará en la travesía del desierto?

—El emir Fassr ed-Din Octay podría hallarse impedido, o podría tener otras preocupaciones.

—¿Pasa algo con Madulain? —preguntó Yeza, aunque con reticencia, pues al fin y al cabo sabía que Baibars no era precisamente amigo del Halcón Rojo.

—¡Ha desaparecido, junto al sultán depuesto!

Yeza no comentó la noticia. Los fieles *lancelotti* se despidieron de ella tal y como habían acordado con Hamo. La joven podría haber insistido en que la acompañaran hasta llegar al mar, incluso hasta Jerusalén, pero sabía que cada uno de aquellos fieles hombres era esperado en Otranto por sus familiares.

—Partamos nosotros también, princesa —le propuso el Arquero, después de haberse cerciorado de que todas las pertenencias de su protegida habían sido descargadas del barco y repartidas sobre los animales de carga—. A nadie que tenga poder le conviene estar demasiado tiempo lejos de su palacio.

Yeza no encontró palabras para aliviar la grave tensión que revelaba el discurso del poderoso emir, el hombre más importante en el sultanato de los mamelucos. Así pues, tomaron en silencio el camino del desierto.

El velero del Hafsida seguía anclado en San Simeón, el puerto de Antioquía. El estado de Roç iba mejorando, aunque permanecía atado al lecho. Cuando la abnegada Geraude salía de la tienda instalada en la popa, Roç iniciaba en secreto algunos ejercicios. Éstos le provocaban terribles dolores, y Roç tenía que apretar los dientes. Después de tres o cuatro movimientos esforzados tenía que detenerse, completamente exhausto. Le entraban ganas de llorar de rabia. Precisamente en uno de estos momentos de profunda depresión acudieron a verle los tres mozos occitanos.

Mas de Morency quiso abrir la boca para mofarse de la debilidad de Roç, pero Raúl se lo impidió, dirigiéndose sin más al Trencavel.

—William de Roebruk ha marchado a Alepo...

—... ¡huyendo de Potkaxl! —Mas estalló en risas—. Descubrió las visitas a su mujer, que vive en la ciudad, en el palacio del príncipe.

—Hemos sabido que William ni siquiera está casado —quiso añadir Pons un poco de picante a la conversación—. ¡Pero tiene dos hijos!

—No son hijos suyos —procedió Roç a calmar los ánimos—. Y Xenia tampoco es la madre de los niños. Pero ¿por qué ha marchado a Alepo?

Raúl intentó una vez más hacerse con el hilo de la conversación.

—Monseñor Gosset, que es muy avaro, se dejó convencer por el fraile y, aunque le costó un esfuerzo, entregó al minorita cierta cantidad...

—... que apenas le servirá para adquirir una enana que alegre un poco la ronda de placeres en el establecimiento de monseñor, pues Potkaxl sabe a poco. —Pons puso cara de víctima.

Raúl levantó la mano para hacerle callar.

—En cualquier caso, William se ha alejado, disfrazado de rico mercader musulmán, y se ha dirigido en compañía de Abu Bassiht hacia Alepo, donde se celebra el mercado de esclavos mejor surtido de estas tierras.

—¡Y se le ocurre viajar precisamente con un sufí! —Roç estaba asombrado—. ¡Son los que menos entienden de esa clase de género!

El mercader de esclavos quería reventar de risa.

—Yo mismo he ofrecido a William las más apetitosas mujeres, ¡pero se empeñó en seleccionarlas él mismo! —Abdal el Hafsida adoptó un tono serio—. El fraile tardará algún tiempo en regresar, si es que lo consigue. ¡Si los guardias del mercado se dan cuenta de quién es, lo van a despedazar!

—No creo que a William pueda pasarle nada grave —tranquilizó Roç a los demás y también a sí mismo—. Además, si lleva consigo a Abu Bassiht, éste le servirá de ángel de la guarda.

—¡Un sordo tozudo en compañía de un ciego confuso! En cualquier caso, no es de esperar que William regrese a vuestros brazos, Trencavel. Mis negocios me llaman

a Ascalón. Podéis acompañarme y ser mi huésped, o tendréis que esperar en casa de vuestro amigo Gosset hasta que se presente de nuevo ese franciscano.

—¡Yo esperaré a William! —declaró Roç, sin pensarlo mucho.

—¡Como queráis! —El Hafsida parecía ofendido—. Además, tengo noticias indirectas de vuestra dama...

Roç quiso incorporarse, pero su espalda se lo pagó con un dolor punzante.

—¿De Yeza?

—La princesa pide un barco que la traslade a través del mar Rojo hasta Acaba. Va camino de Jerusalén.

—Y creéis que debo... —Roç se dejó caer con un gemido sobre el lecho.

—Yo no creo nada. Sois vos quien tiene que decidir. Sólo puedo añadir que esta noticia me llegó a través de El Cairo, y que trae el código del Arquero.

—Eso me tranquiliza —dijo Roç, conmovido—. Baibars quiere bien a mi dama. ¡No creo que pueda encontrar mejor protector! —Sabía que estas palabras representaban un buen golpe para la sensibilidad de Abdal, que se consideraba siempre el escudo más seguro para cuantos él se dignaba proteger. De modo que Roç le pareció un ser desagradecido, por lo cual se alejó sin un saludo, tras dar a sus marineros instrucciones de que trasladaran el lecho y al reconvaleciente al muelle—. ¡Y la tienda... *Alá ia' alam bi kubr qalbi*<sup>[739]</sup>... también!

Reflexionó brevemente si le convenía despedirse todavía de Gosset, pero después decidió alejarse sin más. De repente, y sin que se viese clara la razón, el Hafsida se mostraba nervioso y deseaba dirigirse lo antes posible a Ascalón.

El Taxiarcos fue introducido en una celda bien iluminada y espaciosa, que dentro de un nicho mostraba un lecho de piedra tapizado con un buen número de alfombras. También había allí una mesa de obra y un asiento bastante duro. No había nada en la estancia con lo que pudiera hacerse daño, por lo cual sus guardianes renunciaron a atarle las manos. La puerta era de gruesos tablones y la ventana enrejada se abría a un gran patio apenas transitado.

El Taxiarcos se paseaba intranquilo de un lado a otro, como si quisiera medir la celda con sus pasos. Si se acostaba, le daba la impresión de que el techo abovedado se le caía encima. Hasta entonces sólo había recibido una vez la visita del dogo, y éste se limitó a preguntarle si existía alguien a quien deseara ver con especial interés. Sin pensarlo mucho, el rey de los mendigos pidió ver a su amigo Gosset. El dogo le había prometido intentarlo y, por lo demás, se mostró frío y distante, aunque el prisionero tuvo la impresión de que su máximo guardián no le quería mal. La comida la traía siempre el mismo sargento, probablemente un hombre de confianza del dogo, el mismo que le había sacado del escondrijo en la bodega del barco del señor Guillem

de Gisors y le mantenía vigilado. Desde entonces el Taxiarcos ya no había visto más al de Gisors, aunque el odio de éste parecía flotar en el ambiente, dentro de la celda y también afuera, en el patio vacío. Sólo sabía por boca de su guardián, que obedecía al nombre de Harun y no era muy hablador, que aún no se había reunido el tribunal que le juzgaría.

Inmediatamente después de que su prisionero quedara al cuidado de la antigua comandancia de la orden, Guillem de Gisors subió a toda prisa a la última plataforma del *donjon*. Encontró ciertamente el espejo brillante y limpio, pero también vio allí a un gigante negro con un torso desnudo y untado de aceite, armado con una gigantesca y pulida cimitarra. Este hombre observaba cada uno de los movimientos de Guillem, haciendo rodar los ojos, y aunque el caballero no estaba seguro de si el coloso entendía algo de lo que estaba comunicando apresuradamente a Acre, su simple presencia le obligó a limitarse a las noticias más precisas. Después estuvo esperando una respuesta. Le pareció que el negro miraba fijamente la superficie plateada del espejo, dispuesto a leer también las señales de luz que iban llegando. Guillem intentó conversar con él, pero el vigilante negro sacudió la cabeza y el de Gisors no supo interpretar el gesto.

—¿Estás al servicio del Hafsida o del Temple? —le preguntó, vocalizando sílaba tras sílaba como si se dirigiera a un niño.

En ese instante, el hombre movió su cimitarra y el reflejo del sol en el acero deslumbró a Guillem, que se llevó un susto de muerte, hasta que comprendió que el espejo le ofrecía una respuesta. El gigante se acercó y con gran habilidad señaló la consigna que correspondía a la torre de Ascalón. Para gran disgusto de Gisors, precisamente entonces se oyeron pasos en la escalera.

Se presentó el dogo, acompañado del sargento, y todos pudieron enterarse a la vez de la decisión tomada por el gran maestro en la lejana Acre:

La defensa del acusado no debe encomendarse a un miembro de la orden. Georges Morosin presidirá la corte y puede ocupar el lugar de vocal, aunque esto debe decidirlo él mismo. Guillem de Gisors representará a la acusación en nombre de la *Ordinis Sacrae Domus Christi Militae Templi Salomonis Hierosolymitani Magistri*.

Tomás Bérard, *locus sigilli*.

PS: Enviaremos a un juez supremo.»

Éste era el mensaje.

Guillem de Gisors dirigió al dogo una mirada triunfal, pero éste desvió la suya hacia la cimitarra, por lo que el de Gisors prefirió abandonar el lugar.

—¿Has podido comunicar con el Hafsida? —dijo el dogo a Ahmed<sup>[741]</sup>.

El gigante mudo le indicó la respuesta exponiendo su espada a los rayos solares, y Harun, el sargento, la supo interpretar.

—Abdal ha salido esta mañana a toda prisa del puerto de Antioquía, en compañía de Jacobo, antes de que Gosset haya podido entregarle nuestro aviso. ¡Pero es de suponer que esté navegando lo más rápidamente posible hacia Ascalón!

—Gracias, Ahmed —dijo el dogo—. Te ruego comuniques a Gosset que también él debe acudir cuanto antes.

—No podemos enviar noticias hasta última hora de la tarde —intervino Harun—. Al mediodía el sol no nos favorece.

El dogo asintió para mostrar su acuerdo, pero Ahmed todavía tenía que comunicarle algo más.

—El de Gisors ha pedido a Acre un velero rápido de la orden —tradujo el sargento con la misma celeridad con que se movía la cimitarra—, ¡para que transporte sin pérdida de tiempo a un tal Roç Trencavel desde Antioquía hasta Ascalón!

—¡Ya veo! —dijo el dogo—. Nuestro angelito quiere tener a alguien más en el banco de los acusados. ¡Creo que deberíamos comunicar a su madrastra que el muchacho necesita un tirón de orejas!

### **Intermezzo en el mercado de esclavos**

La oración del mediodía ya había pasado y los hombres se agolpaban ante la gran mezquita de Alepo, entre ellos dos mercaderes que parecían hombres pudientes. William había insistido en que Abu Bassiht, por lo común vestido con sucios harapos, se presentara con ropas decentes. Como el sufí no daba la más mínima importancia a tales signos externos y en consecuencia tampoco poseía moneda alguna, incluso le había pagado de su propio bolsillo la costosa vestimenta, a la que añadió un calzado de cuero.

Delante de la mezquita se agolpaban numerosos mendigos, los cuales, en opinión de todo musulmán creyente, tienen derecho a recibir limosna. William desempeñaba a la perfección su papel de hombre rico y al salir distribuía monedas, cosechando las consiguientes alabanzas. Abu Bassiht, en cambio, no recordó dónde había dejado sus sandalias ni qué aspecto tenían, por lo que no las encontró delante de la puerta, y su inseguridad atrajo las primeras atenciones. Los inválidos que estaban en primera fila le miraban como si fuese un ladrón. Cuando el sufí hubo descubierto por fin su calzado y quiso correr detrás de William, olvidó entregar a los que le miraban el debido *bakshish*. Como sufí que era, más bien estaba acostumbrado a recibir una limosna que a darla. De modo que surgió un aullido furioso de protesta y Abu Bassiht

buscó desesperado en sus bolsillos vacíos, mientras se enardecía el tumulto.

William quiso dar media vuelta y sacar al anciano de allí, pero una multitud indignada le separaba del desgraciado, mientras se acercaban los guardianes del cercano mercado. Lo primero que hicieron fue repartir golpes a diestra y siniestra, agarrando después a algunos de los más revoltosos. Por desgracia, también atraparon al sufí, que ni siquiera se defendió. William sabía que no tenía sentido, y además resultaba muy caro, oponerse a los guardianes, por lo que decidió acudir a instancias superiores.

Vista desde la plaza delantera de la mezquita, del centro de la ciudad surgía una fortaleza gigantesca, más poderosa que la gran pirámide de El Cairo. Sus pendientes laterales caían casi lisas, sosteniendo en lo alto una ciudadela asentada sobre una plataforma y rodeada de una muralla. Sólo a un lado, hacia la derecha, transcurría una extraña fortificación hacia abajo, adentrándose en la ciudad. Después de la primera puerta flanqueada por poderosas torres, seguía un puente de piedra ascendente, que cruzaba sobre cinco pilares y no permitía volver atrás. El único escape era un salto al vacío. Después de cruzar ese puente, el que pidiera entrada se encontraba ante un precioso portal donde le permitían la entrada o perdía la vida.

Allí se encontraba ahora William de Roebruk disfrazado de musulmán, y los guardias le preguntaron con aspereza por su nombre y su deseo. Le miraban desde lo alto de la muralla, y algunos le apuntaban con sus flechas. William se había preparado a fondo para responder a esta pregunta, pero en ese preciso instante no se le ocurría nada. De modo que gritó hacia lo alto:

—¡Decid a vuestro señor Turanshah que ha venido William de Roebruk a pedir explicaciones!

Estas palabras impresionaron a los guardias hasta el punto de que lo dejaron allí, delante del portal, aunque ya no le apuntaban con sus armas y enviaron rápido aviso a su soberano. La respuesta llegó muy pronto y evidenciaba tanto respeto que los guardias abrieron ambas hojas de la puerta y acto seguido se arrojaron al suelo. William pasó por encima de ellos. Detrás de la reja que ya se había apresurado a hacer subir le esperaba el jefe de los eunucos, que con muchas reverencias se excusó por el hecho de que su señor, Turanshah ibn az-Zahir, se encontrara en el baño, y por lo tanto le pedía de antemano perdón por tener que recibirle allí.

William no tenía nada en contra, también a él le hubiera gustado refrescarse en el *hamam* aunque, por otra parte, le pesaba el destino poco claro y probablemente mucho menos agradable de su compañero de viaje, que debía de encontrarse en alguna de las mazmorras de la ciudadela.

Las termas del castillo eran todavía de la época romana, y ofrecían en los mosaicos de suelos y paredes toda clase de alegorías que reflejaban una ilimitada alegría de vivir. William encontró al anciano gobernador envuelto en toallas blancas,

sentado al borde de la gran bañera y mirando apenado las nubes de vapor. Cuando William se acercó vio que el emir de Homs, El-Ashraf, flotaba en el agua con los ojos cerrados, mientras hablaba sin cesar, intentando convencer a su tío.

—Los mongoles caerán sobre Alepo como una plaga de langostas. Perdonarán a los cristianos en sus iglesias, pero a todos vuestros súbditos que, como vos y yo, no renieguen de la fe en el Profeta, nos matarán como si fuésemos ganado. Y vos no lo podréis evitar. Esta ciudad es demasiado grande como para dotar de suficientes defensores las murallas exteriores. No debéis esperar ayuda de mi primo An-Nasir, empeñado en salvar su trono de Damasco, aunque tampoco lo conseguirá.

El emir abrió uno de sus ojos, pero esto le bastó para reconocer al minorita, a pesar del *amama oua barnas*<sup>[744][745]</sup>, tras lo cual se apoyó en el borde de la bañera e invocó al franciscano como testigo:

—William de Roebruk conoce a los mongoles como ningún otro. Estaréis unos días más protegido aquí arriba en la fortaleza, mientras abajo vuestros súbditos se ahogan en la sangre. Y después esas termitas subirán a miles por las pendientes para atacaros también a vos, y entonces será demasiado tarde. Os torturarán hasta que entreguéis vuestros tesoros escondidos, después un poco más para castigaros, y otro poco para divertirse antes de empezar a cortar trozo a trozo vuestras carnes. Cuando ya no seáis capaz de gritar, os cortarán al fin la cabeza. ¡Dadme la razón, William de Roebruk!

El franciscano nunca había apreciado demasiado al emir, y le daba pena ver al viejo Turanshah sentado allí, soportando inmóvil y atemorizado el relato de tan previsibles crueldades.

—Suelen proceder así, aunque sólo en casos excepcionales —quiso atenuar William la crueldad del bizco—. Todo consiste en no irritar a ese general tan frío y reflexivo que es Kitbogha, en someterse con toda dignidad, y entonces difícilmente le sucederá nada a la población, ya sea cristiana, judía o musulmana. ¡Sí ocuparán la ciudadela, aunque dando libertad a sus defensores, pues a los mongoles les impresiona el valor de un combatiente!

—Eso ya es otra cosa. —Turanshah se dirigió al franciscano, al que hasta entonces sólo conocía de oídas. Su sobrino, siempre tan aficionado a las exageraciones, le había descrito a ese fraile como si fuese el patriarca de Karakorum, que influía decisivamente en el gran khan y decidía sobre el bienestar o la desgracia de pueblos enteros. A Turanshah le gustó William, tal como se le presentaba—. ¿Es verdad que para salvar a Alepo tendré que humillarme ante los mongoles cristianos?

William se dio cuenta de la tremenda duda que atormentaba al anciano, consciente de su responsabilidad en cuanto al destino de sus súbditos, aunque no por eso le ocultaría lo que era una amarga verdad.

—Los mongoles no luchan por la religión y no combaten bajo la señal de la cruz,

como los francos, y nadie tiene que humillarse ante ellos. Las reverencias son puras formalidades. Pero el emir tiene razón en que, tan pronto los mongoles se encuentren a las puertas de la ciudad, ya no podréis defender Alepo. Lo mejor será evitar cualquier derramamiento inútil de sangre y aceptar lo inevitable.

Turanshah miró a William con sus ojos tristes.

—Tengo que pensarlo —dijo—. En cualquier caso, os debo gratitud. ¿Qué puedo hacer por vos?

William no dudó mucho.

—Vuestros guardias han arrestado a mi compañero de viaje, el sufí Abu Bassiht, y lo han arrojado a la mazmorra.

—¡Y yo ni siquiera me he enterado de que el gran maestro ha puesto los pies en mi ciudad! —murmuró Turanshah, y parecía afectado. Batió palmas, y el jefe de los eunucos acudió a toda prisa—. Buscad enseguida al hombre santo —ordenó el soberano—, y traedlo aquí, para que yo pueda pedirle perdón y ofrecerle un regalo. ¡Me gustan sus versos!

William se inclinó.

—Permitid que me despida. Hemos venido para comprar en vuestro famoso mercado de esclavos una bonita mujer para un amigo. ¡Pero debemos apresurarnos, pues al final sólo quedan las más feas y defectuosas!

Turanshah se echó a reír, mostrando los huecos de su dentadura.

—El-Ashraf os acompañará, pues aunque tiene mal gusto, los mercaderes le adoran, porque siempre paga demasiado. ¡Si os halláis en su compañía, os mimarán en el mercado como si se hubiese presentado allí el guardián supremo del harén del sultán!

William quiso rechazar la oferta, pero El-Ashraf ya salía del baño.

—¡Os presentaré a las huríes más atractivas del reino de Armenia, cuyos muslos son tan duros que se puede aplastar un piojo sobre ellos, mientras su trasero es como un cojín de terciopelo!

William apartó púdico la mirada hasta que el emir quedó envuelto en las toallas preparadas, mientras el anciano y desdentado Turanshah daba órdenes al jefe de los eunucos de sacar a Abu Bassiht cuanto antes de la cárcel y acompañar a William al exterior.

El mercado de esclavos se celebraba en el gran patio del albergue de caravanas de Shadbakti, en el barrio de los comerciantes de tejidos. Desde el exterior, el edificio parecía una fortaleza, pero alrededor de su patio interior adoquinado transcurrían unas arcadas que a su vez ocultaban las puertas conducentes a las cámaras situadas a ras del suelo, y desde éstas hacia las mazmorras, situadas bastante más abajo. En el centro del patio se veía, junto a la fuente, una tribuna de madera a la cual se subía



superando varios escalones. Encima de esta tribuna había instalado un poste dotado de anillas de hierro.

Allí era encadenado el género a subastar siempre que se mostrara rebelde. Dos lados del rectángulo de arcadas, junto con sus cámaras y sótanos, quedaban reservados para los mercaderes, y aparecían separados del resto por medio de unas rejas severamente vigiladas. Los esclavos eran presentados en secuencia rápida, cambiando de propietario si alguien los adquiría, o eran devueltos en caso de falta de interés, pues tener que insistir en proclamar sus virtudes no aumentaba en nada su valor. William de Roebuck se mantuvo alejado del griterío y del regateo, de las alabanzas y las maldiciones, hasta que acudió El-Ashraf con su escolta y le abrió camino hacia la tribuna. Los guardianes dejaron entrar sin más al emir en el recinto reservado a los mercaderes, y Abu Bassiht, que apareció ataviado con sus ricas vestiduras, invitó a William a seguirles. En aquel recinto interior no había tanta aglomeración, allí los negocios se realizaban casi sin levantar la voz, porque los vendedores y los compradores se entendían con gestos. Era habitual convencerse de la calidad del género ofrecido tocándolo físicamente. La mayoría de los expuestos soportaban estoicamente el procedimiento, por lo cual llamó mucho la atención una joven que era arrastrada por dos guardianes hacia el poste. Esa mujer gritaba y blasfemaba en un idioma desconocido, pero que William comprendió, pues se trataba de la lengua de Occitania, la *langue d'Oc*, y los furiosos gritos de aquella desgraciada le llegaron al alma.

—¡Ese estafador me ha robado la libertad haciéndome tomar un hipnótico! ¡Yo soy hija del conde Jourdain!

Cuando Mafalda se dio cuenta de que nadie la compadecía, cambió de táctica y empezó a mover incitadora su gracioso vientre.

William se quedó mirándola fascinado, y también el sufí parecía impresionado.

—¿No habrá algún caballero cristiano al que devolveré el triple del precio si me rescata, y al que premiaré además con mis amores?

Miró provocadora alrededor, y William intentó esquivar su mirada, aunque se dio cuenta de que Abu Bassiht le insistía al emir, que miraba fijamente con uno de sus ojos a la desenvuelta condesita. El sufí no tenía dinero, pero William seguramente poseía suficientes fondos para comprar aquella dama que ya empezaba a asustar a la mayoría de los posibles clientes musulmanes con su comportamiento desaforado. El fraile decidió intervenir en la subasta, no para darle una alegría a Abu, sino para asestarle un pequeño golpe al emir. Le hizo una señal al comerciante, que se acercó de inmediato, y William se dio cuenta de que al hombre le faltaba un brazo y que su rostro mostraba rasgos de perversión y falsedad. Pero William no preguntó por la procedencia de la bella, sino que le susurró al subastador:

—¡A cada oferta me miraréis a mí! Si tengo un dedo junto a la nariz, significa que

incremento la oferta añadiéndole la mitad, es decir, cincuenta más —dijo en su árabe más fluido, y Rinat le Pulcin le tendió la mano, que William apretó.

—Esta mujer os dará muchas alegrías —le informó el orgulloso propietario sin escrúpulo alguno—. La adquirí hace pocos días por mucho dinero a Abdal el Hafsida. Es una carmelita pura, ¡una monja todavía virgen!

William, que sabía al vendedor de esclavos en el puerto de Antioquía, ocupándose de Roç y descuidando su negocio habitual, preguntó:

—¿Y dónde habéis conseguido tan buena compra?

Rinat miró desconfiado alrededor y luego dijo:

—En Ayás, ¡en Armenia!

No está mal, pensó William, y sonrió.

—¡Empezad la subasta antes de que, *fi shams Alá*<sup>[746]</sup>, se pudra el fruto!

—¡Así lo haré, señor! —Rinat regresó a la tribuna, donde Mafalda se había transformado en un ser callado y apocado, no porque algunos compradores la inspeccionaran desvergonzadamente, pellizcando sus carnes y examinando su dentadura, sino porque el sufí se había acercado y le había puesto una mano sobre el brazo.

Lo vio hablar con otro hombre, que parecía noble y rico, mientras el gordo pelirrojo no parecía muy interesado. Pronto regresó Rinat, el traidor, y le subió los faldones hasta la cadera.

—William —imploraba el sufí—, ¡piensa en mi edad! ¿Quién me calentará el cuerpo si no me compráis esa ánfora llena de vino ardiente, que deseo ir bebiendo poco a poco para animarme?

—Veré lo que puedo hacer, *ya abuya* —le consoló el franciscano—. ¡Y veré si llevamos suficiente dinero!

Rinat, que sabía de dos aspirantes a la compra, empezó a ofrecerla por sesenta besantinos. El-Ashraf asintió y el dedo de William se movió hacia su nariz.

—Cien —exigió Rinat entonces.

El emir miró sorprendido alrededor, porque no había oído gritar a nadie y, deseoso de poner fin a la comedia, exclamó:

—¡Ciento veinte!

El dedo de William hizo que Rinat subiera el precio sin más a doscientos.

El emir se mostró furioso.

—¡Trescientos y ni una moneda más!

Rinat miró la nariz de William y exigió quinientos.

El-Ashraf se apartó con un gesto de desprecio, y los ojos de Rinat buscaron a William, que sin embargo ya había abandonado la plaza. En lugar de él, el vendedor encontró al sufí, que ya había contado el dinero.

—¡Pero si sólo me dais trescientos cincuenta! —se indignó Rinat.

—Son cincuenta más que la última oferta del emir —le espetó Abu Bassiht.

Rinat vio al emir abandonar el patio en compañía de William, y comprendió que de todos modos no sacaría más. Furioso, hizo a los guardianes una señal de entregar Mafalda al suffí.

Mafalda seguía con las manos atadas cuando dejaron la cuerda en manos de Abu Bassiht, y siguió agradecida a su nuevo amo.

—¡Gracias, *ya munqadhi an-nasib!*<sup>[747]</sup> —Pero Abu Bassiht le respondió, un tanto azorado:

—No me lo agradezcáis a mí, ¡sino a William de Roebruk!

### **El acusador, los defensores, el juez**

La entrada del Hafsida en Ascalón no se desarrolló tal como el poderoso mercader estaba acostumbrado. Antes, en cuanto amarraba su conocido velero al muelle, el comandante egipcio del puerto solía acudir a toda prisa para presentarle sus respetos, preguntar por su salud y felicitarle por sus buenos negocios, recibir un regalo y enterarle de las últimas novedades, aunque Abdal el Hafsida casi siempre estaba mejor informado que el representante oficial de El Cairo. Pero esta vez no bajó la pesada cadena que cerraba el puerto ni se acercó una barca para disculparse por este hecho. El Hafsida se vio obligado a echar el ancla en la parte exterior del muelle, y dirigirse a pie a la comandancia del puerto. Se hizo acompañar por Jacobo que, como siempre, arrastraba consigo un saco con sus pertenencias.

En la *maktab al mina*<sup>[748]</sup> fue saludado por un sargento templario, un turcópolo, quien le informó, después de haber pagado con generosidad un importe superior a los derechos portuarios habituales, que la administración musulmana se había retirado de la ciudad y del puerto para no ver cortada su comunicación con Egipto, puesto que los mongoles ya habían ocupado Gaza<sup>[749]</sup>. De acuerdo con El Cairo, los templarios se habían hecho cargo del mando hasta que se hubiese aclarado la situación.

El Hafsida temió lo peor:

—¿Acaso significa eso que mi casa...?

El templario le interrumpió con aspereza.

—Como comprenderéis, el palacio del comendador está de nuevo en nuestras manos. Por lo demás, vuestro amigo el dogo se ha ocupado de todo, y la verdad es que hay muchos otros palacios vacíos, debido a la huida de vuestros correligionarios. ¡También se han ido varios de vuestros criados!

El sargento no dio a entender si la desgracia del Hafsida le complacía o no, ni si tenía en cuenta el generoso regalo que acababa de recibir. ¿Quién podía saber cuál sería la situación al día siguiente? No era la primera vez que Ascalón despertaba en manos de otro propietario diferente de aquél bajo cuyo mando se había echado a

dormir la noche anterior. El Hafsida decidió no llevar su velero al interior del puerto, que podía convertirse rápidamente en una trampa, sino dejarlo donde estaba, y obtuvo el permiso correspondiente tras satisfacer una tasa especial. Después se dirigió a pie a la ciudad, para ver por sus propios ojos cómo estaban las cosas. Jacobo había tomado nota de lo ocurrido sin abrir la boca, pero al final dijo:

—«El sabio tiene ojos en la cabeza, sólo el necio camina en la oscuridad.»<sup>[750]</sup> Ya no sois el amo en vuestra propia casa, y vuestra mano ya no puede proteger al amigo. Yo tengo que cumplir una misión, pero no aquí, sino en Jerusalén, y no deseo que me lo impidan. Por esa misma razón no pienso pisar el Ascalón de los templarios, pues aquí correrá la sangre sin que semejante sacrificio complazca al Señor, y vos no lo podréis evitar.

Con estas palabras se echó el saco al hombro y se alejó.

El refectorio del antiguo edificio donde residía el comendador de los templarios, y que en épocas del Hafsida había servido como almacén para el género de éste, como demostraban las anillas de hierro y las cadenas que colgaban de las paredes, había sido preparado para celebrar allí la vista del tribunal de la orden. La estancia había sido recién blanqueada, pero no por eso parecía más amable, y a través de las ventanas situadas en lo alto caía poca luz sobre el suelo de piedra donde se veían unos pobres bancos de madera, además de largas y estrechas mesas. En uno de los frentes había impuesto Guillem de Gisors la instalación de una tribuna, con la mesa del juez en el centro, flanqueada por los pupitres del defensor a la derecha y del acusador a la izquierda. Para el acusado se había previsto una sencilla banqueta de madera situada frente a la tribuna, que obligaría al aludido a elevar la vista hacia sus jueces.

De momento se sentaba allí arriba, aunque no en el sillón alto del *iudex caput collegii*<sup>[751]</sup>, sino en la silla de uno de los vocales, el comendador Georges Morosin, y miraba con gesto triste, como un viejo perro de San Bernardo, a Guillem de Gisors, que se encontraba detrás de su pupitre e intentaba poner más triste todavía al dogo.

—¡También acusaré a vuestro querido Roç Trencavel por haber ayudado a perpetrar el robo! —le espetó.

Sin dignarse a mirar directamente al fanático acusador, el dogo respondió con aire aburrido:

—Ese reproche es ridículo. El Taxiarcos ha declarado que nadie de los que se encontraban en la *Nike*, y mucho menos Roç, sabía lo que estaba sucediendo.

—¿Y por qué se ha hundido la nave exactamente delante de la entrada al puerto de Linosa? —repuso Gisors.

—Además, primero tendríais que atrapar al Trencavel para ponerlo ante el tribunal, que por otra parte no es competente para juzgarle.

—¡Ya me ocuparé yo de eso! —se burló el de la cara de ángel.

—No dudo de que lo intentaréis, Gisors, pero gracias a Dios en la *Prieuré* existe todavía una instancia superior a la vuestra, ¡y ésta es vuestra digna señora madre!

Los rasgos del ángel se llenaron de odio y dijo:

—¡La *grande maîtresse* tiene otras cosas que hacer que asistir al juicio contra unos piratas!

—¡Si ponéis vuestra mano sobre la pareja real, podéis estar seguro de que mamá os tirará de la oreja! —le aseguró el dogo sin inmutarse.

—Sólo es mi madrastra, y no se atreverá... —empezó a protestar el otro cuando les avisaron de la llegada de unos templarios que habían cruzado el desierto.

—Simón de Cadet y...

El de Gisors empezó a gritar desahogado:

—¿Pero ese traidor se atreve a presentarse ante mis ojos? ¡Lo sentaré también en el banquillo de los acusados! —Aunque después se calló al ver que entraba el primer templario, un hombre encanecido del que irradiaba una gran dignidad.

Le seguían Simón y sus tres compañeros, con aspecto de perros apaleados. El dogo se ocupó de pronunciar el primer saludo y después preguntó sin más:

—¿Quiénes sois, caballero?

Éste dejó a Simón la tarea de contestar.

—Es el templario Botho de Saint-Omer, uno de los últimos supervivientes de la batalla de La Forbie. Ha estado durante quince años languideciendo en las mazmorras de El Cairo, hasta que conseguimos liberarle de las manos de los egipcios.

Gisors intervino con voz cargada de veneno:

—¡Quiero saber qué le trae aquí!

Entonces el anciano le lanzó una mirada penetrante y dijo:

—Yo soy el juez. ¡El juez de la orden! Dios me envía para pronunciar sentencia.

El dogo fue el primero en reponerse.

—Os estábamos esperando, hermano Botho, sed bienvenido. Presidiréis el tribunal y decidiréis según proceda en derecho.

Gisors, que estaba a punto de intervenir, se acordó a tiempo de que el privilegio de nombrar juez le correspondía al dogo. Tal vez fuese incluso una buena elección, pues el anciano no parecía precisamente una persona benévola.

—De modo que sois el juez que estábamos esperando —murmuró con voz entrecortada.

El anciano no parecía interesado en la confirmación y se dirigió con toda dignidad hacia la tribuna, donde ocupó el asiento que le estaba destinado. Desde allí miró pensativo a Simón y a los otros tres que habían combatido por su libertad.

—¡Hacedlos encadenar! —dijo en tono autoritario al dogo—. Deben ingresar en la cárcel. ¡Han desobedecido la regla y se han mostrado cobardes ante el enemigo!

Tras un momento de estupor, el dogo llamó a los guardias, que se llevaron a

Simón y sus compañeros.

—¡Al fin tenemos a un juez justo! —se alegró Guillem—. ¡Iniciemos el procedimiento!

—Yo no inicio el procedimiento sin que se haya personado el defensor. —El dogo abandonó su puesto y se alejó del refectorio sin saludar.

Georges Morosin quiso ver al Taxiarcos, tal como se había propuesto hacer a diario, para asegurarse de que nadie le hiciera daño al prisionero antes de haber sido pronunciada una sentencia. Sus temores se fundaban en que la orden se había hecho cargo de la soberanía militar en la ciudad, y la protección de su amigo Abdal, con la que había contado, se había vuelto dudosa. La aparición de ese juez procedente del desierto probablemente pondría fin al peligro de que la sed de venganza del de Gisors se desatara en alguna acción violenta, o echara mano del veneno. En el patio se encontró con un criado fiel del Hafsida.

—¡El *sidi*<sup>[752]</sup> ha vuelto! —le comunicó éste—. Os llevaré junto a él.

El Hafsida había utilizado la escalera secreta que conducía a una planta intermedia de la torre, imposible de ver desde fuera, y que se situaba directamente encima de la habitación utilizada en común como despacho. Abdal enjuiciaba la situación de un modo sarcástico, y el dogo apreció el tono.

—¡Esta mierda se la debemos a los mongoles! —recibió a su amigo—. ¡Cómo se nota que es un pueblo que no navega!

No pudo proseguir porque el dogo le corrigió.

—De todos modos, han ocupado Gaza desde el mar gracias a las naves armenias.

—¿Y nuestros mamelucos han cedido a esa potencia marítima?

—Baibars no se apresura en vano —dijo el dogo—. Muchas veces hay que consentir en pequeñas retiradas, antes de dar un gran golpe.

—Eso puede costarle la cabeza a nuestro amigo el Taxiarcos.

—Tendremos que liberarle.

—¿Cuándo le habéis visto por última vez en la mazmorra? —preguntó el Hafsida en son de burla.

—Ayer —admitió el dogo con la boca pequeña.

—Si intentarais visitarle ahora, os encontraríais con un doble cordón de seguridad de vuestros templarios, con puertas atrancadas y cadenas reforzadas. ¡Incluso han puesto a una docena de guardianes a dormir en la misma celda!

—¿Y qué aconsejáis, Abdal?

—¡La única ayuda efectiva sería un rehén de alto rango!

—Nuestra orden no cede a ese tipo de amenazas —murmuró el dogo—. ¡Aunque consiguierais atrapar al gran maestro, no se procedería en ningún caso a un

intercambio! ¡Es una regla férrea!

—¿Y «los asesinos»?

—¡Jamás se opondrán a los templarios! Mucho menos ahora, que tienen a los mongoles haciéndoles cosquillas.

Pero el Hafsida no se arredró.

—¿Y la *grande maîtresse*?

El dogo se asustó:

—¡Nadie se ha atrevido jamás a tanto! Aunque, a decir verdad, es muy posible que acuda, porque el de Gisors ha cometido el error de querer meter al Trencavel en este asunto. Pero nadie sabe cuándo llegará, ni cómo o por dónde.

—Si pensáis en el Trencavel, sé que está esperando en Antioquía a William de Roebuck, que a su vez...

—¡Me refiero a la *grande maîtresse*! —le interrumpió el dogo—. Ésta sería un buen rehén, pues se la considera absolutamente intocable. A menos que su hijo, que la odia...

—Es una información muy útil —le elogió el Hafsida—. Esperemos a que llegue Roç Trencavel, a quien la vieja dama aprecia mucho.

Pero el dogo ya tenía la mente puesta en otra cosa.

—Vos, Abdal, debéis haceros cargo de la defensa oficial del rey de los mendigos, pues de no hacerlo, perderemos la dirección de este proceso ¡y Guillem de Gisors y su juez serían capaces de liquidar en un santiamén al Taxiarcos!

En la torre de la taberna La Mesa Redonda del Rey Arturo, en San Simeón, el puerto de la poderosa, rica y abierta ciudad de Antioquía, la situación parecía revuelta. Mafalda, enarbolando su categoría de primera dama de la corte, se había hecho con el mando del burdel. Se empeñó en introducir extraordinarias novedades, y monseñor Gosset le dejaba mano libre. Por primera vez se había presentado, aunque de noche y de incógnito, el joven príncipe Bohemundo, anunciando que volvería y añadiendo con malicia que tal vez traería consigo a su esposa armenia, la princesa Sibila<sup>[754]</sup>, no tanto para ofrecerle una alegría inmerecida sino para que pudiese conocer alguno de los pícaros estímulos que Mafalda ofrecía generosamente.

Roç, todavía cojeando un poco y apoyándose en Geraude, fue saludado por Potkaxl mientras se sentaba, gimiendo y quejándose, en el banco situado delante del edificio. La joven le insistía:

—¡Nuestra querida señora Yeza Esclarmunda estará muy contenta de que podáis volver a tomar las riendas en la mano y dar a ciertos jóvenes caballeros alguna tarea más útil que la de pasar el tiempo divirtiéndose!

En esto se presentó la primera dama, ataviada con ropas llamativas y seguida de William de Roebuk. Éste se acercó a Roç y le puso ambas manos en los hombros.

—¡No hay felicidad mayor en el mundo que la de volver a estar junto a vos!

Roç cogió la cabeza del minorita y la besó en la frente.

—Mi querido y viejo pícaro flamenco —dijo emocionado—, si vos estáis de nuevo con nosotros, nada malo nos puede suceder. ¡Hemos tenido ya desgracias suficientes mientras estuvisteis ausente, William!

Más o menos a la misma hora entraba en el puerto un velero rápido de los templarios. Poco después se presentó una delegación de caballeros vestidos con túnica blanca adornada con una cruz escarlata en el pecho, y comunicó a Roç:

—¡Venimos, noble Trencavel, para acompañaros hasta Jerusalén!

A Roç le pareció que el cielo le enviaba a sus ángeles, y no preguntó el porqué ni el cómo ni el cuándo, sino que se puso en pie sin más.

—¡No me demoraré ni un instante! —exclamó, y William se apresuró a ofrecerle el brazo—. ¡Debéis seguirme todos! —dijo Roç a los caballeros y las doncellas que le rodeaban, pero los hombres agacharon las cabezas y la nariz de Mafalda se arrugó en un gesto de altanería. Potkaxl apartó la mirada y los ojos de Geraude se llenaron de lágrimas.

—Ya veo —dijo Roç, y su alegría se apagó un tanto—. Pues bien, ya sabéis dónde encontrar a la pareja real. ¡Vamos, William, vamos a Jerusalén!

Y siguió a los templarios, apoyándose en el brazo del minorita. Subieron a bordo del velero, que soltó las amarras de inmediato.

Cuando ya estaba a punto de alejarse, llegó a toda prisa Gosset.

—¡Alto! —gritó—. ¡Llevadme con vos, Roç Trencavel!

Y sacaron de nuevo el tablón hasta el muelle, para que el sacerdote pudiese subir a bordo. El velero inició la travesía, dio una vuelta elegante en el estrecho puerto y, pasando por delante de la torre del burdel La Mesa Redonda del Rey Arturo, se dirigió a mar abierto antes de que las autoridades confundidas del puerto pudiesen comprender qué significaba aquella aparición insolente de un barco templario. Los que quedaban atrás siguieron saludando con la mano hasta que la nave hubo desaparecido en el horizonte.

—¿Dónde está William? —Abu Bassiht se frotaba los ojos, medio dormido todavía, mientras le señalaban en la lejanía la última punta visible de un mástil.

—¡Me quedaré con vos! —le aseguró entonces a la dama Mafalda, convertida en ama y señora de sus deseos más íntimos.

Pero ésta le miró con aire acusador.

—¿Y quién pagará por vos, sufí —exclamó sin asomo de lástima—, después de haberse ido el minorita para participar en el destino de la pareja real? Deberíais haber



marchado también a Jerusalén.

—¡Pero si el barco ya se ha ido! —Potkaxl intentaba defender al pobre.

—Un auténtico suffí es capaz de caminar día y noche por el desierto, las montañas y la selva, hasta alcanzar la santa ciudad de Jerusalén —opinó Mafalda.

Abu Bassiht recogió sus pobres pertenencias y se puso en marcha.

Yeza mantenía su camello al lado de Baibars. No intentaba sostener una conversación con el Arquero, pero sí creía necesario que la consideraran un personaje situado a la misma altura, pues ahora no disponía de ningún séquito para subrayar su categoría. Kefir y Jordi no daban mucho de sí, y por otra parte, a ella le habría gustado saber qué impulsaba al hombre más poderoso de El Cairo a poner tanta atención en acompañar a una soberana sin corona y sin tierras a través del desierto. Pero Baibars seguía callado, y ella no se atrevía a romper el silencio.

Cuando vieron el agua junto a una costa abandonada del golfo, Baibars dio media vuelta. A sus espaldas apareció una nube de polvo, señal de que se estaba acercando un grupo de jinetes. Yeza se sintió intranquila, y su primer pensamiento voló hacia el sultán de El Cairo.

—Es vuestro amigo —gruñó Baibars—, ¡el Halcón Rojo!

Sus palabras no sonaban cordiales, más bien asomaba en ellas un tonillo de celos.

Yeza no supo qué decir.

—¡Fassr ed-Din Octay haría mejor en preocuparse de su propia esposa! Un hombre de honor jamás deja a su mujer sola con un joven, ya sea en el desierto o en el mar —seguía machacando Baibars, para añadir después con aspereza—: Dos protectores de vuestra virtud, princesa, significan que sobra uno.

Saludó al Halcón Rojo sin detener su camello, y mientras cabalgaban los tres lado a lado, Yeza preguntó:

—¿Y vuestra casa, está en pie?

El emir hizo un gesto displicente con la mano.

—¡Qutuz se ha ensañado con mi jardín como lo haría un niño rabioso!

Baibars rompió su silencio.

—No pude evitarlo. Me pareció más importante que vuestra esposa no estuviese paseando por ese jardín. Por lo demás, ¡el sultán no desea precisamente la cabeza de Madulain!

El Halcón Rojo se tragó la impertinencia y se dirigió a Yeza:

—Si el Arquero os presta protección, no me necesitáis a mí.

—Yo me despido aquí —intervino entonces Baibars rápidamente—, pues sé que la princesa estará bien protegida por vuestro escudo.

Y se quedó atrás hasta que le alcanzó el grupo de sus hombres.

—Os deseo buen viaje y os pido que me enviéis una paloma mensajera en cuanto

hayáis alcanzado felizmente Jerusalén. ¡En cambio utilizad el espejo de la torre de David si os amenaza algún peligro!

El Arquero levantó la mano en señal de saludo y dirigió su camello hacia el norte, seguido de sus jinetes. Los acompañantes del Halcón Rojo ocuparon sus puestos rodeando al pequeño séquito de Yeza, y se dirigieron todos a la cercana playa.

—No debéis sacrificar vuestro valioso tiempo para protegerme —dijo Yeza al viejo amigo, cuya frente le pareció ver nublada—. Ya encontraré sola el camino a Jerusalén.

Poco después, el Halcón Rojo fue el primero en ver la nave anclada, con las velas recogidas, en medio del mar.

—Os esperan, Yeza —declaró—. Acepto vuestra generosa oferta. Dejadme en la costa de enfrente y os volveré a ver en Acaba, después de haber buscado a mi mujer, aunque la sé acompañada de mis fieles beduinos.

Yeza le miró, pensativa.

—Atravesar el Sinaí puede tardar más que dar la vuelta a la península en barco. No os esperaré, sino que proseguiré mi viaje, y si no encontráis por el camino nuestros huesos blanqueados por el sol, podéis estar seguros de que habremos alcanzado Jerusalén antes que vos.

Encendieron un fuego en la playa para dirigirle señales al barco, y pronto vieron que habían sido advertidos. La nave izó las velas y tomó curso en dirección a la orilla.

Cuando el velero rápido de los templarios, sin reducir la velocidad, pasó por delante del puerto y del castillo de Yafo, Roç se indignó.

—Tenemos el encargo de llevaros hasta Ascalón —dijo el capitán y añadió, para tranquilizarle—: El camino por tierra hasta Jerusalén es desde allí casi igual de largo, y podemos ofreceros una escolta, mientras que el príncipe de Yafo no es dueño ni en su propia casa. —Y señaló las torres de la ciudadela.

En efecto, se veía allí una media luna blanca sobre fondo verde ondeando en el mástil. Roç comprendió, aunque le significó una punzada dolorosa, que Yeza seguramente llegaría antes que él a su meta. Pero pudo más la alegría de pensar que pronto volvería a abrazarla.

—Sabes, William —le confió al franciscano—, ¡como Yeza no hay otra en todo el mundo!

El fraile sonrió.

—Eso ya lo comprendí cuando os mecía sobre mis rodillas, cuando erais muy niños...

Roç primero rió con él, pero de repente se puso serio y dijo:

—¡Cuando estemos en Jerusalén, tenemos que encontrarlo!

William preguntó, sin comprender:

—¿A quién? —Y Gosset intervino con habilidad:

—Roç Trencavel busca el cáliz negro, tallado de una piedra negra, y que a su vez es parte de un estigma que en su día nuestro mundo recibió procedente del universo, el estigma del Maligno, en señal de que este mundo es suyo.

Roç le miró sorprendido.

—Habéis hecho progresos, monseñor —le espetó en son de burla—. ¿Podréis decirme también si ese cáliz es el Grial?

—¡No puede serlo! —Gosset no dudó—. En todo caso, sería un sustituto.

—¡Y además venenoso! —William se vio impulsado a intervenir—. ¡Es muy peligroso!

—El cáliz induce a confusión —dijo Gosset con mucha seriedad—. Aprovecha del símbolo de la comunidad del Grial, que goza de tan alta estima, y aprovecha para entregar al que lo busca en manos del demonio.

—Y, sin embargo, muestra también cuál es el camino recto —dijo William—. ¡Siempre es el otro!

Cuando el Halcón Rojo alcanzó el puerto de montaña de Mitla, que vigila el acceso septentrional desde el desierto a El Cairo, donde se extendía el terreno de la tribu de beduinos fieles a su padre, sólo encontró a algunos ancianos, mujeres y niños. Le informaron de que el emir de los mamelucos, Baibars el Arquero, había pasado por allí llevándose a todos los hombres capaces de empuñar las armas, y se había alejado con ellos a toda prisa en dirección a Gaza. La esposa del Halcón Rojo y el joven sultán se habían ido con él.

El hijo del gran visir reprimió una maldición. No tenía sentido perseguir al grupo, y lo único que conseguiría sería hacer el ridículo, al menos ante su eterno rival Baibars. ¿Regresar a El Cairo? Sin el apoyo del Arquero no podía presentarse ante Qutuz ni emprender nada contra éste. Le quedaba la posibilidad de dirigirse a Damasco, adonde en último término también llegaría Madulain a menos que hubiese perdido su sano juicio, y entrar al servicio de An-Nasir, que con toda seguridad le recibiría con los brazos abiertos.

En cambio le asaltaban las dudas al pensar en cómo recibiría el sultán ayubí al joven Alí. El Halcón Rojo tampoco albergaba frente a ese muchacho los mismos sentimientos protectores que movían a su esposa ante el destino del joven destronado. Siempre había sido difícil adivinar las iniciativas de Madulain, ¡y en este momento le resultaba casi imposible saberlo!

Quedaba todavía el camino de Jerusalén, para encontrarse allí con Yeza, como había prometido. Aunque también esta joven era muy terca, sus proyectos al menos merecían consideración. El Halcón Rojo no cultivaba ambiciones desmesuradas para

su propia persona, pero le fascinaba tanto el destino de la pareja real, que estaba dispuesto a renunciar en cualquier momento no solamente a su propio matrimonio, del que no había tenido hijos, sino que no dudaba en poner su vida al servicio de aquel objetivo. ¡El Gran Proyecto! ¡Cómo había podido dudar jamás de su realización! Se sentía obligado con ese proyecto: él era el protector electo de Roç y Yeza. El Halcón Rojo sentía la certeza tranquilizadora, y un orgullo considerable, de saber que en su empeño estaba respaldado por el poder misterioso e ilimitado de la *Prieuré*. Tanto si se dirigía a Gaza, a Damasco, como a Jerusalén, de momento sólo existía un camino para él, el que atraviesa el Sinaí y el desierto del Neguev. Lleno de confianza se puso en camino.

### Los altos principios

En Ascalón se había iniciado el proceso al que la orden del Temple pensaba someter al Taxiarcos. La acusación, segura de que las pruebas de su culpabilidad eran más que suficientes y del todo indiscutibles, consideraba que únicamente cabía debatir la gravedad de la pena. Pero Botho de Saint-Omer, el juez, insistió en que primero se le relatara con todo detalle cómo se había producido el robo de la *Atalanta*, y quiso saberlo de la boca de los poquísimos testigos oculares. De momento, aparte del acusado, sólo aparecían como tales el comandante Simón de Cadet y otros tres templarios. A Guillem de Gisors le habría gustado ver sentados a estos hermanos suyos en la orden junto al Taxiarcos, en el banquillo de los acusados, pero de momento el rey de los mendigos era el único que se sentaba allí, mirando sonriente a su alrededor, y permanecía callado, tal como le había aconsejado su defensor, el Hafsida. De modo que fue Simón el único que tuvo que informar de lo sucedido en Linosa. Una vez hubo acabado, el dogo intervino para fijar algunos detalles.

—Hago constar una vez más que el Taxiarcos ya estaba siendo custodiado por vos, hermano Simón de Cadet, cuando apareció la *Nike* ante la isla.

—Así es, había llegado a tierra a nado, porque en la trirreme se había producido un motín...

Guillem intervino, enfurecido:

—¿Sois tan estúpido que no os causa extrañeza el hecho de que unos sucesos tan extraordinarios, que podían haber tenido lugar en cualquier punto del amplio Mediterráneo, se desarrollaran precisamente frente a la entrada oculta del puerto de Linosa?

—¡Se ruega a la acusación que se limite a hablar de hechos y no de suposiciones!  
—advirtió el juez.

Simón agradeció la observación con un gesto de la cabeza en dirección al anciano

juez.

—Cuando apareció el primer barco, la trirreme, que era el único, no había motivo para sospechar.

Simón se limitaba de momento a defenderse a sí mismo, aunque todavía nadie le había acusado.

—¡Hasta el motín era un truco! —se exasperó Guillem.

—¡Eso no se ha demostrado! —observó el Hafsida.

—Mi pregunta al testigo es otra —prosiguió el dogo—. De repente, toda la guarnición de la isla parecía enterada de que llegaría la *Nike*, y que venía cargada de oro. ¿Acaso fue el Taxiarcos quien difundió ese rumor?

—No lo hizo directamente, y no a sabiendas —concedió el antiguo comandante—. Su primer interrogatorio llamó mucho la atención, pero nadie de nosotros sospechaba lo que nos diría acerca de la *Nike* y el oro que llevaba esta nave. La noticia formó primero una pequeña brasa que se fue extendiendo poco a poco, y que se convirtió en un incendio cuando efectivamente llegó la *Nike* y empezó a hundirse ante nuestros ojos.

—E incluso entonces, señor Simón, ¿no os vino ninguna sospecha? —La voz del de Gisors rebosaba ironía.

El Hafsida quiso ayudar al testigo.

—¡Ya era demasiado tarde!

—¿Cómo se comportó el Taxiarcos al ver lo que sucedía?

—Hizo todo lo posible por apagar ese incendio y ayudarnos.

En aquel instante introdujeron a Roç en la sala del tribunal. Le había sorprendido el hecho de que sus compañeros de viaje, los templarios, que inmediatamente después de llegar a Ascalón le condujeron hacia el edificio del comendador, esquivaban sus preguntas por el Llafside y por el dogo, e intentaron separarle de William y Gosset. Roç estaba disgustado y pretendía quejarse de esa descortesía cuando se vio empujado al interior de la sala.

Guillem de Gisors le saludó con las siguientes palabras:

—He aquí al hombre que estaba al mando de la *Nike*. Acuso a Roç Trencavel de colaboración...

—¡Silencio! —tronó Botho de Saint-Omer—. En cualquier caso, Roç Trencavel, que se presenta aquí por su propia voluntad, podrá declarar como testigo.

Roç comprendió de inmediato la situación. Dirigió una mirada a Gosset, conminándolo a no contradecirle.

—¡Mi puesto está al lado del Taxiarcos! —exclamó, y tiró con energía de la manga a William y le obligó a sentarse también en el banquillo de los acusados.

El Taxiarcos no pareció sorprendido ante un gesto tan espontáneo, y saludó sonriente al recién llegado. Mientras, Guillem de Gisors había preparado argumentos

para un nuevo ataque.

—En tal caso, el testigo Roç Trencavel os podrá decir cómo y por qué hundió a la *Nike*.

—Es una pregunta infame —intervino Gosset—. El Trencavel no sabía que entre sus caballeros figuraba el saboteador más peligroso del imperio: ¡Dietrich von Röpkenstein!

—¿Y quién sois vos —replicó el de Gisors—, que os atrevéis a hablar así?

—Creo que me tenéis perfectamente identificado —respondió el monseñor y se sentó a su vez junto al Hafsida—. Por lo demás, estoy aquí como asesor jurídico del Trencavel.

—Pero eso no significa —se indignó Roç— que yo acepte ese insulto dirigido a un buen... —No se le ocurrió el término adecuado, pues decir «amigo» podía haber causado una falsa impresión.

—*De mortibus nihil nisi bene!*<sup>[758]</sup> —intervino William y el Hafsida añadió—: En cualquier caso, el Taxiarcos no tiene culpa alguna de lo sucedido a bordo de la *Nike*...

—¡El Taxiarcos nos salvó de ser asesinados por los amotinados! —se indignó también Simón, sin que sus palabras conmovieran al acusador.

—Aquí una mano lava a la otra. Vos le salváis a él, y él os salva a vos. ¡Y para agradecerlo le habéis entregado la llave de la *Atalanta*!

—De no hacerlo, me la habría quitado a la fuerza, y otras manos menos hábiles podrían haberle causado daños a la *Atalanta*.

—Además, se trataba de salvar a unos naufragos —intervino el Hafsida—. ¿Acaso el amor al prójimo es ahora un delito para los templarios?

—¡Podrían haberse salvado nadando a tierra!

—No todos saben nadar. Y bajo cubierta estaban los caballos. ¿Debían ser sacrificados también? —El Hafsida estaba furioso—. Emplear a la *Atalanta* para el salvamento era una obligación moral, ¡tanto desde el punto de vista de un cristiano como el de un caballero! Sería indigno haberse comportado de otro modo, pues además la nave salvadora estaba previsto que regresara de inmediato al puerto. ¡Sólo que entonces apareció la trirreme!

—También ésta vendría a ayudar, ¿no os parece? —se burló el acusador—. ¡Un encuentro casual entre samaritanos! ¡Corderos inocentes todos ellos! La tripulación, hace poco aún amotinada, se sometió sin más al mando del Taxiarcos ¡a quien poco antes había querido ahorcar! —El de Gisors luchaba contra un acceso de risa, del que se repuso con dificultad. Sus rasgos angelicales dieron paso a un rostro amoratado.

El Hafsida esperó a que se recompusiera y después dijo con tranquilidad:

—La acusación olvida que fue la tripulación de la *Atalanta* la que se apoderó del propio barco. Todas las demás actuaciones no son más que una reacción a esta

situación tan comprometida.

—Alto —los interrumpió el juez—. ¿Podemos saber si se trataba de una actuación para salvar a los náufragos, ya fuese adecuada o inadecuada, o si se trataba de conseguir el oro que transportaba la *Nike*?

—¡No había oro! —ladró el de Gisors aún con la cabeza enrojecida, pero el Hafsida apenas le dejó acabar la frase.

—Precisamente esto fue lo que indignó tanto a los esclavos remeros que, de conseguir el tesoro, se habrían retirado tranquilamente con su botín y con la *Atalanta* al puerto. Pero en vista de que no había oro, fue imposible tranquilizarlos. El Taxiarcos se vio obligado a hacerse con el mando, pues de no hacerlo, los esclavos se habrían marchado solos con la *Atalanta*, y lo más probable es que la hubiesen destrozado al chocar contra la roca más cercana.

—Observo que el Taxiarcos salvó la *Atalanta* —decidió Botho de Saint-Omer sin inmutarse—, y espero que la acusación me comprenda: la *Atalanta* cayó en manos del Taxiarcos como una bolsa llena de oro ajeno. La pregunta que se plantea es ¿durante cuánto tiempo y con qué frecuencia se puede uno quedar y puede uno utilizar una pieza que ha encontrado de este modo, sin que aquel que la encontró se convierta en un ladrón?

Esa pregunta iba dirigida al de Gisors, que aprovechó la fórmula.

—El acusado sabía a quién pertenece la nave y no hizo nada por devolvérsela a su propietario, más bien al contrario.

—Gracias —dijo el juez—. Os llamo la atención sobre otro detalle. Según ha declarado la defensa, fue el oro inexistente de la *Nike* lo que provocó el motín. ¿Quién fue en realidad el primero que puso en circulación, dentro del pequeño mundo de Linosa, la historia de la existencia de ese oro?

Gosset reconoció la trampa con mayor rapidez que el Hafsida.

—¡El oro existió de verdad! —exclamó para amortiguar el peligro. Tenía que ocurrírsele algo creíble—. En el momento en que el Taxiarcos salió de Palermo, la *Nike* llevaba, en efecto, grandes tesoros a bordo, los que pertenecían al embajador griego. El acusado no podía saber que la *Nike* había perdido entretanto esos tesoros, y que el embajador estaba preso.

—La existencia real del oro no me parece tan importante como la fama surgida a su alrededor —respondió el juez—. Esa fama fue suficiente para desencadenar lo sucedido.

—Es lo mismo que trabajar con dinero falso —se alegró Gisors—, es más barato y al parecer no tiene riesgo... ¡excepto el de acabar con una soga al cuello!

El dogo pidió la palabra.

—Si interpreto bien cuanto aquí se ha dicho —y fue tan inteligente como para dirigir una sonrisa al juez, aunque éste no se la devolvió—, resulta que ni el oro ni la

falta de oro, ni el hundimiento de la *Nike*, ni la salida de la *Atalanta* del puerto, dependieron efectivamente del acusado. De modo que sólo se trata de enjuiciar si su comportamiento fue correcto cuando se encontró, contra su propia voluntad, con el timón de la *Atalanta* entre las manos, si ser el dueño de la nave.

El tono le gustó al de Gisors.

—Supongamos que se encontró con esa nave como la doncella se encuentra con un embarazo, es decir, sin haberse enterado de lo sucedido. Lo que nadie podrá discutir es que ese pobre Taxiarcos sí consiguió dominar y mantener la nave bajo su mando, pues navegó arriba y abajo por el mar Adriático y por el mar Jónico, pasó por delante de Creta y llegó hasta Alejandría, cosa que no creo respondía a la voluntad de la tripulación. ¿Acaso buscó el próximo puerto donde hubiese unos templarios para devolver una nave de la que se había apropiado sin derecho alguno? ¡Nada de eso! Al revés, evitó esos puertos con toda intención...

—¡Protesto! —exclamó el Hafsida—. Hemos de partir del hecho de que sí manejaba el timón, pero por lo demás debía tener mucho cuidado en sus relaciones con la tripulación, que se había mostrado tan rebelde. ¿Acaso creéis que le habrían permitido entrar en Acre o en Tiro? ¡Le habrían despedazado! Primero los tuvo que tranquilizar, ganarse su confianza y acostumarles a su mando. Cuando vuestra flota detuvo a la *Atalanta*, el Taxiarcos estaba camino de Linosa.

Lo atrevido e semejante interpretación de los hechos dejó sin habla al de Gisors.

—El tribunal se retira para deliberar —declaró Botho de Saint-Omer con gesto impasible.

El dogo y Abdal el Hafsida estaban sentados uno frente al otro en su despacho común de la torre de Ascalón. Georges Morosin se había impuesto frente al gran maestre, y la orden representada por Guillem de Gisors había tenido que restituir al mercader de esclavos al menos la torre del antiguo edificio de la comendaduría, aunque no toda la finca. Los lazos que unían a Abdal con los templarios eran demasiado fuertes, y los discretos negocios para los que la orden utilizaba al mercader demasiado rentables para que las cosas fueran de otro modo.

—Vos, que sois vocal, deberíais estar aconsejando ahora a ese juez indeciso, querido amigo, en lugar de hacerme compañía a mí.

El Hafsida chupaba con placer de su narguila.

—Botho de Saint-Omer considera que le basta con pedirse consejo a sí mismo, y además cree que mi percepción jurídica ha quedado demasiado afectada por los muchos años de trato con un infiel como vos. Me ha cerrado la puerta en las narices.

—¿Cómo veis la perspectiva del Taxiarcos de sacar su cabeza del lazo que le tienen preparado?

—¡La veo negra! —dijo el dogo—. Habéis hecho lo posible, le habéis construido



un puente de oro al juez, que éste podría pisar sin remordimientos, pero Botho de Saint-Omer practica una severidad propia del Antiguo Testamento.

—Lo que quiere es ofrecer un sacrificio para apaciguar a su Dios enfurecido, que ha dado la espalda a los templarios. No le importa la cabeza de nuestro amigo, sino establecer un símbolo que sirva para la renovación interior de la orden. Además os odia a vos, Georges, y vuestra forma de ser.

El Hafsida parecía más afectado de lo que quería dar a entender, y ya no se limitaba al papel de espectador neutral. El dogo respondió:

—Nuestro auténtico enemigo es el de Gisors. El Taxiarcos no le demuestra el respeto que él se cree merecer.

—Pero al de Gisors tampoco le importa la cabeza del rey de los mendigos, ¡sino únicamente su poder dentro de la orden! Lo que quiere, como sea, es escapar a la tutela de su madrastra. Para conseguirlo está dispuesto a dar caza a Roç y Yeza.

—Me temo que mi influencia no será suficiente para evitar lo peor —murmuró el dogo—. Deberíais tomar medidas para liberar al Taxiarcos a la fuerza. Hay suficientes hombres en esta ciudad que os hacen caso, y un rápido golpe de mano...

—Habría derramamiento de sangre —repuso el Hafsida—. Yo preferiría una solución diplomática. La balanza podría inclinarse del lado equivocado...

—¿Los mongoles? —El dogo pronunció estas palabras cuando oyó a William bajar la escalera que conducía al espejo situado en lo alto de la torre. Ambos señores se quedaron mudos y a la espera de noticias.

William abrió con cuidado la puerta y sonrió.

—Enviarán una delegación desde Gaza con una orden escrita: ¡ninguna sentencia puede ser ejecutada sin el permiso del khan!

Entre los reunidos se instaló un gran alivio, en el que participó también Gosset, que acudía desde la mazmorra.

—El Taxiarcos se muestra extrañamente tranquilo —informó del resultado de su visita.

—¿Y Roç? —le interrumpió William—. ¿No tiene necesidad ese pobre muchacho de que le reconforten el ánimo?

—El Trencavel acepta con humor la ocurrencia de los templarios de encerrarle en la misma estancia que al delincuente. No teme nada para su persona...

—¡Con toda la razón! —dijo el dogo—. Él goza de una protección superior y no creo que este tribunal pueda tocarle un pelo.

Gosset prosiguió con su información:

—Roç y el Taxiarcos están charlando tranquilamente, pues tienen mucho de qué hablar. Eso anima también al rey de los mendigos.

—¡De modo que quedemos a la espera de la intervención de los mongoles! —dijo el Hafsida.

Mientras el mercader y el dogo se sumían en el silencio, el monseñor y el minorita se acercaron a la ventana para mirar al patio. Pero allí no se movía nada. Después de un tiempo, un sargento les invitó a regresar a la sala del tribunal.

Roç y el Taxiarcos ya tenían ocupado el banco de los acusados, en el que en esta ocasión no quedaba sitio para William, pues Simón de Cadet y sus templarios tuvieron que apretujarse también en el mismo banquillo. La estancia parecía más oscura que en la ocasión anterior, porque el cielo estaba cubierto y por las ventanas altas entraba una iluminación triste y difusa. El de Gisors respiraba pesadamente sobre su asiento, y parecía un lobo dispuesto a arrancar la pieza más débil de un grupo de corderos. Botho, el juez, los hacía esperar.

—Acudirá un sobrino del general Kitbogha a entregar personalmente el escrito. —William intentaba animar al sacerdote susurrándole estas palabras al oído, cuando vio que el miedo por su viejo amigo, el Taxiarcos, amenazaba dominar a aquél. Gosset no respondió. Toda su esperanza estaba centrada en Roç, que tendría que demostrar poder suficiente para poner fin a aquella escena tan cruel.

El Hafsida ocupó su lugar frente al acusador. Le atemorizaba la posibilidad de que la sentencia, apenas pronunciada, fuese ejecutada en el acto. Si el juez lo dispusiera así, habría que tomar medidas inmediatas para impedirlo. La tripulación de su velero estaba preparada y también había reforzado el grupo de personas que mantenía dentro de la comendaduría. No perdía de vista la mazmorra y sólo esperaba una señal para iniciar el golpe. No tendría sentido tomar rehenes, y de tener que intervenir violentamente, se produciría una lucha tremenda, pues los templarios bajo el mando de Gisors estaban asimismo preparados y llevaban incluso dentro de la sala del tribunal sus espadas al cinto y sus cascos bajo el brazo.

Sobre todos pesaba el ambiente como el plomo, les atenazaba el pecho y amenazaba con cortarles la respiración. Sólo el Taxiarcos conversaba con Roç como si asistieran a una reunión social. El Hafsida les oía reír.

Al fin entró Botho de Saint-Omer en el refectorio, seguido por el dogo, que había cumplido con su única misión, la de ir a buscar al juez a la celda que le servía de dormitorio. Allí había encontrado al terco anciano arrodillado, y era difícil creer que estuviera pensando en un acto de clemencia, pues las últimas palabras de su oración rezaban así:

—¡Concédeme, Señor, tu fuerza para arrancar lo que no te es útil, tu severidad para borrar las huellas del pecado!

Unas palabras que no envalentonarían a nadie.

Botho cruzó la sala erguido, sin mirar a derecha ni a izquierda, y tomó asiento en la tribuna.

—*In nomine Dei patris* —pronunció con voz carrasposa—, *et Sacrae Domus*

*Militae Templi Hierosolymitani Magistri, proclamo...* [759]

A su entrada todos se habían puesto en pie, e incluso el Taxiarcos quiso hacerlo, pero Roç lo sujetó y le obligó a quedarse sentado en el banquillo. El anciano juez lo observó con disgusto.

—La justicia de esta casa ha llegado a las siguientes conclusiones...

—Impugno la competencia de la orden —irrumpió la voz clara de Roç en el silencio respetuoso—. ¡El rey de los mendigos jamás ha jurado fidelidad a la orden y, en consecuencia, debe comparecer ante un tribunal ordinario!

—¡Silencio, Trencavel, u os haré conducir fuera de la sala y de nuevo a la cárcel! —tronó el anciano.

Roç se conformó, pues le importaba más ayudar al Taxiarcos que llamar él mismo la atención.

—¡Proseguid! —le dijo al juez, y se oyó una leve risa en la sala, que Botho pasó por alto, aunque mostrándose irritado.

—Se considera a Simón de Cadet culpable de desobediencia y de cobardía ante el enemigo...

Roç volvió a interrumpir.

—¡El supuesto enemigo eran los turcoples empleados de la orden y los esclavos remeros! ¡Un comandante tiene la obligación de cuidar de ellos!

—Y de darles las órdenes oportunas —ladró el de Gisors— ¡que no se diga aquí que sólo es el Trencavel quien habla de los derechos y las obligaciones de un caballero templario!

—¡... por lo que le condeno a una expulsión temporal! —El anciano acabó de pronunciar su veredicto, tembloroso a causa de tanta interrupción indebida—. Es decir, ¡durante un año y un día!

Gisors se dirigió furibundo al juez.

—¡Yo exigí que fuera expulsado para siempre!

El anciano sacudió la cabeza.

—Los tres caballeros que estaban bajo su mando y siguieron su ejemplo, son sentenciados a un período de prueba, durante el cual realizarán tareas de castigo. El hermano Simón debe pasar el período de condena en Jerusalén.

Se dispuso que los sentenciados abandonaran la sala, y Simón tuvo que despojarse allí mismo de su túnica blanca con la cruz escarlata.

—Ahora llegamos a la causa principal —prosiguió el juez—. No se ha demostrado con toda evidencia que el acusado Taxiarcos haya sido el inductor del motín. Le absuelvo de esta acusación, basándome en el principio *in dubio pro reo* [760].

El de Gisors se dejó caer furioso sobre el asiento, un gesto que no impresionó en lo más mínimo a Botho de Saint-Omer.

—A lo más tardar a partir de su llegada a Corfú, el Taxiarcos tendría que haber tomado rumbo directo al puerto de Linosa, o al próximo punto de apoyo de los templarios en Tierra Santa. Habría podido hacerlo, puesto que la tripulación de la *Atalanta* le obedecía ya en ese momento, según demuestra la victoriosa confrontación con la flota del de Anjou. En lugar de ello, el Taxiarcos condujo la nave hacia Alejandría, o sea, lejos de cualquier puerto que podría haber buscado si su deseo fuese hallar alguna comprensión por parte de la orden. Lo que demuestra que no tenía intención de devolver la nave. ¡Por tanto, debo reconocer al Taxiarcos culpable de robo! —El anciano juez no se había tomado el veredicto a la ligera.

—¡Lo que merece la pena de muerte! —exclamó Guillem de Gisors.

—Esa decisión me corresponde a mí. ¡Yo le condeno a muerte!

La dura sentencia paralizó a todos los que se encontraban en la sala. Botho, el único que se mantenía impávido, prosiguió:

—Como el Trencavel ha observado correctamente, la orden puede exigirme que pronuncie esta sentencia, pero no que la ejecute. Por tanto, ¡el culpable será entregado al poder temporal!

Esto significaba alguna esperanza para los amigos del Taxiarcos, pues ¿qué poder podría ser considerado temporal en Ascalón? Las autoridades egipcias, que ejercían la soberanía, habían huido, y los mongoles todavía no habían ocupado su lugar, si es que tenían esa intención. El de Gisors comprendió sólo entonces que aquel proceso se estaba celebrando en el vacío, y esta consideración le puso tan furioso que le gritó al juez:

—La ejecución nunca fue atribución de los jueces.

—¡Ni del acusador, Guillem de Gisors! —Roç se levantó de un brinco y se colocó como un escudo protector ante el Taxiarcos.

En aquel instante se produjo algún movimiento en la puerta de la sala, y los que conocían los pormenores creyeron que llegaba la delegación de mongoles solicitada por William, pero en lugar de ésta los que entraron en la estancia fueron cuatro caballeros vestidos de blanco, los rostros ocultos tras la visera del casco. Sobre los hombros portaban dos barras de plata que soportaban a su vez un sencillo palanquín negro, y seguidos por otros cuatro caballeros de túnicas blancas que portaban los extremos posteriores de las barras de plata. Todos ellos se encaminaron a paso comedido hacia el centro del refectorio y depositaron allí, con mucho cuidado, el palanquín.

Un rayo de sol atravesó las nubes y cayó sobre el grupo. En la sala se produjo un silencio roto tan sólo por el tintineo metálico de una armadura. Guillem de Gisors abandonó el banco, dobló la rodilla y bajó con humildad la cabeza.

—¡La *grande maîtresse*! —le susurró Roç al Taxiarcos.

Se oyeron tres golpes de nudillos y por la cortinilla asomó brevemente un báculo

de marfil, señalando en dirección a los templarios asistentes, tras lo cual incluso Botho de Saint-Omer, el dogo, y todos los caballeros que se encontraban en la estancia cayeron de rodillas. El báculo fue retirado y una voz áspera dijo:

—¿Desde cuándo una nave vale la vida de un hombre?

El sonido ronco de aquella voz no permitía adivinar su pertenencia a una dama anciana, que hablaba en tono ligeramente irónico y al parecer del todo imparcial.

—Aunque la *Atalanta* no es una nave ordinaria, y el Taxiarcos lo sabe. Es un medio para alcanzar un objetivo secreto, y también esto lo sabe el Taxiarcos, pues forma parte de los pocos elegidos que conocen ese objetivo, que él alcanzó por encargo de la orden y gracias a los medios de ésta.

La voz salía contundente del palanquín negro e iba adquiriendo una entonación más y más sarcástica.

—El Taxiarcos pensó que con sus conocimientos y nuestros medios conseguiría un resultado provechoso. —Su tono adquirió mayor dureza—. Esto no implica que el Taxiarcos no estuviese dispuesto a traicionarnos, aunque todavía no lo haya conseguido. Un hecho que no merece la pena máxima, pues además un caballero templario no debería erigirse jamás en juez sobre un mortal común.

La voz de la *grande maîtresse* bajó de intensidad.

—No obstante, un Taxiarcos viviendo en libertad significa un peligro permanente para la orden. Queriendo o sin querer, podría traicionar y revelar el camino que conduce al objetivo secreto. *Videant consules!*<sup>[761]</sup>

El báculo invisible dio tres golpes, los ocho caballeros vestidos de blanco recogieron el palanquín y abandonaron en silencio la sala del tribunal.

Roç fue el primero en recuperar el habla.

—Si tenéis en mente cometer un asesinato —dijo al de Gisors en tono de advertencia—, me encontraréis defendiendo al Taxiarcos.

William de Roebruk se apresuró a incidir en el mismo sentido:

—Si este hombre, que a partir de ahora mismo está bajo la protección del Trencavel, sufriera algún daño, ninguno de vosotros abandonará vivo Ascalón. ¡El gobernador del il-khan en Gaza lo afirma claramente, y los mongoles castigan con severidad a quienes desobedecen sus órdenes!

El Hafsida añadió:

—El pueblo de Ascalón, ya sea musulmán, cristiano o judío, se rebelará.

—¡Señores! —exclamó el dogo, mientras el anciano juez parecía petrificado y permanecía callado—. De momento volveremos a encarcelar al delincuente hasta que decidan los mongoles, o quien sea que se haga cargo del brazo secular y se haga responsable de una ejecución.

—Es una sabia decisión —dijo Gosset y sonrió al Taxiarcos.

—¿O sea que no queréis ejecutar al traidor? —preguntó el de Gisors, disgustado.

Entonces el Hafsida miró de soslayo al indignado templario de la cara de ángel:

—Mi verdugo personal, Ahmed, el que responde a las preguntas tontas, se hará cargo de vigilar al Taxiarcos en la cárcel.

—Por cierto, ¿quién manda ahora en Tierra Santa? —preguntó aún el anciano juez, y algunos tuvieron el valor de echarse a reír.

## **En los lodos del lago Siloah**

La casa del rabino judío Jizchak<sup>[762]</sup> se situaba no lejos de la panadería de Elía, en la calle que conduce a la Puerta de los Leones, en el llamado «barrio sirio».

El rabino había perdido a su esposa en la matanza con que los jorezmios no sólo arrebataron Jerusalén definitivamente a los cruzados cristianos, sino que también la redujeron a la categoría de una apartada ciudad provinciana. Su única hija, Miriam<sup>[763]</sup>, tenía tres semanas cuando la leche del pecho materno empezó a agotarse y la criatura casi se ahogó, porque la madre muerta la quiso proteger con su cuerpo. Ahora Miriam tenía dieciséis años y Beni el Gato, que dormía como huésped en la casa del rabino, se sentía atraído por la muchacha, aunque veía imposible acercarse a ella, pues para llegar al dormitorio de la hija había que subir por una escalera emplazada junto al lecho del padre. Además, a Miriam no parecía atraerle en absoluto el ronroneo del Gato. Después de que éste la hubiese espiado repetidamente cuando se bañaba en alguno de los lagos cercanos, Miriam y sus amigas decidieron trasladar su baño lejos de allí.

De modo que a Beni no le quedaba otro remedio que recorrer todos los rincones del montón de ruinas en que se había convertido Jerusalén desde que los cristianos habían renunciado a la capital. Como no encontraba a la muchacha en el interior de las murallas medio derruidas, empezó a vagar por los alrededores, fuera de las puertas de la ciudad encantada, que parecía dormir entre las piedras como una novia bajo una rosaleta, a la espera del príncipe que la despertara con un beso. Este pensamiento hizo recordar a Beni, de repente, la existencia de la pareja real, cuya llegada él tenía que preparar.

No lejos del lugar en el muro donde los primeros cruzados, al mando de Godofredo de Bouillon<sup>[764]</sup>, habían abierto la brecha por la que entraron los cristianos a realizar la peor matanza entre los habitantes de una ciudad de la que se tiene noticia, existía una torre aislada adelantada en el terreno, llamada Belvedere, porque ofrecía una preciosa vista en todas las direcciones. Beni trepó trabajosamente por las escaleras hundidas hacia arriba, y miró desde las almenas cubiertas de hierbajos hacia una callejuela por la que vio acercarse a un solo anciano que no llevaba equipaje, y que sólo iba armado con una larga vara. De todos modos, la vara parecía valiosa, pues estaba cubierta de oro y mostraba en un extremo una extraña cruz duplicada,

como Beni no había visto otra igual, además de estar ricamente adornada con piedras preciosas. El Gato, que jamás había visto una cruz de patriarca, la creyó el báculo de un obispo, y la abundante barba del caminante le reforzó en esta creencia.

El anciano caminaba con la cabeza descubierta y la mirada alegre dirigida hacia las murallas, las torres y las cúpulas de la ciudad santa. En medio del pedregoso camino cayó de rodillas, seguramente para alabar a su dios. Su voz no llegaba hasta Beni, que lo estaba observando, y que vio, antes que el anciano, a los ladrones que se ocultaban entre los arbustos y que ahora hacían ademán de atacar al devoto peregrino.

Beni gritó «¡Cuidado!» y los ladrones sacudieron los puños en su dirección, tras lo cual Beni arrancó una piedra suelta de la muralla y la arrojó hacia abajo. El anciano, al darse cuenta de lo que sucedía, arrancó la cruz de la vara, y en su lugar asomó un estilete afilado, largo como un antebrazo, con lo que la vara se convirtió en lanza. El atacado utilizó este arma con una habilidad inesperada, cogiéndola con ambas manos para rechazar los golpes, después atacó a uno de los ladrones ensartándole con el estilete, mientras golpeaba la nuca de otro con la pesada cruz que sostenía en la otra mano. Cuando el patriarca consiguió apuntar con la afilada punta de lanza a la garganta del cabecilla, todos los demás bandidos emprendieron la huida. Dos de éstos habían quedado inmóviles en tierra; el cabecilla aún logró escapar.

Entonces saltó también Beni de la torre y empezó a tirarles piedras, tras lo cual se presentó ante el anciano asegurando haberle salvado la vida. El anciano se arrodilló una vez más y exclamó en voz alta:

—Dios, mi Señor, has permitido a tu servidor ver la ciudad santa de Jerusalén. ¡Te doy las gracias! —Y Beni recordó de nuevo que estaba allí para preparar el alojamiento para la pareja real.

—*Tibi omnes angeli, Tibi coeli et universae Potestate*<sup>[765]</sup>. Soy Jacobo Pantaleón —dijo el anciano, una vez terminada su oración—, ¡el nuevo patriarca de Jerusalén! Llévame a presencia del rabino de la comunidad judía, para que pueda ofrecerle mis respetos.

El lago de Siloah se situaba, rodeado de densos arbustos, al pie del monte Sión, y la mayoría de la gente lo tenía del todo olvidado. Sólo unos cuantos pastores mantenían abierta la tortuosa senda y por ésta se dirigían Miriam y sus amigas para tomar un baño, aunque en realidad tenían prohibido moverse fuera de las murallas. Cuando llegaron al lago, oyeron desde los arbustos los gritos y lamentos que lanzaban dos ancianos metidos en el agua, y que al parecer no sabían nadar. El lago Siloah tenía las orillas enfangadas y sólo se hacía más profundo hacia el centro, precisamente adonde habían llegado los dos hombres que intentaban pescar algún objeto en su turbio fondo.

—¡Ya lo tengo! —gritaba uno, hundiendo el cuello en las aguas, mientras el otro le sujetaba, pero el primero volvía a aparecer con las manos vacías.

Entonces su magro compañero se sumergía en el fangoso caldo, del que tardaba mucho en volver a aparecer. Las muchachas dejaron de reírse cuando vieron que su cuerpo aparecía flotando como el de un ahogado. El otro intentaba agarrarle y también se iba hundiendo en el agua negra, pero gritaba pidiendo socorro. Miriam y sus amigas estuvieron comentando cómo podrían ayudar a aquellos pobres locos cuando vieron que se abrían las ramas de los arbustos que crecían en la orilla, y un oso entraba erguido en el agua. Sin preocuparse del fondo pantanoso que pisaba, se dirigió al centro y tendió su garra al hombre que flotaba. Éste despertó de su letargo y se arrojó con sus últimas fuerzas hacia la pata del animal, la sujetó y se dejó sacar del agua. Su compañero se agarró a la piel del oso, que regresó a la orilla llevando consigo los dos bultos cubiertos de lodo. Éstos no soltaron a su salvador hasta sentir tierra firme bajo sus pies, allí se dejaron caer de vientre y respiraron con dificultad. El oso ni siquiera los miró, sino que volvió a desaparecer entre los arbustos de donde había salido.

De pronto, un hombrecillo curioso se acercó a los que permanecían tumbados en tierra y cruzó por encima de sus cuerpos, metiéndose en el agua. Llevaba un largo abrigo de fieltro negro, cubierto de espejitos redondos que brillaban como la plata, alas de pájaro y toda clase de huesecillos y muñecos de trapo. El abrigo se extendía a su alrededor como las hojas de un nenúfar flotando sobre las aguas. El hombre, al parecer amo del oso, se agachó y sacó con mano segura de las honduras del lodo un objeto negro que tenía el aspecto de un cáliz pesado de piedra, lo enjuagó con cuidado y regresó con paso firme. Dejó el cáliz negro en la hierba, junto al anciano delgado, y después siguió a su animal.

Las muchachas oyeron que se alejaba un carro, aunque la densidad del follaje les impedía ver de quién se trataba. Los dos hombres acostados en la orilla parecieron despertar de un sueño, y cuando vieron el cáliz, uno de ellos lo apretó contra el pecho y después lo escondió entre sus ropas sucias.

—Si quieres encontrar una perla, ¡no debes buscar en el lodo de un lago! —le objetó su acompañante.

—¡Para buscar una perla hay que sumergirse en la profundidad del océano!

—¿Y quién encontrará finalmente esa perla? ¡Sólo aquel que vuelve a surgir de las aguas de la vida y sigue teniendo sed!

Se miraron sorprendidos y después se echaron a reír. Se incorporaron de un salto y desaparecieron entre los arbustos.

El rabino Jizchak estaba sentado delante de su casa, encima de un banco, cuando llegó corriendo Beni.



—¡Un oso ha salvado a un hombre de los bandidos! —gritó excitado—. Os traigo...

El rabino sonrió con dulzura.

—Aquí no hay osos, Beni.

—¡Sí los hay! —afirmó Beni, falto de respiración—. Como prueba de ello os traigo al patriarca de Jerusalén, ¡un *goi*<sup>[766]</sup>!

—¡Tampoco hay aquí patriarca cristiano, Beni! —le corrigió el rabino, divertido, cuando vio al hombre que se acercaba con una vara dorada por la calle, procedente de Jehosafat<sup>[767]</sup> y, como un milagro pocas veces se presenta solo, miró rápidamente y confundido en otra dirección, donde descubrió a un hombre con un carrito y un oso adulto que caminaba erguido, y que se dirigían a la colina del Templo.

—*O mai!* —suspiró el rabino—. ¡Qué día nos espera! —Y se levantó para saludar a Jacobo Pantaleón.

Jacobo ben Mordejai y su compañero Abu Bassiht se habían dirigido desde el lago Siloah hacia la ciudad santa, y no les sorprendió que una vez dejada atrás la vegetación que rodeaba el lago, no encontraran ni la más leve huella ni del hombre ni del oso. En cambio se vieron perseguidos por un corro de muchachas que se reían abiertamente de ellos. Sólo pudieron deshacerse de ellas una vez alcanzada la muralla de la ciudad, donde escaparon a lo largo de la misma, pues no deseaban verse acompañados por las risas burlonas de las jóvenes mientras cruzaran las calles.

Finalmente descubrieron una estrecha brecha casi en la esquina, y cuando Jacobo ben Mordejai y el sufí que le acompañaba consiguieron superar los escombros y trozos de mármol, los capiteles caídos y las columnas reventadas, para ascender después por una estrecha escalera, se encontraron de repente en las caballerizas del rey Salomón.

—*Alhami Alá!*<sup>[771]</sup> —exclamó Abu Bassiht, asustado—. ¡Estamos en terreno de templarios!

Jacobo le tranquilizó:

—¡Imposible! Pero esperadme aquí, mientras busco un lugar adecuado. —Y Jacobo se dirigió a un agujero en la pared que al parecer conducía como una boca oscura y abierta hacia algún lugar profundo y subterráneo.

—¡No podéis dejarme solo en este lugar! —clamó el sufí con voz débil—. ¡Aquí vuelan los espíritus de los templarios muertos como si fueran murciélagos!

—¿Demonios marcados con la cruz escarlata? —se burló Jacobo—. ¿Acaso no llevas un diente de ajo en el bolsillo? ¡Eso te sirve más que la cruz de los cristianos! —Y se lo tragó la oscuridad.

El rabino Jizchak y su huésped, el patriarca, subían a la colina del Templo

mientras Miriam les explicaba que dos hombres habían caído en el lago Siloah y habían sido salvados por un oso. La muchacha le sonreía a Beni mientras le guiñaba un ojo, para que no hablara demasiado delante del padre, que quiso saber hacia dónde se habían dirigido los extraños.

—¡Hacia la colina del Templo! —mintió Beni, para hacerle un favor a Miriam, y el rabino dijo—: ¡Ya lo había pensado!

Se encontraban sobre la gigantesca plataforma que hay delante de la catedral excavada en la roca<sup>[772]</sup> y miraban hacia la mezquita de Al-Aqsa<sup>[773]</sup>, antiguo monasterio que en su día había sido ocupado por los templarios y convertido en casa de su orden.

—Es una ciudad difícil —suspiró el patriarca—. En realidad, ¿quién tiene derecho a mandar en ella?

El rabino miró a aquel digno peregrino que llevaba tan extraña vara y respondió:

—Nuestro Señor, ¿tal vez?

Cuando por la tarde y procedente de su viaje a Gaza, William de Roebruk llegó de nuevo a Ascalón, la situación había dado un giro completo. Los amigos del Taxiarcos le habían encomendado que se presentara ante los mongoles y les exigiera a éstos una instrucción escrita de que, sin la aprobación del il-khan, no podía ser ejecutada ninguna condena a muerte, ni oficialmente ni en secreto. Pero la misión había resultado fallida, el minorita tuvo que regresar con las manos vacías y desde la ciudadela de Ascalón le saludaba, junto al estandarte de los templarios, la bandera de Carlos de Anjou.

Fue una sorpresa desagradable, pues significaba la presencia de un poder temporal que carecía de escrúpulos. William esperaba lo peor, que sería llegar demasiado tarde para salvar al Taxiarcos. El franciscano había cabalgado a Gaza, acompañado de los criados del Hafsida, como perseguido por el diablo, lo mismo que al regreso, pero se encontró con que los guardianes de la puerta volvían a ser musulmanes. Ni siquiera le dejaron pasar, sino que detuvieron a toda la tropa y en lugar de trasladarla a la comendaduría, donde los esperaban, los llevaron a la capitanía del puerto, a la espera de que se decidiera lo que cabía hacer con el minorita. William no sentía ni el más leve temor por su persona, pero cuando vio que sus acompañantes eran embarcados para trasladarlos al velero del Hafsida, anclado en el exterior del muelle, crecieron sus temores. El mercader de esclavos también estaba ya a bordo, según le comunicó el sargento templario que estaba al mando, pues lo habían expulsado de la ciudad junto con ese monseñor Gosset, dado que ambos habían resultado ser amigos del Taxiarcos.

—Y éste, ¿vive todavía? —se le escapó a William.

El templario le miró con desconfianza.

—Yo soy el confesor de Roç Trencavel —quiso tranquilizarlo William, y el sargento se echó a reír.

—¡Peor todavía! Pero no habrá que esperar mucho a que vuestro Taxiarcos sea ahorcado, y después volverá a reinar la tranquilidad.

William tuvo que soportar que el templario le comentara lo sucedido en la ciudad, pues el hombre no tenía a nadie más a mano ante quien expresar sus opiniones.

—La retirada de los mongoles de Gaza hizo que se presentara aquí una avanzadilla de los mamelucos, a los que recibimos con amabilidad. Inmediatamente después llegó desde El Cairo la instrucción de que los templarios siguiesen, de momento, manteniendo el orden en la ciudad y en el puerto, lo que nos ha permitido solicitar refuerzos.

Y señaló hacia el muelle, donde se veían anclados varios veleros rápidos de los templarios.

—Ahora disponemos de suficientes turcoples para poder mantener efectivamente a raya a la población: el próximo paso ha sido solicitar la presencia de una tercera fuerza que nos ayude a restablecer la ley y el orden.

—Comprendo —dijo William—. El de Anjou os vino como anillo al dedo.

El sargento concedió:

—Bien, no ha sido el propio Carlos de Anjou quien se ha presentado en Ascalón, pero sí nos ha enviado a uno de sus hombres más capacitados, que ahora se hace llamar *baile*, y que acudió con su bandera, un séquito de honor y su mejor verdugo.

—¡Es todo lo que se necesita para hacer justicia: una bandera, un desfile de honor y una buena sogá! —se burló William—. Así pues, la orden puede acabar finalmente con el Taxiarcos y lavarse ella misma las manos, como hizo en su día Poncio Pilato. ¿Y cómo se llama ese hombre estupendo, servidor de Roma?

—El *baile* del de Anjou es el noble señor Rinat le Pulcin, que tiene un solo brazo...

—¿Qué decís? —se le escapó a William—. ¿Un manco, delgado y pérfido?

—¡Bien descrito! —le elogió el sargento—. Dicen que este hombre, y también el de Anjou, tienen cuentas pendientes con el Taxiarcos, aunque es difícil ahorcar a un hombre dos veces ¡y creo que el señor de Gisors querrá tomarles la delantera!

—¿El dogo no se opone?

—El de Gisors lo tiene inmovilizado, encerrado en la torre junto al anciano Botho de Saint-Omer, a quien a estas alturas le gustaría revocar la sentencia que pronunció. Aunque sólo el gran maestro o la reunión capitular de la orden podría despojar a estos dos personajes tibios de sus poderes.

—¿Y todo eso porque el hijo de la *grande maîtresse* no consigue que aprueben sus procedimientos?

—¡Vos lo decís, William de Roebruk!

En esto se presentó en el puerto un destacamento de turcopolos para recoger al fraile y llevarlo a la comendaduría. Ya era noche cerrada.

### **Tribulaciones de verdugo**

El camerino que habían señalado al verdugo se encontraba a ras de tierra, justo al lado de la celda del condenado. La gruesa puerta de tableros no permitía que se oyera en esta última ni una de las palabras que allí se pronunciaran, mientras que un agujero oculto permitía al verdugo observar a su víctima y calcular sus medidas. Pero Yves el Bretón no aprovechó la ocasión. Estaba furioso y triste, pues una vez más se había dejado engañar por las palabras vagas de Carlos de Anjou, que le había prometido el cargo de gobernador en una ciudad expuesta y amenazada de Tierra Santa, situada en la frontera con el sultanato de los mamelucos de El Cairo. Había aceptado el encargo, agradecido y voluntarioso, incluso con íntima satisfacción, pues el de Anjou había prometido al Bretón, además, una estrecha colaboración con los templarios allí establecidos.

Siempre había sido un sueño de Yves ser aceptado en esa orden, que le atraía desde su más temprana juventud. Su familia no era de origen noble, por lo que se ordenó sacerdote y se ejercitó en el uso de las armas, pero todo eso no fue suficiente para cumplir las condiciones elitistas que los caballeros del Temple de Jerusalén exigían para el ingreso. Finalmente, Yves se vio empujado a matar a unos bandidos que le habían atacado, tomándose la justicia por su mano, y fue el propio rey quien le salvó entonces de la cárcel, nombrándole su guardián personal y esforzándose por convencerle de que no debía usar la espada al primer impulso.

El Bretón se sentía como un oso encadenado. Su insatisfacción y su energía reprimida muy pronto fueron aprovechadas por el hermano menor del rey Luis, el conde Carlos de Anjou. Éste prometió a Yves en repetidas ocasiones armarle caballero, lo que le facilitaría la entrada en la orden de los templarios, pero siempre le exigía un último servicio antes de cumplir esa palabra.

También esta vez se había dejado engañar, aunque exigiéndole al señor Carlos una confirmación personal, que le fue aportada por Rinat le Pulcin. Así fue como él, Yves, había ido a parar a esa celda, donde lo encerraron como a un perro y le encargaron que cortara a alguien la cabeza. El Bretón se había jurado no prestar jamás su mano para semejantes menesteres, mucho más cuanto que, al arrojar una mirada por el agujero, vio que junto a un hombre que le era desconocido, pero del que suponía que debía de ser un valiente, estaba Roç Trencavel. ¡Otro juramento de Yves consistía en que jamás volvería a levantar su mano contra Roç y Yeza, la pareja real! De modo que se había negado a hacerles ese favor a los templarios y había

rechazado los consejos de Guillem de Gisors, que se empeñaba en hablarle de una sogá, como si él fuese un vulgar verdugo. Después le asestó una patada a esa rata de Rinat, que había insistido en comentar lo que sería «un rápido golpe con el hacha». Él, Yves, consideraba que nada tenía que ver con el Taxiarcos. Mañana por la mañana se marcharía de Ascalón, sin pensar más en el cargo de gobernador.

William de Roebruk llegó ya entrada la noche a la comendaduría y, respondiendo a su petición, le condujeron enseguida a la celda donde se encontraba Roç.

—El noble Trencavel puede dejar en cualquier momento la celda del condenado —le aclaró el templario mientras abría el cerrojo—, pero sigue negándose a hacerlo.

Roç recibió a William con aire interrogador, pero a éste no le quedó más remedio que exteriorizar con un gesto el resultado negativo de su gestión, esperando que la noticia no afectara demasiado al Taxiarcos. Éste, sin embargo, la recibía con expresión desdeñosa, pues justamente entonces se veía obligado a estornudar, lo que hizo tintinear sus cadenas.

—Espero no haber cogido un resfriado. —Y cuando vio la expresión apenada de William, añadió—: Será difícil sonarse cuando te han cortado la cabeza...

William y Roç se obligaron a simular una sonrisa.

—Los mongoles estaban desalojando Gaza porque acababa de presentarse Baibars, por tierra y por mar —informó William—. Me encontré atrapado en medio de un grupo de beduinos que alcanzaban las murallas mientras los veleros de los mamelucos echaban anclas fuera del puerto, para dar la posibilidad a los que se retiraban de la ciudad de hacerlo ordenadamente. Era evidente que ninguna de las dos partes deseaba verse envuelta en una lucha. Entre los beduinos había un hombre bizco llamado Naiman, seguidor del nuevo sultán...

—¡Le conozco! —exclamó Roç—. Un cojo que ya quiso atraparnos cuando estábamos en Samarcanda, camino de la corte del gran khan. ¡En aquel entonces estaba a las órdenes del califa de Bagdad!

—Supongo que es el mismo —opinó William—. Llevaba consigo una cabeza cortada y maloliente, al parecer la de un embajador mongol, que hizo arrojar por encima de la muralla a las calles de la ciudad de Gaza para que los mongoles se asustaran y se retiraran más deprisa.

—¡Un sujeto asqueroso! —sentenció Roç—. No tengo ningunas ganas de volverlo a ver.

Les trajeron una comida frugal, que Roç fue el primero en probar, después de haberlo proclamado así en voz alta, para evitar que el Taxiarcos fuese víctima de un envenenamiento. La comida consistía de una sopa aguada en la que flotaban unas cabezas de pescado, unos huesos como los que suelen arrojarse a los perros y media torta seca de pan.

—¡Demasiado mala para ser la última cena! —El Taxiarcos no perdía el humor.

—He oído decir que ese otro granuja manco se ha presentado aquí como *baile* del de Anjou —comentó William.

—¿Rinat le Pulcin? —A Roç se le atragantó el bocado—. ¡No está envenenada, pero el sabor es horrible! —Y le tendió el cuenco al Taxiarcos—. ¡Si me lo encuentro, le estrangularé, aunque tenga que vomitar después!

En ese instante se abrió la puerta de la celda y entraron los turcopoles para dejar paso a Guillem de Gisors. Los templarios que le acompañaban apartaron al Trencavel y a William, de modo que el de Gisors se plantó ante el Taxiarcos y le comunicó con una sonrisa amable, como si solicitara su colaboración:

—Hemos de poner fin a esta historia.

El interpelado le escupió a los pies.

Roç se asustó, pensando que el de la cara de ángel haría ejecutar allí mismo al Taxiarcos, pero en lugar de eso el de Gisors ordenó que le soltaran las cadenas y condujeran al condenado hacia la única ventana que había en la estancia, y desde la cual se veía el patio interior, sumido ya en la noche. El Taxiarcos miró fijamente a través de las rejas, esforzándose por interpretar el sentido de los movimientos fantasmales que se insinuaban en la oscuridad. De repente se encendieron las antorchas y a su luz oscilante el Taxiarcos vio una larga hilera de hombres harapientos, encadenados uno a otro, arrodillados en la tierra. Sus rostros estaban dirigidos hacia él, le miraban. Eran sus hombres, la tripulación entera de la *Atalanta*.

—Los haré ajusticiar a todos por amotinamiento —dijo el de Gisors con voz meliflua—, a menos que vos, Taxiarcos, paguéis la culpa con vuestra vida, declarándoos el único culpable.

El Taxiarcos no volvió la cabeza, y cuando habló, seguía pareciendo que lo hacía sin inmutarse.

—No admiro vuestros trucos, Guillem de Gisors, sino vuestra terquedad. Pero no me importa morir por mis hombres, siempre que la sentencia sea justa.

El de Gisors sonrió.

—Sabía que sois un hombre comprensivo. Os propongo la siguiente solución: la Santa Sede ha concedido al conde de Anjou la corona de Sicilia. Por tanto, el bastardo Manfredo, que ahora reside allí contra todo derecho, será acusado de alta traición, al igual que cuantos le ayudaron. Es precisamente lo que os afecta a vos, Taxiarcos. Como capitán pirata habéis actuado por encargo de ese rey bastardo, y con eso basta para que merezcáis la muerte.

—¡Que sea por la espada! —planteó el Taxiarcos sus exigencias—. No tengo ganas de ser ahorcado como pirata. Insisto en una muerte honrosa por la espada.

El de Gisors sacó un escrito preparado del bolsillo.

—¡Firmad aquí!

—Quiero leerlo primero —exclamó William desde el fondo de la celda, pero el Taxiarcos lo rechazó.

—Por qué había de desconfiar de la promesa de un caballero templario, que todos hemos oído. Yo sólo pierdo la cabeza, ¡en cambio él perdería la cara!

—¡Jurad, Gisors! —exclamó entonces Roç, intentando adelantarse—. Sabéis que no estoy armado, y quiero ver con mis propios ojos vuestra mano levantada en señal de juramento. ¡Jurad por la honra de vuestra madre!

Entonces el de la cara de ángel dejó caer de nuevo el brazo que ya había levantado.

—Si no basta mi palabra de templario, será otra la forma de morir. —Se dirigió de nuevo al Taxiarcos—. Tendréis vuestro merecido.

—¡Os aviso, Gisors! —A Roç no le gustaba verse pasado por alto—. Yo no tengo el poder de perdonar la vida al Taxiarcos, pero si vos juráis en falso, sabré vengarlo, y estoy seguro de contar con la comprensión de la *grande maîtresse*. ¡Os lo juro por mi honor!

—Gracias, Roç —dijo el Taxiarcos—. No quiero causaros dificultades. —Cogió la pluma que le tendía el templario, y firmó sin echar ni una mirada al documento—. Os ruego me hagáis llegar un buen vino para mí y para mis amigos, y también pido la visita del sacerdote monseñor Gosset.

Los templarios le retiraron de la ventana y volvieron a encadenarle a la columna, aunque le dejaron las manos libres para que pudiese beber.

El de Gisors abandonó la estancia sin un saludo. Poco después llegaron unos carpinteros que cubrieron el hueco de la ventana con gruesos tablones.

El carcelero que trajo el vino lo probó en presencia de todos y les dejó elegir vaso.

—¡Una buena añada! —les susurró con aire conspirador—. ¡Sería una lástima añadirle cicuta!

También los carpinteros tomaron un trago antes de retirarse.

El bizco Naiman fue el último en llegar, arrastrando una pierna, al almacén donde el de Gisors había citado a los esbirros del sultán y del de Anjou. Aunque los necesitaba, no veía la necesidad de aparecer con ellos en público.

—¿Habéis traído la cimitarra? —le espetó, enojado, al cojo.

—No sólo eso, sino que se la he enseñado al Bretón, aunque éste no parecía nada contento. En realidad, tampoco a mí me parece bien que ese insolente pirata ponga su cuello sucio sobre el tajo, con todos los honores, ¡en lugar de colgarlo de una soga, como se merece!

El de Gisors tenía sus reservas.

— Roç Trencavel pondría dificultades y lo consideraría una traición...

Pero Rinat exclamó, con la mirada encendida:

—¡Haré que parezca un ajusticiamiento con la espada, pero que en realidad acabe ahorcado!

—¡Eso suena mejor! —Guillem de Gisors respiró hondo—. Lo dejo en vuestras manos.

—¿Y qué hacemos con los amotinados? —preguntó Naiman mientras se retiraba. Al de Gisors no le cabía ninguna duda.

—Deben morir todos.

Pero Rinat le Pulcin levantó ambas manos.

—Esa masacre nos la reservamos para después, ahora sólo perturbaría el espectáculo principal y pondría a nuestro amigo de mal humor.

—*Pacta cum infidelis et Graecis non sunt servanda!*<sup>[774]</sup>

—Falta mencionar a los templarios —murmuró Naiman, ofendido, y se retiró del todo.

—¿Por qué habéis hecho enfadar a ese hombre? —Rinat parecía disgustado—. ¡Aún necesitaré su ayuda!

—¡No soporto durante más tiempo su mirada! —se disculpó el de Gisors y acto seguido, disgustado consigo mismo por haberse disculpado, descargó su enfado sobre el pintor.

—Falta poco para que acabe la noche. ¡Al amanecer quiero ver colgando al pirata!

Los amigos pasaron el resto de la noche tomando vino.

—¡Un buen caldo! —elogió Gosset—. El de Gisors ha querido lucirse.

El sacerdote había llegado a tiempo para despedirse de su viejo compañero. Recordaron juntos los años pasados en Constantinopla, en el Cuerno de Oro, los tiempos gloriosos del rey de los mendigos. Recordaron las iglesias donde habían robado las limosnas, los burdeles del puerto, las partidas de ajedrez en la sala llamada el Centro del Mundo<sup>[775]</sup>, las borracheras y las orgías en el palacio obispal de Calixto, y el descubrimiento de su cámara de tesoros. Sus risas estruendosas resonaban en todo el sótano.

Roç era el único que no tenía ganas de celebrar. Se mantenía apartado e intentaba mirar al patio a través de las rendijas que quedaban entre los tablones. Todavía reinaba la oscuridad, y a Roç le pareció oír, entre las risas de sus compañeros y el tintineo de los vasos, unos golpes de martillo. No dijo nada y brindó con los demás, cuando de repente sus pensamientos volaron hacia Yeza y se sintió contento de que no estuviera presente para vivir aquellas horas.

Era una locura pensarlo, pero ¿sería mejor enfrentarse al final de la vida terrenal



con el ánimo enturbiado por la borrachera que reconfortado con devotas oraciones?

Gosset, el sacerdote, no hacía ningún intento por hablarle a su amigo de la salvación de su alma. El Taxiarcos explicaba a sus compinches las aventuras de su vida, sus viajes atrevidos a través del océano hasta las «islas lejanas», y Roç envidió de algún modo a aquel hombre que había arriesgado tanto y ahora había perdido la partida. Aunque el Taxiarcos parecía más bien un triunfador a punto de dar el salto al paraíso.

En aquel instante se abrió la puerta y se presentó el sargento para comunicarles que estaba todo preparado, y que se dispusieran a despedirse.

—¡Desde hace horas no hacemos otra cosa! —exclamó el Taxiarcos de buen humor y le insistió al templario para que vaciara un vaso a su salud.

El sargento soltó las cadenas que ataban al Taxiarcos a la columna, aunque le dejó las que unían sus pies y que sólo le permitían caminar lentamente. También le dejó puesto el collar de hierro.

—Lo quitaremos después —pretendió consolarle el sargento—. Saldremos de aquí por la otra puerta.

¡Detrás espera el verdugo!, se le ocurrió pensar a Roç. Miró de soslayo al condenado, para descubrir si también a éste se le habría ocurrido lo mismo. Pero el Taxiarcos estaba abrazando a William y ambos se besaban como si se tratara de un alegre encuentro, sin intercambiar palabras altisonantes ni miradas significativas. Roç tuvo que hacer un esfuerzo, pues a él sí le entraban ganas de llorar.

El Taxiarcos sentía el dolor del joven, y como si tuviese que consolarle, se acercó a Roç y le estrechó entre sus fuertes brazos.

—Nos volveremos a ver, Trencavel —dijo con mucha seguridad—. Me ha complacido recorrer con vos, la pareja real, una parte de mi camino. Muchas gracias por todo, ¡y procurad ahorrarle el dolor a Yeza! —El recuerdo de la joven parecía haberle conmovido, pues apartó rápidamente la mirada.

Entretanto habían entrado en la estancia varios templarios que se proponían acompañar al condenado.

El Taxiarcos se dirigió a sus amigos:

—No quiero que me acompañe ninguno de vosotros. Quiero dar el último paso yo solo.

Entonces Gosset le apartó un poco y le susurró con la voz quebrada:

—¡El Hafsida os envía este amuleto, para que os acompañe en vuestro camino al paraíso! —Y le puso en la mano una tablilla que tenía apenas el tamaño de la palma, de modo que nadie más podía verla. ¡El retrato de Yeza! El Taxiarcos se lo llevó a los labios.

El sargento abrió la puerta que había enfrente, y Roç no vio la cimitarra que el verdugo tenía encima de la mesa, sino a este último, que estaba sentado, apoyando

pensativo la cabeza entre sus pesadas manos. ¡Yves el Bretón!

Los templarios intentaban empujar al condenado rápidamente a través de la estancia donde esperaba el verdugo, haciéndolo pasar por la puerta que daba al patio. Pero el Taxiarcos se detuvo ante el hombre que veía por primera y última vez. Le tendió la mano, lo que confundió a Yves, pues éste había descubierto a Roç, que decidió en aquel momento seguir al Taxiarcos. El rostro marcado por la viruela de Yves se distendió en una sonrisa.

El sargento se dirigió al condenado como si le hablara a un niño:

—Ahora os vendaremos los ojos y os conduciré cogido de la mano.

Pero el Taxiarcos protestó.

—Prefiero ver mi futuro con los ojos abiertos y caminar solo a su encuentro.

—¡Va contra la norma! —se quejó el sargento, pero el Taxiarcos le apartó de un empujón—. No estoy débil, ni enfermo, ni ciego, ¡y sé perfectamente que voy al encuentro de la muerte! —le regañó furioso, pero alguien le cubrió a la fuerza la cabeza y ató la capucha. Roç había conseguido pasar por delante de Yves, acercarse a la puerta y ver el patio.

El cadalso había sido montado en el otro extremo. Se trataba de una sencilla tribuna de madera a la que se ascendía por unos escalones, y encima se veía un tajo macizo. Todo ello estaba instalado debajo de una de las arcadas, y Roç vio de inmediato la cadena de hierro que pasaba en lo alto del frontal de un almacén por encima de una polea y estaba sujeta abajo, a un lado, en el próximo pilar. Probablemente servía para subir los sacos de cereal hacia el granero. En la entrada de éste se veían tres sacos llenos, como si los acabaran de subir, pues todavía llevaban atado el otro extremo de la cadena. Y entonces Roç se dio cuenta de que, detrás, aparecía la figura de Naiman, pero éste no desataba la cadena, sino que verificaba su asiento firme. Si el cojo diera una fuerte patada a los sacos, éstos caerían al fondo, y el extremo inferior de la cadena subiría a lo alto, aunque un hombre adulto colgara de ella con todo su peso. Nadie podría impedirlo, siempre que el gancho del extremo inferior estuviera sujeto al aro de hierro que dicho hombre llevaba al cuello. Roç comprendió la infamia que se estaba tramando antes de descubrir a Rinat, que se escondía detrás del pilar donde se sujetaba el extremo suelto de la cadena, al parecer sin mala intención.

Roç se giró en la puerta.

—¡Yves! —exclamó—. Hazlo por mí, ¡córtale la cabeza a mi amigo!

—¡Ya no lo sé hacer! —gimió el Bretón y hundió aún más la cabeza entre sus manos. ¡No quería ver ni oír nada!

Roç se le acercó de un salto y le cogió de los hombros.

—Te lo pido yo, Yves, ¡ayúdame! ¡Salva su honor y no permitas que esos cerdos consumen su traición!

En el patio, el Taxiarcos había llegado hasta el cadalso y empezaba a subir los escalones.

—¡Yves! —gritó Roç—. ¡Te lo suplico!

Entonces el Bretón irguió la cabeza, cogió la cimitarra," se levantó con parsimonia y le sonrió a Roç con expresión ausente.

—¡Rápido! —gritó Roç y salió corriendo, pues el Taxiarcos había llegado a lo alto del cadalso, se había arrodillado y estaba poniendo la cabeza sobre el tajo. Nadie le había quitado el capuchón y mucho menos el aro de hierro. Rinat saltó a su lado, con el extremo de la cadena en la mano, y se esforzaba con gestos nerviosos de su única mano en alcanzar con el gancho la anilla que había servido para sujetar al Taxiarcos a la columna mientras estuvo preso. El pintor vio que acudía Roç, y Naiman soltó un silbido de advertencia desde arriba.

—¡Mafalda! —gritó Roç con voz estridente—, ¡ahí tienes a Rinat, la rata!

El pintor miró hacia atrás, temiendo que la furia pudiera asaltarle mientras ya entraba el gancho en la anilla, pero entonces, como la sombra de un gran pájaro negro, se inclinó Yves sobre el tajo y la gigantesca cimitarra cayó sobre el cuello del Taxiarcos cuando la mano de Rinat todavía no se había retirado. El aro de hierro fue arrastrado hacia arriba por la fuerza de la cadena, y la cabeza del Taxiarcos voló trazando un arco como un cometa encendido y chorreando sangre en dirección al templario, al que alcanzó en el pecho. La cruz escarlata desapareció bajo una amplia mancha roja, la túnica blanca quedó salpicada como el delantal de un matarife. El de la cara de ángel cayó hacia atrás, y para su propio espanto sujetaba la cabeza sangrienta del ajusticiado entre las manos. Había tropezado con los sacos de grano, que al chocar contra el suelo habían reventado con un chasquido opaco.

Yves ni siquiera sacó la cimitarra de la madera, en la que se había incrustado profundamente. Se volvió y cruzó a paso lento el patio.

Cuando Roç vio que Rinat no salía corriendo, tiró enloquecido de la cimitarra, pero no pudo sacarla de la madera. Rinat le Pulcin no pudo levantar su mano del suelo, donde la veía, tan blanca y delicada, porque ya no tenía con qué cogerla, y nadie se la tendió. Cuando Roç consiguió al fin sacar el horrible arma y con el siguiente movimiento atravesó el bajo vientre del pintor, éste cayó hacia adelante y su rostro acabó acostado sobre su propia mano.

Roç retiró con rapidez la cimitarra de la carne y subió los escalones con la intención de acabar también con Naiman, pero éste huyó por el almacén y saltó a través de la próxima ventana, acabando en una fosa de aguas sucias. Salió como pudo de la mierda y se alejó a toda prisa.

Cuando Roç regresó al patio, vio que acudía el sargento corriendo desde la puerta.

—Baibars ha llegado con la flota egipcia y pide entrada en el puerto —les comunicó con palabras atropelladas—. Está furioso.

El de Gisors no le hacía mucho caso porque vigilaba a Roç, que blandía la cimitarra.

—Asegura que la orden no tenía derecho a entregar Ascalón al de Anjou.

Roç no desperdició ni una mirada en el de Gisors, sino que fue al encuentro de William, que se acercaba con Gosset por el patio.

—¡Todos los miembros de la orden de los templarios, excepto el dogo, tienen exactamente una hora de tiempo para abandonar la ciudad sin llevarse nada en absoluto! ¡Incluso los barcos deben permanecer en el puerto, y también los prisioneros quedarán aquí!

—La muerte del Taxiarcos nos ha salido cara —murmuró Guillem de Gisors y el sargento se atrevió a añadir:

—Nos habría salido más barato dejarle vivir. Ahora le conceden a Abdal el Hafsida tres barcos, que puede elegir a su antojo, para compensarle por la muerte de su amigo.

—Había que castigar la traición con la muerte —declaró el de Gisors, esforzándose por mostrar firmeza—. Nos retiraremos de Ascalón hasta la próxima vez. ¡Arriad la bandera y dad órdenes de marcha! —instruyó a su sargento.

—¿Qué hacemos con el anciano Botho de Saint-Omer, que sigue en la torre...?

—¡No perdamos un valioso tiempo! Le han profetizado que morirá en Jerusalén.

## **La vista desde la ciudadela**

La caravana era pequeña, pero disponía de suficientes defensores, y tampoco Yeza se distinguía de lejos entre sus acompañantes masculinos. Al revés, su figura erguida exigía respeto, algo que nadie podría decir del enano Jordi y del magro Kefir Alhakim. Ezer Melchsedek se había negado a utilizar un camello para viajar, e insistía en recorrer el camino a Jerusalén a pie, después de haber tomado tierra en Acaba. Yeza había conseguido que una parte de la tripulación de la nave les acompañara como escolta. ¿En quién iba a confiar, si no era en los hombres que el Hafsida había puesto a su disposición? La joven se entregaba a la ensoñación mientras se balanceaba en lo alto del camello.

La ciudad a la que querían llegar no solamente albergaba una promesa, sino también muchos misterios. Yeza veía en su imaginación salas subterráneas, grutas oscuras y luces extrañas, y tuvo la sensación de que allí encontraría a su madre, que había aceptado morir en la hoguera para alcanzar el paraíso. También deseaba tener una visión de su padre, el poderoso emperador, aunque sólo se aparecía ante su imaginación un viejo rey, el rey Salomón, el soberano sabio que apoyaba sus espaldas en una gigantesca piedra negra. Salomón le sonreía y ella creyó reconocer bajo el peso de su corona los rasgos de Roç. Le llamó por su nombre y despertó entre las

gibas de su animal, que se había detenido.

Los jinetes detuvieron los camellos en lo alto de la colina, desde la cual el viajero que viene desde el sur, ve por primera vez la ciudad santa. La cúpula del Templo, engarzada entre las piedras, brillaba como una joya. Yeza comprendió que había alcanzado su meta, y se sintió impresionada mientras sus compañeros sólo arrojaban una breve mirada al conjunto de muros, torres y cúpulas. Jordi estaba comprobando si no faltaba ninguno de los animales de carga, sobre todo aquel que transportaba la caja con el tesoro de Yeza. Kefir rompió el silencio emocionado que nacía del agotamiento de los viajeros.

—Me gustaría saber dónde podremos descansar.

—¡Primero tendremos que saciar el hambre! —propuso Jordi.

Yeza no le quitaba ojo a la ciudad todavía lejana, pensaba en un baño refrescante y decidió con aire soñador:

—Buscaremos un albergue humilde, tal vez un convento abandonado con un claustro tranquilo lleno de flores y frutos, y con una fuente en el centro.

—Lo encontraremos en los barrios donde habitan, mezclados, judíos, musulmanes y cristianos, exactamente en el centro —se animó Jordi—. Y también encontraremos una cocina en condiciones y un gran refectorio en el que todos nosotros, representantes de diferentes religiones, podamos reunirnos para tomar nuestros alimentos en común.

Yeza añadió:

—¡Hasta ahora el Señor no nos ha hecho pasar hambre ni sed, querido trovador!

Kefir bostezó.

—Deberíamos entrar en la ciudad cuando aún es de día y buscar algún edificio sólido, para que no seamos víctima de los bandidos, ahora que ya hemos alcanzado la meta de nuestro viaje.

Yeza se echó a reír.

—Tenemos ante nosotros a la madre de las ciudades, la santa entre las santas, ¡y uno piensa en su estómago, mientras al otro le vence el miedo!

Dio a sus acompañantes la señal de proseguir, y fue la primera en dirigir su camello colina abajo, camino de Jerusalén.

Al gobernador de Alepo le llegaron dos noticias a la vez. Una de ellas la había estado esperando Turanshah ibn az-Zahir desde hacía tiempo, por lo que había renunciado incluso a relajarse en las termas y permanecía constantemente con la armadura puesta y la cimitarra al cinto. Desde la ciudadela situada en lo alto observaba la ciudad que le había sido confiada, y miraba hacia el horizonte, esperando ver aparecer el relumbrón de miles y miles de puntas de lanza, la disolución de las colinas rocosas en una masa móvil en la que los caballos y los

jinetes todavía no podían distinguirse, mientras avanzaban como un enjambre de langostas: ¡los mongoles! Siempre supo que un día aparecerían ante sus ojos; había llegado el momento.

Le avisaron la llegada de una delegación, que le exigiría someterse y entregar la ciudad. Decidió no cometer el mismo error que numerosos otros príncipes vecinos, que habían insultado a los embajadores mongoles y despreciado cruelmente su fuero especial. También le habían hablado de la venganza que solían tomarse los mongoles, y Turanshah decidió recibirlos con amabilidad e insistir en que, hasta el momento, estaba sometido a las órdenes del sultán de Damasco, quien todavía no le había permitido la entrega. Llamó a su eunuco mayor y le ordenó que sirviera un banquete generoso a la delegación, pues primero quería hablar con otro visitante que le había sido anunciado al mismo tiempo: El-Aziz, hijo del sultán. Turanshah no podía ni imaginarse lo que venía a decirle aquel muchacho, a menos que le trajera la noticia deseada de que se acercaba un ejército importante, procedente de Damasco, para liberar a Alepo de los mongoles.

El-Aziz era un muchacho de estructura ósea sorprendentemente delicada si se conocía la figura de toro de su padre. El hijo del sultán presentaba un rostro fino, casi femenino, con ojos de un azul luminoso y rodeado de rizos oscuros.

—¿Para cuándo podremos contar con el ejército? —le preguntó impaciente el viejo Turanshah, tras haber intercambiado algunos saludos corteses y respetuosos.

—¿Qué ejército? —fue la inocente respuesta, que hundió el ánimo del anciano gobernador—. Voy al encuentro del il-khan Hulagu —prosiguió afanoso el muchacho—, porque mi señor padre quiere demostrar, enviándome a mí, el aprecio que siente por los mongoles. Parece ser que en esa corte vive una princesa muy admirada cuyo corazón deseo conquistar, para que a mi lado ejerza la soberanía sobre todas las tierras situadas entre las hordas del khan y los mamelucos del Nilo.

Y sacó de entre sus ropas una tablilla de madera que enseñó complacido a su tío. En ella aparecía el retrato de una mujer rubia, aún muy joven, cuyo rostro revelaba, junto a un gran encanto físico, también energía, valor y una madurez precoz.

Turanshah sacudió aturdido la cabeza. Era evidente que si el muchacho se dirigía al campamento de los mongoles, éstos lo tomarían como rehén, aunque él se viera como un candidato bienvenido para solicitar la mano de una princesa y para asumir, como futuro soberano, el mando sobre unas tierras que aquellos estaban a punto de conquistar.

—¿Quién es el padre? —Turanshah miraba el retrato de Yeza como si se tratara de un ser procedente de otro mundo.

—Su nombre es Yeza Esclarmunda, y su padre es el gran emperador a quien también los mongoles temen y aman a la vez.

El-Aziz parecía referirse al emperador Federico, muerto hacía muchísimos años, pues después de éste no había existido ningún otro.

—Es bellísima —murmuró el anciano y devolvió la miniatura—. ¡Seguramente podréis ganaros su amor, y vuestra unión se verá bendecida por la suerte y el bienestar!

El-Aziz hizo rodar sus ojos azules y suspiró.

—Tengo tantas ganas...

—¿Y estáis seguro de que vuestro señor padre no ha formado un ejército para acudir en nuestra ayuda? —le interrumpió el anciano.

—No he visto nada que se le parezca —admitió El-Aziz con franqueza—. Precisamente por eso me envía a mí al campamento de los mongoles, para que haga de mensajero de la paz, evite el ataque a nuestro país y pida la mano de esa princesa.

Turanshah carraspeó y se tragó la respuesta. Tenía que alejar a aquel muchacho soñador lo más rápidamente posible de Aleppo. Lo mejor sería entregarle personalmente al il-khan en su residencia persa. Si el muchacho caía en manos del general comandante de las tropas asaltantes y éstas comprendieran la estrecha relación de parentesco que existía entre el gobernador de Aleppo y el sultán de Damasco, los mongoles encadenarían inmediatamente a El-Aziz, lo arrastrarían delante de las murallas y amenazarían con cortarle la bella cabecita si la ciudad no se rendía al instante. Turanshah tenía que evitarlo a cualquier precio. Había que impedir que El-Aziz fuera visto por la delegación mongola.

—No os quiero retener por más tiempo —le comunicó con gesto paternal al muchacho—. La princesa, vuestra futura novia, seguramente os está esperando con la mayor ansiedad...

—Y yo —exclamó El-Aziz—, yo me muero de deseo.

—¡Os debéis apresurar! —insistió el anciano—. El il-khan no soporta que le hagan esperar.

Apenas el hijo del sultán había sido despedido y salido de la ciudad cuando El-Ashraf, también él sobrino del anciano Turanshah, entró a tocia prisa en la sala de audiencias.

—¡La delegación mongol se ha marchado! —le gritó el emir bizco de Homs en son de reproche a su tío—. Aseguran que los enviados del il-khan no están acostumbrados a que los hagan esperar. ¡Aleppo está perdida!

El gobernador se echó a reír.

—¿Lo han dicho? —preguntó sin perder la serenidad. Incluso se sintió un tanto aliviado. ¡El-Ashraf siempre se emocionaba tanto!

—¡No lo han dicho, pero seguramente lo han pensado! —concedió el temeroso emir—. En realidad sólo querían saber si albergamos entre nuestros muros a una pareja real.

—¿Qué dices? —se le escapó a Turanshah—. Acaso se trata de una princesa rubia del norte y de un muchacho de rizos negros...

—Exactamente así describieron a Roç Trencavel y a Yeza Esclarmunda —se excitó el emir—. ¡Yo conocí a los dos cuando eran todavía niños, y les llamaban los hijos del Grial!

—¿Creía que era la hija del emperador de los romanos?

A Turanshah le gustaba aclarar las cosas; al menos no deseaba mostrar su confusión delante del sobrino.

—Según parece, el imperio del rey Grial se hundió, pero los mongoles quieren restablecerlo y coronar soberanos a la pareja real.

—¿Y cómo se les ha ocurrido a los mongoles que esas majestades puedan encontrarse precisamente en Alepo...?

—¡Se ha visto aquí a William de Roebruk, y los mongoles creen firmemente que donde se encuentra éste, Yeza y Roç no pueden estar lejos!

Turanshah se mostró asombrado.

—Por lo que recuerdo, el famoso franciscano ha estado aquí, en el mercado de esclavos, donde buscaba de incógnito y en compañía del sufí...

—Compraron una mujer preciosa —confirmó El-Ashraf.

—¿O sea, que no vino como embajador del gran khan?

Turnshah tuvo que hacer un esfuerzo para situarse, enfrentado a ese nudo de hechos ficticios, informaciones falsas e imágenes ilusorias, pero se agarró al hecho de que los mongoles, según todas las apariencias, sí sabían muy bien lo que querían.

—¿Y los enviados de Hulagu no han exigido nada más?

—Sí —se acordó el emir—, dicen que os debéis someter.

—¿Qué les habéis respondido?

—Yo os lo recomiendo. Por lo demás, no lo han planteado como una pregunta.

—Ya se darán cuenta de que no pienso hacerlo —murmuró disgustado el anciano gobernador.

El-Ashraf hizo una reverencia ante su tozudo tío.

—¡Cuando llegue el momento, no me gustaría seguir aquí en Alepo!

Salió caminando de espaldas y con algunas reverencias más, hasta abandonar la sala.

Turanshah dio órdenes de preparar la ciudad y la fortaleza para la defensa. Pronto después vio que el horizonte empezaba a moverse, y que los mongoles estaban a punto de cerrar el círculo en torno a Alepo. Junto con el aviso de que el emir de Homs había abandonado la ciudad, el gobernador se enteró de que un enviado del sultán acababa de entrar todavía en Alepo, antes de que el cinturón de los mongoles pudiese cerrarse del todo. Puesto que era ya muy tarde, no tenía ganas de escuchar las promesas vacías de An-Nasir de Damasco, y prefirió dirigirse a las termas para tomar



un baño caliente. Quién podía saber si volvía a presentarse jamás esa ocasión. De modo que dio órdenes a su eunuco para que recibiera al mensajero y le preguntara por sus deseos.

—¡Pero se trata de una mujer!

Turanshah le miró incrédulo.

—¡Es la vieja favorita del sultán, la hija del emperador! —le informó el eunuco, ligeramente indignado.

—¡Pues mándamela al baño! —Turanshah lanzó una mirada satisfecha por la ventana. Las murallas de la ciudad de Alepo estaban siendo ocupadas, las catapultas parecían estar preparadas y junto a ellas se amontonaban las piedras que servirían de proyectiles. Todo estaba dispuesto para saludar a los mongoles que, una vez cerrado el círculo del asedio, se mantenían a distancia respetuosa.

Clarion de Salento nunca se había sometido a las costumbres del Islam hasta el punto de renunciar a presentarse como mujer independiente, sobre todo cuando el hombre que sería su interlocutor se encontraba en el *hamam*. Dejó a su pequeño séquito en el exterior y entró en el baño por una puerta lateral, pues el eunuco jefe tenía reparos en llevarla a la puerta principal, ricamente adornada con mosaicos. Delante de dicha puerta se iban reuniendo los miembros de la corte de Turanshah, pues la presencia del soberano les tranquilizaba en vista del peligro amenazante. El viejo gobernador les transmitía confianza y fortaleza por el simple hecho de que precisamente ahora, cuando los mongoles tenían rodeada la ciudad, se dirigía a tomar el baño acostumbrado.

Turanshah descansaba en el *tepidario*<sup>[777]</sup>, en el agua tibia de una bañera plana en la que flotaban hojas de rosa y flores de malva. Tenía la cabeza apoyada en un rodillo de mármol y sonreía ensimismado. Levantaba pequeñas olas que recorrían su cuerpo arrugado, del que no se veía mucho, aunque aquello que se veía tampoco causaba mala impresión. Ésta fue la primera idea de Clarion cuando se acercó despreocupada a la bañera, para espanto de su acompañante. El eunuco se quedó atrás, vencido por el pudor.

—Ya que os complace recibirme aquí —dijo Clarion, saludando con exquisita cortesía—, tendré mucho gusto en regocijarme con vuestra presencia. —Y dirigió una mirada ingenua al rostro del viejo señor, que a su vez irradiaba una dignidad satisfecha, perfectamente capaz de hacer olvidar la desnudez de sus miembros.

—Lo siento mucho —dijo el gobernador, y recorrió con la mirada la figura de su visitante como si fuese ella la que estaba desnuda— que hayáis hecho el esfuerzo de acudir aquí y, en consecuencia, tengáis que compartir conmigo el destino de Alepo.

Clarion miró a su alrededor.

—En realidad, el motivo de mi viaje era alcanzar aquí, en vuestra corte, al hijo de mi amo, antes de que se entregara como rehén en manos de los mongoles.

—¡Un gesto del todo inútil!

—También el sultán lo ha comprendido finalmente. Al principio, quiso facilitarle el paso presentándole la imagen de Yeza como si se tratara de una princesa casadera. Pero la hija del Grial está unida a Roç Trencavel desde su nacimiento, por destino y por vocación.

—¿Lo saben los mongoles? —preguntó Turanshah y se incorporó—. Al parecer, ellos ni siquiera conocen su actual lugar de residencia, pues buscaban a la princesa aquí en Alepo.

—Mientras tanto, An-Nasir se ha enterado de que Yeza no está ni aquí ni allí, sino que se encamina desde Egipto hacia Jerusalén, donde se reunirá con el Trencavel.

—¿Por qué expone An-Nasir entonces a su hijo?

Turanshah hizo señas a los criados del baño y éstos acudieron para ayudarle a salir del agua, envolviendo su cuerpo en paños calientes. El soberano prosiguió:

—El il-khan no hará caso ni de los regalos, ni de unos jóvenes, sean quienes sean, y piensa proseguir las conquistas a menos que el sultán, el soberano supremo, se presente personalmente para someterse. ¡Lo que buscan es eso, y nada más!

—¡No sé si podréis hacérselo comprender a vuestro sobrino!

Clarion se echó a reír.

—An-Nasir ha hecho durante toda su vida lo que le ha dado la gana hacer, y cree firmemente que los mongoles harán una excepción con su persona.

El viejo Turanshah se sentó en el borde de la bañera y parecía pensativo.

—¿Y qué hará la pareja real?

Clarion tampoco tenía una respuesta. Después dijo:

—Imagino que si Roç y Yeza tuviesen el deseo de detener ese avance, y lo expresaran con decisión, los mongoles posiblemente respetarían su deseo.

Turanshah la miró dudoso.

—¿Tanto pesa el poder de esa pareja real, que no dispone de país y no tiene ningún ejército a su servicio?

—Los mongoles creen firmemente en que Roç y Yeza establecerán un reino de la paz, y que la soberanía de estos jóvenes sobre esa parte del mundo que es tan ajena a su propio pueblo, les viene dada por Dios.

Clarion formulaba sus palabras con precaución, escogiendo las más adecuadas para no proporcionar al anciano una descripción equivocada.

—Por un lado, los mongoles, como descendientes de Gengiskhan, se creen llamados a reinar sobre todo el mundo, pero por otra parte tienen dificultades para entender a ese «resto del mundo», que no parece estar de acuerdo con ellos. De ahí que los mongoles se llevaran en su día a los hijos del Grial a Karakorum, para

educarlos como regentes, como soberanos en su sentido, del mismo modo que Dios Creador moldeó al hombre a su semejanza.

—¿Y Roç y Yeza?

—Escaparon de la corte de los mongoles y se sustrajeron a los deseos de éstos.

—Lo comprendo —murmuró el gobernador con aire de ironía—. Y me resultan simpáticos por eso. —Después se le ocurrió una idea—. ¿Estáis segura, respetada Clarion, de que la pareja real está ya en Jerusalén?

Clarion asintió, y el anciano prosiguió:

—Si consiguierais salir a escondidas de Alepo, que está asediada, y vos, una mujer valiente y precavida, os reunierais lo más rápidamente posible con Roç y Yeza, tal vez podríais conseguir frenar el avance de los mongoles.

—Permitid que os contradiga, venerable Turanshah, ¡pero yo no puedo ni volar, ni hacer milagros!

—¡En este caso Alepo está perdida!

—¡Aunque no será en vano! —dijo Clarion, impávida, pues no creía sensato ahorrarle al soberano la verdad—. A veces hay que hacer un sacrificio para que en la cabeza de ciertas personas se instale la razón. Podéis enviar, con esos reflejos que pasan de torre a torre, noticias a vuestro sobrino An-Nasir, mi amo y señor. Si el sultán se pone bajo la protección de la pareja real, sería una señal para los mongoles que éstos probablemente no desoirán.

Turanshah la miró apenado.

—Vos conocéis a An-Nasir. ¡No querrá rendirse ni siquiera ante un ejército de mil veces mil jinetes armados! ¿Cómo queréis que le lleve a poner el destino de Damasco y de toda Siria en las manos de dos jóvenes inexpertos?

—El destino de Siria ya no está en sus manos. No os podrá ayudar a vos y tampoco podrá sostener Damasco.

—No habláis como una hija de este país. Aunque os hayáis convertido al Islam, Clarion de Salento, seguís siendo una extraña en vuestro corazón. Por eso sois capaz de ver las cosas más claras.

—¡Podéis tacharme de cruel, noble Turanshah, pero no debéis dudar de mi fidelidad a An-Nasir!

La figura delgada del gobernador se irguió.

—Intentaré convencer a mi amo y sultán de que debe dar ese paso. Mientras tanto defenderé a Alepo, pues ésa es mi obligación. ¡Sed mi huésped, noble señora, y sed también testigo de cómo un anciano se defiende de las hordas que le atacan!

De repente, su mirada irradiaba energía.

Los criados trajeron vino y frutas.

# ***PAX HIEROSOLYMITANA***

## **La dificultad de elegir bien**

Era un hecho acordado que Yeza entraría en la ciudad santa de Jerusalén por la puerta de Sión. Dado que ella misma había elegido el apellido «du Mont y Sion», estaba dispuesta a emprender el penoso ascenso a la colina del mismo nombre, donde la esperaban las ruinas de una basílica dedicada a María Madre de Dios y desde la cual la ciudad parece estar al alcance de la mano del peregrino.

—Aquí estuvo vuestro antepasado tolosano, el conde Raimundo de Saint Gilles —le explicó Jordi a su señora, mientras descifraba una inscripción borrosa—, cuando Jerusalén fue conquistada por los cruzados, en el año del Señor de 1099.

Yeza le miró divertida.

—No me será posible celebrarlo con una matanza como la perpetrada entonces.

Su mirada abarcó lo que le quedaba de su séquito, y que junto al trovador ya sólo contaba con el visir Kefir Alkahim. Estaba obligada a devolverle al Hafsida, una vez alcanzada su meta, los moriscos que éste le había prestado. Decidió despedir de inmediato a su tropa protectora y entrar muy humildemente en Jerusalén.

Mientras Jordi, que era su mayordomo, tesorero y canciller al mismo tiempo, procedía a pagarlos, Yeza dejó vagar su mirada satisfecha sobre la ciudad. ¡Lo había conseguido! A la izquierda, exactamente frente a ellos, se veía la ciudadela, que se destacaba de la muralla. Allí debía encontrarse la puerta del rey David. Coronada por la cúpula dorada se elevaba a su derecha la colina con el Templo excavado en la roca, centro de los lugares santos y que, en su día, había albergado al Santísimo. Yeza se sentía poderosamente atraída por el lugar.

De modo que dio un latigazo a su camello y bajó a toda prisa hacia la puerta. Estuvo a punto de descender del animal, pues quería entrar a pie y esperar también a que sus dos acompañantes pudieran seguirla con el equipaje. Estaba cubriéndose la cabeza con un pañuelo, respondiendo a los requisitos del pudor, cuando descubrió a Beni, que en lugar de saludarla pretendía alejarse sin ser visto. ¿Habría conseguido Roç llegar a Jerusalén antes que ella?

—¿Acaso tienes mala conciencia, Benito? Sabes que no podrás escapar así como así. —Y lo sujetó fuertemente por el cuello. Beni se apresuró a coger las riendas del camello y obligar a éste a arrodillarse, de modo que Yeza pudiera bajar del animal.

—Estaba preparando la recepción que se merece la pareja real —replicó el muchacho con desparpajo.

—¡Será mejor que me digas dónde puedo encontrar al Trencavel!

—Roç Trencavel me ha enviado como avanzadilla, para que os prepare un

alojamiento en el castillo de David. —Beni se atrevió a mentir con descaro—. ¡Esa sede histórica albergó siempre a los reyes de Jerusalén!

—He decidido tomar residencia en la colina del Templo —le informó Yeza con altivez.

—¡No iniciéis vuestra estancia en la ciudad santa sentándoos en el avispero de todas esas religiones enemistadas entre ellas! Perdonad mi atrevimiento, señora, pero yo conozco la situación que reina aquí. Deberíais considerarla antes de despreciar mi consejo.

—Lo que no has pensado, querido Beni, es que la elección de un lugar es siempre un símbolo.

El visir, que se había acercado entretanto con Jordi, saludó con estas palabras a su vástago, y prosiguió después:

—El castillo de los reyes sólo representa el poder terrenal, pero el lugar santo a partir del cual el profeta inició su viaje nocturno tiene un valor simbólico incontestable.

Yeza se mostró al principio más bien divertida, aunque después parecía impresionada por la opinión de su visir. El hijo de éste se había quedado sin habla.

—Y, sin embargo —intervino Jordi—. Beni también tiene razón: precisamente porque asentarnos en el lugar santísimo tanto de los judíos como de los musulmanes es importante, debemos informarnos primero con toda serenidad de cual es el ambiente que reina en la población y con qué sacerdotes tenemos que hablar.

—Entonces, lo mejor será residir primero en el castillo —respondió Beni con alborozo—. Ya tengo todo preparado.

Yeza se dio por vencida.

El pequeño secretario conducía orgulloso el camello de su ama cogido por las riendas, cuando cruzaron el desvencijado puente levadizo para entrar en el patio de la ciudadela. Entre las piedras crecía la hierba y en los agujeros del tejado anidaban los pájaros. A pesar del calor aplastante que reinaba, se había reunido un grupo de individuos andrajosos para recibir a Yeza.

—¡Son los cristianos! —Beni señaló a los portadores de algunos estandartes destrozados en los que la Virgen María daba el pecho al Niño, o un Cordero con la pata delantera encogida derramaba su sangre. Había muchas ancianas allí, casi todas con hábito de monja, pero formaban grupitos separados y no se comunicaban unos con otros.

—¡Son griegos ortodoxos y armenios, sirios viejos y coptos! —Beni conocía los detalles—. Sólo faltan los católicos romanos, que tienen prohibido, bajo amenaza de excomunión, intercambiar ni una palabra con vos. El señor patriarca insiste en que antes debéis presentarle vuestros respetos en palacio, y que acudáis sola y sin séquito.

—¡Ese zapatero de Troyes quiere examinaros de la verdadera fe! —se burló Jordi—. Seamos muy amables con todos estos cismáticos, y así nos tomará rabia.

Yeza aceptó a su manera la propuesta.

—Entregad una moneda a cada uno de los que se han presentado aquí para saludarnos, y haced después que se dispersen.

Mientras los cristianos peleaban por la limosna que Jordi repartía con ambas manos, arrojando monedas que sacaba del arcón, llegaron Jacobo y el sufí. Abu Bassiht se inclinó ante Yeza y recitó, acompañando su cantilena melodiosa con un ligero balanceo del cuerpo:

—¡Si quieres convertir tu alma herrumbrosa en oro, busca la cercanía del maestro, que es el alquimista!

—¡Rumi! —estalló Yeza en júbilo y Abu Bassiht la miró con ojos resplandecientes.

—¡El maestro os saluda! —El sufí se inclinó y dejó paso a Jacobo, que se dirigió a Kefir:

—Quiero daros a conocer a vos, que sois el visir responsable, algo que nosotros, los judíos de Jerusalén, no consideramos acertado: los musulmanes de esta ciudad desean que la pareja real se instale en la colina de la mezquita Al-Aqsa, y quieren ver a Abu Bassiht allí, actuando de *mufti*.

Yeza preguntó al sufí:

—¿Y vos lo deseáis?

Esperaba que el interpelado rechazara la oferta, pero Abu Bassiht sonrió y le respondió a medias.

—¡Ah, hermano! —Con estas palabras se dirigió al anciano visir, al tiempo que le daba golpecitos animosos en el hombro—. ¡Sois vos el que debe presentarse a los musulmanes de esta ciudad para que le elijan para el cargo, pues no encontrarán a un maestro mejor!

Kefir Alhakim más bien parecía asustado ante la propuesta.

—¡Los judíos me lapidarían y los romanos me crucificarían! —rechazó sin más el ofrecimiento, y se volvió hacia Yeza—. ¡Prefiero seguir siendo el humilde visir de mi reina!

El sufí no se arredró.

—¡Debéis mostrar un espíritu abierto! —le recomendó a Yeza, y reprendió al apocado visir—: *Assiq laiati amam illa idha kana mahni assas Alá*<sup>[779]</sup>. Recordad las palabras del sabio Ibn Arabi, que solía decir con mucho acierto al respecto: «Mi corazón tiene espacio para todos: pastos para las gacelas, un monasterio para los monjes cristianos, un templo para los idólatras, un arca sagrada para los peregrinos, las tablas de la Torá y el libro del Corán.»

Yeza quiso poner fin al discurso.

—¿Habéis visto a Arslan, el chamán? —preguntó de sopetón—. Tengo la sensación de que ronda por aquí.

Todos lo negaron sacudiendo la cabeza, pero Beni recordó algo.

—¿Acaso ese tal Arslan lleva consigo un oso?

—¿Un oso? —Yeza se echó a reír—. ¡Sería muy capaz!

Como Beni callaba, la joven se adelantó para adentrarse en la Torre de David.

—¡Vos, Jacobo, y vos, Abu Bassiht, seréis huéspedes en mi mesa y bajo mi techo! Podéis ocupar las estancias que más os agraden. —Pero pronto comprobaron que no había tanto para escoger, pues en la mayoría de las habitaciones se veía el cielo azul, por estar hundidos los techos, y las pocas estancias intactas en la primera planta habían sido limpiadas por Beni, pero eran oscuras y húmedas. Tampoco había muebles, sólo algunos sacos llenos de paja echados en la tierra o en los suelos de piedra, por lo que muy pronto decidieron trasladarse a la colina del Templo.

En cuanto al propio Beni, tenía su lecho en casa del jefe de la comunidad judía, el rabino Jizchak. Por un lado no deseaba volver a someterse al mando de su padre, y por otro lado seguía con la esperanza de tener algún encuentro con Miriam, que a su vez tenía curiosidad por conocer a la princesa rubia que viviría en la Torre del rey David. Beni había empezado a insistirle con mucha perspicacia a Miriam de que sólo ella podría aliviar la difícil situación de Yeza. La joven llamó a sus amigas y entre todas sustrajeron de las casas de sus padres mantas, almohadas e incluso alguna alfombra, jarrones y muebles, con los que intentaron embellecer las estancias de la Torre.

Aprovechando que Yeza se había alejado, trajeron los objetos cargados en un asno y obligaron a Beni a repartirlos por las habitaciones, para prepararle una agradable sorpresa a la joven reina.

## **El patriarca de Jerusalén**

Yeza se había dirigido, acompañada de Jordi, Kefir, Jacobo y Abu Bassiht, al palacio del patriarca, respondiendo a la exigencia de este último. Encontraron a Jacobo Pantaleón en mangas de camisa en el jardín de su palacio, removiendo con sus propias manos un trozo de tierra en aquel parque asilvestrado, donde tenía la intención de plantar algunos dientes de ajo. No se sintió azorado por esta causa ni siquiera cuando Yeza le presentó al cabalista, al sufí, al trovador y a su visir. Pantaleón se limpió las manos en el delantal y se dirigieron a sentarse bajo la sombra de un cedro. Reinaba un calor aplastante, acompañado de bochorno. No hacía ni un soplo de aire. El patriarca se dirigió con voz dulce a Yeza:

—Tenéis a vuestro servicio, aunque despreciéis las bendiciones de la Iglesia católica, única y verdadera Iglesia de Nuestro Señor, a un niño cristiano y bautizado,

un tal Benito, educado en la verdadera fe.

Yeza miraba a aquel hombre de rasgos campesinos con creciente disgusto, aunque de momento se limitó a asentir con la cabeza.

—Ese muchacho duerme en casa de un judío, el rabino Jizchak. A mí no me parece bien, además de que podría ayudarme a celebrar la misa en la iglesia del Santo Sepulcro.

Kefir Alhakim declaró sin rodeos:

—Yo soy el responsable de ese hijo que vos llamáis Benito. Le aconsejaré que renuncie a su voto cristiano, pues las enseñanzas de nuestro profeta Mahoma son mucho más convenientes que vuestra doctrina llena de odio y de prevenciones. *Inshalá!*<sup>[780]</sup>

—Y yo intentaré salvar su alma para Cristo, ¡así me ayude Dios!

El patriarca se levantó de un salto, cogió su bastón y pareció querer amenazar al visir y a Jacobo.

Este último consiguió agarrar el palo y con una agilidad de la que nadie le habría creído capaz, se lo arrebató de las manos y lo rompió tranquilamente, apoyándolo contra la rodilla doblada.

—La ira es la espada del ángel de la muerte.

Jacobo Pantaleón, aterrorizado, cayó de rodillas y se puso a rezar.

Abu Bassiht había observado lo sucedido sacudiendo la cabeza y sin intervenir, pero en ese instante se echó a reír.

—¡En realidad no he entendido de qué estáis discutiendo!

Su pregunta iba dirigida a todos, pero se había plantado delante del patriarca, cuyo rostro oculto entre los brazos casi tocaba la tierra.

—¿Querías ver a la hija del Grial, sacerdote, y ahora parece que no soportas su presencia?

Jacobo Pantaleón levantó el rostro y le miró, pestañeando.

Yeza comprendió que habían exagerado la nota, pero que aquel hombre de la Iglesia no cambiaría de talante, y que ellos debían aprovechar su libertad espiritual para no dejarse enredar en tan inútiles disputas.

—Acabemos esta visita de cortesía formulando un deseo contundente: que haya sido la primera y la última.

Rodeada de su séquito, dejó al patriarca solo en su jardín.

—Nos trasladaremos a la colina del Templo —proclamó Yeza, apenas hubo quedado el palacio atrás.

—¡Y cerraremos la iglesia del Santo Sepulcro! —propuso Jordi—. ¡Creo que el mundo podría pasar muy bien sin la religión cristiana, y no me refiero al mensaje de Jesús el Nazareno, sino a las Iglesias de los apóstoles, empezando por la de san Pablo!



Desde que la ciudad santa de Jerusalén había vuelto, en el año de la desgracia de 1244, a manos del Islam, siendo ya una ruina apenas habitada, nadie se había preocupado de reparar sus muros, sus torres y sus puertas. Los francos cristianos la consideraban una plaza indefendible a causa de su situación aislada, de modo que la reconquista parecía inútil. Los egipcios, sus amos oficiales, consideraban que incluso como fortaleza fronteriza quedaba demasiado lejos y carecía de toda importancia estratégica. Cuando se dieron cuenta de que los cruzados ya no estaban interesados en recuperar para su uso exclusivo aquel lugar cuya posesión un día habían anhelado tanto, ni siquiera instalaron allí una guarnición. Quedaban unos cuantos guardianes andrajosos, que vigilaban las puertas y vivían de cobrarles a los peregrinos, cada día más escasos, un peaje de entrada.

Cuando Julián de Sidón, acompañado de un grupo de bandidos armados hasta los dientes, vio aparecer, después de cabalgar durante días por el valle del Jordán, la silueta de las ruinas de la ciudad entre las colinas lejanas, ordenó a sus hombres que se quitaran las armaduras y escondieran éstas junto con los cascos y las espadas en los sacos de paja que llevaban consigo. A nadie llamaba la atención que llevaran dos caballos ensillados, y así pasaron por la antigua puerta de San Esteban, llamada ahora Bab el-Amud, como si fuesen devotos peregrinos que se dirigían al Santo Sepulcro. Incluso llevaban consigo a un religioso auténtico.

Este fraile, pues se trataba del franciscano Lorenzo de Orta, había sido recogido por ellos mientras caminaba hacia Jerusalén, y les había revelado con toda inocencia que era un íntimo conocido de la pareja real. Julián lo consideró una feliz coincidencia, pues ni siquiera sabía cuál era el aspecto de Roç Trencavel y su dama Yeza. Se guardó mucho de revelar al minorita su oscuro plan de apoderarse de los hijos del Grial, para tener de este modo en mano unos rehenes que le permitieran negociar con los mongoles, sino que simuló de entrada un gran interés por conocer a los jóvenes y ofrecerles sus respetos. Julián calculaba que si conseguía establecerse como protector de los dos jóvenes, podría imponerse frente a Felipe de Montfort, que le disputaba la soberanía del reino de Jerusalén. Lorenzo de Orta le serviría para introducirse en el entorno de Roç y Yeza, y después ya aprovecharía alguna oportunidad para poner en práctica su proyecto.

Llevar consigo al minorita representó una carga considerable para el grupo de Julián de Sidón, pues el anciano no estaba acostumbrado a cabalgar deprisa, ni resistía bien las vicisitudes del viaje, de modo que finalmente tuvieron que atarlo al caballo para que no se cayera. Los guardianes de la puerta les señalaron, después de preguntar por la residencia de Roç y Yeza, la Torre de David, y Julián se dirigió con sus gentes al centro de la ciudad. Habían pasado por delante de la iglesia del Santo Sepulcro cuando un hombre mayor se les cruzó en el camino, señalándoles con

energía el portal de la misma.

—¡Éste es el lugar al que deben acudir los pecadores para alcanzar la gloria!

El señor Julián se mostró disgustado por la interrupción.

—¡Déjanos pasar, viejo! ¡Tenemos cosas importantes que hacer!

Pero el patriarca agarró las riendas del caballo y gritó:

—¡Soy Jacobo Pantaleón, cuidador de este lugar sagrado! ¡Os ordeno que bajéis del caballo!

Entonces Julián clavó las espuelas a su caballo y, derribando al patriarca, pasaron de largo. Lorenzo de Orta, al oír el nombre, había ocultado su rostro bajo la capucha.

Ya había caído la noche cuando Yeza y los dos acompañantes que le quedaban, Jacobo y Abu Bassiht, acudieron a cenar a casa del rabino Jizchak. Jordi y Kefir se habían dirigido a la colina del Templo, para verificar si la antigua residencia de los templarios, el monasterio junto a la mezquita Al-Aqsa, encima de las caballerizas del rey Salomón, era habitable, antes de iniciar el traslado. A la mesa del rabino se sentaba también un viejo amigo procedente de Alejandría, el quiromante Ezer Melchsedek. El hombre causaba una impresión de increíble frescor, si se tenía en cuenta que aseguraba haber recorrido a pie el camino desde Acaba, junto al mar muerto.

—Tenéis que haber venido volando —dijo Yeza, incrédula—. ¿O bien os trasladaron los ángeles?

Pero era difícil atrapar a Ezer. Muy serio, respondió:

—He venido subido a las alas del águila para cruzar por encima de las montañas; a lomos del toro cuando se trataba de cruzar un río; y sobre la cabeza del león para atravesar el desierto.

—En cambio habéis comido de los humildes alimentos que aquí os ofrecemos como un hombre que ha estado pasando hambre durante siete días —intervino el rabino, que miraba divertido los restos de comida que quedaban en la barba, brillante de aceite, o las migas repartidas sobre las ropas del peregrino.

Abu Bassiht le sonrió a Yeza y dijo:

—¡Siempre hay sitio para un huésped en la mesa de la vida!

—¡Hablemos ahora en serio! —intervino Jacobo—. Nuestro rabino Jizchak quiere presentar a la hija del Grial ante el pueblo judío como una encarnación del Mesías prometido. —Los ojos del sabio brillaban con una chispa de ironía—. No solamente para nosotros, los judíos de esta ciudad, se plantea la cuestión de si la pareja real será capaz de responder a semejante profecía.

—¡De no serlo, podría producirse una revuelta, un huracán terrible! —Jizchak se mostraba sumamente preocupado.

Yeza había escuchado con atención a los ancianos, sin intervenir en la extraña

conversación. En realidad, se sentía asombrada al observar la loca imaginación que dominaba aquellos cráneos casi calvos. ¿No era todo aquello una gran locura? ¿Podrían soportar Roç y ella semejante carga y responder a tantas esperanzas? Pero, en último término, eso era lo que les prometía el Gran Proyecto. Habían alcanzado Jerusalén, la meta prevista.

Yeza comprendió con un temblor lo que significaba para ella haber pisado la ciudad en la que se cumpliría su destino. Se habían acabado los tiempos de ir picoteando aquí y allá; la *Prieuré* estaba obligada ahora a responder de sus propias profecías, y ellos, los hijos del Grial, se verían forzados a responder también. ¿Acaso no lo habían sabido siempre? Yeza deseó urgentemente tener a Roç a su lado. ¡Ni podía, ni quería tomar sola las decisiones necesarias!

En lugar de Roç, fue Beni quien entró en la estancia, seguido de una jovencísima muchacha que parecía hecha de leche y de miel, y que muy probablemente le había trastornado el seso al Gato.

—¿Qué hay, hija mía? —preguntó el rabino, transformado en padre cariñoso. Presentó con orgullo a su hija Miriam, mientras Beni ya estaba recitando con voz excitada su informe.

—Estábamos preparando la Torre de David para que la pareja real pudiera habitar en ella, cuando entró un grupo de caballeros con las espadas desenvainadas y asaltó las habitaciones destinadas a la pareja real.

El Gato tuvo que respirar.

—«¿Sois vos Roç Trencavel y la dama Yeza Esclarmunda?», nos preguntó el cabecilla, mirando a Miriam. Llevaban consigo a un fraile, un delgado franciscano, que sacudía la cabeza y afirmaba: «¡Os engañáis, señor Julián, no es la pareja que buscáis!» Yo lo confirmé, pues al fin y al cabo soy el secretario, y Miriam declaró ser una simple doncella. —Beni miró arrebatado a su joven ídolo, lo que molestó mucho al rabino, aunque el Gato enamorado no se daba cuenta—. El señor Julián se mostró muy disgustado con el minorita, y regañó al pobre fraile, preguntando después: «¿Dónde encontraremos a Roç y Yeza?» Yo le contesté: «Mis señores están de visita en el palacio del patriarca latino; ¡si queréis, os llevaré allá!» Entonces el señor Julián se puso a blasfemar y abandonó la Torre con sus hombres. ¡Estuve mirando por la ventana y vi que salían de la ciudad!

—¿Y Lorenzo de Orta? —intervino Yeza, muy interesada—. Es un buen amigo nuestro...

—¡Y lo seguirá siendo! —se oyó una voz desde la puerta, por la que entraba el franciscano.

—¿Qué querían esos hombres? —preguntó Yeza, apenas hubo acabado de abrazar al delgado minorita.

—Los señores no me lo dijeron, pero todo me huele a un secuestro. ¡Incluso

llevaban consigo dos caballos ensillados, y yo me encontré por casualidad con ellos mientras acudía a veros, mi reina!

—¿Y ahora qué? —preguntó Beni, impertinente como siempre.

—¡La dama Yeza Esclarmunda dormirá esta noche bajo mi techo! —decidió el rabino—. Miriam le cederá su cama.

—Nada de eso —respondió Yeza—, lo que haremos será compartirla.

La única hija del rabino se sonrojó de felicidad, mientras la expresión del rostro de Beni, antes tan esperanzada y feliz, se ensombreció.

—Tomaremos una copa antes de irnos a dormir —les recordó Abu Bassiht su presencia. Mientras Miriam y Yeza se dirigían hacia arriba, el rabino bajó al sótano por más vino. Entre las ánforas encontró un trozo de muro húmedo que pasa por debajo de la calle de Jehosafat, limítrofe a los sillares de la muralla que rodea la colina del Templo. Apretó su frente contra las piedras y dio en voz alta las gracias a Jehová.

Yeza se durmió abrazada a la calidez del cuerpo de Miriam, derrotada por el cansancio. En sueños veía las columnatas interminables de las caballerizas subterráneas del rey Salomón, totalmente inundadas, y ella nadaba entre ellas como un pez, sin problemas de respiración y sin tener que mover casi los brazos. Un leve vaivén con las manos le bastaba para adentrarse en una oscuridad a la que jamás llegaba un rayo de sol. Después vio el cáliz negro, que se hundía luminoso ante su vista, y no intentó cogerlo, sino que siguió su resplandor y habría llegado en su persecución hasta el centro de la Tierra, si no hubiese sido por el tañido de campanas que llegaba a sus oídos. Las campanadas resonaban en el agua y dentro de su cabeza, hasta que finalmente se incorporó en la cama y vio la silueta de Miriam junto a la ventana abierta, atenta a los ruidos nocturnos.

Yeza salió de entre las sábanas y se acercó a la muchacha. Desde la plaza les llegaban voces excitadas, y abrazadas una a otra intentaron atrapar algo de las conversaciones. Al fin pudieron seguir las palabras pronunciadas por la voz potente de Jordi.

—El patriarca tiene la culpa. Ha instigado al populacho cristiano y éste se ha dirigido a la Torre de David para lapidar a la pareja real. Al no encontrarla, han roto los muebles, han saqueado y robado lo que les parecía valioso, destrozando e incendiando todo lo demás.

Sólo entonces se dio cuenta Yeza de que en el otro extremo de la ciudad parecía haberse desatado un incendio.

—Han atrapado a Kefir, creyéndole un judío. El ambiente era de peligro, pues el patriarca ha dicho claramente en una misa nocturna que los judíos pretenden apoderarse de la iglesia del Santo Sepulcro, para transformarla en sinagoga.

Miriam suspiró:

—¡No hay suficientes judíos en Jerusalén para llenar esa basílica!

Yeza la abrazó aún más estrechamente y le susurró al oído:

—Volvamos a la cama mientras los hombres se pelean, como siempre.

Aún se enteraron de la llegada de Kefir, quien relató de viva voz que los mamelucos habían consentido que le dieran una paliza, pero después le habían ayudado a escapar.

Finalmente, también los hombres se retiraron y el silencio volvió a la calle de Jehosafat.

### **El emir, su esposa y el joven**

El ambiente en Damasco, la perla de Siria, no era exactamente deprimido, pero sus habitantes se sentían muy intranquilos y lo compensaban con una actividad frenética, aunque nadie sabía bien qué hacer. El primero de ellos su soberano, que dudaba cada día entre los consabidos tópicos de una resistencia armada y la reflexión de que sería mucho mejor huir y cobijarse bajo el ala de algún aliado poderoso.

Madulain, la esposa del emir mameluco Fassr ed-Din Octay, que había huido de El Cairo para escapar de la persecución del nuevo sultán, estaba acostumbrada a estas situaciones confusas.

—No ha sido inteligente por vuestra parte, An-Nasir —le reprochó sin misericordia a su anfitrión—, además de una humillación innecesaria, pedir ayuda a El Cairo. Qutuz es uno más de esos oficiales mamelucos que asesinaron en su día a vuestro primo ayubí, para subir él mismo al trono. ¡Vuestro llamamiento le ha animado ahora a querer conquistar también Damasco!

—¡No se atreverá! —estalló An-Nasir, sentado a la mesa como una montaña de carne hundida sobre sí misma, las manos cruzadas por detrás de la nuca, como si no quisiera oír ni ver nada más.

En efecto, lo que más le habría gustado al sultán es que todas aquellas noticias resultaran ser un simple chismorreo de mujeres. Pero sabía muy bien que Madulain había nacido para soberana, y tenía las ideas muy claras. ¡Es horrible, pensó An-Nasir, lo fuertes que pueden ser las mujeres cuando fallan los hombres! Recordó a su vieja favorita Clarion, que antes de salir, furiosa, para Alepo, con la intención de retener a El-Aziz, a quien él había entregado como rehén en manos de los mongoles sin haberlo consultado antes con la inteligente hija del emperador, y que, a pesar de no ser El-Aziz hijo suyo, siempre había demostrado ser merecedora de toda confianza.

—¿También vos creéis que mi hijo no podrá conseguir nada del il-khan? —se dirigió An-Nasir a su huésped.

Madulain le miró sorprendida.

—Como mínimo es poco racional entregar en manos de los mongoles a alguien de vuestra propia sangre, a vuestro heredero, y al propio tiempo querer luchar contra ellos, con o sin ayuda de los mamelucos. Todo eso no tiene sentido.

An-Nasir gemía desesperado.

—Tampoco podía entregarme yo mismo a Hulagu, arrojarme a sus pies y pedir clemencia.

—No se trata de lo que podríais hacer, sino de lo que queréis conseguir.

—¡Quiero que me dejen en paz a mí y a Siria, y quiero conservar Damasco! —El coloso adoptó una expresión de niño emperrado en un capricho. Madulain no quería pasar por alto esa actitud.

—Sólo si os mostráis digno de ser un soberano, sea por sabiduría, sea por poder, conseguiréis mantener el dominio. ¡La única manera de resistir a los mongoles sería unir a todos los pueblos del Islam contra el enemigo común de nuestra fe!

—¡No sabes lo que dices, mujer! —se rebeló el sultán—. ¡Si Baibars venciera a los mongoles con nuestra ayuda, tendría que defenderme después en mi propio país contra la peste de los mamelucos!

Madulain soltó una risotada.

—Eso se os debía de haber ocurrido antes de abandonar Alepo a su suerte. Ahora os faltarán las tropas y el consejo de un general probado como es vuestro tío Turanshah. Estáis permitiendo al il-khan vencer un bastión del Islam después del otro, porque padecéis una tremenda estrechez de miras y sois un egoísta. Lo peor de todo es que estáis reflexionando continuamente y no actuáis. Como si no conocierais el ejemplo de Bagdad, que os debería servir de advertencia.

—No sé por qué permito a una mujer que me haga tantos reproches —refunfuñó An-Nasir e hizo ademán de ponerse de pie. Cuatro criados se acercaron para apoyar aquel inmenso corpachón, que se tambaleaba por haber bebido demasiado—. ¡Sois peor que Clarion, mi sabia consejera, y no me extraña que vuestro esposo os haya repudiado!

—¡No os debe preocupar mi matrimonio con el Halcón Rojo! —le devolvió Madulain el reproche. No sentía miedo de aquel coloso, pero tenía el problema de decidir si iba a seguir esperando en Damasco a su esposo. Si proseguía el viaje, podía parecer que huía, acosada por la mala conciencia, o podía parecer una confesión de que prefería la compañía del joven Alí. Ninguna de estas suposiciones era cierta.

—Ese muchacho Alí, ¿os sabe consolar?

Como si An-Nasir hubiese adivinado sus pensamientos, sus palabras estaban destinadas a hurgar en una herida que según ella ni siquiera existía.

—Tanto en el matrimonio como en el ejercicio de la soberanía, hay épocas en que la juventud es capaz de proporcionarnos un placer bienvenido. En cambio en épocas

difíciles, lo que se necesita es a alguien capaz de reflexionar desde la madurez, y de la misma forma en que vos necesitáis a Clarion de Salento, vuestra antigua favorita, también yo estoy falta del brazo fuerte y del sabio consejo que sólo me puede proporcionar el emir, mi esposo. Por cierto, ¿tenéis noticias de Alepo?

El sultán se encogió:

—¡La ciudad está asediada, y mi gobernador la defiende valientemente! —El caso no parecía preocuparle mucho y Madulain lo advirtió con disgusto.

—Podríais acudir en su ayuda.

Pero An-Nasir no quiso responder, pues era uno de esos hombres que escuchan todo, parecen convencerse, y después hacen lo que les dicta su terquedad.

Madulain se despidió. Buscaría a Alí, que últimamente no asistía a las comidas en común porque no resistía los insultos vulgares que An-Nasir dirigía a los mamelucos, y sobre todo a su padre muerto. Desde su llegada a Damasco, donde se había sentido segura al principio, Madulain deseaba más y más poder reunirse con el Halcón Rojo, y sabía por otra parte que Alí, enamorado de ella y deseoso de poseerla desde el primer día, sufría bajo su rechazo. Después de la desagradable conversación con An-Nasir, Madulain decidió hacer una excepción. Entró sin avisar en el dormitorio de Alí, y cerró la puerta a sus espaldas.

El sultán de Damasco recibió al mensajero de El Cairo en uno de los jardines ocultos del palacio. Naiman no era un embajador oficial, como An-Nasir había esperado, sino un «hombre secreto», lo que se correspondía con su aspecto.

—Me envía Baibars —susurró el bizco, mientras se inclinaba profundamente ante el poderoso soberano al que sus guardianes depositaron sobre un banco de piedra, protegido por una sombrilla. Los criados abanicaban al soberano, mientras Naiman quedaba expuesto a pleno sol.

—Egipto nunca abandonará a sus hermanos sirios, os lo jura el sultán... —inició su discurso.

—¿Cuándo? —lo interrumpió An-Nasir.

—En cuanto tengamos formado el ejército. Hasta entonces deberíais entretener a los mongoles.

—¿Y cómo hacerlo? —resopló An-Nasir, visiblemente desilusionado—. ¿No podría acudir la flota...?

—Todos los puertos que unen a Damasco con el mar, como Trípoli y Antioquía, están en manos de los mongoles o de sus aliados.

—Ya he enviado a mi hijo Al-Aziz como rehén al campamento del il-khan Hulagu —suspiró el sultán—. Estoy a punto de sacrificar Alepo... ¿qué más podría hacer?

—¡Podéis reunir vuestro ejército y asociaros con los francos del reino!

—¡Eso no tiene sentido, pues al fin y al cabo fueron los francos quienes llamaron a los mongoles!

Naiman reflexionó.

—¿Acaso no tenéis aquí, en vuestra corte, al hijo de vuestro último sultán? —dijo después, y su ojo sano brilló con malicia.

—¿Alí?

—El mismo —le confirmó Naiman presuroso—. No es nada útil para vuestra causa, pero sí como un segundo rehén. Presentándolo como hijo del sultán de El Cairo, podría apaciguar a Hulagu.

—¡Que también podría cortarle la cabeza!

—Ése es su problema. Tampoco iréis a pedirle a Alí que esté de acuerdo.

An Nasir pensó en la resistencia que con toda seguridad ofrecería Madulain. Y si conseguía enviar a los mongoles un nuevo rehén, ¿no se convertiría éste en un rival para El-Aziz, en lo tocante a la mano de cierta princesa?

—¿Quién es en realidad esa Yeza, la *moudiat al'alam*, que los mongoles veneran tanto y a quien el khan de khanes presta su oído?

Naiman intentó mostrarse realista.

—La pareja real es una imagen ilusionista que ha conseguido engañar a los mongoles. En cualquier caso, aunque tengan la esperanza puesta en Roç Trencavel y Yeza Esclarmunda, como en un *mujaddir*<sup>[782]</sup> aromático que nos acabará aturdiendo, los mongoles no renunciarán a su voluntad de conquista. ¡No os dejéis engañar!

El bizco veía que sus palabras no causaban gran efecto.

—Además, la pareja real se ha separado de los mongoles precisamente por esta razón. Yeza es probable que haya llegado ya a Jerusalén, después de atravesar el desierto del Neguev, y Roç hará lo mismo, aunque le han entretenido en Ascalón ciertas diferencias con los templarios, que hasta ahora protegían a la pareja. Los dos jóvenes carecen de poder, carecen de país, y carecen de medios, ¡de modo que no son más que unos mendigos que vagan entre las ruinas de la ciudad santa!

An-Nasir parecía afectado, aunque de un modo diferente a lo que imaginaba su interlocutor. Convocaría inmediatamente a su ejército, pero no para luchar contra los mongoles, sino para caer sobre Jerusalén y apoderarse de la pareja real. De este modo tendría un triunfo en mano para apaciguar a los mongoles.

—Seguiré vuestro consejo, estimado Naiman —aseguró el sultán—. Damasco tomará las armas y conquistará la gloria y la victoria para las banderas del Islam. *Alá yurid dhalek!*<sup>[783]</sup>

La ciudad de Damasco ofrecía la imagen de una colmena en la que un oso ha metido la pata. Todas las casas aparecían iluminadas, la gente se reunía en grupos



para discutir el significado del llamamiento del sultán. ¿Les convenía tomar las armas o huir? Los habitantes de la ciudad intentaban acaparar los alimentos más importantes, algunos hacían el equipaje, y delante de los edificios públicos se reunían los jóvenes que deseaban luchar contra el enemigo. Algunos soldados expertos se dedicaban a repartir las espadas afiladas que daban fama a Damasco, y que se amontonaban sobre largas mesas. Mientras tanto, iban llegando carretadas de arcos, flechas y lanzas.

El Halcón Rojo conocía perfectamente la ciudad, de modo que le resultó fácil llegar hasta el palacio del sultán. No ocultaba su nombre, pero tampoco preguntaba por el soberano, sino por su propia esposa. Los criados resultaron ser traicioneros y le condujeron hasta el dormitorio de Alí.

Mientras tanto, el sultán saludaba en el patio grande del palacio a las delegaciones de sus vasallos y aliados. Acababan de llegar sus primos, los señores de Hama y de Kerak. An-Nasir se dejaba besar los pies, el manto y las mejillas, prometía a todos la victoria y un rico botín, se mostraba seguro de poder salvar al Islam y *barakat Alá*<sup>[784]</sup>. Después subió a su palanquín de combate, ayudado por veinte guardias que le apoyaban mientras subía la escalera, alcanzando finalmente la caja recubierta de metal y bien tapizada en el interior, sujeta sobre el lomo de un elefante inmenso. Su bandera, el paño verde del Profeta con la media luna de plata, ondeaba en manos del abanderado que le precedía sobre un elefante de menor tamaño. Los jefes del ejército proclamaron que éste saldría a la mañana siguiente, antes de que An-Nasir regresara a su palacio, acompañado del júbilo de los soldados y de los golpes de tambores y timbales.

Madulain había dado por terminada su sesión amorosa con Alí, y pidió a éste que le diera un masaje en los hombros, justo en el instante en que entró en el dormitorio el Halcón Rojo. El emir comprendió de inmediato la situación y se dirigió al centro de la estancia.

—No os quería molestar, señora mía —dijo en tono despreocupado y sin mirar a los dos amantes que, al principio, se habían quedado petrificados. La frente del muchacho se llenó de sudor cuando vio que el Halcón Rojo empezaba a deshacerse de su cimitarra.

»He cabalgado durante todo el día —empezó el emir a dar sus explicaciones—. También mi cuerpo necesita relajarse.

Con gesto enérgico se sacó el *qamis*<sup>[785]</sup> por encima de la cabeza y quedó con el torso desnudo.

—An-Nasir parece dispuesto a poner un rápido fin a su sultanato, y pretende enfrentarse con su ejército al de los mongoles —seguía informando el Halcón Rojo

mientras se dejaba caer sobre la cama para quitarse el pantalón.

Madulain observaba sus movimientos con desconfianza, pero después entró en el tema.

—Yo aconsejé a An-Nasir que se someta, si no consigue convencer a Qutuz, mejor dicho a Baibars, para emprender una actuación conjunta.

—Esa actuación conjunta no duraría mucho tiempo —murmuró el emir—, aunque la verdad es que, en este caso, Siria volvería a estar unida con Egipto, como en los tiempos del gran Saladino.

El Halcón Rojo se había quedado desnudo, excepto sus botas de caña larga, y Madulain obedeció a un impulso y se arrojó al pecho de su esposo.

—¡Juntos venceremos! —proclamó con un inesperado estallido de patriotismo.

Pero su esposo se limitó a besarla en la frente y la apartó con sus fuertes brazos.

—Amiga mía, lo que necesito es un buen masaje, ¡y espero que las manos fuertes de este joven no me lo negarán!

Con estas palabras se acercó al lecho donde Alí, de rodillas, le miraba con la cabeza encendida. El Halcón Rojo tendió la mano al muchacho, que la cogió ansioso, con el resultado de que fue arrancado de los cojines, sobre los que se dejó caer a su vez el emir.

—Adelante, amigo —se dirigió con voz enérgica al muchacho—, ¡adelante, amigo! ¡Veréis que soy capaz de aguantar mucho más de lo que aguanta una mujer!

Alí, desesperado, hacía rodar los ojos pidiendo ayuda de Madulain, pero ésta se encogió de hombros. Entonces Alí empezó a trabajar la espalda del emir acostado con ambas manos, consiguiendo que el Halcón Rojo gimiera de placer.

—¡Retiraos a vuestras habitaciones! —le ordenó el emir a Madulain, sin dirigirle ni una mirada más—. Éste es un asunto de hombres... ¿acaso pretendéis asistir?

Madulain recogió sus ropas y salió corriendo, furiosa.

El ejército de Damasco se había formado en los exteriores de la ciudad. El sultán estaba dispuesto a unirse a él, subido a su elefante, cuando se le cruzó en el camino el Halcón Rojo.

—Esperad, An-Nasir —exclamó el emir—, he visto entre vuestros hombres a uno de los agentes más peligrosos de El Cairo, Naiman, un hombre cojo y bizco.

—Me ofreció sus servicios —confesó An-Nasir, respirando con pesadez.

—¡Es un saboteador! —repuso el emir—. Yo sorprendí a Naiman en una conversación sospechosa con alguno de vuestros guardias turcos, y no me sorprendería que...

En ese instante los cuatro arqueros que debían proteger a An-Nasir abandonaron sus puestos, arrojaron sus armas y salieron corriendo.

El poderoso An-Nasir estaba asustado.

—¡Mis propios guardias! —El coloso temblaba con todo el cuerpo—. ¡Regresemos a palacio! —ordenó con voz apocada.

—¡Permitidme que siga al huído y detenga a Naiman!

—Hacedlo —se quejó el sultán—. ¡La verdad es que ya no sé en quién confiar!

El Halcón Rojo no tuvo que ir lejos para encontrarse con los primos ayubíes del sultán, que regresaban de donde estaba estacionado el ejército.

—¡Los turcos han huído con Naiman a Egipto! ¡El ejército se está disolviendo!

Regresaron juntos al palacio, donde An-Nasir ya se había acostado, pero el Halcón Rojo fue admitido a su presencia.

—¡Alepo ha caído! —dijo una voz femenina que el emir reconoció de inmediato: era la voz de Clarion de Salento.

»¡Los mongoles han masacrado a todos los musulmanes, aunque perdonan a los cristianos, excepto algunos ortodoxos, que no se dieron a conocer a tiempo! —informaba Clarion, cuyo cuerpo también temblaba a causa de la excitación de la huida—. Turanshah fue lo suficientemente inteligente como para retirar la mayor parte de sus tropas hacia la ciudadela. Allí se sigue defendiendo.

—¿Y qué puedo hacer yo? —resopló An-Nasir, como si alguno de los presentes tuviese la culpa de su situación.

—¡Someteos a la pareja real en Jerusalén! —decidió su fiel consejera y amiga—. Así seguiréis siendo señor de Damasco...

—¿Bajo el mando supremo de Jerusalén? —quiso rebelarse aún el sultán.

—¡Claro que sí! ¡Después será asunto de Roç y Yeza el apañarse con los mongoles!

—¿Y no preguntáis cómo podré apañármelas yo con esa pareja soberana? ¿No sería mejor tener aliados en Acre?

—¿De qué os serviría? —respondió el Halcón Rojo—. Ni los francos ni nuestros amigos son capaces de formar un ejército que pueda amenazar a Hulagu, pero los hijos del Grial disponen al menos de un carisma que impresiona a los mongoles.

Y Clarion añadió:

—¡Además, la ciudad de Jerusalén es un lugar espiritual único en el mundo!

El acosado sultán se cubrió el rostro con la sábana.

—¡Gracias, amigo! ¡Lo consultaré con la almohada!

## **La entrada de la pareja real**

A Roç no le quedaba mucho camino que recorrer para llegar a Jerusalén. La primera noche durmieron él, William y Gosset en el castillo de Blanchegarde, sede de los sanjuanistas, después cabalgaron hacia Beth Gibelin. La orden hacía tiempo que había renunciado a este fuerte, pero su guarnición mameluca trató espléndidamente a

los amigos del Hafsida. En la tercera noche alcanzaron Belén, donde encontraron al anciano Botho de Saint-Omer y a Simón de Cadet, que se encontraban ambos también camino de la ciudad santa; uno para morir al fin, tal y como le había sido profetizado, y el otro para iniciar su castigo. Roç y sus acompañantes no sentían el más mínimo deseo de seguir camino junto con aquellos, aunque apreciaban a Simón. Pero Roç tenía una razón importante para reunirse en esa última noche, antes de llegar a la ansiada ciudad de Jerusalén, con los templarios en torno a una misma mesa, puesto que compartían también el humilde albergue.

Apenas el patrono hubo retirado los últimos restos de comida y llenado las jarras, cuando Roç empezó a presentar su oferta, pues ya no tenía sentido excluir a alguien que hubiese sido testigo de los sangrientos sucesos de Ascalón.

—Lo que acabamos de vivir no representa una página gloriosa para nadie —dijo en entonación despreocupada—. La orden tiene motivos para no hablar demasiado de la *Atalanta* y sus viajes misteriosos a las «islas lejanas», por lo que propongo afirmar que el Taxiarcos murió en la batalla, ¡luchando heroicamente contra una fuerza muy superior de piratas! ¡Pudo salvar el barco que le había sido confiado, pero lo pagó con su vida!

Todos asintieron, aunque Simón con una sonrisa irónica. Sólo el anciano templario parecía reticente, pues no acababa de comprender que William le insistiera:

—No debéis decir que jamás habéis estado en Ascalón, sino que procedéis directamente de las mazmorras de El Cairo.

—Pero si yo tenía una cabeza... —Botho parecía haber perdido toda orientación — que debía entregar en Jerusalén... aunque ya no recuerdo a quién...

Como nadie podía ayudarle, acabó por callarse.

—Con la edad se pierde la memoria —le consoló Roç, y dirigiéndose a los amigos prosiguió en voz baja—: No se trata tanto de respetar la memoria del rey de los mendigos, como de ahorrarle un dolor innecesario a Yeza. —Miró a su alrededor y levantó la copa—. Os doy las gracias, amigos.

Estuvieron bebiendo hasta altas horas de la noche.

A la mañana siguiente, Roç y sus acompañantes salieron temprano y pronto tuvieron a Jerusalén ante la vista. Los dos templarios se mantuvieron aparte, pues aunque tenían la misma meta, nadie les había invitado a seguir al Trencavel. Apenas pudieron ser vistos desde las murallas cuando salió por la puerta de David una multitud a recibirles, hombres viejos, mujeres y niños con ropas festivas, representando a los judíos de la ciudad. Llevaban ramas de palmeras y las muchachas jóvenes flores de primavera para saludarles, y Yeza acudió sobre un caballo conducido por Beni, mientras Jacobo ben Mordejai y Ezer Melchsedek acompañaban al rabino Jizchak.

*A V'entrada del temps clar  
eya,  
per joia recomençar,  
eya,  
e per jelos irritar,  
eya,  
vol la regina mostrar  
qu'el es si amorosa.* [788]

Kefir Alhakim, con su ropa festiva de visir, intentaba dar un aire ceremonioso a la entrada del joven rey y novio. Detrás de Yeza acudía Jordi, tocando una melodía alegre cuyo texto nadie entendía, pero Abu Bassiht y Lorenzo de Orta le seguían bailando, y pronto se adhirieron Miriam y sus amigas.

*A la vi'a la via jelos,  
laissatz nos, laissatz nos  
balar entre nos, entre nos.* [789]

Roç saltó del caballo, arrojó las riendas a Gosset y corrió al encuentro de Yeza. Cuando llegó a los pies de su princesa y pudo abarazar las piernas de ésta, que por una vez iba sentada a la manera de las mujeres, ella se deslizó de la silla y cayó en sus brazos. El beso que selló el reencuentro de la pareja real fue tan largo que Jordi tuvo tiempo de cantar otra estrofa.

*El'a fait pertot mandar,  
eya,  
non sta jusqu'a la mar,  
eya,  
piucela ni bachalar,  
eya,  
que tuit non vengar dançar  
en la dança joiosa.* [790]

Después Roç Trencavel se apresuró a saludar a los dignatarios judíos, así como al pequeño trovador, al orgulloso visir y al aún más orgulloso pequeño secretario, y también al sufí y a Lorenzo.

Yeza abrazó con un grito de alegría a William, dobló juguetona la rodilla ante

Gosset y saludó cordialmente a Simón, que se mantenía tímidamente a un lado.

Después el templario fue apartado por su anciano hermano en la orden, pues Botho, de repente recuperada su clarividencia, no quería seguir asistiendo a semejante espectáculo.

—¡Es pura blasfemia! ¡Están imitando la entrada del Mesías! —resopló, y clavó las espuelas a su caballo.

Pero el alegre reencuentro no padeció por esta causa. La comitiva se puso nuevamente en movimiento, cantando, bailando y riendo en dirección a la puerta de David.

*A la vi'a la via jelos,  
laissatz nos, laissatz nos  
balar entre nos, entre nos.*

Los guardianes mamelucos habían recibido una propina abundante de Jordi cuando éste vio que los saqueadores habían pasado por alto el arcón oculto en una bóveda oscura del castillo. Abu Bassiht y Lorenzo ayudaron al enano a arrojar monedas de oro entre el pueblo y los judíos de Jerusalén, que orillaban las calles, gritaban *hosiana!*, tal como les pedía el rabino Jizchak.

Pero de repente empezaron a volar huevos podridos y los primeros cristianos, tanto ortodoxos como católicos, griegos como armenios, empezaban a llegar desde las callejuelas laterales del barrio de los patriarcas.

Los judíos dejaron caer sus palmones y huyeron hacia su propio barrio que tenían enfrente, mientras Miriam y sus amigas dejaban caer las flores, recogían piedras y se disponían a utilizarlas también como proyectiles, para rechazar a los cristianos. Las muchachas rodearon a Yeza como si se tratara de proteger a su reina.

La pareja real prosiguió su camino por el barrio de los musulmanes, donde fue recibida con curiosidad amable aunque, en último término, con bastante indiferencia. Yeza había vuelto a montar a caballo y cabalgaba como un hombre, tal como estaba acostumbrada, pues esta posición le inspiraba mayor seguridad. Roç mantenía el caballo a su lado, y los dos templarios se pusieron a la cabeza de la comitiva.

—¡Esos dos son capaces de entrar en el templo de Salomón antes que nosotros, y plantar allí su estandarte! —dijo Yeza—. ¡Aunque sólo sea para reclamar sus antiguos derechos!

—La orden nunca tuvo derechos sobre la mezquita de Al-Aqsa —repuso Roç, pero después sucedió como Yeza había sospechado. Cuando se acercaron, el anciano Botho los esperaba, asomado a una ventana, y Simón hacía guardia delante de la puerta con su bandera en la mano.

—¡Ésta es una casa de la orden! —exclamó con aire de rechazo, aunque un tanto

forzado.

Kefir se sintió retado, como visir y como futuro *muftí*.

—¡Os equivocáis, caballero! —le gritó a Botho—. Aquí residirá la pareja real. Tened cuidado, pues la profecía de que moriréis en Jerusalén podría cumplirse muy pronto. Si no cedéis, llamaré a los mamelucos, que os molerán a palos.

Poco después el anciano salía abajo por la puerta.

—Sois una vergüenza para la cristiandad —les espetó malhumorado a la pareja real, mientras pasaba por delante.

Roç se le rió en la cara.

—¡Eso no nos afecta! Nosotros somos herejes, ¡somos los hijos del Grial!

Así pues, la pareja real entró en el edificio monacal junto a la mezquita, seguida de Jordi y William, Lorenzo y Abu Bassiht, donde debía residir a partir de ahora. El estado del edificio era peor que el de la ciudadela. Allí nunca habían vivido reyes, sólo monjes guerreros, que solían dedicar poca atención al orden y a la limpieza. Más adelante, aquellas celdas húmedas y oscuras habían servido de albergue para transeúntes, y sólo las habitaciones antiguas del gran maestro estaban limpias de excrementos, posiblemente porque sus ventanas eran mayores y dejaban entrar suficiente luz del sol. De todos modos, en las estancias anidaban las palomas y corrían las ratas que daba gusto.

—¡Aquí estableceremos nuestra residencia! —decidió Yeza.

—Lo primero que necesitáis es un buen cuerpo de guardia —consideró Jordi.

—¿Dónde habrán ido a parar vuestros valientes mozos de Occitania, mi querido Trencavel? —preguntó Yeza.

—Apenas el Trencavel hubo dejado Antioquía cuando el príncipe Bohemundo los tomó a su servicio —les informó Abu Bassiht—. Les ofreció unos feudos apreciables, aunque con la condición de que se casaran con las tres damas cuyas actividades en la taberna La Mesa Redonda del Rey Arturo, se habían convertido en un auténtico escándalo.

—¿Cómo es posible? —exclamó Roç, divertido—. ¿Y los héroes se conformaron?

El sufí prosiguió su relato.

—Las damas estaban de acuerdo, de modo que Raúl de Belgrave escogió a la salvaje Mafalda, la dulce Geraude se encaprichó con Mas, y a Pons le quedó la princesa tolteca, a la que ya conocía de sobras.

—¡Lástima! —dijo William apenado, pero Gosset le dio una palmada en el hombro.

—¡No creo que esa unión dure toda la vida, hermanos! Durará lo justo, hasta que entre en el puerto un nuevo barco.

—Yo también lo creo —dijo Roç aliviado—. La dulce Geraude difícilmente

aguantará durante mucho tiempo al de Morency.

—De modo que esos caballeros están ocupados —resumió Jordi—. Sigue pendiente la protección de vuestras personas.

—Nosotros siempre nos hemos protegido a nosotros mismos —declaró Yeza—. Me parece más importante hablar de lo que vamos a hacer ahora, pues hasta el momento la meta era el camino. Pero una vez llegados a Jerusalén, habrá que ver si la *Prieuré*...

—No os abandonará —interrumpió Lorenzo— ni os mantendrá en la incertidumbre, si en eso estáis pensando.

El señor de Orta prosiguió con voz decidida.

—Yo la represento aquí, y os propongo que después de refrescarnos un poco, nos reunamos en la sala redonda.

Todos estuvieron de acuerdo.

## El concilio de los sabios

Roç había esperado poder estar al fin solo con Yeza. Después de tanto tiempo de separación, quería decirle todo lo que le pesaba en el alma, y oír su respuesta a la pregunta que más le atormentaba, la de saber si le seguía amando. Aunque estaba seguro de su respuesta afirmativa, quería oírla de su boca. Pero la dama seguía rodeada de su séquito, al que se habían añadido Miriam y sus amigas, que se pegaban a ella como lapas. Yeza no parecía dispuesta a despedirlas. A Roç, en cambio, aquella cuestión le parecía la más importante y ni siquiera su próximo futuro en común le preocupaba tanto. En cambio Yeza hacía como si no hubiese estado navegando durante meses por el mar, acompañada del Taxiarcos.

Yeza, a su vez, estaba sorprendida de su comportamiento. A Roç parecía importarle el reencuentro con ella tanto como el de unos viejos amigos. También a ella le había alegrado volver a tener allí a William, aunque incluso éste había cambiado. Seguramente era esto: todos ellos habían perdido la capacidad de llorar, de reír, de querer reventar de felicidad. Tampoco ella, la famosa Yeza Esclarmunda, se veía ya capaz de derramar lágrimas al comprender que tanto Roç como ella se habían endurecido. La *Prieuré* había hecho de ellos unos jóvenes expertos, pero ¿para qué? Antes les había parecido que no había nada más importante en el mundo que su amor. Yeza se acercó a una de las ventanas y miró hacia afuera.

Delante del templo de Salomón había montada una tienda de campaña a cuya entrada ondeaba el *Beauséant*, el estandarte de la orden de los templarios, como una protesta muda de Botho de Saint-Omer, que se había instalado allí con Simón de Cadet.

Qué extraña pareja, pensó Yeza, que oía desde arriba cada palabra de la



conversación que aquéllos sostenían.

—¡Vos os quedáis aquí de guardia! —ordenó el anciano—. Yo voy a ver al patriarca.

—¿No querréis pedirle perdón? —se rebeló el joven templario.

—¡En absoluto! Pero intentaré que acalle de inmediato esa estúpida oposición de los cristianos, pues si sigue habiendo revueltas populares, los egipcios volverán a instalar una guarnición de mamelucos en la ciudadela, ¡y todos padeceremos bajo su látigo!

—En cambio yo creo que el señor Pantaleón quiere pelea, pues de no ser así, habría tomado residencia en Acre, igual que sus antecesores. ¡Él quiere luchar por Cristo y por su *Ecclesia catolica*!

—Ésa no es su tarea sino la nuestra, hermano Simón —le instruyó el anciano—. ¡Por eso procuraré que acuda rápidamente un destacamento de caballeros templarios a Jerusalén! No os puedo enviar a vos, puesto que estáis condenado por sentencia irrevocable a permanecer en este lugar. Y yo tengo mis razones para no querer abandonar Jerusalén. ¡El patriarca tendrá que pedir refuerzos a la orden, en Acre!

Botho se puso en camino.

La sala de las columnas debajo de la mezquita servía en días festivos al Islam como lugar adicional de culto, según revelaba el suelo de piedra cubierto de alfombras, cuando la Al-Aqsa ya no era capaz de contener a la masa de creyentes que hubieran acudido. Por lo demás, la sala carecía de otros adornos, y por esa misma razón muchos preferían realizar allí sus oraciones, donde nada ni nadie perturbaba su concentración.

Yeza saludó a los reunidos.

—Os he invitado, queridos amigos, porque sé que aquí, en el lugar más santo de todos, nos será revelada pronto la verdad, el gran misterio.

Hizo una pausa, que aprovechó para mirar a cada uno de los comparecientes a los ojos, y Roç se apresuró a intervenir.

—La cuestión consiste en saber cómo nosotros, la pareja real, debemos comportarnos para ser dignos de que se nos revele la esencia del santo Grial, pues no me puedo imaginar que nuestra soberanía pueda mantenerse aquí en Jerusalén sin la gracia de esa revelación.

Miró a Yeza y se dio cuenta de que le había robado la palabra, por lo que inclinó la cabeza y le indicó con una sonrisa que no intervendría más. Ella se lo agradeció con un gesto de complacencia.

Entonces carraspeó Ezer.

—Yo soy aquí el más anciano y deseo insistir en la importancia que tiene este lugar para mi pueblo. Aquí Dios se reveló a nuestro antepasado Abraham, aquí se

concertó la primera Alianza...

—Hay otros misterios más importantes —interrumpió Jacobo, disgustado, al cabalista. Yeza nunca le había visto tan excitado—. Se trata del Sello...

—¡Pero aquí vamos a hablar del reinado de paz de los reyes del Grial, unos reyes elegidos por nosotros! —intervino entonces Gosset y sus palabras sonaban muy severas—. ¡No hemos venido para hablar de misterios no aclarados y promesas incumplidas del viejo Jehová!

Lorenzo de Orta aprovechó para insistir:

—La *Prieuré* sabe por qué ha elegido este lugar, y no precisa apoyarse en el Antiguo Testamento.

—A mí nadie me prohíbe la palabra —se indignó Jacobo—, y mucho menos una secta secreta y oscura, cuya antigüedad y cuya dignidad no pueden medirse con...

—Dejemos a un lado a quién le corresponde ocupar este lugar —propuso Abu Bassiht con una sonrisa—. Si no lo decidimos así, será mejor disolver la reunión.

Lorenzo intervino para apaciguar los ánimos.

—Aunque somos pocos, me gustaría dar a este encuentro el nombre de «Concilio del Grial», queridos amigos, para que siempre tengamos presente de qué estamos hablando. —Miró alrededor, y cuando vio que todos estaban más o menos de acuerdo, prosiguió—: No se trata del destino humano de los individuos ni de quién tiene mayor rango o dignidad, sino de la meta, ¡el santo Grial!

El fraile William de Roebruk protestó emocionado:

—La *Prieuré* ha estado insistiéndole a Roç Trencavel y a su dama Yeza Esclarmunda durante toda su joven vida en que la meta es el camino. ¡Y ahora vos declararéis *ex cathedra* que la meta es el Grial!

William parecía sinceramente indignado, y Yeza intentó hacerse con las riendas del debate.

—Yo lo entiendo así: a la *Prieuré* le es indiferente la suerte de las personas con las que juega. Lo importante para ella es que la *rota fortunae*<sup>[791]</sup> siga rodando por el camino que apócrifamente denomina «meta».

—Ése no puede ser el sentido del santo Grial —exclamó Roç, indignado—. Nosotros no podemos tener sólo el derecho de buscarlo. ¡Necesitamos también la esperanza de encontrarlo!

Junto a Lorenzo de Orta se sentaba el sufí Abu Bassiht, que no tenía nada que ver con todo el asunto, pero Yeza había insistido mucho en que participara en el concilio también un representante del Islam. Los judíos estaban perfectamente representados por Jacobo ben Mordejai y Ezer Melchsedek, y el cristianismo tenía allí como adeptos a monseñor Gosset y a William de Roebruk, aparte de a Lorenzo, una voz más bien crítica para con su Iglesia.

Gosset tomó la palabra:

—Aquí habrá que aclarar dos cosas: ¿qué es el santo Grial y quién es el elegido? —Se dirigió con delicadeza a Roç—. Yo no creo que el santo Grial tenga la obligación moral de revelarse a quien ha recorrido un largo camino buscándolo, ni a quien alberga la pertinaz esperanza de encontrarlo.

—Así, ¿no queréis dar valor a la insistencia de una oración y a una vida devota en esta tierra para alcanzar la meta celestial? —quiso saber Ezer y ofreció él mismo la respuesta—: Tampoco debéis olvidar el poder de los astros, por medio de los cuales interviene el cielo en nuestras vidas, elevando a unos y condenando a otros.

—Sólo existe una revelación, y es mucho más difícil de entender. —Jacobo respiró hondo cuando se dio cuenta de que nadie iba a impedirle seguir hablando—. Es la piedra negra en la que Saloilion, después de una larga y encarnizada lucha, condenó a permanecer encerrados a los demonios vencidos, y que cierra la entrada hacia ese último lugar en el cual reina la luz. La piedra negra guarda la entrada hacia el Grial y rechaza a todos los que no son capaces de resistir su luz.

—¿Y cómo se llega hasta el Grial? —preguntó William, y Gosset dijo:

—Si hacemos caso del maestro Kyot, Parsifal fracasó porque no mostró compasión.

—¿Y cómo debemos obrar nosotros —quiso saber Yeza, armándose de paciencia — para ser incluidos en el círculo de los elegidos, si no cuentan ni nuestros actos ni nuestras palabras?

—¡Sí cuentan! —sentenció Ezer—. Pero no sabemos cómo serán medidos. La Cábala...

—No nos apartemos del tema —le reprendió Gosset.

—Yo quiero saber ahora mismo si existe el Grial —exclamó Roç con impaciencia—. Y si nosotros, la pareja real, somos dignos de su revelación y ¿qué debemos hacer para conseguirlo?

—Si tenéis deseo del Grial, éste se os revelará —respondió Jacobo—. Sólo puede suceder aquí, y sólo al que es puro de corazón, y sólo al que procede de la casa del rey David.

—Yo quiero conocerlo —dijo Yeza, y Roç se arrodilló, juntó las manos y elevó su mirada hacia la cúpula—. Estamos deseosos de obtener su Gracia. —Yeza se arrodilló junto a él. Pero no caía sobre ellos ningún rayo de luz, ni apareció una paloma sobre sus cabezas.

Jacobo les instruyó con voz solemne:

—Os espera profundamente enterrado en esta santísima colina. El cáliz negro, el cáliz de la revelación, fue sustraído a los templarios, que lo habían separado de su base. Ahora vuelve a estar unido a ésta. ¡El cáliz es la clave!

—Pero yo siempre imaginé al santo Grial de color claro y luminoso, ¡más bien blanco! —objetó William.

Jacobo no se inmutó.

—Blanco o negro, eso es cuestión únicamente de luz y sombra, del punto de vista del Paracleto o del demiurgo. El cáliz no es más que un reflejo. Sólo el que consigue pasar por él será digno de la última revelación.

Con estas palabras Jacobo dejó de hablar, y todos callaron, hasta que Lorenzo concluyó:

—*Ite missa est*<sup>[794]</sup>, amigos, ¡el Señor acompañe a la pareja real y la guíe hacia su destino!

Así se disolvió la reunión.

## Un Mesías no deseado

Roç y Yeza subieron a sus habitaciones, que mientras tanto habían sido limpiadas y adecuadas por Miriam y sus amigas, siempre bajo la supervisión de Beni. En el centro de la estancia habían formado un amplio lecho con alfombras y mantas, además de almohadones de seda.

Cuando Gosset y William volvieron a salir a la plaza delantera adoquinada de la mezquita Al-Aqsa, vieron que allí se reunían los musulmanes para la oración vespertina.

*Alahu akbar! Alahu akbar! La illahha illallah!*<sup>[795]</sup>

Kefir Alhakim surgió, irradiando dignidad, del *minbar*<sup>[796]</sup> del orador, después de haberse presentado a los seguidores del Profeta con su nuevo título de Gran *Muftí* de Jerusalén.

—He mandado un mensaje a El Cairo —declaró con orgullo—, para que el sultán envíe cuanto antes sus tropas.

Y señaló la tienda de los templarios, ante cuya entrada mantenía Simón una guardia solitaria.

—Nos hacen falta para proteger de cualquier agresión al máximo dignatario del Islam, el guardián nombrado por Alá para proteger la huella del casco del caballo del Profeta, que desde esta roca ascendió hacia el cielo nocturno.

Los creyentes se inclinaban en la dirección de La Meca.

—*Ashaddu ana la illaha illa Alá! Ashaddu ana Mohamad ar-rassoul Alá!*<sup>[797]</sup>

«¡Alá nos hará disfrutar de la victoria sobre nuestros enemigos!», fue lo que oyeron los dos ancianos judíos cuando salieron al aire libre.

—Si los cristianos y los musulmanes vuelven a pelear por lo más santo —gruñó Ezer Melchsedek apenado—, ¿cómo vais a fundar aquí un Estado judío? Los francos os matarán sin más, y cuando los mamelucos perdonan la vida a un judío ¡es para

chuparle la sangre!

—Precisamente por eso tenemos que aprender a defendernos. ¡Hay que ser listos y animar a los perros para que cacen a los leones!

—¿Eso propone la pareja real? —Ezer parecía lleno de dudas, pero Jacobo no se conformaba.

—¡Roç y Yeza están respaldados por los mongoles! A éstos no les importa la fe que profesan sus súbditos. Bajo su protección sobrevivirá el pueblo elegido de Jehová y se fortalecerá, hasta que un día glorioso sea capaz de establecer, bajo su propia soberanía, el Estado de Dios en la tierra prometida de Israel, cuando ya nadie hable de los herederos del Gengis-khan y de los primeros reyes no quede más que polvo.

Juntos abandonaron la colina del Templo por la puerta de los Dolores. Ezer había escuchado con mucha atención la descripción de los sueños del otro.

—Desde ese punto de vista, la abierta animosidad que los cristianos y la reserva tímida que los musulmanes muestran frente a la pareja real, puede resultar hasta útil para vuestros atrevidos proyectos, Jacobo. —El viejo cabalista se inclinó con respeto—. ¡El nuevo Templo de Israel se alzará sobre el único fundamento auténtico!

—Roç y Yeza, los hijos del Grial, son un regalo del cielo. —Jacobo desvió con toda humildad la conversación de su persona—. Nosotros, los judíos, podemos aprender mucho de ellos. Sobre todo cómo perseguir con tenacidad una meta lejana.

Se iban acercando a la casa del rabino Jizchak.

Roç y Yeza descansaban sobre el amplio lecho de alfombras y pieles que cubrían el suelo de la estancia. Por las ventanas veían cómo se ponía el sol sobre la ciudad santa de Jerusalén.

Habían dado el día libre a su séquito. Una vez convencido por Abu Bassiht, Kefir estaba plenamente ocupado con su nueva tarea como nuevo jefe espiritual de los musulmanes. Lo único que faltaba era la confirmación de El Cairo, pero era difícil que se la negaran a alguien que había ocupado ya el alto cargo de gobernador imperial en Ustica. Menos mal que en el consejo supremo del sultanato, nadie había oído hablar jamás de esa isla rocosa. Era evidente que en la ciudad de Jerusalén, ocupada por los mamelucos, los intereses del Islam frente a unos cristianos fanáticos y unos judíos tozudos sólo podrían ser defendidos por un hombre tan experto como el «visir de la pareja real».

Así al menos lo explicaba el escrito firmado por los «seguidores del Profeta, que se defienden heroicamente frente a la superioridad de los infieles», y que una paloma mensajera estaba trasladando a El Cairo. El propio Kefir Alhakim lo había redactado.

William de Roebruk se había encaminado con su nuevo amigo Abu Bassiht a la ciudad vieja, y monseñor Gosset se les había adherido. Beni el Gato daba vueltas en torno a la casa del rabino Jizchak, con la esperanza de atrapar a Miriam antes de que

su padre la encerrara de nuevo. Únicamente Jordi se había quedado en el templo de Salomón, y el sonido de su laúd y de su canto llegaban muy atenuados hasta Roç y Yeza.

*Ab la dolchor del temps novel  
foillo li bosc, e li aucel  
chanton, chascus en lor lati,  
segon lo vers del novel chan:  
Adonc esta ben c'om s'aisi  
d'acho don hom a plus talan.*<sup>[798]</sup>

Roç y Yeza se descubrieron mirándose mutuamente con atención, y él hizo lo que solía hacer cuando trataba de descubrir la verdad: la buscaba en su vientre. Ella estaba desnuda, de modo que Roç no tuvo dificultades para penetrarla, y ella se dejó caer, feliz, ante su acoso, mientras veía círculos de fuego bailando ante sus ojos. En un primer momento Yeza se obligó a mantenerlos abiertos, quería ver a Roç, quería que la mirara a los ojos, quería que la chispa saltara de uno a otro y los uniera con un íntimo lazo espiritual, pues no deseaba solamente la unión tempestuosa de sus cuerpos, sino que quería obligarle a él a participar en el misterio.

Roç la miraba y supo que todo acabaría bien. Sonrió, aliviado, y quiso ocultar su orgullo detrás de los besos torpes con que cubría los firmes senos de la joven. Yeza se lo agradeció con el brillo de sus ojos verdes. ¡De nuevo estaban unidos!

Hacia el final, Roç tartamudeó el nombre de ella y la palabra «amor». Cubrió su rostro de besos y se quedaron mucho tiempo acostados, mientras las manos de Yeza acariciaban su espalda. Con mucha delicadeza, la joven siguió con los dedos el curso de las cicatrices que habían causado los latigazos recibidos en Maugriffe.

—¿Qué mujer te ha hecho esto? —preguntó Yeza, mientras revisaba más allá del cuello de su amado los surcos abiertos en la piel, un día tan aterciopelada.

—¡Fueron dos! —le aseguró Roç, mientras cavilaba: ¿Le digo ahora que el Taxiarcos ha muerto? No podía decidirse, pues veía a Yeza muy feliz. ¿Había sido tan feliz con el otro?

—¿Has visto últimamente a Arslan? —preguntó ella de repente—. Presiento que está cerca, y creo que le tendremos aquí antes de que lleguen los mongoles.

Yeza parecía haberse evadido de la unión con el cuerpo del hombre al que seguía pegada y cuyo peso aún descansaba sobre ella. Era como si él se hubiese disuelto en el aire.

Roç se sintió confuso ante el cambio de actitud.

—Cuando estaba en dificultades, apareció un hombre con un oso —reflexionó en voz alta—, cuando estaba entre la vida y la muerte...

—Habrá sido él —opinó Yeza, con voz firme—. Me gustará pedirle que detuviera el avance de los mongoles, al menos en este momento.

— Si lo deseas muy intensamente, te oirá! —A Roç le fue imposible reprimir la ligera ironía que asomaba en su voz—.  Y por qué no quieres tenerlos ahora aquí?

Yeza le obligó a mirarla a los ojos.

—Ni el Papa ni los musulmanes esperan algo de nosotros, muy por el contrario, más bien les molestamos. Los judíos, el pueblo elegido, son los únicos que viven con la esperanza del Mesías. Tenemos que colmar esa esperanza...

—Yo no soy un Mesías —aseguró él—. Y esos patriarcas jams  aceptarían a un mesías femenino. Además, nosotros formamos una unidad.

—Así es —dijo Yeza y susurró—: de nosotros nacer  el Salvador. Sólo de nosotros. Hasta que haya nacido, no quiero tener a mi alrededor a un ejército de mongoles. Nadie debe pensar que he dado a luz a un virrey de los mongoles. El Mesías nacer  en condiciones precarias, amenazado y perseguido por sus enemigos.

Roç se había quedado sin habla.  Precisamente ahora iban a tener un hijo?

— Acaso ya estás...? —balbuceó con torpeza, y Yeza se echó a reír.

—No vayas tan deprisa. Yo quiero vivir la concepción conscientemente, y lo mismo deberías hacer t .

Roç no se atrevía a contradecirla, aunque objetó:

— No podríamos esperar hasta...?

— A qué quieres esperar, Roç Trencavel?  Yo tengo el valor de llevar durante nueve meses una criatura en el vientre, y tú te asustas ante la necesidad de procrearla?  Qu  te pasa?  Acaso piensas que estoy encinta del Taxiarcos?

— Por Dios, Yeza!  No digas eso! No lo he pensado ni un momento.

—Lo siento —respondió ella y le miró. En sus ojos asomaban lágrimas—. Creía que te gustará procrear conmigo un niño, un fruto de nuestro amor... —Suspiró.

Roç hizo un esfuerzo para no emocionarse.

—El Taxiarcos ha muerto —dijo en voz baja—. Murió luchando.

—Siempre lo supuse —dijo Yeza con tristeza—. El lo quiso así.

Abrazó fuertemente a Roç y consiguió contener las lágrimas.

—Qui reme —susurró, y Roç cedió a su ruego.

— Oyes la canción de Jordi? —Yeza intentó distinguir los sonidos que les llegaban de muy lejos.

*Dous Dieus, metetz li en coratge  
qu'elam retenha per ami,  
mas ela es de si gran parage  
qu'ela mi metra en oblit.*<sup>[799]</sup>

Yeza deseaba que Roç volviese a relajarse, y lamentaba haberle hecho sentir celos. Había conseguido exactamente lo contrario de lo que buscaba.

*Cortez'e sage,  
cler lo viztge,  
ni anc de mos hueils plus bela non vi:  
Vos m'aves mes al cor le rage,  
si de moi non aves mersi.* <sup>[800]</sup>

Ahora tenía que tomar de nuevo el mando. Roç se mostraba reticente y esta actitud la excitaba. Quería quedar encinta, y lo conseguiría. Por mucho que él simulara indiferencia, acabarían atravesando juntos los placeres del fuego griego, hundiéndose en un maravilloso desmayo que, en realidad, era un triunfo victorioso.

*Por li fas soner ma viele  
tant doucement et main et soir  
d'un douz penser qui me resveille  
des biens que je soloie avoir.* <sup>[801]</sup>

Pero no le salieron las cuentas, pues de repente Roç parecía despertar y se separó de ella, haciendo imposible alcanzar el punto álgido común.

—¡Hoy no! —murmuró con leve expresión de disculpa, mientras rodaba sobre las pieles—. Creo que antes deberíamos descubrir el misterio del Grial —añadió para apaciguarla—. Jacobo sospecha que se oculta debajo de nosotros, en las profundidades de la colina del Templo. Habló de un espejo o un reflejo que tendríamos que traspasar.

Yeza comprendió que no podía forzar nada. Tal vez fuese, en efecto, necesario experimentar primero el misterio del Grial antes de entregarse a la ilusión de dar a luz a un nuevo Mesías. Posiblemente Roç tuviese razón.

La joven se inclinó hacia su cuello y le besó con cariño.

—Como deseéis, mi amo y señor. Yo os quiero, Trencavel, ¡ése es mi sino!

Roç le agradeció el gesto. Al fin y al cabo, se conocían el tiempo suficiente y a pesar de ello siempre conseguían tener encuentros excitantes y maravillosos.

—¡Te quiero más que cualquier otra cosa en el mundo, Yeza! —suspiró él—. ¡Te querré siempre y eternamente!

Y la miró de nuevo.

*Enquer me membra d'un mati  
que nos fezem de guerra fi,*



*e que m'donel un don tan gran,  
sa drudari'e son anel:  
enquer me lais Dieus viure tan  
c'aia mas manz soz so mantel.*<sup>[802]</sup>

# ARMAGEDÓN<sup>[803]</sup>

## Un reino de órdenes militares y barones

La sede de la Orden de los Caballeros Teutónicos en Acre se situaba junto al segundo anillo de murallas, entre la Torre Maldita y la Porta Pontis, el acceso fortificado al nuevo puerto. Se trataba de un enorme y cuadrado edificio de piedra, coronado de almenas, que incorporaba dos torres de defensa y en altura sobresalía de la muralla. Como la fortaleza disponía de un amplio y luminoso patio interior, no precisaba de ventanas hacia el exterior y le bastaban unas estrechas aspilleras abiertas en todas las direcciones. Las estancias del gran maestro estaban amuebladas con austeridad.

Hanno von Sangershausen era más bien huésped que residente en esta plaza, pues los intereses más importantes de la Orden de los Caballeros Teutónicos se situaban muy lejos de Tierra Santa, al norte de Prusia y en el Báltico. Allí existía un Estado feudal donde la orden era ama y señora, algo que le envidiaban sobremanera tanto los templarios como los sanjuanistas.

Aquí, en la sede del gobierno del reino de Jerusalén, los caballeros teutónicos mantenían una representación exclusivamente por razones de prestigio, como solía decir el gran maestro. Quedaban tan pocos hombres en aquella casa que Sigbert von Öxfeld, el comendador de Starkenberg, había reunido a todos, caballeros y novicios, para dar un poco de vida al refectorio por el que tendría que pasar su invitado al conducirlo a las habitaciones del gran maestro, que por casualidad estaba en la casa.

Los hombres allí reunidos cantaban a pleno pulmón:

*Schoeniu lant rich unde hêre,  
swaz ich der noch han gesehen,  
sô bist dû ir aller êre:  
Waz ist wunders hie geschehen.*<sup>[804]</sup>

Godofredo de Sargines, el *baile* del rey, deseaba conocer la opinión de los teutónicos antes de hablar con las otras dos grandes órdenes militares. Como estas últimas aparecían permanentemente peleadas entre ellas, el punto de vista de los germanos podía representar perfectamente el fiel de la balanza.

*Daz ein magt ein kint gebar  
hêre übr aller engel schar,*

*was daz niht ein wunder gar?*<sup>[805]</sup>

El señor Godofredo era un hombre honrado, que intentaba desenvolverse correctamente en los asuntos de gobierno. En este aspecto se veía mejor comprendido aquí que entre los presuntuosos templarios y los ambiciosos sanjuanistas. Saludó con mucho respeto al gran maestro, con especial cordialidad al comendador, y entró sin rodeos a hablar del tema.

—¡Acaba de caer la ciudadela de Alepo!

Ésta era la noticia más reciente.

—Y nadie sabe si se trata de una mala noticia o de un suceso que nos conviene.

—Al menos no es una noticia inesperada —le respondió el anciano Sigbert—. ¡Turanshah se defendió durante mucho tiempo y con valentía!

—El il-khan parecía más impresionado que enfadado —informó el de Sargines—. Hace cuatro semanas, cuando conquistó la ciudad, no perdonó la vida a nadie, ahora, en cambio...

—Sí la perdonó a los cristianos —le corrigió el gran maestro.

El *baile* apartó la intervención con un gesto de la mano, como si fuera una mosca.

—En cambio, Hulagu no le tocó ni un cabello al valiente defensor de la ciudadela, ha respetado su avanzada edad. Le dejó marchar con su séquito y sus pertenencias...

—Ya veis, Sigbert, el día en que Starkenberg caiga ante el avance de nuestros queridos amigos de Oriente, tendréis alguna oportunidad —comentó el gran maestro con seca ironía.

—Espero no vivir ese día —respondió el comendador—. ¿Supongo que ahora le toca primero a Damasco?

—Ésa es precisamente la razón, señores, por la cual quería aconsejarme con vos —dijo Godofredo de Sargines—. Ya no podemos adoptar la táctica del avestruz.

Hanno von Sangershausen miraba esforzado por la estrecha aspillera que daba al mar, y desde donde veía una de las torres de entrada al puerto.

—Los pisanos se marchan —murmuró—. Al parecer, se han aliado con los venecianos, que desde hace días vienen preparándose para dar la batalla delante del muelle, junto a la torre de las Moscas.

—La batalla marítima no se hará esperar mucho —confirmó el comendador, situándose a su lado.

—Los genoveses no se atreverán de nuevo... —El señor Godofredo intentaba disipar los temores—. ¡Es lo que nos faltaba! Primero esa pelea comercial, después una guerra civil, y los mongoles a punto de invadirnos.

—¿Y por qué vos, el *baile* de la reina, no hacéis como el príncipe de Antioquía? —preguntó el gran maestro al de Sargines—. Bohemundo se sometió formalmente al

señor Hulagu y éste le dejó sus propiedades, tanto en Antioquía como en el condado de Trípoli.

—La reina Plaisance no dejará la isla de Chipre, donde se encuentra segura, para dirigirse al campamento de los mongoles y rendirles pleitesía. —El *baile* se mostraba preocupado—. Y yo, su representante, puedo tirarme a tierra delante de Hulagu tantas veces sea necesario, pero él no aceptará la sumisión si soy yo el que la ofrece.

—¡Os arrancará la piel! —le corrigió Sigbert con sarcasmo, para adoptar de inmediato un tono de gravedad—. Formalmente, los mongoles son nuestros aliados, nosotros los hemos llamado, aunque no para ofrecerles nuestra sumisión, sino para derrocar junto con ellos a los infieles.

—Bohemundo ha obrado como un insensato al adelantarse con la sumisión. ¡Es algo que su padre jamás habría hecho! —se quejó Godofredo de Sargines.

—Su suegro le convenció —aclaró Sigbert—. Hetum de Armenia no veía otra posibilidad para la supervivencia de su reino, y probablemente tuviera toda la razón, pues sus territorios han quedado situados en medio del campo de soberanía de los mongoles y hace tiempo que le han cortado toda comunicación con nosotros. Creo que tampoco Antioquía tenía otra salida, sobre todo después de la caída de Alepo.

—Estimado Sigbert, ¿sabréis adivinar en qué manos ha puesto el bondadoso il-khan la administración de la ciudad?

El comendador sacudió el encanecido cráneo.

—¡El-Ashraf! —resopló el gran maestro—. El emir de Homs estaba deseoso de suceder a su tío abuelo.

—¿No hay nadie capaz de detener el avance de los mongoles? —Godofredo de Sargines parecía desesperado, una actitud que el gran maestro consideró del todo impropio.

—No os habéis preguntado nunca, señor Godofredo, ¿qué sucedería si Damasco y El Cairo se pusieran de acuerdo para impedir el avance de esos hermanos cristianos nuestros, procedentes del Extremo Oriente? ¿Si consiguieran hacer retroceder a los mongoles? —Hanno von Sangershausen se mostraba muy severo con el *baile*, que no tenía respuesta—. ¿Creéis acaso que todo volvería a ser como antes, como ahora, en que nos podemos permitir que nuestras flotas se destruyan una a otra delante de nuestra propia costa, peleándose por unos monopolios comerciales? *Hic la Superba! Hic la Serenissima!*<sup>[806]</sup> Nosotros incendiábamos los almacenes, las casas y las iglesias de nuestros hermanos, nos enzarzamos en riñas internas. ¡Aquí los del Temple, allá los hospitalarios! —El gran maestro estaba tan furioso que, de pura rabia, le entró risa—. ¡No! ¡No! Si no conseguimos detener estas luchas fratricidas, un general de los mamelucos como Baibars acabará con nosotros a sangre fría y nos arrojará a todos al mar. ¡Ciento cincuenta años de cruzadas no habrán servido para nada!

El *baile* había encogido la cabeza, a la espera de que amainara el temporal.

Después intervino con voz apocada y mostrando la misma terquedad que antes.

—¿De modo que opináis que debemos someternos a esos brutos tártaros?

—¡Pues claro que sí, señor mío! ¡Lo que en vuestra altanería occidental llamáis «bruto», no es más que una fuerza joven y sin domar! En dos o tres generaciones podréis acabar dominando y civilizando a los mongoles, mientras que el mundo del Islam nos supera en muchos aspectos, sobre todo en el campo de la cultura. Los sirios y los egipcios disponen de una herencia espiritual a la que poco tenemos que oponer. Ese poco nos ha servido para mantenernos, hasta la fecha, agarrados a esta costa. Todo se perdería si los musulmanes se ponen de acuerdo.

—Pero eso significa que hay que detener a los mongoles, pues vos mismo sois de la opinión de que la presión de éstos podría generar la unión de las fuerzas islámicas.

Godofredo de Sargines volvía a recuperar la confianza en sí mismo tras descubrir el círculo vicioso.

—Si nos aliamos con los mongoles, tal vez podamos derrotar a los musulmanes en una o dos batallas, pero no podremos destruirlos, ¡son demasiadas cabezas para cortarlas todas! Crecerán otras, y algún día nos cortarán la nuestra. En cambio si nos aliamos con los mamelucos, podríamos vencer a los mongoles, incluso echarlos de aquí, pero tarde o temprano nuestros aliados se volverían contra nosotros. ¡Magnífica perspectiva!

Sigbert, que había estado callado, pidió la palabra.

—Tal vez exista una posibilidad de mantener el *status quo ante*<sup>[808]</sup>. Los mongoles no avanzarían más, aunque se mantendrían, como amenaza, en un segundo plano. Este equilibrio de amenaza permanente haría que nadie se moviera.

—¿Cómo se consigue eso? —preguntó incrédulo el *baile*.

—¡La pareja real de Jerusalén! —El viejo comendador acabó por sacar finalmente su triunfo de la manga—. La pareja podría intervenir.

—¿Vos creéis, Sigbert von Öxfeld, que tienen influencia suficiente? —El gran maestre se mostraba escéptico.

—En cualquier caso, habría que intentarlo —respondió el comendador.

Godofredo de Sargines aceptó con entusiasmo el ofrecimiento.

—¡Espero que no sea demasiado tarde! —exclamó, para añadir con repentina excitación—: Debo despedirme de ustedes. ¡Les agradezco esta conversación, señores!

Salió a toda prisa, atravesó el refectorio ahora vacío y se dirigió a la puerta.

—Va a ver a los del Temple —dijo Sigbert al gran maestre—. Hace días que Guillem de Gisors pretende marchar con un grupo importante de caballeros sobre Jerusalén para imponer el orden, según dice. Su precavida madrastra, la *grande maîtresse*, se lo ha prohibido. Y Tomás Bérard, el gran maestre, le da la razón a ella.

—¿Por qué se opone Marie de Saint-Clair? —preguntó Hanno von Sangershausen

—. ¿No han presumido siempre los templarios de ser los verdaderos protectores de esas criaturas?

—Eso ha cambiado. El señor Guillem ha sentenciado en voz alta que la actuación de Roç y Yeza en Jerusalén representa una evidente alta traición, y que se han apropiado contra todo derecho del Templo.

—¿Por eso vos, Sigbert, desearías cabalgar cuanto antes a Jerusalén? —El gran mestre esbozó una leve sonrisa—. Yo no os voy a retener, pero os ruego que no estéis ausente mucho tiempo, pues tengo que regresar al Báltico. ¡Pensándolo bien, tampoco quiero acabar enterrado aquí!

—Os agradezco la comprensión —Sigbert se inclinó ante su superior—. Yo, en cambio, he dedicado mi vida a esta tierra y aceptaré gustoso la muerte, ¡mientras pueda tener la seguridad de que Roç Trencavel y Yeza Esclarmunda han alcanzado su meta!

—¡Si consiguen detener el rodillo de los mongoles, yo también los aceptaré!

El gran maestro despidió al anciano y volvió a mirar por la aspillera hacia el puerto. Entre los muelles de Acre se agolpaban las naves, se veía un bosque de palos con las velas recogidas. El cielo se había teñido de un color azul oscuro; brillaron los primeros rayos, seguidos de un trueno que, procedente del mar, arrollaba Acre.

—¡Los teutónicos quieren entregar Jerusalén a los mongoles!

Con esta frase entró el *baile* del reino, empapado por la lluvia, en la torre de los Maestros, situada sobre una roca y a la que sólo se accedía por un pasillo subterráneo.

—¡Quieren que desde allí la pareja real reine sobre todas las tierras que puedan conquistar a partir de ahora!

—Calma, señor Godofredo —intentó tranquilizarle el gran maestro de la orden de los templarios, Tomás Bérard, austero como un monje—. Ésa es precisamente la razón por la que no hemos enviado a ninguno de nuestros caballeros a Jerusalén, tal como nos exigía el nuevo patriarca, en una postura un tanto miope.

—También nuestro hermano Botho de Saint-Omer nos exige con insistencia que salvemos los santos lugares...

—¡He dicho que no, Guillem de Gisors! —cortó Tomás Bérard el intento de rebeldía del joven—. El hermano Botho ha pasado la mayor parte de su vida en los oscuros calabozos de El Cairo, y aunque no ha perdido del todo la razón por esta causa, sí se le escapa la lógica de los acontecimientos posteriores. —Se dirigió con su explicación al *baile*—. Cuando los ayubíes lo cogieron preso, apenas nadie hablaba de los mongoles.

El de Sargines se mostró escéptico:

—Sin embargo, los sanjuanistas han partido ya para Jerusalén con un contingente importante, bajo el mando de su experto mariscal Jean de Ronay. ¡Pero se pondrán a

disposición del patriarca, y no de la pareja real!

El gran maestro no parecía preocupado, sino más bien divertido.

—Más os valdría poner paz entre esas naves. —Y señaló el mar revuelto bajo el temporal que barría la costa—. Ahí se está gestando una batalla marítima. En cualquier momento puede llegar la flota genovesa, muy superior a las demás, ¡y Felipe de Montfort ya baja con las tropas de Tiro por la costa!

—¡No podrán hacer nada mientras esté lloviendo! Las defensas de Acre están preparadas. —El *baile* no compartía sus temores.

El gran maestro se dirigió al de Gisors.

—Por otro lado, temo que pueda haber grandes trastornos en Jerusalén si ese mariscal se pone al servicio del patriarca.

—¿No sería mejor alejar a Roç y Yeza de Jerusalén y traerlos aquí, para que podáis protegerlos? —Guillem de Gisors se mostraba preocupado.

—¿Os atreveríais? —Tomás Bérard hizo notar sus dudas—. Sé que no sois tan torpe como el de Ronay, pero sí un fanático ambicioso, cargado de rencor en todo lo que afecta a los hijos del Grial, como si ellos pusieran en peligro vuestra herencia en el mando de la *Prieuré*.

A Guillem de Gisors se le encendió la cara.

—¡Ponen en peligro a la propia orden que ha consentido erigirse en su protectora, igual que sucedió con los «asesinos»! ¿Qué consiguieron éstos? ¡No hay más que recordar el destino de Alamut!

Tomás Bérard reflexionó mientras miraba hacia el mar y las nubes. Un rayo que dio de lleno en la torre, acompañado de un horrible trueno y un infernal olor a azufre, le arrancó de sus reflexiones.

—Tenemos que mantener a la pareja real indemne allí donde está ahora, en la ciudad santa, pues de no hacerlo así, los mongoles no aprenderán a apreciarnos como el poder más capaz de mantener el orden.

El de Gisors no ocultó su sorpresa:

—Es decir, ¿queréis someter también el reino de Jerusalén a los mongoles?

—Lo primero que hay que hacer es reconstituir ese reino de Jerusalén. ¡No creeréis en serio que bastan dos ciudades en la costa, enemistadas entre ellas, para asegurar que ese reino existe!

—¿O sea que debo ponerme en camino? —El caballero de la cara de ángel no fue capaz de tragarse el disgusto.

—¡Debéis hacerlo! —le ordenó su superior—. Y espero de vos que realicéis vuestra tarea tal como os la he expuesto.

—Si os he entendido bien, queréis que esos jóvenes os adoren como a una madre lejana, mientras yo les hago de nodriza.

—Así es: el Estado de la orden templada sólo puede hacerse realidad en Tierra

Santa, no en Francia. Y de momento, para conseguirlo necesitamos a Roç Trencavel y su dama.

—¿A los mongoles también?

—¡Ahora mismo, sí! —respondió el gran maestre—. En cuanto al futuro, tal vez nosotros dos no lleguemos a verlo, y lo único que podemos hacer es preverlo correctamente.

—*Beauséant a la riscossa!* —Con estas palabras, Guillem de Gisors se despidió, furioso, pero convencido de que él sí sabría tomar las medidas adecuadas.

Tomás Bérard se acercó a la ventana y miró hacia el mar azotado por el temporal. Las naves se habían reunido en el puerto como un rebaño de ovejas oscuras que olfatean la cercanía del lobo. Había dejado de llover. El pequeño grupo de caballeros de la orden había montado ya a caballo, y aguardaba en el patio de la fortaleza cuando Guillem de Gisors salió de la puerta. Inmediatamente su mirada cayó sobre un hombre que guardaba el extremo del ala derecha, un caballero que superaba a los demás en estatura y no formaba parte habitual del grupo. Era Sigbert von Öxfeld, el anciano comendador de Starkenberg, que ostentaba, perfectamente visible, la cruz negra de la orden teutónica sobre su *clams* blanca. El de la cara de ángel se le acercó, bastante alterado.

—¿Qué hacéis aquí, Sigbert? —exclamó, para que todos se enteraran de cómo despachaba él a un huésped tan inoportuno.

Pero éste, en silencio y desde lo alto del caballo, le tendió un escrito. Guillem conocía el sello y palideció. Era una orden de la *grande maîtresse*, que disponía la participación de Sigbert en aquella empresa y le excluía expresamente de la obediencia a su hijastro.

—Os acompaño para vigilaros —resonó la voz animosa del anciano, y todos pudieron oírle—. ¡Para que no hagáis tonterías!

Con los dientes apretados, Guillem dio la señal de partir.

Los tres grandes maestros se detuvieron con su séquito delante de la iglesia de San Sabas, donde hacía años se había iniciado «la gran batalla de Acre»<sup>[809]</sup>. Los barrios vecinos de los pisanos y los genoveses habían sido limpiados ya de escombros y cenizas. Pero los edificios quemados de los almacenes y sus ventanas vacías seguían dando testimonio de aquella guerra civil. El barrio de los comerciantes genoveses semejaba del todo muerto, sus habitantes habían huido a la ciudad vecina de Tiro. Los sanjuanistas ejercían la tarea de vigilar las ruinas, pues su hospicio se encontraba en vecindad próxima.

—Vayamos al Montjoie —propuso Hanno von Sangershausen—. Allí nos



encontraremos en suelo neutral ¡y también tendremos mejor vista!

Los otros dos gallos de pelea, el hospitalario y el templario, forzaron una sonrisa, pero siguieron al germano.

—Me acaban de informar que un ejército procedente de Damasco baja por el valle del Jordán —dijo Tomás Bérard como de pasada—. Ha pasado por delante del vado de Jacobo, dejando a su izquierda, sin tocarla, la fortaleza Banyas de los «asesinos».

—Yo me he enterado —añadió Hugo von Revel con su típico acento nasal— que sus avanzadillas han sido avistadas al otro lado del lago Tiberíades.

—¿Es el propio An-Nasir quien lo conduce? —preguntó el germano.

—¡Qué va! —El señor Tomás rió—. ¡Ése no se atreve ni a avanzar, ni a retirarse!  
¡El que encabeza ese ejército es el Halcón Rojo!

—Entonces se dirige a Jerusalén —opinó el de Sangershausen sin dudarlo—. ¿Sabéis quién es el Halcón Rojo?

—¡Un emir de los mamelucos! —exclamó el sanjuanista en tono de menosprecio.

—¡Uno de los más capacitados! —le corrigió el templario—. Y además es amigo íntimo de Roç y Yeza.

Hanno von Sangershausen suspiró.

—Otro ejército, este de los mamelucos, también marcha sobre Jerusalén. No lo conduce Baibars, sino un tal Naiman. Salió de Gaza en la madrugada de ayer.

Mientras tanto, los señores habían llegado a su meta, una meseta pelada situada más arriba del viejo arsenal. Allí soplaban un viento frío, pero pudieron comprobar que las naves habían izado mientras todas las velas y formaban una larga cadena que se dirigía hacia el norte. Ya sólo se veían los gallardetes en las puntas de los palos.

—No me gusta lo que se dice de los mongoles. Parece ser que el ejército principal bajo el general Kitbogha, se ha detenido de repente delante de la puerta de Siria. ¡No sé qué significa esto, pero me sorprende!

—¿Tal vez no quieran luchar contra los mamelucos? —aventuró Hugo con timidez.

—¡Sería la primera vez! —le respondió el templario—. Debe existir otra razón, aunque sabemos también que un pequeño grupo está avanzando con gran celeridad.

—¿Pequeño? ¿Cuántos miles? —se mofó el señor de Sangershausen.

—¡Creo que sólo son un centenar! —El señor Tomás no sentía ganas de reírse.

—¡Por todos los santos! —gimió Hanno von Sangershausen—. ¿No querrán asaltar también Jerusalén?

—¿Y por qué no? —preguntó Tomás Bérard, el templario—. Es posible que la pareja real haya conseguido detener al gran ejército, pero solicitando que acuda esa centuria para aconsejarse con ellos.

El teutónico preguntó, incrédulo, pero con mucho respeto:

—¿Creéis en serio que el tal Roç Trencavel y su dama Yeza Esclarmunda tienen tanta influencia como para ser capaces de detener al ejército de Gengis-khan, algo que no consiguió el emperador ni ha conseguido el Papa?

—La pareja real tiene poder espiritual y está respaldada por una organización secreta. Roç y Yeza son, por un lado, unos jóvenes con todos sus defectos humanos y, por otro lado, una especie de seres divinos. En este momento, lo segundo adquiere mayor peso. Contrariamente a lo que nos sucede a nosotros, los mongoles lo comprenden perfectamente.

—Veo mucha sangre corriendo por los santos lugares —profetizó el señor Hanno con un temblor—. Si no me equivoco, hay ahora cinco grupos que se dirigen hacia la residencia de la pareja real, todos ellos con intenciones muy diversas.

—¡Sin contar a los que están afilando los cuchillos dentro de los muros de la ciudad santa! —El sanjuanista no quiso dejar de contribuir con este último detalle.

—Señores —dijo el gran maestre de la *Ordo Equitum Teutonicorum*<sup>[810]</sup>—, todos deberíamos preguntarnos si hemos obrado con sabiduría o no, si podemos mitigar aún el daño, o si vamos a limitarnos a contemplarlo. La sangre derramada caerá sobre nosotros. ¡Dios proteja a la pareja real!

Se separaron en silencio.

## Los cimientos del Templo

Ya era de noche cuando Jacobo trajo las vestiduras albas. Se trataba de dos largas túnicas blancas como las solían llevar los cátaros para celebrar el *consolamentum*, manteniéndose a partir de ahí permanentemente dispuestos para dar el paso y cruzar la puerta, para emprender el camino hacia el paraíso extraterrenal.

Roç y Yeza no se sorprendieron ante semejante ofrenda. Jacobo se retiró sin una palabra, pues no quería perturbar la *endura* de la pareja real con una mención innecesaria de que todo estaba dispuesto. Había mirado a Roç y Yeza a los ojos y sabía que le habían comprendido. En la antesala se encontró con William de Roebruk, que observaba el cielo nocturno estrellado a través de un tubo sostenido por Ezer Melchsedek, quien murmuraba al mismo tiempo con aire devoto una retahíla de números que el franciscano confirmaba uno por uno, resoplando mucho y moviendo afirmativamente la cabeza. También Lorenzo de Orta estaba allí, sentado y escribiendo con mucho cuidado sobre una tablilla. El cabalista se sintió, de repente, intranquilo, y William enseguida se fijó en él.

—¿Hay algo que se refiera a Roç y Yeza?

—¡Si ni siquiera sabemos el año exacto de su nacimiento! —Lorenzo intentó disipar las dudas—. ¿Cómo queréis descubrir...?

—En mi opinión, la pareja real está bajo el signo de Géminis<sup>[811]</sup> —aseguró Ezer

—. Mercurio, bisexual e inquieto, tiene ahí su casa, Marte y Venus son sus airosos decanos.

William estaba de acuerdo. Ezer no había dicho ni una palabra del luminoso Algol, al que él sí había visto pasar, y que anunciaba muertes inevitables cuando aparecía en Perseo.

Jordi se acurrucaba, mudo, en un rincón, y los miraba. Sus dedos de enano jugueteaban con las cuerdas del laúd, y a cada combinación de números que Ezer nombraba, tocaban un leve acorde que parecía proceder de las esferas. Jacobo se dirigió a él.

—«Cuando las almas ascienden hacia el lugar donde se reúne toda vida, gozarán de una luz procedente de otro punto superior.»<sup>[812]</sup>

—Estás citando el libro Sohar, hermano Jacobo. —Ezer interrumpió su estudio de las series cabalísticas—. Te aseguro que la pareja real busca otra clase de luz.

—Sólo hay una fuente de luz, ¡lo demás son reflejos, querido Ezer! —Jacobó aparentaba benevolencia, pero estaba alterado.

Ezer le miró, pero no quiso poner más objeciones. Lorenzo, en cambio, guardó la tablilla y dijo:

—Hay que intentar que Roç y Yeza puedan escapar de esa cacería que amenaza desatarse en torno a ellos. Los musulmanes, desde que obedecen a Kefir, se mantienen a la espera, pero los cristianos ortodoxos los persiguen con saña, la misma con que los fariseos persiguieron al Mesías. Los judíos son los peores: quieren abrazar a la pareja real con devoción propia del Antiguo Testamento, sin dejarles aire para respirar. Todos deberíamos dejar atrás nuestros propios proyectos y limitarnos a tender la mano a esas extraordinarias criaturas, para que puedan realizar lo que es su más íntimo deseo: ¡allanarles el camino para alcanzar el Grial!

—¡Mira quién habla! —tronó Jacobo—. ¿Qué ejemplo nos ha dado la *Prieuré*?

Lorenzo se levantó con un quejido de la silla.

—Acepto llevar sobre mi pobre espalda la carga de esa acusación.

Cansado de la pelea y falto de más revelaciones estelares, William había dirigido el tubo maravilloso hacia la tierra oscura, abandonando el firmamento. Podía ver las hogueras encendidas por los beduinos en el desierto, y se imaginó lo que tendrían en sus calderos. Después descubrió un fuego tan claro que le permitía observar a un hombre que daba saltos alrededor de las llamas, como un pájaro, como un cuervo negro. Esa impresión se veía reforzada porque el extraño llevaba un abrigo cubierto de plumas, huesecillos y plaquitas de plata, que se movían en el aire y reflejaban la luz de las llamas. ¡Ese hombre tenía que ser Arslan! Junto al fuego descansaba un oso.

La presencia del chamán consiguió tranquilizar a William, y se propuso comunicarlo enseguida a Roç y Yeza. Sabía que se pondrían contentos. William se

calló el descubrimiento cuando Lorenzo se dirigió a él y a Jordi.

—Las condiciones espirituales para el comienzo de la soberanía se determinan en otro lugar superior —proclamó el pequeño franciscano dotado de la pesada autoridad de la *Prieuré* de Sión—. No es que seáis absolutamente necesarios, pero la pareja real debe poder apoyarse en vos para emprender el camino. Acompañad a Roç y Yeza mientras ellos lo deseen, aunque después debéis retiraros y dejarlos solos. —Formuló la advertencia en tono insistente, y el delgado anciano, que en otras ocasiones solía demostrar su buen humor, parecía querer estar a la altura de su tarea y obligó a William a sostener su mirada severa.

—Guárdate mucho de querer protegerles cuando ya no seas capaz de hacerlo. — Conocía muy bien al fraile hermano.

Seguidos de Jordi y William, que llevaban las antorchas, Roç y Yeza atravesaron sigilosos la mezquita sumida en la oscuridad nocturna, y delante de cuyas puertas el *mufti* Kefir Alhakim había puesto una guardia. Descendieron una escalera oculta detrás del minbar elevado, y llegaron a las naves subterráneas dotadas de largas columnatas que en su día fueron caballerizas del rey Salomón. Vieron hileras larguísimas de comederos de piedra, anillas de hierro, columnas y rampas que llegan hasta el rincón suroriental de los muros exteriores de la colina del Templo. Una puerta que permite el paso de una sola persona, aunque tan estrecha que no podría traspasarla un caballo, conduce hacia afuera; está pensada para dejar escapar durante el día el aire enrarecido, mientras cae luz desde arriba por las parrillas superiores de las cisternas que ofrecían agua a los animales situados debajo. La conducción de agua forma una instalación compleja y el pequeño grupo la recorría tropezando, aunque explorándola con curiosidad.

Yeza y Roç se habían puesto las largas túnicas blancas, aunque no esperaban encontrar en aquel nivel lo que buscaban. El suelo se componía en parte de tierra pisada, pero también de roca o piedras aplacadas, por lo cual era de suponer que debajo hubiese otras estancias secretas. Roç se mantenía bastante en silencio, al igual que Yeza, e inspeccionaba cada uno de los depósitos de agua que, sin embargo, aparecían todos llenos hasta la altura del rebosadero, lo que no permitía suponer que tuviesen una salida hacia abajo. Pero cualquier piedra, cualquier columna, podía ocultar un acceso.

—¡Tendremos que encontrar el hueco dando golpes! —propuso Roç a Jordi, que le estaba alumbrando, cuando oyeron detrás un crujido, seguido del ruido de unas piedras que caían y de un grito reprimido de William.

Asustados, dieron media vuelta y a la luz oscilante de la antorcha caída en el suelo, vieron a William hundido hasta el pecho en un agujero. La piedra que había pisado se hundió como una trampilla, dejando abierta la entrada a una estrechísima

escalera que conducía hacia abajo, hacia la oscuridad.

—¡Sólo he tocado un poco la piedra! —resopló el gordo minorita, señalando una columna. Yeza le tendió la antorcha.

—El descubridor tiene preferencia —dijo la joven sin inmutarse.

William empezó a bajar, titubeante, aquellos escalones, procurando no pisar demasiado fuerte. Le habría gustado flotar por encima de ellos como una pluma.

Yeza le seguía y le puso una mano sobre el hombro al ver que el pobre fraile temblaba de miedo. Roç hizo lo mismo, para que ella se diera cuenta de que su caballero la protegía, pero también para participar de la serenidad con que Yeza avanzaba hacia su objetivo. La retaguardia la formaba Jordi.

Ezer y Gosset observaban desde arriba una terraza por la que se paseaban como sombras Lorenzo de Orta y Jacobo ben Mordejai, prosiguiendo su debate, mientras sus caminos se cruzaban sin detenerse en algún punto de encuentro. En lo alto de la torre, entre las almenas, se encontraba, aparte del cabalista y el sacerdote, también Abu Bassiht, el sufí, que observaba las estrellas sin utilizar el tubo de Ezer.

Gosset no se sentía afectado por los reproches que Ezer había dirigido contra la *Prieuré*, y lo único que deseaba era quitarle al judío la ilusión de que su pueblo seguía siendo el elegido.

Ezer Melchsedek, en cambio, defendía hábilmente los derechos de su pueblo.

—Puesto que tenemos el sueño del reino de Dios sobre la tierra, un reino de paz y de felicidad, dejadnos procurar que se convierta en realidad. ¡Vuestra *Prieuré* tampoco busca otra cosa, sólo que ella no tiene pueblo!

—En cambio tenemos a la pareja real, Roç Trencavel y la dama Yeza Esclarmunda, los futuros reyes de la paz —presumió Gosset—. Sólo ellos pueden garantizar...

—¡También nosotros los amamos, y ellos nos necesitan! —exclamó el cabalista, pero Gosset replicó:

—Jacobo ben Mordejai pretende un reino de los judíos, cuya capital sea Jerusalén, con exclusión de los musulmanes. A nosotros, los cristianos, nos parece una visión limitada. Hemos conducido a la pareja real a este lugar santo para que desde aquí se difunda la paz de Dios por todo el mundo y para todas las religiones. ¡No debéis confundir a la *Prieuré* de Sión con los cruzados, ni con el Anticristo que gobierna en Roma! Roç y Yeza están por encima de esas confesiones enemistadas y no buscarán la victoria de una de ellas.

—Sin embargo, ¡el pueblo de Israel es el elegido! —replicó Ezer con terquedad— y sólo a nosotros nos ha sido prometida esta tierra.

—*Yafki! Yafki!*<sup>[814]</sup> ¡Basta ya de peleas! —exclamó Abu Bassiht, muy excitado. El

sufí se había incorporado de un brinco—. ¡Apartemos la vista de La Meca! ¡Prescindamos de la Torá! ¡Expulsemos a los apóstoles de la ciudad! —Abu bailaba en torno a los otros dos y no había manera de entender si se estaba burlando o hablaba en serio. Después de un último remolino arrebatado, exclamó—: «¿Cuándo, Bienamado, acudirás a nuestro lado?»

Atravesaron pasillos oscuros y húmedos, adentrándose cada vez más en las profundidades donde las columnas portantes se convertían en toscos apoyos, el espacio en estrechas bóvedas de techos bajos. El aire se hacía irrespirable. Roç y Yeza tenían dificultades crecientes para caminar, vestidos con sus largas túnicas que ya habían dejado de estar blancas. Roç tenía cada vez más la impresión de que daban vueltas en círculo, pero Yeza seguía adelante, sin vacilar, de modo que Jordi apenas podía iluminar su camino con la antorcha. William ya no deseaba encabezar el grupo, temeroso de romperse las piernas. Por suerte, sólo se había hecho daño en los codos.

En algún momento el túnel que estaban atravesando desembocó en un espacio redondo y coronado por una cúpula, y William resumió la impresión que predominaba en todos:

—Estamos ante una pared que oculta algo.

Iluminó unas columnas moldeadas en la roca y observó que las paredes estaban compuestas de piedras rectangulares artísticamente trabajadas y unidas sin dejar resquicios. Descubrió una abertura enmarcada que era como una puerta baja, pero el hueco era tan pequeño que William retrocedió.

—¡Yo no paso por ahí! —observó con alivio, recordando el volumen de su cuerpo. El enano comprendió entonces que le tocaba a él; de modo que se agachó y se introdujo, sin que hubiera necesidad de comentarlo.

Después se oyó su voz, que salía medio ahogada del agujero:

—No es tan difícil como pensaba. El camino se hace más estrecho, ¡ahora estoy en una cámara dorada!

—¡Vuelve atrás! —exclamó Yeza, pero sólo oyeron un resoplido—. ¿Jordi? —preguntó, y se inclinó, temerosa, hacia la abertura.

—¡No puedo volver! —fue la atemorizada respuesta—. ¡El paso es demasiado estrecho!

—¡Tonterías! —intentó tranquilizarle Roç—. Si has podido entrar...

—¡No puedo explicarlo! —respondió Jordi—. ¡No se puede volver atrás! Es una cámara mortuoria. —La voz del trovador sonaba cada vez más débil y denotaba temblor—. Aquí hay huesos.

—¡Canta una canción, Jordi! —pidió William.

—¡Déjate de tonterías! —repuso Roç. Y gritó hacia la abertura, para dar ánimos al enano—: ¡No te canses! ¡Te sacaremos!

—No importa que cante —repuso Yeza—. Eso le dará valor.

Poco después se oyó la voz del irreductible trovador, una voz confiada y alegre, procedente de la cámara de la muerte.

*Ab l'alen tir vas me l'aire  
qu'eu sen venir de Proensa;  
tot quant es de lai m'agensa,  
si que, quan n'aug ben retraire,  
ieu m'o escout en rizen  
e'n deman per un mot cen:  
tan m'es bel quan n'aug ben dire.* [816]

### **La cavidad en la negra piedra madre**

Cuando Gosset descubrió que Roç y Yeza ya no estaban donde esperaba encontrarles, se reunió en la antesala del dormitorio de la pareja real con Abu Bassiht y Ezer, y levantó la cortina para que los demás vieran el lecho situado en el centro de la estancia, un lecho revuelto, y las ropas de los dos jóvenes tiradas por el suelo.

—Sabía que Roç y Yeza emprenderían esta noche su viaje definitivo —murmuró Gosset, un tanto ofendido porque no se habían despedido de él.

—¿Os molesta que se hayan marchado desnudos? —preguntó el sufí en tono impertinente, y Gosset cayó en la trampa.

—¡Supongo que llevarán la túnica alba, el paño puro de la muerte!

Abu Bassiht le reprendió sin vacilar:

—¡No representa una ropa de luto por los pecados cometidos, sino una vestimenta de fiesta, que acompaña la entrada gloriosa en el paraíso de la vida eterna!

—Pero no podemos dejarlos solos —protestó Gosset con voz débil—. Jacobo y Lorenzo nos han engañado. Les han enviado a William y Jordi como señal de partida, y nosotros ni siquiera sabemos hacia dónde se han dirigido.

Ezer se mostraba satisfecho. Para el cabalista, todo estaba en regla. Lorenzo de Orta y Jacobo ben Mordejai entraron juntos en la estancia y simulaban quedarse sorprendidos cuando Gosset exclamó:

—¡La pareja real nos ha dejado!

—¿Y por qué no os arrodilláis y rezáis por la salvación de sus almas? —tronó Jacobo con la sonora voz que empleaba siempre que se sentía como una reencarnación del santo carpintero.

Gosset no se asustó, pues conocía ese bajo profundo de san José desde que lo

había oído en Redae. Pero Lorenzo y también Ezer Melchsedek parecían abrumados.

—Nunca se habló de que tuvieran que morir... ¿Qué sucede? —se lamentó este último.

Abu Bassiht intervino rápidamente:

—Rezaré por todos vosotros, puesto que teméis a la muerte. —Empezó a moverse como siempre que pensaba iniciar su danza de derviche—: «¡Moisés se acercó al arbusto seco en el desierto y vio un fuego como miles de soles! ¿Quién más puede merecer tanta suerte?» —El sufí giraba con rapidez creciente y se acercaba tambaleante al sacerdote, el único que había caído de rodillas—. «Jesús entró en una casa para escapar a su detención, y descubrió el camino hacia otro mundo. ¿Quién más puede merecer tanta suerte?»

—Aceptó voluntarioso su sacrificio —exclamó Botho, el anciano templario, que había entrado en compañía de Kefir Alhakim sin que los demás se diesen cuenta—. ¡Y después resucitó en toda su gloria!

Pero nadie hizo caso de sus protestas. Abu Bassiht seguía danzando.

—¡Esa danza es una blasfemia! —rezongó el templario, furioso, y se retiró de nuevo. Su intervención, sin embargo, sirvió para poner en movimiento a los demás.

—¡Abre la mezquita! —le exigió Gosset al gran *muftí* Kefir—. ¡Hemos de encontrar a Roç y Yeza!

—Nadie la ha pisado últimamente, por lo menos desde la última oración vespertina —replicó Kefir—. ¡Mucho menos un infiel!

—¿Así agradeceréis, pobre sastre remendón de Ustica, la bondad de la pareja real, que os condujo hasta aquí, os alimentó y os vistió?

Lorenzo de Orta propuso entonar un canto a Dios, y todos bajaron la escalera hacia donde Simón mantenía la guardia delante de la tienda del templario.

En su interior, Botho se había arrodillado ante dos velas encendidas y rezaba en voz alta: *Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt*<sup>[819]</sup>.

Kefir abrió la puerta de la mezquita.

Sólo les quedaba una única antorcha, la que llevaba William, y a su luz Roç estudiaba las paredes artísticamente adornadas de la cámara. Tenían que darse prisa, pues la llama empezaba a flaquear. Yeza observaba divertida los esfuerzos de los dos hombres, pues aún oía desde el interior la indomable voz de su pequeño trovador.

*E s'ieu sai ren dir ni faire.  
Ilh n'aia l grat, que sciensa  
m'a donat e conoissensa,  
per qu'ieu sui gais e chanteire.*



*E tot quan fauc d'avinen  
ai del sieu bell cors plazen,  
neis quan de bon cor consire.* [820]

En realidad, estaba preocupada por Jordi. Y también Roç se tomaba en serio su responsabilidad, exploraba con los dedos las uniones de las piedras con la esperanza de descubrir alguna ranura traicionera. Yeza observaba la pared desde cierta distancia, fascinada por el triángulo que veía en lo alto de la entrada. No le parecía que sirviera para soportar una carga.

—¡Roç! —exclamó en voz baja—. ¡Cuélgate de la punta del tímpano!

Fue William el que obedeció la indicación. En el interior del muro se oyó un crujido que al poco se desvaneció, pero también se había interrumpido el canto de Jordi.

—¡Adelante, adelante! —le oyeron gritar—. ¡Se abre una puerta!

También la pared que daba a la cámara se había transformado casi sin un ruido. Después se instaló el silencio. El agujero se había agrandado hasta el punto de que incluso William podría introducirse entre las piedras, aunque con dificultades. Roç le retuvo y dijo:

—¡Pasaré yo primero!

Yeza, que seguía a William, los empujó por delante.

Cuando llegaron a la cámara mortuoria que Jordi les había descrito, no vieron al pequeño trovador, pero sí otra abertura negra, cuyas puertas, abiertas hacia adentro, eran de piedra maciza. Como el resto de la estancia, mostraban unos signos de escritura extraños, como jeroglíficos de una sencillez arcaica, rodeados de mosaicos dorados. No había imágenes realistas, todo eran símbolos, unidos por medio de una red de alambre de oro, y en los puntos de cruce aparecían con alguna frecuencia piedras preciosas. Había rubíes y esmeraldas, topacios y amatistas, según cayera sobre ellas la luz de la antorcha de William, que estaba a punto de apagarse.

—¡Me recuerda el idioma de los astros! —dijo Yeza, con un matiz de devoción—. Como un mensaje de otro mundo.

También Roç estaba emocionado y pensaba en algún código secreto.

—¡Ilumina esa puerta, William!

Cogió la mano de Yeza y juntos cruzaron el umbral de aquella puerta detrás de la cual vieron una ancha escalera que descendía hacia la más negra hondura. En ese instante se apagó la antorcha detrás de ellos.

William se detuvo, intimidado, pero apenas sus ojos se hubieron acostumbrado a la profunda oscuridad, vio una luz azulada, y hacia ella se dirigían Roç y Yeza. Vio sus figuras ataviadas con las túnicas blancas y tomó la decisión de seguirles, aunque le costó un esfuerzo. No podía descubrir cuál era la fuente de aquella luz, pero sí vio

que se trasladaba junto con la pareja real. Si no quería quedarse solo y a oscuras, tenía que seguirles. Recordó la advertencia de Lorenzo de Orta, y le habría gustado detenerse, pero ahora simplemente tenía miedo de quedarse solo.

El franciscano iba detrás de la pareja real, embargado por la difícil sensación de estar haciendo algo inconveniente, peor que cuando alguien espía a una pareja de amantes. Mientras los otros dos parecían flotar, sin gravedad, William tenía que bajar escalón por escalón, palpando la piedra con el pie y dominado por el temor de que aquel poder desconocido que movía todo lo que estaba sucediendo, tendría que oponerse en algún momento a su presencia, cegarle con un rayo o hacer que reventara su alocado corazón. De vez en cuando se apoyaba, tambaleándose, en una pared, porque sus pies amenazaban con negarle el servicio.

Después se abrió delante de él una gigantesca gruta, una sala circular cubierta por una cúpula redonda de un tamaño jamás visto hasta entonces, y del que no pudo imaginarse siquiera cómo habría podido construirla la mano humana. El desconocido constructor había despreciado todas las leyes del arte de la construcción de bóvedas. No había ni un pilar que apoyara el techo, ni una secuencia de nervaduras para contrarrestar las presiones. Era como estar en el cielo, pues dentro de aquel profundo color azul se extendía el firmamento cubierto de astros que parecían moverse, brillantes, chispeantes, luminosos. Pero no emitían ninguna luz, sólo la reflejaban, y tampoco creaban sombras. ¿Quién les daba fuerza y calor? William sentía que le fallaba la respiración y sus rodillas temblaron, tuvo que sentarse, apretando el cuerpo contra la piedra lisa. ¿Era ésta la «rotonda», la iglesia secreta del santo Grial en el interior de la tierra? El suelo de la sala no era liso, por todas partes había piedras y hasta trozos de roca, pero todas ellas refulgían también con un resplandor plateado y dorado, como si allí hubiesen sido depositados los residuos de la más rica de todas las minas. ¿No podría ser también que alguien hubiese intervenido para impedir el acabado definitivo de aquella preciosa construcción?

Bajo la mirada de William, Roç y Yeza atravesaron la superficie pedregosa, sin lanzar ni una mirada a las piedras preciosas que brillaban entre las piezas cristalinas y los pedruscos minerales. Después, también el monje vio la piedra negra.

Se trataba de un gigantesco y negrísimo cilindro que sobresalía con un brillo mate del suelo irregular, como un proyectil que, procedente del universo, hubiese caído allí. Parecía totalmente redondo y de medidas perfectas, de un material visiblemente más duro que la roca de granito en la que quedó clavado sin reventar. ¡Una piedra así trabajada y de aquel tamaño, que cinco, seis y hasta ocho hombres no podrían haber rodeado con los brazos unidos, no podría haber sido trasladada ni siquiera por cien bueyes, ni diez mil esclavos podrían haberla movido con ayuda de cuerdas! En la superficie, ligeramente inclinada, se veía un hueco rectangular, como un sarcófago oscuro, lleno de agua clara hasta el borde. La superficie del agua le pareció a William

que estaba muy lisa, pero después vio que se rizaba, como si la recorriera un sople de aire.

El franciscano no pudo descubrir qué profundidad podría tener aquel hueco abierto con mucha precisión en la piedra, y cuál era la fuente de la que se alimentaba su espejo líquido. Le asaltó la idea de una extraña vulva en el vientre de la gran madre negra. A William no le quedó tiempo para avergonzarse de semejante obscenidad, o de sorprenderse de su fantasía, pues la mala conciencia le hizo sentirse inseguro y tropezó.

El ruido provocó que Roç y Yeza dieran media vuelta, y reconocieran a su viejo pícaro flamenco. Ella sonrió y Roç hizo un esfuerzo por no mostrarse enfadado.

—No tienes necesidad de seguirnos —le dijo, y sonaba como si en realidad le diera pena. Y añadió—: Querido William, hemos recorrido juntos un trecho largo, nos trajiste suerte en la aventura y nos diste alegría en la tristeza...

Roç se dio cuenta de que Yeza reprimía las lágrimas, la abrazó con cariño y puso fin a la despedida.

—Este último trecho de nuestro camino debemos recorrerlo solos, ¡aunque volveremos a vernos! —añadió rápidamente, pues también él sentía un nudo en la garganta.

William pasaba por una situación parecida. Dio media vuelta y empezó a subir la escalera. Pero en el último momento no pudo resistir la tentación y miró hacia atrás. Vio a Roç y Yeza detenidos junto al borde de la piedra negra.

—¿Ese hueco no te recuerda la piedra negra con la fuente, junto a la cual nos pintó Rinat? —La mirada de Roç parecía medir el hueco—. ¡Se ajustaría exactamente a este hueco! —exclamó con entusiasmo—. Incluso si...

Yeza le miró sorprendida.

—¿Tú crees que es importante? Desde nuestra infancia estamos recorriendo el mundo sin parar. Me gustaría saber qué nos espera ahora.

—También yo quiero saber quién soy —dijo él, pensativo—. Hasta ahora sólo sé lo que otros me han dicho, y con frecuencia hemos oído datos tan contradictorios como la vida que otros nos han obligado a llevar. —Se inclinó y la besó detrás de la oreja—. Cuando lo sepamos, tendremos ese hijo que tanto deseas, y que será el Mesías.

—Recorramos el camino hasta el final, amado mío —dijo ella con firmeza, y le miró con ojos que brillaban como las estrellas. ¿O estaba llorando?

William no llegó a saberlo, porque de repente vio el cáliz. Se trataba de un recipiente pesado, casi tosco, y lo vio junto al borde de aquel hueco. Había sido cortado evidentemente del mismo material que la piedra, o incluso era una parte de la misma, tal como había dicho también Jacobo. El cáliz le pareció bello a pesar de su forma robusta, y William se quedó impresionado, pues también le parecía misterioso,

y hasta peligroso.

Roç y Yeza también habían visto el cáliz, pero algo les detuvo y no se atrevieron a tocarlo. Él metió una mano en el agua. William miró alrededor, vio un nicho al comienzo de la escalera y, cediendo a su tendencia de hacer de protector de los dos jóvenes, o tal vez por el deseo de no quedarse marginado, el corpulento franciscano se metió en aquel escondrijo.

Roç recogió agua con la mano ahuecada y quiso beber, pero entonces Yeza, de repente decidida, cogió el cáliz negro. William vio que no lo llenaban de agua, sino que lo llevaban con mucha precaución a sus labios. Sacó la conclusión de que aquel recipiente contenía una bebida que les apetecía a los dos. Los vio beber alternativamente, y a William se le ocurrió que tal vez el contenido de aquel cáliz no se acabara nunca... ¿Sería magia? ¿Y si aquel lugar misterioso no representaba la puerta luminosa que conduce a las esferas invisibles del universo, sino la antesala seductora del reino de Lucifer? ¿El reflejo seductor del paraíso celestial? Un pensamiento cargado de orgullo y tozudez empezó a invadir la mente del gordo minorita: ¡él siempre había compartido el destino de los niños! Los acompañaría siempre, aunque fuesen camino del infierno.

Roç y Yeza se miraron, y después el joven arrojó el cáliz hacia las rocas. William oyó el golpe y vio las chispas que salían de las piedras al chocar el cáliz contra ellas. Pero la pareja real no prestaba atención. Yeza empezó a despojarse con parsimonia de la túnica blanca, y después ayudó a Roç a quitarse la suya. Se cogieron de la mano y los dos entraron, desnudos, en el hueco excavado en la piedra redonda. Para sorpresa del fraile, que respiraba pesadamente, el agua sólo les llegaba hasta las rodillas.

Se están abrazando como si se fueran a ahogar, pensó William, aún antes de darse verdadera cuenta de que los cuerpos de los jóvenes empezaban a hundirse, primero lentamente y después cada vez con mayor rapidez. William quería gritarles una advertencia, pero le falló la voz. Aterrorizado y mudo vio que el agua les llegaba de pronto hasta el pecho, les cubría después los hombros y finalmente se cerró por encima de sus cabezas, como si el noble Roç Trencavel y su atrevida dama Yeza Esclarmunda jamás hubiesen existido.

William saltó apresurado escaleras abajo y se dirigió tropezando hacia el hueco abierto en la piedra negra. El espejo de agua descansaba liso y oscuro, y durante un instante le pareció a William que el cabello rubio de Yeza se reflejaba allá en lo más hondo, aunque seguramente era un espejismo provocado por su imaginación. Regresó presa del pánico, corrió escaleras arriba, las lágrimas le cegaban la vista, mientras recorría el camino que le devolvió a la fresca mezquita de la colina del Templo.

## **Resucitados a la luz**

La mezquita Al-Aqsa descansaba en medio de la paz nocturna. Jerusalén dormía, y sólo Simón montaba guardia delante de la tienda de los templarios, detrás de cuyas lonas el anciano caballero Botho de Saint-Omer roncaba, durmiendo el sueño de los justos. Kefir Alhakim había vuelto a cerrar el edificio con la enorme llave, después de haber conseguido sacar de allí al sacerdote Gosset, al sufí Abu Bassiht y al viejo cabalista Ezer Melchsedek, seduciéndoles con una ventruda ánfora de buen vino reposado del monte de Sión. Los tres estaban sentados en el banco de piedra emplazado debajo de las columnas, junto a la Puerta Bella, y bebían felices. Kefir estaba a punto de aprovechar el favor de aquella hora nocturna y sentarse para hacerles compañía, cuando oyó unos golpes violentos que sacudían la puerta de la mezquita.

Abu Bassiht dijo con ironía:

—¡El demonio viene a buscarte, Kefir! ¡Se entera aún antes que tú de los más íntimos deseos de placer! —Pero no era el demonio, sino William, que balbuceaba, asustado y desconcertado:

—¡Socorro! ¡Ayudadme, amigos, Roç y Yeza se han ahogado!

—Pero ¿dónde? —preguntó Ezer—. ¿En qué lago?

—¡Seguidme! —insistió William—. ¡Os llevaré al lugar de la desgracia!

—¡Quién sabe si fue una desgracia! —exclamó Abu Bassiht, aunque se puso de pie—. ¡Tal vez hayan conseguido abandonar este mundo y alcanzar otro mejor!

—¡Queremos que nos lo aseguren ellos mismos! —respondió Ezer, muy escéptico, y en compañía de Gosset siguió al grupo que se dirigía al interior de la mezquita.

También Botho había despertado a causa del tumulto y salió adormilado de la tienda.

—¡La pareja real ha subido al cielo! —intentó explicarle Kefir la situación al templario, aunque no hizo más que aumentar el enfado de éste.

—¡Esos impostores sólo han podido irse al infierno!

Kefir recordó su cargo de *muftí* de los musulmanes y, al darse cuenta de que ya no había más testigos, concedió:

—Lo más probable es que se hayan ahogado. Tenéis razón: ¡sólo el verdadero Profeta puede ascender a los cielos!

—Tendrá que hacerlo descalzo —gruñó Botho—, ¡nunca a caballo!

Estaba a punto de retirarse cuando vio que en la plaza anterior al Templo se abría una reja de hierro, como las que cubren las cisternas, una reja que una mano invisible empujaba hacia arriba.

—El demonio —gimió Kefir, definitivamente derrotado—. *Alá ujfurli nafsi al jati'a!*<sup>[821]</sup>

Jordi sacó la cabeza del agujero.

—¡Un oso me ha traído hasta aquí! —exclamó—. ¡Me ha salvado la vida!

—¡No quiero saber nada más! —resopló Botho. Disgustado, cerró la cortina de la tienda a sus espaldas. También Kefir prefirió alejarse, de modo que el trovador, cuando hubo salido al aire libre, no encontró más que a Simón.

—¿Dónde están los demás?

Simón se alegraba de tener a alguien con quien hablar, aunque temía la ira del anciano. Se puso un dedo en los labios y juntos esperaron a oír de nuevo los ronquidos.

—El señor Jacobo ha ido a ver al rabino Jizchak, para despertar a los judíos, y el señor Lorenzo ha ido a ver al patriarca, para tranquilizar a los cristianos. Los demás... —Y señalando con el dedo el suelo que tenía a sus pies, murmuró—: ¡Allí abajo está el infierno!

—¿Quién ha dicho eso? —sonrió el pequeño trovador—. Lo único que yo sé es que allí abajo he perdido mi laúd.

—Podéis alabar al Señor sin instrumento.

—¡Pero no quiero! —dijo Jordi, y volvió a meterse en la cisterna.

Aunque el miedo por sus queridos niños había afectado a William hasta el punto de que seguía temblando, consiguió llevar al pequeño grupo al lugar de lo sucedido. Cuando Abu Bassiht, Ezer y el sacerdote Gosset traspasaron detrás de él la puerta de la dorada cámara mortuoria y se abrió ante ellos la ancha escalera, vieron que un extraño claroscuro inundaba todo, y no había ni rastro de la niebla luminosa que según el relato de William había iluminado con una luz azulada la sala de la cúpula. Gosset consideró que se trataba de una vulgar cueva, y en el caso de que Roç y Yeza se hubiesen metido en un pozo y se hubiesen ahogado allí, no podía imaginarse cómo iban a ayudarles. El ni siquiera sabía nadar, y mucho menos debajo del agua, y ni el sufí ni el cabalista serían capaces de hacerlo. Además, había pasado demasiado tiempo como para poder extraer sus cuerpos aún con vida. Pero el sacerdote no dijo nada, porque en ese instante oyeron unos sollozos procedentes del pie de la escalera. Como llevaban antorchas, pronto descubrieron al pequeño trovador, que lloraba, sentado en el último de los escalones, mientras miraba el laúd roto que sostenía entre sus manos.

—Me han abandonado —se quejaba—. ¡Jamás volverán!

William sentía envidia de las lágrimas del trovador, pues también él estaba desesperado. Había rodeado ya la piedra negra, buscando el cáliz, dispuesto a vaciarlo hasta el fondo sólo para poder volver a reunirse con sus pequeños reyes, pero aquel recipiente misterioso ya no aparecía tirado entre las piedras, adonde Roç lo había arrojado. En cambio vieron sobre el borde del hueco negro las dos túnicas albas, limpias y perfectamente dobladas.

Esto significaba, y sintió un escalofrío al pensarlo, que después de él alguien había estado allí.

Sus compañeros habían seguido a William, rodeaban la redonda piedra negra y exploraban con la vista el hueco abierto en la misma. El espejo de agua descansaba liso y tranquilo.

Jordi cesó en su llanto.

—He oído una voz como un trueno —les confió a los amigos—. Y creo haberla reconocido. —Pero no les explicó cuál era su sospecha.

—La voz exclamó: «¡Él puso fin a la oscuridad, y puso límites a la destrucción por medio de la piedra oscura y su sombra de muerte!»<sup>[823]</sup>

—Sólo puede haber sido Jacobo —se le escapó a Gosset.

Los demás sacudieron incrédulos la cabeza, pero Abu Bassiht confirmó:

—¡Fue él quien trajo el cáliz negro a Jerusalén, ese cáliz del que hablabas antes, William!

El sufí señaló el agua del hueco, cuya superficie empezó a ondularse como si una fuente la alimentara desde abajo. Jordi se limpió los ojos al ver que una luz azulada empezaba a inundar el aire por encima de la piedra. Las burbujas que se formaban en el agua hervían con más y más fuerza.

Todos recularon hacia las paredes, y de repente se hizo el silencio en la gran cueva. La luz azul adquiría más y más fuerza, y el agua empezó a formar olas. William, escondido entre las piedras, fue el primero en ver ascender de la profundidad la cabeza rizada de Yeza, después siguieron los cuerpos, la luz se hizo más y más clara, los envolvió a los dos y deslumbró los ojos de los espectadores ocultos.

Roç y Yeza aparecieron de nuevo en el centro del hueco, estrechamente abrazados, tal como los recordaba William. Después se separaron y echaron mano de las ropas preparadas. Se ayudaron uno a otro a vestir las túnicas y apenas hubieron ocultado su desnudez, se oyó un crujido en la estancia. En algún lugar reventó una pared de piedra y la luz azulada murió bajo los rayos dorados del sol naciente que entraban por una grieta en el muro exterior de la colina del Templo. Los dos jóvenes vestidos de blanco se cogieron en silencio de la mano y se dirigieron hacia la abertura en el muro.

Delante de ellos se extendía el valle, que a su vez descendía hacia el lago. La pareja real no prestaba atención a sus amigos, que iban saliendo de la grieta dispuestos a seguirles. Sólo Jordi permanecía sentado junto al borde de la piedra, y cuando William se acercó al trovador para despertarle de lo que parecía un sueño, se dio cuenta de que el enano se había quedado sin vida. Estaba frío como el hielo, y aunque su boca se abría en una sonrisa, tenía los ojos en blanco. William se asustó. No se atrevió a cerrarle los ojos al enano y siguió a los demás, decidido a no decir de

momento ni una palabra acerca de lo sucedido. Se sintió deprimido al comprobar que ni Roç ni Yeza se habían fijado en su fiel enano, al que tenían que haber visto, y que tampoco parecían recordar a ninguno de los viejos amigos cuando habían cruzado la estancia en un estado de aparente ausencia. Algo les había hecho cambiar.

William se estremeció y se apresuró a abandonar aquel lugar terrible, para sentir de nuevo el calor del sol.

## Las furias desatadas

Aun antes de empezar el día, el sonido del cuerno sagrado arrancó a los judíos del sueño. El rabino Jizchak jamás pudo descubrir quién se había atrevido a soplar el cuerno sagrado desde la muralla de la sinagoga. Algunos ancianos de su parroquia afirmaban haber visto al padre Jacobo, y pronto se extendió el rumor de que debían dirigirse, con su ropa de fiesta, hacia la colina del Templo, para abandonar la ciudad traspasando la vieja puerta doble, donde se encontraba ahora el albergue ruinoso de los derviches. Pero esta puerta hacía siglos que no se utilizaba. Cuando llegaron a ella, la vieron ampliamente abierta, sin que notaran la presencia de ningún guardia. El rabino condujo, dudoso y vacilante, a sus fieles al exterior. Allí vieron con espanto que por debajo de la pequeña puerta lateral que servía para ventilar las caballerizas del rey Salomón, la pared sur de la colina de Templo presentaba una enorme grieta, sin que nadie entre ellos hubiese notado el temblor de tierra que la habría originado.

El rabino observó desconfiado la nube negra que aparecía suspendida encima del valle, y se dio cuenta del extraño bochorno que reinaba en aquella hora de la madrugada. ¿Y si, en efecto, se había producido un temblor de tierra? El rabino pensó preocupado en Miriam, su única hija, a la que había dejado encerrada en casa para que aquel muchacho cristiano incircunciso no pudiese acosarla, una situación vergonzosa, tanto más ahora que el padre de aquel hijo malcriado ostentaba el cargo de *muftí*. Al rabino Jizchak no le quedó tiempo de pensar mucho en esos hechos tan lamentables porque sus gentes empezaron a gritar «¡Mesías! ¡Mesías!» y a bajar corriendo por la colina. En su histeria casi le tiraron a tierra, por lo que el rabino prefirió correr con ellos, aunque le pareció una actitud indigna.

De la grieta que mostraba el muro sagrado salió la pareja real, vestida de blanco. Los judíos detuvieron su carrera y formaron un pasillo que descendía por la pendiente. Los gritos cesaron. Roç y Yeza no les miraban, pero todos vieron que detrás de la pareja real salían de la grieta William de Roebruk y el sacerdote Gosset, incluso Abu Bassiht, el sufí, y ese tal Ezer Melchsedek, que se denominaba a sí mismo «el cabalista», y que no era más que un charlatán procedente de Alejandría.

El rabino no sabía qué hacer. ¿Y qué hacía su gente? Todos echaron a andar como corderos detrás de la pequeña procesión que se dirigía hacia el valle, encabezada por



la pareja real.

El sufí fue el único que se separó del grupo, y a él se dirigió el rabino, pues estaba curioso por enterarse de lo sucedido. Además, le preocupaba el daño que había sufrido la muralla del Templo.

—¿Cómo es que los señores no pueden salir por una puerta, como hacemos todos, si quieren bañarse en el lago? —gruñó con enfado.

—«El gran amante llegó de noche y se alejó al primer rayo de sol.» ¿Por qué los amados no iban a traspasar el muro antes de que la mañana se convirtiera en día?

El rabino se asustó.

—¿No irán a abandonarnos? —gimió—. Estamos dispuestos a honrarles como honramos el pan de cada día.

Pero el sufí se echó a reír y se alejó danzando, y el rabino Jizchak se apresuró también, para no perder al grupo.

La primera piedra arrojada por la muchedumbre de los cristianos, que salía con gritos cargados de odio por una de las puertas y se aprestaba a lanzar una lluvia de piedras sobre los judíos, le dio a él en la frente. Los enfurecidos cristianos estaban pensando en atacar con palos y hoces a aquel grupito de judíos cuando de repente cayó sobre ellos, procedente del otro lado del Monte de los Olivos, un grupo de gente armada encabezado por el Halcón Rojo, que justamente acababa de alcanzar las murallas de Jerusalén con los hombres que el sultán de Damasco le había confiado.

El emir ordenó a los arqueros de Damasco que se arrodillaran y sus flechas acabaron con los primeros atacantes, diezmando también a las masas que les seguían. Los sobrevivientes gritaban enfurecidos, pero regresaron tropezando y volvieron a meterse, aullando y blasfemando, por la puerta de la que acababan de salir.

William y Gosset se habían arrojado al suelo cuando se inició el ataque, sólo Ezer seguía caminando muy erguido, sin prestar atención a la flecha perdida que llevaba clavada en su espalda. La pareja real no miraba ni a derecha ni a izquierda, y mucho menos hacia atrás. Ni siquiera cuando Ezer Melchsedek dijo en voz muy alta a sus espaldas:

—¡Este día no nos trae suerte! —Y cayó de bruces sobre la senda pedregosa.

Para los judíos que le acompañaban, aquella era una mala señal, y se detuvieron junto a Jizchak, su guía espiritual, que también yacía en tierra, hasta que se dieron cuenta de que no se movía. Entonces cargaron al rabino sobre sus hombros y dejaron tirado al cabalista, iniciando con grandes lamentos la retirada.

William y Gosset se levantaron del polvo, se dieron cuenta de que no sufrían daño y se acercaron a Ezer Melchsedek. Comprendieron que el cabalista estaba muerto, y mientras Gosset murmuraba una oración, retomaron el camino, al observar que Roç y Yeza se habían alejado un buen trecho.

El Halcón Rojo había reservado a los jinetes de Damasco, empleando de momento sólo a los arqueros, para tener una retaguardia que pudiese proteger a la pareja real y a los dos acompañantes que les quedaban. Él mismo bajó a caballo por el Monte de los Olivos, para enterarse de boca de Roç y Yeza hacia dónde deseaban dirigirse y qué podía hacer para protegerlos.

El emir y su escudero habían llegado a media altura de la colina cuando vieron en el monte Sión, enfrente, al ejército de los sanjuanistas. El Halcón Rojo creyó reconocer al mariscal de Ronay.

En esos momentos persistía entre la orden de los hospitalarios y Damasco un acuerdo tácito de no molestarse unos a otros. Cuando la falange vestida con túnicas rojas, que ostentaban una cruz blanca sobre el pecho, se acercó lo suficiente, el emir comprendió que la sangre había teñido aquellas vestiduras hasta el punto de que ya casi no se veían las cruces. Algunos caballeros, aunque no parecían pertenecer a la orden, enarbolaban orgullosos unas cabezas cortadas en sus picas y, a juzgar por los turbantes, se trataba de cabezas de musulmanes.

El Halcón Rojo no conocía al señor Julián de Sidón, pero sí reconoció la cabeza de Kefir Alhakim ensartada en la lanza de aquél. Poco antes, el *muftí* le había dado, entusiasmado, la bienvenida en nombre de los seguidores del Profeta, afirmando que el Islam pasaba por momentos difíciles desde que Roç y Yeza habían entrado en la ciudad de Jerusalén. No porque ellos tuvieran la culpa, sino porque su aparición había despertado a los perros dormidos, sobre todo a los cristianos. De momento sólo se oían sus ladridos, aunque pronto pasarían a morder. Cuando vio el turbante excesivamente grande del *mufti*, el Halcón Rojo se convenció de que, en efecto, así sucedería, y recordó también su origen mameluco. Pero antes de dar la señal de atacar, quería esperar hasta que los sanjuanistas hubiesen llegado al fondo del valle. Envió a Alí, el hijo del sultán, a quien no había querido dejar al cuidado de su mujer, para que avisara a los arqueros de Damasco de que debían abaldonar a su suerte a la pareja real y ocupar ambos lados de la pendiente.

Roç y Yeza seguían adelante como dos seres que caminan en sueños, sin importarles cuanto se estaba tramando a sus espaldas. William y Gosset les seguían tropezando, pues la senda era pedregosa, algo que al parecer no molestaba a los primeros. La pareja real no hablaba con nadie, ni siquiera entre ellos, y sus dos acompañantes lo consideraron muy extraño, aunque no se atrevieron a dirigirse a los jóvenes.

Puesto que los sanjuanistas, contra todo lo que cabía esperar, no bajaron al galope hacia el valle, sino que se detuvieron en formación cerrada a la misma altura a la que se encontraba él, el Halcón Rojo decidió emplearse a sí mismo como reclamo. Bajó el resto de la pendiente, hizo bailar a su alazán y levantó en ademán provocador la

espada y el escudo. La falange de caballeros no se movía, pero el señor Julián y sus compañeros sí aceptaron el reto. No se dieron mucha prisa. ¿Qué podía hacer un jinete solitario, que además era musulmán, contra todos ellos?

Fue entonces cuando pasó a su lado, montaña abajo, haciendo volar las piedras sueltas, un caballero del Temple. Era Botho de Saint-Omer, y su *clams* blanca estaba tan manchada de sangre que de lejos se le podía confundir con un sanjuanista.

—¡Ese maldito mameluco es mío! —les gritó con voz estentórea a los sorprendidos señores de Sidón y Montfort—. ¡No os atreváis a robarlo a mi espada!

El señor Julián se detuvo. Aquel viejo loco ya le había llamado la atención cuando en las callejas del barrio de los judíos encabezaba al populacho cristiano y diezmaba a los hijos de Israel como si quisiera ganarse el cielo con ello. Mataba a todos, viejos, mujeres y niños, incluso a la comitiva fúnebre que acompañaba al rabino muerto, de modo que a los demás cristianos apenas les quedó algo que hacer para dar un final glorioso al *pogrom*<sup>[824]</sup>. Jean de Ronay había escoltado a los supervivientes hasta el palacio del patriarca.

Ahora aquel iracundo caía sin perder tiempo sobre el emir, y sólo el hecho de que por un extremo descuido llevara aún el escudo a la espalda le protegió de las consecuencias mortales del rápido golpe que le asestó el Halcón Rojo, después de cederle el paso. El templario cayó sobre el cuello de su caballo, al que pudo detener a cierta distancia para respirar. Entonces Botho de Saint-Omer vio por primera vez la nube negra que amenazaba tempestad y parecía acercarse, lenta y amenazadora. Comprendió enseguida por qué le parecía que aumentaba el bochorno. A pesar de ello, se colocó el escudo abollado delante del pecho, bajó la visera y preparó la lanza. Cuando quiso ponerse en marcha apareció a sus espaldas, por el lado de la salida del valle, un caballero de la orden teutónica, un anciano de barba blanca como él mismo. Botho gritó:

—¡Atrás! ¡Exijo paso!

Pero en lugar de obedecer, el otro le golpeó, haciéndole perder la lanza.

—¡Nadie le habla así a Sigbert von Öxfeld! —oyó decir a su oponente, en lugar de la disculpa esperada.

Botho de Saint-Omer se quedó sin habla. Entretanto, Sigbert había llegado junto al Halcón Rojo, que se preparaba para la próxima pasada.

—Aún sois joven, Constancio, y tenéis una mujer que os ama.

El comendador le cerró el paso al emir y después añadió, muy serio:

—Detendré a esa horda en vuestro lugar. Mientras, ¡podéis dirigiros a Siloah! Allí los templarios, encabezados por la cara de ángel de Gisors, han montado una barrera para detener a Roç y Yeza, si no es que pretenden algo peor...

—¿No eran sus protectores? —preguntó el emir, incrédulo, aunque dispuesto a obedecer la propuesta.

—¡Los perros se han convertido en lobos! —resopló Sigbert con desprecio. El viento caliente le soplabla la arena a la cara, y también su caballo, presintiendo la tempestad, se mostraba intranquilo.

—¡Lo primero que haré ahora es inutilizar a ese viejo loco!

El comendador clavó las espuelas a su caballo cuando vio acercarse, profiriendo unos gritos blasfemos, a Botho de Saint-Omer, que había recogido su lanza y la dirigía hacia él. Pero el teutón la hizo resbalar en su escudo y cuando el templario pasó por delante, le dio un golpe sobre el yelmo que hizo tambalearse al otro. Sigbert apretó los dientes y dio al templario un segundo golpe por detrás, en la nuca, que derribó al viejo del caballo.

A Julián de Sidón se le escapó un grito de rabia, y sus compañeros lo tomaron como una invitación para arrojarse sobre cualquier enemigo que se les pusiera delante. Sigbert von Öxfeld contaba con toda seguridad el doble de años que la mayoría de aquellos jóvenes deseosos de pelear, pero consiguió defenderse durante bastante tiempo contra todos ellos. Sin embargo, muchos perros acaban con el más fuerte de los osos. Cuando el viejo comendador apenas era ya capaz de levantar el brazo con la espada, Jean de Ronay, el mariscal de los sanjuanistas, intervino con algunos de sus caballeros, provocando sin querer una ampliación de aquel combate, que quedó convertido en batalla.

Alí, el hijo del sultán, que no tenía experiencia en la lucha pero sí poseía una excelente formación para el combate, y a quien el Halcón Rojo había mandado atrás para que condujera al ejército ayubí hacia Siloah, no pudo resistir la tentación cuando advirtió la presencia de los sanjuanistas allá abajo en el valle. Todo el ejército musulmán a caballo bajó la pendiente del Monte de los Olivos, camino de su perdición. Los caballeros hospitalarios olvidaron sus divergencias con Julián de Sidón y recibieron al enemigo haciendo un frente común, de modo que los animales se metieron directamente en las lanzas apoyadas contra las rocas. Los guerreros supervivientes acabaron en una lucha cuerpo a cuerpo.

Junto al lago Siloah sólo se oía un estruendo que podía atribuirse a la nube negra que se acercaba cada vez más, y que pronto cubrió todo el cielo al sur de la ciudad. El viento levantaba nubes de polvo.

## **En el Apocalipsis muere toda esperanza**

El Halcón Rojo vio de lejos la pareja que caminaba sin detenerse ni mirar atrás. En sus largas túnicas blancas, Roç y Yeza parecían dos ángeles perdidos, y detrás de ellos se tambaleaba la viva imagen de ingenua sencillez y afecto emotivo, el gordo franciscano en su hábito marrón. Aun más atrás caminaba el sacerdote Gosset. No prestaba atención ni al peligro que se acercaba amenazante a sus espaldas, ni a las

nubes negras que se levantaban ante sus ojos. Llevaba la cabeza agachada y rezaba en silencio.

El Halcón Rojo detuvo su alazán. Roç y Yeza le parecían dos figuras luminosas procedentes de otro mundo, y el contraste se veía reforzado aún por la muralla densa que formaban frente a ellos los caballeros de la orden del Temple. Todos llevaban cerradas las viseras de sus yelmos redondos, de modo que no había allí ni un rostro humano que saludara a Roç y Yeza. Sólo unos ojos duros miraban por las estrechas ranuras troqueladas en su chapa de hierro de aquellos cascos alargados y deformes. Los caballeros no llevaban las lanzas preparadas para atacar, sino que las sostenían en posición vertical, lo cual reforzaba el efecto de una pared impenetrable.

Delante de ellos bailoteaba el caballo blanco de Guillem de Gisors. Su *clamys* parecía más blanca que la de los demás caballeros, y la cruz escarlata con extremos acabados en garras se destacaba como una herida grotesca. El Halcón Rojo decidió no intervenir de momento, sólo observar si los templarios se atreverían, en efecto, a cerrarle el paso a la pareja real, o incluso a detenerlos. Quería esperar el refuerzo del ejército que Alí debía conducir hasta allí.

Los ruidos de la batalla intranquilizaron al emir. Su mirada recorrió las pendientes de la montaña de Sión, donde, escoltado por unos templarios, apareció de repente un palanquín negro. Sus portadores lo dejaron en tierra y permanecieron inmóviles a su lado. La cortinilla del palanquín no se movió; sin embargo, el Halcón Rojo sintió en su cuerpo la mirada de la invisible.

Al vanidoso Guillem de Gisors le sucedía lo mismo. Como si alguien se lo hubiese exigido, abrió la visera, y a regañadientes obligó a su caballo a ascender la pendiente. A la *grande maîtresse* no le gustaba que la hicieran esperar. Pero esta vez el templario estaba dispuesto a demostrar a su madrastra que no podía llamarle la atención, como hacía siempre, ante los caballeros reunidos. Al alcanzar la primera terraza, Guillem volvió el caballo y negó a Marie de Saint-Clair el saludo de obediencia.

Aquél era precisamente el instante en que Roç y Yeza estaban a una distancia de sólo tres cuerpos de caballo de los templarios, y Sigbert, agarrado al cuello de su montura, pasó como un rayo por delante del emir y ante la pareja real, antes de caer con estrépito al suelo. La sangre le manaba de varias heridas y su caballo no volvió a ponerse en pie.

El Halcón Rojo, alertado, esperaba que Roç y Yeza se ocuparían de su viejo amigo, pero tuvo que ver cómo los dos, sin perder una mirada en el anciano tirado en el suelo, pasaron de largo. Entonces el emir sintió una punzada en el corazón y durante un instante pensó con amargura y rabia que debía llamarles la atención. Pero ya era tarde, pues Roç y Yeza habían alcanzado el frente de los templarios sin detener ni un segundo el paso.

Cuando casi tocaban ya las bocas de los caballos, los templarios se apartaron en silencio y formaron un pasillo que la pareja real atravesó con la cabeza alta y sin mirar a derecha o izquierda.

Guillem de Gisors lo vio desde la colina y su alma se colmó de odio. ¡Aquéllos no eran hijos del Grial! ¡El demonio los poseía y traerían el mal al mundo! Con voz chillona gritó:

—¡Matad a esos demonios! ¡No los dejéis escapar!

Gisors bajó a todo galope pendiente abajo, y el Halcón Rojo fue a su encuentro antes de que alcanzara el campo abierto. Roç y Yeza, e incluso William, se habían alejado ya del alcance del templario. De ahí que éste, echando espuma por la boca, furioso ante su impotencia, la emprendiera a golpes con el sacerdote Gosset, al que partió la cabeza agachada, antes de revolverse contra el emir.

—¡Al infierno contigo, mameluco! —chilló el ángel con el rostro desfigurado por el odio.

El Halcón Rojo agarró la cimitarra por debajo de la empuñadura, abriéndose un corte en su propia mano, y golpeó al otro con la pesada pieza sobre el empeine de la nariz a la vez que le pasaba el canto por los labios, de modo que le rompió los dientes delanteros al mismo tiempo que le desfiguraba el rostro. Jamás volverá nadie a hablar de una cara de ángel, pensó el emir, que experimentaba una feroz satisfacción. Después ya se encontró en medio de la batalla que, como una cascada salvaje, inundó el valle de Cidrón, y vio a sus guerreros huyendo de los sanjuanistas mientras los templarios los atacaban de frente con las lanzas preparadas a la altura del pecho.

El pasillo se había vuelto a cerrar después de que William pudiese escapar, justamente como un atemorizado ratoncillo pardo de campo. El Halcón Rojo daba golpes a diestra y siniestra, intentando llegar hasta la pendiente. El palanquín negro había desaparecido del monte de Sión apenas le llegó el primer grito de dolor del de Gisors. Los aullidos posteriores se hundieron en la furia del viento. La nube oscura había descendido sobre el valle, hasta el punto de que el polvo levantado casi no dejaba ver nada al emir, que tuvo que asistir, sin que pudiese hacer nada, al espectáculo de cómo sus jinetes morían bajo las lanzas de los templarios, que levantaban chorros de sangre. Los caballeros no cedían, y los sanjuanistas que venían detrás acabaron con los últimos desesperados que intentaban huir.

Al emir le fue difícil no arrojarse de cabeza a la muerte. ¿Cómo habían podido llegar a esa situación? ¿Qué les había empujado a matarse unos a otros ante los muros de Jerusalén, como si se tratara de conquistar un imperio? El Halcón Rojo reconoció el cadáver de Sigbert, arrojado sobre el camino, y a su lado al sacerdote. Los combatientes acabaron pisoteándolos. ¿Cuántos perderían aún la vida intentando alcanzar un reino de la paz? ¡Roç y Yeza tenían que poner fin a todo aquello!

El emir consideró la posibilidad de cruzar el monte de Sión y situarse a la espalda

de los templarios, para así alcanzar a la pareja real. De todos modos, ya no quedaba nada del orgulloso ejército de jinetes que había traído de Damasco. Después vio que los sanjuanistas, apenas hubieron acabado en su borrachera de sangre con el último musulmán que llevaba turbante, se dirigían contra los templarios, y la sorpresa inicial les deparó un éxito total. Los caballeros de la túnica blanca estaban cansados de clavar las lanzas en sus enemigos, les pesaban los brazos y ya no escuchaban a sus mandos, mientras el mariscal de la orden hospitalaria todavía dominaba a sus hombres.

Cuando estaban a punto de acabar con los templarios, que resistían por pura inercia, cayó sobre ellos una horrible lluvia de flechas; el cielo se oscureció aún más, y muchos caballos acabaron revolcándose en el suelo, aplastando bajo sus cuerpos a los caballeros caídos o pisando con los cascos las cabezas de éstos. Desde la ciudad llegaban, cubriendo ambos montes como una plaga de langostas, los mamelucos al campo de batalla, salvando de paso la vida a algunos templarios. Los ojos del Halcón Rojo buscaron al cabecilla y vio que no era Baibars el que mandaba aquella tropa, ¡sino el horrible Naiman! ¡Un hombre que ni siquiera era oficial y tampoco mameluco, sino una criatura bizca de Qutuz, un agente miserable de los servicios secretos de El Cairo! Éste se mantenía alejado de la matanza de los sanjuanistas, y miraba desde arriba, como si se tratara de una cacería de conejos.

En ese instante el emir vio a Alí, que intentaba defenderse de dos atacantes, y esta visión decidió al Halcón Rojo, que renunció a seguir a Roç y Yeza y se lanzó a la batalla. Ya hacía tiempo que todos luchaban contra todos, por lo que le resultó fácil llegar hasta el hijo del sultán.

—¡Los mamelucos han dado muerte a todos los perros cristianos de Jerusalén! — le gritó Alí, y sus ojos brillaban de contento.

—¡Cierra la boca! —exclamó el emir—. ¡No querrás que hagan lo mismo contigo...! —El Halcón Rojo se tragó la última parte de la frase cuando vio el rostro desconcertado del muchacho.

Aquel día todos se habían vuelto locos. Los cadáveres se amontonaban hasta el punto de que era difícil pasar sobre ellos montado a caballo. Ya no se distinguían amigos ni enemigos en medio de la sangre que bajaba por el valle de Cidrón.

—¡Fuera de aquí! —le gritó el Halcón Rojo a Alí, que parecía haberle encontrado gusto al combate, pues se encontraba de nuevo en medio de los que peleaban y se disponía a acabar con la vida de dos sanjuanistas. Después vio al de Gisors, y oyó gritar a un sanjuanista: «¡Maldito seas! El diablo se llevará tu alma...» Pero la frase se le atascó al caballero en el cuello cuando una flecha le alcanzó un ojo.

Guillem de Gisors reía y la sangre le corría de la boca destrozada y desdentada. Sus templarios, al verle, dieron media vuelta, asqueados, abrieron sus filas para dejar escapar a los últimos sanjuanistas, y se alejaron en dirección a Siloah. Guillem de

Gisors los miraba, y el polvo que levantaban los huidos se le metió en la boca.

—¡Matad a todos! —chilló cuando un golpe lo alcanzó en el hombro. Cayó con la cara en el fango teñido de sangre y enmudeció.

Roç y Yeza habían dejado el lago Siloah sin mirar ni una sola vez hacia atrás. William avanzaba, tambaleándose, a sus espaldas. El viento caliente procedente del desierto aumentó en fuerza, y la arena que levantaba le oscurecía la vista. Tenía miedo de perder a los jóvenes. Se vio a sí mismo correr detrás, envuelto en una nube, y ese otro William sabía perfectamente que jamás los alcanzaría, aunque seguía poniendo un pie delante del otro, como no podía ser de otro modo. Delante de ellos se abría un terreno pedregoso y vacío. Ni siquiera han cogido agua de la fuente, pensó William, desesperado al comprender el increíble cambio producido en Roç y Yeza.

Recordó a Gosset, que había exclamado «Dios quiera que no beban de ese cáliz» cuando William había ido a buscarlo para que le ayudara a salvar a los que creía ahogados. Él, William, no había dicho ni una palabra del cáliz negro, ni había mencionado que los jóvenes ya habían bebido de él. Ahora poseían el conocimiento del Grial, y en eso le llevaban ventaja. Comprendió con profundo dolor que aquel conocimiento nada tenía que ver con la alegría, y que posiblemente iba más allá de toda comprensión humana. ¿Tal vez fuese, en último término, incluso inhumano?

William miró asustado alrededor. Entonces vio a los templarios acercarse al galope como si fuesen los jinetes del Apocalipsis, junto con los caballeros hospitalarios y seguidos por los últimos damascenos y la horda de los mamelucos. Llegaban todos unidos y esa conjunción, jamás vista antes, sólo podía ser obra del Maligno. ¿Acaso pretendía éste hacerse con la pareja real? Él, William, tenía que advertir a Roç y Yeza, de modo que abrió la boca para exhalar un grito, pero el viento ardiente lo ahogó. La tempestad se metió entre él y la pareja que se alejaba imparable, una pared altísima de arena y piedras le arrojó al suelo, lo que le protegió de ser destrozado por los guerreros. También ellos, amigos y enemigos, se vieron sacudidos y arrojados a tierra, la tempestad de arena cegaba los ojos de los caballeros, haciéndoles perder el sentido de orientación e incluso las ganas de alcanzar a la pareja real. Cada uno ya no luchaba más que por su propia supervivencia, por el aire para respirar, pero William, incluso en esta situación tan penosa, seguía pensando en sus amados jóvenes, en Roç y Yeza. ¿Y si ya no estaban en este mundo? A él, William, a su compañero desde la primera hora, no le sería ahorrada ninguna de las vicisitudes propias de este valle de lágrimas. Se sintió enterrado bajo la arena que le llenaba la boca y la nariz y amenazaba con ahogarle. Todos los amigos habían pagado su lealtad con la vida, sobre todo aquellos que siempre habían jurado no retroceder ante el infierno por proteger a la pareja real. Roç y Yeza habían bajado ellos mismos al infierno, lo habían atravesado, y ahora tal vez a él le esperaba lo mismo. El miedo



lo sofocaba y esperaba que las peores torturas le estuvieran destinadas a él, a William, el más fiel de los fieles, el más adepto, el que siguiendo sus huellas había permanecido a su lado hasta el último momento, entregándose así paso a paso al demonio. William hizo un último esfuerzo en evocar la imagen de Yeza, vio que ésta le hablaba, que movía los labios, pero no podía oírla.

Después oyó otra voz:

—Llamé a los espíritus del viento para que la pareja real pudiera alcanzar su verdadero destino.

William levantó la vista y vio a Arslan, que le tendía la mano para ayudarlo.

—Tú eres su único protector verdadero —le dijo con amabilidad mientras le ayudaba a ponerse de pie—, porque tú les quieres por ellos mismos. Todos pretendían amar el reino de la paz, pero siempre en nombre de sus propios ídolos, a los que rezan y en cuyo nombre se matan unos a otros.

Ante los ojos de William se fue aclarando el aire, la tempestad amainó y al fin sus ojos pudieron atravesar el desierto. Vio a Roç y Yeza en la lejanía, mirándole a él, y sintió que le inundaba la felicidad. Después oyó la voz de Yeza:

—El que quiere alcanzar el santo Grial tiene que estar dispuesto a quemarse en la luz más ardiente, para ver a Dios en todo su esplendor.

—Y al mundo del demiurgo —añadió Roç— en toda su miseria.

Luego le dieron la espalda y siguieron caminando.

—¿Qué es el Grial? —gritó William detrás de ellos. No obtuvo respuesta, pero Yeza sí le regaló una última mirada. Dejó caer sobre su fiel protector la luz de sus ojos como estrellas, y le hizo ver la compasión que sentía hacia el mundo en que él se quedaba.

William cerró agradecido los ojos. Vio las dos figuras alejarse cada vez más, aunque le parecían tan cercanas que comprendió que siempre estarían con él.

Eso le sirvió de consuelo. Haberlo comprendido le daba la seguridad de que el último misterio de la Creación jamás podría ser definido con palabras por el ser humano. Sólo Dios conocía las palabras:

*En arche an ho logos*<sup>[825]</sup>

# GLOSARIO

## EL SECRETO DE LOS TEMPLARIOS

### LUCIFER EN REDAE

- [1]*Rinat le Pulcin*: pintor cortesano, que sigue a Roç y Yeza, los hijos del Grial. <<
- [2]*Gosset*: sacerdote que fue confesor personal del rey Luis IX, enviado por éste para acompañar supuestamente a los hijos del Grial y a los minoritas William de Roebruk y Bartolomeo de Cremona, a la corte de los mongoles. <<
- [3]*clericus maledictus*: (latín) sacerdote de mala fama. <<
- [4]*Trencavel*: nombre de la estirpe de los vizcondes de Carcasona (Vescomtat de Carcassey), estrechamente emparentados con la casa soberana de Tolosa, Occitania, que en su mejor época podía compararse, en cuanto a poder y extensión, perfectamente al reino francés. Los representantes de la casa de Occitania se titulaban, dado su origen godo, sencillamente comtes de Tolosa, de ahí que los condados de los alrededores adoptaran el título respetuoso de vizcondes. El nombre Trencavel se transformó, con la evolución de las leyendas en torno al más famoso de esta estirpe, Roger Ramón II, en Parsifal. <<
- [5]*cher clerc maudit*: (francés) querido clérigo maldito. <<
- [6]*Filipo*: criado y escudero de Roç, de origen griego. <<
- [7]*cimitarra*: espada árabe curva, casi siempre de origen damasceno. <<
- [8]*E cels...*: (francés antiguo)
- Y los de Carcasona se armaron bien.  
Ese día darán golpes y los cobrarán.  
Y por ambas partes habrá muertos bañados en sangre. <<
- [9]*Peireiras...*:
- Las ballestas y las catapultas están dirigidas hacia las murallas,  
dispararán (a la fortaleza) de día y de noche, de cerca y de lejos.  
Y cuando lo vio [al rey], acudió el vizconde  
y todos sus caballeros sintieron una gran alegría.  
(«La conquista de Carcasona», de: *Las cruzadas contra el sur* 1209-1219,  
Guilhèm de Tudèla y otro autor anónimo, siglo XIII.) <<

[10] *Baró...*: (estribillo)

Barón de Quéribus,  
Xacbert de Barberá,  
león en la batalla. <<

[11] *occitano*: de Occitania, el «país del Oeste», la «tierra de Poniente», situada en el sudoeste de la Francia actual, que formaba un principado con cultura e idioma propios, y que hasta el siglo XIII era independiente del reino francés (condado de Tolosa); su fundación es gótica. <<

[12] *Xacbert de Barberá*: (1185-1275), llamado *lion de combat*, guerrero occitano y cátaro excomulgado por el Papa, que a raíz de su resistencia permanente, aunque finalmente fracasada (Tolosa 1218-1219 y Carcasona 1240-1241) se vio obligado a marchar repetidas veces al exilio. Bajo el rey Jaime I de Aragón participó en la conquista de Mallorca y con su protección se atrincheró finalmente en el fuerte de Quéribus. Xacbert estaba emparentado con los Trencavel de Carcasona y con los condes de Foix. <<

[13] *Jaime de Aragón*: don Jaime el Conquistador, rey de Aragón (1213-1276), recuperó de los moros las islas Baleares y los emiratos de Valencia y Murcia. La reconquista del sur de España por los reinos cristianos del norte, en especial por Castilla y Aragón, finalizó con la caída de Granada en enero de 1492. <<

[14] *Quéribus*: el castillo inconquistable de Xacbert de Barberá, que por traición del renegado Oliver de Termes cayó en manos del senescal de Carcasona y, en consecuencia, de la corona de Francia. <<

[15] *senescal*: alto funcionario de la corte franca, encargado de la intendencia, del sistema militar y de la jurisdicción. <<

[16] *Oliver de Termes*: nació en 1198; su padre Ramón de Termes fue asesinado después de la caída de la ciudad en 1211; su tío Benoit de Termes era obispo cátaro de Redae (Razès). El feudo de Termes fue entregado a Alain de Roucy, que en la batalla de Muret, en el año 1213, mató a Pedro II, rey de Aragón. Oliver, declarado maldito (*faidit*), apoyó al último Trencavel. Después del fracaso de éste se pasó a la bandera de Francia, y se transformó en enemigo encarnizado de Xacbert de Barberá, que seguía oponiendo una resistencia encarnizada a los franceses. <<

[17] *Jordi Marvel*: trovador, miembro del séquito de los hijos del Grial. <<

[18] *Roç y Yeza*: los hijos del Grial.

Roç, cuyo nombre completo era Roger Ramón Bertrand, nació hacia 1240-1241, de padres desconocidos. Adoptó más adelante los apellidos Trencavel du Haut-Séгур, que hacen referencia a la línea extinguida de Parsifal. El hijo de Parsifal (vizconde de Carcasona), Roger Ramón III, había muerto en 1241 al intentar la reconquista de la ciudad de Carcasona.

Yeza, Isabel Constancia Ramona, nació en 1239-1240, de padres desconocidos. Adoptó los nombres Yezabel Esclarmunda du Mont y Sion. Su madre probablemente no fuera la famosa Esclarmunda de la leyenda de Parsifal, sino Esclarmunda de Perelha (Pereille), hija del castellano de Montségur, y su padre es posible que fuera el hijo bastardo de Federico II, Enzo, nacido en 1216, que en 1272 murió prisionero en Bolonia, aunque también es posible que el propio emperador fuera el padre. Los niños fueron salvados en 1244, poco antes de la capitulación del Montségur, por encargo de la *Prieuré* de Sión, por los caballeros Crean de Bourivan (hijo de John Turnbull), Sigbert von Öxfeld (comendador de los caballeros teutónicos) y Constancio de Selinonte, alias el Halcón Rojo, así como Gavin Montbard de Béthune (preceptor de la orden templaria), y puestos al cuidado de la condesa de Otranto. El sobrenombre hijos del Grial expresa la suposición de que fueran portadores de la sangre real de la casa de David. <<

[19] *Grial*: el Grial era el gran misterio, que sólo se revela a los iniciados y que conmovía no solamente a los cátaros, sino a muchas personas en la alta Edad Media. Hasta hoy no se ha aclarado si el Grial representa un objeto (una piedra, el cáliz que recogió unas gotas de la sangre de Cristo, o un tesoro), o un saber secreto relacionado con la dinastía de la casa real de David y referido a Jesús el Nazareno, trasladado después al mito celta de los caballeros del Grial que se reunían en torno a la mesa del rey Arturo. Además, y desde la derrota de los merovingios, subsiste la teoría de que el santo Grial podría ser, en realidad, una deformación de San Gral, Sang Réal, es decir, sangre real. En la tradición alquimista, el Grial se confunde con la piedra filosofal. <<

[20] *Grazal dos tengutz...*: (occitano-catalán)

Dos bellos niños del Grial  
fueron salvados del mayor peligro  
en la última noche del Montsalvat.  
Muchos caballeros expusieron su vida  
por Roç y Yezabel, los hijos del Grial.

Desde entonces están en boca de todos  
Roç Trencavel y su Esclarmunda. <<

[21] *Papa di Roma...*:

El Papa de Roma atenta contra su vida  
pero los protege el poder mágico de Sión.  
Los salva al cruzar las honduras del mar  
y Bizancio está a sus pies  
Roç y Yezabel, los hijos del Grial  
Eternamente se hablará del Trencavel y su Esclarmunda.  
(Balada *Los hijos del Grial*, de Peter Berling) <<

[22] *Grazal los venatz...*: (occitano-catalán)

Guardianes del Grial  
atraviesan el desierto de los tártaros  
dominan al anciano de la montaña  
conquistan la corona de los mundos  
Roç y Yezabel, los hijos del Grial  
Roç Trencavel y su Esclarmunda.  
*Los hijos del Grial*; v.a.). <<

[23] *Capetos*: (del latín *cappa*, capa) estirpe real francesa que reinó desde 987 (empezando con Hugo Cappacorta, 987-996), hasta la Revolución Francesa. Hacia finales del siglo XII gobernaba en la Île de France, con París, los condados de Flandes, la Champaña y Blois, así como el ducado de Borgoña. Todo el sur de Francia (la Provenza, el reino de Borgoña, el Arelato y Lorena, eran ya parte del Imperio germano); el poderoso condado de Tolosa era independiente, el Languedoc y el Rosellón eran feudos aragoneses a este lado de los Pirineos, y por tanto no formaban parte del reino de los Capetos; lo mismo que el gran ducado de Aquitania (Guyena, Poitou, Gascuña), que por matrimonio de Leonor había pasado a pertenecer a los Plantagenet de Inglaterra. Estos últimos, de todos modos, también reclamaban sus tierras de origen en Normandía, Bretaña y Anjou (con Maine, Marché y Touraine). <<

[24] *Ni sangre reis...*: (occitano-catalán)

Nunca se vio en todo el ancho mundo  
a alguien más noble de sangre real  
a otra dama más bella, inteligente y valerosa,  
su reino secreto es el amor  
para que por encima de todo

venza la esperanza humana.  
Roç y Yezabel, los hijos del Grial,  
héroes de la última hora.  
Roç Trencavel y su Esclarmunda.  
(*Los hijos del Grial*; v.a.). <<

[25] *E tant...*: (occitano-catalán)

Y mientras exista la montaña  
no luchará un caballero mejor,  
ni cerca ni lejos, ni habrá otro más noble  
unido a la bondad de su corazón.  
(*La conquista de Carcasona*; v.a.). <<

[26] *pog*: (francés) peñón, véase Montségur. <<

[27] *Bezù de la Trinité*: inquisidor de Occitania, dominico. <<

[28] *Fernand le Tris*: capitán francés al servicio del senescal de Carcasona, hermano de  
Bezù de la Trinité. <<

[29] *faidits*: (francés) los condenados (del árabe: *faida*, *fatwa*); aún hoy se utiliza esta  
palabra en el espacio mediterráneo para designar a alguien perseguido por  
motivos de venganza. <<

[30] *Montségur*: (Monsalvat) el más famoso de los castillos cátaros, situado sobre un  
peñón (*pog*) en Ariège (condado de Foix). Esclarmunda de Foix hizo ampliar este  
castillo en 1204, convirtiéndolo en fortaleza, y hasta 1244 fue uno de los últimos  
bastiones de los cátaros en el sur de Francia, y resistió las cruzadas contra los  
albigenses. En el peñón existía, antes de construirse el castillo de Montségur, un  
lugar de culto de los celtas. La ruina se conserva bien y puede visitarse en la  
actualidad. <<

[31] *Mas cò qu'es...*: (occitano-catalán)

Ningún hombre puede sustraerse a lo que decide el destino...  
murió después de la medianoche cuando clareaba el día.  
(*La conquista de Carcasona*; v.a.). <<

[32] *Ladoncs...*: (occitano-catalán)

Se oyó entonces a mucha gente  
lamentarse en alta voz.  
(*La conquista de Carcasona*; v.a.). <<

[33] *trovère*: (occitano) trovador. <<

[34] *catarismo*: (del griego *hoi katharoi* = los puros) fue un movimiento de renovación religiosa, que se separó radicalmente de la Iglesia oficial, la católica romana. En el Languedoc, en el sudoeste de Francia, estos «herejes» tuvieron muchos adeptos, al igual que en Provenza, Lombardía y en los Balcanes. La teoría de los «puros» se basaba en las creencias de las primeras comunidades cristianas, la diáspora judía y los druidas celtas, y se desarrolló en el transcurso del siglo XII hasta convertirse en un contrapoder peligroso para Roma. La austeridad de los sacerdotes cátaros proporcionó a los «herejes» muchos adeptos entre la gente sencilla, aunque también la nobleza local aceptaba sus creencias, dado que los sacerdotes cátaros, a diferencia de los de la Iglesia de Roma, no pretendían un poder terrenal. La religión cátara situaba a sus adeptos en una alegre espera del paraíso, y proporcionaba a los nobles un ideal común, consistente en la búsqueda del santo Grial. Los cátaros exigían que los individuos fueran pobres, en cambio admitían que la comunidad tuviese propiedades. Las comunidades cátaras elegían a sus obispos (también en Carcasona existía un obispado cátaro) que, sin embargo, no reclamaban poder, sino que se limitaban a organizar la vida religiosa. La máxima instancia decisoria era el concilio de los «perfectos». A principios del siglo XIII tuvieron lugar varias cruzadas contra los cátaros, que no consiguieron destruirlos. El arma decisiva para aplastarlos fue la «contramisión» de los dominicos. Para combatir a los herejes, la Iglesia desarrolló el procedimiento de la Inquisición, cuyas prácticas se reflejan en parte en algunos *Manuales*, siendo los más importantes los *Practica officii inquisitionis* (1324) de Bérnard Gui, un dominico del sur de Francia. La creación de los tribunales de la Inquisición fue un proceso largo y aún poco aclarado; puede considerarse que su origen está en la bula *Ad abolendam* (1184; papa Lucio III). Gregorio IX codificó en 1231 el procedimiento de la Inquisición, Inocencio IV lo resumió en la bula *Ad extirpanda* (1254) y reforzó sus normas. <<

[35] *Rennes-le-Château*: conocida sede templaria en el sudoeste de Francia, que surgió de la antigua ciudad gótica de Redae, y fue casi totalmente destruida por los conquistadores franceses durante las guerras contra los albigenses. <<

[36] *Aragón*: reino creado por Sancho el Grande de Navarra al morir (1035); su antigua capital era Jaca, en los Pirineos, después Zaragoza; en el siglo XII se le añadió el condado de Cataluña, con Barcelona. <<

[37] *preceptor*: (latín), en la Edad Media se empleaba para designar a los maestros (*Preceptor Germaniae*); fue título de honor de algunos ilustrados importantes (por ejemplo Hrabanus Maurus). <<

[38] *Gavin Montbard de Béthune*: nació en 1191 y fue preceptor de la sede de la orden

templaria en Rennes-le-Château. Su antepasado, André de Montbard, fue uno de los miembros fundadores y cuarto gran maestro de la orden del Temple, fundada después de la primera cruzada en 1096-1099. Conon de Béthune, de familia noble asentada en el norte de Francia, era un trovador que falleció en 1219, su hijo fue de 1216 hasta 1221 regente del Imperio Latino y murió en 1224. Gavin había sido utilizado en 1209, cuando era un caballero joven, por los dirigentes de la cruzada como heraldo, para ofrecer un salvoconducto al vizconde de Carasona (Trencavel = Perceval = Parsifal), promesa que fue quebrantada, pues el vizconde fue hecho prisionero y asesinado después. <<

[39] *templario*: la fecha y las circunstancias de la fundación de esta orden, la más poderosa de todas, rodeada de escándalos y misterios, que surgió en la Edad Media y que deriva su nombre del Templo de Jerusalén, son desconocidas. A los templarios se les atribuían tesoros fabulosos y secretos conocimientos místicos. Inmediatamente después de la conquista de Jerusalén (1099), tras la primera cruzada, algunos caballeros (parientes de Bernardo de Clairvaux) obtuvieron permiso para asentarse en un edificio lateral de la mezquita de Al-Aqsa, en la colina del Templo. En 1118 el primer gran maestro, Hugo de Payns, solicitó el reconocimiento como orden de caballeros, que obtuvo en 1120. La orden de los *Sacrae Domus Militiae Templi Hierosolymitani Magistri* fue disuelta en 1307, tras una historia que había durado casi 200 años, y después de un proceso por herejía (Felipe el Hermoso, rey de Francia, papa Clemente V). El último gran maestro, Jaques de Molay, murió en París, en 1314, en la hoguera. El tesoro de los templarios fue confiscado por el rey de Francia, sus tierras y sus sedes fueron repartidas, por ejemplo a la orden de los sanjuanistas. Muchos templarios escaparon a la detención huyendo al otro lado de los Pirineos, donde el rey de Castilla les permitió seguir existiendo como orden, aunque bajo otro nombre. La famosa flota de los templarios se desvió hacia Escocia. En estos dos países sigue existiendo la orden de los templarios hasta nuestros días, bajo la dirección de un gran prior. <<

[40] *gran maestro*: comandante supremo de una orden militar. <<

[41] *rey Luis*: Luis IX, nacido en 1214, rey de Francia, casado con Margarita de Provenza; ya en vida se le otorgaba el sobrenombre de «el Santo»; fue canonizado en 1297. Sus desgraciadas cruzadas dirigidas contra Egipto (1248-1254) y contra Túnez (1270) no le aportaron beneficios materiales, pero sí una gran popularidad, en una época en que la mística de las cruzadas sólo sobrevivía ya entre las capas bajas de la población. Bajo su gobierno, el contrato de Meaux (1229) puso fin a las guerras contra los albigenses; en 1244 cayó el Montségur. En el acuerdo de París, el rey Enrique III de Inglaterra le tuvo que ceder sus últimas posesiones en



el continente. Luis murió en 1270, frente a la ciudad de Túnez, durante la VII cruzada. <<

[42] *tímpano*: (griego) campo triangular encima de puertas o ventanas. <<

[43] *terribilis...*: «éste es un lugar terrible». <<

[44] *un final...*: Job, 28,3. <<

[45] *hic domus...*: (latín) «ésta es la casa de Dios». <<

[46] *El camino recto...*: versículos 2.21, citados según «El Sohar», p. 153. <<

[47] *shalom*: (hebreo) paz, fórmula de saludo. <<

[48] *clamys*: túnica blanca de los caballeros del Temple, adornada con una cruz escarlata de extremos acabados en garras, que representa el escudo de los templarios; se llevaba encima de la armadura. <<

[49] *Protopoma*: (griego) símbolo, imagen original, arquetipo. <<

[50] *gesta dei per francos*: (latín-occitano) «el gesto (especial) de Dios en favor de los franceses». Era una expresión tópica y habitual en la Edad Media. <<

[51] *Ecclesia catolica*: (latín) la Iglesia universal; denominación oficial de la iglesia católica romana de los papas. <<

[52] *Languedoc*: región en el sur de Francia que dispone de un idioma propio, la lengua d'Oc, entre los Pirineos y el bajo Ródano. <<

[53] *Rosellón*: provincia del sur de Francia, su capital es Perpiñán. <<

[54] *Jacobo ben Mordejai Gerunde*: cabalista de Gerona. <<

[55] *cabalista*: intérprete de la Cábala, enseñanza secreta de los judíos (desarrollada en los siglos IX-XIII); proporciona interpretaciones místicas del Antiguo Testamento y traslada sus conclusiones a cifras y fórmulas. <<

[56] *Pons de Levis*: descendiente de la familia de los condes de Mirepoix, vasallos del rey de Francia. <<

[57] *Mas de Morency*: descendiente de la antigua nobleza cátara, oriundo de los alrededores del Montségur. <<

[58] *Raúl de Belgrave*: de estirpe anglo-normanda residente en Leicester, que llegó al país acompañando a Simón de Montfort. <<

[59] *Pierre de Voisins*: senescal de Carcasona. <<

- [60] *Gengis-khan*: (1167-1227); unificó las tribus mongoles aprox. en 1195; soberano absoluto a partir de 1206. <<
- [61] *zodiakos kyklos*: (griego) zodiaco. <<
- [62] *centauros*: seres fabulosos y salvajes de la mitología griega, que tenían la parte superior del cuerpo como los humanos, la parte inferior y las patas de caballo. <<
- [63] *Dioscuros*: Cástor y Pólux, hijos de Zeus; gemelos de la mitología griega. Aquí se hace referencia a unas estrellas fijas del mismo nombre en la constelación de Géminis. <<
- [64] *solsticio*: (latín), el momento en que el sol, en su recorrido aparente, presenta la declinación máxima, resp. mínima; se trata del inicio del verano y del invierno (cuando el sol ocupa su posición más alta, resp. más baja sobre el horizonte). <<
- [65] *Quirón*: centauro famoso de la mitología griega; se avino a ocupar el lugar de Prometeo en el infierno y fue trasladado por Zeus a la constelación de Sagitario. <<
- [66] *Nessos*: el cazador, otro centauro de la mitología griega. <<
- [67] *equinoccio*: (latín) igualdad del día y de la noche, en las fechas en que comienzan la primavera (marzo) y el otoño (septiembre). <<
- [68] *águila*: este antiguo signo del zodiaco fue sustituido más adelante por el escorpión. Lo encontramos aún en el esquema astrológico del evangelista Juan. <<
- [69] *Priapos*: fauno de la mitología griega, con pie de macho cabrío, a veces dotado de cuernos, y siempre con un miembro muy grande y en erección máxima. <<
- [70] *Baffometi*: ídolo de tres caras, que se supone era adorado por los templarios; su nombre y su origen no han podido ser aclarados. <<
- [71] *colina del Gólgota*: se suponía lugar de ajusticiamiento público en Jerusalén, aunque en realidad formaba parte de un terreno privado, perteneciente a José de Arimatea. <<
- [72] *il-khan*: título de Hulagu (1218-1294), nieto de Gengis-khan, il-khan mongol de Persia. <<
- [73] *rotonda*: sala circular formada por una cúpula sobre columnas; lugar consagrado en el que se supone se celebraban los ritos secretos de los templarios. También se menciona como lugar propio de la mitología del Grial. <<

- [74] *oración de nishmat*: oración judía que se reza en la misa matutina de los sábados y días de fiesta. <<
- [75] *Gea*: (griego) diosa de la vida, de la tierra, esposa de Urano. <<
- [76] *hic sunt leones*: (latín) «aquí hay leones». <<
- [77] *terra incognita*: (latín) «tierra desconocida». <<
- [78] *astrolabio*: (griego) instrumento histórico usado por los astrónomos para medir los ángulos en la esfera celestial. <<
- [79] *Alamut*: fortaleza en las montañas persas de Jorasán, la más importante de las aproximadamente treinta que poseían los «asesinos»; era sede principal y residencia del *imam* de esta secta. Se sitúa al sudoeste del mar Caspio, junto a la antigua ruta de la seda. Actualmente, sus ruinas son de difícil acceso. <<
- [80] *asesinos*: secta secreta chiíta-ismaelita, con sede principal en Alamut, que en 1176 pudo establecerse también en Siria. Su primer gran maestro en esta región fue el jeque Rashid ed-Din Sinan, famoso y temido bajo el sobrenombre de «el viejo de la montaña». El término «asesinos» se deriva al parecer de *hashashin* (se decía de los miembros de la secta que consumían drogas) y la palabra se sigue manteniendo en el espacio mediterráneo. El uso del sobrenombre «el viejo de la montaña» se amplió a todos los sucesores en el cargo de gran maestro de los «asesinos» en Siria. <<
- [81] *Kasda*: hija de Mustafá ibn Daumir, alias Crean de Bourivan, embajador de los «asesinos»; astróloga en el observatorio de Alamut. <<
- [82] *Talmud*: (en hebreo = enseñanza), reúne las enseñanzas judías posteriores a la Biblia. Se compone de la Mishná y la Gemara, una colección de comentarios, explicativos y críticos, de los sabios sobre la Mishná; apuntes de los debates en las escuelas de Palestina y Babilonia; según estos dos centros existe el Talmud palestinese (Jerushalmi), y el babilonio, más extendido (Babli). <<
- [83] *Yebal Tarik*: (árabe) el actual Gibraltar, «montaña» o «roca cónica de Tarik», llamada así por el general de los Omayyidas que en el año 711, y procedente de Tánger, desembarcó allí en la Península y derrotó al ejército visigodo bajo Rodrigo. <<
- [84] *Atlas*: gigante de la mitología griega que, situándose en el borde del disco terrestre, soporta el peso del cielo; el mar que llevaba su nombre rodeaba supuestamente toda la Tierra. Después pasó a ser el nombre del océano abierto situado más allá del estrecho de Gibraltar (y que más adelante fue llamado

Atlántico). <<

[85] *Taxiarcos*: antiguo «rey de los mendigos» de Constantinopla, aquí se utiliza el título de Taxiarcos (griego = coronel) como nombre propio. <<

[86] *Beauséant alla riscossa*: (italiano-occitano) «¡Al rescate!» En un principio se trataba de una llamada de auxilio, cuando un caballero templario se encontraba en medio del combate y en situación desesperada; más adelante consigna general de guerra de los templarios. <<

[87] *Beauséant*: enseña de guerra de los templarios, que durante el combate debía ondear siempre en alto. <<

[88] *William de Roebrok*: (1222-1293). Nació en el pueblo de Roebrok, en Flandes, bautizado con el nombre de Willem, y estudió como hermano minorita con el nombre de Guilelmus en París. Fue profesor de árabe del rey francés Luis IX, y enviado por éste en 1243 al asedio del Montségur; asistió sin quererlo al acto de salvamento de los hijos del Grial y desde entonces acompañó a las dos criaturas a todas partes y compartió su destino. En 1253, el rey nombró a William embajador, y lo envió como misionero a la corte del gran khan de los mongoles, un viaje que él aprovechó para recuperar a los hijos del Grial, de los que se sentía amigo y protector. William redactó una crónica oficial referida al viaje, conocida como *Itinerarium*. <<

[89] *Potkaxl*: última descendiente de una estirpe soberana tolteca. <<

[90] *toltecas*: pueblo amerindio del antiguo México, residente en el altiplano de México (Tollan), de elevada cultura y gran habilidad artesana; floreció aprox. en los siglos IX-XII. Su rey sacerdote era Quetzalcoatl. <<

[91] *Chanterai...*: (francés antiguo)

Quiero cantar para consolar mi corazón  
pues no quiero morir, ni perder la razón  
a pesar de mi gran sufrimiento.

Nunca veo volver a nadie del país salvaje  
donde vive aquel que consuela mi corazón  
cuando oigo hablar de él. <<

[92] *Dex, quant...*: (refrán)

¡Dios! Si oís el grito de «outree» (del francés antiguo = ultramar, denominación aplicada a Tierra Santa), ayudad a los peregrinos por los que tiemblo, pues los sarracenos son crueles. <<

[93] *Soufrerai...*:

Quiero ser paciente  
y soportar mi suerte  
hasta verle regresar.  
Ha ido a la cruzada  
y deseo su regreso  
aunque siento la soledad de mis sábanas  
no quiero tomar por marido a otro.  
Es necio quien me hable de ello.  
(Autor: Guiot de Dijon; tercera cruzada, 1189). <<

[94] *Xolua*: hermano menor de Potkaxl, príncipe tolteca. <<

[95] *la Prieuré*: la *Prieuré* de Sión era una misteriosa sociedad secreta, supuestamente dedicada a mantener la línea dinástica de la casa de David, después la de los merovingios (véase), y de la que se habló por primera vez después de la conquista de Jerusalén en 1099. La orden de los caballeros templarios fue al parecer su brazo terrenal; era enemiga encarnizada del Papado; en la época en la que nos situamos, su gran maestre era Marie de Saint-Clair, llamada también la *grande maîtresse*. <<

[96] *Guillem de Gisors*: (nació en 1219), comendador de la orden templaria, sucesor designado por su madrastra Marie de Saint-Clair para el cargo de gran maestre de la orden secreta de la *Prieuré* de Sión; fue incorporado en 1269 a la «orden del barco y de la doble media luna» que Luis IX había fundado para los nobles que participaran en la sexta cruzada. <<

[97] *Chevalier, mult estes...*: (francés antiguo)

Mis señores caballeros  
la bienaventuranza es vuestra  
porque Dios os ha llamado  
a luchar contra turcos y almorávides  
y los que ofenden su honor.  
Injustamente se han apoderado de sus feudos  
causándonos un profundo dolor,  
pues allí fue donde Dios, por primera vez,  
fue servido y reconocido soberano.  
(Autor anónimo, segunda cruzada, 1147). <<

[98] *Alum conquer...*: (francés antiguo)

Dejadnos conquistar las tierras de Moisés,

que descansa en el monte de Sinaí.  
Nunca las dejaremos en manos de los sarracenos,  
tampoco su vara, con la que dividió el mar Rojo  
cuando le seguía el pueblo elegido y el faraón  
le pisaba los talones hasta hundirse miserablemente con todos sus hombres.  
(Autor anónimo, v.a.) <<

[99] *De ce suit...*: (francés antiguo)

Me llena de pena no haber podido  
acompañarle cuando se marchó.  
Me envió la camisa que llevaba  
para que la acune en mis brazos.  
De noche cuando mi amor me duele,  
la llevo a mi lecho,  
la aprieto contra mi cuerpo desnudo,  
para así aliviar mi tortura.  
(Autor anónimo, v.a.). <<

#### BAJO LA CRUZ ESCARLATA

[100] *Saint-Denis*: catedral en el norte de París, originalmente iglesia monacal, fundada por el rey Dagoberto aprox. en 630, transformada en el siglo XI, tumba de la casa real francesa. <<

[101] *Concurrunt universi...*: (latín vulgar)

Han venido todos, el pueblo alegre,  
ricos y pobres, de alta y de baja cuna. <<

[102] *Principes...*:

Príncipes, generales, de sangre real,  
soberanos terrenales, bendecidos con la gracia. <<

[103] *Peccaminium...*:

Confiesan en voz alta sus pecados  
se golpean el pecho arrepentidos  
doblan sus rodillas y exclaman:  
¡bendita sea María!  
(Canción de peregrinos, autor anónimo, del *Llibre vermell* de Montserrat,  
1399). <<

[104] *nuncio*: (latín) embajador del Papa. <<

- [105] *Rostand Masson*: cardenal, embajador del Papa en la corte de Luis IX. <<
- [106] *Reina Margarita*: esposa de Luis IX, reina de Francia, hija del conde Raimundo Berenguer IV de Provenza. Casó con Luis en 1234. Hijo de ambos y sucesor de Luis fue Felipe III el Temerario. Las tres hermanas de Margarita se casaron: Leonor, en 1236, con el rey Enrique III de Inglaterra; Sancha, en 1244, con Ricardo de Cornualles, (contra)rey alemán; Beatriz, en 1246, con Carlos de Anjou, posterior rey de Nápoles. <<
- [107] *condestable*: mayordomo real, dotado de funciones militares especiales, por ejemplo como comandante del cuerpo de guardia real y de la guardia de palacio. <<
- [108] *Gilles le Brun*: sucesor del condestable de Francia, Imbert de Beaujeu, tras morir éste durante la cruzada de Luis IX. <<
- [109] *Esclarmunda*: según la leyenda sería hermana de Parsifal, pero en realidad fue su tía; el hijo de Esciarmunda, Jourdain, se casó con India de Toulouse-Lautrec, hermana de Adelaida de Tolosa, la madre de Parsifal, un cruce de generaciones que ha llevado a declarar hermanos a Parsifal y Esclarmunda. En realidad Esclarmunda procede de la línea de los condes de Foix; fue ella quien procuró la ampliación del peñón de Montségur para convertirlo en fortaleza (puso la primera piedra el día 12 de marzo de 1204) y entró en la leyenda como guardiana clásica del santo Grial. <<
- [110] *emperador Federico*: Federico II, 1194-1250, hijo del emperador germano Enrique VI y de la heredera normanda Constance de Hauteville, nieto de Barbarroja (Federico I), de la estirpe de los Hohenstaufen. En 1197 fue coronado rey de Sicilia, en 1212 rey de Alemania, en 1220 fue proclamado emperador. Casó con Constanza de Aragón (fallecida en 1222); con Isabel de Brienne (reina de Jerusalén, llamada también Yolanda, que murió en 1228) y con Isabel de Inglaterra (muerta en 1241). De estos matrimonios y numerosas otras relaciones tuvo cuatro hijos legítimos y once naturales. Conrado V, llamado Conradino y ejecutado en 1268 por Carlos de Anjou, era nieto de Federico. El emperador era una personalidad sorprendente, de muchísimo talento, energía e iniciativas, al que sus contemporáneos dieron el sobrenombre de «estupor del mundo». Después de un violento conflicto con el Papa, Federico fue excomulgado. No obstante emprendió una cruzada (1227-1229), que terminó con la devolución por el sultán de Egipto, tanto de Jerusalén como de los santos lugares, a los cristianos, mediante acuerdo firmado en 1229. En 1245, el concilio de Lyon (bajo el papa Inocencio IV), declaró nuevamente excomulgado y destituido a Federico. Éste murió en 1250 en Apulia, y en su testamento dejó tanto el imperio como el reino

de Sicilia a su hijo Conrado IV. <<

[111] *conde Jean de Joinville*: nació en 1224 o 1225, segundo hijo del conde de Joigny. Heredó el condado ya hacia finales de 1238, al morir su padre y su hermano; en 1241 aprox. fue nombrado senescal de la Champaña; el título y el cargo de senescal de la Champaña eran hereditarios, y la familia de Joinville los tenía garantizados por escrito; a partir de 1244 estuvo al servicio del rey Luis IX y acompañó a éste en la cruzada de Egipto. Joinville llegó a ser consejero real, un servicio que prestó también al sucesor de Luis, Felipe III. Este nombró a Joinville regente del condado de la Champaña durante la minoría de edad de Juana, que más adelante se casó con el rey Felipe IV el Hermoso. Este rey pidió en 1305 al anciano senescal que redactara la Vida de san Luis. Joinville murió en 1317 o 1319. <<

[112] *De mortibus nihil nisi bene*: (latín) «de los muertos sólo debe hablarse bien». <<

[113] *Carlos de Anjou*: desde 1246 es conde titular de Anjou; casó con Beatriz de Provenza, sin embargo, esta región no cae en sus manos hasta 1267. En 1265 el Papa le nombra rey de Nápoles. En 1266, Carlos derrota al bastardo Manfredo en la batalla de Benevent, y en 1278 vence al último de los Hohenstaufen, Conradino, en Taglicozzo. <<

[114] *Roberto de Sorbon*: antiguo capellán de la corte y confesor de Luis IX, estableció en 1253 una escuela de teólogos en París, de la que se deriva el nombre Sorbona. <<

[115] *Militiae Templi Salomonis*: guerreros del Templo de Salomón; parte del nombre propio oficial de la orden del Temple, que se deriva del lugar de su fundación, aunque en aquella época el templo judío ya no existía, y los primeros templarios eligieron como sede el edificio residencial de la mezquita Al-Aqsa. <<

[116] *Yves el Bretón*: nació aprox. en 1224, estudió teología y árabe en París, dispuesto a emprender la carrera sacerdotal. Mató en 1244, en defensa propia, a cuatro sargentos del rey. El rey Luis le perdonó y le tomó a su servicio como guardia personal. <<

[117] *Marais*: barrio de París. <<

[118] *donjon*: (francés) denominación habitual de la torre principal en los castillos normandos, incorporado a veces a otras construcciones posteriores y destinado a último bastión de defensa. <<

[119] *Oriflama*: originalmente, la sábana utilizada en el entierro de san Dionisio. Bandera del rey de Francia: lirios dorados sobre campo azul. <<



- [120] *la magna obra*: (latín: *opus magnum*), obtención de la «piedra filosofal», en sentido alquimista el descubrimiento del catalizador que transformaría un metal vulgar en oro. En sentido metafísico la consecución de la sabiduría divina. <<
- [121] *Tomás Bérard*: gran maestro de los templarios, 1256-1273. <<
- [122] *Villard de Honnecourt*: arquitecto francés del siglo XIII, conocido por su «carnet de croquis», con indicaciones de nuevas técnicas de construcción de las catedrales góticas; también adquirió fama como inventor de aparatos e instalaciones técnicas (hizo esbozos para un sistema de sierra hidráulica, probablemente nunca construida, y para un *perpetuum mobile*). Según sus proyectos fue construida la primera esclusa compartimentada, en Holanda, y un trabuquete desmontable, es decir, una lanzadera de piedras. <<
- [123] *eo ipso*: (latín) «por sí mismo». <<
- [124] *Veni creator spiritus*: (latín) «Ven, espíritu creador» (himno de los cruzados). <<
- [125] *Marie de Saint-Clair*: llamada también la *grande maîtresse*. Nació en 1192, llegó a ser gran maestre de la orden secreta de la *Prieuré* de Sión, casó en 1220 con Juan de Gisors, cuando éste ya estaba en el lecho de muerte, para asegurar la sucesión en la dignidad de gran maestre de la orden secreta a Guillem de Gisors (nacido en 1219), cuya madre Adelaida de Chaumont había muerto de parto. Marie de Saint-Clair se cree que fue madre de la hija imperial y monja Blancaflor (1224-1279). <<
- [126] *Alfonso de Poitiers*: (de Poitou) se convirtió por matrimonio (forzado) con la heredera Juana (hija de Raimundo VII) en conde de Tolosa (de hecho desde 1226, *de jure* desde la muerte de Raimundo, en 1249). A la muerte de Alfonso, en 1271, Poitou y Tolosa pasaron a pertenecer a la corona francesa. <<
- [127] *Patrimonio de San Pedro*: propiedad papal, territorios italianos que en la Edad Media formaban el Estado de la Iglesia: Lacio, algunas partes de la Toscana, Umbría y las Marcas (Bologna, Ferrara, Ancona). <<
- [128] *Grau de Maury*: cordillera y diócesis en el Rosellón, a las que pertenece también el castillo de Quéribus. <<
- [129] *Leonor de Aquitania*: esposa del rey francés Luis VII, que le acompañó en la segunda cruzada (fracasada) de 1147 («cruzada de los reyes») y le causó muchos quebraderos de cabeza, pues aparte de ser considerada la mujer más bella de su época, mantuvo relaciones con su tío, el príncipe de Antioquía. Después de divorciarse de Luis, Leonor se casó con Enrique II, hijo de su amante Godofredo (le Bel = el Hermoso) de Anjou, convirtiéndose gracias a este matrimonio en

reina de Inglaterra. Fue madre de Ricardo Corazón de León. <<

[130] *Aquitania*: (Guyena), región histórica en el oeste de Francia; en 507 perteneció a los francos, se desarrolló después hasta formar un poderoso condado, cuyos príncipes competían en la Edad Media (al igual que los condes de Tolosa), en cuanto a poder y riqueza, con el rey de Francia. Tuvo su época de florecimiento bajo el duque Guillermo IX, de sobrenombre «el trovador». La famosa nieta de éste, Leonor (1120-1204) contrajo un primer matrimonio con Luis VII de Francia, y después de su divorcio, que llamó mucho la atención, se casó en 1152 con el rey Enrique II de Inglaterra. Bajo su hijo menor Juan sin Tierra, y el sucesor de éste, Enrique III, Inglaterra perdió la mayor parte de sus propiedades en Aquitania, que tuvo que ceder al rey Luis IX de Francia. <<

[131] *Ricardo Corazón de León*: Ricardo I nació en 1157, sucedió en el trono (1189-1199) a su padre Enrique II. En 1190 emprendió junto con Felipe de Francia la tercera cruzada, fue casado por su madre, Leonor, con Berengaria de Navarra. Ricardo reconquistó Acre y ocupó Chipre. En 1192 abandonó Tierra Santa, y en su viaje de regreso fue hecho prisionero por el duque Leopoldo de Austria. En 1194 quedó libre, a cambio de un elevadísimo rescate, y tuvo que defender su trono y su tierra contra las aspiraciones de su hermano Juan sin Tierra. Ricardo se convirtió a raíz de sus victorias, ya en vida, en ídolo de los caballeros occidentales. Murió en 1199 en brazos de su madre, como consecuencia de la herida causada por una flecha, delante del palacio Chalus, en el Poitou. <<

[132] *minoritas*: «hermanos menores», frailes de las órdenes mendicantes, aquí se refiere especialmente a los franciscanos. <<

[133] *Otranto*: puerto al sureste de Italia, en la península de Salento; sede episcopal; catedral (siglos XI-XII), castillo, puerto importante. <<

[134] *el Gran Proyecto*: documento secreto redactado probablemente por John Turnbull para la *Prieuré* de Sión, que informa en clave del destino previsto para los hijos del Grial. Nunca se pudo saber hasta qué punto la *Prieuré* hizo suyo este Gran Proyecto. <<

[135] *imperio de los mongoles*: las tribus tártaras (llamadas más adelante mongoles) fueron unificadas por Timuyin, el posterior Gengis-khan y fundador de la dinastía de los gengiskánidas. Dejó cuatro hijos: Yuci, Yagatai, Ogodai y Tuli. A Ogodai, que le sucedió en la dignidad de gran khan, no le sucedió su nieto Shiremon, como estaba previsto, sino por instigación de su viuda Toragina-jatun, en 1246, su hijo mayor Guyuk. Guyuk se casó con la Oghul Qaimaj/Qaimish, que después de la muerte de su marido se hizo cargo, en 1248, de la regencia. Sin embargo, al

gran khan no le sucedieron los hijos de Guyuk, sino los de Tuli, cuya viuda Sorghaqtani, una princesa queraíta, consiguió que el Kuriltai (la dieta mongol) eligiera primero a Mangu, después a Kubilai (posterior emperador de China) como gran khan, mientras que su tercer hijo Hulagu fue nombrado il-khan de Persia. Batu, el hijo de Yuci, se separó del gran khanato y fundó con su hijo Sartaq el khanato de la Horda de Oro. <<

[136] *O.F.M.*: Ordo Fratrum Minorum (latín), orden de los hermanos menores. <<

[137] *Bagdad*: de 752 a 1258 capital del imperio abasida y sede del califato; instancia suprema espiritual y terrenal del Islam, cuyo poder, sin embargo, cuando fue conquistada por los mongoles, ya era sólo nominal. <<

[138] *Mangu*: 1208-1259, nieto de Gengiskhan, es elegido en 1251, por el Kuriltay mongol, sucesor de su primo Guyuk, con el título de gran khan. <<

[139] *yurta*: gran tienda redonda de los mongoles, fabricada con un trenzado de mimbres y cubierta de fieltro, que se transporta sin desmontar, sobre grandes carros. <<

[140] *nestorianos*: seguidores de las enseñanzas del patriarca Néstor de Constantinopla, fallecido en el año 451. En el 431 (III Concilio de Éfeso) fue expulsado, por hereje, del Imperio romano; los nestorianos fundaron una Iglesia en Persia cuyo patriarcado residía en Ctesifonte. Actuaron como misioneros en la India, China, África y también entre los mongoles, sin obligar a éstos a renunciar a sus creencias en los chamanes. Teoría dualista, rechazo del culto a la Virgen María. <<

[141] *Dokuz-jatun*: (murió en 1265), esposa del il-khan, cristiana nestoriana. <<

[142] *Hulagu*: (1218-1294). Fue enviado por Mangu a Persia y adoptó en 1260 el título de il-khan. <<

[143] *Horda de Oro*: khanato que se independizó bajo el nieto de Gengiskhan, en la región de la actual Rusia blanca. <<

[144] *Sartaq*: hijo de Batu y sucesor del mismo (durante un año); 1256-1257 khan de la Horda de Oro. <<

[145] *Batu*: (Batu-khan, nació en 1207). Gengiskánida, nieto de Gengiskhan, segundo hijo de Yuci (Doetchi), soberano del khanato de Kipchak (1229-1255) y fundador del imperio independiente de la Horda de Oro. <<

[146] *Berke*: sucesor de Sartaq, hermano de Batu. <<

- [147] *mamelucos*: guardia personal de los sultanes de Egipto (esclavos turcos). <<
- [148] *An-Nasir*: (al-Malik an-Nasir II Salah-ad-Din), soberano ayubí, nieto de Saladino, a partir de 1237 malik (rey) de Alepo; después del asesinato del último sultán ayubí en El Cairo (1249) por los mamelucos, se apoderó de Damasco y se proclamó en 1250 sultán de Siria; gobernó hasta la conquista de la ciudad por los mongoles, en 1260. <<
- [149] *ayubíes*: dinastía fundada por el sultán Saladino (llamada así por su padre Ayub). Reinó en Siria (Damasco) y en Egipto (El Cairo), siendo derrocada en 1249 por una revuelta palaciega de los mamelucos, mientras que la rama siria se independizó y existió hasta 1260. <<
- [150] *Ata el-Mulk Dshuveni*: mayordomo jefe del il-khan Hulagu, musulmán sunita. <<
- [151] *Kitbogha*: general mongol de religión cristiana (nestoriana). Jefe del ejército bajo el il-khan Hulagu, ejecutado en 1260 por Baibars. <<
- [152] *Kito*: hijo de Kitbogha, jefe de centuria, nació del matrimonio de éste con la cristiana nestoriana Irina Jatun. Muerto por los «asesinos» durante el asedio de Alamut, en 1257-1258. <<
- [153] *Hamadan*: ciudad situada entre Bagdad y Teherán; campamento del il-khan Hulagu durante la campaña para la conquista de Bagdad. <<
- [154] *Manfredo de Sicilia*: nació, en 1232, del matrimonio morganático (legalizado por Federico II en su lecho de muerte) con la que durante muchos años fuera su amante, Bianca condesa de Lancia (condesa de Lecce). Manfredo obtiene el título de «príncipe de Tarento», será nombrado en 1250 regente de Sicilia en nombre del heredero Conrado IV, y después de la muerte de éste, en 1254, se coronó rey él mismo, sin tener en cuenta las normas hereditarias. Fue un soberano capaz y brillante, pero perdió en 1266 en la batalla de Benevent, contra Carlos de Anjou, el reino y la vida. Su hija Constancia (de su primer matrimonio con Beatriz de Saboya) se casó con el infante de Aragón, que después de las «vísperas sicilianas» reconquistaría Sicilia, en 1282. <<
- [155] *Constancio de Selinonte*: alias Fassr ed-Din Octay, nació en 1215, siendo hijo del gran visir Fakr ed-Din y de la esclava cristiana Ana, amor juvenil de Sigbert von Öxfeld en la época de la cruzada infantil, en 1213. Sobrenombre: el Halcón Rojo. Educado en la corte de Palermo y armado caballero por el emperador, ostenta también el título de «príncipe Constancio de Selinonte». Su padre era de estirpe mameluca. <<
- [156] *Madulain*: nació en 1229, antigua amante de William de Roebuk, esposa del

Halcón Rojo; originaria de una familia sarracena de la Engiadina, una región montañesa suiza conquistada aprox. en 850 por un grupo de guerreros árabes que se habían perdido y probablemente ascendieron por el río Po, pasando por Venecia, y se mezclaron con la población original de los grisonos; de ahí el sobrenombre de Madulain: «princesa de los *saratz*». Los sarracenos alpinos (al igual que los de Apulia y los provenzales) siempre permanecieron fieles al emperador (gibelinos). <<

[157] *Enrique III*: (1216-1272) rey de Inglaterra, hijo de Juan sin Tierra (John Lackland), casado con Leonor de Provenza, una de las hermanas de Margarita, esposa de Luis IX. Fue un soberano débil, que durante su regencia perdió los territorios ingleses en el continente. <<

[158] *Alejandro IV*: Rainaldo di Jenna; Papa de 1254 hasta 1261, de la estirpe de los condes de Conti; adoptó el nombre de Alejandro pensando en su ídolo, el gran rey de Macedonia. <<

[159] *Ricardo de Cornualles*: (1209-1272), hermano de Enrique III, sobrino de Ricardo Corazón de León, conde de Cornualles desde 1225; fue en 1240-1241, a su regreso de la cruzada, huésped de Federico II en Sicilia; después de la muerte de Federico fue nombrado contrarrey alemán (1257-1272) junto con Alfonso de Castilla, en oposición a los Hohenstaufen. <<

[160] *califa el-Mustasim*: (1242-1258), al-Mustasim, último califa abasida de Bagdad; los abasidas eran una dinastía de califas islámicos sunitas que gobernaron de 759 a 1258, sucesores de los omaiyidas. Fueron exterminados por los mongoles. <<

[161] *Mawayad ed-Din*: gran visir (ministro de asuntos exteriores) del califa de Bagdad, chiíta. Después de la conquista de Bagdad por los mongoles, fue lugarteniente de éstos. <<

[162] *dawatdar Aybagh*: mayordomo del califa de Bagdad y canciller, a quien correspondía gobernar la política interior. <<

[163] *chiítas*: (del árabe chía, chia't Alí). Los chiítas sólo reconocen como *imam*, respectivamente califa, a los descendientes de Alí y de Fátima (hija del Profeta), y sólo la tradición de las palabras del Profeta que proviene de éstos. <<

[164] *sunnitas*: (del árabe sunna = tradición), defensores del califato electivo. <<

[165] *imperio jorezmo*: reino nómada, cuyo soberano ostentaba el título de *shah*. Situado al sureste del mar Caspio, abarcó durante un tiempo toda Persia, llegando hasta la India; tuvo entre 990-1231 cuatro dinastías, después los jorezmos acabaron siendo unas tribus carentes de soberano y que frecuentemente se

empleaban como mercenarios, llegando a vivir hasta en Turquía y en Egipto; se hicieron famosos por la conquista definitiva y la destrucción de Jerusalén, en 1244. <<

[166] *Baitchú*: general mongol y gobernador que atacó Mesopotamia; Bohemundo IV de Antioquía se sometió temporalmente a su poder. <<

[167] *seleúcidas*: tribu turca de Asia Central, que fundó en el Próximo Oriente el poderoso sultanato de Iconio (= Rum); los Rum-seleúcidas sometieron en poco tiempo la mitad oriental del mundo islámico y obstaculizaban el acceso de los cristianos al Santo Sepulcro. <<

[168] *Armenia*: Armenia menor, que ya no existe en la actualidad, con su capital Sis, se situaba en el sureste de Turquía y era fronteriza a Siria y al principado de Antioquía. Armenia mayor, cuyos restos aún existen, se situaba al sur del Cáucaso, entre Persia y Georgia, pero estuvo ocupada en el siglo XIII primero por poblaciones turcas y después por los mongoles. <<

[169] *Xenia*: viuda armenia. <<

[170] *Antioquía*: el principado de Antioquía fue fundado durante la primera cruzada, camino de Jerusalén, para el duque normando *Bohemundo de Tarento*. De él lo heredó su sobrino Tancredo de Lecce; cuando éste murió, pasó a los tolosanos, que lo unieron a su condado de Trípoli. <<

[171] *Amal*: hija del asesino Omar de Iskander. <<

[172] *Shams*: 1256, hijo del *imam* Kurshah, nacido poco antes de caer Alamut. <<

[173] *Masiaf*: fortaleza importante de los «asesinos» sirios, situada entre Homs y Hama, a la altura de la ciudad portuaria de Tortosa (Tartus) en la cordillera de Noasiri. <<

[174] *imam*: (árabe) descendiente de Mahoma y por tanto autoridad religiosa suprema de los chiítas. <<

[175] *Alahu...*: (árabe) «Dios es grande». <<

[176] *hamam*: (árabe) sala de baños, baño de vapor. <<

[177] *Damasco*: capital de Gezira, una especie de «ciudad imperial libre», representaba en el lado islámico la tercera fuerza entre Bagdad (sede del califa) y El Cairo (sede del sultán); en ella residía casi siempre un *malik* (rey). Homs, Hama y Kerak eran emiratos sirios. <<

- [178] *Clarion, condesa de Salento*: nació en 1226, como «producto secundario» de la noche de bodas de Brindisi (9-11-1225), en la que Federico II dejó preñada a Anais, hija del visir Fakr ed-Din y doncella de su esposa Yolanda. Clarion creció en Otranto y recibió el título y una dote de su padre Federico. <<
- [179] *reino de Jerusalén*: el reino de Jerusalén fue resultado de la primera cruzada en 1099, y abarcaba un cinturón costero que llegaba desde Gaza en el sur hasta Beirut en el norte, con la capital en Jerusalén. Tenía asociados los condados de Trípoli y el principado de Antioquía, que en el norte llegaba hasta la frontera del reino de Armenia menor. En 1188, Saladino recuperó Jerusalén y la capitalidad pasó a Acre. En el siglo XIII, el reino de Jerusalén ya sólo consistía de este puerto fortificado y del puerto de Tiro. <<
- [180] *Acre*: (francés: Saint Jean d'Accre) puerto al norte de Haifa. Sirvió desde 1191 como capital al reino de Jerusalén, hasta que el último bastión cristiano cayó también, en el año 1291. <<
- [181] *emir mameluco Rukn ed-Din Baibars Bunduktari*: llamado el Arquero (1211-1277), asesinó en 1260, después de haber sido muerto el sultán Aibek por la sultana, al sucesor del mismo, Qutuz, y se proclamó sultán. Su ambición suprema de expulsar definitivamente a los cristianos de Tierra Santa nunca se cumplió. Bunduktari es el nombre de la tribu de Baibars. <<
- [182] *Turanshah*: sultán de El Cairo (último de los ayubíes), muerto por Baibars. <<
- [183] *Izz ed-Din Aibek*: (Al-Mu'zz 'Izz-ad-Din Aybak) general mameluco; después del asesinato del último sultán ayubí se convirtió en primer sultán mameluco de El Cairo. Asesinado por los eunucos del palacio a raíz de una intriga de su esposa Surayad ad-Durr, la sultana viuda. <<
- [184] *Mahmoud*: hijo del emir Baibars. <<
- [185] *Sigbert von Öxfeld*: nació en 1195; sirvió bajo su hermano Gunter en el obispado de Asís, se adhirió en 1212 a la cruzada infantil, fue hecho prisionero en Egipto y, tras ser liberado, entró en la orden de caballeros teutónicos, llegando a ser comendador en Starkenberg. <<
- [186] *comendador*: superior de un castillo o distrito de una orden militar. <<
- [187] *caballeros teutónicos*: la orden de caballeros y hermanos de la casa teutónica de Nuestra Señora de Jerusalén (*Ordo Equitum Teutonicorum*) fue fundada en 1190 frente a la asediada Acre, como hermandad dedicada al cuidado de los enfermos, y elevada en 1198 a orden de caballeros (manto blanco con cruz negra). En 1225 la orden se estableció también en Prusia, y se unió en 1237 a la «hermandad de la

espada». Después de la caída de Acre en 1291, la sede de la orden fue trasladada primero a Venecia (hasta 1311) y después al castillo de Marienburg, en Prusia Oriental (hasta 1809). <<

[188]*Starkenber*: castillo original de la orden de caballeros teutónicos, situado al norte de Acre, en las montañas. Fue adquirido para la orden en 1189 por unos comerciantes hanseáticos de Lübeck y reconstruido; los cruzados le daban a esta fortaleza también el nombre de «Montfort». <<

[189]*Serenísima*: sobrenombre de la república de Venecia, que junto a Génova y Pisa era una de las tres grandes repúblicas comerciantes en el espacio mediterráneo. <<

[190]*venecianos*: hacia finales del siglo XI Venecia se proclamó república y eligió a su primer dogo. En el transcurso del tiempo esta república marítima se independizó del imperio y empezó a ampliar su poder en el Adriático y en todo el espacio mediterráneo gracias a su flota. <<

[191]*narguila*: (árabe) pipa de agua. <<

[192]*Makika*: patriarca de Bagdad, nombrado por los mongoles en 1258 tras la conquista de la capital. Cristiano nestoriano. <<

[193]*Trípoli*: condado de Trípoli, fundado por Raimundo de Tolosa en el transcurso de la primera cruzada; siempre permaneció en manos tolosanas gracias a la ocupación permanente por descendientes de la casa de Occitania. <<

[194]*Nur ed-Din Alí*: hijo del sultán asesinado Izz ed-Din Aibek, de un matrimonio anterior, desplazado por Qutuz de la sucesión. <<

[195]*Surayad ed-Durr*: antigua esclava de origen armenio, viuda de Turanshah y posterior esposa de Izz ed-Din Aibek, al que hizo asesinar para hacerse con todo el poder. El hecho de que esta mujer fuera nombrada sultana no tiene parangón en la historia del Islam; fue asesinada por orden de Said ed-Din Qutuz, después de que éste hiciera proclamar temporalmente a Alí como nuevo sultán. <<

[196]*Musa el-Ashraf*: uno de los nietos de la sultana Surayad, de origen ayubí. Junto a Nur ed-Din Alí compartió el sultanato de El Cairo, aunque era todavía un niño. <<

[197]*Saif ed-Din Qutuz*: emir, enemigo de la sultana después del asesinato de Aibek; durante las revueltas que siguieron al asesinato del sultán se pasó al lado de Alí. <<

[198]*halafan...*: (árabe) fórmula de juramento. <<



- [199] *fal yahya...*: (árabe) «¡Viva el sultán Nur ed-Din Alí!» <<
- [200] *Mosul*: ciudad en el norte de Irak. <<
- [201] *Ascalón*: puerto meridional del reino cristiano de Jerusalén, reconquistado muy a menudo por los egipcios; a mediados del siglo XIII se encontraba en manos mamelucas. <<
- [202] *Abdal el Hafside*: mercader de esclavos procedente del Magreb (la parte islámica del norte de África), socio de los templarios en asuntos de negocios. <<
- [203] *comendaduría*: (del latín *commendare* = confiar). Distrito de una orden caballeresca que está bajo el mando de un comendador. <<
- [204] *Georges Morosin*: llamado también el dogo, veneciano, representante de los templarios en Ascalón. <<
- [205] *Imperio Latino*: imperio fundado en 1204 en Constantinopla, por venecianos y caballeros cruzados, en el transcurso de la cuarta cruzada, y que existió hasta 1261. En su origen, esta cruzada, a la que el papa Inocencio III había convocado a la nobleza de Europa, iba dirigida contra Egipto. La república de Venecia, que no estaba interesada en este objetivo, presionó al ejército para que se dirigiera contra el imperio cristiano de Constantinopla, ciudad que fue conquistada en 1204, saqueada y proclamado el Imperio Latino. Balduino de Flandes fue su primer emperador, Bonifacio de Montferrat fue proclamado rey de Tesalónica. Otros señores pasaron a ser nombrados príncipes de Acaya, Atenas, Tebas y del Archipiélago. Constantinopla, que había sido el bastión más importante contra los pueblos que amenazaban a la cristiandad desde Oriente, quedó desmembrada y reducida su importancia para siempre. <<
- [206] *muecín*: el que desde el minarete, la torre de la mezquita, llama a la oración. <<
- [207] *salat...*: (árabe) oración del mediodía. <<
- [208] *assalamu...*: (árabe) «la paz y la caridad sean con vosotros». <<
- [209] *la-ilala...*: (árabe) «no hay otro Dios fuera de Alá». <<
- [210] *shai*: (árabe) té. <<
- [211] *citrus medica*: (latín) remedio maravilloso del limonero. <<
- [212] *merovingios*: estirpe real franca, que tuvo su época de mayor esplendor bajo Clodovico, después padeció un descenso gradual; en 751 fue desplazada por los carolingios. <<

[213] *ismaelitas*: chiítas radicales; en los comienzos del Islam y tras la muerte del Profeta, se produjo una división entre los adeptos de la chía (chiítas), que sólo admiten como sucesores e intérpretes de las palabras del Profeta a sus descendientes directos, y los de la sunna (sunnitas) que defienden un califato electivo. Los abasidas que reinaban en Bagdad eran sunnitas, por lo cual eran combatidos fanáticamente por los asesinos chiítas. <<

[214] *bakshish*: (árabe) pequeño importe monetario entregado como propina o en agradecimiento. <<

[215] *Amors me...*: (francés antiguo).

Estoy lleno de amor  
y no hago más que pensar  
en la dulce doncella  
que no puedo olvidar.  
Su cuerpo es bellissimo,  
sus ojos son claros,  
su rostro lleno de luz. <<

[216] *Je ne puis...*:

No puedo ni quiero  
abandonar a mi dulce amiga  
me duele demasiado  
que no pueda darme su amor. <<

[217] *Ne mes maus...*:

Si no premia mis sufrimientos  
y no puedo vivir sin ella  
me hace pagar un precio  
demasiado alto por el amor  
que siento por ella.  
Cuanto lamento el instante  
en que la vi por vez primera  
pues no soporto el dolor  
que padezco por su causa.

(Trovador anónimo, siglo XIII, canción francesa antigua de la época de los cruzados). <<

[218] *John Turnbull*: (1170 o 1180-1251) nombre de guerra del conde Jean Odo du Mont Sion; fue durante muchos años miembro de la *Prieuré* de Sión y como tal, protector y educador de los «hijos del Grial». Redactó el Gran Proyecto, bajo

cuyo signo estuvo la vida de los niños durante muchos años. <<

## LA NOCHE DEL MONTSÉGUR

[219] *Bartolomeo de Cremona*: llamado la sabandija, franciscano que trabajaba para el servicio secreto de la Curia, acompañante oficial de William de Roebrok en su viaje hacia la corte del gran khan de los mongoles, en 1253-1255; supuestamente sustituido allí por su hermano en la orden, Lorenzo de Orta. <<

[220] *el Cardenal Gris*: cargo rodeado de misterio dentro de la Curia medieval, jefe supremo de la Inquisición y de los servicios secretos, residente en el Castel Sant'Angelo; en los casos en que la Curia tuvo que abandonar Roma utilizaba el Castel d'Ostia, en la desembocadura del Tíber, como segunda residencia. <<

[221] *Domna, pos vos...*: (occitano-catalán)

Oh señora, ya que os he elegido,  
aceptadme con benevolencia  
pues toda mi vida es vuestra  
y está a vuestras órdenes.  
(Trovador anónimo, siglo XIII). <<

[222] *consolamentum*: (latín) consuelo; consagración usual entre los cátaros en lugar de los santos óleos cristianos. Ensalzan una vida ascética. <<

[223] *Petrus Valdesius*: (Valdes, Waldensis) comerciante de Lyon, que a mediados del siglo XII hizo traducir la Biblia al idioma provenzal. Fue excomulgado en 1184, fundó un movimiento cuyos adeptos se denominan valdenses; y aunque no les afectaba el deseo de la muerte de los cátaros, los valdenses fueron confundidos con éstos bajo el nombre genérico de albigenses; sin embargo pudieron sobrevivir en parte a la confusión provocada y aún existen en nuestros días. <<

[224] *A vòstre comand...*: (occitano-catalán)

A vuestro servicio estaré  
todos los días de mi vida,  
nunca os abandonaré por otra,  
sea quien sea.  
(Trovador occitano-catalán anónimo, siglo XIII). <<

[225] *La noche del Montségur*: al capitular la última fortaleza de los cátaros, el Montségur (1244), los asediados pidieron una tregua que aprovecharon para celebrar su fiesta de la *maxima constellatio*, y tras esa última noche, en cuyo transcurso fueron salvados los hijos del Grial siendo sacados del castillo,

entregaron la fortaleza y se dirigieron voluntariamente a las hogueras de la Inquisición. <<

[226] *druida*: sacerdote celta pagano, que al mismo tiempo es vidente, juez y sanador. <<

[227] *Mauri en Raimon*: uno de los pocos sacerdotes cátaros que escaparon en Occitania de la Inquisición; vivía en los bosques del Rosellón. <<

[228] *buen hombre*: (francés *bonhomme* o *parfait* = perfecto), término que calificaba a los «puros» incorporados a la comunidad cátara. <<

[229] *que Diaus vos benswürdiga...*: (occitano) «que Dios os bendiga». <<

[230] *Na India*: mujer conocedora del poder curativo de las hierbas, cátara del Rosellón. <<

[231] *Geraude*: hija de Na India. <<

[232] *dominicos*: miembros de la orden religiosa fundada por Domingo Guzmán de Caleruega, después santo Domingo (1170-1221). En 1207 fundó en el sur de Francia, cerca de Fanjaux, el monasterio de monjas Notre Dame de Prouille, y en 1216 la orden clerical de los dominicos; en 1220 ésta fue confirmada como orden mendicante; eran predicadores ambulantes, a los que se encomendó la misión de convertir a los cátaros. A partir de 1231-1232 les fue encargada la inquisición de los herejes. <<

[233] *Paracletto*: (del latín = apoyo), abogado ante Dios, término empleado con frecuencia para designar a Jesucristo. <<

[234] *demiurgo*: (del latín = creador de los mundos) según la fe cátara, el Maligno es el creador del mundo terrenal, que ha renegado de Dios. <<

[235] *Camp des Crémats*: (occitano) «campo de los quemados», una pendiente suave por debajo del Montségur, donde los cátaros de dicha fortaleza fueron quemados en 1244 en las hogueras de la Inquisición; la pendiente se sigue conociendo por el mismo nombre. <<

[236] *Nox solstitii*: (latín) en este caso: la noche del solsticio de invierno. <<

[237] *príncipe Bohemundo VI de Antioquía*: llamado también «Bo»; nació en 1237, reinó de 1251 hasta el 29-5-1268, cuando el principado de Antioquía fue conquistado por los mamelucos (Baibars). <<

[238] *Nach den kom...*: (alemán medieval)

Después entró la reina,  
su rostro era un reflejo tan claro  
que todos creyeron que se hacía de día  
el vestido que llevaba la doncella  
era del más bello tejido oriental  
en un paño verde  
llevaba el premio del paraíso  
la raíz de la salvación,  
su tronco y su brote.  
Era un objeto llamado Grial  
origen de milagros sin cuento.  
(Wolfram von Eschenbach; trovador medieval). <<

[239] *Wolfram von Eschenbach*: (1170-1220) poeta alemán que escribió hacia el 1210 el *Parsifal*, según el modelo francés de Chrétien de Troyes. <<

[240] *Herzeloida*: Adelaida, según la leyenda madre de Parsifal. <<

[241] *Kundry*: tía de Parsifal, según la leyenda, una maga que cabalga sobre un asno.  
<<

[242] *Amfortas*: el rey herido y dolorido de la leyenda de Parsifal. <<

[243] *Vito de Viterbo*: (1208-1251) hijo bastardo de Rainiero de Capoccio y probablemente de la Loba, una fugitiva cátara. Encargado por su padre, «el Cardenal Gris» en funciones, para que liquidara a los hijos del Grial, se suicidó durante un último intento de asesinarlos en Masiaf, la fortaleza de los asesinos.  
<<

[244] *la Loba*: nació en 1194, sobrenombre de una «perfecta» cátara cuyo nombre era Roxalba Cecilia Estefanía de Cab d'Aret, de familia noble occitana; su primo Pierre Roger de Cab d'Aret fue uno de los cabecillas de los perseguidos; al parecer, Loba era la madre de Vito de Viterbo, que más adelante la estranguló. <<

[245] *eclíptica*: (griego) el mayor círculo en que el plano de la trayectoria de la tierra en torno al sol corta la esfera celestial, imaginada como infinita, aquí: el curso del destino. <<

[246] *Der Gral was...*: (alemán medieval)

La naturaleza soberana del Grial exigía  
que quienes cuidaran de él  
fueran de corazón puro y libres de toda falsedad.  
La reina se inclinó ceremoniosamente con sus doncellas

y depositó el Grial ante el señor.  
Parsifal estaba pensativo y miraba sin cesar  
hacia la que le envió su abrigo.  
(Wolfram von Eschenbach, en el *Parsifal*). <<

[247] *Jourdain de Levis, conde de Mirepoix*: padre de Pons de Levis; la familia noble de los Levis obtuvo después de la cruzada contra el Grial (1209-1213), el vicecondado de Mirepoix, dentro de cuyo territorio está situado el Montségur. <<

[248] *Lobo de Foix*: faidit emparentado con la casa Trencavel. El hermano de la famosa Esclarmunda, Roger Bernard II, había fallecido en 1241. Le siguió Roger Bernard III, cuyo hermano bastardo Lobo se convirtió en un famoso fugitivo; su hermana era Esclarmunda d'Alion. <<

[249] *Simón de Cadet*: sobrino de Jourdain de Levis. <<

[250] *Burt de Comminges*: yerno de Jourdain de Levis. <<

[251] *Gaston de Lautrec*: cuñado de Jourdain de Levis, esposo de Esterel, hermana de Jourdain. <<

[252] *mon cher cousin*: (francés) «mi querido primo». Era el nombre habitual que se daban los miembros de la alta nobleza europea, partiendo del hecho de que cada uno estaba de algún modo emparentado con el otro (y haciendo también referencia a la casa real de David). <<

[253] *principiis...*: (latín) ¡hay que impedir los comienzos! <<

[254] *corpus delicti*: (latín) habitualmente un objeto con el que se ha cometido un delito, y que sirve al tribunal como prueba. <<

[255] *Fete fu pour...*: (francés antiguo)

Fue creada para alegría de todos  
y todos debían amarla.  
Apenas la miré  
la alojé en mi corazón  
y no puedo olvidarla jamás.  
(Trovador anónimo, siglo XIII; canción francesa antigua de la época de las cruzadas). <<

## CARNAVAL Y AUTODAFÉ

[256] *Carnaval*: (latín) literalmente: renuncia a la carne, noche de ayuno. <<

- [257] *autodafé*: (port.), nombre habitual que se daba al acto de quema de herejes en la hoguera. <<
- [258] *canes Domini*: (latín) «perros del Señor»; juego de palabras con *dominicanis* (dominicos), en referencia a la actividad de la orden como inquisidores. <<
- [259] *coram publico*: (latín) públicamente, delante de todo el mundo. <<
- [260] *fuego griego*: medio de combate inventado por Kalinikos de Bizancio en el año 671, que consistía en arrojar ollas cerradas mediante catapultas, y que al reventar derramaban un líquido inflamado que ardía incluso sobre el agua; se trataba de una mezcla de azufre, sal mineral, resina, petróleo, asfalto y cal quemada; en el 672 fue utilizado por los bizantinos con mucho éxito para defender Constantinopla contra los árabes. <<
- [261] *constellatio maxima*: (latín) constelación de planetas astrológicamente significativa. <<
- [262] *Hugues des Arcis*: predecesor de Pier de Voisins en el cargo de senescal de Carcasona; dirigió el ataque al Montségur. <<
- [263] *Pierre Roger de Mirepoix*: tío de Guy de Levis, vizconde de Mirepoix, comandante de los defensores del Montségur. <<
- [264] *castellano*: (latín) propietario o administrador de un castillo. <<
- [265] *Esclarmunda de Perelha*: (francés: Esclarmonde de Perelha) no debe confundirse con la «gran Esclarmunda» de Foix. <<
- [266] *clarisas*: orden de monjas fundada por santa Clara (1195-1253); abadesa a partir del 27-9-1212 en el convento de San Damiano (Italia), siguen el ejemplo de Francisco de Asís. <<
- [267] *Juan de Procida*: nació en 1210. Médico que disponía de cátedra en su ciudad natal de Salerno. En los últimos años de vida de Federico II fue médico personal del emperador; siguió al servicio de los Hohenstaufen, y fue nombrado canciller imperial por Manfredo. <<
- [268] *Merlín*: vidente y mago de la leyenda del rey Arturo. <<
- [269] *vila cadaver eris...*: (latín)
- Serás un mísero cadáver  
si no te mantienes alejado del peleado.  
¿Por qué intentas elevarte?

¿por qué deseas el dinero?  
¿por qué llevas trajes preciosos?  
¿por qué ambicionas honores?  
¿por qué no estás dispuesto a confesar tus pecados?  
¿por qué no te ocupas de tu prójimo? <<

[270] *quam felices...*:

Felices serán los que en su día  
reinarán con Cristo  
cada rostro reflejará la alegría.  
Dios santo, santo,  
te llamarán Sabaoth,  
te llamarán Sabaoth. <<

[271] *et quam tristes...*:

Y qué tristes los que se han condenado  
por toda la eternidad y no pueden  
liberarse ni evitar la destrucción.  
Ay, ay, gritan los condenados,  
jamás podrán escapar de allí,  
jamás podrán escapar de allí. <<

[272] *ni conversus...*:

Si no eres inocente  
y puro como un niño  
si no orientas tu vida  
según las buenas obras  
no alcanzarás jamás  
el reino sagrado de Dios,  
el reino sagrado de Dios.  
(Canción anónima de peregrinos del *Llibre vermell* de Montserrat, 1359). <<

[273] *miserabiliter infectus*: (latín) miserablemente infectado = envenenado. <<

[274] *Perceval (Parsifal)*: la idea de la línea de sangre real sagrada obtuvo un nuevo impulso cuando a finales del siglo XI se extendió el catarismo y se le añadió por tanto una componente religiosa. En la idea del Grial confluían ambas líneas. Al recuperar la leyenda celta de la época de la migración de los pueblos, del rey Arturo y sus caballeros, surgió en boca de los trovadores la idea de los guardianes del Grial, de la familia del Grial, que después se vio personificada con la persecución iniciada en Occitania. Éste fue el comienzo del cantar épico de



Parsifal, aplicado al desgraciado personaje del vizconde de Carcasona, Roger Ramón II, de la casa Trencavel (Cortabien), o también Perceval o Parsifal. La madre de este penúltimo Trencavel llevaba el nombre de Adelaida Esclarmunda. Existía una tía del mismo nombre, que defendió muy particularmente a los cátaros perseguidos. En cambio no existe una hermana del mismo nombre. En 1209, una cruzada desencadenada por Francia y Roma asoló el Languedoc, quemando ciudades y personas, destruyendo la cultura y el idioma. Parsifal fue hecho prisionero y envenenado, el condado de Tolosa pasó a manos de Francia; sólo el Montségur pudo defenderse hasta 1244. Al conquistarlo, no se encontró el Grial.  
<<

[275] *interdicto*: (del latín *interdictus* = prohibido) «puesto en entredicho», prohibición de celebrar actos religiosos, impuesta como castigo a una persona o a un territorio. <<

[276] *vita brevis...*: (latín)

La vida es breve  
y cada día se acorta más  
la muerte viene más rápida  
de lo que se pensaba.  
La muerte apaga todo  
y no se escapa nadie,  
y no se escapa nadie.  
(Canción anónima de peregrinos, monasterio de Montserrat, Cataluña, v.a.).  
<<

[277] *tuba cum...*: (latín)

La tuba anuncia el último día  
vendrá el juez y proclamará  
con severidad suprema  
a los elegidos que irán al Cielo  
y a los condenados al infierno.  
(Canción anónima de peregrinos, monasterio de Montserrat, Cataluña, v.a.).  
<<

[278] *alea iacta est*: (latín) «la suerte está echada». <<

[279] *Arslan*: chamán mongol, asesor de la casa reinante de los gengiskhánidas. <<

[280] *chamán*: mago y curandero de los pueblos siberianos, que está en relación con los espíritus de la naturaleza, predice el futuro y cura las enfermedades. Las prácticas

chamanes se difundieron desde Siberia por toda Eurasia y llegaron hasta los indios de Norteamérica. En la época de Gengis-khan los chamanes mongoles eran profetas y magos muy respetados, pues mediaban entre las personas y los espíritus. <<

[281]*Niketa Burdu*: sobrino del general Kitbogha. <<

[282]*hospicio*: (latín) albergue que encontraban los viajeros y peregrinos en los monasterios. <<

[283]*Chrétien de Troyes*: poeta famoso, autor de novelas cortesanías cuya obra principal se sitúa aprox. entre 1160 y 1190, entre ellas *Lancelot* o *Le chevalier de la Charrette* (1172-1175), así como *Perceval* (inconcluso) o *Le conte du Graal* (hacia 1180). <<

[284]*Dies war...*: (alemán medieval)

Te llaman Parsifal,  
nombre que significa «corta por enmedio».  
(Wolfram von Eschenbach, v.a.). <<

[285]*Raimundo Berenguer IV*: (1209-1245) conde de Provenza, que tuvo cuatro hijas, Margarita (1234) casó con Luis IX, rey de Francia; Leonor (1236) casó con Enrique III, rey de Inglaterra; Sancha (1244) con Ricardo de Cornualles (contrarrey de Alemania); Beatriz (1246) con Carlos de Anjou (hermano de Luis IX), que en 1265 fue proclamado rey de Nápoles. Provenza quedó fuera del imperio germánico, al habérsela dejado Berenguer a su hija Beatriz, para evitar una división. <<

[286]*Tolosa*: Toulouse, ciudad fundada por los godos. Después de Raimundo VI (1194-1222) gobernó en ella Raimundo VII, hijo del cuarto matrimonio de aquél con Juana Plantagenet (hermana de Ricardo Corazón de León), que nominalmente heredó el título de conde y recuperó la ciudad en 1218 de Simón de Montfort, aunque volvió a perder el condado en el Acuerdo de Meaux, en 1229, al ser devuelto definitivamente a Francia. En 1242 hubo una última revuelta, que fracasó. En 1249 murió el último auténtico conde de Tolosa. <<

[287]*guerras de los albigenses*: los albigenses eran un grupo de cátaros de la ciudad de Albi, en el sur de Francia, que profesaban una vida severa y ascética, gobernada por la pobreza y la renuncia al mundo terrenal. Su nombre se convirtió en denominación genérica de todos los herejes, ya fueran cátaros o valdenses. El 15-1-1208, el legado papal Pedro de Castelnau fue asesinado por un paje de Raimundo VI de Tolosa, quien parecía querer favorecer en secreto a los herejes, y

fue excomulgado por el Papa. Inocencio III llamó a una cruzada contra los albigenses. Los cruzados conquistaron en 1209 Béziers, después Carcasona. Simón de Montfort le arrebató a Raimundo todas sus propiedades, excepto Tolosa y Montauban. El rey Pedro II de Aragón, que acudió en ayuda de sus vasallos, fue muerto en 1213 en la batalla de Muret, que acabó con su derrota. El IV Concilio Lateranense arrebató a Raimundo VI sus tierras, produciéndose un levantamiento de la población del Languedoc. Simón de Montfort fue muerto en 1218, durante el asedio de Tolosa; pero la victoria de los cruzados no fue definitiva hasta que el rey francés Luis VIII intervino en la lucha (1226) e impuso a los vencidos, en 1229, el Pacto de París. Tuvieron que pagar indemnizaciones a la Iglesia, se tomaron medidas contra los herejes, castillos y ciudades enteras fueron arrasadas. En todo el Languedoc hubo campañas militares contra los herejes, que condujeron, entre otras, a la caída del Montségur (1244). <<

[288] *pontifex maximus*: (latín) el sacerdote supremo o máximo = el Papa. <<

[289] *Languedoc*: (francés) idioma occitano que se habla en el sur de Francia (al sur de una línea imaginaria entre Burdeos y Lyon). <<

[290] *exorcista*: en la mayoría de las religiones existe el exorcismo, para ahuyentar a los espíritus de los antepasados, a los genios animales, a otros seres divinos (en el chamanismo) o al diablo. Bajo la influencia de las ideas judeocristianas sobre diablos y demonios, el exorcismo se ha convertido en una conjura de fenómenos «enemigos de Dios». La liturgia católica distingue entre pequeño y gran exorcismo, pudiendo aplicarse este último, según la legislación eclesiástica aún vigente, tan sólo cuando existe una posesión demoníaca «demostrada», y sólo con permiso obispal. <<

[291] *khagan*: gran khan, soberano supremo en el imperio mongol. <<

[292] *Tengri*: «señor del cielo universal siempre azul», divinidad suprema de los mongoles. <<

[293] *Adiaus...*: (occitano) «Dios sea con vosotros». <<

[294] *Bulgai*: su auténtico nombre es Shigi Khutkhu; juez supremo mongol, al mismo tiempo jefe de los servicios secretos del gran khan. <<

[295] *Las mil y una noches*: colección de historias, leyendas y cuentos árabes; la primera redacción procede probablemente del siglo IX, la definitiva de los siglos XVI-XVII. El núcleo de esta colección es persa, pero se le han incorporado elementos indios (por ejemplo la forma del relato-marco) y egipcios. <<

[296] *Sheherezade*: esclava que contó a Harun al-Rashid, el califa de Bagdad, las

historias de *Las mil y una noches*. Aquí: nombre que se da a la ciudad de Bagdad.

<<

[297] *sunna*: (árabe) tradición, costumbre, mensaje. Las palabras del profeta que los musulmanes sunnitas asumen como auténtica guía de sus actuaciones. En el siglo XIII, el califato de Bagdad era sunnita. <<

[298] *chía*: (árabe) «partido»; sus adeptos, los chiítas, sólo reconocen como *imames*, respectivamente como califas, a los descendientes de Alí y Fátima (hija del Profeta), y la interpretación de las palabras del Profeta que éstos ofrecen. <<

[299] *nizamiya*: escuela coránica más antigua de Bagdad. <<

[300] *madrassa*: escuela coránica. <<

[301] *Mustamsiriya*: famosa escuela coránica de Bagdad. <<

[302] *ma'abad*: (árabe) templo de los muertos. <<

[303] *Aserbaidyán*: país en el noroeste del Irán actual, meseta alta dotada de volcanes, clima continental extremo. <<

[304] *sanjuanistas*: orden militar surgida de la hermandad del Hospital de Jerusalén, que ya antes de la primera cruzada cuidaba de los peregrinos enfermos. En 1099 el procurador del hospital, Gerald de Provenza, solicitó la fundación de una orden que fue confirmada en 1113 por el papa Pascual II. En 1220 el primer gran maestre Raymond du Puy (de Poggio) la transformó en orden militar y el santo patrón de la orden, Juan el Dadivoso, fue sustituido por el agresivo evangelista Juan. El hábito de la orden consiste de una capa negra y en la guerra de una túnica roja con la cruz blanca. Por su sede fundacional, el hospital de Jerusalén, los caballeros también eran llamados hospitalarios, y en 1291, después de la caída de Acre, la orden se retiró a Chipre. En 1309 pasó a residir en Rodas, en 1530 en Malta (hasta 1798, de ahí su otro nombre, malteses). Aún sigue existiendo actualmente en Roma bajo el nombre de Orden Soberana de Malta que dispone incluso de una sede extraterritorial (Aventino). <<

[305] *Las tres repúblicas marítimas*: junto a la Serenísima de Venecia, están Pisa y Génova (la Superba). Pisa dominaba hacia finales del siglo XII toda Cerdefia y tenía una colonia en Constantinopla, además de otras delegaciones ricas en Siria, Tiro y Acre. Más o menos por la misma época se convierte Génova, aunque constantemente dividida por disputas internas, en un gran poder, gracias a su florecimiento económico, consiguiendo en 1191 que el emperador Enrique IV le confirme su dominio de la costa, desde Porto Venere hasta Monaco, controlando además la mayor parte de Córcega. Dispone de privilegios en Sicilia y tiene

almacenes y derechos especiales en Constantinopla y en varias ciudades de Tierra Santa. <<

[306] *Viterbo*: ciudad en Italia central, alberga un palacio papal (siglo XIII) que sirvió repetidamente a los papas como refugio. Eugenio III fue el primer Papa que huyó a Viterbo cuando la comuna de Roma se rebeló contra el dominio papal. <<

[307] *Brancaleone*: (Brancaleone degli Andalò) gibelino, conde de Casaleccio, cabecilla de un movimiento popular que expulsó al Papa y a la nobleza de Roma; senador, proclamó entre 1252 y 1258 la república en sus dominios. <<

[308] *hurí*: (árabe) compañera de juegos en el paraíso. <<

## UN ALEGRE TORNEO

[309] *cimera*: (del griego-latín cima = punta) adorno en lo alto del yelmo. <<

[310] *gualdrupa*: (del turco *caprak* = manta que sirve de silla) manta para cubrir el lomo del caballo, muchas veces ricamente adornada, que suele extenderse debajo de la silla. <<

[311] *heráldica*: (del francés *science héraldique*) tarea confiada al heraldo de examinar las armas en los torneos caballerescos, en los que sólo eran admitidos participantes nobles. <<

[312] *Melisenda*: hija mayor de Jourdain de Levis, conde de Mirepoix, esposa de Burt de Comminges. <<

[313] *Esterel*: hermana menor de Jourdain de Levis, esposa de Gaston de Lautrec. <<

[314] *Mafalda*: hija menor de Jourdain de Levis. <<

[315] *Gers d'Alion*: caballero prometido a Mafalda, sobrino de Jourdain de Levis. <<

[316] *Caballero del lirio de oro*: en este caso un caballero de Francia, llamado así por la «oriflama», el escudo real que presenta lirios de oro sobre fondo azul. <<

[317] *Novel d'amor...*: (franco-occitano)

Un nuevo amor que me gusta tanto  
que hace cantar mi corazón de alegría  
mis sentimientos hacen  
que mi canción se renueve día a día. <<

[318] *M'amor...*:

Le he dado mi amor y no le pido nada  
jamás se verá engañada  
mi amada que es mía  
y que me ama de todo corazón.  
(Roger de Cambrai, siglo XIII). <<

[319] *hijos de Belisa*: casi todos los vasallos de los condes de Foix y Mirepoix, así como el vizconde de Carcasona (Parsifal) se denominaban hijos de Belisa. El nombre de «Belisa» indica un origen mítico, se refiere a la descendencia de la diosa lunar Belisena, la Astarté celtibérica. De ahí que aparezcan con tanta frecuencia la luna, el pez y la torre en sus armas (Mira Peixes = Mirepoix se llamaba, cuando era una ciudad fenicia, Beli Cartha = ciudad lunar). Los guardianes del Grial, al denominarse «hijos de la Luna», establecen una relación con la leyenda celta del rey Arturo. Es este elemento pagano en las ideas religiosas de Occitania y del Languedoc lo que subleva a la Iglesia católica romana, además del catarismo, contra los «perfectos», los «puros», que viven sin luchar y sin matar y sin temer la muerte, a la espera del paraíso. <<

[320] *E lo vescoms...*: (francés antiguo)

El vizconde de Trencavel se subió a los muros  
en la llanura ve los hombres armados  
el gigantesco ejército de los cruzados.  
Llamó a sus soldados y caballeros  
los mejores con la lanza,  
los mejores con la espada,  
«Acudid, barones», exclamó, «ensillad los caballos».  
(«La conquista de Carcasona» de: *Las cruzadas contra el sur* 1209-1219;  
Guilhem de Tudela y otro autor anónimo.) <<

[321] *lance*: lucha a caballo en los torneos caballerescos, casi siempre con armas afiladas, en su mayoría lanzas. <<

[322] *Lionel de Belgrave*: abuelo de Raúl de Belgrave, seguidor de Simón de Montfort, de Leicester. <<

[323] *Nuestra Señora de Quéribus*: nave dedicada a la madre de Dios. Quéribus fue la última fortaleza de los cátaros en el sudoeste de Francia, que tan sólo en 1255 cayó en manos de los franceses, debido a la traición de Oliver de Termes. <<

[324] *mercurio*: denominación alquimista, símbolo astrológico. <<

QUE DIAUS VOS BENSIGNA!

- [325] *basílica de Santa Magdalena*: basílica en Redae, dentro del castillo templario de Rennes-le-Château, llamada también «la puerta al infierno». <<
- [326] *David*: rey de Judea en la segunda mitad del siglo XI a.C., después rey de Israel en su capital Jerusalén, llamada también «ciudad de David». En la época de la decadencia israelí, el recuerdo del gran soberano fue retomado por el pueblo, que espera la salvación de su regreso o por obra de su sucesor, el Mesías. <<
- [327] *José de Arimatea*: tío y seguidor de Jesús, que pidió el cuerpo de éste para sepultarlo en una tumba rocosa; se dice que después de la crucifixión llevó a los hijos de Jesús hasta Marsella. Según la tradición celta se le considera primer custodio del Grial. <<
- [328] *reino de Thule*: reino insular legendario, posiblemente situado en un territorio al norte de Bretaña, que se consideraba el más septentrional del mundo. Supuestamente descubierto en la antigüedad por Piteas. <<
- [329] *Epifanía*: (griego) fiesta de la aparición del Señor, fiesta de los Tres Reyes Magos (6 de enero). <<
- [330] *non meta...*: (latín) «no es la meta, sino el camino». <<
- [331] *habló...*: Salmo 49,6 («de la fragilidad del ser humano»). <<
- [332] *padre José*: hijo de Jacob, figura principal de la historia de san José (*Génesis*, 37-50) que expone el conflicto entre José, que ambiciona una posición elevada, y sus hermanos, que venden a José como esclavo a los egipcios, donde asciende a funcionario supremo del imperio. Después de una hambruna, los hermanos llegan a Egipto en busca de cereal; hacen las paces y toda la familia de Jacob (el pueblo de Israel) se traslada a Egipto. En el libro siguiente (*Éxodo*) se explica la salida de Egipto; también hay referencias a la historia de la tribu: los hijos de Jacob representan al mismo tiempo las tribus de Israel; en este plano debe considerarse la historia como intento de legitimación de la soberanía de las tribus de Jacob. <<
- [333] *Yahvé*: (hebreo yáwe), nombre que se da a Dios en el Antiguo Testamento. <<
- [334] *el profeta Mahoma*: (árabe = el alabado), en realidad se llamaba Abdul Kasim Muhammad ibn Abdullah (571-632), fundador del Islam. Originalmente era un comerciante que alrededor del año 610 tuvo unas visiones y se sintió llamado a ser profeta; sus revelaciones están recogidas en el Corán. <<
- [335] *mejor un niño...*: Kohelet 4,13, citado según Ernst Müller (editor) *Der Sohar*, p. 151. <<

- [336] *Maimónides*: en realidad se llamaba Mose ben Maimón (1135-1204), teólogo judío que tuvo gran influencia sobre el pensamiento cristiano de la Edad Media; recogió y editó las leyes religiosas judías. <<
- [337] *el sabio...*: Kohelet 2, 14, v.a. <<
- [338] *sahat*: (del hebreo *sahat* = sacrificar) sacrificio de animales según las normas religiosas judías, mediante corte en el cuello y desangramiento. <<
- [339] *passah*: comida en la fiesta de Pascua, que es la fiesta judía de conmemoración de la salida de Egipto. <<
- [340] *esenios*: hermandad que existió desde aprox. 150 a.C. hasta 100 d.C. junto al mar Muerto (Kumran); secta judía secreta y muy severa. Se considera que su fundador fue el legendario «maestro de justicia» (Avatar Mel-chi-Tsedeq); el mismo maestro invisible aparece entre los sufís como *Kidhr-Elias*. Los esenios esotéricos combinaban las teorías monoteístas de Moisés y Zaratustra. Se dice de Jesús el Nazareno que era esenio. <<
- [341] *Louvre*: en la Edad Media, el castillo de los reyes franceses en París, construido aprox. en 1200; fue transformado en palacio en los siglos XVI-XIX por diferentes constructores (Lescot, Lemercier, Le Vau, Perrault, y otros), desde 1793 es museo público. Alberga una de las mayores colecciones de arte del mundo. <<
- [342] *su carne desaparece...*: Job, 33, 21 (signos múltiples de Dios). <<
- [343] *Trismegistos*: (griego) se refiere a Hermes Trismegistos, el «triplemente más grande». Los diecisiete libros que se le atribuyen fueron escritos probablemente en los primeros siglos d.C. en la escuela esotérica de Alejandría, y tratan de astrología, rituales de templo y temas de medicina. <<
- [344] *doctores*: (latín) la universidad medieval disponía (como máximo) de cinco facultades: la artística (las artes libres como teoría de fundamentos), teología, medicina, derecho canónico y derecho civil. Los estudios eran largos, y muy pocos estudiantes pasaban más allá de la facultad de enseñanza artística, e incluso dentro de ésta muchos no llegaban a adquirir el grado de doctor, para el que había que demostrar habitualmente seis años de asistencia a la facultad de bellas artes y otros seis de estudios de derecho o de medicina. En París no se podía adquirir el grado de doctor después de haber cumplido los 35 años. De modo que los doctores formaban una élite intelectual y social. <<
- [345] *in nomine...*: (latín) «en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo te libero de tus pecados». <<



[346] *da servis...*: (latín) «da la paz a tu servidor». <<

[347] *acuerdo de paz de Corbeil*: en el acuerdo de Corbeil (1258), Luis IX reconoció al rey de Aragón, que había renunciado a su soberanía feudal sobre la Gascuña, como soberano de Cataluña, Rosellón y Montpellier. <<

[348] *altas undas...*: (occitano)

Altas olas que atravesáis el mar  
atizadas por el viento y que habitáis allá,  
¿podéis decirme novedad de mi amigo  
que en su día se alejó?  
Jamás regresó.  
(Rimbaud de Vaqueiras, 1180-1205). <<

[349] *perfecto*: entre los cátaros, un creyente practicante iniciado en el nivel máximo de la pureza, que podía ejercer funciones de sacerdote. <<

[350] *Revelación secreta de san Juan*: último libro del Nuevo Testamento, de autor desconocido, se denomina a sí mismo muy humildemente «servidor» Juan. Su tema principal es el próximo triunfo del reino de Dios, cuya victoria definitiva ya ha comenzado con la resurrección de Cristo y el Juicio Final. Entre los cátaros se consideraba único Evangelio auténtico de Jesús, y posiblemente dispusieran de otra versión que la versión bíblica oficial. <<

[351] *endura*: (del latín *indurare* = aguantar) entre los cátaros que habían alcanzado la categoría de «perfectos», era el método habitual para acelerar la muerte, negándose totalmente a ingerir alimentos y agua; se iniciaba después de recibir el *consolamentum*. <<

[352] *Mal amar...*: (occitano)

Es difícil amar al vasallo de otro país  
pues sus ojos y su risa provocan las lágrimas.  
Jamás habría pensado que mi amigo me engaña  
pues en amor le di cuanto me pedía.  
Estribillo:  
Ay ¡cuántas veces me ha provocado alegría,  
cuantas dolor con estos amores!  
(Rimbaud de Vaqueiras, 1180-1205). <<

## LA NOVIA DE PALERMO

## EL LEGADO DEL PRECEPTOR

- [353] *cardenal Octaviano degli Ubaldini*: el Cardenal Gris, encargado de los servicios secretos de la Curia. <<
- [354] *Trastevere*: la reordenación de Roma a la que procedió Augusto, instauró un nuevo distrito, el XIV, llamado *Trans Tiberium* («más allá del Tíber»). Este nombre se convirtió en Trastevere, que se considera el barrio más romano y más popular de la ciudad. <<
- [355] *Castel Sant'Angelo*: (italiano) castillo situado directamente junto al Tíber, sobre el túmulo del emperador Adriano; servía a los papas como refugio en caso de revuelta popular. <<
- [356] *San Pedro*: basílica construida en Roma encima de la tumba del apóstol Pedro (que murió en el circo de Nerón, aprox. en el año 65 d.C.). Fue construida en 324 bajo el emperador Constantino I (307-337), y consagrada en el 326 por el papa Silvestre I (314-347). <<
- [357] *papa y papisa*: figuras que aparecen también en el Tarot (hierofante y suma sacerdotisa). <<
- [358] *via Cassia*: antigua calzada romana que conducía de Roma hacia el norte. <<
- [359] *colli Albani*: (ital.) montes Albanos, situados aprox. 20 km al sureste de Roma, altura hasta 950 m; lugar de refugio de los papas, sobre todo la ciudad fortificada de Anagni; Castelgandolfo sirve aún hoy como residencia veraniega a los papas. <<
- [360] *senador Brancaleone degli Andalò*: cuando el senado romano recuperó sus poderes, en el año 1144, tenía 56 miembros. Así siguió casi sin interrupciones hasta 1204; después se estableció la costumbre de elegir cada año sólo a uno o dos senadores, apoyados por consejeros. <<
- [361] *podestà*: (ital.) prefecto de una ciudad, alcalde elegido por el concejo municipal. Símbolo del aumento del poder público de la burguesía en las ciudades del norte y del centro de Italia, sometidas directamente al imperio. <<
- [362] *urbs*: (latín) la ciudad = Roma. <<
- [363] *Arlotus*: notario al servicio del papa Alejandro IV. <<
- [364] *comentatio rerum sicularum*: (latín) «Comentario de la situación siciliana». <<
- [365] *Conrado IV*: nació el 25-4-1228, hijo y sucesor de Federico II como rey de

Alemania. Conrado era fruto del segundo matrimonio (con Yolanda de Brienne, que murió de parto); y con su nacimiento se convirtió nominalmente en «rey de Jerusalén», se casó el 1-9-1246 con Isabel de Baviera (hija de Otto II de Wittelsbach); de este matrimonio nació Conrado V. <<

[366]*Conradino*: (Conrado V, 1252-1268) duque de Suabia, hijo de Conrado IV, nieto de Federico II. En su intento de recuperar la herencia siciliana fue derrotado en la batalla de Tagliacozzo por Carlos de Anjou, a quien el Papa había cedido Sicilia como feudo. <<

[367]*Lucera*: ciudad en Apulia, cerca de la residencia imperial de Foggia; esta ciudad fue fundada por Federico II para los sarracenos sublevados, a los que el emperador quería alejar de Sicilia; se convirtieron en sus seguidores más fieles, hasta el punto de que, en lo sucesivo, el emperador les llegó a confiar el tesoro del Estado. <<

[368]*tabula rasa*: (del latín, referido a una pizarra limpia en la que se puede volver a escribir), imponer el orden, aclarar una situación. <<

[369]*papa Inocencio IV*: ocupó la silla de san Pedro del 24-6-1243 hasta el 7-12-1254, sucesor de Celestino IV, que en otoño de 1241 reinó durante no más de 26 días antes de ser eliminado; Inocencio combatió contra el emperador Federico II, y después de la muerte de éste, contra su hijo y sucesor Conrado IV, y en el sur de Italia también contra el hijo bastardo Manfredo de Sicilia. Intentaba encontrar para el reino de Sicilia, que consideraba su feudo, a un soberano que estuviese dispuesto a expulsar de allí a la familia de los Hohenstaufen. <<

[370]*silla del Pescador*: silla de san Pedro, Santa Sede. <<

[371]*soldados de la llave*: soldados del ejército papal, llamados así por las llaves cruzadas que aparecen en su escudo. <<

[372]*omissis*: (latín) suprimido, omitido (término propio de los copistas). <<

[373]*unio regni...*: (latín) unión del reino de Sicilia con el Imperio germánico, una situación política que indignaba a los papas, porque situaba al Estado de la Iglesia en una situación atenazada. <<

[374]*saluti sua consulens*: (latín) teniendo en cuenta su estado de salud. <<

[375]*Filomela...*: (latín)

Alabemos al ruiseñor  
el instrumento de su voz  
entonando una dulce melodía

tal como nos enseña la música  
sin cuyo arte auténtico  
las canciones no tienen valor. <<

[376] *Cum telluns...*:

Cuando en la nueva primavera  
brote la vida de la tierra  
y las ramas se vistan de verde  
ascenderá de las flores  
el dulce olor de la miel. <<

[377] *Hilarescit...*:

El ruiseñor está contento  
pues conoce la dulce entonación  
y para cantar abre el pico  
alabando la llegada del verano. <<

[378] *Istat nocti...*:

Día y noche insiste y vibra  
con una dulce melodía,  
serena al durmiente  
con las modulaciones de su voz  
y consuela al caminante de sus escuerzos. <<

[379] *Vocis eius...*:

El bello sonido de su voz,  
más claro que el de la lira  
triunfa en la canción sobre los pájaros  
que llenan el bosque y los campos con sus trinos.  
(De *Luscinia*, atribuido a Fulbert de Chartres, aprox. 960-1029). <<

[380] *olov ha shalom*: (hebreo) «la paz sea con él». <<

[381] *Sanctus...*: (latín)

Santo, santo, santo,  
señor Dios de los ángeles,  
el cielo y la tierra  
están llenos de tu magnificiencia.  
Hosanna en las alturas. <<

[382] *Benedictus...*:

Alabado sea el que viene en nombre del Señor.  
Hosanna en las alturas. <<

[383] *Kyrie eleison...*: (griego-latín)

Señor, apiádate de nosotros,  
Creador todopoderoso  
del cielo y las estrellas,  
Cristo, apiádate de nosotros. <<

[384] *Qui mundum...*: (griego-latín)

El que salvó al mundo  
derramando su sangre,  
Señor, apiádate de nosotros,  
Santísima Trinidad, que reina por toda la eternidad.  
(Canción de misa latina). <<

[385] *esfera armilar*: instrumento clásico de astronomía que, junto con el astrolabio, ha representado el medio auxiliar preferido para hacer los cálculos astrológicos hasta la época moderna. Su invención se atribuye a Thales o Anaximander (siglo IX a.C.). <<

[386] *terribilis...*: (latín) «este lugar es terrible». <<

[387] *matalobos*: raíz de ranúnculo. <<

[388] *acónito*: planta muy venenosa, de la familia de los ranúnculos. <<

[389] *exorcizar*: liberar del demonio. <<

[390] *Alá imshak!*: (árabe) «Dios nos guarde». <<

[391] *pacta sunt servanda*: (latín) «los acuerdos hay que cumplirlos». <<

[392] *mashiat Alá*: (árabe) «que Dios me ayude». <<

[393] *Alma virgo...*: (latín)

Bella doncella entre las vírgenes  
coronada en el cielo  
ruega por nosotros ante tu Hijo. <<

[394] *Et post hoc...*: (latín) «Cuando partamos de esta vida, acude en nuestra ayuda como mediadora.» <<

[395] *Iam est...*: (latín) «Ya ha llegado la hora de levantarse del breve sueño de la muerte.» <<

[396] *Ad mortem...*: (latín) «Con alegría vamos a la muerte y renunciamos a los pecados.»

(*Ad mortem festinamus*; canción anónima de los peregrinos, del *Llibre vermell*, monasterio de Montserrat, Cataluña). <<

[397] *Cancerbero*: perro con cuatro cabezas de la mitología griega, guardián del infierno. <<

[398] *zih'rono...*: (hebreo) «ojalá se levante». <<

[399] *oleh l'shalom*: (hebreo) «que su recuerdo sea una bendición». <<

[400] *toda lujuria...*: (*Der Sohar*, v.a. p. 157). <<

[401] *desnucador*: (en árabe: *ad-thani*) pequeño cuchillo de caza que servía para rematar; en la antigüedad, el sacerdote que desnucaba a los moribundos para que no se produjeran muertes en sábado, porque los cadáveres quedarían sin enterrar, algo que, con el calor reinante, no se consideraba conveniente. <<

[402] *mandrágora*: raíz de una planta tóxica, extendida principalmente en el espacio mediterráneo. <<

[403] *y la noche...*: (Salmos 139,12. Citado según *Der Sohar*, v.a., p. 107). <<

## EN BUSCA DEL TESORO

[404] *palacio real de Palermo*: Federico no solamente era rey de Alemania (una dignidad que cedió en 1237 a su hijo Conrado IV), sino también, desde 1198 hasta su muerte en 1250, rey de Sicilia. Su corte en Palermo era la más renombrada de todo Occidente. Desde allí y desde sus Palatinados en Apulia, gobernaba el Imperio. En los años de su regencia (1220-1250) Federico no estuvo en Alemania más de cuatro años. <<

[405] *condesa Bianca di Lancia*: durante muchos años fue amante de Federico II, que con ella tuvo dos hijos naturales: Manfredo, príncipe de Tarento, nacido en 1232, y Constancia, llamada «Ana», posterior esposa de Juan Vatases, emperador de Nicea. En su lecho de muerte, Federico declaró legítimos a estos hijos y otorgó a la madre, Bianca, la dignidad de condesa de Lecce. <<

[406] *bomba*: (italiano) recipiente de arcilla lleno de fuego griego o pez líquida, empleado como proyectil lanzado por medio de una catapulta. <<

[407] *Nicea*: ciudad antigua en el noroeste de Anatolia, en la orilla oriental del lago de

Isnik; lugar de reunión del primer concilio ecuménico (325) y del séptimo (787).

<<

[408] *Vatatses*: emperador Juan III Ducas (1193-1254). Una vez fundado el Imperio Latino en 1204, algunos familiares de la casa soberana de Constantinopla emigraron a Asia Menor, donde fundaron los reinos de Trebisonda y de Nicea. Partiendo de allí intentaron la reconquista de Constantinopla, conseguida en 1261 bajo Miguel Paleólogo, que restableció el Imperio bizantino. <<

[409] *jamala ua...*: (árabe) «camella de nombre». <<

[410] *hiyab*: (árabe) velo femenino. <<

[411] *noche de bodas de Brindisi*: en esa noche (9-11-1225), Federico II dejó preñada a una de las doncellas de Yolanda, Anais (hija del gran visir Fakr ed-Din, padre del Halcón Rojo, Fassr ed-Din). De esta unión nació Clarion, que obtuvo de su padre Federico el título de condesa de Salento. <<

[412] *Homs...*: ciudad y emirato en Siria occidental, junto al río Orontes. <<

[413] *Hama*: ciudad y emirato en Siria occidental; su colonización se ha demostrado que existía desde el siglo IV a.C. <<

[414] *Saladino*: Salah ad Din Yusuf Ibn Ayub (nacido en 1137 o 1138, murió en 1193 en Damasco), sucedió en 1171 a la dinastía de los fatimidas, se proclamó en 1176 sultán de Egipto y Siria; en 1187 conquistó Jerusalén. <<

[415] *El-Aziz*: hijo de An-Nasir, sultán de Siria. <<

[416] *tártaros*: denominación de las tribus esteparias del Extremo Oriente, que en 1240 llegaron por primera vez a Europa. Más adelante se impuso el término más preciso de «mongoles». <<

[417] *granada franciscana*: calificación irónica de William de Roebuk. <<

[418] *Constancia*: hija del rey Manfredo, fruto de su primer matrimonio con Beatriz de Saboya. <<

[419] *infante de Aragón*: don Pedro, esposo prometido a Constancia. <<

[420] *William ante portas*: (latín) «William ante las puertas», derivado de la exclamación romana ¡*Anibal ante portas!* <<

[421] *Limasol*: (griego Lemesos) ciudad situada en la costa meridional central de Chipre, junto a la bahía de Akrotiri; antiguo castillo bizantino del siglo XII; frecuente sede de gobierno de los reyes de Chipre. <<

- [422] *Demetrios*: sacerdote griego. <<
- [423] *Teodoro I*: hijo y sucesor de Juan Vatases. <<
- [424] *Arsenio*: patriarca de Nicea. <<
- [425] *Acaya*: paisaje septentrional antiguo del Peloponeso, principado latino. <<
- [426] *Ana*: hija mayor de Miguel, soberano de Épiros. <<
- [427] *Helena Angelina de Épiros*: hija menor de Miguel de Épiros, segunda esposa de Manfredo de Sicilia. <<
- [428] *nomen est omen*: (latín) «el nombre lo predice». <<
- [429] *Constancia de Hauteville*: (1154-1198) hija y heredera del rey Roger II de Sicilia, se casó en 1186 con Enrique VI y gobernó desde 1197 en nombre de su hijo Federico Roger, el posterior Federico II, al que hizo coronar rey de Sicilia cuando tenía cuatro años. <<
- [430] *Épiros*: paisaje montañoso histórico junto al mar Jónico, que en el Pindos asciende a una altura superior a los 2.600 m. Cadenas calcáreas sin bosque, ganadería de ovejas y cabras. <<
- [431] *auspicios*: derivado de la costumbre de los romanos de observar el vuelo de los pájaros (*auspicium* = observación ornitológica) para extraer de esta observación señales y premoniciones. <<
- [432] *ortodoxia cismática*: el rechazo de determinados dogmas católicos y de la supremacía del Papa por el patriarca de Constantinopla, condujo en el año 1054 a un cisma, que separó la Iglesia oriental de Roma. Esta Iglesia oriental se calificaba a sí misma de «ortodoxa = que tiene la verdadera fe», y acabó siendo la Iglesia oficial del Imperio bizantino. <<
- [433] *lapis excellis, lapis ex coelis*: (latín, «piedra excelente, piedra del cielo») disputa interpretativa relacionada con el Grial. <<
- [434] *Balduino*: emperador Balduino II (reinó de 1228 al 25-7-1261, en que fue destituido; murió en 1273). Hijo de Pedro de Courtenay (emperador latino de Constantinopla, del 9-4 hasta el 11-7-1217) y de Yolanda de Flandes (que murió en 1219). Balduino II estaba casado con María de Brienne, hija del tercer y último matrimonio de Jean de Brienne con Berengaria de Castilla. <<
- [435] *iocalia*: las joyas de la corona. <<
- [436] *Bertold von Hohenburg*: senescal del sur de Italia bajo el rey Conrado IV. <<



[437] *trabuquete*: máquina lanzadora (catapulta grande y desmontable) con un brazo largo, montada sobre un armazón elevado. <<

[438] *iglesia del Santo Sepulcro*: iglesia en Jerusalén, construida en el siglo III d.C. por iniciativa de Helena, madre del emperador Constantino, sobre lo que se supone fue el sepulcro de Jesús; fue destruida y reconstruida varias veces a lo largo de la historia. <<

[439] *locus maledictus*: (latín) lugar maldito. <<

[440] *O Maria...*: (occitano) «O María, madre de Dios, Dios que eres Hijo y Padre, Santísima Virgen, ruega por nosotros ante tu Hijo celestial». <<

[441] *Eva creet...*:

Eva creyó a la serpiente  
un ángel luminoso  
por el bien de nosotros  
Dios, en verdad, nació hombre. <<

[442] *Car de femma...*:

Pues nació de una mujer  
y Dios salvó a la hembra  
y nació el Hombre  
para salvar a los humanos. <<

[443] *Que diaus...*: (occitano) «Que Dios te bendiga». <<

[444] *Vida qui mort...*:

La vida que venció a la muerte  
nos ha abierto el paraíso  
para que la gloria de aquel  
que nos fue dado por Dios  
se convierta en realidad.  
(*Oh Maria, Deu maire*; trovador anónimo, siglo XII). <<

[445] *apócrifo*: (griego-latino) signos ocultos, escritura de sentido oculto, adjetivo que se da a algunas tradiciones cristianas no incluidas en el canon de la Biblia oficial. <<

[446] *trou'des tipli'es*: (francés) «el agujero de los templarios» (término despectivo); una ruina conocida por este nombre existe al este de Rennes-le Château, pero oficialmente no es accesible. <<

[447] *Oy, aura dulza...*: (occitano)

Ay, dulce brisa que vienes  
de allí donde duerme,  
vive y se refugia mi amigo.  
Tráeme su dulce aliento.  
Así podré respirarlo,  
pues grande es mi deseo.  
(Rimbaud de Vaqueiras, 1180-1205). <<

## DE ISLAS LEJANAS

[448] *sarracenos*: denominación medieval aplicada a árabes o musulmanes. <<

[449] *obispo de Grigenti*: Grigenti = el actual Agrigento. <<

[450] *Constancia de Aragón*: primera esposa de Federico II, murió en 1222, viuda del rey de Hungría. Cuando se casó con Federico tenía 24 años, diez más que éste. <<

[451] *Enzio*: (1216-1274) hijo natural de Federico II, rey de Torre y Gallura (Cerdeña); fue apresado por los boloñeses en Fossalta. Federico intentó en vano convencer a los boloñeses, con amenazas y sobornos, pero éstos respondían que habían jurado no liberar jamás a Enzio. <<

[452] *orefici fiorentini*: (italiano) orfebres florentinos. <<

[453] *Cassaro*: calle principal de Palermo, que conduce desde la Cala, el puerto, hacia el *Palazzo dei Normanni*. <<

[454] *Qasr*: denominación árabe del *Palazzo dei Normanni*, en Palermo. <<

[455] *trirreme*: nave de combate con tres cubiertas, accionada por tres hileras sobrepuestas de remeros, además de las velas. <<

[456] *Atalanta*: nave capitana de los templarios. <<

[457] *condesa de Otranto*: llamada «la abadesa»; Laurence de Belgrave nació en 1191, hija del matrimonio morganático de Livia de Semptisoliis-Frangipane con Lionel Lord Belgrave. Laurence llegó a ser abadesa del convento de carmelitas en el Monte Sacro de Roma; en 1217 huyó de la Inquisición; se dirigió a Constantinopla, donde abrió un burdel, más adelante fue conocida y temida como pirata y mercader de esclavos. En 1228 casó con el almirante del emperador, el conde Enrique de Malta. Al morir éste, heredó Otranto y la trirreme. <<

[458] *Columns de Hércules*: el estrecho de Gibraltar. <<

- [459] *Oleum atque vinum*: (latín) «Aceite y vino»; nombre de la taberna del puerto. <<
- [460] *Alekos*: comerciante griego de vinos en Palermo. <<
- [461] *Enrique, conde de Malta*: almirante ennoblecido por Federico II, enviado por éste en 1221 como avanzadilla a Damietta; en 1228 cazó a la temida pirata Laurence de Belgrave, llamada «la abadesa», y en lugar de ahorcarla se casó con ella. De este modo la pirata se convirtió en condesa de Otranto. <<
- [462] *princesa de Valaquia*: Valaquia es un territorio situado entre los Cárpatos meridionales y el Danubio, en la región de la actual Rumanía. <<
- [463] *Hugo von Revel*: caballero sanjuanista, representante del gran maestro, que estaba prisionero. A su vez fue gran maestro de 1259 a 1278. <<
- [464] *Guillaume de Chateauneuf*: gran maestro de los sanjuanistas de Acre (1244-1259); muy poco después de iniciarse en el cargo cayó, en la batalla de la Forbi, en manos de los egipcios, y no fue liberado hasta 1251. <<
- [465] *Ustica*: pequeña isla frente a la costa norte de Sicilia, en el mar de Tirreno. <<
- [466] *moriscos*: descendientes de los súbditos sarracenos en el Imperio germánico. <<
- [467] *Kefir Alhakim*: sastre remendón y charlatán; gobernador imperial autonombado de la isla de Ustica. <<
- [468] *traquinidas*: peces dragón cuyas mordeduras causan fuertes dolores, inflamaciones, e incluso crisis de ahogo. <<
- [469] *scorpaena scrofa*: (latín) pez del Mediterráneo, cuyo veneno provoca intensos dolores. <<
- [470] *micetología*: (del griego) ciencia de las setas y las esponjas. <<
- [471] *muscaria*: setas que contienen muscarina (alcaloide muy tóxico). <<
- [472] *sporangia*: se refiere aquí a las plantas que se propagan por esporas (algas, setas, musgos y helechos). <<
- [473] *Tiberio*: Tiberio Julio César Augusto, hijo de Livia y de Tiberio Claudio Nerón, 42 a.C. hasta 37 d.C.; emperador romano desde el año 14 d.C.; hijo adoptivo e hijastro de Augusto. <<
- [474] *Kadr ibn Kefir ad-Din Malik Alhakim Benedictus*: llamado «Beni el Gato», hijo de Kefir Alhakim. <<
- [475] *Grazal dos Tenguatz...*: balada «Los hijos del Grial», de Peter Berling, traducida

al occitano por Michael Korth.

Dos bellos niños del Grial  
fueron salvados del mayor peligro  
en la última noche del Montsalvat.  
Muchos caballeros expusieron su vida  
por Roç y Yezabel, los hijos del Grial.  
Desde entonces están en boca de todos  
Roç Trencavel y su Esclarmunda.

El Papa de Roma atenta contra su vida  
pero los protege el poder mágico de Sión.  
Los salva al cruzar las honduras del mar  
y Bizancio está a sus pies  
Roç y Yezabel, los hijos del Grial  
Eternamente se hablará del Trencavel y su Esclarmunda.

Guardianes del Grial  
atravesan el desierto de los tártaros  
dominan al anciano de la montaña  
conquistan la corona de los mundos  
Roç y Yezabel, los hijos del Grial  
Roç Trencavel y su Esclarmunda.

Nunca se vio en todo el ancho mundo  
a alguien más noble de sangre real  
a otra dama más bella, inteligente y valerosa,  
su reino secreto es el amor  
para que por encima de todo  
venza la esperanza humana.  
Roç y Yezabel, los hijos del Grial,  
héroes de la última hora.  
Roç Trencavel y su Esclarmunda. <<

[476] *hospitalarios*: sanjuanistas. <<

[477] *Hanno von Sangershausen*: gran maestre de la orden de caballeros teutónicos entre 1257 y 1274. <<

[478] *Maletta*: mayordomo jefe y maestro de ceremonias de Manfredo. <<

[479] *Oberto Pallavicini*: vicario imperial de Lombardía y Toscana; señor de Cremona (1250); *podestà* de Pavia y Vercelli (1254). <<

- [480] *Kalsa*: bastión angular con amplios sótanos, situado al sureste de la vieja muralla de Palermo, procede de la época del dominio árabe. <<
- [481] *Galvano de Lancia*: príncipe de Salerno. <<
- [482] *Ezzelino de Verona*: gibelino, señor de Verona, temido por su crueldad, casado con Selvaggia, una de las seis hijas naturales de Federico II; desde 1236-1237 Ezzelino también dominaba Padua, Treviso y Vincenza. <<
- [483] *capella palatina*: capilla normando-bizantina en la primera planta del palacio real de Palermo. <<
- [484] *cruzada infantil*: una de las cruzadas, que partió en 1212 desde Vendôme y las tierras del Rin, compuesta por varios miles de niños de 10 a 15 años; la mayoría murieron en el camino de hambre y de enfermedad, sobre todo al cruzar los Alpes; otros fueron hechos prisioneros mientras cruzaban el Mediterráneo, a raíz de una traición, y vendidos como esclavos. <<
- [485] *pileum cornutum*: (latín = sombrero judío) sombrero casi siempre de color amarillo, en forma de embudo, que el Concilio de Viena (1267) y más tarde también la legislación civil impusieron a los judíos como símbolo de su raza. <<
- [486] *Aleandría*: puerto egipcio en el delta occidental del Nilo, fundado por Alejandro Magno en el año 331 a.C.; la ciudad poseía una de las siete maravillas del mundo, el faro de Alejandría, de aprox. 100 m de altura. En la época de Ptolomeo, la ciudad era famosa por su biblioteca, y representaba el centro artístico y científico del mundo conocido. <<
- [487] *dir balak...*: (árabe) «¡atención, *Immà!*» <<
- [488] *Javier de Urgel el Joven*: artista que tallaba la madera, creador del grupo del Gólgota en Redae. <<
- [489] *Miguel Paleólogo*: general del emperador Teodoro II de Nicea, coemperador con Juan IV; desde 1258 emperador de Nicea bajo el nombre de Miguel XIII; en 1261, después de reconquistar Constantinopla, refundó el Imperio de Bizancio. <<
- [490] *Juan IV*: Laskaris Vatatses, hijo y heredero único de Teodoro II, coemperador con Miguel Paleólogo. <<
- [491] *Karakorum*: (Qara-Qorum), ciudad que hacia 1220 fue designada por Gengis-khan capital y centro del imperio mongol. <<
- [492] *archimandrita*: (griego) título sacerdotal de la Iglesia ortodoxa. <<

[493] *caput stragis*: (latín) cabeza de los estragos. <<

[494] *necrópolis*: (griego) ciudad de los muertos; cementerios de la antigüedad. <<

[495] *Eleusis*: ciudad griega importante en la antigüedad, junto al golfo de Aegina, unida por medio de la Via Santa con Atenas, que estaba unos 20 km más al oeste; famosa por sus misterios de Demetria. <<

[496] *Cuern de Oro*: nombre de la bahía portuaria de Constantinopla. <<

[497] *islas lejanas*: en algunos documentos medievales apócrifos y cartas marinas, se denominan así las tierras situadas al otro lado del mar Atlántico. <<

[498] *Crux fidelis...*: (latín)

La más fiel de todas las cruces,  
el más noble de todos los troncos  
ningún bosque ha dado árboles como tú,  
como tus hojas, tus flores y tus ramas. <<

[499] *Dulce lignum...*: (latín)

Dulce madera, dulces clavos,  
soportáis un dulce peso. <<

[500] *Pange lingua...*:

Canta, lengua, el famoso combate del Glorioso.  
La Cruz será nuestro signo de victoria. <<

[501] *Sit patri...*:

Al Padre y al Hijo, de gracia suprema,  
con el espíritu de la eterna Trinidad,  
alabaremos y honraremos. <<

[502] *Quae creavit...*:

La que nos creó, nos redimió y nos ilumina.  
(Canto gregoriano de la Semana Santa). <<

## UN REGALO PARA EL REY MANFREDO

[503] *Jacobo Pantaleón*: patriarca de Jerusalén, de origen humilde (Troyes, Borgoña). <<

[504] *Maremma*: región costera en el sur de la Toscana, lindante con el mar Tirreno. <<

[505] *Ultramar*: en aquella época se aplicaba el término a Tierra Santa. <<

- [506] *suum cuique*: (latín) a cada uno lo suyo. <<
- [507] *esbirros*: espías, agentes, verdugos. <<
- [508] *Hamo l'Estrange*: nació en 1229, hijo único de la condesa de Otranto, cuyo padre no era el almirante conde Enrique de Malta, según confesión de su propia madre. <<
- [509] *Ave Maris Stella*: (latín) canto eclesiástico «estrella del mar, te saludo». <<
- [510] *sir Darius Turnbull*: embajador del rey inglés Enrique III ante el papa Alejandro IV. <<
- [511] *conditio sine qua non*: (latín) condición innegociable. <<
- [512] *(conditio) sine qua excommunicatio*: (latín) condición que, de no cumplirse, tiene por consecuencia la excomunión. <<
- [513] *Civitavechia*: ciudad portuaria junto al mar de Tirreno, al noroeste de Roma. <<
- [514] *vinum...!*: (latín) ¡vino, Alekos! ¡En el vino nos sonrío la suerte! <<
- [515] *rota fortunae*: (latín = rueda de la fortuna), se refiere aquí a una estrecha senda marina que conduce hacia las «islas lejanas». <<
- [516] *Shirat*: hermana menor del emir Baibars, esposa de Hamo l'Estrange. <<
- [517] *Alena Elaia*: hija de Shirat y de Hamo l'Estrange. <<
- [518] *Lega Lombarda*: (italiano) Liga Lombarda, unión de algunas ciudades del norte y del centro de Italia, sometidas directamente al Imperio, para la defensa de sus intereses. En ocasiones se aliaban con los güelfos (antiimperiales) para defenderse contra los impuestos exigidos por el emperador. <<
- [519] *liturgia gregoriana*: canto de la liturgia católica, llamado así por el papa Gregorio I el Grande, que procedió a reordenar la liturgia. <<
- [520] *besantino*: moneda de oro de origen bizantino, muy difundida desde las cruzadas. <<
- [521] *lancelotti*: así se denominaban a sí mismos los remeros nobles que vivían y luchaban en la trirreme de la condesa de Otranto, por sus remos especiales provistos de hoces en un extremo, y que eran utilizados también como armas. <<

## UN CORTE DOLOROSO

- [522] *Lorenzo de Orta*: franciscano nacido en 1222, portugués, enviado en 1245 por el

papa Inocencio IV a Antioquía, para mediar en la disputa con los ortodoxos griegos. <<

[523] *kungdaichi*: término mongol para los miembros de la casa reinante de los gengiskánidas. <<

[524] *Juan el Sebastocrátor*: hermano del emperador Miguel Paleólogo de Nicea; jefe supremo del ejército. <<

[525] *Guillermo de Acaya*: Guillermo de Villehardouin, príncipe de Acaya, a quien Luis concedió en 1249 el derecho de acuñar moneda. Su tío Guillermo I procedía de una línea secundaria de los condes de la Champaña y participó en la cruzada de 1204 contra Constantinopla, donde actuó también como cronista. De sus manos obtuvo su secretario John Turnbull el feudo de Blanchefort. Acaya cayó en 1267 en manos de Carlos de Anjou. <<

[526] *Guido la Roche*: Guido I, de la familia de aventureros de la Roche; señor de Tebas (1208); gran señor de Atenas (1225); en 1260, el rey Luis IX le nombró duque. <<

[527] *Hagia Sophia*: (griego = Santa Sabiduría) iglesia en Constantinopla, construida en 532-537 bajo el emperador Justiniano. <<

[528] *Kérkira*: puerto griego en la costa oriental de Corfú. <<

[529] *Roger I, rey de los normandos*: 1031-1101, gran conde de Sicilia, primer soberano normando de Sicilia, soberanía que obtuvo en 1061 por intervención de su hermano Roben Giscard, en calidad de feudo papal. <<

[530] *Regaleali*: vino blanco seco de Sicilia. <<

[531] *transubstanciación*: este dogma se refiere, según la Iglesia católica, a la transformación del pan y el vino en el cuerpo de Cristo, gracias a que se los bendice durante la misa; fue proclamado en noviembre de 1215 en Roma, en el cuarto concilio lateranense. <<

[532] *da'adam...*: (árabe) «¡dejar sangrar!». <<

[533] *approbatio universitatis*: (latín) aprobación médica que Federico exigía para el reino de Sicilia. <<

[534] *Nicéforo Alyattes*: embajador del emperador de Nicea. <<

[535] *Va, cansonetta...*: (ital.)

Vuela pequeña canción,



y salúdame al Señor,  
dile de la desgracia que me ocurrió.  
Aquellos que me tienen en su poder  
me sujetan tan fuerte  
que ya no puedo vivir. <<

[536] *Salutami Toscana...*:

Salúdame la Toscana, la principesca,  
donde (aún) gobierna la caballería.  
Vuela hacia las llanuras de Apulia  
hacia Lamagna, hacia la Capitana,  
hacia donde reside mi corazón día y noche.  
(Rey Enzo, citado según Masson, G., p. 374). <<

[537] *Enrique de Chipre*: Enrique I, de 1247 a 1259 regente del reino de Jerusalén (para Conrado IV y V). La sucesión en el reino de Jerusalén era hereditaria, incluso a través de la descendencia femenina (primogenitura). Los esposos no seguían siendo automáticamente reyes si morían sus esposas herederas. Así perdió Federico II en 1229 su título cuando Yolanda murió de parto; pero siguió siendo regente para el recién nacido Conrado IV. Como el regente tenía que estar presente, entregó la regencia a Alicia de la Champaña, que se casó con Hugo I, rey de Chipre. Hugo incluso se solía llamar a sí mismo rey titular de Jerusalén. Alicia murió en 1246, Hugo en 1247; la regencia pasó a su hijo, el rey Enrique I de Chipre. No obstante, el verdadero rey de Jerusalén seguía siendo Conrado IV, al que siguió en 1254 Conrado V (Conradino). <<

[538] *Et au revoir!*: (francés) «¡Y hasta la vista!» <<

## LA HUELLA DEL CÁLIZ

### HACIA NUEVOS HORIZONTES

[539] *Escila y Caribdis*: figuras de la mitología griega (*La Odisea*, leyenda de los argonautas). Escila era un monstruo de seis cabezas, que supuestamente vivía en el estrecho de Messina, frente al remolino de Caribdis. <<

[540] *Afrodita*: en la mitología griega, diosa de la belleza y del amor, hija de Zeus, se corresponde con la Venus romana. <<

[541] *Diana*: diosa romana de la caza, corresponde a Artemisa en la mitología griega. <<

[542] *Palas Atenea*: según la mitología griega, hija preferida de Zeus, diosa patrona de Atenas, diosa de la guerra y de la paz, de la sabiduría, de las artes y de los oficios. <<

[543] *poniente*: viento que sopla del noroeste. <<

[544] *Castel d'Ostia*: castillo papal en el puerto de Ostia, que en la antigüedad era el puerto más importante de Roma, situada a unos 25 km de distancia. <<

[545] *mappa terrae mongalorum*: (latín) mapa mundial que muestra por primera vez el imperio del gran khan de los mongoles. <<

[546] *Gobi*: depresión alta de Asia Central, rodeada de montañas, muy seca y prácticamente carente de desagües; paisaje desértico y estepario. <<

[547] *Altai*: cordillera en Mongolia occidental. <<

[548] *Aventino*: Aventinus Mons (una de las siete colinas de Roma). <<

[549] *Teatro de Marcelo*: teatro antiguo en Roma, llamado así según Marco Claudio Marcelo, cónsul en el año 50 a.C. <<

[550] *Albergo del Paradiso*: (ital.) albergue del paraíso. <<

[551] *San Giovanni in Laterano*: la basílica lateranense. <<

[552] *De lai don...*: (francés antiguo)

De allí donde reside toda mi alegría,  
no tengo noticia ni he recibido carita sellada,  
de modo que mi corazón ni duerme ni ríe,  
y no me atrevo a dar un paso más  
hasta saber si sigue existiendo  
entre nosotros la armonía  
tal como la deseo. <<

[553] *La nostr'amor...*:

Se trata de nuestro amor  
como las ramas del espino blanco  
que tiemblan de noche  
expuestas a la lluvia y al frío  
hasta que por la mañana  
el sol inunda con su luz  
las hojas y las ramas verdes.  
(*Ab la dolchor del temps novel*, Guilhelm des Peitieux, 1071-1127). <<

- [554] *mortacci tui!*: (ital. = «¡malditos sean tus muertos!») insulto habitual. <<
- [555] *Capitolio*: una de las siete colinas de Roma que en la antigüedad representaban el centro público y religioso de la ciudad; aún ahora es sede del senado romano. <<
- [556] *hamsa*: (árabe) cinco, amuleto conocido en Occidente como «mano de Fátima», en forma de una mano que rechaza la desgracia y también el mal de ojo. <<
- [557] *Deus ex machina*: (latín) ayuda inesperada en una situación de emergencia, que aparece en el momento oportuno y proporciona la solución a un problema, de un modo que parece milagroso. <<
- [558] *godos*: pueblo germánico que a finales del siglo II a.C. habitaba el territorio del mar Negro. En 248 d.C. se produjo el primer ataque de los godos sobre Roma; a mediados del siglo III hubo una escisión entre visigodos y ostrogodos. En 378, los visigodos vencieron al ejército romano, en el 410 saquearon Roma. En el 493, el ostrogodo Teodorico se convirtió en gran rey de Italia. <<
- [559] *et in Arcadia ego*: (latín) «también yo estuve en Arcadia». <<
- [560] *Castel Sant'Angelo*: mausoleo del emperador Adriano, junto al Tíber, que los papas convirtieron en fortaleza. <<
- [561] *passetto*: el Castel Sant'Angelo servía a los papas como refugio de fácil acceso dentro de la ciudad, sobre todo cuando se veían sorprendidos por algún asalto o una revuelta en la basílica de San Pedro (desde la basílica de San Juan se llegaba rápidamente a los montes Albanos). Un acueducto abandonado desde la época romana era utilizado ya en el siglo XI como vía de escape. A finales del siglo XIII se cubrió esta vía con un tejado y se alargó hasta llegar sin interrupciones al Castel Sant'Angelo. Este *passetto* se ha conservado hasta nuestros días. <<
- [562] *memento mori*: (latín) literalmente «piensa en la muerte», algo que nos recuerda la muerte. <<
- [563] *güelfos*: en la Italia medieval eran llamados así los seguidores del Papa y de la Iglesia. <<
- [564] *gibelinos*: en la Italia medieval eran llamados así los seguidores del emperador y del Imperio. <<
- [565] *Adriano*: Publio Elio Adriano (76-138), emperador romano desde el 117, construyó barreras fronterizas en Germania (*limes*) e Inglaterra; derrotó el levantamiento de los judíos bajo Bar Kojba. <<
- [566] *áspera bebida de Bohemia*: se refiere a la cerveza de Pilsen. La cerveza era una

bebida popular, muy difundida desde el tercer milenio antes de Cristo en toda Mesopotamia; en un documento de Pipino II, del año 786, se mencionan ya plantaciones de lúpulo. Hacia el año 1100 surgieron las primeras empresas cerveceras comerciales, junto a las domésticas y monacales que ya existían. <<

[567] *Porta Flaminia*: junto a la Porta Pia es una de las dos puertas septentrionales de Roma. <<

[568] *via Flaminia*: carretera principal de Roma hacia el norte de Italia, llamada así según Gayo Flaminio, construida aprox. en 220 d.C. <<

[569] *Ar em el freg...*: (occitano)

Así pues, hemos llegado a la época fría  
del hielo, la nieve y el barro.

Los pájaros callan  
ninguno de ellos tiene ganas de cantar.

Las ramas están desnudas  
no se ven flores ni hojas,  
el ruiseñor que me despertaba en mayo  
ya no canta.

(*Azalais de Poreairages*, hacia 1170, mujer trovadora). <<

[570] *María de Magdala*: (santa María Magdalena) mujer de Galilea a la que Cristo libró de los demonios. Testigo ocular de la Crucifixión y el Entierro. En otras versiones es su esposa (de la casa real de Benjamín) y madre de sus hijos, con los que huyó después de la Crucifixión, en compañía de José de Arimatea, hacia Marsella. <<

[571] *Campo de Marte*: planicie entre el Tíber y las colinas Pincio, Quirinal y Capitolio, situadas originalmente fuera de las murallas de la ciudad. En épocas republicanas se convocaba allí al romano. Más adelante fue edificado y llegó a estar densamente habitado durante el Imperio. <<

[572] *Ponte Milvio*: antiguo puente sobre el Tíber, donde en el año 312 el emperador Constantino derrotó al contraemperador Majencio. <<

[573] *via Salaria*: esta carretera debe su nombre al hecho de que los romanos residentes en la región de Rieti, suministraban por ella, en la antigüedad, sal a la ciudad. <<

[574] *Porta Aurelia*: puerta en la muralla romana de la ciudad, que conducía desde el Trastevere a la via Aurelia, que bordea la costa hacia el norte. Actualmente se denomina «Porta San Pancrazio». <<

[575] *rezina*: vino blanco griego, resinoso. <<

[576] *Nike*: velero del embajador del emperador de Nicea, llamado así según la diosa griega de la victoria. <<

[577] *Mare Nostrum*: (latín) literalmente «nuestro mar», el Mediterráneo. <<

[578] *chilaba*: (árabe) túnica cerrada que llega hasta los tobillos, frecuentemente dotada de capucha. <<

[579] *shirual amar*: (árabe) pantalón bombacho. <<

## EL ESCONDITE DE LA ATALANTA

[580] *Sutor*: pastor de un pueblo fiel al emperador, cuyos habitantes fueron en su día expulsados de Cerdeña. <<

[581] *Torre et Galura*: denominación antigua de Cerdeña. <<

[582] *tartuffi*: (ital.) trufa, llamada también «oro blanco». <<

[583] *Romagna*: parte suroriental de la llanura del Po (Emilia-Romagna). <<

[584] *Linosa*: isla entre la costa sur de Sicilia y la costa norteafricana, aprox. 100 km al oeste de Malta; antiguamente fue utilizada como cárcel. Perteneció a Sicilia y sirvió a los piratas sarracenos como punto de apoyo y escondite; más adelante fue arrendada por la orden templaria y transformada en una fortaleza inconquistable. <<

[585] *turcoples*: así eran llamadas las tropas auxiliares compuestas por hombres del país, al servicio de los barones de Ultramar y de las órdenes militares. Con frecuencia los turcoples ni siquiera eran cristianos, sino que servían como mercenarios al señor que dominaba el territorio del que eran oriundos. Las órdenes militares solían tener un «comandante de turcoples», como institución expresa. <<

[586] *emperador Barbarroja*: el emperador Federico I, de la familia de los Hohenstaufen (aprox. 1125-1190), hijo del duque Fernando de Suabia y de la güelfa Judith. En 1152 rey alemán y en 1155 emperador. Para restablecer el poder imperial, Barbarroja guerreó en cinco ocasiones contra el Papa y las ciudades del norte de Italia. De joven ya había participado en 1147-1148, bajo su tío el rey Conrado III, en la segunda cruzada. En 1189 encabezó una vez más, ya anciano, la tercera cruzada a Tierra Santa, pero se ahogó durante el viaje en un pequeño río de montaña. Fue enterrado en Tiro. <<

[587] *Cruz de san Andrés*: cruz puesta en diagonal, que en el cristianismo es símbolo de los sufrimientos de Jesús; llamada así por el apóstol Andrés, que al parecer murió crucificado de esta forma. <<

[588] *presa*: barco enemigo o nave comercial conquistada o requisada. <<

[589] *tempo uene...*: (italiano antiguo)

Llega el tiempo en que uno sube, otro cae,  
el tiempo de las palabras, el tiempo del silencio,  
el tiempo de escuchar y de aprender,  
el tiempo de vivir sin temer las amenazas.  
(*Re Enzo*, citado según Masson, p 375). <<

[590] *Re Enzo*: Enzo fue uno de los más famosos poetas jóvenes de su época; suyos son los sonetos tal vez más bellos de la llamada escuela siciliana, que escribió durante sus años de prisión en Bolonia. Aún hoy, el palacio en el que estuvo preso se denomina Palazzo di Re Enzo. Allí acogía a los poetas en su corte, contribuyendo así a difundir en Italia central la poesía de la escuela siciliana. <<

[591] *tempo d'ubbidir...*: (italiano antiguo)

Tiempo para obedecer a quien te regaña,  
tiempo para preocuparse de muchas cosas,  
tiempo para vigilar quién te ofende,  
tiempo para fingir que no ves nada.  
(v.a.) <<

[592] *soneto*: forma poética de origen italiano; el soneto regular (14 versos) se subdivide en dos estrofas de cuatro versos (cuartetos) y dos de tres versos (tercetos). <<

[593] *batalla de Fossalto*: (Fossalta) tuvo lugar entre las tropas de Enzo y los boloñeses; más bien se trató de una escaramuza cuyo resultado fue que el rey Enzo cayera prisionero. <<

[594] *però lo tegno...*: (italiano antiguo)

Sin embargo, considero inteligente y sabio  
enfrentarse a los hechos con la razón  
y con el tiempo aprenderás a comportarte. <<

[595] *e mettesi...*:

Y gustar a los demás  
y que no exista razón

de criticar tu comportamiento.

(v.a.) <<

[596] *Hierosolymitanum Salomonis*: (latín) el Jerusalén de Salomón. <<

[597] *Ramón de Perelha*: padre de Esclarmunda, castellano del Montségur. <<

[598] *Castel del Monte*: castillo en Apulia; se trata del más bello y el mejor conservado de los castillos de Federico II, cuyo arquitecto probablemente fuera el propio emperador. La única mención documental contemporánea de este pabellón de caza consiste en una nota del registro imperial de 1240, en que el emperador da instrucciones al justiciario de la Capítana para que se ocupe inmediatamente del revestimiento del suelo; se interpreta en el sentido de que, por esa época, el edificio estaría casi terminado. Los trabajos muy probablemente se iniciaran en los primeros años de la década de 1230, tal vez al mismo tiempo que en los palacios sicilianos. <<

[599] *Dietrich von Röpkenstein*: caballero alemán. <<

[600] *bereberes*: nombre de diferentes tribus del noroeste de África (kabilias, tuareg; eran nómadas ganaderos o agricultores). <<

[601] *magrebí*: del Magreb (árabe), nombre que se refiere al norte islámico de África. <<

[602] *tuarí*: tuareg, bereberes del Sáhara occidental, mahometanos, nómadas ganaderos (cría de camellos). <<

[603] *Roberto de les Beaux*: noble de una antigua familia provenzal que durante mucho tiempo se opuso al reinado de Carlos de Anjou. <<

[604] *Amir al Mumin*: (árabe) soberano de todos los creyentes. <<

[605] *Marrakesh*: ciudad marroquí situada al pie del Alto Atlas, en el oeste. <<

[606] *calafateado*: las trampillas se cerraban con tarugos y las ranuras se hermetizaban con alquitrán y estopa, de modo que el casco de la nave podía volver a flotar sin que se formaran vías de agua. <<

[607] *Cristóforo*: (griego = portador de Cristo) santo patrón de los viajeros. <<

## EL REY PRISIONERO

[608] *ciudad imperial libre*: independencia política de algunas ciudades sometidas exclusivamente a la soberanía del rey; a la larga, en Alemania solamente

consiguieron este estatuto las ciudades situadas en territorio imperial, las demás tuvieron que someterse finalmente al dominio de un señor feudal. En el norte y el centro de Italia hubo numerosas ciudades imperiales libres, que después pasaron a ser repúblicas. <<

[609]*Castiglione*: puerto italiano en la Toscana, provincia de Arezzo, que después de cambiar repetidamente de dueño, pasó en 1384 a depender de Florencia; actualmente se conservan todavía restos de su muralla medieval. <<

[610]*Ravenna*: capital de provincia del norte de Italia, muy importante. En la antigüedad fue puerto Adriático (actualmente está a 10 km al interior); fundación etrusca, en el siglo II a.C. fue romana; floreció siendo residencia de los emperadores romanos (Honorio); en 473 fue sede de los reyes ostrogodos (Teodorico), en 553 sede del exarca bizantino. En 751 Ravenna pasó a pertenecer a los longobardos, en 754 pasó a ser parte del Patrimonio de San Pedro; de 1440 a 1509 fue veneciana, y de 1509 a 1860-1861 nuevamente parte del Estado de la Iglesia. <<

[611]*Corrado de Salento*: decano de los *lancelotti* en la *Atalanta*, la nave capitana de los templarios, bajo el mando del Taxiarcos. <<

[612]*mangonel*: lanzadera baja, transportable, que arrojaba piedras, con un brazo curvo y una cuerda tensada que generaba la fuerza del lanzamiento. <<

[613]*nonna*: (italiano) abuela. <<

[614]*ballesta*: catapulta grande trasladable que arrojaba con gran exactitud palos afilados; la cuerda casi siempre se tensaba con ayuda de una rueda. <<

[615]*Mahmoud*: llamado el Diablo del Fuego, sobrino de Shirat, hijo del emir Baibars. <<

[616]*Alfonso de Castilla*: Alfonso X el Sabio, 1252-1284, nieto de Felipe de Suabia, hijo de Fernando III el Santo, rey de Castilla y León, y Beatriz de Hohenstaufen; en 1257 fue elegido rey germano, sin haber estado jamás en Alemania; gran favorecedor de las artes y las ciencias. <<

[617]*Salomé*: hija de Clarion de Salento y de An-Nasir, sultán de Damasco. <<

[618]*finis mundi*: (latín) el final del mundo. <<

[619]*Cathai*: denominación de la China septentrional, nombre derivado de los Kitan (población periférica de China en la temprana Edad Media). <<

[620]*Fibonacci*: Leonardo, pisano, autor del *Tratado de la tabla de cálculo* (1212), al



que se debe la introducción de las cifras árabes en Europa, la incorporación del cero y el cálculo de quebrados y porcentual. <<

[621] *Jordano Nemorario*: (Jordanus Saxo, Jordano de Namora), nació aprox. en 1180 en el norte de Alemania, murió en 1237. Teólogo y matemático germano, fue profesor en París, en la Facultad de Bellas Artes, e ingresó en 1220 en la orden de los dominicos. Probable fundador de la universidad de Tolosa; redactó escritos sobre aritmética, álgebra, geometría y matemáticas, basándose en los conocimientos de los griegos y los árabes. <<

[622] *Alberto Magno*: (santo) dominico; se llamaba en realidad Albert Graf von Bollstädt (1193 o 1206-1280); uno de los sabios más importantes de la Edad Media, estudioso de la naturaleza, teólogo, escolástico, enseñó en París y Colonia, fue maestro de Tomás de Aquino. <<

[623] *Roger Bacon*: llamado también *doctor mirabilis* (1214-1292 o 1294); franciscano, filósofo inglés de la rama escolástica, intentó descubrir una nueva forma de conocimiento experimental sobre la base de la filosofía naturalista aristotélica y árabe; gran maestro de las matemáticas, enseñaba al mismo tiempo que Alberto Magno en París. <<

[624] *ya Alá*: (árabe) «O Alá». <<

[625] *agli ordini...*: (italiano) «a sus órdenes, comandante». <<

[626] *primera casa del meridiano*: término de la astrología; una casa es uno de los doce sectores en los que se divide el zodiaco. <<

[627] *Gala Placidia*: hija del emperador Teodosio I, nació hacia el 390; cuando su hijo Valentiniano III fue proclamado emperador en el año 425, Gala fue de hecho soberana de todo el Imperio occidental de Roma. Murió en Roma, en el año 450. <<

[628] *Dietrich von Bern*: figura masculina ideal de las leyendas góticas, que aparece en muchas poesías épicas germanas y nórdicas de la Edad Media, entre otras en la canción de los Nibelungos. <<

[629] *Signoria di Polenta*: (italiano) sobrenombre de Ravenna, que hace referencia a la especialidad local, la polenta, un puré de maíz. <<

[630] *exarcado*: (del griego) un exarcado era una provincia bizantina, especialmente se llamaba así el exarcado de Ravenna (553-771), que en un primer momento abarcaba toda Italia y más adelante se limitaba al territorio que rodea Ravenna. <<

[631] *exarca*: (griego) título original del representante del emperador bizantino; más adelante, en la Iglesia oriental, el representante del patriarca en una zona determinada. <<

[632] *vicario*: (latín) lugarteniente. <<

[633] *Por coi me...*: (francés antiguo)

¿Y por qué me pega mi marido,  
pobre de mí?  
Nada malo le hice,  
no le di malas palabras,  
sólo abracé en secreto a mi dulce amigo.  
¿Por qué me pega mi marido,  
pobre de mí?  
(Moteta medieval de autor desconocido). <<

[634] *Por coi me...*: (francés antiguo)

¿Y por qué me pega mi marido,  
pobre de mí?  
No me deja llevar una vida alegre y feliz.  
Seguramente tendré que acusarle  
de viva voz por los golpes.  
¿Por qué me pega mi marido, pobre de mí?  
(v.a.) <<

[635] *Por coi me...*: (francés antiguo)

¿Y por qué me pega mi marido,  
pobre de mí?  
Pues sé muy bien lo que debo hacer  
y cómo vengarme de él.  
De noche me acostaré con mi amigo.  
¿Y por qué me pega mi marido,  
pobre de mí?  
(v.a.) <<

[636] *Agrimonia eupatoria*: de la familia de las rosáceas, era un remedio popular en el caso de afecciones hepáticas y de la vejiga. <<

[637] *tormentilla*: arbusto de flor amarilla. <<

[638] *Alá ya'alam*: (árabe) «Alá lo sabe». <<

## LAS DEL AMOR Y OTRAS FLECHAS

[639] *canzo*: (ital.) canción. <<

[640] *El gran golfe...*: (occitano)

Los profundos abismos del mar  
la traición del puerto  
los peligros del faro  
todo lo he dejado atrás.  
A Dios gracias  
ahora puedo hablar y contar  
de los males y las torturas que padecí allí.  
(*Del Gran Golfe*, hacia 1172-1203). <<

[641] *suras*: (árabe) versículos del Corán, que está compuesto de 114 suras. <<

[642] *si tacuisses...*: (latín) «si hubieses callado». <<

[643] *constellatio malae fortunae*: constelación que presagia mala fortuna. <<

[644] *Zaprota*: anciano de Pantocrátor. <<

[645] *Pantocrátor*: pueblo en Corfú. <<

[646] *Hugo el Despotikos*: Hugo d'Arcady, bastardo de Villehardouin, duque de Acaya y Corfú. <<

[647] *E pos a Dieu...*: (occitano)

Y si le agradara regresaría  
con el corazón alegre  
al lugar que dejé con tanta tristeza,  
y le agradeceré el retorno  
y la suerte que me concedió.  
(*Del Gran Golfe*, v.a.). <<

[648] *ar hai dreg...*: (occitano)

Tengo buenas razones para cantar  
puesto que conozco ahora  
el contento y las alegrías,  
la diversión y los juegos del amor.  
Espero que sea de vuestro gusto.  
(v.a.) <<

[649] *e las fontz...*: (occitano)

Las fuentes y los arroyos claros,  
alegran mi corazón  
al igual que los jardines:  
todo aquí es tan amable.  
(*Azalais de Port Cairage*, mujer trovador, hacia 1170). <<

[650] *toro cretense*: el Minotauro, monstruo de la mitología griega, medio hombre, medio toro, fue encerrado por el rey Minos de Creta en un laberinto y muerto por Teseo. <<

[651] *Ariadna*: figura de la mitología griega, hija de Minos; entregó a Teseo un ovillo de lana con cuya ayuda pudo salir del laberinto, después de haber muerto al Minotauro. <<

[652] *Palestina*: «tierra de los filisteos»; desde la antigüedad es el nombre que se da a la región del Próximo Oriente, entre la costa oriental del Mediterráneo y la depresión del Jordán, con el Líbano al norte y la península del Sinaí y el golfo de Acaba en el sur; en el Antiguo Testamento figura con el nombre de Canaán; la tierra donde vivió Jesucristo. <<

[653] *Q'era non dopti...*: (ital. antiguo)

Ya no temo el mar ni los vientos  
ya soplen del sur o del norte o del oeste.  
Mi barco ya no es un juguete de las olas  
y no temo ni las galeras ni los piratas.  
(Autor desconocido). <<

[654] *Trani*: pequeño puerto en la costa adriática meridional. <<

[655] *arácnidos*: (del griego) arañas. <<

[656] *Ishtar*: es la diosa femenina más importante de los babilonios; hija del dios lunar Sin y hermana del dios solar Shamash; cuando aparece como estrella matutina es la diosa del combate, y cuando aparece como estrella vespertina es la diosa del amor. <<

[657] *Ptolomeo*: Claudio, hacia 100-180 d.C., astrónomo, matemático y geógrafo (geografía en ocho tomos); actuó de 127 a 151 en Alejandría; su obra principal *Almagest* (con la *Matematicae* sintaxis en trece tomos) nos ha llegado completa, y nos transmite los conocimientos astronómicos del siglo II d.C.; considera que la tierra es una esfera y centro del universo. <<

[658] *bahritas*: parte de los mamelucos son llamados así, por los cuarteles que

habitaban junto al Nilo (en árabe, *bahr*). <<

[659] *gamdaritas*: mamelucos, «ayudantes de cámara». <<

[660] *Alí Babá*: figura de la colección de cuentos de *Las mil y una noches*. <<

[661] *Harun al Rashid*: del 786 al 809 califa de Bagdad; promotor de las artes y las ciencias, mantenía relaciones amistosas con Carlomagno. <<

## EL MAL EN MAUGRIFFE

[662] *Simbad*: navegante aventurero, una de las figuras principales que aparece en parte de los cuentos de *Las mil y una noches*. <<

[663] *Aladino*: figura de *Las mil y una noches*, «Aladino y la lámpara maravillosa». <<

[664] *tant mieux...*: (francés) «Cuanto mejor lo hago, tanto peor.» <<

[665] *trombas de viento*: remolino violento de aire. <<

[666] *alter ego*: (latín) «el otro yo». <<

[667] *Al-Khaf*: guerrero beduino al servicio del emir Fassr ed-Din Octay. <<

[668] *hadha*: (árabe) «está en manos de Alá». <<

[669] *An Nissr al Amar*: (árabe) el Halcón Rojo. <<

[670] *Alá ya...*: (árabe) «Alá lo sabe». <<

[671] *pescado de huevo*: tortilla de huevo, frita en aceite, doblada y servida con unas gotas de limón. <<

[672] *boca de alquitrán*: pequeño saliente en la muralla o encima de las puertas de los castillos medievales, abiertos por debajo, que servían para arrojar alquitrán caliente sobre los atacantes. <<

[673] *biblioteca de Alejandría*: la mayor y más famosa biblioteca de la antigüedad, de la época de Ptolomeo I; destruida en 47 a.C. Bajo Ptolomeo II parece que contenía 700.000 tomos. <<

[674] *Rumi*: Mevlana Yellaludin Rumi, místico sufí de Persia, huyó ante los mongoles y se refugió con los seleúcidas (Iconio); en 1244 fue alumno de Shams-i Tabrisi. Según la leyenda, Rumi inventó el baile giratorio de los derviches, baile llamado *sema*, que expresa el dolor por la pérdida de Shams, su amigo asesinado. Su obra más famosa se llama *Mesnevi*, redactada en idioma persa. <<

- [675] *sufí*: (árabe = el que lleva ropa de lana) movimiento místico del Islam, que ha convertido en una ciencia la investigación de la espiritualidad y se sirve de la meditación; fuertes influencias sobre los escolásticos occidentales del Medievo. El representante más importante de su época fue Ahmed Badawi (1199-1277) que vivía en La Meca y tenía visiones en las que se le aparecía el profeta Mahoma. <<
- [676] *Naiman*: sicario del sultán Said ed-Din Qutuz. <<
- [677] *Alá iyazihum*: (árabe) «que Alá los condene». <<
- [678] *Alá ikun...*: (árabe) «Alá nos asista». <<
- [679] *hadhat tasuir mafduh*: (árabe) «una infame falsificación». <<
- [680] *Bab an-Nasr*: (árabe) puerta del padre Nilo, nombre de una de las puertas de la ciudad. <<
- [681] *shai bi...*: (árabe) té con menta fresca. <<
- [682] *Abu Bassiht*: sufí de Iconio. <<
- [683] *Ya Abu ya*: (árabe) estimado Abú. <<
- [684] *Khilal rida...*: (árabe) hechos que complacen a Alá. <<
- [685] *Samarcanda*: una de las ciudades más antiguas de Asia Central, que aparece mencionada por primera vez en 329 a.C. <<
- [686] *Al hami Alá*: (árabe) «Alá nos guarde». <<
- [687] *nubios*: habitantes en su mayoría musulmanes de las regiones esteparias y desérticas a ambos lados del Nilo, en el actual Sudán. <<
- [688] *Botho de Saint-Omer*: caballero templario. <<
- [689] *Damieta*: (Dumieta) puerto egipcio en el delta oriental del Nilo; en la Edad Media fue una importante plaza comercial. <<
- [690] *turuq Alá...*: (árabe) «Los caminos del Señor son inescrutables». <<
- [691] *alfiere*: portaestandarte papal, título de honor concedido a los nobles por sus méritos en favor de la Iglesia. <<
- [692] *bab al dyanna*: (árabe) la «Puerta del Paraíso»; el paraíso se refiere aquí a los jardines en el harén del gran maestro de los «asesinos». Según la leyenda se concedía a los novicios, y también a los consagrados de la orden, antes de emprender una misión peligrosa y cuando estaban obnubilados por el hachís, una

mirada sobre las huríes o incluso una breve estancia entre ellas, de modo que su ansiedad por entrar en el paraíso llegaba a dominarles y no temían a la muerte, sino que la deseaban. <<

[693] *fidai*: (del árabe = promesa, categoría); novicio en la orden de los «asesinos», que todavía no está iniciado, pero ya ha prestado juramento. <<

[694] *padre del gigante*: sobrenombre de Abu al Amlak. <<

[695] *gran Da'i*: cabeza suprema de los ismaelitas; el título correspondía a miembros de la orden de los «asesinos» e indica el grado máximo de iniciación, mientras que el título de imam señala su categoría espiritual suprema y los distingue como sucesores auténticos del profeta Mahoma (shi'at Ali). <<

[696] *pax mongolica*: (latín) paz mongol, pacificación del imperio de los mongoles gracias a las leyes promulgadas por Gengis-khan. <<

[697] *conjunctio aurea*: (latín) conjunción áurea, unión áurea, término de la astrología que se refiere a una determinada constelación planetaria. <<

[698] *medusa*: en la mitología griega, referencia a un monstruo femenino. <<

## EL SELLO DEL REY SALOMÓN

### EL TAROT ALEJANDRINO

[699] *quiromancia*: (del griego) lectura de la mano, predicción de la buenaventura. <<

[700] *tarot*: juego de veintidós cartas con imágenes (Gran Arcano) para la investigación e interpretación del destino. <<

[701] *Sefirot*: nivel de conocimiento en la teoría secreta de la Cábala judía. <<

[702] *Ezer Melchsedek*: cabalista y quiromante de Alejandría. <<

[703] *chilaba*: túnica que llega hasta los tobillos. <<

[704] *dau*: velero egipcio para transportar mercancías, con el mástil inclinado y una vela triangular. <<

[705] *Menfis*: ciudad junto al Nilo, al sur de El Cairo. <<

[706] *Halwan*: lugar situado en la orilla derecha del Nilo, al sur de El Cairo, conocido por sus fuentes salinas y sulfurosas. <<

[707] *Acaba*: ciudad en el extremo nororiental del golfo de Acaba. <<

## TRAIDORAS SON LAS OLAS DEL MAR

[708] *sirocco*: viento caliente y seco que, cruzando el Mediterráneo, sopla en el sur de Europa, arrastrando polvo y arena procedentes del Sáhara. <<

[709] *Amalfi*: ciudad en el golfo de Salerno. <<

[710] *el León de San Marco*: Venecia. <<

[711] *qadda oua...*: (árabe) gracias a una feliz disposición de Alá. <<

[712] *Ave Caesar...*: (latín) saludo de los gladiadores antes de entrar a luchar en la arena: «Ave César, ¡los que van a morir te saludan!». <<

[713] *apenada asciende...*: Moisés 21,7 ss. <<

[714] *sólo cuando el alma...*: v.a. <<

[715] *pero si no...*: v.a. <<

[716] *dentro de un...*: Moisés 29,11. <<

[717] *allí encuentra...*: Isaías 64,3 (todo ello según *Der Sohar*, 138 s.). <<

[718] *Mirapeix*: (occitano) escudo de los condes de Mirepoix. <<

[719] *flagelantes*: agrupaciones de legos devotos en el siglo XIII-XV, que se flagelaban para hacer penitencia; a mediados del siglo XIV fueron prohibidas por el Papa. <<

[720] *Tesalia*: región griega en la costa noroccidental del mar Egeo. <<

[721] *via Egnatia*: antigua calzada militar, que conducía desde Constantinopla a la costa adriática. <<

[722] *Pelagonia*: región macedonia (llanura pelagónica), en realidad una depresión que se ha llenado de piedras y sedimentos del río. <<

[723] *Ascalón*: puerto de Palestina (actualmente en ruinas) muy disputado, era el bastión situado más al sur del reino de Jerusalén. <<

[724] *baile*: funcionario regional de categoría superior, administrador de los territorios del reino de Chipre en Tierra Santa. <<

[725] *Felipe de Montfort*: uno de los barones más importantes de Ultramar,



descendiente del famoso Simón de Montfort, jefe del ejército en las guerras albigenses. Los Montfort ocupaban en Tierra Santa, sobre todo la ciudad de Tiro. <<

[726] *Julián de Sidón y Beaufort*: contrincante de Felipe de Montfort. <<

[727] *Plaisance de Chipre*: hermana de Bohemundo VI de Antioquía, casó con el rey Enrique I de Chipre. <<

[728] *Atabegh Turanshah*: gobernador y malik (rey, en árabe) de Alepo. <<

[729] *shukr Alá*: (árabe) «¡gracias a Alá!» <<

[730] *Hetum*: rey de Armenia. <<

[731] *Hierosolyma...*: (latín) «Jerusalén no es el lugar». <<

[732] *Tomás Agni de Lentino*: legado papal en Tierra Santa. <<

[733] *Heliópolis*: ciudad griega y templo al este de El Cairo, hoy llamada Masr el-Gedida. <<

[734] *Neguev*: desierto al sur de Israel. <<

[735] *bi mashiát...*: (árabe) «a Dios gracias». <<

[736] *gran pirámide*: la pirámide de Keops, la mayor de Egipto. <<

[737] *inshalá*: (árabe) «si Alá lo quiere así». <<

## LOS VERDUGOS DE ASCALÓN

[738] *cherqueses*: grupo de tribus del Cáucaso occidental que viven principalmente del pastoreo. <<

[739] *Alá la'alam...*: (árabe) «Alá sea testigo de la grandeza de mi corazón». <<

[740] *Alex*: carcelero en la antigua comendaduría de la orden en Ascalón. <<

[741] *Ahmed el verdugo*: guardaespaldas nubio de Abdal el Hafsida. <<

[742] *In nomine ordinis...*: (latín) en nombre de los santos luchadores de la casa de Cristo y los señores del Templo de Salomón en Jerusalén (nombre literal de los templarios). <<

[743] *calidarium*: (latín) baño con agua caliente. <<

[744] *amama...*: (árabe) turbante y albornoz. <<

- [745] *barnas*: (árabe) albornoz. <<
- [746] *fi shams...*: (árabe) «bajo el sol de Alá». <<
- [747] *ya munqadhi...*: (árabe) «mi noble caballero». <<
- [748] *maktab al mina*: (árabe) oficina del comandante del puerto. <<
- [749] *Gaza*: ciudad al suroeste de Palestina, no lejos de la costa, fundada en 2750 a.C.; a partir de 675 d.C. fue islámica, una tradición sólo interrumpida entre 1100 y 1170 por los cruzados. <<
- [750] *El sabio...*: Kohelet, 2,14, citado según *Der Sohar*, p. 151. <<
- [751] *iudex caput...*: (latín) presidente de un tribunal. <<
- [752] *sidi*: (árabe) señor. <<
- [753] *Sansón*: figura del Antiguo Testamento dotado de fuerza sobrehumana; por amor hacia la filisteo Dalila le confió Sansón el secreto de su fuerza, que residía en su larga cabellera. <<
- [754] *princesa Sibila*: hija del rey Hetum I de Armenia, 1224-1269; hija de Sempad y León III, casó en 1254 a propuesta de Luis con el joven príncipe Bohemundo VI de Antioquía. <<
- [755] *Circe*: hechicera de la mitología griega (*La Odisea*) que transformaba a los hombres en cerdos. <<
- [756] *domitas...*: (latín) «los deseos están domados». <<
- [757] *qahua*: (árabe) salón de té. <<
- [758] *de mortibus...*: (latín) «de los muertos sólo debe hablarse bien». <<
- [759] *in nomine Dei...*: (latín) en nombre de Dios Padre y de los caballeros de la orden del Templo de Jerusalén. <<
- [760] *in dubio pro reo*: (latín) «en caso de duda, en favor del acusado». <<
- [761] *videant consules*: (latín) que los cónsules se ocupen (entrega del reo al brazo secular). <<
- [762] *rabí Jizchak*: presidente de la comunidad judía en Jerusalén. <<
- [763] *Miriam*: hija de Jizchak. <<
- [764] *Godofredo de Bouillon*: duque de Baja Lorena (1088-1100), obtuvo el título ducal

por sus méritos como mariscal del Imperio (ocupación de Roma); el título no era hereditario, para conseguir que lo fuera, Godofredo participó en la primera cruzada y venció en Ascalón a los sarracenos; antes había vendido su condado al obispo de Lieja, hermano de Balduino, primer rey de Jerusalén, una dignidad que tampoco era hereditaria. <<

[765] *tibi omnes*: (latín)

A ti te obedecen  
todos los ángeles,  
soberano del cielo  
y del mundo.  
(Alabanza litúrgica). <<

[766] *goi*: (*goyim*) nombre que dan los judíos a quienes no lo son. <<

[767] *Jehosafad*: el barrio sirio de Jerusalén, cuyos habitantes eran cristianos. <<

[768] *mala'oun...*: (árabe) «¡Maldito sea el padre del mundo!» «¡Maldito sea el vientre de tu madre!» <<

[769] *te deum...*: (latín) «a ti, Dios, te alabamos, en ti, Dios, confiamos. <<

[770] *Mustafá*: pastor de Jerusalén. <<

[771] *alhamí Alá!*: (árabe) «Alá nos proteja». <<

[772] *Cúpula de la Roca*: (árabe Qubat as-sahrat) mezquita en el recinto de los templos de Jerusalén, muchas veces erróneamente calificada de mezquita de Omar; construida en 688-691 por el califa Abd al Malik encima de la roca en la que se supone que Abraham preparó el sacrificio de Isaac; es uno de los lugares más santos del mundo musulmán. <<

[773] *mezquita Al-Aqsa*: situada en el extremo sur del recinto de los templos de Jerusalén; la primera piedra se puso a comienzos del siglo VIII. Después de la conquista de Jerusalén por los cruzados (1099), se edificó en el lado occidental de la mezquita el palacio de los reyes latinos de Jerusalén, en el que Balduino I residió hasta 1118. Después de esta fecha se trasladó al nuevo palacio en el Jardín Armenio, cediendo los edificios antiguos a Hugo de Payens y sus compañeros, que fundaron allí la orden de los caballeros del Temple y utilizaron la mezquita con sus locales secundarios, en parte como iglesia, pero también como cuartel principal. Después de su victoria sobre los cruzados, el sultán Saladino transformó el edificio nuevamente en mezquita (1187). <<

[774] *pacta cum...*: (latín) «los acuerdos con los infieles y los griegos no tienen por qué

cumplirse». <<

[775] *centro del mundo*: nombre de la sala de estrategias en el antiguo palacio imperial de Calixto en Constantinopla, cuyo suelo de mármol mostraba la zona mediterránea en forma de gigantesco tablero de ajedrez, sobre el cual unos jugadores disfrazados se movían ante la mirada y según las órdenes del emperador, que planificaba así sus operaciones militares. <<

[776] *maná*: (del Antiguo Testamento) pan que cayó del cielo para los hijos de Israel, después de su partida de Egipto. <<

[777] *tepidario*: (latín) baño con agua templada. <<

## PAX HIEROSOLYMITANA

[778] *ebai*: (árabe) túnica. <<

[779] *assiq laiati...*: (árabe) «el tejado sobre tu cabeza no ofrece seguridad si los muros no están cimentados en Alá». <<

[780] *inshalá*: (árabe) «si Dios quiere». <<

[781] *bismilá*: (árabe) «en nombre de Alá». <<

[782] *mujadir*: (árabe) narcótico. <<

[783] *Alá yurid dhalek*: (árabe) «Alá lo quiere». <<

[784] *ua barakat Alá*: (árabe) «y la bendición de Alá». <<

[785] *qamis*: (árabe) camisa. <<

[786] *sirual dajili*: (árabe) ropa interior. <<

[787] *dyin*: (árabe) fantasma, espíritu. <<

[788] *A l'entrada del temps clar*: (francés antiguo)

Cuando volvió a ser bello el día  
alegría  
y floreció el contento  
alegría y se fundieron los hielos  
alegría  
la reina quiso hacer saber  
que estaba muy enamorada. <<

[789] *A la vi'a...*: (francés antiguo)

Fuera, fuera el hielo  
dejadnos bailar, dejadnos bailar,  
todos juntos, todos juntos.  
(Estribillo). <<

[790] *El'a fait...*: (francés antiguo)

Y la reina ordenó  
alegría  
que hasta la costa del mar  
alegría  
no hubiera doncella ni mozo  
alegría  
que no acudiera al baile  
en alegre rondalla.  
(Canción anónima de baile, finales del siglo XII). <<

[791] *rota fortunae*: (latín) rueda de la fortuna. <<

[792] *Daz was ein dinc...*: (alemán medieval)

Había un objeto llamado el Grial  
un tesoro de milagros sin cuento.  
(Wolfram von Eschenbach, l.c.) <<

[793] *Den wunsch von...*: (alemán medieval)

El premio del paraíso,  
la raíz de la Redención,  
el tronco y el brote  
(v.a.). <<

[794] *Ite missa est*: (latín) despedida de los fieles al final de la misa. <<

[795] *Alahu akbar...*: (árabe) «Dios es grande, no existe otro dios fuera de Alá».

(Comienzo de la oración vespertina de los musulmanes). <<

[796] *minbar*: silla elevada (del predicador). <<

[797] *ashaddu ana...*: (árabe) «Creo que no existe Dios fuera de Alá. Creo que Mahoma es el profeta de Dios.» <<

[798] *Ab la dolchor...*: (occitano)

En el suave calor de la primera época del año  
brotan los bosques y los pájaros cantan,

cada uno en su lengua, al ritmo de una nueva canción.  
Es bueno que cada cual abra su corazón  
para aquello que más desea.  
(Guilhelm de Peitieu, 1071-1127, trovador occitano). <<

[799] *Dous Dieus...*: (francés antiguo-occitano)

Dios de la bondad, dile a su corazón  
que me retenga como su amante,  
pero es de tan alta cuna que  
me arrojará al olvido.  
(Versión occitana de la canción de baile *Nouvele amor qui si m'agrée* de  
Rogeret de Cambrai, siglo XIII, 2.<sup>a</sup> estrofa). <<

[800] *Cortez'e...*:

Tan cortés y sabio  
de rostro alegre  
jamás han visto mis ojos  
a otra mas bella.  
Habéis sembrado la intranquilidad  
en mi corazón  
por qué no os apiadáis de mí.  
(v.a., 3.<sup>a</sup> estrofa). <<

[801] *Por li fas...*:

Para ella suena mi violín  
por la mañana y por la noche  
y un pensamiento cariñoso  
me recuerda las bondades  
que se me conceden.  
(v.a. 4.<sup>a</sup> estrofa). <<

[802] *Enquer me...*:

Aún recuerdo aquella mañana  
cuando pusimos fin a la lucha.  
Ella me entregó un gran regalo,  
su amor y su anillo.  
Que Dios me deje vivir lo suficiente  
para que (algún día) pueda poner mis manos  
bajo su manto.  
(v.a. 5.<sup>a</sup> estrofa). <<

## ARMAGEDÓN

[803] *Armagedón*: (hebreo) según la revelación de san Juan, el lugar en que los malos espíritus reunirán a los soberanos de la Tierra para el último gran combate. <<

[804] *Schoeniu lant...*: (alemán medieval)

He visto bellos países, tierras benditas,  
a lo largo de mis caminos.

Ninguno que pueda comparar contigo.

¡Qué milagros han sucedido aquí!

(Walter von der Vogelweide, *Canción de Palestina*, texto en alemán medieval

Obermeier, p. 329). <<

[805] *Daz ein...*: (alemán medieval)

De una doncella nació un niño,

Señor del ejército de los ángeles

¿acaso no fue un milagro?

(v.a.). <<

[806] *Hic la Superba! Hic la Serenissima!*: (latín) «¡Aquí Génova! ¡Aquí Venecia!» <<

[807] *unio regni*: (latín) unidad de gobierno. <<

[808] *status quo ante*: (latín) estado o situación anterior. <<

[809] *El gran pleito de Acre*: guerra entre Génova y Venecia por los monopolios comerciales. <<

[810] *Ordo Equitum Teutonicorum*: (latín) orden de caballeros teutónicos. <<

[811] *Géminis*: (latín) constelación de los gemelos. <<

[812] *Cuando las almas...*: *Der Sohar*, l.c., p. 180. <<

[813] *Como el alma...*: v.a., p. 180 s. <<

[814] *Yafki! yafki!*: (árabe) ¡basta, basta! <<

[815] *Cuándo, amor...*: Rumi, l.c. p. 85. <<

[816] *Ab, l'alén...*: (occitano)

Respiro profundamente la suave brisa

porque sé que llega de la Provenza.

Todo lo que viene de allí me da alegría,

y cuando oigo que hablan bien de ella  
escucho y espero sonriente  
recibir el aroma conocido.  
Ésa es la alegría que siento.  
(Peire Vidal). <<

[817] *beit as-salah*: (árabe) casa de oración. <<

[818] *bismillah*: (árabe) «en nombre de Dios». <<

[819] *Pater dimite...*: (latín), «Señor, perdónales, pues no saben lo que hacen» (Lucas, 23,34). <<

[820] *E s'ieu sai...*: (occitano)

Mientras pueda hablar y actuar  
suceda lo que quiera  
toda mi gratitud es para ella  
pues de ella he recibido  
conocimientos y talento  
que me hacen ser un poeta alegre.  
Todo lo que sale de mí  
y que desde mi corazón  
entra en mis pensamientos  
se los debo a su cuerpo encantador  
lleno de gracia.  
(Peire Vidal). <<

[821] *Alá ujfurli...*: (árabe) «Alá se apiade de mi alma pecadora». <<

[822] *gleyiza*: (occitano) Iglesia del amor. <<

[823] *Un final tiene...*: Job, 28,3, citado según *Der Sohar*, p. 156. <<

[824] *pogrom*: (ruso = temporal, destrucción) acciones violentas contra minorías de otra raza o religión. <<

[825] *En arje en o logos*: al principio fue la palabra. <<



## AGRADECIMIENTOS

A Michael Görden, por su asesoramiento y su interés inagotable en el argumento, que ha enriquecido con sus conocimientos esotéricos y en los aspectos apócrifos de las religiones. El mismo agradecimiento le debo a Regina Maria Hartig por su labor sacrificada y minuciosa de lectorado, y por su colaboración crítica en la estructuración del relato.

Al profesor Dario della Porta por su asesoramiento en cuestiones de liturgia cristiana y filología clásica.

Al profesor Dr. N. Popoff y a Roland Belgrave, de la Bibliothèque Nationale, París, por sus indagaciones en relación con la heráldica occitana.

A Daniel Speck y Jubrail Mashaël por su contribución en cuestiones del Islam y del mundo árabe, y al profesor Wieland Schulz-Keil por su valiosa contribución en relación con el mundo judío.

Debo una gratitud especial al Dr. Michael Korth, cuyo conocimiento profundo de la música de los trovadores, de la *canzo* y de los cantes de amor ha sido muy útil para el autor, así como a Schirin Fatemi los conocimientos aportados en materia médica, toxicología y farmacología.

Mi especial y profundo agradecimiento a mis incansables e indispensables colaboradoras Anke Dowideit y Sylvia Schnetzer por trasladar las más de 2.000 páginas de mi manuscrito al ordenador, componiendo un texto legible. Sé muy bien que es un trabajo duro.

A los colaboradores de la «agentur spezial» en Ilsede-Bülten les debo sus magníficas ilustraciones y aportaciones cartográficas, a Alexander Aspropoulos, Anne-Kristin Baumgärtel y Andreas Henk la composición de las viñetas y las tapas protectoras.

Y finalmente, *last but no least*, le agradezco a Arno Häring el esfuerzo de coordinación en favor de la obra.

Me siento muy feliz con la aportación de mi amigo Enki Bilal, a quien la figura de Yeza inspiró los esbozos que figuran en el Anexo y que se acercan mucho a la idea que tengo de mi protagonista.

He podido disponer de una fuente abundante de citas gracias a la obra *A Carden Beyond Paradise, The mystical Poetry of Rumi*, editada por Jonathan Star y Shahram Shiva, Bantam Books, Nueva York, 1992, que contiene una buena selección de poemas del famoso sufí Rumi.

Lo mismo cabe decir de: *Der Sohar; Das Heilige Buch der Kabbala (El Sohar, Libro sagrado de la Cábala)*, editada por Ernst Müller, Editorial Eugen Diederichs, Munich, 1993, así como el *Parsifal* de Wolfram von Eschenbach, editado por Walther

Hofstaetter para la Editorial Philipp Reclam jun., Stuttgart, 1956.

Encabeza toda la literatura que he utilizado para mi trabajo, la obra fundamental *Der Kreuzzug gegen den Gral (La Cruzada contra el Santo Grial)* de Otto Rahn, Editorial Urban, 1933 (nueva edición de 1997, en la misma editorial), a la que debo mi interés por la Alta Edad Media.

*A History of the Crusades* de Steven Runciman, Cambridge University Press, 1950-1954, sigue siendo para mí, gracias a su visión equilibrada de la situación en Occidente tanto como en Oriente, una obra maestra solitaria dedicada a la historia de las cruzadas.

Otra bibliografía utilizada:

BEDU, Jean-Jacques, *Rennes-le-Château*, Ed. Loubatières, 1990.

BILLINGS, Malcolm, *The Cross and the Crescent*, BBC Books, 1987.

BOSWORTH, C.E., *The Islamic Dynasties*, Edinburgh University Press, 1967.

BRADBURY, Jim, *The Medieval Siege*, The Boydell Press, 1992.

BRENON, Anne, *Le vrai visage du Catharisme*, Ed. Loubatières,

CHARPENTIER, John, *L'Ordre des Templiers*, Ullstein Verlag, 1965.

COSTA I ROCA, Jordi, *Xacbert de Barberà, Lion de combat 1185-1275*, Llibres del Trabucaire, 1989.

DEMURGER, Alain, *Vie et mort de l'ordre du Temple*, Ed. du Seuil, 1989.

ESCHENBACH, Wolfram von, *Parzival*, tomo 1, Ed. Reclam, Stuttgart, 1989.

FOREY, Alan, *The Military Orders*, Macmillan Education Ltd., 1992

FUENTES PASTOR, Jesús, *Crónica Templaria*, Iberediciones, 1995.

GARNIER, Patrick, *Le trébuchet de Villard de Honnecourt*, Association pour la promotion du patrimoine en Midi-Pyrénées, 1995.

GIMPEL, Jean, *The Medieval Machine*, Victor Gollancz Ltd., 1976.

GIRARD-AUGRY, Pierre (ed.), *Aux origines de l'Ordre du Temple*, Ed. Opera, 1995.

GODWIN, Malcolm, *The Holy Grail*, Labyrinth Publishing, 1994.

GOLDSTREAM, Nicola, *Medieval Craftsmen*, British Museum Press, 1991.

- GRAETZ, Heinrich, *Das Judentum im Mittelalter* (tomo 4, *Volkstümliche Geschichte der Juden*), Ed. Benjamin Harz, 1923.
- KNIGHT, Chris & Lomas, Robert, *The Hiram Key*, Century, 1996.
- LAMPEL, Yvi (ed.), *Maimonides' Introduction to the Talmud*, Judaica Press, 1975.
- LEVY, Reuben, *A Baghdad Chronicle*, Cambridge University Press, 1958.
- LOISELEUR, Jules, *La Doctrine Secrète des Templiers*, Tiquetonne éditions, 1873.
- MAALOUF, Amin, *Les Croisades vues par les Arabes*, J. C. Lattès, 1983.
- MARTI, Claude (ed.), *Guilhèlm de Tudèla & L'Anonyme* (extractos), Ed. Loubatières, 1994.
- MARTIN, Bernd y Schulin, Ernst (ed.), *Die Juden als Minderheit in der Geschichte*, Ed. dtv, 1981.
- MASSON, Georgina, *Das Staunen der Welt* (El estupor del mundo), Ed. E. Wunderlich, 1958.
- MATTHEW, Donald, *The Norman Kingdom of Sicily*, Cambridge University Press; 1992.
- MATTHEWS, John, *The Grail. Quest for the Eternal*, Thames and Hudson, 1981.
- NIEL, Fernand, *Albigois et Cathares*, Presses Universitaires de France, 1955.
- OBERMEIER, Siegfried, *Walther von der Vogelweide. Der Spielmann des Reiches*, Ed. Ullstein 1982.
- PRAWER, Joshua, *The History of the Jews in the Latin Kingdom of Jerusalem*, Oxford University Press, 1988.
- PRUTZ, Hans, *Entwicklung und Untergang des Tempelherrenordens*, Ed. G. Grote'sche Verlagsbuchhandlung, 1888.
- REZNIKOV, Raimonde, *Cathares et Templiers*, Ed. Loubatières, 1993.
- ROQUEBERT, Michel, *Les Cathares et le Graal*, Ed. Privat, 1994.
- RUNCIMAN, Steven, *The medieval Manichee*, Cambridge University Press, 1947.
- RUNCIMAN, Steven, *The Sicilian Vespers*, Cambridge University Press, 1959.
- SMAIL, R. O., *Crusading Warfare, 1097-1193*, Broadwater Press, 1956.
- VAN BUREN, Elizabeth, *Refuge of the Apocalypse: Doorway into Other Dimensions*, Burlington Press, Cambridge; 1986.

PETER BERLING  
Roma, 20 de marzo de 1997



PETER BERLING (Nacido el 20 de marzo de 1934 en Meseritz-Obrawalde, antigua Prusia) es un escritor alemán conocido por ser el autor de la pentalogía Los Hijos del Grial. Ha sido también actor y productor de cine así como crítico culinario.

Novelas:

Los Hijos del Grial (pentalogía)  
La Noche de Iesi  
La Condesa Hereje  
El Obispo y su Santo  
La Cruzada de los Niños  
A la sombra de las dagas, El Paraíso  
Los caballeros del santo sepulcro

Los Hijos del Grial:

La pentalogía de Los Hijos del Grial es una epopeya enmarcada en la edad media del siglo XIII y trata de las aventuras de dos muchachos que por su ascendencia están destinados a reconciliar las grandes religiones y a convertirse en reyes de un mundo de paz y armonía. Recrea de forma maravillosa todo el ambiente propio de esta apasionante época con todos sus ingredientes: tesoro guardado por los cátaros, Sacro imperio, la Iglesia, los caballeros templarios, hospitalarios y teutones, la secta de los

asesinos, el priorato de Sion, los musulmanes, los mongoles, las cruzadas... Los títulos de las 5 novelas son:

Los Hijos del Grial  
Sangre de Reyes  
La Corona del Mundo  
El Cáliz Negro  
El Kilim de la Princesa